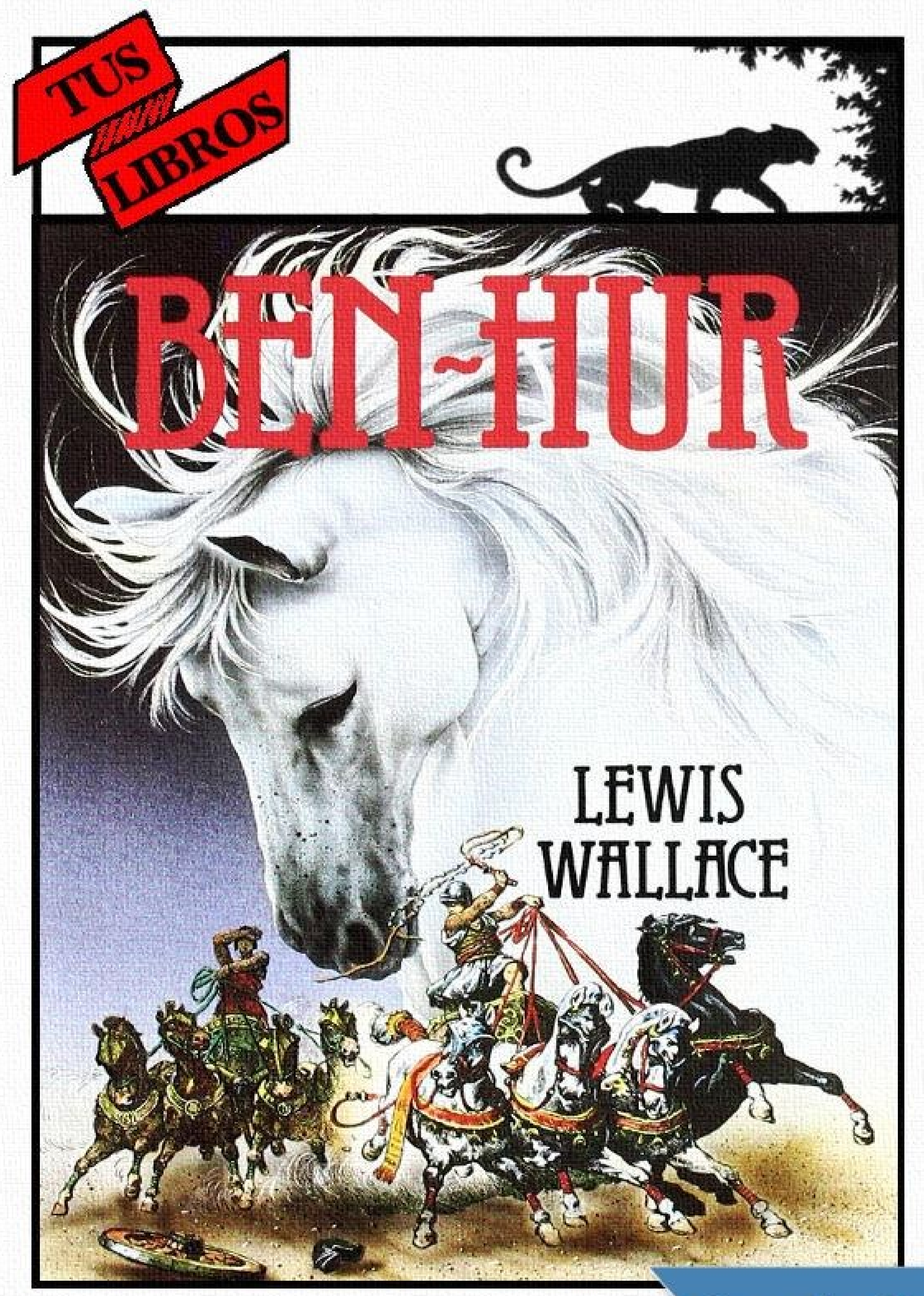

TUS
LIBROS
BEN-HUR
LEWIS
WALLACE

La historia del joven judío al que un adverso azar y el odio de un antiguo amigo romano hunden en la desesperación y casi en la muerte es tal vez más conocida por la aparatosa carrera de cuadrigas filmada por Fred Niblo y luego por William Wyler, que por la novela de Wallace. El autor quiso hacer un gran fresco histórico de los tiempos de Jesús de Nazaret y sus relaciones con el imperio romano. Realmente no faltó de nada: reyes magos, legiones, batallas navales, circo, carreras, venganzas, odios —amores también—, lepra, milagros, crucifixión, conversiones y final feliz. La falta de mesura del autor en ciertas ocasiones se percibe sobre todo en una edición íntegra como esta.

Lewis Wallace

Ben-Hur (Ilustrado)

Tus Libros - 103

ePub r1.0
Titivillus 28.12.2020

Título original: *Ben-Hur*
Lewis Wallace, 1900
Traducción, apéndice y notas: Juan Fernando Merino
Ilustraciones: William Martin Johnson
Retrato del autor: Julio Gutiérrez Mas

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



LEWIS WALLACE (1827-1905)

La presente obra es traducción directa e íntegra del original inglés, en su primera edición publicada por Harper & Brothers, Nueva York, 1880. Las ilustraciones, originales de William Martin Johnson, acompañaron a la edición «Garfield», publicada por Harper & Brothers en 1892.

A la esposa de mi juventud
quien aún habita conmigo

Epígrafes a la novela

Pero esta repetición de la vieja historia es precisamente el mayor encanto de la conversación hogareña. Si a menudo nos repetimos a nosotros mismos dulces pensamientos sin sentir tedio, ¿por qué no habría de permitirse que alguien más los despierte en nosotros con mayor frecuencia aún?

Hesperus, JEAN PAUL F. RICHTER[1]

Mirad cómo a lo lejos en el camino de Oriente
Los magos que la estrella siguen
Entre dulces aromas avanzan a buen paso.

Serena era la noche
En la que el Príncipe de Luz
Su reinado de paz
En la tierra comenzó.
Los vientos asombrados susurran su secreto
Mientras las aguas besan con dulce suavidad
Llevando buenas nuevas al apacible océano
Que olvida poco a poco bramar enfurecido
Pues llegan a posarse en sus hechizadas olas
Las más diversas aves en busca de quietud.

El Nacimiento de Cristo: El Himno, JOHN MILTON[2]

Aprende de los filósofos a buscar siempre las causas naturales de los sucesos extraordinarios y cuando tales causas naturales fallen, recurre a Dios.

CONDE DE GABALIS

[1]


LIBRO
PRIMERO
Vienen y van llamaradas
La bóveda celeste se rompe con estrellas
Que derraman sus luces por doquier.
TENNYSON [1]

Capítulo I
En el desierto

La montaña de Jebel-es-Zubleh[1] con una extensión de unas cincuenta millas, es tan angosta que, vista en un mapa, parece una pequeña oruga que repta de Sur a Norte. Situándose en la cima de sus rojizos desfiladeros, y siguiendo la dirección del sol naciente, lo único que se alcanza a ver es el Desierto de Arabia[2], donde los vientos del Este, tan temidos por los vinicultores de Jericó, se han paseado a sus anchas desde el principio de los tiempos. La base de la montaña está completamente cubierta por arenas arrastradas desde las riberas del Eufrates[3] y que se quedarán allí, pues Jebel-es-Zubleh constituye una barrera para las praderas de Moab y Ammón hacia el Oeste, que de otro modo también formarían parte del desierto.

Los nombres de todas las poblaciones y accidentes geográficos al sur y al este de Judea[4] son clara muestra de la influencia que los árabes han tenido en la zona. Así pues, en su idioma, el viejo Jebel es el padre de innumerables *wadis*[5] o cauces que intersectan la carretera romana —ahora tan solo un pálido reflejo de lo que alguna vez fue, poco más que un sendero polvoriento utilizado por los peregrinos sirios que viajan a la Meca o de ella regresan—, y van formando surcos, cada vez más profundos, que en la época de lluvias permiten que el caudal de los torrentes llegue hasta el río Jordán, o hasta su último recipiente, el Mar Muerto.

Por uno de estos cauces —o para ser más exactos por aquel cauce que se extiende en dirección Este desde el extremo norte del Jebel y que finalmente se convierte en el lecho del río Jabbok— avanzaba un viajero que se dirigía hacia el desértico altiplano. En este viajero solitario debe posarse inicialmente la atención del lector.

A juzgar por su aspecto, bien podía tener unos cuarenta y cinco años de edad. Una barba muy poblada, que antaño habría sido de un negro muy

intenso y ahora se veía entrecana, se extendía, ondeante, sobre su pecho. Su rostro era tan oscuro como un grano de café tostado, y resultaba visible solo en parte, pues estaba semioculto por un *kufiyeh* (como los hijos del desierto llaman al pequeño pañuelo que usan sobre la cabeza) de color rojo. De vez en cuando levantaba los ojos, grandes, muy oscuros. Estaba ataviado con aquellas holgadas vestiduras que son tan comunes en Oriente, pero otros pormenores no podrán ser descritos, porque el hombre iba sentado en el interior de una minúscula tienda a lomos de un enorme dromedario blanco.

Es muy posible que un occidental nunca se sobreponga por completo a la impresión que produce ver por vez primera un camello equipado y cargado para viajar por el desierto. Al contrario de lo que ocurre con otras novedades, por más que se contemple repetidas veces ese espectáculo, la impresión sigue siendo la misma. Aunque haya realizado largos viajes con las caravanas que atraviesan el desierto, aunque haya vivido muchos años en medio de los beduinos[6], el occidental siempre se detendrá, dondequiera que esté, para contemplar el paso del majestuoso animal. El encanto no radica en la figura, que ni siquiera un cariño intenso podría calificar de hermosa; tampoco en su manera de moverse, aquel paso lento y silencioso y el amplio vaivén al avanzar. Así como en una airosa nave parecen conjugarse todas las gracias del mar, así también el desierto parece reservar lo más dilecto de su esencia para esta criatura; revistiéndola entonces de todos sus misterios de tal manera que al mirar a la criatura pensamos en esos misterios; en ello radica la maravilla. El animal que ahora recorría el cauce, bien hubiese merecido un homenaje de admiración. Su color y su tamaño; la amplitud de sus pezuñas; su cuerpo vigoroso donde resaltaban unos músculos firmes; su cuello largo y esbelto con una curvatura que recordaba el cuello del cisne; la cabeza, muy ancha a la altura de los ojos, donde comenzaba a aguzarse hasta terminar en un fino hocico que casi podría ser ceñido por un brazalete de mujer; su movimiento de pasos largos y elásticos, seguros y silenciosos…, todo ello certificaba la pureza de su sangre siria, tan antigua como el reinado de Ciro[7], y de un valor incalculable. Llevaba una brida corriente, que le cubría la frente con un fleco de color escarlata y adornaba el cuello con cadenas de bronce, cada una de las cuales tenía en su extremo una tintineante campanilla de plata. La brida, sin embargo, no contaba con una rienda para el pasajero, ni con una correa o tira para el conductor. El artefacto que el dromedario llevaba sobre el lomo era un invento tan curioso, que en cualquier otra parte del mundo, su inventor se hubiese hecho famoso. Consistía en dos cajas de madera de apenas cuatro pies de longitud, colocadas de tal manera que cada una de ellas

quedaba colgando a un costado del animal; el interior, forrado y cubierto de tapetes, estaba dispuesto para permitir que el pasajero viajara sentado o recostado a medias; todo el conjunto estaba cubierto por un toldo de color verde. Anchas correas y cinchas, aseguradas por numerosos nudos y amarras, mantenían en su sitio el artefacto. De tal modo, los ingeniosos hijos de Cus[8], se las habían arreglado para que resultaran cómodos los viajes por los ardientes senderos del desierto, que ellos cubrían siguiendo unas veces la llamada del deber y, otras, la invitación del placer.

Cuando el dromedario remontó la última hondonada del cauce, el viajero acababa de cruzar la frontera de El Belka, el antiguo Ammón. Esto ocurría en horas de la mañana, y el sol estaba parcialmente velado por una ligera niebla. Ante los ojos del viajero se extendía el desierto, pero no el dominio de las arenas movedizas, que todavía distaba un buen trecho, sino la región donde la hierba apenas conseguía levantarse del suelo y la superficie estaba sembrada de guijarros de granito y de piedras grisáceas y marrones, intercaladas con lánguidas acacias y matojos de aquellas ralas hierbas que sirven de alimento a los camellos. Atrás quedaban el roble, la zarza y el madroño, como si al llegar a un cierto punto se hubiesen detenido a escrutar aquella vasta extensión donde no había un solo pozo y, atemorizados, hubiesen decidido no seguir más lejos.

Al llegar a ese sitio, el viajero se encontró en el extremo de un sendero o camino. Más que nunca, el camello parecía avanzar siguiendo un impulso interior; sus pasos se hicieron más largos y rápidos, mientras su cabeza se elevaba muy erecta hacia el horizonte y por sus dilatados ollares aspiraba el viento a grandes sorbos. La litera se mecía, subiendo y bajando como un barco que surca las olas. De vez en cuando crujían a su paso los esporádicos montones de hojas secas y, de vez en cuando también, una fragancia como la del ajenjo endulzaba el aire. Alondras y gorriones se elevaban desde distintos sitios, mientras que blancas perdices se apartaban del camino silbando y gorjeando. Ocasionalmente se veía una zorra o una hiena, que a todo galope trataba de poner tierra por medio para observar a los intrusos desde una distancia prudente. A la derecha se elevaban las colinas del Jebel, cubiertas por un manto de niebla de color gris perla, que poco a poco iba cediendo el paso a un púrpura, que un poco más tarde, con los rayos del sol, adquiriría tonos incomparables. Sobre el más alto de los picos, un buitre batía sus amplias alas, describiendo círculos crecientes. Pero el ocupante de la tienda

verde no había visto ninguna de esas cosas, o al menos no había dado señal alguna de que llamaran su atención. Sus ojos estaban fijos en la distancia, como si se hallase en medio de un ensueño. El hombre, al igual que el animal, procedía como si fuese conducido por una fuerza y una voluntad externas.

Durante otras dos horas el dromedario continuó avanzando, manteniendo imperturbable su raudo paso, siempre en dirección Este. En todo este tiempo el viajero no cambió de posición ni desvió la mirada una sola vez. En el desierto, la distancia no se mide por millas ni por leguas, sino por el *saat*, es decir hora, y el *manzil*, o parada; tres leguas y media corresponden a un *saat*, y entre 15 y 25 a un *manzil*…, pero estos son parámetros para un camello común; un animal de genuina sangre siria posee una velocidad y resistencia mayores, y es capaz de superar la velocidad del viento en condiciones normales. El paisaje, por consiguiente, iba cambiando muy de prisa. Ahora el Jebel se extendía hacia el Occidente, como una franja azul clara contra el horizonte. Se veía algún que otro promontorio de arcilla o arena endurecida. Aquí y allá se elevaba un grupo de rocas basálticas con sus redondas coronas, como vigías de la montaña entre las abrumadoras fuerzas de la desértica planicie; todo lo demás, sin embargo, era arena, en algunos sitios tan lisa como la de una playa concurrida, en otros amontonada en diminutos y ondulantes cerros, ora formando pequeñas y abruptas olas, ora copiando la encrespada apariencia del litoral después de una intensa marejada. También las condiciones atmosféricas habían cambiado. El sol, ya en lo alto, había dado buena cuenta de su porción mañanera de rocío y de niebla, y calentaba la brisa que acariciaba al viajero de la tienda; ahora sus rayos parecían cubrir el suelo de un leve y lechoso tinte blanco, mientras que el firmamento entero comenzaba a resplandecer.

Pasaron otras dos horas sin que el viajero se detuviese o se desviase de su curso. La vegetación había desaparecido por completo. La arena, tan encostrada en la superficie, que en algunos sitios había formado crujientes capas, se había convertido en soberana indiscutible. El Jebel ya se había perdido en la distancia, y ninguna otra señal era visible. La sombra, que antes había seguido a los viajeros, se inclinaba levemente hacia el Norte, y corría a la par con los objetos que la proyectaban. No había

todavía ningún indicio de que el viajero pensara detenerse, por lo cual su conducta se hacía cada vez más inexplicable.

Nadie, debemos recordarlo, se adentra en el desierto por el simple deseo de divertirse. Los senderos que los viajeros recorren por asuntos de negocios o por importantes razones personales, están salpicados con los huesos de innumerables seres que allí perdieron la vida, y que ahora permanecen como otros tantos hitos que recuerdan la dureza del desierto. Son así los caminos que conducen de un pozo a otro o de un pastizal a otro. Hasta el más veterano de los jeques siente que su corazón late más de prisa cuando de repente se encuentra en medio de un trecho que desconoce, solo y sin indicios de cómo recobrar el rumbo. De modo pues, que el hombre del cual nos ocupamos no efectuaba un viaje de placer; su actitud tampoco era la de un fugitivo, pues ni una sola vez se había dado la vuelta para mirar hacia atrás. En situaciones similares, el miedo y la curiosidad son las sensaciones más comunes; no ocurría así, empero, en el caso de este viajero. Cuando un hombre se siente solitario, suele condescender a cualquier compañía, por ínfima que sea: el perro se convierte en un camarada, el caballo puede ser un amigo, y no es motivo de vergüenza abrumarlos con caricias y con palabras cariñosas. El camello no disfrutó en absoluto de este tratamiento; no se le dirigió la palabra, no se le propinó una palmada afectuosa.



Exactamente a mediodía, el dromedario se detuvo por su propia cuenta y emitió aquel grito o gemido particularmente lastimero que utiliza su especie para protestar por una carga excesiva, y también a veces para reclamar atención y reposo. Al instante su amo se irguió, como si despertara de un profundo sueño, apartó las cortinas de su *houdah* —el peculiar compartimento—, escrutó el sol, examinó lenta y cuidadosamente la región circundante, como si pretendiese identificar un sitio determinado. Satisfecho de su inspección, tomó una larga bocanada de aire e hizo repetidas señales de afirmación con la cabeza, como si estuviese diciendo, «¡al fin, al fin!». Un momento después, cruzó las manos sobre el pecho, se inclinó reverentemente, y oró en silencio. Una vez cumplido su piadoso deber, se aprestó a apearse. De su garganta salió aquel sonido que sin duda habrían reconocido en sus tiempos los camellos favoritos de Job: ¡Ikh!, ¡ikh!, la orden de arrodillarse. El animal obedeció lentamente, sin dejar de refunfuñar. El jinete colocó entonces un pie sobre el esbelto cuello, y puso pie en la arena.



Capítulo II
El encuentro de los Reyes Magos

Visto de cuerpo entero, el viajero era un hombre de admirables proporciones, no excesivamente alto, pero sí bastante fuerte… Aflojando el cordel de seda que sujetaba el *kufiyeh* a la cabeza, echó hacia atrás los pliegues delanteros, hasta descubrir por completo su rostro, un rostro vigoroso de tez casi negra. No obstante, la frente baja y ancha, la nariz aguileña, las pupilas ligeramente alzadas, el cabello abundante, lacio, áspero, de un brillo casi metálico y que caía sobre las espaldas formando numerosas trenzas, denotaban su origen de manera irrefutable. Tal era el aspecto que presentaban los faraones y los últimos ptolomeos[1]; y ese mismo aspecto debió ofrecer Mizraim[2] padre de la raza egipcia. El hombre vestía un *kamis*, una camisa blanca de algodón, de mangas angostas, muy larga —llegaba hasta los tobillos—, abierta por delante con bordados a lo largo del cuello; sobre el *kamis* llevaba una capa de lana color marrón, llamada en nuestros días —como muy probablemente se llamaba también entonces— *aba*, una prenda exterior de largos faldones y mangas cortas, forrada en su parte interior por un material de algodón mezclado con seda, y bordeada por una franja de color amarillo opaco. Sus pies estaban protegidos por unas sandalias atadas por correíllas de cuero suave. Una faja ajustaba la camisa a la altura de la cintura. Resultaba bastante sorprendente, teniendo en cuenta que viajaba solo y que el desierto sirve de guarida a leopardos y leones, así como a seres humanos igualmente salvajes, que el hombre no portase arma alguna, ni siquiera el bastón curvo empleado para guiar a los camellos; por lo tanto podemos inferir que se trataba de una empresa pacífica y que el viajero era singularmente osado, o bien contaba con una protección extraordinaria.



El hombre tenía los miembros entumecidos pues el trayecto había sido largo y agotador; se frotó entonces las manos y comenzó a dar patadas al suelo y a caminar alrededor de su fiel servidor, cuyos lustrosos ojos se entrecenaban, denotando su alivio y satisfacción al poder rumiar tranquilamente su alimento. Con frecuencia, al terminar una de sus cortas vueltas, el hombre se detenía y protegiéndose con una mano del brillo del sol, oteaba el desierto hasta donde alcanzaba su vista; en cada ocasión, empero, al terminar la inspección su rostro se ensombrecía, como si acabara de sufrir una leve desilusión, con un gesto que hubiese permitido a un espectador astuto deducir que el viajero esperaba compañía, y que tal vez había concertado una cita. Al mismo tiempo, la curiosidad de ese hipotético espectador se aguzaría al tratar de concebir qué tipo de negocio podría exigir que la transacción se llevara a cabo en un sitio tan retirado de cualquier vestigio de civilización.

A pesar de la desilusión que el viajero podría sufrir en aquellos momentos, no cabe duda de que tenía plena confianza en que llegarían hasta allí las personas que esperaba. Prueba de ello es que se acercó a la litera y de la caja o compartimento en el lado opuesto a aquel que había ocupado durante el viaje, extrajo una esponja y una pequeña vasija de agua, que utilizó para lavar los ojos, el rostro y las fosas nasales del camello; terminada esta tarea, sacó del mismo sitio un paño circular, a rayas blancas y rojas, un manojo de varas y un bastón alto y grueso. Este último, después de cierta manipulación, resultó ser un ingenioso dispositivo compuesto por una serie de varillas, unas dentro de otras, que unidas y desplegadas formaban un poste un poco mayor que la altura de un hombre, y que servía como soporte



central para una tienda de campaña. Una vez plantado el poste y dispuestas las varas a su alrededor, colocó entre unas y otras el enorme paño circular, y se encontró literalmente en casa…, una casa mucho más pequeña que la residencia de un emir o de un jeque, pero su réplica exacta en todos los aspectos. De nuevo fue hasta la litera, y trajo un tapete cuadrado, con el cual cubrió el suelo de la tienda. Al terminar, se apartó un poco, y una vez más, con mayor cuidado aún y con ojos más ansiosos, observó la región circundante. Con excepción de un chacal distante y de un águila que volaba hacia el golfo de Akaba[3], no había señal de vida ni en la llanura ni en el cielo.

Se volvió hacia el camello y le dijo en voz baja y en una lengua que no era del desierto:

—Estamos lejos de casa, ¡oh tú que corres parejo con el viento…!, estamos lejos de casa, pero Dios está con nosotros. Seamos pacientes.

En seguida sacó un puñado de habas de un bolsillo interno de su silla y las colocó en una talega pequeña que colgó del hocico del animal; cuando comprobó que el buen servidor daba cuenta del alimento con evidente fruición, se dio media vuelta y de nuevo escrutó aquel universo de arena, que parecía empañado por el resplandor del sol canicular.

—Vendrán —dijo calmadamente—. Aquel que me guía también les guía a ellos. Me ocuparé de los preparativos.

De las bolsas que colgaban del interior de la tienda y de una cesta de mimbre extrajo lo necesario para una comida: una especie de fuentes fabricadas con fibra de palma tupidamente entrelazadas; vino en unas cantimploras revestidas de cuero; carne de cordero ahumada; granadas sirias; dátiles de El Shelebei de exquisito sabor, cultivados en los *nakhil* o huertos de palmeras de Arabia Central; un rico queso, similar a las *rebanadas de leche cuajada* del rey David; y un pan con levadura, comprado en la panadería de la ciudad. Después de llevar todo esto hasta la entrada de la tienda, el viajero lo dispuso cuidadosamente sobre el tapete. Como preparativo final, al lado de las provisiones colocó tres retazos de seda, que la gente refinada de Oriente utilizaba para cubrir las rodillas de los comensales, una indicación del número de personas que iban a participar de este refrigerio.

Todo estaba dispuesto. El hombre abandonó entonces la tienda, y he aquí que a lo lejos alcanzó a ver una pequeña mancha oscura que rompía la monotonía del desierto. Se quedó inmóvil, clavado en el suelo; sus ojos se dilataron, y toda su piel se erizó, como si acabase de ser tocado por algo sobrenatural. La mancha comenzó a crecer, se hizo tan grande como una

mano y paulatinamente fue adquiriendo proporciones discernibles. Un rato después apareció a su vista una copia de su propio dromedario, un animal alto y blanco que portaba sobre sus lomos un *houdah*, la litera de viajes del Indostán[4]. Al punto, el egipcio cruzó las manos sobre el pecho y elevó los ojos al cielo.

—Solo Dios es grande —exclamó, con los ojos llenos de lágrimas y el corazón colmado de asombro.

El desconocido continuó aproximándose hasta que al fin se detuvo. En aquel momento, también él parecía estar despertando de un sueño. Contempló el camello arrodillado sobre la arena, la tienda, y el hombre que reverentemente esperaba junto a la entrada. Cruzó entonces las manos, inclinó la cabeza y oró en silencio. Luego descendió del cuello de su dromedario a la arena y avanzó hacia el egipcio al tiempo que el egipcio avanzaba hacia él. Se miraron brevemente y acto seguido se abrazaron, es decir, cada uno llevó su mano derecha hasta el hombro del otro y la izquierda hasta su costado, apoyando el mentón sobre el lado izquierdo del pecho y un instante después sobre el derecho.

—¡La paz sea contigo, oh servidor del Dios verdadero! —dijo el desconocido.

—¡Y contigo, oh hermano en la fe verdadera!; sea contigo la paz y seas bienvenido —replicó el egipcio con fervor.

El recién llegado era alto y delgado; su rostro era angosto, sus ojos hundidos, blancos su cabello y su barba, y el tinte de su tez era bronceado, parecido al color de la canela. Tampoco portaba armas. Su indumentaria era la propia del Indostán; sobre la cabeza llevaba un chal que enrollado en numerosos pliegues formaba un turbante; el traje que le cubría el cuerpo era del mismo estilo del que vestía el egipcio, salvo que el *aba* era más corto, dejando a la vista unos calzones de amplio vuelo, ceñidos a la altura de los tobillos. En lugar de sandalias, calzaba unas babuchas puntiagudas de cuero rojizo. Excepto las babuchas, toda su vestimenta, de la cabeza a los pies, era de lino blanco. La apariencia de aquel hombre era elevada, majestuosa, severa. Visvamitra, el más grande de los héroes ascéticos de la Ilíada del Oriente[5], tendría en él un perfecto representante. Podría haber sido considerado un ser empapado de la sabiduría de Brahma[6] —encarnación de la devoción—. En sus ojos, empero, se encontraba la prueba de su condición humana; cuando separó su rostro del pecho del egipcio, sus ojos resplandecían con lágrimas.

—¡Solo Dios es grande! —exclamó entonces.



—¡Y alabados sean aquellos que le sirven! —respondió el egipcio, sorprendido por la paráfrasis de su propia exclamación—. Pero esperemos —añadió—, esperemos, porque ya el otro se ve a lo lejos.

Miraron hacia el Norte, donde ya era perfectamente visible un tercer camello, tan blanco como los otros, que avanzaba dando bandazos hacia uno y otro lado, al igual que una nave entre el oleaje. Esperaron, uno junto al otro, hasta que el tercer viajero llegó, desmontó y se acercó a ellos.

—¡La paz sea contigo! —pronunció mientras abrazaba al hindú.

—¡Hágase la voluntad de Dios! —contestó el hindú.

El que había llegado el último era por completo diferente de sus compañeros; su figura era más pequeña; su tez blanca; un manojo de ondeante cabello claro semejaba una corona perfecta para su pequeña pero hermosa cabeza; la calidez de sus ojos de un azul muy oscuro eran testimonio de una mente delicada y una naturaleza cordial y valiente. Llevaba la cabeza cubierta y no traía armas de ninguna especie. Bajo los pliegues del manto tirio[7] que vestía con una gracia natural, aparecía una túnica de mangas cortas y cuello bajo, recogida alrededor de la cintura por una faja y extendiéndose casi hasta las rodillas, pero dejando al descubierto el resto de las piernas, los brazos y el cuello. Un par de sandalias protegían sus pies. Cincuenta años, quizá más, habían cumplido su curso en la persona de este hombre, sin otro efecto aparente que el de matizar sus ademanes con cierta gravedad y atemperar sus palabras con una mayor reflexión y prudencia. La disposición física y la claridad de su alma permanecían intactas. A un lector avezado no habría necesidad de decirle cuál era el origen de este tercer viajero; si no procedía directamente de la estirpe de Atenea[8], con seguridad que sus antepasados sí.

Cuando sus brazos se separaron del egipcio, dijo este con voz trémula:

—El Espíritu me trajo aquí el primero, por lo cual sé que he sido elegido para servir a mis hermanos. La tienda ya está levantada, y el pan está listo para ser cortado. Permitid que cumpla con mi tarea.

Tomando de la mano a los otros dos, los condujo al interior de la tienda, les retiró las sandalias y lavó sus pies; luego vertió agua sobre sus manos y las secó con una especie de servilleta.

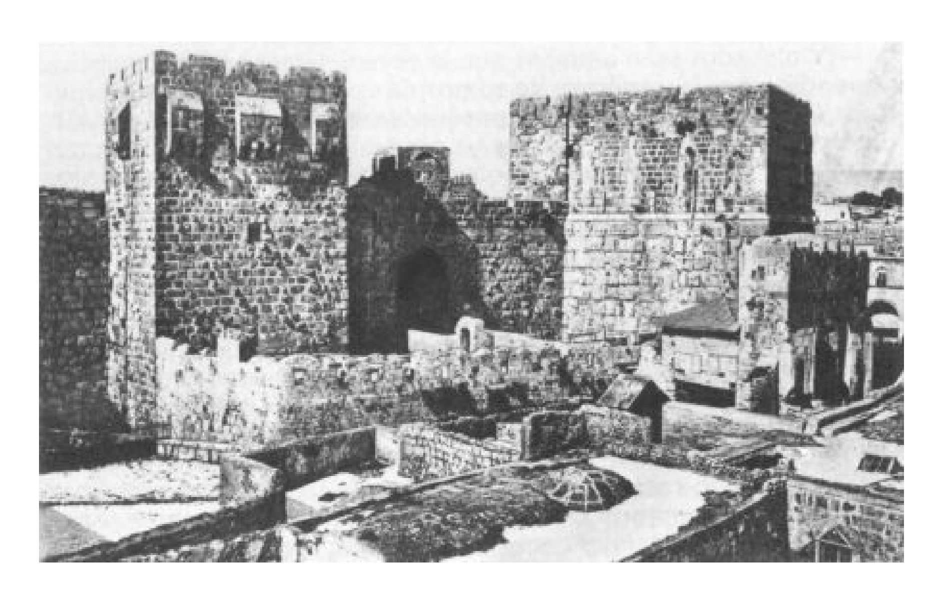
Después de lavarse también él las manos, dijo:

—Cuidemos de nosotros, hermanos, como lo requiere nuestro cometido, y procedamos a comer, de modo que tengamos fuerzas para las tareas que aún nos quedan para el día de hoy. Mientras comemos, podremos enterarnos quién es cada uno de nosotros y de dónde venimos y cómo nos llamamos.

Les llevó entonces hasta donde estaban los alimentos y les hizo sentar de modo que quedasen uno frente a otro. Simultáneamente las cabezas se inclinaron, las manos se cruzaron sobre los pechos y, al tiempo, dijeron esta sencilla oración de gracias:

—¡Padre de todos, oh Dios! Lo que aquí tenemos viene de ti; recibe nuestra gratitud y bendícenos para que podamos seguir cumpliendo tu voluntad.

Al decir la última palabra, levantaron los ojos y se miraron asombrados. Cada uno de ellos había hablado en un idioma que los otros dos no habían escuchado jamás y, sin embargo, los tres entendieron perfectamente lo que se decía. Sus almas se estremecieron con emoción divina, pues gracias a este milagro, reconocían la Presencia Divina.



Capítulo III
Habla el ateniense: Fe

Para decirlo en el estilo de la época, el encuentro que se acaba de describir tuvo lugar en el año 747 de la era romana[1]. Era el mes de diciembre, y el invierno reinaba en todas las regiones al oriente del Mediterráneo. Aquellos que viajan por el desierto durante esa estación no llegan muy lejos antes de ser acosados por un voraz apetito. El grupo que se hallaba bajo la pequeña tienda no era una excepción a la regla. Tenían hambre y comieron de buena gana; y, después del vino, comenzaron a hablar.

—Para un viajero en una tierra extraña nada es tan dulce como escuchar su nombre de labios de un amigo —dijo el egipcio, asumiendo que presidiría la colación—. Nos esperan muchos días juntos. Hora es de que nos conozcamos. De modo que, si os parece bien, aquel que llegó el último será el primero en hablar.

Al principio lentamente, como alguien que tiene mucho cuidado de lo que dice, habló el griego.

—Lo que he de decir, hermanos míos, es tan extraño que apenas sé dónde empezar ni sé muy bien lo que podría deciros de manera coherente. Yo mismo no lo entiendo todavía. De lo único que estoy seguro es de que estoy obedeciendo una voluntad superior, y que su ejecución es un éxtasis constante. Cuando pienso en el propósito que debo cumplir, se despierta en mí un gozo tan inexplicable, que estoy seguro de que se trata de la voluntad de Dios.

El buen hombre tomó una pausa, incapaz de proseguir, mientras los otros, como demostrando que comprendían y compartían sus sentimientos, bajaron la vista.

—Muy al oeste de aquí —recomenzó—, existe una tierra que nunca podrá ser olvidada; aunque solo fuese porque el mundo ha contraído con ella una

gran deuda y porque la deuda consiste en cosas que conceden al hombre sus placeres más puros. Nada diré de las artes, nada de la filosofía, de la elocuencia, de la poesía, de la guerra: ¡oh, hermanos!, suya es la gloria que debe brillar por siempre en letras indelebles, por medio de las cuales Aquel que vamos a encontrar y a proclamar ha de ser conocido en todo el orbe. La tierra de la cual estoy hablando es Grecia. Yo soy Gaspar, hijo de Cleantes, el ateniense[2].

—Mi gente —continuó—, se entregó por completo al estudio, y de ellos heredé la misma pasión. Ocurre que de los dos más grandes entre los muchos filósofos, uno enseña la doctrina de que existe un alma en cada hombre, y que se trata de un alma inmortal; y el otro la doctrina de un solo Dios, infinitamente justo. De entre la multitud de temas acerca de los cuales disputaban las escuelas, separé estos dos, como los únicos que merecían el esfuerzo de hallar una solución, pues me pareció que existía una relación aún desconocida entre Dios y el alma. En lo que respecta a este tema, la mente es capaz de razonar hasta cierto punto, donde choca con un muro, macizo, infranqueable; llegados a ese punto, solo queda detenerse y pedir ayuda a gritos. Así lo hice; pero ninguna voz vino hacia mí desde el otro lado del muro. Desesperado, me aparté de las ciudades y de las escuelas.

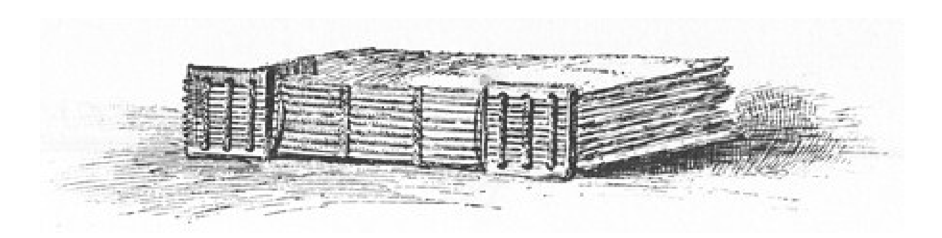
Al escuchar estas palabras una grave sonrisa de aprobación iluminó la cara macilenta del hindú.

Al norte de mi país, en Tesalia[3] —continuó diciendo el griego—, existe un monte famoso por albergar a los dioses, y donde tiene su morada Zeus, a quien mis compatriotas creen supremo. Olimpo es el nombre de ese monte. Hacia allá me encaminé. Encontré una caverna en una colina, en el punto en que la montaña, que proviene del Oeste, dobla hacia el Sureste; allí habité, entregándome a la meditación…, no; debo decir mejor que me entregué a esperar aquello que convertía cada respiro en una plegaria…, a esperar una revelación. Creía en un Dios, invisible y sin embargo supremo y también creía posible que si anhelaba con toda mi alma una manifestación suya, se apiadaría de mí y me daría una respuesta.

—¡Y así lo hizo, así lo hizo! —exclamó el hindú, levantando sus manos del lienzo de seda que cubría su regazo.

—Prestad atención, hermanos —dijo el griego, haciendo un esfuerzo por calmarse—. Desde la puerta de mi caverna se contempla un brazo de mar; del Golfo Termaico. Un día vi que un hombre caía desde la cubierta de un barco que surcaba las aguas. Nadó hasta la costa. Yo lo acogí y cuidé de él. Era judío, instruido en la historia y los preceptos de su pueblo; por él vine a saber

que existía en efecto el Dios de mis plegarias, y que por mucho tiempo había sido el legislador, gobernador y soberano de su gente. ¿Qué otra cosa podía ser aquello que la revelación que yo soñaba? Mi fe no había resultado infructuosa; ¡Dios me había respondido!



—Como hace con todos aquellos que claman su nombre con tal fe —dijo el hindú.

—Pero ¡ay! —añadió el egipcio—. ¡Cuán pocos son lo suficientemente sensatos para comprender que Él les ha respondido!

—Eso no es todo —prosiguió el griego—. El hombre que de tal modo me había sido enviado me dijo aún más. Afirmó que los profetas, quienes en la época que siguió a la primera revelación caminaban junto a Dios y hablaban con Él, habían declarado que volvería de nuevo. Me dijo el nombre de los profetas, y siguiendo los libros sagrados los citó con sus propias palabras. Me dijo, además, que la segunda venida estaba cercana, que se le esperaba en Jerusalén en cualquier momento.

El griego tomó una pausa; disminuyó el resplandor de su rostro.

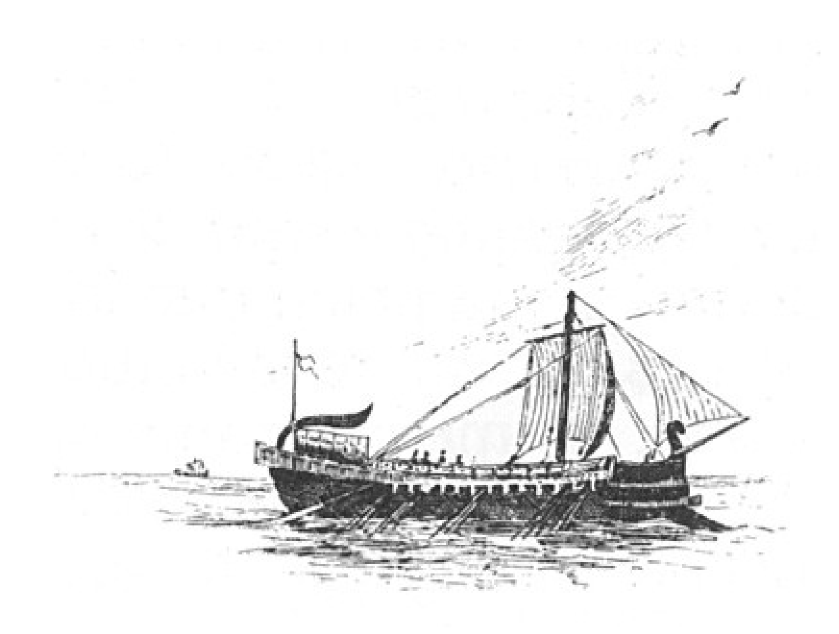
—Cierto es —dijo después de un instante—, que el hombre explicó que ese Dios y esa revelación habían sido solamente para los judíos, y así sería de nuevo. Aquel que había de venir sería el Rey de los Judíos. «¿Nada tiene para el resto del mundo?», pregunté. «No», fue su respuesta, con manifiesto orgullo en la voz: «No, nosotros somos su pueblo elegido». La respuesta no abatió mi esperanza. ¿Qué razón tendría un Dios así para limitar su amor y su beneficencia a una tierra, y por así decirlo, a una familia? Con todo el corazón me propuse averiguarlo.

—Finalmente conseguí franquear el orgullo del hombre y me enteré de que sus padres solo habían sido sirvientes elegidos para preservar la Verdad, para que el mundo al fin pudiera conocerla y salvarse. Cuando el judío se marchó y otra vez quedé solo, purifiqué mi corazón con una nueva plegaria: que cuando llegase ese Rey me fuese permitido verlo y venerarlo. Una noche estaba sentado junto a la puerta de mi caverna tratando de acercarme a los misterios de la existencia, cuyo conocimiento equivale al conocimiento de Dios, cuando de repente vi, en el mar que se extendía allá abajo, o mejor en la

oscuridad que cubría su superficie, una estrella que comenzaba a arder; lentamente se elevó, se hizo más grande, y se detuvo en la cima de la colina, sobre el sitio en que estaba mi puerta, de manera que su luz me bañaba de lleno. Caí al suelo, me quedé dormido, y en el sueño escuché una voz que me decía:

«¡Oh Gaspar! Tu fe ha triunfado. ¡Bendito seas! Con otros dos, provenientes de los extremos más distantes de la tierra, podrás ver a Aquel que te ha sido prometido y dar testimonio en nombre suyo. Cuando llegue la mañana, levántate, y ve al encuentro de los otros dos y mantén tu fe en el Espíritu que te ha de guiar».

—Y al llegar la mañana me desperté con el Espíritu, sintiendo en mi interior una luz que sobrepasaba la del sol. Me despojé de mis vestiduras de ermitaño y me vestí como antes. Saqué de su escondite un tesoro que había traído de la ciudad. Cuando vi pasar una nave, le hice señas de que se detuviese, fui subido a bordo y en ella viajé hasta Antioquía. Compré allí el camello y los aneos. A través de los jardines y los huertos que adornan las riberas del Orontes, viajé a Emesa, Damasco, Bostra y Filadelfia[4], y proseguí hasta llegar aquí. Así, pues, hermanos, habéis escuchado mi historia. Permitidme que escuche la vuestra.



Capítulo IV

Discurso del hindú: Amor

El egipcio y el hindú se miraron; el primero hizo un gesto con la mano; el segundo se inclinó y comenzó a hablar.

—Bien ha hablado nuestro hermano. Ojalá mis palabras sean igual de sabias.

Hizo una breve pausa para reflexionar y luego recomenzó:

—Podéis llamarme, hermanos, por el nombre de Melchor. Os hablo en una lengua que, si no es la más antigua del mundo, al menos fue la primera en ser escrita. Me refiero al sánscrito[1] de la India. Yo soy hindú de nacimiento. Mi gente fue la primera en explorar los campos del conocimiento, la primera en dividirlos, la primera en embellecerlos. Sea lo que sea que ocurra en el futuro, los cuatro Vedas no pueden olvidarse, ya que son ellos las fuentes primordiales de la religión y de la inteligencia provechosa. De ellos se derivaron los Upa-Vedas, enviados por Brahma, que tratan de la medicina, la arquería, la arquitectura, la música y las sesenta y cuatro artes mecánicas; los Ved-Angas, revelados por inspirados santos y dedicados a la astronomía, la gramática, la prosodia, la pronunciación, los conjuros y encantamientos, los ritos religiosos y las ceremonias; los Up-Angas, escritos por el sabio Vyasa y consagrados a la cosmogonía, la cronología y la geografía; también están el *Ramayana* y el *Mahabharata*, poemas heroicos destinados a la perpetuación de nuestros dioses y semidioses. Estos, ¡oh hermanos!, son los grandes Sastras, o libros de las sagradas ordenanzas. Ellos han dejado de existir para mí; sin embargo me servirán para ilustrar, remontándonos en el tiempo, las primeras expresiones del genio de mi raza. Los Sastras eran promesas de perfección inmediata. Os preguntáis ¿por qué fallaron las promesas? ¡Ay!, los

mismos libros cerraron todas las puertas del progreso. Bajo el pretexto de velar por el ser viviente, sus autores impusieron el principio fatal de que el hombre no debía ocuparse del descubrimiento o la invención, ya que el Cielo lo había provisto de todas las cosas necesarias. Cuando esa condición pasó a ser una ley sagrada, la lámpara del genio hindú fue arrojada al fondo de un pozo y desde entonces solo ha iluminado murallas estrechas y aguas estancadas.

—Estas alusiones, hermanos, no son producto del orgullo, como bien comprenderéis cuando os explique que los Sastras predican un Dios supremo llamado Brahma, y también que los puranas o poemas sagrados de los Up-Angas nos hablan de la virtud y de las buenas acciones y del alma. Por eso, si mi hermano me permite relatarlo —continuó, haciendo una respetuosa reverencia al griego— mucho antes de que se tuviera conocimiento de su gente, esas dos grandes ideas, Dios y el alma, habían absorbido todas las fuerzas de la mente hindú. Para ir aún más lejos, dejadme decir que en los libros sagrados se habla de Brahma como de una trinidad: Brahma, Visnú y Siva[2]. De Brahma se dice que fue el creador de nuestra raza, y que en el transcurso de la creación la dividió en cuatro castas. Primero colonizó los mundos inferiores y los cielos superiores; luego preparó la tierra para los espíritus terrenales; después extrajo de su boca la casta de los brahmanes, la más semejante a él mismo, la más elevada y la más noble de las castas, y los únicos maestros de los Vedas, los cuales simultáneamente habían brotado de sus labios, completos, perfectos, con todos los conocimientos necesarios. De sus brazos fluyeron luego los Kshtriya o guerreros; de su pecho, la fuente de la vida, salieron los Vasya o productores —pastores, granjeros, comerciantes —; de su pie, en señal de degradación, surgieron los Sudra, o serviles, predestinados a cumplir las labores domésticas para las otras clases —siervos, lacayos, obreros, artesanos—. Tomad nota, además, que esa ley que nacía con ellos prohibía que un hombre perteneciente a una casta se convirtiese en miembro de otra; un brahmán no podía entrar en una orden inferior; si violaba las leyes de su propia condición se convertía en un paria, un descastado, ignorado por todos con excepción de otros descastados como él.



Al llegar a ese punto, la imaginación del griego, proyectándose hacia las posibles consecuencias de tal degradación, fue aún más poderosa que su curiosidad por continuar escuchando el relato, y exclamó:

—En semejante estado, ¡oh hermanos!, ¡qué enorme necesidad de tener un Dios amoroso!

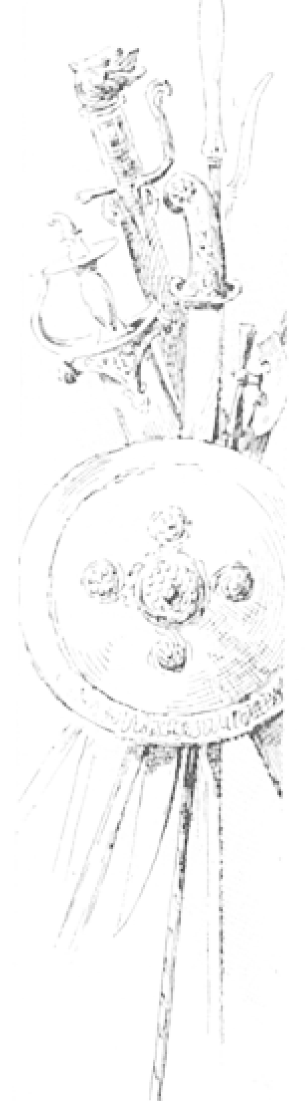
—Sí —agregó el egipcio—, de un Dios amoroso como el nuestro.

Las cejas del hindú se fruncieron dolorosamente; una vez que pasó la emoción, continuó en un tono de voz más suave.

—Soy brahmán de nacimiento. Mi vida, por consiguiente, estaba ordenada hasta la más mínima de las acciones, desde el primero hasta el último minuto. Mi primera comida, mi bautizo con un nombre compuesto, la primera vez que fui llevado para ver el sol, mi investidura de un cordón triple por el cual me convertía en uno de los hombres dos veces nacido, mi entrada en el primer orden…, todas esas ocasiones fueron celebradas con la lectura de textos sagrados y con precisas ceremonias. No podía caminar, comer, beber o dormir sin correr el peligro de violar alguna regla. ¡Y el castigo, hermanos, el castigo recaería en mi alma! Dependiendo de los grados de omisión, mi alma iría a uno de los cielos —Indra[3], el más bajo, o Brahma, el más alto—, o bien sería rebajada para convertirse en un gusano, una mosca, un pez o una bestia. La recompensa por un acatamiento perfecto era la Beatitud, o la absorción dentro del ser de Brahma, que más que existencia era un reposo absoluto.

El hindú se concedió unos instantes de reflexión, y luego continuó:

—La parte de la vida de un brahmán que recibe el nombre de primer orden es su vida de estudiante. Cuando yo estaba listo para entrar al segundo orden, es decir cuando estaba listo para casarme y convertirme en un jefe de familia, empecé a dudar y a hacerme preguntas sobre todas las cosas, incluyendo al mismo Brahma; fui considerado un hereje. Desde las profundidades del pozo había descubierto una luz en lo alto, y estaba ansioso por ascender y descubrir qué campos iluminaba. Por fin —¡ah, después de tantos años de sufrimiento!— me encontré en la plena luz del día y contemplé



el principio de la vida, el elemento de la religión, y el vínculo entre el alma y Dios: ¡El Amor!

El rostro arrugado de aquel buen hombre se animó visiblemente, y con fuerza apretó sus manos. Sobrevino un silencio, durante el cual los otros se quedaron mirándolo, el griego con los ojos velados por lágrimas. Al cabo de un rato, el hindú siguió hablando:

—La felicidad del amor radica en la acción; su prueba consiste en lo que uno está dispuesto a hacer por los demás. No me era posible descansar. Brahma había llenado el mundo con tanta maldad. Los Sudras recurrían a mí; también lo hacían incontables devotos y víctimas. La isla de Ganga Lagor se encuentra en el sitio donde las sagradas aguas del Ganges[4] desaparecen en el Océano Indico. Hacia allá me dirigí. Pensé hallar reposo entre los muros del templo construido allí en honor del sabio Kapila, uniendo mis oraciones a las de los discípulos suyos que frecuentan el lugar para honrar su santa memoria[5]. Pero dos veces al año llegaban peregrinaciones de hindúes buscando la purificación en las aguas. Su desgracia fortalecía mi amor. Ante el impulso vehemente de hablar, tenía que apretar las mandíbulas, pues una sola palabra en contra de Brahma, de la Trinidad o de los Sastras, sería mi perdición; un acto de generosidad con los brahmanes descastados que de vez en cuando se arrastraban hasta allí para morir sobre las arenas ardientes —impartirles una bendición, regalarles un vaso de agua —, sería suficiente para convertirme en uno de ellos, debiendo abdicar de mi familia, mi nación, mis privilegios y mi casta. ¡El amor se impuso! Hablé a los discípulos en el templo y me expulsaron. Hablé a los peregrinos, y a pedradas me echaron de la isla. Intenté predicar en los caminos, pero mis oyentes huían de mí o trataban de darme muerte. Finalmente, no había en toda la India un lugar en el cual pudiese encontrar la paz y seguridad, ni siquiera entre los mismos descastados, pues a pesar de haber caído en desgracia, seguían creyendo en Brahma. En mi desesperación busqué un lugar solitario para esconderme de todos excepto de Dios. Remonté el Ganges hasta sus fuentes, en lo alto de los Himalayas. Cuando llegué al desfiladero de

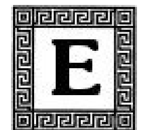
Hurdwar[6], donde el río, de una blancura inmaculada, se precipitaba hacia un nuevo curso a través de las fangosas tierras bajas, oré por mi raza y sentí que la había perdido para siempre. Atravesando cañones, farallones, glaciares, escalando picos que parecían alcanzar la altura de las estrellas, seguí mi camino hacia el Lang Tso[7], un lago de belleza maravillosa, dormido a los pies del Tise Gangri, el Gurla y el Kailas Parbot, gigantes que exhiben en aquellas alturas sus coronas de nieve sempiterna. Allí, en el centro de la tierra, donde el Indo, el Ganges y el Bramaputra brotan y se preparan a seguir sus cursos diferentes; donde el ser humano tuvo su primera morada, y se dividió para poblar el mundo, dejando como testimonio a Balk, la madre de las ciudades; donde la naturaleza, de regreso a su condición primitiva, complacida en aquella inmensidad, invita al sabio y al desterrado, prometiéndole seguridad a uno y soledad al otro…, allí, en ese sitio, llegué para vivir a solas con Dios, orando, ayunando, esperando la muerte.

De nuevo le falló la voz al hindú; apretó entonces las manos vigorosamente, y continuó:

—Una noche caminaba por las orillas del lago, preguntándole al expectante silencio, «¿cuándo vendrá Dios y reclamará lo suyo?; ¿acaso no habrá redención?», cuando, de repente, una luz comenzó a brillar trémulamente sobre la superficie del agua; poco después se levantó una estrella y avanzó hacia mí hasta colocarse sobre mi cabeza. Su brillo me aturdió y caí al suelo. Mientras me encontraba postrado en la tierra, escuché una voz de infinita dulzura que decía: «¡El amor ha triunfado! ¡Bendito seas, oh hijo de la India! La redención se aproxima. Con otros dos, provenientes de distantes sitios del orbe, habréis de ver al Redentor y ser testigos de su llegada. Al despuntar la mañana ve a buscarlos y deposita toda tu confianza en el Espíritu que os guiará». Y desde entonces la luz ha permanecido conmigo, de modo que he comprendido que se trataba de la presencia visible del Espíritu. En la mañana me encaminé hacia el mundo por la misma ruta por la que había llegado. En una grieta en la montaña encontré una piedra de enorme valor, que luego vendí en Hurdwar. Por Lahore, Kabul y Yezd, llegué a Isfaján[8]… Al llegar compré un camello, y continué solo y sin temor puesto que el Espíritu estaba conmigo y todavía lo está. ¡Qué gloria nos ha correspondido, hermanos! Hemos de ver al Redentor…, hablar con Él… adorarlo. He terminado.



Capítulo V
La historia del egipcio: Buenas Acciones

l griego, vivaz por naturaleza, rompió en expresiones de júbilo y felicitación; después de aquellas efusiones dijo el egipcio con su característica gravedad:

—Te saludo, hermano. Has sufrido mucho, y yo me regocijo con tu triunfo. Si a ambos os place escucharme, os contaré quién soy y de qué manera fui llamado. Esperad un instante.

Salió un momento para cuidar de sus camellos, y al regresar ocupó de nuevo su sitio.

—Vuestras palabras, hermanos, provienen del Espíritu —dijo—. Y el Espíritu me ha permitido comprenderlas. Cada uno de vosotros se ha referido de manera especial a su país; en ello había un elevado designio que me propongo explicar, pero para que sea completa la interpretación, dejadme que hable primero de mí mismo y de mi gente. Yo soy Baltazar el egipcio.

Las últimas palabras fueron dichas quedamente, pero con tal dignidad, que ambos oyentes se inclinaron en señal de respeto.

—Son numerosas las distinciones que podría reclamar para mi raza —continuó—, pero me contentaré con nombrar una sola: La Historia comienza con nosotros. Fuimos los primeros en perpetuar eventos, dejando constancia de ellos. Por eso no tenemos tradiciones, y en lugar de palabras poéticas, ofrecemos la certeza de los hechos. Sobre las fachadas de palacios y templos, en la superficie de los obeliscos, en las murallas interiores de las tumbas, escribimos los nombres y los hechos de nuestros reyes; y confiamos al delicado papiro la sabiduría de nuestros filósofos y los secretos de nuestra religión…, todos los secretos excepto uno, del cual quisiera hablaros. Más antiguo que los Vedas de Para-Brahma o los Up-Angas de Vyasa, ¡oh Melchor!, más antiguo que los cantos de Homero o la metafísica de Platón, ¡oh mi Gaspar!, más antiguo que los sagrados libros de reyes de los pueblos de la China, o los de Siddharta, el hijo de la hermosa Maya; más antiguo que el Génesis de Moisés el hebreo…, el más antiguo de todos los testimonios dejados por el ser humano es el conjunto de escritos de Menes, nuestro primer rey[1].

Deteniéndose un instante, Baltazar fijó amablemente sus enormes ojos sobre el griego y dijo:

—En los albores de la Hélade[2], ¡oh Gaspar!, ¿quiénes fueron los maestros de sus maestros?

El griego inclinó la cabeza sonriendo.

—Gracias a aquellos escritos —continuó diciendo Baltazar— sabemos que cuando nuestros antepasados vinieron del lejano Oriente, de la región donde nacen los tres ríos sagrados, del centro de la tierra, el antiguo Irán del cual hablabas, ¡oh Melchor!, traían consigo la historia del mundo antes del Diluvio, y la del propio Diluvio, tal como había sido relatada a los arios por los hijos de Noé. Predicaban un Dios, creador del mundo y principio de todo, y creían que el alma era inmortal, al igual que Dios. Cuando hayamos cumplido felizmente con el deber que ahora nos llama, y si deseáis venir conmigo, os enseñaré la biblioteca sagrada de nuestros sacerdotes, y entre otros el *Libro de los Muertos*[3], en el cual se encuentra el ritual que debe observar el alma después de que la Muerte la ha puesto en camino para su viaje hacia el sitio donde ha de ser juzgada. Las ideas de Dios y el alma inmortal fueron concebidas por Mizraim en el desierto, y por medio de él llegaron a orillas del Nilo. Se encontraban entonces en un estado de pureza, y eran muy fáciles de comprender, como siempre ocurre con aquello que Dios dispone para nuestra felicidad. Asimismo ocurrió con la primera expresión de devoción: una canción y una simple plegaria, como era natural en un alma regocijada, esperanzada, y llena de amor por su Creador.

En este punto, el griego elevó las manos clamando:

—¡Ah, la luz penetra en mí!

—¡Y en mí! —dijo el hindú con idéntico fervor.

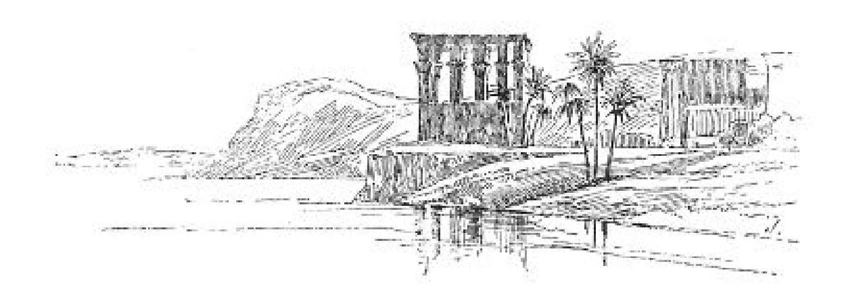
El egipcio los miró con expresión benigna, y continuó diciendo:

—La religión es sencillamente la ley que une al hombre con su Creador; en su estado más puro, solo consta de estos elementos: Dios, el alma, y su mutuo reconocimiento, a partir de los cuales, si son puestos en práctica, brotan la Veneración, el Amor y la Recompensa. Esta ley, como todas las otras de origen divino —por ejemplo, aquella que une a la tierra con el sol— fue perfeccionada desde el comienzo de las cosas por su autor. Así, hermanos, era la religión de la primera familia; así era la religión de nuestro padre Mizraim, quien no pudo haber sido ciego ante la fórmula de creación, que en ninguna parte ha sido tan discernible como en la fe primera y en las más tempranas expresiones de veneración. La perfección es Dios y la simplicidad

es la perfección. La maldición de las maldiciones es que el hombre tergiverse verdades como estas.

El egipcio se detuvo, como si estuviese considerando la manera en que debía proseguir.

—Muchas naciones han amado las dulces aguas del Nilo —dijo al cabo de un rato—; los etíopes, los pali-putra[4], los hebreos, los asirios, los persas, los macedonios… Todos ellos, con excepción de los hebreos, han tomado posesión de él en alguna ocasión. El paso de tantos pueblos corrompió la antigua fe de Mizraim. El Valle de las Palmas se convirtió en el Valle de los Dioses. El ser supremo fue dividido en ocho personas, cada una de las cuales encarnaba un principio creativo de la naturaleza, con Ammón-Ra[5] a la cabeza. Más tarde fueron inventadas Isis y Osiris[6] y todo su círculo, que representaban el agua, el fuego, el aire y otras fuerzas. La multiplicación continuó aún más lejos, hasta que tuvimos un nuevo orden derivado de cualidades humanas tales como la fuerza, el conocimiento, el amor y así sucesivamente.

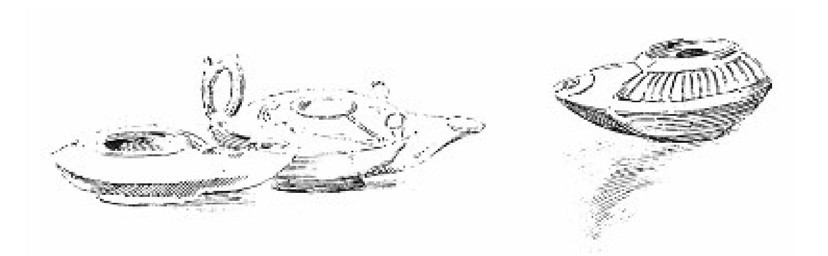


—¡En todo lo cual se repite el antiguo desatino! —se lamentó el griego impulsivamente—. Solo las cosas fuera de nuestro alcance permanecen tal como vinieron a nosotros.

El egipcio hizo una reverencia y continuó:

—Todavía falta un poco, hermanos míos, todavía falta un poco antes de llegar a mi historia. Aquello hacia lo cual nos dirigimos, parecerá aún más sagrado en comparación con lo que es y lo que ha sido. Los testimonios escritos muestran que Mizraim encontró el Nilo en posesión de los etíopes, quienes desde entonces se dispersaron por todo el desierto africano. Eran los etíopes un pueblo de inmenso y fantástico genio, totalmente entregados a la adoración de la naturaleza. El poético persa hacía sacrificios al sol, considerándolo la imagen más perfecta de Ormuz[7], su dios; los devotos hijos del lejano Oriente esculpían sus deidades en la madera y el marfil; los etíopes, empero, sin escritura, sin libros, sin habilidades mecánicas de ninguna clase, apaciguaban su alma con la adoración de animales, pájaros e insectos,

consagrando el gato a Ra, el toro a Isis, el escarabajo a Ptah[8]. Una prolongada lucha en contra de su burda fe terminó cuando ella fue adoptada como la religión del nuevo imperio. Se erigieron entonces los gigantescos, abrumadores monumentos que se yerguen a orillas del río y en el desierto: obeliscos, laberintos, pirámides y tumbas de reyes, junto a tumbas de cocodrilos. ¡En tan profunda degradación, oh hermanos, cayeron los hijos de los Arios!



En este punto, por primera vez, la tranquilidad del egipcio lo abandonó: aunque su semblante permaneció impasible, su voz se alteró.

—No despreciéis demasiado a mis compatriotas —continuó después de un momento—. No todos ellos olvidaron a Dios. Como os decía hace un rato, bien recordaréis, confiamos al papiro todos los secretos de nuestra religión, excepto uno, del cual os hablaré en seguida. Alguna vez tuvimos como monarca a un faraón que se prestó a toda suerte de cambios e innovaciones. Con el propósito de establecer un nuevo sistema, se propuso conseguir que la gente olvidara por completo las antiguas creencias. En ese entonces, los hebreos habitaban con nosotros, sirviendo como esclavos. A pesar de los esfuerzos del Faraón, continuaron firmes en la creencia a su Dios, y cuando la persecución se hizo intolerable, fueron liberados de una manera que nunca podrá ser olvidada. Me baso ahora en las crónicas escritas. Moisés el hebreo vino a palacio y pidió permiso para que los esclavos, que ya llegaban a varios millones, pudieran abandonar el país. La petición se hacía en nombre del Señor Dios de Israel. El Faraón rehusó. Escuchad lo que aconteció entonces. Toda el agua, aquella de los lagos y los ríos, como también la de los pozos y vasijas, se convirtió en sangre. El monarca no cambió de parecer. Aparecieron luego tal cantidad de ranas, que cubrieron por completo la superficie de la tierra. El Faraón seguía firme. Luego Moisés arrojó cenizas al viento, y una plaga atacó a los egipcios. Después murió todo el ganado que pastaba en tierras de Egipto, excepto el de los hebreos. Una plaga de langostas devoró todas las hierbas, árboles y arbustos, no quedando cosa verde sobre los campos. En mitad del día, la luz dio paso a una oscuridad tan espesa, que ni

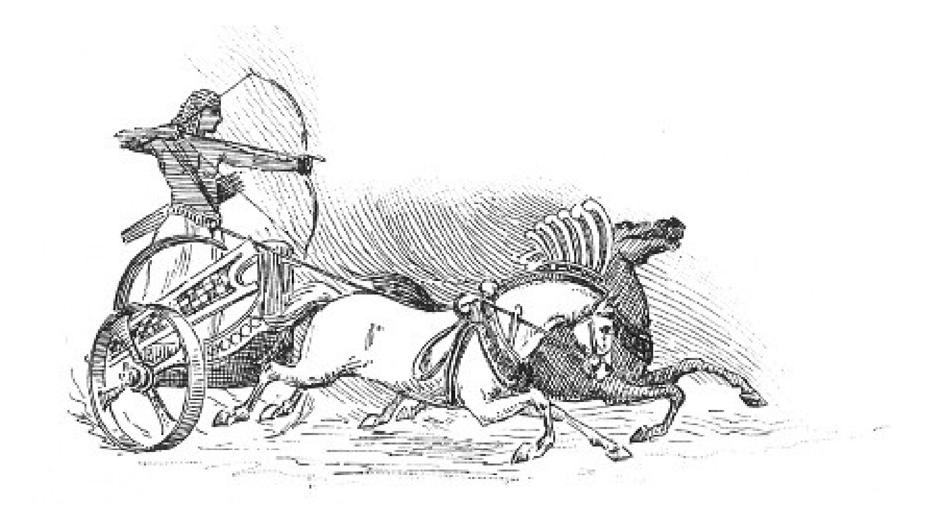
siquiera era posible encender las lámparas. Finalmente, una noche, todos los primogénitos de los egipcios murieron; ni siquiera el hijo del Faraón se salvó. Solo entonces cedió. Pero cuando los hebreos se habían marchado, los siguió con todo su ejército. En el último instante, el mar se abrió en dos partes, dejando en el centro una franja, por donde pasaron incólumes los fugitivos. Cuando los perseguidores se lanzaron tras ellos, las olas regresaron impetuosas, el mar se cerró de nuevo, ahogando caballos, soldados, jinetes y al mismo rey[9]. Tú hablabas de revelación, Gaspar mío…

—Yo escuché esa misma historia de labios del judío —exclamó—. ¡Ahora me la confirmas, oh Baltazar!

—Sí, pero a través de mí habla Egipto y no Moisés. Yo sé interpretar lo que está escrito en los mármoles. Los sacerdotes de entonces escribieron a su manera lo que habían presenciado y la revelación ha sobrevivido. Llego así a un secreto que no ha sido registrado. En mi país, hermanos, desde la época de ese desafortunado Faraón siempre hemos tenido dos religiones: una privada y otra pública. Una de ellas, la practicada por la gente, tiene numerosos dioses; la otra predica un solo Dios, y es practicada exclusivamente por los sacerdotes. ¡Regocijaos conmigo, oh hermanos! Todos los atropellos cometidos por las distintas naciones, todas las atrocidades en que han incurrido los reyes, todas las maquinaciones de los enemigos, todos los cambios que el tiempo ha provocado, han sido en vano. Como una semilla perdida entre la montaña, esperando su hora, la gloriosa Verdad ha sobrevivido; y este…, este es el día esperado.

La macilenta figura del hindú se estremeció de alegría, y el griego exclamó en voz alta:

—Se diría que el desierto mismo entona una canción.



El egipcio bebió un sorbo de agua de una cantimplora que se hallaba cerca, y continuó:

—Nací en Alejandría[10], con rango de príncipe y de sacerdote, y recibí la educación propia de mi clase. Muy pronto, empero, comencé a sentirme descontento. Parte de la fe que se nos obliga a profesar consistía en la creencia que después de la muerte, una vez destruido el cuerpo, el alma debe comenzar inmediatamente el recorrido que ya antes había efectuado desde el más bajo de sus estrados hasta la condición humana, la última y más elevada de las existencias, y todo ello sin considerar en absoluto la conducta que se hubiese tenido en esta vida terrenal. Cuando escuché hablar del Reino de la Luz de los persas, su paraíso al otro lado del puente Chinevat, adonde solo pueden ir los buenos de corazón, la idea empezó a perseguirme hasta tal punto, que tanto de día como de noche cavilaba comparando esas dos ideas, la de la eterna transmigración y la de la vida eterna en el cielo. Si, como me había enseñado mi maestro, Dios era justo, ¿por qué no existía distinción alguna entre buenos y malos? Finalmente se hizo claro para mí y llegué a una conclusión, a una certeza, una especie de corolario de mis creencias más puras en materia de religión, a saber: que la muerte es tan solo el punto de separación, en el cual los malvados son abandonados o perdidos, mientras que los justos se elevan hacia una existencia superior. No se trata del nirvana de Buda o del reposo negativo de Brahma, ¡oh Melchor!, tampoco se trata del ámbito más elevado del infierno, que es la única acepción del cielo que permite la fe del Olimpo, ¡oh Gaspar!, sino de la vida, una vida activa, gozosa, sempiterna: ¡La vida con Dios! Este descubrimiento me llevó hacia otro interrogante. ¿Por qué razón la Verdad debería mantenerse en secreto por más tiempo para el exclusivo y egoísta solaz de los sacerdotes? Los motivos que podrían justificar esta condición habían desaparecido. La filosofía, cuando menos, nos había hecho mucho más tolerantes. En Egipto detentaba el poder Roma, en lugar de la dinastía de los Ramsés[11]. Cierto día, en el Brucheium, el más espléndido y populoso barrio de Alejandría, me puse en pie en medio de un grupo y prediqué. Mis oyentes provenían de sitios muy



distintos: estudiantes que acudían a la biblioteca, sacerdotes del *Serapeum*[12], personas desocupadas que venían del Museo, habituales de las carreras de caballos, labradores del Rhacotis…, sí, una verdadera multitud se detuvo a escucharme. Prediqué acerca de Dios, el Alma, el Bien y el Mal, y también acerca del Cielo, recompensa para una vida virtuosa. Tú, ¡oh Melchor!, fuiste apedreado; mi auditorio primero se sorprendió y luego se echó a reír. Lo intenté de nuevo, pero me abrumaron con epigramas, pusieron a mi Dios en ridículo y oscurecieron mi Cielo con sus burlas. Para no extenderme innecesariamente, sucumbí ante ellos.

El hindú dejó escapar un largo suspiro, diciendo:

—El enemigo del hombre es el mismo hombre, hermano.

—Baltazar guardó silencio un rato.

—Mucho medité acerca de la razón de mi fracaso, y al final me vi coronado por el éxito —dijo—. Río arriba, a un día de viaje desde la ciudad, existe una aldea de pastores y hortelanos. Tomé un bote y llegué allí. Al atardecer invité a la gente a reunirse, toda esa pobre gente, hombres y mujeres, los más pobres entre los pobres. Prediqué exactamente lo mismo que había predicado en el Brucheium. No se rieron. La siguiente noche les hablé de nuevo, y creyeron lo que les decía, y se regocijaron y transmitieron la buena nueva a otras gentes y en otros sitios. En la tercera reunión se formó una sociedad para la oración. Retorné entonces a la ciudad. Descendiendo por el río, bajo las estrellas que nunca me habían parecido tan cercanas y tan brillantes llegué a esta conclusión: «Para iniciar una reforma no vayas a los sitios de los ricos y los poderosos; acércate mejor a aquellos cuya copa de felicidad está vacía —los pobres y los humildes». Y luego tracé un plan al cual consagraría mi vida. Como primer paso aseguré mis muchas propiedades, de tal modo que tuviese unos ingresos fijos y siempre disponibles para el alivio de los necesitados. Desde aquel día, ¡oh hermanos!, viajé Nilo arriba y Nilo abajo, visitando todas las aldeas y las tribus, predicando un Dios único, una vida recta y una recompensa en el Cielo. He hecho el bien…, no me corresponde decir qué tanto. También sé que esa parte del mundo está preparada para recibir a Aquel a quien vamos a encontrar.

Un rubor cubrió sus morenas mejillas, pero sobreponiéndose a la emoción continuó:

—Estos años así empleados fueron perturbados por un solo pensamiento: cuándo yo ya no estuviese, ¿qué sería de la causa que había iniciado? ¿Terminaría conmigo? Muchas veces había soñado con establecer una organización y así culminar de manera apropiada mi trabajo. Para no



ocultaros nada, debo decir que había intentado ponerla en marcha y había fallado. Hermanos, el mundo se encuentra ahora en una condición tal, que para restaurar la antigua fe de Mizraim, el reformador debe contar con algo más que la simple aprobación humana, y no puede limitarse a decir que viene en nombre de Dios; no, debe tener pruebas que sustenten sus palabras, debe ser capaz de demostrar la verdad de todo lo que dice, incluso la existencia misma de Dios. Tan preocupadas están las mentes con mitos y clasificaciones, hasta tal punto están llenos todos los sitios con falsas deidades, que un retorno a la religión primera solo podría tener lugar a lo largo de sangrientos senderos, a través de campos de persecución; es decir, los conversos deben estar dispuestos a morir antes de retractarse. Y en esta época, ¿quién podría llevar la fe de los hombres hasta tal punto sino Dios mismo? Para redimir la raza humana —no quiero decir para destruirla— para redimirla, repito, debe él manifestarse una vez más. ÉL DEBE VENIR EN PERSONA.

Una intensa emoción se apoderó de los tres.

—¿Acaso no acudimos a su encuentro? —exclamó el griego.

—Ya comprenderéis por qué fracasé en mi intento de crear una organización —dijo el egipcio cuando se hubo recuperado de su arrobamiento —. No tenía aprobación. El saber que mi trabajo habría de perderse, me hacía sentir muy desdichado. Yo creía en la oración, y para hacer mis súplicas puras y fuertes como las vuestras, hermanos, me aparté de los caminos trillados, me dirigí a un sitio donde el hombre nunca hubiese estado, donde solo se encontrara Dios. Llegué hasta más allá de la quinta catarata, más allá del lugar donde se encuentran los ríos del Sennor, arriba del Bahr el Abriad, en lo más remoto del África[13]. Allí, cada mañana, una montaña tan azul como el cielo arroja una refrescante sombra que se extiende sobre el desierto occidental, y con sus cascadas de nieve alimenta un amplio lago que anida en la base oriental. En aquel lago tiene su origen el gran río. Durante más de un año la montaña me sirvió de hogar. El fruto de las palmeras alimentó mi cuerpo, y la oración alimentó mi espíritu. Una noche mientras caminaba por un huerto cercano al pequeño mar, oraba así: «El mundo está muriendo. ¿Cuándo has de venir? ¿Por qué no me es dado ver la Redención, oh Dios mío?». El agua

cristalina resplandecía con la luz de las estrellas. Una de ellas pareció abandonar su lugar y elevarse hasta la superficie, donde adquirió un brillo que quemaba los ojos. Luego se desplazó hacia donde yo estaba, y se detuvo sobre mi cabeza, aparentemente al alcance de la mano. Caí al suelo y oculté el rostro. Una voz que no parecía de este mundo, dijo: «Tus buenas acciones han triunfado. ¡Bendito seas, oh hijo de Mizraim! La redención se acerca. Con otros dos, provenientes de los lugares más remotos de la tierra, habréis de ver al Salvador y servir de testigos suyos. Al despuntar la mañana ve a encontrarlos. Y cuando lleguéis a la ciudad sagrada de Jerusalén, preguntad a la gente: ¿Dónde está aquel que ha nacido Rey de los Judíos?, porque hemos visto su estrella en Oriente, y hemos sido enviados a adorarle». Pon toda tu confianza en el Espíritu que ha de guiarte.

Y la luz se transformó en un resplandor interior del que no podía dudarse, y ha permanecido conmigo, gobernando y guiando mis acciones. Me condujo río abajo hasta Memphis[14], donde me preparé para adentrarme en el desierto. Compré un camello y vine aquí sin ningún descanso, pasando por Suez[15] y Kufileh, y a través de las tierras de Moab y Ammón. ¡Dios está con nosotros, oh hermanos!

Se detuvo, y en ese momento los tres, como siguiendo una voluntad superior, se pusieron en pie y se miraron entre sí.

—Dije antes que existía un propósito en la profusión de detalles que empleamos para describir nuestros pueblos y sus historias —prosiguió el egipcio—. Aquel a quien vamos a buscar fue llamado «Rey de los Judíos»; se nos ha indicado que por ese nombre preguntemos por él. Pero ahora que nos hemos encontrado y hemos escuchado las historias respectivas, sabemos que es el Redentor, no solo de los judíos, sino de todas las naciones de la tierra. El patriarca que sobrevivió al Diluvio contaba con tres hijos y sus familias, y a partir de ellos fue repoblado el mundo. Partieron de la antigua Aryana-Vaejo[16], la muy recordada Región de las Delicias, en el corazón de Asia. India y el lejano Oriente recibieron a los hijos del primero; los descendientes del más joven, dirigiéndose hacia el Norte, se propagaron por Europa; aquellos del segundo inundaron los desiertos cercanos al Mar Rojo, pasando por África, y aunque la mayoría de estos últimos todavía habitan en tiendas que llevan de un lado a otro, algunos se hicieron constructores a lo largo del Nilo.

Siguiendo un impulso simultáneo, los tres unieron sus manos.

—¿Puede alguna cosa ser más sagrada que esta orden divina? —continuó Baltazar—. Cuando hayamos encontrado al Señor, los tres hermanos y todas las generaciones que les han sucedido, se arrodillarán a rendirle homenaje junto a nosotros. Y cuando nos separemos para seguir cada uno nuestro camino, el mundo habrá aprendido una nueva lección: que el Cielo será ganado no por medio de la espada ni de la sabiduría humana, sino por la Fe, el Amor y las Buenas Acciones.

Se produjo un silencio, interrumpido por suspiros y santificado con lágrimas, pues el regocijo que les embargaba era incontenible. Era la alegría indescriptible de las almas que se encuentran en las orillas del Río de la Vida, descansando con los redimidos y en presencia de Dios.



Luego sus manos se separaron, y salieron juntos de la tienda. El desierto estaba tan inmóvil como el firmamento. El sol se ocultaba velozmente. Los camellos dormían.

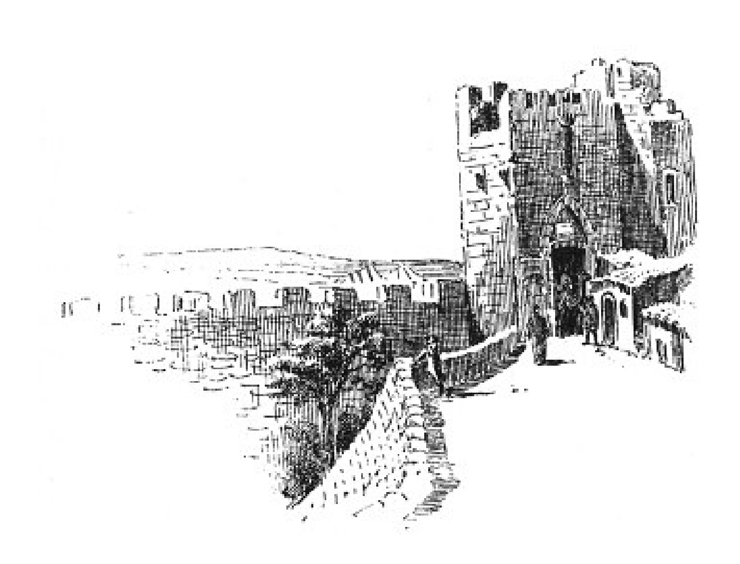
Poco después la tienda fue desarmada, y junto con lo que había sobrado de la comida, regresada al compartimento del que se había sacado; luego los amigos subieron a los camellos y partieron, avanzando en fila, encabezados por el egipcio. Iban rumbo al poniente, adentrándose en la noche helada. Los camellos se impulsaban hacia adelante con trote firme, manteniendo de manera tan exacta la dirección y el intervalo entre los pasos, que los dos de atrás parecían seguir las huellas del primero. Los jinetes no se dirigieron la palabra una sola vez.

Poco a poco fue apareciendo la luna. Y esas tres figuras blancas y alargadas, que avanzaban veloz y silenciosamente a través de la luz opalina, tenían el aspecto de espectros que estuviesen escapando de sombras malignas. De repente algo brilló en el aire, cerca de ellos, a una altura no superior a la de una colina pequeña; brillaba con una llama centelleante, y mientras la estaban mirando, la aparición disminuyó de tamaño y se convirtió en un foco de deslumbrante resplandor. Sus corazones comenzaron a latir más de prisa, sus almas se estremecieron, y gritaron al tiempo: «¡La Estrella! ¡Dios está con nosotros!».

Capítulo VI
La puerta de Joppa

En una abertura de la muralla occidental de Jerusalén cuelgan las «hojas de roble», llamadas también las belemitas o la Puerta de Joppa. El área situada en las afueras de esta puerta es una de las más notables de la ciudad. Mucho antes de que David codiciara Sión, ya había allí una ciudadela. Cuando finalmente el hijo de Jesé expulsó a los jebusitas y comenzó a construir, el lugar donde se encontraba la ciudadela se convirtió en la esquina noroccidental de la nueva muralla, defendida por una torre mucho más imponente que la antigua. No obstante, la ubicación de la puerta no fue alterada, probablemente en razón de que los caminos que allí convergían no podrían ser transferidos a otro punto; además, la parte exterior de la muralla en esa zona, se había convertido en una famosa plaza de mercado[1].

En tiempos de Salomón había gran animación en ese punto, y allí confluían mercaderes de Egipto y ricos negociantes de Tiro y Sidón[2]. Han transcurrido cerca de tres mil años desde entonces y sin embargo no ha dejado de practicarse allí el comercio, en alguna de sus manifestaciones. Un peregrino que desee un prendedor o una pistola, un pepino o un camello, una casa o un caballo, un préstamo o una lenteja, un dátil o un trujamán, un melón o un hombre, una paloma o un asno, solo tiene que preguntar por el artículo en la Puerta de Joppa. A veces las escenas son tan vivaces que permiten vislumbrar lo que el antiguo mercado debe haber sido en los días de Herodes el Constructor. A aquel sitio y a aquel período debe ahora remontarse el lector.



De acuerdo con la nomenclatura hebrea, el encuentro de los Reyes Magos que se describió en los capítulos anteriores tuvo lugar en la tarde del vigésimo quinto día del tercer mes del año, que equivalía al veinticinco de diciembre. Aquel año era el segundo de la Olimpiada 193, o el año 747 de la era romana, el sexuagesimoséptimo de Herodes el Grande, el trigesimoquinto de su reinado, y el cuarto antes del comienzo de la era cristiana. Las horas del día, según la costumbre judía, comienzan con la salida del sol, así que la hora primera sería la primera después del amanecer. Entonces, para ser precisos, el mercado de la Puerta de Joppa durante la primera hora del mencionado día estaba en plena actividad y muy concurrido. Desde el amanecer las pesadas puertas habían sido abiertas de par en par. Los vendedores, entusiastas y decididos como siempre, se habían abierto paso a través de la entrada en forma de arco hasta ocupar un callejón estrecho y una plazoleta; por el callejón se llegaba, siguiendo los muros junto a la gran torre, al interior de la ciudad. Jerusalén se encuentra situada en una región montañosa, y en esta ocasión la brisa mañanera era más que fresca. Los rayos del sol, con su promesa de calor, tardaban en llegar y provocadoramente parecían haberse detenido en lo alto de las almenas y torreones de los grandes edificios cercanos, desde donde descendía el canto triste de las palomas y el eco de los rebaños que a lo lejos iban y venían.

Como resulta necesario para la comprensión de algunas de las páginas siguientes un conocimiento, aunque sea muy limitado, de las personas que se veían en las calles de la Ciudad Sagrada —tanto forasteros como residentes— convendría detenerse junto a la puerta y repasar la escena en detalle. No se nos presentará una oportunidad mejor para observar a todas estas gentes, que después de un momento proseguirán su camino en una disposición muy diferente de la que ahora parece poseerles.

La escena, en un primer momento, resulta de una confusión total —confusión de acciones, sonidos, colores y cosas—. Esto es especialmente cierto en la callejuela y en la plazoleta. Allí el piso está pavimentado con amplias e irregulares losas, desde las cuales cada grito, cada riña y cada rechinar de cascos se elevan para aumentar la algarabía que reina en los alrededores de aquellas sólidas e imponentes murallas. Si nos mezclamos un poco con la multitud, empero, y comenzamos a familiarizarnos con los negocios que allí se desarrollan, bien podríamos examinar lo que nos rodea.



He aquí un asno somnoliento cargado con varias canastas llenas de lentejas, guisantes, cebollas y pepinos, recién llegados de los jardines y terrazas de Galilea[3]. Cuando no está ocupado sirviendo a los clientes, el amo anuncia su mercancía con palabras que solo los entendidos consiguen descifrar. Su indumentaria no podría ser más sencilla: sandalias y una burda y desteñida frazada que cruza sobre uno de sus hombros y se ciñe alrededor de la cintura. Cerca de allí, mucho más imponente y grotesco, aunque no tan pacientemente como el asno se encuentra postrado un camello huesudo, áspero y gris, con largos penachos de hirsuta y rojiza pelambre que cuelgan del pescuezo, la nuca y el cuerpo, y con una cantidad de cajas y canastas dispuestas curiosamente sobre una silla. El propietario es un egipcio pequeño, delgado, y con una tez en la cual han dejado su huella el polvo de los caminos y las arenas del desierto. Viste un descolorido fez, una túnica holgada, sin mangas y sin cinturón, que le cae desde la nuca hasta las rodillas. Sus pies están descalzos. El camello, inquieto por el excesivo peso de su cargamento, gruñe, y de vez en cuando enseña sus dientes; el hombre, empero, se pasea indiferente de aquí para allá, sosteniendo las riendas y sin dejar de ofrecer sus frutas frescas, procedentes de los huertos de Cedrón: uvas, dátiles, higos, manzanas y granadillas.

En la esquina donde la callejuela desemboca en la plazoleta, están sentadas algunas mujeres con la espalda contra las



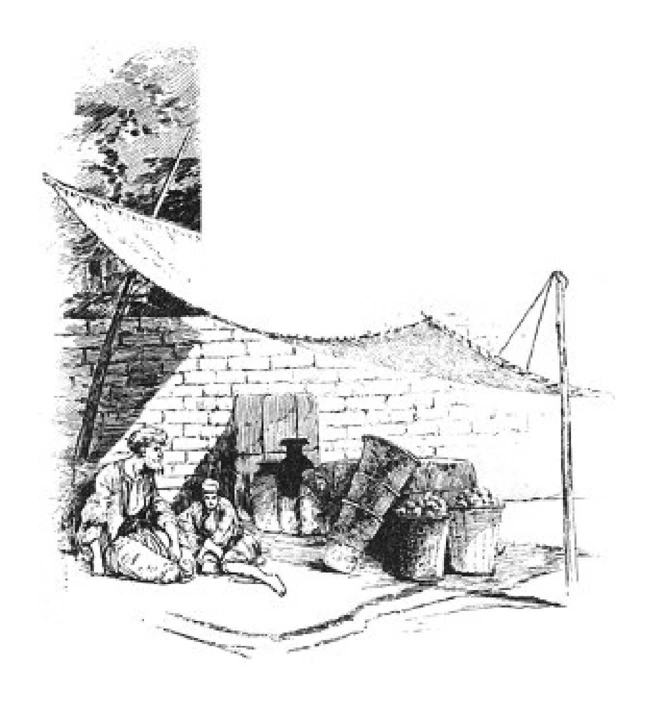
grises piedras de la muralla. Su vestimenta es la común entre las mujeres de clase humilde de la región: una túnica de lino que cubre a la persona de arriba abajo, recogida sin ceñir alrededor de la cintura, y un velo o toca que además de cubrir la cabeza alcanza para envolver los hombros. Su mercancía se encuentra en el interior de jarras de arcilla, como las que todavía se usan en el Oriente para traer agua de los pozos, y algunos odres. En medio de las jarras y los odres, revolcándose sobre el suelo empedrado, indiferentes a la muchedumbre y al frío, en peligro constante, aunque sin llegar a hacerse daño, juguetean una docena de chiquillos semidesnudos, cuyos cuerpos morenos, ojos color azabache y espeso cabello negro atestiguan que por sus venas corre la sangre de Israel. De tanto en tanto las madres miran hacia arriba desde el fondo de sus velos, y con su tradicional modestia anuncian sus productos: en los odres «miel de uvas» y en las jarras «bebida fuerte». Sus palabras se pierden generalmente entre el bullicio circundante y es evidente que se encuentran en desventaja ante sus muchos competidores: musculosos individuos que llevan las piernas al descubierto, sucias túnicas y luengas barbas, y que van de un lado a otro con los odres atados a la espalda gritando: «¡Vino de miel! ¡Uvas de En-Gedi[4]!». Cuando un cliente detiene a uno de estos vendedores, velozmente dan vuelta al odre, y retirando el pulgar de la espita vierten en una copa el espeso y delicioso líquido.

Casi tan vocingleros son los vendedores de aves: palomas, patos, y, a veces, los *bulbul* cantarines, o ruiseñores, casi siempre pichones; y los compradores al recibirlos del interior de las redes, rara vez dejan de considerar la peligrosa vida de quienes los atrapan, arriesgados escaladores de los riscos, ora colgando de algún pequeño peñasco, prendidos de manos y pies, ora balanceándose en una cesta en las profundidades de una grieta de la montaña.

Entremezclados con mercachifles de joyas —hombres astutos cubiertos por mantos de escarlata y azul, las cabezas prominentes con sus prodigiosos turbantes blancos, perfectamente conscientes del poder que confiere el brillo de una faja y el incisivo destello del oro, ya sea en un brazalete o una gargantilla o en anillos para los dedos o la nariz— y con vendedores de utensilios domésticos, y con comerciantes en ropas y con minoristas de ungüentos para el cuerpo adolorido y con revendedores de todo tipo de

artículos, de uso suntuario o de uso cotidiano, se ven aquí y allá, arrastrando cabestros y cuerdas, en un momento gritando y en el siguiente tratando de convencer a sus clientes potenciales, a los vendedores de animales: asnos, caballos, becerros, ovejas, diminutos corderillos y desgarbados camellos…, animales de todo tipo, exceptuando el cerdo, de consumo prohibido. Todos estos animales se encuentran allí, no formando un grupo, como se ha descrito, sino en muchos grupos y en todas partes del mercado.

Dejando a un lado esta escena en el callejón y la plazoleta, este vistazo a los vendedores y sus mercancías, el lector debería ahora prestar atención a los visitantes y los compradores, que resultan más fácilmente observables en el exterior de las puertas, donde el espectáculo es también de gran variedad y animación; de hecho, puede resultar aún más animado, porque habría que agregar la presencia de tiendas, mesillas de venta, toldos, un espacio más amplio, una multitud más extensa, una libertad de movimientos sin restricciones y la gloria del sol de Oriente.



Capítulo VII

Algunos personajes típicos en la puerta de Joppa

Coloquémonos junto a la puerta, justamente al margen de las dos corrientes humanas —los que entran y los que salen— y pongamos a funcionar nuestros ojos y oídos.

¡En buena hora! Aquí vienen dos hombres que resultan muy dignos de atención.

—¡Dioses! ¡Qué frío hace! —dice uno de ellos, un hombre corpulento recubierto por una armadura, sobre su cabeza un yelmo bruñido y sobre el cuerpo un resplandeciente pectoral y faldones de malla—. ¡Pero qué frío! ¿Recuerdas, querido Cayo, el subterráneo de los Comicios[1], allá en casa, que según los flaminios es la entrada al infierno? ¡Por Pluto! Con el frío que hace hoy, sería capaz de permanecer allí un rato, al menos lo suficiente para calentarme de nuevo.

El hombre a quien van dirigidas las palabras se levanta la capucha de su manto militar, dejando al descubierto la cabeza y el rostro, y replica con una sonrisa irónica:

—Los yelmos de las legiones que vencieron a Marco Antonio estaban llenos de nieve de las Galias, pero tú, ¡ah, mi pobre amigo!, tú en cambio acabas de llegar de Egipto, y traes en tu sangre el calor veraniego.

Y con las últimas palabras desaparecen a través de la entrada. Aunque hubiesen permanecido en silencio, la armadura y el paso vigoroso les habría delatado como soldados romanos.

De entre la muchedumbre surge a continuación un judío enjuto, de hombros redondeados, que viste una burda túnica color marrón; una larga y

despeinada mata de pelo cubre a medias su rostro y cae sobre sus espaldas. El hombre está solo. Quienes se encuentran con él ríen burlonamente, y algunos incluso le insultan; es un nazareno, de una secta que las demás desprecian porque sus miembros no aceptan los libros de Moisés, se consagran a promesas, consideradas abominables, y se abstienen de afeitarse y cortarse el pelo mientras que duran estas.

Todavía estamos contemplando su figura, cuando súbitamente se produce una conmoción, y la multitud se aparta a uno u otro lado en medio de comentarios hirientes y despectivos. Aparece en seguida el causante de tal revuelo, un hombre de mediana edad, hebreo, como bien denotan sus rasgos y su vestimenta. Sujeto a la frente por una banda de seda amarilla, lleva un manto de lino, blanco como la nieve, que ondea al compás del viento; debajo del manto se ven una túnica profusamente bordada y una faja de orlas doradas que rodea varias veces su cintura. Su comportamiento es sorprendentemente tranquilo e incluso sonríe a aquellos que con premura tan grosera le abren paso. ¿Se trata de un leproso? No; el hombre en cuestión es un samaritano. Si se le preguntara por él a alguno de aquellos que retroceden asqueados, diría que es un mestizo, un asirio, y que el solo contacto con su túnica sería una contaminación; más aún, un israelita no debería aceptar la cercanía de su aliento aunque estuviese moribundo y este pudiese devolverle la vida. En realidad la rivalidad no se originó con hechos de sangre. Cuando David instauró su trono en el Monte Sión con el apoyo exclusivo de Judá, las otras diez tribus decidieron marchar a Shechem, una ciudad mucho más antigua y, entonces, infinitamente más rica en vestigios de la Historia Sagrada. Con la posterior unión de las tribus no se olvidó la disputa de tal modo iniciada. Los samaritanos perseveraron en el culto de su tabernáculo en Garizim, y al tiempo que proclamaban la superior santidad de su lugar, se mofaban de los airados doctores de Jerusalén. El paso del tiempo no consiguió disminuir el odio. Durante el reinado de Herodes, la conversión a la fe estaba abierta a todo el mundo excepto para los samaritanos; ellos y solamente ellos fueron excluidos de manera absoluta y para siempre de la posibilidad de confraternizar con el resto de los judíos.

En el momento que el samaritano pasa bajo el umbral de la puerta, salen por ella tres hombres tan diferentes a todos cuantos nos hemos cruzado hasta ahora, que, queramos o no, tendremos que fijar nuestra atención en ellos. Los tres son singularmente altos y musculosos, de ojos azules y de una tez tan clara que la sangre se trasluce bajo la piel; tienen el cabello muy corto y rubio; cuellos macizos como troncos de árboles sostienen cabezas pequeñas y

bien proporcionadas. Visten holgadas túnicas de lana, sin mangas y abiertas en la zona del pecho, que dejan al descubierto brazos y piernas tan vigorosos y bien formados que recuerdan a los atletas del Circo. Si a ello agregamos su aire despreocupado, confiado, casi insolente, no debemos sorprendernos que la gente se aparte para dejarlos pasar y que se quede observándolos detenidamente después que han pasado. Estos hombres son gladiadores, luchadores, corredores, boxeadores, atletas, profesiones que eran desconocidas en Judea antes de la llegada de los romanos, y a quienes puede verse ahora —cuando no están entrenando— paseándose por el Jardín del Rey, o sentados con los centinelas a la entrada de los palacios. También es posible que los tres individuos que nos ocupan estén de visita en la ciudad y sean residentes de Cesarea, Sebaste o Jericó, sitios en donde Herodes, más griego que judío, y quien comparte la pasión de los romanos por las competiciones deportivas y los espectáculos sangrientos, ha hecho construir inmensos escenarios y patrocina escuelas de gladiadores, provenientes por lo general de las provincias gálicas o las tribus del Danubio.

—¡Por Baco[2]! —dice uno de ellos, dándose un puñetazo en el hombro—. Los huesos de su cráneo son tan delgados como cáscaras de huevo.

La mirada brutal que acompaña el gesto nos disgusta, y desviamos la vista en busca de algo más placentero.

En frente nuestro se encuentra un puesto de frutas. El propietario tiene la cabeza calva, la cara alargada, y una nariz que recuerda el pico de un halcón. Se sienta sobre una alfombra extendida en el suelo empolvado; la muralla se encuentra a sus espaldas; por encima de él cuelga una exigua cortina; a su alrededor, y al alcance de su mano, dispuestos sobre pequeños taburetes, se ven cajitas de mimbre que contienen almendras, uvas, higos y granadillas. En su dirección se acerca ahora un individuo a quien no podemos evitar mirar, aunque sea por una razón diferente de la que atrajo nuestra atención hacia los gladiadores: se trata de un hombre hermoso, un hermoso griego. Alrededor de sus sienes, y conteniendo su pelo ondulado, se ve una corona de mirto, de la cual aún penden pálidas flores y bayas a medio madurar. Su túnica, de color escarlata, es de una suavísima lana; bajo el cinturón de cuero de búfalo, abrochado en la parte delantera por una fantástica hebilla de oro, los faldones de su túnica

caen hasta la rodilla formando pliegues adornados por bordados del mismo regio metal, una bufanda, también de lana, de franjas blancas y amarillas, le protege el cuello y le cae por la espalda; sus brazos y piernas, en los sitios en donde están expuestos, son tan blancos como el marfil y de una tersura que sería imposible sin el concurso de un cuidado idóneo con baños, aceites, cepillos y pinzas.

El vendedor, sin apartarse de su sitio, se inclina hacia adelante, y levanta los brazos, con las palmas hacia abajo y los dedos extendidos.

—¿Qué tienes esta mañana, oh hijo de Pafos[3]? —pregunta el joven griego, mirando las cajitas con los productos más que al mismo chipriota—. Estoy hambriento. ¿Qué tienes para desayunar?

—Frutas del Pedius…, genuinas…, de las que comen los cantores de Antioquía por las mañanas para reparar el desgaste de sus voces —responde el negociante en un quejumbroso tono nasal.

—Un higo, pero no de los mejores —dice el griego—. ¡Para los cantores de Antioquía! Eres un adorador de Afrodita[4], al igual que yo, como bien lo prueba la corona de mirto que llevo; por lo tanto tengo derecho a decirte que sus voces son tan frías como un viento del Caspio. ¿Ves este cinturón? Es un regalo de la poderosa Salomé[5].

—¡La hermana del rey! —exclama el chipriota, haciendo una profunda reverencia.

—Que tiene un gusto real y un criterio divino. ¿Y por qué no? Es más griega que el rey. Pero…, ¿y mi desayuno? Aquí tienes el dinero: rojiza calderilla de Chipre. Dame uvas y…

—¿No te llevas también unos dátiles?

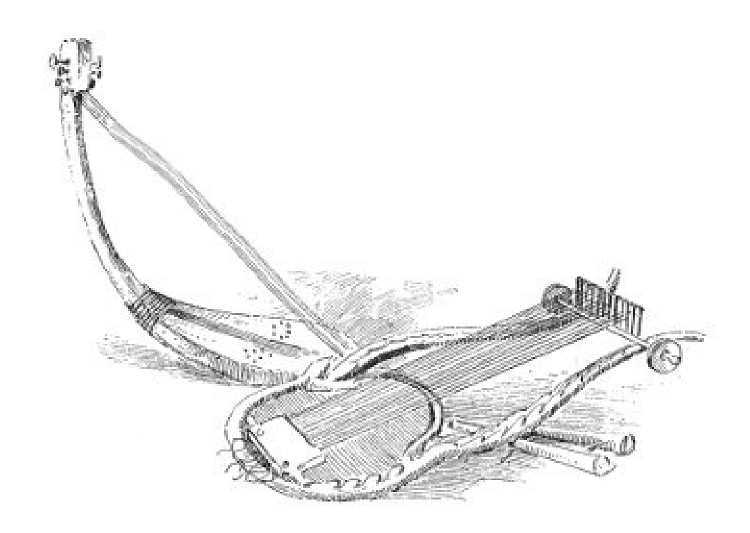
—No; no soy árabe.

—¿Tampoco unos higos?

—Me estaría convirtiendo en un judío. No; solamente uvas. Nunca dos líquidos se han mezclado tan armoniosamente como la sangre de un griego y la sangre de la uva.

El cantor, con sus aires de cortesano, en medio de la suciedad y el bullicio del mercado, es una visión que difícilmente se olvida, como es el caso del siguiente personaje que se presenta ante nosotros. Se acerca lentamente por el camino, con la mirada clavada en el suelo; se detiene a intervalos, cruza las manos sobre el pecho, adopta un semblante grave, y vuelve los ojos hacia el cielo, como si se dispusiese a prorrumpir en oraciones. Solamente en Jerusalén puede encontrarse un personaje semejante. En su frente, sujeta a la banda que mantiene en su lugar el manto, se proyecta una funda cuadrada, de

cuero; lleva atada a su brazo izquierdo una funda similar por medio de una correílla; los bordes de su túnica están decorados con gruesos flecos; y por estas señales, las filacterias, los bordes alargados de sus vestiduras, y el intenso aroma de santidad que parece despedir el hombre, sabemos que se trata de un fariseo[6], miembro de una organización (una secta en lo referente a la religión, y en lo político un partido), cuyo fanatismo y poder pronto habrían de traer aflicción al mundo.



Afuera de la puerta la multitud se ha hecho tan densa, que en algunos puntos ocupa por completo el camino que conduce a Joppa. Al alejarnos del fariseo atraen nuestra atención varios individuos que podrían servirnos de sujetos para nuestro estudio, y que a su debido turno vamos distinguiendo entre la abigarrada multitud. El primero de ellos es un hombre de muy noble apariencia, de tez clara y saludable; brillantes ojos negros; barba larga y rizada enriquecida con ungüentos; indumentaria a la medida, costosa y apropiada para la estación. Lleva un bastón, y colgado del cuello por un cordel, un sello dorado de buen tamaño. Le acompañan varios sirvientes, algunos de ellos armados con espadas cortas que llevan entre las fajas; cuando se dirigen a él, lo hacen con suma deferencia. Completan el grupo dos árabes del desierto, delgados, nervudos, profundamente bronceados, y con mejillas hundidas y ojos de un brillo casi maligno; ambos llevan la cabeza cubierta por un *tarboosh* rojo, y por encima del *aba*, rodeando el hombro izquierdo y parte del cuerpo, pero dejando libre el brazo derecho, llevan *haicks* de lana, una especie de mantas.

Se regatea ruidosamente, pues los árabes han traído unos caballos y tratan de venderlos, y en su vehemencia por cerrar algún trato hablan con voces agudas y estridentes. El hombre de aspecto noble deja en manos de sus criados las negociaciones; ocasionalmente responde a alguna pregunta con

gran dignidad. Al ver al chipriota se detiene de inmediato y compra algunos higos. Y cuando todo aquel grupo ha pasado el portal, detrás del fariseo, si nos dirigimos al vendedor de frutas, nos dirá, con una expresiva reverencia que el extranjero es un judío, uno de los príncipes de la ciudad, que ha viajado mucho y ha aprendido la diferencia entre las uvas comunes de Siria y aquellas de Chipre, de un gusto mucho más marcado gracias al rocío del mar.

Así pues, hasta cerca del mediodía, a veces hasta más tarde, una incesante corriente de compradores y vendedores entra y sale por la Puerta de Joppa, incluyendo en su flujo todo tipo de personas, y entre ellas representantes de todas las tribus de Israel, todas aquellas sectas entre las cuales la antigua fe ha sido dividida y refinada casi hasta el punto de desaparecer, todas las divisiones religiosas y sociales, toda la chusma de aventureros, quienes como hijos del arte y ministros del placer, prosperan con las prodigalidades de Herodes y de los personajes notables de cada período, entre quienes se encuentran los Césares y sus predecesores, especialmente aquellos que han habitado en la cuenca del Mediterráneo.

En otras palabras, Jerusalén, tan rica en Historia Sagrada, más rica aún en cuanto a las profecías sagradas —la Jerusalén de Salomón, en la cual la plata era tan abundante como las piedras, y los cedros como los sicómoros del valle— había llegado a ser poco más que una copia de Roma, un centro de prácticas paganas y una sede del poder pagano. En cierta época uno de los reyes se colocó vestiduras sacerdotales y entró en el recinto más sagrado del Templo para ofrecer incienso, y cuando salió su cuerpo estaba cubierto de lepra, pero en la época que estamos describiendo, Pompeyo entró en el templo de Herodes, en el mismo Tabernáculo, y salió indemne, habiendo encontrado tan solo un aposento vacío, sin señal alguna de la presencia de Dios.



Capítulo VIII
José y María viajan a Belén

En este punto es necesario que el lector regrese a aquella plazoleta que se describió como parte del mercado de la Puerta de Joppa. Transcurría la tercera hora del día, y mucha gente ya se había marchado; la animación, sin embargo, no parecía haber decaído. Entre los recién llegados había un grupo compuesto por un hombre, una mujer y un asno, próximos a la muralla sur, que debe ser examinado con mayor atención.

El hombre permanecía junto al animal, sosteniendo una brida y apoyándose en un bastón, que seguramente había sido escogido para cumplir la doble función de sostén y aguijón. Su vestimenta era similar a la del resto de los judíos que se veían en los alrededores, excepto que las ropas daban la impresión de ser bastante nuevas. El manto que le caía desde la cabeza, y la bata o túnica que cubría su persona desde el cuello hasta los tobillos, era probablemente la indumentaria que utilizaba para acudir a la sinagoga los sábados. Los rasgos de su rostro estaban al descubierto e indicaban que podría tener unos cincuenta años de edad, una conjetura que parecían confirmar las hebras grises intercaladas en una barba que de otro modo hubiese sido de un negro intenso. El hombre observaba lo que le rodeaba con esa mirada en parte curiosa y en parte distraída de un provinciano en la ciudad.

El asno comía a sus anchas de un montoncillo de hierbas, que por cierto abundan en el mercado. Ensimismado como estaba en ello, no parecían molestarle en absoluto el ajetreo y la algazara circundantes, como tampoco parecía parar mientes a la mujer que lo cabalgaba sobre una acolchada grupera. Una túnica de tosca lana cubría a la mujer por completo, mientras que una toca blanca hacía de velo sobre la cabeza y la nuca. De vez en cuando, movida por la curiosidad de ver o escuchar algo que sucedía a su alrededor, apartaba la toca ligeramente, pero tan ligeramente, que el rostro permanecía invisible.

Al cabo de un rato alguien se acercó al hombre.

—¿No eres José de Nazareth?

—Así me llaman —respondió José, volviéndose con expresión grave—. ¿Y tú?… Ah, que la paz sea contigo, mi amigo y rabino[1] Samuel.

—Y contigo —el rabino tomó una pausa, miró a la mujer, y en seguida añadió—. Sea la paz contigo y tu casa y todos los tuyos.

Diciendo la última palabra, el hombre se llevó una mano al corazón, inclinándose hacia la mujer, quien para mirarle había apartado el velo lo suficiente para que fuese posible contemplar el rostro de una joven que apenas estaría saliendo de la niñez. Acto seguido, los dos hombres se cogieron la mano derecha e hicieron el ademán de que se fuesen a llevar a los labios la mano del otro; en el último instante, empero, se soltaron, cada uno besó su propia mano, y se llevó la palma a la frente.

—Veo tan poco polvo en tus vestiduras —dijo el rabino, hablando con familiaridad—, que deduzco que has pasado la noche en esta, la ciudad de nuestros padres.

—No —replicó José—; como solo pudimos llegar hasta Betania[2] antes del anochecer, nos alojamos en la posada que hay allí, y al amanecer nos pusimos de nuevo en camino.

—Entonces el viaje que os espera es largo. Espero que no tengáis que ir hasta Joppa.

—Solo hasta Belén.

El semblante del rabino, que hasta entonces había sido abierto y amistoso se hizo ceñudo y siniestro, y después de aclararse la garganta con un gruñido en lugar de una tosecilla, dijo:



—Sí, sí… Ya veo. Naciste en Belén y hacia allí te diriges ahora con tu hija para ser empadronados, como lo ordena el César. Los hijos de Jacob están en la misma situación en que se encontraron las tribus de Egipto… Solo que no cuentan con un Moisés ni con un Josué. ¿Qué habrá sido de los poderosos?

Sin cambiar de postura ni de expresión, José respondió:

—Esta mujer no es mi hija.

Pero el rabino estaba empeñado en sus consideraciones políticas, y continuó hablando sin darse cuenta de la explicación:

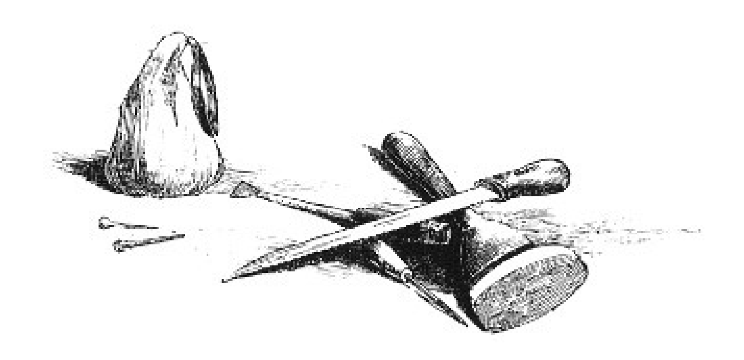
—¿Qué hacen ahora los zelotes[3] en Galilea?

—Yo soy carpintero y Nazareth es una aldea —dijo José con cautela—. La calle en la cual se encuentra mi taller no lleva a ninguna ciudad. El trabajo de cortar, desbastar y aserrar madera no me deja mucho tiempo para participar en las disputas de los distintos partidos.

—Pero eres judío —dijo el rabino impulsivamente—; eres judío, y un descendiente directo de David. No es posible que encuentres placer en el hecho de pagar impuestos, a menos que se trate del siclo que desde antiguo se reserva para Jehová.

José guardó silencio.

—No me quejo de la cuantía del impuesto —continuó diciendo su amigo —; un denario es una fruslería. ¡Oh no! La ofensa radica en que se trata de una imposición. Más aún, el hecho de pagarlo, ¿no significa un sometimiento a la tiranía?… Y dime, ¿es verdad que Judas proclama que él es el Mesías? Tú habitas en medio de sus seguidores.



—He oído decir a sus seguidores que era el Mesías —respondió José.

En aquel momento se apartó por completo el velo que cubría a la mujer y, por un instante, su rostro quedó al descubierto. Los ojos del rabino miraron en esa dirección, y tuvo el tiempo suficiente para contemplar un semblante de singular belleza, animado por una mirada de intenso interés. Un vivo rubor se extendió por el rostro y la frente de la joven, quien de inmediato regresó el velo a su sitio.

El rabino perdió el hilo de la conversación, y dijo a José en voz más baja:

—Tu hija es agraciada.

—No es mi hija —repitió José.

Se despertó entonces la curiosidad del rabino, y notándolo el nazareno se apresuró a asegurar:

—Es hija de Joaquín y Ana de Belén, de quienes al menos habrás oído hablar, pues eran muy conocidos.

—Sí —contestó el rabino con deferencia—. Los conozco. Descendían directamente de David. Los he conocido bien.

—Bueno, ambos han muerto —continuó diciendo José—. Murieron en Nazareth. Joaquín no era rico, pero legó una casa y un jardín para que fuesen divididos entre sus dos hijas, Mariana y María. Esta es una de ellas, y para

preservar la porción que le correspondía de esa propiedad, la ley exigía que se casara con un pariente. Ahora es mi esposa.

—¿Y tú eras…?

—Su tío.

—¡Claro, claro! Y como ambos habéis nacido en Belén, la orden romana te obliga a que la lleves contigo para que también sea censada.

El rabino se apretó las manos, y miró hacia el cielo con expresión indignada, exclamando:

—¡El Dios de Israel aún vive! ¡Suya es la venganza!

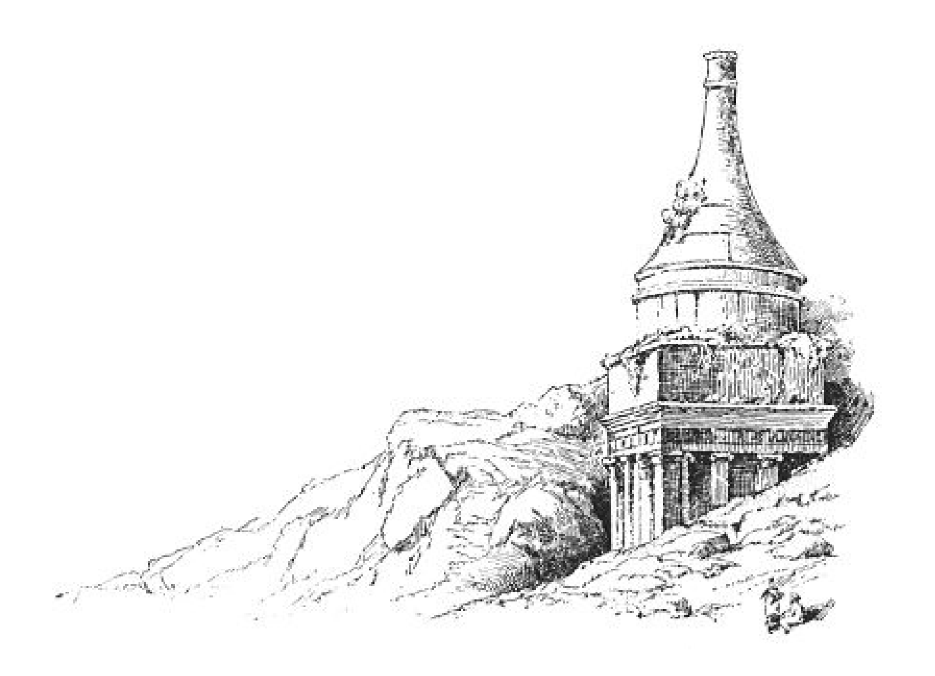
Y así diciendo, dio media vuelta y se marchó bruscamente. Un desconocido, que se encontraba allí cerca, dijo quedamente al observar el asombro de José:

—El rabino Samuel es un zelote. El mismo Judas no es tan impetuoso.

José, que no tenía ningún deseo de hablar con aquel hombre, hizo como si no le hubiese escuchado, y se dio a la tarea de juntar en un pequeño montón la hierba que el asno había diseminado. Luego se quedó un rato apoyado en su bastón, impasible.

Una hora más tarde, el grupo atravesó la puerta, y doblando hacia la izquierda, tomó el camino que lleva a Belén. El descenso al Valle de Hinnom[4] era bastante abrupto, y solo se veían unos cuantos y aislados olivos salvajes. Cuidadosa, tiernamente, el nazareno caminaba al lado de la mujer, llevando el ronzal de la mano. A su izquierda, extendiose hacia el Sur y hacia el Este alrededor del Monte Sión, se erigía la muralla de la ciudad y, a su derecha, los empinados promontorios que forman la frontera occidental del valle.

Lentamente pasaron el estanque inferior de Gihón, sobre el cual ya empezaba a decrecer la sombra de la colina real; siguieron avanzando, paralelamente al acueducto que viene del estanque de Salomón, hasta las inmediaciones de la alquería que se encontraba en lo que ahora se llama Monte del Mal Consejo, donde comenzaron a ascender hacia la llanura de Refaim[5]. El sol brillaba deslumbrante sobre la superficie rocosa de aquella famosa población; María, la hija de Joaquín dejó caer el velo por completo y descubrió la cabeza. José comenzó a relatar la historia de los filisteos cuando fueron sorprendidos en su propio campo por el rey David. Su narración era tediosa; hablaba con la expresión solemne y la falta de vivacidad de un hombre soso. Su mujer solo seguía la historia por momentos.

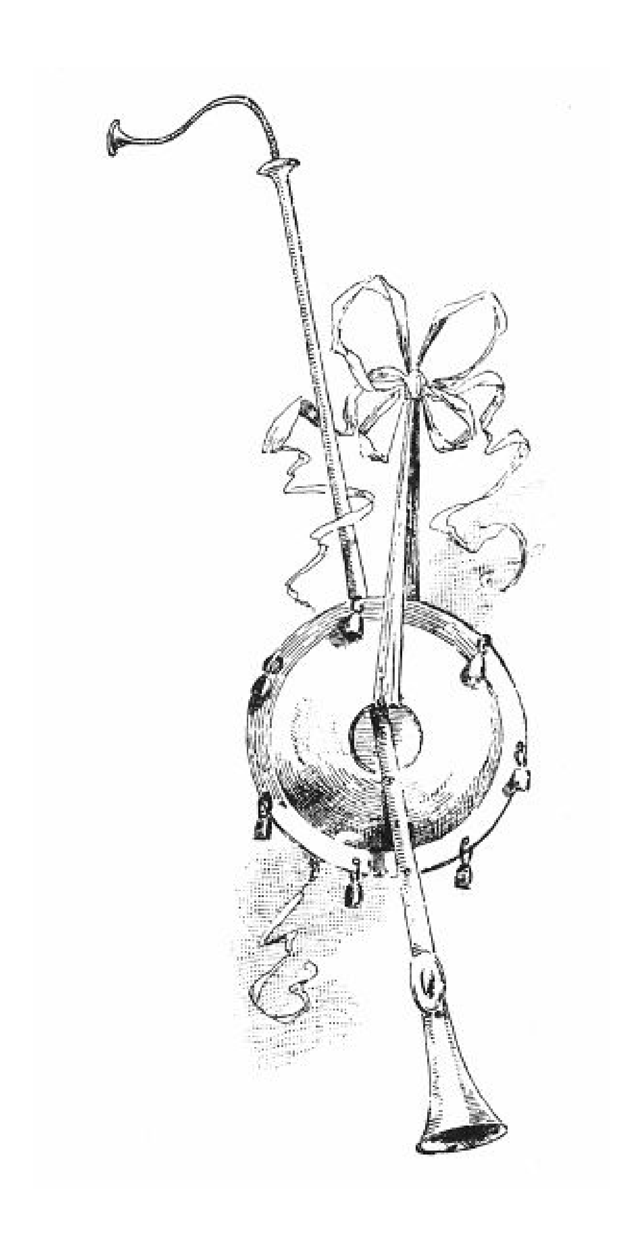


La figura del judío siempre resulta familiar dondequiera que se encuentre, en la tierra o en el mar. El aspecto físico de esta raza siempre ha sido el mismo, si bien han existido algunas variaciones individuales. «Era rubicundo y al mismo tiempo de un bello semblante, y agradable de contemplar». Fueron esas las palabras para referirse al hijo de Jesé cuando fue traído ante Samuel[6]. Desde entonces la imaginación de los hombres ha gobernado las descripciones físicas. La licencia poética ha extendido las peculiaridades del antepasado a sus descendientes notables. De manera que todos nuestros Salomones idealizados son de rostro claro, y de cabellos y barba de color castaño en la sombra, y con un tinte de oro a pleno sol. Del mismo color eran, se nos ha hecho creer, los rizos de Absalón[7] el bienamado. Y a falta de verdaderos datos históricos, la tradición no ha sido menos benévola con aquella a quién ahora seguimos hacia la ciudad nativa del rey rubicundo.

La joven no tendría más de quince años. Su figura, su voz y sus ademanes correspondían a aquel período de transición entre la niñez y la edad adulta. El óvalo de su rostro era perfecto y su tez era muy clara, casi pálida. Su nariz era impecable; los labios, ligeramente hendidos, eran carnosos y rosados, concediendo a las líneas de la boca calidez y ternura; los ojos, grandes y azules, estaban sombreados por unas pestañas caídas y largas y, armonizando con el conjunto, una catarata de cabello dorado, en el estilo que se permitía usar a las novias judías, caía libremente sobre sus espaldas hasta llegar a la grupera donde iba sentada. La garganta y el cuello eran de una suavidad extrema, incomparable. A estos encantos físicos se agregaban otros de más difícil definición: un aire de pureza que solamente puede provenir de lo más profundo del alma y una expresión de recogimiento natural en aquellos que

piensan mucho en cosas espirituales. A veces, con labios trémulos, levantaba la vista al cielo, que no era tan azul como los ojos de ella; otras veces cruzaba sus manos sobre el pecho, como si estuviese orando con gran devoción, o bien alzaba la cabeza como alguien que ansiosamente escucha una voz que le llama. En medio de su lento relato, José se volvía para mirarla de vez en cuando y, advirtiendo la expresión que iluminaba su rostro, se olvidaba del punto en que se encontraba en su narración y, por un momento, caminaba en silencio, con la cabeza inclinada, maravillado.

Así bordearon la enorme meseta, y luego alcanzaron la elevación del Mar Elías[8], desde la que, a través de un valle, divisaron a Belén, la muy antigua Casa del Pan, con sus blancas murallas que coronaban un risco y brillaban sobre los pardos difuminados de los huertos sin hojas. Allí se detuvieron a descansar, mientras José indicaba los lugares de renombre sagrado; después descendieron al valle y llegaron hasta el pozo que había sido escenario de una de las maravillosas hazañas de los valientes de David. El estrecho espacio estaba repleto de personas y animales. Un temor se apoderó de José, el temor de que el pueblo estuviese tan abarrotado que en ninguna casa encontraría alojamiento para la dulce María. Siguió entonces de largo, sin perder tiempo, dejó atrás la columna de piedra que señala la tumba de Raquel[9] y subió por una ladera llena de flores, sin detenerse a saludar a ninguna de las personas que encontró por el camino, hasta que se detuvo en frente del portal de una posada que entonces se encontraba fuera de las puertas del pueblo, cerca de una encrucijada de caminos.



Capítulo IX
La cueva de Belén

Para entender cabalmente lo que le ocurrió al nazareno en la posada, el lector debe tener en cuenta que las hospederías en el Oriente eran muy diferentes a las que existían en el mundo occidental. Recibían el nombre de *khan*, a partir del persa, y en su forma más sencilla eran recintos vallados sin casa y sin cobertizo y, a veces, incluso, sin puerta. El sitio donde se ubicaban solía elegirse teniendo en cuenta las posibilidades de sombra, defensa y provisión de agua. Así eran las hospederías que albergaban a Jacob cuando iba a buscar mujer en Padam-Aram[1]. Sus equivalentes se siguen encontrando hoy en día en aquellos sitios donde se detienen los viajeros del desierto. Por otra parte, algunos *khans*, especialmente aquellos en los caminos entre las grandes ciudades —entre Jerusalén y Alejandría por ejemplo — eran establecimientos principescos, verdaderos monumentos a la piedad de los reyes que los habían hecho construir. Por regla general, sin embargo, correspondían a una casa o posesión de un jeque, que al tiempo le servía de sede principal, desde donde regía su tribu. El alojamiento de viajeros era una de sus funciones menos importantes; servían de mercados, fábricas, fuertes y eran sitios de reunión y residencia para mercaderes y artesanos, del mismo modo que servían de abrigo para caminantes y viajeros cansados o sorprendidos por la noche. Dentro de sus murallas se llevaban a cabo a lo largo de todo el año las múltiples transacciones diarias de un pueblo.

La singular manera de administrar estas hospederías era probablemente la característica que más sorprendería a un occidental. No había anfitrión ni

anfitriona; tampoco recepcionista, cocinero o cocina; un mayordomo, o portero, era la única evidencia visible de que el sitio tenía propietario y de que había alguien responsable de su gobierno. Los forasteros que llegaban se quedaban tranquilamente, sin rendirle cuentas a nadie. Una consecuencia de este sistema es que quienquiera que llegase a uno de estos sitios debía traer su propia comida y utensilios culinarios, o bien servirse de los vendedores que allí acudían. Lo mismo era aplicable en lo relativo a la cama, ropa de cama y forraje para las bestias. El viajero solo esperaba agua, reposo, abrigo y protección de parte del propietario, y todo ello era gratuito. Incluso en las sinagogas la paz era a veces rota por argumentos acalorados, pero esto era algo que no ocurría nunca en estas posadas. La casa con todas sus pertenencias era sagrada, tan sagrada como podía serlo un pozo.

La posada de Belén, ante la cual se detuvieron José y su mujer, era un buen ejemplo de un *khan* normal, ni muy primitivo ni muy principesco. El edificio en sí era de un estilo completamente oriental, es decir un bloque cuadrangular de piedras sin pulir, de un solo piso, techo plano, sin aberturas en el exterior que sirvieran de ventanas y con una sola entrada en la fachada oriental. El camino pasaba tan cerca de la puerta, que un polvo blancuzco cubría a medias el dintel. Una cerca de piedras planas que comenzaba en la esquina nordeste del edificio se extendía por un declive del terreno hasta un sitio donde doblaba hacia el oeste para ir a terminar en un risco de piedra caliza, formando así lo que resultaba esencial para un *khan* que se respetara: un recinto seguro para los animales.

En un pueblo como Belén, donde solo había un jeque, no era muy factible que hubiese más de un *khan*, y aunque José era nativo de allí, sus largos años de residencia en otros sitios le negaban la posibilidad de pedir hospitalidad entre los residentes. Además, el censo para el cual venía, podría tardar semanas, o meses. Los delegados romanos en las distintas provincias eran proverbialmente lentos y para José resultaba inconcebible incomodar a conocidos o parientes con una visita tan prolongada. De modo que mientras ascendía la empinada ladera que conducía a la posada, tratando de meter prisa al asno, el temor de no encontrar alojamiento en aquel sitio iba cediendo el paso a una dolorosa ansiedad. Por el camino había visto gran número de hombres y muchachos, que con mucho alboroto conducían sus reses, caballos y camellos, ya fuese para abrevar, o bien para pernoctar en alguna cueva de los alrededores. Al acercarse al *khan* su ansiedad y preocupación aumentaron, pues avistó una multitud que se agolpaba junto a la puerta de entrada del

establecimiento y observó que el recinto contiguo, a pesar de lo amplio que era, ya estaba completamente lleno.

—Será imposible llegar hasta la puerta —dijo José, hablando a su manera lenta—. Detengámonos aquí y tratemos de enterarnos de lo que ocurre.

Su mujer, sin decir nada, apartó levemente el velo. La expresión de fatiga que denotaba su rostro se cambió al instante por una de interés. De repente se encontraba muy cerca de una muchedumbre, lo que resultaba para ella motivo de curiosidad, aunque fuese un espectáculo bastante común en las posadas de los caminos que solían recorrer las grandes caravanas. Se veían hombres a pie corriendo de aquí para allá y hablando con voces estridentes en todas las lenguas de Siria; hombres a caballo que a gritos se dirigían a otros que cabalgaban camellos; hombres que se veían en apuros para controlar a sus vacas más reacias o a sus asustadizos corderos; hombres que ofrecían a la venta pan y vino, y en medio de la multitud, una manada de muchachos que aparentemente perseguía a una manada de perros. Todas las personas y todas las cosas parecían estar en movimiento al mismo tiempo. Posiblemente la bella espectadora estaba demasiado cansada para prestar atención a la escena durante mucho tiempo; poco después soltó un suspiro, se dejó caer en la grupera y, como si buscase paz y reposo, o como si estuviese esperando a alguien, desvió su mirada hacia el Sur, hacia los altos peñascos del Monte del Paraíso, que comenzaba a pintarse de rojo bajo los rayos del sol poniente.

Todavía estaba la mujer mirando hacia el Sur, cuando un hombre se abrió paso por entre la multitud y, deteniéndose cerca del asno, se volvió hacia José con expresión ceñuda. El nazareno le dirigió la palabra.

—Como yo también soy lo que presumo que tú eres, un hijo de Judá, ¿podría preguntarte a qué se debe tal gentío?

El extraño le lanzó una mirada desapacible, pero al encontrarse con la compostura solemne de José, que correspondía perfectamente a su voz profunda y pausada, levantó una mano, como saludando a medias, y replicó:

—¡La paz sea contigo, rabino! En efecto soy un hijo de Judá y responderé a tu pregunta. Habito en Beth-Dagón, que como sabes se encuentra en la tierra que antaño pertenecía a la tribu de Dan[2].

—En el camino que va de Joppa a Modín[3] —dijo José.

—¡Ah, has estado en Beth-Dagón! —dijo el hombre, y su expresión se suavizó aún más—. ¡Qué andariegos somos los hijos de Judá! He vivido muchos años lejos del peñasco, del viejo Eprath, como lo llamaba nuestro padre Jacob. Cuando se extendió por el extranjero la proclama de que los

hebreos tenían que ser empadronados en sus ciudades de nacimiento, emprendí camino… Y por eso estoy aquí, rabino.

El rostro de José permaneció tan impasible como una máscara mientras comentaba:

—Esa es también la razón por la cual he venido…, con mi esposa.

El forastero miró a María y guardó silencio. La mirada de ella se paseaba por la desnuda cima del Monte Gedor. El sol acariciaba su rostro vuelto hacia el firmamento y brillaba sobre las profundidades color violeta de sus ojos; sus labios entreabiertos suspiraban con algún anhelo que se diría más divino que humano. Por un instante, el carácter humano de su belleza parecía a punto de evaporarse hacia el cielo, como en un proceso de sublimación; ofrecía el aspecto con el cual imaginamos a aquellos que se acercan a las puertas del Cielo, bañados por una luz que casi logra transfigurarlos. El hombre de Beth-Dagón pudo contemplar aquella imagen que, siglos más tarde, se aparecería como una visión al pintor Sanzio[4], concediéndole fama imperecedera.

—¿De qué estaba hablando? Ah, sí, ya recuerdo. Me disponía a decir que cuando me enteré de la proclama que me obligaba a venir aquí, monté en cólera. Luego pensé en la vieja colina, y en el pueblo, y en el valle que se extiende en la distancia hacia las profundidades de Cedrón, y las viñas y los huertos y los campos de cereales que no han dejado de ofrecer sus cosechas desde los tiempos de Booz y Ruth; y pensé también en las montañas familiares, el Gedor aquí, el Gibeah más allá, el Monte Elías acullá…, montañas que en los días de mi niñez eran para mí como las murallas del mundo… Todo eso recordé, y entonces perdoné a los tiranos y vine aquí, con Raquel, mi esposa, y con Débora y Michal, nuestras rosas de Sharon[5].

El hombre se detuvo de nuevo, mirando de pronto a María, quien en ese momento también le miraba a él. Dijo entonces a José:

—Rabino, ¿no querría tu mujer reunirse con la mía? Se encuentra un poco más allá, sentada con las niñas bajo el olivo inclinado junto al recodo del camino. Y te digo —aseguró a José, hablando ahora con vehemencia— que la posada está llena. Es inútil preguntar en la puerta.

La voluntad de José era lenta, tan lenta como su mente; dudó un buen momento, y al fin respondió:

—Es amable tu ofrecimiento. Haya o no sitio en la posada para nosotros, iremos a ver a tu gente. Permíteme que hable personalmente con el portero. Regresaré en seguida.

Y dejando la brida en manos del forastero, se mezcló entre la bulliciosa muchedumbre. El portero, que hacía también las veces de mayordomo y

guardián estaba sentado sobre un enorme bloque de cedro. Detrás suyo, apoyada contra la pared, se veía una jabalina. Un perro se agazapaba junto a él.

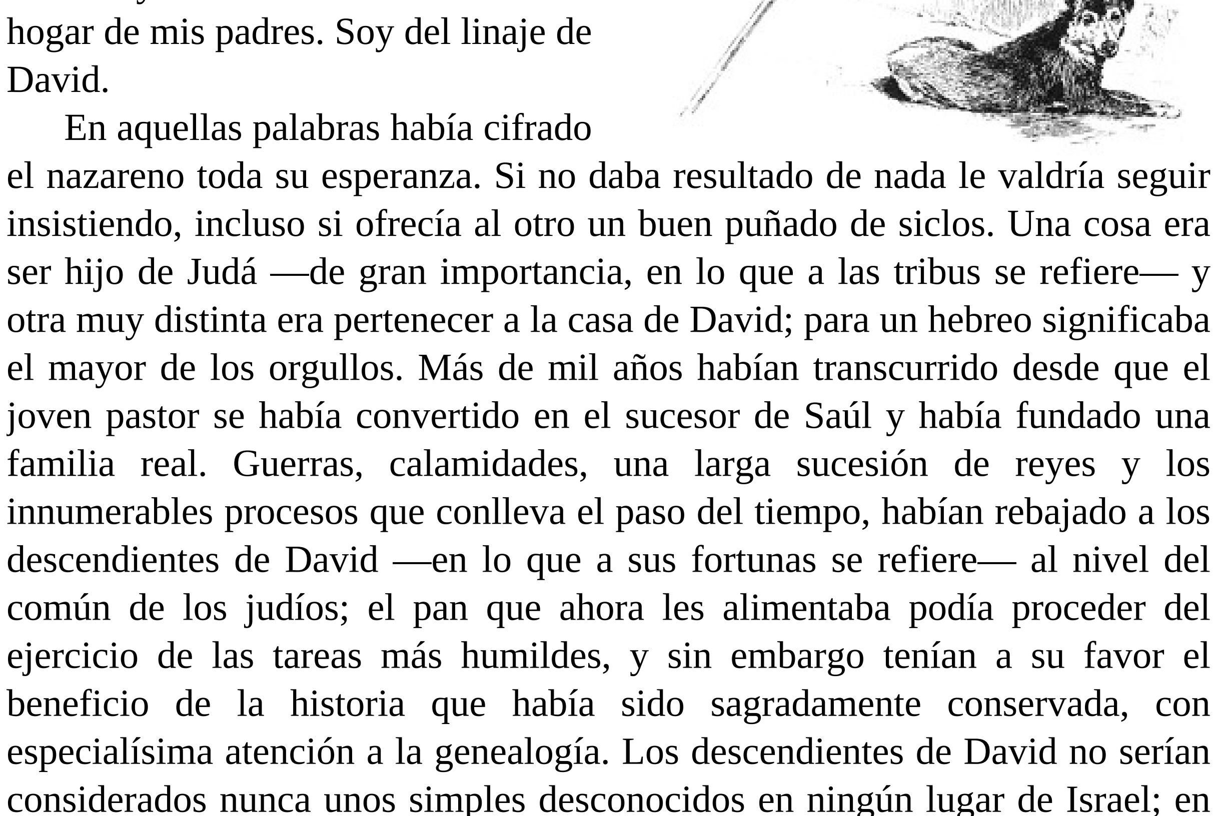
—La paz de Jehová sea contigo —dijo José cuando estuvo frente a él.

—Que tus buenos deseos regresen muchas veces multiplicados a ti y a los tuyos —respondió el guardián gravemente, sin moverse de su sitio.

—Soy nacido en Belén —dijo José, con toda la intención del caso —. ¿No habría sitio para…?

—No hay —interrumpió el otro.

—Tal vez hayas oído hablar de mí… Soy José de Nazareth. Este es el hogar de mis padres. Soy del linaje de David.



En aquellas palabras había cifrado el nazareno toda su esperanza. Si no daba resultado de nada le valdría seguir insistiendo, incluso si ofrecía al otro un buen puñado de siclos. Una cosa era ser hijo de Judá —de gran importancia, en lo que a las tribus se refiere— y otra muy distinta era pertenecer a la casa de David; para un hebreo significaba el mayor de los orgullos. Más de mil años habían transcurrido desde que el joven pastor se había convertido en el sucesor de Saúl y había fundado una familia real. Guerras, calamidades, una larga sucesión de reyes y los innumerables procesos que conlleva el paso del tiempo, habían rebajado a los descendientes de David —en lo que a sus fortunas se refiere— al nivel del común de los judíos; el pan que ahora les alimentaba podía proceder del ejercicio de las tareas más humildes, y sin embargo tenían a su favor el beneficio de la historia que había sido sagradamente conservada, con especialísima atención a la genealogía. Los descendientes de David no serían considerados nunca unos simples desconocidos en ningún lugar de Israel; en cuanto alguien los reconocía como herederos de ese linaje, siempre se suscitaba un respeto que rayaba en la reverencia.

Si así ocurría en Jerusalén y en las demás poblaciones, ciertamente que un descendiente del sagrado linaje podía confiar en que ello le sería útil ante el portero de una posada en Belén. Decir como había dicho José, «Este es el hogar de mis padres», equivalía a decir la verdad de la manera más simple y



literal, porque se trataba de la misma casa que Ruth había regido como esposa de Booz, la misma casa donde habían nacido Jesé y sus diez hijos, siendo David el menor de ellos; la misma casa a la que había llegado Samuel en busca de un rey, y lo había hallado; la misma casa que David había dado al hijo de Barzillai[6], el amistoso galaadita; la misma casa en la cual Jeremías, con sus oraciones, había rescatado los restos de su raza cuando huían de los babilonios[7].

Las palabras de José no dejaron de surtir efecto. El guardián se deslizó de su bloque de cedro, y mientras se sobaba la barba con una mano, dijo respetuosamente:

—Rabino, no podría decirte cuándo se abrió por primera vez esta puerta para acoger a los viajeros, pero han pasado más de mil años y en todo ese tiempo no se ha dado el primer caso de un hombre de bien que haya sido rechazado, excepto cuando no había sitio para darle alojamiento. Si esto ha sido así con los extraños, muy válida ha de ser la razón para que un mayordomo niegue la entrada a alguien del linaje de David. Por lo tanto te saludo de nuevo y, si quieres acompañarme, te mostraré que no queda sitio para alojarse en toda la casa: ni en los aposentos, ni en los sótanos, ni en el patio…, ni siquiera en el techo. ¿Podrías decirme cuando llegaste?

—Acabo de llegar.

El portero sonrió.

—«El extranjero que habitase contigo será como alguien nacido entre los tuyos, y le amarás como a ti mismo». ¿No es esa la Ley, rabino?

José permaneció en silencio.

—Si es esa la Ley, ¿podría decir a uno que ha llegado hace tiempo: «Sigue tu camino, pues ha llegado otro para ocupar tu sitio»?

José seguía sin decir nada.

—Y aun si procediese así, ¿a quién debería corresponder el sitio? Mira cuántos esperan, algunos desde mediodía.

—¿Quiénes son todas esas personas? —preguntó José, volviéndose hacia la multitud—. ¿Y por qué se encuentran aquí, demorando tanto su estancia?

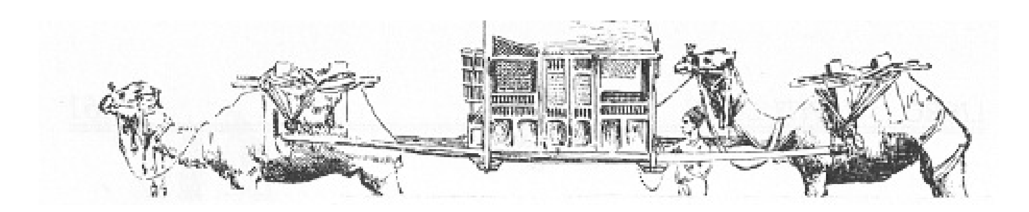
—Sin duda por la misma razón que te trajo aquí, rabino: el decreto del César —contestó el portero, dirigiendo al nazareno una mirada interrogativa, y en seguida continuó diciendo—. Ese decreto ha traído a la mayoría de los que ahora se alojan en esta casa. Y ayer llegó la caravana que va de Damasco a Arabia y al Bajo Egipto. Todos los hombres y camellos que ves a este lado, pertenecen a esa caravana.

No obstante, José insistió:

—El patio es grande —dijo.

—Sí, pero está repleto de cargamentos: pacas de seda, bolsas de especias, y mercancías de todo tipo.

Por un instante, el rostro del hombre que hacía la petición perdió su impasibilidad, y aquellos ojos opacos, inexpresivos, se suavizaron. Con un poco más de calidez dijo entonces:



—No me preocupo por mí mismo, pero tengo conmigo a mi esposa, y la noche es fría… Sí, en estas alturas hace más frío que en Nazareth. Ella no podría quedarse al aire libre. ¿No sabes de alguna habitación disponible en el pueblo?

—Todos ellos —dijo el guardián señalando a la multitud que se arremolinaba ante la puerta—, han preguntado en el pueblo y la información que han recibido es que todos los alojamientos están ocupados.

José se quedó mirando hacia el suelo, murmurando como si hablase consigo mismo:

—¡Es tan joven! Si se ve obligada a dormir en la colina, morirá de frío.

Al cabo de un instante, se dirigió de nuevo al portero:

—Quizás hayas conocido a sus padres, Joaquín y Ana, quienes moraban en Belén, y al igual que yo, eran del linaje de David.

—Sí, los conocí. Eran personas excelentes. Los conocí en tiempos de mi juventud.

Esta vez fue el portero quien se quedó mirando al suelo, sumido en pensamientos. De repente levantó la cabeza y dijo:

—Si bien no tengo un sitio para ofrecerte, tampoco puedo rechazar tu petición. Rabino, haré todo lo que pueda por ti. ¿Cuántas personas sois en tu grupo?

José reflexionó un instante antes de responder:

—Mi esposa y yo, y un amigo que viene con su familia desde Beth-Dagón, una aldea cerca de Joppa. En total somos seis personas.

—Muy bien. No tendréis que dormir en el risco y a la intemperie. Ve a buscar a tu gente, pero date prisa. Cuando el sol se oculta detrás de la montaña, la noche cae rápidamente. Ya falta muy poco.

—Te doy la bendición del viajero sin hogar; la del huésped vendrá más tarde.

Así diciendo, José regresó gozoso donde estaban María y el hombre de Beth-Dagón. Poco después este trajo a su familia; las mujeres venían montadas en asnos. La esposa era una matrona, y sus hijas eran la imagen de lo que ella debía haber sido en su juventud. Cuando se acercaban a la puerta, el guardián notó que eran de clase humilde.

—Esta es la mujer de quien te hablé —dijo el nazareno al portero—; y estos son nuestros amigos.



El velo de María estaba alzado.

—Ojos azules y cabello de oro —murmuró para sí el portero, quien solo tenía ojos para ella—. Tal aspecto tenía el joven rey cuando acudía a cantar ante Saúl.

Tomó entonces el ronzal de manos de José y saludó a María diciendo:

—¡La paz sea contigo, oh hija de David!

Luego saludó a los demás, deseándoles también la paz, y pidió a José que le siguiera.



El grupo fue conducido hasta un amplio pasaje recubierto de piedra, al final del cual se encontraba el patio de la posada. La escena hubiese resultado curiosa para un forastero, pero los integrantes de este grupo, tras observar las numerosas entradas a los sótanos y la animación reinante en el patio, solamente comentaron que en efecto había mucha gente. Siguiendo una estrecha franja entre las pilas de mercancía amontonada y luego un pasaje similar al de la entrada, salieron a un vallado contiguo a la casa, donde se veían numerosos y apretujados grupos de camellos, caballos y asnos, que comenzaban a adormilarse. Los encargados de cada grupo, hombres de muy diversas procedencias, dormían cerca de los animales, o los vigilaban en silencio. Descendieron lentamente la pendiente del atestado patio, pues las cabalgaduras de las mujeres se mostraban algo reacias. Finalmente consiguieron doblar por un sendero que conducía a un peñasco de piedra caliza que dominaba la posada desde el lado oeste.

—Vamos hacia la cueva —dijo José lacónicamente.

El guía aminoró el paso hasta que María estuvo a su lado.

—La cueva hacia la cual nos dirigimos —le dijo—, debe haber sido un refugio de tu antepasado David. Desde los campos, allá abajo, y desde el pozo, al fondo del valle, solía conducir a sus rebaños hasta la cueva, para que estuviesen libres de peligro. Más tarde, cuando era rey, regresaba a la vieja habitación para descansar y para recuperar la salud, y traía con él grandes recuas de animales. Los pesebres permanecen tal como estaban en sus días. Es mejor dormir sobre ese mismo suelo en donde él murió, que en el patio o junto al camino. Ah, aquí está la habitación que sirve de entrada a la cueva.

Las palabras del guardián no deben considerarse como una justificación por el pobre alojamiento que se ofrecía. No había necesidad de

justificaciones. Aquel sitio era lo mejor que tenía disponible. Sus huéspedes eran gente sencilla, y por el estilo de vida al que estaban habituados, no resultaban difíciles de satisfacer. Más aún, para el judío de la época, la idea de habitar en una cueva era algo familiar, algo frecuente para muchas personas, y sobre lo que escuchaba hablar en la sinagoga. ¡Cuántos acontecimientos de la historia judía, cuántos episodios emocionantes han ocurrido en el interior de una cueva! Y como si todo esto fuese poco, las personas de este grupo eran judíos de Belén, para quienes la idea era especialmente familiar, pues en la zona abundaban las cuevas, grandes y pequeñas, algunas de las cuales habían sido utilizadas como moradas desde los tiempos de Emín y los Hurritas[8]. Tampoco era motivo de ofensa para ellos el hecho de que la cueva a la que estaban siendo conducidos era, o había sido, un establo. Eran descendientes de una raza de pastores, habituados a compartir con sus rebaños habitación y recorridos. Siguiendo una costumbre que se inició con Abraham[9], aún hoy en día la tienda del beduino alberga por igual a sus caballos y a sus hijos. Así pues, nuestro grupo aceptó alegremente el ofrecimiento del guardián y al contemplar la pequeña habitación que servía de entrada a la cueva, solo sentían una curiosidad natural. Todo aquello que estuviese relacionado con la historia de David despertaba interés en ellos.

La habitación era baja y estrecha, y solo sobresalía un poco de la roca a la que estaba adosada en la puerta trasera. No tenía ventanas, y la puerta, dotada de unas bisagras enormes, parecía cubierta por una greda de tono ocre. Mientras el guardián empujaba el voluminoso pasador de madera, los otros dos hombres ayudaron a desmontar a las mujeres. Cuando la puerta se abrió por completo, el guardián dijo:

—¡Pasad!

Los huéspedes entraron y miraron a su alrededor. Inmediatamente se dieron cuenta de que la habitación no era más que una máscara para cubrir la boca de una cueva o gruta natural de unos cuarenta pies de largo, nueve o diez de alto y doce o quince de ancho. La luz que se colaba por la puerta entreabierta iluminaba un suelo desigual sobre el cual se veían varios montoncitos de grano y de forraje, así como recipientes de barro y otros utensilios domésticos. A ambos lados se veían pesebres formados por piedras aseguradas con cemento, dispuestos a una altura lo suficientemente reducida para que pudiesen comer las ovejas. No había entre ellos separación alguna. El polvo y las briznas de paja teñían el suelo de amarillo, llenaban todas las hendiduras y hoyos, y engrosaban las telas de araña que colgaban del techo como jirones de tela sucia. Por lo demás, el sitio estaba limpio y en apariencia

resultaría tan cómodo como cualquiera de los sótanos de la posada propiamente dicha.

—Pasad —dijo el guía—. Los montones que veis sobre el suelo son para los viajeros como vosotros. Tomad lo que necesitéis.

Enseguida se volvió a María y le pregunto:

—¿Puedes quedarte aquí?

—El sitio está santificado —respondió ella.

—Entonces os dejo. Que la paz sea con todos vosotros.

Cuando el hombre se hubo marchado, se ocuparon de hacer la cueva un poco más cómoda y habitable.



Capítulo X
La luz en el cielo

A cierta hora de la noche, cesaron las voces y el ajetreo de las personas que se hallaban en el recinto de la posada; simultáneamente, todos los israelitas presentes se pusieron de pie —si no lo habían hecho ya—, adoptaron una expresión solemne, miraron en dirección de Jerusalén, cruzaron las manos sobre el pecho, y oraron. Era la hora sagrada, la hora novena, cuando se ofrecían sacrificios en el templo de Moria[1] y, según la creencia, Dios estaba allí presente. Cuando las manos de los adoradores regresaron a su postura normal, de nuevo comenzó el revuelo, y todo el mundo se puso en movimiento para buscar algo de comer o para preparar el jergón donde iba a dormir. Un poco más tarde se apagaron las luces, y reinó el silencio y llegó el sueño para todos.

* * *

Alrededor de medianoche, uno de los hombres que se encontraban en la azotea, gritó:

—¿Qué luz es esa que se ve en el cielo? Despertad, hermanos, despertad y mirad.

La gente, todavía medio dormida, se sentó en el suelo y miró hacia el firmamento; en seguida se despertaron por completo, llenos de asombro. La conmoción se extendió por el patio y los sótanos, y pronto todas las personas que esa noche pernoctaban en la posada, examinaban el firmamento con ojos atentos.

Y fue esto lo que vieron: un rayo de luz que se originaba a una distancia inconmensurable, más allá de las estrellas cercanas, y que caía oblicuamente sobre la tierra. En su parte más alta no era más que un punto decreciente, pero en su base medía varios estadios de ancho; sus lados se mezclaban suavemente con la oscuridad de la noche, pero de su centro emanaba un eléctrico esplendor rosáceo. La visión pareció posarse sobre una montaña cercana, el sureste del pueblo, formando una pálida corona a lo largo de la cima. La posada se cubrió también de fulgor, de modo que quienes se



encontraban en la azotea, pudieron verse perfectamente las caras, alteradas todas por el asombro.

Durante varios minutos el rayo brilló inmutable, y el asombro fue dando paso al desconcierto y al temor; los más medrosos temblaban visiblemente, y aun los más valientes hablaban en murmullos.

—¿Habíais visto algo igual? —preguntó uno.

—No sabría decir qué es, y nunca he visto nada semejante —respondió otro.

—¿Podría ser una estrella que ha ardido y ahora está cayendo? —preguntó un tercero, tartamudeando.

—¡Cuando cae una estrella su luz se desvanece!

—¡Ya lo sé! —exclamó uno, muy seguro de su explicación—. Los pastores han visto un león, y encendieron hogueras para mantenerlo a distancia de sus rebaños.

El hombre que se hallaba al lado del que acababa de hablar, respiró aliviado y dijo:

—Sí, eso es. Los rebaños estaban pastando hoy en el valle detrás de esa montaña.

Otro rebatió esta explicación tan tranquilizadora.

—¡No, no! Aunque se trajera toda la leña que hay en los valles de Judá, se colocara en una sola pila y se encendiera, la llamarada no produciría un resplandor tan intenso y tan alto.

Después se produjo un largo silencio entre los ocupantes del tejado, interrumpido solo una vez cuando un judío de venerable aspecto afirmó:

—¡Hermanos! Aquello que vemos es la escalera que nuestro padre Jacob vio en sueños. ¡Bendito sea el Señor Dios de nuestros padres!

Capítulo XI
El nacimiento de Cristo

A una milla y media, quizá dos millas al sureste de Belén, se extiende una planicie separada del pueblo por una elevada estribación de la montaña. Además de estar bien protegido de los vientos del Norte, el valle estaba cubierto por grupos de sicómoros, robles enanos y pinos, mientras que en los vallecillos y hondonadas cercanos crecían olivos y moreras; durante la estación que transcurría, toda esta vegetación resultaba imprescindible para el sustento de las ovejas, cabras y reses que solían conformar los rebaños errantes.

En la zona más apartada del pueblo, bajo un escarpado peñasco, se encontraba un enorme y antiguo *marah* o redil. Durante alguna invasión olvidada hacía ya mucho tiempo, la construcción había sido despojada de su techo y prácticamente demolida. El vallado contiguo, empero, se había conservado intacto, lo cual era de mayor importancia para los pastores, que hacia allí conducían sus animales. El muro de piedra que cercaba el terreno alcanzaba la altura de un hombre, pero no era lo suficientemente alto como para evitar que una pantera o un león hambriento se atreviesen a salvarlo de un salto. Junto al muro, ya en el interior, y como defensa adicional contra ese constante peligro, se había plantado un seto espinoso, un invento tan efectivo que desde entonces ni siquiera un gorrión podía penetrar las ramas superiores, armadas como estaban de espinas tan duras como clavos.

El día en que sucedieron los acontecimientos que se narran en los capítulos anteriores, un grupo de pastores, que buscaban senderos frescos para sus rebaños, habían llegado a esta planicie y, desde muy temprano en la mañana, en los bosques cercanos habían resonado las voces y los hachazos, los balidos de ovejas y cabras, el tintineo de las campanas, el mugido del ganado y los ladridos de los perros. Cuando cayó el sol, los pastores guiaron a sus animales hacia el redil y al llegar la noche ya estaban todos a buen seguro. Encendieron entonces una hoguera junto a la

puerta, compartieron sus humildes provisiones, y se sentaron a reposar y conversar, dejando de guardia a uno de ellos.

Sin contar al que montaba guardia, eran seis los hombres que allí estaban. Después de un rato se fueron acomodando alrededor del fuego, algunos sentados, otros postrados en el suelo. Como generalmente llevaban la cabeza descubierta, el pelo les crecía en gruesas y ásperas greñas quemadas por el sol; la barba les cubría todo el cuello y caía ensortijada sobre sus pechos. Iban envueltos desde el cuello hasta las rodillas por pieles de cabrito o de cordero con sus vellones; anchos cinturones ceñían sus burdas vestiduras y calzaban sandalias fabricadas también con materiales muy bastos; del hombro derecho de todos ellos colgaban zurrones en los que llevaban comestibles y guijarros que habían elegido para sus hondas; en el suelo, junto a cada uno, reposaba un cayado, símbolo de su oficio, que también podía pasar a ser arma ofensiva.

¡Así eran los pastores de Judea! En apariencia tan rudos y salvajes como los macilentos perros sentados junto a ellos alrededor de la hoguera, pero de hecho hombres cándidos y de corazón tierno. Y es explicable, en parte por la vida tan primitiva que llevaban, pero sobre todo por su dedicación permanente a seres tan mansos y desvalidos.

Los pastores descansaban y conversaban, y toda su conversación giraba alrededor de sus rebaños, un tema aburrido para las gentes de ciudad, pero que era para ellos todo su mundo. Si en sus narraciones se extendían en asuntos que parecían nimios, si alguno de ellos no omitía ni el más mínimo de los detalles al referir la pérdida de un cordero, hay que comprenderlo dada la relación que existía entre el pastor y el desventurado animal: él le había ayudado a cruzar las comentes en caso de inundación, lo había cargado en sus brazos cuando un descenso era demasiado escarpado, le había asignado un nombre, lo había adiestrado, había sido su compañía, el objeto de sus pensamientos y de su interés; había compartido y alegrado sus caminatas; en su defensa, el pastor estaría dispuesto a enfrentarse a un león o a un ladrón, aun a riesgo de la propia vida.



Los grandes acontecimientos, aquellos que podían eliminar a una nación de la faz de la tierra y que podían hacer que cambiase de manos el dominio del mundo, eran para ellos meras fruslerías, si por casualidad se enteraban de ello. Ocasionalmente llegaba a sus oídos lo que Herodes[1] había hecho en esta o aquella ciudad, los palacios y gimnasios que construía, y las prácticas prohibidas a las que daba rienda suelta. Como era su costumbre en aquellos días, Roma no esperaba a

que la gente lenta empezase a hacerse preguntas sobre ella sino que llegaba velozmente hasta esa gente, dondequiera que estuviese. En lo alto de una colina a lo largo de la cual iba conduciendo a un rebaño rezagado o en las fragosidades de la sierra en que se disponía a ocultarlo, no resultaba inusitado que el pastor fuese sorprendido por un clamor de trompetas y que al acercarse un poco más pudiese contemplar el paso de una cohorte romana, a veces de una legión entera; luego, cuando ya se habían alejado las rutilantes crestas y había cesado la conmoción que conlleva tal intrusión, el pastor se aplicaba a desentrañar el significado de las águilas y de los globos dorados que llevaban los soldados y a tratar de entender el encanto de una vida tan opuesta a la suya.

Y sin embargo estos hombres, rudos y simples como eran, tenían sus propios conocimientos y su propia sabiduría. Los sábados se limpiaban cuidadosamente, asistían a la sinagoga y se sentaban en los bancos que más retirados estaban del Arca cíe la Alianza. Cuando el *chazzan* presentaba la Torá[2], nadie la besaba con mayor fervor; cuando el *sheliach* leía un texto nadie escuchaba al intérprete con una fe más absoluta; nadie, además, recordaba tan explícitamente el sermón del dignatario ni reflexionaba tanto en su contenido después del servicio religioso. En un versículo del *shema*[3] encontraban todo el conocimiento y todas las leyes necesarias para sus vidas sencillas: que su Señor era un Dios único, y que debían amarle con toda el alma. Y así le amaban, y en ello radicaba su sabiduría, que sobrepasaba la de los reyes.

Mientras seguían hablando, y antes de que terminase el primer turno de guardia, los pastores se fueron quedando dormidos, uno por uno, dejándose caer en el mismo sitio en donde habían estado sentados.

La noche, como la mayoría de las noches de invierno en la región de las colinas, era clara, fresca, y centelleaba con cientos de estrellas. No corría el viento. La atmósfera nunca había parecido tan pura, y la quietud correspondía a algo más que al simple silencio; era una calma sagrada, una advertencia de que el cielo se inclinaba pronunciadamente para murmurar al oído de la tierra una buena nueva.

Cerca de la puerta de entrada, apretando la manta contra el cuerpo, el pastor que hacía de centinela seguía caminando; de vez en cuando se detenía, al notar algún movimiento extraño entre el rebaño o al escuchar lejos en las montañas el aullido de un chacal. Por fin llegó la medianoche, que tanto había tardado para él. Ya había cumplido su tarea, y ahora podía prepararse para aquel reposo sin sueños que el arduo trabajo concede a sus exhaustos hijos. Se

dirigió hacia la hoguera, pero de repente se detuvo; una luz estaba rompiendo a su alrededor, suave y blanquecina como la luz de la luna. Contuvo la respiración y esperó. La luz se hizo más intensa, y el hombre alcanzó a distinguir cosas que hasta entonces habían permanecido invisibles…, ante sus ojos aparecía el campo en toda su extensión. Le recorrió un escalofrío más intenso que el que produce el aire helado: un escalofrío de pavor. Miró hacia arriba; las estrellas se habían desvanecido; la luz caía sobre la tierra como si proviniera de una ventana en el firmamento; mientras seguía mirando, la luz se convirtió en un esplendor, y entonces gritó aterrorizado:

—¡Despertad! ¡Despertad!

Los perros se alzaron de un brinco, y aullando echaron a correr.

En los rebaños, los animales azorados se apretaban entre sí.

Los hombres se pusieron de pie al punto, empuñando sus armas.

—¿Qué es? —preguntaron al unísono.

—¡Mirad! —gritó el centinela—. ¡El cielo está ardiendo!

Súbitamente la luz se hizo intolerablemente brillante, y cubriéndose los ojos con las manos, los hombres cayeron de rodillas; luego, el corazón encogido por el pavor, se desplomaron, boca abajo, la cara contra el suelo, a punto de perder el sentido. Así se quedaron, y hubiesen muerto de miedo si una voz no les hubiese dicho:

—¡No temáis!

Todos escucharon ansiosos.

—No temáis, pues he aquí que os traigo muy jubilosas nuevas, que habrán de regocijar a todas las gentes.

La voz, sobrenatural en la dulzura y en el alivio que brindaba, era profunda y clara. Penetró hasta el fondo de su ser y les llenó de confianza. Se incorporaron hasta quedar de rodillas, y mirando reverentemente hacia lo alto en el centro de un gran halo pudieron ver cómo aparecía un hombre, vestido con una túnica de un intenso color blanco. Por encima de sus hombros sobresalían un par de lustrosas alas, en ese momento plegadas; sobre su frente brillaba una estrella con resplandor tan intenso como el de Héspero[4]; sus manos se extendían hacia los pastores, impartiéndoles su bendición; su rostro era sereno y de una hermosura divina.

A menudo habían oído hablar de ángeles, y a su manera simple, también ellos se habían referido a tales criaturas, de modo que no tuvieron ninguna duda en ese momento y se dijeron para sus adentros, «La gloria de Dios se cierne sobre nosotros, y este es el mismo que antaño llegó hasta el profeta a orillas del río Ulai».

Luego continuó hablando el ángel:

—Porque entre vosotros ha nacido en este día, en la ciudad de David, un Salvador, Cristo el Señor.

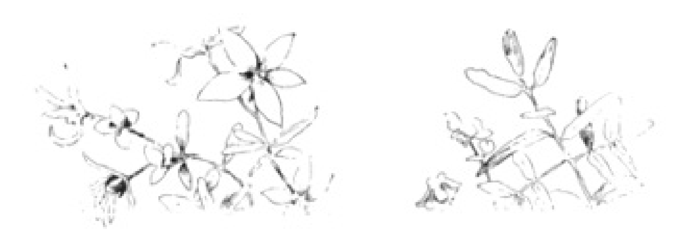
De nuevo se produjo un silencio mientras las palabras se abrían paso en sus mentes.

—Y esto será una señal para vosotros —dijo en seguida el anunciador—; encontraréis al niño en un pesebre, envuelto en pañales.

Nada más dijo el heraldo, pues ya había anunciado su buena nueva; sin embargo permaneció aún un momento en el sitio donde estaba. De repente aquella luz, de la cual él parecía ser el centro, adquirió un color rosáceo y comenzó a temblar; luego en lo alto, hasta donde alcanzaban los ojos de los hombres, centellearon innumerables alas blancas mientras iban y venían muchas formas radiantes y se escucharon muchas voces, como de una multitud cantando al unísono:

—¡Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz y buena voluntad a los hombres!

La alabanza se repitió no una sino muchas veces.



Luego el heraldo levantó los ojos, como si buscase la aprobación de alguien que se encontraba a gran distancia; sus alas se agitaron y comenzaron a desplegarse lenta y majestuosamente, tan blancas como nieve en su borde superior, y de varios tintes en la parte sombreada, al igual que una madreperla. Cuando las alas estuvieron desplegadas varios codos por encima de su estatura, el ángel se elevó suavemente y sin mayor esfuerzo voló hasta perderse de vista, llevándose consigo la luz deslumbrante. Mucho después de que se hubiese marchado se seguía escuchando desde el cielo, aunque cada vez más suavemente aquel estribillo: «Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz y buena voluntad a los hombres».

Cuando los pastores recobraron por completo el sentido, se miraron unos a otros, fijamente, atónitos, hasta que uno de ellos dijo:

—Era Gabriel[5], el mensajero del Señor para los hombres.

Los demás nada dijeron.

—Cristo el Señor ha nacido; ¿no es eso lo que dijo?

Entonces otro de los pastores recobró su voz y replicó:

—Sí; fue eso lo que dijo.

—¿Y no dijo también que había nacido en la ciudad de David, que es nuestro Belén? ¿Y que encontraríamos a un niño envuelto en pañales?

—Y acostado en un pesebre.

El hombre que había hablado el primero se quedó mirando pensativamente en dirección a la hoguera, y al cabo de un rato dijo, como si estuviese poseído por una determinación repentina:

—En Belén solo hay un sitio donde se pueden encontrar pesebres; uno y solo uno, y es la cueva cerca de la antigua posada. Hermanos, vayamos a ver esto que acaba de ocurrir. Los sacerdotes y los doctores buscan al Cristo desde hace mucho tiempo. Ahora ha nacido, y el Señor nos ha dado una señal por la cual podemos reconocerlo. Presentémonos ante él y adorémosle.

—Pero ¿y los rebaños?

—El Señor velará por ellos. Démonos prisa.

Entonces se levantaron todos y abandonaron el redil.



Rodearon la montaña y atravesaron el pueblo para llegar a la puerta de la posada, donde un hombre montaba guardia.

—¿Qué queréis? —preguntó.

—Hemos visto y escuchado cosas grandiosas esta noche —respondieron.

—Bueno; nosotros también hemos visto cosas grandiosas, pero no hemos escuchado nada. ¿Qué oísteis?

—Vayamos junto a la cueva que hay dentro del cercado para poder asegurarnos; entonces te lo contaremos todo. Ven con nosotros y podrás comprobarlo con tus propios ojos.

—¡Qué idea más descabellada!

—No; el Cristo ha nacido.

—¡El Cristo! ¿Y cómo lo sabéis?

Primero vayamos a verlo.

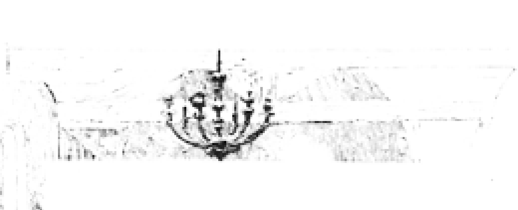
El hombre rio despectivamente.

—¡Nada menos que el Cristo! ¿Y cómo vais a reconocerlo?

—Ha nacido en un pesebre y ahora está acostado en un establo, según se nos dijo. Y en Belén solo hay pesebres en un sitio.

—¿La cueva?

—Sí. Ven con nosotros.



Atravesaron el patio sin ser notados, aunque algunas personas todavía estaban despiertas, hablando acerca de la asombrosa luz. La puerta que daba acceso a la cueva estaba abierta. En el interior ardía una antorcha; los hombres entraron sin más preámbulos.

—Os doy la paz —dijo el guardián a José y su amigo de Beth-Dagón—. Hay aquí unas personas que buscan a un niño que ha nacido esta noche, a quien han de reconocer porque lleva pañales y está acostado en un pesebre.

Por un instante se conmovió el estólido rostro del nazareno, y alejándose de los visitantes dijo:

—El niño está aquí.

Les condujo hasta uno de los pedestales, y allí estaba el niño. Trajeron la antorcha y los pastores se quedaron mirándolo en silencio, mudos. No percibieron ninguna señal; era como cualquier recién nacido.

—¿Dónde está la madre? —preguntó el centinela.

Una de las mujeres cogió al niño y lo colocó entre los brazos de María, que estaba acostada cerca de allí. Al punto todos los presentes se apiñaron a su alrededor.

—¡Es el Cristo! —dijo finalmente un pastor.

—¡El Cristo! —exclamaron todos, cayendo de rodillas en actitud de adoración. Uno de ellos repetía una y otra vez:

—Es el Señor, y su gloria está por encima de la tierra y de los cielos.

Y aquellos hombres sencillos, sin poner en duda lo que habían presenciado, besaron el borde de la túnica de la madre, y con caras radiantes de gozo se marcharon. En la posada contaron su historia a toda la gente que alborotada y curiosa les apremiaba con sus preguntas. Y mientras cruzaban el pueblo, y luego durante todo el trayecto hasta el redil, iban cantando el estribillo de los ángeles: «Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz y buena voluntad a los hombres».

La historia se extendió rápidamente por otras tierras, confirmada por la luz que tantos habían visto, y a partir del día siguiente y durante muchos días, la cueva fue visitada por multitud de curiosos, algunos de los cuales creían, aunque la gran mayoría reían y se burlaban.

Capítulo XII
Los Reyes Magos llegan a Jerusalén

El undécimo día después del nacimiento del niño en la cueva, a media tarde, los tres Reyes Magos se acercaban a Jerusalén por el camino de Siquem[1]. Después de vadear el arroyo Cedrón[2], se cruzaron con muchas personas y todas se detenían y se quedaban mirándolos con curiosidad evidente.

Judea era paso obligado en la ruta del comercio internacional; no era más que una serranía angosta formada aparentemente por la presión del desierto desde el Este y la del océano desde el Oeste, pero esta cordillera había permitido la extensión del comercio entre el Este y el Sur y en ello radicaba su riqueza. En otras palabras, la riqueza de Jerusalén se derivaba de los peajes que imponía a la mercancía en tránsito. En ninguna otra parte, por consiguiente, salvo en Roma, coincidían tantas personas de tantas nacionalidades diferentes; en ninguna otra ciudad un extraño resultaba menos extraño para sus residentes. Y no obstante estos tres hombres despertaban el asombro de todos aquellos con quienes se encontraban mientras se acercaban a las puertas de la ciudad.

El niño de una de las mujeres que se sentaban a la vera del camino frente a las Tumbas de los Reyes vio venir el grupo; inmediatamente comenzó a dar palmadas gritando:

—¡Mirad! ¡Mirad! ¡Qué hermosas campanillas! ¡Qué camellos más grandes!

Las campanillas eran de plata; los camellos, como ya hemos visto, eran de un tamaño y una blancura excepcionales, y se movían con singular majestuosidad. Los arreos daban indicio de largos y pesados trayectos por el desierto, así como de la gran riqueza de sus propietarios, que venían sentados bajo los pequeños pabellones o doseles, tal como habían aparecido para su encuentro en la montaña de Jebel. Sin embargo no eran las campanillas, ni los camellos, ni los arreos, ni el semblante de los jinetes lo que resultaba tan asombroso, sino la pregunta que uno de ellos, el que iba más adelante de los tres, hacía a los transeúntes.

La vía de acceso a Jerusalén desde el Norte pasa por una planicie que se inclina ligeramente hacia el Sur, por lo cual la Puerta de Damasco se encuentra en una cañada u hondonada. El camino es estrecho, desgastado por tantos años de uso, y en algunas partes muy difícil de transitar a causa de los guijarros que las lluvias han ido arrastrando. A ambos lados del camino, empero, se habían extendido antaño fértiles campos y vastos olivares, seguramente una visión hermosa, y especialmente para los viajeros que llegaban de las grandes y yermas extensiones del desierto.

El trío se detuvo ante el grupo que se encontraban frente a las Tumbas de los Reyes.

—Buena gente —dijo Baltazar, mesándose su trenzada barba e inclinándose desde su montura—, ¿está cerca Jerusalén?

—Así es —respondió la mujer hacia cuyos brazos había corrido a ocultarse el niño—. Si aquellos árboles allí adelante fuesen un poco más bajos alcanzaríais a ver las torres del mercado.

Baltazar miró al grieqo y al hindú y luego preguntó:

—¿Dónde está aquel que ha nacido Rey de los Judíos?

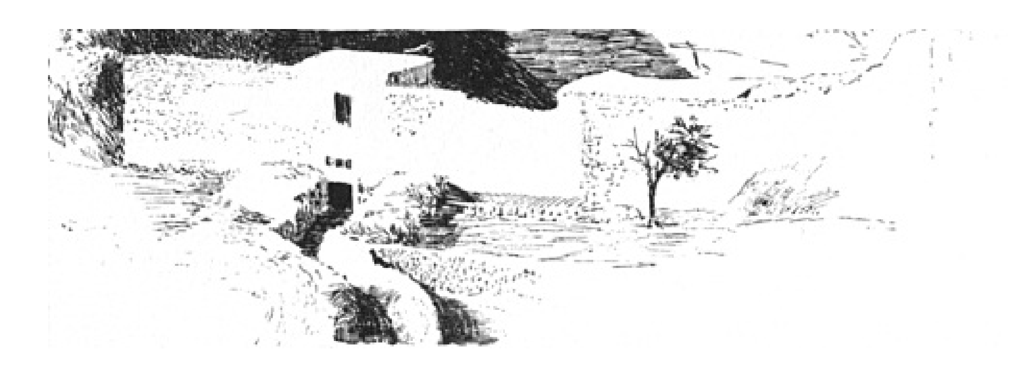
Las mujeres se miraron entre sí atónitas, pero ninguna dijo nada.

—¿No habéis oído hablar de él?

—No.

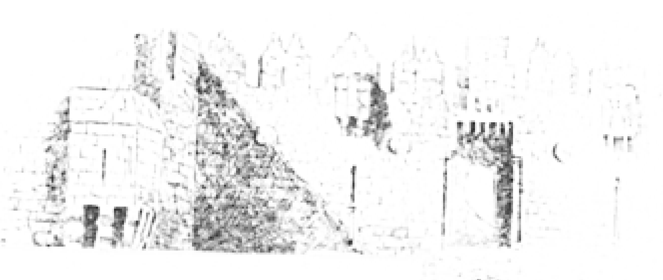
—Bien; contad a todo el mundo que hemos visto su estrella en Oriente, y hemos venido a adorarle.

Acto seguido los tres amigos siguieron su camino. Hicieron a otros la misma pregunta, y con los mismos resultados. Un grupo de varias personas que se dirigía a la Gruta de Jeremías[3] se sorprendió tanto con la pregunta y con el aspecto de los tres viajeros, que todos dieron media vuelta y los siguieron en dirección a la ciudad.



Estaban los tres tan imbuidos por la idea de su misión que no prestaron atención a la vista que poco después se presentó ante ellos en toda su magnificencia: primero el sector de Bezetha, y luego a su izquierda los de

Mizpah y el Monte de los Olivos; la muralla, con sus cuarenta altas y sólidas torres, añadidas en parte para fortalecer la capacidad defensiva de la ciudad, y en parte para satisfacer el refinado gusto del rey constructor; más adelante la cantidad de ángulos que formaban la muralla al doblar hacia la derecha, con una que otra entrada almenada, hasta llegar a las tres grandes construcciones blancas, Fasael, Mariamne e Hípica; en la distancia Sión, la más alta de las colinas, coronada por palacios de mármol, y más hermosa que nunca; las relucientes terrazas del templo de Moria, reconocido como una de las maravillas de la tierra; las regias montañas que bordeaban la ciudad rodeándola casi por completo, de tal modo que parecía encontrarse en el cuenco de un enorme tazón.



Finalmente llegaron a una torre de gran altura y fortaleza, que dominaba la puerta que correspondía a la actual Puerta de Damasco, y señalaba el sitio donde se encontraban los caminos de Siquem, Jericó y Gibeón. Un centinela romano vigilaba el acceso a la puerta. Para entonces el gentío que seguía a los camellos formaba un cortejo lo suficientemente llamativo como para atraer a los desocupados que merodeaban en las cercanías, de manera que cuando Baltazar se detuvo para hablarle al guardia, instantáneamente el trío se convirtió en el centro de un apretado círculo de espectadores ansiosos de escucharlo todo.



—Te doy la paz —dijo el egipcio con voz clara.

El centinela no respondió.

—Hemos viajado grandes distancias en busca de aquel que ha nacido Rey de los Judíos. ¿Puedes decirnos dónde está?

El soldado se levantó la visera de su yelmo y llamó a alguien a voces. De un aposento situado a la derecha del pasaje emergió un oficial.

—Apartaos —gritó a la multitud que se apretaba cada vez más, y como parecían lentos en obedecer su orden, avanzó hacia ellos haciendo girar diestra y

vigorosamente la jabalina a un lado y a otro. Pudo así abrirse paso.

—¿Qué queréis? —preguntó a Baltazar, hablando en el idioma de la ciudad.

En el mismo idioma Baltazar preguntó a su vez:

—¿Dónde está aquel que ha nacido Rey de los Judíos?

—¿Herodes? —interrogó el oficial, confuso.

—El cargo real de Herodes procede del César. No; Herodes no.

—No hay otro Rey de los Judíos.

—Pero hemos visto la estrella de aquel que buscamos, y hemos venido a adorarlo.

El romano estaba perplejo.

—Continuad —dijo al fin—. Seguid adelante, pues yo no soy judío. Dirigid la pregunta a los doctores del Templo, o a Anás el sacerdote, o mejor aún, a Herodes en persona. Si hay otro Rey de los Judíos, él lo encontrará.

En seguida abrió paso para los extranjeros, y el trío franqueó la puerta. Pero antes de entrar en la angosta calle, Baltazar se retrasó un poco para decir a sus amigos:

—Ya se han enterado de nuestra presencia suficientes personas; a medianoche la ciudad entera habrá oído hablar de nosotros y de nuestra misión. Encaminémosnos ahora a la posada.

Capítulo XIII
Los testigos ante Herodes

Esa misma tarde, poco antes de la puesta del sol, un grupo de mujeres lavaba ropa en el último peldaño de la escalera que desciende al estanque de Soloam. Cada una de ellas estaba arrodillada ante un amplio recipiente de arcilla. Una niña, que se hallaba al pie de la escalera, se ocupaba de suministrarles agua, y cantaba mientras iba llenando su jarro. La canción era alegre, y sin duda hacía más liviana la tarea de las mujeres. De vez en cuando se ponían en cuclillas y miraban hacia la ladera de Ofel[1] y la cima del que ahora se conoce como Monte de la Ofensa, a esa hora tenuemente acariciado por los rayos del sol poniente.



Seguían fregando y restregando sus ropas dentro de las jofainas, cuando se aproximaron otras dos mujeres, cada una con una jarra vacía al hombro.

—La paz sea con vosotras —dijo una de las recién llegadas.

Las lavanderas hicieron una pausa, se sentaron, se escurrieron el agua de las manos y devolvieron el saludo.

—Ya es casi de noche…, hora de parar.

—El trabajo nunca termina —fue la respuesta.

—Pero hay tiempo para descansar, y…

—Y escuchar lo que está ocurriendo —interrumpió otra.

—¿Qué nuevas traéis?

—¿Entonces no habéis oído?

—No.

—Dicen que ha nacido el Cristo —dijo la portadora de noticias, precipitándose a contar su historia.

Resultaba curioso observar cómo el interés iba iluminando el rostro de las lavanderas; en un abrir y cerrar de ojos los jarrones se invirtieron, pasando a desempeñar la función de silla para su respectiva propietaria.

—¡El Cristo! —exclamaron las oyentes.

—Eso dicen.

—¿Quién?

—Todo el mundo; está en boca de todos.

—¿Y algunos lo creen?

—Hoy por la tarde, tres hombres que venían por el camino de Siquem llegaron hasta el arroyuelo Cedrón —relató la mujer, refiriendo minuciosamente los detalles para eliminar cualquier duda—. Los tres cabalgaban camellos inmaculadamente blancos y de un tamaño como no se había visto nunca antes en Jerusalén.

Los ojos y las bocas de las lavanderas se abrieron de par en par.

—Para daros una idea de lo imponentes y lo ricos que eran estos hombres —continuó la narradora—, os diré que iban sentados bajo toldos de seda; las hebillas de sus sillines eran de oro, al igual que las orlas de sus bridas; las campanillas eran de plata, y su sonido era verdaderamente musical. Nadie los conocía; parecía que hubiesen venido de los confines de la tierra. Solo uno de ellos hablaba, y a todas las personas que encontraba en el camino, incluso a las mujeres y los niños, les hacía la misma pregunta: «¿Dónde está aquel que ha nacido Rey de los Judíos?». Nadie le respondía, nadie comprendía lo que quería decir, de modo que el trío seguía de largo y al alejarse iban diciendo: «Porque hemos visto su estrella en Oriente y hemos venido a adorarlo». Hicieron la misma pregunta al centinela romano que guardaba la puerta, y este, que no entendía más que el resto de la gente que habían encontrado por el camino, los envió ante Herodes.

—¿Dónde están ahora?

—En la posada. Cientos han ido ya a verlos, y otros muchos más se dirigen allí.

—¿Pero quiénes son?

—Nadie lo sabe. Se dice que son persas…, hombres sabios que pueden hablar con las estrellas…, o quizás profetas, como Elías y Jeremías.

—¿Qué quieren decir con aquello de Rey de los Judíos?

—Que es el Cristo y que acaba de nacer.

Una de las mujeres se echó a reír y regresó a su trabajo diciendo:

—Muy bien; creeré en él cuando lo vea.

Otra de las mujeres siguió su ejemplo:

—Y yo…, bueno, creeré en él cuando le vea resucitar los muertos.

Una tercera dijo en voz baja:

—Desde hace mucho tiempo nos ha sido prometido. Para mí bastará con verle curar un leproso.

El grupo se sentó a conversar hasta que llegó la noche y un viento helado consiguió que volvieran a sus casas.





Más tarde, esa misma noche, aproximadamente a la hora en que comenzaba la primera guardia, se congregaban en el palacio del Monte de Sión unas cincuenta personas, que solo se reunían, cuando lo ordenaba Herodes con el propósito de instruirse acerca de alguno o algunos de los misterios más profundos de la ley y la historia judías. Se trataba, en suma, de una reunión de los maestros de los colegios, de los sacerdotes más importantes y de los doctores de mayor renombre por su erudición en toda la ciudad…, es decir, los líderes de la opinión pública y de los diferentes credos. Estaban allí los príncipes de los saduceos, los jefes de debate de los fariseos, los filósofos de voz baja y maneras serenas vinculados a los socialistas esenios[2].

El recinto en el cual se celebraba la reunión formaba parte de uno de los patios interiores del palacio, era bastante amplio y estaba construido al estilo romano. El suelo estaba recubierto por cuadradas teselas de mármol; las paredes, desprovistas de ventanas estaban divididas en paneles de color amarillo azafrán pintados al fresco; en el centro se veía un diván cubierto con cojines de una tela de un amarillo brillante, y en forma de U; en el arco del diván, es decir en el espacio que dejaba la curvatura de la letra, había un enorme trípode de bronce con curiosas incrustaciones de oro y plata; sobre el trípode, colgando del techo, había un candelabro de siete brazos cada uno de los cuales portaba una lámpara encendida. El diván y la lámpara eran del más puro estilo judío.

Los presentes, sentados al estilo de los orientales, vestían de manera muy similar, aunque los colores de sus trajes eran diferentes. En su mayoría eran hombres de edad avanzada y enormes barbas blancas; casi todos eran dueños de voluminosas narices y de grandes ojos negros sombreados por unas cejas espesas; sus ademanes eran graves y dignos, casi patriarcales. Se trataba de una sesión del Sanedrín[3].

El hombre que se sentaba ante el trípode, en el sitio que podría considerarse la cabecera del diván pues tenía al resto de los asistentes a su derecha o a su izquierda y al mismo tiempo delante de él, y quien

evidentemente presidía la asamblea, hubiese atraído inmediatamente la atención de cualquier espectador. Se veía que había sido un hombre corpulento, pero ahora estaba doblado y encogido hasta parecer una sombra de sí mismo; su túnica blanca caía desde los hombros en pliegues holgados, dejando adivinar un cuerpo carente de músculos, en el que solo sobresalían los ángulos de su esqueleto. Sus manos, medio ocultas entre las mangas de seda de su túnica, apretaban las huesudas rodillas. A veces cuando hablaba, extendía temblorosamente el índice de su mano derecha; parecía incapaz de ejecutar cualquier otro gesto. Su cabeza, empero, era espléndida. Unos cuantos cabellos, más blancos que plata labrada en finísimos hilos, bordeaban la base; sobre un cráneo amplio y esférico, una piel muy tensa y estirada brillaba vivamente cada vez que le daba la luz; las sienes parecían profundas cavidades, desde las cuales emergía la frente como un arrugado risco; sus ojos eran pálidos, velados; su nariz era ganchuda; toda la parte inferior del rostro estaba embozada por una barba ondeante y venerable como la de Aarón. ¡Tal era el aspecto de Hillel de Babilonia[4]! El linaje de los profetas, extinguido en Israel hacía mucho tiempo, había sido sucedido por un linaje de letrados, entre los cuales Hillel era el primero en sabiduría…, un profeta, de hecho, en todo salvo la inspiración divina. A la edad de ciento seis años seguía siendo Rector del Gran Colegio.

Sobre la mesa en frente suyo se veía desplegado un rollo de pergaminos con inscripciones en hebreo; detrás, a la espera, se encontraba un paje ricamente ataviado.

La asamblea había deliberado largamente, pero en aquel momento ya había llegado a una conclusión; todos los semblantes denotaban una actitud de reposo, y el venerable Hillel, sin moverse, llamó al paje.

—¡Aquí!

El joven avanzó respetuosamente.

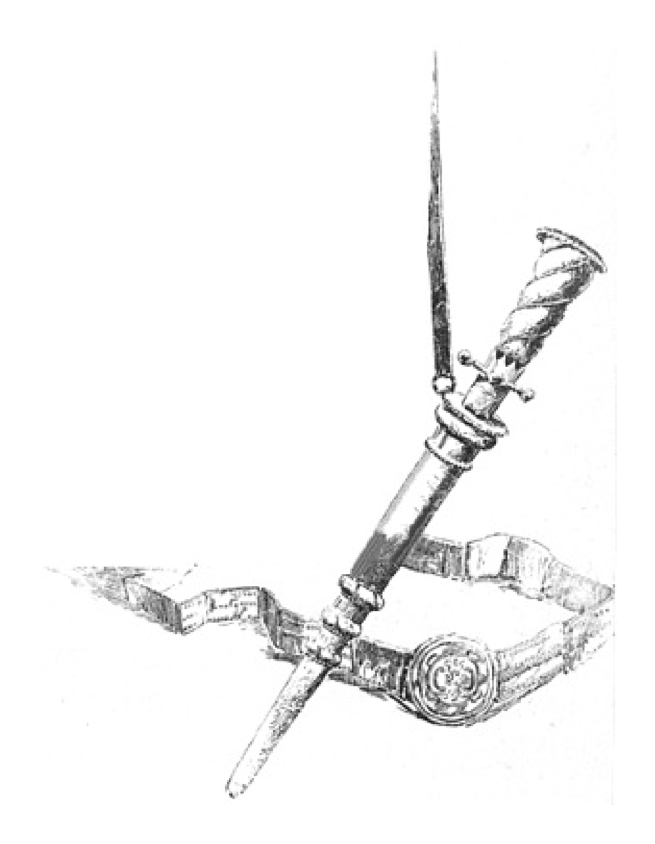
—Ve a decir al rey que estamos listos para darle una respuesta.

El muchacho se marchó velozmente.

Al cabo de un rato entraron dos oficiales, que se quedaron de pie, uno a cada lado de la puerta; detrás de ellos hizo su lenta entrada un sorprendente personaje: un anciano cubierto por una túnica púrpura con bordes de color escarlata, ceñida a la cintura por una faja de oro tan fina, que se moldeaba como si fuese de cuero; las hebillas de su calzado destellaban con piedras preciosas; una fina corona forjada en filigrana brillaba sobre su fez de suavísima felpa carmesí, que cubriéndole la cabeza caía sobre los hombros, dejando la garganta al descubierto. De su cinturón, en lugar de un sello real

colgaba una daga. Caminaba con paso vacilante, apoyándose pesadamente en un bastón. No se detuvo ni levantó los ojos del suelo hasta que llegó al diván; entonces, como si por primera vez se apercibiera de que estaba en medio de un grupo, se irguió, y miró altivamente a su alrededor, como alguien que alarmado escudriñase en busca de algún oculto enemigo —tan oscura, plagada de sospecha y amenazadora era su mirada—. Este era Herodes el Grande, un cuerpo quebrantado por las enfermedades, una conciencia insensibilizada por los crímenes, una mente extraordinariamente capaz, un alma que bien podría emular con las de los Césares. Herodes tenía a la sazón setenta y seis años, pero cuidaba su trono más celosa y vigilantemente que nunca; nunca antes su poder había sido tan despótico, nunca antes su crueldad tan inexorable.

Se produjo entre la asamblea un movimiento general: los más ancianos saludaban con una inclinación, mientras que los más obsequiosos se ponían en pie para, en seguida, hacer una genuflexión llevándose las manos a la barba o al pecho.



Después de tomar nota mental de los presentes, Herodes prosiguió hasta llegar al trípode en frente del venerable Hillel, quien respondió a su fría mirada con una inclinación de cabeza y un leve ademán de manos.

—¡La respuesta! —dijo el rey con imperiosa simplicidad, dirigiéndose a Hillel y plantando su bastón ante el anciano con ambas manos—. ¡La

respuesta!

Los ojos del patriarca se animaron ligeramente, y levantando la cabeza para mirar cara a cara al hombre que así le interrogaba, respondió en medio de la intensa atención de los circunstantes:

—¡Sea con vos, oh rey, la paz de Dios, de Abraham, de Isaac y de Jacob!

Su manera de hablar recordaba la utilizada para las invocaciones; alterando ligeramente el tono continuó:

—Nos habéis preguntado dónde debería nacer el Cristo.

El rey asintió con una inclinación, aunque sus ojos maléficos permanecieron clavados en el rostro del sabio.

—Esa es la pregunta.

—Entonces, ¡oh rey!, hablando en mi propio nombre y en el de todos mis hermanos aquí presentes, sin ninguna disensión, os diré que ese sitio debe ser Belén de Judea.

Hillel miró en dirección del pergamino que se encontraba sobre el trípode, y señalándolo con su dedo tembloroso prosiguió:

—En Belén de Judea, porque así lo ha escrito el profeta: «Y tú, Belén, en tierra de Judá, no eres, no, la menor entre los principales clanes de Judá; porque de ti saldrá el caudillo que apacentará a mi pueblo Israel»[5].

La expresión en el semblante de Herodes era de preocupación, y sus ojos se posaron sobre el pergamino mientras reflexionaba. Los presentes apenas se atrevían a respirar, y siguiendo su ejemplo no decían palabra. Finalmente Herodes dio media vuelta y abandonó el recinto.

—Hermanos —dijo Hillel—, se levanta la sesión.

Los asistentes se pusieron de pie y se fueron marchando en grupos pequeños.

—Simeón —llamó de nuevo Hillel.

Un hombre que debía pasar de los cincuenta años, pero que se conservaba fuerte y vigoroso, respondió a la llamada y llegó a su lado.

—Llévate el sagrado pergamino, hijo mío; enrollado con cuidado.

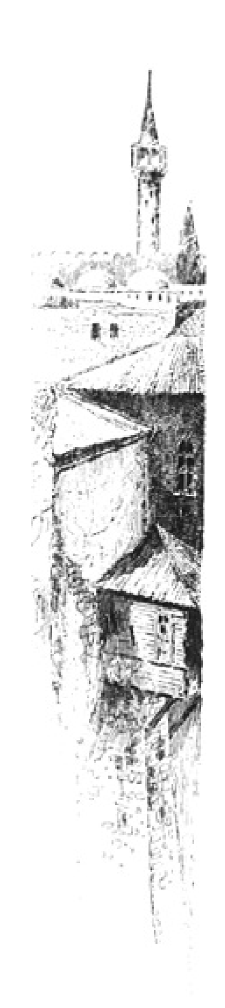
La orden fue obedecida.

—Ahora permíteme tu brazo; deseo ir a la litera.

El vigoroso Simeón se inclinó; con sus manos marchitas el anciano asió el apoyo que se le ofrecía, y después de ponerse en pie, avanzó difícilmente hacia la puerta.

Así se marcharon el famoso Rector y Simeón, su hijo, quien habría de ser su heredero en sabiduría, en erudición y en el cargo.





Y todavía más tarde, esa misma noche, los Reyes Magos descansaban en uno de los sótanos de la posada. No dormían aún, y con la cabeza apoyada sobre la piedra que les servía de almohada, por entre el arco abierto podían mirar hacia las profundidades del cielo y, mientras contemplaban el titilar de las estrellas, pensaban en la próxima manifestación divina. ¿Cómo se presentaría? ¿En qué consistiría? Finalmente estaban en Jerusalén habían preguntado en la puerta por Aquel a quien buscaban; habían dado testimonio de su nacimiento; ahora solo les faltaba encontrarlo, y para ello depositaban toda su fe en el Espíritu que hasta allí les había guiado. Los hombres que esperan escuchar la voz de Dios, o que aguardan una señal del Cielo, no consiguen dormir.

En esa condición se encontraban, cuando un hombre se paró debajo del arco, bloqueando la entrada de luz al sótano.

—¡Despertad! —les dijo—; os traigo un mensaje que no permite dilaciones.

Los tres se sentaron de inmediato.

—¿De quién? —preguntó el egipcio.

—Del rey Herodes.

Sintieron un profundo estremecimiento.

—¿No eres el mayordomo de la posada? —preguntó entonces Baltazar.

—Así es.

—¿Qué desea el rey de nosotros?

—Su mensajero está allí afuera; él os lo dirá.

—Dile entonces que nos espere un momento.

—Teníais razón, hermanos —dijo el griego cuando el mayordomo se hubo marchado—. La pregunta que hacíamos a la gente que encontrábamos en el camino y al centinela de la puerta, nos ha hecho conocidos rápidamente. Estoy impaciente; salgamos cuanto antes.

Se levantaron al punto, se calzaron las sandalias, se cubrieron con los mantos y salieron.

—Os saludo y os doy la paz y os ruego me perdonéis, pero mi amo, el rey, me ha enviado para invitaros a palacio, donde conversará con vosotros en privado.

De tal manera cumplió con su misión el mensajero.



A la luz de una lámpara que colgaba de la entrada, los tres hombres se miraron entre sí, y supieron que el Espíritu se encontraba sobre ellos. Luego el egipcio se acercó al mayordomo y le dijo en voz baja, de modo que no escucharan los otros:

—Sabes dónde dejamos nuestras cosas y dónde descansan nuestros camellos. Mientras estamos fuera, prepara todo para nuestra partida, en caso de que sea necesario.

—No os preocupéis, confiad en mí —respondió el mayordomo.

—La voluntad del rey es nuestra voluntad —dijo Baltazar al mensajero—. Te seguiremos.

Las calles de la Ciudad Sagrada eran entonces tan estrechas como lo son ahora, pero no tan descuidadas y sucias, porque el gran constructor[6], no contento con que fuesen bellas, estipuló normas para que se mantuviesen limpias y cómodas. A la pálida luz de las estrellas, más pálida aún a causa de las murallas que se levantaban a uno y otro lado y de los puentes que conectaban con las azoteas, los magos ascendieron una colina. Finalmente llegaron a un portal que se erigía a todo lo ancho de la vía. Iluminados por lumbres que ardían en dos grandes braseros situados en frente del portal, alcanzaron a observar la estructura, así como a unos cuantos guardias que permanecían inmóviles apoyados contra un muro. Penetraron en un edificio sin que nadie tratara de detenerlos. Después de atravesar distintos pasajes y vestíbulos abovedados, patios y columnatas no siempre iluminadas, después de subir largos tramos de escalera y pasar innumerables claustros y aposentos, fueron conducidos al interior de una tone de gran altura. El guía se detuvo de repente, y señalando una puerta abierta les dijo:

—Entrad. Allí está el rey.

En el aposento se respiraba un intenso aroma de sándalo; todos los objetos en su interior eran de un exquisito gusto femenino. Ocupando el centro de la habitación se veía una alfombra bordada sobre la cual se hallaba un trono. Los visitantes apenas tuvieron tiempo de echar una rápida ojeada al sitio —los divanes y sillones labrados y dorados; abanicos, vasijas e instrumentos musicales; resplandecientes candelabros de oro; paredes pintadas según el

estilo de la voluptuosa escuela griega, cuya sola visión hubiese colmado a un fariseo de sagrado terror—; desde el primer momento toda su atención se centró en Herodes, quien los esperaba sentado en el trono, vestido tal como lo había hecho durante la conferencia con los doctores y abogados.

Sin esperar a ser invitados, los visitantes avanzaron hasta el borde de la alfombra y se postraron. El rey hizo sonar una campanilla. Al momento entró un sirviente y colocó tres taburetes en frente del trono.

—Sentaos —dijo el monarca afablemente.

—De la Puerta Norte —explicó cuando los otros estuvieron sentados—, he recibido informes esta tarde de la llegada de tres extranjeros, curiosamente montados, y con el aspecto de venir de países lejanos. ¿Sois vosotros?

El egipcio comprendió la señal que le hacían el griego y el hindú, y respondió mientras hacía una profunda reverencia:

—Si fuésemos otros distintos de quienes somos, el poderoso Herodes, cuya fama se extiende por el mundo con la misma facilidad que el incienso, no nos hubiese hecho llamar en su presencia. No hay duda que somos nosotros los extranjeros que decís.

Herodes recibió las palabras con un simple ademán de su mano.

—¿Quiénes sois? ¿De dónde venís? —preguntó, y en seguida agregó con marcada intención—: Que cada uno hable por sí mismo.

A su turno cada cual hizo un recuento, refiriéndose solamente a la ciudad y la región donde había nacido, y la ruta que había seguido para llegar a Jerusalén. Un tanto defraudado, Herodes les interrogó más directamente.

—¿Cuál fue la pregunta que hicisteis al oficial que se encontraba en la puerta?

—Le preguntamos, «¿Dónde está aquel que ha nacido Rey de los Judíos?».

—Ahora comprendo por qué la gente se mostraba tan curiosa. Y no es menor la conmoción que despertáis en mí. ¿Hay otro Rey de los Judíos?

El egipcio no perdió su compostura.

—Hay uno que acaba de nacer.

Una expresión de dolor contrajo la sombría cara del monarca, como si cruzara por su mente un horrible y desgarrador recuerdo[7].

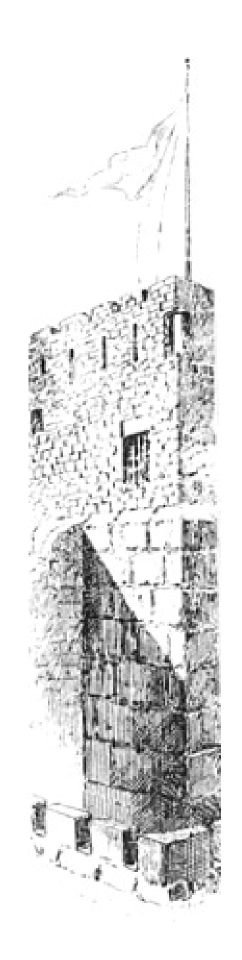
—¡A mí no, a mí no! —exclamó.

Probablemente las imágenes acusadoras de sus hijos asesinados pasaban fugazmente por su memoria. Recobrándose de la emoción, cualquiera que fuese su causa, preguntó con voz firme:

—¿Dónde está el nuevo rey?

—Es eso, ¡oh rey!, lo que quisiéramos saber.

—Presentáis un portento ante mí, una adivinanza que supera a cualquiera de las de Salomón —afirmó Herodes —. Como veis, me encuentro en aquel período de la vida en el cual la curiosidad es tan indomable como en la niñez, y es una gran crueldad no satisfacer la curiosidad de un niño. Contadme más y os honraré del modo en que se honran entre sí los reyes. Decidme todo cuanto sabéis sobre el recién nacido y me uniré a vosotros para buscarlo; y cuando lo encontremos, haré lo que vosotros queráis; lo traeré a Jerusalén y lo entrenaré en el arte de reinar; usaré de mis influencias con el César para favorecer su progreso y su gloria. Los celos no se han de interponer entre nosotros, puedo jurarlo. Pero primero decidme cómo, tan separados como estabais por mares y desiertos, ocurrió que los tres oyeseis hablar de él.



—Te contaré la verdad.

—Procede —dijo Herodes.

Baltazar se incorporó, y colocándose muy recto dijo con voz solemne:

—Existe un Dios todopoderoso.

Herodes se sobrecogió visiblemente.

—Él nos instó a venir aquí, prometiendo que encontraríamos al Redentor del Mundo; que podríamos verlo y adorarlo y servir de testigos de que había venido; y como una señal, a cada uno de nosotros nos fue dado contemplar una estrella. Su Espíritu ha permanecido con nosotros. Oh rey, ¡su Espíritu está ahora mismo con nosotros!

Un sentimiento abrumador se apoderó de los tres hombres. Con gran esfuerzo el griego consiguió contener un grito. La mirada de Herodes se paseaba velozmente de uno a otro. Sus sospechas crecían y se sentía aún más defraudado que antes.

—Os burláis de mí —dijo—. Si no es así, decidme más. ¿Qué habrá de seguir al nacimiento del nuevo rey?

—La salvación de los hombres.

—¿De qué?

—De su maldad.

—¿Cómo?

—Por intermedio de los agentes divinos: la fe, el amor y las buenas acciones.

—Entonces… —Herodes tomó una pausa, y a juzgar por la expresión de su rostro, hubiese sido imposible discernir qué sentimiento le embargaba cuando continuó—: Sois los heraldos del Cristo. ¿Eso es todo?

Baltazar se inclinó hasta casi tocar el suelo con su frente.

—Somos vuestros servidores, oh rey.

El monarca hizo sonar una campanilla y apareció su asistente.

—Trae los regalos —dijo el soberano.

El asistente salió, pero regresó muy pronto, y arrodillándose ante los visitantes, entregó a cada uno un manto azul y escarlata y un cinturón de oro. Agradecieron los presentes prosternándose a la manera oriental.

—Unas cuantas palabras más —dijo Herodes una vez concluida la ceremonia—. Ante el oficial de la Puerta Norte y ante mí hace apenas un momento afirmasteis que habíais visto una estrella en Oriente.

—Sí —dijo Baltazar—, su estrella, la estrella del recién nacido.

—¿Cuándo la visteis aparecer?

—Cuando se nos indicó que viniésemos aquí.

Herodes se puso en pie, significando así que la audiencia había terminado. Descendiendo del trono hacia donde estaban ellos, dijo con extrema afabilidad:

—Si, como me inclino a creer, ¡oh ilustres hombres!, sois en verdad los heraldos del Cristo que acaba de nacer, sabed que esta noche he consultado a los mayores eruditos en cuestiones judías, y han estado de acuerdo, sin excepciones, que debería nacer en Belén de Judea. Por eso os voy a pedir que os encaminéis allí, y que al llegar busquéis diligentemente al jovencito; y cuando lo hayáis encontrado, hacédmelo saber para que pueda acudir a adorarlo. No sufriréis interrupciones ni encontraréis obstáculos para vuestra misión. Que la paz sea con vosotros.

Y cubriéndose con el manto, abandonó el aposento.

Inmediatamente entró el guía, quien los condujo de nuevo a la calle y desde allí hasta la posada. Al llegar al portal de la posada, dijo el griego impulsivamente:

—Llévanos a Belén, hermano, como nos ha solicitado el rey.

—Sí —clamó el hindú—. El Espíritu arde en mi interior.

—Que así sea —dijo Baltazar con igual fervor—. Los camellos están dispuestos.

Hicieron entrega de algunas monedas al mayordomo de la posada, montaron en los camellos, pidieron la dirección para llegar a la Puerta de Joppa, y partieron. Cuando se acercaban a ella, los grandes cerrojos fueron desatrancados y estuvieron así en campo abierto, siguiendo el camino que tan recientemente habían recorrido José y María. Cuando ya remontaban la región del Hinnom y se aprestaban a atravesar la planicie de Refaim, apareció en el firmamento una luz, pálida y difusa en un principio. Los tres sintieron que su pulso se aceleraba. Rápidamente la luz ganó en intensidad; cerraron entonces los ojos para defenderse del candente resplandor; cuando se atrevieron a mirar de nuevo, ¡he aquí que vieron la estrella!, tan nítida como todas las otras que brillaban en el cielo, pero a una altura mucho menor, y avanzando lentamente delante de ellos. Juntaron entonces las manos, y gritaron y se alegraron con enorme alborozo.

—¡Dios está con nosotros! ¡Dios está con nosotros! —repetían una y otra vez con gran regocijo a lo largo del camino, hasta que la estrella, transponiendo el valle situado más allá del Monte Elías, se quedó como suspendida sobre una casa, en las laderas de una colina cercana al pueblo.

Capítulo XIV
Los Reyes Magos encuentran al Niño

Era la hora de la tercera guardia, y en Belén comenzaba a romper la mañana sobre las montañas al Este, pero tan débilmente que en el valle aún reinaba la noche. El centinela en la azotea de la antigua posada, tiritando de frío, estaba atento a escuchar los primeros sonidos con los que la vida al despertarse saluda al amanecer, cuando vio una luz que se movía en lo alto de la colina en dirección a la casa. Pensó que podía ser una antorcha que alguien portaba; un momento después pensó que era un meteoro; el resplandor se hizo más intenso sin embargo, y entonces se dio cuenta de que era una estrella. Muerto de miedo se echó a gritar, haciendo que todos los que se encontraban en la posada subieran a la azotea rápidamente. El fenómeno continuaba acercándose siguiendo un errático curso; a su paso, las rocas, árboles y senderos brillaban como si fuesen iluminados por el relumbrar de un relámpago; muy pronto su resplandor se hizo cegador. Los más medrosos de entre los espectadores cayeron de rodillas y comenzaron a orar, ocultando la cara entre las manos; los más osados, agazapados, protegiéndose los ojos, lanzaban de vez en cuando miradas furtivas y temerosas. Poco después la posada y todos sus alrededores se hallaban inundados por un resplandor intolerable. Quienes se atrevieron a mirar pudieron contemplar la estrella detenida exactamente sobre la casa que daba acceso a la cueva donde había nacido el Niño.

En el apogeo de esta escena llegaron los Reyes Magos, desmontaron de sus camellos junto a la puerta de entrada y pidieron a voces que los dejasen pasar. Cuando el mayordomo consiguió dominar su terror lo suficiente para reparar en ellos, llegó hasta la puerta y les abrió. Bajo aquella luz sobrenatural los camellos tenían un aspecto espectral; por su parte los tres visitantes,

además de su exótica apariencia, mostraban en sus rostros y ademanes una ansiedad y exaltación. Se dispararon aún más los temores y la imaginación desbocada del guardia… Retrocedió unos pasos y por un momento fue incapaz de responder a la pregunta que se le hacía.

—¿No es esto Belén de Judea?

Pero entretanto se habían acercado otros, y con su presencia se sintió un poco más seguro.

—No, esto no es más que la posada; el pueblo está un poco más adelante.

—¿No hay aquí un niño recién nacido?

Los presentes se miraron entre sí inquisitivamente, y algunos de ellos respondieron a los magos que así era.

—¡Indicadnos dónde está! —dijo el griego con impaciencia.

—¡Indicadnos dónde está! —exclamó Baltazar abandonando su gravedad habitual—, pues hemos visto su estrella, que es justamente la que veis sobre aquella casa, y hemos venido a adorarlo.

El hindú se apretó las manos diciendo:

—¡En verdad que Dios existe! ¡Daos prisa, daos prisa! Hemos de encontrar al Salvador. ¡Hemos recibido la más grande de las bendiciones que pueda esperar un hombre!



Las personas que se encontraban en la azotea descendieron y siguieron a los extranjeros mientras eran conducidos a lo largo del patio en dirección del vallado; al ver la estrella, que todavía se encontraba encima de la cueva, aunque menos brillante que antes, algunos se asustaron y dieron media vuelta; la mayoría, no obstante, siguió adelante. A medida que los extranjeros se acercaban a la casa el astro se iba elevando; cuando llegaron a la puerta ya estaba muy arriba y comenzaba a desvanecerse; cuando entraron, se perdió de vista por completo. En aquel momento, los testigos de lo que estaba ocurriendo tuvieron la convicción de que existía una relación divina entre la estrella y los extranjeros, que abarcaba también a los

ocupantes de la cueva, o al menos a algunos de ellos. Cuando se abrió la puerta, se apiñaron para entrar.

La estancia estaba iluminada por una pequeña antorcha, cuya luz fue suficiente para que los extranjeros encontraran a la madre y al niño, que yacía dormido en su regazo.

—¿El niño es tuyo? —le preguntó Baltazar a María.

Y ella, que hasta entonces había guardado en lo más profundo del corazón todo aquello que tuviese relación con el niño, lo sostuvo bajo la luz de la antorcha diciendo:

—¡Es mi hijo!

Entonces los Reyes Magos cayeron de rodillas y lo adoraron.

Vieron que el niño era como los otros niños; sobre su cabeza no se veía ni una aureola ni una corona; sus labios no se abrieron para hablar; si acaso escuchaba sus expresiones de alegría, sus invocaciones, sus oraciones, no dio ninguna señal de ello; al igual que haría cualquier otro niño, prestaba más atención a la llama de la antorcha que a los visitantes.

Al cabo de un rato, los magos se pusieron de pie, regresaron a los camellos, trajeron para obsequiarle oro, incienso y mirra, sin que disminuyera en ningún momento el fervor de sus palabras de adoración, que no se transcriben aquí, pues como bien saben los entendidos, la adoración sencilla del corazón puro era entonces como lo es ahora, y como siempre lo ha sido, una improvisada melodía.

¡Y era este el Salvador que desde tan lejos habían venido a encontrar!

Sin embargo, lo veneraron sin vacilar un solo instante.

¿Por qué?

Su fe se cimentaba en las señales que les había enviado aquel que desde entonces conocemos como El Padre, y para ellos esas promesas eran absolutamente suficientes, y nada preguntaban acerca de sus designios. Pocos eran quienes habían presenciado las señales y escuchado las promesas: la Madre y José, los pastores y ellos tres, y todos creían lo mismo, es decir, que en esta etapa de su plan de salvación Dios lo era todo, y el hijo no era aún nada. ¡Pero dirige tu mirada hacia el futuro, oh lector! Llegará un tiempo en el que las señales procederán todas del Hijo. ¡Dichosos aquellos que entonces crean en él!

Esperemos ese tiempo venidero.



[1]



LIBRO SEGUNDO
Existe un fuego, un movimiento del alma que no permanecerá en su propio y estrecho ser; sino que aspirará más allá de la medianía del deseo y una vez encendido, inextinguible continuará eternamente, cebándose en intensas aventuras, infatigable, incapaz de detenerse.
Lord BYRON. Childe Harold 1

Capítulo I
Jerusalén bajo los romanos[1]

Es necesario transportar al lector veintiún años más tarde, hasta el principio de la administración de Valerio Grato[2], cuarto gobernador imperial de Judea, un período que será recordado por la agitación política en Jerusalén y por marcar el principio de la batalla final entre judíos y romanos.

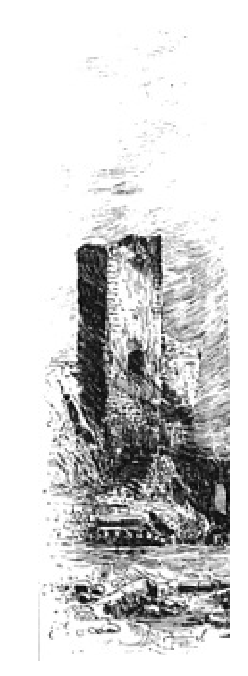
Durante aquel intervalo, Judea había experimentado cambios que la afectaban en muchos aspectos, pero ninguno de manera tan notoria como en lo tocante a su condición política. Herodes el Grande murió antes de que hubiera transcurrido un año desde el nacimiento del Niño…, y había muerto tan miserablemente, que el mundo cristiano tenía razón para creer que había sido alcanzado por la ira divina. Como todos los grandes soberanos que dedican sus vidas a perfeccionar el poder que han creado, Herodes soñaba con transmitir su trono y su corona, soñaba con ser el fundador de una dinastía. Con esa intención dejó un testamento en el cual dividía sus territorios entre sus tres hijos; Antipas, Filipo y Arquelao, y designaba a Arquelao heredero del título. Obligatoriamente el testamento debía ser dejado a juicio del emperador Augusto, quien ratificó todas sus estipulaciones con una sola excepción: retuvo el título real de Arquelao hasta que demostrara su capacidad y su lealtad: en lugar de ello le nombró etnarca, y como tal le permitió gobernar durante nueve años, al cabo de los cuales, en castigo por su mala administración y su incapacidad para dominar las señales de turbulencia que crecían y se fortalecían a su alrededor, lo depuso y lo envió a Galia exiliado.

El César no se contentó con deponer a Arquelao; castigó también a los pobladores de Jerusalén de una forma que tocaba su orgullo y hería dolorosamente las sensibilidades de los altivos habituales del Templo: redujo Judea a la categoría de provincia romana, anexándola a la prefectura de Siria. Así pues, en lugar de un rey gobernando soberanamente desde el palacio que Herodes había dejado en el Monte Sión, la ciudad quedó bajo el control de un oficial de segundo grado, un designado a quien se llamaba procurador y quien debía comunicarse con la corte romana a través del delegado de Siria que residía en Antioquía. Para que la afrenta fuese aún más penosa, no se le permitía al procurador establecerse en Jerusalén; la sede de su gobierno estaba en Cesarea[3]. Más humillante, sin embargo, más exasperante y más cuidadosamente estudiado, Samaria[4], la región que ellos más despreciaban en el mundo entero… ¡Samaria fue unida a Judea como parte de la misma provincia! ¡Qué indescriptible aflicción debieron soportar los intolerantes separatistas y fariseos al recibir los codazos y las burlas de los devotos de Garizim en presencia del procurador en Cesarea!

En medio de esta avalancha de penas, un consuelo, uno solo, quedaba para este pueblo en desgracia: el Sumo Sacerdote pasó a ocupar el palacio de Herodes en la Plaza del Mercado, y conservó allí la apariencia de una corte: las sentencias sobre la vida y la muerte quedaban en manos del procurador. La justicia se administraba en nombre de Roma y de acuerdo con sus decretos. Y, aún más significativo, la casa real estaba ocupada conjuntamente por el oficial de la guardia imperial y todo su cuerpo de asistentes, registradores, recolectores, mesoneros, informadores y espías. Y no obstante, quienes soñaban con la libertad venidera encontraban una cierta satisfacción en el hecho de que la más alta autoridad en el palacio fuese un judío. Su sola presencia allí, día tras día, mantenía vivo el recuerdo de los pactos y las promesas de los profetas, y de la época en que Jehová gobernaba las tribus por intermedio de los hijos de Aarón[5]; este hecho suponía para ellos una señal de que Él no les había abandonado. De manera, pues, que sus esperanzas sobrevivían y su paciencia se fortalecía y les ayudaba a esperar austeramente al hijo de Judea que había de gobernar Israel.

Judea había sido una provincia romana durante más de ochenta años, tiempo más que suficiente para que los Césares estudiaran la idiosincrasia de su gente, al menos tiempo suficiente para aprender que el judío, a pesar de su gran orgullo, podía ser gobernado sin dificultades si se respetaba su religión. Fieles a esa norma, los predecesores de Valerio Grato, cuidadosamente se habían abstenido de interferir con las ceremonias y ritos sagrados de sus

súbditos. Pero Grato decidió seguir un camino diferente: prácticamente su primer acto oficial fue expulsar a Anás de su cargo de Sumo Sacerdote, y designar en su lugar a Ismael, hijo de Fabus.



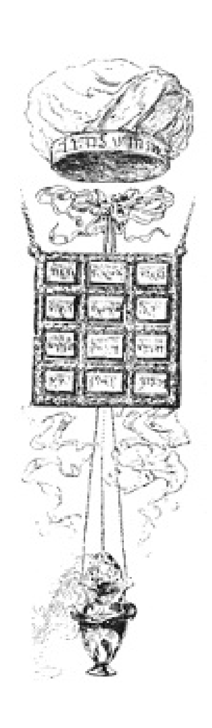
Ya sea que el acto fuese ordenado por Augusto, o emanase directamente de Grato, su inoportunidad se hizo evidente muy pronto. El lector no será abrumado con un capítulo sobre política judía; no obstante, unas cuantas palabras son esenciales para aquellos que deseen seguir críticamente la narración que se presenta. En la época a la cual nos referimos, existían en Judea dos partidos. El de los nobles y el separatista o partido popular. A la muerte de Herodes los dos se unieron para luchar contra Arquelao; desde el Templo hasta el Palacio, desde Jerusalén hasta Roma, se enfrentaron a él, unas veces recurriendo a la intriga y otras con las armas. Más de una vez los sagrados claustros de Moria resonaron con los gritos de hombres enzarzados en la batalla. Finalmente Arquelao se vio obligado a exiliarse. Entretanto, y a lo largo de todos estos enfrentamientos, los aliados tenían objetivos muy diferentes. Los nobles odiaban a Joazar, el Sumo Sacerdote; los separatistas, por el contrario, eran sus fervorosos partidarios. Cuando el arreglo dispuesto por Herodes se vino al suelo con el fracaso de su hijo Arquelao, también Joazar cayó en desgracia. Anás, hijo de Seth, fue escogido por los nobles para ocupar el importante cargo; inmediatamente sobrevino el rompimiento de los aliados. La introducción de un descendiente de Seth fue motivo para que las dos fracciones se enfrentaran con feroz hostilidad.

En el transcurso de la lucha contra el desafortunado etnarca, la facción de los nobles había pensado que una unión con Roma les sería provechosa. Considerando que cuando desapareciera el arreglo existente se requeriría alguna otra forma de gobierno, sugirieron que Judea fuese convertida en una provincia. Este hecho proporcionó a los separatistas una causa más para criticar a los nobles y ganar adeptos. Y, más adelante, cuando también Samaria pasó a ser parte de la provincia, los nobles se convirtieron en una minoría, sin más apoyo que la corte imperial y el prestigio que se derivaba de sus rangos y riquezas. Sin embargo, a pesar del arraigo tan limitado, durante quince años, de hecho hasta la llegada de Valerio Grato, los nobles lograron mantener sus sitiales tanto en el Palacio como en el Templo.

Anás, ídolo de la facción de los nobles, había usado su poder fielmente para engrandecer los intereses de su patrón imperial. Un destacamento romano controlaba la Torre Antonia[6]; guardias romanos cuidaban las entradas del palacio; un juez romano administraba la justicia, civil y criminal; un sistema romano de impuestos, aplicado inmisericordemente, abrumaba a la ciudad y al campo; cada día, cada hora, y de mil formas diferentes, la gente debía sufrir abusos, afrentas, y aprender en carne propia la diferencia entre una vida independiente y una vida de sumisión… Y, sin embargo, Anás mantenía a toda esta gente relativamente tranquila. Roma no podía contar con un amigo mejor, y en el instante mismo en que se marchó, su ausencia se hizo sentir. Después de entregarle las vestiduras sacerdotales a Ismael, el nuevo designado, Anás caminó desde los patios del Templo hasta las cámaras de los separatistas, y se convirtió en cabecilla de una nueva coalición.

Desprovisto entonces del partido que le apoyaba, Grato, el procurador, tuvo la sensación de que aquel fuego que durante quince años había estado reducido a rescoldos, comenzaba a arder con renovado vigor. Un mes después de que Ismael ocupara el cargo de Sumo Sacerdote, el romano consideró necesario hacerle una visita. Cuando los judíos divisaron desde las murallas que su guardia entraba por la puerta norte en dirección a la Torre Antonia, y mientras lo saludaban con gritos y rechiflas, comprendieron el verdadero motivo de su visita…

Una cohorte entera de legionarios sería añadida a la guarnición existente. Las clavijas del yugo podrían ser ahora apretadas impunemente. De modo que si el procurador juzgaba importante sentar un ejemplo, ¡desdichado del que cometiese la primera infracción!



Capítulo II
Ben-Hur y Messala

Con la perspectiva de la explicación anterior, se invita ahora al lector a mirar en el interior de uno de los jardines del palacio en el Monte Sión. Son las doce de un día a mediados de julio, cuando el calor del verano está en su punto más álgido. En todos sus costados el jardín estaba limitado por edificios, algunos de ellos de dos pisos, con verandas que sombreaban las puertas y ventanas de la planta baja, mientras que amplias galerías provistas de firmes balaustradas, adornaban y protegían la planta superior. Aquí y allá, sin embargo, las estructuras disminuían de envergadura para formar columnatas bajas que dejaban pasar la brisa y permitían la visión de otras partes de la casa, dando así una mejor idea de su magnitud y belleza. La disposición del suelo era igualmente agradable a la vista. Había senderos, franjas de césped y arbustos, y unas cuantas palmeras de una variedad poco común junto a algarrobos, albaricoques y nogales. En la parte más elevada del terreno se encontraba un depósito o estanque de mármol, provisto de varias portezuelas que al ser levantadas permitían el paso del agua hacia unos canales que bordeaban los senderos, rescatando así el sitio de la aridez que prevalecía en el resto de la región.

No muy lejos de la fuente había un pequeño charco de agua clara que alimentaba un grupo de cañas y adelfas, tales como las que crecen a orillas del río Jordán y en las cercanías del Mar Muerto. Entre el grupo de árboles y el charco, sin prestar atención al sol abrasador y al aire estancado, estaban sentados dos muchachos, el primero de unos diecinueve años y el segundo rondando los diecisiete, enfrascados en grave conversación. Ambos eran bien

parecidos, y a primera vista podría pensarse que eran hermanos. Ambos tenían el cabello y los ojos negros y el rostro muy bronceado.

El mayor llevaba la cabeza descubierta. Excepto las sandalias y una manta de color azul claro sobre la cual estaba sentado, su único atuendo era una holgada túnica que le caía hasta las rodillas. La vestidura dejaba también al descubierto sus brazos y piernas, tan morenos como el rostro; no obstante, una cierta gracia en sus maneras, el refinamiento de los rasgos y un lenguaje culto denotaban su rango. La túnica, de lana muy suave de tinte grisáceo, con bordes rojos en el cuello, las mangas y el borde del faldón, y ceñida a la altura de la cintura por un cordón de seda adornado con borlas, pregonaba que se trataba de un ciudadano romano. Y si al hablar, de vez en cuando miraba altivamente a su compañero y se dirigía a él como a un inferior, casi debería ser excusado, pues pertenecía a una familia que incluso en Roma era tenida por noble, una circunstancia que en aquella época justificaba cualquier arrogancia. Durante las terribles guerras entre el primer César y sus poderosos enemigos, un Messala había sido amigo muy cercano de Bruto[1]. Después de la victoria de Filipo, sin sacrificar su honor, ese mismo Messala se había reconciliado con el conquistador. Y más adelante, cuando Octavio tomó las armas para contender por el Imperio, Messala le ofreció su apoyo. Tanto Octavio como el emperador Augusto tuvieron en cuenta ese servicio y abrumaron a la familia con honores.

Entre otras cosas, Octavio envió al hijo de su antiguo partidario a Judea —ahora reducida a la condición de provincia—, y le encargó del recibo y administración de los impuestos que se recolectaban en esa región. Desde entonces, el hijo de Messala permanecía en ese servicio, compartiendo el palacio con el Sumo Sacerdote.

El joven que se presentó hace un instante era a su vez hijo de este, y tenía por costumbre recordar en forma viva y jactanciosa la relación entre su abuelo y los grandes romanos de aquella época.

El acompañante del joven Messala era más pequeño y delgado, y sus vestiduras eran de lino blanco muy fino, cortadas al estilo por entonces corriente en Jerusalén; su cabeza estaba tocada por un paño ajustado con una cinta amarilla y dispuesto de tal manera que cubría su frente y deslizándose por un lado llegaba hasta la parte inferior de la nuca. Un observador ducho en las distinciones de raza y que prestase más atención a sus rasgos que a su indumentaria, muy pronto detectaría su ancestro judío. La frente del romano era alta y angosta, su nariz aquilina, sus labios delgados y rectos y sus ojos fríos. La frente del israelita, en cambio, era baja y amplia, su nariz larga, con

las ventanas dilatadas; su labio superior cubría ligeramente el inferior, corto y curvo, acentuando los hoyuelos y formando con ellos una especie de arco de Cupido. Estos detalles junto con la barbilla redondeada, los ojos llenos y las mejillas ovaladas y levemente ruborizadas con un brillo similar al que da el vino, concedían a su rostro la suavidad, la fuerza y la belleza peculiares a su raza. El donaire del romano era severo y casto; aquel del judío era expresivo y voluptuoso.

—¿No dijiste que el nuevo procurador debe llegar mañana?

La pregunta provenía del más joven de los amigos, y había sido dirigida en griego, que curiosamente era entonces la lengua prevaleciente en los círculos más cultos de Judea. En efecto, el griego había pasado del palacio al campamento y al instituto, y desde allí, sin que nadie pudiera decir exactamente cuándo ni cómo, al mismo templo… de hecho había llegado hasta recintos interiores del templo, mucho más allá de las puertas y claustros, recintos prohibidos para un gentil.

—Sí; mañana —respondió Messala.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Escuché que Ismael, el nuevo gobernador a quien vosotros llamáis Sumo Sacerdote se lo decía anoche a mi padre. Claro que la noticia tendría mayor credibilidad, te lo aseguro, puesta en labios de un egipcio, raza que ha olvidado lo que es la verdad, e incluso de labios de un idumeo, gente que nunca aprendió el significado de esta palabra «verdad»… De modo, pues, que para asegurarme, esta mañana fui a ver a un centurión de la Tone y me dijo que se adelantaban los preparativos para la reunión, que los armeros estaban puliendo los yelmos y escudos y dorando de nuevo las águilas y los globos, y que habitaciones que no habían sido utilizadas durante mucho tiempo estaban siendo limpiadas y aireadas, como si se esperara la llegada de muchos más hombres a la guarnición…, probablemente la escolta del gran hombre.

No es posible dar una idea cabal de cómo había sido dada esta respuesta, porque los detalles se escapan a la capacidad de la pluma. La imaginación del lector debe suplirlos, y para ello es preciso recordar el respeto a los dioses, antes considerado como una de las cualidades romanas, se estaba resquebrajando rápidamente, o, mejor dicho, estaba pasando de moda. La antigua religión casi había cesado de ser una fe; como mucho, quedaban algunas maneras de pensar y de expresarse convertidas en costumbres y apreciadas principalmente por los sacerdotes, quienes sacaban provecho de ellas, y por los poetas que al escribir no podían prescindir de las deidades conocidas… Algunos cantantes de nuestros días tienen tendencias similares…

A medida que la filosofía iba tomando el sitio que antes ocupara la religión, la sátira sustituía velozmente a la veneración, con mayor razón aún porque se iba imponiendo la opinión latina de que la sátira era tan importante en los discursos, incluso en las pequeñas diatribas durante una conversación, como la sal lo es para las carnes y el aroma para el vino. El joven Messala, educado en Roma, de donde había regresado hacía poco tiempo, había adquirido allí el gusto por la sátira, e incluso unos especiales gestos para acompañarla: un movimiento, apenas perceptible del párpado inferior, una estudiada arruga en la aleta de la nariz y un lánguido tono de voz, eran considerados como el mejor vehículo para transmitir la sensación de indiferencia. Utilizaba además ciertas pausas retóricas, indispensables para que el oyente aprecie la agudeza del orador o reciba el aguijoneante virus de su epigrama.

Una pausa de este género tuvo lugar en la respuesta del joven romano, al final de su alusión a los egipcios y los idumeos. El color de las mejillas del muchacho judío se acentuó, y en seguida se quedó en silencio, mirando ausentemente hacia las profundidades del estanque.

—Nuestra despedida tuvo lugar en este jardín —continuó Messala—. «Que la paz del Señor te acompañe», fueron tus últimas palabras. «Que los dioses te guarden», dije yo. ¿Recuerdas? ¿Cuántos años han pasado desde entonces?

—Cinco —contestó el judío contemplando fijamente el agua.

—Tienes razones para sentirte agradecido con… ¿A quién debo nombrar? ¿A los dioses? Bueno; no importa. Te has convertido en un joven apuesto; los griegos te llamarían hermoso… ¡Afortunado logro de los años! Si Júpiter se contentó con un solo Ganimedes[2], ¡qué excepcional copero serías tú para el Emperador! Dime, estimado Judá, ¿por qué despierta tanto interés en ti la llegada del procurador?

Judá posó sus enormes y oscuros ojos sobre el otro; la mirada, grave y pensativa, consiguió la atención del romano y la retuvo mientras hablaba:

—Sí; cinco años. Recuerdo la separación; tú marchabas a Roma. Cuando empezaste a alejarte, lloré por el afecto que te tenía. Han pasado los años y ahora vuelves a mí bien formado, seguro de ti mismo y majestuoso… No bromeo y, sin embargo…, sin embargo, preferiría que fueras el Messala que se marchó.

Las finas ventanas de la nariz del satirista se agitaron, y pronunciando las palabras con una mayor lentitud, dijo:

—No, no; no un Ganimedes sino un oráculo, querido Judá. Con un par de lecciones de mi profesor de retórica cerca del Foro[3] (te daré una carta de

recomendación cuando tengas el suficiente buen juicio para aceptar la sugerencia que había pensado hacerte), con un poco de práctica en el arte de lo misterioso, Delfos[4] te recibirá como si a él acudiese el mismísimo Apolo. Al sonido de tu solemne voz, Pitia[5] descenderá hacia ti con su corona. Y ahora en serio, amigo mío, ¿en qué te basas para decir que no soy el mismo Messala que se marchó? Una vez escuché hablar al más eminente lógico en el mundo. Su tema era la discusión. Recuerdo una de sus frases: «Comprende a tu antagonista antes de responderle». Permíteme que te entienda.

El joven se ruborizó bajo la cínica mirada a la cual estaba expuesto y, a pesar de ello, contestó con firmeza:

—Ya veo que has aprovechado bien tus oportunidades; de tus profesores has adquirido un caudal de conocimientos y numerosos dones. Hablas con la facilidad de un maestro; sin embargo, tus palabras llevan un aguijón. Mi Messala, cuando se marchó, tenía una naturaleza exenta de veneno, y por nada en el mundo hubiese herido los sentimientos de un amigo.

El romano sonrió como si estuviese recibiendo un elogio, y elevó un ápice su patricia cabeza.

—Mi solemne Judá; no estamos ni en Dodona ni en Pitia. Abandona el estilo oracular y habla claramente. ¿En qué momento te he herido?

El otro aspiró lenta y profundamente, y tirando del cordón que ceñía su cintura, dijo:

—En los cinco años que han transcurrido, yo también he aprendido algunas cosas. Hillel no será igual al eminente lógico que escuchabas, y Simeón[6] y Shammai son, si duda, inferiores a tu profesor en las cercanías del Foro. Sus enseñanzas no se extienden hacia senderos prohibidos; aquellos que se sientan a sus pies se levantan después enriquecidos simplemente en el conocimiento de Dios, de la Ley y de Israel, y el resultado es amor y reverencia por todo lo que a ello atañe. Mi asistencia al Gran Colegio y el estudio de lo que he escuchado allí me ha enseñado que Judea ya no es como antes fue. Reconozco la distancia que separa a un reino independiente de la provincia insignificante que es ahora Judea. Sería yo más malvado y más vil que un samaritano si no me sintiera agraviado por la degradación que sufre mi país. Ismael no es legalmente el Sumo Sacerdote y no podrá serlo mientras viva el noble Anás; no obstante, es un levita, uno más de los devotos que durante miles de años han servido al Dios de nuestra fe y veneración. Su…

Messala le interrumpió con su risa mordaz.

—Ah, ahora te entiendo. Ismael, me dices, es un usurpador. Sin embargo, darle crédito a un idumeo[7] antes que a Ismael sería como la picadura de una víbora. ¡Por el hijo borracho de Sémele[8]! ¿Qué va a ser del judío? Todos los hombres y todas las cosas cambian, incluso el cielo y la tierra, pero un judío jamás. Para él no existe el retroceso ni el adelanto; es lo que su antepasado era en el comienzo. Trazaré un círculo en la arena…, ¡helo aquí! Ahora, dime, ¿qué otra cosa es la vida de un judío? Vueltas y vueltas, Abraham aquí, Isaac y Jacob[9] más allá, Dios en el centro. Y el círculo… ¡por el amo de todas las tormentas!, el círculo es demasiado amplio. Lo haré de nuevo…

Se detuvo, colocó el dedo pulgar en el suelo y con los otros dedos borró bruscamente la franja alrededor del pulgar.

—Mira; la huella del pulgar es el Templo, las líneas de los dedos son Judea. Por fuera de ese pequeño espacio, ¿permite vuestra religión que exista algo de valor? ¡Las artes! Herodes era un constructor; por lo tanto es un infame. ¡La pintura, la escultura! Fijarse en ellas es un pecado. A la poesía la hacéis atar a vuestros altares. Excepto en la sinagoga, ¿quién de entre vosotros intenta ejercitar la elocuencia? En la guerra, lo que conquistáis en seis días lo perdéis en el séptimo. Esa es vuestra vida y vuestro límite. ¿Quién podría oponerse si me burlo de vosotros? Si estás satisfecho con la adoración de un pueblo semejante, ¿qué es vuestro Dios en comparación de nuestro Júpiter[10] romano que nos provee de águilas para que podamos abarcar el universo con nuestros brazos? Hillel, Simeón, Shammai, Abtalión[11], ¿qué son ellos junto a los nuestros que nos enseñan que debe conocerse todo lo que pueda ser conocido?

El judío se puso de pie, con el rostro encendido.

—No, no; quédate en tu sitio, Judá, quédate en tu sitio —exclamó Messala extendiendo su mano.

—Te burlas de mí.

—Escucha aún un poco más. En seguida —el romano sonrió con mofa—, en seguida Júpiter y toda su familia, griega y latina, acudirán a mí, como es su costumbre, y pondrán fin a toda esta grave conversación. Soy muy consciente de tu bondad al emprender el camino desde la antigua morada de tus padres para darme la bienvenida y renovar el afecto de nuestra niñez…, si es que esto es posible. «Marchaos», dijo mi profesor en su última lección, «marchaos, y para que vuestras vidas sean grandes, recordad que Marte reina y que Eros ha encontrado sus ojos». Quería decir que el amor no es nada y la guerra lo es todo. Así ocurre en Roma. El matrimonio es el primer paso hacia el divorcio.

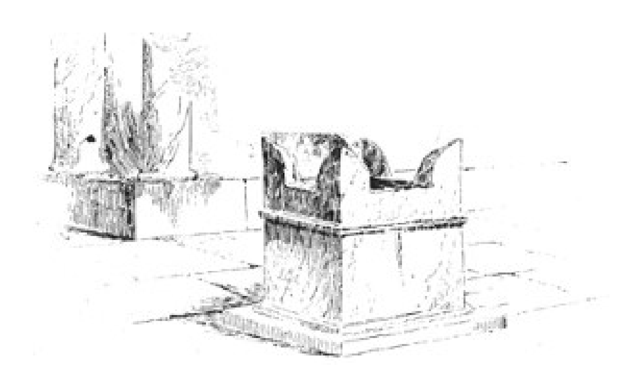
La virtud es una joya comerciable. Cleopatra, moribunda, legó sus artes, y con ello se ha vengado; en cada casa romana tiene un sucesor. El mundo marcha en la misma dirección: así que por lo que respecta a nuestro futuro, ¡abajo Eros y que viva Marte! Yo seré soldado, y tú, ¡oh mi apreciado Judá!, lástima me das; ¿qué podrías ser?

El judío se acercó un poco más al estanque. Messala, con entonación cada vez más parsimoniosa, dijo:

—Sí, te compadezco, mi buen Judá. Del colegio a la sinagoga; luego al templo; luego…, ¡oh, el colmo de la gloria! Un asiento en el Sanedrín. Una vida sin oportunidades; ¡que los dioses te ayuden! Pero yo…

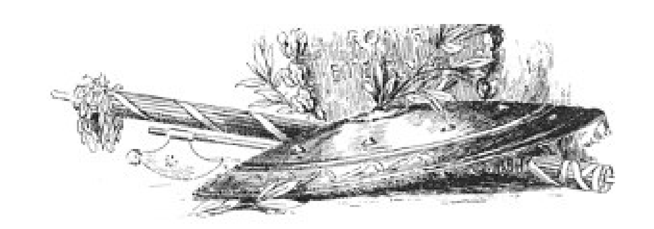
Judá miró y pudo ver la chispa de orgullo que brillaba en aquel altivo rostro.

—Pero yo…, ¡ah!, hay muchas partes del mundo aún por conquistar. El mar esconde islas que no han sido vistas. En el Norte existen naciones que jamás han sido visitadas. La gloria de completar la marcha de Alejandro hacia el Lejano Oriente todavía espera a algún hombre. Bien puedes ver las oportunidades que se extienden ante un romano.



Un instante después prosiguió su arremetida.

—Una campaña en el África; otra para enfrentarse a los escitas[12] después, una legión. La mayoría de las carreras terminan allí, pero no la mía. Yo… ¡por Júpiter!, ¡qué idea!…, renunciaré a mi legión por una prefectura. Piensa en la vida en Roma con dinero ¡Dinero, vino, mujeres, juegos!, poetas recitando en los banquetes, intrigas en la corte, juegos de azar durante todo el año. La felicidad podría ser completa. Una lucrativa prefectura bien puede ser mía. Mira Judá, ¡aquí está Siria! Judea es rica; Antioquía una digna capital para los dioses. Sucederé a Cyrinus[13], y tú… tú compartirás mi fortuna.



Los sofistas y retóricos que pululaban en las plazas públicas de Roma, monopolizando prácticamente la función de educar a la juventud patricia, tal vez habrían aprobado las palabras de Messala, pues correspondían a las tendencias en boga; para el joven judío, por el contrario, eran algo nuevo y resultaban muy diferentes al solemne estilo de discurso y conversación a los cuales estaba acostumbrado. Pertenecía a una raza cuyas leyes, costumbres y hábitos de pensamiento proscribían la sátira y el humor. Por lo tanto, escuchaba a su amigo con sentimientos cambiantes; indignado un momento, y el siguiente dudoso de cómo tomar sus palabras. Los aires de superioridad que el otro había adoptado le resultaron ofensivos en un principio, pronto habían pasado a ser irritantes, y finalmente se habían convertido para Judá en un agudo escozor. En todos nosotros la cólera está cerca de este punto y, ahora, el orador satírico la había provocado. Para el judío de la época de Herodes, el patriotismo era una pasión salvaje, apenas oculta bajo una capa de ecuanimidad, tan vinculada a su historia, su religión y su Dios, que respondía de forma instantánea a cualquier intento de mofa. Por consiguiente, no sería una exageración decir que las palabras de Messala constituían para su interlocutor una refinada tortura. Llegados a ese punto dijo Judá con una sonrisa forzada:

—Existen algunas personas, he oído decir, que pueden permitirse hacer burla de su futuro. Acabas de convencerme, Messala, de que no soy uno de ellos.

El romano lo contempló un instante y luego replicó:

—¿Por qué no puede haber verdad en una broma al igual que la hay en una parábola? La gran Fulvia salió a pescar el otro día; cogió más peces que todos sus acompañantes juntos. Dijeron que se debía a que las púas de su anzuelo estaban cubiertas de oro.

—Entonces, ¿no todo lo que decías era en broma?

—Mi estimado Judá, ya veo que mi oferta no fue suficientemente buena —contestó el romano bruscamente, sus ojos chispeantes—. Cuando yo sea prefecto, enriqueciéndome a costa de Judea, te haré…, te haré Sumo Sacerdote.

El judío se apartó airadamente.

—No te vayas —dijo Messala.

El otro se detuvo indeciso.

—¡Cielos, Judá, cómo calienta el sol! —profirió el patricio, observando su perplejidad—. Busquemos una sombra.

Judá respondió fríamente.

—Es mejor que nos separemos. Ojalá no hubiera venido. Buscaba a un amigo y encontré a un…

—Romano —dijo Messala velozmente.

Las manos del judío se crisparon, pero controlándose una vez más, comenzó a alejarse. Messala se puso de pie, y tomando el manto del sitio donde estaba sentado, se lo echó a los hombros y siguió al otro. Cuando le dio alcance colocó una mano sobre su hombro y siguió caminando a su lado.



—Así, de esta manera, con mi mano sobre tu hombro, solíamos caminar cuando éramos niños. Lleguemos así hasta la puerta.

Aparentemente Messala estaba tratando de ser amable, aunque era incapaz de borrar de su continente su habitual expresión satírica. Judá no se opuso al gesto de familiaridad.

—Tú eres un niño y yo un hombre. Deja que te hable como el hombre que soy.

La satisfacción que el romano sentía de sí mismo era soberbia. Mentor[14] instruyendo al joven Telémaco no podría haberse sentido más a gusto.

—¿Crees en las Parcas[15]? ¡Ah!, se me olvidaba que eres un saduceo. Entre vosotros los más listos son los esenios[16], que creen en las tres hermanas. También yo creo en ellas. ¡Siempre se están interponiendo en nuestros deseos! Me siento a hacer planes, trazo senderos hacia aquí y hacia allá. ¡Perpol! Precisamente, cuando me estoy preparando para tomar el mando en mis manos, escucho a mis espaldas el sonido de sus tijeras. Me vuelvo, y hela allí. ¡La maldita Atropos! Pero mi querido Judá, ¿por qué te enfadaste cuando hablaba de suceder al viejo Cirynus? Creías que pensaba enriquecerme saqueando vuestra Judea, Supon que sea así: es lo que harían algunos romanos. ¿Por qué yo no?

—Otros extranjeros han sido amos de Judea antes que el romano —dijo, levantando una mano—. ¿Dónde están ahora, Messala? Judea les ha

sobrevivido. Lo que ha sido, será una vez más.

De nuevo Messala habló con exagerada lentitud:

—Las Parcas tienen otros creyentes además de los esenios. ¡Bien venido, Judá, bienvenido a la fe!

—No; Messala, no me cuentes entre ellos. Mi fe reside en la roca que fue la fundación de la fe de mis mayores mucho antes de Abraham y en los pactos de Dios con Israel.

—Demasiada pasión, mi estimado Judá. ¡Cómo se asombraría mi profesor si en su presencia incurriese yo en un ardor semejante! Había otras cosas que tenía que decirte, pero ahora no me atrevo a hacerlo.

Cuando habían avanzado un par de pasos más, el romano habló de nuevo:

—Creo que ahora podrás escucharme, porque lo que tengo que decir te atañe directamente. Te prestaré un servicio, ¡oh tú, tan apuesto como Ganimedes! Te prestaré un servicio con la mejor de mis voluntades. Te aprecio mucho…, todo lo que me es posible. Te he dicho que quería hacerme soldado. ¿Por qué no te haces soldado también tú? ¿Por qué no sales del estrecho círculo en el que os encierran vuestras leyes y costumbres?

Judá guardó silencio.

—¿Quiénes son los hombres más sabios de nuestra época? —prosiguió Messala—. Ciertamente no son aquellos que consumen sus vidas discutiendo acerca de cosas muertas, acerca de Baal[17], Júpiter y Jehová, acerca de filosofías y religiones. Dame un nombre excelso, ¡oh Judá!, y no importa dónde vayas a buscarlo: a Roma, a Egipto, al Este, o aquí mismo en Jerusalén; cualquiera que sea el caso, que Pluto[18] me lleve si aquel excelso nombre no corresponde a un hombre que ha forjado su fama con el material que le proporciona el presente, sin considerar sagrado nada que no contribuyese a su propósito, y sin menospreciar nada que sí lo hiciese. ¿De qué manera procedió Herodes? ¿Y de qué manera procedieron los Macabaeos[19]? ¿Y el primero y el segundo César? Imítalos. Comienza ahora mismo. Roma está a tu alcance, tan dispuesta a ayudarte como lo hizo con el idumeo Antípater[20].

El joven Judá tembló de ira y, viendo que la puerta del jardín estaba cerca, apresuró sus pasos, deseoso de escapar.

—¡Oh Roma, Roma! —musitaba.

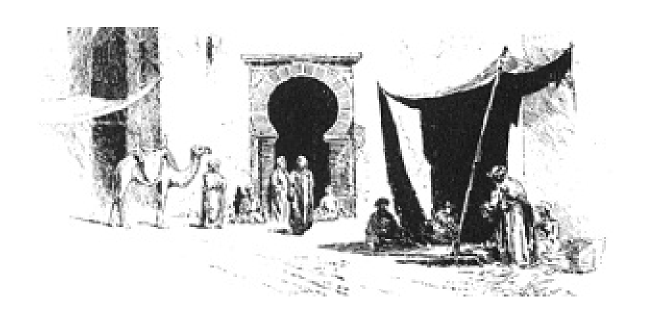
—Debes proceder con sabiduría —continuó Messala—. Abandona esas tonterías de Moisés y las tradiciones; contempla las cosas tal como son. Atrévete a mirar a las Parcas cara a cara, y te dirán que Roma es el mundo. Pregúntales por Judea, y te dirán que Judea es lo que Roma desea que sea.

Ahora estaban junto a la puerta. Judá se detuvo, suavemente apartó la mano que sujetaba su hombro, y con lágrimas en los ojos miró a Messala cara a cara.

—Te comprendo, porque eres un romano; tú en cambio no puedes comprenderme… Soy un israelita. Hoy me has hecho sufrir, convenciéndome de que nunca podremos volver a ser los amigos que éramos. ¡Nunca! Aquí hemos de separarnos. ¡Que la paz del Dios de mis mayores sea contigo!

Messala le ofreció la mano; el judío franqueó la puerta. Cuando desapareció, el romano permaneció un instante en silencio; en seguida también él cruzó la puerta, mientras se decía a sí mismo sacudiendo la cabeza:

—Que así sea. ¡Eros ha muerto! ¡Marte es soberano!



Capítulo III
Un hogar judío

A partir de la entrada de la Ciudad Santa, que hoy se conoce con el nombre de Puerta de San Esteban, existía una calle que se extendía en dirección Este formando una línea paralela con la fachada norte de la Torre Antonia. La calle seguía esa, dirección hasta llegar al valle Tiropeón[1], donde su rumbo se inclinaba hacia el Sur, de nuevo torcía hacia el Oeste un poco más allá de lo que era —según nos cuenta la tradición— la Puerta del Juicio y en ese punto se desviaba abruptamente hacia el Sur.

Un viajero o un estudiante familiarizados con los lugares santos reconocería el trayecto descrito como parte de la Vía Dolorosa[2], que para los cristianos tiene mayor interés que cualquier otra calle en el mundo, aunque evoque muy tristes acontecimientos. Para el propósito de esta narración no es necesario considerar la vía en su totalidad, y será suficiente con indicar que en el ángulo antes mencionado, donde la calle torcía bruscamente hacia el Sur se levantaba una casa que será de gran importancia en nuestra historia, y requiere una descripción detallada.

La casa presentaba fachadas hacia el Norte y hacia el Oeste, probablemente unos doscientos pies en cada dirección y, como la mayoría de las construcciones orientales de cierto abolengo, contaba con dos plantas y era perfectamente cuadrangular. La calle que daba a la fachada oeste tendría unos doce pies de ancho, la del norte no mediría más de diez; de modo que un viandante que caminase cerca de los muros y mirase hacia arriba se quedaría

sorprendido por su apariencia tan particular: burda, inacabada, poco acogedora, pero fuerte e imponente, ya que estaba construida con enormes bloques de piedra que en la parte exterior se encontraban tal y como habían sido extraídos de la cantera. Un crítico de nuestra época hubiese considerado la casa del estilo de las fortalezas, exceptuando las ventanas, con las cuales estaba inusitadamente aderezada, y el cuidadoso acabado de los vanos y puertas. Hacia el Oeste miraban cuatro ventanas, y hacia el Norte dos, todas ellas en la segunda planta y sobresaliendo un poco de la fachada, de modo que quedaban colgando sobre la calle. En la primera planta, las puertas eran las únicas aberturas en los muros y, además de estar hendidas con cerrojos de hierro que bien podían defenderla de los arietes, estaban protegidas por cornisas de mármol bellamente ejecutadas y con un diseño tan bien delineado que los visitantes conocedores del lugar podrían deducir que el acaudalado hombre que allí residía era saduceo tanto en política como en credo religioso.

Poco después de que el joven judío se separara del romano en el palacio cercano a la Plaza del Mercado, se detuvo ante la entrada oriental de la casa que se ha descrito, y golpeó la puerta.

El postigo enmarcado en la superficie de la puerta se abrió para dejarle pasar. Entró precipitadamente, sin responder al servil saludo del portero.

Para hacernos una idea de la disposición interna de la vivienda y para saber lo que a continuación acaeció al joven, seguiremos sus pasos.

El corredor en el cual acababa de ser admitido el joven no difería mucho de un túnel angosto con paneles en los muros y el techo. A ambos lados se veían bancas de piedra, manchadas y carcomidas por largos años de uso. Doce o catorce peldaños le llevaron a un patio, oblongo tanto en el extremo norte como en el sur, y limitado por todos sus lados, excepto al este, por lo que parecían ser las fachadas de casas de dos plantas, la inferior dividida en sótanos y la superior formada por terrazas y defendida por recias balaustradas. Los sirvientes que iban y venían a lo largo de las terrazas; el murmullo de las muelas de molino en funcionamiento, las vestimentas que ondeaban en cuerdas dispuestas en distintos puntos: los pollos y palomas que campeaban en el lugar; las cabras, vacas, asnos y caballos en los establos del sótano; una enorme artesa de agua, aparentemente para el uso común; todo ello indicaba que este era el patio del servicio doméstico. En el lado del patio que daba al Este se erigía otro muro divisorio, del cual partía un corredor igual al interior en todos los detalles.

Atravesando el segundo corredor, el joven penetró en un segundo patio, espacioso, cuadrado, adornado con arbustos y panas, que se mantenía fresco y

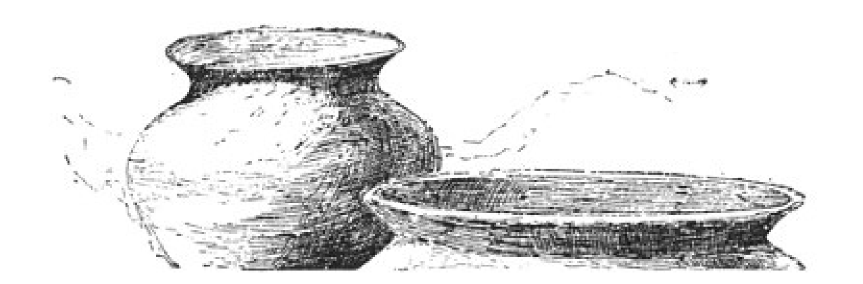


exuberante con el agua de un estanque cercano al pórtico de la parte norte.

Aquí los sótanos eran altos, aireados y sombreados por cortinas de franjas alternas rojas y blancas. Los arcos de los sótanos reposaban sobre esbeltas columnas. En el extremo sur un tramo de la escalera ascendía hasta las terrazas de la planta superior, sobre las cuales se extendían toldos enormes como defensa contra el sol. Otra escalera subía desde las terrazas hasta la azotea, cuyo borde estaba ornado por una cornisa esculpida y un parapeto de tejas de barro cocido, hexagonales y de un intenso color rojo. En esta sección, además, se observaba una limpieza escrupulosa: no se veía polvo en ningún rincón, ni siquiera se permitía la presencia de una hoja marchita sobre ninguno de los arbustos, y ello contribuía de manera notoria al delicioso efecto general. Un visitante, al aspirar la dulce fragancia del aire, sabría, antes de ser presentado, del refinamiento de la familia que se disponía a saludar.

Después de avanzar un par de pasos en el segundo patio, el muchacho giró a su derecha y eligiendo un sendero por entre los arbustos, algunos de los cuales estaban en flor, procedió hasta la escalera y subió a la tenaza, pavimentada con apretadas losetas de color blanco y marrón, muy gastadas por el uso. Abriéndose paso bajo el toldo hasta el vano de una puerta en el extremo norte, penetró en una habitación que se iluminó fugazmente y regresó a la oscuridad en cuanto la colgadura que el joven había levantado volvió a su sitio. A pesar de la oscuridad reinante, el joven avanzó por un piso enlosado hasta un diván sobre el cual se arrojó boca abajo y se quedó inmóvil, apoyando la frente…, sobre sus brazos cruzados.

Al anochecer, una mujer llegó hasta la puerta y llamó; cuando él respondió, entró ella rápidamente.



—La cena ha concluido y ya es de noche —dijo, y en seguida preguntó—. ¿No tienes apetito, hijo mío?

—No —contestó él.

—¿Estás enfermo?

—Estoy soñoliento.

—Tu madre ha preguntado por ti.

—¿Dónde se encuentra?

—En la azotea de la estancia de verano.

El muchacho se removió en el lecho y se sentó.

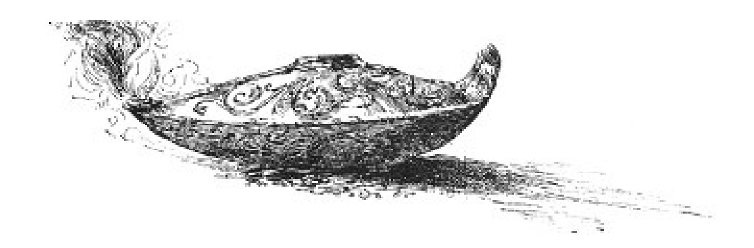
—Muy bien. Tráeme algo de comer.

—¿Qué te apetece?

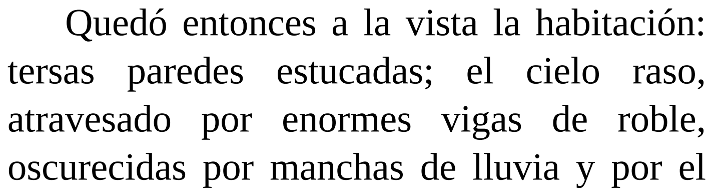
—Cualquier cosa, Amrah. No me siento enfermo, sino indiferente. La vida no es tan agradable como me parecía esta mañana. Tengo una nueva dolencia, querida Amrah. Tú que me conoces bien, que nunca me has fallado, podrás elegir la comida y la medicina más apropiada. Dejo a tu criterio lo que has de traerme.

Las preguntas que Amrah le había dirigido, y el tono de su voz —bajo, pleno de simpatía y solicitud— revelaban el cariño que profesaba al muchacho. La mujer colocó su mano sobre la frente de Judá, y al momento, como si se diera por satisfecha, salió de la habitación al tiempo que decía:

—Ya veremos.



Después de un momento regresó con una bandeja de madera que contenía una taza de leche, unos pastelillos de pan blanco, una delicada pasta de trigo molido, un ave asada, algo de miel, y sal. En un extremo de la bandeja se veía una copa de plata llena de vino y en el otro una lamparilla de bronce encendida.



Quedó entonces a la vista la habitación: tersas paredes estucadas; el cielo raso, atravesado por enormes vigas de roble, oscurecidas por manchas de lluvia y por el paso del tiempo; el suelo recubierto por pequeños azulejos en forma de diamante, muy firmes y resistentes; un par de taburetes con sus patas cuidadosamente talladas imitando las patas de un león; un diván ligeramente elevado con relación al suelo, acicalado con una tela azul y cubierto casi por completo por una inmensa frazada de lana a rayas… En resumidas cuentas, una habitación típicamente hebrea.

La lamparilla iluminó la figura de la mujer. Acercando un taburete al diván, depositó sobre este la bandeja y se arrodilló al lado, dispuesta a servir al mozo. Su rostro era el de una mujer de unos cincuenta años, de tez oscura y ojos muy negros, suavizados en ese momento por una expresión de ternura casi maternal. Un turbante blanco cubría su cabeza, pero dejaba al descubierto los lóbulos de las orejas, perforados por gruesos aros que denotaban su condición. La mujer era una esclava de origen egipcio, a quien ni siquiera esa sagrada edad de la cincuentena podría haberle devuelto la libertad; de todos modos ella tampoco la habría aceptado, pues el muchacho al cual estaba atendiendo era su vida entera. Ella lo había amamantado durante la infancia, lo había cuidado durante la niñez, y ahora sería incapaz de separarse de su servicio. A sus ojos amorosos nunca podría ser un adulto.

El muchacho solo habló una vez durante la comida:

—Recordarás, querida Amrah, a Messala, quien solía visitarme y, a veces, se quedaba varios días seguidos.

—Lo recuerdo.

—Se marchó a Roma hace algunos años y ahora ha regresado. Hoy he ido a verlo.

Un estremecimiento de disgusto sacudió al joven.

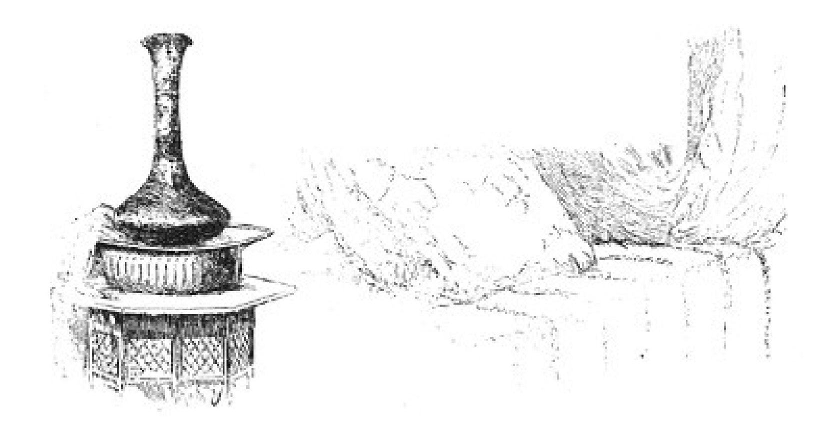
—Sabía que algo había ocurrido —comentó ella profundamente interesada—. Nunca me gustó ese Messala. Cuéntamelo todo.

Pero él se quedó pensativo, ensimismado y, a pesar de las repetidas preguntas que ella le hizo, solo añadió:

—Ha cambiado mucho, ya no tendré nada más que ver con él.

Cuando Amrah se llevó la bandeja, también él salió de la habitación y subió de la terraza a la azotea.

El lector debería saber algo sobre el uso de la parte superior de las casas en Oriente. En todas partes el clima es quien impone las costumbres. En Siria, el sol de verano obliga a todo aquel que pretenda un cierto bienestar a permanecer durante el día en sótanos oscuros; la noche, por el contrario, invita a salir cuanto antes y contemplar las sombras que avanzan sobre las laderas de las montañas como los velos que tenuemente cubren a las cantantes de Circe[3]; sin embargo, las montañas se hallan distantes, mientras que las azoteas están muy cerca, y, además, se encuentran lo suficientemente elevadas sobre el nivel de la llanura ardiente como para permitir la visita de aires frescos, y tan por encima de los árboles que incitan a las estrellas a que se acerquen, o al menos a que brillen con mayor resplandor. Es así como la azotea se convirtió en una morada; se convirtió en campo de recreo, dormitorio, tocador, sitio de encuentro para la familia, lugar ideal para la música, el baile, la conversación, el ensueño y la oración.



La misma razón que induce a los pobladores de climas fríos a decorar los interiores, aunque les resulte costoso, lleva a los orientales al embellecimiento del tejado. El parapeto ordenado por Moisés llegó a ser motivo de lucimiento para los alfareros; más adelante surgieron sobre él tones, ordinarias y fantásticas; y aún más tarde, reyes y príncipes coronaron sus azoteas con viveros de mármol y oro. Los babilonios construyeron jardines que colgaban en el aire; con ello la idea alcanzaba límites extravagantes.

El sujeto a quien seguimos, caminó lentamente a través del tejado hasta un torreón situado en la esquina del palacio. Si hubiera sido un extraño, posiblemente habría contemplado todo lo que se alcanzaba a ver en la penumbra: una construcción oscura, baja, ribeteada por columnas y celosías y coronada por una cúpula. El muchacho penetró en ella franqueando una cortina a medias levantada. En el interior todo era oscuridad, exceptuando las

aberturas arqueadas en cada una de las cuatro paredes, a través de las cuales se podía ver el cielo iluminado por las estrellas. En una de las aberturas, reclinada sobre el cojín de un diván, vio una figura de mujer que apenas se distinguía a pesar de estar cubierta por ondeantes vestiduras blancas. Al escuchar el ruido de pasos cercanos, el abanico que tenía en la mano suspendió su movimiento, y las joyas con que estaba salpicado relucieron a la luz de las estrellas. La mujer se sentó y llamó al muchacho:

—¡Judá, hijo mío!

—Soy yo, madre —respondió él, apresurándose a su encuentro. Al llegar a su lado se arrodilló, ella lo rodeó con sus brazos, y cubriéndolo de besos lo apretó contra su corazón.



Capítulo IV
Las extrañas cosas que Ben-Hur quiere saber

La madre se recostó de nuevo en el cojín, mientras el hijo se acomodaba en el diván y colocaba la cabeza en su regazo. Ambos podían ver, a través de la abertura, los tejados de las casas vecinas más bajas que la suya, una sombra azulada hacia el Oeste, que ellos sabían era una cadena de montañas, y el insondable firmamento refulgente de estrellas. La ciudad estaba inmóvil. Solo el viento se agitaba.

—Amrah me dice que te ha ocurrido algo —dijo la mujer, acariciando las mejillas del joven—. Cuando mi Judá era un niño, le permitía que se afligiera por nimiedades, pero ahora ya es un hombre. Además no debe olvidar —y aquí su voz se hizo muy suave— que algún día va a ser mi héroe.

Hablaba en una lengua casi desaparecida en aquellas tierras, pero que algunos —tan ricos en linaje como en propiedades— cuidadosamente cultivaban, de modo que podían distinguirse con facilidad de los gentiles. Se trataba de la lengua en la cual las bienamadas Rebeca y Raquel cantaron a Benjamín[1].

Las palabras de su madre parecieron sumir de nuevo al joven en sus pensamientos; después de un momento, sin embargo, tomó la mano con la que ella lo abanicaba, y dijo:

—Hoy, ¡oh madre!, me he visto obligado a pensar en muchas cosas que nunca antes habían tenido cabida en mi mente. Dime, primeramente, ¿qué ha de ser de mí?

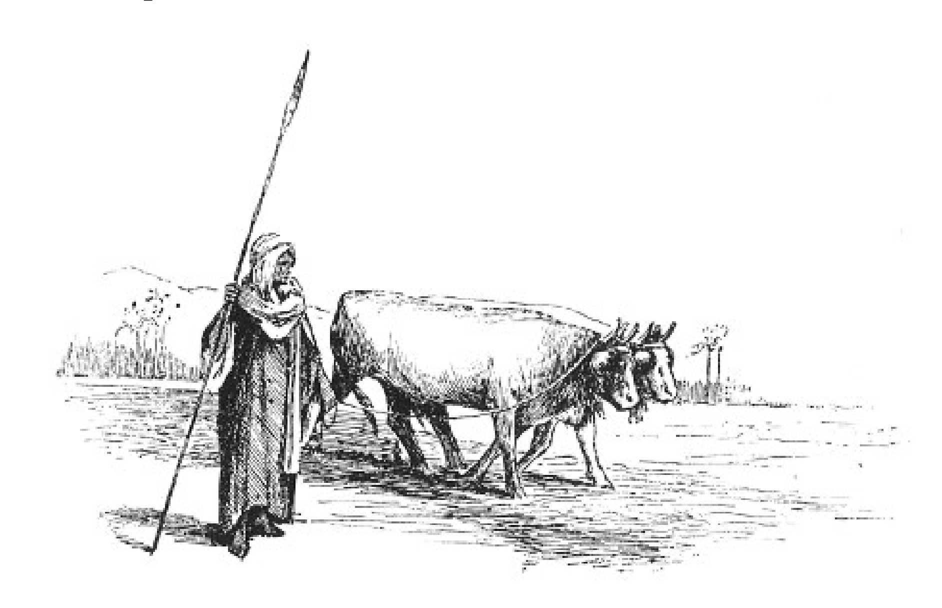
—¿No te lo he dicho ya? Vas a ser mi héroe.

El muchacho no podía ver la cara de su madre, pero sabía que bromeaba. Entonces habló en tono aún más serio:

—Eres muy buena y amable, querida madre. Nunca nadie me amará tanto como tú.

Mientras besaba la mano de su progenitora una y otra vez, continuó diciendo:

—Creo entender por qué has hecho que la respuesta se haya ido postergando. Hasta ahora mi vida te ha pertenecido. ¡Cuán bondadoso y cuán dulce ha sido tu control sobre mí! Ojalá fuese así para siempre. Pero es imposible. Es la voluntad del Señor que un día he de convertirme en dueño de mí mismo. Llegará el día de la separación, y será para ti un día terrible. Debemos ser valientes y hablar seriamente. Seré tu héroe, pero debes encauzarme. Bien conoces la ley que dice que todo hijo de Israel debe tener una ocupación. Yo no debo estar exento, y entonces pregunto, ¿debería cuidar los rebaños?, ¿o labrar la tierra?, ¿o manejar la sierra?, ¿o ser un escribano o un hombre de leyes? ¿Qué debería ser? Querida, venerada madre, ayúdame a encontrar una respuesta.



—Gamaliel ha dado hoy un discurso —comentó ella pensativamente.

—Si es así, yo no lo escuché.

—Entonces, ¿has estado paseando con Simeón? Según me dicen, ha heredado el talento de su familia.

—No, no lo he visto. Estuve en el mercado, no en el Templo. Fui a visitar al joven Messala.

Un ligero cambio en la voz del joven atrajo la atención de la madre, y un presentimiento aceleró el latido de su corazón; de nuevo el abanico se quedó inmóvil.

—¡Messala! —exclamó—. ¿Qué pudo haber dicho para dejarte tan turbado?

—Ha cambiado mucho.

—¿Quieres decir que ha regresado convertido en un romano?

—Sí.

—¡Un romano! —continuó diciendo ella, casi como si hablara consigo misma—. Para el mundo entero esa palabra significa amo y señor. ¿Cuánto tiempo ha estado fuera?

—Cinco años.

La mujer levantó la cabeza y desvió la mirada hacia la noche.

—Los aires de la Vía Sacra[2] bien pueden adaptarse a las calles de Egipto o de Babilonia, pero en Jerusalén, nuestro Jerusalén, sigue rigiendo el Pacto[3].

Y, embebida en ese pensamiento, regresó a la cómoda postura que tenía antes. Fue él quien rompió el silencio.

—Lo que decía Messala, madre, era muy hiriente, y si a ello se le agrega su manera de decirlo, resulta intolerable.

—Creo entender lo que quieres decir. Roma entera, sus poetas, oradores, senadores, cortesanos, pierden la cabeza con aquella afectación que llaman sátira.

—Supongo que todas las personas importantes son arrogantes —prosiguió él sin tener en cuenta la interrupción—, pero la arrogancia de esa gente es diferente de cualquier otra, y últimamente se ha inflado tanto que a duras penas los dioses se libran de ella.

—¡Los dioses tampoco se libran! —exclamó la madre bruscamente—. Más de un romano ha aceptado ser venerado como si fuese su derecho.

—Bueno; Messala siempre ha compartido un poco esa desagradable actitud. Recuerdo que de niño se burlaba de extranjeros a quienes el mismo Herodes recibía con honores. No obstante, Judea nunca había sido blanco de su sorna. En nuestra conversación de hoy, por primera vez ridiculizó nuestras costumbres y nuestro Dios. Tal como tú lo hubieras querido, me separé de él de manera definitiva. Y ahora, madre querida, deseo saber con certeza si existen motivos para el desprecio del romano. ¿En qué aspectos soy inferior a él? ¿Pertenece nuestro pueblo a una estirpe más baja? ¿Por qué razón debería mostrarme como un esclavo, incluso en presencia del César? Sobre todo dime por qué, si tengo un alma, y soy libre de elegir, ¿por qué no podría perseguir los honores mundanos en todos los campos? ¿Por qué no podría empuñar una espada y entregarme a la pasión de la guerra? Y si eligiese ser poeta, ¿por qué no podría cantar cualquier tema? Puedo ser un forjador de metales, un guardián de rebaños, un comerciante, ¿por qué no un artista al igual que el

griego? Dime, ¡oh madre!, porque este es el motivo de mi aflicción, ¿por qué no puede un hijo de Israel hacer todo lo que está al alcance del romano?

El lector relacionará inmediatamente estas preguntas con la conversación que había tenido lugar en el mercado. La madre, que escuchaba con todos sus sentidos alerta, tratando de percibir ciertos matices, que habrían escapado a alguien con menor interés en el joven —atenta, por ejemplo, a las implicaciones del tema, a la entonación de las preguntas, probablemente a las inflexiones y al timbre de la voz— no fue menos veloz en hacer la misma relación. Se sentó, y con una voz tan decidida como la empleada por el muchacho, dijo:

—¡Ya veo!, ¡ya veo! Debido a las compañías que frecuentaba en su infancia, Messala era casi un judío; si se hubiese quedado aquí, podría haberse convertido en un prosélito… Hasta tal punto pueden afectarnos las influencias cuando estamos madurando…, pero los años que pasó en Roma han sido demasiado para él. No me sorprende su cambio y, sin embargo —y aquí su voz se suavizó—, al menos podría haber sido más delicado contigo. Aquel que en plena juventud olvida los primeros afectos demuestra que su naturaleza es rígida y cruel.

La mano de la madre acarició tiernamente la frente del hijo y, entrelazando amorosamente su cabello entre los dedos, elevó la mirada para buscar las estrellas más altas. El orgullo de la mujer correspondía al del mozo, no solamente como un eco, sino vibrando al unísono, en perfecta armonía. Ella respondería a sus preguntas, pero al mismo tiempo no hubiese querido ni por todo el oro del mundo que sus respuestas no fuesen satisfactorias. Admitir la inferioridad de su pueblo podría debilitar para siempre el espíritu del muchacho. Por eso ahora vacilaba, le invadían todo tipo de aprensiones y dudaba si estaba en su poder el darle la respuesta adecuada.

—Lo que deseas saber, mi Judá, no es un tema que pueda ser tratado por una mujer. Permíteme que posponga su consideración hasta mañana, y dispondré que el sabio Simeón…

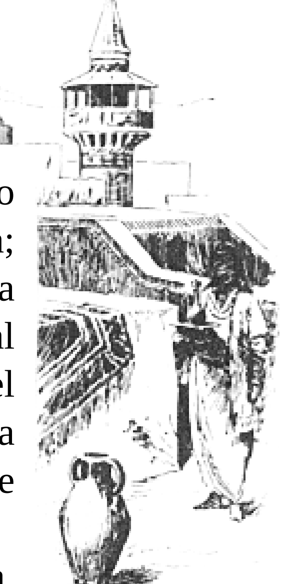
—No me envíes a ver al Rector —interrumpió el joven bruscamente.

—Le pediré que venga a vernos.

—No; lo que busco es algo más que simple información. Si bien sus informes serían más sabios, madre querida, tu ayuda puede ser mayor si logras aportarme algo que él no puede… el valor, que es la esencia del alma de un hombre.

Los ojos de la mujer recorrieron el firmamento con una mirada amplia, como si intentase abarcar todo el significado de lo que su hijo esperaba saber.

Luego comenzó a hablar:



—Cuando anhelamos que se nos haga justicia, no es prudente ser injusto con los demás. Negar que el enemigo que hemos denotado ha dado muestras de valor, equivale a menospreciar nuestra victoria; y si el enemigo es lo suficientemente fuerte para mantenernos a raya e incluso para conquistarnos… —al llegar a este punto vaciló, un instante—. En ese caso el respeto propio nos obliga a buscar otra explicación para nuestras desdichas en lugar de acusar a nuestro enemigo de que sus cualidades son inferiores a las nuestras.

Así, como si estuviese hablando consigo misma, continuó:

—Cobra ánimo, hijo. Messala es de nobles antepasados; su familia ha sido ilustre a lo largo de muchas generaciones. En los días de la Roma republicana[4], cuánto tiempo hace de eso no podría decirte, eran famosos, unos como soldados y otros en sus cargos civiles. En este momento solo puedo recordar a un cónsul que llevaba ese apellido, pero su rango era senatorial y con frecuencia se buscaba su amparo, pues siempre ha sido una familia rica y poderosa. Y no obstante, hoy, cuando tu amigo se jactaba de sus antepasados, habrías podido avergonzarlo revelándole el tuyo. Si se hubiese referido a aquellas generaciones a través de las cuales se puede seguir su linaje, o a las hazañas, rango y fortuna de sus mayores; y hacer tales alusiones, excepto cuando la gran ocasión lo exige, son señal de una mente estrecha; y si hubiese hecho esas menciones como prueba de su superioridad, entonces sin ningún temor y seguro de superarle en todos los detalles, habrías podido desafiarlo a una comparación de historiales.

Después de detenerse un momento para pensar, la madre siguió hablando:

—Una de las ideas más en boga actualmente es que el tiempo tiene mucho que ver con la nobleza de las razas y las familias. Un romano que pretenda hacer alarde de superioridad sobre un hijo de Israel, fracasaría siempre en el momento de aportar pruebas. Su origen solo puede remontarse a la fundación de Roma; los mejores de entre ellos no pueden rastrear en su pasado más atrás de esa fecha; de hecho pocos pretenden hacerlo, y de aquellos que lo hacen, yo diría que ni uno solo podría corroborar su pretensión, a menos que recurra a la tradición. Messala, por supuesto, no

podría hacerlo. Y ahora consideremos nuestro caso. ¿Saldremos mejor librados?

Un poco más de luz habría permitido al muchacho contemplar cómo aparecía en el rostro de su madre una expresión de orgullo.

—Supongamos que un romano nos ha desafiado en ese aspecto. En mi respuesta no habría cabida para la duda, aunque tampoco para la jactancia.

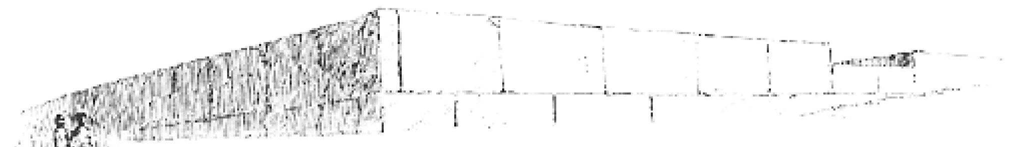
En ese momento su voz vaciló; un dulce pensamiento acudió a su espíritu y cambió el sentido de su argumento.

—Tu padre, mi querido Judá, tiempo ha que descansa con sus padres. Sin embargo, recuerdo, como si hubiese sucedido esta misma tarde, el momento en que él y yo, acompañados por amigos que compartían nuestro júbilo, llegamos hasta el templo para presentarte ante el Señor. Sacrificamos las palomas y al sacerdote le di tu nombre que escribió en mi presencia: «Judá, hijo de Ithamar, de la casa de Hur». El nombre fue luego trasladado e inscrito en un libro de registros dedicado a las familias venerables.

—No podría decirte de cuándo data la costumbre de registrar los nombres de esta manera. Sabemos que prevalecía antes de la salida de Egipto. He escuchado decir a Hillel que fue Abraham quien inició ese registro con su propio nombre y el de sus hijos, inducido por la promesa que le había hecho el Señor de que separaría a él y a los suyos de todas las demás razas, haciéndoles los más egregios y los más nobles, los elegidos de la tierra. El pacto con Jacob tenía un propósito similar. «En tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra», dijo el ángel Abraham en el monte de Jehová-Jireh. «Y la tierra en la que estás acostado te la daré a ti y a tu descendencia», le dijo el Señor a Jacob mientras dormía en Betel, camino de Haram[5]. Posteriormente los sabios desearon una división justa de la tierra prometida, y para que llegado el día de la partición se supiera quiénes tenían derecho a recibir una parte, se dio comienzo al Libro de las Generaciones[6]. Pero no solo por esa razón. La promesa de una bendición para toda la tierra a través del patriarca Abraham se extendía hasta un lejano futuro. Al hablar de la bendición no se habían dado otros nombres, de modo que el benefactor podía ser el más humilde de los miembros del pueblo elegido, porque el Señor nuestro Dios no conoce de distinciones derivadas de rangos o riquezas. Así pues, para que la ejecución de la promesa resultara clara ante los hombres de la generación que habría de presenciarla, y para que



pudiesen glorificar a quien correspondiese toda gloria, se estipuló que el registro fuese llevado con absoluta certidumbre. ¿Ha ocurrido así?

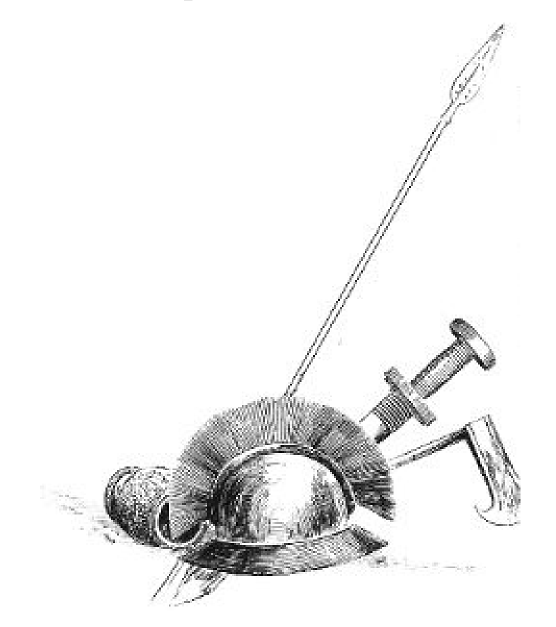


El abanico continuó su vaivén. El muchacho, impaciente, preguntó:

—¿Es el registro absolutamente fiable?

—Así lo afirmaba Hillel, y de todos los hombres que han visto la luz, ninguno ha llegado a tener tanta información sobre el tema como nuestro Rector. Nuestro pueblo ha sido, algunas veces, descuidado en el cumplimiento de la Ley, pero jamás en lo tocante a esta parte. El buen Rector en persona ha examinado los Libros de las Generaciones a lo largo de tres períodos: desde la realización de las promesas hasta la apertura del Templo; desde ese punto hasta el Cautiverio y, por último, desde el Cautiverio hasta el presente[7]. Solamente una vez los registros sufrieron interrupciones, y ello ocurrió al final del segundo período, pero en cuanto la nación regresó del largo exilio, como primer deber para con Dios, Zorobabel[8] restauró los Libros, permitiéndonos una vez más remontarnos, en el linaje de nuestros antepasados judíos, dos mil años de manera ininterrumpida. Y ahora…

Se detuvo como para permitir que el oyente tomara conciencia de la extensión de tiempo que abarcaba su aseveración.

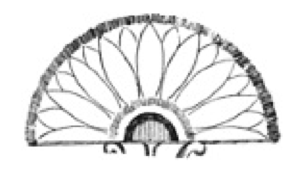


—Y ahora —continuó—, ¿a qué queda reducida la presunción romana de que su sangre ha sido enriquecida por el paso de los años? Bajo esa óptica, los hijos de Israel encargados de cuidar los rebaños del viejo Refaim son más nobles que el más noble de los Marcios.

—¿Y yo, madre? ¿Según los libros quién soy yo?

—Lo que he dicho hasta ahora, hijo mío, guarda relación con tu pregunta. Te contestaré. Si Messala estuviese aquí, podría decir, como lo han hecho otros, que la línea exacta de nuestro linaje cesó cuando los asirios tomaron Jerusalén y arrasaron el templo y todos los tesoros que almacenaba, pero tú

podrías recordarle la piadosa acción restauradora de Zorobabel que antes mencioné, y podrías argüir que toda la veracidad en la genealogía romana terminó cuando los bárbaros provenientes de Occidente invadieron Roma y acamparon durante seis meses sobre las ruinas de la ciudad. ¿Se había encargado el Gobierno de preservar la historia de cada familia? Si así había sido, ¿qué ocurrió con esas historias durante aquellos días aciagos? En cambio, son veraces nuestros Libros de las Generaciones; y si nos remontamos en ellos hasta la época del Cautiverio, y luego hasta la fundación del primer Templo, y aun más atrás, hasta la salida de Egipto, tendremos la seguridad absoluta de que desciendes linealmente de Hur, el compañero de Josué[9]. ¿No eres entonces merecedor de todo honor? ¿Quieres retroceder aún más atrás? Si es así, toma la Torá, busca el Libro de los Números, y en la generación número setenta y dos a partir de Adán, encontrarás al progenitor de tu familia.



Madre e hijo guardaron silencio un momento.

—Te doy las gracias, ¡oh madre! —dijo Judá retomando la palabra, mientras apretaba entre sus manos las manos de la mujer—. Te doy las gracias con todo mi corazón. Tenía razón al no querer que llamaras al buen Rector; él no habría podido darme una respuesta más satisfactoria que la tuya. Y, sin embargo, para que una familia sea verdaderamente noble, ¿es suficiente con su antigüedad?

—Ah, no lo olvides, no lo olvides; nuestra alcurnia no se basa exclusivamente en la antigüedad; no; la preferencia del Señor constituye la primera de nuestras glorias.

—Pero tú me estás hablando de la raza, y yo, madre, de la familia, nuestra familia. ¿Qué acciones han llevado a cabo a partir de la época de nuestro padre Abraham? ¿Qué han hecho? ¿Qué hazañas que los hayan elevado por encima del nivel de sus semejantes?

La mujer dudó, pensando que quizás durante toda la conversación había malinterpretado el verdadero propósito de su hijo. La información que él buscaba bien podía pretender algo más que satisfacer su vanidad herida. La juventud no es más que la abigarrada coraza en cuyo interior habita, en continuo crecimiento, aquella cosa extraordinaria que es el espíritu de un

hombre, esperando el momento de hacer su verdadera aparición, en algunos casos mucho más pronto que en otros. La madre tembló al percibir que para Judá podría estar llegando aquel momento supremo. Así como los recién nacidos estiran sus torpes manos tratando de atrapar las sombras, sin dejar de llorar, el espíritu de su hijo, sumido en una oscuridad temporal, bien podría estar luchando por aferrarse a un impalpable futuro. Aquellas personas a quienes se acerca un muchacho preguntando, ¿quién soy yo?, ¿qué ha de ser de mí?, deben siempre tener el mayor de los cuidados. Cada palabra de la respuesta puede ser tan importante en su vida futura como cada movimiento de los dedos del artista en la arcilla que está moldeando.

—Tengo la sensación, querido Judá —dijo la mujer mientras con su mano propinaba un cariñoso golpecillo en la mejilla del joven— de que todo lo que he dicho entra en contienda con un antagonista más real que imaginario. Si Messala es el enemigo, no me dejes luchando contra él en la oscuridad. Cuéntame todo lo que te dijo.



Capítulo V
Roma e Israel: una comparación



El joven israelita accedió a la petición de su madre y procedió a repetir su conversación con Messala, deteniéndose especialmente en las palabras de desprecio hacia los judíos y sus costumbres y las críticas a sus anquilosadas y estrechas vidas.

La madre escuchó con atención, sin interrumpirlo una sola vez, y percibió claramente lo ocurrido. Judá había acudido al palacio en la Plaza del Mercado movido por el afecto hacia su antiguo compañero de juegos y convencido de que lo hallaría exactamente igual que en el momento de separarse varios años atrás. Pero a su encuentro se había presentado un hombre, y en lugar de risas y referencias a los juegos del pasado, el hombre había parecido interesado tan solo en el futuro, hablando de la gloria que se podría ganar y de riquezas y de poder. Inconsciente del efecto que sus palabras habían producido, Judá se había retirado herido en su orgullo, pero también tocado en su natural ambición. Su devota madre así lo veía, y desconocedora del curso que podría tomar esa nueva aspiración, sintió ese temor intenso tan característico en el corazón de una madre judía. ¿Y si ello lo apartaba de la fe patriarcal? Desde su punto de vista, esa sería la más terrible de todas las consecuencias. En aquel momento solo se le ocurría una forma de evitarlo, e inmediatamente se dio a la tarea, sus naturales poderes de convicción se reforzaron hasta tal punto, que su discurso adquirió un vigor casi masculino y por momentos el fervor de un poeta.

—Nunca ha existido un pueblo —comenzó—, que no se considerara al menos igual a cualquier otro; y nunca ha existido una gran nación, hijo mío, que no se creyese superior a todas las demás. Cuando el romano contempla con desprecio a Israel, y se burla, simplemente está repitiendo la insensatez del egipcio, el asirio y el macedonio, y como de hecho la burla va dirigida contra Dios, las consecuencias son las mismas.

Su voz se hizo más firme.

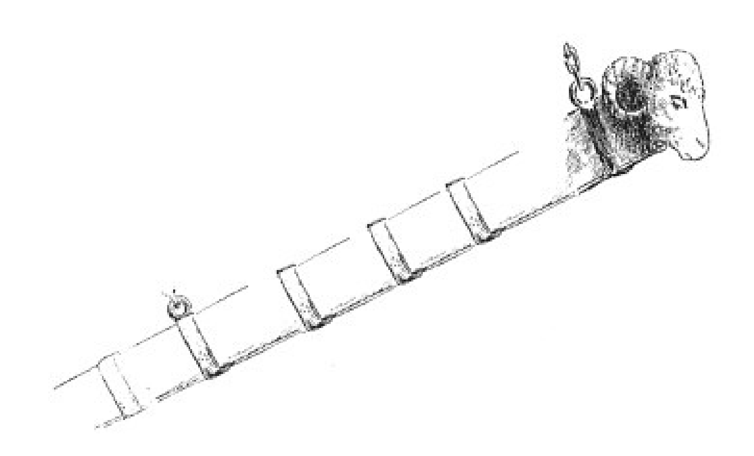
—No hay ninguna ley que permita determinar la superioridad de las naciones; de aquí la vanidad de tales pretensiones y la inutilidad de las discusiones al respecto. Un pueblo se eleva, agota su curso y perece, ya sea por sí mismo o a manos de otro, el cual, al sucederle en el poder, toma posesión de su sitio e inscribe nuevos nombres sobre los monumentos: esa es la historia. Si se me pidiese que simbolizara a Dios y al hombre de la forma más simple, dibujaría una línea recta y un círculo. Entonces diría de la línea: «Este es Dios, porque solo él avanza eternamente hacia adelante». Y del círculo diría: «Este es el hombre; tal es su progreso». No pretendo decir que no existan diferencias entre los cursos que siguen las naciones, pues no hay dos que sean iguales. La diferencia, empero, no radica, como creen algunos, en la extensión del círculo que describen o en el espacio de tierra que cubren, sino en la esfera de su movimiento, en el punto más alto que esta alcance, determinado por la cercanía de Dios.

»Detenernos aquí, hijo, equivaldría a abandonar el tema en el punto de partida. Continuemos entonces… Hay señales por medio de las cuales es posible calcular la altura del círculo que alcanza cada nación mientras sigue su curso. Valiéndonos de ellas, comparemos al hebreo con el romano.

»La más elemental de estas señales es la vida cotidiana de la gente. Al respecto solo diré que a veces Israel ha olvidado a Dios, mientras que el romano nunca lo ha conocido; por consiguiente no es posible la comparación.

»Tu amigo, o el que fue tu amigo, afirmó, si te he entendido correctamente, que no hemos tenido ni poetas, ni artistas, ni guerreros, pretendiendo negar, supongo, que hayamos tenido grandes hombres, lo cual constituye la segunda de las señales fiables acerca de la importancia de una nación. Una justa evaluación de lo que acabo de decir requiere que, antes de seguir adelante, definamos lo siguiente: un gran hombre, hijo mío, es aquel cuya

vida demuestra que ha sido reconocido, si no llamado por Dios. Un persa fue utilizado para castigar a nuestros antepasados pusilánimes y los condujo al cautiverio; otro persa fue elegido para devolver a los hijos de esos mismos antepasados a Tierra Santa; no obstante, más grande que ambos fue el macedonio por medio del cual fueron vengadas la asolación de Judea y la destrucción del Templo. La distinción particular de estos hombres es que fueron elegidos por el Señor para cumplir cada uno un designio divino; y el hecho de que fuesen gentiles, no disminuye su gloria. No pierdas de vista esta definición.



»Existe una idea de que la guerra es la más noble de las ocupaciones que puede tener un hombre, y que la más enaltecedora de las grandezas se obtiene en el campo de batalla. Aunque el mundo haya aceptado esa idea, no te llames a engaño. El que tengamos que adorar algo es una ley que se mantendrá mientras haya cosas que resulten imposibles de comprender. La oración del bárbaro es un gemido de temor dirigido a la Fuerza, única cualidad divina que puede concebir con claridad; de allí su fe en los héroes. ¿Acaso no es Júpiter un dios romano? Los griegos se han hecho merecedores de una gloria enorme por haber sido los primeros en colocar la Mente por encima de la Fuerza. En Atenas, el orador y el filósofo recibían mayor reverencia que el guerrero. El auriga[1] y el más veloz de los corredores siguen siendo ídolos de la arena; y, sin embargo, las siemprevivas están reservadas para el cantante más inspirado. Siete ciudades se disputaban la cuna de un gran poeta. Pero ¿fue el heleno[2] el primero en negar la antigua creencia bárbara? No. Hijo mío, esa gloria es nuestra; en contra de la brutalidad, nuestros padres erigieron un Dios; en nuestro culto, el gemido de temor fue reemplazado por el hosanna y el salmo. De manera que el hebreo y el griego hubiesen llevado a la humanidad hacia el progreso y la elevación. Pero ¡ay!, el poder que impera en el mundo supone el ejercicio de la guerra como una condición perenne; y

consiguientemente el romano ha entronizado a su César por encima de la mente, por encima del mismo Dios, y a ese César ha hecho recipiente de todos los poderes imaginables, hasta el punto de excluir cualquier otra grandeza.

»El período de predominio del griego fue una época floreciente para el genio. A cambio de la libertad de que gozaba, ¡qué constelación de pensadores produjo la mente! Se cubría de gloria todo aquel que sobresaliese, y se llegó a una perfección tal, que en todos los campos, con excepción de la guerra, el romano se ha limitado a imitarlos. Un griego es ahora el modelo de los oradores en el Foro; si prestas atención, en toda canción romana reconocerás un ritmo griego; si un romano abre la boca y habla sabiamente sobre moralidad, o filosofía, o acerca de los misterios de la naturaleza, o está plagiando o es discípulo de alguna escuela griega. En ningún otro campo excepto la guerra, repito, puede Roma alegar su originalidad. Sus juegos y espectáculos son griegos, condimentados con sangre para gratificar la ferocidad de su turba; su religión, si acaso puede recibir ese nombre, es un retazo hecho con contribuciones de las creencias de todos los demás pueblos; sus dioses más venerados provienen del Olimpo, incluyendo a Marte[3] y a ese Júpiter al que tanto ensalzan. Resulta entonces, querido hijo, que en todo el orbe, solo Israel puede disputar la superioridad del griego y contender con él por los laureles del talento original.

»Ante las excelencias de otros pueblos, la egolatría del romano es ciega, tan impenetrable como el peto que lo resguarda. ¡Qué empedernidos ladrones! A su paso arrasador, la tierra tiembla como el suelo golpeado por el látigo. Al igual que los demás, también nosotros hemos caído, ¡pobre de mí que tengo que decir esto ante mi propio hijo! Han usurpado nuestros lugares más elevados y los más sagrados, y nadie podría predecir hasta dónde llegarán. Pero hay algo que sí sé: podrán despedazar a Judea como a una almendra golpeada por pesados martillos, y podrán devorar a Jerusalén, su esencia y su joya, pero la gloria de los hombres de Israel seguirá siendo una luz, inalcanzable, en lo alto del firmamento, pues su historia es la historia de Dios, quien la escribió utilizando manos israelitas, y la proclamó valiéndose de sus lenguas, y estaba presente en todo bien que obraran, incluyendo el más pequeño. Sí, Dios que ha permanecido con ellos, Legislador en Sinaí, Guía en la inmensidad del desierto, en las batallas Capitán, en el gobierno Soberano;

Dios, que una y otra vez apartó las cortinas del pabellón donde descansaba el israelita, incomparablemente brillante, y como un hombre habló a los hombres, les indicó lo que debían hacer y la forma de vivir, y les hizo promesas comprometiendo su fuerza todopoderosa en pactos que tendrían validez eternamente. ¿Crees, hijo mío, que aquellos con quienes Jehová ha departido y a quienes ha acompañado en tantas ocasiones así no hubiesen heredado nada de Él? ¿No crees acaso que en sus vidas y sus acciones las cualidades humanas comunes se hayan mezclado y coloreado hasta cierto punto con lo divino? ¿Y no crees que su talento contenga un algo celestial?

Durante unos instantes, el murmullo del abanico fue el único sonido que se escuchó en la habitación.

—En lo relacionado con la escultura y la pintura, es cierto que Israel no ha tenido artistas —fueron sus siguientes palabras.

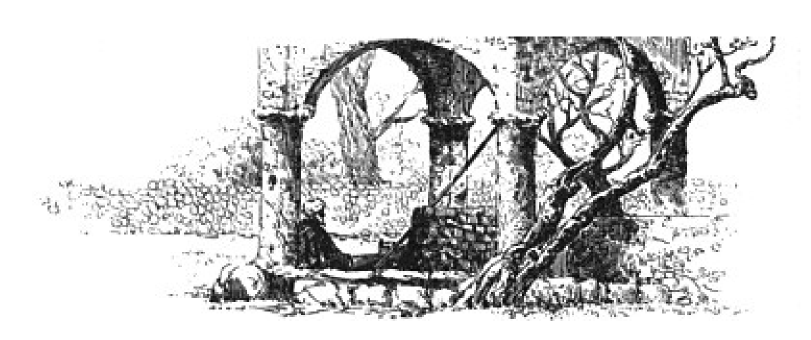
La mujer había hecho esa concesión compungidamente, pues debe recordarse que pertenecía a la secta de los saduceos, que, al contrario de los fariseos, permitía amar la belleza bajo cualquier forma, sin necesidad de considerar su origen.

—No obstante, quien pretenda ser justo —continuó diciendo— no debe olvidar que la destreza de nuestras manos fue limitada por la prohibición: «No elaborarás ninguna imagen grabada o que presente la similitud de otra»[4], que el *soferim*[5] extendió malvadamente más allá de su propósito y su tiempo. Tampoco debe ser olvidado que mucho antes que Dédalo[6] apareciese en Ática y con sus estatuas de madera transformara de tal modo la escultura como para permitir la aparición de las escuelas de Corinto y Egina, que tuvieron su culminación en el Poecilio y el Capitolio, mucho antes de la época de Dédalo, repito, dos israelitas, Bezaleel y Aholiab, maestros de obras del primer tabernáculo, de quienes se decía que eran expertos «en todos los oficios», labraron el querubín del propiciatorio que se encuentra sobre el Arca de la Alianza. Se trataba de estatuas de oro batido, no buriladas, y sus formas eran divinas y humanas. «Y desplegando sus alas hacia lo alto… y sus rostros se mirarán unos a otros». ¿Quién podría decir que no eran hermosas? ¿O que no se trataba de las primeras estatuas[7]?

—Ah, ahora veo por qué los griegos nos dejaron atrás —dijo Judá, profundamente interesado—. Y el Arca, ¡malditos sean los babilonios que la

destruyeron[8]!

—No, Judá, mantén tu fe. No fue destruida, solamente está perdida, escondida con gran sigilo en alguna caverna en las montañas. Un día (tanto Hillel como Shammai lo dicen), un día, cuando el Señor así lo disponga, será encontrada y presentada ante el pueblo de Israel, que danzará a su alrededor y cantará como lo hacía antaño. Y aquellos que contemplen entonces los rostros de los querubines, aunque ya hubiesen visto la cara de la Minerva de marfil[9], estarán dispuestos a besar la mano del judío en reconocimiento de su genio, dormido durante miles de años.



La madre, arrastrada por la pasión, había elevado el tono de su voz con la vehemencia de un orador, pero ahora, para recobrarse, o para retomar el hilo de sus pensamientos, se detuvo un instante.

—Eres tan buena, madre —dijo él con un sincero acento de gratitud—, que nunca me cansaré de decirlo. Shammai no podría haber hablado mejor, y tampoco Hillel. De nuevo me siento un verdadero hijo de Israel.

—¡Adulador! —protestó ella complacida—. No lo sabes, pero tan solo estoy repitiendo lo que le escuché decir a Hillel durante una discusión que sostuvo con un sofista[10] romano un día que yo estaba presente.

—Bien, pero el vigor de las palabras es tuyo.

Inmediatamente la madre recuperó todo su ímpetu.

—¿Dónde estaba? Ah sí, atribuía las primeras estatuas que se fabricaron a nuestros antepasados hebreos. El ejercicio de la escultura, Judá, no lo es todo en el arte, así como el arte no es la única expresión de la grandeza. Cuando pienso en los grandes hombres, los veo marchar en grupos a lo largo de los siglos, brindándose excelente compañía, y separados de acuerdo a las nacionalidades: aquí el hindú, allí el egipcio, más allá el

asirio, por encima de todos la música de trompetas y la belleza de las banderas, y a su izquierda y derecha, como espectadores reverentes, las generaciones todas, desde el principio de los siglos, innumerables. Y mientras avanzan, me imagino al griego diciendo: «¡Mirad! El heleno acaudilla la marcha». Entonces el romano replica: «¡Silencio! El sitio que antes ocupabais es ahora nuestro; os hemos dejado atrás como polvo pisoteado». Y durante todo el tiempo, desde la retaguardia de la historia hasta el futuro más distante, flamea una luz de la cual no saben nada estos pendencieros, salvo que se trata de una luz que los guía permanentemente, ¡la Luz de la Revelación! ¿Y quiénes la transportan? ¡Ah, la vieja sangre judía! ¡Y cómo cobra ímpetu con pensarlo solamente! Por esa luz los conocemos. Triplemente benditos, ¡oh antepasados nuestros, servidores de Dios, guardianes de los pactos! Sois guías de los hombres, de los vivos y de los muertos. La vanguardia os corresponde, y aunque cada uno de los romanos fuese un César, ese sitio seguiría siendo vuestro.

Judá estaba conmovido en lo más profundo de su ser.

—No te detengas, te lo ruego —exclamó—. Escuchando tus palabras me parece oír el sonido de panderetas. Se diría que en cualquier momento van a aparecer Miriam y las mujeres que salieron tras ella cantando y bailando[11].

La madre comprendió el sentimiento que embargaba a su hijo, y sagazmente lo incorporó a su discurso.

—Muy bien, hijo mío. Si puedes escuchar las panderetas de las profetisas, bien podrás hacer lo que me aprestaba a pedirte: utilizar tu imaginación y colocarte al lado mío como si estuviésemos a la vera del camino, mientras pasan los elegidos de Israel a la cabeza de la procesión. Helos allí: los patriarcas delante; luego los padres de las tribus. Casi alcanzo a escuchar las campanillas de sus camellos y los mugidos de sus rebaños. ¿Quién es aquel que camina solo entre la multitud? Es un anciano, y sin embargo su visión no es opaca, y no ha perdido su fuerza natural. Ha conocido al Señor, y lo ha contemplado cara a cara. Guerrero, poeta, orador, legislador, profeta, su grandeza es igual a la del sol de la mañana[12], pictórico de esplendor, que apaga todas las otras luces, incluso aquellas de los primeros y más nobles de entre los Césares. Detrás de él vienen los jueces. Y luego los reyes… el hijo de Jesé[13], héroe en la guerra,

y cantor de canciones tan eternas como el mar; y su hijo, quien superando a todos los otros reyes en riquezas y sabiduría, hizo del desierto un sitio habitable y plantó ciudades en las zonas yermas, pero no olvidó a Jerusalén, que había sido escogida por el Señor para situar su trono sobre la tierra. Inclínate un poco más, hijo mío, pues estos que vienen a continuación son los primeros de su rango, y también los últimos. Sus rostros están levantados, como si escucharan una voz que viniese del cielo. Sus vidas se vieron abrumadas por las penas. Sus vestiduras tienen el olor de las tumbas y las cavernas. Presta atención a una mujer que marcha entre ellos: «Alabad al Señor, pues Él ha triunfado gloriosamente»[14]. Aún más; ¡inclina tu frente hasta tocar el suelo en su presencia! Fueron lenguas de Dios, sus servidores, que miraron a través del cielo y, viendo el futuro en su totalidad, escribieron lo que habían visto, y tras de sí dejaron las escrituras para que fuesen corroboradas por el tiempo. Los reyes palidecían cuando ellos se acercaban, y las naciones temblaban al escuchar sus voces. Los elementos estaban a su servicio. Eran portadores de toda merced y toda dádiva, pero también de toda plaga. Contempla al Tisbita y a su sirviente Eliseo[15]. Contempla al desdichado hijo de Hicias[16], y a él mismo, el vidente, junto al río de Chebar. Y de los tres hijos de Judá que rehusaron la imagen del babilonio[17], mira allí a aquel de ellos que tanto confundió a los astrólogos en la fiesta de los mil nobles[18]. Y un poco más allá… hijo mío, ¡de nuevo inclínate hasta besar el polvo!, porque un poco más allá se encuentra el gentil hijo de Amos[19], de quien el mundo ha recibido la promesa del Mesías que ha de venir.

El abanico, que había acompañado la última parte de la plática con movimientos veloces, se detuvo mientras la mujer decía en voz muy baja y profunda.

—Estás cansado.

—No —replicó él—. Estaba escuchando una nueva canción de Israel.

La madre continuaba empeñada en su propósito y pasó por alto el comentario del hijo.

—Con toda la vivacidad que me ha sido posible, querido Judá, te he presentado a nuestros mejores hombres: patriarcas, legisladores, guerreros, cantores, profetas. Volvamos ahora nuestra vista hacia los más excelsos de entre los romanos. A la figura de Moisés opongamos la de César, y coloquemos a Tarquino contra David; enfrentemos a Sylla contra cualquiera de los Macabeos; al mejor de los cónsules contra los jueces. Compara a Augusto con Salomón… y decide. Aquí termino la comparación. Pero piensa en los profetas, los más grandes entre los grandes.



La mujer rio despectivamente.

—Perdóname. Estaba pensando en el adivino que advirtió a Cayo Julio contra los *idus* de marzo, y me lo imaginaba buscando los augurios de desventura en las entrañas de un pollo. Compara esa imagen con la de Elías sentado en lo alto de una colina en el camino que conduce a Samaria, y allí, entre los cuerpos carbonizados de los capitanes y sus destacamentos, poniendo en guardia al hijo de Ahab sobre la cólera de nuestro Dios. Finalmente, mi querido Judá, si no es irreverente, ¿cómo podríamos juzgar a Jehová y a Júpiter a menos que consideráramos lo que en sus nombres han hecho sus servidores? Y en cuanto a lo que deberías hacer tú…

La mujer profirió estas últimas palabras lenta y trémulamente.

—Y en cuanto a lo que deberías hacer tú, mi muchacho, sirve al Señor, al Señor Dios de Israel, y no a Roma. Para un hijo de Abraham, solo existe la gloria dentro de los caminos del Señor, y es mucha la gloria que en ellos se puede encontrar.

—¿Entonces podría hacerme soldado? —preguntó Judá.

—¿Por qué no? ¿Acaso Moisés no pidió a Dios un guerrero?

Se produjo entonces un largo silencio.

—Tienes mi permiso —dijo la madre al cabo de un rato—, con la condición de que sirvas al Señor en lugar de servir al César.

El muchacho aceptó de buen grado aquella condición, y poco a poco se fue quedando dormido. La mujer se levantó entonces, le colocó un cojín bajo la cabeza, y después de cubrirlo con un chal y besarle tiernamente, salió de la habitación.



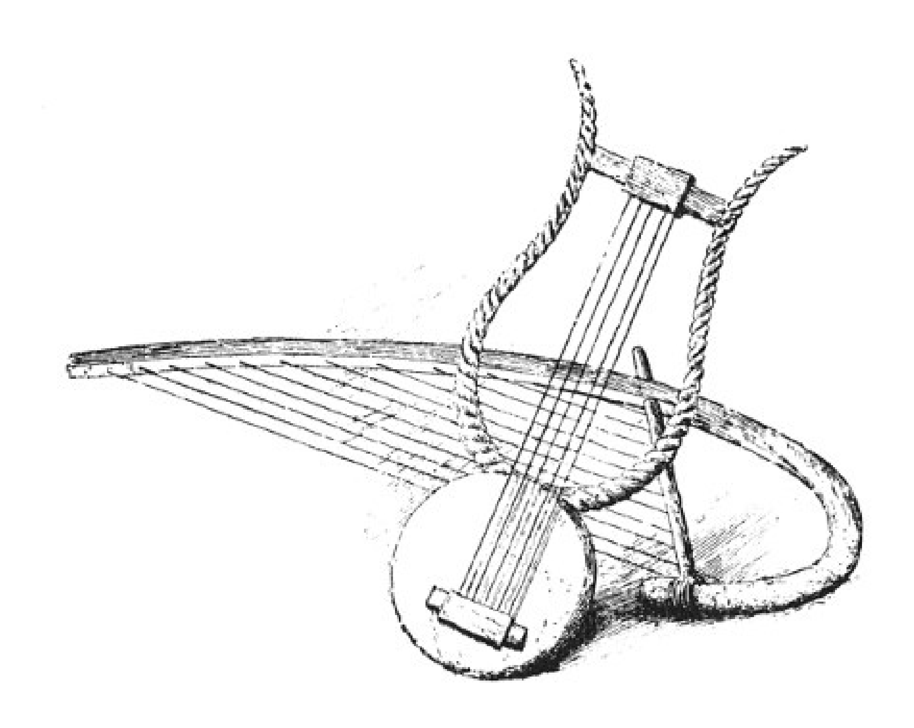
Capítulo VI
El accidente de Grato

El hombre bueno, al igual que el malo, debe morir, pero recordando la enseñanza de nuestra fe decimos del primero cuando muere: «No importa; abrirá sus ojos en el cielo». Y lo más cercano al cielo que existe en esta vida es pasar de un agradable sueño a una plena conciencia de alegres visiones y sonidos.

Cuando Judá despertó, ya el sol se asomaba por encima de las montañas, las palomas volaban en bandadas llenando el aire con resplandores de sus blancas alas, y hacia el Sudeste se veía el Templo como una irrupción de oro entre el azul del cielo. Estos, sin embargo, eran objetos familiares y solo le merecieron un ligero vistazo. En el borde del diván, cerca de él, una jovencita que apenas llegaría a los quince años cantaba acompañándose con un *nebel* cuyas cuerdas acariciaba con donaire. Judá se volvió hacia ella, y esta fue la canción que escuchó:

¡No despiertes, pero escúchame amor mío!
Flotando a la deriva en un mar tranquilo,
Tu espíritu se apresta a escuchar mi voz.
¡No despiertes, pero escúchame, amor mío!
Un obsequio del sueño, el reposado rey,
Que conmigo te envía visiones muy felices.

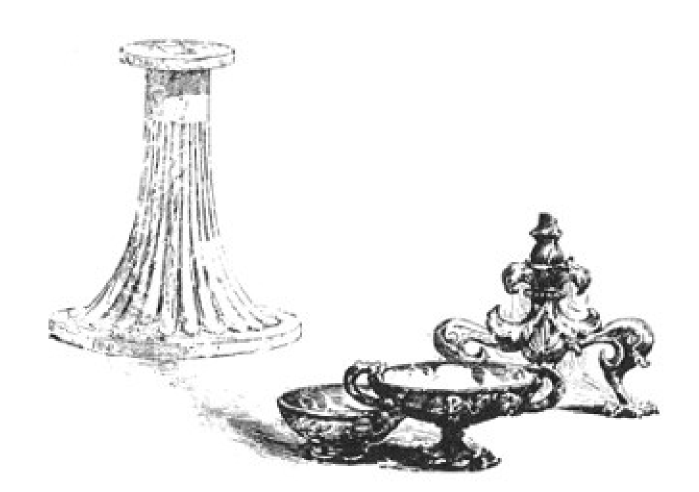
¡No despiertes, pero escúchame amor mío!
De todo el mundo de los sueños puedes
Elegir ahora el más divino.
¡Así que elige y duerme, amor mío!
Aunque ya no podrás libremente elegir
A menos, a menos… que sueñes conmigo.



La jovencita dejó a un lado el instrumento, descansó las manos sobre su regazo, y esperó a que él hablara. Y como ya va siendo necesario que digamos algo sobre ella, aprovecharemos la oportunidad para añadir algunos detalles más acerca de la familia a la que nos hemos acercado, y que tal vez puedan interesar al lector.

Los favores de Herodes habían alcanzado a muchas personas que, tras su muerte, se habían encontrado en posesión de inmensas propiedades. Y cuando a esta fortuna se agregaba la certeza de ser descendiente directo de los hijos de las tribus, y en especial de la tribu de Judá, el individuo era llamado «Príncipe de Jerusalén», una distinción que bastaba para acarrearle la deferencia y el homenaje de sus compatriotas menos favorecidos, así como el respeto, cuando menos, de los gentiles con quienes entraba en contacto por asuntos de negocios o debido a circunstancias sociales. Dentro de esta categoría ningún otro hombre había ganado mayor consideración, tanto en la esfera pública como en la privada, que el padre del muchacho a quien hemos venido siguiendo. A pesar de que siempre había sido fiel a la memoria de su nacionalidad, también había sido leal al Rey. Ciertos negocios le habían llevado a Roma, donde su conducta había atraído la atención de Augusto, quien se había propuesto granjearse su amistad a toda costa. Consecuentemente, a su casa habían llegado muchos regalos, de una munificencia que hubiese halagado la vanidad de un rey: togas purpúreas, sillas de marfil, copas de oro, etc., más valiosos si se tiene en cuenta la mano imperial que honrosamente los había obsequiado. Un hombre así no podía menos que ser rico; empero su opulencia no se debía únicamente a la largueza

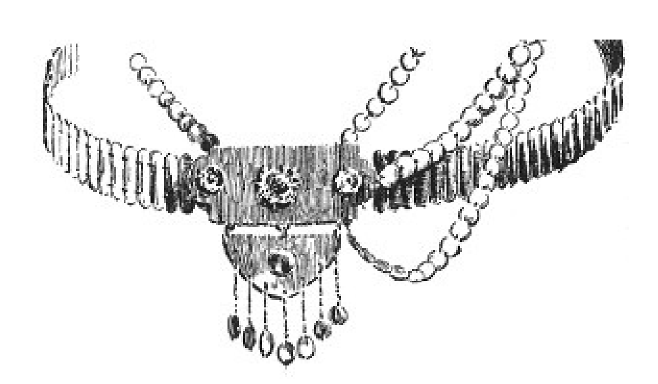
de sus reales patrones, sino que habiendo acatado la ley que le obliga a tener alguna ocupación, no se había limitado a una sola, sino que probó suerte en numerosos campos. Muchísimos de los pastores que guardaban los rebaños en las planicies y las colinas de la zona que se extendía hasta el antiguo Líbano eran por él empleados; en las ciudades junto al mar, así como en muchas del interior había fundado casas de comercio; sus naves traían cargamentos de plata española, cuyas minas eran las más ricas que se conocían en aquella época; las caravanas a su servicio regresaban dos veces al año cargadas de sedas y especies. Profesaba la fe hebrea y observaba las leyes y cada uno de los ritos esenciales; acudía cumplidamente a la sinagoga y el Templo; conocía a fondo las Sagradas Escrituras; disfrutaba de la compañía de los maestros del colegio, y su respeto por Hillel llegaba casi hasta la adoración. Sin embargo, de ninguna manera era un separatista; su hospitalidad también alcanzaba a los forasteros, cualquiera que fuese su tierra de origen; los fariseos, siempre listos a criticar, habían llegado a acusarle de haber sentado samaritanos a su mesa. ¡Y en más de una ocasión! De haber sido un gentil, y de haber vivido unos años más, quizás el mundo hubiese oído hablar de él como un digno rival de Herodes Ático[1], pero el hecho es que había perecido en altamar unos diez años antes de esta segunda parte de nuestra historia, en la flor de su vida, una desgracia que había sido lamentada en toda Judea. Ya conocemos a dos miembros de su familia —a su viuda y a su hijo—; el único otro integrante era una hija, a quien habíamos dejado mientras le cantaba a su hermano.



Su nombre era Tirzah, y cuando ella y su hermano levantaron la vista para mirarse, su parecido se hizo patente. Los rasgos de la muchacha tenían la misma regularidad y el mismo tipo judío que los del muchacho; ambos compartían el encanto de una expresión infantil e inocente. La vida hogareña

y el fraternal cariño permitían la negligencia del atavío que ella llevaba: una holgada camisola, abotonada sobre el hombro derecho, que pasaba sobre el pecho, la espalda y el brazo izquierdo, dejando ambos brazos prácticamente desnudos, pero cubriendo la mitad superior del cuerpo. Un cinturón ceñía los pliegues del vestido, marcando el principio de la falda. El tocado era muy simple y atractivo: un gorro de seda, de color púrpura de Tiro; y sobre él una pañoleta a rayas del mismo tejido, hermosamente bordada y enrollada en pliegues muy delgados, de modo que el tamaño de la cabeza no pareciese mayor; y todo ello coronado por una borla que colgaba del extremo superior del gorro. Usaba anillos en las orejas y en los dedos, así como ajorcas y brazaletes, todo ello de oro, y alrededor del cuello lucía un collar, también de oro, curiosamente adornado por un entramado de finísimas cadenas, de las cuales pendían perlas. Los bordes de sus pestañas estaban pintados y las yemas de los dedos teñidos. El cabello le caía sobre las espaldas en dos largas trenzas. Un ensortijado bucle descansaba sobre cada una de las mejillas. Imposible resultaría negar su gracia, refinamiento y belleza.





—¡Muy hermosa, querida Tirzah, muy hermosa! —exclamó el muchacho con entusiasmo.

—¿La canción?

—Sí… y la cantante también. La melodía tiene un cierto aire griego. ¿Dónde la aprendiste?

—¿Recuerdas al griego que cantó en el teatro el mes pasado? Oí decir que cantaba en la corte para Herodes y su hermana Salomé[2]. Salió a escena inmediatamente después de la actuación de unos luchadores, cuando mayor era el ruido. Pero en cuanto cantó la primera nota se hizo un silencio tal, que me fue posible escuchar cada palabra. De él aprendí la canción.

—Pero él cantaba en griego.

—Y yo en hebreo.

—Ah, sí. Estoy orgulloso de mi hermanita. ¿Sabes alguna otra tan buena?

—Muchísimas. Pero olvídate de ellas por el momento. Amrah me envió para que te dijera que te traerá el desayuno, así que no es necesario que bajes. No debe tardar. Ella piensa que estás enfermo, que ayer te ocurrió algo terrible. ¿Qué pasó? Cuéntamelo, y le ayudaré a Amrah a cuidarte. Ella conoce los remedios de los egipcios, que fueron siempre una partida de estúpidos; pero yo tengo muchas recetas de los árabes, quienes…

—Son aún más estúpidos que los egipcios —dijo él sacudiendo la cabeza.

—¿Así te parece? Está bien entonces —replicó ella sin pausa alguna, colocando las manos sobre su oreja izquierda—. No tendremos nada que ver ni con unos ni con otros. Tengo aquí algo que es más efectivo y mucho mejor… el amuleto que dio un mago persa a uno de los nuestros… No podría decir hace cuánto tiempo. Mira, la inscripción se ha borrado casi por completo.



Le pasó un arete que él tomó entre sus manos. Después de examinarlo brevemente, lo devolvió riendo.

—Aunque estuviese agonizando, Tirzah, no podría valerme de su encantamiento. Es una reliquia idólatra, prohibida para los hijos e hijas de Israel que profesen la fe. Quédatelo, pero no vuelvas a usarlo.

—¡Prohibida! ¡No es así! —protestó ella—. La madre de nuestro padre la llevó durante no sé cuántos sábados de su vida. Ha curado a no sé cuántas personas…, más de tres en todo caso. Ha sido aprobada; mira, aquí está la marca de los rabinos.

—Yo no creo en amuletos.

La joven levantó la vista y lo miró atónita.

—¿Qué diría Amrah?

—El padre y la madre de Amrah cultivaban *sakiyeh* en un huerto junto al Nilo.

—¿Y Gamaliel?

—Dice que son invenciones impías de incrédulos y siquemitas[3].

Tirzah miró el arete con expresión dubitativa.

—¿Qué debo hacer con él?

—Úsalo, hermanita. Te favorece mucho… Te hace ser muy bella, aunque pienso que tú no precisas adornos.

Satisfecha con la respuesta, regresó el amuleto al oído, en el mismo momento en que Amrah entraba en la habitación

con una bandeja en la que llevaba una palangana, agua y servilletas.

Como Judá no pertenecía a la secta de los fariseos, su ablución fue corta y simple. La sirviente salió en seguida, dejando a Tirzah encargada de peinarlo. Cuando la joven consiguió dejar los rizos del cabello de su hermano como ella quería, desató un pequeño espejo metálico que llevaba en el cinturón —como era la costumbre entre sus compatriotas de cierta alcurnia—, se lo pasó a él para que contemplara el resultado y comprobara lo apuesto que se veía. Entretanto la conversación continuaba.

—¿Qué te parece, Tirzah?… Me marcho.

La joven dejó caer las manos, asombrada.

—¡Que te marchas! ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Para qué?

Él se echó a reír.

—¡Tres preguntas de una vez! ¡Cómo eres!

Un instante después, sin embargo, habiendo recobrado toda su seriedad, dijo:

—Bien sabes que la Ley exige que tenga una ocupación. Nuestro padre me dejó su ejemplo. Incluso tú me despreciarías si dilapidara ociosamente los frutos de su industria y de sus conocimientos. Me marcho a Roma.

—Ah; yo iré contigo.

—Debes quedarte con madre. Si ambos partimos, moriría de pena.

Desapareció entonces el resplandor del rostro de la joven.

—Sí, sí, claro. ¿Pero es necesario que te marches? Aquí en Jerusalén puedes aprender todo lo que se requiere para ser un comerciante… si es eso lo que tienes pensado hacer.

—Pero no es eso lo que tengo pensado. La Ley no exige que el hijo tenga la misma ocupación del padre.

—¿Qué otra cosa podrías ser?

—Un soldado —contestó él con marcado orgullo en la voz.

Los ojos de ella se llenaron de lágrimas.

—Te matarán.

—Si es esa la voluntad de Dios, que así sea. Pero Tirzah, no todos los soldados pierden la vida.

La joven arrojó los brazos alrededor del cuello de su hermano, como si quisiera detenerlo.

—¡Vivimos tan felices! Quédate en tu hogar, hermano mío.

—Un hogar no puede seguir siendo siempre igual. Tú misma te marcharás antes de que pase mucho tiempo.

—¡Nunca!

Judá sonrió al percibir tal gravedad en la voz de su hermana.

—Un príncipe de Judea, o de alguna de las otras tribus, vendrá pronto a pedir la mano de mi Tirzah, y se marchará con ella para que sea la luz que alumbre algún otro hogar. ¿Qué será entonces de mí?

Ella solo pudo responder con sollozos.

—La guerra es un oficio —continuó él en un tono más sobrio—. Para aprenderlo concienzudamente, hay que asistir a la escuela, y ninguna escuela se puede comparar a un campamento romano.

—¿No lucharás bajo las banderas de Roma? —preguntó ella con el alma en vilo.

—Tú… Hasta tú la odias. El mundo entero odia a Roma. En ese hecho, oh Tirzah, debes encontrar la razón de la respuesta que voy a darte… Sí; voy a luchar a su favor si a cambio de ello aprendo la manera de luchar algún día en contra de ella.

—¿Cuándo te irás?

En ese momento se oyeron los pasos de Amrah.

—¡Chitón! —dijo él—. No dejes que se entere de lo que estoy pensando.

La fiel sirviente entró con el desayuno y colocó la bandeja en un banquillo cercano al sitio donde estaban Judá y Tirzah. En seguida colocó servilletas blancas sobre un brazo de la silla y permaneció en la estancia, inmóvil y en silencio, por si acaso necesitaban algo más.

Los hermanos sumergieron las manos en una taza de agua y en el momento en que se disponían a secarse los distrajo un ruido. Escucharon entonces con atención y alcanzaron a distinguir una música marcial que parecía provenir del lado norte de la mansión.

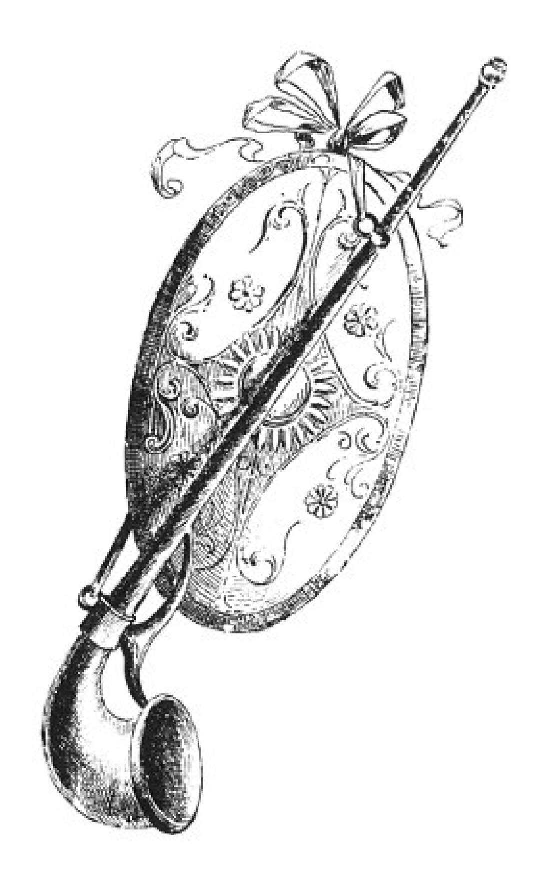
—¡Soldados del Pretorio! ¡Tengo que verlos! —gritó él, levantándose del sofá de un brinco y abandonando precipitadamente la habitación.

Un momento después se encontraba recostado sobre un parapeto de tejas que resguardaba el extremo nordeste de la azotea, y estaba tan absorto que no se dio cuenta de que Tirzah había llegado a su lado y que apoyaba una mano en su hombro.

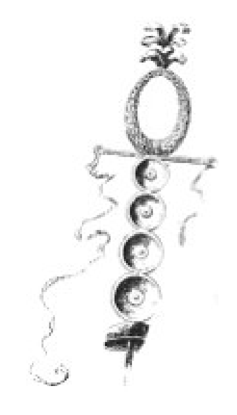
La altura de la azotea —la más elevada de todo el vecindario— les permitía dominar los tejados de las casas en una amplia superficie, incluso hasta los alrededores de la enorme e irregular Torre Antonia, que ya ha sido mencionada como la guarnición y los cuarteles militares del gobernador. La calle, que no tenía más de diez pies de ancho, estaba cubierta aquí y allá por puentes, abiertos unos, cubiertos otros, que al igual que las azoteas a ambos lados de la vía, comenzaban a ser ocupadas por hombres, mujeres y niños que

habían sido atraídos por la música. Utilizamos la palabra «música», aunque no es precisamente la más apropiada; lo que escuchaba la gente era más bien un estruendo creciente de trompetas y el sonido más agudo del *litui*[4], tan agradable al oído de los soldados.

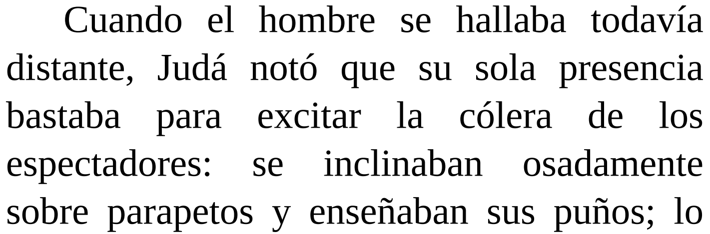
Después de un momento, la formación quedó a la vista de los dos jóvenes que oteaban desde la casa de los Hur. Primero una vanguardia compuesta por hombres provistos de armas ligeras —en especial honderos y arqueros— separados por amplios espacios; a continuación venía un grupo de infantería pesada, portando enormes escudos y *hastae longae*, o lanzas idénticas a aquellas que se usaban en los duelos en épocas anteriores a Ylión[5]; luego marchaban los músicos, detrás de ellos un oficial que cabalgaba solo, pero era seguido de muy cerca por una guardia de caballería; posteriormente una columna de infantería, sus integrantes provistos de armas pesadas, y que, marchando en orden cerrado, ocupaban todo el ancho de la calle y se extendían hasta donde llegaba la vista.



La musculatura de los hombres; el movimiento cadencioso de derecha a izquierda de los escudos; el centellear de las mallas, hebillas, petos y yelmos, todos esmeradamente bruñidos; las plumas que ondeaban sobre los altos penachos; el vaivén de enseñas y lanzas con puntas de hierro; el paso arrojado y confiado, perfectamente acompasado; los semblantes, graves y, sin embargo, atentos, vigilantes; y la unidad de aquella masa en movimiento, como si de una gigantesca máquina se tratara, causaron gran impresión en Judá, pero como algo que hubiese sido sentido, más que como algo que estaba viendo. Dos cosas en especial centraron su atención: en primer lugar el águila de la legión, una efigie dorada dispuesta en lo alto de una larga saeta, sus alas extendidas hasta encontrarse por encima de la cabeza. Judá sabía que al ser traída desde la cámara que ocupaba en la Tone le habían concedido honores reservados a las divinidades.



La otra gran atracción para el muchacho era el oficial que cabalgaba solo en medio de dos columnas de hombres. Salvo la cabeza descubierta, lucía una armadura completa. De su cadera izquierda pendía una espada corta; en una mano llevaba un bastón de mando que más parecía un rollo de papel blanco. En lugar de silla de montar iba sentado sobre una pieza de tela color púrpura; el resto de los arreos del caballo lo constituían una brida con incrustaciones de oro y riendas de seda amarilla con gruesos flecos en su borde inferior.



Cuando el hombre se hallaba todavía distante, Judá notó que su sola presencia bastaba para excitar la cólera de los espectadores: se inclinaban osadamente sobre parapetos y enseñaban sus puños; lo seguían con gritos estridentes y escupían en dirección suya cuando pasaba bajo los puentes; algunas mujeres incluso le arrojaban sus sandalias, a veces con tan buena puntería que daban en el blanco. Cuando estuvo un poco más cerca, los gritos se hicieron inteligibles:

—¡Ladrón! ¡Tirano! ¡Perro romano! ¡Que se vaya Ismael! ¡Devolvednos a nuestro Anás!

Y cuando ya estuvo muy cerca, Judá se dio cuenta de que, como era natural, el hombre no compartía la indiferencia que tan soberbiamente exhibían los soldados; su rostro se veía sombrío y huraño, y de vez en cuando dirigía

miradas tan amenazadoras, a quienes le atacaban, que los más medrosos retrocedían.

Nuestro muchacho conocía la costumbre, copiada del primer César, según la cual los comandantes en jefe, para indicar su alto rango, aparecían en público con la cabeza tocada tan solo por una hoja de laurel. Por esta señal, Judá sabía que este oficial era Valerio Grato, ¡el nuevo procurador imperial de Judea!

A decir verdad, el romano que sufría la espontánea tormenta contaba con la simpatía de nuestro joven judío, de modo que cuando el prohombre llegó a la esquina de la casa, el muchacho, para verlo mejor, se inclinó, aún más sobre el parapeto, apoyando una mano en una loseta que desde hacía algún tiempo estaba partida, aunque nadie lo había notado. La presión fue suficientemente fuerte para separar el trozo externo, que se precipitó hacia la calle. Un estremecimiento de horror sacudió al joven, quien se estiró para atrapar el proyectil. En apariencia el movimiento era exactamente igual al de una persona lanzando un objeto. El esfuerzo fue infructuoso; peor aun, sirvió para impulsar el pedazo de losa hacia el centro de la vía. Gritó con todas sus fuerzas. Los soldados de la guardia miraron hacia arriba; también lo hizo el gran hombre, y en ese preciso momento le golpeó el proyectil cayendo al suelo, como muerto.

La cohorte se detuvo; los guardias saltaron de sus caballos y se apresuraron a cubrir con sus escudos al jefe. Por otra parte, la gente que había presenciado el suceso, sin dudar un solo instante que se trataba de una acción intencionada, aclamó al muchacho, que en ese momento estaba a la vista de todos, completamente doblado sobre el parapeto, abrumado por lo que veía y anticipando las consecuencias que con toda seguridad recaerían sobre él.

Un espíritu de revuelta voló con increíble velocidad de azotea en azotea a lo largo de todo el trayecto que ocupaba el desfile, apoderándose de todos los presentes y urgiéndoles a actuar al unísono. La muchedumbre allí apostada comenzó a arrancar losas de los parapetos y pedazos del barro cocido que recubría la mayoría de las azoteas, y se dio a lanzarlos con furia contra los legionarios, detenidos en mitad de la calle. Sobrevino entonces una verdadera batalla. La disciplina, por supuesto, prevaleció. La lucha, las matanzas, la destreza de uno de los bandos, la desesperación del otro, son hechos

igualmente innecesarios para nuestra historia. Detengámonos mejor en el desventurado causante de todo ello.



Cuando se incorporó del parapeto estaba muy pálido.

—¡Oh, Tirzah, Tirzah! ¿Qué va a ser de nosotros?

Ella no había presenciado el espectáculo, pero en ese momento escuchaba los gritos y veía la frenética actividad de las personas que ocupaban las casas cercanas. Sabía que algo terrible estaba sucediendo, pero no tenía idea de qué se trataba ni cuál había sido la causa, y estaba lejos de sospechar que alguno de sus seres queridos se hallara en peligro.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué significa todo esto? —preguntó, repentinamente alarmada.

—He matado al gobernador romano. La loseta cayó sobre él.

Una mano invisible pareció arrojar al rostro de la joven un puñado de ceniza, pues su tez palideció instantáneamente. Rodeó con un brazo a su hermano y se quedó mirándolo, pensativa, sin decir palabra. Los temores del muchacho ya habían pasado a su hermana y, al comprobarlo, Judá cambió la expresión de su rostro sintiendo renacer sus fuerzas.

—No lo hice a propósito, Tirzah; fue un accidente —dijo un poco más calmado.

—¿Qué harán ellos? —preguntó Tirzah.

Judá desvió su mirada hacia el tumulto que crecía rápidamente en la calle y en las azoteas, y recordó el continente iracundo de Grato. Si no había muerto, ¿dónde se detendría su venganza? Y si había muerto, ¿hasta qué cimas de furor podría llegar la reacción de los legionarios ante la violencia de la gente? Incapaz de encontrar una respuesta, se asomó de nuevo sobre el parapeto, en el momento justo en que un guardia ayudaba al romano a montar sobre su caballo.

—¡Está vivo, Tirzah, está vivo! Bendito sea el Señor Dios de nuestros padres.

Lanzando aquella exclamación y con el semblante ya más despejado, Judá dio un paso atrás y respondió a la pregunta que su hermana le había hecho.

—No tengas miedo, Tirzah. Explicaré cómo ha ocurrido y ellos recordarán a nuestros padres y tendrán en cuenta los numerosos servicios que les prestó, y no nos harán daño.

Judá conducía a su hermana hacia la casa de verano cuando la azotea trepidó y se elevó desde el patio inferior el estruendo de las enormes puertas al ser arrancadas, seguido por un alarido de sorpresa y agonía. El grito se repitió, y en seguida se escuchó el sonido de pasos, mientras que voces furibundas se mezclaban con otras que oraban. Luego se oyeron los gritos aterrorizados de una mujer. Los soldados habían derribado la puerta norte y ocupaban ahora la casa. La horrible sensación de que se le estaba dando caza se apoderó de Judá. Su primer impulso fue el de huir… Pero ¿a dónde? Unicamente un par de alas podrían ponerle a salvo. Tirzah, los ojos enloquecidos por el pavor, lo cogió del brazo.

—Oh, Judá, ¿qué ocurre?

Los sirvientes estaban siendo masacrados… ¡Y su madre! ¿Acaso no era la suya una de las voces que se escuchaba? Con toda la resolución que le quedaba, dijo a su hermana:

—Quédate acá y espérame, Tirzah. Bajaré a ver qué pasa y luego volveré a tu lado.

Sin embargo, la voz del joven no era tan firme como hubiese querido. La joven se aferró a él con mayor fuerza aún.

Hasta ellos llegó el grito de su madre, más nítido, más agudo, inconfundible. Judá no lo pensó más.

—Ven; vamos.

La terraza o galería que se encontraba al pie de los escalones estaba repleta de soldados. Otros soldados con las espadas desenvainadas entraban y salían de las habitaciones. En un rincón había un grupo de mujeres que arrodilladas se apretaban unas contra otras suplicando clemencia. A poca distancia de ellas, una mujer con las vestiduras desganadas, su larga cabellera ondeante sobre el rostro, luchaba por desprenderse de un hombre que la asía violentamente. Sus gritos eran tan penetrantes que abriéndose paso por entre el clamor general habían llegado nítidamente hasta la azotea. Judá saltó hacia donde estaba la mujer, con pasos tan largos y tan raudos que parecía estar volando, al tiempo que gritaba:

—¡Madre, madre!

Ella extendió sus manos hacia él, pero en el momento en que casi lograba tocarlo, fue retenida y separada bruscamente. Resonó entonces una voz estentórea que dijo:

—Es él.

Judá se dio vuelta para mirar y encontró… a Messala.



—¿Qué? ¿Ese es el asesino? —preguntó un hombre alto, cubierto por una lujosa armadura de legionario—. Pero si no es más que un niño.

—¡A mí los dioses! —replicó Messala, sin olvidarse de su parsimoniosa pronunciación —. ¡Una nueva filosofía! ¿Qué diría Séneca[6] de la proposición según la cual un hombre debe llegar a la vejez para ser capaz de odiar tanto que pueda matar a alguien? Aquí tenéis al asesino; y esa es su madre, y más allá está su hermana. Tenéis a toda la familia.

Por amor a los suyos, Judá apartó de su memoria la reciente disputa con Messala.

—¡Ayúdalas, mi querido Messala! Acuérdate de nuestra niñez y ayúdalas. Yo, Judá, te lo ruego.

Messala fingió no haberle escuchado.

—Ya he terminado —dijo Messala al comandante de los legionarios—. En la calle hay diversiones mucho mejores. ¡Abajo Eros y que viva Marte!

Con esas palabras Messala salió del lugar. Judá comprendió la actuación de su antiguo amigo, y con el alma sumida en la amargura, suplicó así al cielo:

—En la hora de la venganza, ¡oh Señor!, permite que sea mi mano la que se descargue sobre él.

Haciendo un gran esfuerzo se acercó un poco más al comandante.

—Señor, la mujer a quien escucháis es mi madre. Perdonadla, y perdonad a mi hermana. Dios es justo y corresponderá a tu misericordia con su misericordia.

El hombre pareció conmovido.

—A la Torre con las mujeres —ordenó—, pero no les hagáis daño. Tendréis que responder por ellas.

Después se dirigió a quienes asían a Judá y les dijo:

—Traed sogas y atad sus manos y luego llevadlo a la calle. Ya se le castigará.

Unos cuantos hombres sacaron a rastras a la madre. La pequeña Tirzah, aún en su atuendo casero, atemorizada, estupefacta, dócilmente siguió a sus aprehensores. Judá dirigió una última mirada a cada una de ellas, y se cubrió la cara con las manos, como si quisiera grabar esa escena en su memoria de

manera imborrable. Es posible que haya derramado algunas lágrimas, pero nadie las vio.

En ese momento tuvo lugar en su interior lo que apropiadamente podría llamarse el milagro de la vida. El lector concienzudo de estas páginas ya habrá deducido que la disposición del joven judío era tan cortés y apacible que casi podría parecer femenina, como ocurre con frecuencia cuando se tiene el hábito de amar y ser amado. Las circunstancias en medio de las cuales había vivido, no le habían obligado a desarrollar los elementos más rudos de su naturaleza, si es que tales elementos existían. En algunos momentos había sentido la excitación y los impulsos de la ambición, pero había sido como el sueño impreciso de un niño que camina junto al mar y contempla el ir y venir de majestuosos barcos. Pero ahora, si pudiésemos imaginar a un ídolo, acostumbrado a ser venerado, que de repente es arrancado de su altar y arrojado entre las ruinas de su pequeño mundo de amor, solo entonces podríamos hacernos una idea de lo que acababa de acaecer al joven Ben-Hur y del efecto que todo ello tenía en su ser. Sin embargo, no había señal alguna que indicase que acababa de experimentar un cambio, excepto que cuando levantó la cabeza y extendió los brazos para que lo atasen, aquella curva en forma de arco de Cupido había desaparecido de sus labios. En aquel preciso instante había dejado atrás su niñez para convertirse en un hombre.

Resonó una trompeta en el patio. Con la llamada, la soldadesca despejó la galena. Como muchos soldados no se atrevían a regresar a las filas con el botín en las manos, se iban desprendiendo de lo que habían cogido hasta dejar el suelo cubierto por una gran diversidad de objetos raros y valiosos.

Cuando Judá descendió, ya la formación estaba completa, y el comandante esperaba a que se cumpliese la última de sus órdenes.

La madre, la hija, y todos los sirvientes de la casa fueron conducidos hasta la puerta del lado norte, cuyos escombros dificultaban el paso. El llanto de los sirvientes, muchos de los cuales habían nacido en la casa, era en verdad lastimero. Cuando finalmente los caballos y todas las demás bestias que la casa albergaba hubieron desfilado ante sus ojos, Judá comenzó a vislumbrar el alcance que podría tener la venganza del procurador. Incluso la estructura de la mansión había sido condenada. Hasta donde fuese posible ejecutar la orden, ningún ser viviente podría permanecer dentro de esos muros. Si acaso

existían en Judea otros individuos lo suficientemente desesperados como para considerar el asesinato de un gobernador romano, el recuerdo de lo que se había abatido sobre la principesca familia de los Hur les serviría de advertencia, al tiempo que el estrago de la morada mantendría viva la historia.

El comandante esperaba afuera mientras un destacamento de hombres trabajaba en la reparación parcial de la puerta.

En la calle, los enfrentamientos habían cesado por completo. Nubes de polvo en la distancia indicaban los sitios en los cuales la lucha continuaba. La mayor parte de la cohorte estaba en posición de descanso; ni su esplendor ni el número de sus integrantes habían disminuido realmente. Judá no se preocupaba ya de su suerte, solo tenía corazón para observar a los prisioneros, entre quienes buscaba, en vano, a su madre y a Tirzah.

Repentinamente una mujer se levantó del sitio donde había estado tendida y velozmente corrió hacia la puerta. Varios de los guardias trataron de atraparla pero no lo consiguieron. La mujer siguió corriendo hasta llegar junto a Judá, y dejándose caer se aferró a las rodillas del muchacho, su espeso cabello negro salpicado de motas de polvo que también le velaba los ojos.

—¡Ay Amrah, mi buena Amrah! —dijo—. Que Dios te ayude, porque yo no puedo.

La mujer no conseguía proferir palabra.

El muchacho se inclinó, y susurró en su oído:

—Vive Amrah… por Tirzah y por mi madre. Ellas han de regresar y…

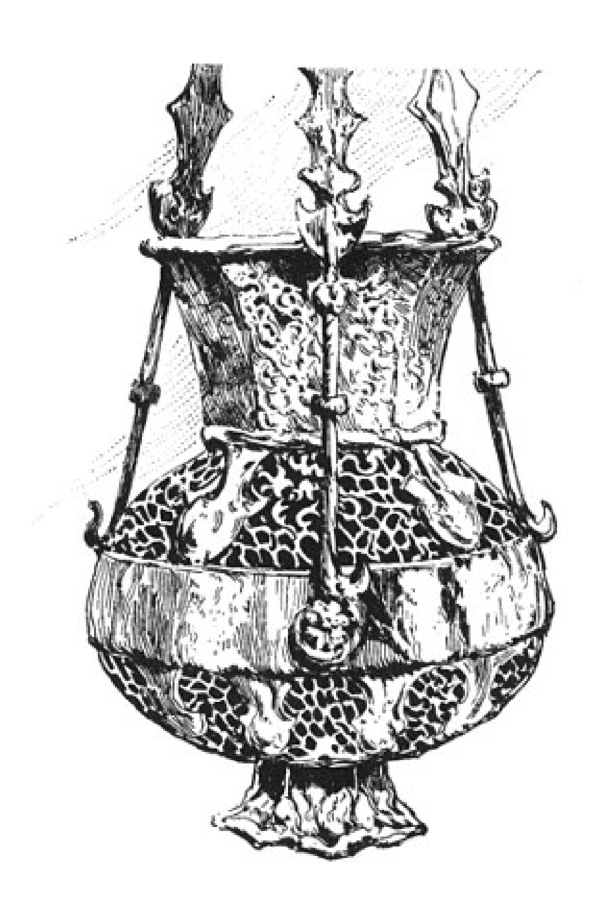
En ese momento un soldado intentó asirla, pero ella se levantó de un brinco, cruzó corriendo el vano de la puerta y enfiló el corredor hacia el patio vacío.

—Dejadla ir —gritó el oficial—. Sellaremos la casa y morirá de hambre.

Los hombres reanudaron su trabajo, y una vez terminado se dirigieron a la fachada oeste de la casa. También esa puerta fue precintada, después de lo cual el palacio de los Hur quedó inhabilitado para su uso.

Finalmente la cohorte marchó de regreso a la Torre, y el procurador se quedó allí para recuperarse de sus heridas y decidir la suerte de sus prisioneros.

Pasados diez días de los hechos, visitó la Plaza del Mercado.



Capítulo VII
Un galeote[1]


l día siguiente un destacamento de legionarios clausuró las puertas del desolado palacio de manera permanente. Revocaron las esquinas con cera y clavaron anuncios en latín que decían:

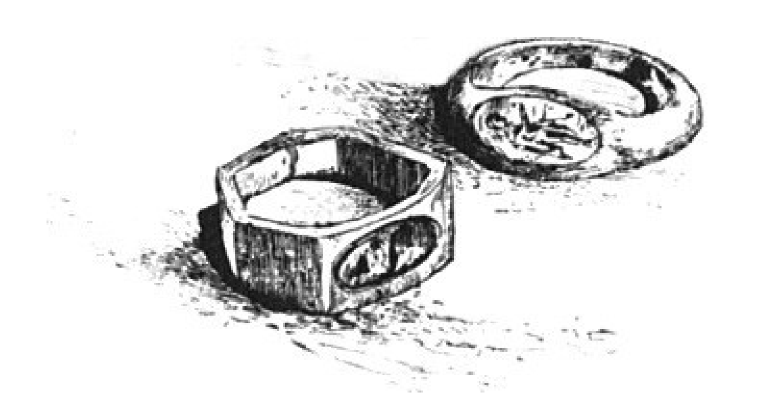
Esto es propiedad de
EL EMPERADOR

En la arrogante mente del romano, el lacónico anuncio se consideraba suficiente para su propósito…, y lo era.

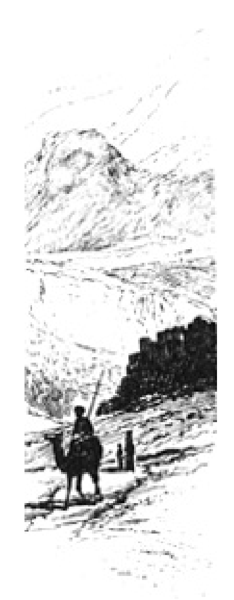
Dos días después de los sucesos, hacia el mediodía, un decurión[2] al mando de diez jinetes se acercaba a Nazareth desde el Sur —es decir desde la dirección en que se encuentra Jerusalén—. Nazareth era en ese entonces una aldea perdida, colgada de una ladera, y tan insignificante que su única calle era poco más que una vereda asentada por el ir y venir de rebaños y pastores. La gran planicie de Esdraelón se extendía hasta el lindero sur de la aldea, y desde la cima en el lado oeste se alcanzaban a ver las orillas del Mediterráneo, la región que se extiende desde el margen del río Jordán y la zona de Hermón. El valle a sus pies, así como la zona circundante, estaban destinados a jardines, viñedos, huertos y pastizales. Bosquecillos de palmeras le daban al paisaje un aspecto oriental. Las casas, agrupadas de manera irregular, eran del tipo más humilde: cuadradas, de una sola planta, de techo plano y cubiertas por parras de un verde brillante. La sequía había castigado las colinas de Judea hasta dejarlas resecas, resquebrajadas y sin vida desde su confín oeste hasta los límites con Galilea.



Una trompeta que sonó cuando la cabalgata se aproximaba a la aldea tuvo un efecto mágico entre sus habitantes. Las puertas y los postigos se abrieron, dejando a la vista grupos de personas ansiosas de ser las primeras en comprender el significado de una visita tan poco frecuente.



Nazareth, es preciso recordar, no solo estaba lejos de cualquier carretera importante, sino que no pertenecía a la jurisdicción de Judas de Gamala; por lo tanto, es fácil imaginar la sorpresa que ocasionó la llegada de los legionarios. Pero cuando estuvieron en medio de la aldea y recorrían la calle, la tarea que allí los traía se hizo evidente. El temor y el odio se mezclaron con la curiosidad, bajo cuyo influjo los pobladores, sabiendo que los jinetes deberían hacer un alto junto al pozo, en el extremo noreste de la aldea, se apartaron de las puertas y ventanas y salieron a la calle para seguir de cerca la comitiva.



El motivo de tanta curiosidad era un prisionero a quien custodiaban los jinetes. El hombre iba a pie, la cabeza descubierta, medio desnudo, las manos atadas a la espalda. Una correa ajustada a sus muñecas estaba enrollada alrededor del cuello de un caballo. El polvo que levantaba el grupo cada vez que se ponía en movimiento lo envolvía en una bruma amarilla, que por momentos llegaba a convertirse en una densa nube. Caminaba inclinado y se notaba que tenía los pies muy adoloridos. Los aldeanos pudieron ver que era un hombre joven. Al llegar junto al pozo, el decurión dio la orden de detenerse y desmontó del caballo al igual que la mayoría de sus hombres. El prisionero se derrumbó sobre el polvo del camino, sin fuerzas para pedir nada; evidentemente estaba exhausto. Cuando los aldeanos, al llegar a su lado, constataron que no era más que un muchacho, de buen grado le hubieran ayudado, si el temor no los frenara.

Mientras circulaban entre los soldados cántaros con agua, se divisó a un hombre que bajaba por el camino de Sepphoris[3]. Una de las mujeres gritó en cuanto lo reconoció:

—¡Mirad! Viene el carpintero. Ahora sí podremos enterarnos de algo.

La persona a quien se refería era un anciano de aspecto venerable. Delgados rizos blancos colgaban del borde de su turbante, y una larga barba aún más blanca flotaba sobre su basta túnica gris. Caminaba lentamente, no solo por su avanzada edad, sino también porque cargaba varios instrumentos de trabajo: un hacha, una sierra y una cuchilla desbastadora, todos ellos muy rudimentarios y pesados. Resultaba obvio que había viajado sin descanso un largo trecho.

Se detuvo a cierta distancia del grupo para examinarlo atentamente.

—Rabino, ¡oh buen rabino José! —gritó una mujer corriendo a su encuentro—. Hay aquí un prisionero; pregúntale a los soldados sobre él, de modo que podamos saber quién es y qué ha hecho y qué se proponen hacer con él.

El rostro del rabino permaneció inexpresivo; sin embargo, miró al prisionero y después de un instante se dirigió hacia el oficial.

—¡La paz del Señor sea contigo! —dijo con una gravedad no exenta de afabilidad.

—Y la paz de los dioses sea contigo —respondió el decurión.

—¿Venís de Jerusalén?

—Sí.

—Vuestro prisionero es joven.

—En años es joven.

—¿Podría preguntar qué delito ha cometido?

—Es un asesino.

Los presentes repitieron aquella palabra, atónitos, pero el rabino José continuó con su interrogatorio.

—¿Se trata de un hijo de Israel?

—Es un judío —dijo secamente el romano.

Regresó entonces la fluctuante piedad de los circunstantes.

—Nada conozco sobre vuestras tribus, pero puedo hablar de su familia —continuó diciendo el romano—. Quizás habréis oído hablar de un príncipe de Jerusalén llamado Hur… Vivía en tiempos de Herodes.

—Alguna vez lo vi —dijo José.



—Pues bien, este es su hijo.

Las exclamaciones de sorpresa se multiplicaron, pero el decurión se encargó de acallarlas velozmente.

—Anteayer, en las calles de Jerusalén, por poco matan al noble procurador Grato, arrojándole una loseta a la cabeza desde la azotea de un palacio…, el palacio de su padre, creo.

Sobrevino una pausa y los nazarenos la aprovecharon para clavar sus miradas en el joven Ben-Hur como si se tratara de una bestia salvaje.

—¿Lo mató? —preguntó el rabino.

—No.

—¿Ya ha sido condenado?

—Sí… A las galeras, por el resto de su vida.

—¡Que el Señor le ayude! —dijo José, saliendo por una vez de su impasibilidad.

En ese momento, un joven que acompañaba a José pero que había permanecido detrás de él, poco visible, soltó el hacha que hasta entonces había estado cargando, y acercándose a una enorme roca contigua al pozo, cogió un cántaro con agua. La acción fue tan silenciosa, que antes de que la guardia tuviese tiempo para interferir, ya el joven se había inclinado sobre el prisionero y le ofrecía un trago de agua.



La mano que se posaba amablemente sobre su espalda despertó al infortunado Judá, quien al levantar la vista vio un rostro que nunca olvidaría, el rostro de un muchacho más o menos de su edad, sombreado por rizos de cabello castaño, muy claro, en el que brillaban un par de ojos de un azul profundo, al mismo tiempo tan suaves, tan atrayentes, tan llenos de amor y de sagrados propósitos, que denotaban un gran poder de mando y una firme voluntad fortalecidos ya por los días y noches de sufrimiento, y tan lleno de amargura por las injusticias que había sufrido que sus sueños de venganza parecían oscurecer el mundo entero, El espíritu del judío se suavizó bajo la

mirada del extraño, hasta semejar el de un niño. Acercó sus labios al cántaro y bebió larga y ávidamente. No le dirigió la palabra y él tampoco dijo nada.

Cuando terminó de beber, la mano que había reposado en la espalda del sufriente joven se posó en su cabeza y permaneció sobre los empolvados rizos el tiempo suficiente para decir una oración; en seguida el extraño regresó el cántaro a su sitio sobre la roca, y asiendo de nuevo el hacha volvió al lado del rabino José. Las miradas de todos los presentes, soldados y aldeanos por igual, lo siguieron fijamente.

Fue este el final de la escena junto al pozo. Cuando hubieron bebido los hombres y reposado los caballos, se reanudó la marcha. Pero la disposición del decurión había cambiado; él mismo levantó al prisionero del suelo y le ayudó a subir a la grupa de un caballo. Los nazarenos volvieron a sus casas, y junto con ellos el rabino José y su aprendiz.

Así, por vez primera, Judá y el hijo de María se encontraron y se separaron.



[1]


LIBRO
TERCERO
«*Cleopatra:* ...La dimensión de nuestra pena, en proporción a nuestra causa, debe ser tan vasta como el hecho que la produce *(Entra y dice en voz baja a Diómedes):*
¿Pero qué pasa? ¿Está muerto?
Diómedes: Su muerte le acecha, pero no está muerto.
SHAKESPEARE, *Antonio y Cleopatra*
(Acto IV, escena XIII)[1]

Capítulo I

Quinto Arrio se hace a la mar



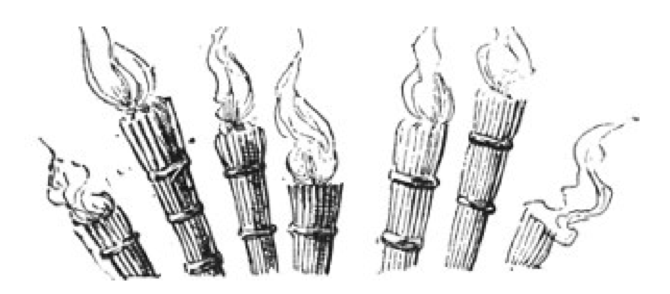
La ciudad de Misenum[1] un par de millas al suroeste de Nápoles, daba su nombre al hermoso promontorio que se eleva en sus cercanías. Un montón de ruinas es todo lo que queda ahora de la ciudad; sin embargo, en el año 24 de Nuestro Señor —hasta el cual es conveniente avanzar al lector— Misenum era una de las poblaciones más importantes en la costa occidental de Italia.

En la época que mencionamos, un viajero que subiera hasta el promontorio para deleitarse con la vista que desde allí se ofrecía, tendría la ciudad a sus espaldas, mientras que a sus pies se extendería la bahía de Nápoles, tan encantadora entonces como ahora, y hubiese podido contemplar, también al igual que ahora, el incomparable litoral, el humeante cono, el firmamento y las olas de un azul profundo, la isla de Isquia y un poco más allá la de Capri, y después de pasear la mirada entre una y otra, varias veces, hasta cansarse —porque la vista se sacia de la belleza al igual que el paladar de las golosinas— hubiese reparado finalmente en un espectáculo que el turista moderno no puede contemplar: la mitad de las unidades navales de reserva del Imperio Romano, ancladas en la dársena o desplazándose por la bahía. Desde ese punto, Misenum parecería un sitio muy apropiado para que se encontrasen tres grandes jefes y tranquilamente dividieran el mundo entre ellos.

En aquellos tiempos había una abertura en la muralla que rodeaba la ciudad, en un determinado punto que daba al mar. Esta abertura servía de salida a una calle, que una vez fuera de la muralla se convertía en un amplio dique que se extendía varios estadios dentro del mar.

Una fresca mañana de septiembre, el centinela situado sobre la muralla en los alrededores de esa abertura se sobresaltó al escuchar que por la calle se

acercaba un grupo en ruidosa conversación. Les echó un vistazo y en seguida regresó a su duermevela.



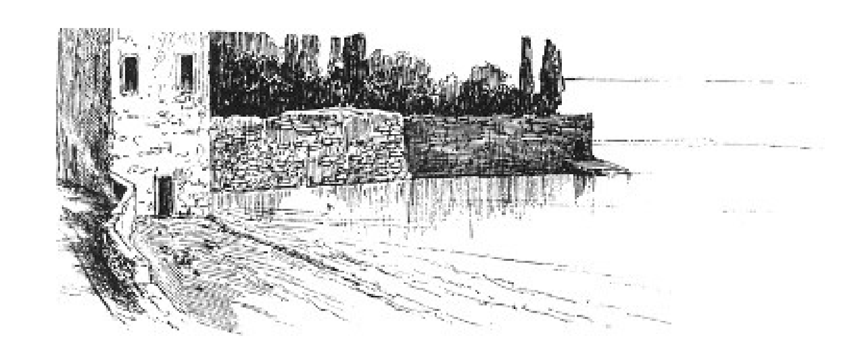
El grupo estaba compuesto por unas veinte o treinta personas, en su mayor parte esclavos que cargaban unas antorchas que alumbraban poco y hacían mucho humo, dejando en el aire una fragancia como la del nardo indio. Delante de los esclavos caminaban los señores, tomados del brazo. Uno de ellos, de unos cincuenta años, que comenzaba a perder el cabello y llevaba sobre sus escasos rizos una corona de laurel, parecía ser, por la atención que se le prestaba, el personaje central de alguna afectuosa ceremonia. Tanto el como sus amigos vestían holgadas togas de algodón blanco con amplios ribetes de color púrpura. Para el centinela una ojeada había sido suficiente. Supo, sin lugar a dudas, que se trataba de personas de alto rango y que después de una noche de festejos escoltaban a un amigo hasta su barco. Mayores explicaciones se encontrarán en la conversación que sostenían.

—No, mi querido Quinto —decía uno de ellos dirigiéndose al que lucía la corona de laurel—. Es una verdadera adversidad que te alejes tan pronto de nosotros. Tan solo ayer regresaste de los mares más allá de las columnas. ¡Pero si ni siquiera has recuperado la costumbre de caminar!

—¡Por Castor! Si se me permite que utilice un juramento de mujer —dijo otro de los hombres, un poco más afectado por el vino—. No nos lamentemos. Nuestro Quinto simplemente va a buscar lo que perdió anoche. No es lo mismo jugar a los dados en un barco mientras navega que jugar en tierra firme. ¿Verdad, Quinto?

—¡No abuses de la fortuna —exclamó un tercero—, que no es ciega ni es veleidosa! Cuando nuestro Arrio la interroga en Antium[2], le responde con negativas, mientras que en alta mar permanece junto a él y sostiene el timón. La fortuna se lo lleva de nuestro lado, ¿pero acaso no nos lo devuelve cada vez con una nueva victoria?

—Se lo llevan los griegos —afirmó otro—. Denostemos de ellos y no de los dioses. Cuando aprendieron a comerciar, olvidaron cómo luchar.



Con estas palabras el grupo franqueó la puerta de la muralla y se encontró sobre el dique, en frente de ellos la bahía, preciosa bajo la luz matutina. Para el veterano navegante, el chapoteo de las olas era como un saludo; aspiró profundamente, como si el perfume del agua fuese aún más dulce que el del nardo, levantó una mano, y dijo con entusiasmo:

—Mis favores los recibí en Praeneste[3] y no en Antium. ¡Y mirad! Viento del Oeste. ¡Gracias, oh fortuna, querida madre!

Los amigos repitieron la exclamación al unísono, mientras los esclavos hacían ondear las antorchas.

—¡Allá viene! —continuó, señalando una galera, aún en la distancia—. ¿Qué necesidad tiene un marinero de encontrar otra amante? ¿Es acaso más airosa tu Lucrecia, amigo Cayo?

Escrutó el navío que se acercaba y sintió que su orgullo era justificado. Una vela blanca estaba plegada sobre el palo menor; los remos se sumergían, se levantaban, reposaban un instante y de nuevo se sumergían, imitando el movimiento de un ala, perfectamente sincronizados.

—Sí; no culpéis a los dioses —dijo, sobriamente, con los ojos clavados en la embarcación—. Ellos nos conceden oportunidades. Si fracasamos, la culpa es nuestra. Y en cuanto a los griegos, te olvidas mi querido Lentulus, que son griegos los piratas que me dispongo a castigar. Una victoria sobre ellos tiene mayor importancia que cien sobre los africanos.



—¿Así que tu destino es el Egeo[4]?

Los ojos del navegante estaban embebidos en su barco.

—¡Qué privilegio! ¡Qué libertad! Ni un ave ha de preocuparse menos por el vaivén de las olas. ¡Observad!… Ah, perdona, Lentulus. Me dirijo al Egeo y como está tan cercana la partida os revelaré el motivo… Solo que debéis

guardar el secreto. No quisiera que os burlarais del duunviro[5] la próxima vez que lo veáis. Es mi amigo… El comercio entre Grecia y Alejandría, como seguramente sabréis, no tiene nada que envidiar a aquel entre Alejandría y Roma. La gente en esa parte del mundo se olvidó de celebrar las fiestas de Ceres[6], y Triptólemo[7] les castigó con una cosecha que ni siquiera valía la pena recoger. De todos modos, el comercio ha crecido tanto, que no toleraría una interrupción de un solo día. También habréis oído hablar de los piratas del Quersoneso, que tienen su guarida en el Euxine y son los más atrevidos de todos[8]. ¡Por Baco[9]! Ayer llegó a Roma la noticia de que habían descendido el estrecho del Bosforo, habían hundido las galeras de Bizancio y Calcedonia[10], habían arrasado el Propontis, y como si no hubiesen tenido ya suficiente, irrumpieron en el Egeo. Los mercaderes de cereales que tienen naves en el Mediterráneo oriental están atemorizados. Fueron recibidos en audiencia por el emperador en persona y hoy parten de Ravena cien galeras, y de Misenum…

Al llegar a ese punto se detuvo, como para picar la curiosidad de sus amigos, y concluyó diciendo enfáticamente:

—¡Una!

—¡Dichoso de ti, Quinto! ¡Te felicitamos!

—La pronosticada promoción y ascenso. Te saludamos, duunviro; nada menos que duunviro.

—Quinto Arrio el duunviro suena mejor que Quinto Arrio el tribuno.

De tal manera continuaron inundándolo de felicitaciones.



—Me alegro con los demás —dijo el más borrachín de los amigos—; me alegro mucho, pero he de ser práctico, ¡oh mi querido duunviro!, y solamente cuando sepa si el ascenso te ayudará a avanzar en el conocimiento de las *tesseraes*[11] podré opinar si los dioses han sido malévolos o benévolos contigo en este… en este asunto.

—Gracias, muchas gracias —respondió dirigiéndose a todos—. Si en vuestras manos sostuvieseis faroles, diría que erais augures[12]. ¡Perpol! Iré aún más lejos y os demostraré qué grandes adivinos sois. ¡Leed!

De los pliegues de su toga sacó un rollo de papel y lo pasó mientras decía:

—Recibido mientras cenaba anoche. Viene de… Sejano[13].

El nombre ya era muy importante en el mundo romano; célebre, y no tristemente célebre como más adelante llegaría a ser.

—¡Sejano! —exclamaron al unísono, acercándose para leer lo que el ministro había escrito:

Sejano a C. Cecilio Rufo, Duunviro.
Roma, XIX. Kal. Sept.

El César ha recibido favorables informes sobre Quinto Arrio, el tribuno. En particular ha tenido noticias de su valor, demostrado en mares de Occidente, de manera que es su voluntad que el mencionado Quinto sea inmediatamente transferido al Oriente.

Es voluntad de nuestro César, además, que dispongáis que cien trirremes[14] de primera clase, con su tripulación completa, sean despachados sin tardanza contra los piratas que han hecho su aparición en el Egeo, y que Quinto sea enviado para comandar dicha flota.

Los detalles quedan a tu discreción, mi apreciado Cecilio.

La necesidad es urgente, como bien advertiréis por los reportes que se incluyen para tu lectura cuidadosa y para información del mencionado Quinto.

SEJANO

Arrio prestó poco cuidado a la lectura. A medida que la nave se iba perfilando mejor, toda su atención se centraba en ella. La forma de mirarla era la de un verdadero entusiasta. Después de un rato comenzó a agitar los pliegues de su toga. En respuesta, fue desplegada en la popa de la embarcación una bandera escarlata, mientras que varios marinos aparecían sobre los bastiones y trepaban hacia el mástil o la verga para recoger la vela. La nave giró para enfilar la proa, y la velocidad de los remos fue aumentada en otro medio punto, de modo que rápidamente se aproximaba al sitio donde estaban él y sus amigos. Quinto observó las maniobras con expresión visiblemente satisfecha. La respuesta instantánea al más leve movimiento del timón y la seguridad con que mantenía su curso eran dos virtudes de la nave especialmente importantes cuando entraba en acción.

—¡Por las ninfas! —dijo uno de los amigos mientras devolvía el rollo de papel—. No podremos volver a decir que nuestro amigo va a ser importante; ya es importante. Nuestro aprecio por él podrá ahora alimentarse de razones famosas. ¿Qué otras nuevas vas a darnos?

—Nada más —contestó Arrio—. Lo que sabéis del asunto es de

conocimiento público en Roma, especialmente en el Palacio y el Foro. El duunviro es discreto; lo que he de hacer y dónde debo ir para reunirme con mi flota, solo lo sabré a bordo, donde me espera un paquete sellado. De cualquier modo, si hoy pensabais hacer ofrendas ante alguno de los altares, rogad por un amigo que a remo y a vela navega hacia algún sitio en dirección de Sicilia…

Y en seguida, dirigiéndose a la embarcación que se aproximaba, dijo:

—Pero aquí está ella, que también se prepara a viajar… Tengo gran interés en conocer a sus maestres; navegarán y combatirán junto a mí. No es nada fácil enfilar una nave en un litoral como este, así que podremos juzgar la preparación y pericia de la tripulación.

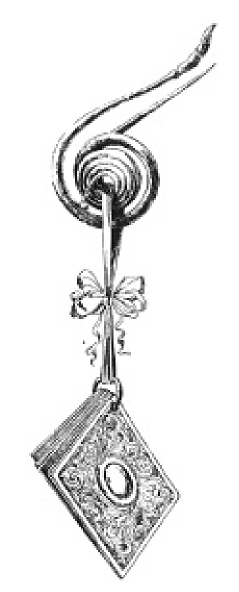
—¡Cómo! ¿Acaso es nueva para ti?

—Nunca antes la había visto; y ni siquiera sé si encontraré en su interior a algún conocido.

—¿Es eso un inconveniente?

—Es de poca importancia. Nosotros los hombres de mar nos conocemos rápidamente; nuestros afectos, al igual que nuestros odios, nacen durante los peligros repentinos.

La embarcación era del tipo llamado *nave liburnicae*, larga, angosta, de poco calado, y diseñada para la velocidad y las maniobras súbitas. La amura era de gran belleza. Un chorro de agua salpicó la proa, y se elevó la grácil curvatura de la nave. Sobre las combas laterales se veían figuras de tritones[15] haciendo sonar caracolas. Bajo la amura, sujeta a la quilla y sobresaliendo por encima de la línea de flotación, estaba el rostro o espolón, un artefacto de madera sólida, recubierto de hierro, y que durante las acciones bélicas se utilizaba como ariete. Un resistente bocel se extendía desde la amura a todo lo largo de los costados de la embarcación; debajo del bocel, en tres hileras, cada una cubierta por un sombrerete o broquel de cuero de toro, estaban los orificios donde se introducían los remos — sesenta a la derecha; sesenta a la izquierda.

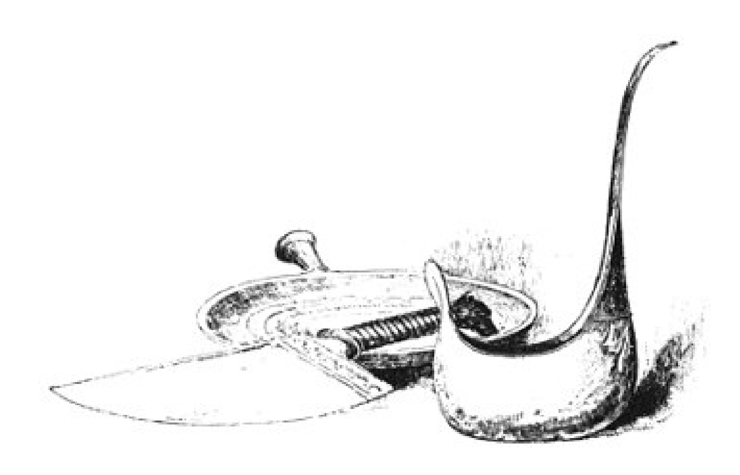


La simplicidad de los aparejos de cubierta denotaba que los remos eran la principal ocupación de los tripulantes. Un mástil que se elevaba hacia el centro de la nave estaba sujeto por estays y jarcias anteriores y posteriores que partían de unos aros en la parte interior de las amuradas. El cuadernal era el

necesario para el manejo de una gran vela cuadrada y de la verga de la cual pendía.

Salvo los marineros que habían amainado la vela pero permanecían junto a la verga, un solo hombre resultaba visible para el grupo que miraba desde el dique. El hombre, protegido por un yelmo y un escudo, se encontraba en la zona de proa.

Los ciento veinte remos, blancos y brillantes por el empleo de la piedra pómez y el constante lavado de las olas, subían y bajaban como si fuesen accionados por un mismo brazo, e impulsaban la galera con una velocidad que podría rivalizar con la de los actuales buques de vapor.



Tan rauda y en apariencia tan imprudentemente avanzaba la nave, que los hombres de tierra firme que acompañaban al tribuno comenzaban a alarmarse. De repente el hombre que se hallaba en proa levantó su mano con un gesto peculiar, y en seguida todos los remos se elevaron, quedaron suspendidos un instante en el aire y cayeron verticalmente. A su alrededor el agua bullía y burbujeaba; crujía todo el maderamen y la galera se detuvo de improviso, como si acabase de recibir un tremendo susto. Otro gesto de la mano y una vez más los remos se levantaron, se volvieron hasta quedar horizontales, y cayeron sobre el agua; esta vez los remos de la derecha, hacia el lado de popa, se impulsaron hacia adelante, mientras que los del lado izquierdo, hacia el lado de proa, tiraron hacia atrás. Tres veces se repitió la misma operación. La nave giró hacia la derecha, como si estuviera colocada sobre un pivote, y después, tomada por el viento, se recostó suavemente contra el dique.

El movimiento expuso a la vista la popa, con todos sus aderezos: Tritones como los que adornaban la proa; el nombre del navío en grandes letras en relieve; el timón en un costado; la plataforma elevada sobre la cual se colocaba el timonel, un hombre imponente, cubierto por una armadura

completa, su mano sobre la soga del timón; y el aplustre[16], alto, dorado, labrado, e inclinado sobre el timonel como una gran hoja dentada hacia atrás.

En medio del movimiento de viraje sonó una trompeta, con sonido breve y agudo, y de las escotillas salieron velozmente los guerreros, todos magníficamente equipados, con yelmos de bronce, bruñidos escudos y jabalinas. Mientras los guerreros ocupaban sus sitios, como si se dispusiesen a entrar en acción, los marineros propiamente dichos treparon por las jarcias y se apostaron a lo largo de la verga. Los oficiales y los músicos ocuparon sus puestos. No se escuchaban gritos ni ruidos innecesarios. Cuando los remos tocaron el dique, se extendió un puente desde la cubierta del timonel. Entonces el tribuno se volvió hacia sus amigos y dijo con una gravedad que hasta ese momento no había exhibido:

—Ha llegado la hora del deber, amigos míos.

Retiró la guirnalda de su cabeza y se la entregó al jugador de dados.

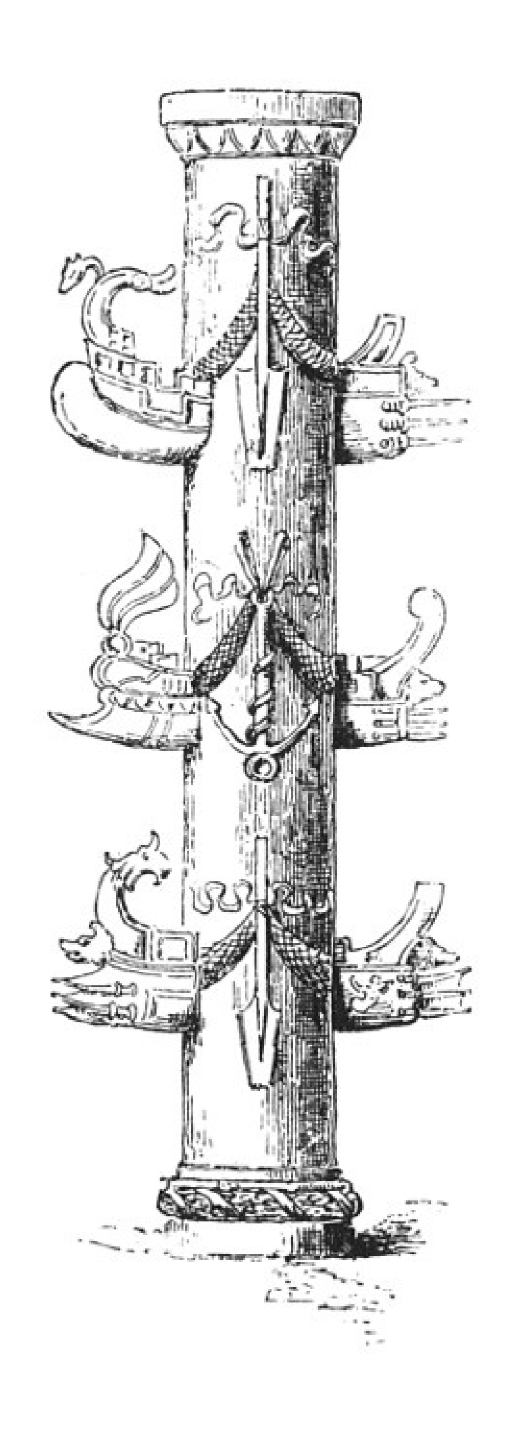
—Quédate con el mirto, ¡oh tú, favorito de las ninfas! —dijo—. Si regreso, buscaré mis sestercios[17]; si no salgo victorioso, no regresaré. Cuelga esta corona en tu atrio.

Extendió sus brazos y sus compañeros se acercaron uno por uno para recibir su abrazo de despedida.

—Que los dioses sean contigo —repetían.

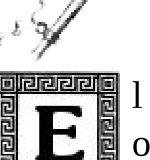
—Hasta la vista —respondía él.

Saludó con una mano a los esclavos que agitaban sus antorchas; luego se volvió hacia la nave que lo esperaba, hermosa, con sus ordenados tripulantes y los yelmos empenachados y los escudos y las jabalinas. En el momento en que Quinto Arrio piso el puente, sonaron las trompetas y sobre el aplustre se elevó el *vexillum purpureum*[18], la insignia que correspondía al comandante de una flota.



Capítulo II

En la sección de remos



El tribuno, de pie sobre la cubierta del timonel y con la orden del duunviro desplegada en su mano derecha, dirigió la palabra al jefe de los remeros[1].

—¿Con qué fuerzas contáis?

—Doscientos cincuenta y dos remeros, más diez suplementarios.

—Con relevos de…

—Ochenta y cuatro.

—¿Cada cuánto tiempo?

—Hasta la fecha cada dos horas.

El tribuno meditó un momento.

—La distribución es bastante dura. Ya me encargaré de reformarla, pero no ahora. Los remos no deben detenerse ni de día ni de noche.

En seguida le dijo al maestre de navegación.

—El viento es favorable. Permitid que la vela colabore con los remos. Cuando los dos hombres a quienes se había dirigido se hubieron marchado, se dirigió al piloto principal[2].

—¿Cuántos años de servicio has cumplido?

—Treinta y dos.

—¿Qué mares has frecuentado?

—Particularmente aquellos entre nuestra Roma y el Oriente.

—Eres el hombre que yo hubiese escogido.

El tribuno examinó de nuevo las instrucciones que tenía.

—Una vez pasado el cabo de Camparella seguiremos rumbo a Messina. Después deberemos bordear el litoral de Calabria hasta tener a Melito a la

izquierda, luego… ¿Conocéis las estrellas que sirven de guía en el Mar Jónico[3]?

—Las conozco bien.

—Entonces a partir de Melito toma rumbo Este hacia Citera. Si los dioses así lo permiten, no echaré las anclas hasta que nos encontremos en la bahía de Antemona[4]. La misión es urgente. Confío en ti.

Un hombre prudente era Arrio… prudente, y uno de aquellos hombres que si bien hacían ricas donaciones a los altares de Praeneste y Antium, eran, sin embargo, de la opinión de que el favor de los ciegos dioses dependía más de la cautela y buen juicio del devoto que de sus ofrendas y promesas. Como anfitrión del banquete, durante toda la noche anterior había bebido y jugado; no obstante, el aroma del mar había bastado para que regresara a él su talante marinero, y ya no sería capaz de descansar hasta no haberse familiarizado con su nave. Deseaba conocerla bien, y el verdadero conocimiento de algo no deja nada al azar. Comenzando con el jefe de remeros, el maestre de navegación y el piloto, y continuando con los demás oficiales —el comandante de los guerreros, el encargado de las provisiones, el jefe de máquinas, el inspector de la cocina y de los fuegos—, recorrió todas las secciones. Nada escapó a su escrutinio. Cuando hubo terminado, de toda esa comunidad que se aglomeraba en ese estrecho espacio, él era el único que conocía perfectamente todo lo relacionado con las preparaciones, materiales para la travesía, así como sus posibles incidentes; y considerando que los preparativos estaban a punto, solo le quedaba una cosa por hacer: conocer cabalmente a la tripulación que tenía bajo su mando. Como esta era la parte más delicada y difícil de su tarea, y exigía mucho tiempo, decidió abordarla a su manera.

A mediodía, la galera peinaba las olas de la costa de Paestum[5]. El viento continuaba soplando desde el Oeste, inflando la vela a plena satisfacción del maestre. Los turnos de guardia ya habían sido establecidos. En la cubierta de proa, se había dispuesto un altar, y había sido rociado con sal y cebada; allí se había acercado el tribuno para ofrecer solemnes oraciones a Júpiter, a Neptuno y a todas las Oceánides[6], vertiendo vino y quemando incienso, mientras hacía una serie de votos. Luego, para estudiar mejor a sus hombres, se sentó en la cabina principal. Su aspecto resultaba sumamente marcial.

La cabina, es preciso decirlo, era el compartimento central de la galera. Sus dimensiones eran de un poco más de sesenta y cinco pies de largo por treinta de ancho, y la luz penetraba en su interior por tres amplias escotillas. Una fila de compuertas se extendía de un extremo a otro, sosteniendo el techo; cerca del centro se veía el mástil, jalonado por hachas, lanzas y jabalinas. A cada escotilla correspondían unas escalinatas dobles, con una especie de pivote en la parte superior para permitir que los extremos inferiores fuesen amarrados al cielo raso; y como en aquel momento estaban levantados, el compartimento tenía la apariencia de un salón bañado por una luz cenital.

El lector comprenderá fácilmente que este era el corazón del navío, el hogar de todos los tripulantes —comedor, dormitorio, campo de ejercicios, área de descanso cuando se estaba fuera de servicio—, usos que además de posibles eran frecuentes en virtud de las leyes que reducían la vida a bordo a ciertos detalles minuciosos y a una rutina tan inexorable como la muerte.

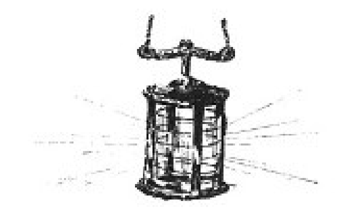
En el extremo de la cabina se encontraba una plataforma, a la cual se accedía después de subir unos apretados escalones. Allí se sentaba el jefe de remeros; en frente de su asiento se veía un gong, sobre el cual iba marcando con un mazo el compás de los remeros. A su derecha se encontraba una clepsidra, o reloj de agua, para cronometrar los turnos y las guardias. Encima, en una plataforma más alta, adecuadamente protegida por una barandilla dorada, tenía el tribuno su cuarto, con una excelente visión panorámica, amueblado con un sofá, una mesa, y una *cathedra*[7], acolchada, de mullidos brazos y respaldo alto. Gracias a la dispensa imperial, todos los muebles eran de extrema elegancia.

De manera que cómodamente instalado, a sus anchas en la enorme silla, meciéndose con el movimiento de la embarcación, su capa militar cubriendo la mitad de su túnica, la espada en el cinturón, Arrio observaba cuidadosamente a sus subordinados, y era a su vez observado por ellos. Su ojo riguroso estudiaba todo lo que le rodeaba, pero se detenía con mayor insistencia en los remeros. Sin duda, el lector habría hecho lo mismo, con la diferencia de que su mirada sería compasiva, mientras que la del tribuno, como ocurre con los patronos, iba más allá de lo que veía, preocupándose solo por los resultados.

El espectáculo era bastante simple. A los lados de la cabina, fijas al armazón de la nave, se encontraban lo que a primera vista parecían tres hileras de banquetas; una inspección más cercana, sin embargo, revelaría que se trataba de una sucesión de bancos ascendentes, cada uno de los cuales

contaba con tres banquetas —la segunda ligeramente atrás y arriba de la primera, y la tercera un poco más atrás y arriba de la segunda—. Para acomodar los sesenta remeros en cada lado, la sección a ellos destinada estaba ocupada por diecinueve bancos, a intervalos de una yarda, y el vigésimo un poco más separado. Esta disposición concedía a cada remero espacio de acción suficiente, si sincronizaba sus movimientos con los de sus compañeros, de acuerdo con el mismo principio de los soldados que marchan rítmicamente muy cerca unos de otros. Esta disposición permitía también que se multiplicaran los bancos hasta ocupar toda la extensión de la galera.

En cuanto a los remeros, aquellos que ocupaban la primera y segunda banqueta de cada bando podían sentarse, mientras que los de la tercera, al tener que manipular remos más largos, se veían obligados a permanecer de pie. Los remos tenían en las asas y cerca del punto de balance un peso adicional de plomo colgando de correas flexibles, y permitiendo el delicado movimiento llamado *plumaje*, que consiste en volver la pala del remo al sacarla del agua, colocándola casi horizontal. Al mismo tiempo, sin embargo, esta disposición de los remos exigía una mayor destreza, pues en cualquier momento una ola inesperada podía sorprender a un remero descuidado y arrancarle de su sitio. Cada orificio para el remo era un respiradero a través del cual los galeotes recibían su reparadora ración de aire. La luz se colaba por las rejillas que formaban el piso del pasaje que se encontraba entre la cubierta y la amurada. En algunos aspectos, por lo tanto, la condición de los hombres hubiese podido ser mucho peor, lo cual, desde luego, no es razón para creer que había algo de agradable en sus vidas. No se permitía, por ejemplo, la conversación entre ellos, y día tras día ocupaban sus sitios en silencio; durante todas esas horas de arduo trabajo no les era posible siquiera ver las caras de sus vecinos; sus breves respiros eran empleados para dormir y para comer. Eran hombres que nunca reían, y jamás se escuchaba cantar a ninguno de ellos. ¿De qué sirven las lenguas si un suspiro o un gruñido bastan para expresar todo lo que siente un hombre, y los pensamientos deben forzosamente permanecer en silencio? La existencia para aquellos pobres desgraciados era como una corriente subterránea avanzando lenta y laboriosamente hacia su salida, donde quiera que esta pudiese encontrarse.





¡Oh, hijo de María! ¡La espada tiene ahora un corazón y tuya es la gloria! Así sucede ahora, pero en los días sobre los cuales estamos escribiendo lo que esperaba a los cautivos eran trabajos forzados en las murallas y en las calles y en las minas, así como en las galeras, tanto las de guerra como las dedicadas al comercio, cuya necesidad de nuevos galeotes parecía inagotable. Cuando Duilio[8] ganó la primera batalla naval para su país, los romanos promovieron con ahínco el empleo de los remos, y no era menor la gloria de los remeros que la de los guerreros. Esos bancos de los remeros que ahora tratamos de ver tal como eran, son testimonio de los cambios que habían ocurrido tras las conquistas, e ilustraban la política así como el arrojo de Roma. Casi todas las naciones tenían súbditos en las galeras, en su mayor parte prisioneros de guerra, elegidos por su fortaleza y resistencia. En tal sitio un bretón; delante de él un libio, detrás un crimeo. En algún otro sitio serían vecinos un escita, un galo, un tebano. Habría también convictos romanos, obligados a permanecer junto a godos y longobardos, judíos, etíopes y bárbaros de las costas de Maeotis. Aquí un ateniense, allá un salvaje pelirrojo de Hibernia, más lejos un gigante ojiazul de Cimbri[9].

No había en el trabajo de los remeros arte suficiente para mantener ocupadas sus mentes, a pesar de lo rudos y simples que eran. Extender el remo, tirar de él, ladearlo, acostarlo, sumergirlo, en eso consistía todo su trabajo, y esos movimientos eran más perfectos mientras más automáticos

fuesen. Incluso el temor y recelo que les inspiraba el siempre cercano mar, con el tiempo llegaban a olvidarlo, en lugar de ser algo que ocupara sus pensamientos. Así que como consecuencia de un prolongado servicio, estos pobres infelices llegaban a embrutecerse, convirtiéndose en seres dóciles y abatidos, criaturas de inmensos músculos e inteligencias exhaustas, que se alimentaban de unos cuantos recuerdos amables, hasta que al final quedaban reducidos a un estado semiinconsciente, en el cual la miseria se convertía en una costumbre y el alma adquiría una resistencia increíble.

De derecha e izquierda, hora tras hora, meciéndose en su poltrona, el tribuno pensaba en todo menos en la desdicha de los esclavos que ocupaban los bancos. Después de un rato esos movimientos precisos, idénticos a ambos lados de la nave, se hicieron monótonos, y entonces se entretuvo fijando su atención en los distintos individuos. Con su estilete iba anotando sus objeciones, pensando que si todo salía bien, encontraría entre los piratas a quienes perseguía, hombres mejor dotados para ocupar los sitios de los remeros menos hábiles.

No era necesario conservar los nombres propios de aquellos esclavos que eran traídos a las galeras como si se tratase de sus tumbas; para mayor facilidad de sus amos, generalmente eran identificados por números pintados sobre las banquetas asignadas a cada uno. Los agudos ojos del insigne hombre se pasearon de sitio en sitio a ambos lados de la nave, llegando finalmente al número sesenta, que como se ha dicho correspondía al último banco, pero por escasez de espacio en popa, había sido fijado encima de la primera banqueta del primer banco. En él se detuvo la mirada del tribuno.

La banqueta del galeote número sesenta estaba ligeramente encima del nivel de la plataforma y a una distancia de solo un par de pies. La luz que se colaba por la rejilla, sobre su cabeza, concedía al tribuno una buena visión del remero —erguido y, al igual que el resto de sus compañeros, desnudo, salvo un ceñidor a la altura de los riñones—. Algo, empero, lo distinguía favorablemente de sus vecinos. Se veía que era muy joven, que no tendría más de veinte años. Además, Arrio era un conocedor de la constitución física de los hombres, y cuando estaba en tierra tenía la costumbre de visitar los gimnasios para observar y admirar a los atletas más famosos. De algún profesor, sin duda, había recibido la enseñanza de que la fuerza depende tanto

de la calidad como de la cantidad de músculo, y que lograr un rendimiento superior, además de fortaleza, exigía una cierta capacidad mental. Y convencido de esa idea, como ocurre con las personas que tienen predilección por algún tipo de entretenimiento, buscaba siempre ejemplos ilustrativos.

Puede tener por seguro el lector que si bien el tribuno en la búsqueda de la perfección se sentía a menudo inclinado a detenerse y examinar a un individuo, pocas veces se sentía completamente satisfecho; más aún, era muy raro que su atención fuese retenida tan largamente como en esta ocasión.

Al inicio de cada movimiento del remo, el cuerpo y el rostro del galeote eran vistos de perfil desde la plataforma, y al finalizar aparecían en sentido contrario, en la postura empleada para la propulsión del remo. En el caso de Ben-Hur, la gracia y facilidad con que ejecutaba la acción, permitían dudar en un primer momento de la veracidad del esfuerzo que supuestamente estaba realizando, pero esa duda era descartada casi de inmediato: la firmeza con que sostenía el remo al impulsarlo hacia adelante, y la flexión de este bajo la presión, demostraban el vigor que se le estaba aplicando; más aún, demostraba la destreza del remero, e inducían a aquel conocedor, acomodado en la poltrona, a divagar sobre cuál era la combinación idónea de fuerza y talento, que constituía la idea central de su teoría.

En el transcurso de su inspección, Arrio observó la extrema juventud del sujeto que examinaba, observó también que parecía ser de buena estatura y que sus miembros, tanto los superiores como los inferiores, eran de una singular perfección. Quizás los brazos eran excesivamente largos, pero el defecto quedaba bien disimulado bajo una masa de músculos, que en algunos movimientos se dilataban y tensaban como sogas corredizas. En su tronco se distinguían cada una de las costillas, y, sin embargo, era una delgadez saludable como la obtenida tras arduos ejercicios en la palestra. En conjunto, una cierta armonía que regía los ademanes del remero, además de corroborar la teoría del tribuno, estimulaba su curiosidad e interés general.

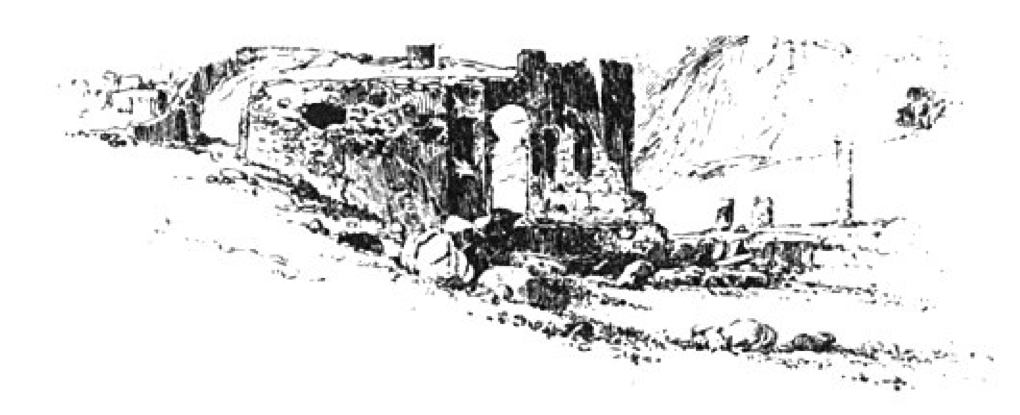
Muy pronto se encontró a sí mismo tratando de mirar al joven cara a cara. La cabeza era bien formada y se sostenía sobre una nuca ancha en la base pero de extrema flexibilidad y gracia. Vistos de perfil, los rasgos tenían un aspecto oriental y aquella delicadeza de expresión que desde siempre ha sido

considerada señal de sangre noble y de un espíritu sensible. Después de estas observaciones aumentó el interés del tribuno en su sujeto de observación.

—¡Por los dioses! —dijo para sus adentros—, ¡qué impresionante es este remero! Promete mucho. Tengo que saber más sobre él.

De inmediato el tribuno consiguió la atención de los ojos que deseaba ver; Ben-Hur giró la cabeza y se quedó mirándolo.

—¡Es un judío! ¡Y apenas un muchacho! —pensó.



Bajo la mirada que lo examinaba tan intensamente, los ojos del esclavo se hicieron aún más grandes, la sangre se agolpó en las sienes, y la pala del remo se demoró en sus manos. Pero al instante, con fragor iracundo, cayó el mazo del *hortator*, y el mozo, como si hubiese sido increpado personalmente, desvió su mirada del inquisitivo tribuno y dio alcance a sus compañeros, que le adelantaban en medio movimiento. Cuando de nuevo miró en dirección del tribuno, se quedó incluso más atónito al encontrar que una afable sonrisa suavizaba ese rostro.

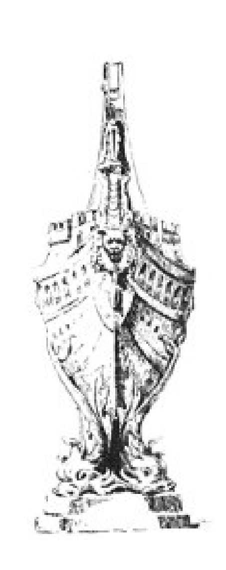
Entretanto, la galera había entrado en el estrecho de Messina y después de pasar frente a la ciudad de ese nombre, giró hacia el Este, dejando a popa la nube de humo que coronaba el Etna[10].

Cada vez que Arrio regresaba a la plataforma en la cabina principal, estudiaba al remero número sesenta con renovado interés y se decía para sus adentros.

—Ese hombre tiene espíritu. Un judío no es un bárbaro. He de saber más de él.



Capítulo III
Arrio y Ben-Hur en cubierta



Era el cuarto día de viaje, y el Astrae, que así se llamaba la galera, avanzaba velozmente en aguas del Mar Jónico. El cielo estaba despejado y el viento soplaba como si portara el saludo de todos los dioses.

Como cabía la posibilidad de dar alcance a la flota pirata antes de llegar a la bahía que se encuentra al este de la isla de Citera, sitio designado para el reencuentro con la otra división romana, Arrio, algo impaciente, pasaba buena parte del tiempo en cubierta. Diligentemente tomaba nota de todos los asuntos pertinentes a la nave, y por regla general se sentía satisfecho. Cuando estaba en su cabina, balanceándose en su enorme poltrona, su pensamiento retornaba constantemente al remero en la banqueta número sesenta.

—¿Conoces al hombre que acaba de levantarse de ese sitio? —preguntó finalmente al *hortator*.

En aquel momento tenía lugar un relevo.

—¿Te refieres, acaso, al número sesenta? —preguntó a su vez el otro.

—Sí.

El jefe de remeros miró atentamente al remero, que en ese momento se alejaba.

—Como bien sabes —arguyó—, la nave salió de manos de sus fabricantes hace tan solo un mes, y los hombres de a bordo son tan nuevos para mí como la misma nave.

—Es judío —comentó Arrio pensativamente.

—El noble comandante Arrio es sagaz.

—Es muy joven —continuó el tribuno.

—Pero es nuestro mejor remero —dijo el *hortator*—. He visto cómo su remo se dobla casi hasta el punto de romperse.

—¿Cuál es su talante?

—Es obediente. No sabría decir nada más sobre él. Una vez me hizo una petición.

—¿Qué pedía?

—Quería que le cambiase alternativamente del lado derecho al izquierdo.

—¿Te dio alguna razón?

—Había observado que los hombres que están confinados a uno solo de los dos lados, llegan a deformarse. También adujo que algún día de tormenta o en medio de una batalla, podía presentarse una necesidad súbita de cambiarle de lado, pero para ese momento podría ser ya incapaz de cumplir el cometido.

—¡Cielos! Es una idea ingeniosa. ¿Qué otra cosa has observado en él?

—Que es claramente superior a sus compañeros.

—Podría emular con los romanos —dijo Arrio en tono de aprobación—. ¿No sabéis nada de su historia?

—Ni un solo detalle.

El tribuno reflexionó un instante y se dio la vuelta para regresar a su sitio.

—Si acaso estoy en cubierta cuando termine su turno —se detuvo para decir—, envíamelo. Permite que venga solo.

Un par de horas más tarde, Arrio se encontraba en el aplustre de la galera; su disposición era la de alguien que es transportado velozmente hacia un acontecimiento de singular importancia, y por lo tanto no tiene otra cosa que hacer que esperar, es decir que se hallaba en aquella disposición en la cual la reflexión reviste a un hombre juicioso de una calma extrema. El piloto, por su parte, sostenía con una mano la soga con la cual gobernaba el timón. A la sombra de una vela dormían algunos marineros, y en lo alto de la verga se encontraba un vigía. Al alzar la mirada desde el solarium, ubicado debajo del aplustre como referencia para mantener el curso, Arrio divisó al remero que se acercaba.

—El jefe me ha dicho que sois el noble Arrio y que era vuestro deseo que os buscase aquí.

Quinto Arrio examinó la figura de aquel galeote alto, musculoso, resplandeciente bajo el sol y con un tinte rosáceo en su piel; lo examinó admirativamente y pensó en los atletas de la arena[1]; sus modales, sin embargo, le causaron una impresión diferente: había en su voz la indicación

de que su vida, o al menos parte de su vida, había transcurrido en un ambiente refinado; sus ojos eran claros y muy abiertos, con una expresión más de curiosidad que de desafío. La mirada astuta, exigente y dominante que se posaba sobre él, no encontró en el rostro del judío nada que echara a perder el juvenil donaire de su aspecto…, ningún indicio de acusación, rencor o amenaza; tan solo las señales que una pena enorme, largamente soportada, imprime en las facciones de una persona. En tácito reconocimiento de la positiva impresión que le causaba, el romano se dirigió a él como un hombre mayor a uno más joven y no como un amo le habla a su esclavo.

—Me dice el *hortator* que sois el mejor de los remeros.

—El *hortator* es muy amable —repuso el joven.

—¿Habéis servido durante mucho tiempo?

—Alrededor de tres años.

—¿Con los remos?

—No recuerdo un solo día de descanso.

—El trabajo es duro; pocos hombres resisten un año entero sin desfallecer, y vos…, vos no sois más que un muchacho.



—El noble Arrio olvida que el espíritu tiene mucho que ver con la resistencia. Con su ayuda pueden a veces medrar los débiles allí donde sucumben los fuertes.

—Por vuestra manera de hablar veo que sois judío.

—Mis antepasados eran hebreos mucho antes de que aparecieran los primeros romanos.

—El obstinado orgullo de vuestra raza no se ha perdido en vos —dijo Arrio, notando un ligero rubor en el rostro del remero.

—Nunca es tan elocuente el orgullo como estando encadenado.

—¿Y qué motivos tenéis para sentiros orgulloso?

—El hecho de ser judío.

Arrio sonrió y dijo después de un instante:

—No he estado nunca en Jerusalén, pero he oído hablar de sus príncipes. Conocí a uno de ellos. Era mercader y recorría los mares. ¿De qué condición sois?

—Debo responderos desde la banqueta de una galera. Mi condición es la de esclavo. Mi padre era príncipe de Jerusalén, y como mercader recorrió los mares. Era conocido y honrado en el salón de huéspedes del gran Augusto.

—¿Cuál era su nombre?

—Ithamar, de la casa de Hur.

El tribuno levantó una mano, asombrado.

—Un hijo de Hur… ¿Vos?

Después de un momento de silencio, preguntó:

—¿Qué os ha traído aquí?

Judá bajó la cabeza, y su pecho se estremeció con los acelerados latidos del corazón. Cuando logró controlar sus sentimientos lo suficiente, miró al tribuno de hito en hito y respondió:

—Fui acusado de intentar asesinar a Valerio Grato, el procurador.

—¡Vos! —clamó Arrio, aún más asombrado y dando un paso atrás—. ¡Aquel asesino sois vos! Por toda Roma se repitió esa historia que incluso llegó a mis oídos a bordo de mi barco en un río cerca de Londinium[2].

Se quedaron entonces en silencio, mirándose.

—Pensé que la familia de Hur había sido borrada de la faz de la tierra —dijo Arrio, después de una pausa.

Un alud de tiernos recuerdos derribó la muralla de orgullo del joven, y brillaron en sus mejillas unas cuantas lágrimas.

—¡Madre, ah, madre! ¡Y mi pequeña Tirzah! ¿Dónde estarán? ¡Oh tribuno, noble tribuno, si supieseis algo acerca de ellas!… Decidme todo lo que sepáis. Decidme si aún viven. Y si viven dónde están. Y en qué estado. Ah, os lo ruego; decídmelo.

Ben-Hur se acercó a Arrio, se acercó tanto que sus manos extendidas en actitud suplicante alcanzaban a tocar los pliegues de la túnica del tribuno.

—Han pasado tres años desde aquel día aciago —continuó diciendo—; tres años, ¡oh tribuno!, y cada hora parece una vida entera de miseria…, una vida entera en un abismo interminable, sin otro alivio que el arduo trabajo, y en todo ese tiempo no he escuchado de nadie una palabra dirigida a mí, ni siquiera un susurro. Ah, si el ser olvidados por los demás nos concediera a nosotros el olvido. Si tan solo pudiese apartar de mí esa escena… ¡La visión de mi hermana al ser arrancada de mi lado, la última mirada de mi madre! He sentido cerca de mí el terrible aliento de la peste y el fragor de las naves en medio de la batalla; he escuchado la tempestad que azotaba el mar, y he reído mientras otros oraban; sí, porque la muerte hubiese sido una liberación. Casi llego a doblar el remo…, sí; es parte del poderoso esfuerzo por escapar a la obsesión de lo que

ocurrió aquel día. Pensad en lo poco que os pido. Decidme al menos si están vivas o muertas, ya que felices no pueden ser mientras me encuentre yo perdido. He escuchado que me llamaban en medio de la noche; las he visto caminar sobre las aguas. Ah; ¡nunca habrá en mi vida nada tan cierto como el amor de mi madre! Y Tirzah…, su aliento era como la fragancia de los blancos lirios. Era aquella la rama más joven de la palmera…, ¡tan fresca, tan tierna, tan llena de gracia, tan hermosa! Las mañanas junto a ella me dejaban alegre para el resto del día. Estaba siempre envuelta en música; se acercaba y se alejaba seguida por la música. Y tenía que ser precisamente mi mano la que las derribara, la que las llevara a la ruina. Yo mismo…

—¿Admitís entonces vuestra culpa? —preguntó Arrio severamente.

El cambio que ocurrió en la persona de Ben-Hur fue tan instantáneo y extremo, que resultaba algo extraordinario de ver. Su voz adquirió un tono más agrio, sus manos se levantaron enseñando unos puños apretados, cada fibra de su ser se estremeció, sus ojos se inflamaron…

—Habréis oído hablar del Dios de mis padres —dijo—; del sempiterno Jehová. Por su verdad y omnipotencia, y por el amor que ha prodigado a Israel desde el principio de los siglos, juro que soy inocente.

El tribuno se conmovió visiblemente.

—¡Oh noble romano! —continuó Ben-Hur—, concededme un poco de fe, y enviad alguna luz a la penumbra de mi vida, más oscura día tras día.

Arrio le dio la espalda, y comenzó a recorrer la cubierta.

—¿No tuvisteis un juicio? —preguntó deteniéndose bruscamente.

—¡No!

El romano levantó la cabeza, sorprendido.

—¡Ni juicios ni testigos! ¿Quién entonces dictó sentencia en vuestro caso?



Los romanos, debemos recordar, nunca fueron tan amantes de las leyes y de las fórmulas legales como en la época de su decadencia.

—Me ataron con sogas y me arrastraron a una mazmorra en la Torre. No pude ver a nadie. Nadie habló conmigo. Al día siguiente unos soldados me llevaron a orillas del mar. Desde entonces he sido un esclavo en las galeras.

—¿Y cómo hubieseis podido demostrar vuestra inocencia?

—Era un muchacho; demasiado joven para ser un conspirador. Grato me era desconocido. Si hubiese tenido la intención de darle muerte, ese no era el momento ni el sitio adecuados. Él cabalgaba en medio de una legión y a plena luz del día. Yo no tenía posibilidad alguna de escapar. Mi familia pertenece a una clase que ha sido muy amiga de Roma. Mi padre llegó a ser distinguido por sus servicios al Emperador. Teníamos una gran hacienda que perder. Mi propia ruina, la de mi madre y la de mi hermana serían inevitables. No tenía motivo alguno para conspirar, y sí, en cambio, muchas cosas: propiedad, familia, deseos de vivir, mi conciencia, la Ley, que es tan importante para un hijo de Israel como el aire que respira; todo ello hubiese detenido mi mano aun en el caso de que me hubiese invadido un impulso vil. Y yo no estaba loco. La muerte era preferible a la vergüenza, y creedme, sigo pensando del mismo modo.

—¿Quién estaba con vos cuando ocurrió el atentado?

—Estaba en la azotea de la casa, la casa de mi padre. A mi lado se encontraba Tirzah, la encarnación de la gentileza. Nos inclinamos al tiempo sobre el parapeto para ver pasar la legión. Se desprendió una loseta situada debajo de mi mano, y cayó sobre Grato. Pensé que lo había matado. ¡Ah, qué espanto sentí!

—¿Dónde estaba vuestra madre?

—En su aposento de la planta inferior.

—¿Qué fue de ella?

Ben-Hur apretó sus manos con fuerza y tomó una bocanada de aire que más parecía un jadeo.

—No lo sé. Vi cuando se la llevaban a rastras…, y eso es todo lo que sé. De la casa se llevaron todos los seres vivientes, incluso los animales domésticos, y sellaron las puertas. El propósito de esa acción es que ella no pudiese regresar. He sufrido tanto pensando en su sino. ¡Ah, una sola palabra! Ella, cuando menos, era inocente. Yo soy capaz de perdonar…, pero imploro vuestro perdón, noble tribuno. Un esclavo como yo no debería hablar de perdón ni de venganza. Estoy unido de por vida a un remo.

Arrio escuchaba con gran atención. Convocó en su ayuda toda la experiencia que tenía en el trato con esclavos. Si los sentimientos que expresaba eran fingidos, entonces se trataba de una actuación perfecta; si, por otra parte, esos sentimientos eran reales, no cabía duda sobre la inocencia del judío; y si ese era el caso y en efecto era inocente, ¡con qué ciega furia se había ejercido el poder! ¡Una familia entera borrada del mapa para expiar un simple accidente! El pensamiento le causaba desazón.

No existe un precepto más sabio que aquel que dice que por más rudas y sanguinarias que sean nuestras ocupaciones, no es posible que moralmente nos desgasten por completo; que cualidades tales como la justicia y la piedad, si realmente nos habitan, sobreviven bajo aquella otra capa, al igual que ciertas flores bajo la nieve. El tribuno podía ser implacable —de otro modo no hubiese sido apto para el ejercicio de su vocación—, pero también podía ser justo, y despertar en él la conciencia de una injusticia, equivalía a ponerlo en camino hacia la reparación de la misma. Las tripulaciones de las naves en las que había servido, después de un tiempo, comenzaron a referirse a él por el nombre de «el buen tribuno». Los lectores agudos no podrían esperar una mejor definición de su carácter.

En el caso presente, había numerosas circunstancias que sin duda estaban a favor del joven, además de otras cuantas que podían suponerse. Posiblemente Arrio conocía a Valerio Grato y no sentía por él especial afecto. Posiblemente el tribuno había conocido al padre de Ben-Hur. En el curso de su apelación, el joven judío se lo había preguntado, y como se habrá observado, el otro no le había respondido[3].

Por una vez el tribuno estaba dudoso e indeciso. Sus poderes eran amplios. A bordo era un monarca de hecho. Su buena disposición hacia el joven le inclinaba a la piedad. Confiaba en que había hablado la verdad. Se

dijo a sí mismo que no tenía prisa…, o mejor dicho que tenía mucha prisa por llegar a Citera; no podía prescindir del mejor de los remeros, así que esperaría, se informaría mejor; al menos se aseguraría de que en efecto se trataba del príncipe Ben-Hur. Por regla general los esclavos eran mentirosos.



—Suficiente —dijo en voz alta—. Regresad a vuestro puesto.

Ben-Hur asintió con una inclinación y escrutó una vez más el rostro de su amo, sin encontrar en él nada que le permitiese albergar esperanzas. Comenzó a alejarse lentamente, miró atrás una vez más y dijo:

—Si alguna vez pensáis de nuevo en mí, oh tribuno, recordad que solo os he rogado tener noticias de mi gente…, mi madre, mi hermana.

Se alejó entonces, y Arrio se quedó mirándolo con ojos de admiración.

—¡Perpol! —se dijo para sus adentros—. Con instrucción, podría ser extraordinario en la arena. ¡Qué atleta! ¡Qué brazo para empuñar la espada o el cesto de un púgil[4]!

—¡Deteneos! —gritó.

Ben-Hur se detuvo y el tribuno se acercó a él.

—Si fueseis libre, ¿qué haríais entonces?

—El noble Arrio se burla de mí —dijo Judá con los labios temblorosos.

—No; por los dioses que no es así.

—Entonces os responderé con el mayor gusto. Con todas las fuerzas que cuento me dedicaría al primero de todos mis deberes. No pensaría en ninguna otra cosa ni sabría lo que es el descanso hasta que mi madre y Tirzah estuvieran de regreso en casa. Dedicaría cada día y cada hora de mi existencia a la felicidad de ellas dos. Estaría permanentemente a su servicio, como el más fiel de los esclavos. Mucho han perdido, pero prometo por el Dios de mis padres que es mucho más lo que conseguiría para ellas.

La respuesta resultó inesperada para el romano, y por un momento se sintió desorientado:

—Contaba con despertar vuestra ambición —dijo, recuperándose de la sorpresa—. Si vuestra madre y vuestra hermana estuviesen muertas, o no hubiese modo de encontrarlas, entonces ¿qué haríais?

Una palidez manifiesta se había extendido por todo el rostro de Ben-Hur, quien había desviado la vista y ahora miraba hacia el mar. En su interior se libraba una ardua batalla entre varios sentimientos encontrados. Cuando logró sobreponerse se volvió hacia el tribuno y dijo:

—¿Preguntabais cuál sería mi ocupación?

—Sí.

—Tribuno, os lo diré con franqueza. Justamente la noche anterior al desgraciado día del cual os he hablado, recibí autorización para hacerme soldado. Conservo ese mismo propósito, y como en toda la tierra solo existe una escuela de guerra, iría allí.



—¡La palestra! —exclamó Arrio.

—No, un campamento romano.

—Pero primero tendríais que familiarizaros con el uso de las armas.

Ahora bien, un amo debe evitar dar consejos a un esclavo. Arrio se dio cuenta de su indiscreción, y al instante su voz y sus modales se endurecieron.

—Marchaos ahora —le dijo— y no os hagáis ilusiones por lo que ha pasado entre nosotros. Quizá sea solo un juego de mi parte…

El tribuno desvió la mirada pensativamente, y luego continuó diciendo:

—No obstante, si pensáis en ello con un resquicio de esperanza, debéis elegir entre la fama de un gladiador y el servicio de un soldado. En el primer caso podrías recibir el favor del Emperador; en el segundo caso no podríais aspirar a recompensa alguna. Debéis recordar que no sois romano. Ahora marchaos.

Un instante después, Ben-Hur ocupaba de nuevo su puesto en el barco.

El trabajo de un hombre siempre resulta liviano cuando su corazón se siente liviano. El manejo del remo no le parecía tan fatigoso en ese momento. Una esperanza había llegado a su corazón, alegrándolo como el canto de un ave. La advertencia del tribuno —«quizá sea solo un juego de mi parte»— era desplazada de sus pensamientos en el momento mismo en que aparecía. El hecho de haber sido llamado por el insigne hombre y de haber sido interrogado a propósito de su historia, era el pan con el cual alimentaba su hambriento espíritu. Tenía la seguridad de que algo bueno se derivaría de aquello. La luz que iluminaba ahora su banqueta parecía resplandeciente de promesas, y Judá se sintió inclinado a orar.

—¡Oh Dios! ¡Soy un hijo verdadero del Israel que tanto habéis amado! ¡Ayudadme, os lo ruego!

Capítulo IV
El número sesenta

En la bahía de Antemona, al este de la isla de Citera, se reunieron el centenar de galeras. En ese sitio el tribuno decidió dedicar un día para la inspección de la flota. Después puso rumbo a Naxos, la mayor de las islas Cícladas[1] a medio camino entre las costas de Grecia y las de Asia, como una piedra enorme colocada en el centro de una carretera, y un sitio desde el cual, además de desafiar a cuantos pasaran cerca, Arrio podría salir prontamente en persecución de los piratas, tanto si se encontraban en el Mar Egeo, como si estaban en el Mediterráneo.

Mientras la flota avanzaba en formación hacia el escarpado litoral de la isla, fue avistada una galera que venía desde el Norte. El Astrae salió a su encuentro. Resultó ser un barco de transporte que recientemente había partido de Bizancio, y de boca de su comandante, Arrio se informó de los detalles que más le urgía conocer.

Los piratas procedían de las muy apartadas costas del Euxine. Incluso los había de Tanais, en la desembocadura del río que supuestamente alimentaba Palus Maeotis. Habían llevado a cabo sus preparativos en medio del mayor sigilo. La primera noticia que se tuvo de ellos fue su aparición en la entrada del estrecho del Bosforo, por el lado que daba a Tracia[2], y la consiguiente destrucción de la flota allí estacionada. Desde esa base hasta la salida del Helesponto[3], todo lo que flotara había sido víctima de ellos. Los piratas contaban en su escuadrón con unas sesenta galeras, todas ellas bien tripuladas y bien aprovisionadas. Unas pocas de ellas birremes; el resto trirremes, bastante más sólidas[4]. El comandante era un griego, y los pilotos, buenos conocedores de los mares orientales, también eran griegos. El valor de los botines por ellos obtenidos era incalculable. El pánico; por consiguiente, no solo reinaba en el mar. Las ciudades cerraban sus puertas de acceso cada

noche y trataban de reforzar sus defensas. El comercio se había interrumpido casi por completo.

¿Dónde estaban ahora los piratas?

Esta pregunta, del mayor interés para Arrio, recibió ahora respuesta.

Después de saquear Hefestia[5], en la isla de Lemnos, el enemigo había emprendido la travesía hacia el archipiélago de Tesalia[6], y según las últimas noticias se había perdido de vista en los golfos entre Eubea y Hélada[7].

Tales eran las novedades.

Luego, las gentes de la isla, atraídas hacia las cimas de las colinas por el singular espectáculo de un centenar de barcos que velozmente surcaban las aguas en un escuadrón compacto, observaron cómo las naves de avanzada giraban hacia el Norte, seguidas por el resto, que daban la vuelta en el mismo punto, como si se tratase de una escuadra de caballería. Las nuevas de la incursión pirata habían llegado hasta ellos, y ahora, mientras miraban largamente aquellas velas blancas, hasta que se perdían de vista entre Rhene y Syros, los más precavidos sentían alivio y gratitud. Lo que Roma había conquistado por la fuerza, lo defendía con la fuerza; a cambio de los impuestos que de esos pueblos percibía, les ofrecía seguridad.

El tribuno estaba más que complacido con los movimientos del enemigo, y se sentía doblemente agradecido con la fortuna. Por una parte le había proporcionado a él información pronta y fidedigna, y por otra, había atraído a sus adversarios hacia unas aguas donde su destrucción sería segura. Conocía bien los estragos que una galera podría sufrir en un mar tan ancho como el Mediterráneo y lo difícil que resultaría rescatarla y reacondicionarla. También sabía que esas mismas circunstancias acrecentarían su prestigio y su gloria si de un solo golpe consiguiera poner fin a toda la flota pirata.

Si el lector mirara en un mapa de Grecia la zona del Mar Egeo, repararía en la isla de Eubea, situada a lo largo de la costa como una muralla que se opone a Asia, formando entre ella y el continente un canal de más de ciento veinte millas de longitud, con una amplitud de tan solo ocho millas en promedio. Por el estuario norte había entrado la flota de Jerjes[8] y ahora llegaban los audaces corsarios del Euxine. Los pueblos a lo largo de los golfos de Pelas y Melina eran ricos y su saqueo apetecible. Después de evaluar todas las circunstancias, Arrio llegó a la conclusión de que los salteadores podrían ser encontrados en algún sitio al sur de Termopilas[9]. Queriendo aprovechar la buena oportunidad que la suerte le deparaba decidió cerrarles la salida tanto por el Norte como por el Sur. No podría, sin embargo, perder una sola hora si pretendía tener éxito; incluso habría que renunciar a

las frutas, los vinos y las mujeres de Naxos. Así que se puso en marcha y navegó sin pausa ni virajes hasta que un poco antes del anochecer apareció en el horizonte el Monte Oca[10] y el piloto informó que se aproximaban a la costa de Eubea.

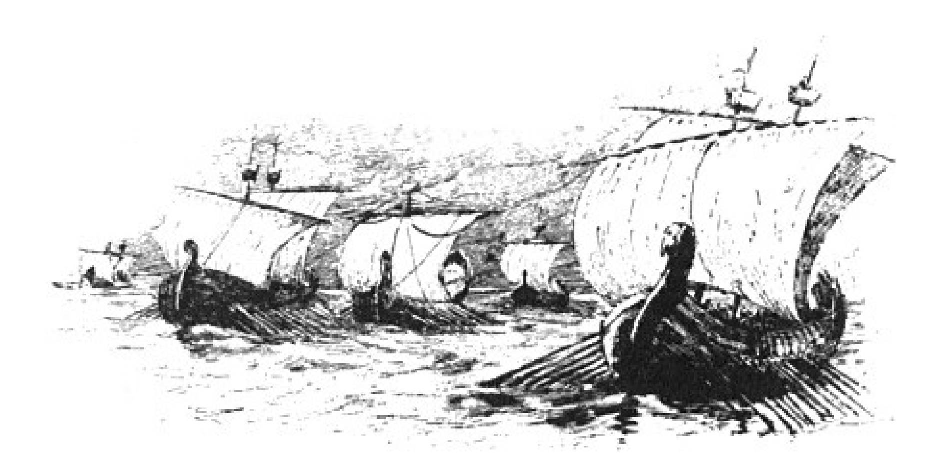
A una señal, la flota entera se detuvo. Cuando de nuevo se puso en marcha, Arrio conducía una división compuesta por cincuenta galeras, que habrían de ascender por el canal, mientras que otra división con igual número de unidades, volvió proa hacia la parte exterior de la isla, o sea la que daba al mar abierto, con órdenes de dirigirse a toda prisa hacia la boca de entrada norte y descender por el canal arrasando todas las unidades enemigas que encontrara a su paso.

De hecho, cada una de las dos divisiones estaría en desventaja numérica ante la flota pirata, pero, en cambio, tenían otras cosas a su favor, incluyendo una férrea disciplina, que sena imposible para una horda desmandada, por más valientes que fuesen. Además, el astuto plan del tribuno permitía que si acaso una de las divisiones era derrotada, la otra encontraría al enemigo bastante maltrecho después de ese primer enfrentamiento y podría denotarlo fácilmente.

Entretanto, Ben-Hur seguía en su banqueta, de la cual era relevado cada seis horas. El descanso en la bahía de Antemona lo había refrescado, de modo que el remo se le hacía mucho menos pesado; el jefe de remeros no encontraría motivo de queja.

Por regla general, la gente no se da cuenta del alivio y tranquilidad que depara el saber dónde se está y hacia dónde se va. La sensación de estar perdido es causa de gran desasosiego, pero aún peor es el sentimiento que se tiene al dirigirse a ciegas hacia lugares desconocidos. El hábito había adormecido este sentimiento en Ben-Hur, pero solo hasta cierto punto. Horas y horas en movimiento, a veces durante días y noches sin parar, consciente en todo momento de que la galera se deslizaba velozmente a lo largo de alguno de los muchos senderos del ancho mar, el deseo de saber dónde se encontraba y hacia dónde se dirigía estaba siempre presente en el joven, pero ahora parecía aún más intenso por la esperanza que había renacido en su pecho después de la conversación con el tribuno. Además, la estrechez física del barco hacía aún más vehemente su deseo. Parecía capaz de distinguir cada uno de los sonidos que hacía la galera al navegar, y los escuchaba como si fueran voces que vinieran a decirle algo; miraba hacia la rejilla que se encontraba sobre su cabeza y vislumbraba a través de ella la luz del firmamento, de la cual le correspondía una porción tan pequeña, esperando

algo, sin saber muy bien qué; y, algo más revelador de su estado era que, en ocasiones, se había sorprendido a sí mismo a punto de dejarse vencer por el impulso de dirigirle la palabra al jefe de su plataforma, lo cual hubiera asombrado al dignatario más que cualquier extraña eventualidad en el transcurso de una batalla.



Durante su largo servicio, Ben-Hur había aprendido a determinar la región hacia la cual navegaban observando la fluctuación de los delgados haces de luz que se filtraban por la rejilla y se proyectaban en el suelo. Esto, por supuesto, solo era posible en los días despejados, como aquellos que la buena suerte le estaba enviando últimamente al tribuno. Su experimento no le había fallado en el período que había seguido a la partida de Citera. Pensando que navegaban hacia su antigua patria de Judea, había estado más atento a cualquier variación del curso. Con gran congoja había notado el abrupto viraje hacia el Norte, que, como se ha mencionado, tuvo lugar cerca de Naxos; la razón para ese cambio de rumbo, sin embargo, no podía saberla, y ni siquiera podía hacer conjeturas, pues, al igual que sus compañeros de esclavitud, nada sabía acerca de las circunstancias de la travesía. Su sitio se encontraba junto al remo, y a él estaba inexorablemente uncido, tanto si la embarcación navegaba, como si se hallaba anclada. En tres años, solo una vez se le había permitido subir a cubierta: la ocasión que hemos presenciado. No tenía idea de que detrás del navío que él ayudaba a avanzar, había un gran escuadrón, en cerrada y hermosa formación, como tampoco tenía idea del objetivo que se perseguía.

Cuando el sol, al ocultarse, retiró de la cabina el último de sus rayos, la galera continuaba con rumbo Norte. Cayó la noche y Ben-Hur aún no discernía cambio alguno. Poco después alcanzó a percibir que de la cubierta descendía un aroma de incienso.

—El tribuno está ante el altar —pensó—. ¿Podría ser que vamos a entrar en batalla?

Aguzó entonces sus dotes de observación.

Durante sus años de galeote, Ben-Hur había estado en muchas batallas sin haber visto ninguna. Desde su banqueta había escuchado el fragor circundante, hasta el punto de familiarizarse con todos sus sonidos, al igual que un cantante con las notas de una canción. Del mismo modo había adquirido conocimiento de muchos de los preliminares a un enfrentamiento, el más invariable de los cuales, para los romanos tanto como para los griegos, era ofrecer un sacrificio a los dioses. Los ritos eran idénticos a aquellos que se celebraban al iniciar una travesía, y cada vez que los detectaba, constituían para él una advertencia.

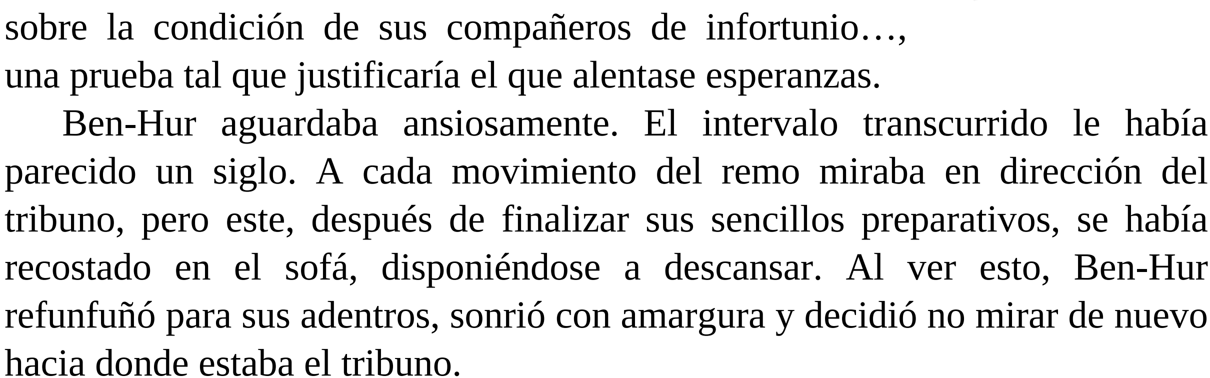
Úna batalla, como bien podrá comprenderse, poseía para él y sus compañeros de infortunio junto al remo, un interés muy diferente al que podía tener para los marinos o los guerreros. Provenía ello no de los diferentes peligros que encaraban, sino del hecho que una derrota podía significar para el esclavo un cambio de condición…, la posibilidad de quedar libre…, o al menos un cambio de dueño, que bien podría ser favorable.

A su debido tiempo se encendieron las antorchas y se colgaron junto a las escaleras; poco después el tribuno descendió de cubierta. A una orden suya, los guerreros se recubrieron de sus armaduras. A otra orden, las máquinas fueron revisadas y se trajeron lanzas, jabalinas y flechas, que fueron dispuestas sobre el suelo en grandes manojos, junto con tinajas de aceite inflamable y cestas llenas de bolas de algodón. Y cuando, finalmente, Ben-Hur vio que el tribuno subía a la plataforma, se colocaba la armadura y preparaba su yelmo y su escudo, el significado de los preparativos ya no podría siquiera ponerse en duda, y se aprestó para la más abyecta de las ignominias que implicaba su servidumbre.

Clavada a cada banco había una cadena con pesados grilletes. El *hortator* procedió entonces a asegurarlos a los tobillos de los remeros, uno a uno, sin darles otra alternativa que la de obedecer, y dejándoles sin posibilidad alguna de escapar en caso de desastre.

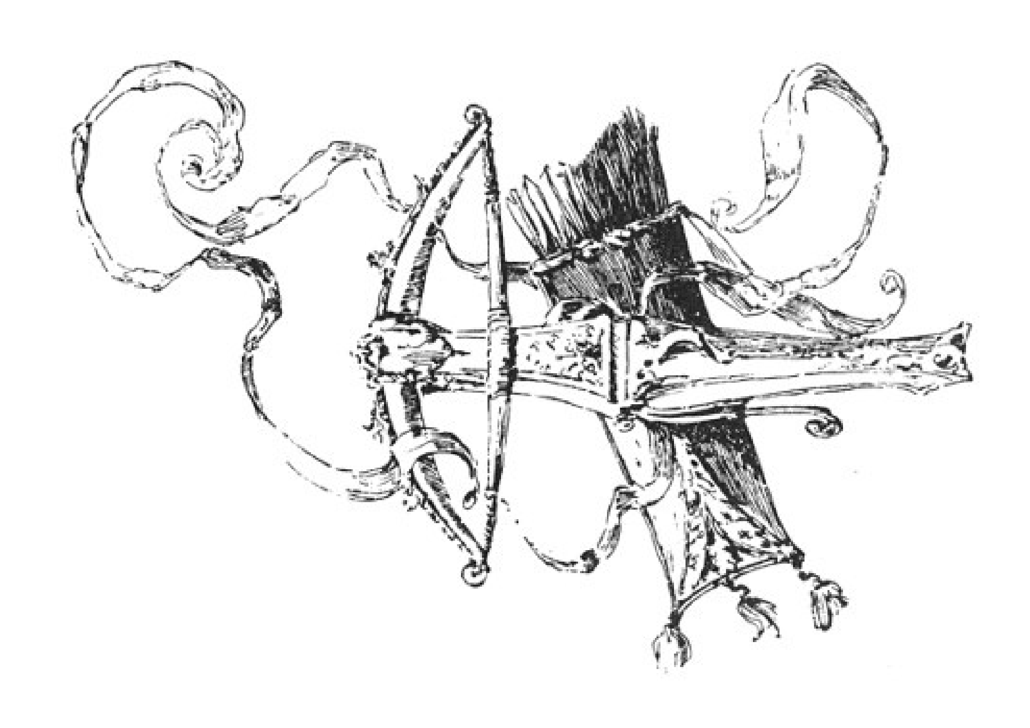
En la cabina de los remeros sobrevino entonces un pesado silencio, que en un principio solo fue interrumpido por el susurro de los remos al rozar sus cubiertas de cuero. Todos los galeotes sentían enorme vergüenza al pasar por esa humillación, pero en el caso de Ben-Hur era aún más punzante; hubiese sido capaz de pagar cualquier precio con tal de verse exento de ella. Muy pronto, el rechinar de los grilletes le indicó que el jefe había iniciado la

detestable tarea. También a él llegaría su turno…, ¿o intercedería en su favor el tribuno?



El pensamiento anterior podría ser atribuido a la vanidad o a un cierto egoísmo, pero lo cierto es que en aquel momento se apoderó por completo de Ben-Hur. Creía que el romano intercedería por él; de cualquier modo, las circunstancias pondrían a prueba los sentimientos de aquel hombre. Si, concentrado como estaba en los preparativos para la batalla, había dedicado aunque fuese un momento a pensar en él, sería una prueba de que ya se había formado una opinión de su caso, una prueba de que tácitamente había sido promovido sobre la condición de sus compañeros de infortunio…, una prueba tal que justificaría el que alentase esperanzas.

Ben-Hur aguardaba ansiosamente. El intervalo transcurrido le había parecido un siglo. A cada movimiento del remo miraba en dirección del tribuno, pero este, después de finalizar sus sencillos preparativos, se había recostado en el sofá, disponiéndose a descansar. Al ver esto, Ben-Hur refunfuñó para sus adentros, sonrió con amargura y decidió no mirar de nuevo hacia donde estaba el tribuno.



Entretanto el *hortator* había llegado hasta el galeote número uno y lo uncía a su yugo. Ben-Hur alcanzaba a escuchar el horrible rechinar de las cadenas de hierro; se acercaban lentamente…, hasta que al final le llegó el turno al número sesenta. Con calmada desesperación, Ben-Hur dejó reposar el remo y adelantó su pie al oficial. En aquel momento el tribuno se removió, se sentó en su sofá y le hizo señas al *hortator*.

Una emoción intensa sacudió al judío. La mirada del gran hombre pasó del *hortator* a él, y cuando soltó el remo le pareció que resplandecía toda esa sección de la nave. No escuchó nada de lo que se dijo, pero le bastaba con constatar que la cadena que le correspondía colgaba ociosa de su argolla y que el *hortator*, habiendo regresado a su sitio, comenzaba a marcar el compás sobre el gong. Los ruidos que producía aquel mazo nunca le habían parecido tan cercanos a la música. Apoyando el pecho contra el asa emplomada del remo, empujó con todas sus fuerzas, empujó hasta que el mango parecía a punto de romperse.

El *hortator* se acercó al tribuno y señaló sonriente al remero número sesenta.

—¡Qué fortaleza! —comentó.

—¡Y qué espíritu! —agregó el tribuno—. ¡Vaya! Si lo hace mejor sin los hierros. No se los vuelvas a poner.

Y así diciendo, de nuevo se tendió sobre el sofá.

La embarcación continuaba navegando hora tras hora, impulsada por los remos, en aguas apenas rizadas por el viento. Todos aquellos que no estaban de servicio, dormían; Arrio en su sitio, los guerreros en el suelo.

Ben-Hur fue relevado, una, dos veces, pero no conseguía dormir. Tres años de tinieblas, y a través de la oscuridad por fin surgía en su vida un rayo de luz. Náufrago, perdido durante tanto tiempo, y ahora tenía al menos una esperanza de arribar a tierra firme. Muerto en vida durante tanto tiempo, y, ¡he aquí!, la emoción y conmoción de resucitar. No era este el momento de dormir. La esperanza habita en el futuro; el presente y el pasado son solo esclavos a su servicio. A partir del favor concedido por el tribuno, la esperanza transportaba a Ben-Hur hacia adelante, muy lejos, hacia horizontes ilimitados. El prodigio no radica tanto en el hecho de que cosas tan puramente imaginarias como las deducciones hacia las cuales nos arrastra la esperanza puedan hacernos tan felices, sino más bien en que las aceptemos como si fuesen reales. Deben ser como hermosas adormideras bajo cuyo influjo, envuelta en carmesí, púrpura y oro, la razón se somete y deja de imperar.

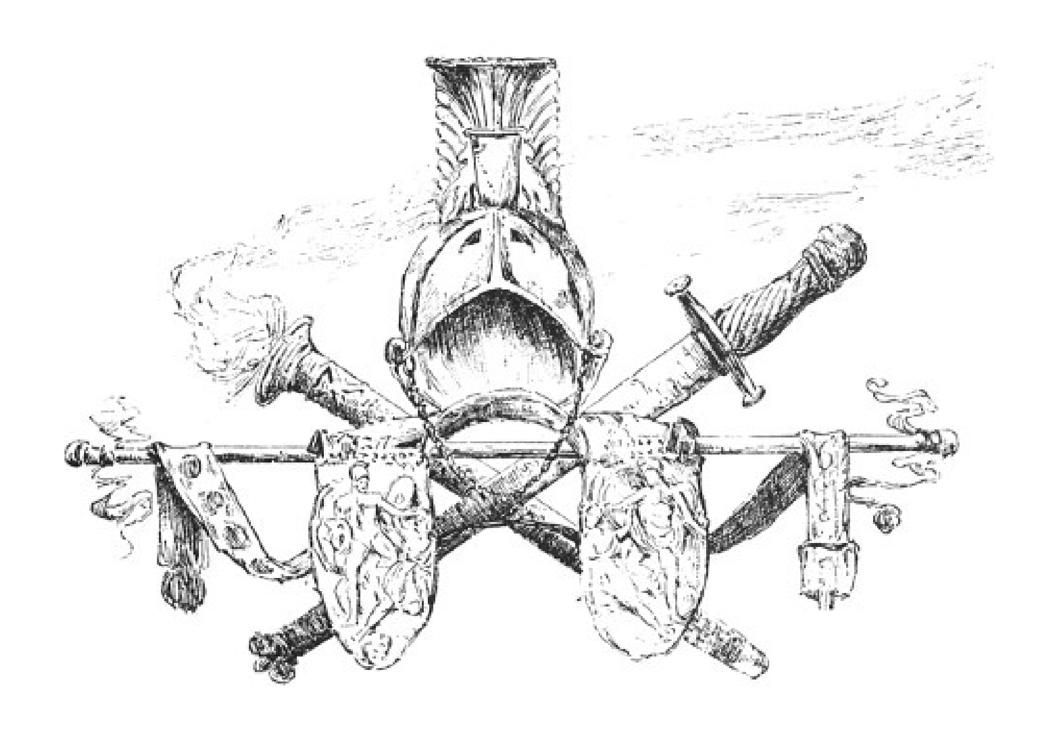
Todas sus penas serían aliviadas; su hogar y los bienes de su familia serían recuperados; su madre y su hermana de nuevo entre sus brazos…



Esas ideas volvían a su mente una y otra vez, haciéndole sentir más feliz que nunca. Que se estuviese aproximando, a toda velocidad, a una terrible batalla, por el momento no entraba para nada en sus pensamientos. Las cosas que configuraban su esperanza no tenían cabida para dudas ni temores. Simplemente eran. En medio de esa alegría, tan completa, tan perfecta, no había sitio para la venganza. Messala, Grato, Roma y todos los recuerdos amargos, impetuosos, con ellos relacionados, eran como plagas fenecidas, miasmas de la tierra por encima de las cuales él flotaba, distante y seguro, ocupado en escuchar bellos cánticos.

La profunda oscuridad que precede al amanecer se cernía sobre las aguas y el Astrae navegaba sin novedad, cuando de pronto un hombre descendió de cubierta, caminó velozmente la plataforma donde dormía el tribuno, y lo despertó. Arrio se puso de pie, se colocó el yelmo, empuñó la espada y el escudo y se dirigió al comandante de los guerreros.

—Los piratas están cerca; ¡a levantarse y prepararse! —dijo, y siguió hacia las escalinatas, tan tranquilo y confiado que hubiera podido pensarse: «Dichoso él. ¡Apicius ha dispuesto un banquete en su honor!».



Capítulo V
La batalla naval

De inmediato despertó cuanto ser viviente se encontraba a bordo, y hasta la misma nave. Los oficiales ocuparon sus posiciones. Los guerreros cogieron sus armas y fueron conducidos a cubierta, ofreciendo un aspecto de auténticos legionarios. Manojos de flechas y brazadas de jabalinas también fueron dispuestas sobre cubierta. En las inmediaciones de la escalinata central se aprestaron tinajas de aceite inflamable y bolas de fuego. Se encendieron más antorchas. Se llenaron baldes de agua. Los remeros que no estaban de turno se reunieron frente al jefe en posición de alerta. Como si la providencia así lo hubiese querido, Ben-Hur estaba en este grupo. Alcanzaba a escuchar, arriba, el ruido amortiguado de los preparativos finales: los marineros recogiendo velas, extendiendo mallas, quitando los seguros de las máquinas y colgando de los costados de la nave arneses de cuero de toro. En un momento dado, de nuevo reinó el silencio en la galera; un silencio poblado de vagos temores y expectativas, que quiere decir que todo está listo.

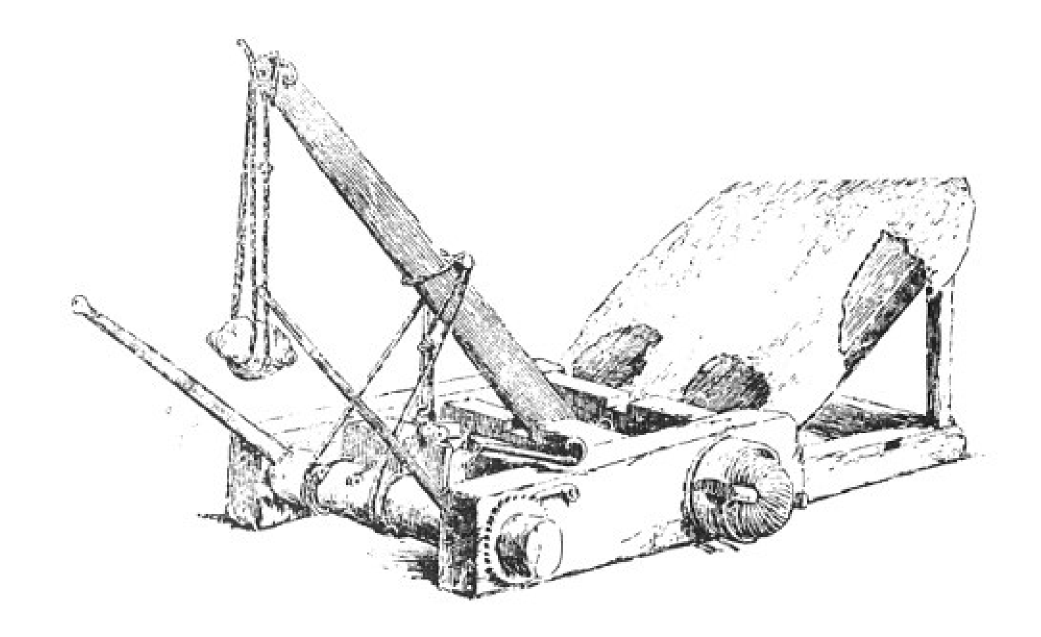
A una señal proveniente de cubierta y comunicada al *hortator* por un oficial menor localizado en las escalinatas, todos los remos se detuvieron simultáneamente.

¿Qué significaba aquello?

De los ciento veinte esclavos encadenados a los bancos, ni uno solo se hizo esa pregunta. Carecían de incentivos. Patriotismo, apego al honor, sentido del deber eran conceptos que no despertaban en ellos la menor

inspiración. Solo sentían la conmoción propia de los hombres que son arrojados, ciegos e indefensos, en medio de una situación de peligro. Bien podemos suponer que aun el más lerdo e insensible de entre ellos al posar el remo pensaba en todo aquello que podría suceder, pero de cualquier modo, pensar le servía de poco, pues no podía prometerse nada positivo. Una victoria afirmaría aún más sus cadenas, y en el caso contrario, los riesgos de la nave también eran suyos: si la galera se hundía o ardía, el remero estaba condenado a la misma suerte.

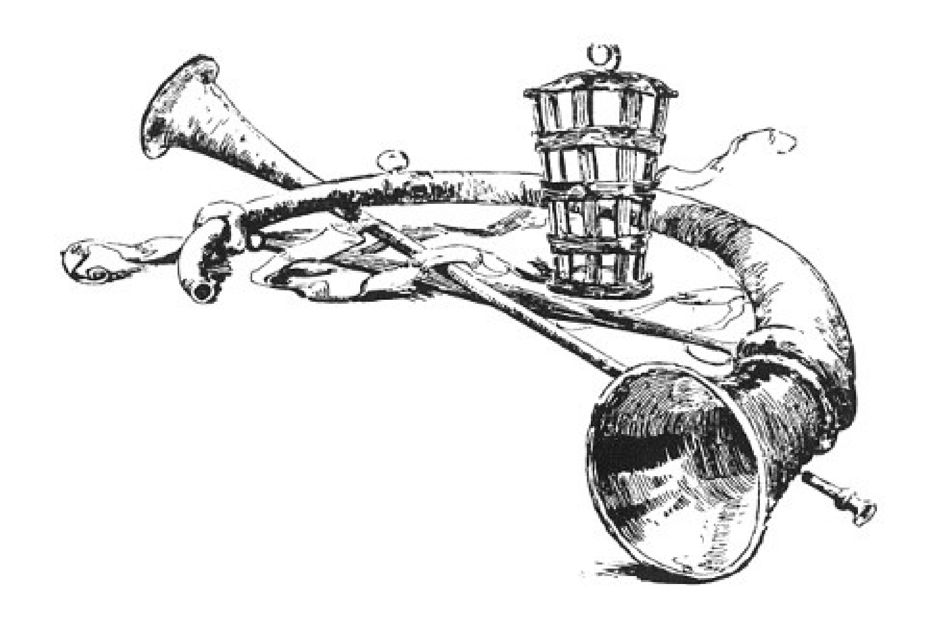
El remero no podía hacerse una idea sobre la situación en el exterior. ¿Quién era el enemigo? ¿Y si se tratase de amigos, camaradas, compatriotas? Extendiendo un poco estas sugerencias, el lector comprenderá lo necesario que resultaba para los romanos encadenar a sus sitios a estos pobres desgraciados.



En la presente ocasión, empero, poco tiempo tendrían para distraerse con pensamientos de tal índole. Proveniente del lado de popa se escuchó un sonido muy particular que al instante atrajo la atención de Ben-Hur, el sonido que hacen los remos de las galeras, y la Astrae se meció como zarandeada por olas encontradas. En la mente de Ben-Hur se abrió paso la imagen de una flota, una flota que maniobraba, disponiéndose, probablemente, para el ataque. Sintió que su sangre corría más deprisa.

A otra señal de cubierta, los remos se sumergieron y de manera casi imperceptible la galera se puso en movimiento. No se escuchaba ruido alguno, ni en el exterior ni en el interior y, no obstante, todos y cada uno de los tripulantes instintivamente se prepararon para un golpe; la misma nave

parecía haberse contagiado de esa sensación y avanzar con la respiración contenida, agazapada como un tigre.



En una situación semejante resulta imposible calcular el tiempo, así que Ben-Hur no pudo estimar la distancia recorrida. Poco después se escuchó un sonido de trompetas sobre cubierta, rotundo, claro, prolongado. El jefe de remeros golpeó el gong hasta hacerlo repicar y los galeotes hundieron los remos aún más, para en seguida tirar de ellos bruscamente, con todo el vigor de sus fuerzas aunadas. La galera, con un estremecimiento que abarcaba hasta la última viga, respondió con un salto. Otras trompetas, provenientes todas de la parte posterior de la nave, se unieron al clamor; en la parte delantera solo se escuchó brevemente un tumulto de voces estridentes. Se produjo un choque tremendo; los remeros situados en frente de la plataforma del jefe se tambalearon y algunos cayeron al suelo; la galera brincó hacia atrás, recuperó el equilibrio y se abalanzó hacia adelante con potencia aún más irresistible que antes. Los alaridos de tenor de muchos hombres se elevaron, agudos, penetrantes, imponiéndose sobre el estruendo de las trompetas y el rechinar que había seguido a la colisión. Luego, Ben-Hur sintió que bajo sus pies, bajo la quilla, algo retumbaba, se resquebrajaba, se partía en pedazos y se hundía, inerme, aniquilado. Los hombres a su alrededor se miraron entre sí, llenos de temor. En ese momento se escuchó en cubierta un grito triunfal: ¡el espolón romano había salido victorioso! ¿Pero quiénes eran aquellos hombres que el mar había engullido? ¿Qué lengua hablaban? ¿De qué tierra provenían?

No hubo pausa alguna. La Astrae se apresuró hacia el frente, y mientras avanzaba, varios marineros bajaron por la escalinata central y sumergieron las bolas de algodón en las tinajas de aceite inflamable, pasándolas en seguida a

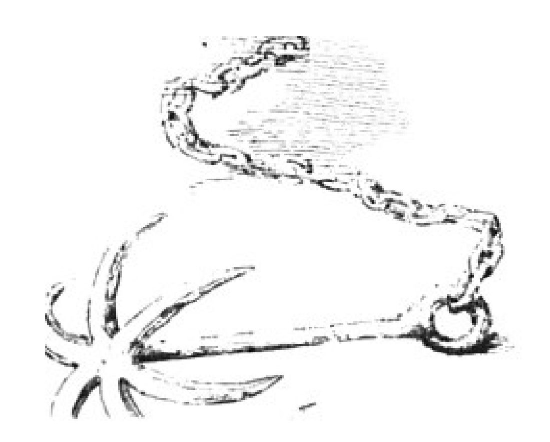
los compañeros que esperaban en cubierta. Ahora se añadiría el fuego a los otros horrores del combate.

En ese momento la galera escoró tanto hacia un lado que los remeros que se encontraban en el extremo superior a duras penas consiguieron mantener el equilibrio. De nuevo se escucharon los entusiastas vítores de los romanos y, al mismo tiempo, desgarradores quejidos de dolor y desesperación. Una nave enemiga había sido atrapada por las tenazas de la inmensa grúa que se balanceaba en proa, y estaba siendo izada para luego dejarla caer de modo que se hundiera.

El griterío aumentaba a la derecha, a la izquierda, adelante, y atrás, hasta convertirse en un clamor indescriptible. De vez en cuando se escuchaba un golpe sordo seguido por alaridos de pavor, señal de que otra nave había sido echada a pique y sus tripulantes se estaban ahogando en los remolinos que se formaban.

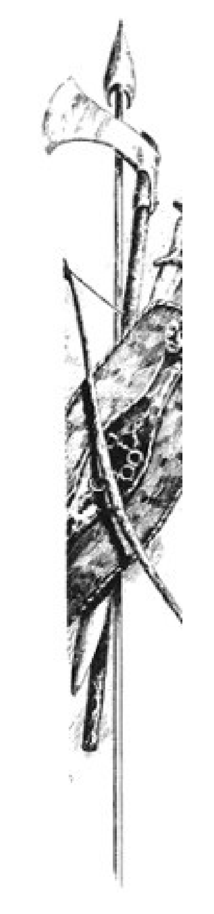
No todas las víctimas eran del mismo bando. De tanto en tanto un romano, recubierto de armadura, era descendido por la escotilla y colocado en el suelo, sangrante, a veces moribundo.

A veces penetraban en la cabina bocanadas de humo mezcladas con vapor y con un terrible olor a carne carbonizada y entonces la luz de las antorchas se ensombrecía con un tinte amarillento. Ben-Hur, ahogado, jadeante, sabía que en esos momentos estarían atravesando la nube que se formaba alrededor de una nave incendiada, dentro de la cual arderían los galeotes encadenados a sus banquetas.



El Astrae, que desde el comienzo de la batalla había estado en movimiento, se detuvo de improviso. Los remos de la sección delantera salieron despedidos de las manos de los remeros, y a su vez los remeros fueron despedidos de sus banquetas. En cubierta se oyeron pasos atropellados,

y en los costados el crujir de naves que colisionan. Por primera vez, se perdió entre el fragor el sonido del mazo que marcaba el ritmo a los galeotes. Muchos de los hombres se dejaban caer al suelo, atemorizados, o miraban alrededor tratando de encontrar un escondite. En medio del reinante desorden cayó junto a Ben-Hur un cuerpo que se había derrumbado o había sido arrojado cabeza abajo por la escotilla. El galeote contempló el corpachón semidesnudo, la masa de cabello que ocultaba el rostro, y, debajo, un escudo de cuero de toro y tejido de mimbre… Dedujo que se trataba de un bárbaro de las naciones de piel blanca del Norte, a quien la muerte acababa de hurtar futuras ocasiones para saqueos y venganzas. ¿Pero por qué estaba allí? ¿Una mano de hierro lo había arrebatado de una cubierta enemiga?… No; ¡la Astrae había sido abordada! ¿Estarían los romanos combatiendo dentro de sus propias naves? El joven judío se estremeció: Arrio estaba en apuros…, quizás estuviese luchando por su propia vida. ¿Y si le dieran muerte? ¡Que el Dios de Abraham no lo permitiese! Entonces, las esperanzas y los sueños que tan recientemente habían aparecido, ¿no dejarían de ser esperanzas y sueños? Madre y hermana, la casa, el hogar paterno, la Tierra Santa…, ¿en verdad no volvería a ver nada de eso? Encima suyo se escuchaba un atronador tumulto; miró a su alrededor y comprobó que en la cabina todo era confusión: los remeros estaban como paralizados en sus bancos, mientras que multitud de hombres corrían ciegamente de aquí hacia allá; solo el jefe de remeros permanecía en su sitio, imperturbable, batiendo inútilmente su gong y esperando las órdenes del tribuno, como un perfecto ejemplo, en medio de aquel sombrío panorama, de la incomparable disciplina romana que había conquistado el mundo.



El ejemplo del *hortator* tuvo un efecto positivo en Ben-Hur. Consiguió controlarse lo suficiente para poder pensar. El honor y el deber sujetaban al romano a la plataforma, pero en ese momento, ¿qué tenía que ver Ben-Hur con tales razones? ¿De qué serviría su sacrificio si muriese como esclavo, sujeto a una banqueta? Sobrevivir era su primer deber, aunque ahora no le acarrease honor alguno. Su vida pertenecía a los suyos. En ese momento su madre y su hermana parecieron erguirse ante él, más reales que nunca: las vio venir hacia él con los brazos extendidos, suplicándole algo. Pensó en salir a su encuentro. Se puso en marcha…, se detuvo. ¡Ay!, una sentencia romana

pesaba sobre él como la peor de las condenas. Mientras perdurase, escapar sería inútil. En todo el ancho e inmenso mundo no existía, ni en tierra firme ni en altamar, un solo sitio donde pudiese estar a salvo de la demanda imperial. Unicamente si conseguía la libertad de acuerdo con las exigencias de la ley, podría habitar en Judea y llevar a cabo el propósito filial al cual dedicaría su vida; en una tierra diferente, lo suyo no sería vida. ¡Dios bienamado! ¡Cuánto había esperado y ansiado e implorado por su liberación! ¡Y cuánto tardaba! Pero finalmente la había tenido a la vista en la promesa del tribuno. ¿Qué otra cosa significaban las palabras del insigne hombre? ¡Y si ese benefactor que tanto se había demorado fuese ahora asesinado! Los muertos no regresan para cumplir sus promesas a los vivientes. No era justo… Arrio no debía morir. Y si ese fuera el caso, mejor sería morir con él que sobrevivir como galeote.

Una vez más, Ben-Hur miró a su alrededor. Sobre el techo de la cabina, la batalla estaba en su apogeo; contra los costados de la Astrae, las naves enemigas seguían chocando con gran estrépito. En los bancos, los esclavos se retorcían tratando de liberarse de sus cadenas, y al constatar que todos sus esfuerzos eran vanos, aullaban como si hubiesen perdido la razón; los guardias habían subido a cubierta; la disciplina había desaparecido; reinaba el pánico… No del todo; el *hortator* permanecía en su sitio, inmutable, tan tranquilo como siempre, sin otra arma que su mazo para marcar el compás. Ben-Hur le dirigió la última mirada y echó a correr, no para escapar sino para buscar al tribuno.

Un espacio muy corto le separaba de las escalinatas de la escotilla de popa. Lo salvó de un salto y ya se hallaba en la mitad de las escalinatas —lo suficientemente alto para alcanzar a ver el cielo enrojecido por el fuego, las naves alrededor de la Astrae los restos de los naufragios, así la lucha que tenía lugar en cubierta, donde los escasos defensores estaban siendo acorralados por los numerosos asaltantes— cuando de repente se derrumbó el tramo donde se encontraba, y cayó de espaldas. El suelo, se dio cuenta al caer, parecía levantarse con ímpetu para luego hacerse añicos, y, en un santiamén, la parte posterior del casco se desprendió, y como si todo este tiempo hubiese estado en ansiosa espera, el mar, encrespado, siseante, se abalanzó sobre la Astrae y todo se hizo oscuridad y las aguas enfurecidas cubrieron a Ben-Hur.

No podría decirse que el joven judío reaccionó decididamente para salir de este aprieto. Además de su fortaleza habitual, contaba con aquella inmensa fuerza adicional que la naturaleza mantiene en reserva justamente para aquellos peligros de muerte; sin embargo, la oscuridad y los remolinos rugientes que el agua formaba a su alrededor lo tenían aturdido, estupefacto.

Incluso el hecho de que en ese momento contuviese el aliento era algo involuntario.



La fuerza de la inundación lo arrojó hacia la parte delantera de la cabina como si fuese un tronco donde se hubiese ahogado de no haber sido por el reflujo de las aguas que se produjo en el momento en que la nave empezaba a hundirse. Así pues, cuando ya se encontraba a varias brazas bajo la superficie del agua, el enorme torbellino que se había formado lo vomitó hacia lo alto, y el joven se elevó junto con pedazos de la embarcación que se había desprendido. En ese instante Ben-Hur alcanzó a agarrar algún fragmento, y se aferró a él. El tiempo que permaneció sumergido le pareció muchísimo más largo de lo que en realidad había sido. Cuando por fin llegó a la superficie llenó los pulmones con una gran bocanada de aire fresco, sacudió el agua de sus cabellos, se limpió los ojos, trepó al tablón que había logrado asir, y miró a su alrededor.

La muerte lo había perseguido hasta las profundidades del mar; ahora al volver a la superficie la encontraba esperándolo, de muchas formas.

El humo se extendía sobre las aguas del mar como una niebla semitransparente a través de la cual se alcanzaban a ver aquí y allá zonas de intenso brillo. Rápidamente Ben-Hur dedujo que se trataba de naves que ardían. La batalla continuaba; todavía no podría decir cuál de los dos bandos había salido victorioso. Dentro de su radio de visión pasaban de vez en cuando naves, ocultando momentáneamente los puntos luminosos. Por entre las sombrías nubes en la distancia, columbró el choque de otras embarcaciones. El verdadero peligro, empero, estaba mucho más cerca. Al hundirse la Astrae, como bien se recordará, además de su propia tripulación, se hallaban sobre cubierta las tripulaciones de las dos galeras que la habían atacado simultáneamente, y todos esos hombres habían sido engullidos por el mar. Muchos de ellos salieron a la superficie juntos. Sobre el mismo tablón, madero o cualquier tipo de apoyo al cual se hubiesen podido aferrar, continuaban el combate que posiblemente habían iniciado a muchas brazas de profundidad. Retorciéndose y contorsionándose en abrazo mortal, descargando a veces golpes de espada o de jabalina, mantenían el mar a su alrededor en constante ebullición, tan negro como la tinta en algunos sitios,

mientras que en otros parecía arder debido a los feroces reflejos. Ben-Hur no tenía nada que ver con aquellas contiendas; todos eran ahora sus enemigos: ni uno solo de ellos vacilaría en darle muerte por quedarse con el tablón sobre el cual flotaba. Se dio entonces prisa por apartarse de allí.

En aquel momento escuchó un ruido de remos que entraban y salían velozmente del agua, y vio una galera que parecía venírsele encima. La proa se le hizo doblemente alta; la luz roja al pasearse por la superficie dorada y tallada de la nave le daba un aspecto tortuoso, sobrecogedor.

Se arrojó de un salto, empujando el tablón, que era excesivamente ancho y muy difícil de maniobrar. Los segundos eran preciosos; medio segundo podía significar perderse o salvarse. En el clímax de su esfuerzo emergió del mar, casi a su lado, un reluciente yelmo dorado. En seguida aparecieron dos manos con los dedos extendidos, unas manos grandes y fuertes, de las cuales no sería fácil desprenderse llegado el caso. Aterrorizado, Ben-Hur se alejó de ellas. El yelmo se movió, dejando a la vista la cabeza que encerraba; luego surgieron los brazos y comenzaron a golpear enloquecidamente el agua. La cabeza giró y las facciones del hombre quedaron entonces expuestas a la luz. La boca estaba muy abierta, tratando de ganar aire; los ojos también estaban abiertos, pero parecían velados, ciegos, y el rostro tenía la palidez cadavérica de un hombre a punto de ahogarse. ¡La escena era espantosa! Y sin embargo Ben-Hur dio un grito de alegría, y cuando vio que la cabeza comenzaba a hundirse de nuevo, agarró al hombre de la correa del yelmo que pasa debajo de la barbila y lo condujo al tablón.

Aquel hombre era Arrio, el tribuno.

Por un momento el agua se arremolinó y se encrespó violentamente alrededor de Ben-Hur, exigiéndole todas las fuerzas con que contaba para aferrarse al tablón y al mismo tiempo mantener la cabeza del romano sobre la superficie. La galera acababa de pasar muy cerca de ellos, tan cerca que a duras penas habían logrado evitar los batientes remos; continuó avanzando rauda por entre los cuerpos que flotaban, y por entre cabezas con cascos y cabezas descubiertas, dejando tras de sí un mar resplandeciente de fuego. Un golpe seco seguido por un gran alboroto, de nuevo reclamó la atención de Judá, apartándolo por un instante del cuidado del tribuno. Un cierto placer salvaje inundó su corazón: la Astrae había sido vengada.

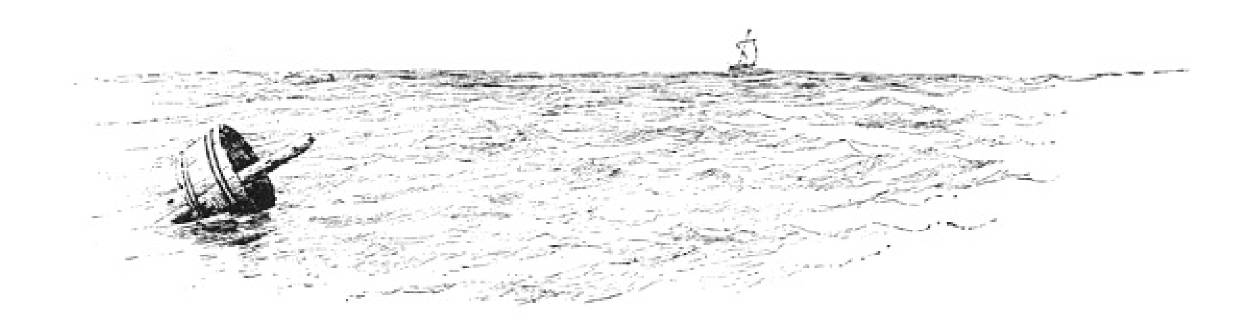
Después de esto la batalla continuó, pero la resistencia del bando que estaba en desventaja se convirtió en huida. ¿Quiénes habían sido los

vencedores? Ben-Hur sabía muy bien hasta qué punto dependían de ello su libertad y la vida del tribuno. Empujó el tablón debajo del hombre hasta lograr que flotara, y luego toda su atención se centró en mantenerlo allí. El amanecer llegaba lentamente. Ben-Hur observaba la aparición del sol con una mezcla de esperanza y temor. ¿Traería este nuevo día a los romanos o a los piratas? Si fuesen los piratas, su protegido estaría perdido.

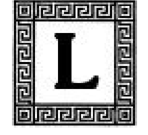
Finalmente la mañana se desplegó en todo su esplendor; no soplaba ni una brizna de aire. Hacia el lado izquierdo se alcanzaba a divisar tierra firme, pero estaba demasiado lejos para pensar siquiera en llegar hasta ella. Aquí y allá había otros hombres a la deriva. En algunos sitios el mar se veía ennegrecido por fragmentos carbonizados y a veces todavía humeantes. A una gran distancia, una galera se encontraba al pairo, con una vela desgarrada colgando de la verga inclinada, y con sus remos inmóviles.

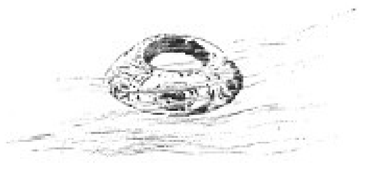
Más lejos aún alcanzó a distinguir unos puntos en movimiento que —pensó— podían ser embarcaciones que escapaban o que perseguían a otras embarcaciones, o bien simplemente aves de alas blancas.

Así pasó una hora. Su ansiedad aumentaba minuto a minuto. Si no llegaba auxilio rápidamente, Arrio moriría. De hecho algunas veces permanecía tan inmóvil que parecía muerto. Ben-Hur le quitó el yelmo, y luego, con mayor dificultad, pudo sacar la coraza; el corazón todavía palpitaba, y al comprobarlo Ben-Hur sintió que renacía la esperanza y cobraba ánimos. En ese momento ya no podía hacer otra cosa que esperar y, siguiendo la costumbre de su gente orar.



Capítulo VI
Arrio adopta a Ben-Hur

a angustia que acompaña la lentísima recuperación de una persona que ha estado a punto de ahogarse suele ser más intensa que la experimentada en el momento mismo en que por poco se ahoga. Arrio debió sufrir esa indecible zozobra, y solo después de un buen rato, y para regocijo de Ben-Hur, estuvo en condiciones de volver a hablar.



Gradualmente pasó de hacer preguntas incoherentes a informarse sobre dónde estaba, con quién, y quién lo había salvado, y luego su atención volvió a centrarse en la batalla. La incertidumbre sobre el bando que resultaría victorioso estimuló sus facultades hasta el punto que se recuperó por completo, con la ayuda, claro está, de un prolongado descanso. Sintió entonces un gran deseo de hablar.

—Nuestro rescate, así me parece, depende del resultado de la contienda. También me doy cuenta de lo que vos habéis hecho por mí. Para decirlo claramente, habéis salvado mi vida arriesgando la vuestra. Lo reconozco sin ambages y, pase lo que pase, contáis con mi agradecimiento. Más aún, si la fortuna me favorece y salimos con vida de este peligro, yo os favoreceré como corresponde a un romano que goza de poder y tiene la oportunidad de demostrar su gratitud. Sin embargo, ¡ay, sin embargo!, falta por ver si con vuestras buenas intenciones me habéis realmente hecho un beneficio… O mejor dicho, quiero apelar a vuestra buena voluntad para…, para pediros que me prometáis que llegado el caso haréis por mí el mayor favor que un hombre puede hacer a otro hombre… Y quisiera que empeñaseis vuestra palabra ahora mismo.

—Si no se trata de algo prohibido, prometo hacerlo —respondió Ben-Hur.

Arrio guardó silencio un momento.

—¿Sois en verdad uno de los hijos de Hur, el judío? —preguntó luego.

—Tal como os lo había dicho.

—Conocía a vuestro padre…

Judá se acercó un poco más a su interlocutor, ya que su voz era muy débil… Se acercó y escuchó ávidamente, pensando que finalmente iba a saber algo acerca de los suyos.

—Lo conocía y sentía gran afecto por él —continuó diciendo Arrio.

Sobrevino otra pausa, durante la cual el pensamiento del tribuno pareció reflexionar en algo.

—No es posible —prosiguió— que vos, un hijo suyo, no haya oído hablar de Catón y de Bruto[1] Fueron grandes nombres, pero nunca tan grandes como en la muerte. Al morir dejaron esta ley: que un romano no puede sobrevivir a su buena fortuna. ¿Estáis escuchando?



—Escucho.

—Es costumbre de los caballeros romanos llevar un anillo. Os pido que me quitéis el que tengo en la mano.

Extendió la mano a Judá, quien hizo lo que se le pedía.

—Ahora poneos el anillo en vuestra propia mano.

Así lo hizo.

—Este anillo te será de gran utilidad —dijo entonces Arrio—. Tengo propiedades y dinero. Incluso en Roma soy tenido por rico. No tengo familia. Enseñad el anillo al servidor que administra mis bienes cuando estoy ausente; lo encontraréis en una villa cerca de Misenum. Referidle cómo pasó a ser vuestro, y pedidle cualquier cosa que queráis, o todo lo que poseo, si así lo deseáis; no rehusará vuestra petición. Y si sobrevivo, os otorgaré algo aún mejor. Os haré libre y os regresaré a vuestro hogar y con vuestra gente; o si preferís, podéis dedicaros a aquello que más os plazca. ¿Me escucháis?

—No tengo más alternativa que escuchar.

—Entonces dadme vuestra palabra. Por los dioses…

—No puede ser, buen tribuno. Soy judío.

—Por vuestro Dios, entonces, o por lo que haya de más sagrado en vuestra fe, prometedme que haréis lo que ahora os voy a decir, y tal como os lo diga. Estoy esperando; dadme vuestra promesa.

—Noble Arrio, vuestra manera de hablar me indica que se trata de algo de suma gravedad. Decidme antes vuestro deseo.

—¿Y haréis la promesa en seguida?

—Contestar afirmativamente equivaldría a hacer la promesa y… ¡Bendito sea el Dios de mis padres! ¡Viene una nave hacia nosotros!

—¿De dónde viene?

—Del Norte.

—¿Podríais decirme su nacionalidad por los emblemas de su exterior?

—No. He cumplido mi servicio en los remos.

—¿Tiene bandera?

—No veo bandera alguna.

Arrio permaneció en silencio un momento, aparentemente sumido en hondas reflexiones.

—¿Aún avanza la nave en dirección nuestra? —preguntó al fin.

—Así es.

—Buscad ahora la bandera.

—No tiene bandera.

—¿Alguna otra señal?

—Tiene una vela desplegada y es de tres bancos y navega raudamente… Es todo lo que puedo decir.

—Un romano triunfante haría ondear muchas banderas. Debe ser entonces una embarcación enemiga —dijo Arrio, y adoptó de nuevo una expresión de gravedad—. Prestad atención mientras aún me sea posible hablar. Si se trata de una nave pirata, vuestra vida está a salvo; tal vez no os concedan la libertad, tal vez os confinen de nuevo a los remos pero no os darán muerte. Por el contrario yo…

El tribuno vaciló, pero recobrándose rápidamente dijo con resolución:

—¡Por Júpiter! Soy demasiado viejo para someterme al deshonor. Dejad que se diga en Roma que Quinto Arrio, como corresponde a un tribuno romano, se hundió con su nave, en medio de la batalla. Os diré lo que quiero de vos. Si en efecto la galera es pirata, empujadme de este tablón y ahogadme. ¿Me escucháis? Jurad que así lo haréis.

—No lo juraré —dijo Ben-Hur con firmeza—, y de ningún modo haría tal cosa. La Ley, que es para mí inviolable, ¡oh tribuno!, me haría responsable de vuestra muerte. Quedaos con el anillo —añadió al tiempo que se lo quitaba del dedo—. Quedaos con él y retirad todas vuestras promesas de favorecerme si nos libramos de este peligro. La sentencia que me condenó a los remos de por vida me convirtió en esclavo y, sin embargo, no soy un esclavo, como tampoco soy vuestro liberto. Soy un hijo de Israel y, en este momento al menos, mi propio dueño. Quedaos con el anillo.



Arrio permaneció inmóvil.

—¿No lo queréis? —continuó diciendo Judá—. Entonces, no con enfado, ni por despecho, sino para librarme de una odiosa obligación, entregaré al mar vuestro regalo. ¡Mira, tribuno!

El joven arrojó el anillo a lo lejos. Arrio escuchó el leve chapoteo del agua en el sitio donde cayó y se hundió, pero no quiso mirar en esa dirección.

—Acabáis de cometer un desatino —dijo el tribuno—; una locura para alguien que se encuentra en vuestra posición. No dependo de vos para morir. La vida no es más que un hilo, que bien puedo romper sin vuestra ayuda; y si lo hago, ¿qué sería de vos? Un hombre que está decidido a morir prefiere que sea a manos de otro por la simple razón de que el alma que Platón nos asigna se resiste a aceptar la idea de la autodestrucción; eso es todo. Si la nave es pirata, me escaparé de este mundo. Ya estoy decidido. Soy romano. El éxito y el honor lo son todo para mí. Y, sin embargo, hubiese podido ayudaros, pero no lo habéis querido. El anillo era la única prueba de mi voluntad de la que disponíamos en esta situación. Ahora ambos estamos perdidos. Moriré lamentando la victoria y la gloria que me han sido arrebatadas. Vos sobreviviréis para morir un poco después, deplorando los piadosos deberes que dejaréis de cumplir a causa de esta locura. Os compadezco.

Ben-Hur vio entonces con mayor claridad las consecuencias de su acto, pero no titubeó.

—En los tres años de mi servidumbre, ¡oh tribuno!, fuisteis el primero en mirarme con bondad… ¡No, no!, hubo otro.

El joven bajó entonces la voz, sus ojos se humedecieron, y recordó nítidamente, como si estuviera delante suyo, el rostro del muchacho que le dio de beber junto al antiguo pozo en Nazareth.

—Al menos —prosiguió—, fuisteis el primero en preguntarme quién era; y si bien cuando me lancé al agua y os salvé de perecer ahogado pensé en las muchas maneras en que podríais serme útil en medio de mi desgracia, no se trataba de una acción egoísta; os ruego que creáis lo que digo. Además, Dios

me ha hecho ver que los fines a los cuales aspiro deben ser alcanzados empleando solo medios honestos. Por cuestiones de conciencia, preferiría morir con vos que ser vuestro homicida. Mi propósito es tan firme como el vuestro; aunque tuvieseis a bien ofrecerme toda Roma, ¡oh tribuno!, y estuviese en vuestras manos cumplir ese ofrecimiento, no os daría muerte. Vuestro Catón y vuestro Bruto serían como niños pequeños comparados con aquel hebreo cuya ley deben obedecer los judíos.



—Pero os he hecho una petición. Habéis…

—Aunque vuestra orden tuviese aún más peso, no se alteraría mi posición. He dicho.

Ambos se quedaron en silencio, esperando.

Ben-Hur miraba con frecuencia en dirección de la nave que se acercaba. Arrio descansaba con los ojos cerrados, indiferente.

—¿Estáis completamente seguro de que se trata de una embarcación enemiga? —preguntó Ben-Hur.

—Creo que sí —contestó Arrio.

—Se ha detenido y por un costado descienden un bote.

—¿Veis la bandera?

—No. Pero ¿hay alguna otra señal por la cual pueda saberse si es un navío romano?

—En caso de ser romano llevaría un yelmo en lo alto del mástil.

—Entonces regocijaos; veo un yelmo.

Pero Arrio todavía no estaba convencido.

—Los hombres del bote están rescatando a los náufragos. Y los piratas no son humanitarios.

—Quizás necesiten remeros —replicó Arrio, remontándose posiblemente a épocas en que había rescatado náufragos con ese propósito.

Ben-Hur observaba con extraña atención las acciones de los desconocidos.

—La nave se aleja —dijo.

—¿Hacia dónde?

—Más adelante, a nuestra derecha hay una galera que parece haber sido abandonada. Los recién llegados se dirigen a ella… Están costado con costado. Ahora están abordando la galera.

En ese instante Arrio abrió los ojos y se despojó de su calma.

—Dadle gracias a vuestro Dios, al igual que yo agradezco a mis muchos dioses. Un pirata hubiese hundido aquella nave en lugar de salvarla. Por esa acción y por el yelmo que adorna su mástil, sé que es una nave romana. La victoria ha sido mía. La fortuna no me ha abandonado. Estamos salvados. Agitad vuestra mano; llamadlos; haced que vengan pronto. Seré ascendido a duunviro… ¡Y vos! Conocía a vuestro padre y le tenía mucho afecto. Era un verdadero príncipe. De él aprendí que un judío no es un bárbaro. Os llevaré conmigo. Os convertiré en mi hijo. Dad gracias a vuestro Dios y llamad a los marineros. ¡Pronto! La persecución debe continuar. Ni uno solo de los asaltantes deberá escapar. ¡Que se den prisa!

Judá se irguió sobre el tablón, agitó su mano y llamó con todas sus fuerzas; finalmente atrajo la atención de los marineros en el bote pequeño, y poco después fueron rescatados.

En la galera Arrio fue recibido con todos los honores que corresponden a un héroe tan favorecido por la fortuna. Cómodamente recostado sobre un sofá escuchó los pormenores relativos al final de la batalla. Cuando todos los supervivientes que flotaban sobre el agua fueron rescatados y el triunfo absoluto asegurado, Arrio hizo ondear de nuevo la bandera de comandante y prosiguió velozmente hacia el Norte para reunirse con el resto de la flota y completar la victoria. A su debido tiempo, las cincuenta naves que descendían por el canal cercaron a los piratas fugitivos y los aplastaron totalmente; no escapó ni uno solo de ellos. Y para que la gloria del tribuno fuese aún mayor, fueron capturadas veinte galeras enemigas.



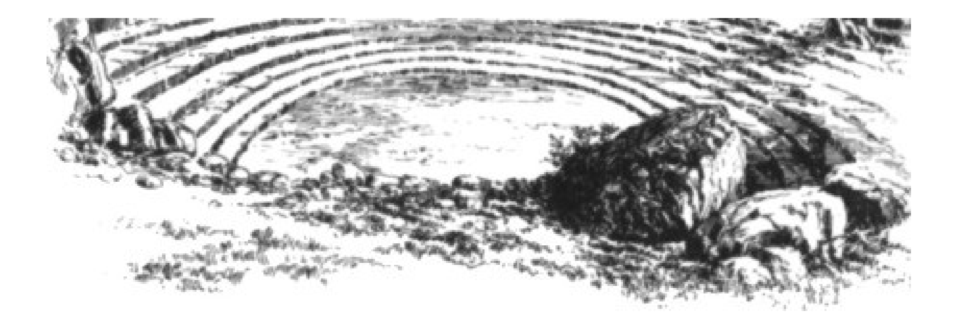
A su regreso de la expedición, Arrio recibió una calurosa bienvenida en el muelle de Misenum. Sus amigos repararon de inmediato en el joven que le acompañaba, y a las preguntas que hacían, tratando de averiguar quién era,

respondió el tribuno contándoles de manera muy afectuosa la historia de su rescate y presentándoles al desconocido, cuidándose eso sí de omitir todo lo referente a su pasado. Al final de su narración llamó a Ben-Hur a su lado, y colocándole cariñosamente una mano en el hombro, dijo:

—Queridos amigos, este es mi hijo y heredero, quien, al asumir mis propiedades —si es la voluntad de los dioses que yo deje propiedades— deberá ser conocido por mi nombre. Os ruego que tengáis tanto afecto por él como el que profesáis por mí.

Tan pronto como fue posible, se completaron los trámites de la adopción. De tal manera, el valiente romano guardó la palabra que había dado a Ben-Hur, de concederle una feliz introducción en el mundo imperial. El mes siguiente al regreso de Arrio se celebró suntuosamente en el teatro de Scauri el *armilustrium*[2]. Todo un costado de la estructura fue dedicado a los trofeos militares, y sin ningún género de duda, lo más llamativo y admirado resultó ser un conjunto de veinte proas con sus aplustres que habían sido separadas de otras tantas galeras. Encima de ellas, y perfectamente legible desde sus asientos para los ochenta mil espectadores, se encontraba la siguiente inscripción:

Capturado a los piratas
en el golfo de Euripus por
Quinto Arrio Duunviro



[1]


LIBRO
CUARTO
Alva: Si sucediese que el monarca es injusto…
Y ocurre ahora…
La Reina: Entonces he de esperar la justicia hasta que llegue; y mucho más felices son aquellos cuya conciencia puede esperar cómodamente sus derechos.
SCHILLER, *Don Carlos*
(acto IV, escena XV) 1

Capítulo I
Ben-Hur regresa a Oriente

Llegamos ahora al mes de julio del año veintinueve de Nuestro Señor. El sitio es Antioquía, considerada entonces la Reina del Oriente, y después de Roma, la ciudad más poderosa si no la más poblada del mundo.

Existe la opinión de que la extravagancia y relajación de costumbres que predominaban en aquella época habían tenido su origen en Roma, propagándose luego a lo largo y ancho del imperio, y que las grandes ciudades solamente reflejaban las maneras de su señora a orillas del Tíber[1]. Esto podría ponerse en duda, no obstante: la conquista parece haber hecho bastante mella sobre los valores morales del conquistador. Roma encontró en Grecia una fuente de corrupción; lo mismo ocurrió en Egipto; y un investigador, tras agotar el tema, tendrá que cerrar los libros convencido de que la comente de este río corruptor corría de Oriente hacia Occidente, y que precisamente la ciudad de Antioquía, uno de los más antiguos asientos del poder y el esplendor asirios, era uno de los principales manantiales del letal flujo.

Una galera de transporte aparece en la boca del río Orontes[2] abandonando lentamente las azules aguas del océano. Son horas de la mañana y el calor es tan intenso, que están sobre cubierta la mayor parte de los viajeros, y Ben-Hur entre ellos.

Los cinco años transcurridos habían convertido al joven judío en un adulto hecho y derecho. Aunque la túnica de lino blanco con que iba ataviado encubría en parte sus formas, su aspecto era singularmente atractivo. Durante poco más de una hora había ocupado un sitio a la sombra de la vela y, en aquel lapso, numerosos compañeros de viaje de su misma nacionalidad habían

tratado de entablar conversación con él, pero infructuosamente. Las respuestas —en latín— a las preguntas que le dirigían, aunque gravemente corteses, eran breves y concisas. La pureza de su habla, sus maneras cultivadas, su reticencia, contribuían a aumentar la curiosidad que despertaba. Quienes le observaban cuidadosamente se sorprendían al advertir una incongruencia entre sus modales, que tenían la facilidad y gracia de los de un patricio, y ciertos detalles de su figura. Así por ejemplo, sus brazos eran desproporcionadamente largos, y cuando tras un bandazo de la nave asía algún objeto cercano para afirmarse, resaltaban de inmediato el tamaño y la enorme fuerza de sus manos. Por eso, al enigma sobre quién y qué podría ser, se añadía un deseo por conocer los pormenores de su vida. En otras palabras, su aspecto era el de alguien que evidentemente tiene una historia que contar.



La galera, a su regreso, se había detenido en uno de los puertos de Chipre, donde había subido a bordo un hebreo de apariencia muy respetable, silencioso, reservado, paternal. Ben-Hur se había aventurado a hacerle algunas preguntas, y como las respuestas ganaron su confianza, el resultado fue una extensa conversación.

Mientras la galera procedente de Chipre se introducía en aguas de la bahía de Orontes, dos embarcaciones que habían sido avistadas en altamar coincidieron con ella e hicieron su entrada en el estuario al mismo tiempo, desplegando en ese momento un gran número de banderas pequeñas de un amarillo muy brillante. A bordo de la galera se hacían todo tipo de conjeturas sobre el significado de esas señales. Al cabo de un rato, uno de los pasajeros se acercó al hebreo de aspecto respetable para pedirle información al respecto.

—Sí; conozco el significado de las banderas —respondió—; no indican la nacionalidad; se trata simplemente de un distintivo de su propietario.

—¿Posee muchas naves?

—Así es.

—¿Lo conoces?

—He tratado con él.

Los pasajeros miraron al que hablaba como urgiéndole a que continuase. Ben-Hur escuchaba con interés.

—Vive en Antioquía —continuó diciendo el hebreo a su pausada manera —. Sus enormes riquezas han hecho que se hable mucho de él, y no todo lo que se dice es favorable. Había en Jerusalén un príncipe llamado Hur, descendiente de una familia muy antigua…

Ben-Hur se esforzó por mantener la serenidad, aunque su corazón comenzó a latir más de prisa.

—El príncipe era un comerciante con gran talento para los negocios. Estableció muchísimas empresas, algunas de las cuales se extendían hasta lejanos sitios del Oriente, mientras que otras se propagaban hacia Occidente. Tenía sucursales en las ciudades más grandes. La de Antioquía estaba a cargo de un hombre llamado Simónides, que según se decía había sido sirviente de la familia, griego de nombre, pero en realidad israelita. El príncipe Hur pereció ahogado en altamar. Sin embargo, sus negocios continuaron, y no se puede decir que pasasen a ser menos prósperos. Pero al cabo de un tiempo, el infortunio se abatió sobre la familia. El único hijo del príncipe, aún adolescente, trató de asesinar al procurador Grato en una calle de Jerusalén. Falló en su intento, por poco, y desde entonces no se ha sabido nada de él. De hecho la ira romana alcanzó a toda la casa… Ni uno solo de sus familiares quedó con vida; su palacio fue sellado y es ahora una destartalada guarida para las palomas; su hacienda fue confiscada, y asimismo fue confiscado todo cuanto se pudo determinar que pertenecía a los Hur. El procurador se curó de su herida con un emplasto de oro.

Los pasajeros rieron.



—Quieres decir que Grato se quedó con sus propiedades —dijo uno de ellos.

—Es eso lo que dicen —replicó el hebreo—. Yo solo estoy contando la historia tal como llegó hasta mí. Simónides, quien había sido agente del príncipe aquí en Antioquía, estableció negocios por su propia cuenta, y en muy poco tiempo se convirtió en el mercader más importante de la ciudad. Siguiendo los pasos de su antiguo patrón, empezó a enviar caravanas a la India, y en el océano tiene actualmente suficientes galeras para emular una flota real. Se dice que nada le sale mal. Sus camellos sobreviven todos los inconvenientes y solo mueren de viejos; sus barcos nunca se hunden; si arroja una astilla al río, regresa a él convertida en oro.

—¿Desde hace cuánto tiempo sucede así?

—Aún no se cumplen diez años.

—Debe haber tenido un buen comienzo.

—Sí; dicen que el procurador se quedó únicamente con las propiedades del príncipe de las que podía disponer fácilmente: caballos, ganado, casas, tierras, naves, enseres. Nunca pudo encontrar el dinero, aunque debían ser sumas enormes. Lo que ocurrió con ese dinero sigue siendo un misterio.

—No para mí —dijo un pasajero sonriendo burlonamente.

—Comprendo lo que insinúas —afirmó el hebreo—. Otros han tenido la misma idea. Es creencia generalizada que ese dinero proporcionó al viejo Simónides el capital suficiente para comenzar sus empresas. También el procurador piensa lo mismo…, o lo pensaba, al menos, pues dos veces en estos cinco años ha aprehendido al mercader y le ha sometido a terribles torturas.

Judá apretó con fuerza desmesurada la soga que en ese momento tenía entre las manos.

—Se dice —continuó el narrador— que al hombre no le queda un solo hueso sano en todo el cuerpo. La última vez que lo vi, lisiado y deforme, para reclinarse en una silla se veía obligado a afirmar su cuerpo maltrecho con numerosos cojines.

—¿Tanto lo han torturado? —exclamaron al unísono varios oyentes.

—Una enfermedad no podría haber producido tal deformación. Y sin embargo el sufrimiento no le afectaba. Todo lo que poseía era legalmente suyo, y legalmente lo utilizaba…, esa fue la única declaración que consiguieron arrancarle. Ahora, empero, está a salvo de nuevas persecuciones. Tiene una licencia para comerciar firmada por el mismo Tiberio[3].

—No me cabe duda que pagó por ella una bonita suma —comentó alguien.

—Estas naves son suyas —prosiguió el hebreo haciendo caso omiso del comentario—. Entre sus marinos es costumbre que, cuando se encuentran, se saluden haciendo ondear banderas amarillas, lo cual equivale a decir: «hemos tenido un viaje afortunado».

En ese punto terminó la historia.

Cuando ya la galera se había adentrado considerablemente en el canal del río, Judá preguntó al hebreo:

—¿Cómo se llamaba el patrón de este mercader?

—Ben-Hur, príncipe de Jerusalén.

—¿Qué fue de la familia del príncipe?

—El hijo fue enviado a galeras. Yo diría que ya ha muerto. Los condenados a esa sentencia no suelen resistir más de un año. De la viuda y la hija del príncipe no se ha oído decir nada; aquellos que saben lo que fue de ellas, no dirán una palabra. Sin duda murieron en las celdas de alguno de los castillos que protegen los caminos de Judea.

Judá caminó hacia el puesto del piloto. Estaba tan embebido en sus pensamientos que a duras penas reparaba en las riberas del río, que desde el estuario hasta la ciudad eran extraordinariamente hermosas, pobladas de huertos con todo tipo de frutas y enredaderas sirias pertenecientes a villas que competían en riquezas con las de Nápoles. Tampoco observaba las naves que circulaban formando una flota interminable ni escuchaba las canciones y los gritos de los marineros. El firmamento resplandecía con la luz del sol, que se reflejaba con brumosa calidez sobre la tierra y las aguas. No se avistaba otra nube que aquella que se cernía sobre su vida.

Solamente una vez se despertó en él un interés momentáneo cuando alguien señaló el bosquecillo de Dafne[4], que se alcanzaba a divisar desde una curva del río.



Capítulo II
La llegada a Orontes

Cuando la ciudad estuvo a la vista, los pasajeros se amontonaron en cubierta, deseosos de que no se les escapara ningún detalle de aquella escena. Tomó la palabra el respetable judío que ya ha sido presentado al lector.

—En este punto el río corre hacia el Oeste —dijo, como si estuviese dando una respuesta general—. Recuerdo que sus aguas bañaban la base de las murallas, pero hemos vivido en paz desde que somos súbditos romanos, y como sucede siempre que reina la paz, el comercio se ha salido con la suya, y ahora toda la ribera está ocupada por almacenes y muelles. Más allá —y señaló hacia el Sur—, se encuentra el Monte Caius, o como a los lugareños les encanta llamarlo, la Montaña de Orontes, que a través de la planicie de Antioquía mira en dirección de su hermana en el Norte, la montaña de Amnus. Más lejos aún se encuentran las Montañas Negras, donde se originan los acueductos reales que transportan la más pura de las aguas para dar de beber a las sedientas calles y los sedientos habitantes de la ciudad. No muy lejos se conservan frondosos bosques en estado salvaje, repletos de aves y de fieras.

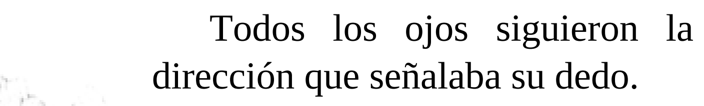
—¿Dónde está el lago? —preguntó uno.

—Allá hacia el Norte. Si deseáis verlo, podéis llegar a caballo o, mejor aún, podéis tomar un bote, pues existe un río tributario que une a este río con el lago.

—¡El bosquecillo de Dafne! —exclamó al escuchar una nueva pregunta—. Nadie puede describirlo, pero prestad atención. Fue empezado por Apolo, y él mismo se encargó de terminarlo. Lo prefiere al Olimpo. Las personas que hasta allí llegan para echarle un vistazo, solo un vistazo, nunca logran salir. Existe un dicho muy revelador: «Es mejor ser un gusano y alimentarse de las moras de Dafne que ser huésped de un rey».

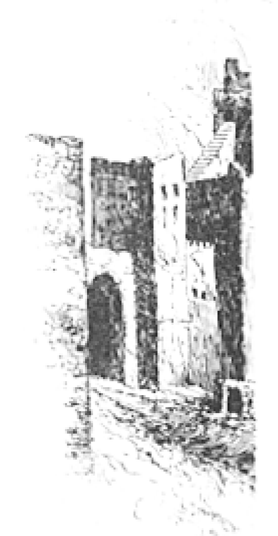
—¿Entonces me aconsejas que no me acerque a ese sitio?

—¡Yo no! Ve, si así lo quieres. Todo el mundo va: los filósofos cínicos, los muchachos viriles, las mujeres, los sacerdotes… Todos van. Estoy tan seguro de lo que vas a hacer, que me he tomado la libertad de aconsejarte. No busques alojamiento en la ciudad; sería una pérdida de tiempo, mejor vete directamente a la aldea que se encuentra en los linderos del bosquecillo. El camino discurre a través de un jardín, bajo el rocío de las fuentes. Los adoradores del dios y de su doncella Penaea construyeron el pueblo, y en sus pórticos y senderos y en sus miles de rincones, encontraréis personajes, costumbres, manjares y adornos imposibles de hallar en cualquier otro sitio. ¡Pero he aquí las murallas de la ciudad! ¡La principal obra de Xeraeus, maestro de la arquitectura mural!



Todos los ojos siguieron la dirección que señalaba su dedo.

—Esta parte fue levantada por orden del primero de los Seleúcidas[1]. Al cabo de trescientos años se ha convertido en parte de la roca sobre la cual fue erigida.



La gran obra defensiva en verdad justificaba las palabras de encomio. Alta, sólida, dotada de atrevidos ángulos, poco a poco la muralla se iba perdiendo de vista en dirección Sur.

—En su parte superior existen cuatrocientas torres, cada una de las cuales es un depósito de agua —continuó diciendo el hebreo—. ¡Mirad ahora! Por encima de la muralla, y a pesar de lo alta que es, se alcanzan a divisar en la distancia dos colinas, conocidas como las crestas rivales de Sulpio[2]. La estructura que corona la más lejana de las colinas es la ciudadela, donde permanece acuartelada una legión romana. En frente se levanta el Templo de Júpiter, y un poco más abajo la residencia del delegado imperial, un palacio lleno de oficinas, que es sin embargo una fortaleza contra la cual podría arremeter una multitud enfurecida sin causar más daño que un viento del Sur.

En aquel momento los marineros comenzaron a recoger las velas, al ver lo cual el hebreo exclamó animadamente:

—¡Mirad! Aquellos de entre vosotros que odiáis el mar, y aquellos que le teméis tanto que habéis hecho promesas a vuestros dioses, podéis cesar maldiciones y oraciones. El puente que veis, sobre el cual pasa la carretera que lleva a Seleucia, marca el límite de la navegación. La mercancía que continúe hacia otros destinos debe ser llevada a lomos de camello. Más allá

del puente comienza la isla sobre la cual Calinicus construyó su nueva ciudad, conectándola con tierra firme por medio de cuatro grandes viaductos, tan sólidos que no han sido afectados por el tiempo, ni por las inundaciones ni por los terremotos. De la ciudad en sí, mis amigos, solo os diré que después de haberla visto seréis más felices el resto de vuestras vidas.



En el momento en que el hebreo concluía sus explicaciones, el barco giró y lentamente comenzó a acercarse a su muelle, situado debajo de la muralla, permitiendo una mejor visión de la animación que reinaba en las riberas del río en ese punto y hora. Finalmente se lanzaron las amarras, se detuvieron los remos y la travesía llegó a su final. Ben-Hur buscó entonces al hebreo respetable.

—Permíteme que te moleste un momento antes de despedirnos.

El hombre asintió.

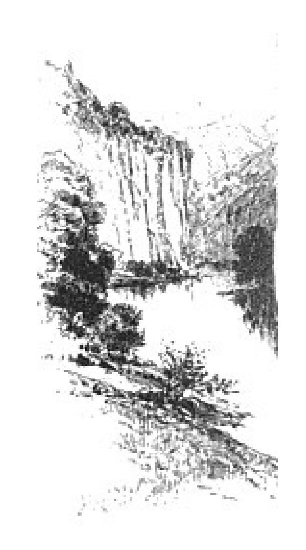
—Tu historia del mercader ha aguijoneado mi curiosidad, y ahora me gustaría conocerlo. ¿Dijiste que se llamaba Simónides?

—Sí. Es un judío de nombre griego.

—¿Dónde podría encontrarlo?

El hombre miró penetrantemente a Judá antes de responder.

—Quisiera ahorrarte un bochorno. No es un prestamista.



—Ni yo pretendo pedir dinero en préstamo —dijo Ben-Hur, sonriendo ante la suspicacia del otro.

El hombre irguió la cabeza y meditó un instante.

—Cualquiera pensaría —replicó entonces— que el mercader más rico de Antioquía tiene un local comercial de acuerdo con su fortuna, pero si quieres encontrarlo durante el día, sigue el río hasta aquel puente, debajo del cual habita, en un edificio que parece un contrafuerte de la muralla. En frente de la puerta hay un enorme desembarcadero que siempre se ve repleto con los cargamentos que llegan o que parten. La flota allí anclada le pertenece. Así pues, no tendrás ninguna dificultad para encontrarlo.

—Te doy las gracias.

—La paz de nuestros padres vaya contigo.

—Y contigo.

Con esas palabras se separaron.

Dos porteadores recogieron en el muelle el equipaje de Ben-Hur y se aproximaron para recibir instrucciones.

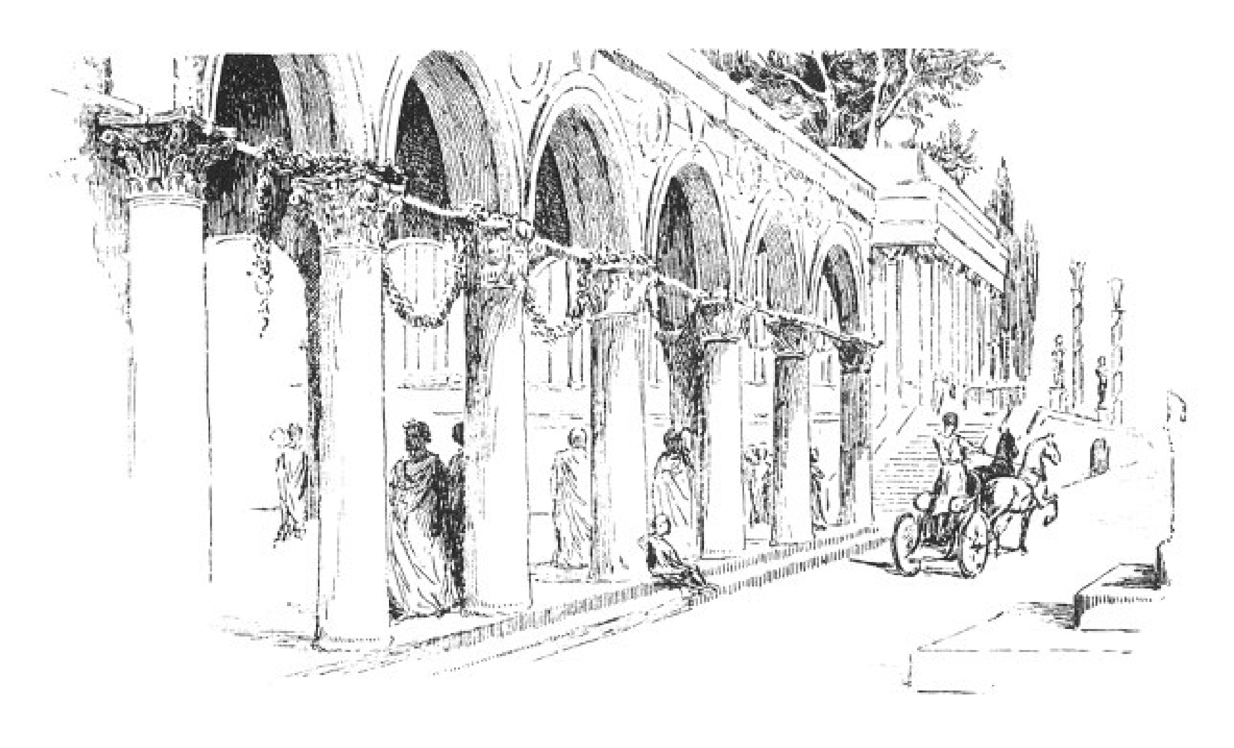
—A la ciudadela —les dijo. Los mozos se miraron entre sí, asumiendo que Ben-Hur tenía algún vínculo oficial con los militares.

Dos calles anchas que se intersectaban perpendicularmente dividían la ciudad en cuatro barrios. Una curiosa e inmensa construcción, llamada el Ninfeo, se levantaba al pie de la calle que corría de Norte a Sur. Cuando los porteadores doblaron hacia el Sur, el recién llegado, aunque había visitado Roma poco antes, se sintió asombrado por la magnificencia de la avenida. A derecha e izquierda se levantaban palacios, precedidos por dobles columnatas de mármol que se extendían indefinidamente, formando vías separadas para caminantes, animales y carruajes, todas ellas bien sombreadas y refrescadas por fuentes que manaban incesantemente.

Ben-Hur no se encontraba en el estado de ánimo adecuado para disfrutar del espectáculo. La historia de Simónides le había dejado inquieto, y seguía rondando su espíritu. Al llegar al Onfalo —un monumento dotado de cuatro arcos tan anchos como calles, con ilustraciones soberbias, que Epífanes[3], el octavo de los Seleúcidas había hecho construir en honor suyo— repentinamente cambió de idea.

—No iré hasta la ciudadela esta noche —dijo a los porteadores—. Llevadme a la posada más cercana al puente que está en el camino a Seleucia.

El grupo cambió de rumbo, y al cabo de un rato Ben-Hur se hallaba a las puertas de un albergue primitivo pero amplio, situado a tiro de piedra del puente debajo del cual el viejo Simónides tenía su local. Esa noche Ben-Hur descansó en la azotea. En su inconsciente, empero, seguía martilleando el mismo pensamiento: «Pronto, muy pronto, tendré noticias de casa, y de madre, y de la pequeña y querida Tirzah. Si aún están en este mundo, las encontraré».



Capítulo III
La visita a Simónides

A primera hora de la mañana siguiente, y sin pensar en conocer la ciudad, Ben-Hur buscó la casa de Simónides. Atravesando una puerta almenada, procedió a recorrer una serie de muelles; luego continuó río arriba, en medio de una apurada muchedumbre, hasta llegar al puente Seleucia, debajo del cual se detuvo para contemplar la escena que le rodeaba.

En aquel sitio, directamente bajo el puente, se encontraba la casa del mercader, una masa de piedra grisácea sin pulir, que no podría encasillarse en ningún estilo arquitectónico, y con el aspecto, como había dicho el viajero, de ser uno de los contrafuertes de la muralla sobre la cual se apoyaba. Dos enormes puertas delanteras comunicaban con el muelle. Unos pocos orificios en la parte superior, cubiertos de gruesas rejas, hacían de ventanas. En casi todas las rendijas crecía maleza, y el resto de las paredes se veía salpicado por manchas de musgo negro.

Se abrieron las puertas. Por una de ellas entraba la mercancía, y por la otra salía; cada desplazamiento, cada movimiento, denotaba que se trabajaba con prisa, mucha prisa.

Sobre el muelle se veían pilas de mercancía, de todo tipo y con los más diversos envoltorios, así como grupos de esclavos, desnudos hasta la cintura, que iban de un lado a otro entregados al trabajo.

Bajo el puente se encontraba una flota de galeras, unas cargando mercancía, otras desembarcando. Una bandera amarilla ondeaba desde el palo mayor de cada una de ellas. De las galeras al muelle y de una nave a otra, los siervos del comercio se cruzaban en corrientes bulliciosas y alternas.

Sobre el puente y a través del río, se divisaba una muralla que tenía su base a orillas del agua. Por encima de la muralla sobresalían los caprichosos torreones y cornisas de un palacio imperial que cubría toda la superficie de la isla que el hebreo había mencionado. A pesar de su innegable atractivo, Ben-Hur apenas reparó en él. Porque ahora —pensaba— por fin recibiría noticias de su familia… Ello, desde luego, si Simónides había sido en verdad esclavo de su padre. Pero aunque así fuese, ¿lo reconocería? Porque ello

equivaldría a renunciar a sus riquezas y al reinado que ejercía sobre el comercio, como tan majestuosamente quedaba demostrado en el muelle y en el río. Y, lo que todavía más grave para el mercader, equivaldría también a abandonar una carrera que transcurría en medio de un éxito fulgurante para someterse de nuevo a la condición de esclavo. El simple pensamiento de exigirle tal cosa parecía una audacia monstruosa. Prescindiendo de rodeos era lo mismo que decir: «Eres mi esclavo; entrégame todo lo que tienes, incluyendo tu persona».



Pese a ello, Ben-Hur encontró la fortaleza necesaria para encarar la entrevista en la gran fe que tenía en sus derechos y en una porfiada esperanza que habitaba en lo más profundo de su corazón. Si la historia que había escuchado era veraz, Simónides le pertenecía, junto con todas sus posesiones. Las riquezas, sin embargo, le tenían sin cuidado. Cuando avanzaba hacia la puerta, lo tenía tan decidido, que se hizo una promesa a sí mismo: «Si me da noticias de mi madre y de Tirzah, le concederé su libertad sin pedirle cuentas».



Entró en la casa con paso decidido.

El interior estaba dispuesto como un amplio depósito, donde se amontonaban, cuidadosamente ordenados, artículos de todo tipo. Aunque la luz era escasa y el aire sofocante, los hombres que allí se encontraban se movían con gran presteza. En distintos sitios se veían trabajadores que con sierras y martillos preparaban embalajes para los despachos. Ben-Hur caminó lentamente, abriéndose paso entre las pilas de mercancía, mientras se preguntaba si era posible que un hombre de cuyo genio había allí tantas pruebas, hubiese sido esclavo de su padre. Si en efecto era ese el caso, ¿a qué clase había pertenecido? Si su ascendencia era judía, ¿sería acaso hijo de un sirviente? ¿O habría sido un deudor o hijo de un deudor? ¿Habría sido tal vez acusado de robo, sentenciado y vendido? Pese a que estos pensamientos y otros similares lo invadían, en modo alguno afectaban el respeto que le

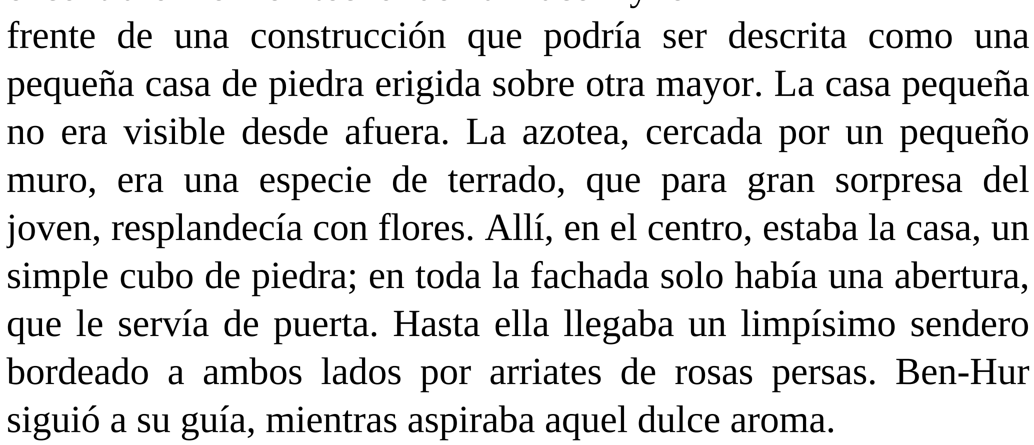
inspiraba el rico mercader, un respeto que iba en aumento con cada instante que pasaba. Una peculiaridad de la admiración que sentimos por alguien es que la misma admiración siempre está buscando razones para justificarse.

Finalmente un hombre se acercó al joven y le preguntó:

—¿Qué se te ofrece?

—Deseo ver a Simónides, el mercader.

—¿Quieres acompañarme?



Después de seguir una serie de pasadizos, llegaron hasta un tramo de escaleras, subiendo por el cual se encontraron en el techo del almacén y en frente de una construcción que podría ser descrita como una pequeña casa de piedra erigida sobre otra mayor. La casa pequeña no era visible desde afuera. La azotea, cercada por un pequeño muro, era una especie de terrado, que para gran sorpresa del joven, resplandecía con flores. Allí, en el centro, estaba la casa, un simple cubo de piedra; en toda la fachada solo había una abertura, que le servía de puerta. Hasta ella llegaba un limpísimo sendero bordeado a ambos lados por arriates de rosas persas. Ben-Hur siguió a su guía, mientras aspiraba aquel dulce aroma.

Al llegar al final de un oscuro pasaje interior se detuvieron ante una cortina entreabierta y el hombre anunció:

—Un forastero desea ver al amo.

Respondió una voz cristalina:

—En nombre de Dios, dejadle pasar.

Un romano habría denominado atrio al aposento hasta el cual había sido escoltado Ben-Hur. Cada uno de los paneles en la pared tenía compartimentos como los de una oficina moderna, y cada compartimento estaba atestado de folios con rótulos, muy arrugados por el tiempo y el uso. Entre un panel y otro, y en los bordes superiores e inferiores, se veían bordes de madera que alguna vez habría sido blanca, y ahora tenía un color crema. Estos bordes habían sido labrados con diseños maravillosamente intrincados. Sobre una cornisa de esferas doradas, el cielo raso se elevaba en forma de pabellón, rematado por una bóveda baja cubierta por cientos de cristales de mica color violeta, lo cual concedía al recinto una iluminación deliciosamente relajante. El suelo estaba alfombrado por unas moquetas grises tan espesas que el pie de los visitantes se hundía sin producir ruido alguno.

En la media luz de la habitación se distinguían dos personas: un hombre recostado sobre mullidos cojines en una silla de alto respaldo y amplios brazos y, a su izquierda, reclinada sobre la parte posterior de la silla, una joven que debía estar rondando ya la madurez. Al verlos, Ben-Hur sintió que la sangre se le agolpaba en la frente. Se inclinó, en señal de respeto, pero ante todo para tratar de recuperarse, y por ello no alcanzó a ver los movimientos nerviosos y el estremecimiento del hombre sentado en cuanto puso los ojos en él; el sobresalto solo duró un instante y desapareció tan bruscamente como había aparecido. Al levantar los ojos de nuevo, Ben-Hur encontró al hombre y a la mujer en la misma posición, salvo que una de las manos de la joven descansaba ahora sobre el hombro del anciano. Ambos miraban fijamente a Ben-Hur, quien saludó así:

—Si eres Simónides el mercader, y si eres judío…, entonces que la paz del Dios de nuestro padre Abraham descienda sobre ti…, y sobre los tuyos.

Ben-Hur pronunció la última parte de la frase mirando en dirección de la joven.

—Soy el Simónides a quien te refieres, judío por nacimiento —contestó el hombre con voz singularmente clara—. Soy Simónides y soy judío y respondo al saludo rogándoos me hagáis saber quién sois.

Mientras escuchaba, Ben-Hur lo observaba, notando que donde debería hallarse una figura humana, solo había un montón de carne y huesos, sumido en las profundidades de los cojines y cubierto por una acolchada túnica de seda de color oscuro. Sobre aquel montón brillaba una cabeza de proporciones majestuosas, la cabeza de un estadista o de un conquistador, ancha en la base y con una frente en forma de bóveda, que seguramente le habría servido de modelo a Miguel Angel para esculpir la cabeza del César. Blancos mechones de cabello caían sobre sus blancas cejas, contrastando con la negrura de unos ojos que brillaban con melancólico fulgor. El rostro era de una palidez extrema y estaba surcado de arrugas, especialmente en la zona bajo el mentón. En otras palabras, la cabeza y el rostro eran los de un hombre capaz de mover el mundo con mayor facilidad de la que el mundo necesitaría para conmoverle a él, un nombre que podría ser inmisericordemente torturado dos docenas de veces, sin que de sus labios brotara un quejido y mucho menos una confesión; un hombre dispuesto a renunciar a su vida, pero que jamás renunciaría a un propósito o una convicción; un hombre que había nacido como recubierto por una armadura, invulnerable a menos que se tocase aquello que amaba. Hacia ese hombre extendió Ben-Hur sus manos, abiertas,

con las palmas hacia arriba, como si al mismo tiempo ofreciese y esperase la paz.

—Yo soy Judá, hijo de Ithamar, difunto jefe de la Casa de Hur y uno de los príncipes de Jerusalén.

La mano derecha del mercader permanecía por fuera de la túnica; era una mano larga, huesuda y que reflejaba el mismo sufrimiento que el resto del cuerpo. El hombre la cenó con fuerza; aparte de ello no había indicio alguno de emoción; nada tampoco que permitiese inferir sorpresa o interés. Se limitó a decir con voz sosegada:

—Los príncipes de Jerusalén, de pura sangre, son siempre bienvenidos en mi casa. Bienvenido seáis. Pasadle un asiento al joven, Esther.

La muchacha cogió una silla otomana y la acercó a Ben-Hur. Cuando acabó de colocarla y sus ojos se encontraron, dijo recatadamente:

—La paz de Nuestro Señor sea contigo.

Cuando la joven regresó a su sitio detrás de la silla de su padre, aún no había adivinado el propósito de Ben-Hur. Es cierto que los poderes de una mujer no llegan tan lejos, pero también lo es que casi siempre consiguen detectar los sentimientos más delicados, como la piedad, la clemencia o la simpatía, y en ello radica una diferencia esencial entre la mujer y el hombre, que perdurará mientras ella siga teniendo un interés tan vital por esos sentimientos. En este caso Esther estaba segura, sencillamente, de que en la vida del joven existía una herida que precisaba de curación.

Ben-Hur no ocupó el asiento que se le ofrecía, pero dijo con gran deferencia:

—Ruego al buen Simónides que no me considere un intruso. Ayer mientras remontaba el río, oí decir que había conocido a mi padre.

—Conocí al príncipe Hur. Estábamos asociados en varias empresas legítimas y propias de los mercaderes que buscan ganancias en tierras más allá del mar y del desierto. Pero sentaos, por favor… Esther, trae vino para el joven… Nehemías[1] habla de un hijo de Hur que en cierta época gobernaba la mitad de Jerusalén. Una casa antigua, muy antigua, a fe mía. En los días de Moisés y de Josué, algunos antepasados de los Hur encontraron favor en los ojos del Señor y

compartieron honores con los más nobles de entre los hombres. No puedo creer que un descendiente directo de esta estirpe rehúse una copa del más apetitoso vino de Sorek, cultivado en las colinas que se extienden al sur de Hebrón[2].

Cuando el anciano terminó de hablar, ya Esther se encontraba en frente de Ben-Hur con una copa de plata llena de vino. Al ofrecérselo bajó la cabeza. Ben-Hur lo rehusó con un leve movimiento, y al hacerlo alcanzó a rozar la mano de la joven. De nuevo sus ojos se encontraron y en ese momento él reparó en que la muchacha era de baja estatura y a duras penas le llegaría al hombro, pero que era muy agraciada, con un rostro terso y dulce, y un par de ojos negros de indescriptible suavidad. Es amable y hermosa, pensó Ben-Hur, y si Tirzah viviese se parecería mucho a ella. ¡Pobre Tirzah! En seguida dijo en voz alta:



—No. Servid primero a vuestro padre…, ¿pero es realmente vuestro padre?

—Yo soy Esther, hija de Simónides —respondió ella con voz muy digna.

—Entonces, hermosa Esther, cuando vuestro padre haya oído lo que tengo que decir, ya no pensará mal de mí si rehúso a beber su vino de famosa cepa; también espero conservar vuestra buena voluntad. Permaneced junto a mí un momento.

Ben-Hur y Esther, como si hiciesen causa común, se volvieron al tiempo hacia el mercader.

—Simónides —dijo Ben-Hur con firmeza—; mi padre al morir tenía un sirviente en quien mucho confiaba, que respondía a vuestro mismo nombre; se me ha dicho que vos sois ese hombre.

Los tullidos miembros del anciano se estremecieron bajo la túnica y su huesuda mano se crispó.

—¡Esther, Esther! —exclamó con tono severo—. Venid a mi lado y separaos del suyo, ya que sois hija de vuestra madre y mía… A mi lado y no al suyo, he dicho.

La joven miró a Simónides, luego al visitante, colocó la copa de vino sobre una mesa y obedientemente se acercó al sitio que le indicaba su padre. Estaba visiblemente sorprendida y alarmada.

Simónides levantó su mano izquierda y la colocó entre las manos de la joven. Dijo entonces sin rastro de emoción:

—He envejecido en el trato con los hombres…, he envejecido antes de lo que me correspondía. Si la persona que os refirió aquello de lo cual habéis hablado era un amigo que conocía mi historia y no la juzgaba con dureza, os debe haber persuadido que no puedo menos que ser un hombre que desconfía de sus semejantes. ¡Que el Dios de Israel se apiade de aquel que al final de su vida se ve obligado a reconocer tal cosa! Mis afectos son pocos, pero son afectos de verdad. Uno de ellos es un alma que…

Simónides acercó los labios a una de las manos que sostenían la suya, de manera que quedase muy claro lo que quería decir, y prosiguió:

—Un alma que hasta ahora ha sido desinteresadamente mía, y un consuelo tan dulce, que si me faltara, moriría.

Esther inclinó la cabeza hasta que sus mejillas tocaron las del anciano.

—El otro amor no es más que un recuerdo, del cual puedo decir además, que, como una bendición del Señor, tenía tal alcance que abarcaba a toda una familia. Si tan solo… —en ese punto su voz se quebró—, si tan solo supiera dónde se encuentran.

El rostro de Ben-Hur se encendió por la emoción, y avanzando un paso gritó impulsivamente:

—¡Mi madre y mi hermana! ¡Ah; es de ellas de quienes habláis!

Esther levantó la cabeza, como si fuese a ella a quien se hablara, pero ya en ese momento Simónides había recuperado la calma y decía fríamente:

—Escuchadme hasta el final. Por ser quien soy, y por el amor de aquellos de quienes os he hablado, antes de responder a vuestra pregunta sobre mis vínculos con el príncipe Hur, y como algo que por derecho debe preceder a la

respuesta, enseñadme pruebas de que sois quien decís ser. ¿Tenéis un testimonio escrito? ¿O habéis traído un testigo personal?

La exigencia era clara y el derecho que la abrigaba indiscutible. Ben-Hur se ruborizó, se retorció las manos, tartamudeó, y se volvió de espaldas, desconcertado. Simónides le apremió:

—¡Las pruebas, las pruebas, os he dicho! ¡Presentádmelas en seguida! ¡Ponedlas en mis manos!

Ben-Hur seguía sin responder. No había anticipado tal requisito, y ahora que le era exigido, por primera vez, tomaba plena conciencia del terrible hecho de que los tres años pasados en galeras le habían despojado de todas las pruebas de su identidad. Desaparecidas su madre y su hermana, ninguna persona podría dar fe de sus orígenes. Muchos lo habían conocido en los últimos años, pero nada sabían de su pasado. Incluso si Quinto Arrio pudiese estar presente, ¿qué otras cosas podría decir además del sitio donde lo había encontrado y que él creía que en efecto era hijo de Hur? Pero como se explicará más adelante, el gallardo navegante romano había muerto. Muchas veces antes había sentido Judá el dolor de su soledad, pero ahora la sensación se extendió hasta lo más profundo de su ser. Se quedó inmóvil, las manos crispadas, la mirada esquiva, estupefacto. Simónides respetó su sufrimiento y esperó en silencio.

—Simónides —dijo finalmente—; lo único que puedo hacer es contar mi historia, y no deseo hacerlo a menos que aplacéis vuestro juicio hasta que termine de hablar y os dignéis a escucharme con benevolencia.

—Hablad —dijo Simónides, dueño de la situación por completo—; hablad y os escucharé de buen grado; más aún porque tampoco he negado que seáis la persona que pretendéis ser.

Ben-Hur tomó entonces la palabra, y refirió su vida apresuradamente, aunque conservando el sentimiento profundo que es fuente de toda elocuencia. Como ya estamos familiarizados con su historia hasta el desembarco en Misenum en compañía de Arrio que regresaba victorioso del Egeo, retomaremos sus palabras a partir de ese punto:

—Mi benefactor gozaba del afecto y la confianza del Emperador, quien lo colmó de valiosas recompensas. Los mercaderes del Este contribuyeron con magníficos presentes, y si ya antes era rico entre los ricos de Roma, entonces pasó a ser doblemente rico. ¿Puede un judío olvidar su religión? ¿O el lugar

de su nacimiento cuando ha sido la Tierra Santa de nuestros antepasados? El buen hombre me adoptó como hijo suyo según los requisitos de la ley, y yo me esforcé por corresponderle debidamente: nunca un hijo ha sido tan bueno y obediente con su padre como lo fui yo con él. Quería hacer de mí un erudito; deseaba que me instruyesen los más famosos profesores de arte, filosofía, retórica y oratoria. A pesar de su insistencia, decliné porque siendo judío no podía olvidar al Señor Dios, a la gloria de los profetas, a la ciudad edificada en las colinas por David y Salomón… Ah; os preguntaréis quizá por qué acepté mercedes y beneficios de parte de un romano. Ante todo porque lo quería. En segundo lugar pensé que con su ayuda podría acumular experiencias que algún día me permitiesen desvelar el misterio sobre la suerte que habían corrido mi madre y mi hermana; habría que añadir un motivo más; del cual no voy a hablar y solo diré que influía en mí de tal manera que me dediqué al ejercicio de las armas y a adquirir todo aquello que se considera necesario para un total conocimiento de las artes marciales. Me entrené asiduamente en la palestra y los circos de la ciudad, así como en los campamentos militares; y en todos ellos me he hecho un nombre, si bien no es el nombre de mis padres. Todas las coronas que gané, y son muchas las que adornan las paredes de la villa en Misenum, me fueron entregadas como hijo de Arrio el duunviro. Solo bajo ese nombre se me conoce entre los romanos… En mi denodado empeño por alcanzar mi objetivo secreto, he viajado de Roma a Antioquía para acompañar al cónsul Maxencio en la campaña que organiza contra los partos. Experto va en el ejercicio individual de todas las armas, busco ahora un elevado conocimiento sobre la conducción de grupos de hombres en el campo de batalla. El cónsul me ha admitido como integrante de su destacamento militar. Pero ayer, cuando nuestra nave entraba en el Orontes coincidimos con dos embarcaciones que ondeaban banderas amarillas. Un compañero de viaje y compatriota mío que venía de Chipre explicó que los navíos pertenecían a Simónides, el principal mercader de Antioquía; también nos dijo quién era tal mercader, y habló del maravilloso éxito que había experimentado con el comercio de sus flotas y con las caravanas que viajan de un lado a otro, e, ignorando que yo tenía un interés en el tema mucho mayor que el del resto de sus oyentes, dijo que Simónides era judío y que en otros tiempos había sido sirviente del príncipe Hur; tampoco ocultó las crueldades de Grato ni el propósito que lo había llevado a infligirlas.

Al oír esas palabras, Simónides inclinó la cabeza, y su hija, como si quisiera ayudar al padre a ocultar sus sentimientos, así como el gran dolor,

compartido por ella, escondió su rostro en la nuca del anciano. Inmediatamente él levantó los ojos y dijo con voz muy clara:

—Estoy escuchando.

—¡Mi buen Simónides! —dijo entonces Ben-Hur avanzando un paso e intentando reunir toda su elocuencia—. Veo que no estáis convencido y que todavía desconfiáis de mí.

Los rasgos del mercader se quedaron tan rígidos como el mármol, y su lengua igual de inmóvil.

—Y con igual claridad veo las dificultades de mi posición —continuó diciendo Ben-Hur—. Puedo probar todos mis vínculos con Roma; me bastaría con hacer llamar al cónsul, quien es ahora huésped del gobernador de la ciudad; pero no puedo probar los detalles que me exigís. No puedo probar que soy hijo de mi padre. Las personas que hubiesen podido atestiguarlo, ¡ay!, han muerto o han desaparecido.

Ben-Hur se cubrió la cara con las manos, al ver lo cual Esther se levantó, y acercando la copa que el joven había rehusado antes, le dijo:

—Este vino es de la tierra que todos amamos. Bebed, os lo ruego.

La voz era tan dulce como la de Rebeca[3] cuando ofrecía de beber en el pozo junto a la ciudad de Nahor[4]. Ben-Hur se dio cuenta de que había lágrimas en los ojos de la muchacha, y después de beber del vino, dijo.

—Hija de Simónides, vuestro corazón rebosa de bondad, y sois generosa en extremo al permitir que un forastero comparta el vino con vuestro padre. Que nuestro Dios os bendiga. Gracias os doy.

Acto seguido se dirigió de nuevo al mercader.

—Como no puedo demostrar, ¡oh Simónides!, que soy hijo de mi padre, retiraré la pregunta que os había hecho, y no os importunaré más; solamente dejadme decir que no pretendía que regresarais a la servidumbre ni quería pediros cuentas de vuestra fortuna; de cualquier modo hubiese dicho, como lo digo ahora, que todo lo que sea producto de vuestra labor y vuestro talento os pertenece; podéis quedaros con todo; no aspiro a recibir parte alguna. Cuando el buen Quinto Arrio, mi segundo padre, partió en aquel viaje que para él habría de ser el último, me dejó como su heredero, principescamente rico. Por consiguiente, si pensáis de nuevo en mí, recordad que mi propósito primordial era preguntaros lo que ahora os voy a preguntar, y así os lo juro, por los profetas y por Jehová, vuestro Dios y el mío: ¿qué sabéis, qué podéis decirme de mi madre y de Tirzah, mi hermana? ¡Tirzah, quien en belleza y gracia podría igualar a esta joven que es la dulzura de vuestra vida, si acaso no es vuestra vida misma! Ah, ¿qué podéis decirme de ellas?

Por las mejillas de Esther coman lágrimas; el hombre, sin embargo, era testarudo y replicó con voz muy clara:

—He dicho que conocí al príncipe Ben-Hur. Recuerdo haber escuchado hablar de la desgracia que asoló a la familia. Recuerdo la amargura con que me enteré de ello. Aquel, que ha acarreado tanto sufrimiento a la viuda de mi amigo, es el mismo que se ha obstinado, y con la misma saña, en torturarme a mí. Iré aún más lejos al afirmar que he hecho diligentes averiguaciones en lo que respecta a la familia, pero…, nada puedo deciros de ellos. Han desaparecido.

Ben-Hur dejó escapar un sordo gemido.

—Entonces…, entonces es otra esperanza más a la cual debo renunciar —dijo, tratando de contener la emoción—. Estoy acostumbrado a los desengaños. Os ruego que perdonéis mi intrusión, y si os he causado molestias, perdonadme, habida cuenta de mi desdicha. Ya no tengo otra razón para vivir que la venganza. Adiós.

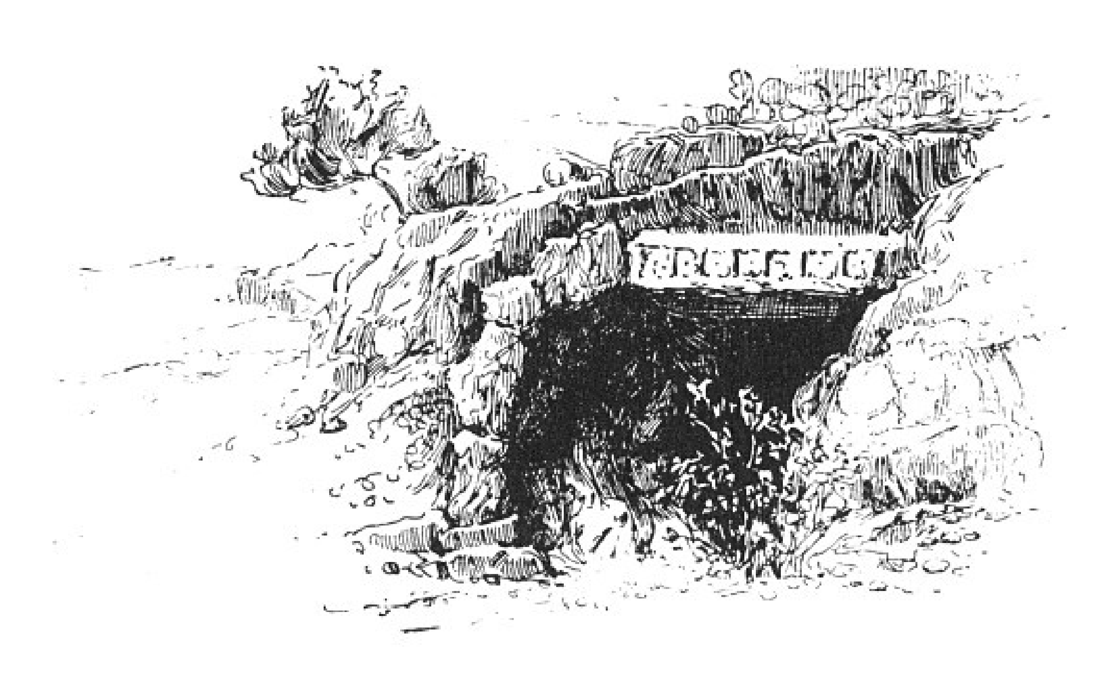
Al llegar a la cortina se volvió y dijo, simplemente:

—Os doy las gracias a ambos.

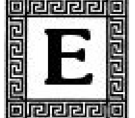
—Os deseo la paz —dijo el mercader.

Esther no podía hablar, ahogada por los sollozos.

Y así se marchó Ben-Hur.



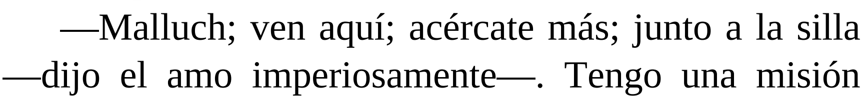
Capítulo IV
Simónides y Esther



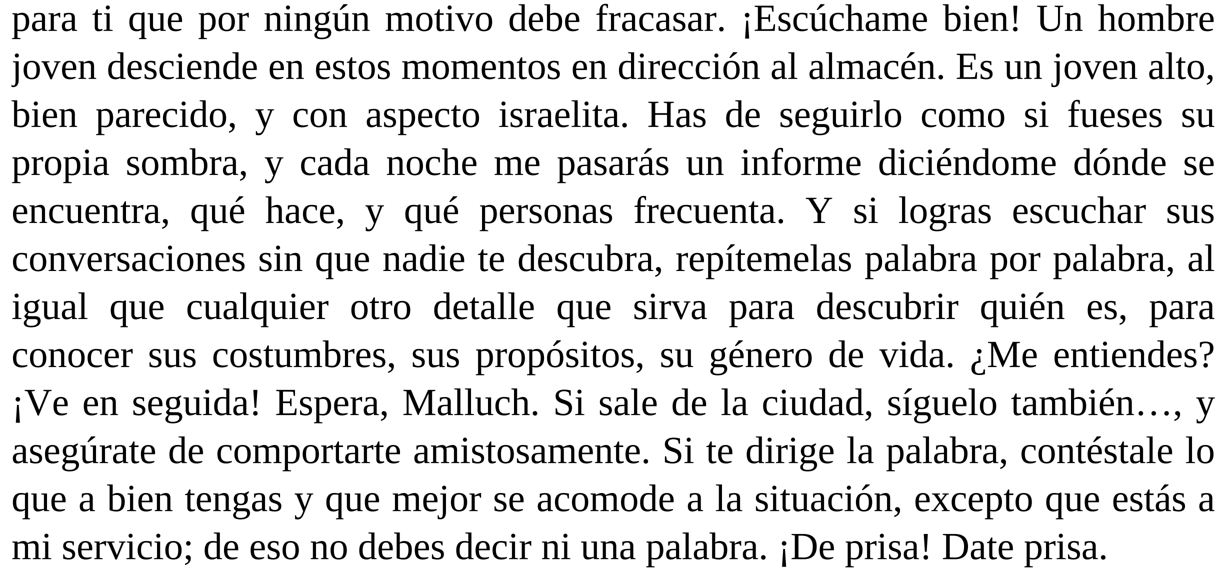
En cuanto Ben Hur salió de la habitación, Simónides reaccionó, como si despertase de un sueño: su semblante se animó, la sombría luz de sus ojos adquirió fulgor y dijo alegremente: —¡Esther, llama, de prisa!

La joven se acercó a una mesa e hizo repicar una campanilla de servicio.

Se abrió entonces uno de los paneles de la pared, dejando a la vista una puerta por donde entró un hombre que llegó hasta el frente del mercader y saludó con una profunda reverencia.



—Malluch; ven aquí; acércate más; junto a la silla —dijo el amo imperiosamente—. Tengo una misión para ti que por ningún motivo debe fracasar. ¡Escúchame bien! Un hombre joven desciende en estos momentos en dirección al almacén. Es un joven alto, bien parecido, y con aspecto israelita. Has de seguirlo como si fueses su propia sombra, y cada noche me pasarás un informe diciéndome dónde se encuentra, qué hace, y qué personas frecuenta. Y si logras escuchar sus conversaciones sin que nadie te descubra, repítemelas palabra por palabra, al igual que cualquier otro detalle que sirva para descubrir quién es, para conocer sus costumbres, sus propósitos, su género de vida. ¿Me entiendes? ¡Ve en seguida! Espera, Malluch. Si sale de la ciudad, síguelo también…, y asegúrate de comportarte amistosamente. Si te dirige la palabra, contéstale lo que a bien tengas y que mejor se acomode a la situación, excepto que estás a mi servicio; de eso no debes decir ni una palabra. ¡De prisa! Date prisa.



El hombre hizo una reverencia y salió de la habitación.

Entonces Simónides se frotó sus descoloridas manos y soltó una carcajada.

—¿Qué día es hoy, hija? —preguntó en medio de su regocijo—. ¿Qué día es? Quiero recordarlo como fecha de felicidad. Ve a mirar riendo, búscalo entre risas, y no dejes de reír al decírmelo.

A la joven no le pareció natural tanto alborozo, y como para disuadirlo respondió con voz llena de congoja.

—¡Ay de mí, padre, si alguna vez llegase a olvidar este día!

Las manos del anciano se desplomaron de golpe, y el mentón, al buscar apoyo en el pecho, se perdió entre los mullidos pliegues de su papada.

—¡Cierto; muy cierto, hija mía! —dijo sin levantar los ojos—. Es el vigésimo día del cuarto mes. Hoy hace cinco años mi Raquel, tu madre, murió. Me trajeron a casa quebrantado y destrozado como me ves, y encontramos que ella había muerto de dolor. Era para mí como la más bella de las flores que crece en los viñedos de En-Gedi. He cogido mi mirra con mi bálsamo, mi panal con mi miel[1]. La llevamos para que descansara a un sitio solitario, una tumba en la montaña, lejos de todos. Y sin embargo, en medio de tal oscuridad, me dejó una lucecilla que con los años ha ido aumentando hasta convertirse en la luz que ilumina mis días.

Simónides alzó una mano para dejarla descansar sobre la cabeza de su hija, y exclamó:

—¡Señor mío, gracias os doy por permitir que mi añorada Raquel viva de nuevo en mi querida Esther!

Un instante después levantó la cabeza y preguntó:

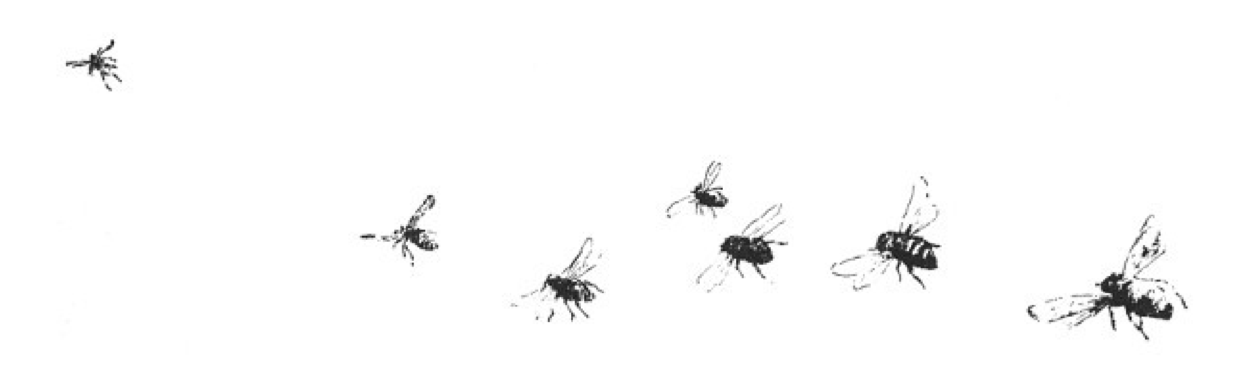
—¿Está despejado el día?

—Lo estaba cuando entró el joven.

—Entonces dile a Abimelech que venga para llevarme al jardín, desde donde puedo ver el río y los barcos, y allí te diré, querida Esther, la razón por la cual hace un momento mi boca se llenaba de risa, y mi lengua de canciones y mi espíritu era como un corzo o un venado correteando por un bosque primaveral.

Poco después se presentó un criado, y obedeciendo una orden de la joven, empujó la silla, dotada de ruedas para ese propósito, y después de sacarla de la habitación la condujo hasta la azotea de la casa más baja, que Simónides llamaba su jardín. A través de las rosas y de lechos de florecillas, que indicaban un cuidado solícito, la silla del anciano fue empujada hasta un sitio desde el cual podía ver la parte superior del palacio en la isla, el puente, que parecía disminuir de tamaño hasta perderse en la ribera opuesta y, bajo el puente, el río atestado de navíos flotando entre los danzantes esplendores de

aquel sol matutino que acariciaba las rizadas aguas. Allí lo dejó el criado con Esther.



Los estridentes gritos de los trabajadores y los ruidos que hacían con sus instrumentos de labor no le molestaban más que los pasos de la gente que cruzaba el puente, pues su oído se había acostumbrado tanto a ello, como sus ojos a la vista que se le ofrecía; así pues, todos esos sonidos pasaban desapercibidos para él, si bien le hacían pensar vagamente en futuras ganancias.

Esther se sentó en el brazo de la silla, acariciando la mano de su padre, a la espera de sus palabras. Al cabo de un rato habló Simónides con su calma habitual, habiendo recuperado el control de sí mismo gracias a su poderosa voluntad.

—Te estaba observando mientras el joven hablaba, Esther, y me pareció que te había persuadido.

—Si te refieres a que creyese en sus palabras, así es, padre.

—A tus ojos, entonces, ¿es en verdad el desaparecido hijo del príncipe Hur?

—Si no lo es… —la joven vacilaba.

—¿Y si no lo es, Esther?

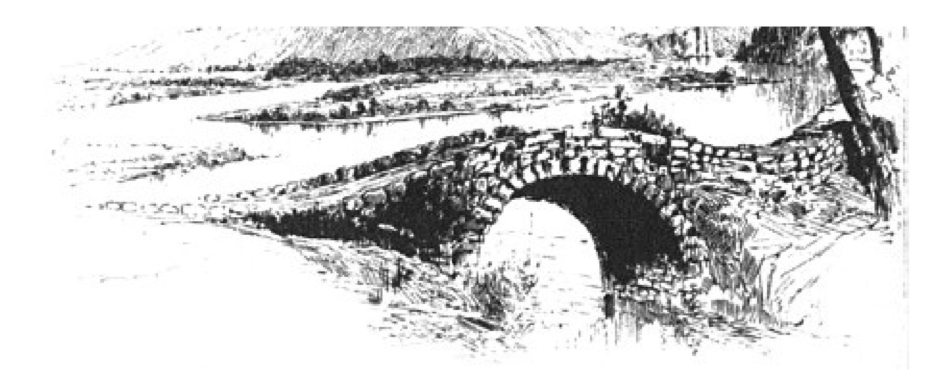
—Padre, he sido tu asistente desde que mi madre respondió a la llamada del Señor Dios; a tu lado he escuchado y he visto de qué sabia manera tratabas con hombres de todo tipo que perseguían beneficios, lícitos e ilícitos; ahora bien, si ese joven no es en realidad el príncipe que dice ser, entonces debo decir que nunca antes había presenciado que la falsedad interpretase tan bien el papel de la verdad y la honradez.

—Por la gloria de Salomón[2], hija; te expresas con vehemencia. ¿Crees entonces que tu padre fue sirviente del suyo?

—A mi entender, el joven tan solo preguntaba acerca de algo que había oído decir.

Por un instante, la mirada de Simónides se paseó entre las naves suyas que flotaban en el río, aunque seguramente en ese momento no tenían cabida en sus pensamientos.

—Bien, Esther; eres una joven muy buena, posees una auténtica perspicacia judía, y tienes la edad y fortaleza suficientes para escuchar una historia dolorosa. Préstame atención por lo tanto, y te hablaré de mí y de tu madre; te contaré cosas relativas al pasado que no conoces y ni siquiera imaginas…, cosas que oculté de los romanos que me perseguían para poder preservar la esperanza, y de ti para que tu espíritu pudiese crecer hacia el Señor tan recto como el junco que se proyecta hacia el cielo… Nací en una tumba del Valle de Hinnom[3] en la ladera sur del Monte Sión. Mi padre y mi madre eran siervos hebreos, encargados del cuidado de los higos y los olivos que crecían, rodeados de muchas vides, en el Jardín Real, situado en las inmediaciones de Siloam; de niño les ayudaba en sus labores. La clase a la cual pertenecían les obligaba a la servidumbre perpetua. Me vendieron al príncipe Hur, por ese entonces el hombre más rico de Jerusalén después del rey Herodes. Del jardín, el príncipe me trasladó a su enorme almacén de Alejandría, en Egipto, y a su servicio me hice hombre. Pasaron seis años y al llegar el séptimo quedé libre, de acuerdo con la ley de Moisés.



Esther batió sus palmas gozosamente.

—Ah, entonces no eres siervo de su padre.

—Espera, hija, escucha. En aquellos tiempos los claustros del Templo eran frecuentados por abogados que discutían vehementemente, arguyendo que los hijos de aquellos obligados a servidumbre perpetua heredaban de sus padres esa condición; sin embargo, el príncipe Hur era un hombre justo en todas sus cosas, e interpretaba la ley con el criterio de la secta más rigurosa, aunque él no pertenecía a dicha secta. Afirmó que yo era un sirviente hebreo comprado, en el verdadero sentido del gran legislador, y me dejó en libertad, corroborándolo con documentos sellados que aún tengo en mi poder.

—¿Y mi madre? —preguntó Esther.



—Vas a escucharlo todo, hija mía, ten paciencia. Antes de que termine de hablar entenderás que me sería más fácil olvidarme de mí mismo que olvidar a tu madre… Concluidos mis años de servidumbre fui a Jerusalén para la Pascua. Mi amo me hospedó. Yo sentía por él un afecto inmenso y le pedí que me dejara a su servicio. Consintió, y le serví otros siete años, pero como hijo de Israel contratado para un trabajo. En representación suya me encargué de arriesgadas empresas por mares lejanos y de no menos arriesgadas caravanas que se dirigían a Oriente, a Susa, a Persépolis y a los países de la seda, aún más distantes. Eran a la sazón rutas muy peligrosas, hija mía, pero el Señor bendijo todas y cada una de esas empresas. Ello significó enormes ganancias para el príncipe e invaluables conocimientos para mí, sin los cuales no hubiese podido hacerme cargo de las atribuciones que desde entonces me han correspondido… Un día que me hospedaba en su casa en Jerusalén, vi entrar una criada con una bandeja que contenía rebanadas de pan. Me sirvió a mí antes que a los demás. Fue esa la primera vez que vi a tu madre, y al instante me enamoré de ella. Pasado un tiempo solicité al príncipe que me permitiera tomarla por esposa. Me dijo que era una sierva a perpetuidad, pero si ella así lo deseaba, para complacerme, la dejaría en libertad. La joven correspondió a mi amor, pero era feliz en su condición y rehusó la libertad. Le rogué, le supliqué, insistiendo una y otra vez. Siempre me decía que sería mi esposa si yo aceptaba ser su compañero de servidumbre. Nuestro padre Jacob sirvió siete años más de los que le correspondían por el amor de su Raquel. ¿No podía hacer yo otro tanto por la mía? Pero tu madre decía que al igual que ella, yo tendría que ser esclavo a perpetuidad. Me alejó de su lado, pero regresé. Mira Esther, mira esto.



Le mostró el lóbulo de la oreja izquierda.

—¿No ves la cicatriz de la lezna[4]?

—La veo —respondió—, y comprendo cuánto amaste a mi madre.

—¡Amarla, Esther! Era para mí más preciosa que la Sulamita[5] para el Rey cantor, más bella, más inmaculada; una fuente en el jardín, un manantial de aguas claras y de arroyos del Líbano. Tal como se lo pedí, el amo me llevó ante los jueces y de vuelta a su casa traspasó la oreja con la lezna y me convertí entonces en su siervo a perpetuidad. Así pude conseguir a mi Raquel. ¿Hubo jamás un amor como el mío?

Esther se inclinó, le dio un beso y se quedaron en silencio, pensando en la mujer muerta tantos años atrás.

—Mi amo se ahogó en el mar —continuó diciendo el mercader—; ese fue el primer dolor que se abatió sobre mí. Hubo duelo en su casa, y en la mía, aquí en Antioquía, donde habitaba a la sazón. Fíjate bien, Esther. Cuando desapareció el buen príncipe, yo había llegado a ser su mayordomo general, con todas sus propiedades bajo mi administración y control. ¡Puedes juzgar por ello cuánto me quería y cuánto confiaba en mí! Rápidamente acudí a Jerusalén para rendir cuentas a la viuda. Ella decidió que yo siguiese como administrador general. Me apliqué a mi trabajo con mayor diligencia aún. El negocio prosperó y fue creciendo de año en año. Transcurrieron diez años; luego ocurrió la desgracia que escuchaste de labios del joven; el accidente, como lo llamaba él, del procurador Grato. El romano lo consideró un intento de asesinato. Con ese pretexto y con la aprobación de Roma, Valerio Grato confiscó para su uso personal la inmensa fortuna de la viuda y los hijos. Pero no se detuvo allí. Para que la sentencia no pudiese ser revocada, se desligó de todas las personas interesadas. Desde ese aciago día hasta el presente se ha perdido el rastro de la familia de Hur. El hijo, a quien yo conocí cuando era apenas un niño, fue enviado a galeras. La viuda y la hija fueron supuestamente confinadas a una de las muchas mazmorras de Judea, que, una vez se cierran sobre sus infortunados ocupantes, son como sepulcros sellados e inaccesibles. Desaparecieron del conocimiento de los hombres tan completamente como si hubiesen sido engullidas por el mar. No se supo cómo murieron…, no; ni siquiera se supo si, en efecto, habían muerto.

Los ojos de Esther estaban anegados de lágrimas.

—Tu corazón es bueno, Esther, tan bueno como el de tu madre; y ruego que no sufra la misma suerte que la mayoría de los buenos corazones…, el ser pisoteado por personas despiadadas y ciegas. Pero sigue escuchando con atención. Viajé a Jerusalén para ofrecer ayuda a mi bienhechora, pero fui detenido en la puerta de la ciudad y llevado a las celdas subterráneas de la Torre Antonia; no sabía el motivo hasta que vino Grato en persona para exigirme los dineros de la Casa de Hur, que como él sabía, y de acuerdo con nuestras costumbres judías de intercambio, estaban diseminados por los distintos emporios comerciales del mundo, y solo podían ser retirados con una orden mía. Me pidió que firmara autorizaciones a su nombre. Me negué. Ya tenía en su poder las casas, tierras, enseres, naves y bienes mobiliarios de la familia a la que yo servía, pero no podría tener sus dineros. Anticipé que, con la gracia del Señor Dios, podría reconstruir sus diezmadas fortunas. Rehusé

las exigencias del tirano. Me hizo torturar; mi voluntad se mantuvo firme y tuvo que dejarme en libertad sin obtener nada. Volví a casa y recomencé, pero esta vez por mi propia cuenta y no por cuenta del príncipe Hur de Jerusalén. Tú sabes, Esther, cómo he prosperado, sabes que en mis manos el crecimiento de la fortuna del príncipe ha sido algo milagroso; sabes también que, tres años más tarde, cuando me dirigía a Cesarea fui apresado y por órdenes de Grato torturado por segunda vez para obligarme a confesar que mis bienes y dineros estaban sujetos a un mandato suyo de confiscación, y sabes que, al igual que antes, fracasó. Con el cuerpo quebrantado volví a casa y encontré que mi Raquel había muerto de temor y dolor por mí. Se había hecho la voluntad del Señor Nuestro Dios y debía seguir viviendo. Del mismo Emperador compré mi inmunidad y una licencia para comerciar a lo largo y ancho del mundo. Hoy en día, ¡y alabado sea aquel que hace de las nubes su carruaje y camina sobre los vientos!, hoy en día, Esther, todo el dinero que se me confió para que lo administrara se ha multiplicado en talentos suficientes para enriquecer al César.

—Levantó la cabeza, orgulloso, y sus ojos se encontraron con los de Esther; mútuamente se leyeron el pensamiento. Sin bajar la mirada, Simónides preguntó:

—¿Qué debería hacer con estos tesoros?

—Padre mío —respondió ella en voz baja—, ¿no acaba de solicitarlos su legítimo dueño?

Su mirada siguió firme.

—Y tú, mi pequeña. ¿Te dejaré en la miseria, convertida en una pordiosera?

—No, padre; como hija tuya, ¿no soy acaso su esclava? ¿Y quién escribió aquello que dice, «la fortaleza y el honor son sus vestiduras, y habrá de regocijarse en los tiempos venideros»[6]?

Un destello de amor inefable iluminó el rostro del anciano.

—El Señor ha sido bondadoso conmigo de muchas maneras —dijo—, pero tú, Esther, eres el más excelso de los dones que me ha concedido.

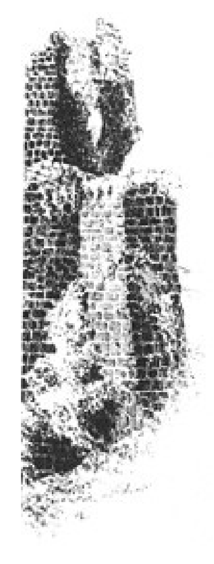
La apretó contra su pecho y la besó repetidamente.

—Ahora escucha —dijo con una voz más nítida—, escucha la razón por la cual reía esta mañana. Al ver a ese joven me pareció estar viendo a su padre en la flor de su juventud. Mi espíritu se elevó para saludarle. Sentí que

llegaban a su fin mis días de prueba y mis esfuerzos. A duras penas podía contenerme para no dar gritos de alegría. Estaba ansioso de tomarle de la mano y mostrarle todo lo que he ganado desde entonces y decirle: «Mirad, todo esto es vuestro, y yo soy vuestro siervo, listo para retirarme del negocio cuando así lo dispongáis». Y así lo hubiese hecho, Esther, así lo hubiese hecho, pero en ese momento me asaltaron tres pensamientos que me refrenaron. Me aseguraré de que es el hijo de mi amo, fue el primero de ellos; y de ser así conoceré algo acerca de su carácter. Piensa, hija mía, en el caso de tantas personas que nacen ricos y en cuyas manos las riquezas se convierten en perennes maldiciones.

Simónides hablaba lentamente; sus manos crispadas, la voz trémula de emoción.

—Esther, piensa en los dolores que debí soportar a manos de los romanos. No; no solo Grato; también eran romanos los miserables que despiadadamente ejecutaron sus órdenes de torturarme, y todos reían de buena gana al oírme gritar. Piensa en mi cuerpo quebrantado, y en los años en que me he visto disminuido, incapaz de erguirme. Piensa en tu madre, en aquella tumba solitaria, muerta, con el corazón tan destrozado, como lo está mi cuerpo. Piensa en la congoja de la familia de mi amo, si siguen con vida, y en la crueldad de su partida, si han muerto. Piensa en todo esto, hija mía, y dime por el amor del cielo, ¿no ha de caer un solo cabello ni ha de correr una sola gota roja en expiación por todo ello? No me digas, como a veces afirman los predicadores, no me digas que la venganza es del Señor. ¿Acaso no se vale Él de los hombres para ejecutar su voluntad, tanto para castigar como para beneficiar? ¿Acaso no han sido más numerosos sus hombres de guerra que sus profetas? ¿No es suya la ley que dice, «ojo por ojo, mano por mano, pie por pie»[7]? Ah, durante todos estos años he soñado con la venganza, he rogado por ella, para ella me he preparado, y he hecho acopio de paciencia al ver cómo crecía mi riqueza, pensando, prometiéndome que, así como Dios existe, algún día me permitiría comprar el castigo para aquellos malvados. Y cuando al hablar del ejercicio de las armas el joven decía que obedecía un propósito que no deseaba nombrar, yo sabía muy bien cuál era ese propósito: ¡venganza!, y fue ese el tercer pensamiento que me mantuvo impasible mientras duró su súplica, y que me hizo reír cuando se hubo marchado.



Esther acarició las manos marchitas y dijo, como si su espíritu, al igual que el de su padre, mirase ya hacia el futuro, ansioso de resultados concretos:

—Se ha marchado. ¿Volverá?

—Ah; el fiel Malluch se ha ido con él y lo traerá de vuelta cuando yo esté listo.

—¿Y eso cuando será, padre?

—No tardará mucho, no tardará mucho. El joven cree que todos sus testigos han muerto. Uno de ellos vive y lo reconocerá infaliblemente si se trata en verdad del hijo de mi amo.

—¿Su madre?

—No, hija; pondré el testigo ante él; hasta entonces dejemos el asunto en manos del Señor. Estoy cansado. Llama a Abimelech.

Esther llamó al sirviente, y regresaron a la casa.

Capítulo V
El bosquecillo de Dafne

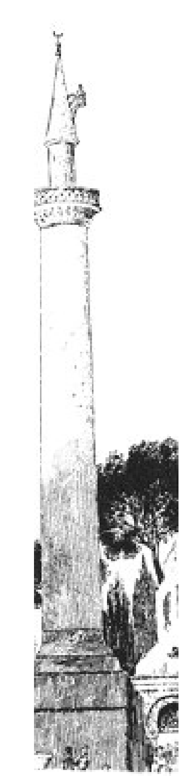
Cuando Ben-Hur salió atropelladamente del enorme almacén, le atormentaba el pensamiento de que se trataba de un fracaso más que agregar a la larga lista en su empeño por encontrar a su gente, y el pensamiento era tanto más deprimente cuanto queridas le eran las personas que buscaba. Una vez más le invadía aquella sensación de absoluta soledad que más que cualquier otra cosa sirve para despojar a un alma abatida del poco interés por vivir que pueda quedarle.

A través de la gente y de los montones de mercancía se abrió paso hasta llegar al borde del embarcadero, y por un instante se sintió tentado por las sombras que oscurecían el río. La corriente perezosa parecía haberse detenido para esperarle. Contrarrestando ese hechizo volvieron a su memoria las palabras del viajero: «Es mejor ser un gusano y alimentarse de las moras de Dafne que ser huésped de un rey». Dio media vuelta y, siguiendo el embarcadero, con prisa, dirigió sus pasos al albergue.

—¡El camino de Dafne! —dijo el encargado, sorprendido con la pregunta que Ben-Hur le hacía—. ¿Nunca habías estado aquí? Bueno, entonces considera este el día más feliz de tu vida. No puedes equivocar el camino, la siguiente calle a la izquierda, en dirección Sur, conduce directamente al Monte Sulpio, coronado por el altar de Júpiter y el anfiteatro; sigue por allí hasta la tercera calle transversal, conocida como la Columnata de Herodes: dobla allí a la derecha y conservando la misma dirección atraviesa la antigua ciudad de Seleuco hasta las puertas de bronce de Epífanes. En ese punto comienza el camino a Dafne…, y que los dioses te guarden.

Después de dar un par de instrucciones en cuanto a su equipaje, Ben-Hur se puso en marcha.

Fácilmente encontró la Columnata de Herodes; continuó desde allí hasta las puertas de bronce a la sombra de columnas de mármol que se perdían en la distancia, cruzándose en su camino con una abigarrada multitud compuesta por personas de todas las naciones de la tierra que mantenían entre sí relaciones comerciales.



Habrían pasado cuatro horas desde la salida del sol cuando cruzó la puerta y se encontró en medio de una procesión en apariencia interminable, que avanzaba hacia el famoso bosquecillo. El camino estaba separado en sendas vías para peatones, jinetes y carros, y cada una de ellas separadas a su vez en dos senderos, uno para los que iban y otro para los que regresaban. Las líneas divisorias estaban señaladas por balaustradas bajas, interrumpidas por pedestales enormes, sobre muchos de los cuales se veían estatuas. A ambos lados del camino se extendía un margen de césped perfectamente cuidado, sobre el cual resaltaban a intervalos grupos de robles y de sicómoros, y cabañas sombreadas por parras, para ofrecer reposo a los caminantes agotados, que siempre eran numerosos en el camino de vuelta. Las vías utilizadas por los peatones estaban pavimentadas de piedra roja, mientras que las demás estaban recubiertas de arena blanca compactamente apisonada. Era asombroso el número y la variedad de fuentes en funcionamiento, casi todas obsequiadas por reyes que habían visitado el lugar, y bautizadas con el nombre del respectivo rey. El magnífico camino recorría unas cuatro millas desde la ciudad hasta las puertas del bosquecillo.

Sumido como estaba en tristes pensamientos, Ben-Hur a duras penas se daba cuenta de la regia munificencia con que había sido construido el camino. En un principio tampoco reparó en la multitud que avanzaba junto a él; y miró con la misma indiferencia las vistosas procesiones que hacia allá se dirigían. A decir verdad, además de su ensimismamiento, miraba todo aquello con algo del desdén de un romano que visita las provincias, habituado a las diarias ceremonias que se celebraban en torno a la columna de oro que Augusto hizo erigir como centro del mundo. Más bien aprovechaba cualquier oportunidad que se le presentaba para abrirse paso y adelantar a sus compañeros de camino, demasiado lentos para su impaciencia. Cuando se acercaba a Heracleia, una aldea intermedia entre la ciudad y el bosquecillo, con el cuerpo y la mente fatigados, se sentía más dispuesto a observar lo que le rodeaba. Lo primero que atrajo su atención fue una pareja de cabras conducidas por una

hermosa mujer, adornadas tanto las cabras como la mujer, por cintas multicolores y flores resplandecientes. Luego se detuvo para admirar a un toro de soberbia estampa, blanco como la nieve, cubierto con hojas de pana recién cortadas, y cargando sobre su ancho lomo una cesta, en cuyo interior se encontraba un niño desnudo, que era la viva imagen del joven Baco, exprimiendo en un cáliz el jugo de los frutos maduros y bebiéndolo en medio de invocaciones a la libación[1]. Mientras reanudaba la marcha, se preguntaba qué altares serían enriquecidos con las ofrendas. A su lado pasó un caballo con las crines recortadas, como era entonces la moda, montado por un jinete magníficamente ataviado. Sonrió al observar la igualdad entre hombre y animal en lo que al orgullo se refería. A partir de ese momento comenzó a volver la cabeza cada vez que escuchaba el rumor de ruedas y el retumbar de los cascos; poco a poco se iba interesando en el estilo de los carruajes y el atuendo de los conductores que iban y venían. No pasó mucho tiempo antes de que empezara a reparar en las personas que caminaban a su alrededor. Vio que eran de todas las edades, de ambos sexos y de condiciones muy variadas, y comprobó que todos iban ataviados como para un día de fiesta. Un grupo iba vestido de blanco, otro de negro, algunos exhibían banderas, otros quemaban incienso; unos avanzaban lentamente, entonando himnos; otros marcaban el paso con flautas y panderetas. Si era ese el aspecto del camino a Dafne todos los días del año, ¡qué sitio más maravilloso tenía que ser Dafne! De repente se escucharon estruendosos aplausos y una explosión de gritos de júbilo. Siguiendo la dirección que señalaban muchos dedos, vio en la cuesta de una colina la elaborada puerta que daba acceso al bosquecillo sagrado. Los himnos subieron de tono, la música aceleró el ritmo; y Judá, como si fuese llevado en andas por aquella impetuosa corriente, partícipe del entusiasmo general, al franquear la entrada, influido como estaba por las creencias y gustos de los romanos, fue invadido por un sentimiento de veneración por el lugar.



Cruzando la estructura que adornaba la entrada —una columna genuinamente griega— se encontró en una amplia explanada pavimentada con piedra pulida, rodeado por una multitud inquieta y bulliciosa vestida con los colores más brillantes que, sin embargo, eran suavizados por el rocío iridiscente que producían las fuentes. En frente suyo, hacia el Suroeste, una serie de inmaculados senderos se extendían hacia un jardín, y más allá del jardín hacia un bosque, cubierto por un tenue velo de vapor azul. Judá escrutó pensativamente el horizonte, indeciso sobre el sitio hacia el cual debería dirigirse. En ese momento una mujer exclamó:

—Es hermoso. ¿Pero hacia dónde debemos continuar ahora?

Su acompañante, que ostentaba una guirnalda de laurel, soltó una carcajada y respondió:

—¿Hacia dónde, oh, bárbara preciosa? La pregunta implica un temor terrenal, ¿y acaso no acordamos dejar todo aquello atrás, en Antioquía, junto con esas tierras amarillentas? Los vientos que aquí soplan son el aliento de los dioses. Entreguémonos a la voluntad de los vientos y dejemos que ellos nos conduzcan.

—Pero ¿y si nos perdiésemos?

—¡Ah! ¡Qué medrosa eres! Nadie se ha perdido en Dafne, salvo aquellos para quienes sus puertas se han cerrado eternamente.

—¿Y a quiénes les ha ocurrido eso? —preguntó la mujer, todavía temerosa.

—A los que se han entregado a los encantos del lugar y lo han elegido como morada en la vida y en la muerte. ¡Pon atención! Coloquémonos aquí y te indicaré de quiénes hablo.

Sobre el pavimento de mármol se escuchó el rumor de sandalias; los presentes abrieron paso para que entrara un grupo de jovencitas, que se apresuraron a rodear al hombre que hablaba y a su bella amiga, cantando y bailando al compás de panderetas que ellas mismas tocaban. La mujer, aterrorizada, se aferró al hombre, quien la rodeó con un brazo, mientras con la mano libre seguía el ritmo de la música, el rostro encendido de entusiasmo. Los cabellos de las bailarinas flotaban libremente y el tinte rosáceo de brazos y piernas se alcanzaba a ver por entre las túnicas de gasa que escasamente las cubrían. Las palabras serían incapaces de dar cuenta de la voluptuosidad de la danza. Una sola y breve ronda y las jovencitas desaparecieron tan raudas como habían llegado.

—¿Qué piensas ahora? —le preguntó a gritos el hombre a la mujer.

—¿Quiénes son? —preguntó a su vez ella.

—Son *devadasi*[2], sacerdotisas consagradas al templo de Apolo. Hay una verdadera legión de ellas. Se encargan de cantar los coros durante las celebraciones. Aquí tienen su hogar. A veces llegan hasta alguna ciudad, pero todo lo que consiguen lo traen aquí para enriquecer la casa del divino músico. ¿Vamos ya?

Un minuto más tarde la pareja había desaparecido.

Ben-Hur sintió alivio con la aseveración de que nunca nadie se había perdido en Dafne y también él se puso en camino…, aunque no sabía hacia dónde.

Una escultura del jardín, encaramada sobre un hermoso pedestal, atrajo su atención. Resultó ser la estatua de un centauro. Una inscripción informaba a los visitantes que no lo supiesen, que representaba a Quirón, el bienamado de Apolo y Diana, instruido por ellos en los misterios de la caza, la medicina, la música y la profecía[3]. La inscripción también indicaba al forastero que si en una noche clara y a una hora determinada miraba hacia el firmamento, podría contemplar a los muertos que habitaban entre las estrellas, en el sitio al que Júpiter había trasladado a los genios bienhechores.



El más sabio de los centauros, no obstante, continuaba al servicio de la humanidad. En su mano sostenía un pergamino, sobre el cual estaba grabado, en griego, el siguiente anuncio.

> ¡Oh viajero!
> ¿Llegáis aquí por vez primera?
>
> I. Escuchad las canciones de los arroyos y no temáis la llovizna que cae de las fuentes; así las Náyades[4] aprenderán a amaros.
> II. Las brisas que habitan Dafne son Céfiro y Austro, amables ministros de la vida que recogerán para vos dulces frutos; cuando sopla Euro. Diana está en otro sitio cazando; cuando Bóreas sopla con ímpetu, escondeos porque Apolo está iracundo[5].
> III. Las sombras del bosquecillo son vuestras durante el día; en la noche pertenecen a Pan y a mis Dríadas[6]. No les molestéis.
> IV. Comed moderadamente del loto que crece a orillas de los arroyuelos[7], a menos que queráis perder la memoria, lo cual equivale a convertirse en criatura de Dafne.
> V. Evitad las telas de araña…, son obra de Aracne, que trabaja para Minerva[8].
> VI. Si quisierais contemplar las lágrimas de Dafne solo tenéis que romper el brote de una rama de laurel…, y morir.
>
> ¡Tened cuidado!
> Y quedaos aquí y sed feliz.

Ben-Hur dejó la interpretación del místico anuncio a las personas que le rodeaban, y se hizo a un lado en el preciso momento en que pasaba el grupo con el toro blanco. Vio al niño que iba sentado en la cesta, seguido por un cortejo, detrás de ellos la mujer con las cabras y, después de la mujer, los que tocaban flautas y panderetas, seguidos a su vez por otro cortejo que traía ofrendas.

—¿Hacia dónde van? —preguntó uno de los presentes.

Otro le contestó:

—El toro es para el padre de Júpiter; la cabra…

—¿No cuidó en una ocasión Apolo los rebaños de Admeto[9]?

—Así es; la cabra es para Apolo.

Una vez más apelamos a la benevolencia del lector para intercalar una explicación. Después de una prolongada relación con personas que profesan una fe diferente a la nuestra, suele adquirirse una mayor flexibilidad en lo que se refiere a las religiones. Gradualmente llegamos a la convicción de que cualquiera de los credos tiene entre sus seguidores a hombres buenos que merecen nuestro respeto y que, además, no les respetamos verdaderamente si no profesamos una cortesía por ese credo. Ben-Hur había llegado a ese punto. Ni los años pasados en Roma ni aquellos en la galera habían afectado en modo alguno su fe religiosa: seguía siendo judío. Desde el punto de vista que acabamos de explicar, sin embargo, no constituía una impiedad el buscar y el apreciar lo que había de hermoso en el bosquecillo de Dafne.

Ben-Hur estaba furioso, pero no como la persona que se irrita por una tontería, y tampoco como un insensato cuyo enojo no tiene verdadera razón de ser, y se disipa con un reproche o una maldición; no, en su caso era más bien la ira peculiar a las naturalezas ardientes que de repente se revelan como tales a raíz de la brusca aniquilación de una esperanza, mejor dicho de un sueño, en el cual la más deseable de las felicidades parecía estar al alcance. En un caso así, no hay soluciones intermedias para eliminar esa pasión. El combate es contra el destino mismo.

Continuando un poco más lejos con esta disquisición filosófica, diremos que serían mucho menos infortunados estos combates con el destino si se tratase de algo tangible, que pudiese ser ahuyentado con una mirada o un golpe, o si se tratase de un personaje que hablase y escuchase y con quien fuese posible emplear elevadas palabras. Quizás así, el desventurado mortal no terminaría por castigarse a sí mismo en todos y cada uno de los casos.

De haberse encontrado en un estado normal de ánimo, Ben-Hur no hubiese venido solo hasta el bosquecillo o, de haberlo hecho, se hubiese servido de su posición como pariente del cónsul, y hubiese tomado precauciones para no aventurarse al azar, sin conocer el sitio y sin ser

conocido de nadie; habría tomado atenta nota de cada uno de los sitios de interés, y los hubiese visitado acompañado de un guía, como si se tratase de asuntos de negocios, o bien, si quisiese despilfarrar días de descanso en un sitio tan hermoso, hubiese tenido a mano una carta de recomendación para el amo de todo aquello, quienquiera que fuese. Esto le hubiese convertido en un visitante que venía a admirar el sitio, al igual que los bulliciosos grupos que junto a él caminaban; pero el hecho es que no sentía reverencia por las deidades del bosquecillo y tampoco curiosidad; era un hombre cegado por un amargo desengaño, un hombre a la deriva, que en lugar de esperar lo que el destino tuviese a bien depararle, coma a su encuentro como si desesperadamente quisiera desafiarlo.

Todos hemos pasado por un estado de ánimo similar, aunque, quizás en grados diferentes, y cualquiera podría reconocer ese estado de ánimo como aquel en el cual ha actuado osadamente y en apariencia con gran serenidad; y sin duda todos los lectores dirán para sus adentros, «Afortunado Ben-Hur si la locura que en este momento le posee no es más que un arlequín con un silbato y un gorro de colorines, y no algún arranque de violencia con su espada despiadadamente afilada».



Capítulo VI
Las moreras de Dafne

Ben-Hur entró en el bosque en compañía de los cortejos. Inicialmente no tenía el interés suficiente para preguntar a dónde se dirigían; sin embargo, tenía la vaga impresión de que se encaminaban a los templos, que eran los elementos centrales del bosquecillo, la atracción suprema.

Al cabo de un rato, cuando los cantantes armonizaban ensoñadoramente con un coro de suaves y dulces tonos, comenzó a repetirse así mismo: «Es mejor ser un gusano y alimentarse de las moras de Dafne que ser huésped de un rey». Después de repetir muchas veces lo mismo, comenzaron a surgir preguntas que le apremiaban a encontrar respuestas: ¿Tan dulce era la vida en el bosquecillo? ¿En qué consistía el encantamiento? ¿Radicaba en alguna intrincada profundidad filosófica o se trataba más bien de algo superficial, discernible para nuestros sentidos en condiciones normales y cotidianas? Cada año miles de personas abandonaban el mundo y se entregaban al bosquecillo para ser sus servidores. ¿Descubrían en qué radicaba el encanto? Y cuando lo encontraban, ¿era el encanto suficiente para inducir a un olvido tan profundo que eliminara por completo de la mente la infinita diversidad de aspectos que conforman la vida? ¿Aquellos que la dulcifican y aquellos que la amargan? ¿Esperanzas que iluminan el futuro inmediato así como penas engendradas en el pasado? Si el bosquecillo había sido algo tan bueno para otros, ¿por qué no podría serlo también para Ben-Hur? Él era judío; ¿podría ser que tales excelencias estuviesen al alcance de todos con excepción de los hijos de Abraham? Inmediatamente aplicó todas sus facultades a la tarea de explorar esas cuestiones, sin prestar atención a las canciones de quienes portaban ofrendas y sin mirar a aquellas danzarinas que marchaban a su lado.

El firmamento no le dio ninguna pista para resolver sus interrogaciones; permanecía azul, intensamente azul, surcado por bulliciosas golondrinas, y exactamente igual al firmamento que cubría la ciudad.

Más allá, desde los bosques que se vislumbraban a su derecha, se levantó una brisa que velozmente recorrió el camino e inundó a Ben-Hur con una oleada de dulces aromas, una mezcla de rosas y especias. Se detuvo, al igual

que muchas otras personas a su alrededor, para mirar en la dirección de dónde provenía la brisa.

—¿Hay algún jardín en aquel sitio? —preguntó a un hombre que estaba a su lado.

—Debe ser más bien alguna ceremonia sacerdotal que se está celebrando… Algún rito en honor de Diana o de Pan o de alguna deidad de los bosques.



Ben-Hur se sorprendió al escuchar que el otro le había contestado en su lengua materna.

—¿Hebreo? —le preguntó.

El otro respondió sonriendo con deferencia.

—Nací a un tiro de piedra de la Plaza del Mercado de Jerusalén.

Ben-Hur se disponía a decir algo más, cuando la multitud pareció arremeter hacia adelante, empujándole fuera del camino y llevándose lejos al desconocido. La vestidura talar, el cayado, un jirón de tela color marrón atado a la cabeza con una cinta amarilla, y un rostro tan hebreo como el atuendo que llevaba quedaron grabados en la memoria del joven como una especie de sumario de aquel hombre.

Esto había sucedido en un sitio donde se originaba un sendero hacia el bosque, ofreciendo un agradable escape de la ruidosa procesión. Ben-Hur aprovechó la oportunidad.

Se dirigió primero a un matorral que, visto desde el camino, parecía encontrarse en su estado natural, espeso, impenetrable, un refugio para las aves salvajes. Un par de pasos, sin embargo, bastaron para descubrir que bajo las arqueadas ramas, el suelo estaba hermoseado por brillantes capullos sobre los cuales se entrelazaban los tallos del jazmín. De las lilas a las rosas, de los lirios a los tulipanes, de las adelfas a los madroños, todos ellos viejos amigos en los jardines de los valles que rodean la ciudad de David[1]. La brisa, ora demorándose a su antojo, ora pasando veloz, día y noche se cargaba allí de dulces emanaciones; y para que fuese completa la felicidad de ninfas y

náyades[2], a través de las sombras cargadas de flores corría un manso y sinuoso arroyo.

Al salir del matorral y seguir su camino, brotaban a derecha e izquierda los zureos de las palomas y los arrullos de las tórtolas; los mirlos le esperaban y le invitaban a acercarse; pasó muy cerca de un ruiseñor, a solo un brazo de distancia y, sin embargo, el ave permanecía inmóvil, sin demostrar miedo alguno; una codorniz cruzó velozmente junto a sus pies, conduciendo a sus polluelos, y cuando Judá se detuvo para darles paso, vio que una figura se incorporaba de un lecho de dulcísimo almizcle, brillante, con los capullos de doradas flores. Judá se quedó atónito. ¿Le había sido dado ver a un sátiro[3] en su morada? La criatura levantó los ojos para mirarlo y Judá vio que se trataba de un hombre que llevaba apretada entre los dientes una curvada podadera; se rio entonces de su propio miedo y ¡he aquí que se desveló el hechizo! Disfrutar de la paz sin temor alguno…, en ello radicaba la paz absoluta.

Se sentó en el suelo, a la sombra de un limonero que ávidamente extendía sus raíces grisáceas para alcanzar un afluente del arroyuelo. Cerca del agua burbujeante el nido de un pardo colgaba de una rama y la diminuta criatura asomaba la cabeza por la abertura del nido, y le miraba a los ojos. «Verdaderamente esta avecilla quiere comunicarme algo» —pensó—. «Quiere decir: no te tengo miedo, porque la ley de este sitio feliz es el amor».

El encanto del bosquecillo le pareció obvio; se sintió contento, y decidió a abandonarse a Dafne. ¿No podría cuidar de las flores y los arbustos y vigilar el crecimiento de tantas mudas maravillas, al igual que el hombre con la podadera en la boca, y así renunciar a su atribulada vida, olvidándose de todo y olvidado de todos?

Pero poco a poco su educación judía comenzó a agitarse en su interior.

El encanto podría ser suficiente en el caso de algunas personas, pero ¿qué clase de personas?

El amor es algo delicioso… Ah, y que agradable cuando sucede después de una desdicha como la suya. ¿Pero lo es todo en la vida? ¿Todo?

Existía una gran diferencia entre él y aquellos que alegremente se extraviaban en este sitio. No tenían deberes…, no era posible que tuviesen deberes…, pero él…

—¡Dios de Israel! —exclamó en voz alta, poniéndose en pie de un salto, con las mejillas encendidas—. ¡Madre! ¡Tirzah! ¡Maldito sea el momento y maldito sea el sitio en que pueda abandonarme a la felicidad mientras aún estéis ausentes!

Se alejó apresuradamente a través de la espesura, y llegó hasta un arroyo, hondo como un río, que corría entre dos riberas recubiertas de piedra, interrumpidas a intervalos por esclusas. Un puente llevaba hasta el otro lado del arroyo el sendero que Judá seguía en ese momento, y al detenerse en lo alto, alcanzó a ver otros puentes, todos diferentes entre sí. A sus pies el agua reposaba, formando un profundo estanque; un poco más abajo se precipitaba rugiente sobre un grupo de rocas; luego había otro estanque, después una cascada y así sucesivamente hasta donde alcanzaba la vista; y los puentes y los estanques y las cascadas decían tan claramente, como pueden hacerlo los seres que carecen de palabra, que el río corría siguiendo la voluntad de un dueño, exactamente como lo disponía ese dueño, y con la docilidad que corresponde a un servidor de los dioses.

Al otro lado del puente alcanzaba a divisar un panorama de dilatados valles y elevaciones de diversa altura, con arboledas y lagos y bellas casas de caprichosas formas, unidas entre sí por blancos senderos y brillantes arroyuelos. Como los valles estaban en las tierras bajas, las aguas del río podían ser utilizadas para regarlas en épocas de sequía, y parecían tapetes verdes ornamentados con lechos de flores y campos floridos, y moteados por rebaños de ovejas blancas como la nieve. Como para indicarle el carácter piadoso de todo lo que contemplaba, los altares, dispuestos al aire libre, parecían innumerables, cada uno presidido por un sacerdote de blanca vestidura, mientras que muchas personas, también vestidas de blanco, avanzaban en lenta procesión entre unos altares y otros. Sobre los sitios consagrados flotaba a media altura el humo de los altares, formando pálidas nubecillas.

Ben-Hur iba de un lado a otro, feliz de correr, exuberante al tomar una pausa, de un objeto a otro, de un sitio a otro, ora en la pradera, ora en los altozanos, un momento ansioso de franquear los matorrales y observar las procesiones, y al momento siguiente entregado a los esfuerzos por seguir alguno de los intricados senderos o sinuosos arroyuelos que desaparecían en la distancia, y al final… ¡Ah!, ¿cuál podría ser un final apropiado para una escena tan hermosa? ¿Qué cruciales misterios podrían ocultarse tras una introducción tan maravillosa? Su mirada se paseaba de un lado a otro, inquieta, y no podía menos que creer, obligado por lo que veía, y como un resumen de todo aquello, que había paz en el aire y paz en la tierra, una invitación por doquier para acercarse, postrarse y entregarse al descanso.

De pronto una revelación se abrió paso en su conciencia: el bosquecillo era, de hecho, un templo, un vastísimo templo, ¡un templo sin paredes!

¡Algo verdaderamente sin igual!

El arquitecto no había tenido que devanarse los sesos pensando en columnas y pórticos, en proporciones o espacios interiores, no, no había tenido ninguna limitación en cuanto a la épica empresa que se proponía materializar; simplemente había puesto la naturaleza a su servicio; más lejos no puede llegar el arte. De ese modo el astuto hijo de Júpiter y Calisto había construido la antigua Arcadia[4]. En ese caso al igual que en el del bosquecillo el genio responsable de la ejecución había sido un griego.

Desde el puente Ben-Hur avanzó hacia el valle más cercano.

Se encontró con un rebaño de ovejas. La pastora era una niña, y le hizo señas de que se acercara.

Más adelante el sendero quedaba dividido en dos por un altar —un pedestal de basalto negro cubierto por una losa de mármol blanco diestramente chapeada, y sobre el pedestal un brasero de bronce dentro del cual ardía un fuego. Al ver a Judá, una mujer que se hallaba cerca del altar agitó una rama de sauce y cuando él ya pasaba de largo lo llamó, invitándole a que se quedase. Y la tentación que irradiaba su sonrisa era aquella de la juventud apasionada.

Un poco más adelante aún, encontró una de las procesiones; a su cabeza un grupo de niñas pequeñas, desnudas a excepción de las guirnaldas que las adornaban, modulando sus agudas voces hasta transformarlas en una canción; en seguida venía un grupo de niños, también desnudos, con los cuerpos intensamente bronceados, que danzaban al compás de la canción de las niñas. Detrás de los dos grupos venía la procesión propiamente dicha, integrada exclusivamente por mujeres, que portaban cestas con especias y dulces para los altares y vestían sencillas túnicas, evidentemente despreocupadas por lo que quedaba expuesto a la vista. Cuando pasaba Judá, las mujeres alzaban las manos en dirección suya, diciendo:

—¡Quédate y ven con nosotras!

Una de ellas, una griega, cantó un verso de Anacreonte[5]:

Para hoy, tomo y otorgo
Para hoy, bebo y la vida disfruto
Para hoy requiero dádivas o préstamos
¿Qué sabemos del mañana inescrutable?

Pero Ben-Hur siguió su camino, indiferente, y llegó a una arboleda exuberante, en el corazón del valle y en el sitio que resultaría más atractivo para el ojo de un observador. Cuando el sendero que seguía se aproximaba a la arboleda, sintió que en medio de la espesura había algo que reclamaba la atención, y a través del follaje alcanzó a ver el resplandor de lo que parecía una pretenciosa estatua. Se apartó entonces del sendero y se introdujo en el fresco refugio.

El césped se veía fresco, límpido. Los árboles que no estaban apretujados unos contra otros, incluían muchísimas de las especies nativas del Oriente, mezcladas sabiamente con árboles provenientes de lejanas latitudes. Un rincón estaba dedicado exclusivamente a las palmeras, empenachadas como hermosas reinas: otro a los sicómoros que se elevaban majestuosamente sobre árboles de laurel de follaje más oscuro: también se veían los siempre verdes robles que se alzaban umbrosos, y cedros lo suficientemente grandes para ser reyes en el Líbano; y moreras: y terebintos[6] tan hermosos que no sería una exageración decir que parecían escapados de los jardines del Paraíso.

La estatua resultó ser una Dafne de asombrosa belleza… Pero Ben-Hur a duras penas tuvo el tiempo suficiente para echar un vistazo al rostro: en la base del pedestal, una jovencita y un muchacho estaban recostados sobre una piel de tigre, dormidos uno en brazos del otro, junto a ellos los implementos de sus respectivas labores descuidadamente arrojados sobre un montón de rosas marchitas: el hacha y la hoz del muchacho y la cesta de la jovencita.

Se sobresaltó ante aquel descubrimiento. Antes, en la quietud de la perfumada espesura había descubierto, o así lo había creído, que el encanto del bosquecillo radicaba en la paz sin temor, y por poco se abandona a él: ahora al contemplar esta pareja que dormía a la plena luz del día, que dormía a los pies de Dafne, llegaba a otro capítulo del cual solo se podría permitir la más vaga de las alusiones. La ley de este sitio era el amor, pero un amor sin ley.



¡Y era esta la dulce paz de Dafne!

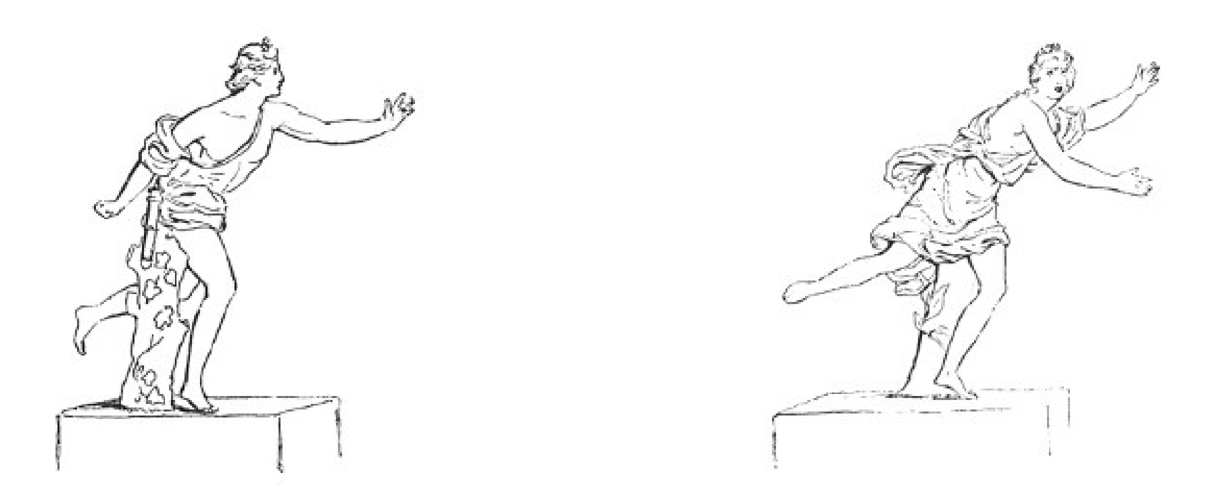
¡Y este el propósito más elevado en la vida de sus ministros!

¡Para ello entregaban sus ingresos reyes y princesas!

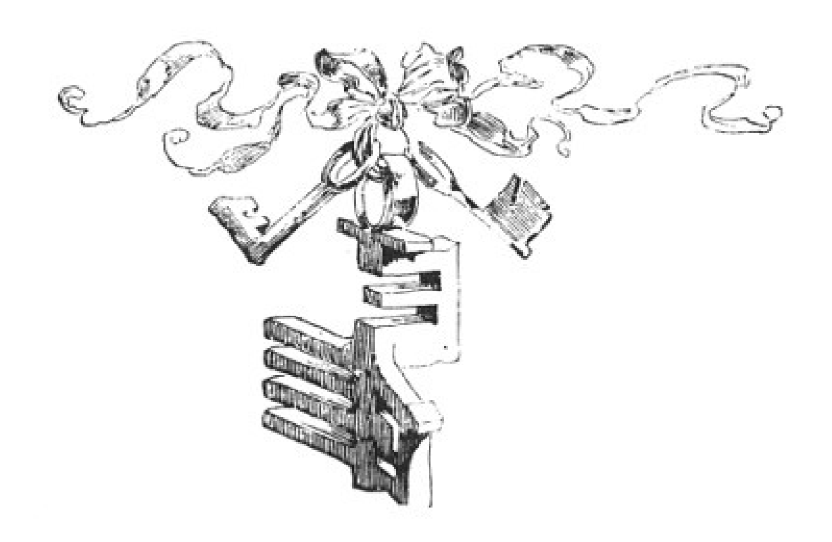
¡Para ello un grupo de taimados sacerdotes se encargaban de subordinar a la naturaleza: a sus aves, manantiales y lirios, al río, el trabajo de muchísimas manos, la santidad de los altares, el fértil poder del sol!

Sería grato dejar constancia de que a medida que Ben-Hur proseguía su caminata, asaltado por tales pensamientos, comenzaba a compadecerse de los adeptos que habían hecho voto de consagrarse a este enorme templo al aire libre, especialmente de aquellos que lo conservaban en un estado tan sumamente placentero. Ya no era ningún secreto para él cómo habían llegado a esa condición, pues el motivo, la influencia, el aliciente, aparecía ante él. Algunos, sin duda, habrían sido atrapados por la promesa de que sus atribulados espíritus encontrarían una paz sempiterna en aquel consagrado refugio, a cuya belleza podían contribuir con el trabajo personal si carecían de dinero. Pero a este grupo pertenecían solo unos cuantos, con un intelecto particularmente sujeto a la esperanza y al miedo, que no era el caso de la gran mayoría de los que allí llegaban. Las redes de Apolo eran vastas, sus mallas pequeñas, y sería difícil hablar de las presas que cada día desembarcaban los pescadores a su servicio, y no tanto porque no pudiese describirse, sino más bien porque no debería hacerse. Baste con decir que el grueso de los

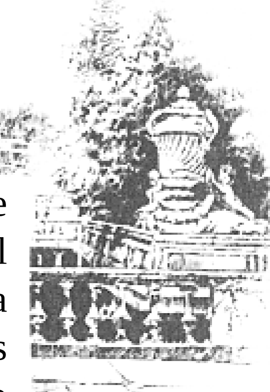
moradores estaba compuesto por los sibaritas del mundo y por una multitud de devotos del elemental sensualismo que por entonces imperaba en Oriente. Aquella grey no había hecho votos a ninguna causa excelsa: ni al dios cantor o su desdichada esposa: ni a ninguna corriente filosófica para cuya práctica se requiriese la quietud del retiro; ni a una búsqueda del alivio que se encuentra en la religión: ni al amor en su sentido más sagrado. Amable lector, ¿por qué no habría de decirse aquí la verdad? Sí; hay que constatar que en aquella época habitaban la tierra solamente dos pueblos capaces de experimentar los elevados propósitos que acabamos de enumerar: aquellos que vivían según la ley de Moisés y aquellos que vivían según la ley de Brahma. Unicamente ellos hubiesen podido advertiros: «Mejor una ley sin amor que un amor sin ley».



Además, la compasión depende en alto grado del estado de ánimo en que nos hallemos en ese momento: la ira, por ejemplo, excluye ese sentimiento. Por otra parte, la compasión se asume mucho más fácilmente cuando nos hallamos en un estado de completa satisfacción con nosotros mismos. Ben-Hur aceleró el paso, manteniendo la cabeza muy erguida, y aunque no era menor su sensibilidad hacia los deleites que le rodeaban, los examinaba con espíritu más sosegado, y a veces también con un fruncimiento de labios, al recordar lo cerca que había estado de sucumbir a la tentación.



Capítulo VII
El estadio en el interior del bosquecillo



En frente de Ben-Hur se alzaba un bosque de cipreses, altos y rectos como mástiles. Al aventurarse en el umbroso recinto, escuchó una trompeta que alegremente resonaba, y un instante después vio que recostado sobre el césped estaba el compatriota suyo con el que se había topado en el camino que conducía a los templos. El hombre se puso de pie y vino hacia él.

—Te doy de nuevo la paz —dijo afablemente.

—Gracias —dijo Ben-Hur, y en seguida preguntó—: ¿sigues mi camino?

—Voy hacia el estadio; ¿es allí dónde vas?

—¿El estadio?

—Sí. La trompeta que acabas de escuchar es una llamada para los competidores.

—Buen amigo —dijo Ben-Hur con tono sincero—, debo admitir mi ignorancia en lo que al bosquecillo se refiere; así que si me permites que te siga me sentiría muy contento.

—Mucho me agradaría. ¡Presta atención! Acabo de oír las ruedas de los carros. Están entrando en la pista.

Tal como se le indicaba, Ben-Hur prestó atención un momento, y luego completó la presentación colocando su mano sobre el brazo del otro y diciendo:

—Yo soy el hijo de Arrio, el duunviro, ¿y tú?

—Yo soy Malluch, mercader de Antioquía.

—Muy bien, Malluch; la trompeta y el rechinar de las ruedas, y la perspectiva de diversión me entusiasman. Tengo cierta habilidad para los ejercicios. No soy un desconocido en la palestra de Roma. En marcha.

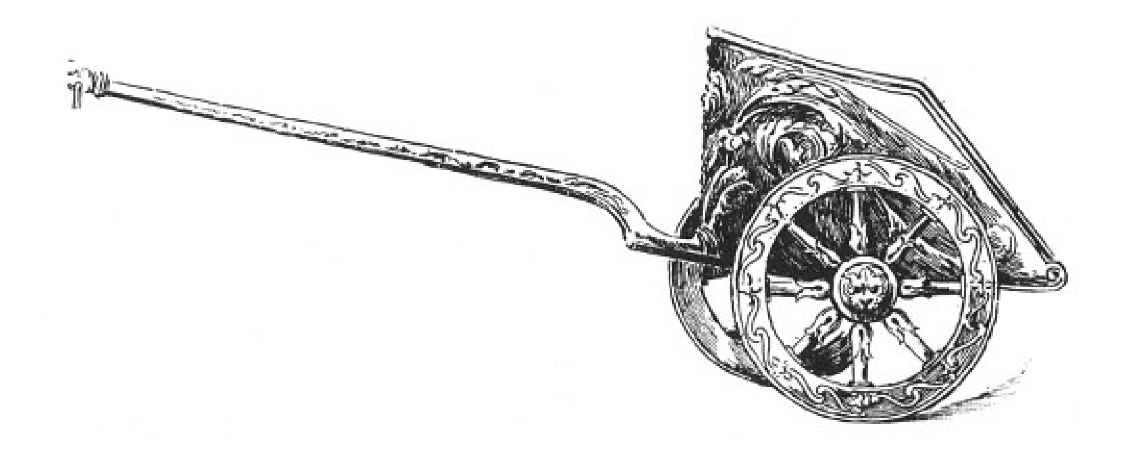
Malluch pareció vacilar unos segundos y luego dijo:

—El duunviro era romano, y sin embargo son judías las vestiduras de su hijo.

—El ilustre Apolo era mi padre adoptivo —explicó Ben-Hur.

—Ah, ya veo; perdóname.

Después de circundar un pequeño bosque, apareció a su vista un campo, en el cual se había construido una pista, idéntica en su forma y sus dimensiones a la de los estadios. La pista era de tierra menuda, apisonada y frecuentemente rociada, y estaba delimitada a ambos lados por sogas tendidas entre erectas jabalinas. Para acomodar a los espectadores, y a quienes tuvieran intereses que fuesen más allá de la mera práctica de los deportes, había un buen número de tribunas, construidas en forma de graderías y sombreadas por enormes toldos. Ben-Hur y su acompañante encontraron fácilmente sitio en una de las tribunas.



Ben-Hur contó los carros en el momento en que pasaban. En total eran nueve.

—Son dignos de encomio —dijo con buen humor—. Pensé que aquí en el Oriente se contentaban con las *bigas* pero ya veo que son ambiciosos y utilizan cuadrigas reales. Veamos qué tal lo hacen.

Ocho de las cuadrigas pasaron frente a las tribunas, algunas al paso, otras al trote, y todas conducidas con extraordinaria destreza. Luego apareció la novena, al galope, y Ben-Hur exclamó admirativamente:

—He visitado los establos del Emperador, Malluch, ¡pero por la memoria bendita de nuestro padre Abraham que nunca había visto algo semejante!

En ese momento pasó a toda velocidad la última de las cuadrigas. De repente se produjo una confusión general. Alguien en la tribuna soltó un grito agudo. Ben-Hur se volvió y alcanzó a ver que un anciano en uno de los sitios más elevados, se incorporaba, las manos crispadas y en alto, los ojos

fieramente encendidos, temblorosa la larga barba blanca. Algunos de los espectadores cercanos a él se echaron a reír.

—Al menos deberían respetar su luenga barba —dijo Ben-Hur—. ¿Quién es?

—Un poderoso hombre del desierto, de un sitio más allá de Moab[1] propietario de muchos rebaños de camellos y de caballos, que descienden, según se dice, de los caballos de carrera del primero de los faraones. Su título es el de jeque y su nombre Ilderim.

Tal fue la respuesta de Malluch.

Entretanto el conductor de la última cuadriga intentaba contener a sus encabritados caballos, pero en vano. Con cada uno de sus infructuosos esfuerzos, el jeque se alteraba aún más.

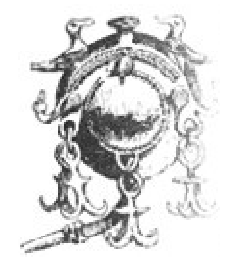
—Así se lo lleve Abaddón[2] —gritaba el patriarca con voz estridente—. ¡Corred! ¡Volad! ¿Me escucháis, hijos míos? —se dirigía a sus ayudantes, que aparentemente eran de su misma tribu—. ¿Me oís? Son nacidos en el desierto, como nosotros. Detenedlos… ¡Pronto!

Los caballos se encabritaban más y más.

—¡Maldito romano! —gritaba el jeque, blandiendo su puño amenazante en dirección del auriga—. ¿No juró acaso que podría conducirlos? ¿No juró por toda la caterva de sus bastardos dioses latinos? ¡Maldito sea! Juró que correrían raudos como águilas y dóciles como corderos. ¡Maldito sea! ¡Y maldita sea la progenitora de mentirosos que le llama hijo suyo! Miradlos: ¡estos animales son invaluables! Que se atreva a tocar uno solo de ellos con el látigo y… —el resto de la frase se perdió entre el rechinar furioso de sus dientes—. Pronto, algunos de vosotros, acercaos a sus cabezas y habladles…, una palabra, bastaría una sola palabra de las canciones que en los tiempos del desierto os cantaban vuestras madres. Ay, tonto de mí, ¡qué tonto he sido al depositar mi confianza en un romano!

Algunos de entre los amigos del anciano se interpusieron entre él y los caballos, y lograron contenerlo cuando ya le fallaba el aliento.

Ben-Hur creía comprender al jeque y simpatizaba con él. Mucho más que el simple orgullo de propietario, mucho más que la ansiedad por el resultado de la carrera, en el caso del patriarca, y de acuerdo con sus hábitos de pensamiento y sus ideas de lo inestimable, era muy posible que amase a esos animales con una ternura afín a la más intensa de las pasiones.



Los cuatro animales eran bayos de tono claro, sin mancha, y de proporciones perfectas. Orejas delicadas coronaban pequeñas cabezas; los rostros eran anchos, con un macizo promontorio en el espacio que separaba los ojos: los ollares al distenderse dejaban ver unas membranas de un rojo tan profundo que recordaba el resplandor de una llama; los cuellos, templados arcos, estaban adornados por crines sedosas y tan abundantes que les cubrían los lomos y el pecho; sus copetes eran como hilachas de un velo de seda; entre las rodillas y las cernejas las patas eran tan lisas como la palma de una mano, pero por encima de las rodillas estaban contorneadas por poderosos músculos, necesarios para sostener los membrudos y bien formados cuerpos; los cascos eran copas de ágata pulida; y cuando brincaban o se encabritaban, fustigaban el aire, y a veces el suelo, con sus colas largas, gruesas y lustrosas. El jeque había dicho que sus caballos no tenían precio, y no se trataba de una exageración.

Ben-Hur miró de nuevo los caballos, más detenidamente, y le pareció descifrar la historia de la relación que existía entre su dueño y ellos. Habrían crecido bajo la mirada atenta del jeque, objeto de especial cuidado durante el día, y orgullosa contemplación durante la noche; habrían convivido con su familia bajo las tiendas negras que hacían de hogar en el ilimitado y ardiente desierto, y les habría querido como a sus hijos bienamados. Para que le concedieran una victoria sobre los altivos y odiados romanos, el anciano había traído a la ciudad a sus amados y nobles brutos, completamente seguro de que ganarían, si tan solo consiguiese encontrar un conductor experto que mereciese su confianza; no solamente hábil, sino también capaz de comunicarse armoniosamente con sus animales. Al contrario de lo que haría un occidental, frío por naturaleza, al anciano no le bastaría con protestar por la ineptitud del conductor y deshacerse cortésmente de él; siendo como era, árabe, y además un jeque, tenía que explotar airadamente y llenar el sitio con su clamor.

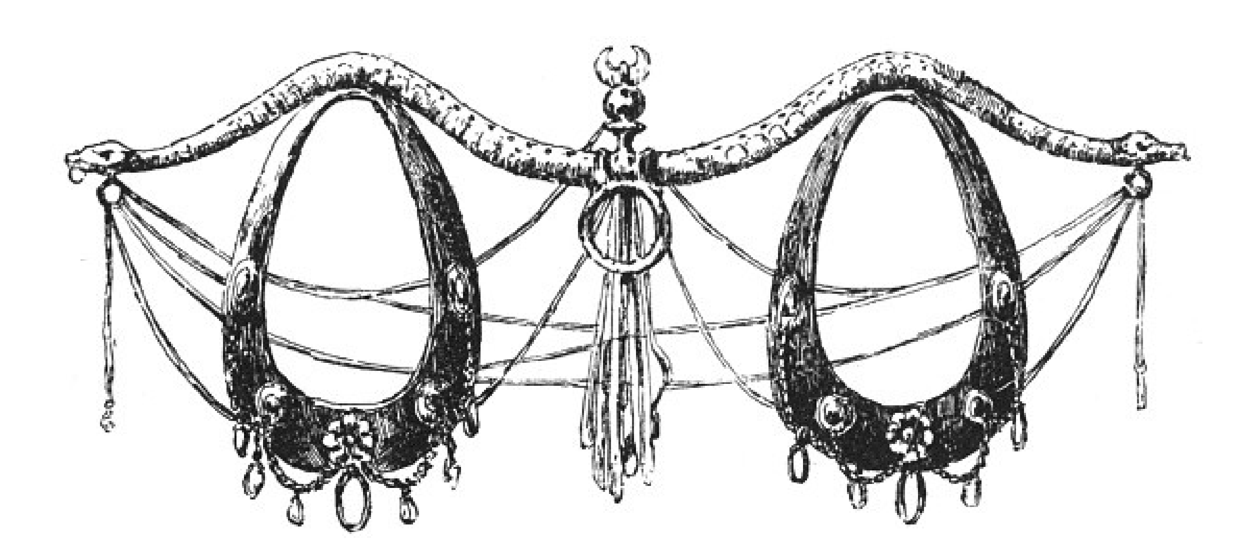
Aún seguía el patriarca con sus imprecaciones a grandes voces, cuando una docena de manos sujetaron a los caballos por las riendas. En aquel momento apareció sobre la pista un nuevo carro, y a diferencia de los otros, el conductor, el vehículo y los caballos estaban tan bien acoplados y equipados como si se aprestaran a tomar parte en una competición en el circo romano, y justamente el día de la prueba decisiva. Por una razón que muy pronto se

descubrirá, conviene dar cuenta de esta escena al lector de la manera más explícita posible.

No debería existir dificultad alguna para hacerse una idea del vehículo que se utilizaba en estas competiciones: el carro clásico, de todos conocido. Basta con imaginar un carretón de ruedas bajas y ejes muy anchos, coronado por un pescante o compartimiento abierto en el extremo trasero. Ese era el modelo primitivo. Con el tiempo hizo su contribución al talento artístico, y dándole unos cuantos toques a la burda máquina, la elevó a una categoría de gran belleza, ejemplo de lo cual es la forma en que se presenta a nuestra imaginación el carro que conducido por Aurora corre raudo un poco antes del amanecer.

Los jinetes de la antigüedad, tan sagaces y ambiciosos como sus sucesores actuales, llamaban *bigas* al tipo de carros más sencillos, y *cuadrigas* al mayor y más complejo. Estos últimos eran los que utilizaban para los juegos olímpicos y en los eventos y festejos similares que más tarde empezaron a celebrarse.

Estos mismos y astutos jinetes preferían uncir los cuatro caballos en una sola hilera y, para distinguirlos, llamaban corceles de yugo a los dos que iban más cerca de la pértiga y corceles de tiro a los que iban por fuera a la derecha o a la izquierda. Consideraban también que concediendo a los animales una libertad de acción total, se alcanzarían las mayores velocidades; por lo tanto los arneses que utilizaban eran sumamente sencillos; de hecho consistían tan solo en un collar que rodeaba el cuello del caballo, y un tirante enganchado a ese collar, y desde luego también las riendas y el cabestro. Para dejar todo en su punto, los jinetes fijaban un angosto yunque o cruceta de madera cerca del cabo de la pértiga y por medio de correas que pasaban a través de aros al final del yunque, abrochaban este último al collar. Los tirantes de los corceles de yugo se enganchaban al eje; los de los corceles de tiro al vértice de las ruedas en la base del carro. Solo faltaría entonces ajustar las riendas, lo cual, si se juzga por los criterios modernos, no era la parte menos curiosa del método. Para ello existía un gran anillo en el extremo delantero de la pértiga; asegurando las puntas a ese anillo, dividían las riendas de tal modo que correspondiese un extremo a cada caballo, y procedían a pasarlas al conductor, deslizándolas separadamente a través de anillos situados en la parte interior del cabestro.



Si se tiene en mente esta simple generalización que se acaba de hacer, cualquier otro conocimiento que se pueda querer sobre el tema, podrá obtenerse siguiendo los incidentes de la escena que tenía lugar.

Los otros participantes habían sido recibidos con un silencio total; el último en hacer su aparición tuvo mayor fortuna. Mientras avanzaba hacia la tribuna desde la cual estamos contemplando la escena, su paso era distinguido por ruidosas manifestaciones de entusiasmo, aplausos y vítores, que tuvieron por efecto que se convirtiese en el centro de atención exclusivo. Se pudo observar que sus corceles de yugo eran negros, mientras los corceles de tiro eran tan blancos como la nieve. Obedeciendo los rígidos cánones del gusto romano, los cuatro habían sido mutilados; es decir, sus colas habían sido recortadas, y para completar aquella barbarie, sus crines habían sido divididas en nudos atados con chillonas cintas de color amarillo y rojo.

Por fin el desconocido llegó al punto en el cual el carro podía apreciarse plenamente desde las tribunas, y se hizo patente que el solo aspecto de este habría justificado el griterío. Las ruedas eran verdaderas maravillas de construcción: sólidas bandas de bronce bruñido reforzaban el cubo, que de otro modo sería muy liviano; los radios eran fragmentos de colmillo de marfil con la curva natural hacia afuera, para perfeccionar la concavidad, considerada importante tanto entonces como ahora; anillos de bronce sostenían las pinas, que eran de reluciente ébano. El eje, no menos llamativo que las ruedas, estaba guarnecido con cabezas de tigre fabricadas en bronce, y la base del carro estaba tejida con varas de sauce bañadas en oro.



La llegada de los hermosos caballos y el resplandeciente carro habían llevado a Ben-Hur a mirar al conductor con creciente interés.

¿Quién era?

Cuando Ben-Hur se hacía esa pregunta por primera vez, no le era posible ver el rostro del hombre, ni su figura completa; sin embargo su aspecto y sus ademanes le resultaban familiares, y de manera aguda le hacían pensar en un momento lejano de su pasado.

¿Quién podría ser?

Ahora estaba más cerca, y los caballos seguían avanzando al trote. A juzgar por la aclamación del público y la magnificencia del vehículo se podría deducir que se trataba de un oficial de alto rango o de un príncipe famoso. Una aparición semejante no era inusitada para alguien de rango elevado. Muchos eran los reyes que se habían esforzado por obtener la corona de laurel que era el premio que obtenían los vencedores. Como se recordará, los emperadores Nerón y Cómodo[3] fueron devotos aficionados de tal deporte. Ben-Hur se levantó y se abrió paso hasta llegar a la primera fila de la tribuna. Su semblante estaba grave, sus ademanes eran ansiosos.

Al llegar abajo, la figura completa del conductor se ofreció a su vista. Cabalgaba con él alguien más, un *myrtilus*, el acompañante que se permitía a los hombres de estado importantes. Pero Ben-Hur solo podía ver al conductor, de pie sobre el carro, muy erguido, con las riendas enrolladas varias veces alrededor del cuerpo, su apuesta figura prácticamente descubierta, pues era muy breve su túnica de paño rojo. El conductor llevaba un látigo en su mano derecha, y en la izquierda los cuatro cabos de la rienda. Su postura resultaba airosa y vivaz en grado sumo, y el hombre aceptaba los vítores y los aplausos con glacial indiferencia. Ben-Hur se detuvo en seco; su instinto y su memoria no le habían fallado: el conductor era Messala.

Por la elección de los caballos, la magnificencia del carro, por la actitud que asumía y la ostentación de su persona y, sobre todo, por la expresión de aquellas facciones frías, duras, aguileñas, que el dominio del mundo durante varias generaciones había ido imprimiendo en el rostro de sus compatriotas, Ben-Hur comprendió que Messala no había cambiado en absoluto, y que seguía siendo tan arrogante y atrevido como siempre, inalterables también su ambición, su cinismo y suficiencia.



Capítulo VIII
La fuente de Castalia

Cuando Ben-Hur bajaba los escalones de la tribuna, un árabe que se encontraba en la primera fila, se había levantado gritando:

—Hombres del Oriente y del Occidente, ¡escuchad! El buen jeque Ilderim os saluda. Con cuatro caballos que descienden de los favoritos del sabio Salomón, ha venido para enfrentarse a los mejores, pero requiere ahora un hombre vigoroso que sepa conducirlos. Promete enriquecer para siempre a aquel que los conduzca a su entera satisfacción. Anunciad su oferta por doquier, en las ciudades, en los coliseos, en todos los sitios en que se reúnan los hombres fuertes y diestros. Así ha hablado mi amo, el jeque Ilderim el Generoso.

La proclama despertó gran revuelo entre la gente que se encontraba en la tribuna. Antes de que cayera la noche, ya se estaría repitiendo y comentando en todos los círculos deportivos de Antioquía. Al escuchar las palabras, Ben-Hur se detuvo y miró dubitativamente al heraldo del jeque. Malluch pensó que se disponía a aceptar la oferta, así que sintió un gran alivio cuando el joven se volvió hacia él y le preguntó:

—Mi buen Malluch, ¿hacia dónde iremos ahora?

Replicó el otro riendo:

—Si fueses como las otras personas que visitan el bosquecillo por primera vez, irías inmediatamente a que te adivinaran el futuro.

—¿El futuro, has dicho? Aunque lo sugeriste con cierto aire de incredulidad, vayamos de una vez a visitar a la pitonisa.

—No, hijo de Arrio; estos adoradores de Apolo se valen de un truco más simple. En lugar de una conversación con una pitonisa o una profetisa, te venden una simple hoja de papiro, recién sustraída del tallo, y te indican que la sumerjas en el agua de cierta fuente, y entonces aparecerá sobre ella un verso que te informará de tu futuro.

La expresión de interés desapareció del rostro de Ben-Hur.

—Hay personas que no tienen que preocuparse por averiguar su futuro —dijo sombríamente.

—¿Entonces prefieres ir a los templos?

—Los templos son griegos, ¿verdad?

—Los llaman griegos.

—Los griegos fueron maestros de la belleza en muchas artes, pero en arquitectura sacrificaron la variedad a una belleza inflexible. Todos sus templos son iguales. ¿Cómo dijiste que se llama la fuente?

—Castalia[1].

—Ah; su nombre se conoce en todo el mundo. Vayamos allá. Malluch estuvo observando a su acompañante durante el recorrido, y comprobó que por el momento, al menos, había perdido el buen humor. No prestó ninguna atención a la gente que pasaba, ni demostró admiración alguna ante las maravillas que iban encontrando. Caminaba lentamente, silencioso, casi huraño.



La verdad es que se había quedado pensativo desde el momento en que vio a Messala. Ahora sentía que no había pasado más de una hora desde aquel instante en que unas membrudas manos le habían arrancado del lado de su madre y que los romanos habían sellado las puertas de la casa de su padre. Recordó también cómo durante sus aciagos días como galeote, cuando no le quedaba ya ninguna esperanza y, aparte de la dura faena física, tenía muy poco que hacer, dedicaba casi todo su tiempo a soñar sueños de venganza, en los cuales figuraba principalmente Messala. Podría ser, solía decirse a sí mismo, que Grato se libre de la venganza, pero Messala, ¡nunca! Y para fortalecer su resolución, se había acostumbrado a repetirse una y otra vez: ¿Quién nos señaló ante los perseguidores? Y cuando supliqué ayuda, no para mí, sino para los míos, ¿quién se burló y se alejó de mi lado entre risas? Y sus sueños de venganza tenían siempre el mismo final. El día que lo encuentre, concluía pensando siempre, ayúdame, ¡oh Dios de mi gente!, ayúdame para que reciba la venganza que se merece.

Y ahora el encuentro estaba a mano.

Quizá los sentimientos de Ben-Hur hubiesen sido diferentes de haber encontrado a Messala pobre e inmerso en el sufrimiento, pero no había sido

así; lo encontraba mucho más que próspero, y a esa prosperidad se sumaba un insoportable orgullo y ostentación.

Resultaba entonces que lo que Malluch consideraba una pérdida del humor pasajera era, en efecto, un estado de profunda reflexión acerca del momento en que debería realizarse el encuentro, y la manera en que podría hacerlo más memorable.

Después de un rato penetraron en una avenida bordeada de robles, donde iban y venían numerosos grupos de gente, unos a pie, otros a caballo, unas cuantas mujeres recostadas en literas a hombros de sus esclavos, y de vez en cuando carros que pasaban haciendo gran estrépito.

Al final de la avenida, y formando un suave declive, el camino descendía hacia una llanura, donde se veía a mano derecha una escarpada pared de roca gris y a mano izquierda una extensa pradera de primaveral frescura. Desde allí alcanzaron a ver la famosa Fuente de Castalia.

Empinándose por encima de un grupo de visitantes que se había congregado en aquel sitio, Ben-Hur contempló un chorro de agua dulce que brotaba desde la cresta de una roca e iba a caer en un estanque de mármol negro, donde después de bullir y hacer una espuma abundante, desaparecía como si se metiera por entre un túnel.

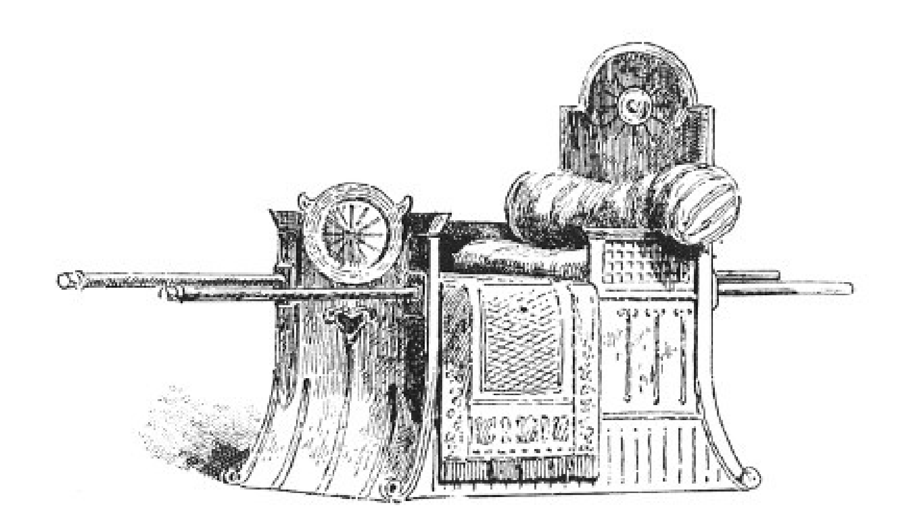
Junto al estanque y bajo un pequeño pórtico labrado en la misma piedra, estaba sentado un sacerdote bastante viejo y arrugado, de luengas barbas, cubierto por una capucha, la representación perfecta de un ermitaño. A juzgar por la atención que recibía de los visitantes, sería difícil decir cuál era la atracción del lugar, la fuente siempre bullendo, o el sacerdote, siempre reposando. Él escuchaba, observaba, era observado, pero no hablaba. De tanto en tanto un visitante le extendía una moneda; el anciano solapadamente guiñaba un ojo, cogía el dinero y a cambio entregaba al otro una hoja de papiro.

Acto seguido el visitante se apresuraba a sumergir el papiro en el estanque, y luego, al exponer al sol la goteante hoja, encontraría sobre ella una inscripción en verso. Hay que decir que la fama de la fuente pocas veces sufría detrimento por falta de mérito de la poesía.

Antes de que Ben-Hur pudiese consultar al oráculo, un grupo de aspecto muy curioso apareció en la pradera y, al instante, reclamó la atención de todos los presentes, sin excluir a Ben-Hur.

Lo primero que se alcanzó a distinguir fue un camello muy alto y muy blanco, guiado por un hombre a caballo. Sobre los lomos del camello se veía

un *houdah* de oro y carmesí, inusitadamente amplio. Detrás del camello venían otros dos jinetes, dotados de largas lanzas.



—¡Qué soberbio camello! —exclamó uno de los circunstantes.

—Algún príncipe proveniente de lejanas tierras —sugirió otro.

—Yo diría más bien que es un rey.

—Si viniese sobre un elefante, sí que creería que es un rey.

—Fijaos que es un camello, y además un camello blanco —afirmó un tercero.

—¡Por Apolo! —exclamó otro—; quienes vienen sobre el camello, y ya podéis ver que se trata de dos personas, no son ni reyes ni príncipes, ¡son mujeres!

Aún continuaba la divergencia de opiniones, cuando los extranjeros llegaron a las inmediaciones de la fuente.

Visto de cerca, el camello no desmentía su impresionante aspecto. Ninguno de los viajeros que se encontraban en la fuente, y los había de sitios muy remotos, habían visto jamás un animal de su especie tan alto y majestuoso. ¡Eran tan enormes sus negros ojos! ¡Tan extraordinariamente suave su pelaje blanco! ¡Unas pezuñas tan flexibles al levantarse, tan anchas al posarse…! No; ninguno de los presentes había visto jamás un camello igual. ¡Y qué bien se le veía su gualdrapa de seda con profusión de flecos y borlas dorados! El animal era precedido por el tintineo de campanillas de plata; avanzaba con paso ligero y grácil, como si no llevara carga alguna.

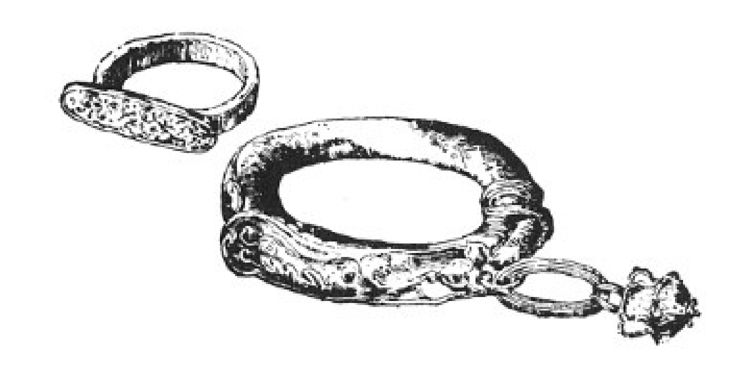


¿Pero quiénes eran el hombre y la mujer bajo el *houdah*?

Todos los ojos estaban posados en ellos con expresión interrogativa.

Si el hombre era en verdad un príncipe o un rey, el paso del tiempo no le había concedido privilegio alguno. Cuando quedó a la vista de todos el escuálido y arrugado rostro que casi se perdía bajo un enorme turbante, y una piel tan pálida que parecía la de una momia, hasta el punto que sería imposible adivinar su nacionalidad, los allí presentes debieron consolarse al pensar que la decrepitud física aguarda por igual a los poderosos y a los insignificantes. No vieron en su persona nada que envidiar con excepción del manto que le envolvía.

La mujer iba sentada al estilo oriental, entre velos y encajes singularmente finos. A la altura de los codos llevaba brazaletes moldeados en la forma de un áspid enroscado, que se alzaba con otros brazaletes en las muñecas por medio de hebras de oro. Con excepción de los brazaletes llevaba al descubierto los brazos, unos brazos especialmente garbosos, complementados por unas manos tan delicadas como las de un niño. Una de las manos reposaba sobre un lado del *houdah*, permitiendo ver unos dedos largos y finos, resaltados por anillos relucientes, y coloreados en las yemas con una tintura rosácea que recordaba la madreperla. Sobre la cabeza exhibía una redecilla adornada con cuentas de coral y pequeñas monedas, que lucían sobre la frente o estaban medio ocultas entre la masa de sus cabellos muy lacios y muy negros, de un negro casi azulado, y que eran en sí mismos un ornamento incomparable. Desde el elevado asiento que ocupaba, miraba a los presentes tranquila, afablemente y, por lo visto, tan interesada en observarlos, que no se daba cuenta de la gran curiosidad que despertaba. Lo más inusitado en ella, más aún, en violenta contravención con lo acostumbrado entre las mujeres de rango, era el hecho de que llevara el rostro descubierto.



Y el suyo era un rostro que daba gusto contemplar; terso y juvenil, de forma ovalada, un color de piel que no era tan blanco como en el caso de las griegas, ni tan moreno como las romanas, ni tan pálido como las galas, sino más bien de un tinte como bronceado por el sol del Alto Nilo. Sus ojos muy grandes estaban delineados a lo largo de los párpados con aquella tintura negra, utilizada en el Oriente desde tiempos inmemorables. Los labios, levemente separados, permitían ver tras los bordes de escarlata unos dientes de resplandeciente blancura. A los hermosos rasgos que se acaban de describir, el lector deberá añadir la donosura que se derivaba de una cabeza pequeña, clásica en su contorno, asentada sobre un cuello largo, fino y elegante, una donosura que podría ser adecuadamente descrita diciendo que tenía aire de reina.

Aparentemente satisfecha con el examen que acababa de hacer de la gente y el lugar, la bella desconocida habló con el conductor (un musculoso etíope, desnudo hasta la cintura), quien acercó entonces el camello a la fuente y lo hizo arrodillar; acto seguido recibió una copa de manos de la joven, y se inclinó junto al estanque para llenarla. En ese preciso instante, el sonido de ruedas y el trepidar de cascos de caballo al galope rompió el admirativo silencio que la gran belleza de la mujer había impuesto, y con gran algarabía los circundantes huyeron apresuradamente en todas las direcciones.

—¡Ese romano se propone aplastarnos! ¡Cuidado! —gritó Malluch a Ben-Hur, y siguiendo el ejemplo de los otros, echó a correr a toda velocidad.

Ben-Hur miró en la dirección del sitio de donde procedía el ruido y pudo ver a Messala, de pie sobre su cuadriga incitando a sus caballos a arrojarse contra la multitud. Esta vez la imagen fue cercana y precisa.

Al alejarse todos los presentes, quedó el camello al descubierto, y aunque seguramente era más ágil que otros animales de su especie, continuaba rumiando tranquilamente, con los ojos cerrados y la seguridad que conceden largos años de favoritismo, cuando ya los cascos de los caballos estaban prácticamente encima suyo. El etíope se retorcía las manos asustado. En el interior del *houdah* el anciano intentó escapar, pero su avanzada edad

dificultaba los movimientos y, además, era incapaz de dejar de lado su habitual dignidad, incluso al encontrarse ante un peligro inminente. En cuanto a la mujer, ya era demasiado tarde para que tratara de ponerse a salvo. Ben-Hur se plantó muy cerca de ellos y le gritó a Messala:

—¡Detente! ¡Mira adónde vas! ¡Atrás! ¡Atrás!

El patricio, empero, reía de buena gana, sin prestar atención a Ben-Hur, quien para detenerlo se vio obligado entonces a coger por el bocado a los dos corceles de yugo, al tiempo que gritaba:

—¡Perro romano! ¡Tan poco te importa la vida de los demás!

Los dos caballos que Ben-Hur había detenido se encabritaron, haciendo frenar en seco a los otros dos; al ladearse la pértiga, el carro se ladeó, Messala estuvo a punto de caer por tierra y su *myrtilus* cayó al suelo, rodando como una bola. Viendo que el peligro ya había pasado, los presentes rompieron en burlonas carcajadas.

El romano se liberó entonces de las riendas que rodeaban su cuerpo, las arrojó a un lado, se apeó, rodeó el camello, y mirando a Ben-Hur comenzó a hablar, dirigiéndose en parte al anciano y en parte a la mujer.



—Perdonadme. Os pido perdón a ambos. Yo soy Messala, y por la vieja madre de la tierra os juro que no os vi ni a vosotros ni a vuestro camello. En cuanto a esta buena gente, quizás he confiado demasiado en mi destreza. Pretendía reírme de ellos, y ahora ellos se ríen de mí. ¡Que les aproveche!

La mirada franca y despreocupada que dirigió a los presentes, concordaba bien con las palabras que acababa de pronunciar. Todos guardaron silencio, esperando que dijera algo más. Seguro de que el ofendido no se atrevería a enfrentarse a él, ordenó a su acompañante que se llevara el carro a una distancia más segura, y se dirigió osadamente a la mujer.

—Seguramente tienes alguna relación con este buen hombre, cuyo perdón, en caso de que no me fuese concedido ahora mismo, buscaría diligentemente en el futuro…, diría yo que eres su hija.

La joven no respondió.

—¡Por Palas[2]! ¡Qué hermosa eres! Ten cuidado con Apolo no vaya a confundirte con su amor perdido. Me pregunto qué tierra puede jactarse de haberte visto nacer. Pero no desvíes tan pronto la mirada. Concédeme una tregua, una breve tregua. Veo en tus ojos el sol de la India, y en las comisuras de tus labios las amorosas señales que ha dejado Egipto. ¡Perpol! No te vuelvas hacia ese esclavo, hermosa dama, antes de mostrar misericordia con este. Dime al menos que estoy perdonado.



En ese momento ella lo interrumpió, y dirigiéndose a Ben-Hur le dijo sonriente y con una airosa inclinación de cabeza:

—¿Podrías venir aquí? Te ruego que llenes esta copa. Mi padre tiene sed.

—Tus deseos son órdenes.

Ben-Hur se volvió para cumplir el favor que se le pedía, y se encontró cara a cara con Messala. Sus miradas se cruzaron; desafiante la del judío; resplandeciente de humor la del romano.

—¡Oh extranjera, tan cruel como hermosa! —dijo Messala agitando una mano—; si Apolo no te atrapa en sus redes, has de verme de nuevo. Como no conozco vuestro país, no podría encomendarte a ninguno de vuestros dioses, así que por todos los dioses habidos y por haber, te encomiendo…, a mí mismo.

Viendo que ya el *myrtilus* tenía los cuatro animales sosegados y listos, Messala regresó al carro. La mujer se quedó mirándolo mientras se alejaba; muchas cosas cabrían en aquella mirada, pero en todo caso no se leía un desagrado por el joven romano. En ese momento recibió la copa de manos de

Ben-Hur, la pasó a su padre para que bebiese, bebió ella también y, en seguida, inclinándose de la manera más airosa y llena de gracia que se pueda imaginar, devolvió la copa a Ben-Hur.

—Quédate con ella, te lo ruego. Está llena de bendiciones para ti; consérvala.

Lentamente se levantó el camello, y ya se disponía a alejarse, cuando el anciano llamó a su lado a Ben-Hur, quien se acercó respetuosamente.

—En el día de hoy has prestado un gran servicio a este extranjero. Existe un solo Dios y en su nombre te doy las gracias. Yo soy Baltazar el egipcio. En el gran Huerto de las Palmas, más allá de Dafne, a la sombra de frondosas palmeras, tiene sus tiendas el jeque Ilderim el Generoso, y nosotros somos huéspedes suyos. Búscanos allí. Tendrás una acogida placentera y una expresión de nuestro agradecimiento.

Ben-Hur se quedó sorprendido por la voz clara y el aire reverente del anciano. Mientras contemplaba a los dos que se alejaban, alcanzó a ver a Messala, que se marchaba tal como había venido: alegre, despreocupado, sonriendo burlonamente.



Capítulo IX
La carrera de cuádrigas

Por regla general, no hay manera más segura de granjearse la antipatía de un hombre que la de obrar bien en donde el otro ha obrado mal. En el caso que nos ocupa, sin embargo, Malluch resultaba ser una excepción a la regla. El incidente que acababa de presenciar, había elevado la opinión que se había formado de Ben-Hur, ya que no se podía negar que había exhibido gran valor y destreza. Si ahora pudiese obtener algún indicio acerca de la historia del joven, el resultado de sus gestiones de ese día no sería del todo improductivo para el buen amo Simónides.

En lo que respecta al último punto, es decir lo que hasta el momento sabía acerca del joven, se reducía a dos hechos: que el sujeto de su indagación era judío, y que era el hijo adoptivo de un romano famoso. Una tercera conclusión, que podría resultar importante, comenzaba a tomar forma en la perspicaz mente del emisario, a saber que entre Messala y el hijo del duunviro existía una relación, algún vínculo en el pasado. ¿Pero cuál podría ser ese vínculo y cómo podría saberse con certeza? Por más que reflexionaba, los medios de resolver el enigma, no eran tan sencillos. Pero justamente cuando se sentía irremediablemente perplejo, el mismo Ben-Hur acudió en su ayuda, y tomando del brazo a Malluch lo apartó de la multitud, que de nuevo comenzaba a interesarse en el anciano y canoso sacerdote y la misteriosa fuente.

—Mi buen Malluch —le dijo entonces—, ¿crees que un hombre puede llegar a olvidar a su madre?

La pregunta había sido repentina y sorprendente, del tipo de preguntas que dejan a la otra persona bastante confusa. Malluch miró a Ben-Hur a la cara buscando algún indicio de lo que habría querido significar con la pregunta, y solo encontró un ligero sonrojo en sus mejillas, y una cierta tensión en los ojos que podría indicar que trataba de reprimir las lágrimas.

—¡No! —repuso de manera casi automática, y en seguida añadió con fervor—. Nunca.

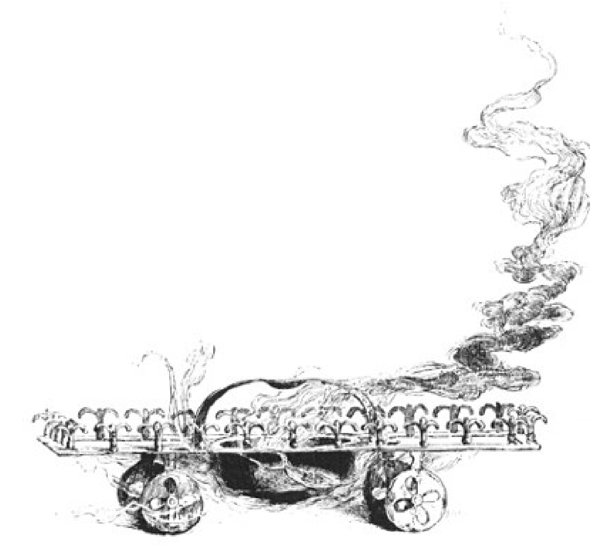
Después de un momento, cuando ya empezaba a recobrarse de la sorpresa añadió:

—Si es un israelita, ¡nunca!… Mi primera lección en la sinagoga fue el *shema*, y la siguiente fueron las palabras del hijo de Sirac: «Honra a tu padre con todo tu corazón y no olvides los dolores de tu madre»[1].

Las mejillas de Ben-Hur se ruborizaron aún más.

—Esas palabras me devuelven de nuevo a la niñez, y además me demuestran, Malluch, que eres un verdadero judío, y alguien en quien puedo confiar.

Ben-Hur soltó el brazo de su acompañante y, recogiendo los pliegues de su túnica a la altura del pecho, los apretó contra sí, como si quisiera sofocar un doloroso ardor, o un sentimiento tan intenso que producía dolor.



—Mi padre —dijo—, siempre disfrutó de un buen nombre y de no pocos honores en Jerusalén donde moraba. A su muerte, mi madre se encontraba en la flor de la edad; no bastaría con decir que era bella y hermosa: sus palabras eran el cénit de la amabilidad, sus buenas obras recibían alabanzas en todas las puertas de la ciudad, y esperaba sonriente el porvenir. Tuve solo una hermana, menor que yo, y éramos todos tan felices, que no podría oponerme en modo alguno al dicho del anciano rabino: «Como Dios no puede estar en todas partes, creó a las madres». Un día, un alto dignatario romano sufrió un accidente cuando cabalgaba en frente de nuestra casa con toda su cohorte; los legionarios derribaron la puerta y penetrando en nuestra casa nos tomaron presos. Desde entonces no he vuelto a ver a mi madre ni a mi hermana. No podría decir si están vivas o muertas. No tengo idea qué ha sido de ellas. Pero déjame que te diga, Malluch, que el hombre que conducía aquel carro estaba presente en el momento en que fuimos separados a la fuerza; más aún, fue él quién nos delató y, luego, cuando mi madre suplicaba por sus hijos, él reía, y seguía riendo cuando se la llevaban a rastras. Sería difícil entonces decir qué sentimiento ha quedado grabado más intensamente en mí, si el amor por los míos o el odio por los aprehensores y sus cómplices. Hoy lo he reconocido desde lejos, y has de saber, Malluch…

Antes de continuar, de nuevo cogió el brazo a su interlocutor.

—Y has de saber, Malluch, que él conoce el secreto por el cual yo estaría dispuesto a dar mi vida: él podría decirme si ella vive, dónde está y en qué condición se encuentra, y podría decirme si ella…, no, quiero decir ellas…, después de tanto sufrimiento me parece que las dos son como una sola persona…, y si han muerto, podría decirme dónde murieron, y a causa de qué, y dónde reposan sus restos en espera de que yo los encuentre.

—¿Y no te lo diría?

—No.

—¿Por qué?

—Yo soy judío y él es romano.

—Pero los romanos también tienen lengua, y los judíos, aunque siempre hemos sido tan despreciados, tenemos la habilidad de hacer hablar a un romano.

—¿Un romano como él? No; no lo creo, y además se trata de un secreto de Estado. Todos los bienes de mis padres fueron confiscados y divididos.



Malluch inclinó la cabeza lentamente, en señal de asentimiento, y en ese momento se le ocurrió otra pregunta:

—¿No te reconoció?

—Imposible. Fui condenado a morir en vida, y desde hace mucho tiempo se me ha dado por muerto.

—Me extraña que no lo hubieses golpeado hoy —dijo Malluch, abandonándose a un impulso apasionado.

—Si lo hubiese hecho, no podría servirme de él en el futuro, como pretendo hacerlo. Hubiese tenido que matarle y ya sabes que la muerte guarda un secreto mejor aún que el romano que haya cometido algún crimen.

Un hombre que tiene tanto que vengar, y sin embargo aplaza tranquilamente esa oportunidad, debe tener una gran confianza en su futuro, o bien contar con un proyecto aún mejor. A partir de ese momento cambió la disposición de Malluch hacia Ben-Hur: su interés en el joven ya no sería solo el de un emisario que debe rendir cuentas a su superior, sino también un interés a título personal. En otras palabras, Malluch estaría dispuesto a servirle de todo corazón, movido por una profunda y sincera admiración.

Después de una breve pausa, Ben-Hur volvió a tomar la palabra.

—No voy a quitarle la vida, mi buen Malluch. Al menos por el momento, la posesión del secreto es su salvaguardia; no obstante quisiera infligirle algún

castigo, y si me brindas tu ayuda lo intentaré.

—Él es romano —contestó Malluch sin vacilar— y yo pertenezco a la tribu de Judá. Te ayudaré. Si así lo deseas, puedo jurarlo…, puedo jurarlo solemnemente.

—Dame tu mano; con eso basta.

Cuando sus manos se separaron, dijo Ben-Hur, mucho más animado:

—Lo que te voy a encargar no es difícil, mi buen amigo, y tampoco ha de preocupar tu conciencia. Vamos; sigamos nuestro camino.

Cogieron el camino de la derecha, que atravesaba la pradera que se describió cuando se dirigían a la fuente. Después de un rato, Ben-Hur rompió el silencio.

—¿Conoces al jeque Ilderim el Generoso?

—Sí.

—¿Sabes dónde está su Huerto de las Palmas?, o mejor, ¿a qué distancia de Dafne se encuentra?

Una duda asaltó a Malluch en ese momento; recordó que la mujer que estaba en la fuente había mirado con favor a Ben-Hur, y se preguntó si no estaría a punto de olvidar las penas de una madre por la tentación del amor; de cualquier modo respondió:

—El Huerto de las Palmas se encuentra a dos horas de Dafne si vas a caballo, y una hora si empleas un buen camello.

—Gracias, Malluch, quisiera preguntarte algo más. ¿Se han anunciado públicamente los juegos que mencionaste? ¿Cuándo tendrán lugar?

Las preguntas parecían indicar que el joven no pensaba cejar en sus intentos de venganza, y si no restituyeron plenamente la confianza de Malluch, al menos estimularon su curiosidad.

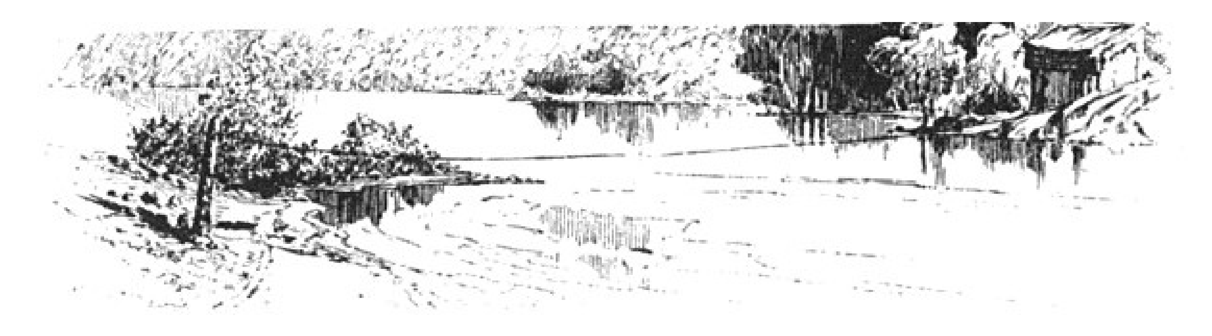
—Ah, sí; se realizarán con gran esplendor. El prefecto es muy rico, y ni siquiera le afectaría perder su cargo; sin embargo, como suele ocurrir con los hombres de fortuna, su amor por las riquezas no disminuye en absoluto con el paso del tiempo, y aunque solo fuese para granjearse un nuevo amigo en la Corte, quiere impresionar al cónsul Maxencio, quien viene aquí para ultimar los preparativos de su campaña contra los partos. Los ciudadanos de Antioquía saben por experiencia que es mucho el dinero que se invierte en estos preparativos, así que han recibido licencia para acompañar al prefecto en los homenajes que se le rendirán al gran hombre. Hace ya un mes, los

heraldos salieron a proclamar a los cuatro vientos la inauguración del circo para la ocasión. El solo hecho que la iniciativa haya partido del prefecto, es garantía de que los juegos revestirán especial variedad y magnificencia, pero si a ello se agrega que Antioquía está dispuesta a colaborar plenamente, entonces los habitantes de todas las islas y ciudades costeras pueden estar seguros de que será un evento extraordinario, y por lo tanto estarán aquí en persona o enviarán a sus profesionales más famosos para que tomen parte en los juegos. Los honorarios que se ofrecen son espléndidos.

—Y el circo, según he oído decir, solo es superado por el Circo Máximo[2].

—El de Roma, quieres decir. Bueno, en el de aquí caben doscientos mil espectadores sentados, mientras que el de Roma tiene capacidad para setenta y cinco mil personas más; por lo demás ambos están hechos en mármol, y la disposición es exactamente igual.

—¿Se aplican las mismas reglas?



Malluch sonrió.

—Si Antioquía se atreviera a ser original, hijo de Arrio, Roma no tendría la preponderancia que tiene. Se siguen las mismas reglas del Circo Máximo, salvo por un detalle: allá solo pueden tomar la partida cuatro carros al tiempo, mientras que aquí no hay limitaciones de número.

—Así se acostumbra entre los griegos —dijo Ben-Hur—. ¿De manera que yo podría escoger un carro?

—Podrías escoger un carro, y podrías escoger los caballos. Tampoco hay restricciones en ese sentido.

Malluch constató cómo la expresión pensativa de Ben-Hur cedió el paso a una de satisfacción.

—Solo una cosa más, Malluch; ¿cuándo se celebrarán estos juegos?

—Si los dioses del mar le son propicios, para utilizar el estilo romano, el cónsul debe llegar mañana o pasado mañana. Déjame ver…, sí, entonces dentro de seis días comenzarán los juegos.

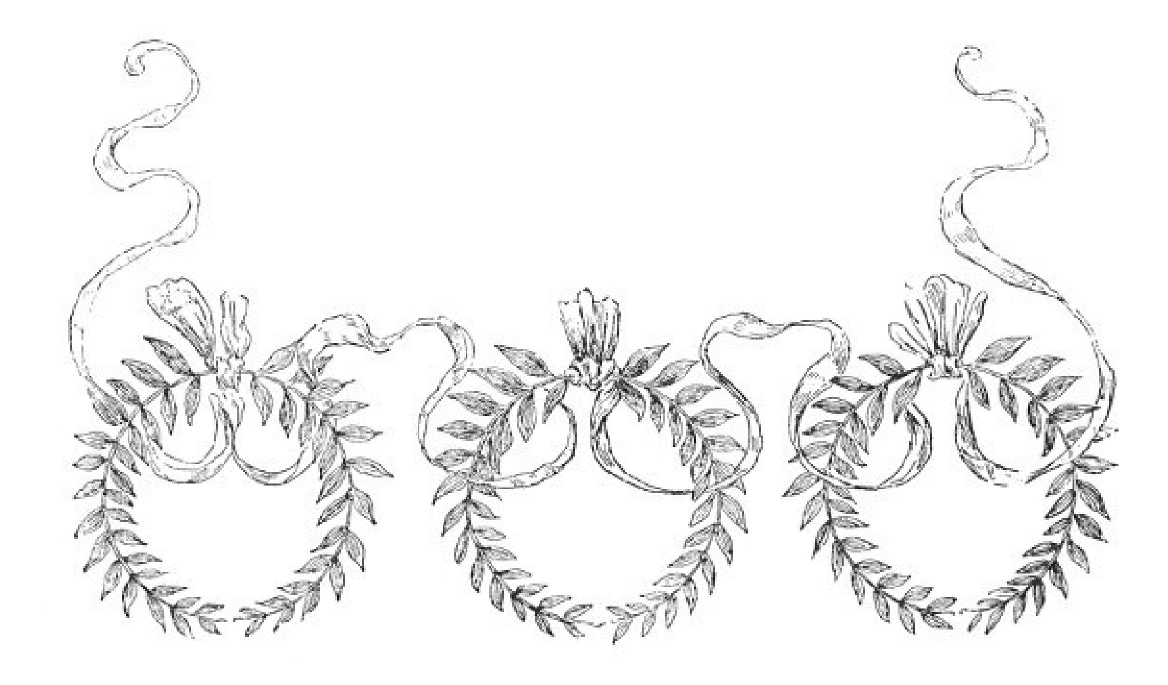
—No queda mucho tiempo, Malluch, pero será suficiente —dijo Ben-Hur

con convicción—. ¡Por los profetas de nuestro antiguo Israel! Volveré a tomar las riendas. Espera…, con una condición. ¿Se sabe con certeza que Messala será uno de los competidores?

Malluch comprendió entonces el plan de Ben-Hur y todas las oportunidades que ofrecía para la humillación del romano y, en seguida, como buen descendiente de Jacob[3], se apresuró a considerar las posibilidades de éxito. Al punto preguntó a Ben-Hur con voz trémula:

—¿Tienes alguna práctica?

—No te preocupes, amigo mío —respondió el joven—. Durante los últimos tres años, los vencedores en el Circo Máximo han obtenido sus coronas porque asilo he querido yo. Pregúntales. Puedes preguntar a los mejores y te lo confirmarán. En los últimos grandes juegos, el mismo Emperador se ofreció a patrocinarme si conducía sus caballos para enfrentarme a los participantes del resto del mundo.



—¿Y no lo hiciste? —preguntó Malluch con vehemencia.

—Yo soy judío —dijo Ben-Hur con un íntimo estremecimiento— y aunque lleve un nombre romano, no estoy dispuesto a dedicarme a una actividad profesional que empañaría el nombre de mi padre en los claustros y patios del Templo. Me he ejercitado con asiduidad en la palestra, pero sería una abominación continuar con esas mismas prácticas en el Circo. Y si tomo parte en esta carrera, Malluch, te juro que no lo hago por el premio o los honorarios del ganador.

—¡Aguarda! ¡No hagas ese juramento! —clamó Malluch—. El premio es de seis mil sestercios, una fortuna que bien puede durar toda la vida.

—No me interesa. Aunque el prefecto lo hiciera cincuenta veces mayor, o aunque consistiera en todos los ingresos imperiales del primer César durante todo un año, mi único interés sería el de humillar a mi enemigo. La venganza está permitida por la Ley[4].

Malluch sonrió y asintió, mientras se decía para sus adentros: «Claro, claro. Para entender a un judío se necesita otro judío».

—Messala participará en la carrera —dijo Malluch sin más rodeos—. Repetidamente se ha comprometido a hacerlo, pues lo ha divulgado en las calles, en los baños y teatros, en el palacio y los cuarteles. Y como garantía de que no podrá faltar a su palabra, ya su nombre aparece en las tablillas de apuestas de todos los jóvenes derrochadores de Antioquía.

—¿Se trata de apuestas, Malluch?

—Sí, y todos los días sale a entrenarse en público, como has visto hoy.

—¡Así que esos son el carro y los caballos con que va a competir en la carrera! Gracias, gracias, Malluch. Me has prestado un gran servicio y me siento muy satisfecho. Pero también quisiera que fueses mi guía hasta el Huerto de las Palmas y me presentaras al jeque Ilderim el Generoso.

—¿Cuándo?

—Hoy mismo. Es posible que sus caballos ya estén comprometidos mañana.

—¿Los encontrastes de tu agrado?

Ben-Hur respondió con entusiasmo:

—Solo alcancé a contemplarlos un instante cuando estaba en la tribuna, porque en seguida entró Messala y entonces no pude mirar a nada ni a nadie más; sin embargo ese instante me bastó para reconocer que son de esa sangre que constituye la maravilla y la gloria del desierto. Solo había visto caballos de su raza en los establos del César, pero es suficiente con verlos una sola vez para reconocerlos todas las veces que se vuelvan a encontrar. Si todo lo que se dice de ellos es verdad, y logro que mi espíritu se imponga sobre su brío, bien podría…

—Ganar los sestercios —dijo Malluch entre risas.

—No —replicó al instante Ben-Hur—. Haré aquello que mejor se acomoda a un descendiente de Jacob: humillar al enemigo en un sitio lo más público posible. Pero —añadió con cierta impaciencia— estamos perdiendo mucho tiempo. ¿Cuál es el camino más rápido para llegar a las tiendas del jeque?

Malluch reflexionó un momento antes de decir:

—Lo mejor sería ir directamente a la aldea, que por fortuna queda muy cerca. Si pudiésemos alquilar dos camellos veloces, no tardaríamos más de una hora en llegar.

—Pongámonos en camino entonces.

En ese entonces Dafne estaba constituido por un conjunto de palacios rodeados de hermosos jardines y unas cuantas principescas posadas. Rápidamente contrataron dos dromedarios y se encaminaron al famoso Huerto de las Palmas.

Capítulo X
Ben-Hur empieza a hablar de Cristo

Una vez pasado Dafne, el terreno se hacía ondulado y se multiplicaban los cultivos; de hecho esa región era considerada el jardín de Antioquía, y no se desaprovechaba ni el último centímetro. Las empinadas colinas estaban cultivadas en forma de terraza, y hasta los setos estaban entremezclados con vides, así que, además de su atractiva sombra, prometía a los caminantes una futura cosecha de uvas maduras y eventualmente un delicioso vino. Más allá de los sembrados de melones, y entre las higueras y albaricoques, naranjales y limoneros, se veían las casas encaladas de los labriegos. Por todas partes se encontraban señales de que en esa tierra reinaba la abundancia, sonriente hija de la paz. De vez en cuando se alcanzaban a divisar también las colinas de Tauro y del Líbano, separadas por el río Orontes, que plácidamente seguía su curso como una línea de plata[1].

Los amigos llegaron hasta la orilla del río, y durante un buen trecho siguieron su sinuoso curso, bordeando riscos, atravesando valles, pasando junto a grupos de robles, sicómoros, mirtos, así como laureles y madroños y perfumados jazmines. Sobre el río, bañado a esa hora por una luz oblicua, iban y venían embarcaciones de todo tipo, que hacían pensar en viajes lejanos, gentes diversas y sitios famosos y exóticos. Siguiendo la ribera, los amigos llegaron hasta un lago profundo de aguas claras y tranquilas, formado por las contracorrientes del río. Una antiquísima palmera dominaba la entrada del estuario; Malluch, al llegar al pie del árbol, volvió a mirar hacia la izquierda, y comenzó a aplaudir mientras gritaba:

—¡Mira! ¡Mira! ¡El Huerto de las Palmas!

Un espectáculo semejante solo podría encontrarse en los más bellos oasis de Arabia o las tierras de labranza ptolomeas a lo largo del Nilo, y la sensación de Ben-Hur, ante una impresión tan nueva como deliciosa, se prolongó al divisar una llanura tan extensa que no parecía tener límite, y completamente plana. Toda esa superficie estaba cubierta por hierba fresca, una escena poco común en Siria, y de extrema belleza. Innumerables y antiguas palmeras de tallos largos y fuertes y frondosas copas de hojas tersas y brillantes, se apretaban tan cerradamente, que solo permitían ver franjas de

un cielo pálidamente azul. La hierba, que parecía prestar color a la misma atmósfera y el lago, fresco, claro, levemente rizado, formaban un conjunto de singular hermosura. ¿Podría ser superior a este sitio el bosquecillo de Dafne? Y las palmeras, como si leyesen el pensamiento de Ben-Hur, y a su manera quisieran ganar el favor del joven, parecieron agitarse a su paso y rociarlo con refrescantes gotas.



El camino discurría a poca distancia de la orilla del lago, y cuando llevaba a los viajeros hasta el borde mismo del agua, se veía siempre un resplandeciente reflejo, matizado por la vegetación de la orilla opuesta, donde también reinaba la palmera como ama y señora absoluta.

—Mira —dijo Malluch señalando uno de aquellos gigantescos árboles en la orilla opuesta—. Cada anillo en el tronco representa un año de vida. Cuéntalos desde la raíz hasta la copa, y si el jeque te dice que fueron plantados antes de que en Antioquía se oyera hablar de los Seleúcidas, no lo pongas en duda.

Una palmera tan perfecta como aquella posee una belleza tan sutil y una presencia tan llamativa, que convierte en poeta a quien la contempla. Ello explica los homenajes de admiración que ha recibido, empezando con los artistas de los primeros reyes, que no encontraron en todo el mundo un modelo mejor para las columnas de sus palacios y templos. Eso mismo pensaba Malluch cuando se detuvo para decir a su acompañante:

—El jeque Ilderim, tal como lo vi esta mañana en la tribuna, me pareció un hombre común y corriente. Los rabinos de Jerusalén, mucho me temo, lo mirarían con desprecio, considerándolo un peno de Edom[2]. ¿Cómo se hizo dueño del Huerto? ¿Y cómo ha logrado preservarlo de la codicia de los gobernadores romanos?



—Si el paso del tiempo confiere nobleza a la sangre, entonces el viejo Ilderim es un gran hombre, aunque sea un edomita sin circuncidar — dijo Malluch hablando con vehemencia—. Su padre, el padre de su padre, el abuelo de su padre y así sucesivamente, han sido jeques. Uno de ellos, no voy a decir cuándo vivió ni cuándo realizó su buena acción, ayudó en una ocasión a un rey que estaba siendo perseguido por enemigos armados con espadas. Según cuenta la historia, el antepasado del jeque le prestó mil jinetes que conocían los senderos y refugios del desierto tan bien como conocen los pastores las escarpadas colinas que recorren con sus rebaños. Aquellos jinetes lo condujeron de un lado a otro, y cuando se presentó la oportunidad atacaron con sus lanzas al enemigo, lo destrozaron sin remisión y reinstauraron al rey en su trono. Y se dice que el rey, en recompensa por el servicio prestado, trajo hasta este sitio al hijo del desierto y lo invitó a emplazar su tienda y hacer venir a su familia y sus rebaños, porque el lago y los árboles, y toda la tierra desde el río hasta las montañas vecinas sería para siempre suya y de sus descendientes. Nunca se les ha molestado ni se les ha discutido su posesión. Los sucesivos gobernantes han considerado más apropiado llevarse bien con la tribu, a quien el Señor ha multiplicado el número de hombres y caballos, camellos y riquezas, lo cual les ha permitido convertirse en los verdaderos dueños de los caminos entre las ciudades importantes, y son quienes disponen si los cargamentos de mercancía deben detenerse o pueden seguir su camino. Incluso el prefecto de la ciudadela, que se encuentra en lo alto de la ciudad, siente gran regocijo los días que Ilderim, apodado el Generoso en razón de las buenas obras que ha prodigado entre todo tipo de gente, llega hasta Antioquía con sus esposas y sus hijos, y sus caravanas de camellos y caballos y los bártulos correspondientes a un jeque de su importancia.

—No lo entiendo —dijo Ben-Hur, quien había estado escuchando muy atento, sin reparar en el paso, ahora más lento, de los dromedarios—. Hoy he visto cómo el jeque se tiraba de la barba, maldiciéndose por haber puesto su confianza en un romano. Si César lo hubiera escuchado, probablemente habría dicho: «Un amigo como este no es de mi agrado; quitadlo de en medio».

—Un juicio muy sutil —afirmó Malluch sonriendo—. Ilderim no siente especial afecto con Roma; no olvida un agravio que sufrió. Hace tres años los

partos hicieron una incursión en el camino de Bozra a Damasco y asaltaron una caravana que transportaba, entre otras cosas, el importe de los impuestos de un distrito cercano. Asesinaron a todas las personas y animales que viajaban en la caravana, un hecho que por cierto hubiese sido perdonado por los censores romanos con tal de que no se hubiese tocado aquel tesoro imperial; pero no fue así. Los recolectores de impuestos, que tenían que responder por la pérdida, se quejaron al César, el César responsabilizó a Herodes del pago, y este a su vez confiscó propiedades de Ilderim, acusándole de negligencia en el cumplimiento de su deber, equiparable a traición. El jeque apeló al César, pero su contestación fue más fría e inexpresiva que si procediese de una gélida esfinge. Desde entonces su corazón está henchido de dolor, y él alimenta su cólera, regocijándose con su crecimiento cotidiano.

—Pero si no puede hacer nada, Malluch.

—Bueno; eso ya requeriría otra explicación, que más adelante te referiré. ¡Pero mira! Las primeras demostraciones de la hospitalidad del jeque… Aquellas niñas te dirigen la palabra.

Los dromedarios se detuvieron, y entonces se acercaron varias niñas campesinas, que ofrecían a los forasteros cestos repletos de dátiles. La fruta se veía fresca, recién cogida, y no era un manjar para ser desdeñado; Ben-Hur se inclinó para recibirla y en ese momento, un hombre subido en el árbol junto al cual se había detenido, gritó:

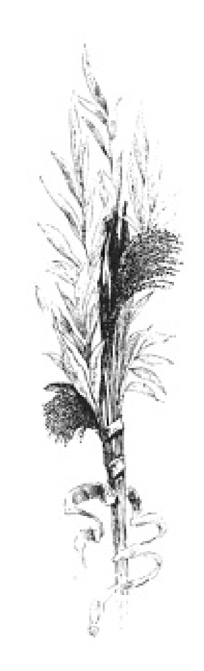
—¡La paz sea con vosotros! ¡Y bienvenidos!

Después de dar las gracias a las niñas, los amigos siguieron su camino, dejando que los camellos eligieran la velocidad que a bien tuvieran.

—Debes saber —continuó diciendo Malluch, interrumpiéndose de vez en cuando para saborear un dátil—, que gozo de la confianza del comerciante Simónides, quien a veces me halaga pidiéndome consejo sobre algo. Durante mis visitas a su casa, he trabado conocimiento con muchos de sus amigos, que conociendo la cordial relación que existe entre los dos, hablan libremente en presencia mía. Fue así como el jeque Ilderim y yo nos conocimos y nos hicimos amigos.

Por un instante la atención de Ben-Hur se distrajo. En su imaginación surgió la imagen gentil, pura y atractiva de Esther, la hija del mercader. Le

pareció ver de nuevo aquellos ojos muy oscuros, con el peculiar brillo de las mujeres judías, que le contemplaban fijamente; le pareció escuchar de nuevo sus rítmicos pasos, igual que cuando se acercaba con el vino, y su voz cuando le ofrecía la copa; y otra vez recordó la simpatía que la joven había manifestado por él, de una manera tan directa y evidente, que las palabras hubiesen sido innecesarias, y con tal dulzura, que cualquier palabra hubiese ido en detrimento de los sentimientos así expresados. La visión era extremadamente placentera, pero en cuanto se volvió para mirar a Malluch, se desvaneció.



—Hace un par de semanas —prosiguió Malluch—, el anciano jeque se presentó en casa de Simónides un día que yo también estaba allí. Me di cuenta de que estaba muy conmovido por algo, y por deferencia me ofrecí a dejarles a solas; el mismo jeque, empero, me lo impidió diciendo: «Ya que eres israelita, quédate, pues tengo una extraña historia que contar». El énfasis que puso en la palabra *israelita* excitó mi curiosidad. Me quedé entonces, y ahora te voy a relatar lo esencial de la historia… Debo resumir porque ya estamos cerca de su tienda, y ya te contará él mismo los detalles. Esta es la historia: Hace muchos muchos años, tres hombres llegaron hasta la tienda de Ilderim en medio del desierto. Eran todos extranjeros, un hindú, un griego y un egipcio, y habían viajado en camellos, muy blancos, y los más grandes que había visto en su vida. El jeque los acogió amablemente y les dio un sitio para dormir. Al levantarse la mañana siguiente, los tres hombres oraron con una oración desconocida para el jeque: una oración dirigida a Dios y a su Hijo…, rodeado esto de gran misterio. Después de que hubieran desayunado juntos, el egipcio le dijo quiénes eran y desde dónde habían venido. Cada uno de ellos había visto una estrella y escuchado una voz que le indicaba que viajase hasta Jerusalén y preguntase: «¿Dónde está aquel que ha nacido Rey de los Judíos?». Los tres hombres obedecieron. Desde Jerusalén fueron conducidos por una estrella hasta Belén, donde, en el interior de una caverna, encontraron un niño recién nacido, ante el cual se postraron para adorarlo. Después de adorar al niño y de entregarle valiosos regalos en testimonio de veneración, volvieron a montar en sus camellos, y sin dilación huyeron en busca del jeque Ilderim, ya que si Herodes, llamado también el Grande, lograba dar con ellos, con toda seguridad les haría matar. Y como era su costumbre, el jeque cuidó de ellos, y les tuvo ocultos durante un año, al

cabo del cual partieron los tres extranjeros, dejando a Ilderim regalos de gran valor, y tomando cada uno un camino diferente.

—En verdad que es una historia maravillosa —exclamó Ben-Hur cuando el otro concluyó—. ¿Qué era lo que debían preguntar al llegar a Jerusalén?

—Debían preguntar, «¿Dónde está aquel que ha nacido Rey de los Judíos?».

—¿Y eso era todo?

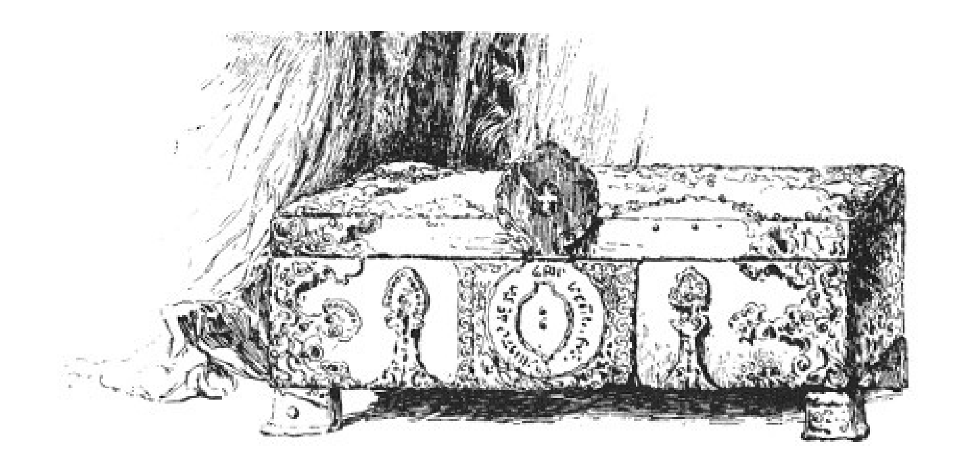
—Algo más debían decir, pero no logro recordarlo.

—¿Y encontraron al niño?

—Sí, y lo adoraron.

—Es un milagro, Malluch.

—Ilderim es un hombre serio, aunque se excita fácilmente, como ocurre con todos los árabes. Sería imposible que de sus labios saliera una mentira.



Malluch hablaba con entusiasmo. Pronto se olvidaron de los dromedarios, y ellos, desentendiéndose también de sus jinetes, se apartaron del camino y se dirigieron a los pastizales.

—¿Nada más sabe Ilderim sobre aquellos tres hombres? —preguntó Ben-Hur—. ¿Qué fue de ellos?

—Sí, sí; fue esa la razón por la cual visitó a Simónides aquel día del cual estoy hablando. Precisamente la noche anterior había visto de nuevo al egipcio.

—¿Dónde?

—Aquí mismo, a la entrada de la tienda a la cual nos dirigimos.

—¿Y cómo lo reconoció?

—De la misma manera que reconociste hoy los caballos: los gestos, los ademanes…

—¿Nada más?

—Montaba el mismo camello blanco y enorme y el nombre que le dio fue el mismo de la otra vez: Baltazar el egipcio.

—¡Es un milagro del Señor! —dijo Ben-Hur embargado por la emoción.

—¿Y por qué lo dices? —preguntó Malluch sorprendido.

—¿Has dicho Baltazar?

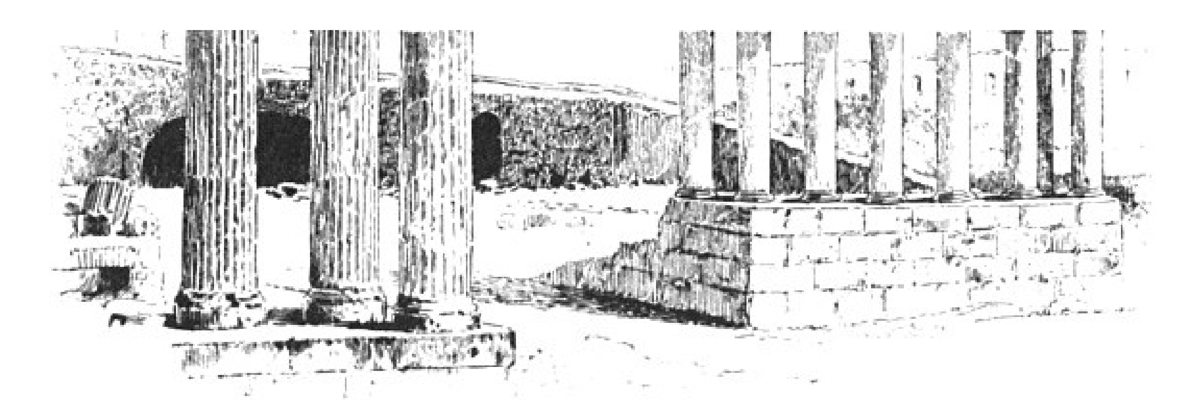
—Sí, Baltazar el egipcio.

—Ese es el nombre que nos dio hoy el anciano en la fuente.

Al recordarlo, también Malluch se sintió presa de la excitación.

—Es verdad —dijo—; y era el mismo camello…, y tú le salvaste la vida a ese hombre.

—Y la mujer —musitó Ben-Hur como si estuviese hablando consigo mismo—; la mujer era su hija.



Estuvo un buen rato sumido en sus pensamientos, hasta el punto que el lector pensaría que en esos momentos tenía una visión de la mujer y que le agradaba aún más que la de Esther, aunque solo fuese porque permanecía por más tiempo en su mente…, pero no era así…

—Dime otra vez —pidió a Malluch de improviso—, lo que debían preguntar era «¿Dónde está aquel que ha de ser Rey de los Judíos?».

—No exactamente. Las palabras eran «que ha nacido Rey de los Judíos». Esas son las palabras que el viejo jeque escuchó en el desierto. Y desde entonces espera la venida de ese rey con inquebrantable fe.

—¿La venida como rey?

—Sí, y causando la caída de Roma, según dice el jeque.

Ben-Hur guardó silencio un instante, mientras meditaba y trataba de controlar sus sentimientos.

—El anciano es solo uno más entre muchos millones —enunció lentamente—: uno de los muchos millones que tienen un agravio que vengar. Y esta extraña fe, Malluch, es como pan y vino para avivar su esperanza; porque, ¿quién sino Herodes puede ser Rey de los Judíos mientras dure el poderío romano? Pero sigamos con la historia, ¿escuchaste lo que Simónides le dijo a él?

—Si Ilderim es un hombre serio, Simónides es un hombre sabio —respondió Malluch—. Escuché cuanto dijo… ¡Pero atención! Parece que alguien nos alcanza.

El ruido iba en aumento, y un momento después pudieron distinguir el estruendo de ruedas mezcladas con cascos de caballo. Y casi en seguida apareció el jeque Ilderim en persona, jinete sobre un airoso caballo, seguido por una comitiva, entre la cual se encontraban los cuatro rojizos árabes que conducían el carro. La barba del jeque, larga, blanca, mullida, le caía sobre el pecho. Nuestros amigos se le habían adelantado, pero al verlos levantó la cabeza y les habló amablemente.

—¡La paz sea con vosotros! Ah, mi amigo Malluch. ¡Bienvenido! Y dime que no te marchas, sino que acabas de llegar, y que traes para mí algo del buen Simónides, a quien el Dios de sus mayores guarde por muchos muchos años. Seguidme ahora, los dos. Tengo pan y vino, o si lo preferís, licor de arroz y carne de cabrito tierno. Venid.

Le siguieron entonces hasta la tienda; el jeque desmontó, fue hasta un poste del cual colgaba un enorme odre de cuero ahumado y sirvió tres copas de un espeso licor. Luego las colocó en una bandeja, y apostándose al lado de la puerta ofreció de beber a sus invitados.

—Bebed —les dijo cordialmente—, bebed que esto aleja los temores del hombre enante.

Cada uno de los hombres tomó una copa y la apuró hasta el fondo.

—Ahora entrad en nombre de Dios.

Una vez en el interior de la tienda, Malluch condujo aparte al jeque y le habló en secreto, hecho lo cual se acercó a Ben-Hur para disculparse.

—Le he hablado de ti al jeque, y en la mañana te dejará ensayar los caballos. Será un amigo para ti. Ya he hecho todo lo que podía, y ahora te corresponde a ti hacer el resto, y permitir que yo regrese a Antioquía. He dado mi palabra a alguien de encontrarlo allá esta noche. No tengo entonces alternativa. Si todo sale bien, regresaré mañana preparado para quedarme contigo hasta el final de los juegos.

Después de intercambiar bendiciones y buenos augurios, Malluch se puso en camino.

Capítulo XI

El prudente siervo y su hija

A la hora en que el cuerno inferior de la luna nueva acariciaba las crestas del Monte Sulpio, y dos terceras partes de los habitantes de Antioquía se encontraban en las azoteas de sus casas, refrescándose con la brisa nocturna cuando esta soplaba y con sus abanicos cuando dejaba de soplar, Simónides estaba sentado en el sillón que ya era parte de su persona, y desde la terraza contemplaba el río y las naves que, sujetas a las amanas, se mecían. La muralla que se levantaba sobre sus espaldas arrojaba una amplia sombra sobre el agua en la orilla opuesta. Desde el puente llegaba el incesante ruido de pasos de transeúntes que iban y venían. Esther sostenía en sus manos una bandeja con la frugal comida de su padre: pastelillos de trigo tan ligeros como obleas, un poco de miel y una taza de leche, dentro de la cual introducía de tanto en tanto los pastelillos untados de miel.

—Malluch se retrasa mucho esta noche —dijo él, descubriendo así lo que ocupaba sus pensamientos.

—¿Crees aún que vendrá? —preguntó Esther.

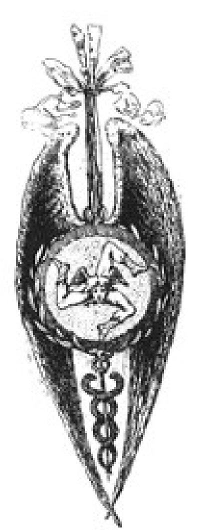
—A menos que se haya hecho a la mar o se haya internado en el desierto, estará aquí —dijo Simónides con absoluta confianza.

—Podría haber escrito —afirmó Esther.

—Escucha Esther, hubiese enviado una carta explicándolo todo al comprender que no alcanzaría a llegar a tiempo; como no he recibido tal carta, sé que podrá venir y que vendrá.

—Así lo espero —dijo la joven con voz muy suave.

Algo en la manera en que Esther había pronunciado la frase, atrajo la atención de su padre; pudo haber sido el tono, o el anhelo que denotaban las palabras. El más pequeño pájaro no puede evitar que al posarse sobre un árbol enorme comunique una vibración a la fibra más recóndita; del mismo modo,



hay momentos en que la mente es muy sensible a las palabras que parecen más triviales.

—¿Deseas que venga? —le preguntó el padre a su hija.

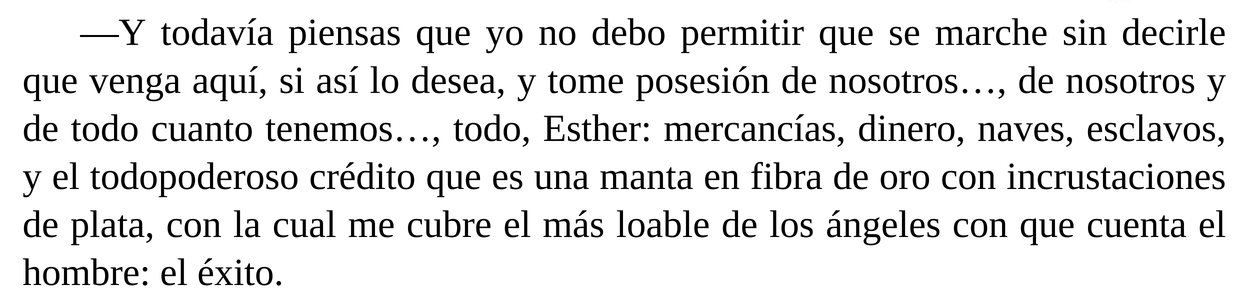
—Sí —contestó ella levantando la mirada.

—¿Por qué? ¿Puedes decirme? —insistió él.

—Porque —la joven vaciló un instante antes de continuar— porque ese joven es…

—Es nuestro amo. ¿Es esa la palabra que pensabas decir?

—Sí.



—Y todavía piensas que yo no debo permitir que se marche sin decirle que venga aquí, si así lo desea, y tome posesión de nosotros…, de nosotros y de todo cuanto tenemos…, todo, Esther: mercancías, dinero, naves, esclavos, y el todopoderoso crédito que es una manta en fibra de oro con incrustaciones de plata, con la cual me cubre el más loable de los ángeles con que cuenta el hombre: el éxito.

Esther no dijo nada.

—¿No te conmueve nada de lo que he dicho? —preguntó él con un leve dejo de amargura—. Bien, bien… Yo he aprendido, Esther, que ni siquiera la peor de las realidades resulta insoportable una vez que transpone las nubes que en un principio la hacen ser aún más oscura de lo que es; ninguna, ni siquiera el potro de tortura. Supongo que lo mismo podría aplicarse a la muerte. Y de acuerdo con esa filosofía, la esclavitud que nos espera, después de un tiempo, ha de ser algo placentero. Me regocijo al pensar en lo afortunado que es nuestro amo. Su fortuna no le habrá costado nada: ni una sola preocupación, ni una gota de sudor, ni tan siquiera un instante de cavilación. Le llega sin haberla soñado y en plena juventud. Más aún, Esther, y permíteme que me envanezca un poco al hacer la siguiente reflexión: se lleva algo que no podría obtener en ningún mercado del mundo por más dinero que tuviese…, ah, hija mía, mi tesoro, el capullo que brota de la tumba de mi difunta Raquel.

La atrajo entonces hacia sí, y la besó dos veces, una por el amor que le tenía, y otra en recuerdo de su madre.

—No digas eso —le pidió ella—; mejor pensemos en él. Conoce muy bien lo que es el sufrimiento, y nos dejará en libertad.



—Ah; tu intuición es excelente, Esther; y sabes que recurro a ti en caso de duda cuando se trata de juzgar si un individuo es una persona de bien o no lo es, como es el caso del joven que esta mañana se encontraba ante ti. Pero, pero —y en este punto su voz se elevó y se hizo más dura—, estos miembros de los cuales no me puedo valer, este cuerpo que ha sido deformado a fuerza de golpes, no es lo único que le aportaría de mi persona. Ah, no, no, no. Le entregó también un alma que se ha impuesto a las torturas recibidas y ha denotado la malicia romana, más incisiva que cualquier tortura; le entregó una mente capaz de descubrir el oro a una distancia mayor de la que podían alcanzar los veleros de Salomón, y el poder para lograr que llegue hasta mis manos, ay, Esther, hasta esta palma para agarrarlo y retenerlo, a menos que le salgan alas y vaya a parar a manos de otro…, de otro con una mente maestra para maquinar ardides.

Simónides se detuvo y soltó una carcajada antes de continuar.

—Escucha, Esther, antes de que la luna nueva que en estos momentos se festeja en los patios del Templo de la Ciudad Sagrada pase al cuarto siguiente, podría alterar el curso del mundo de una manera que asombraría al mismo César; pues debes saber, hija, que poseo esa facultad que es preferible a cualquiera de los sentidos, más importante aún que la experiencia, que suele ser la mejor cosecha que confiere una larga vida…, me refiero a la facultad más excelsa que puede tener un hombre, pero que… —se interrumpió y de nuevo se echó a reír, pero esta vez no lo hizo con amargura sino de buena gana—,

pero que hace falta incluso a los grandes hombres, y entre el común de la gente prácticamente no existe. Estoy hablando de la facultad de arrastrar a los hombres para que se sumen a mis proyectos y me sigan fielmente hasta que sean llevados a buen término, gracias a lo cual me multiplico cientos, miles de veces, y puedo estar en muchas cosas a la vez. Es así como los capitanes de mis naves surcan los mares y me dan cuenta honesta de todas las ganancias; y es así como Malluch sigue ahora al joven, nuestro amo, y vendrá…

En ese preciso momento se escuchó en la tenaza el ruido de pasos.

—¡Ah, Esther! ¿No te lo decía? Ya está aquí y recibiremos noticias. Por ti, querida hija, mi lirio recién florecido, ruego al Señor Dios que no ha olvidado a su rebaño enante de Israel, que las noticias que traiga sean reconfortantes. Ahora sabremos si el Señor permitirá que quedes en libertad con toda tu belleza, y yo con todas mis facultades.

Malluch se acercó al sillón.

—La paz sea contigo, mi buen amo —dijo mientras hacía una profunda inclinación—, y contigo, Esther, la mejor entre todas las hijas.

Malluch adoptó una actitud de deferencia, que contrastaba con su forma de dirigirse a ellos; de un lado la actitud de un criado y de otro una gran familiaridad y cordialidad. Después de responder al saludo, Simónides fue directamente al grano, como era su costumbre en asuntos de negocios.

—¿Qué me puedes decir del joven, Malluch?

Los acontecimientos que habían tenido lugar durante el día fueron relatados calmadamente y con las palabras más sencillas que era posible. No fue interrumpido una sola vez; más aún, su oyente en el sillón no movió un solo músculo mientras duró la narración; de no ser por sus ojos muy abiertos y brillantes y un par de veces que pareció tomar aire con mayor intensidad, hubiese podido confundirse con una esfinge.

—Gracias, gracias, Malluch —dijo con vehemencia cuando el otro hubo terminado—: lo has hecho muy bien; nadie podría haberlo hecho mejor. Y ahora, ¿qué podrías decirme acerca de la nacionalidad del joven?

—Es israelita, mi buen amo, y de la tribu de Judá.

—¿Estás seguro?

—Completamente.

—Parece que te ha referido muy poca cosa de su vida.

—En algún sitio debe haber aprendido a ser prudente. Yo diría incluso que desconfiado. Frustró todos mis intentos por ganarme su confianza hasta que emprendimos el camino de Castalia a la aldea de Dafne.

—Un sitio abominable. ¿Por qué fue allí?

—Yo diría que por curiosidad, como ocurre con la mayoría de los que allí acuden; pero, curiosamente, no parecía interesarse por nada de lo que veía. Sobre el templo solamente preguntó si era de estilo griego. Buen amo, ese joven tiene una gran preocupación de la cual quisiera deshacerse y ha ido al bosquecillo, en mi opinión, como vamos nosotros a los sepulcros a enterrar a nuestros muertos.

—Estaría muy bien si así fuese en efecto —dijo Simónides en voz muy baja, y en seguida subiendo el tono agregó—. Malluch, la maldición de nuestros tiempos es la prodigalidad. Los pobres se hacen aún más pobres intentando imitar a los ricos, y los ricos a su vez tratan de comportarse como príncipes. ¿Has visto señales de esa debilidad en el joven? ¿Exhibió en algún momento el dinero que traía? ¿Monedas de Roma o de Israel?

—No, mi amo, ni una sola vez.

—Con toda seguridad, Malluch, en un sitio en que hay tantas invitaciones a los excesos…, quiero decir, tantas cosas para comer o beber, con toda seguridad que en algún momento te hizo una invitación generosa. Fácilmente podría explicarse en razón de su juventud.

—No comió ni bebió nada mientras estuvo en mi compañía.

—Por algo de lo que hizo o dijo, Malluch, ¿pudiste detectar de alguna manera cuál es la idea que le domina? Ya sabes que a veces se puede vislumbrar entre las rendijas más pequeñas.

—No entiendo muy bien —dijo Malluch, dubitativo.

—Bueno, bien sabes que nunca hablamos o actuamos, y mucho menos decidimos asuntos importantes para nosotros a menos que haya un motivo que nos induzca a ello. Es ese aspecto, ¿qué pudiste descubrir en él?

—En cuanto a eso, mi buen amo Simónides, puedo responder con toda certeza. Ante todo está consagrado a buscar a su madre y a su hermana. En segundo lugar resiente el agravio que sufrió a manos de Roma, y como Messala, del cual te hablé, tiene algo que ver en el agravio, su principal propósito en este momento es el de humillarle. El encuentro que tuvieron en la fuente ofrecía una oportunidad, pero fue descartado pues no hubiera sido lo suficientemente público.

—El tal Messala es influyente —dijo Simónides pensativo.

—Sí; pero el próximo encuentro será en el Circo.

—Bien, ¿y qué?

—Vencerá el hijo de Arrio.

—¿Cómo lo sabes?

Malluch sonrió, y dijo:

—Juzgando por lo que me ha dicho.

—¿Solo por eso?

—No; hay una señal mucho mejor: su espíritu.

—Sí, Malluch, muy bien; pero esa idea suya de venganza…, ¿cuál es su alcance? ¿La limita a aquellos pocos que le causaron el agravio, o podría abarcar a muchos más? Y, además, ¿ese sentimiento suyo, podría corresponder al capricho de un muchacho sensible, o tiene ya la madurez de un hombre que ha sufrido? Bien sabes, Malluch, que los deseos de venganza que solo se asientan en el pensamiento no son más que un sueño efímero que un simple día soleado bastará para disipar, mientras que un ímpetu apasionado de venganza es una enfermedad que ataca al corazón, asciende hasta el cerebro, y se alimenta de ambos por igual.

Al llegar a este asunto, por primera vez Simónides dejaba traslucir una emoción; hablaba ahora apresuradamente, apretando los puños, y con tal vehemencia como si quisiera ilustrar la enfermedad a la cual se refería.

—Mi buen amo —replicó Malluch—, una de las razones por las cuales creo que el joven es en efecto judío, es la intensidad de su odio. Resultaba evidente para mí que durante todo el tiempo trataba de contenerse, lo cual es apenas natural teniendo en cuenta que durante largo tiempo ha vivido inmerso en ese ambiente romano de celos y envidias. Y, a pesar de ello, en dos oportunidades alcancé a percibir esa llama que flamea en su interior: la primera vez cuando quería saber cuáles eran los sentimientos de Ilderim hacia Roma, y la segunda cuando le referí la historia del jeque y el rey mago, y aludí a la pregunta: «¿Dónde está aquel que ha nacido Rey de los Judíos?».

De inmediato Simónides se inclinó hacia adelante.

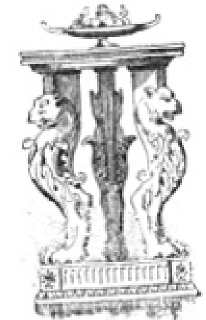
—¡Ay, Malluch!, sus palabras; dime sus palabras exactas; permíteme juzgar la impresión que el misterio causó en él.

—También él quería saber las palabras exactas. Si habían sido «que ha de ser Rey de los Judíos», o «que ha nacido Rey de los Judíos». Parecía encontrar una notable diferencia en las dos frases.

Simónides regresó a la posición de un juez que escucha atentamente una declaración.

—Entonces —continuó diciendo Malluch— le dije la opinión que tiene Ilderim sobre ese misterio: que la llegada del Rey entrañará la caída de Roma. Al escuchar esas palabras, la sangre fluyó a las mejillas del joven, y dijo entonces con ahínco: «¿Quién sino Herodes puede ser Rey mientras dure el poderío de Roma?».

—¿Qué quería decir con ello?



—Que el Imperio tenía que ser destruido antes de que pudiera imponerse un soberano diferente.

Durante un rato Simónides estuvo contemplando las naves en el río que se mecían al mismo ritmo que sus sombras; cuando levantó la mirada, estaba dando a entender que la entrevista había terminado.

—Basta por ahora, Malluch; ve a comer algo y prepárate para regresar al Huerto de las Palmas. Debes ayudar al joven en la dura prueba que se acerca. Ven a verme en la mañana pues quiero enviarle una carta a Ilderim.

Añadió en voz más baja, como si hablara consigo mismo:

—Quizá vaya al Circo también yo.

Cuando se alejó Malluch, después de dar y recibir las acostumbradas bendiciones, Simónides bebió un buen sorbo de leche. Parecía mucho más reposado y tranquilo.

—Llévate la comida, Esther —le dijo—; he terminado.

La joven obedeció.

—Ahora ven aquí.

Esther se acomodó de nuevo en el brazo del sillón.

—Dios es bueno conmigo, muy bueno —dijo con fervor—. Procede siempre de manera misteriosa y, sin embargo, a veces nos permite creer que lo vemos y lo comprendemos. Soy viejo, hija mía, y pronto tendré que irme de este mundo, y precisamente en mi hora penúltima, cuando mis esperanzas comenzaban a desfallecer, me ha enviado a este joven, que entraña para mí una promesa, y entonces siento renacer el entusiasmo. Veo el camino hacia algo grandioso en circunstancias que son en sí mismas tan grandiosas, que equivaldrán a un renacimiento para el mundo entero. Y veo también una razón para las grandes riquezas que me ha sido dado acumular, y el propósito para el cual han de emplearse. En verdad, mi querida hija, que de nuevo siento deseos de aferrarme a la vida.

Esther se apretó aún más contra su padre, como para impedir que aquellos pensamientos tomaran demasiado vuelo y desaparecieran.

—Ha nacido el Rey —continuó diciendo él—, y debe estar ahora en la mitad del curso de su existencia. Baltazar dice que era un infante en el regazo de su madre cuando lo vio y le entregó regalos y lo veneró, y ahora Ilderim afirma que en diciembre se cumplieron veintisiete años desde la ocasión en que Baltazar y sus acompañantes llegaron a su tienda buscando donde esconderse de Herodes. Por lo tanto su llegada no ha de tardar mucho. Podría

ocurrir esta misma noche, o mañana. ¡Oh sagrados padres de Israel, qué felicidad produce este pensamiento! Me parece estar escuchando el estruendo de las viejas murallas al derrumbarse y el clamor que acompaña a un cambio en todo el orbe. Sí, y para que sea más completo el júbilo entre los hombres, la tierra se abre para tragar a Roma, y al verlo todos ríen y cantan y proclaman que Roma ya no existe y nosotros sí.

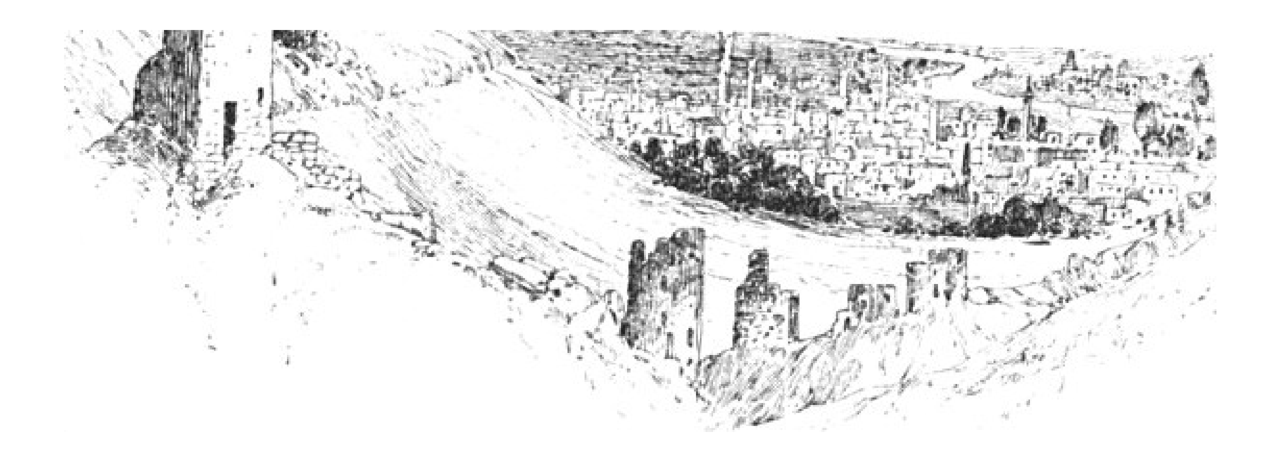
Se detuvo entonces, riéndose de su propio ímpetu.



—¿Habías escuchado algo igual, Esther? Seguramente poseo en mi interior la pasión de una cantante, la sangre ardiente y la emoción de Miriam y David. En medio de mis pensamientos, que deberían limitarse a fechas y números, hay una gran confusión de cimbales y de arpas que resuenan estridentes y el griterío de una multitud alrededor de un nuevo trono. Por el momento voy a apartar de mi mente tales pensamientos; no obstante, querida hija, recuerda que cuando llegue ese Rey va a necesitar dinero y hombres, pues habiendo nacido de mujer, tiene que ser un hombre como cualquier otro, sujeto a las condiciones humanas como lo estamos tú y yo. Y tendrá necesidad de personas que obtengan el dinero y personas que lo guarden y de líderes para sus hombres. Helo allí. ¿No ves en ello un camino que yo bien puedo seguir, abriendo una amplia avenida por la que pueda transitar nuestro Salvador? Y al final nos esperará la gloria tanto a él como a mí, y… —se interrumpió al caer en cuenta del egoísmo que implicaba un proyecto en el cual ella no participaba ni obtendría beneficios, y entonces agregó mientras le daba un beso—, y la felicidad para la hija de tu madre.

La joven permaneció sentada, inmóvil y en silencio. Entonces pensó él en las naturales diferencias entre las personas y el hecho de que no siempre nos regocijamos por las mismas causas. Recordó también que ella era apenas una niña.

—¿En qué estás pensando, Esther? —preguntó en el más cariñoso de sus tonos—. Si se trata de un deseo, mi pequeña, dímelo pronto, mientras aún tengo poder en mis manos. Porque el poder, bien sabes, es una cosa esquiva y siempre tiene sus alas preparadas para emprender vuelo.



Esther respondió con una llaneza casi infantil:

—Hazle venir aquí, padre. Hazle venir aquí esta noche y no permitas que se presente en el Circo.

—¡Ah! —dijo Simónides, prolongando la exclamación, posando de nuevo sus ojos sobre el río, donde las sombras eran más sombrías que nunca, pues la luna parecía haberse sumido en las profundidades de Monte Sulpio, dejando a las estrellas, poco eficaces esa noche, la tarea de iluminar la ciudad.

¿Deberíamos decirlo, amable lector?… Acababa de sentir la punzada de los celos. ¿Y si estuviese enamorada del joven amo? No, no; era imposible; Esther era demasiado joven. Pero la idea le resultaba muy inquietante y de inmediato se quedó frío e inmóvil. Solo tenía dieciséis años. Él lo sabía perfectamente. El día de su último cumpleaños habían ido juntos al astillero, donde se celebraba la botadura de una galera, y la bandera amarilla que la nave llevaba para celebrar sus nupcias con las olas, tenía grabado el nombre «Esther», de modo que se trataba de un festejo para los dos. Y sin embargo en este momento el pensamiento lo sacudía con la fuerza de una gran sorpresa. Hay veces en que la plena comprensión de algo llega a nosotros de manera dolorosa, en especial lo que se refiere a nosotros mismos: que estamos envejeciendo, por ejemplo, y, lo que es aún más terrible, que debemos morir. Uno de estos momentos de comprensión sacudía lo más profundo de su corazón, aún subrepticio e incoherente, pero lo suficientemente intenso para arrancarle un suspiro que más parecía un gruñido. No solamente tendría que empezar su servidumbre en los albores de su juventud, sino que, además, debería transferir a su amo todos sus afectos, cuya sinceridad, ternura y delicadeza, él, su padre, conocía tan bien, porque hasta entonces habían sido todos para él, sin tener que compartirlos con nadie.

El espíritu maligno encargado de torturarnos con temores y pensamientos amargos, pocas veces hace su trabajo a medias. En medio de su aflicción, el valeroso anciano olvidó por completo el proyecto que hasta hace un momento tenía en mente, así como al milagroso Rey que sería el centro de todo. Y, sin embargo, haciendo un gran esfuerzo logró controlarse para preguntar con tono sosegado:

—¿Que no se presente en el Circo, Esther? ¿Por qué?

—No es ese el lugar indicado para un hijo de Israel, padre.

—Ah, una cuestión de ortodoxia religiosa. ¿Es eso todo, Esther?

El tono de esta última pregunta había sido tan inquisitivo que turbó el corazón de la joven, que comenzó a latir con más fuerza, con tal fuerza, que fue incapaz de responder. Sentía una especie de confusión, nueva para ella y curiosamente placentera.

—Ese joven ha de quedarse con mi fortuna —dijo, tomando las manos de ella y hablando con voz más suave—; él ha de tener las naves y el dinero…, todo, Esther, todo. Y sin embargo yo no me sentía pobre, porque me quedabas tú, y tu amor que es tan similar al de la difunta Raquel. Dime, ¿también ese amor será para él?



Esther se inclinó y colocó una mejilla sobre la cabeza de su padre.

—Puedes hablar, Esther. Seré más fuerte al saberlo. Del conocimiento anticipado se deriva la fortaleza.

La joven irguió la cabeza, y habló entonces como si fuese la encarnación misma de la Verdad.

—No te aflijas, padre mío. Nunca te abandonaré, y aunque él se quede con mi amor, seguiré siempre a tu servicio como hasta ahora lo he hecho.

»Más aún —continuó diciendo, después de dar a su padre un cariñoso beso—; el joven me pareció apuesto, y mucho me atraía el timbre de su voz, y me estremezco al pensar que puede correr peligro. Sí, padre, me sentiría muy alegre si pudiese verlo de nuevo. Y, sin embargo, un amor que no es correspondido no se puede considerar perfecto, y, por tanto, esperaré un tiempo, recordando que soy hija tuya y de mi amada madre.

—¡Eres una verdadera bendición del Señor, Esther! Una bendición que me permitiría seguir siendo rico aunque lo hubiese perdido todo. Y por su santo nombre y su vida sempiterna, te prometo que no has de sufrir.

Un instante después, Simónides hizo llamar al criado para que empujara su sillón rodante hasta la habitación, donde estuvo sentado un buen rato pensando en el advenimiento del Rey, mientras su hija se retiró a acostarse para dormir el sueño de los inocentes.



Capítulo XII
Una orgía romana

El palacio que se encontraba al otro lado del río, prácticamente en frente de la propiedad de Simónides, fue completado, según se dice, por el célebre Epífanes[1], y tenía todo lo que cabría imaginar en una residencia semejante, si bien Epífanes fue un constructor cuyos gustos se inclinaban hacia lo inmenso más que hacia lo que ahora llamamos clásico, por lo cual en lo que respecta a la arquitectura en sí, resultaba un imitador de los persas en lugar de los griegos.

La muralla que bordeaba la isla, erigida con el doble propósito de servir como malecón contra el oleaje del río y de defensa contra una multitud exaltada, había sido causante de que el palacio no fuese adecuado para habitar en él de manera permanente, hasta tal punto que los legados romanos lo habían abandonado, trasladándose a otra residencia construida especialmente para ellos en la ladera occidental del Monte Sulpio, debajo del Templo de Júpiter. No eran pocas las personas, sin embargo, que negaban enfáticamente las críticas que se hacían a la antigua mansión, afirmando, con bastante perspicacia, que el motivo del traslado de los legados no había sido el de ubicarlos en un sitio más salubre, sino por la seguridad que proporcionaban los enormes cuarteles —o ciudadela, como era costumbre llamarlos en esa época— situados precisamente en esa ladera occidental del monte. De cualquier modo, el palacio estaba siempre listo para ser habitado, y cada vez que llegaba a Antioquía un cónsul, general del ejército, rey o potentado, de inmediato se le asignaba alojamiento en el palacio de la isla.

Como solo nos interesa una de las estancias en aquella vetusta mole, el resto se deja a la imaginación del lector, que queda entonces en libertad para pasearse por sus jardines, los suntuosos baños, los corredores y el laberinto de habitaciones de todos los pisos y en los pabellones de la azotea, todo decorado como corresponde a una mansión de tanta fama, en una ciudad que

está más cerca del «Oriente magnífico» de Milton que cualquier otra en el mundo.

En nuestros días, la estancia a la que hemos aludido recibiría el nombre de salón. Era bastante espacioso, pavimentado con losas de mármol pulido, e iluminado durante el día por claraboyas cubiertas por cristales de mica coloreados. Junto a la pared se veían estatuas de Atlantes, diferentes entre sí, aunque todos sostenían su correspondiente cornisa labrada con arabescos de complicado diseño, que resultaba aún más elegante por la profusión de colores: azul, verde, púrpura de Tiria y dorado. Rodeando toda la estancia había un diván de sedas de la India y lanas de cachemir. El resto del mobiliario consistía en mesas y taburetes de estilo egipcio, estrafalariamente tallados.

Habíamos dejado a Simónides en su sillón, perfeccionando el proyecto para ayudar al Rey milagroso cuyo advenimiento es tan cercano, según ha concluido. Esther, por su parte, duerme tranquilamente; y nosotros, después de haber atravesado el puente sobre el río, de haber transpuesto el umbral guardado por figuras de leones y de haber recorrido un buen número de pasajes y patios de estilo babilonio, nos disponemos a entrar en el salón dorado.

Cinco candelabros cuelgan del techo por cadenas de bronce —una en cada esquina y la quinta en el centro—; constituyen verdaderas pirámides de lámparas encendidas, que iluminan incluso los rostros demoniacos de los Atlantes y los elaborados detalles de las cornisas. Junto a las mesas, sentados o de pie, o bien caminando de un lado a otro, se encuentran en ese momento en la estancia alrededor de unas cien personas, a quienes debemos examinar aunque sea brevemente.

Todos los presentes son hombres jóvenes, algunos poco más que niños. No cabe ninguna duda que son italianos, y en su mayor parte, romanos. No solo hablan un latín de gran pureza, sino que también llevan el traje que se utiliza en la gran capital del Tíber cuando se está en recintos cenados o bajo techo: túnica de falda corta y mangas cortas, que se adapta muy bien al clima de Antioquía, y resulta bastante cómodo para la atmósfera un poco pesada del concurrido salón. En distintos sitios del diván se ven togas y lacernas[2] descuidadamente arrojadas por sus propietarios, algunas de ellas bordadas con púrpura, significando un alto rango. Sobre el diván, cómodamente extendidos, duermen varios jóvenes; no nos detendremos a averiguar si han sido vencidos por el calor y la fatiga del día sofocante, o por las báquicas libaciones.

El zumbido de voces es estridente e incesante. De vez en cuando se produce una explosión de risa, otras veces un estallido de ira o de exaltación pero, en general, prevalece un traqueteo agudo, prolongado, que las personas que no están familiarizadas con tales eventos no saben en un principio a qué atribuir. A medida que nos acercamos a las mesas, empero, el misterio se va aclarando: muchos de los asistentes se entregan a sus juegos favoritos, los dados o el ajedrez, y el traqueteo que se escucha es simplemente el de los dados al ser agitados en los cubiletes o arrojados sobre la mesa, o bien el de las piezas de ajedrez al ser movidas en sus tableros.



¿Y quiénes son los asistentes?

—Mi buen Flavio —dice uno de los jugadores, con una pieza en la mano, suspendida a mitad del movimiento—, mira aquella lacerna, allí enfrente sobre el diván. Acaba de salir de la tienda, y tiene una hebilla de oro sobre el hombro tan grande como mi mano.

—Y bien —dice el aludido, más interesado en el juego—; he visto antes otras iguales. Puede que la tuya no sea muy vieja, pero ¡por la diadema de Venus que tampoco es nueva! ¿Qué hay con ella?

—Nada. Solo que la regalaría por encontrar a alguien que lo supiera todo.

—¡Ja, ja! Por mucho menos te podrías encontrar aquí mismo, entre aquellos que se adornan con púrpura, varios que aceptarían tu oferta. Pero juega.

—Aquí… ¡Jaque!

—¿Ah sí? ¡Pero por todos los dioses! Bueno, ¿otro?

—Está bien.

—¿Y la apuesta?

—Un sestercio.

Ambos sacan sus tablillas y estilos y hacen una anotación; luego, mientras están reacomodando las piezas, Flavio recuerda el comentario de su amigo.

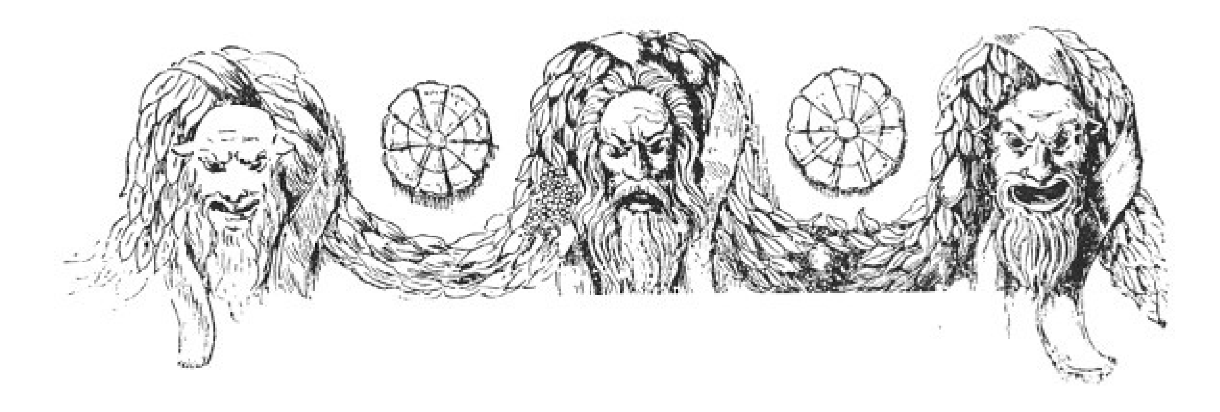
—Un hombre que lo supiera todo. ¡Cielos! Los oráculos se quedarían sin clientes. ¿Qué quisieras tú de tal endriago?

—Le pediría que me respondiera una pregunta, Flavio querido, y en seguida, ¡por Júpiter!, le cortaría el cuello.

—¿Y cuál sería la pregunta?

—Le pediría que me dijera la hora… ¿He dicho la hora?… No, el minuto, el minuto exacto en que Maxencio ha de llegar mañana.

—¡Buena jugada! ¡Buena jugada! ¡Ya te tengo! ¿Y por qué el minuto?



—¿Alguna vez has permanecido de pie bajo el sol de Siria en el muelle en el cual va a desembarcar él? Las llamas del Vesta[3] no son tan ardientes, y por nuestro padre Rómulo[4], si es que tengo que morir, preferiría morir en Roma. Esto es el Averno[5]. En cambio allí, en la plaza que se encuentra delante del Foro, podría empinarme y estirando las manos, casi tocar el recinto de los dioses. Pero ¡por la misma Venus! Flavio, esta vez me has engañado. He perdido. ¡Oh, Fortuna!

—¿Pero quieres jugar otra vez?

—Tengo que recuperar mi sestercio.

—Sea.

Y jugaron una vez más, y otra, y otra, y cuando el día, abriéndose paso entre el firmamento comenzó a competir con el resplandor de las lámparas, encontró a estos dos en la misma mesa, todavía jugando. Como la mayoría de los asistentes, eran agregados militares del cónsul, que se divertían a lo grande mientras esperaban su llegada.

Mientras sostenían la conversación que hemos transcrito, entró en el salón un grupo en el que nadie reparó en un principio hasta que llegó a la mesa central. Todo indicaba que venían de una parranda que acababa de terminar. Algunos de ellos apenas lograban tenerse en pie. Sobre la frente de uno de los recién llegados se veía una guirnalda que indicaba que era el organizador de la fiesta, y posiblemente su anfitrión también. El vino no había tenido más

efecto sobre él que el de realzar su apostura, una apostura del más varonil estilo romano. Llevaba la cabeza muy erguida; el alcohol había concedido un atractivo rubor a sus labios y mejillas; sus ojos brillaban; envuelto en una inmaculada toga blanca de amplios pliegues avanzó con un paso que parecía casi imperial. Al llegar a la mesa hizo sitio para él y sus acompañantes sin detenerse en formalidades y sin pedir permiso a nadie; y cuando finalmente se detuvo y miró a su alrededor, todos, incluso los jugadores, se volvieron hacia él y lo saludaron con gritos que semejaban una aclamación:

—¡Messala! ¡Messala!

Los que se encontraban en los rincones más distantes, al escuchar el grito lo repitieron como un eco. Inmediatamente los grupos comenzaron a disolverse y los juegos se interrumpieron, pues la mayoría de los presentes se dirigieron hacia el centro del salón.

Messala recibió con indiferencia las muestras de entusiasmo que despertaba, y procedió a hacer una demostración de las razones de su popularidad.

—Salud, amigo Druso —le dijo a un jugador que estaba a su derecha—. Salud, y permíteme tus tablillas un momento.

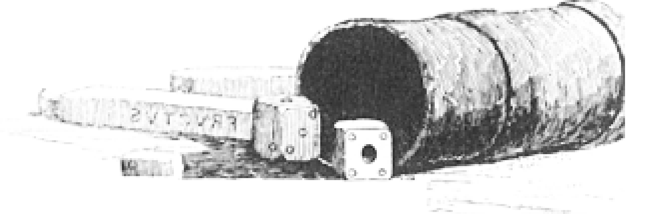
Levantó los tableros encerados, estudió un momento las anotaciones con las apuestas y los arrojó al suelo.

—Denarios, solo denarios, moneda de carreteros y carniceros —dijo con risa desdeñosa—. ¡Por Sémele! ¡Es una verdadera afrenta al grandioso nombre de Roma que un César se pase toda la noche esperando que un giro de la fortuna le conceda un miserable denario!

El descendiente de los drusos enrojeció hasta la coronilla, pero cuando apenas comenzaba a responder, fue interrumpido por los circunstantes, que se arremolinaron alrededor de la mesa gritando:

—Hijos del Tíber —continuó diciendo Messala, arrancando de manos de un vecino un cubilete con dados—, ¿quién es el favorito de los dioses? El romano. ¿Quién impone sus leyes a las otras naciones? El romano. ¿Quién es, por el derecho que le da la espada, el amo universal?

Los allí presentes eran hombres de inspiración veloz y, además, la idea les resultaba bastante familiar, habiendo nacido prácticamente con ella, así que en un abrir y cenar de ojos adivinaron la respuesta y comenzaron a gritar:



—¡El romano! ¡El romano!

—Y sin embargo…, sin embargo… —enunció Messala lentamente para recuperar la atención—, sin embargo hay alguien mejor que el mejor de los romanos.

Echó hacia atrás su patricia cabeza, y tomó una pausa, como para aguijonearlos con su expresión de mofa.

—¿Me escucháis? —preguntó—. Hay alguien mejor que el mejor de los romanos.

—Sí… Hércules —gritó uno.

—Baco —propuso algún gracioso.

—¡Júpiter! ¡Júpiter! —exclamaron varios al tiempo.

—No —respondió Messala—. Entre los hombres.

—Nómbralo, nómbralo —le rogaron a coro.

—Así lo haré —dijo después de otra pausa—. Aquel que a la perfección de Roma ha agregado la perfección del Oriente; aquel que además del brazo conquistador, que es occidental, posee el arte necesario para disfrutar de su dominio, un atributo oriental.

—¡Perpol! De todos modos es un romano —profirió alguien, a lo cual siguió una carcajada general y un prolongado batir de palmas.

—En el Oriente —continuó Messala—, no tenemos otros dioses que el Vino, la Mujer y la Fortuna, y el más importante de todos es la Fortuna, de donde proviene nuestro lema: «¿Quién se atreve a hacer lo que yo me atrevo?», muy apropiado para el Senado, para la batalla, y sobre todo para aquel que buscando lo mejor pone en tela de juicio lo peor.

El tono de su voz bajó, se hizo más sosegado, más familiar, pero no por ello disminuyó el interés y curiosidad de los oyentes.

—En el gran arcón de la ciudadela tengo cinco talentos[6] en moneda corriente y en circulación; he aquí los recibos.

Sacó de su túnica unos papiros que depositó sobre la mesa, en medio de un silencio tal que ni siquiera se oía respirar, todos los ojos puestos en él, todos los oídos atentos.

—Esa suma denota la medida de lo que estoy dispuesto a arriesgar. ¿Quién de vosotros arriesga otro tanto? Os habéis quedado en silencio. ¿Es demasiado dinero? Rebajaré un talento. ¡Qué! ¿Todavía en silencio? Bien, entonces, ¿alguien que quiera lanzar los dados conmigo por tres talentos?…, solo tres; por dos; por uno…, por uno al menos, por el honor del río junto al cual nacisteis. La Roma oriental contra la Roma occidental… ¡El bárbaro Orontes contra el sagrado Tíber!

Levantó el cubilete y agitó los dados vigorosamente.

—¡El Orontes contra el Tíber! —repitió, con entonación aún más burlona.

Ni uno solo de los presentes se movió; entonces Messala tiró el cubilete sobre la mesa, y riendo con sorna recogió los recibos.

—¡Por los dioses del Olimpo! Veo ahora que tenéis que hacer fortuna o al menos restaurarla, y tal vez por ello habéis venido a Antioquía. ¡Oye, Cecilio!

—Aquí estoy, Messala —gritó un hombre a sus espaldas—; aquí estoy ahogándome entre esta chusma y pidiendo un dracma de limosna para arreglar cuentas con el andrajoso barquero. ¡Pero que me lleve Plutón! Estos novatos no podrían reunir entre todos siquiera un óbolo[7].



La humorada produjo una explosión de risa, que se paseó a lo ancho y largo del salón. Solo Messala mantuvo su semblante grave.

—Vuelve a la habitación donde estábamos —le dijo a Cecilio—, y ordena a los criados que traigan las ánforas, copas y vasos. Si estos compatriotas nuestros que buscan la fortuna no tienen cantidades enormes de dinero, entonces por el Baco de los sirios que me voy a enterar si al menos han recibido la bendición de unos buenos estómagos. Date prisa.

En seguida se volvió hacia Druso, y con una risa que resonó en toda la estancia le dijo:

—Amigo mío, no te ofendas si te he llamado un César sin denarios. Has visto que solo utilicé el nombre para poner a prueba a estos jóvenes inexpertos de nuestra vetusta Roma. ¡Pero ven, Druso, ven!

Messala cogió de nuevo el cubilete, y alegremente agitó los dados.

—Bueno, ¿cuál es la suma por la que estás dispuesto a probar fortuna?

El tono franco, cordial, simpático, consiguió que al instante Druso abandonara toda reticencia.

—¡Por las ninfas que sí! —dijo sonriendo—; jugaré contigo, Messala…, un denario.

Un muchacho de aspecto casi infantil contemplaba la escena desde un lado de la mesa. De repente Messala se volvió hacia él.

—¿Quién eres? —le preguntó.

El muchacho retrocedió.

—No, ¡por Cástor! ¡Y por su hermano también[8]! No pensaba ofenderte. Se me acaba de ocurrir que en otros asuntos de hombres, además de los dados, se tiene por regla prestar más atención a las cifras mientras menor sea la cantidad. Así que ahora necesito un secretario. ¿Quieres servirme de secretario?

El jovencito dispuso sus tablillas para anotar el marcador: una vez más las maneras de Messala habían resultado irresistibles.

—¡Espera, Messala, espera! No sé si será de mal agüero hacer una pregunta cuando ya los dados están listos para ser lanzados, pero se me ha metido una pregunta entre ceja y ceja, y tengo que hacerla aunque la misma Venus me azotara con su cinturón.

—No, mi apreciado Druso; Venus solo se despoja de su cinturón cuando está enamorada. En cuanto a tu pregunta, lanzaré los dados primero para librarme de los malos augurios. Pero así…

Invirtió el cubilete sobre la mesa, y dejó su mano sobre él, de manera que los dados permaneciesen ocultos.

—¿Conociste alguna vez a un tal Quinto Arrio? —preguntó Druso.

—¿El duunviro?

—No; su hijo.

—No sabía que tuviese un hijo.

—Bueno, no es nada —agregó Druso con aparente indiferencia—. Solo que Pólux no se parecía tanto a Cástor como se parece Arrio a ti.

Al escuchar el comentario, y como si obedeciesen a una señal, veinte voces lo confirmaron.

—¡Es verdad! —gritaban—; sus ojos, su rostro.

—Pero ¿qué decís? —protestó alguien enfadado—. Messala es un romano; Arrio es judío.

—Has hablado bien —exclamó un tercero. Es judío, a menos que Momo[9] haya dado a su madre una máscara equivocada.



Se presagiaba el inicio de una disputa, viendo lo cual Messala intervino diciendo:

—No ha llegado el vino, querido Druso, y como bien ves estos comienzan a comportarse como perros encadenados. En cuanto a lo de Arrio, acepto como cierto lo que has dicho, pero cuéntame algo más acerca de él.

—Pues bien; sea judío o sea romano, ¡y por el gran dios Pan, que no lo digo por faltarte al respeto!, este Amo es apuesto y valiente y astuto. El Emperador le ofreció su patronazgo e influencias, y lo rechazó. Llegó a Roma como si saliera de una misteriosa nube y mantuvo siempre una distancia, como si se sintiera mejor o se supiera peor que el resto de nosotros. No tenía rival en la palestra; se enfrentaba a los gigantes ojiazules del Rhin o a los toros sin cuernos de Sarmacia[10] cual si se tratase de ramitas de sauce. Al morir el duunviro le dejó inmensamente rico. Siente una verdadera pasión por las armas, y solo piensa en la guerra. Maxencio lo admitió entre sus hombres, y debía haber embarcado con nosotros, pero lo perdimos en Ravena. Sin embargo ha llegado sano y salvo. Esta mañana tuvimos noticias de él. ¡Perpol! En lugar de venir a palacio o dirigirse a la ciudadela, descargó su equipaje en el *khan*, y desapareció de nuevo.

Al principio de la conversación, Messala había escuchado con cortés indiferencia; a medida que el otro proseguía, empero, le había concedido mayor atención, y cuando concluyó de hablar levantó su mano del cubilete y llamó en voz alta:

—¡Oye, Cayo! ¿Me estás escuchando?

Un joven acodado junto a él, su *myrtilus* o acompañante durante el entrenamiento de ese día, respondió muy satisfecho de que Messala le dirigiera la palabra:

—Si no estuviera escuchando, Messala, no podría llamarme tu amigo.

—¿Recuerdas a aquel hombre que te hizo caer?

—¡Por las trenzas de Baco! ¿Acaso no tengo un hombro magullado que me ayuda a recordarlo? —y acompañó sus palabras encogiéndose exageradamente de hombros.

—Pues bien; debes dar gracias a los hados… He encontrado al enemigo. Escucha.

Acto seguido Messala se volvió hacia Druso.

—Háblanos un poco más de él, ¡por los dioses!; sí, de aquel que es a la vez judío y romano. ¡Vaya combinación! ¿Qué vestidura suele llevar?

—Las que usan los judíos.

—¿Has escuchado, Cayo? —preguntó Messala—. Tenemos en primer lugar que el individuo en cuestión es joven; en segundo lugar posee el rostro de un romano; en tercer lugar prefiere vestir como judío; y en cuarto lugar ha ganado fama y fortuna en la palestra con un par de brazos capaces de derribar un caballo o voltear un carro. Y este Arrio debe darse maña con los idiomas; de otro modo no se explica que un día pueda hacerse pasar por judío, y al siguiente por romano. Y en lo que concierne a la bella lengua de Atenas. ¿También es capaz de conversar en ella?

—Con tal pureza, Messala, que hubiese podido participar en los concursos de oradores de Isthmia.

—¿Pero lo has oído, Cayo? —dijo Messala—. El tal Arrio es capaz de saludar en griego a una mujer. Y si no me fallan las cuentas, ya van cinco atributos. ¿Qué opinas?

—Le has encontrado, Messala; tan cierto como que me llamo Cayo.

—Perdóname, Druso, y perdonadme todos, por hablar en acertijos —dijo Messala con su cautivadora gracia—. ¡Por todos los dioses decentes!, no quisiera abusar de tanta cortesía, pero ahora quisiera una pequeña ayuda. ¡Lo veis! —soltó una carcajada y de nuevo colocó la mano sobre el cubilete—. ¡Ya veis qué estrecha relación tengo con Pitia[11] y su secreto! Hablamos hace un momento, según creo recordar, de un misterio en relación con la llegada de Arrio a Roma. ¿Podrías explicar un poco más?

—No es nada, Messala, no es nada —respondió Druso—; simples niñerías. Cuando Arrio, el duunviro, zarpó para perseguir a los piratas, no

tenía esposa ni familia; regresó con un muchacho —aquel de quien hablamos —, y al día siguiente lo adoptó.

—¡Así que lo adoptó! —respondió Messala—. Por los dioses, Druso, de verdad que comienza a interesarme tu historia. ¿Dónde encontró el duunviro al muchacho? ¿Y quién era?

—¿Quién podría responder a esa pregunta, Messala? ¿Quién sino el mismo joven Arrio? ¡Perpol! Durante la batalla, el duunviro, que entonces era solo un tribuno, perdió su galera. Una nave romana que regresaba del combate lo encontró a él y a otro hombre, flotando sobre el mismo tablón; habían sido los únicos supervivientes entre toda la tripulación. Ahora te contaré la versión que dieron quienes los rescataron y que, por lo menos, tiene a su favor el hecho de que nunca ha sido contradicha. Pues bien; según ellos, el acompañante del duunviro en el tablón era un judío…

—¡Un judío! —repitió Messala con la velocidad del eco.

—Y además esclavo.

—¡Pero qué dices, Druso! ¿Un esclavo?

—Cuando fueron subidos a cubierta, el duunviro llevaba su armadura de tribuno, y el otro una vestidura de remero.

—¡Un galeote! —exclamó Messala poniéndose de pie y mirando a su alrededor, sin saber muy bien qué hacer por una vez en su vida. Precisamente en ese instante hizo su entrada en el aposento una larga hilera de esclavos, algunos portando enormes jarras de vino, otros con cestas de frutas y confituras, y otros más con copas y pomos, en su mayor parte de plata. A la vista de aquella imagen, Messala tuvo una repentina inspiración, y subiéndose en un taburete dijo con voz muy clara:



—Hombres del Tíber, convirtamos estas horas, que compartimos a la espera de nuestro jefe, en una fiesta en honor de Baco. ¿A quién elegís por anfitrión?

Druso también se puso de pie, y exclamó:

—¿Quién sino el que paga la fiesta ha de ser el anfitrión? Contestad, romanos.



Los presentes dieron su aprobación a la propuesta de Druso con un sonoro grito. Entonces Messala se quitó la guirnalda de flores y la entregó a Druso, quien subió a la mesa, y a la vista de todos restituyó la guirnalda en la cabeza de Messala, convirtiéndolo así en dueño de la fiesta y de la noche.

—Llegaron conmigo a este aposento —dijo—, algunos amigos que acababan de salir de un festín. Para que nuestro festejo no falte a las normas de la sagrada costumbre, traedme aquí a aquel de entre ellos que haya llevado la peor parte con el vino.

Una algarabía de voces respondió:

—Helo aquí, helo aquí.

Y levantándolo del suelo, donde se había derrumbado, un joven fue llevado hasta el centro del salón. El joven era tan afeminadamente hermoso, que hubiese podido pasar por el mismo dios de los bebedores…, solo que estaba tan ebrio, que la corona hubiese caído de su cabeza, y la rama de tirso de la mano.

—Subidlo a la mesa —pidió el anfitrión.

Se descubrió entonces que era incapaz de mantenerse sentado.

—Ayúdale Druso —dijo Messala—, que más tarde la bella Nyone podría acudir en tu ayuda.

Druso tomó en brazos al borracho.

Dirigiéndose entonces a la desgarbada figura, dijo Messala en medio del más profundo silencio:

—¡Oh Baco!, el mayor de los dioses, senos propicio esta noche. En nombre mío y en el de estos, tus adeptos, hago promesa de esta guirnalda —y reverentemente levantó la guirnalda de la cabeza—. Prometo esta guirnalda para tu altar en el bosquecillo de Dafne.

Se inclinó, reacomodó la corona de guirnaldas sobre sus rizos, y procedió a descubrir los dados.

—Ves mi querido Druso —dijo riendo—, ¡por el asno de Sileno[12]!, el denario me pertenece.

Se produjo entonces un grito de aclamación que puso a temblar el piso, a bailar a los ceñudos Atlantes, y se dio comienzo a la orgía.

Capítulo XIII
Un conductor para los caballos de Ilderim

El jeque Ilderim era un hombre de demasiada importancia para mostrarse en público con un cortejo reducido. La reputación de la que gozaba entre los miembros de su tribu, le obligaba a guardar ciertas apariencias, pues ellos esperaban que se comportara a la altura de un gran príncipe y de un patriarca con el mayor número de seguidores en todo el desierto al Oriente de Siria. Para la gente de las ciudades, el jeque tenía una reputación diferente, la de ser uno de los personajes más ricos sin rango de rey en todo el Oriente; y como en efecto era rico —no solamente en dinero sino también en sirvientes, camellos, caballos y rebaños de todo tipo—, encontraba placer en rodearse de cierto fausto, que además de acrecentar su dignidad a la vista de los extraños, contribuía marcadamente a su orgullo personal y su comodidad. Por lo tanto el lector no debe extrañarse de las frecuentes referencias a su tienda en el Huerto de las Palmas. Tenía en ese sitio un aduar[1] bastante respetable, es decir tres tiendas de muy buen tamaño —una para sí mismo, otra para los visitantes, y la tercera para su esposa favorita—, además de seis u ocho más pequeñas, que ocupaban sus sirvientes y otros miembros de su tribu que había elegido para su escolta personal —hombres vigorosos, de valor reconocido, expertos en el manejo del arco, la lanza y el caballo.

Aunque ninguna de sus propiedades corría peligro alguno en el Huerto, como las costumbres de un hombre lo acompañan por dondequiera que vaya, y como no es prudente relajar las normas de una estricta disciplina, el interior del aduar estaba dedicado a las vacas, camellos, cabras y otro tipo de propiedades que podrían tentar a un ladrón o a un león.

En honor a la verdad, Ilderim preservaba fielmente las costumbres de su gente, sin desdeñar ninguna, ni siquiera la más insignificante; por consiguiente, su vida en el Huerto era una continuación de su vida en el

desierto, y más aún, era una reproducción fidedigna de las antiguas maneras patriarcales, o sea la verdadera vida pastoral del Israel primitivo.

Remontémonos ahora a la mañana en que la caravana del jeque había llegado al Huerto por vez primera.

—Aquí, plantadla aquí —había dicho, deteniendo su caballo y clavando una lanza en el suelo—. La puerta hacia el Sur; el lago en frente nuestro, y cerca de estas, las hijas del desierto, a cuya sombra nos sentaremos a la caída del sol.

Mientras decía las últimas palabras se había acercado a un grupo de palmeras y había acariciado una de ellas, del mismo modo que si estuviese acariciando el cuello de su caballo o la mejilla de su hijo predilecto.

¿Quién sino el jeque hubiese podido ordenar a la caravana que se detuviese o decidir dónde debía erigirse la tienda?

La lanza fue arrancada del suelo, y sobre la herida que había abierto en el césped, se plantó la base del primer poste de la tienda, marcando el sitio correspondiente a la entrada principal. Luego se plantaron ocho postes más, y después fueron llamadas las mujeres y los niños para desenrollar las lonas y extenderlas. ¿Quién sino las mujeres hubiesen realizado esta tarea? ¿Acaso no eran ellas quienes recortaban el pelo a las cabras pardas que formaban parte del rebaño, y lo convertían en fibra, luego la fibra en tela, y tejían la tela para fabricar un perfecto techo para las tiendas, de un intenso color pardo aunque de lejos pareciese negro?

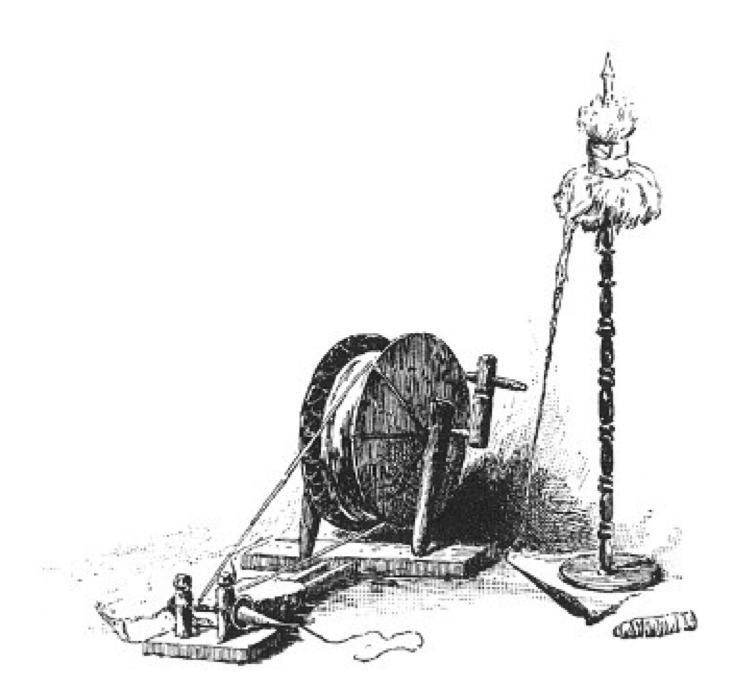
Y finalmente, en medio del regocijo y las risas, todas las personas a cargo del jeque, hombres y mujeres, extendieron las lonas, clavaron las estacas, apretaron las sogas, y colocaron las esteras de juncos que hacían de paredes, el toque final para que las tiendas concordaran con el estilo del desierto. Cuando todo estuvo terminado, se sentaron a esperar, en un silencio lleno de expectativa, la opinión del jeque.

Pasado un momento, Ilderim entró en la tienda, examinó el interior y el exterior, su ubicación con respecto al sol, los árboles y el lago, y dijo entonces frotándose las manos con entusiasmo:

—¡Excelente! Preparad ahora el aduar, como bien sabéis hacerlo y, esta noche, cuando esté todo listo, endulzaremos el pan con arrack, y la leche con

miel, y no faltará un cabrito en cada hoguera. ¡Que Dios sea con vosotros! No habrá escasez de agua dulce, pues el lago será nuestro pozo; nuestras bestias de carga no pasarán hambre, como tampoco lo hará el más pequeño animal de nuestro rebaño, ya que aquí hay abundancia de pastos verdes. ¡Que Dios sea con vosotros, hijos míos! Manos a la obra.

Gritando alegremente, la mayoría de los hombres se dispusieron a erigir sus propias viviendas. Unos cuantos se quedaron para arreglar el interior de la tienda del jeque; con gran cuidado colgaron una cortina de la hilera central del poste, dividiendo así la tienda en dos departamentos: una sección a la derecha, consagrada a Ilderim, y la otra consagrada a sus caballos —sus joyas más preciadas—. Junto al poste del medio levantaron un bastidor para las armas, donde colocaron gran número de jabalinas, lanzas, arcos, flechas y escudos; en su exterior se colgó la espada del amo, en forma de media luna, con una hoja tan brillante, que competía con el resplandor de las joyas incrustadas en la empuñadura. De un extremo del bastidor se colgaron las gualdrapas de los caballos, algunas de ellas tan vistosas como la librea de un sirviente real, y en el otro extremo se dispusieron las prendas de vestir del gran hombre: sus mantos de algodón y sus mantos de lino, sus túnicas y calzones, y numerosos paños multicolores para cubrir la cabeza. No cejaron los hombres de trabajar hasta que el jeque dispuso que ya todo estaba en su sitio.



Entretanto las mujeres habían traído y colocado cuidadosamente el diván, tan indispensable para el jeque como la larga y ondeante barba que le cubría el pecho, blanca como la de Aarón. Levantaron un armazón de tres lados iguales, con la abertura mirando hacia la puerta, lo cubrieron con cojines y

cortinillas, y a su vez los cojines con un cobertor cambiable a rayas pardas y amarillas; en las esquinas colocaron almohadones y cabeceras forrados en tela azul y carmesí. Luego acomodaron una franja de alfombra alrededor de la parte exterior del diván, y otra que iba desde la abertura hasta la puerta de la tienda y, entonces, su tarea estuvo concluida. También ellas esperaron a que el amo les diera su aprobación.

Cualquier árabe podría entonces preguntarse si Ilderim no tenía motivos para sentirse feliz y generoso en su tienda junto al lago de dulces aguas y sombreada de palmeras en el Huerto de las Palmas.

Era esta la tienda junto a la cual habíamos dejado a Ben-Hur.

Varios servidores lo rodearon para cumplir con las instrucciones de su amo. Uno de ellos descalzó de sus sandalias a Malluch, mientras otro desataba las zapatillas romanas de Ben-Hur; luego recibieron ambos limpias túnicas de lino blanco a cambio de las que traían, ya muy sucias y empolvadas.

—En nombre de Dios entrad y poneos cómodos —dijo el anfitrión, con gran cordialidad y hablando en el dialecto que se utilizaba en la Plaza del Mercado de Jerusalén.

Condujo a Ben-Hur hasta el diván, y señalando un sitio, dijo:

—Yo me sentaré aquí, y el extranjero allí.

Una criada acomodó diestramente los cojines y almohadones para que sirvieran de respaldo; se sentaron entonces los tres en el diván, y poco después otros sirvientes lavaron sus pies con agua fresca del lago.

—Tenemos un dicho en el desierto —dijo Ilderim para empezar, mientras se mesaba las barbas—, según el cual un buen apetito es promesa de una larga vida. ¿Gozáis de buen apetito?

—Si nos atenemos a esa regla, buen jeque, yo viviré cien años —replicó Ben-Hur—. Estoy tan hambriento como un lobo.

—Muy bien; solo que no vas a correr la misma suerte que los lobos que aquí se acercan. Podrás saborear la mejor carne de mis rebaños.

Ilderim llamó a uno de sus sirvientes y le dijo:

—Ve a buscar al extranjero en la tienda de los huéspedes, y dile que yo, Ilderim, hago votos porque disfrute de una paz tan incesante como el fluir de las aguas.

El sirviente asintió con una reverencia.

—Dile también —añadió Ilderim— que hay otro que compartirá nuestro pan, y que si el sabio Baltazar desea comer con nosotros, no por ello serán más reducidas las porciones destinadas a los pájaros.

Cuando el sirviente se hubo marchado, dijo Ilderim:

—Ahora descansemos.

El jeque se acomodó en el diván de la misma manera que hoy en día se sientan en sus alfombras los mercaderes en el bazar de Damasco; un momento después, cuando encontró una posición adecuada, dejó de peinarse la barba, y dijo con voz grave:

—Ya que eres mi huésped, y has bebido de mi vino y te dispones a probar mi sal, tiempo es de que te haga una pregunta: ¿Quién eres?

—Jeque Ilderim —dijo Ben-Hur tranquilamente, sosteniendo la mirada fija de su interlocutor—. Te ruego que no me juzgues mezquino si no accedo a tu justa petición; ¿pero no ha existido alguna ocasión en tu vida en la cual responder a esa pregunta equivaldría a un crimen contra ti mismo?

—Por el esplendor de Salomón que sí —contestó Ilderim—. Traicionarse a sí mismo puede ser a veces tan vil como traicionar a la tribu.

—¡Gracias, gracias, buen jeque! —exclamó Ben-Hur—. Mejor respuesta no podrías haber dado. Ahora sé que lo que buscas es solo una seguridad que justifique la confianza que de ti pretendo, y que esa seguridad tiene mayor interés para ti que los detalles de mi pobre vida.

El jeque asintió con una inclinación de cabeza, y Ben-Hur se apresuró a agregar:

—En primer lugar quiero asegurarte que no soy romano, como parecía implicar el nombre que te he dado.

Ilderim se mesó el extremo de la barba, y se quedó contemplando a Ben-Hur con aquellos ojos que destellan tenuemente bajo la sombra de unas cejas espesas y juntas.

—En segundo lugar —continuó Ben-Hur—, soy israelita de la tribu de Judá.

El jeque levantó ligeramente las cejas.

—No solo eso, jeque. Soy un judío a quien Roma ha agraviado de tal manera que, en comparación, la ofensa que tú has sufrido no es más que una desavenencia de niños.

El anciano se peinó la barba con gestos nerviosos, apretando las cejas de tal manera que apenas se le veían los ojos.

—Más aún. Yo te juro, jeque Ilderim, por la alianza que el Señor hizo con mis padres, que si me concedes la venganza que busco, el dinero y la gloria de la carrera serán para ti.

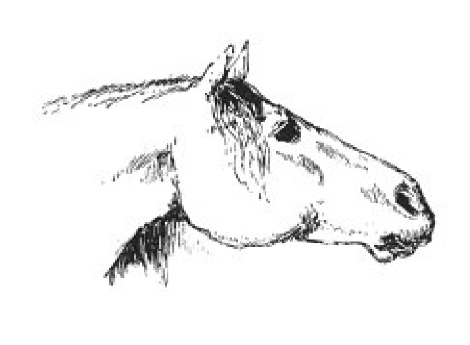
Ilderim distendió las cejas, levantó la cabeza, y su rostro resplandeció de tal modo, que casi se podía ver cómo la satisfacción se iba apoderando de él.

—¡Basta! —exclamó—. Si en tu lengua se oculta una mentira, ni el mismo Salomón hubiese estado a salvo de ti. Creo lo que me dices: que no eres romano, que eres judío, has recibido un agravio de Roma y deseas cobrar venganza. Pero qué me puedes decir de tu destreza. ¿Qué experiencia tienes en las carreras de carros? ¿Sabes someter los caballos a tu voluntad? ¿Puedes conseguir que te conozcan, que respondan a tu llamada, que corran a toda velocidad cuando tú así lo dispongas, hasta el último extremo de aliento y de fuerzas? Y en ese punto ¿serías capaz de infundirles desde las profundidades de tu ser el vigor para hacer un último esfuerzo, el más poderoso? Son muy pocos los que tienen el talento para hacerlo. ¡Ah, por el esplendor de Dios! Conocí una vez un rey que gobernaba millones de hombres, sometiéndolos sin dificultad a su dominio y que, sin embargo, era incapaz de ganarse el respeto de un caballo. ¡Atención! No hablo de aquellos dóciles jamelgos cuya misión es la de ser esclavos de los esclavos, pobres bestias cuya sangre y cuya imagen han sido envilecidas, animales sin espíritu… No; te hablo de caballos como los míos, reyes de su especie, con un linaje que se remonta hasta los albores del primero de los faraones, mis amigos y compañeros, que habitan en mis tiendas y han llegado a acercarse a mi nivel después de tan prolongada asociación, de tal manera que a sus instintos han añadido nuestro ingenio y a sus sentidos nuestra inteligencia, hasta el punto de compartir con nosotros nuestras ambiciones, afectos, odios y desprecios, tan heroicos en la quena como los mejores soldados, tan fieles como nuestras mujeres… Ven aquí.

Un sirviente se aproximó.

—¡Que vengan mis caballos!





El hombre apartó una sección de la cortina que dividía la tienda, dejando a la vista un grupo de caballos, que por un instante se quedaron inmóviles en el sitio en que estaban, como para asegurarse de la invitación que se les hacía.

—¡Venid! —les dijo Ilderim—. ¿Por qué os quedáis allí? ¿Qué tengo yo que no os pertenezca? ¡Venid, he dicho!

Lentamente se fueron acercando.

—Hijo de Israel —dijo el jeque a Ben-Hur—, vuestro Moisés era un hombre poderoso, pero tengo que reírme de él cuando pienso que permitía a tus antepasados el empleo del buey y del torpe y lento asno, y, en cambio, les prohibía ser propietarios de caballos. Risa me da. ¿Crees que habría actuado así si hubiese visto este ejemplar, o ese o aquel?

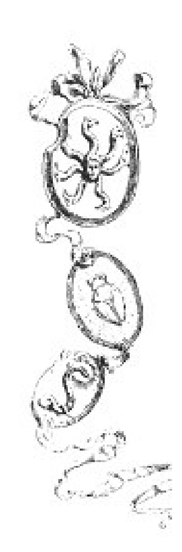
Y mientras hablaba, acariciaba con incomparable orgullo y ternura la cabeza del primero de los animales en llegar a su lado.

—Es un juicio apresurado, jeque, un juicio apresurado —dijo Ben-Hur, hablando con extrema calidez—. Moisés era un guerrero al igual que un legislador amado por Dios, y ¿acaso cuando se libra una guerra no se ama a todas las criaturas que participan en tu bando, incluyendo también a los caballos?

Uno de los animales acercó entonces su hocico hasta casi tocar los labios de Ben-Hur; su cabeza tenía una forma exquisita, sus ojos eran grandes y suaves como los de un ciervo y estaban casi ocultos por el copete, sus orejas eran pequeñas y puntiagudas. Mientras miraba fijamente al joven, con las ventanas de la nariz dilatadas, el labio superior en movimiento, parecía estar diciendo, «¿quién eres tú?» con la misma claridad que un hombre. Ben-Hur reconoció que era uno de los cuatro corceles que había visto en la pista, y le acarició el hocico.

—Pensad que hay gente que dice, ¡los muy blasfemos!, y ¡ojalá tengan corta vida! —dijo el jeque con la misma vehemencia de un hombre que rechaza un insulto personal— que nuestros caballos, de la más pura sangre,

provienen de los pastizales de Persia. Dios concedió al primer árabe una extensión ilimitada de arena, con algunas montañas desprovistas de árboles y algún que otro pozo de aguas amargas y le dijo: «Esta es tu tierra». Y cuando el pobre hombre se quejó, el Todopoderoso sintió compasión de él y entonces habló de nuevo: «Regocíjate, porque te bendeciré el doble que a los demás hombres». Al escuchar tales palabras, el árabe dio gracias a Dios y lleno de fe se puso en camino para buscar las bendiciones. Recorrió todos los linderos del desierto y no encontró nada; luego se adentró un trecho en el desierto, y desde allí siguió avanzando, cada vez más y más, y en el corazón de la yerma extensión encontró una isla de verdor de incomparable belleza, y en el corazón de la isla, ¡he aquí que halló una manada de camellos y otra de caballos! Se los llevó consigo lleno de gozo y los conservó con gran cuidado, ya que eran los mejores dones que Dios le había otorgado. Y en esa isla de verdor tuvieron su origen todos los caballos de la tierra, incluso los de los pastizales de Persia. No dudes de la verdad de mi historia. Ahora te enseñaré las pruebas.



Batió palmas para llamar a sus servidores.

—Tráeme los registros de la tribu —dijo a uno de ellos.

Mientras esperaba los registros, el jeque se dedicó a jugar con los caballos, acariciando sus quijadas, peinando los copetes y dando muestras de afecto a cada uno de ellos. Al cabo de un rato aparecieron seis hombres cargando arcones de cedro reforzados por chapas de bronce y dotados de goznes y cerrojos también de bronce.

—No —dijo Ilderim, cuando los arcones habían sido puestos junto al diván—. No los quería todos; solo el que tiene los registros de los caballos… Aquel. Abrid ese y llevaos los demás.

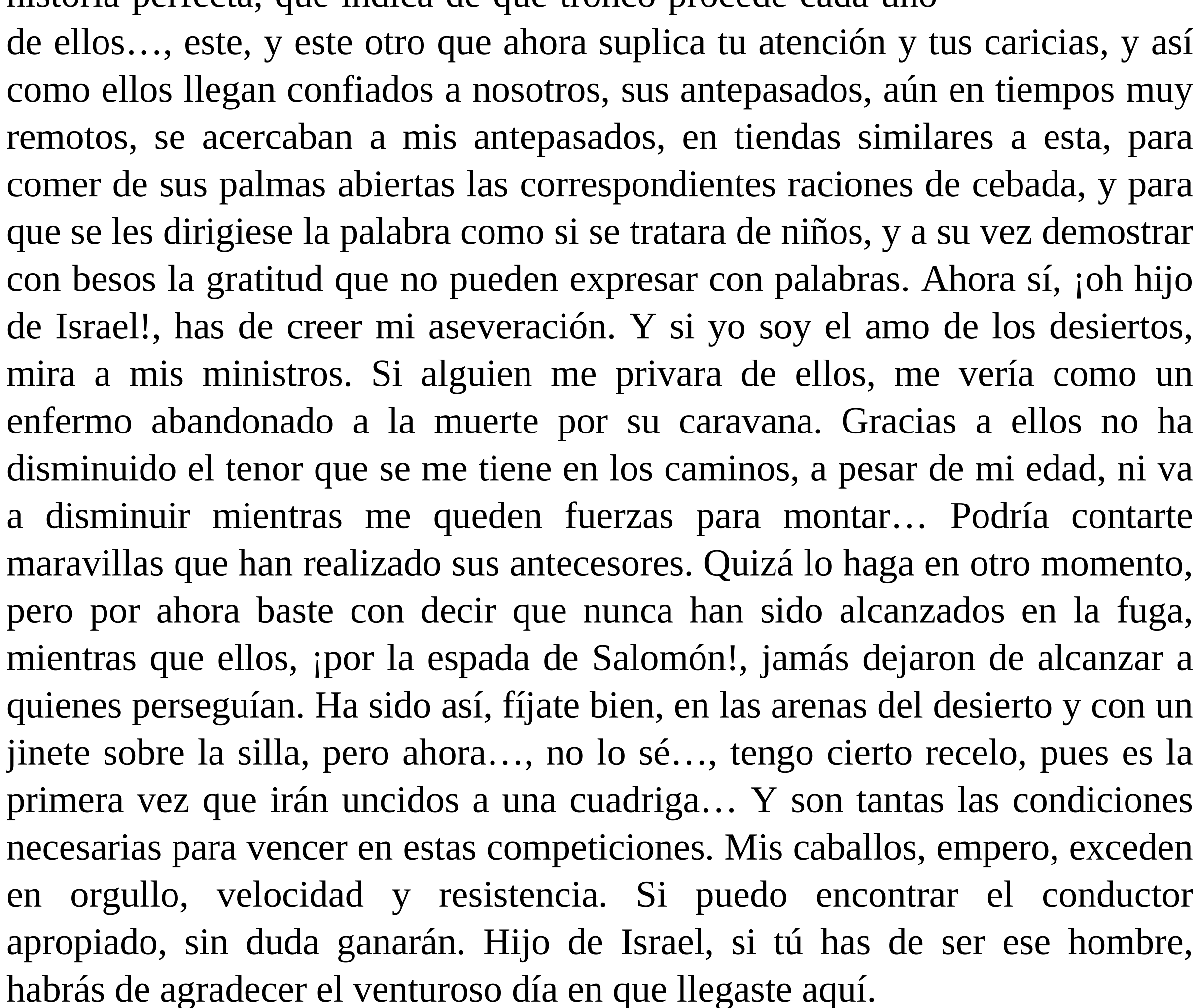
Había en el interior del arcón un montón de tablillas de marfil, sujetas con aros de alambre de plata, y como las tablillas eran tan delgadas como obleas, cada aro sujetaba varios cientos de ellas.

—Ya sé, hijo mío —dijo Ilderim, asiendo varios aros—, ya sé con qué cuidado y con qué celo los escribas del Templo de la Ciudad Sagrada conservan los nombres de los recién nacidos, permitiendo que todo hijo de Israel pueda conocer su árbol genealógico hasta sus inicios, aunque estos se remonten más allá de los Patriarcas. Mis mayores, y que el recuerdo de ellos se conserve por siempre en mí, no encontraron objeción en tomar prestada la idea, y aplicarla a sus servidores del reino animal. ¡Mira estas tablillas!

Ben-Hur tomó en sus manos los aros que le pasaba el jeque, y vio que mostraban bastas inscripciones en árabe realizadas sobre la tersa superficie con una afilada punta de metal candente.

—¿Puedes leerlas, oh hijo de Israel?

—No; tendrás que decirme lo que significan.



—Has de saber entonces, que cada tablilla registra el nombre de un potro de pura sangre nacido en las manadas de mis antepasados durante varios cientos de años, así como los nombres del padre y la madre del potro. Obsérvalas y presta atención a su antigüedad, y así te será más fácil creer en lo que te digo.

Todas las tablillas estaban amarillentas por la edad, y algunas desgastadas casi del todo.

—En aquel arcón, puedo asegurártelo, se encierra una historia perfecta, que indica de qué tronco procede cada uno de ellos…, este, y este otro que ahora suplica tu atención y tus caricias, y así como ellos llegan confiados a nosotros, sus antepasados, aún en tiempos muy remotos, se acercaban a mis antepasados, en tiendas similares a esta, para comer de sus palmas abiertas las correspondientes raciones de cebada, y para que se les dirigiese la palabra como si se tratara de niños, y a su vez demostrar con besos la gratitud que no pueden expresar con palabras. Ahora sí, ¡oh hijo de Israel!, has de creer mi aseveración. Y si yo soy el amo de los desiertos, mira a mis ministros. Si alguien me privara de ellos, me vería como un enfermo abandonado a la muerte por su caravana. Gracias a ellos no ha disminuido el tenor que se me tiene en los caminos, a pesar de mi edad, ni va a disminuir mientras me queden fuerzas para montar… Podría contarte maravillas que han realizado sus antecesores. Quizá lo haga en otro momento, pero por ahora baste con decir que nunca han sido alcanzados en la fuga, mientras que ellos, ¡por la espada de Salomón!, jamás dejaron de alcanzar a quienes perseguían. Ha sido así, fíjate bien, en las arenas del desierto y con un jinete sobre la silla, pero ahora…, no lo sé…, tengo cierto recelo, pues es la primera vez que irán uncidos a una cuadriga… Y son tantas las condiciones necesarias para vencer en estas competiciones. Mis caballos, empero, exceden en orgullo, velocidad y resistencia. Si puedo encontrar el conductor apropiado, sin duda ganarán. Hijo de Israel, si tú has de ser ese hombre, habrás de agradecer el venturoso día en que llegaste aquí.

—Ahora sé —dijo Ben-Hur— por qué en el corazón de un árabe, el amor por sus caballos solo es superado por el de los hijos; y sé, además, por qué los

caballos árabes son los mejores del mundo; pero, buen jeque, no quisiera que me juzgaras solamente por mis palabras, pues como bien sabes, las promesas de los hombres son a menudo vanas. Déjame antes hacer una prueba en alguna llanura cercana, poniéndolos en mis manos mañana.

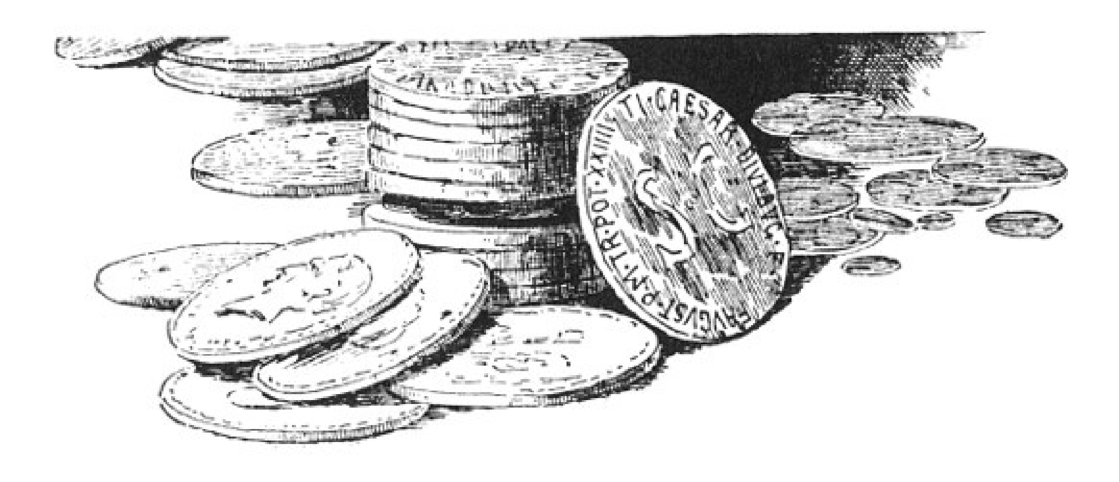
De nuevo se iluminó la cara del jeque y se dispuso a hablar.

—Un momento, buen jeque —interrumpió Ben-Hur—. Permíteme decir algo más. Muchas cosas aprendí de mis maestros en Roma, sin pensar nunca que podrían servirme en una ocasión como esta. Te aseguro que estos hijos del desierto aunque tengan cada uno la velocidad de las águilas y la resistencia del león, fracasarán si no están entrenados para correr bajo el mismo yugo. Pues has de considerar, ¡oh jeque!, que en todas las cuadrigas siempre hay uno que es más lento y otro que es el más veloz; y si bien la carrera se cumple siempre al ritmo del más lento, las mayores dificultades suelen presentarse con el más veloz. Fue eso lo que ocurrió hoy: el conductor no pudo reducir el ritmo del mejor dotado para armonizarlo con el menos dotado. Es posible que yo no obtenga mejor resultado, pero si así sucede, juro que te lo haré saber. Y del mismo modo, si logro que puedan correr armoniosamente, como si fueran un solo animal, yo conseguiré mi venganza. ¿Qué dices?

—Ha mejorado mi opinión de ti —dijo Ilderim sonriente—. Podrás disponer de los caballos en la mañana… ¡Ah!, pero ya viene la cena. Y se acerca mi amigo Baltazar, a quien vas a conocer. Puede contar una historia que ningún israelita debería cansarse de escuchar.

—Llevaos los registros y regresad mis tesoros a su departamento —ordenó en seguida a sus sirvientes.

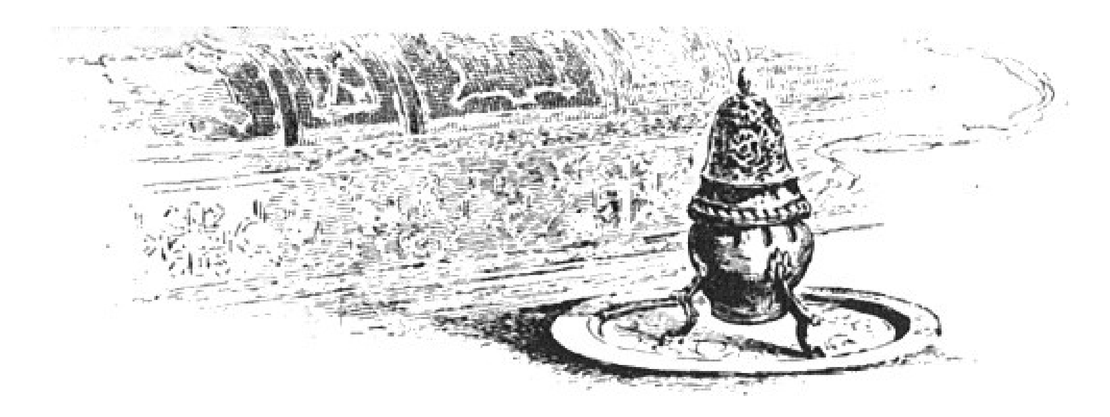
Y ellos hicieron lo que se les pedía.



Capítulo XIV
El aduar en el Huerto de las Palmas

Si el lector recuerda el pasaje de la comida de los Reyes Magos tras el encuentro en el desierto, fácilmente podrá imaginarse los preparativos para la cena en la tienda de Ilderim. Las diferencias correspondían principalmente al hecho de que en este caso existían mayores medios y mejor servicio.

Se extendieron tres tapetes sobre la alfombra en el reducido espacio limitado por el diván y se dispuso en el centro una mesa cubierta por un mantel, que apenas alcanzaba un pie de altura. A un lado se instaló un horno de barro portátil, junto al cual se encontraba una mujer que iba pasando el pan a los comensales, o más precisamente pastelillos de harina.



Entretanto Baltazar había sido conducido hasta el diván, donde Ilderim y Ben-Hur lo recibieron de pie. Una túnica negra cubría su persona; su paso era inseguro, y todos sus movimientos lentos y cautelosos.

—La paz sea contigo, amigo mío —dijo Ilderim respetuosamente—. Bienvenido.

El egipcio levantó la cabeza y respondió:

—Y contigo, buen jeque… Que contigo y los tuyos sea la paz y las bendiciones del único Dios, Dios de Amor y de Verdad.

Su manera de hablar era apacible y devota, e inspiró en Ben-Hur un sentimiento de reverencia; además, parte de las bendiciones habían sido dirigidas a él, y mientras el anciano pronunciaba esa parte, sus ojos, hundidos y, sin embargo, luminosos, se habían posado en el rostro de Ben-Hur un

instante, suficiente para suscitar en él una sensación nueva y misteriosa. Tan intensa era esta emoción, que durante toda la comida Ben-Hur estuvo tratando de encontrar explicación, escrutando una y otra vez la cara pálida y arrugada del anciano; en cada ocasión, empero, solo encontraba una expresión dulce, apacible y tan franca como la de un niño. Después de un rato, Ben-Hur comenzó a acostumbrarse a aquella expresión.

—Este joven, ¡oh Baltazar! —dijo el jeque asiendo por el brazo a Ben-Hur, compartirá el pan con nosotros esta noche.

El egipcio miró de nuevo a Ben-Hur, esta vez con mayor atención, y pareció entonces sorprendido y dudoso.

—Le he prometido mis caballos para que haga una prueba mañana, y si todo sale bien, será él quien los conduzca en el Circo.

Baltazar no apartaba sus ojos de Ben-Hur.

—Me lo han recomendado muy bien —prosiguió Ilderim, muy intrigado por la insistente mirada del anciano—. Es posible que lo hayas conocido como hijo de Arrio, el noble navegante romano, pero él asegura que es israelita, y de la tribu de Judá, y yo, ¡por el esplendor de Dios que creo en lo que me dice!

Baltazar ya había tardado bastante en ofrecer una explicación por su comportamiento al ver al joven, y en ese momento se decidió a hacerlo.

—En el día de hoy, ¡oh generoso jeque!, mi vida corrió un gran peligro, y de hecho hubiese perecido de no haber sido porque un joven idéntico a este, si acaso no es él mismo, acudió a salvarme mientras los demás escapaban —explicó al jeque, y en seguida se volvió hacia Ben-Hur y le preguntó—: ¿Fuiste tú?

—No me atrevía a decir tanto —respondió Ben-Hur con modestia—. Es verdad, sí, que fui yo quien detuvo los caballos del insolente romano cuando se abalanzaban sobre tu camello en la Fuente de Castalia. Tu hija me dejó esta copa.

De los pliegues de su túnica sacó una copa y se la pasó a Baltazar.

Un resplandor iluminó el pálido semblante del egipcio.

—Fue el Señor quien te envió hoy a la fuente —dijo con voz temblorosa, extendiendo sus manos hacia Ben-Hur—, y ahora te envía aquí. Le doy las gracias, y tú también deberías hacerlo, pues gracias a su favorable intervención me será posible darte una gran recompensa, y así lo haré. La copa te pertenece; puedes quedarte con ella.

Ben-Hur le dio las gracias por el regalo, y Baltazar, viendo el gesto interrogativo de Ilderim, le relató lo que había sucedido en la fuente.

—¿Qué? —exclamó el jeque, dirigiéndose a Ben-Hur—. Nada me dijiste de esto, cuando era la mejor recomendación posible. ¿Por ventura no soy árabe y el jeque de una tribu que cuenta con docenas de miles de hombres? ¿Y acaso no es él mi huésped? ¿Y acaso mi obligación como anfitrión no implica que el bien o el mal que se haga a mi huésped equivale a un bien o un mal que se hace a mí mismo? ¿En qué otro sitio habrías de obtener tu recompensa sino aquí? ¿Y de qué mano ha de provenir si no es de la mía?

El tono de su voz había ido ascendiendo a medida que hablaba hasta hacerse muy agudo.



—Discúlpame, buen jeque, te lo ruego —dijo Ben-Hur—. No he venido aquí en busca de recompensa, ni grande ni pequeña y, para que no se me culpe en lo sucesivo, puedo afirmar que esa ayuda que brindé a este hombre excelente hubiese sido igual en el caso del más humilde de tus servidores.

—Pero este hombre es mi amigo y mi huésped, no mi servidor. ¿No ves en ello una gran diferencia? —dijo el jeque, y luego exclamó, dirigiéndose a Baltazar—. ¡Ah, por el esplendor de Dios!, te repito que este joven no es romano.

Acto seguido se apartó para dar las últimas instrucciones a los criados, que hacían ya los últimos preparativos para la cena.

El lector que recuerde la historia que de sí mismo contó Baltazar durante aquel encuentro en el desierto, comprenderá el efecto que tuvo en él la afirmación de Ben-Hur de que actuaba desinteresadamente, aún en el caso de las personas más humildes. La dedicación de Baltazar a los hombres, se recordará, no admitía distinciones, y la redención que se le había prometido como recompensa —la redención que ansiosamente esperaba— era de carácter universal. A sus oídos, la afirmación de Ben-Hur era como un eco de sus propios pensamientos. Dio entonces un paso en dirección del joven, y le habló con singular ternura.

—¿Cómo ha dicho el jeque que debo llamarte? Me parece que era un nombre romano.

—Arrio, hijo de Arrio.

—Y sin embargo no eres romano, ¿verdad?

—Todos los míos eran judíos.

—¿Has dicho eran? ¿Acaso no viven?

La pregunta era sencilla y al mismo tiempo sutil. Ilderim le ahorró a Ben-Hur la dificultad de responder, anunciando que la cena estaba lista.

Ben-Hur ofreció su brazo a Baltazar y lo condujo hasta la mesa, y los tres se sentaron sobre los tapetes al estilo oriental. Los criados trajeron palanganas, y una vez se hubieron lavado y secado las manos, el jeque hizo una señal, los criados se quedaron inmóviles, y se escuchó la voz del egipcio, estremecida por un sentimiento sagrado.

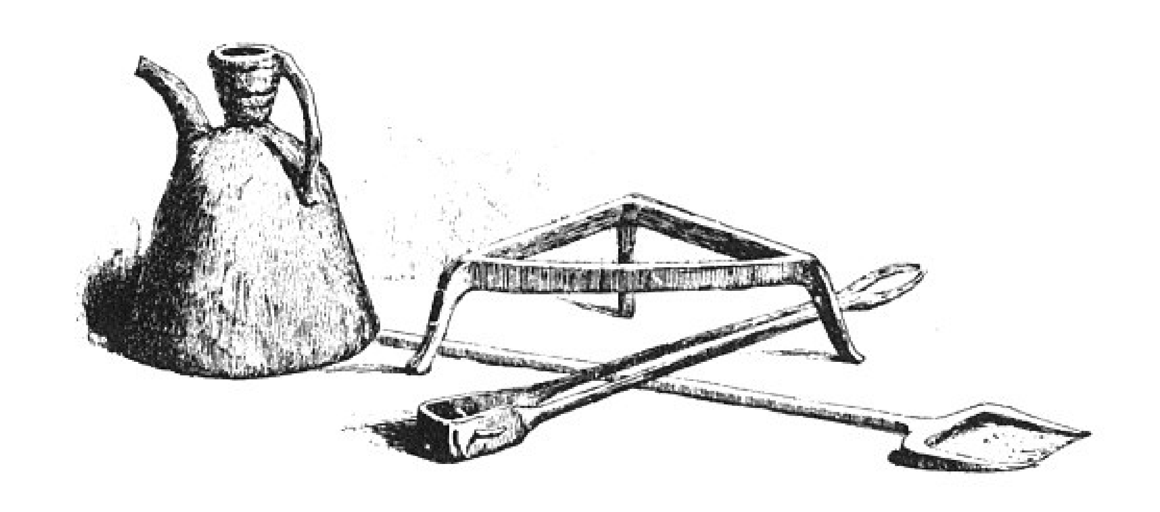
—¡Padre de todos, oh Dios! Lo que aquí tenemos viene de ti; recibe nuestra gratitud y bendícenos para que podamos seguir cumpliendo tu voluntad.

Era la misma oración de gracias que el buen hombre había pronunciado simultáneamente con sus hermanos Gaspar, el griego, y Melchor, el hindú, cada uno en una lengua diferente, que, sin embargo, los otros habían comprendido, dando prueba de la Presencia Divina en aquella comida en el desierto años atrás.

La mesa a la cual se sentaron en seguida exhibió los platos más habituales en el Oriente, así como muchos de los manjares más deliciosos: pastelillos recién salidos del horno, verduras frescas, carne, carne con verduras, leche, mantequilla, miel… Los comensales tenían hambre, y hablaron poco.

Mientras esperaban, de nuevo se lavaron las manos, sacudieron los manteles y servilletas, y habiendo calmado en buena parte el apetito, se mostraron más dispuestos a hablar y escuchar.

Tratándose de un grupo semejante, un árabe, un judío y un egipcio, creyentes todos en la existencia de un Dios único, y viviendo la época que vivían, no es de extrañar que el tema de conversación girara alrededor de ese Dios. Y también es natural, que de los tres tomara la palabra aquel a quien la Deidad se había aparecido casi en persona, hablándole desde una estrella y guiándole por medio de esa milagrosa estrella. ¿Y de qué otra cosa habría de hablar sino de aquello de lo que se le había encargado dar testimonio?



Capítulo XV
La admiración que Baltazar suscita en Ben-Hur

Las sombras que arrojaban las montañas sobre el Huerto de las Palmas a la caída del sol, no permitían que entre el día y la noche existiese aquel margen de tiempo durante el cual el cielo se viste de violeta y parece entretenerse perezosamente antes de colocarse su negro manto. La noche llegó velozmente, y para que los comensales no quedasen en completa oscuridad, los criados trajeron cuatro candelabros de bronce y los colgaron en las esquinas de la mesa. Cada candelabro tenía cuatro brazos, y sobre cada uno de los brazos se asentaba una lámpara de aceite, y un recipiente con una provisión de aceite de oliva. Bajo aquella luz, suficiente, incluso intensa, el grupo continuó hablando durante los postres, utilizando el dialecto sirio, conocido por todos en aquella parte del mundo.



El egipcio refirió su historia del encuentro de los tres reyes en el desierto, y concordó con el jeque que el pasado diciembre se habían cumplido veintisiete años de aquella ocasión en que él y sus compañeros, que huían de Herodes, habían llegado hasta la tienda de Ilderim pidiendo refugio. Los presentes escucharon la narración con gran interés, y hasta los criados, cada vez que podían, tardaban un poco más junto a la mesa para oír algún detalle de la historia. Ben-Hur prestaba la atención que corresponde a un hombre que escucha una revelación de suma importancia para toda la humanidad, y que a nadie concernía tanto como a la gente de Israel. En su mente se iba

cristalizando una idea que cambiaría el curso de su vida, y que habría de absorberle casi por completo.

A medida que proseguía el relato, aumentaba la admiración del joven, y cuando Baltazar concluyó, los sentimientos de Ben-Hur eran tan profundos, que no se podría dudar en absoluto de su veracidad. De hecho, lo único que deseaba, de haber sido posible, era tener mayor información sobre lo que podría ocurrir a partir de tan asombroso evento.

Hay una explicación pendiente, a propósito de la cual los lectores más perspicaces ya se habrán hecho preguntas, y cuya resolución ya no admite más demoras. Nuestra historia comienza a coincidir, en las fechas así como en muchos de los hechos que se refieren, con el inicio de la vida pública del hijo de María, a quien solo hemos visto una vez desde que este mismo Baltazar lo veneró en una cueva de Belén, cuando reposaba, recién nacido, en el regazo de su madre. De aquí en adelante y hasta el final, se hará referencia continuamente a aquel misterioso Niño y, lenta, pero seguramente, la corriente de los acontecimientos que nos ocupan nos irán acercando más y más a él, hasta que lo veamos en toda su dimensión como hombre y, si se nos permite añadir, como UN HOMBRE IMPRESCINDIBLE PARA EL MUNDO. Esta declaración, en apariencia tan simple, permitiría que una mente aguda e inspirada por la fe, derivara muchas conclusiones… Bienvenidas sean. Antes del advenimiento del hijo de María, así como en épocas posteriores, han existido hombres que han sido imprescindibles para ciertas personas y ciertos períodos, pero Él resulta imprescindible para toda la raza humana y en todos los períodos, lo que lo hace único, incomparable, divino.

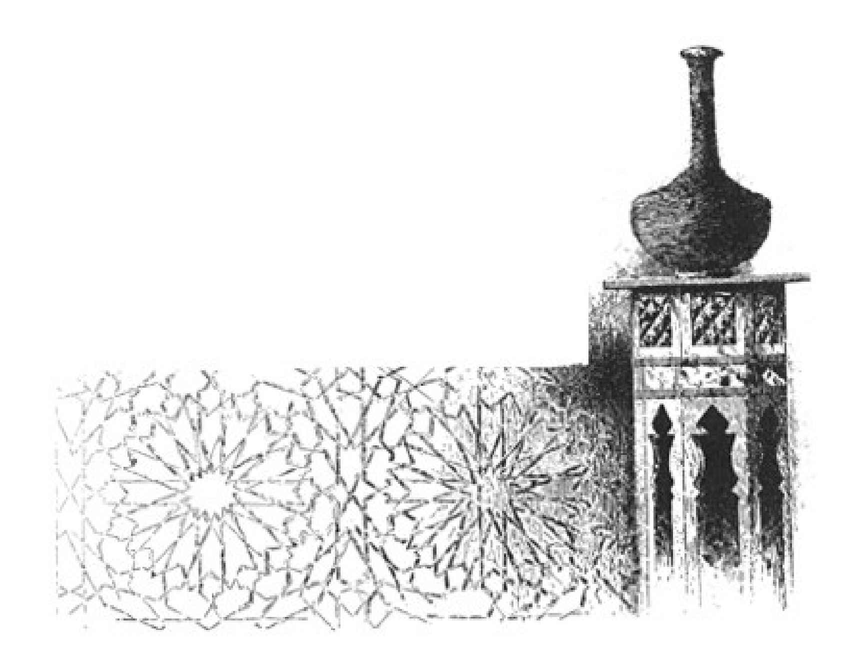
La historia no era nueva para el jeque Ilderim. La había escuchado de labios de los tres magos, cuando estaban reunidos y en circunstancias que no permitían ponerla en duda y había reaccionado con decisión y valor, ya que era muy arriesgado ayudar a un fugitivo a escapar de la cólera del primer Herodes. Ahora uno de aquellos tres hombres se sentaba de nuevo a su mesa, como huésped y amigo dilecto. El jeque Ilderim creía en la veracidad de la historia a pie juntillas, y sin embargo, su aspecto fundamental no tenía sobre él un efecto tan intenso como el que tenía sobre Ben-Hur. El jeque era árabe, y su interés en las consecuencias de la historia revestía solo



un carácter general; Ben-Hur era israelita y judío, y tenía un interés especialísimo en la veracidad de los hechos.

Es preciso recordar que desde la cuna Ben-Hur había escuchado hablar del Mesías; en los colegios se había familiarizado con todas las nociones que entonces se tenían de aquel Ser, que constituía al mismo tiempo la esperanza, el temor y la gloria particular del pueblo elegido; desde el primero hasta el último de los profetas del linaje heroico lo habían predicho, y su advenimiento había sido y seguía siendo el tema de innumerables disquisiciones entre los rabinos: en las sinagogas, en las escuelas, en el Templo, en días de ayuno y en días de fiesta, en público y en privado… No era de extrañar entonces, que los hijos de Abraham, dondequiera que se hallasen, estaban todos a la espera del Mesías, y que con férrea severidad gobernasen y moldeasen sus vidas.

De lo anterior se podría deducir que entre los mismos judíos surgían frecuentes discusiones acerca del Mesías, y en efecto así era, pero las discusiones se limitaban única y exclusivamente a un punto: ¿Cuándo habría de venir?

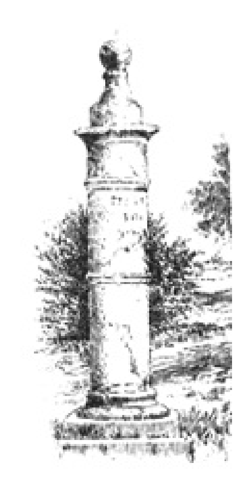


La disquisición es cosa propia de los sacerdotes, mientras que el propósito del escritor es solamente el de contar una historia, y para que no se pierdan de vista los personajes, la explicación se limitará a un punto relacionado con el Mesías, sobre el cual existía una sorprendente unanimidad entre el pueblo elegido: el hecho de que cuando llegase habría de ser el REY DE LOS JUDÍOS, su soberano político, su César. Por intermedio suyo, el pueblo judío habría de lograr la conquista armada del mundo, y conservar ese dominio de

forma permanente para su propio beneficio y en nombre de Dios. Apoyados en esa fe, amable lector, los fariseos o separatistas (este último era ante todo un término político) habían erigido un andamiaje de esperanzas que se elevaba muy por encima del sueño de Alejandro Magno. El sueño del macedonio abarcaba únicamente la tierra; el de los fariseos cubría la tierra y llenaba los cielos; es decir, en sus atrevidas e ilimitadas fantasías, de un egoísmo blasfemo, Dios Todopoderoso debería someterse a sus propósitos y servirles eternamente como el más sumiso de los esclavos.

En lo que se refiere directamente a Ben-Hur es conveniente anotar que existían dos circunstancias en su vida que habían tenido por efecto mantenerlo relativamente libre de la influencia y las rígidas ideas de sus compatriotas fariseos.

En primer lugar, su padre seguía las creencias de los saduceos, que en términos generales podrían ser denominados los liberales de la época. Aunque algunos de ellos negaban la existencia del alma, en general observaban rigurosamente la Ley que se encuentra en los libros de Moisés, y burlonamente desdeñaban la inmensa mayoría de las adiciones que los rabinos habían hecho a esos libros. Era innegable que constituían una secta, y no obstante su religión se aproximaba más a una filosofía que a un credo. No se negaban a sí mismos los placeres de la vida y encontraban muchos procedimientos y producciones dignas de admiración entre las cosas que procedían de los gentiles. En la política, representaban una oposición activa a los separatistas. Como era de esperar, todas estas creencias, opiniones y peculiaridades habrían de ser heredadas por el hijo del mismo modo que heredara de su padre los bienes materiales. Existía además otra circunstancia que permitía a Ben-Hur alejarse aún más de las creencias de los fariseos.



En un joven con la disposición mental y el temperamento de Ben-Hur, se comprenderá mejor la influencia que en él habían tenido cinco años de vida opulenta en Roma, si se recuerda que esa gran ciudad era entonces sitio de encuentro de gente de todas las naciones…, a nivel político y comercial, por supuesto, pero también para entregarse a los placeres de manera desenfrenada. Alrededor del poste miliario erigido en frente del Foro, circulaba continuamente una corriente humana de gran diversidad. Era apenas natural que los modales exquisitos, los refinamientos de la sociedad, los logros del intelecto y la gloria de las conquistas causaran cierta impresión en el joven Ben-Hur.

Además, como hijo de Arrio, debía pasar todos los días, y durante un prolongado período, de la espléndida villa cerca de Misenum a las recepciones del César, en las cuales le era dado ver cómo reyes, príncipes, embajadores y delegados de todas las naciones de la tierra esperaban humildemente un sí o un no del cual dependía por completo su suerte.

Es verdad que en cuanto a número de personas aquello no se podía comparar con las multitudes que se reunían en Jerusalén durante la celebración de la Pascua; sin embargo cuando Ben-Hur se sentaba bajo el *velarium*[1] púrpura del Circo Máximo de Roma, uno más entre trescientos cincuenta mil espectadores, es muy posible que se le ocurriera pensar que algunos pueblos de la gran familia humana son dignos al menos de la consideración divina, si no de su misericordia, aunque sus integrantes no hayan sido circundados. Otros, se vería obligado a pensar, merecían esa consideración por sus muchas penas, o lo que es aún más acuciante, por la desesperanza en medio de tantas penas. ¡Qué gran alivio sentirían estos desventurados si pudiesen compartir las promesas hechas a los compatriotas de Ben-Hur!

Que en circunstancias semejantes al joven judío se le ocurriesen esas ideas, resulta apenas natural; sin embargo cuando el pensamiento impulsivo cedía paso a la reflexión, no podía menos que hacer una distinción importante. La desdicha que imperaba entre las masas, así como su condición desesperada no tenía relación con la religión; sus quejas y lamentos no iban dirigidos contra sus dioses, ni se debían a la ausencia de dioses. En los robledades de Bretaña, los druidas contaban con numerosos seguidores; Odín y Freya continuaban reinando como dioses en Galia y Alemania y entre los hiperbóreos; Egipto se mostraba satisfecho con el culto a sus cocodrilos y Anubis; los persas seguían siendo devotos de Ormuz y Ahriman; en la esperanza del Nirvana, los hindúes avanzaban tan pacientemente como siempre por los inflexibles senderos de Brahma; la maravillosa mente griega aún cantaba los dioses heroicos de Homero; en Roma, por otra parte, había tal abundancia de dioses, que prácticamente habían perdido todo valor[2]. Siguiendo sus caprichos, los amos del mundo, puesto que eran amos, llevaban ofrendas y plegarias de un altar a otro, encantados con el pandemónium que ellos mismos habían creado. Su descontento, si es que se sentían descontentos, se traslucía en el gran número de dioses, ya que después de haber tomado prestadas todas las divinidades de la tierra, procedieron a divinizar a sus Césares, erigiéndoles altares y ofreciéndoles devotos servicios.

No; la condición desdichada de los hombres no provenía de la ausencia de dioses, sino más bien de los malos gobiernos, las usurpaciones del poder y las incontables tiranías. El averno en el cual se había desplomado la humanidad y del que ansiaba ser rescatada, era en esencia político. La súplica que se escuchaba por igual en Lodinum, Alejandría, Atenas y Jerusalén hablaba de un rey capaz de conquistar, no de un dios al cual adorar.

Analizando la situación dos mil años más tarde, podemos decir que desde el punto de vista religioso, no habría alivio para la confusión universal, a menos que un Dios pudiese probar que era un Dios verdadero, y además magistral y poderoso, capaz de rescatar al hombre espiritualmente. Pero en esa época, la gran mayoría, incluso las personas inteligentes y reflexivas, no veían otra esperanza que la de aplastar a Roma, y consideraban que el alivio vendría después, cuando se reorganizaran todas las cosas. Por consiguiente las masas oraban, conspiraban, se rebelaban, luchaban y morían, ora empapando la tierra con su sangre, ora con sus lágrimas…, y siempre con el mismo resultado.

Hay que decir que Ben-Hur estaba de acuerdo con lo que pensaban la mayoría de los hombres de su época que no fuesen romanos. Los cinco años de residencia en la capital le habían proporcionado la oportunidad de ver y estudiar las miserias y sufrimientos de los pueblos sojuzgados; convencido de que los males que afligían al mundo eran políticos y solo podían ser curados por medio de la espada, había estado preparándose para participar adecuadamente el día que se recurriera a tan heroico remedio.

En lo que respecta a la práctica de las armas, Ben-Hur era un soldado inmejorable; la guerra, sin embargo, tiene terrenos más elevados, y quien aspire a desempeñarse con éxito en ellos, debe tener conocimientos que vayan más allá del mero defenderse con el escudo y acometer con la espada. Entre las elevadas y difíciles tareas de un general, la más importante es conseguir que muchos hombres obedezcan a un solo hombre, y ese hombre sería él. Un capitán consumado. Un guerrero armado de un ejército. Este concepto pasó a formar parte del proyecto de vida de Ben-Hur, y a él contribuyó la reflexión de que la venganza, en la cual soñaba por los agravios sufridos, podría ser cobrada más fácilmente por medio de los métodos de la guerra que por el ejercicio de ocupaciones pacíficas.

Ahora podrán comprenderse mejor los sentimientos que embargaban al joven mientras escuchaban a Baltazar. La historia tocaba dos de los puntos más sensibles de su ser, y por ello la repercusión había sido inmediata e intensa. Su corazón comenzó a latir apresuradamente, y luego, cuando al

examinarse a sí mismo comprendió que no le cabía ninguna duda de que el relato fuese cierto en todos los detalles ni que el niño tan milagrosamente encontrado fuese el Mesías. Sintió entonces una alegría desbordante. Maravillado de que Israel no se diese por enterado de la Revelación y que hasta ese día jamás hubiese escuchado hablar de ella, dos preguntas centraban todo lo que hubiese deseado saber en ese momento:

¿Dónde se encontraba el Niño? ¿Cuál era su misión?

Pidiendo perdón por la interrupción, Ben-Hur procedió a extraer de Baltazar toda la información al respecto que fuese posible; el anciano no se mostró en absoluto reacio a hablar.

Capítulo XVI
Cristo ha de venir: Baltazar

Si pudiera responder a tu pregunta —dijo Baltazar, hablando con esa manera suya, sencilla, diligente, devota—, ¡ah, si supiera dónde se encuentra ahora, con qué presteza acudiría a su lado! ¡No podrían detenerme ni los mares ni las montañas!

—Entonces ¿has intentado encontrarlo? —preguntó Ben-Hur.

Una sonrisa alumbró el marchito rostro del egipcio.

—La primera tarea que me impuse después de abandonar el refugio que se me dio en el desierto —dijo Baltazar mirando con gratitud a Ilderim—, fue la de saber qué había sido del Niño. Solo había transcurrido un año, empero, y no me atrevía a poner pies en Judea, pues Herodes, tan sanguinario como siempre, seguía en posesión del trono. De regreso a Egipto, unos cuantos amigos me creyeron cuando les conté las cosas maravillosas que había visto y oído, se regocijaron conmigo de que hubiese nacido un Redentor, y no se cansaban jamás de escuchar la misma historia. Algunos de ellos vinieron en nombre mío a Judea para buscar al Niño. Primeramente llegaron hasta Belén y encontraron la posada y la cueva, pero el guardián —aquel que se hallaba en la puerta la noche del nacimiento y la noche que llegamos nosotros guiados por la estrella— ya no estaba. El rey había mandado por él y desde entonces no se le había vuelto a ver.



—Pero sin duda habrán encontrado pruebas —dijo Ben-Hur ansiosamente.

—Sí, escritas en sangre: una aldea entera en duelo, madres que aún lloran a sus hijos. Has de saber que cuando Herodes supo que habíamos huido dio orden de matar al hijo menor de cada una de las familias de Belén. No escapó ni uno solo. Se afirmó la fe de mis mensajeros, pero volvieron a mí diciendo que el Niño había muerto junto con los demás inocentes.

—¡Muerto! —exclamó Ben-Hur estupefacto—. ¿Has dicho que ha muerto?

—No, hijo mío, yo no he dicho eso. Dije que ellos, mis mensajeros, me contaron que el Niño había muerto. No creí en esa información cuando me la contaron; todavía no la creo cierta.

—Ya veo… Tienes algún conocimiento que los demás ignoran.

—No es así, no es así —dijo Baltazar bajando la vista—. El Espíritu nos acompañó únicamente hasta que encontramos al Niño. Cuando salimos de la cueva, después de entregar nuestros regalos y de haber visto al recién nacido, inmediatamente buscamos la estrella. Ya no estaba y entonces comprendimos que en adelante tendríamos que valernos de nuestros propios medios. La última inspiración que recibimos de la Sagrada Presencia, la última que recuerdo, fue la de buscar a Ilderim para ponernos a salvo.

—Sí —dijo el jeque, manoseando nerviosamente la barba—. Me dijiste que veníais a mí enviados por un Espíritu… Lo recuerdo.

—No, no tengo conocimientos especiales que los demás ignoren —repitió Baltazar, y al observar el desaliento que se apoderaba de Ben-Hur, agregó—: sin embargo, hijo mío, he pensado muchísimo en el asunto, durante años, con una fe tan poderosa como en el momento en que escuché a la orilla del lago la voz del Espíritu que me llamaba. Si queréis escucharme, os contaré por qué creo que el Niño vive.



Tanto Ilderim como Ben-Hur indicaron su asentimiento, e hicieron un esfuerzo por conjurar todas sus facultades, de manera que no solo escuchasen lo que se les iba a contar, sino que también lograsen comprenderlo plenamente. También los criados se interesaron vivamente con las palabras del anciano, y

acercándose al diván se dispusieron a prestar atención. Reinaba en toda la tienda el silencio más profundo.

—Los tres creemos en Dios —dijo Baltazar doblando la cabeza reverentemente—, él es la Verdad. Su palabra es Divina. Aunque los montes se convirtiesen en polvo, y los mares se secaran, sus palabras permanecerían porque Él es la Verdad.

La voz del anciano había adquirido una inflexión incomparablemente solemne. Al cabo de un instante prosiguió del mismo modo.

—Una voz que era la suya me habló junto al lago, diciendo: «¡Bendito eres, hijo de Mizraim! Se acerca la Redención. Con otros dos, provenientes de los rincones más remotos de la tierra has de ver al Salvador». Ya he visto al Salvador. ¡Bendito sea su santo nombre!, pero la Redención, que era la segunda parte de la promesa, todavía ha de venir. ¿Lo veis ahora? Si el niño hubiese muerto, ya no existiría el agente de Redención, y la palabra habría sido en vano y Dios… No; no me atrevo a decirlo.

Horrorizado se cubrió el rostro con ambas manos.

—La Redención es la obra para la cual nació el Niño, y mientras la promesa perdure, ni siquiera la muerte puede impedir que cumpla su obra, o al menos que la deje ya en marcha. Es esa la razón primordial de mi convicción que aún vive, pero seguid atentos, que todavía hay más que decir.

El buen hombre hizo una pausa. Ilderim le dijo respetuosamente:

—¿No vas a probar el vino? Lo tienes a mano…, mira.

Baltazar bebió y, en seguida, continuó con renovados ánimos.

—El Salvador que yo vi, nació de mujer, su naturaleza es igual a la nuestra, y está expuesto a todos nuestros males, incluso la muerte. Pero si consideráis la obra que le había sido destinada, ¿no creéis que es una obra cuya ejecución requiere de un hombre? ¿Y de un hombre prudente, firme y discreto, en lugar de un niño? Para convertirse en un hombre tenía que crecer como crecemos todos. Pensad en los peligros que se ciernen sobre su vida durante ese intervalo, el largo intervalo entre la infancia y la edad adulta. Quienes detentaban el poder eran sus enemigos; Herodes era su enemigo; ¿y qué otra cosa podría haber sido Roma sino su enemiga? Y en cuanto a Israel…, el hecho de que Israel no le haya aceptado ha sido la razón de su aislamiento. ¿Lo veis ahora? ¿Qué mejor manera de protegerle durante los años en que crecía indefenso que mantenerlo en la oscuridad? Por lo tanto me digo a mí mismo y a la fe que permanece siempre atenta, que el Niño no ha muerto, simplemente se ha perdido su rastro, y como aún no ha realizado su

obra, de nuevo ha de venir. Son esas las razones para mi convicción. ¿No os parecen válidas?

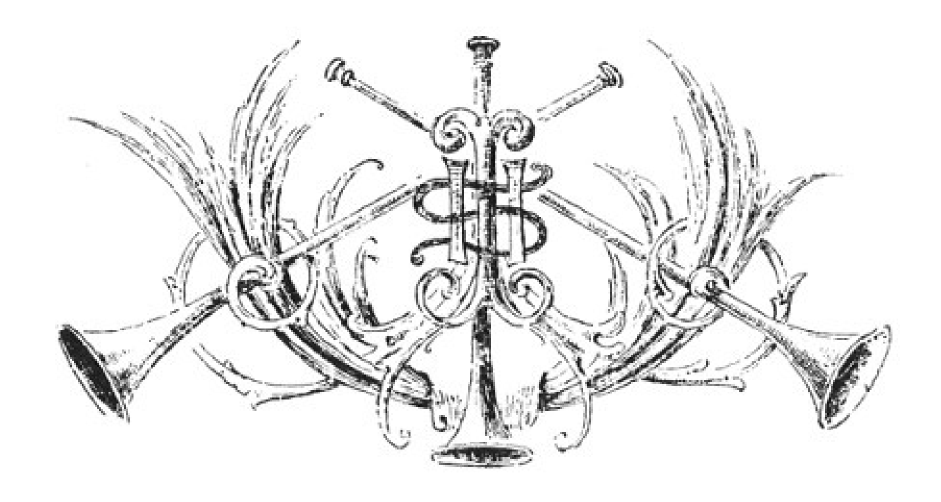
Los pequeños ojos árabes de Ilderim brillaban expresando su aprobación; por su parte Ben-Hur, quien ya se había recuperado de su desaliento, dijo con entusiasmo:

—Yo no podría contradecirlas. Continúa, te lo ruego.

—¿No te parece suficiente? —preguntó Baltazar a Ben-Hur, y continuó en un tono más reposado—. Bueno, viendo que las razones que tenía eran legítimas, o para decirlo más claramente, viendo que era la voluntad de Dios que el Niño no fuese descubierto, concentré mi fe en fortalecer la paciencia y me dispuse a esperar el tiempo que fuese necesario.

Alzó los ojos, llenos de sagrada convicción y continuó distraídamente:

—Sigo esperando. Él vive, y mantiene oculto su colosal secreto, aunque yo no pueda llegar hasta Él, ni nombrar la colina o el valle en que tiene su morada. Pero sé que vive por la certeza que encierran las promesas y los designios divinos.



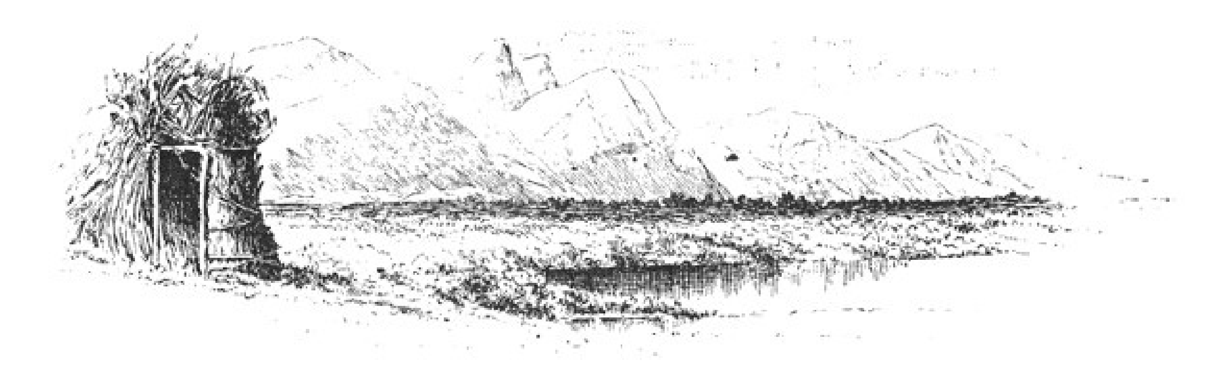
Un estremecimiento de reverente temor sacudió a Ben-Hur, un estremecimiento que correspondía a la desaparición de sus incipientes dudas.

—¿Dónde crees que pueda estar? —preguntó en voz baja y vacilante, como alguien que siente en sus labios la presión que impone un silencio sagrado.

Baltazar lo miró amablemente, todavía un poco distraído, y respondió:

—Hace un par de semanas, cuando me encontraba en mi casa junto al Nilo sumido en hondos pensamientos, y me dije que, al llegar a los treinta años, un hombre debe haber labrado lo suficiente los campos en los cuales va a transcurrir su vida, y debe haber plantado cuidadosamente, pues a partir de entonces es ya el verano de su vida, y el tiempo sería muy escaso para que

madurasen las nuevas semillas que siembre. El Niño tiene ahora veintisiete años, y debe encontrarse cercano el momento en que ha de plantar. Me hice la misma pregunta que acabas de hacer y me respondí que ese sitio solo podía ser Judea. ¿Y en qué ciudad debería empezar su trabajo sino en Jerusalén? ¿Quiénes habrían de ser los primeros en recibir las bendiciones que ha de traer sino los hijos de Abraham, Isaac y Jacob? Si se me indicase que fuera a buscarlo, escudriñaría muy bien todos los caseríos y aldeas en las laderas de las montañas de Judea y Galilea en dirección al valle del Jordán. Allí tiene que estar ahora mismo. Desde un umbral o desde la cima de algún monte habrá contemplado esta misma tarde la caída del sol, acercándolo un día más a la fecha en que él habrá de ser la luz del mundo.



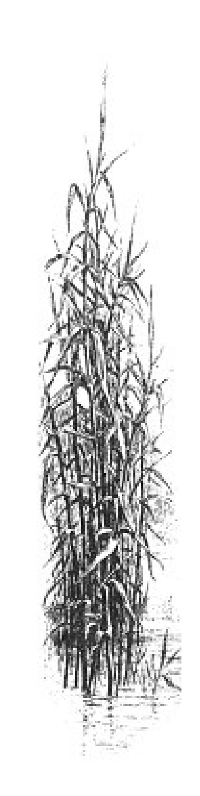
Baltazar se detuvo, con la mano en alto y el dedo índice señalando la dirección en que debería encontrarse Judea. Todos los presentes, hasta el más obtuso de los criados, afectados por el fervor del anciano, sintieron un sobrecogimiento, como si una presencia majestuosa de repente hubiese aparecido en el interior de la tienda. Aquella sensación tardó unos segundos en disiparse, y los tres comensales se quedaron en silencio, pensativos. Ben-Hur fue el primero en salir de aquella especie de arrobamiento.

—Ahora comprendo, Baltazar —dijo—, que has sido muy favorecido y de muy extrañas maneras. También comprendo que eres en verdad un hombre sabio. No me sería posible expresarte la gratitud que siento por las cosas que me has contado. Me doy por enterado de que han de sobrevenir portentosos acontecimientos y me alimento de tu inquebrantable fe. Te ruego que completes lo que ya has indicado, y me informes más sobre la misión de aquel por el cual esperas, y por el cual he de esperar yo a partir de esta noche, como corresponde a un piadoso hijo de Judá. Has dicho que ha de ser el Salvador; ¿acaso no ha de ser también Rey de los Judíos?

—Hijo mío —dijo Baltazar con su peculiar benignidad—, por el momento su misión es tan solo un proyecto divino que permanece secreto. Todo lo que

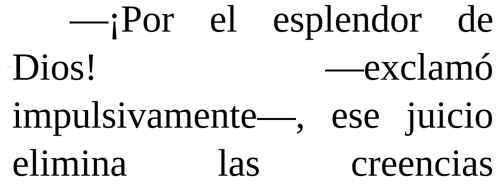
creo proviene de las palabras que escuché de la Voz en respuesta a mis plegarias. ¿Debo referirme de nuevo al motivo de mis plegarias?

—El maestro eres tú.



—El motivo de mi desasosiego —comenzó Baltazar lentamente—, aquello que me introdujo a predicar en Alejandría y en las aldeas junto al Nilo, aquello que finalmente me condujo a la extrema soledad en la cual me encontró el Espíritu, se centraba en la abyecta condición del hombre, ocasionada a mi entender por la pérdida del conocimiento de Dios. Sufría por los sufrimientos de mi especie…, no de una clase o de una raza, sino de toda la especie humana. Habían caído en tal extremo de degradación que me parecía que la Redención no sería posible a menos que el mismo Dios pusiera en ello su empeño, y yo rogué que viniese al mundo y que me fuese dado verlo. «Tus buenas acciones han triunfado. La Redención se acerca, y has de ver al Salvador», me dijo la Voz, y lleno de júbilo me encaminé a Jerusalén. ¿Para quién ha de ser la Redención?, me pregunto ahora. Para toda la humanidad, me respondo. ¡Fortalece tu fe, hijo mío! Son muchos los hombres que dicen que no podrá existir la felicidad mientras Roma no sea arrasada y borrada del mapa. Pero eso equivale a decir que los males de nuestra época no provienen, como yo creía, de la ignorancia de Dios, sino de las malas administraciones de los gobernantes. ¿Es necesario repetir que los gobiernos humanos nunca repercuten en bien de la religión? ¿Has oído hablar de muchos reyes que fuesen mejores que sus súbditos?… No, no, desde luego que no. La Redención no puede obedecer a un propósito político…, no puede ocurrir simplemente para derrocar gobernantes y poderes, y desalojarlos de sus sitios para que otros puedan ocuparlos y disfrutarlos. Si así fuese, la sabiduría divina dejaría de ser suprema. Te aseguro, aunque ni tú ni yo estemos en condiciones de comprobarlo, que el que ha de venir será un Salvador de almas, y que la Redención significa que Dios estará de nuevo sobre la tierra, y significa el advenimiento de la justicia, para que su estancia entre nosotros le resulte tolerable.

Una expresión de desengaño apareció en el rostro de Ben-Hur, e inclinó la cabeza como dando a entender que no le convencían las palabras que acababa de escuchar; sin embargo, por el momento no se sentía con capacidad de discutir la opinión de Baltazar. No ocurrió lo mismo con Ilderim.



—¡Por el esplendor de Dios! —exclamó impulsivamente—, ese juicio elimina las creencias habituales. Las reglas del universo son inamovibles y de ninguna manera pueden ser cambiadas. En toda comunidad debe existir un jefe investido de poder, o de lo contrario nada se podrá reformar.

Baltazar recibió la andanada del jeque con semblante grave.

—Tu sabiduría, buen jeque, es terrenal; y olvidas que es precisamente de las creencias y procedimientos terrenales que hemos de ser redimidos. Someter a los hombres como súbditos es la ambición de los reyes, mientras que el deseo de un Dios es conseguir las almas de los hombres para salvarlas.

Ilderim, aunque no hallaba palabras para responder, sacudía la cabeza, reacio a creer. Ben-Hur asumió entonces la defensa de su argumento.

—Padre, y permíteme que te llame así —dijo a Baltazar—, ¿por quién se te ordenó que preguntaras al llegar a las puertas de Jerusalén?

Ilderim le dirigió una mirada agradecida.

—Debía preguntar a la gente —dijo Baltazar quedamente—, «¿dónde está aquel que ha nacido Rey de los Judíos?».

—¿Y lo viste en una cueva de Belén?

—Lo vimos y lo adoramos y le entregamos nuestros presentes: Melchor, oro; Gaspar, incienso; y yo, mirra.

—Cuando hablas de los hechos, ¡oh padre!, escucharte equivale a creerte —dijo Ben-Hur—, pero en lo referente a tu opinión, he de decir que no logro entender el tipo de reinado que anticipas para el Niño… No consigo entender a un gobernante separado de sus poderes y obligaciones como tal.

—Hijo —expuso Baltazar—, nos hemos acostumbrado a examinar detenidamente cosas que hallamos a nuestros pies, aunque solo sea por pura casualidad, olvidándonos de cosas de mucha mayor magnitud por el solo hecho que están distantes. Ahora solo puedes ver el título: Rey de los Judíos; sin embargo, si diriges tus ojos hacia el misterio que hay más allá de esas palabras, desaparecerá el obstáculo que te impide una mayor visión. Déjame explicarte algo. Tu Israel ha visto mejores días…, días en los que Dios se dirigía a los tuyos como su pueblo, y se entendía con ellos por medio de profetas. Si en aquellos días les prometió un Salvador, y lo prometió como

Rey de los Judíos, su apariencia debía concordar con la promesa hecha. ¡Ah!, te preguntas la razón de mis palabras al llegar a las puertas de Jerusalén, pero por el momento no quiero hablar más de ello y seguiré adelante. También habrás pensado en la majestuosidad y el rango que deben acompañar al Niño; de ser así, considera lo siguiente: ¿Qué significa ser sucesor de Herodes? ¿Qué honor hay en ello a los ojos del mundo? ¿No podría prever Dios algo mejor para su hijo bienamado? Si puedes imaginarte al Padre Todopoderoso en busca de un título, y rebajándose a tomar prestados aquellos que han inventado los hombres, ¿por qué no se me ordenó de una vez que preguntase por un César? Eleva tu mirada, te lo ruego. Pregúntate mejor de qué ha de ser Rey aquel a quien esperamos; pues yo te digo, hijo mío, que en ello está la clave del misterio, y que ningún hombre conseguirá resolverlo sin esa clave.

Baltazar elevó devotamente su mirada.

—Existe en la tierra un reino, que no es de la tierra, un reino cuyos límites son más amplios que la tierra, inconmensurablemente más amplios. Su existencia es un hecho, del mismo modo que es un hecho que tenemos un corazón en nuestro pecho y viajamos a través de ese reino desde el nacimiento hasta la muerte, sin llegar a verlo. Más aún, ningún hombre podrá verlo mientras no conozca cabalmente su alma, pues ese reino no es para él sino para su alma. Y en sus dominios existe tanta gloria que difícilmente podría caber en la imaginación: una gloria incomparable, insuperable.

—Lo que me dices es como un enigma para mí, padre —dijo Ben-Hur—. Nunca había oído hablar de un reino semejante.

—Tampoco yo —dijo Ilderim.

—Y nada más puedo decir de él —agregó Baltazar, bajando los ojos modestamente—. Nadie podrá saber cómo es ese reino, qué propósito tiene, cómo se accede a él, hasta que venga el Niño y tome posesión de él. Traerá la llave de la puerta invisible, que abrirá para sus seres amados, entre los cuales estarán todos aquellos que le aman, pues serán ellos quienes gocen de la Redención.

Después de estas palabras se produjo un prolongado silencio, y entonces Baltazar dio por concluida la conversación.

—Buen jeque —dijo a su manera plácida—; mañana o al día siguiente marcharé a la ciudad por un tiempo. Mi hija quiere ver los preparativos para los juegos. Más adelante especificaré la hora de nuestra partida. Y a ti, hijo mío, ya te veré de nuevo. Que la paz sea con vosotros y buenas noches.

Los tres se pusieron de pie. El jeque y Ben-Hur se quedaron mirando al egipcio mientras era conducido fuera de la tienda.

—Jeque Ilderim —dijo entonces Ben-Hur—. Extrañas cosas he escuchado esta noche. Permíteme que me retire, te lo ruego; quiero reflexionar en ellas caminando junto al lago.

—Puedes ir. Yo te buscaré más tarde.

De nuevo se lavaron las manos y, en seguida, a una señal del amo, un criado trajo los botines de Ben-Hur. El joven se calzó y salió inmediatamente.



Capítulo XVII
El reino de Dios: ¿espiritual o político?

A poca distancia del aduar había un apretado grupo de palmeras, que repartían su sombra entre las aguas del lago y la orilla. Oculta entre las ramas, un ave cantaba alegremente. Ben-Hur se detuvo a escuchar. En cualquier otro momento, aquellas notas lo hubiesen apartado de sus cavilaciones, pero las palabras del egipcio pesaban en su mente como un fardo de portentos, él se sentía como un trabajador con esa carga a cuestas, y al igual que otros trabajadores, no encontraría placer en la más dulce de las músicas, hasta que un reparador reposo le devolviera la armonía a su cuerpo y a su mente.

Era una noche tranquila y sin brisa. Las olas no alcanzaban la orilla. Ya habían salido todas las estrellas del cielo de Oriente, y sobre la tierra, las aguas y el firmamento se cumplía la promesa del verano.



La sensibilidad de Ben-Hur estaba a flor de piel, su imaginación exaltada, su voluntad desconcertada.

De modo que las palmeras, el firmamento y el aire le hacían pensar en aquella lejana región del Sur hacia la cual Baltazar se había visto obligado a marchar, desesperando de los hombres; la superficie inmóvil del lago le sugería las aguas del Nilo, en cuyas riberas se encontraba el buen hombre orando cuando el Espíritu hizo su radiante aparición. ¿Se avecinaban las mismas circunstancias que acompañaron aquel milagro? ¿O se acercaba él a una situación semejante? ¿Y si el milagro se repitiera con él? Al mismo

tiempo temía y deseaba presenciar la visión. Solo pudo pensar con claridad después de un rato, cuando consiguió salir de su estado febril.

La trama de su existencia finalmente le había sido revelada. Hasta entonces, cada vez que se había detenido a reflexionar al respecto, se había encontrado con un enorme vacío, imposible de llenar, e incluso de salvar, un vacío tan inmenso, que apenas alcanzaba a percibir vagamente la otra orilla. Cuando en su brillante carrera como soldado llegase al grado de capitán, ¿a qué propósito habría de consagrar sus esfuerzos? Había considerado la posibilidad de comandar una revolución, por supuesto, pero el curso que siguen las revoluciones siempre ha sido el mismo, y para lograr reunir suficientes partidarios, siempre se ha requerido una causa, o un buen pretexto, así como un propósito definido en realizaciones prácticas. Por regla general, aquel que tiene afrentas que reparar es un buen combatiente, pero mucho mejor lo es aquel a quien los agravios recibidos sirven de acicate, pero tiene además ante sí la perspectiva de un resultado glorioso, un resultado que percibe como bálsamo para sus heridas, compensación para el valor y el esfuerzo, y que en caso de perecer se traduciría en el reconocimiento y la gratitud de los suyos.

Para determinar si sus causas y sus objetivos eran suficientes para iniciar una revolución, era necesario que Ben-Hur considerase los adeptos con quienes podría contar cuando todo estuviese dispuesto para pasar a la acción. Naturalmente que sus partidarios habrían de ser sus mismos compatriotas. Los agravios sufridos por Israel alcanzaban a todos y cada uno de los hijos de Abraham, y cada uno de esos agravios constituía una causa inmensa, sagrada, una causa que inspiraría a los combatientes para luchar sin desfallecer.

Claro que sí, la causa existía, pero ¿y la finalidad? ¿Cuál habría de ser la finalidad de la revolución?

Las horas y los días que había ocupado en esta parte de sus proyectos de vida eran incalculables…, y siempre llegaba a la misma conclusión. Una noción vaga, incierta, de que su patria debería ser liberada. ¿Pero era eso suficiente? No se atrevía a decir que no, pues ya no tendría esperanzas a qué aferrarse, pero al mismo tiempo su buen juicio le impedía decir que sí. Ni siquiera lograba convencerse a sí mismo que Israel por su propia cuenta podría enfrentarse con éxito a Roma. Conocía los recursos con que contaba aquel enorme enemigo, y sabía que sobresalía aún más en las artes marciales. Una alianza de todas las otras naciones de la tierra,

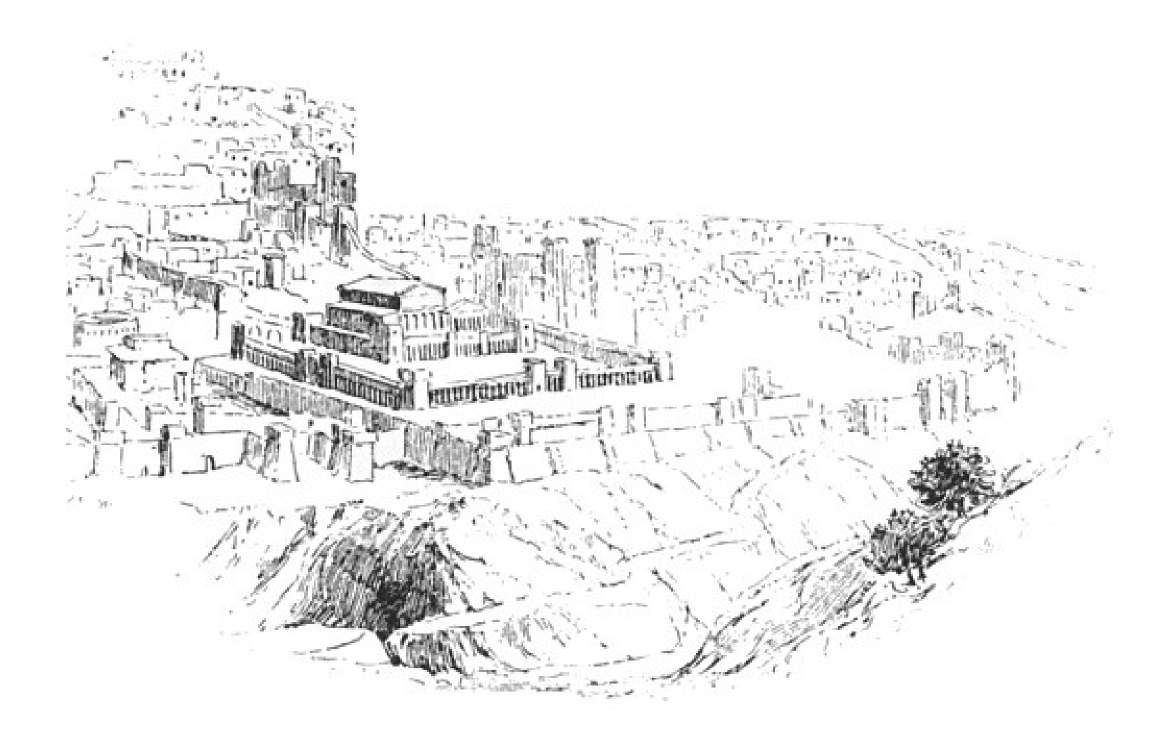
podría derrotar a Roma, pero ¡ay!, se trataba de un imposible a menos que —¡y cuántas veces y con cuánto entusiasmo había pensado en esa salvedad!— a menos que surgiera un héroe de una de las naciones oprimidas, y con sus hazañas militares alcanzara un renombre que cubriese el mundo entero. ¡Qué gloria para Judea si resultase ser la Macedonia de este nuevo Alejandro! Pero ¡malhaya!, bajo el influjo de los rabinos era posible el valor, pero no la disciplina. Y en seguida volvían a él las sarcásticas palabras de Messala en el jardín de Herodes: «Todo lo que conquistéis en seis días lo perderéis en el séptimo».

De manera que Ben-Hur nunca se acercaba a aquel abismo con la intención de salvarlo; de antemano se sentía abrumado, y tantas veces había fracasado en su objetivo, que había estado a punto de darse por vencido, y limitar su esperanza a que se produjese un hecho fortuito. Ese héroe podría aparecer durante los días de su vida, o podría hacerlo después de su muerte. Solo Dios lo sabía. Hallándose en tal estado, no es de extrañar el gran efecto que había tenido en él el esbozo de la historia de Baltazar que le había referido Malluch. La había escuchado perplejo, y al final había sentido una indecible satisfacción, la intuición de que acababa de encontrar la solución a sus dudas, que por fin había encontrado al héroe requerido. ¡Y además se trataba de un hijo de la tribu del León, y el futuro Rey de los Judíos! Detrás del héroe le parecía ver el mundo entero alzado en armas.

La existencia de un rey implica la existencia de un reino; en la imaginación de Ben-Hur aparecía un guerrero glorioso como David, un legislador tan sabio y magnífico como Salomón, y en cuanto al reino sería tan poderoso, que al estrellarse contra él Roma sería aniquilada, pulverizada. Sobrevendría una guerra colosal, con sus sufrimientos, agonías y esperanzas, y luego llegaría la paz, es decir el dominio de Judea por siempre y sobre toda la tierra.

Cuando escuchaba las palabras de Malluch, el corazón de Ben-Hur había latido aceleradamente al imaginarse por un instante a Israel como capital del mundo, y el Monte Sión como sitial del trono del soberano universal. Y mientras caminaba iba pensando que era una suerte extraordinaria que el hombre que había visto a ese Rey, se encontrase en la tienda hacia la cual se dirigía. Allí podría verlo, y oír sus palabras, y aprender de él todo lo que sabía sobre los cambios que se avecinaban, y especialmente la información que tenía sobre el momento en que tendrían lugar. Si se encontraban ya cercanos, abandonaría la campaña con Maxencio, volvería a Judea y se dedicaría a

organizar y armar las tribus para que Israel estuviese listo cuando llegase la aurora de aquel gran día de la restauración.



Y ahora, como hemos visto, Ben-Hur había recibido la maravillosa historia de labios del mismo Baltazar. ¿Se sentía satisfecho?

La verdad es que sobre él se cernía una sombra mucho más intensa que aquella que proyectaba el apretado grupo de palmeras: la sombra de una gran incertidumbre que —presta atención, ¡oh lector!— concernía al reino mucho más que al rey.

En la mente de Ben-Hur se agolpaban ya las preguntas sobre aquel reino, que surgieran con el nacimiento del Niño y continuarían hasta el final de sus días, perdurando aún después de su muerte; preguntas que resultaban incomprensibles en su día, que son motivo de discusión en el nuestro, y un enigma para todos aquellos que no quieren o no pueden comprender que es doble la naturaleza de todo hombre: un alma inmortal y un cuerpo mortal.

«¿Pero cómo ha de ser este reino?», se preguntaba una y otra vez.

En nuestro caso, amable lector, el mismo Niño se ha encargado de proporcionar las respuestas, pero Ben-Hur solo contaba con las palabras de Baltazar, «Un reino en la tierra que no es de la tierra…, no para los hombres sino para sus almas…, un dominio, sin embargo, de incomparable gloria».

Es apenas natural, entonces, que para el desconcertado joven, aquellas frases solo contribuyesen a oscurecer el enigma.

«No cabe en ellos la mano del hombre», se decía en su desesperación. «El rey de tal reino no tiene necesidad de hombres; ni trabajadores, ni consejeros, ni guerreros. La tierra ha de perecer o ha de ser hecha de nuevo, y luego se establecerán nuevos principios de gobierno…, que no estarán basados en la fuerza. Habrá algo que sustituya a la fuerza». ¿Pero qué ha de ser?

Una vez más, dilecto lector, aquello que nosotros vemos tan claramente, no estaba al alcance de Ben-Hur. El poder que puede derivarse del amor no había sido considerado por ningún hombre, y mucho menos había aparecido alguno diciendo expresamente que para acceder a un buen gobierno y asegurar sus objetivos, la paz y el orden, el amor es mejor y más poderoso que la fuerza.

Ben-Hur seguía sumido en sus disquisiciones, cuando una mano se posó sobre su hombro.

—Tengo unas palabras que decirte, ¡oh hijo de Arrio! —dijo Ilderim deteniéndose a su lado—. Solo unas pocas palabras y luego tengo que regresar, pues se hace tarde.

—Te doy la bienvenida, jeque.

—De las cosas que acabas de oír —dijo Ilderim casi sin respirar—, puedes creerlo todo, excepto lo relativo a la clase de reino que el Niño ha de establecer cuando venga; en ese punto debes mantener la mente abierta hasta que escuches a Simónides el mercader, un buen hombre residente aquí en Antioquia a quien pienso presentarte. El egipcio te ha repetido sus sueños, que son demasiado hermosos para cumplirse en esta tierra; Simónides, en cambio, es un hombre prudente y versado, y te contará textualmente las palabras de vuestros profetas, indicando el libro y la página, de modo que no se pueda negar que en efecto el Niño ha de ser el Rey de los Judíos, y ¡por el esplendor de Dios!, un rey como Herodes, pero mucho mejor e investido de mayor magnificencia. Y entonces, ya lo verás, disfrutaremos del dulce sabor de la venganza. He dicho. ¡Que la paz sea contigo!

—Espera, jeque.

Pero Ilderim no oyó a Ben-Hur, o no quiso detenerse.

—¡Otra vez Simónides! —dijo Ben-Hur con amargura—. ¡Simónides aquí, Simónides allá, Simónides por todas partes! Solo faltaría que quien ha de guiar mis pasos sea el criado de mi padre. Al menos ha sabido cómo aferrarse a lo que me pertenece, y por ello es más rico que el egipcio aunque no sea más sabio. ¡Por la sagrada alianza!, no me parece que un hombre pérfido y sin fe sea la persona más indicada para encontrar la fe y las

respuestas que persigo… No acudiré a él. Pero, silencio, escucho una voz que canta…, y es la voz de una mujer…, ¿o de un ángel? Viene hacia aquí.

A la orilla del lago y en dirección al aduar, caminaba una mujer cantando. Su voz, tan melodiosa como una flauta, flotaba sobre las tranquilas aguas del lago, un poco más alta con cada instante que pasaba. Se escuchó también el sonido de remos que se sumergían lentamente, y casi simultáneamente las palabras se hicieron reconocibles. La mujer cantaba en un griego de extraordinaria pureza, la más apropiada de todas las lenguas de la época para la expresión de una pesadumbre apasionada.

EL LAMENTO
(*Canción egipcia*)

Suspiro al cantar a la tierra legendaria
Al otro lado del mar sirio.
Las brisas olorosas de la fragante arena
Eran soplos de vida para mí.
Aún juegan con las hojas de las palmas siseantes
Pero han dejado de jugar conmigo.
No veo pasar el Nilo en la quietud de la noche
Gimiendo al alejarse de las riberas de Menfis.

¡Oh Nilo!, dios de mi alma contrita
En sueños llegas a mí;
Soñando juego con la flor de loto,
Y soñando te canto a ti.
Escucha a lo lejos los acordes de Memnón[1]
Y la llamada de mi querido Simbel;
En medio de esta pasión de pena y de dolor
Debo decirte ahora, adiós, ¡oh Nilo!, adiós.

Cuando concluía la canción, el bote en el que viajaba la cantante dejaba atrás el grupo de palmeras donde se encontraba Ben-Hur. La última palabra, «adiós», quedó flotando en el aire, acariciando a Ben-Hur con todo el agridulce sabor de la despedida. Al alejarse el bote y perderse en las oscuras sombras, también la noche pareció hacerse más oscura.

Ben-Hur tomó aire tan profundamente, que casi se diría que suspiraba.

—Por la voz he reconocido a la hija de Baltazar —se dijo Ben-Hur—. ¡Qué hermosa canción! ¡Y qué hermosa joven!

Recordó entonces sus enormes ojos, ligeramente velados por unas largas pestañas, sus mejillas ovaladas y rosáceas, los labios llenos, adornados por hermosos hoyuelos junto a las comisuras, y toda la gracia de su figura alta y esbelta.

—¡Qué hermosa joven! —repitió.

Y el corazón respondió acelerando los latidos.

Entonces, casi en el mismo instante, otro rostro, igualmente hermoso y más joven —no tan apasionado, pero más infantil y tierno— apareció en su mente como surgiendo del lago.

—¡Esther! —exclamó sonriente—. Se ha cumplido mi deseo y una estrella me ha sido enviada.

Dio media vuelta y regresó lentamente a la tienda.

Su vida había estado repleta de pesadumbres y de preocupaciones para la venganza…, hasta tal punto que no había quedado espacio para el amor. ¿Era este el comienzo de un dichoso cambio?

Y si regresaba a la tienda con esa inquietud en su interior, ¿de quién provenía?

Esther le había entregado una copa.

Y la egipcia también.

Y ambas se le habían aparecido al mismo tiempo bajo las palmeras.

¿Cuál de las dos?



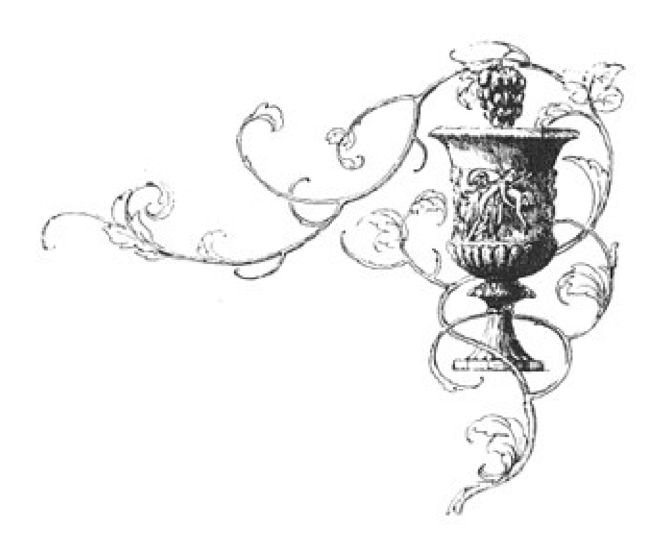
[1]


LIBRO
QUINTO
Sólo las acciones del justo
Conservan su fragancia y florecen entre el polvo.
SHIRLEY 1
Y entre el fragor del combate, guarda los preceptos
Aprendidos en la paz, y contempla lo que había anticipado ya.
WORDSWORTH 2

Capítulo I
Messala se despoja de la guirnalda

La mañana después de la bacanal en el salón del palacio, el diván se encontraba cubierto de jóvenes patricios. Maxencio debía llegar ese día, y la ciudad entera se agolpaba para recibirlo; la legión descendería desde el Monte Sulpio exhibiendo sus refulgentes armas y armaduras; desde el Ninfeo hasta el Onfalo[1] se celebrarían ceremonias tan esplendorosas que, en comparación las más notables realizadas en el suntuoso Oriente, resultarían pálidos reflejos… y no obstante todos esos jóvenes romanos seguirían durmiendo ignominiosamente en el diván sobre el cual se habían derrumbado o al cual habían sido arrojados descuidadamente por algún esclavo. Sería más factible que los maniquíes del estudio de un artista moderno se levantasen, se calasen un sombrero y emprendiesen los alegres compases de un vals, antes que los jóvenes patricios se hallasen en condiciones de asistir a la reunión.

Sin embargo, no todos quienes habían participado en la orgía se hallaban en esa vergonzosa condición. Cuando la luz del amanecer comenzó a filtrarse por las claraboyas del salón, Messala se puso de pie, se despojó de la guirnalda de flores en señal de que la fiesta había terminado, se arregló la túnica, echó un último vistazo a la escena, y sin decir palabra se retiró a sus aposentos. El mismo Cicerón[2] no hubiese exhibido un semblante más grave al retirarse a descansar después de toda una noche de debate en el senado.



Tres horas después, dos jóvenes correos entraron en su habitación, y de manos de Messala cada uno recibió un mensaje sellado —en realidad el mismo mensaje por duplicado—, una misiva para Valerio Grato, el procurador, que continuaba residiendo en Cesarea. Fácilmente se puede inferir la importancia que se otorgaba a su entrega rápida y segura. Uno de los correos haría el viaje por tierra, y el otro por mar. Ambos debían proceder con la mayor celeridad posible.

Es de gran importancia a esta altura de la narración, que el lector esté cabalmente informado del contenido de la carta que de tal modo se enviaba y, por consiguiente, se reproduce a continuación.

Antioquía, XII. Kal. Jul.

Messala a Grato

¡Oh, mi querido Midas[3]!

Te ruego que no te ofendas por el encabezamiento de esta carta, ya que es solo un reflejo de mi afecto y gratitud y un reconocimiento de que eres el más afortunado entre los hombres, teniendo en cuenta también que tus oídos son tan prudentes como los de tu progenitora, y muy de acuerdo con tu madurez.

¡Oh, mi querido Midas!

He de referirte un acontecimiento asombroso que, aunque solo discurre en el campo de las conjeturas, podría, no lo dudo, justificar tu atención inmediata.

Permíteme en primer lugar refrescar tu memoria. Has de recordar, hace ya muchos muchos años, la familia de un príncipe de Jerusalén sumamente antigua y de gran fortuna, cuyo nombre era Ben-Hur. Si tu memoria flaquea o sufre algún tipo de afección, debe subsistir en tu cabeza, si no me equivoco, una herida que te ayudará a rememorar las circunstancias.

Ahora, algo más que debe despertar tu interés. En castigo por el atentado contra tu vida —¡y que todos los dioses impidan que alguna vez se demuestre que fue un accidente, disturbando así el reposo de tu encomiable conciencia!— la familia fue apresada, se les juzgó sumariamente y se confiscaron sus propiedades. Y como todo el asunto, mi querido Midas, contó con la aprobación de nuestro César, que era tan



justo como sabio —¡y que nunca falten flores en su altar!— no deberíamos sentir vergüenza alguna al mencionar el dinero que ambos recibimos a raíz de ello, algo que por cierto no dejaré de agradecerte nunca, y menos aún mientras siga disfrutando como hasta ahora he hecho de manera ininterrumpida, de la porción que me tocó en suerte.

Recuerdo, además, que haciendo honor a tu sabiduría, dispusiste lo que habría de ser de la familia de Hur, y que en ese momento ambos supusimos que el plan ideado sería el más efectivo posible para nuestro propósito, es decir, que no se volviese a saber de ellos y que fuesen abandonados a una muerte natural pero inevitable. Muy bien recordarás que así ocurrió con la madre y la hermana del malhechor; sin embargo, si ahora me dejo llevar por el deseo de saber si aún viven o ya han muerto, estoy seguro, querido Grato, que por la innegable amabilidad de tu carácter, sabrás disculparme.

Ya que su importancia es aún más esencial para el asunto que nos ocupa, me tomo la libertad de invitarte a recordar que el criminal propiamente dicho fue condenado a galeras de por vida. Así rezaba el precepto, y yo mismo leí el recibo de entrega de su cuerpo, firmado por un tribuno al mando de una galera, lo cual hace que el acontecimiento que me dispongo a relatar resulte aún más asombroso.

Es este el momento en que debes prestarme toda tu atención, ¡oh, el más excelente de los frigios[4]!

Considerando el limitado margen de vida que puede esperar un galeote, el forajido a quien tan justamente castigaste, debería haber muerto hace tiempo o, expresándolo con mayor propiedad, alguna de entre las tres mil Oceánides[5] debe haberlo tomado como esposo hace unos cinco años como muy poco. Y si me permites un instante de debilidad, ¡oh, el más virtuoso y sensible de los hombres!, y teniendo en cuenta que le tuve mucho afecto cuando éramos niños, entre otras cosas porque era muy apuesto —solía llamarle con especial admiración mi Ganimedes[6]— tenía derecho a haber terminado en los brazos de la más bella de las Oceánides.

En la convicción de que sin duda había muerto, durante los pasados cinco años he disfrutado tranquila, despreocupadamente de la fortuna que hasta cierto punto debo a él. Hago esta admisión, sin intentar disminuir la gratitud y obligaciones a ti debidas.

Llego ahora al meollo de la historia.

Anoche, mientras hacía de anfitrión en una fiesta para un grupo recién llegado de Roma —su extrema juventud e inexperiencia despertaron mi compasión— escuché una historia singular. Como bien sabes, el cónsul Maxencio ha de llegar hoy para dirigir una campaña contra los partos[7]. Entre los intrépidos que han de acompañarle figura un hijo del difunto duunviro Quinto Arrio. Tuve la oportunidad de obtener información específica sobre él. Cuando Arrio se hizo a la mar en persecución de aquellos piratas, cuya denota le acarrearía honores supremos, no tenía familia; cuando regresó de la expedición traía consigo un heredero. Ahora, prepárate a mantener la compostura, como corresponde al propietario de tantos talentos en sestercios contantes y sonantes. El hijo y heredero del duunviro del que hablo es el mismo joven a quien enviaste a las galeras, ese mismo Ben-Hur que debía haber muerto uncido al remo nace cinco años y quien ahora, con rango y fortuna, y posiblemente como ciudadano romano, regresa tal vez con la intención de… Bien, mi querido Midas, tú te encuentras en una situación muy segura y no tienes motivos de alarma, pero yo, ¡ay de mí!, estoy en peligro… y no hay necesidad de decirte de

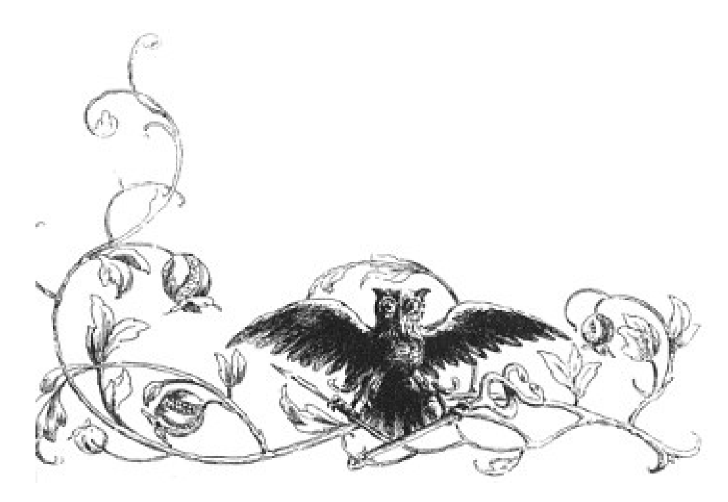
dónde proviene el peligro. ¡Lo sabes mejor que nadie!



¿Dirías tú que todo esto es palabrería?

Cuando Arrio, el padre adoptivo de esta aparición que debería encontrarse en brazos de la más bella de las Oceánides —según he explicado antes—, se enfrentó en batalla con los piratas, su nave fue echada a pique, y únicamente dos miembros de la tripulación se salvaron de morir ahogados: el mismo Arrio y este otro, su heredero.

Los oficiales romanos que los recogieron del tablón en el que flotaban a la deriva dicen que el acompañante del afortunado tribuno era un joven vestido como galeote.



Esta circunstancia debería resultar bastante convincente, pero en caso de que te dispongas a repetir que son palabrerías, déjame decirte, ¡oh mi querido Midas!, que ayer tuve la buena suerte —y por ello he hecho un voto a la Fortuna— de encontrarme cara a cara con el misterioso hijo de Arrio, y puedo asegurarte que si bien no lo reconocí en ese momento, es el mismo Ben-Hur que durante años fue mi compañero de juegos, ese mismo Ben-Hur, que de ser un verdadero hombre debe estar ahora pensando en la venganza, como lo haría yo si estuviese en su pellejo, y en una venganza que no se detendrá sino con la muerte del otro, una venganza por su país, por su madre, por su hermana, por sí mismo, y lo digo en último lugar, aunque tú podrías pensar que es el primero de los motivos, por la fortuna perdida.

Encontrándote donde te encuentras, ¡oh, mi buen benefactor y amigo, mi Grato!, y considerando el peligro que corren tus sestercios, ya que su pérdida sería el peor mal que puede acaecer a alguien de tu elevado estado —dejaré de llamarte por el nombre del viejo y estúpido rey de Frigia—. Encontrándote donde te encuentras, repito (quiero decir, habiendo llegado hasta este punto en la lectura de esta misiva), me inclino a creer que has dejado de decir «¡bah, palabrerías!» y estás dispuesto a considerar qué se puede hacer en una emergencia como esta.

Sería de mal gusto preguntarte ahora lo que debo hacer. Déjame decir más bien que soy tu cliente, o mejor aún, tú eres mi Ulises, cuya tarea es la de darme indicaciones pertinentes.

Me complazco al imaginarte en el momento en que esta carta llegue a tus manos. Empezarás a leerla inmediatamente, con el semblante muy grave, reemplazado luego por una sonrisa, más adelante una sombra de duda, y al llegar al final, desaparecidas todas las dudas, ya habrás llegado a una acertada decisión, demostrando una sabiduría como la de Mercurio[8] y una presteza como la de César.

El sol ya está a punto de salir. Dentro de una hora, dos correos partirán de mi puerta, cada uno con una copia sellada de esta; uno de ellos viajará por tierra y el otro por mar; hasta tal punto juzgo importante que estés informado prontamente y con todo detalle de la aparición de nuestro enemigo en esta parte del Imperio Romano.

Aquí estaré a la espera de tu respuesta.

Todos los desplazamientos de Ben-Hur dependerán, naturalmente, de su jefe, el cónsul, quien por más que se esforzara día y noche sin descansar, no estaría listo para partir antes de un mes. Bien sabes el trabajo que requiere reunir y aprovisionar un ejército destinado a operar en un país desolado, donde los pueblos y aldeas han sido arrasados.

Ayer vi al judío en el bosquecillo de Dafne, y si no se encuentra allí ahora mismo, no puede estar muy lejos, por lo cual me será fácil tenerlo vigilado. De hecho, si me preguntases dónde se encuentra, te diría, con gran seguridad, que podría ser hallado en el antiguo Huerto de las Palmas, bajo la tienda del traidor jeque Ilderim, quien no podrá escapar a nuestra mano dura por mucho más tiempo. No te sorprendas si la primera disposición de Maxencio al llegar aquí es poner al árabe en un barco y despacharlo a Roma.

He sido tan minucioso al describir las actuales circunstancias del judío, porque será de importancia para ti, ¡oh ilustrísimo!, cuando te dispongas a considerar qué se debe hacer; pues he llegado a la conclusión, y por ello me jacto de mi creciente sabiduría, que en todos los proyectos humanos que impliquen acción, hay tres elementos que siempre deben ser tenidos en cuenta: el tiempo, el lugar y el agente.

Si juzgas que el lugar es este, no dudes en poner el asunto en manos del más afectuoso de tus amigos, que además sería el más aventajado de tus alumnos.

MESSALA



Capítulo II
Los caballos árabes de Ilderim uncidos al yugo

Más o menos a la misma hora en que partían de la puerta de Messala los dos correos (a primera hora de la mañana) entró Ben-Hur en la tienda de Ilderim. Ya se había bañado rápidamente en el lago, había desayunado y aparecía con una túnica sin mangas, con faldones que apenas le llegaban a las rodillas.

El jeque lo saludó desde su diván.

—Te doy la paz, hijo de Arrio —dijo, admirado por la figura del joven, pues en verdad nunca había contemplado un ejemplo más perfecto de virilidad resplandeciente, vigorosa y confiada—. Te doy la paz y te deseo lo mejor. Los caballos están listos, yo estoy listo. ¿Lo estás tú?

—La paz que acabas de darme, ¡oh jeque!, te la devuelvo con creces. Y te agradezco tus buenos deseos. Estoy listo.

Ilderim batió sus palmas.

—Haré traer los caballos. Siéntate.

—¿Se les ha uncido el yugo?

—No.

—Entonces, permíteme que lo haga yo mismo —dijo Ben-Hur—. Es necesario que me familiarice con tus caballos árabes. Debo conocerlos por los nombres, ¡oh jeque!, para poder dirigirme a cada uno por separado; no menos importante es que conozca sus temperamentos pues con los caballos sucede igual que con los hombres, si son demasiado arrojados, es necesario reprenderles, y si son tímidos, convienen las alabanzas y las lisonjas. Pide a los criados que me traigan los arneses.

—¿Y el carro?

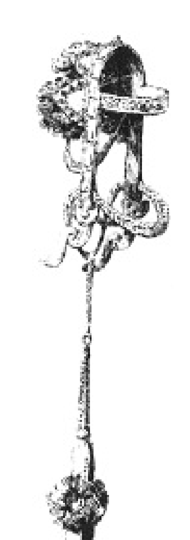
—Por hoy no utilizaré el carro. En lugar de ello, si tienes otro caballo tan veloz como estos cuatro haz que lo traigan, sin colocarle silla alguna.

Las palabras de Ben-Hur aumentaron la curiosidad de Ilderim, quien inmediatamente hizo comparecer a un sirviente.

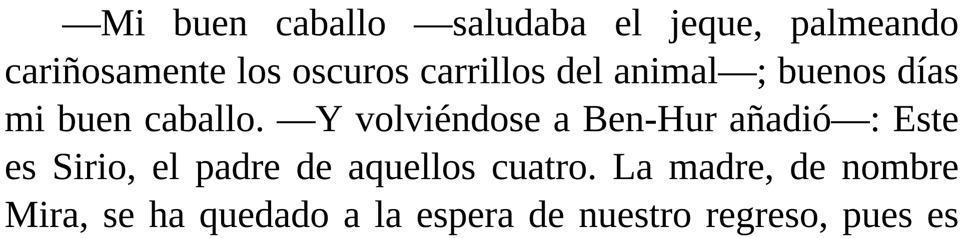
—Dispón que traigan los arneses para los cuatro, y la brida para Sirio.

Ilderim se alzó.

—Sirio es mi amor y yo soy el suyo, ¡oh hijo de Arrio! Durante veinte años hemos sido camaradas: en la tienda, en la batalla, en todos los parajes del desierto. Te lo enseñaré.



Acercándose a la cortina divisoria, la sostuvo mientras Ben-Hur la franqueaba. Los caballos se acercaron a su amo. Un animal de cabeza pequeña, ojos luminosos, el cuello como el segmento de un arco en tensión, y un pecho vigoroso cubierto profusamente de crines tan suaves y ondulantes como las trenzas de una doncella, empezó a sacudir alegremente la cabeza al ver al jeque.



—Mi buen caballo —saludaba el jeque, palmeando cariñosamente los oscuros carrillos del animal—; buenos días mi buen caballo. —Y volviéndose a Ben-Hur añadió—: Este es Sirio, el padre de aquellos cuatro. La madre, de nombre Mira, se ha quedado a la espera de nuestro regreso, pues es demasiado preciosa para arriesgarla en una región donde hay una mano más fuerte que la mía. Y dudo mucho, ¡oh hijo de Arrio!, que la tribu pudiese soportar su ausencia. Ella es la gloria de la región y es venerada por todos. Incluso si cabalgara sobre mis súbditos, en lugar de quejarse, darían muestras de regocijo. Diez mil jinetes del desierto preguntan todos los días, «¿cómo está Mira?», y cuando se les responde que está bien, exclaman: «Dios es bueno, ¡alabado sea Dios!».

—Mira, Sirio… Son nombres de estrellas, ¿no es así, jeque? —preguntó Ben-Hur, examinando los cuatro jóvenes caballos, y ofreciendo su palma abierta al semental.

—¿Y por qué no? —replicó Ilderim—. ¿Alguna vez te has encontrado de noche en medio del desierto?

—No.

—Entonces no podrías entender hasta qué punto nosotros los árabes dependemos de las estrellas. En señal de gratitud tomamos prestados sus nombres, y los otorgamos con gran amor. Al igual que yo, todos mis antepasados tuvieron alguna yegua que llevara por nombre Mira. También sus hijos tienen nombres de estrella[1]. Este de aquí es Rigel, y ese otro es Antares; aquel es Altair y aquel otro Aldebarán, el más joven de los cuatro, pero no por ello el peor… ¡Por cierto que no! Aun corriendo contra el viento podría llevarte a toda velocidad, hasta que sientas rugir el aire en los oídos con la fuerza de un ciclón; y podría llevarte hasta donde quisieras, hijo de

Arrio…, ¡ah, te llevaría hasta las fauces abiertas de un león si a tanto te atrevieras!

Cuando los criados trajeron los arneses, Ben-Hur equipó los caballos; con sus propias manos los condujo fuera de la tienda, y ya en el exterior les colocó las riendas.

—Traedme a Sirio —dijo.

Ni el mejor jinete árabe hubiese saltado sobre el caballo con tanta agilidad como lo hizo Ben-Hur.

—Y ahora las riendas.

Recibió las riendas y las separó cuidadosamente.

—Buen jeque —dijo entonces—. Estoy listo. Permíteme que un guía me acompañe hasta el campo y que algunos de tus hombres nos sigan con agua.

No hubo problema alguno para iniciar la prueba. Los caballos no se mostraron asustados. Desde ese primer momento ya parecía existir un acuerdo tácito entre ellos y el nuevo conductor, quien había llevado a cabo su parte con mucha calma y con esa confianza en sí mismo que engendra confianza en los demás. La disposición de los caballos era exactamente aquella que tendrían para una carrera, excepto que Ben-Hur cabalgaba sobre Sirio en lugar de ir de pie sobre el carro. El ánimo de Ilderim comenzó a remontarse; se atusaba la barba y sonreía satisfecho, mientras se decía:

—No es romano. ¡Por el esplendor de Dios que no es romano!

Ilderim se encaminó a pie al campo donde se realizaría la prueba, y detrás suyo lo hicieron los residentes del aduar, hombres, mujeres y niños, partícipes todos de su curiosidad, si no de su confianza en el buen resultado que obtendría Ben-Hur.

El campo era amplio, muy apropiado para un buen entrenamiento; Ben-Hur no perdió tiempo e inmediatamente hizo correr a paso suave a los cuatro caballos, primero en línea recta y luego describiendo amplios círculos. Poco a poco fue aumentando la velocidad, haciéndolos avanzar al trote, y después de un rato al galope. Luego redujo la amplitud del círculo y, por último, los hizo avanzar caprichosamente, girando a derecha o a izquierda de forma intempestiva. Transcurrida una hora, fue disminuyendo la velocidad hasta ponerlos al paso; se acercó entonces a Ilderim y le dijo:

—El trabajo más importante ya se ha hecho; ahora es solo cuestión de práctica. Te doy mis parabienes, jeque Ilderim, por tener unos servidores como estos. Mira —desmontó y se acercó a los caballos—, no hay una mancha de sudor sobre su piel, y respiran con tanta facilidad como en el



momento de iniciar la prueba. Te doy mis parabienes y muy difícil me parece que no consigamos la victoria —y volvió sus ojos encendidos hacia el rostro del anciano— y nuestra…

Ben-Hur se detuvo, sus mejillas encendidas, e hizo una reverencia. Se acababa de dar cuenta que junto al jeque se hallaba Baltazar, apoyado en un bastón, y dos mujeres cubiertas por sendos velos. Se quedó mirando un instante a una de las mujeres, y se dijo con un sobresalto en el corazón: «¡Es ella, la egipcia!».

—La victoria y nuestra venganza —dijo Ilderim, concluyendo la frase interrumpida.

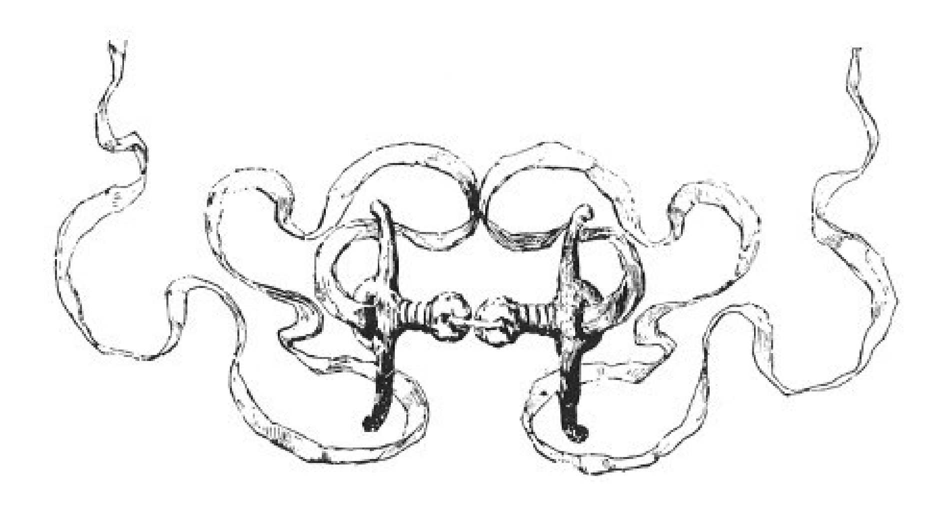
En seguida agregó con voz sonora:

—Ya no siento ningún recelo en cuanto al resultado de la carrera, y por ello me regocijo. Hijo de Arrio, tú eres el hombre indicado. Si todo termina como ha empezado, podrás ver de qué material es el forro de la manga de un árabe generoso.

—Te doy las gracias, ¡oh jeque! —respondió Ben-Hur con modestia—. Haced que los sirvientes traigan agua para los caballos.

Ben-Hur mismo les dio de beber.

Al cabo de un rato volvió a montar sobre Sirio y reanudó el entrenamiento. Al igual que antes fue aumentando progresivamente el paso, hasta que los corceles avanzaron a toda velocidad, despertando el entusiasmo entre los espectadores, que comenzaron a aplaudir el diestro y refinado manejo de las riendas por parte del conductor, al tiempo que se admiraban de la actuación asombrosa de los cuatro animales. En efecto, parecían uno solo, tanto al avanzar hacia adelante como al inclinarse para tomar una curva. Había en su actuación unidad, poder, gracia y belleza, y todo ello sin aparentar un esfuerzo excesivo.



En medio de los ejercicios, y cuando la atención de todos los espectadores estaba centrada en los caballos, Malluch llegó al campo en busca del jeque.

—Tengo un mensaje para ti, ¡oh jeque! —le dijo, después de esperar durante unos minutos un momento oportuno—. Es un mensaje de Simónides el mercader.

—¡Simónides! —profirió el árabe—. ¡Ah!, muy bien. —¡Que Abaddón se encargue de todos sus enemigos!

—Me encareció que ante todo te deseara la santa paz de Dios —continuó Malluch— y luego te entregara este mensaje con la súplica que lo leyeras en el momento mismo de recibirlo.

Sin moverse del sitio donde estaba, Ilderim rasgó el sello del paquete que se le entregaba y de un envoltorio de finísimo lino extrajo dos cartas que procedió a leer en seguida.






Núm. 1



De Simónides al jeque Ilderim



¡Oh, amigo mío!

Recuerda, ante todo, que ocupas un lugar en lo más profundo de mi corazón.

Y luego…

Se encuentra en tu aduar un joven de apuesta presencia que se hace llamar hijo de Arrio, y en efecto es su hijo adoptivo.

Ese joven me es muy querido.

Su historia es maravillosa, y quisiera compartirla contigo. Ven a verme hoy o mañana para contártelo todo y recibir tu consejo.

Entretanto, atiende todas sus peticiones, mientras no vayan en contra de tu honor. Si hay necesidad de incurrir en gastos, me comprometo a reconocerlos.

No reveles a nadie que yo tengo interés en este joven.

Por favor, da recuerdos de mi parte a tus otros huéspedes. El anciano, su hija, tú mismo y todos aquellos a quienes elijas para hacerte compañía, serán mis huéspedes de honor en el Circo el día de los juegos. Ya he reservado los sitios necesarios.

Paz para ti y todos los tuyos.

¿Qué mayor honra me cabe, amigo mío, que la de ser tu amigo?

SIMÓNIDES

Núm. 2

De Simónides al jeque Ilderim

¡Oh, amigo mío!

Basado en mi abundante experiencia, quiero enviarte unas palabras de advertencia.

Hay señales de que todas las personas que no ostenten la nacionalidad romana y que posean dinero o bienes sujetos a ser confiscados, deben estar prevenidas ante la llegada de un alto oficial romano investido de amplia autoridad.

Llega hoy el cónsul Maxencio.

Debes estar en guardia.

Una conspiración que contra ti se fragua, posiblemente incluya a los Herodes, ya que tienes vastas propiedades en sus dominios.

Por tanto, debes estar vigilante.

Te aconsejo que envíes esta misma mañana a tus fieles guardianes de los caminos que se dirigen de Antioquía hacia el Sur, y les ordenes que registren a todos los correos que vayan o vengan. Si encuentras misivas privadas que hagan referencia a ti o a tus asuntos, debes examinarlas tú mismo.

Deberías haber recibido este mensaje ayer, sin embargo no es demasiado tarde si actúas con presteza.

Aun en caso que los mensajeros hubiesen salido de Antioquía esta mañana, tus hombres conocen los atajos y pueden interceptarlos antes de que lleguen a su destino.

No vaciles.

Quema esta misiva en cuanto la leas.

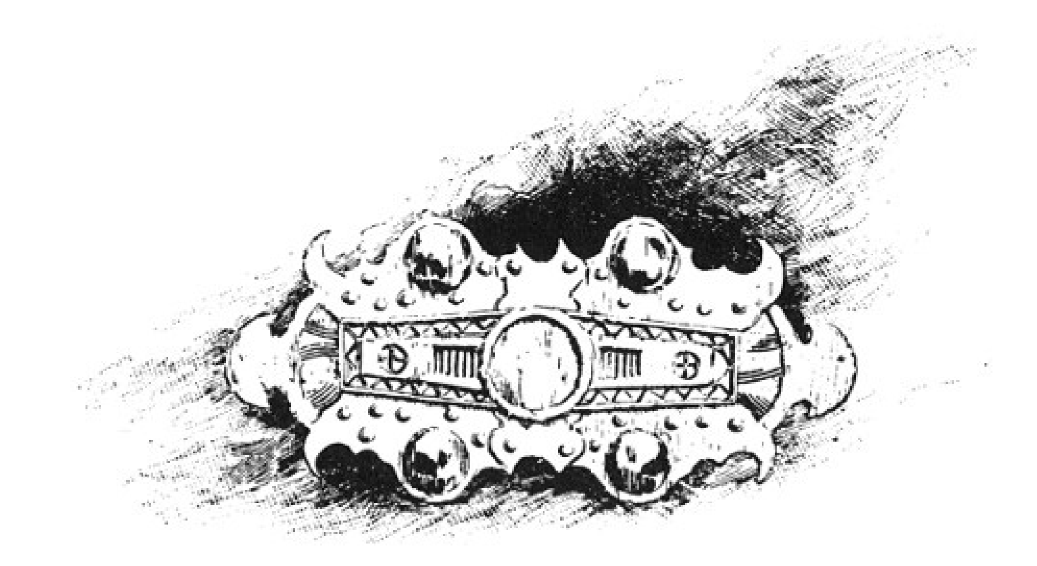
¡Oh, amigo mío!, te saluda tu amigo,

SIMÓNIDES

Ilderim leyó las cartas por segunda vez, las colocó en el envoltorio de lino y ocultó el paquete debajo de su cinturón.

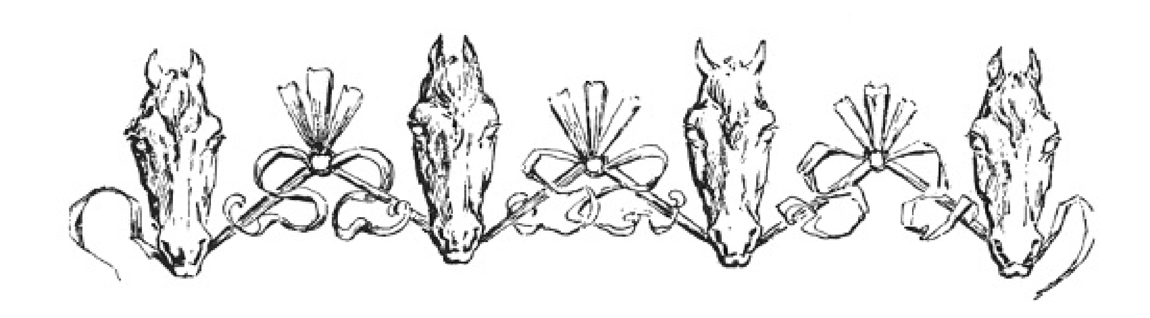
Los ejercicios en el campo continuaron solo un rato más —en total, la práctica de Ben-Hur con los caballos había durado dos horas—. Al concluir, el joven puso los caballos al paso y llegó hasta Ilderim.

—Con tu licencia, ¡oh jeque!, regresaré tus corceles a la tienda y los sacaré de nuevo esta tarde.



Ilderim se aproximó a Ben-Hur, que estaba sentado sobre Sirio, y le dijo:

—Están a tu disposición, hijo de Arrio, para que hagas con ellos lo que a bien tengas hasta que finalicen los juegos. Has conseguido con ellos en dos horas lo que el romano —¡y ojalá los chacales roan sus huesos hasta dejarlos sin carne!— no pudo hacer en varias semanas. Venceremos… ¡por el esplendor de Dios que venceremos!



Ben-Hur permaneció en la tienda mientras los sirvientes atendían a los caballos; después se zambulló en el lago, bebió una copa de arrack[2] con el jeque, que se encontraba en un exuberante estado de ánimo, de nuevo se vistió con su traje hebreo, y se dirigió al Huerto en compañía de Malluch.

Conversaron profusamente, y no todo lo que se dijo resulta importante. Una parte de la plática, sin embargo, no se puede pasar por alto. Hablaba Ben-Hur en ese momento.

—Te voy a dar una orden —le decía—, para reclamar mi equipaje, que se encuentra en el *khan* junto al puente de Seleucia y a este lado del río. Si es posible, tráemelo hoy. Espero que no sea demasiada molestia para ti, mi buen Malluch.

Malluch reiteró vehementemente su voluntad de prestarle el servicio.

—Gracias, Malluch, gracias —dijo Ben-Hur—. Aceptaré tu gentil ofrecimiento, recordando que somos hermanos de una misma y antigua tribu, y que el romano es nuestro común enemigo. Ante todo, dado que eres comerciante, y que, como mucho me temo, el jeque Ilderim no lo es…

—Los árabes rara vez lo son —afirmó Malluch con gravedad.

—No, no pongo en duda su astucia, Malluch. Es conveniente, no obstante, cubrirle un poco las espaldas. Para evitar que seamos descalificados o que se presente algún estorbo en el desarrollo de la carrera, solo me quedaría tranquilo si acudes a la oficina del Circo y te aseguras que ha cumplido ya con todos los requisitos preliminares; si puedes, además, conseguir una copia de las reglas, me sería de gran utilidad. Me gustaría saber los colores que debo usar, y en especial el número de la cripta desde la cual debo tomar la partida. Si estoy ubicado al lado de Messala, bien sea a la derecha o a la izquierda,

excelente; si no es así, y puedes cambiar mi sitio para que quede al lado del romano, trata de hacerlo. ¿Tienes buena memoria, Malluch?

—Me ha fallado algunas veces, hijo de Arrio, pero nunca cuando ha contado con el concurso del corazón, como en el presente caso.

—Me atreveré entonces a pedirte otro favor. Messala se mostraba ayer muy orgulloso de su carro, y con toda razón, pues el mejor de los carros del César, difícilmente podría superarlo. Con la excusa de que quieres verlo, ¿no podrías averiguar si es liviano o pesado? También quisiera saber el peso y las medidas exactas… y, lo más imprescindible, Malluch, necesito la elevación exacta del eje. ¿Me has entendido, Malluch? No quisiera que tuviese ninguna ventaja sobre mí en cuanto al rendimiento del carro. Su esplendor poco me importa; si lo venzo, su denota será aún más dura, y mi triunfo más completo. Pero si han de existir ventajas importantes, quiero que sean para mí.

—¡Ya veo, ya veo! —dijo Malluch—. Quieres que deje caer un cordel desde el centro del eje.

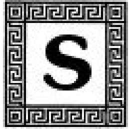
—Eso es; y alégrate, Malluch, porque es el último de mis encargos. Regresemos ahora al aduar.

A la puerta de la tienda se encontraba un sirviente rellenando los odres de cuero curtido con vino recién preparado y se detuvieron para beber un sorbo refrescante. Poco después Malluch emprendió el camino a la ciudad.

Mientras Ben-Hur y Malluch se encontraban ausentes, un mensajero había sido despachado en un buen caballo, portador de las instrucciones que había sugerido Simónides. Como era usual entre los árabes no llevaba ningún mensaje escrito.



Capítulo III
Las artes de Cleopatra

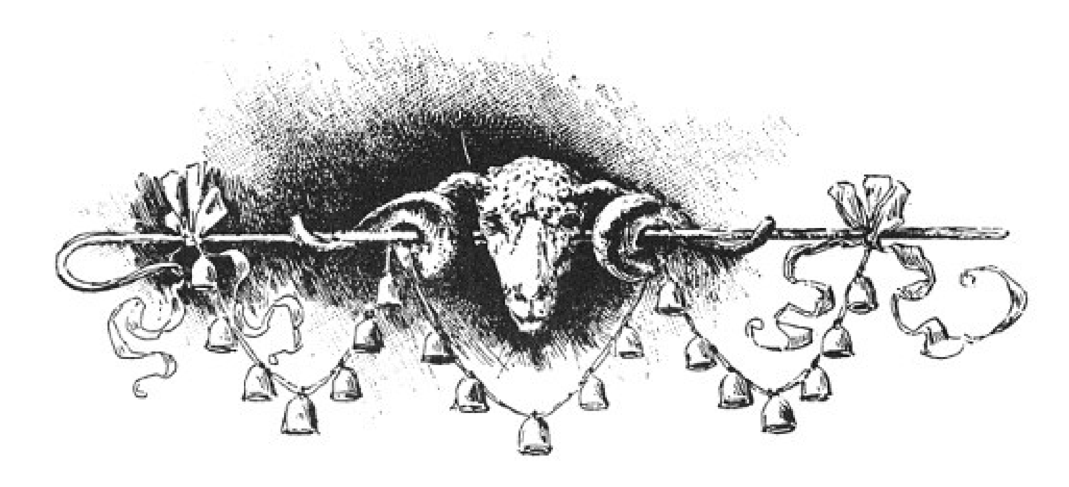
oy portadora de un saludo y un mensaje de Iras la hija de Baltazar — dijo una sirviente a Ben-Hur, que en ese momento descansaba en la tienda.

—¿Cuál es el mensaje?

—Que si te apetece acompañarla a pasear por el lago.

—Yo mismo llevaré la respuesta. Díselo así.

Le trajeron las sandalias y un par de minutos después, Ben-Hur salía rápidamente en busca de la hermosa egipcia. Las sombras de las montañas comenzaban a deslizarse sobre el Huerto de las Palmas, anticipando la caída de la noche. En la distancia y a través de los árboles llegaba el tintineo de los cencerros de las ovejas, los mugidos del ganado y las voces de los pastores que regresaban con sus rebaños. Recordemos que la vida en el Huerto era tan pastoril, en todos los aspectos, como la vida en las ralas praderas del desierto.



Después de presenciar el entrenamiento de la tarde, que había sido una repetición de los ejercicios de la mañana, el jeque Ilderim se había dirigido a la ciudad en respuesta a la invitación de Simónides. Seguramente no regresaría esa misma noche, ya que él y su amigo tenían muchísimos temas que tratar. Al quedarse solo, Ben-Hur se había asegurado que se atendiesen a los caballos, se había bañado y purificado en el lago, cambiando luego el atuendo que utilizaba para los ejercicios en el campo por su traje habitual,

completamente blanco, como corresponde a un saduceo de pura sangre. Gracias al vigor de la juventud y al reposo que había tomado, cuando llegó el sirviente con el mensaje de Iras se sentía plenamente recuperado a pesar del gran esfuerzo que había realizado.



Denigrar de la belleza física como cualidad importante en el ser humano no solo indica falta de honestidad, sino también de buen juicio. No es posible en manera alguna que un alma refinada escape de su influencia. La historia de Pigmalión[1] y su estatua resulta entonces tan natural como poética. La belleza en sí misma posee un inminente poder, y en el momento en que Ben-Hur caminaba hacia el encuentro con Iras, se hallaba bajo su influjo.

A sus ojos la egipcia era una mujer de una maravillosa belleza… hermosa de rostro, hermosa de cuerpo. En sus pensamientos siempre se le aparecía tal y como la había visto en la fuente; se sentía entonces atraído por su voz, más dulce aún porque a punto de ceder a las lágrimas le expresaba su gratitud; atraído por los ojos, unos ojos grandes, suaves, oscuros y almendrados que hacían justicia a su raza, unos ojos que sería imposible de ponderar aun contando con un inmenso caudal de palabras. Al pensar en ella también le volvía la imagen de su figura alta, esbelta, llena de gracia, refinada, envuelta en ricos y flotantes velos… Solo le faltaría una mente sutil para hacerla comparable a la Sulamita, y al igual que ella, imponente, cual ejército con banderas tremolantes. En otras palabras, cuando la joven volvía a su imaginación parecía venir acompañada por el apasionado canto de Salomón. Y ahora se disponía a constatar si la egipcia en verdad justificaba los sentimientos y curiosas sensaciones que despertaba en él. No era precisamente amor lo que sentía, pero la admiración y la curiosidad bien pueden ser sus heraldos.



El embarcadero era muy sencillo; tan solo una escalerilla y una plataforma adornada por unos cuantos postes, en lo alto de los cuales flameaban sendas antorchas; sin embargo, al llegar al último escalón, Ben-Hur se detuvo, prendado por lo que se presentaba a su vista. Una chalupa, liviana como una cáscara de nuevo, reposaba sobre las claras aguas. El etíope que conducía el camello en la Fuente de Castalia ocupaba el sitio del remero; vestía una blanca librea que resaltaba aún más la oscuridad de su piel. Toda la sección de popa de la embarcación estaba alfombrada y cubierta de cojines de un brillante rojo tirio. Al timón se sentaba la egipcia, envuelta en chales y vaporosos velos. Llevaba los brazos desnudos, unos brazos perfectamente contorneados, que de inmediato reclamaban la atención, y además lograban fijarla por su gracia, expresividad y airosos movimientos. Las manos e incluso los dedos parecían dotados de una particular gracia, y cada uno resultaba bello en sí mismo. Protegía la nuca y los hombros del aire vespertino con una amplia banda de tela muy fina, casi transparente.

Durante esa primera mirada, Ben-Hur no alcanzó a observar todos esos detalles; más bien recibió una impresión general muy intensa.

«Como hilo de grana son tus labios y tu boca es graciosa; como una granada partida son tus mejillas. ¡Levántate, amiga mía, hermosa mía, y vente conmigo! Porque ha pasado ya el invierno; la lluvia se ha acabado y se ha ido; las flores se ven en la tierra, el tiempo del cantar de las aves ha llegado, y la voz de la tórtola se oye en la tierra».

Tal era, traducida en palabras, la impresión que la egipcia causaba en él.

—Ven —le dijo ella al observar que Ben-Hur se había detenido—. Ven o tendré que pensar que no eres un buen navegante.

Las mejillas del joven se encendieron. ¿Sabría ella algo acerca de su triste experiencia en el mar? Prosiguió de inmediato a la plataforma.

—Tenía miedo —le dijo, mientras ocupaba un sitio vacío junto a ella.

—¿De qué?

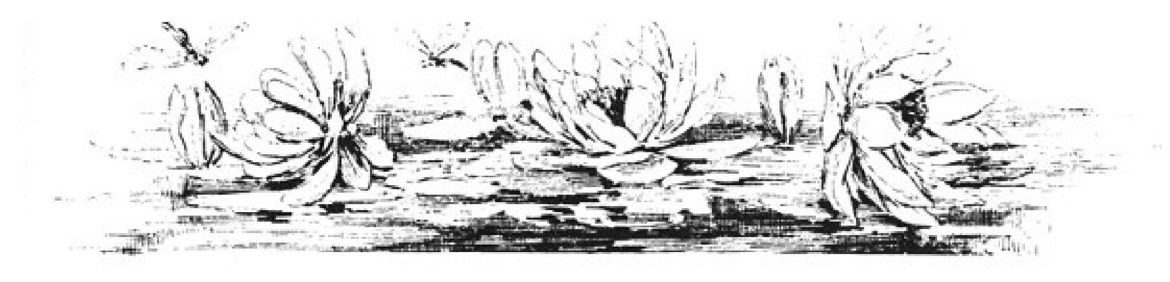
—De echar a pique el bote —respondió Ben-Hur sonriente.

—Espera a que nos hallemos en aguas más profundas —dijo ella, haciendo una señal al etíope para que comenzara a remar.

Si el amor y Ben-Hur habían sido hasta entonces enemigos, parecía llegado el momento en que el segundo podría tomar ventaja sobre el primero. La egipcia, a quien llegaba a equiparar con la Sulamita, estaba sentada a su lado, y él era incapaz de apartar los ojos de ella. Los ojos de la joven daban tal luz a los suyos que las estrellas podían salir —como de hecho ocurría en ese momento— sin que él se diera cuenta. Podía caer la noche más oscura y, sin embargo, la mirada de la egipcia iluminaría su oscuridad. Además, y como todo el mundo sabe, cuando se es joven y se tiene una compañía semejante, ninguna situación es más propicia para que la imaginación vuele incontenible que un paseo en bote por unas aguas tranquilas y bajo una cálida y plácida noche de verano. En momentos como esos resulta muy fácil deslizarse de lo cotidiano y lo vulgar a lo idealizado.

—Déjame el timón —dijo Ben-Hur.

—No —replicó ella—; eso invertiría la relación. ¿No fui yo quien te invitó a pasear conmigo? Estoy en deuda contigo y quiero comenzar a pagarte. Puedes hablar y yo te escucharé o, si prefieres, hablaré yo y tú me escucharás; lo dejo a tu elección, pero a mí corresponde elegir adónde vamos y cómo hemos de llegar.



—¿Pero qué sitio podría ser?

—Ya vuelves a alarmarte.

—¡Oh bella egipcia!, tan solo he hecho la primera pregunta que saldría de labios de un cautivo.

—Llámame Egipto.

—Preferiría llamarte Iras.

—Cuando pienses en mí puedes darme ese nombre, pero llámame Egipto.

—Egipto es un país y abarca a muchas personas.

—Sí, sí. ¡Y qué país!

—Ya veo. Nos dirigimos a Egipto.

—¡Ojalá, me sentiría tan feliz! —exclamó, suspirando profundamente.

—Entonces no te importo nada —dijo él.

—Ah; veo por lo que dices que nunca has estado allí.

—Nunca.

—¡Ay!, es la tierra donde todos son dichosos, anhelada por el resto del mundo, madre de todos los dioses, y por tanto bendecida en grado sumo. Allí, ¡oh hijo de Arrio!, aumenta la felicidad de los felices, mientras que los desgraciados solo tienen que beber de las dulces aguas del sagrado río y, en seguida, comienzan a reír y a cantar, dichosos como niños.

—¿Pero no hay allí gente muy pobre, como en todos los demás sitios de la tierra?

—En Egipto la gente muy pobre necesita muy poco y desea muy poco. Les basta con lo indispensable, y un griego o un romano nunca entenderán que tan poca cosa pueda resultar suficiente.

—Pero yo no soy ni griego ni romano.

La egipcia se echó a reír. Cuando contuvo su hilaridad, dijo:

—Tengo un jardín de rosas, y en medio de él un rosal que florece como ningún otro. ¿De dónde crees que viene?

—De Persia, la cuna de la rosa.

—No.

—Entonces de la India.

—Tampoco.

—Ya sé. De una de las islas griegas.

—Te lo diré —anunció ella—. Un viajero lo encontró casi marchito a la vera de un camino que atraviesa la llanura de Refaim.

—¡Ah, en Judea!

—Lo planté en la tierra regada por el Nilo cuando comienza a bajar su caudal, y allí lo alimentó la suave brisa del Sur y el sol apiadado lo besó con sus rayos… No podía menos que crecer y florecer hermosamente y así lo hizo. Ahora cuando me coloco bajo su sombra me da las gracias con su delicado perfume. Y así como sucede con las rosas, sucede también con los hombres de Israel. ¿En qué otro sitio podrían encontrar la perfección sino en Egipto?

—Moisés fue un caso único entre muchos millones.

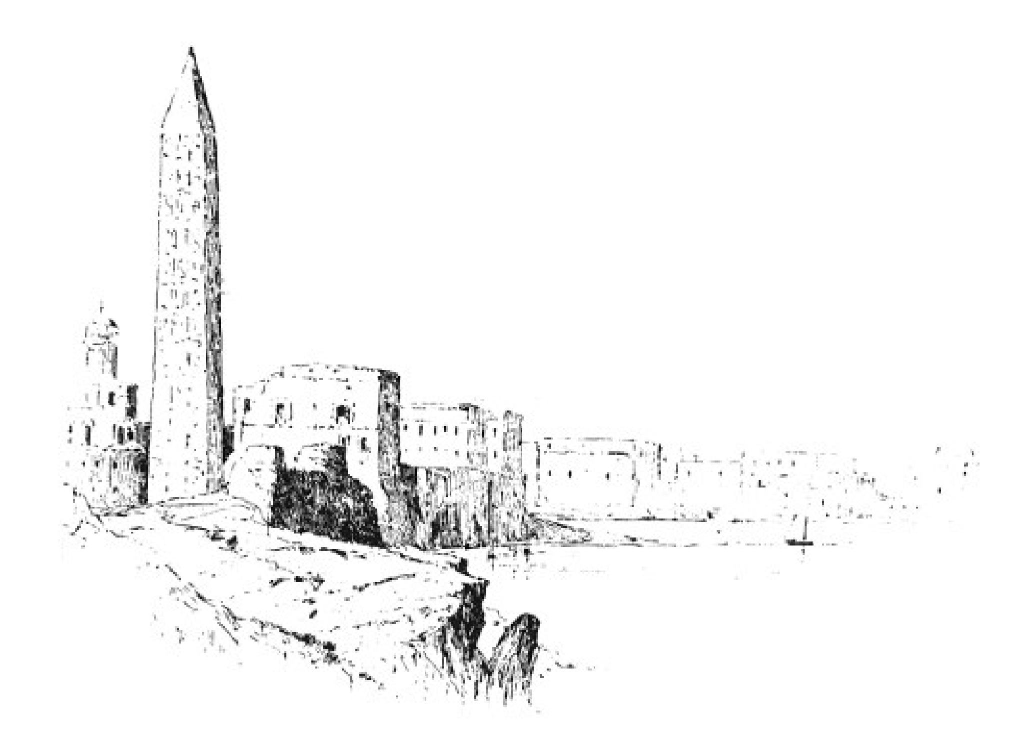
—¿Y aquel hombre que interpretaba los sueños? ¿Te olvidas de él?

—Ya han muerto aquellos faraones bondadosos.

—Así es. Y el río junto al cual habitaron ahora pasa cantando muy cerca de sus tumbas; sin embargo, el mismo sol sigue caldeando el mismo aire para que lo respire la misma gente.

—Pero Alejandría[2] es una ciudad romana.

—Se ha limitado a cambiar de cetros. César apartó de ella el reino de la espada y dejó en su lugar el reino del saber. Acompáñame al Brucheium y te mostraré la escuela de las naciones; a la Biblioteca para que leas a los inmortales; al teatro para que escuches las sagas heroicas de los griegos y los hindúes; al muelle para que constates el desarrollo que ha alcanzado el comercio; desciende luego a las calles conmigo, ¡oh hijo de Arrio!, y cuando los filósofos se hayan marchado, y con ellos los maestros de todas las artes, y todos los dioses se hayan retirado a sus templos con sus adoradores, y no queden del día otra cosa que sus placeres, podrás entonces escuchar las historias que han divertido a los hombres desde el comienzo de los tiempos, y oír las canciones que no han de morir jamás.



Mientras escuchaba, Ben-Hur recordó aquella noche en su perdida casa de Jerusalén, cuando su madre, en un estado similar de poético patriotismo le hablaba de las antiguas glorias de Israel.

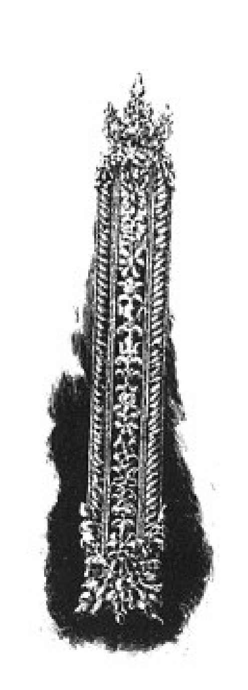
—Ahora comprendo por qué quieres que te llame Egipto. ¿Si te llamo por ese nombre me cantarías una canción? Te oí cantar anoche.

—Era el himno del Nilo —respondió ella—, una tonada que canto cada vez que deseo imaginar la brisa del desierto y el murmullo de mi antiguo y bienamado río…, pero déjame que te cante ahora una creación de la India. Cuando lleguemos a Alejandría te llevaré a una esquina donde podrás escucharla de labios de la hija del Ganges que me la enseñó. Kapila, si no lo sabes, fue uno de los sabios más venerados de la India.

Y, en seguida, del modo más natural, como si fuera parte de la conversación comenzó a cantar.

KAPILA

I



Kapila, Kapila, tan joven y sincero,
Anhelo una gloria como la tuya.
Y en medio de la batalla te pregunto de nuevo,
¿Podré algún día heredar tu valor?

Sentado Kapila sobre su pardo caballo,
Es el héroe más solemne que jamás se vio.
Amaba todas las cosas, y a nada le temió.
Y ahora ese su ejemplo me concede valor.
Una mujer me dio su alma un día,
Para que fuese siempre alma de mi alma;
Me sentí entonces lleno de valor.
Probadlo… probadlo… y veréis.

II

Kapila, Kapila, tan viejo y canoso,
La reina me ha hecho llamar,
Pero antes quisiera que me dijeses
Cómo adquiriste tanta sabiduría.

Se hallaba Kapila a la puerta del templo
Como un sacerdote en traje de ermitaño
Y me dijo: «La fe que me hace sabio,
No me llegó como al resto de los hombres.
Una mujer me dio su alma un día,
Para que fuese siempre el corazón de mi corazón.
Me sentí entonces lleno de sabiduría.
Probadlo… probadlo… y veréis».

Antes de que Ben-Hur tuviera tiempo de dar las gracias por la canción, la quilla raspó la arena del fondo, y un instante después la proa del bote fue a encallar junto a la orilla.

—Un viaje muy corto, ¡oh Egipto! —exclamó el joven.

—¡Y una estancia aún más corta! —replicó ella, al tiempo que el etíope daba un poderoso golpe de remo que los apartaba de la orilla.

—Ahora me dejarás a mí el timón.

—No, no —dijo ella riendo—. Tú te encargas de la cuadriga y yo del bote. No nos hemos alejado mucho del extremo del lago, y ya he aprendido que no deberé cantar más mientras naveguemos. Como ya hemos estado en Egipto, dirijámonos ahora al bosquecillo de Dafne.

—¿Y no habrá ni una sola canción en el camino? —preguntó él, quejumbrosamente.

—Cuéntame algo sobre el romano de quien nos salvaste hoy —le pidió ella.

La petición no agradó en absoluto a Ben-Hur, y en lugar de responder dijo evasivamente:

—Ya quisiera yo que este fuera en verdad el Nilo. Los reyes y las reinas, cansados de dormir durante tanto tiempo, quizás saldrían de sus tumbas y navegarían con nosotros.

—Sus tallas eran colosales, así que hundirían el bote. Sería preferible que viniesen los pigmeos. Pero háblame del romano. Es malvado, ¿verdad?

—No podría decírtelo.

—¿Pertenece a una familia noble y rica?

—No podría hablarte de sus riquezas.

—¡Qué hermosos eran sus caballos! El asiento de su carro era de oro y las ruedas de marfil. ¡Y qué audacia la suya! Cuando se alejó los circunstantes reían, pero habían estado a punto de ser aplastados por sus ruedas.

La egipcia sonrió al recordar la escena.

—No eran más que gentuza —dijo Ben-Hur agriamente.

—Debe ser uno de esos monstruos que según se dice crecen ahora en Roma. Apolos tan voraces como Cerbero[3]. ¿Vive en Antioquía?

—Viene de algún lugar del Oriente.

—Más probablemente Egipto que Siria.

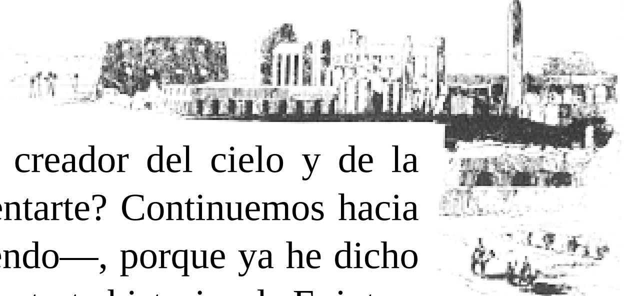
—Lo dudo mucho —dijo Ben-Hur—, ya Cleopatra ha muerto.

En ese momento se hicieron visibles las lámparas que ardían junto a la entrada de la tienda.

—¡El aduar! —anunció ella.

—¡Ah!, entonces no hemos estado en Egipto. No he visto Karnak, Filae ni Abidos. No es esto el Nilo. Tan solo he escuchado una canción de la India y he navegado entre sueños.

—Filae… Karnak[4]… Lamenta más bien no haber visto el Rameseum en Abu Simbel[5], pues al mirarlos se piensa en Dios, creador del cielo y de la tierra. Pero ¿por qué habrías de lamentarte? Continuemos hacia el río, y si no puedo cantar —dijo riendo—, porque ya he dicho que no lo haría, podría sin embargo contarte historias de Egipto.



—Pues adelante —dijo Ben-Hur con vehemencia—. Y si fuese posible no te detengas hasta que llegue la mañana, y luego la tarde, y la mañana siguiente.

—¿Qué historias quieres que te cuente? ¿Sobre los matemáticos?

—¡No, no!

—¿Sobre los filósofos?

—Tampoco.

—¿Sobre magos y genios?

—Si así lo deseas.

—¿Historias de guerra?

—Sí.

—¿Historias de amor?

—Sí.

—Te voy a referir una historia que constituye una buena cura para el amor. Es la historia de una reina y debes escucharla con atención reverente. El papiro del cual fue tomada por los sacerdotes de Filae hubo de ser arrebatado de las manos de la misma heroína. Su elaboración es conecta y la historia debe ser verdadera.



NE-NE-HOFRA

I

No existe paralelismo alguno en la vida de los seres humanos.
No hay una sola vida que transcurra siguiendo una línea recta.

La más perfecta de las vidas se desarrolla en forma de círculo, y termina en el punto que comenzó, de tal modo que resulta imposible decir: este es el comienzo, ese es el final.

Las vidas perfectas son para Dios como tesoros; en las grandes ocasiones adornan el dedo anular de su mano derecha.

II

Ne-ne-hofra habitaba en una casa cercana a Asuán[6], si bien estaba aún más cerca de la primera catarata —de hecho tan cerca, que la eterna batalla entre el río y las rocas formaban parte de los sonidos del lugar.

Día a día Ne-ne-hofra se hacía más bella, hasta que llegó el momento que empezó a decirse de ella lo que se decía de las amapolas del jardín de su padre: ¿Y qué no será cuando florezca?

Cada año que cumplía era como el inicio de una nueva melodía, más encantadora aún que todas las que le habían precedido.

Ne-ne-hofra era producto de una unión entre el Norte, limitado por el mar, y el Sur, limitado por el desierto que se extendía más allá de las montañas de la Luna; recibió del uno la pasión y del otro el genio, de modo que cuando la contemplaban, ambos se echaban a reír diciendo al unísono, aunque sin mala intención, Ella es mía, para añadir en seguida, más generosamente, bueno, es nuestra.

Todas las excelencias de la naturaleza contribuían a la perfección de Ne-ne-hofra, y en su presencia se regocijaban. Dondequiera que fuese, los pájaros batían las alas para saludarla, los vientos indómitos amainaban hasta convertirse en refrescantes brisas, los blancos lotos se erguían desde las profundidades del agua para saludarla, el solemne río olvidaba su prisa para remolonear junto a ella, las palmeras asentían a su paso, agitando los penachos, como si quisieran decir algo… Yo le he dado mi gracia, parecía decir una; yo mi brillo, decía la siguiente; y yo mi pureza, añadía una tercera…, y así cada una reclamaba como herencia suya alguna de las virtudes de Ne-ne-hofra.

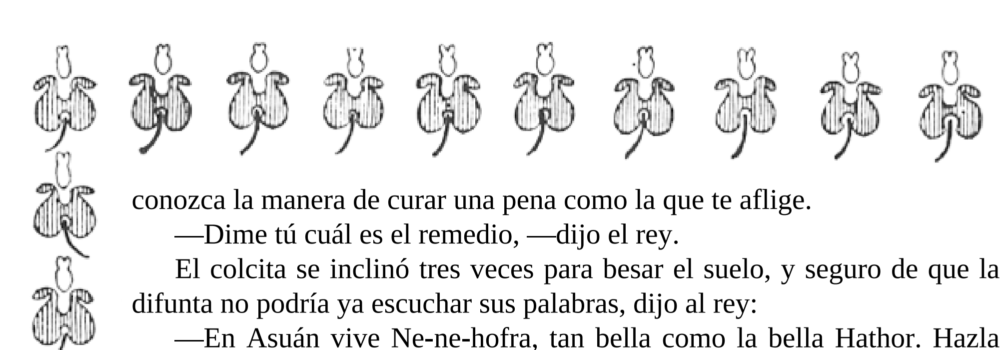
Cuando cumplió doce años, Ne-ne-hofra era la delicia de Asuán; a los dieciséis la fama de su belleza ya era universal, a los veinte no pasaba un día sin que llegara hasta su puerta algún príncipe del desierto, jinete sobre un raudo camello, o algún señor de Egipto a bordo de una dorada nave; luego partirían desconsolados para contar por todas partes: la he visto, y más que una mujer parece la misma diosa Hathor[7].

III

De los trescientos treinta sucesores del buen rey Menes[8], dieciocho de ellos fueron etíopes. Uno de ellos, Oretes, había llegado a los ciento diez años de edad, después de reinar durante setenta y seis. Bajo su mandato había prosperado su pueblo y los campos gozaban de una abundancia que jamás habían conocido. Sabias eran sus acciones, pues tantas cosas habían visto sus ojos, que él sabía lo que convenía hacer en cada caso. Habitaba en Menfis, donde tenía su palacio principal, sus arsenales y los mayores tesoros. Sin embargo, se trasladaba con frecuencia a Butos para hablar con Latona.

Un día murió la esposa del buen rey. Ni siquiera se pudo embalsamar, pues ya era demasiado vieja, pero era tanto su amor por ella que durante días y noches lloró inconsolablemente. Viendo su pena un colcita se atrevió a decirle lo siguiente:

—¡Oh!, Oretes, mucho me sorprende que alguien tan sabio y tan poderoso no

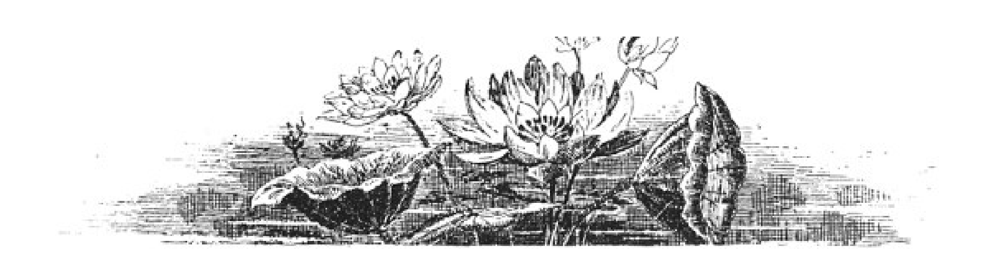


conozca la manera de curar una pena como la que te aflige.

—Dime tú cuál es el remedio, —dijo el rey.

El colcita se inclinó tres veces para besar el suelo, y seguro de que la difunta no podría ya escuchar sus palabras, dijo al rey:

—En Asuán vive Ne-ne-hofra, tan bella como la bella Hathor. Hazla venir. Ha rechazado a muchos señores y muchos príncipes y no sé cuántos reyes, ¿pero cómo podría decir que no a Oretes?



IV

Ne-ne-hofra descendió del Nilo en una barcaza tan suntuosa como no se había visto jamás, escoltada por un ejército entero, que también viajaba en barcazas a cual más fina. Todo Nubia[9] y todo Egipto, así como millares de libios y un buen número de trogloditas[10] y no pocos macrobeos procedentes de una región más allá de las Montañas de la Luna, se apostaron a orillas del río para ver pasar aquel fulgurante cortejo envuelto en perfumadas ráfagas de aromas.

Al desembarcar, la bella joven fue conducida por un sendero bordeado de esfinges y leones alados y presentada ante Oretes, quien estaba sentado en un trono construido especialmente para él junto a un pilón esculpido en el interior de su palacio. El soberano la hizo levantar, le ofreció un sitio a su lado, abrochó el *ureus*[11] en su brazo, le dio un beso y así Ne-ne-hofra pasó a ser reina entre las reinas.

No era aquello suficiente para el sabio Oretes; quería que existiera amor entre ellos y que la reina se sintiera feliz con su amor. La trató entonces con ternura, y le enseñó con esmero sus posesiones, las ciudades, los palacios, los súbditos, sus ejércitos, sus naves, y de su propia mano la condujo hasta la recámara del tesoro y le dijo: «¡Oh, Ne-ne-hofra!, solo tienes que darme un beso de amor y todo será tuyo».

Y pensando que podría ser muy feliz, si no lo era ya, Ne-ne-hofra le dio un beso, y dos y tres… Sí, lo besó tres veces a pesar de los ciento diez años del rey.

El primer año fue feliz y muy corto; el tercer año fue desgraciado y muy largo; se esclarecieron entonces sus sentimientos y comprendió que el amor que había creído

sentir por Oretes no era más que un deslumbramiento por su enorme poder. ¡Mejor habría sido para ella que el deslumbramiento hubiese continuado! Perdió el ánimo por completo, se pasaba las horas llorando, y sus criadas no conseguían recordar la última vez que la habían oído reír; sus rosadas mejillas se veían ahora pálidas y mustias. Ne-ne-hofra languidecía lenta pero inexorablemente. Algunos decían que la perseguían las erinias[12] para castigarla por las crueldades infringidas a uno de sus enamorados; otros decían que era víctima de un dios envidioso de Oretes. Fuese cual fuese la razón de su menoscabo, de nada sirvieron los encantamientos de los magos ni las prescripciones de los médicos. Ne-ne-hofra fue desahuciada.

Oretes eligió para ella una cripta en la tumba de las reinas e hizo venir a Menfis a los mejores escultores y pintores para que trabajasen en diseños aún más exquisitos que los que adornaban las enormes galerías de los reyes muertos.

—¡Oh tú!, mi bella reina, tan bella como la misma Hathor, —dijo un día el rey, cuyos ciento trece años no le habían disminuido el ardor amoroso—; dime, te lo ruego, cuál es el mal que te hace marchitar ante mis propios ojos.

—¿Dejarás de amarme si te lo revelo? —dijo ella, llena de dudas y temores.

—¿Que dejaré de amarte? Te amaré todavía más. Te lo juro por los genios de Amente[13], por el ojo de Osiris, te lo juro por lo que quieras, —le pidió él, y luego gritó, apasionado como un amante, autoritario como un rey—: ¡Habla!

—Escucha entonces —dijo ella—. Hay un anacoreta, el más anciano y el más santo de su orden, que habita en una cueva cerca de Asuán. Su nombre es Menopha. Fue mi maestro y preceptor. Manda llamarlo, ¡oh Oretes!, y él te dirá lo que pretendes saber y te ayudará a encontrar remedio para el mal que me aqueja.

Oretes se levantó alborozado, sintiéndose cien años más joven de espíritu.

V

—¡Habla!, —le dijo Oretes a Menopha cuando lo tuvo ante sí en el palacio de Menfis.

Y Menopha respondió:

—¡Oh rey poderoso entre los poderosos! Si fueseis joven, no respondería a esa pregunta, pues aún valoro en algo mi vida; pero habida cuenta de tu edad me atrevo a decir que la reina, como cualquier mortal, está penando por un crimen.

—¡Un crimen! —exclamó el rey colérico.

Menopha se inclinó en una profunda reverencia.

—Sí; un crimen contra sí misma.

—No estoy de humor para acertijos —dijo el rey.

—Lo que te digo no es un acertijo, como vas a ver muy pronto. He visto crecer a Ne-ne-hofra, y ella me ha confiado siempre sus pensamientos y sentimientos. Por ello sé, entre muchas otras cosas, que amaba al hijo del jardinero de su padre, un joven de nombre Barbec.

Curiosamente el ceño fruncido de Oretes comenzó a disiparse.

—Llegó a ti, ¡oh rey!, con ese amor clavado en su corazón, y de ese amor está muriendo.

—¿Dónde está ahora el hijo del jardinero? —preguntó Oretes.

—En Asuán.

El rey salió del aposento e impartió dos órdenes. A uno de sus asistentes dijo:

—Ve a Asuán y trae aquí a un joven llamado Barbec; le encontrarás en el jardín del padre de la reina.

Luego se dirigió a otro de sus asistentes y le ordenó:

—Reúne trabajadores, ganado y herramientas para construir una isla en el lago Chemmis que esté dotada de un templo, un palacio, un jardín y todo tipo de árboles frutales y toda clase de enredaderas, y que, sin embargo, pueda flotar libremente siguiendo la dirección de los vientos. Todo ello ha de estar dispuesto antes que comience la luna menguante.

Dijo luego a la reina:

—Alégrate. Lo sé todo y he mandado traer a Barbec.

Ne-ne-hofra besó las manos del rey.

—Él será solo para ti, y tú serás solo para él, y durante un año nadie perturbará vuestro amor.

Ne-ne-hofra besó los pies del rey; él la hizo levantar y besó el rostro de la joven. El color rosa volvió a sus mejillas, el escarlata a sus labios y la alegría a su corazón.

VI

Durante un año Ne-ne-hofra y Barbec el jardinero flotaron al antojo de los vientos en la isla de Chemmis, que llegó a ser una de las maravillas del mundo. Jamás había existido un nido de amor más hermoso; en todo ese tiempo no vieron una sola persona, viviendo exclusivamente el uno para el otro. Transcurrido el plazo regresó ella a palacio acompañada de un fastuoso séquito.

—¿A quién amas ahora? —preguntó el rey.

Ne-ne-hofra besó las mejillas del soberano y le dijo:

—Llévame contigo, ¡oh buen rey!, pues estoy curada.

Oretes se echó a reír con una de las risas más sonoras que se recordaban en sus ciento catorce años de vida.

—Entonces es verdad lo que afirmaba Menopha —decía el rey entre carcajadas estrepitosas—, es verdad que el mejor remedio contra el amor es el amor.

—No lo dudes, —dijo ella.

De repente cambió por completo la expresión del rostro del rey y su mirada adquirió un orillo terrible.

—Pues a mí no me lo ha parecido así.

Ne-ne-hofra retrocedió sobrecogida.

—¡Eres culpable! —aseveró el rey—. Oretes, el hombre, puede perdonar tu ofensa, pero la ofensa que has causado al rey ha de ser castigada.

La joven se arrojó a los pies del anciano, implorando clemencia.

—Silencio —gritó él—. Ya has muerto.

Batió palmas y penetró en el recinto un terrible cortejo: una procesión de embalsamadores, cada uno con algún implemento de su repugnante arte.

El rey señaló a Ne-ne-hofra diciendo:

—Está muerta. Realizad cabalmente vuestro trabajo.

VII

Setenta y dos días más tarde, Ne-ne-hofra, la bella, fue cargada hasta la cripta que un año antes había sido elegida para ella, y colocada junto a las reinas que la habían precedido. Sin embargo, no se celebró en honor suyo la ceremonia funeral a través del lago sagrado.

Al llegar al final de la historia, Ben-Hur estaba sentado a los pies de la egipcia, y con su amplia mano cubría la mano que ella tenía sobre el timón.

—Menopha estaba errado —dijo.

—¿Por qué?, —preguntó ella.

—El amor sobrevive con el amor.

—¿Entonces no existe ninguna cura? —preguntó curiosa la egipcia.

—Sí. Oretes encontró la cura.

—¿Cuál es?

—La muerte.

—Sabes escuchar con atención, hijo de Arrio.

Así, entre historias y comentarios fueron pasando las horas. Cuando finalmente volvieron a tierra dijo ella:

—Iremos mañana a la ciudad.

—¿Pero asistirás a los juegos? —preguntó él.

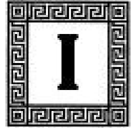
—Por supuesto que sí.

—Te haré saber cuáles son mis colores.

Y fueron esas las últimas palabras que se dijeron antes de separarse.



Capítulo IV
Messala se pone en guardia

lderim regresó al aduar el día siguiente alrededor de la hora tercera. Cuando se disponía a desmontar se acercó a él un hombre al que reconoció como de su tribu y le dijo:

—Jeque, se me ha pedido que te entregue esta misiva con la recomendación de que la leas de inmediato. Si quisieses darle respuesta, son mis instrucciones esperar el tiempo que a bien tengas.

Ilderim miró el envoltorio y se dio cuenta de que el sello ya había sido roto. La dirección rezaba: «Para Valerio Grato en Cesarea».

—Que se los lleve el mismo Abaddón —refunfuñó el jeque al descubrir que la carta estaba escrita en latín.

Si hubiese estado escrita en griego o en árabe, habría podido leerla, pero tal como estaba, lo único que podía identificar era la firma, inscrita con letras más grandes: MESSALA. Centellearon los ojos de Ilderim, y en seguida preguntó:

—¿Dónde está el joven judío?

—En el campo con los caballos —respondió uno de sus hombres.

El jeque volvió a colocar el papiro dentro del sobre, y ocultando el envoltorio bajo el cinturón montó en su caballo. En ese momento apareció un forastero que parecía venir de la ciudad.

—Busco al jeque Ilderim, llamado el Generoso —dijo el forastero.

Su lengua y su manera de vestir indicaban sin lugar a dudas que se trataba de un romano.

El jeque, aunque no sabía leer el latín podía hablarlo, y respondió con dignidad:

—Yo soy el jeque Ilderim.

El forastero bajó la mirada, desconcertado, pero en seguida hizo acopio de fuerzas, levantó los ojos e intentando aparentar serenidad dijo:

—He oído decir que necesitabas un conductor para tu cuadriga en los juegos.

Bajo los bigotes blancos de Ilderim, sus labios se fruncieron desdeñosamente.



—Puedes seguir tu camino —dijo—. Ya tengo conductor.

El jeque dio media vuelta para alejarse, pero el forastero, que no tenía tanta prisa, habló de nuevo.

—Jeque, soy gran admirador de los buenos caballos y he oído decir que los tuyos son los mejores del mundo.

El hombre había tocado el punto más sensible de Ilderim, quien, conmovido por la lisonja, tiró de la rienda como si estuviese a punto de acceder a la petición. Antes de detenerse del todo, empero, replicó:

—Hoy no, hoy no; en cualquier otro momento te los enseñaré, pero ahora estoy demasiado ocupado.

El jeque cabalgó hacia el campo, mientras el forastero regresaba sonriente a la ciudad. Ya había cumplido su misión.

A partir de entonces y hasta la fecha de los juegos, todos los días se presentaba en el Huerto algún hombre, a veces dos o tres, con el supuesto propósito de ser contratados como conductores de la cuadriga del jeque.

De tal manera Messala ejercía una cuidadosa vigilancia sobre Ben-Hur.



Capítulo V
Ilderim y Ben-Hur deliberan

El jeque esperó que Ben-Hur retirase los caballos del campo después de los ejercicios matinales. Se sentía muy satisfecho porque había visto cómo, después de practicar todos los pasos, los cuatro corceles corrían a todo galope sin que pareciese que ninguno era más lento o más veloz que los otros tres. En otras palabras, corrían como si los cuatro formasen un solo cuerpo.

—Jeque, esta tarde te devolveré a Sirio —anunció Ben-Hur palmeando el cuello del noble animal mientras hablaba—. Te lo devolveré y comenzaré a practicar con el carro.

—¿Tan pronto? —preguntó Ilderim.

—Con caballos tan buenos como estos, un día sería suficiente. No sienten temor, poseen la inteligencia de un ser humano y les encanta el ejercicio. Este —explicó, señalando con una rienda al más joven de los cuatro—, Aldebarán, creo que lo llamaste, es el más veloz; en una sola vuelta al estadio sacaría más de tres cuerpos de ventaja a los otros.

Ilderim se mesó la barba y preguntó con ojos chispeantes:

—Aldebarán es el más veloz ¿pero cuál es el más lento?

—Este —dijo Ben-Hur, sacudiendo las riendas de Antares—. Este es el más lento, pero será él quien gane, pues puede correr el día entero, oye bien, el día entero, dando todo lo que puede de sí, y sin embargo al caer el sol, en lugar de fatigarse, alcanzará su mayor velocidad.

—De nuevo tienes razón —reconoció Ilderim.

—Solo tengo un temor, jeque.

El rostro del jeque Ilderim asumió una expresión de extrema gravedad.

—En su avidez por triunfar, un romano no tiene el menor reparo en infringir las reglas del honor. Los trucos que utilizan en los juegos, y en cada una de las competiciones, son innumerables. En las carreras de carros sus bellaquerías no perdonan a nada ni nadie: caballos, conductor y hasta al dueño de la cuadriga. Por tanto, buen jeque, has de tener cuidado con todas tus posesiones. Además, desde ahora y hasta que termine la competición, no permitas que ningún extraño se acerque a los caballos, ni siquiera para



mirarlos. Y para mayor seguridad, ordena que sean vigilados día y noche por hombres armados. Así no tendré dudas sobre el resultado final.

Al llegar a la puerta de la tienda desmontaron y dijo Ilderim:

—Tendré muy en cuenta lo que acabas de decir. Por el esplendor de Dios que solo mis más fieles sirvientes podrán acercarse a ellos. Y esta noche apostaré centinelas. Pero mira esto, hijo de Arrio —añadió entonces, sacando el envoltorio y abriéndolo lentamente mientras avanzaban hacia el diván—. Mira esto y ayúdame con el latín… Toma y lee en voz alta, traduciéndolo a la lengua de tus mayores. El latín es realmente detestable.

Ben-Hur se encontraba de muy buen talante y se dispuso a traducir la misiva alegre y despreocupadamente… Sin embargo, en cuanto leyó el encabezamiento, «De Messala para Grato», se detuvo invadido por una intensa premonición. Ilderim observó su gran agitación, y pasado un momento dijo:

—Pues bien; sigo esperando.

Ben-Hur pidió disculpas, y de nuevo comenzó a leer la misiva, que como ya el lector habrá adivinado, era uno de los duplicados de la carta que con tantas precauciones había enviado Messala a Grato la mañana después de la gran fiesta. Para Ben-Hur el único interés que revestían los párrafos iniciales era comprobar que Messala no había perdido la costumbre de burlarse de todo; pero al llegar a los párrafos donde el remitente pretendía refrescar la memoria de Grato, la voz de Ben-Hur comenzó a temblar, y dos veces tuvo que detenerse para recuperar el control. Y más adelante, tuvo que hacer un esfuerzo supremo para leer aquel párrafo que decía: «Recuerdo, además, que haciendo honor a tu sabiduría, dispusiste lo que habría de ser de la familia de Hur, y que en ese momento ambos supusimos que el plan ideado sería el más efectivo para el propósito que teníamos, es decir, que no se volviese a saber de ellos y que fuesen abandonados a una muerte natural pero inevitable».

Al llegar a ese punto, Ben-Hur fue incapaz de continuar, y cubriéndose el rostro con las manos, dejó caer el papel.

—Han muerto…, han muerto. Me he quedado solo.

El jeque, que había presenciado la escena en silencio, pero acompañando al joven en su dolor, se puso entonces de pie y dijo:

—Hijo de Arrio, soy yo quien debe pedirte disculpas. Lee ese papel a solas. Cuando te sientas lo suficientemente fuerte para traducirme el resto, házmelo saber y entonces regresaré.

Sin esperar más, el jeque Ilderim se levantó y salió de la tienda, y la verdad es que no se le podría haber ocurrido nada mejor.

Ben-Hur se arrojó sobre el diván y dio rienda suelta a sus sentimientos. Cuando consiguió recobrarse un poco, recordó que le faltaba por leer una parte de la carta, y recogiéndola reanudó la lectura. «Muy bien recordarás —proseguía la misiva— lo que hiciste con la madre y la hermana del malhechor; sin embargo, si ahora me dejo llevar por el deseo de saber si aún viven o ya han muerto…».

Ben-Hur se detuvo y leyó otra vez el párrafo, y después una vez más y luego otra, hasta que finalmente rompió en una exclamación:

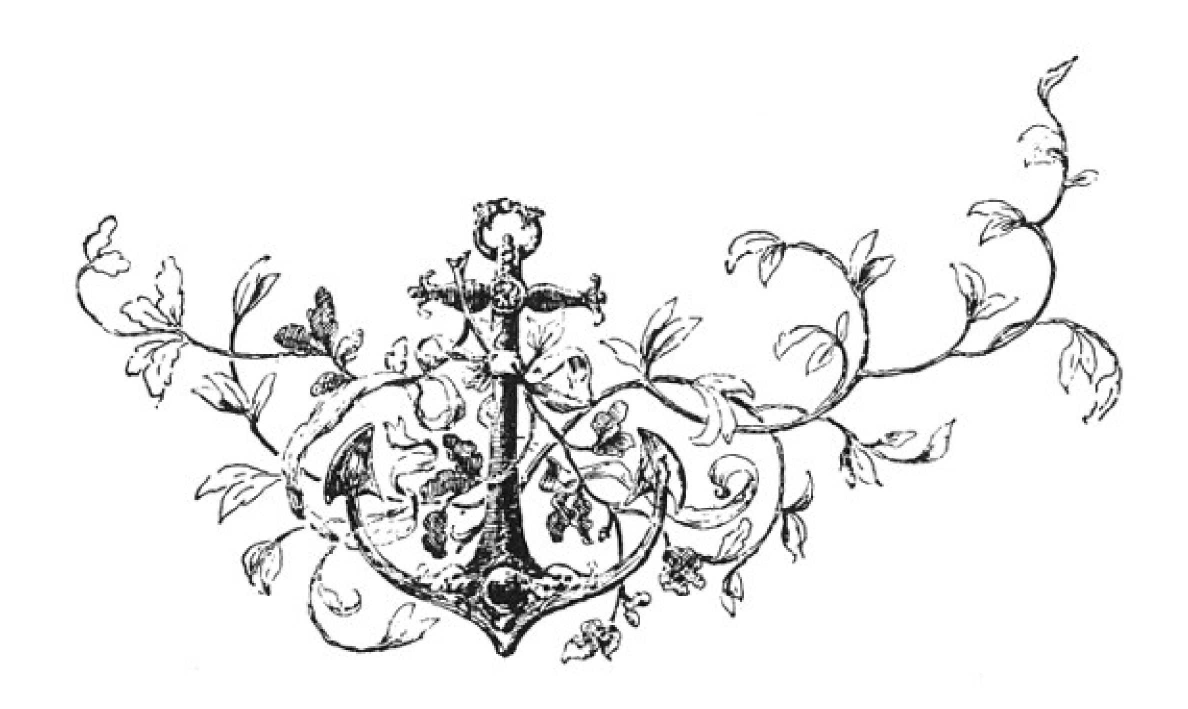
—¡No sabe si han muerto! ¡No lo sabe! ¡Bendito sea el nombre del Señor! Todavía hay esperanza.

Terminó entonces de leer el párrafo, y sintiéndose más fuerte tuvo el valor necesario para terminar la carta.

—No han muerto —se dijo después de reflexionar un instante—; si hubiesen muerto, él ya se habría enterado.

Leyó la carta en su totalidad por segunda vez, con mayor cuidado que la primera, y se sintió aún más seguro de su opinión. Hizo llamar al jeque.

—Al llegar a tu tienda, ¡oh jeque! —dijo cuando estuvieron a solas y el árabe se hubo sentado—, era mi intención no hablar de mí mismo más que lo necesario para asegurarte que tenía la capacidad y el entrenamiento suficiente para que me confiaras tus caballos. Preferí no contarte mi historia. Pero las circunstancias que han hecho que este papel llegue a mis manos y tú me pidas que te lo lea, son tan extrañas que me siento apremiado a contártelo todo. Y es mayor aún mi apremio por hacerlo al enterarme por la misiva misma que ambos estamos amenazados por el mismo enemigo, y que es preciso que hagamos causa común contra él. Te leeré la carta y te daré las explicaciones del caso, y después de ello no te sorprenderá que me hubiese afectado tanto. Si me juzgaste débil o pueril, comprenderás mejor mis razones.



El jeque guardó silencio y escuchó atentamente la traducción de Ben-Hur, hasta que llegó a la sección donde se le nombraba específicamente:

«Ayer vi al judío en el bosquecillo de Dafne —decía el párrafo en cuestión—, y si no se encuentra allí ahora mismo, no puede estar muy lejos, por lo cual me será fácil tenerlo vigilado. De hecho, si me preguntaras dónde está ahora te diría, con gran seguridad, que podría ser encontrado en el antiguo Huerto de las Palmas…».

—¡Ah! —exclamó Ilderim, en un tono de voz que permitía pensar que quizá sentía más sorpresa que indignación.

—«En el antiguo Huerto de las Palmas —repitió Ben-Hur— bajo la tienda del traidor jeque Ilderim…».

—¿Traidor? ¿Traidor yo? —gritó el anciano en el más agudo de sus tonos, retorciéndose la barba y frunciendo los labios lleno de ira, mientras las venas de la frente y el cuello se inflamaban como si estuviesen a punto de explotar.

—Espera todavía un poco, jeque —dijo Ben-Hur con un gesto reprobatorio—. Esa es solo la opinión que Messala tiene de ti. Ahora escucha su amenaza: «bajo la tienda del traidor jeque Ilderim, quien no podrá escapar a nuestra mano dura por mucho más tiempo. No te sorprendas si la primera disposición de Maxencio al llegar aquí es poner al árabe en un barco y despacharlo a Roma».

—¡Despacharme a mí a Roma! ¡A mí, Ilderim, jeque de diez mil jinetes armados de lanzas! ¡A mí a Roma! —gritaba el árabe con los brazos extendidos, los dedos curvados como si fuesen garras, sus ojos tan rutilantes como los de una serpiente—, ¡Dios mío! No y no, ¡por todos los dioses

excepto los romanos! ¿Cuándo habrá de terminar tamaña insolencia? Soy un hombre libre, y libre es la gente de mi tribu; ¿debemos entonces morir como esclavos? Peor aún, ¿acaso tengo que vivir como un perro, arrastrándome a los pies de mi amo? ¿Debo lamer sus manos para disuadirle de que me golpee con el látigo? Así que no me pertenece lo que tengo, no soy siquiera dueño de mí mismo… Tengo incluso que agradecer a los romanos que se me permita respirar. ¡Ah, si volviese a ser joven! ¡Si pudiese quitarme de encima veinte años…, o diez…, o cinco!

Rechinando los dientes y apretando las manos por encima de la cabeza el jeque comenzó a alejarse pero, de repente, bajo el influjo de una nueva idea, regresó precipitadamente al lado de Ben-Hur y le asió del hombro con inusitado vigor.

—Si yo fuese como tú, ¡oh hijo de Arrio!, tan joven, tan fuerte, tan diestro con las armas, y si tuviese un motivo que me incitase de tal modo a la venganza, un motivo como el tuyo, tan poderoso que convierte el odio en algo sagrado… Pero ¡basta de disimulos de tu parte y de la mía! Basta de disimulos, hijo de Hur… Sí; he dicho hijo de Hur…

Al escuchar aquel nombre, Ben-Hur sintió que la sangre se le helaba en las venas y dejaba de correr. Sorprendido, aturdido, se quedó mirando muy fijamente al árabe a los ojos, unos ojos que en ese momento estaban muy cerca de los suyos y despedían un brillo feroz.

—Hijo de Hur, te digo, si yo fuese como tú, y hubiese sufrido la mitad de las afrentas que tú has sufrido y debiese encarar recuerdos tan dolorosos como los tuyos, sería incapaz de quedarme quieto —decía el anciano atropelladamente, sin tomar pausas, como un torrente desbordado—. A todos los motivos de queja que tengo, añadiría los del resto del mundo, y me consagraría por completo a la venganza. Iría de un sitio a otro encendiendo entre las gentes las llamas de la rebelión. No faltaría en una sola de las guerras por la libertad que se desatasen, ni dejaría de participar en una sola de las batallas contra Roma. Me haría incluso parto, si no tuviese otra alternativa. Aunque los hombres me defraudasen, ¡por el esplendor de Dios que no abandonaría el esfuerzo! Podría aliarme con los lobos y trabar amistad con tigres y leones, si tuviese la esperanza de poder reclutarlos contra el enemigo común. Estaría dispuesto a usar todas las armas. Me regodearía en el asesinato si mis víctimas fuesen romanas. Ni daría ni pediría cuartel. ¡A la hoguera con todo lo romano! ¡A pasar por la espada todo hijo de romano! Por las noches rogaría a los dioses, tanto a los bondadosos como a los malvados, que me permitiesen usar sus particulares medios para mantener a raya a los

humanos: tempestades, sequías, olas de calor y de frío, los innombrables venenos que dejan sueltos en el aire y mil cosas más que llevan a los hombres a la muerte… No; en tu caso yo no podría dormir tranquilo; yo… yo…



El jeque, jadeante, ahogado, se vio obligado a detenerse, aunque aún en silencio seguía retorciéndose las manos. Pero a decir verdad, de toda aquella apasionada andanada, a Ben-Hur solo le quedó la vaga impresión de unos ojos febriles, una voz penetrante y una ira demasiado intensa para permitir una expresión coherente.

Por primera vez en muchos años, el desventurado joven había sido llamado por su verdadero nombre. Un hombre, al menos, sabía quién era, y lo aceptaba sin exigirle que diera pruebas de su identidad. ¡Y ese hombre era un árabe recién salido del desierto!

¿Cómo había sabido ese hombre quién era él? ¿La carta? No. La carta hablaba de las crueldades que su familia había sufrido, y contaba la historia de sus propias desgracias, pero no afirmaba que el hijo de Arrio fuese la víctima que hubiese escapado de una terrible desgracia. Y eso era precisamente lo que se disponía a explicar al jeque después de la lectura, tal como había prometido. Era intensa la emoción que le embargaba al haber recobrado la esperanza de encontrar con vida a su madre y su hermana, y no obstante su aspecto exterior era sereno.

—Buen jeque, cuéntame, ¿cómo te hiciste con esta carta?

—Mi gente guarda los caminos entre las ciudades —contestó Ilderim bruscamente—. Se la quitaron a un correo.

—¿Se sabe que son gente tuya?

—No. Todo el mundo cree que son ladrones, a quienes yo deberé capturar y pasar por las armas.

—Otra cosa, jeque. Me has llamado hijo de Hur, y así es en efecto. Pensé que en todo el ancho mundo no lo sabía nadie. ¿Cómo llegó a tus oídos esa información?

Ilderim vaciló un instante, pero sobreponiéndose respondió:

—Sé quién eres, pero no estoy en libertad de revelarte nada más.

—¿Te lo ha prohibido alguien?

El jeque cenó la boca con fuerza, como si quisiera clausurarla por el momento y dio un par de pasos para alejarse, pero al mirar de reojo y observar la desilusión que se apoderaba de Ben-Hur, volvió a su lado y le dijo:

—Por el momento no hablemos más del asunto. Debo ir a la ciudad. Es posible que cuando regrese pueda desvelarte todo. Dame la carta.

Ilderim enrolló el papiro cuidadosamente y lo colocó de nuevo en el envoltorio.

—¿Qué me dices? —preguntó, mientras esperaba que le trajeran su caballo y se presentaran sus acompañantes—. Ya he dicho yo lo que haría si estuviese en tu lugar, pero tú nada has respondido.



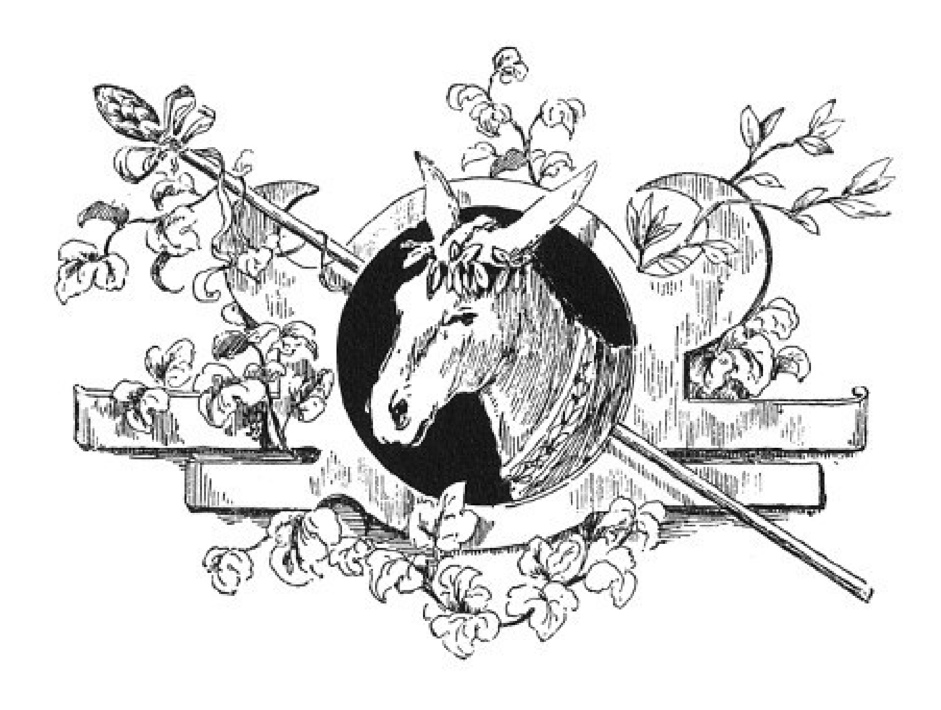
—Tenía la intención de responder a tu pregunta, jeque, y lo haré —la expresión y la voz de Ben-Hur habían cambiado perceptiblemente—. Me propongo hacer todo lo que tú has dicho, al menos todo aquello de lo cual un solo hombre puede ser capaz. Hace ya mucho tiempo que he consagrado mi vida a la venganza; cada día y cada hora durante los últimos cinco años el anhelo de venganza ha estado siempre presente en mí, sin concederme jamás el menor respiro. No he experimentado los placeres de la juventud ni he disfrutado en Roma de una vida fácil. Quería que la misma Roma me preparara para mi venganza, y por ello recurrí a los más célebres maestros e instructores… no de retórica y filosofía, pues ciertamente no tenía tiempo para ellos. Mi deseo era adiestrarme en las artes esenciales para el guerrero. Me hice amigo de los gladiadores y los triunfadores en las competiciones del Circo, y fueron ellos mis maestros. Los

encargados de dirigir los ejercicios en los campamentos también me aceptaron como alumno, y con el tiempo llegaron a sentirse orgullosos con mis progresos. Yo soy soldado, jeque, pero las cosas que aspiraba hacer exigían que fuese también capitán. Esa es la razón por la cual me he alistado en la campaña contra los partos, pero cuando finalice esa misión, y si el Señor conserva mi vida y mis fuerzas, entonces… —levantó los puños y agregó con vehemencia—. ¡Entonces seré un enemigo de Roma que ella misma habrá adiestrado en todos los campos! Roma habrá de pagar con la vida de sus guerreros las calamidades que ha provocado. Esa es mi respuesta, jeque.

Ilderim apoyó una mano sobre el hombro de Ben-Hur y lo besó afectuosamente en el rostro, afirmando con ardor:

—Si tu Dios no te presta ayuda, hijo de Hur, únicamente podrá significar que ha dejado de existir. Yo te ofrezco lo siguiente… o mejor te lo prometo, si así lo prefieres. Puedes contar con mis manos, y con todo lo que de mí depende: hombres, caballos, camellos y la vasta extensión del desierto para que hagas tus preparativos. ¡Lo juro…! Basta por ahora. Antes de la noche nos volveremos a ver o tendrás noticias mías.

El jeque se volvió bruscamente y un instante después estaba ya en camino hacia la ciudad.

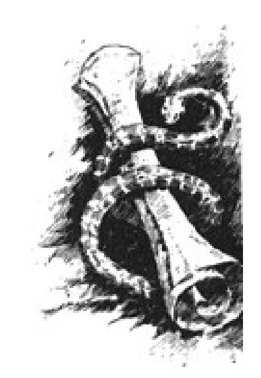


Capítulo VI

Adiestrando los caballos de Ilderim

La misiva interceptada confirmaba varios puntos de particular interés para Ben-Hur. Equivalía a una confesión de que quien la enviaba había participado en el intento por deshacerse criminalmente de su familia, que había aprobado el plan ideado por mentes igualmente despiadadas, que había recibido una buena parte de la fortuna confiscada —de la cual continuaba disfrutando—, que temía la aparición inesperada de aquel a quien se complacía en llamar el principal culpable y malhechor —y de hecho contemplaba esa posibilidad como una gran amenaza—, que estaba dispuesto a tomar medidas para garantizar su seguridad en el futuro, y que no vacilaría en seguir las instrucciones, fuesen las que fuesen, de su cómplice en Cesarea.

Para Ben-Hur esa carta, en la cual él era el tema principal, representaba no solo una confesión de culpabilidad, sino también una advertencia de los riesgos que le acechaban.



Así pues, cuando Ilderim salió de la tienda, Ben-Hur tenía numerosos motivos de reflexión, algunos de los cuales exigían una acción inmediata. Sus enemigos se contaban entre los más poderosos, y también los más mañosos, que podía encontrar en todo el Oriente. Si ellos sentían miedo de Ben-Hur, él por su parte tenía muchas mayores razones para temerlos. El joven judío hacía lo posible por poner en orden sus ideas, pero sus esfuerzos resultaban infructuosos y a cada instante se veía desbordado por sus propios sentimientos. Indescriptible era la alegría que experimentaba al saber que su madre y su hermana estaban vivas, y poco le importaba que se tratase de una simple deducción a partir de lo que decía la carta. Después de haber perdido prácticamente toda esperanza de encontrarlas, el solo hecho de saber que existía una persona que podría decirle dónde estaban adquiría para él nuevos significados, y por momentos le parecía que el reencuentro estaba cercano. Pero en el fondo de todo ello, más allá de las circunstancias presentes, Ben-Hur tenía la intuición supersticiosa que Dios estaba a punto de intervenir a su favor, y que fundándose en esa fe debería permanecer firme.



Volvían también a su mente las palabras de Ilderim y se preguntaba dónde habría obtenido el árabe información sobre él y su pasado… Pensaba que de ninguna manera podría haber sido Malluch y que Simónides permanecía mudo, pues no le interesaba que se conociese el verdadero origen de Ben-Hur. ¿Pero entonces quién? ¿Podría haber sido Messala el informante? No, no; para él y los suyos resultaba arriesgado que se divulgasen tales hechos. Todas las conjeturas eran vanas, pero cada vez que se veía obligado a rechazar una nueva posibilidad, se consolaba pensando que quienquiera que fuese la persona que tenía ese conocimiento, debía ser un amigo, y como tal habría de revelarse llegado el momento oportuno. Era entonces cuestión de esperar un poco más, de tener un poco más de paciencia. Cabía la posibilidad de que la diligencia que ocupaba al jeque en ese momento fuese precisamente la de encontrarse con aquella persona, y que la carta interceptada precipitase la revelación de su identidad.

Pero cada vez que Ben-Hur pensaba que a partir de ese momento podría esperar con mayor calma y paciencia el desarrollo de los acontecimientos, su conciencia se interponía diciéndole que seguramente Tirzah y su madre seguían sufriendo la larga y cruel separación sin el alivio de una esperanza tan poderosa como la que ahora él albergaba.

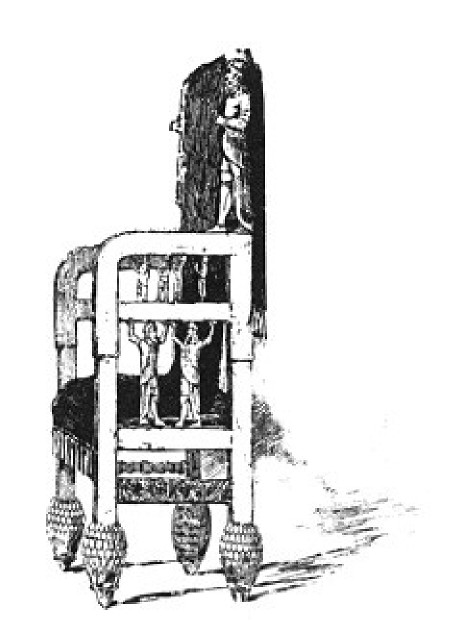
Tratando de escapar de las recriminaciones que así mismo se hacía por haberse concedido esos instantes de flaqueza, salió a pasear por el Huerto, deteniéndose junto a los recolectores de dátiles que, aunque ocupados en su faena se concedían el tiempo para hablar con él y ofrecerle frutos. Al despedirse de ellos, Ben-Hur se sentó a la sombra de unos árboles para observar a los pájaros que anidaban en los alrededores o escuchar a las abejas que llenaban el aire con la música de sus batientes alas.

Fue junto al lago, sin embargo, donde el joven se detuvo más extensamente absorto en ciertos recuerdos… Al contemplar la resplandeciente y rizada superficie del agua, plena de vitalidad y de sensualidad, no podía evitar pensar en la egipcia y en su maravillosa belleza, y recordar el dulce paseo en barcaza por el lago, que había resultado aún más encantador por sus canciones y relatos. Tampoco podía olvidar sus ademanes subyugantes, la claridad de su risa, su mirada atenta cuando él hablaba, la calidez de aquella pequeña mano con la que asía el timón… Un instante después, y por natural

asociación, su pensamiento pasó de ella a Baltazar y los extraños acontecimientos de los cuales había sido testigo, y que no se podían explicar por ninguna ley de la naturaleza, y con la misma facilidad pasó de Baltazar al Rey de los Judíos, cuyo advenimiento el buen anciano esperaba con incomparable fe y paciencia. Y allí se detuvo su mente, pues las promesas que rodeaban la venida de aquel extraño personaje tenían el poder suficiente para hacerle dejar de lado, por el momento, todas sus otras dudas e inquietudes. Tal vez porque no hay nada más fácil que negar las ideas que no se corresponden con nuestros deseos, Ben-Hur rechazaba la definición que daba Baltazar del reino que aquel Rey habría de establecer. Si bien la idea de un reino de almas no resultaba inconcebible para su fe de saduceo, le parecía una abstracción demasiado hermosa y etérea. Un reino judío, por el contrario, se le aparecía como una idea concreta y comprensible; un reino semejante había existido, y aunque solo fuese por esa razón, bien podría volver a existir. Además, la idea de un reino más poderoso, con un dominio más extenso y con un esplendor mucho mayor que el antiguo, alentaba su orgullo patriótico; y la esperanza de un Rey más sabio y más grande que Salomón, a quien podría servir y con cuyo concurso podría alcanzar la venganza anhelada, correspondía mucho mejor a sus propósitos. Sumido en tales divagaciones, regresó Ben-Hur al aduar.

Terminada la comida de mediodía y deseando mantenerse ocupado, Ben-Hur hizo que sacaran el carro para examinarlo minuciosa y exhaustivamente. Ni un solo punto, ni un solo detalle escapó a su escrutinio. Con un placer enorme, como bien se comprenderá más adelante, comprobó que se trataba de un modelo griego, en su opinión preferible en muchos aspectos al romano: tenía mayor distancia entre las ruedas, era más bajo y más fuerte, y en cuanto a la desventaja que significaba tener mayor peso, sería compensada con creces por la mayor resistencia de los corceles árabes de Ilderim. En términos generales, las cuadrigas romanas eran construidas casi exclusivamente para participar en las competiciones, sacrificando la seguridad a la belleza, y la durabilidad a la gracia efímera, mientras que las de Aquiles[1] y «el rey de hombres», diseñadas para la guerra y para actuar en las circunstancias más extremas,

seguían contando con las preferencias de aquellos que competían por las coronas en los juegos de Istmia[2] o de Olimpia.



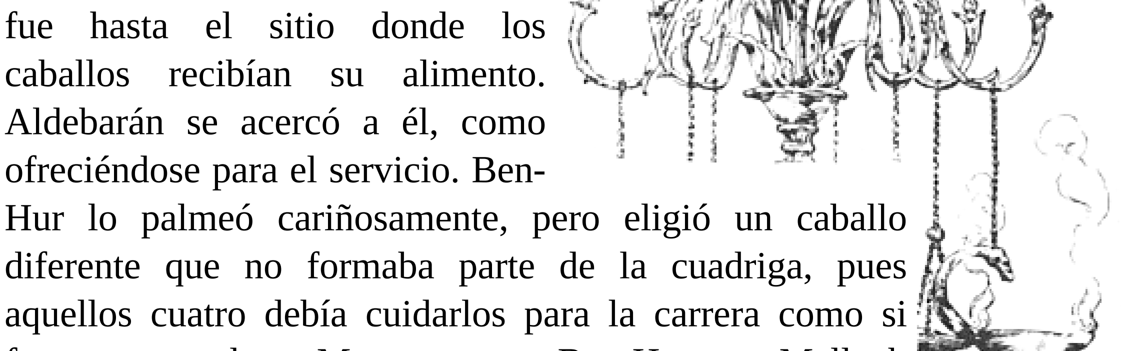
Después de la inspección, Ben-Hur mandó traer los caballos y, enganchándolos a la cuadriga, los condujo al campo de entrenamientos, donde dedicó varias horas a los ejercicios para acostumbrarlos al yugo. Cuando salió del campo, ya avanzada la tarde, sentía el espíritu renovado y firme la determinación de posponer cualquier medida relacionada con Messala hasta después de la carrera. No podía negarse el placer de enfrentar a su enemigo bajo los ojos atentos del Oriente. Tal era su fijación que ni siquiera le cruzaba por el pensamiento que intervendrían otros competidores. Confiado en su destreza y en el poderío de los caballos de Ilderim tenía absoluta confianza en salir vencedor.

—Mejor que Messala no se haga muchas esperanzas, ¿verdad Antares? ¿Tú qué dices, Aldebarán? ¡Estarás de acuerdo, fiel Rigel! Y tú, Altair, rey de los corceles veloces, ¿no crees que debería temernos? —decía, conversando con los caballos durante los ratos de descanso, como si se dirigiese a sus hermanos menores.

Al caer la noche Ben-Hur se sentó junto a la tienda a esperar a Ilderim, quien todavía no había regresado de la ciudad; a pesar de la tardanza no se sentía enfadado ni impaciente. No dudaba de la palabra del jeque, y ya fuese por el excelente comportamiento de los caballos durante el entrenamiento de la tarde, o al alivio que depara un buen baño de agua fría después de un arduo ejercicio físico, o a la magnífica cena que había devorado con gran apetito, o a la reacción natural —por bondadosa provisión de la naturaleza— que sucede a un estado depresivo, el joven se encontraba en un excelente estado de ánimo. Tenía la sensación de que en adelante la Providencia dejaría de tratarlo como a un enemigo.

Largo rato después escuchó el sonido de cascos que se acercaban rápidamente y alcanzó a distinguir la figura de Malluch.

—Hijo de Arrio —dijo Malluch alegremente después de las acostumbradas reverencias—. Te saludo en nombre del jeque Ilderim, quien te pide que hagas traer un caballo y te dirijas a la ciudad, donde él te está esperando.



Sin hacer preguntas, Ben-Hur fue hasta el sitio donde los caballos recibían su alimento. Aldebarán se acercó a él, como ofreciéndose para el servicio. Ben-Hur lo palmeó cariñosamente, pero eligió un caballo diferente que no formaba parte de la cuadriga, pues aquellos cuatro debía cuidarlos para la carrera como si fuesen sagrados. Muy pronto Ben-Hur y Malluch estuvieron en camino, cabalgando rauda y silenciosamente.

Poco antes de llegar al puente de Seleucia, cruzaron el río en un transbordador, tomaron otro transbordador para así entrar a la ciudad desde el Oeste. El desvío fue largo, pero Ben-Hur no puso reparos, sabiendo que había buenas razones para adoptar tales precauciones.

Cabalgaron hasta el embarcadero de Simónides y se detuvieron enfrente del enorme depósito del mercader.

—Hemos llegado —dijo Malluch—; desciende.

Ben-Hur reconoció el sitio y preguntó algo sorprendido:

—¿Dónde está el jeque?

—Ven conmigo; te indicaré el camino —dijo Malluch.

Un centinela se llevó los caballos, y antes de que tuvieran tiempo de pensar en lo que ocurría, se encontró de nuevo enfrente de la puerta de aquella casa pequeña superpuesta sobre otra mayor, escuchando aquella voz que bien recordaba:

—Entra en nombre del Señor.

Capítulo VII
Simónides rinde cuentas

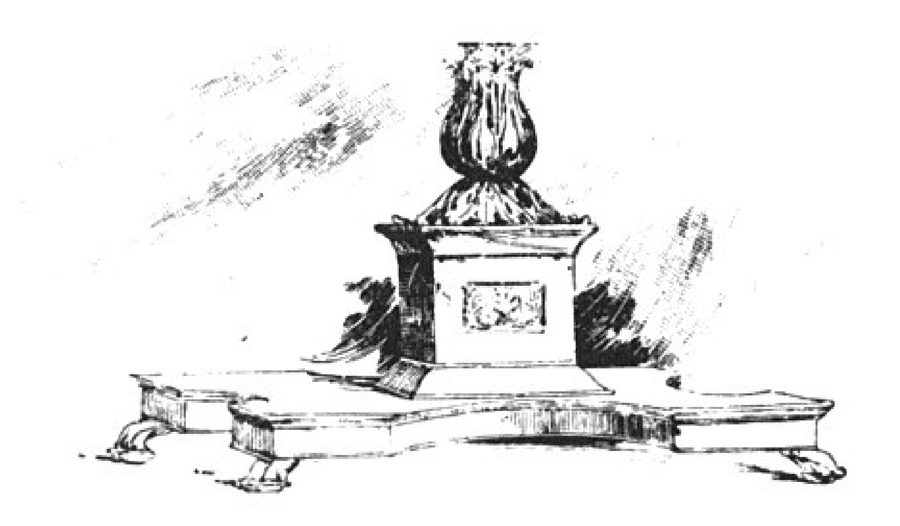
Malluch se detuvo al llegar a la puerta; Ben-Hur entró solo.

El aposento, el mismo en el cual se entrevistara con Simónides la primera vez, permanecía exactamente igual, excepto por una larga y sólida varilla de bronce erigida sobre un amplio pedestal de madera que se encontraba ahora junto a la poltrona, y que sostenía lámparas de plata. En ese momento todas las lámparas estaban encendidas y bajo su resplandor se observaban con toda nitidez los paneles de las paredes, la cornisa con su hilera de esferas doradas y la cúpula, revestida de un cristal de mica color violeta de tono opaco.

Ben-Hur dio solo un par de pasos y se detuvo… En el centro del aposento se encontraban tres personajes que lo miraban fijamente: Simónides, Ilderim y Esther. Velozmente paseó su mirada de uno a otro, como si quisiera encontrar respuesta a la pregunta que empezaba a formarse en su mente: ¿Por qué razón se habrán reunido estos tres a esperarme? Hizo un esfuerzo por calmarse, por conservar su sangre fría, pues sabía que tenía que mantenerse alerta, pero casi en seguida una nueva e insistente pregunta se abrió paso en su interior: ¿Se trataba de un grupo de amigos o de enemigos?

Finalmente sus ojos se posaron en Esther.

Tanto Simónides como Ilderim lo miraban con simpatía; en los ojos de Esther, empero, se leía algo más que simpatía, algo que era demasiado espiritual para ser susceptible de definición, pero que de todos modos fue adentrándose profundamente en la conciencia de Ben-Hur.



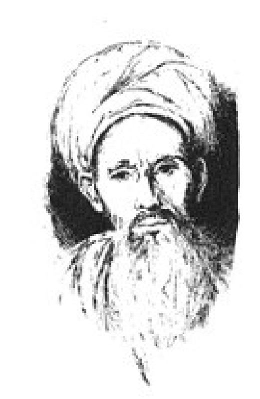
¿Deberíamos decirlo, amable lector?… En el interior del joven iba tomando forma una comparación entre la sensual egipcia y esta delicada judía; la percepción, sin embargo, duró solo un instante, y como suele ocurrir con esas comparaciones, se desvaneció sin haber alcanzado una conclusión.

—Hijo de Hur…

El recién llegado se volvió hacia quien hablaba.

—Hijo de Hur —dijo Simónides, repitiendo lentamente el saludo y con marcado énfasis, como si quisiera recalcar todo su significado ante quien estaba más interesado en escucharlo—; recibe la paz del Señor Dios de nuestros padres, recíbela de mí… De mí y de los míos.

Simónides se sentó en el sillón y Ben-Hur se quedó mirando, inquisitivamente a aquel anciano de cabeza soberbia, rostro demacrado y aire tan imponente que, bajo su influjo los visitantes olvidaban los miembros quebrantados y el cuerpo deforme del israelita. Bajo sus espesas cejas blancas, los ojos profundos de Simónides devolvían la mirada del joven con expresión atenta, mas no severa.



El significado y las implicaciones del saludo no permitían equívoco alguno y Ben-Hur respondió conmovido:

—Simónides, la santa paz que me ofreces es aceptada. Yo también te doy la paz como si fuese de hijo a padre. Creo entonces que debería existir entre tú y yo una armonía perfecta, y procurar que quede todo claro entre nosotros.

Así, con suma delicadeza, trataba Ben-Hur de deponer la sumisión a la que estaría obligado el mercader, y de substituir la relación entre señor y siervo por otra más elevada, más sagrada.

Simónides dejó caer los brazos, y volviéndose hacia Esther dijo:

—Un asiento para el amo, hija.

La joven se apresuró a traer un taburete, y con el rostro encendido se quedó de pie junto a Ben-Hur, mirando alternativamente al joven y a su padre, que seguían esperando, sin atreverse a tomar la iniciativa respecto a la ubicación de Ben-Hur en el aposento, lo cual equivaldría a una demostración de superioridad. Al cabo de unos segundos, cuando la pausa comenzaba a ser embarazosa, Ben-Hur se acercó a Esther, gentilmente retiró el taburete de sus manos y lo fue a colocar a los pies del sillón del mercader.

—Me sentaré aquí —dijo.

En ese momento sus ojos se cruzaron con los de la joven; fue solo un instante, pero ambos se sintieron reconfortados: Ben-Hur al constatar la expresión de gratitud en ella, y Esther al leer en el semblante del joven la extensión de su indulgencia y generosidad.

Simónides inclinó la cabeza en reconocimiento.

—Esther, hija, tráeme el documento —dijo con un suspiro de alivio.

Ella se aproximó a uno de los estantes en la pared, extrajo un rollo de papiros y lo entregó a su padre.

—Has dicho bien, hijo de Hur —dijo Simónides mientras desenvolvía los papiros—. Todo debe quedar claro entre nosotros. Anticipándome a esa petición, que de todas maneras yo habría mencionado de no haberlo hecho tú, tengo aquí una declaración que contempla todo lo necesario para aclarar las cosas. A mi parecer hay dos puntos esenciales: los bienes de tu propiedad que están en mi poder y el vínculo entre nosotros. El documento es explícito en ambas cuestiones; ¿quieres leerlo ahora?

—No te preocupes por la presencia del jeque —dijo Simónides—. La relación que se hace, como habrás de ver, requiere un testigo, y al llegar al final, en el sitio donde se debe certificar, encontrarás escrito: «Ilderim, jeque». Él está al corriente de todo, y además es tu amigo; en el futuro ha de ser para ti todo lo que ha sido para mí hasta la fecha.

Simónides miró hacia el árabe mientras asentía benignamente, y este, con grave semblante, asintió a su vez y dijo:

—Tú lo has dicho.

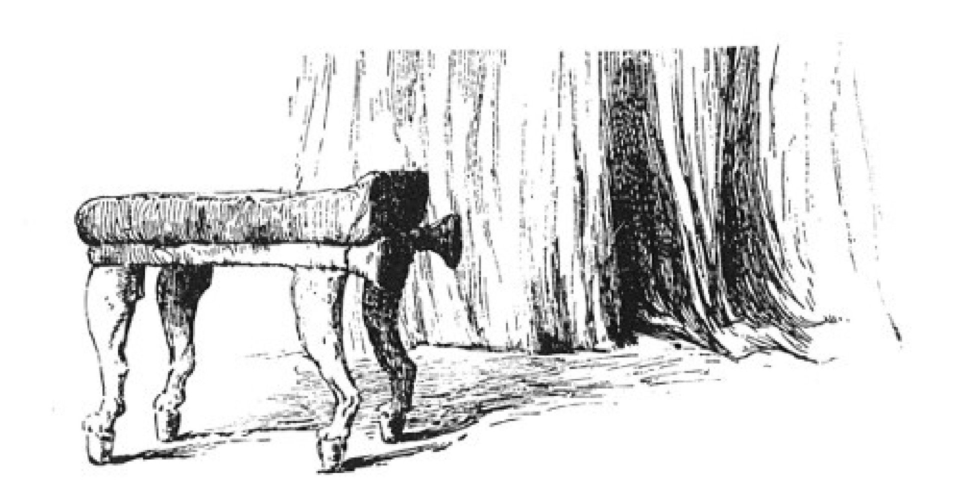
—Yo conozco la excelencia de su amistad —dijo Ben-Hur— y espero demostrar que soy digno de ella. Más adelante, ¡oh Simónides!, leeré

cuidadosamente los documentos; por el momento quédate con ellos, y si no es pedir demasiado, dime qué es lo principal.

Simónides recibió los papiros y dijo:

—Ven aquí, Esther, quédate a mi lado y ve cogiendo las hojas para que no se vayan a confundir.

La joven se colocó junto al sillón de su padre y dejó que su brazo derecho colgara suavemente desde los hombros del anciano, de manera que cuando él empezó a hablar parecía que se disponían a rendir cuentas conjuntamente.



—Esto —dijo Simónides, indicando una de las hojas de papiro—, muestra el dinero de tu padre que logré salvar de manos de los romanos; no fue posible salvar ninguna de las propiedades, únicamente el dinero, e incluso el dinero mismo hubiese quedado en manos de los ladrones de no haber sido por nuestra costumbre judía de utilizar letras de cambio. La suma que salvé, después de retirar el dinero así depositado en Roma, Alejandría, Damasco, Cartago, Valencia y otros puntos de intercambio mercantil fue de ciento veinte talentos en moneda judía.

Pasó Esther esa hoja y tomó la siguiente.

—Me encargué entonces de esa suma, ciento veinte talentos, y ahora te mostraré mis créditos. Como verás, utilizo esa palabra para referirme a los beneficios obtenidos por el uso de ese dinero.

Después de examinar las entradas en diversas hojas y omitiendo las fracciones, la suma fue la siguiente:

ACTIVO

En barcos…………………………………………	60	talentos
Mercancía almacenada…………………………	110	»
Cargamento en tránsito…………………………	75	»

Camellos, caballos y otros animales…………	20	»
Edificios de almacenaje…………………………	10	»
Cuentas por cobrar………………………………	54	»
Dinero en efectivo o de liquidez inmediata……	224	»
Total………………………………………	553	»

—A esta cantidad —dijo Simónides a Ben-Hur —, a estos quinientos cincuenta y tres talentos de ganancias, añade el capital original que recibí de tu padre, y tendrás entonces ¡seiscientos setenta y tres talentos!…, todos tuyos, lo cual te convierte, ¡oh hijo de Hur!, en el hombre más rico del mundo.

El anciano tomó los papiros de manos de Esther y, quedándose con uno de ellos, enrolló el resto y los entregó a Ben-Hur. El orgullo que denotaban sus ademanes no resultaba ofensivo; indicaba más bien satisfacción por un trabajo bien hecho.

—No hay nada ahora —dijo el anciano bajando la voz pero no los ojos—, que no te sea posible hacer con todo este dinero.

Todos los presentes estaban absortos por la importancia de lo que estaba ocurriendo. Simónides, pensativo, de nuevo se cruzó de brazos; Esther se veía inquieta, Ilderim nervioso. Y en cuanto a Ben-Hur, hay que recordar que no hay momento más idóneo para poner a prueba la madera de la que está hecho un hombre que cuando acaba de recibir un enorme golpe de fortuna.

Tratando de dominar su intensa emoción, Ben-Hur aceptó el rollo y se puso de pie.

—Todo esto es para mí como una luz que me llega del cielo, enviada para apartar la noche que me envolvía, una noche tan larga que he temido que nunca terminara, y tan oscura que perdía la esperanza de poder ver con claridad una vez más —dijo Ben-Hur con voz ronca—. Doy gracias en primer lugar a Dios, que no me ha abandonado, y luego a ti, ¡oh Simónides! La fidelidad que has demostrado compensa con creces la crueldad de tantos otros, y me devuelve la confianza en el género humano. No hay nada ahora que no me sea posible hacer, has dicho. Que así sea. En este momento no quisiera ser menos generoso que cualquier otro hombre que recibiera tan gran privilegio. Te pido que seas mi testigo, jeque Ilderim. Escucha con atención

las palabras que voy a decir; escucha y recuerda. Y tú, Esther, ángel guardián de este buen hombre, escúchame también tú.

Extendió a Simónides la mano en la que tenía el rollo de papiros.



—La cosas que mencionan estos documentos, todas ellas, barcos, casas, bienes, camellos, caballos, dinero, desde la más insignificante hasta la más valiosa, te devuelvo a ti, ¡oh Simónides!, para que sean tuyas y solo tuyas desde ahora y para siempre.

Esther sonreía, su mirada empañada por las lágrimas; Ilderim se mesaba la barba con veloces y compulsivos movimientos, sus ojos resplandecientes como abalorios de azabache. Solo Simónides permanecía tranquilo.

—Tuyos y solo tuyos para siempre —repitió Ben-Hur, que ya había logrado controlar su gran emoción—, con una sola excepción y bajo una condición.

Los presentes contuvieron el aliento a la espera de lo que diría el joven.

—Deberás devolverme los ciento veinte talentos que pertenecían a mi padre.

El rostro de Ilderim se iluminó visiblemente.

—También habrás de unirte a mí para buscar a mi madre y a mi hermana, poniendo a disposición de tal empresa todo lo que sea necesario de tu fortuna, del mismo modo que yo lo haré con todo lo que poseo.

Simónides, muy conmovido, extendió una mano y dijo:

—Me doy cuenta de tu temple, hijo de Hur, y doy gracias al Señor por permitir que llegues a mí tal como eres. Si serví fielmente a tu padre mientras vivió, y desde el día de su muerte he sido fiel a su memoria y a sus intereses, no debes temer que te falle a ti. Debo decir, empero, que no sería procedente la excepción que mencionas.

Acto seguido mostró la hoja que había reservado y dijo:

—Aún no están completas las cuentas entre nosotros. Lee esto…, léelo en voz alta.

Así lo hizo Ben-Hur y leyó lo siguiente:

Relación de los siervos de la casa de Hur, presentada por Simónides, administrador de los bienes.

1. Amrah, egipcia, encargada de cuidar el palacio de Jerusalén.
2. Simónides, mayordomo, residente en Antioquía.
3. Esther, hija de Simónides.

Ahora bien, ni una sola vez al pensar en Simónides a Ben-Hur se le había ocurrido considerar que de acuerdo con la Ley la hija heredaba la condición de siervo que tenía el padre. Cuando cruzaba por su mente, aquella joven de dulce rostro aparecía siempre como rival de la egipcia, y una mujer de quien Ben-Hur podría enamorarse. Se estremeció al recibir de manera tan brusca dicha revelación y cuando la miró, sintió que se sonrojaba. También Esther se sonrojó y debió bajar la vista. Dijo entonces Ben-Hur:

—Un hombre que posee seiscientos talentos es en verdad un hombre rico y está en posición de hacer todo lo que se le antoje, pero más importante que el dinero, mucho más valioso que las propiedades, es la mente capaz de amasar esa fortuna y el corazón que a pesar de encarar las tentaciones que conlleva el poseer tanto, permanece incorrupto. Ni tú, Simónides, ni tú, ¡oh bella Esther!, tenéis nada que temer. El jeque Ilderim aquí presente será testigo que en el mismo momento que declarabais ser mis siervos, yo os declaraba libres; y lo que ahora estoy diciendo quedará consignado por escrito. ¿No es ello suficiente? ¿Podría hacer más?

—Hijo de Hur —dijo Simónides—, verdaderamente es liviana la servidumbre que pretendes para nosotros; sin embargo, hay algo que no puedes hacer, pues la Ley te lo impide: hacernos libres legalmente. Soy siervo tuyo para siempre, porque un día acompañé a tu padre hasta la puerta de su casa, y allí él me perforó la oreja con una lezna y aún llevo esa marca.

—¿Mi padre hizo eso?

—¡No lo juzgues mal! —exclamó Simónides sin vacilar—. Me aceptó como siervo a perpetuidad porque yo se lo rogué. Nunca me he arrepentido de ello. Fue el precio que debí pagar por el amor de Raquel, la madre de esta hija bienamada, pues de no ser así, no hubiese aceptado ser mi esposa.

—¿Raquel era sierva a perpetuidad?

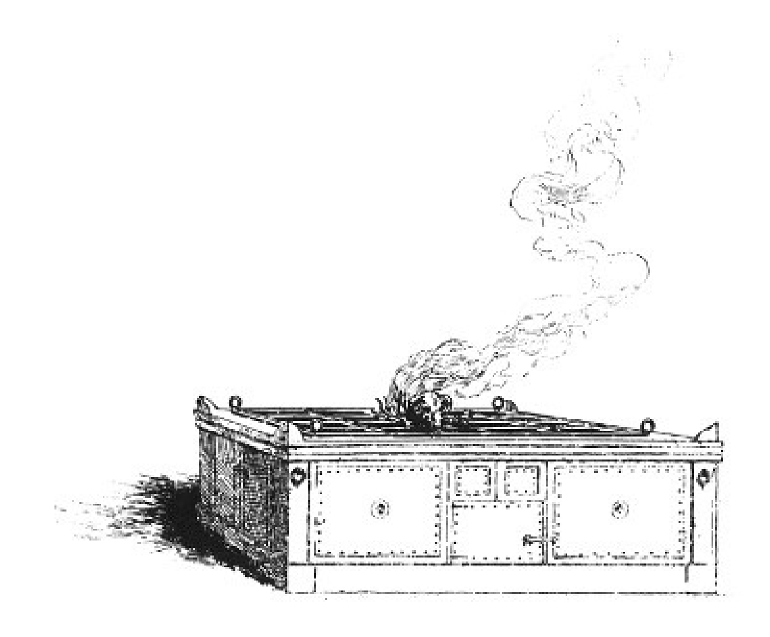
—Así es.

Ben-Hur, anonadado, comenzó a pasear por la estancia a grandes pasos.

—Ya era rico antes —dijo deteniéndose bruscamente—. Era rico con los obsequios del generoso Arrio, y ahora me es concedida esta inmensa fortuna, mucho mayor y, además, la mente que ha sido capaz de amasarla. ¿No está claro que hay un designio divino en todo ello? Aconséjame en este punto, ¡oh Simónides! Ayúdame a encontrar el camino correcto y a seguirlo. Ayúdame a

ser digno del nombre que llevo. Lo que tú eres para mí según la Ley, yo seré para ti de hecho y lo rubricaré con mis acciones. Seré tu sirviente para siempre.

La cara de Simónides se iluminó de tal forma que parecía despedir destellos.



—¡Oh, hijo de mi difunto señor! Yo no me limitaría a ayudarte; estoy dispuesto a servirte con todo el vigor de mi mente y mi corazón. No puedo ofrecerte mi cuerpo, pues de nada sirve; pereció al servicio de tu causa, pero bien habrán de servirte mi mente y mi corazón. Te lo juro por el altar de nuestro Dios y las ofrendas allí depositadas. Solo deseo que me confirmes formalmente en la función que he asumido por cuenta propia.

—Dime cuál es la función —pidió Ben-Hur.

—Administrador encargado de los bienes.

—Puedes considerarte administrador desde este mismo instante —afirmó Ben-Hur—. ¿O prefieres que lo fije por escrito?

—Tu palabra es más que suficiente; siempre fue así con tu padre, y espero que sea igual con el hijo. Y ahora, si está todo claro…

—Por mi parte lo está —dijo Ben-Hur.

—¿Y qué dices tú, hija de Raquel? —preguntó Simónides a Esther, apartando la mano de ella, que descansaba en su hombro.

Esther, avergonzada, desconcertada, se quedó inmóvil y en silencio un instante, y luego, recuperándose, se dirigió a Ben-Hur y le dijo con incomparable feminidad y dulzura:

—No estoy a la altura de mi madre, pero ya que ella se ha marchado para siempre, te ruego, señor mío, que me permitas seguir cuidando de mi padre.

Ben-Hur tomó de la mano a la joven y la condujo hasta el sillón, diciendo:

—Eres muy buena; puedes hacer tu voluntad.

Simónides colocó de nuevo el brazo de Esther sobre su cuello, sin decir palabra; durante algunos instantes reinó el silencio en la estancia.

Capítulo VIII
El Reino, ¿espiritual o político?
La opinión de Simónides

Simónides levantó al fin la vista y dijo a Esther, suave pero firmemente:

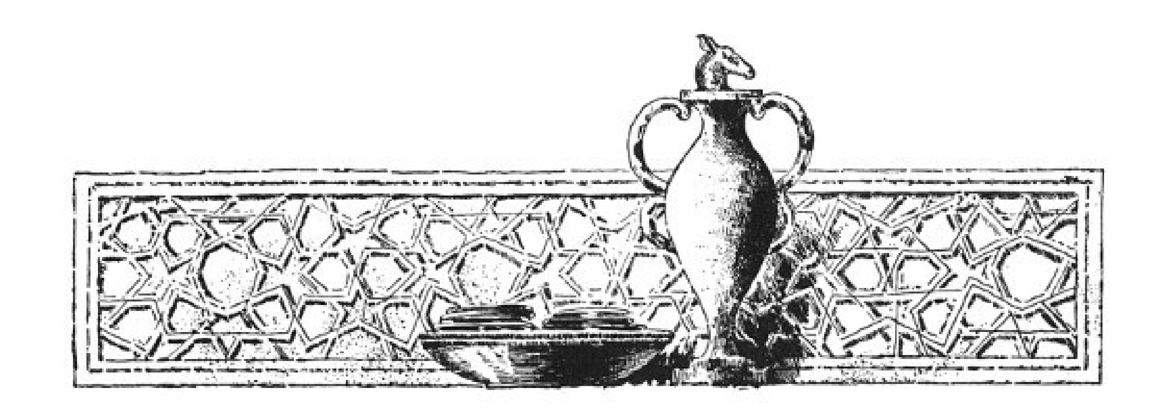
—Esther, ya se está haciendo tarde y es conveniente tener fuerzas para las empresas que nos esperan. Pide que nos traigan algún refrigerio.

La joven hizo sonar una campanilla y poco después compareció un criado portando en su bandeja pan y vino. La misma Esther se encargó de servir a los presentes.

—El acuerdo, mi buen señor —dijo Simónides cuando todos se hubieron servido—, no es aún perfecto a mi modo de ver. Hay que pensar que a partir de este momento nuestras vidas serán como dos ríos que han unido sus caudales, y luego han de seguir cursos similares. Pero antes es necesario que se aparte cualquier nube oscura sobre el cielo común. Te marchaste de mi casa aquel día, pensando que yo había rechazado todo aquello que acabo de reconocer en los términos más amplios. Puedo asegurarte empero que no era así; verdaderamente no era así. Esther es testigo que sí te reconocí aquel día, y Malluch puede dar fe que no te he abandonado desde entonces.

—¡Malluch! —exclamó Ben-Hur.

—Un hombre que, como yo, está sujeto a un sillón ha de contar con manos que lleguen muy lejos si quiere obrar en ese mundo del que está tan cruelmente apartado. Son muchas las manos de las que dispongo, y Malluch es una de las mejores. Algunas veces también —y dirigió al jeque una mirada de gratitud— me sirvo de la intercesión de otros hombres buenos de corazón, como Ilderim el Generoso…, buenos y valientes. Él podrá decir si alguna vez negué tu identidad o me olvidé de ti.



Ben-Hur miró al árabe y le preguntó:

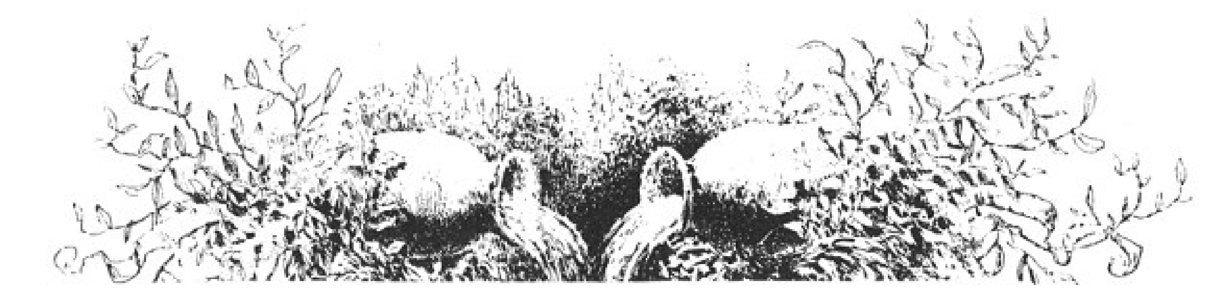
—¿Fue este hombre, buen jeque, fue este hombre quien te habló de mí?

Ilderim, los ojos brillantes de entusiasmo, asintió en silencio.

—¿Cómo podríamos, señor mío —preguntó Simónides a Ben-Hur—, saber lo que es un hombre sin antes ponerlo a prueba? Te reconocí; podía ver el parecido con tu padre, pero no sabía qué clase de hombre eras. Hay personas para quienes una gran riqueza significa una maldición encubierta. ¿Serías una de esas personas? Envié a Malluch para que lo averiguara, convirtiéndolo así en mis ojos y mis oídos. No se lo reproches, te ruego. Además, todos los informes que de ti me dio fueron favorables.

—No reprocho nada —dijo Ben-Hur de todo corazón—. Mucha sabiduría encierra tu bondad.

—Esas palabras resultan muy placenteras a mis oídos —reconoció el mercader conmovido—, muy placenteras. Mis temores de que hubiese algún malentendido quedan así disipados. Dejemos entonces que los ríos sigan el curso que Dios tenga a bien darles.

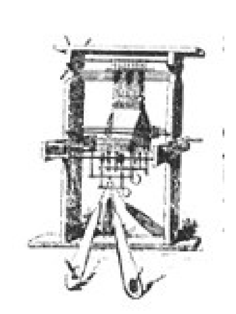


Después de un breve intervalo, continuó:

—Hay algo que debo decir en honor de la verdad. Así como la tejedora teje incansable y mientras mueve veloz la lanzadera, va aumentando la tela, crecen las ganancias y se multiplican sus sueños, así también en mis manos fue creciendo la fortuna, y yo mismo me asombraba de tal crecimiento y muchas veces me preguntaba la razón. No se presentó obstáculo alguno con

las empresas que inicié. Los simunes del desierto, que arrasaban con las otras caravanas, parecían brincar por encima de las mías. Las tempestades que llenaban las costas con los restos del naufragio de innumerables naves, al soplar sobre las mías tan solo contribuían a llevarlas más pronto a puerto. Y lo más extraño de todo, yo, que sujeto a este sitio como una cosa inerte debo depender de los demás, nunca he sufrido pérdida alguna por acciones indebidas de mis agentes. En otras palabras, los elementos parecían ponerse a mi servicio y los hombres que me sirven me han sido fieles.

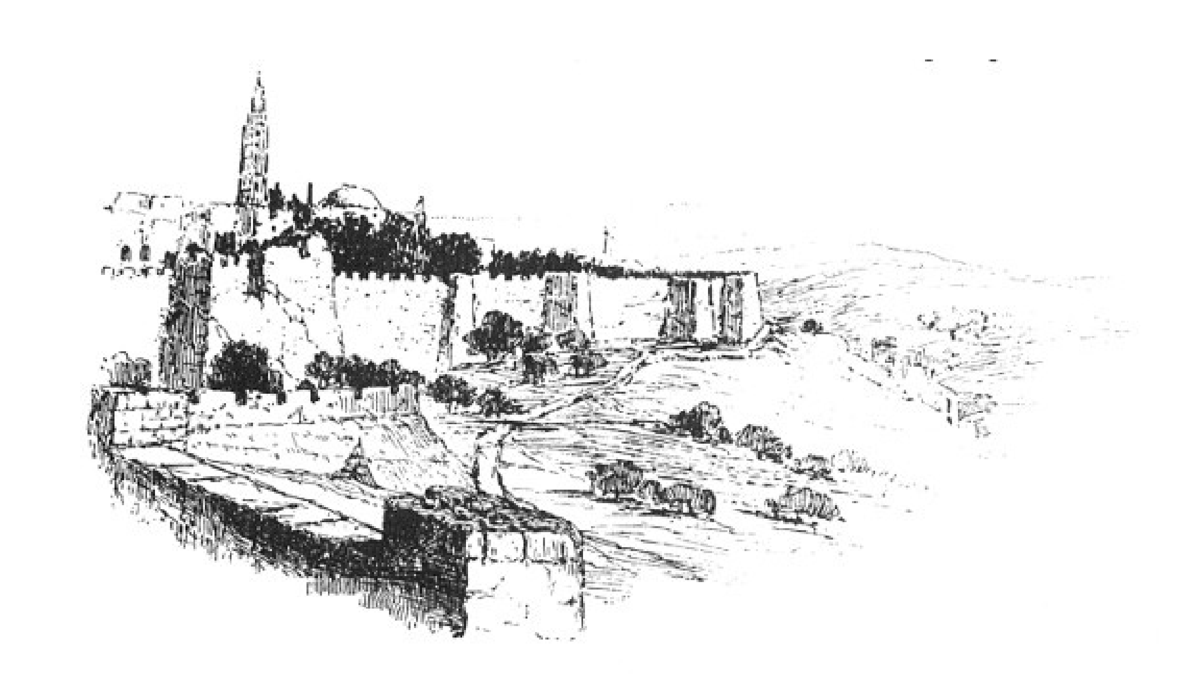
—Es en verdad muy extraño —dijo Ben-Hur.



—Eso mismo me he dicho yo una y otra vez, señor, hasta que al final he llegado a compartir tu opinión y a pensar que se trata de una intervención divina. Y también, al igual que tú, me he preguntado cuál podía ser su propósito. Una inteligencia superior como la de Dios nunca actúa en vano, sin un designio preciso. Todos estos años he tenido esa pregunta muy cerca de mi corazón, a la espera de una respuesta. Tenía la certeza de que si se trataba de una intercesión de Dios, algún día, cuando a Él le pareciera el momento oportuno, me dejaría saber su propósito, de manera tan diáfana como una casa blanca sobre una verde colina. Ahora estoy convencido de que así lo ha hecho.

Ben-Hur escuchaba con todos sus sentidos alerta.

—Hace muchos años —prosiguió Simónides—, cuando me encontraba con los míos, y entre ellos tu madre, oh Esther, tan hermosa como el amanecer sobre el Monte de los Olivos, sentado a la orilla del camino que de Jerusalén se dirige hacia el Norte, vi pasar tres hombres a camello, sobre unos animales tan grandes y tan blancos como no se habían visto jamás en la Ciudad Sagrada. Esos hombres eran forasteros provenientes de lejanos países. El que iba adelante se detuvo y me preguntó: «¿Dónde está aquel que ha nacido Rey de los Judíos?». Y constatando mi sorpresa, agregó: «Hemos visto su estrella en Oriente y venimos a adorarlo». Yo no entendía nada, pero muy intrigado los seguí hasta la Puerta de Damasco, y escuché cómo nacían la misma pregunta a todas las personas que encontraban a su paso e incluso al mismo centinela de la puerta, y, por supuesto, todos se quedaban tan atónitos como yo. Con el tiempo me fui olvidando de la historia, aunque en un principio se habló mucho de ello y se mencionó como un presagio de la venida del Mesías. ¡Ay, ay! Somos tan niños aun los más sabios. Pensamos que pueden pasar siglos entre cada paso que da Dios en la tierra. ¿Has visto a Baltazar?



—Lo he visto y he escuchado su historia —respondió Ben-Hur.

—¡Un milagro, un verdadero milagro! —exclamó Simónides—. Mientras me la contaba, mi buen señor, me parecía escuchar la respuesta tanto tiempo esperada, y se me reveló el propósito de Dios. Cuando llegue ese Rey será pobre, y no tendrá ni amigos, ni seguidores y tampoco ciudades, castillos o ejércitos y, no obstante, su misión será establecer un reino y someter a Roma o eliminarla. Tú, Señor, tan fuerte, tan diestro en las armas, tan rico, mira la oportunidad que te envía Dios. ¿No deberías hacer tuyo su propósito? ¿Acaso puede existir gloria más perfecta para un hombre?

—¡Pero Baltazar dice que el reino será de almas! —exclamó Ben-Hur.

Poderoso era el orgullo judío que latía en el corazón de Simónides, y ello explica la expresión ligeramente desdeñosa de su labio inferior al tomar la palabra.

—Baltazar ha sido testigo de cosas maravillosas…, de milagros… y cuando habla de tales cosas le creo sin objeciones, ya que son cosas que vio y oyó personalmente. Pero es descendiente de Mizraim y ni siquiera es prosélito. Difícilmente podríamos suponer que posee conocimientos especiales en virtud de los cuales tengamos que aceptar su palabra en lo referente a la relación de Dios con nuestro Israel. Los profetas recibieron la luz directamente del Cielo, al

igual que él, pero son muchos a través de los siglos, y Jehová siempre el mismo. Yo he de creer en los profetas. Tráeme la Torá, Esther.

Simónides siguió hablando sin esperar a que ella regresara.

—¿Podría ser menos preciado el testimonio de todo un pueblo, señor? Aunque viajaras desde Tiro, en la costa norte, hasta la capital de Edom, en el desierto del sur, no encontrarías entre aquellos que sepan al menos balbucear el *shema*, ni entre los pordioseros del Templo, ni entre las personas que hayan probado alguna vez el cordero pascual, a uno solo que te diga que el reino que erigirá para nosotros el Rey que ha de venir, el Niño que anunciaba la sagrada alianza, no ha de ser de este mundo, como lo fue el de nuestro padre David. Te preguntarás de dónde viene la fe de todos estos hombres. Te lo diré en seguida.

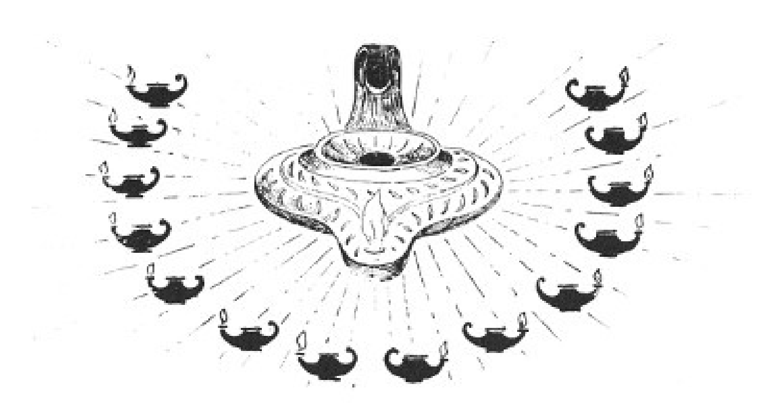
Esther regresó en ese momento, trayendo varios rollos envueltos cuidadosamente en lienzos de color pardo oscuro con preciosos rótulos dorados.

—Tenlos tú, hija mía, para pasármelos cuando yo te los pida —dijo el padre con la ternura que reservaba para ella.

Luego continuó con su argumentación.

—Mucho tiempo me llevaría, señor, repetirte los nombres de los santos que por voluntad divina sucedieron a los profetas y fueron casi tan favorecidos como ellos… los videntes, que han dejado sus escritos; los predicadores, que han impartido sus enseñanzas desde los tiempos del Cautiverio; también los sabios que tomaron prestadas sus luces de la lámpara de Malaquías**[1]**, el último de su linaje, y cuyos eximios hombres, Hillel y Shammai, no se cansan de repetir a los asistentes a los colegios. ¿Y si les preguntaras a ellos por el reino? ¿Y quién es el señor de los rebaños en el libro de Enoch? ¿Quién sino el Rey del que hablamos? Se ha dispuesto un trono para él y con su paso poderoso que se tambaleen los tronos de los demás reyes y que las plagas de Israel sean arrojadas al fondo de una caverna en llamas donde se elevan columnas de fuego. También lo anunció el cantor de los salmos de Salomón: «Contempla, ¡oh Señor!, tu pueblo, y concédele a Israel su Rey, el esperado hijo de David para que lo gobierne… Y él pondrá bajo su yugo a las naciones paganas y las someterá a su servidumbre… Y será un rey justo y versado en las enseñanzas de Dios… porque ha de regir la tierra para siempre con las palabras de su boca». Y escucha por último a Esdras**[2]**, el segundo Moisés, con sus visiones nocturnas, y pregúntale quién es el león con voz humana que le dice así al águila que es Roma: «Has amado a los mentirosos y has derribado las ciudades de los laboriosos y arrasado sus

murallas, aunque no te habían hecho daño alguno. ¡Largo!, vete de aquí para que pueda la tierra renovarse y recuperarse y esperar la justicia y la piedad de su creador». Y entonces dejará de verse el águila para siempre. Sin lugar a dudas, señor, el testimonio de estos debería ser suficiente… pero vayamos directamente a las fuentes. Danos un poco de vino, Esther, y luego la Torá.



—¿Crees en los profetas, señor? —preguntó después de beber un trago—. Supongo que sí, pues en ellos han creído todos tus mayores. Esther, dame el libro que contiene las visiones de Isaías.

Tomó uno de los rollos que ella le pasaba y leyó:

—«Las gentes que caminaban en la oscuridad han visto una inmensa luz; ha resplandecido la luz sobre aquellos que habitaban entre las sombras de la muerte[3]… Porque entre nosotros ha nacido un niño, nos ha sido otorgado un hijo, y sobre sus espaldas ha de recaer el gobierno… Y la extensión de su dominio y la paz no han de tener límites sobre el trono de David y sobre su reino, de manera que establecerá el orden y la justicia desde ahora y por siempre hasta el final de los siglos». ¿Crees en los profetas, señor mío? Ahora, Esther, dame la palabra del Señor que recibió Miqueas.

La joven le pasó el rollo que le pedía.

—«Pero tú, ¡oh Belén Efrata! —leyó Simónides—, no serás la menor entre las poblaciones de Judá, pues de ti ha de salir aquel que gobernará Israel»[4]. Se refiere a Él, al niño que Baltazar vio y adoró en la cueva. ¿Crees en los profetas, señor? Pásame, Esther, las palabras de Jeremías.

Al recibir el rollo, leyó lo siguiente:

—«Contempla los días venideros, dijo el Señor, cuando concederé al pueblo de David una virtuosa rama, y un Rey ha de reinar y

prosperar, y juzgará a los hombres y traerá justicia a la tierra. En sus días, Judá será salvada e Israel vivirá en seguridad»[5]. Como Rey ha de reinar… como Rey, señor. Ahora, hija, pásame el rollo con los dichos de aquel hijo de Judá que no tenía mancha alguna.

Esther le pasó el libro de Daniel. Esto leyó:

—«Tuve visiones en la noche y contemplé a uno como el Hijo del Hombre que venía entre las nubes del cielo… Y se le dio el dominio, la gloria y un reino tal que todas las gentes de todas las naciones y todas las lenguas habrían de ser sus siervos; su dominio es sempiterno y no perecerá jamás, y su reino no habrá de ser destruido»[6]. ¿Crees en los profetas, señor?

—¡Basta! ¡Sí creo! —exclamó Ben-Hur.

—Y bien —dijo Simónides—; si al venir entre nosotros aquel Rey es pobre, ¿no utilizaría mi señor sus riquezas para prestarle ayuda?

—¿Prestarle ayuda? Hasta el último sido y el último aliento. ¿Pero por qué dices que ha de venir pobre?

—Pásame, Esther, las palabras del Señor que recibió Zacarías —dijo Simónides.

Ella le pasó otro de los rollos y él leyó lo siguiente:

—«Canta y regocíjate, ¡oh hija de Sión!… Contempla a tu Rey que viene a ti trayendo la justicia y la salvación; viene humildemente, cabalgando un pollino parido de buna»[7].



Ben-Hur miró hacia lo lejos.

—¿Qué ves, señor?

—¡Roma! —respondió sombríamente—. Roma y sus legiones. He convivido con ellas en sus campamentos, así que las conozco.

—Serás un jefe de legiones para el Rey —dijo Simónides—, y podrás elegir a tus guerreros entre millones de hombres.

—¡Millones! —profirió Ben-Hur, muy sorprendido.

Simónides se detuvo a pensar un momento.

—El asunto del poder no debe preocuparte —dijo pasado un rato.

Ben-Hur se quedó mirándolo inquisitivamente.

—Estabas pensando en el Rey humilde en el momento de su advenimiento —explicó Simónides— y lo colocabas en el lado derecho de tu balanza, por así decirlo, mientras en el izquierdo colocabas las resplandecientes legiones del César, y te preguntabas: ¿Pero qué podría hacer contra ellas?

—Ese era exactamente mi pensamiento.

—Mi señor —continuó Simónides—, no sabes cuán fuerte es nuestro pueblo de Israel. Te lo imaginas como un lastimoso anciano llorando junto a los ríos de Babilonia[8]. Pero ve a Jerusalén en la próxima Pascua y colócate en el Pórtico o en la Calle de los Trueques y lo verás como verdaderamente es. La promesa que el Señor le hizo a nuestro padre Jacob al salir de Padan-Aram se ha cumplido cabalmente y nuestro pueblo no ha dejado de multiplicarse, ni siquiera cuando ha sufrido cautiverio. Creció bajo la opresión de los egipcios y la férula romana solo ha servido para vigorizarlo. Ahora se trata realmente de «una nación y un conjunto de pueblos». Y no solo eso, señor; de hecho para medir la fuerza de Israel —que equivale a calcular lo que el Rey podrá hacer— no debes considerar exclusivamente la regla del crecimiento natural, sino que debes agregar otra de gran importancia: la difusión de la fe, que abarca todos los puntos cercanos y lejanos de lo conocido de la tierra. Además, se suele pensar y hablar de Jerusalén como si fuese todo Israel, lo cual es semejante a encontrar un jirón de tela bordada y afirmar que se trata de la túnica del César. Jerusalén es solo una piedra en el edificio entero del Templo o el corazón de un cuerpo. En lugar de contemplar las legiones, por más fuertes que sean, vuelve los ojos para contar las huestes de los fieles que esperan la antigua consigna: «¡A las tiendas, oh Israel!»[9]… cuenta el gran número que de ellos hay en Persia, hijos de aquellos que decidieron no regresar; cuenta los muchos hermanos que pululan en los mercados de Egipto y del África lejana; cuenta los colonos hebreos que con dificultad obtienen sus ganancias en Occidente… en Lodinum y los centros del comercio en España; cuenta los israelitas de pura sangre y los prosélitos en Grecia y en las islas del mar, y en Ponto[10] y aquí en Antioquía, y ya que

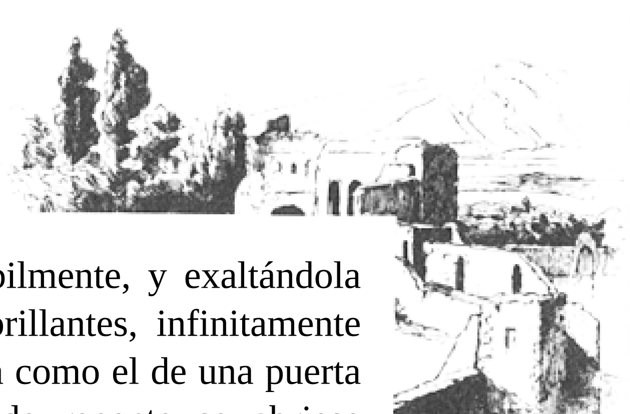
estamos contando, también los fieles que moran bajo las execrables sombras de las impuras murallas de Roma; cuenta los adoradores del Señor que habitan en tiendas en medio de los desiertos cercanos a nosotros, así como los desiertos más allá del Nilo; y en las regiones al otro lado del Mar Caspio e incluso en las lejanas tierras de Gog[11] y Magog. Considera aquellos que anualmente envían regalos al Sagrado Templo en reconocimiento a Dios e inclúyelos en tus cuentas. Y cuando hayas terminado de contar, he aquí, señor, que tendrás un censo de las manos que estarían dispuestas a empuñar la espada. Sería un reino a la medida de aquel «que juzgará a los hombres y traerá justicia para toda la tierra…», y esto vale para Roma no menos que para Sión. He allí la respuesta, lo que Israel puede hacer es lo que el Rey puede hacer.



La descripción había sido ferviente y sobre Ilderim su efecto fue similar al de un clamor de trompeta.

—¡Ah, si pudiese volver a ser joven! —gritó poniéndose en pie.

Ben-Hur se quedó inmóvil. Veía bien que el discurso era una invitación a que dedicara su vida y fortuna a aquel Ser misterioso, que de manera palpable era el centro de una gran esperanza tanto para Simónides como para el devoto egipcio. Ya hemos visto que no se trataba de una idea nueva para él… Malluch le había hablado de ella en el bosquecillo de Dafne; luego Baltazar había hecho una exposición más concreta al dar su idea de lo que habría de ser el reino; y más adelante, mientras caminaba por el Huerto de las Palmas, si bien no llegó a ser una resolución clara, estuvo a punto de serlo. En todas



esas ocasiones había aparecido y desaparecido como lo hacen las ideas, acompañada de sentimientos más o menos fervientes. Pero ahora era diferente. Un maestro se encargaba de ella, elaborándola hábilmente, y exaltándola como una causa de posibilidades brillantes, infinitamente sagrada. El efecto sobre Ben-Hur era como el de una puerta hasta entonces desapercibida que de repente se abriese inundándolo de luz e invitándole a unirse a una misión que había sido su sueño más preciado, una misión que tendría repercusiones en el futuro lejano, y sería abundante en recompensas por la labor cumplida y rica en premios para mitigar su ambición. A sus ojos un solo detalle quedaba pendiente.

—Aceptemos todo lo que afirmas —dijo Ben-Hur—; aceptemos que el Rey vendrá, y su reino será como el de Salomón; digamos también que estoy listo para entregarme y entregar todo lo que tengo a él y a su causa; más aún, digamos que debo proceder según la voluntad divina que ha guiado mi existencia hasta ahora, y a ti te ha permitido amasar en poco tiempo una fortuna fabulosa… ¿Y bien? ¿Debemos proceder a edificar a ciegas? ¿Debemos esperar hasta que llegue el Rey? ¿O hasta que me haga llamar? Tú tienes de tu parte la edad y la experiencia; responde.

Simónides contestó sin vacilar.

—No tenemos ninguna alternativa, ninguna. Esta carta… —y sacó el mensaje de Messala—, esta carta es la señal para pasar a la acción. No somos lo suficientemente fuertes para resistir una alianza entre Messala y Grato; no tenemos ni la influencia en Roma, ni la fuerza requerida aquí. Si esperamos más tiempo, te darán muerte. Basta con mirarme para juzgar lo misericordiosos que son.

Se estremeció con el terrible recuerdo de las torturas sufridas.

—Mi buen señor —dijo cuando logró recuperarse—, ¿qué tan fuerte eres? Quiero decir, ¿qué fuertes son tus propósitos?

Ben-Hur no comprendió.

—Recuerdo lo agradable que me parecía el mundo cuando era joven —prosiguió Simónides.

—Y sin embargo —dijo Ben-Hur—, fuiste capaz de un gran sacrificio.

—Sí; por amor.

—¿Acaso no existen otros motivos tan poderosos?

Simónides hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Está la ambición —aventuró Ben-Hur.

—La ambición está prohibida a los hijos de Israel —replicó Simónides.

—¿Y la venganza?

Acababa de caer una chispa sobre la inflamable pasión de Simónides; sus ojos centellearon; sus manos temblaron… Velozmente respondió:

—La venganza es un derecho del judío. Así está en las leyes.

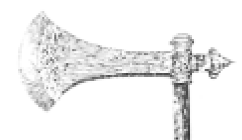
—¡Hasta un camello o un perro recuerdan un agravio! —gritó Ilderim.



Inmediatamente, Simónides recuperó el hilo de sus pensamientos.

—Hay un trabajo necesario para el Rey, que debe hacerse antes de su venida. No nos puede caber duda que Israel ha de ser su mano derecha, pero ¡ay!, se trata de una mano pacífica, ignorante de los ardides de la guerra. Entre todos esos millones no hay un solo grupo militarmente entrenado, ni un solo capitán. No cuento a los mercenarios al servicio de Herodes, pues ellos son empleados para mantenernos oprimidos. Roma no podría haber aspirado a una situación más favorable; su política ha fructificado en beneficio de la tiranía… pero ahora se aproxima el momento del cambio, cuando el pastor se revestirá de armadura y empuñará lanza y espada, y los mansos apacentadores de rebaños se convertirán en aguerridos leones. Y alguien, hijo mío, ha de ocupar un sitio junto al Rey, como su mano derecha. ¿Quién otro habrá de ser sino aquel que ha cumplido bien con su trabajo?

El rostro de Ben-Hur se iluminó ante la perspectiva, aunque se limitó a decir:



—Ya veo; pero habla sin rodeos. Una cosa es convenir en que una acción se debe llevar a cabo y otra muy distinta es saber cómo ejecutarla.

Simónides tomó un trago largo del vino que Esther le ofrecía y replicó:

—El jeque y tú, ¡oh señor mío!, habréis de ser los jefes, cada uno con una función. Yo me quedaré aquí, continuando con mis actividades, y asegurándome que no se seque la fuente. Tú deberás dirigirte a Jerusalén y desde allí hacia el desierto, para comenzar a contabilizar los guerreros de Israel, dividirlos en grupos de diez y de cien hombres, elegir y adiestrar a los capitanes y en sitios secretos almacenar armas, de cuyo suministro me encargaré yo. Debes comenzar en Perea[12] y encaminarte a Galilea, donde estarás a un paso de Jerusalén. En Perea tendrás el desierto a tus espaldas e Ilderim al alcance de la mano. Él vigilará los caminos, de manera que nadie pasará por ellos sin que te enteres. Ilderim te ayudará de muchos modos. Hasta que llegue el momento apropiado nadie debe saber lo que aquí acordemos. Mi papel será solo el de un siervo. Ya Ilderim está al corriente de todo. ¿Qué me dices?

Ben-Hur miró al jeque.

—Es tal como él lo dice —afirmó el árabe—. He dado mi palabra y a él le basta; tú tendrás mi juramento solemne, así como los brazos de los hombres de mi tribu, y todo lo que te pueda ser de utilidad.

Los tres —Simónides, Ilderim y Esther— se quedaron mirando fijamente a Ben-Hur.

—A todo hombre —comenzó con tristeza— le está destinada una copa de placer, y tarde o temprano llega a sus manos, y entonces la paladea y bebe de ella… A todos los hombres menos a mí. Ya veo hacia donde se encaminan vuestros propósitos. Si acepto seguir ese rumbo, adiós a la paz y a las esperanzas que florecen alrededor de ella. En cuanto cruce ese umbral se cerrarán para mí las puertas de una vida tranquila para nunca volver a abrirse, pues Roma guarda todos los accesos, y me perseguirán sus prescripciones y sus cazadores de hombres. Tendré que alimentarme de cortezas y encontrar reposo únicamente en las tumbas cercanas a las ciudades o en las lúgubres cuevas de las colinas más remotas…

Un sollozo interrumpió las palabras de Ben-Hur. Todos se volvieron hacia Esther, quien ocultó el rostro en el hombro de su padre.

—No pensaba en ti —dijo Simónides dulcemente, conmovido por la reacción de la joven.

—No importa, Simónides —dijo Ben-Hur—. Un hombre puede soportar mejor su duro destino sabiendo que alguien siente compasión por él. Déjame continuar.

De nuevo le prestaron atención.

—Me disponía a decir —prosiguió—, que no tengo otra alternativa que la de asumir el papel que me asignasteis, ya que quedarme aquí equivaldría a encontrar una muerte innoble, quiero comenzar de inmediato el trabajo.

—¿Debemos consignarlo por escrito? —preguntó Simónides, cediendo al influjo de sus hábitos comerciales.

—Me basta con vuestra palabra —dijo Ben-Hur.

—¡Que el Dios de Abraham nos ayude! —dijo Ben-Hur más jovialmente —. Con vuestra anuencia quiero disponer de mi persona hasta después de los juegos. No me parece probable que Messala intente tenderme una celada antes que el procurador tenga tiempo de responder a su misiva, y ello no puede ocurrir en menos de siete días desde el momento que despachó la carta. Y enfrentarme a él en el Circo es un placer por el que estoy dispuesto a correr cualquier riesgo.

Ilderim asintió al punto, muy satisfecho, y Simónides, atento siempre a los aspectos financieros, agregó:

—Está muy bien, señor, dado que el retraso me dará el tiempo para hacer algo de gran provecho para ti. Me pareció oírte hablar de una herencia que te dejó Arrio. ¿Se trata de bienes inmuebles?

—Una villa cerca de Misenum y varias casas en Roma.

—Yo sugeriría que se vendieran esas propiedades y se depositara en algún sitio seguro el producto de la venta. Dame una relación completa y yo conseguiré las autorizaciones y enviaré a un agente. Por lo menos esta vez podremos anticiparnos a los ladrones imperiales.

—Mañana tendrás la relación en tus manos.

—Entonces, si no hay nada más, hemos terminado por esta noche —dijo Simónides.

—Y muy bien que lo hemos hecho —dijo Ilderim mientras se atusaba complacidamente la barba.

—Trae de nuevo el pan y el vino, Esther. El jeque Ilderim nos concederá la gran alegría de quedarse con nosotros hasta mañana o el tiempo que quiera. En cuanto a ti, señor mío…

—Que traigan mi caballo —dijo Ben-Hur—. Regresaré al Huerto de las Palmas. Si lo hago ahora el enemigo no me descubrirá, y además —añadió mirando a Ilderim— mis cuatro nuevos amigos se alegrarán de verme.

Comenzaba a amanecer cuando Ben-Hur y Malluch llegaban junto a la tienda.

Capítulo IX
Esther y Ben-Hur

La noche siguiente, hacia la cuarta hora, Ben-Hur se encontraba con Esther en la azotea del enorme depósito de mercancías de Simónides. Abajo, en el embarcadero, había gran agitación y bullicio; hombres que cargaban paquetes y cajas, que daban órdenes o que se movían de un lado a otro, y que a la crepitante luz de las antorchas semejaban laboriosos genios salidos de algún fantástico cuento oriental. Todos esos hombres se ocupaban de cargar una galera que partiría poco después. Simónides todavía se hallaba en su despacho, donde en el último instante daría instrucciones al capitán de la nave de dirigirse directamente, sin hacer escala alguna, a Ostia, que servía de puerto marítimo a Roma, y después de desembarcar allí a uno de los pasajeros, proseguir con menos prisas hacia Valencia, en la costa española.

El pasajero en cuestión era un apoderado que se encargaría de disponer de la herencia de Arrio, el duunviro. En cuanto la nave levase anclas para iniciar el viaje, Ben-Hur estaría irrevocablemente comprometido con el trabajo que había aceptado llevar a cabo durante la reunión de la noche anterior. Si pretendía arrepentirse del pacto con Ilderim, le quedaba muy poco tiempo para hacerlo, pues la galera estaba casi lista para zarpar.

Bien podía haber sido ese pensamiento el que en ese momento cruzaba por la mente de Ben-Hur. Contemplaba la escena con expresión grave y atenta, los brazos cruzados, la viva imagen de un hombre que debate consigo mismo. Joven, apuesto, rico, habitual de los círculos patricios de Roma hasta hacía muy poco tiempo, es fácil pensar que estaría tentado a entregarse a la vida muelle que se podía permitir y a desistir de deberes tan onerosos como los que le esperaban y de empresas arriesgadas y proscritas. Podemos incluso imaginar algunos de los argumentos que se agolpaban en su mente: las pocas esperanzas que se podía permitir en un enfrentamiento con el César; la incertidumbre que rodeaba todo lo relacionado con el Rey y su advenimiento; la comodidad, el honor y la posición, todo lo cual se vería obligado a exponer y, más importante para él que todo lo anterior, la posibilidad de perder un hogar recientemente adquirido, donde contaba con numerosos amigos, que lo hacían aún más placentero. Solamente aquellos que durante largo tiempo han

sido enantes y casi siempre solitarios pueden comprender el enorme atractivo que ejerce este último argumento.

El mundo, siempre ladino, siempre tratando de frenar al débil y de apocarlo, siempre presionando para que se elija el camino más fácil y agradable, parecía contar en este caso con una seductora aliada en la acompañante de Ben-Hur.

—¿Alguna vez has estado en Roma? —le preguntó.

Esther respondió que no.

—¿Te gustaría ir?

—Creo que no.

—¿Por qué no?

—Roma me produce temor —respondió ella, con perceptible temblor en su voz.

Él miró en su dirección o mejor dicho bajó la mirada en su dirección, pues al lado suyo Esther se veía tan pequeña que casi parecía una niña. Bajo la pálida luz, Ben-Hur no podía ver con claridad el rostro de Esther e incluso sus contornos resultaban difusos. Una vez más, empero, la joven le hacía pensar en Tirzah y un sentimiento de intensa ternura se apoderaba de él… así, en esa misma postura, recordaba a su hermana desaparecida aquella aciaga mañana en que había ocurrido el accidente de Grato. ¡Pobre Tirzah! ¿Dónde estaría ahora?

La ternura que en ese momento sentía Ben-Hur, en buena parte se trasladaba a Esther. Si bien no podía considerarla como una hermana, tampoco podría tratarla como a su sierva, y el hecho de que legalmente lo fuera, solo contribuiría a que se mostrase aún más considerado y gentil con ella.

—Cuando pienso en Roma —continuó diciendo ella con su voz suave y femenina— no puedo imaginarla como una ciudad de palacios y de templos y con la animación de muchas gentes; la veo más bien como un monstruo que se ha apropiado de una de las tierras más hermosas que hay, y desde allí atrae a los hombres para llevarlos a la ruina y a la muerte… un monstruo al que es imposible resistir… una bestia voraz que se atiborra de sangre. ¿Por qué…?

Esther vaciló, llena de inquietud bajó la mirada, y se detuvo.

—Continúa —dijo Ben-Hur, dándole ánimos.

La joven se acercó un poco más a él, logró mirarle a los ojos y preguntó:

—¿Por qué quieres convertirte en enemigo de Roma? ¿Por qué no haces las paces con ella y vives tranquilo? Ya has hecho frente a muchas desgracias; has sobrevivido a las numerosas artimañas que te han tendido los enemigos…

El dolor y la pena han consumido tu juventud, ¿te parece entonces justo entregarle el resto de tus días?

A medida que Esther continuaba con sus súplicas, su rostro infantil parecía acercarse más y más al de Ben-Hur y su palidez parecía ir en aumento. Él se inclinó hacia la joven y le preguntó con voz muy queda:

—¿Y qué quieres que haga, Esther?

Ella vaciló un instante y luego preguntó a su vez:



—¿La propiedad que tienes cerca de Roma es una residencia?

—Sí.

—¿Y es bonita?

—Es preciosa… Un palacio en medio de jardines, con amplias alamedas, fuentes en el exterior y en el interior; estatuas en los rincones sombreados; y en los alrededores altas colinas cubiertas de vides, tan altas que se alcanza a ver el Vesubio, la ciudad de Nápoles y a lo lejos el mar como una extensión azul purpúrea punteada de blancas velas en incesante movimiento. Cerca de allí tiene el César una casa de campo, pero en Roma se dice que la antigua villa de Arrio es mucho más hermosa.

—¿Y es tranquila la vida allí?

—Ni un apacible día de verano ni una clara noche de luna llena pueden igualarla en tranquilidad los días que no hay visitantes. Y ahora que ya no está el antiguo propietario, y yo me encuentro aquí, no hay nada que perturbe su silencio… nada, aparte de los murmullos de los sirvientes, el canto de las alegres aves y el refrescante sonido de las fuentes juguetonas. Allí nada cambia, salvo las flores que cada día se marchitan y caen, y son reemplazadas por las que brotan y florecen, o alguna nube pasajera que de vez en cuando mitiga los rayos del sol. Esa vida, Esther, era demasiado tranquila para mí. Me sentía constantemente inquieto al pensar que yo, que tengo tantas cosas que hacer, me iba dejando seducir por el ocio, me iba dejando atar por aquellas cadenas de seda, y que pasado un tiempo me encontraría con que nada había hecho.

La joven paseó su mirada por el río.

—¿Por qué me hiciste esa pregunta? —inquirió Ben-Hur.

—Mi buen amo…

—No, no, Esther; no me llames así. Llámame amigo o hermano si quieres; no soy tu amo y no lo seré nunca. Sí; llámame hermano.

Ben-Hur no alcanzó a ver cómo el rostro de ella se ruborizaba de gozo y tampoco apreció el dulce resplandor de los ojos, que seguían mirando hacia el río.

—No consigo comprender —dijo ella— la clase de vida que escoges, una vida…

—De violencia y tal vez de sangre —dijo él completando la frase.

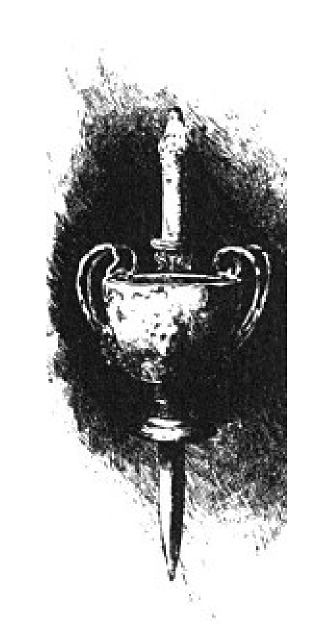
—Sí —corroboró ella—. No comprendo que prefieras esa vida a la que podrías llevar en la hermosa mansión.

—Te equivocas, Esther. No es una cuestión de preferencias. Por desgracia el romano no es tan amable como para permitirme la elección. La necesidad me obliga a actuar así. Quedarme aquí equivaldría a morir, y si fuese a Roma, tampoco me esperaría otra cosa diferente que la muerte…, una copa envenenada, un atentado criminal o la condena de un juez obtenida sobre la base de un falso juramento. Messala y el procurador Grato deben su inmensa riqueza al saqueo que hicieron de los bienes de mi padre e incluso pondrían más empeño en conservar esas ganancias que el que pusieron en obtenerlas. Un arreglo pacífico resulta imposible, pues ello implicaría que confesasen cosas que no dirán jamás. Y aun si pudiese comprarlos, ¡ay Esther!, no estoy seguro de que lo hiciese. No creo que la paz sea posible para mí; no, ni siquiera en la antigua villa, bajo la somnolienta sombra de sus alamedas o la dulce brisa que se pasea por sus pórticos de mármol… De nada serviría que alguien intentase ayudarme a sobrellevar la carga que pesa sobre mis días, por más que pusiese en ello toda su amorosa paciencia. La paz no es posible para mí; mientras sigan perdidos mis seres queridos, deberé estar siempre alerta hasta que los encuentre. Y si el día que dé con mi madre y mi hermana, me entero de que han padecido injusticias, ¿no deberían pagar por ello los culpables? Y si se les ha dado muerte violenta, ¿debo permitir que escapen los asesinos? ¡Ah!, no podría dormir con estos pensamientos. Ni las estratagemas de las amantes, ni el más puro de los afectos podrían inducirme a un reposo duradero, pues muy pronto la conciencia se encargaría de interrumpirlo.

—¿Tan grave es la situación? —preguntó ella, con la voz temblorosa por la emoción—. ¿No hay nada, absolutamente nada que se pueda hacer por ti?

—¿Tanto me apreciáis? —preguntó a su vez Ben-Hur, tomándole la mano.

—Sí —respondió ella, sencilla y decididamente.



Su mano, pequeña y cálida, se perdía entre la vigorosa mano de Ben-Hur. Esther temblaba, conmovida… Y en ese momento cruzó por la mente de Ben-Hur la imagen de la egipcia, tan diferente, tan opuesta a esta jovencita: alta, audaz, ingeniosa, hábilmente lisonjera, maravillosamente hermosa, y con unos ademanes que resultaban seductores, embrujadores…

Ben-Hur se llevó la mano de Esther a los labios, y la soltó al tiempo que decía:

—Serás como otra Tirzah para mí, Esther.

—¿Quién es Tirzah?

—La hermanita que me robaron los romanos y a quien debo encontrar si pretendo el sosiego y la felicidad.

Un haz de luz iluminó en ese momento la azotea. Los dos se volvieron y pudieron ver a Simónides, que empujado por un criado transponía el umbral en su sillón rodante. Se acercaron entonces al mercader, quien tenía mucho que contar y acaparó la palabra.

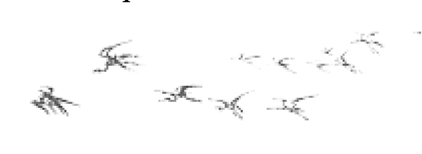
Poco después se dieron por terminados los preparativos en el embarcadero. Las velas de la galera fueron desplegadas, la nave dibujó un amplio círculo en el agua, y entre los destellos de las antorchas y los alegres gritos de los marineros velozmente empezó a alejarse mar adentro… Ben-Hur se quedó observándola, consciente de que a partir de ese momento ya era ineludible su compromiso con el Rey que habría de venir.

Capítulo X
Listos para la carrera

La tarde anterior al día que se iniciaban los juegos, los caballos de Ilderim, así como el carro y los demás accesorios para la carrera, eran transportados hacia la ciudad para ser dejados en unas cuadras contiguas al Circo. Llevaba también el buen hombre un gran número de cosas que nada tenían que ver con la carrera. Así pues el cortejo de Ilderim, al salir del Huerto, estaba compuesto por multitud de sirvientes, escoltas montados y armados, caballos, reses y camellos cargados hasta donde era posible, ofreciendo el aspecto de una tribu que emigraba. La gente que se encontraba junto al camino no podía menos que reír al contemplar tan abigarrada procesión, algo que por cierto no parecía ofender a Ilderim a pesar de su conocida irascibilidad. Si en efecto se encontraba bajo vigilancia, como tenía razones para creer, el informante describiría en detalle el despliegue semibárbaro con que se había presentado para tomar parte en las competiciones. ¿Pero a él qué podía importarle que los romanos se rieran de él y los habitantes de Antioquía se divirtieran a costa suya? El día después de los juegos, su cortejo entero se pondría en marcha hacia el desierto, llevándose todos los objetos de valor pertenecientes al Huerto que fuesen transportables… todos los objetos, excepto aquellos que fuesen necesarios para el buen desempeño de su cuadriga. Se trataba de hecho de la primera etapa de su regreso al suelo nativo; todas las tiendas habían sido levantadas y dobladas, y el aduar ya no existía. En menos de doce horas estaría fuera del alcance de cualquier perseguidor, por veloz o hábil que pudiese ser. Un hombre no corre el más mínimo riesgo mientras los demás estén ocupados burlándose de él, y el astuto árabe lo sabía muy bien.



Aunque ni él ni Ben-Hur desconocían la influencia de Messala, coincidían en pensar que el romano no comenzaría a actuar en contra de ellos hasta después de la competición en el Circo. Si era denotado, y especialmente si era derrotado por Ben-Hur, tendrían que estar preparados para lo peor, y de manera inmediata, pues en ese caso Messala era capaz de actuar incluso sin esperar instrucciones de Grato. Habían diseñado entonces sus planes de acuerdo con esa suposición, y estaban preparados para desaparecer velozmente en caso de peligro. Avanzaban ahora juntos y de buen ánimo, confiados en el éxito que alcanzarían el día siguiente.



En el camino se encontraron con Malluch, quien llevaba ya un buen rato esperándolos. El fiel servidor no dio señal alguna que permitiese deducir que estuviese al tanto de la antigua relación entre Ben-Hur y Simónides, que tan recientemente había sido desvelada, o del pacto que los dos habían hecho con Ilderim. Los saludó como de costumbre y de su túnica sacó una misiva mientras decía:

—Tengo aquí el anuncio del organizador de los juegos, que acaba de ser proclamado, en el cual verás que tus caballos están inscritos para la carrera. También encontrarás el orden de las pruebas. De antemano, buen jeque, te felicito por tu victoria.

Después de entregar la misiva al benemérito Ilderim para que la examinara, Malluch se volvió hacia Ben-Hur.

—Van también para ti mis felicitaciones, ¡oh hijo de Arrio! Ahora nada podrá impedir tu encuentro con Messala. Se han cumplido todos los requisitos

preliminares para la prueba. He recibido la confirmación del organizador en persona.

—Gracias Malluch —dijo Ben-Hur.

—Tu color es el blanco —prosiguió diciendo Malluch— y el de Messala oro y escarlata. La buena acogida que ha tenido el color que representas ya es visible. En las calles de la ciudad son muchos los jóvenes que venden cintas blancas y mañana en el Circo las lucirán todos los árabes y todos los judíos de Antioquia. Ya verás cómo el blanco compite con el escarlata en las preferencias de los espectadores que ocupan las galerías.

—Las galerías sí, pero no la tribuna situada en la Porta Pompae.

—No; el escarlata y oro prevalecerá en esa sección —concedió Malluch—, pero si ganamos… ¡si ganamos cómo se echarán a temblar de ira los dignatarios! Fieles a su desprecio por todo lo que no sea romano, sin duda apostarán dos a uno, tres a uno y hasta cinco a uno a favor de Messala, solo porque es romano —bajando la voz hasta que era casi un susurro añadió—: Como estaría mal visto que un judío de buena reputación en el Templo arriesgara su dinero de tal modo; os diré, en confianza, que he dado instrucciones a un amigo para sentarse cerca del cónsul y aceptar apuestas de tres a uno, o cinco a uno, ¡o diez a uno…!, que a tal grado puede llegar el frenesí. Con ese propósito he puesto a su disposición seis mil siclos.

—Pero Malluch —arguyó Ben-Hur—, un romano solo acepta apostar en su propia moneda. ¿Por qué no buscas a tu amigo esta noche y pones a su disposición todos los sestercios que te parezca conveniente? Dale también instrucciones, Malluch, para que trabe apuestas con Messala y los suyos: la cuadriga de Ilderim contra la de Messala.

Malluch reflexionó brevemente.

—El resultado será el de centrar el interés de la contienda en vosotros dos.

—Exactamente es lo que pretendo, Malluch.

—Ya veo, ya veo.

—Escucha, Malluch, me servirías sobremanera si me ayudaras a asegurar que las miradas del público se centraran durante la carrera entre Messala y yo.

—Eso se puede arreglar —dijo Malluch sin pensarlo dos veces.

—Entonces hazlo —pidió Ben-Hur con fervor—. Seguramente las apuestas serán enormes…

Malluch se volvió para examinar la expresión de Ben-Hur.

—¿Acaso no tengo derecho a recuperar el equivalente de lo que me robó? —dijo Ben-Hur, en parte hablando consigo mismo—. Es probable que no se presente otra oportunidad igual. ¡Y si me fuese posible disminuir su orgullo

tanto como su fortuna! No habría razón para que se ofendiese nuestro padre Jacob.

Su rostro se contrajo con un gesto de determinación, que daba aún mayor énfasis a lo que acababa de decir.

—Sí; hay que intentarlo. Escucha, Malluch, no te limites a hacer ofertas en sestercios. Súbelas a talentos, si alguno de ellos se atreve. Cinco, diez, veinte talentos… incluso cincuenta, si la apuesta fuera con el propio Messala.

—Es una suma muy alta —dijo Malluch—. Necesitaré alguna garantía.

—Y la tendrás. Ve donde Simónides y dile que quiero que se encargue de ello. Dile también que tengo el corazón puesto en la ruina de mi enemigo y que me parece una oportunidad tan prometedora que estoy dispuesto a correr tales riesgos. Tenemos de nuestra parte al Dios de Israel. Ve, buen Malluch, y no dejes que nadie más se entere.

Malluch, encantado con la misión que se le encomendaba, se despidió y se puso en camino de inmediato; un momento después, sin embargo, estaba de regreso.

—Discúlpame —dijo a Ben-Hur—. Hay algo más que olvidé decirte. No pude acercarme personalmente al carro de Messala, pero di el encargo a alguien de confianza, y de acuerdo con su informe el eje de sus ruedas se eleva desde el suelo casi un palmo más que el tuyo.

—¡Un palmo! ¿Tanto? —exclamó Ben-Hur con evidente alegría, y en seguida se inclinó hacia Malluch, como si quisiera decirle algo confidencial —. Como eres un hijo de Judá, Malluch, y fiel a tu linaje, consíguete un asiento en la galería que está sobre la Puerta de Triunfo, muy cerca del balcón en frente de los pilares, y observa con atención cuando demos la vuelta en ese sitio; observa bien, pues si la suerte me acompaña quiero… No, Malluch, olvídalo. Simplemente sitúate en ese sitio durante la carrera y observa bien.

En ese preciso momento, Ilderim dejó escapar un grito:

—¡Pero por la gloria de Dios! ¿Qué es esto?

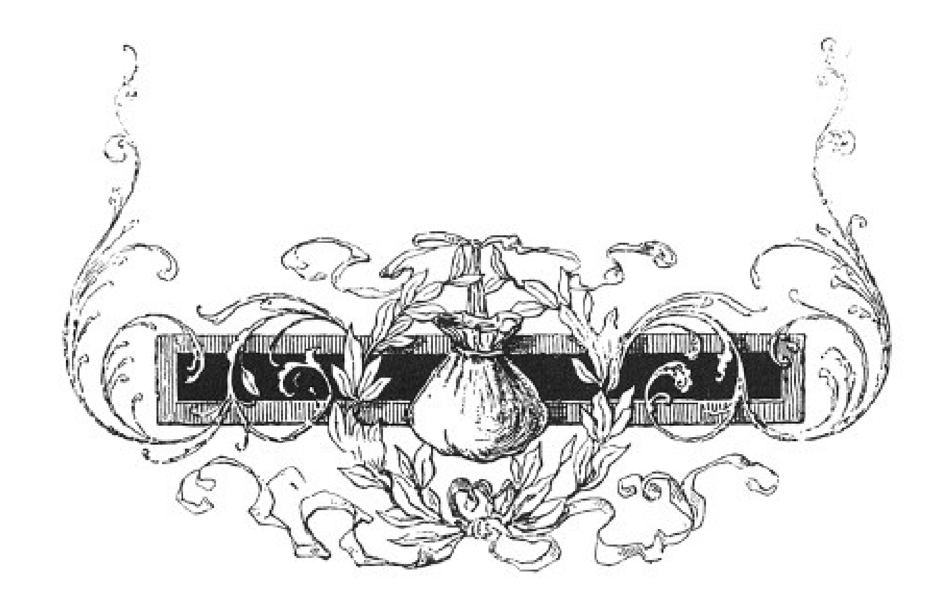
Se acercó a Ben-Hur señalando con un dedo el anuncio de la carrera.

—Lee —dijo Ben-Hur.

—No; mejor hazlo tú.

Ben-Hur tomó el anuncio, firmado por el prefecto de la provincia en su calidad de organizador de los juegos y que, al igual que un programa moderno, detallaba las diferentes diversiones preparadas para la ocasión. Allí se informaba al público que se celebraría en primer lugar un desfile de singular esplendor, que el desfile sería seguido por los habituales honores al dios Conso[1], finalizados los cuales se daría comienzo a los juegos. Las

competiciones se celebrarían en el siguiente orden: carreras a pie, salto, lucha, boxeo y carreras de cuadrigas. Se daban los nombres de los competidores en cada prueba, con sus respectivas nacionalidades, las escuelas en las que entrenaban, las pruebas en las que habían participado y los premios obtenidos. Al final de la información, se hacía también una relación de los premios ofrecidos. Estas sumas estaban destacadas con letras iluminadas, clara evidencia de lo lejanos que estaban los días en que una guirnalda de pino o de laurel era más que suficiente para el vencedor, mucho más ansioso de la gloria que podría alcanzar que de las posibles riquezas.



Ben-Hur recorrió rápidamente las primeras partes del programa hasta llegar al anuncio de la carrera de cuadrigas. Allí se detuvo y leyó con lentitud la información pertinente. Los espectadores amantes de los deportes heroicos podían tener la certeza de que sus expectativas serían colmadas con un enfrentamiento como no había sido visto en Antioquía. Se especificaba que tan magnífica carrera se realizaba en honor del cónsul y que el premio consistía en la suma de cien mil sestercios y una corona de laurel. Participarían un total de seis cuadrigas, que para aumentar el interés de la prueba tomarían la salida simultáneamente. A continuación se daba una descripción de cada cuadriga.

I. Cuadriga de Lisippus el corintio. Dos caballos tordos, un bayo y un negro; el año anterior fueron vencedores en Alejandría y Corinto. Conductor: Lisippus. Color: amarillo.

II. Cuadriga de Messala, de Roma. Dos caballos blancos y dos negros; ganadores de la prueba circense, en el Circo Máximo, el año pasado. Conductor: Messala. Colores: escarlata y oro.

III. Cuadriga de Cleantes el ateniense. Tres caballos tordos y un bayo; ganadores en Istmia el año pasado. Conductor: Cleantes. Color: verde.

IV. Cuadriga de Diceus el bizantino. Dos caballos negros, un tordo y un bayo; vencedores en Bizancio este año. Conductor: Diceus. Color: negro.

V. Cuadriga de Admetus el sidonio. Cuatro caballos tordos. Tres veces han participado en Cesarea y las tres veces han ganado. Conductor: Admetus. Color: azul.

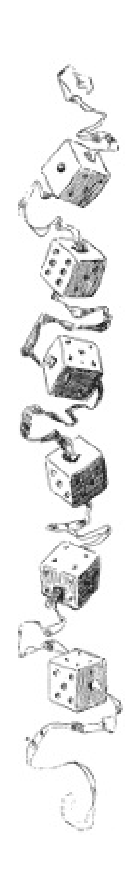
VI. Cuadriga de Ilderim, jeque del desierto. Todos bayos; primera competición. Conductor: Ben-Hur, un judío. Color: blanco.

¡Conductor, Ben-Hur, un judío!

¿Por qué ese nombre en vez de Arrio?

Ben-Hur dirigió la mirada hacia Ilderim. Ahora comprendía la razón de aquel grito de sorpresa. Inmediatamente, los dos habían pensado lo mismo: Se veía en aquello la mano de Messala.

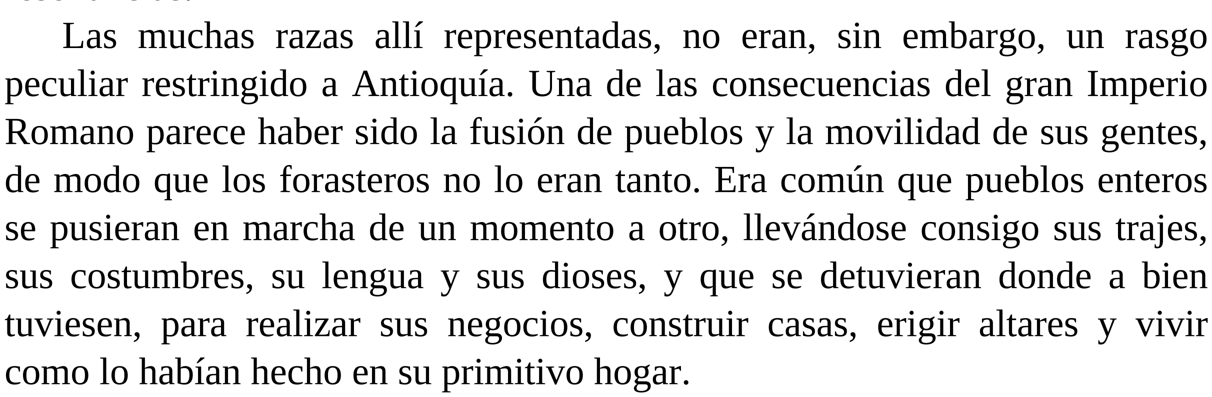
Capítulo XI
Haciendo las apuestas



La tarde apenas caía sobre Antioquía, cuando el Onfalo, cerca del centro de la ciudad, se convirtió en una agitada fuente, desde la cual brotaron en todas las direcciones, pero especialmente hacia el Ninfeo y a lo largo de la Columnata de Herodes, comentes humanas entregadas por el momento al culto de Baco y Apolo.

No se puede imaginar un sitio más indicado para entregarse a tales excesos que aquellas calles cubiertas literalmente con kilómetros y kilómetros de pórticos labrados en mármol, pulidos hasta la perfección, y que constituían regalos hechos a aquella voluptuosa ciudad por príncipes que no reparaban en gastos cuando creían, como en este caso, que estaban asegurando la inmortalidad.

Los incesantes gritos, carcajadas y canciones de la multitud que circulaba a aquella hora por las calles se mezclaban para producir un sonido como el de olas rugientes que se precipitan hacia el interior de las cuevas marinas creando innumerables resonancias.



Las muchas razas allí representadas, no eran, sin embargo, un rasgo peculiar restringido a Antioquía. Una de las consecuencias del gran Imperio Romano parece haber sido la fusión de pueblos y la movilidad de sus gentes, de modo que los forasteros no lo eran tanto. Era común que pueblos enteros se pusieran en marcha de un momento a otro, llevándose consigo sus trajes, sus costumbres, su lengua y sus dioses, y que se detuvieran donde a bien tuviesen, para realizar sus negocios, construir casas, erigir altares y vivir como lo habían hecho en su primitivo hogar.

Había sin embargo una peculiaridad que no hubiese dejado de llamar la atención a un observador que esa noche se encontrase en Antioquía: casi todas las personas que se paseaban por la calle, usaban los colores de alguna de las cuadrigas anunciadas para la carrera del día siguiente. Podía tratarse de una banda con esos colores, o una insignia, y a veces también una cinta o una

pluma. Fuese lo que fuese, indicaba simplemente las preferencias de su portador; el verde, por ejemplo, denotaba a un seguidor de Cleantes el ateniense, y el negro a un adepto del bizantino. Esto correspondía a una costumbre probablemente tan antigua como la época en que se había celebrado la carrera de Orestes.

El observador en cuestión, después de sorprenderse por la profusión de emblemas de colores, decidiría muy pronto que eran tres los que predominaban: el verde, el blanco, y la combinación de escarlata y oro.

Pero pasemos ahora de las calles al palacio en la isla.

Los cinco grandes candelabros en el salón han sido encendidos hace poco. Los asistentes y el ambiente son muy similares a los que ya se describieron durante la anterior visita al palacio. Sobre el diván se ven los cuerpos dormidos de varios jóvenes patricios y los pequeños montones que forman sus vestiduras, y las mesas resuenan con el sonido de los dados que se agitan y caen. La mayor parte de los presentes, empero, no se dedican a nada en particular; sencillamente caminan de un lado para otro, bostezan desmedidamente, o se detienen cuando pasa algún conocido para intercambiar comentarios triviales: «¿Hará buen tiempo mañana?»; «¿Está todo preparado para los juegos?»; «¿Difieren las reglas del Circo de Antioquía de las del Circo de Roma?». La verdad es que los jóvenes patricios se aburren soberanamente. Ya han concluido su trabajo más laborioso, o sea la concertación de apuestas en todas las pruebas, la carrera de a pie, la lucha, el boxeo…, en todas ellas salvo en la carrera de cuadrigas.

¿Y por qué no han hecho apuestas para esa prueba?

Ocurre, amable lector, que no encuentran a nadie que arriesgue un solo denario con ellos apostando contra Messala.

En todo el salón solo se ven sus colores.

Nadie podría pensar en su derrota.

¿Acaso no ha seguido un entrenamiento perfecto?, comentan. ¿Acaso no fue adiestrado en las mayores escuelas y academias deportivas? ¿No salió victorioso con esos mismos caballos en el Circo Máximo? Y además…, bueno, además, ¡Messala es romano!

En una esquina del salón, sentado cómodamente sobre el diván se encuentra Messala. A su alrededor, de pie o sentados, están sus consabidos

admiradores acosándole con preguntas. Desde luego el tema de conversación es uno solo.

Oigamos a Druso y a Cecilio, que acaban de entrar.

—¡Ay, Messala! —exclama el joven príncipe arrojándose sobre el diván—. ¡Te juro por Baco que estoy muy fatigado!

—¿De qué lejano sitio vienes? —pregunta Messala.

—Recorrí las calles hasta el Onfalo, y aún más allá. ¡Quién sabe hasta dónde llegué! Verdaderos ríos humanos; nunca se ha visto tanta gente en la ciudad. Se dice que mañana en el Circo estará reunido el mundo entero.

Messala rio despectivamente, y dijo con sorna:

—¡Qué idiotas! Claro, como nunca han visto unos juegos en el Circo Máximo, organizados por el propio César. ¿Pero qué viste por allí afuera, Druso?

—Nada.

—¿Ah no?, ¿no te olvidas de algo? —dijo Cecilio.

—¿De qué?

—El desfile de los que llevaban distintivos blancos.

—¡Oh maravilla! —gritó Druso, incorporándose a medias—. Nos encontramos un grupo de blancos. Hasta tenían bandera. ¡Qué risa me da!



Y con gran desidia se recostó de nuevo.

—No seas cruel, Druso, explícame más —suplicó Messala.

—No eran más que escoria del desierto, mi apreciado Messala, y esa gentuza que come desperdicios y que se dicen fieles del Templo de Jacob en Jerusalén. ¿Para qué iba a perder el tiempo con ellos?

—Vaya; parece que Druso no quiere reírse más —dijo Cecilio—; pero a mí no me importaría.

—Entonces habla tú.

—Bueno, detuvimos a ese grupo y…

—Les ofrecimos una apuesta —dijo Druso interrumpiendo a su compañero y accediendo a salir de su parquedad para explicar, entre grandes risotadas, lo ocurrido—. Y se acercó un individuo que no tenía la suficiente carne en el rostro para servir de cebo en el anzuelo, y dijo que aceptaba. Yo saqué mis tablillas y le pregunté: «¿Quién es tu hombre?». «Ben-Hur, el judío», contestó. Dije yo, «¿Cuál va a ser la apuesta?». Y respondió, ¡ja ja ja!,

y respondió…, perdóname, Messala. ¡Por los truenos de Júpiter! ¡Ja ja ja! La risa no me deja continuar.

Curiosos, los oyentes se inclinaron hacia él.

Messala miró en dirección de Cecilio.

—Un siclo —dijo este último.

—¡Un siclo, un siclo!

Un estallido de risas burlonas recorrió el sitio mientras los presentes repetían la suma.

—¿Y qué hizo Druso? —preguntó Messala.

En ese instante, un clamor en los alrededores de la puerta produjo una gran agitación; como el rumor continuó y fue creciendo, nuestro grupo también se dirigió hacia allí; también Cecilio se unió a los curiosos, deteniéndose a mitad de camino para decir:

—El noble Druso, querido Messala, guardó sus tablillas, dejando pasar la oportunidad de ganar ese siclo.

—¡Un blanco! —era el grito que se escuchaba junto a la puerta.

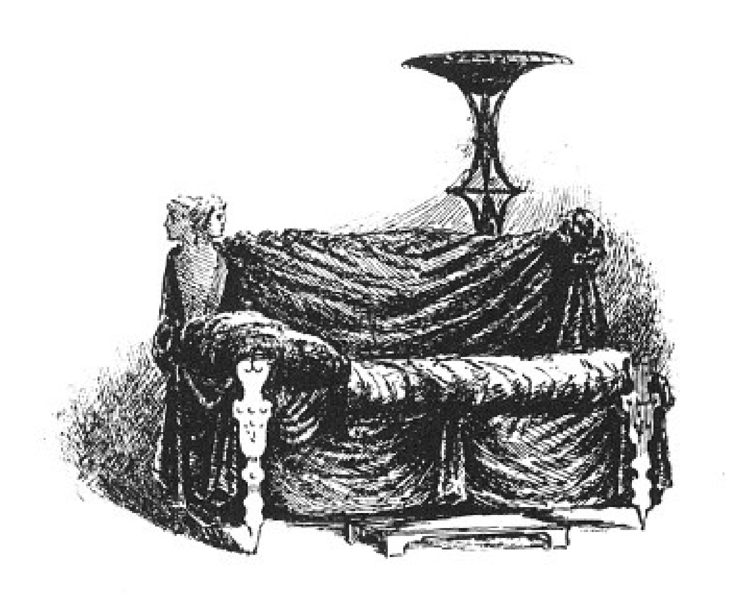
—Dejadle pasar.

—¡Por aquí! ¡Por aquí!

Era tal el bullicio, que en el salón se interrumpieron todos los diálogos, los jugadores de dados suspendieron su ocupación; los que dormían se pusieron de pie frotándose los ojos y, sacando sus tablillas, se apresuraron al centro del salón.

—Te ofrezco…

—Y yo…



—Yo…

La persona recibida con tanto entusiasmo era el judío de aspecto respetable que había sido compañero de viaje de Ben-Hur desde Chipre. Se veía grave, digno y sereno al entrar en la estancia, al tiempo que observaba con atención cuanto le rodeaba. Tanto su túnica como su turbante eran de una blancura inmaculada. Agradeciendo con inclinaciones de cabeza y sonrisas la bienvenida que se le daba, avanzó lentamente hacia la mesa central. Al llegar allí recogió su manto con gesto majestuoso, tomó asiento y levantó la mano. El resplandor de la joya que llevaba en uno de sus dedos contribuyó a que el silencio que se produjo fuese absoluto.



—Romanos, muy nobles romanos, os saludo —dijo.

—¡Pero calma, por Júpiter! ¿Quién es? —decía Druso mientras se acercaba.

Alguien explicó:

—Es un perro israelita, de nombre Sanballat; vende provisiones al ejército y es inmensamente rico, gracias a los contratos de suministros que nunca suministra. Reside en Roma. Remienda sus enredos de manera más delicada que una araña tejiendo su tela. Vamos, ¡por el cinturón de Venus! ¡Hay que atraparlo!

Messala se puso de pie, y al igual que Druso se unió al grupo que rodeaba al recién llegado.

—Se me ocurrió cuando estaba en la calle —dijo el personaje en cuestión, sacando las tablillas y colocándolas sobre la mesa con el aire de quien se dispone a tratar negocios serios— que debía reinar un gran malestar en palacio porque nadie aceptaba vuestras apuestas por Messala. Ya sabéis que los dioses siempre necesitan sacrificios, y aquí estoy yo para sacrificarme. Bien veis cuál es mi color, así que vayamos directamente al grano. Decidme las condiciones primero, y luego las cantidades. ¿Qué ofrecéis?

Tal audacia pareció aturdir a los circunstantes.

—¡Daos prisa! —dijo—; tengo una cita con el cónsul.

El aguijón fue efectivo.

—¡Dos a uno! —gritaron media docena al unísono.

—¿Qué? —exclamó el hombre con expresión atónita—. ¿Solo doble a sencillo siendo vuestro auriga romano?

—Entonces tres a uno.

—¿Tres, habéis dicho? ¡Solamente tres, y el mío no es más que un perro judío! Dadme cuatro a uno.

—Que sean cuatro —dijo un muchacho particularmente ofendido por el sarcasmo.

—¡Cinco, dadme cinco! —gritó el hombre casi al instante.

Sobrevino un profundo silencio.

—Me está esperando el cónsul, vuestro señor y el mío…

Los presentes parecían como paralizados.

—Dadme cinco por el honor de Roma. Cinco a uno.

—Que sean cinco —dijo uno.

Sanballat sonrió y se dispuso a escribir en su tablilla.

—Si el César muriera mañana —dijo deteniéndose de repente—, no todo se habría perdido. Sé que hay en este recinto al menos una persona con el espíritu necesario para reemplazarle. Seis a uno.

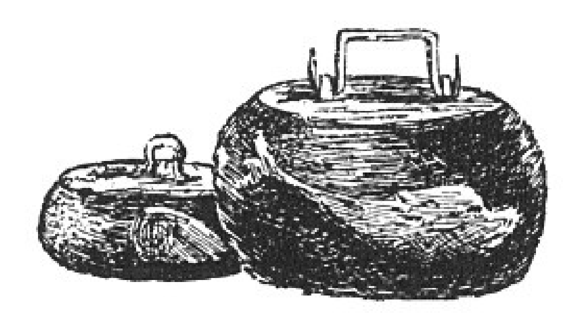
—Que sean seis —dijo Messala, sobreponiéndose al grito entusiasta de los presentes—. ¡Seis a uno! —repitió, en medio de una aclamación aún más atronadora que la anterior—. Es esa la diferencia entre un judío y un romano. Y ahora que lo hemos averiguado, ¡oh redentor de la carne de cerdo!, prosigamos. Dime la cantidad, y rápido; el cónsul te puede hacer llamar, y yo me sentiría desolado.

Sanballat escuchó sin inmutarse las risas de que era objeto, escribió algunas líneas, y las entregó a Messala.

—¡Lee en voz alta, lee! —le pedían todos.

Messala leyó lo siguiente:

> Memorándum: Carrera de cuadrigas. Messala de Roma, en apuesta con Sanballat, también de Roma, afirma que vencerá a Ben-Hur, el judío. Importe de la apuesta: veinte talentos. Condiciones: seis a uno a favor de Sanballat.
> Testigos:
>
> SANBALLAT



En aquel momento nadie se movía, no se escuchaba el menor ruido. Todos parecían haberse quedado congelados en la posición que los había

sorprendido el final de la nota. Messala se quedó mirando fijamente el memorándum, mientras sentía que sobre él se posaban a su vez los ojos incisivos de Sanballat. Tenía que pensar rápidamente. ¡Hacía tan poco tiempo había tomado la palabra en ese mismo sitio para jactarse delante de sus compatriotas! Ellos lo recordarían perfectamente, y si él rehusaba la apuesta perdería la condición de héroe en la que se le tenía. Tampoco podía aceptar, pues no tenía en su haber cien talentos. ¡Ni siquiera la quinta parte de esa suma! Por un instante su mente se quedó completamente en blanco…, el calor desapareció de su rostro; se quedó sin habla. Al cabo de unos largos segundos, al fin se le ocurrió una idea.

—¡Oye tú, judío! —clamó—. ¿Dónde tienes esos veinte talentos? Déjamelos ver.

Se acentuó entonces la sonrisa provocadora de Sanballat.

—Aquí —dijo, entregando a Messala un papel.

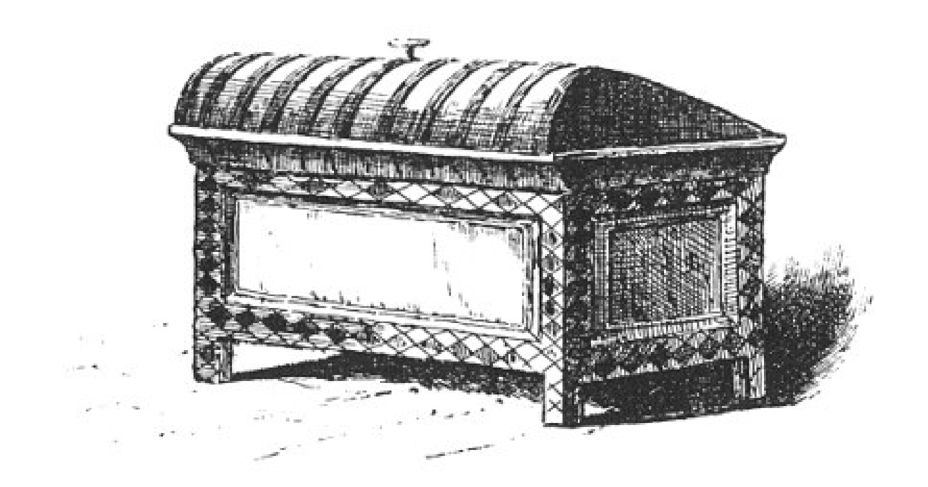
—¡Lee, lee! —gritaban todos a su alrededor.

Así lo hizo Messala.

Antioquía, día 16 del Tammuz[1]

> El portador de la presente, Sanballat de Roma, tiene conmigo, a su completa disposición cincuenta talentos en moneda del César.
>
> SIMÓNIDES

—¡Cincuenta talentos, cincuenta talentos! —repitieron asombrados la mayoría de los presentes.



Intervino entonces Druso para sacar a Messala del aprieto.

—¡Por Hércules! —gritó—. Esa nota miente y el judío es un mentiroso. ¿Quién sino el mismo César podría tener cincuenta talentos a su disposición? ¡Fuera con ese insolente partidario del blanco!

El grito contenía una gran carga de ira, y airadamente fue coreado por los circunstantes; Sanballat, sin embargo, permaneció en su sitio, impertérrito, con una sonrisa que resultaba cada vez más exasperante para Messala, quien finalmente se decidió a hablar.

—Silencio, compatriotas —dijo, consciente de que con la oportuna intervención recuperaba el control de la situación—; uno por uno…, uno por uno por el amor de nuestra antigua Roma… Y tú, perro circuncidado —añadió dirigiéndose a Sanballat—; te ofrecí seis a uno, ¿no es cierto?

—Sí —dijo el judío quedamente.

—Permite ahora que yo fije el importe de la apuesta.

—Si así lo quieres, con la condición que no se trate de una suma insignificante —respondió Sanballat.

—Escribe entonces cinco talentos en lugar de veinte.

—¿Tienes el dinero suficiente?

—¡Por la madre de todos los dioses! Te mostraré los recibos.

—No, no; en el caso de un romano tan gallardo basta con su palabra. Solo que me gustan más los números pares. Digamos seis y estaré de acuerdo.

—Que así sea.

Intercambiaron entonces las anotaciones de las respectivas apuestas.

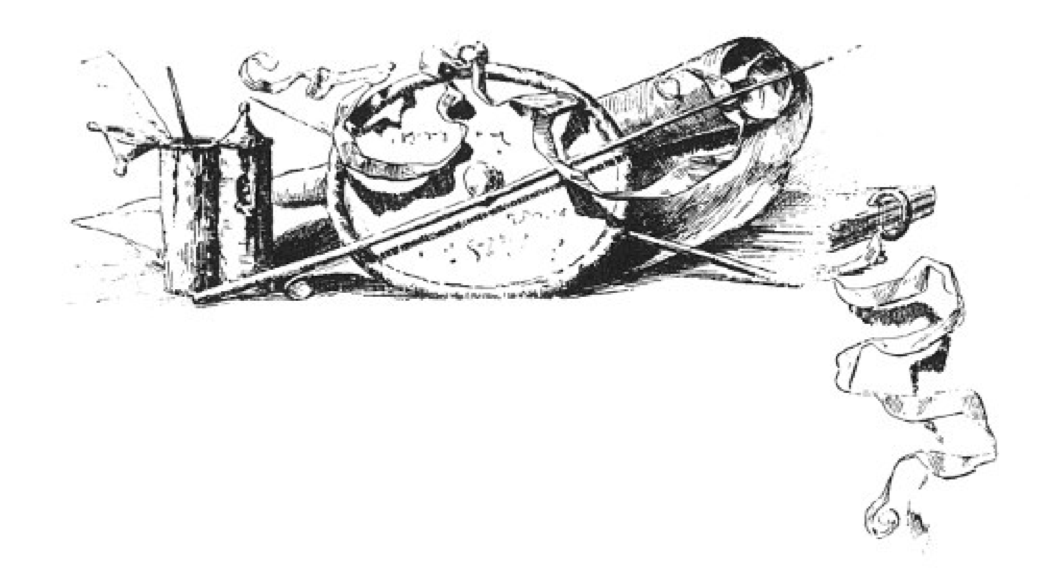
Sanballat se puso de pie y miró a su alrededor con una expresión desdeñosa en lugar de la sonrisa. Nadie conocía mejor que él a aquellos con quienes trataba.

—Romanos —dijo—; otra apuesta…, si os atrevéis. Apuesto cinco talentos contra cinco talentos a que ganará el blanco. Os desafío colectivamente.

Una vez más la sorpresa fue general.

—¿Cómo? —profirió pasado un instante de silencio—. ¿Podrá decirse mañana en el Circo que un perro israelita se introdujo en un salón de palacio repleto de nobles romanos, y entre ellos un vástago del César, para ofrecerles una apuesta de cinco talentos y que ninguno tuvo el valor de aceptarla?

La pulla resultaba insoportable, y Druso exclamó a grandes voces:



—Claro que tenemos valor, insolente. ¡Vale la apuesta! Escribe el desafío y déjalo sobre la mesa, y si mañana constatamos que en verdad tienes tanto dinero para invertir en una empresa tan descabellada, yo, Druso, prometo que la apuesta será aceptada.

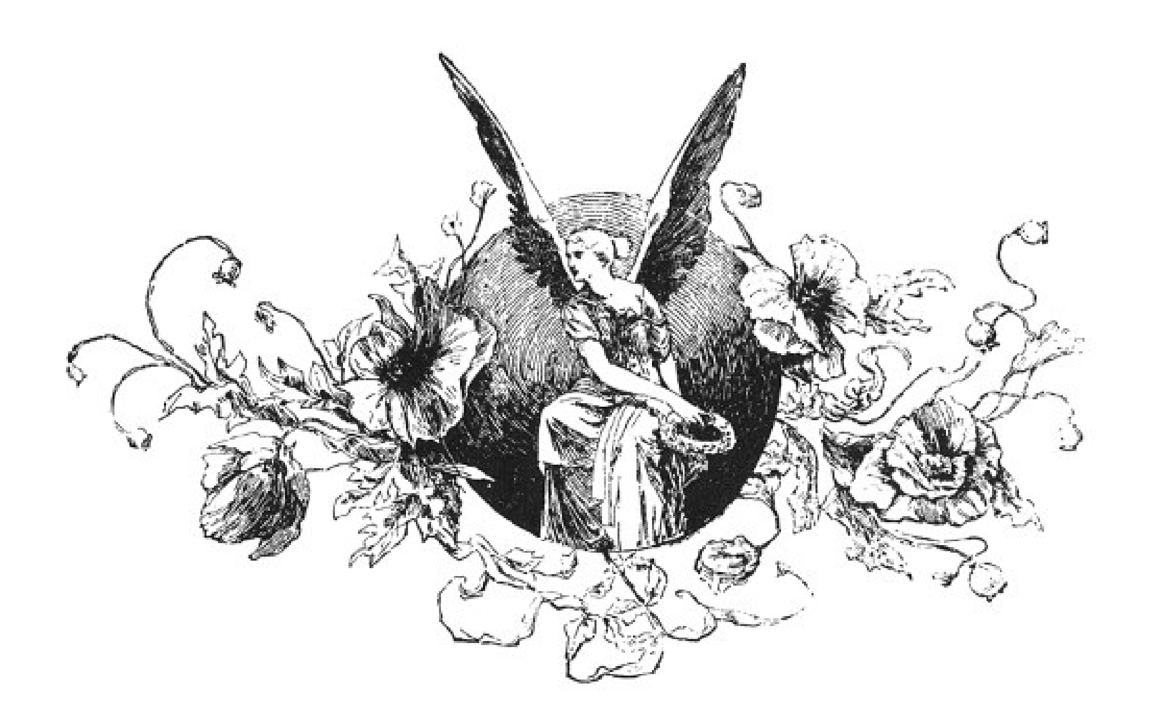
Sanballat volvió a escribir, y levantándose dijo, tan inconmovible como siempre:

—Mira, Druso, dejo la oferta contigo. Cuando esté firmada, asegúrate que esté en mi poder antes de la carrera. Estaré con el cónsul en un asiento cerca de la Porta Pompae. La paz sea contigo; la paz sea con todos vosotros.

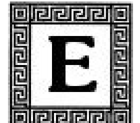
Hizo una reverencia y se marchó, indiferente a los gritos de burla que le acompañaron a medida que se alejaba.

Por la noche, la historia de la prodigiosa apuesta corría por las calles y llegaba hasta los últimos confines de la ciudad; muy pronto llegó a oídos de Ben-Hur, quien descansaba cerca de sus cuatro caballos; también se le informó que estaba en juego toda la fortuna de Messala.

Lleno de regocijo se quedó dormido poco después, y nunca durmió mejor que aquella noche.



Capítulo XII
El Circo

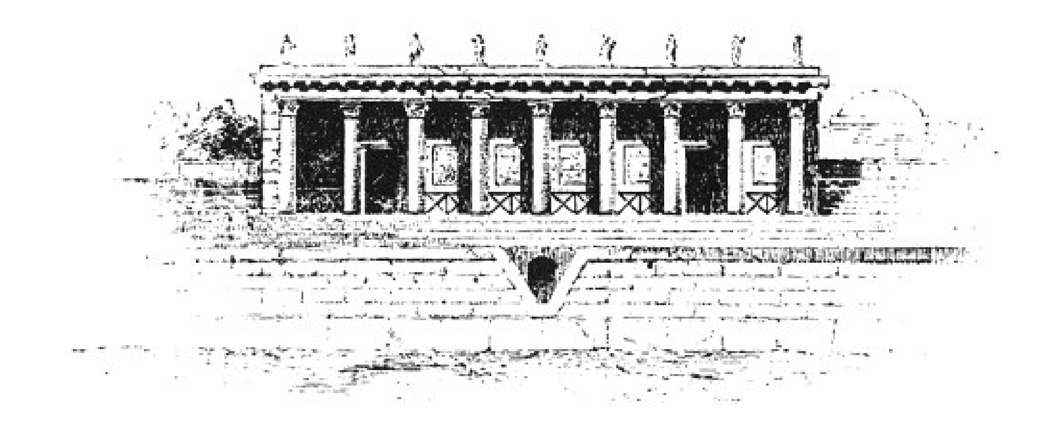
l Circo de Antioquía estaba situado en la orilla sur del río, casi en frente de la isla, y no difería en modo alguno de otras edificaciones del mismo tipo.

En esencia, los juegos eran un regalo para la población, y, por lo tanto, podían asistir a ellos todas las personas que lo deseasen. No es de extrañar, entonces, que a pesar de la gran capacidad del recinto, muchos, temiendo que resultara insuficiente, desde el día anterior a la inauguración habían ocupado todos los espacios libres en las proximidades del Circo, acomodándose en sus improvisadas tiendas de campaña como un ejército que se dispone a entrar en combate.

A medianoche se abrieron de par en par las puertas, y la multitud se abalanzó hacia el interior para buscar sitio en alguna de las secciones a las cuales tenían acceso. Una vez que lo encontraban, habría sido necesario un terremoto o el ataque de un ejército armado de lanzas para moverlos de allí. Dormían como mejor podían sobre las bancas, y allí mismo tomaban el desayuno. Horas después, cuando finalizaban los ejercicios preliminares, seguían en el mismo sitio e igual de ansiosos por contemplar el espectáculo.

Las personas de categoría como tenían sus puestos reservados, solo empezaban a dirigirse hacia el Circo a primera hora de la mañana; los nobles y los más ricos se distinguían por sus literas y por el séquito de criados.

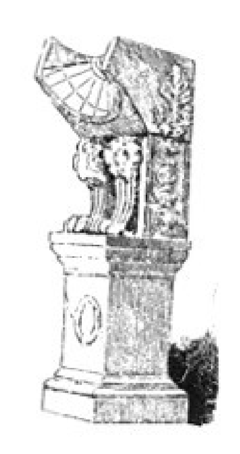
Hacia la segunda hora de la mañana, el flujo de personas que venían de la ciudad hacia el Circo era como una corriente ininterrumpida.



Exactamente cuando la saeta del reloj oficial en lo alto de la ciudadela indicaba que había transcurrido media hora desde la segunda de la mañana, descendía desde el Monte Sulpio la legión, vistiendo la armadura completa y exhibiendo todos sus emblemas; un poco más tarde, cuando la retaguardia de la última cohorte desapareció en el puente, la ciudad se quedó literalmente despoblada… No todos cabrían en el Circo, pero de cualquier modo hacia allí se dirigían.

Una gran afluencia de gente concentrada a orillas del río pudo presenciar cómo el cónsul era conducido desde la isla en una embarcación estatal. Cuando arribó el insigne hombre y fue recibido con gran pompa por la legión, aquel despliegue marcial se desplazó al mismo Circo como centro de atención.

A la tercera hora de la mañana, la audiencia, si así se la puede llamar, colmaba por completo el recinto; poco después, un preludio de trompetas reclamó el silencio, y en seguida la mirada de más de cien mil espectadores se dirigió hacia un bloque que formaba la sección oriental del Circo.



Se encontraba allí la llamada Porta Pompae, un amplio pasaje en forma de arco, en lo alto de la cual había una tribuna magníficamente decorada con insignias y estandartes de la legión, en medio de la cual tenía el cónsul un sitio de honor. En la parte inferior del pasaje existía un sótano, dividido en varios establos, llamado *carceres*, cada uno protegido por macizos portones sujetos a columnas esculpidas. Sobre los establos se veía una cornisa coronada por una balaustrada de poca altura, detrás de la cual se elevaban las graderías, que en esa zona estaban ocupadas por un gran número de dignatarios soberbiamente vestidos. Esta sección, que cubría un extremo del Circo en toda su amplitud estaba flanqueada por torreones, que además de dar gracia a la construcción, servían para fijar el *velarium* o toldos de color púrpura que concedían una agradable sombra a la tribuna de los notables.

Quizás el lector podría comprender mejor la disposición del interior del Circo, si se imaginase sentado junto al cónsul en la tribuna, de cara al Occidente.

A ambos lados de la tribuna podría ver las entradas principales, sumamente amplias, guardadas por puertas sujetas a los torreones. Justo debajo de él estaría la liza, una superficie plana de considerable extensión,

cubierta de fina arena blanca. Allí tendrán lugar todas las pruebas, con excepción de las carreras a pie.

Si mirara más allá de la liza, hacia el Occidente, vería un pedestal de mármol que sostiene tres pilares cónicos de piedra gris, muy bien tallados. Mucha atención recibirán esos pilares durante el día, pues son la primera meta y marcan el comienzo y el final de las carreras. Detrás del pedestal, pero dejando un espacio suficiente para erigir un altar, comienza una muralla de diez o doce pies de espesor y cinco o seis de altura, que se extiende exactamente doscientas yardas, lo cual equivale a un estadio olímpico.

En el extremo más distante de la muralla, o sea el occidental, alcanzaría a ver otro pedestal, también con pilares, que señala la segunda meta.

Los competidores entrarán a la pista por el lado derecho de la primera meta, y tendrán siempre la muralla a su izquierda. El sitio donde comienzan y terminan las carreras, se encuentra directamente en frente del asiento que ocupa el cónsul, que es naturalmente el asiento más codiciado en todo el Circo.

Ahora bien, si el lector, que aún debe estar sentado en la tribuna consular sobre la Porta Pompae, levantara su mirada de la pista al interior del edificio, lo primero que llamaría su atención, sería una pared de quince o veinte pies de altura, con una balaustrada en su cima, que marca el límite exterior de la pista. Si sigue con la vista esta especie de balcón alrededor de la pista, encontrará en tres sitios aberturas que permiten la entrada o salida, dos en la parte norte y una en la parte occidental. Esta última está profusamente adornada, y es llamada la Puerta de Triunfo, porque al final de la jornada salen por allí los vencedores, tocados por su correspondiente corona de laurel y seguidos por un cortejo triunfal.

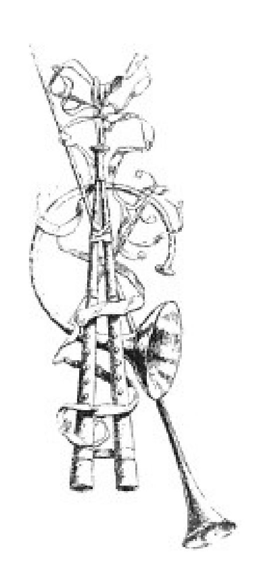
En su parte occidental, el balcón rodea la pista formando un semicírculo, y allí se levantan dos enormes galerías.

Directamente detrás de la balaustrada y sobre la albardilla del balcón, se encuentra la primera hilera de asientos, y detrás de esta comienzan a ascender las siguientes hileras, cada una más alta que la anterior, descubriendo un espectáculo de enorme interés: el de un apretado espacio donde se pueden contemplar las caras entusiasmadas de todo tipo de gentes, así como el colorido de sus variopintas vestimentas.

El común de la gente ocupa un sector al final de la parte occidental, a partir del punto donde termina el toldo, colocado, según parece,

exclusivamente para la mayor comodidad de las clases altas.

Teniendo a la vista la totalidad del interior del Circo en el momento en que suenan las trompetas, el lector debería imaginarse aquella multitud en las graderías, que de repente se queda silenciosa e inmóvil, con el interés concentrado en la pista.



Desde el costado oriental, en la parte exterior de la Porta Pompae, llega un sonido de voces e instrumentos musicales. Al punto hace su entrada el coro que encabeza la procesión, dando así comienzo al festejo. Vienen detrás el organizador de los juegos, las autoridades cívicas y los patrocinadores, todos vestidos con finas túnicas y adornados con guirnaldas; luego las efigies de los dioses, algunas sobre plataformas que son portadas por varios hombres, y otras sobre enormes carrozas magníficamente decoradas; un poco más atrás los participantes en las pruebas de ese día con el atuendo que han de usar en la respectiva competición.

Después de atravesar lentamente la liza, el cortejo procede a darle la vuelta a la pista. El espectáculo resulta hermoso e imponente. El beneplácito de los asistentes se eleva clamoroso, henchido, creciente, como las olas que rodean un barco en movimiento. Si bien los impávidos dioses no dan ninguna señal de agradecer la bienvenida, el organizador y sus asistentes son algo más expresivos.

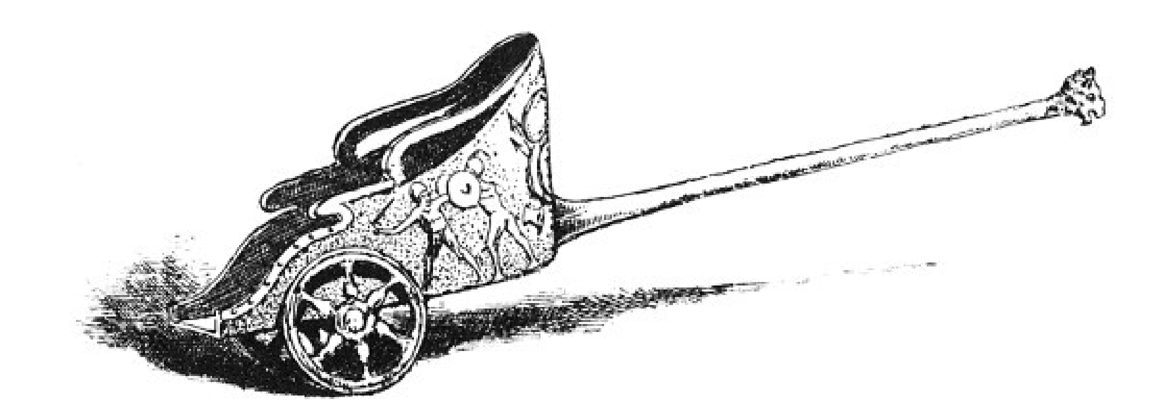
El saludo que se da a los atletas es aún más entusiasta, pues no hay un solo hombre en todo el recinto que no haya concertado alguna apuesta, aunque solo sea de un ardite[1]. Ya medida que avanza el cortejo es fácil distinguir a los favoritos del público en cada deporte, ya sea porque sus nombres son coreados atronadoramente o porque reciben desde los balcones una lluvia intensa de guirnaldas y festones.

No puede caber ninguna duda, empero, que la prueba que goza de mayor popularidad entre los asistentes es la carrera de cuadrigas. Al esplendor de los vehículos, y la gran belleza de los caballos, se debe añadir —ahora que están a la vista de todos—, la airosa presencia y el encanto personal de los aurigas. Los seis hombres visten túnicas cortas, sin mangas, de lana muy fina, y del color que a cada uno se le asigna en el programa. Todos aparecen acompañados por un jinete, con la excepción de Ben-Hur, que por alguna razón —posiblemente desconfianza— ha preferido desfilar solo. Del mismo modo, ha prescindido del yelmo que llevan sus adversarios. Al acercarse el

cortejo a las tribunas, los espectadores se ponen de pie y el clamor aumenta sensiblemente, un clamor en el que un oído atento alcanzaría a distinguir ahora los tonos más agudos de mujeres y niños. Simultáneamente, las guirnaldas lanzadas desde los balcones se convierten de lluvia a tormenta de rosas, que después de acariciar los cuerpos de los hombres van a depositarse en los pescantes. Los caballos, que comparten la ovación, no parecen menos conscientes que sus amos del honor que se les brinda.

Al igual que ocurrió cuando desfilaban los participantes en las otras pruebas, muy pronto se hace evidente que algunos de los aurigas cuentan con el favoritismo de los espectadores; más aún, casi todas las personas que ocupan las graderías, hombres, mujeres y niños, exhiben el color de alguno de los participantes, generalmente una banda alrededor del pecho o una cinta que ciñe la frente. Observando cuidadosamente el conjunto podrá observarse que las divisas que predominan son el blanco y el escarlata y oro.

Podría pensarse que en una competición en que se arriesgaban importantes sumas de dinero, las predilecciones corresponderían según las cualidades de los caballos o a su actuación en pruebas anteriores, pero el hecho es que obedecían más bien a la nacionalidad de las cuadrigas. Así pues, si el bizantino y el sidonio solo tenían un apoyo reducido, se debía a que había muy pocos compatriotas suyos entre los asistentes. Por otra parte los griegos, aunque bastante numerosos, dividían sus preferencias entre el corintio y el ateniense. El escarlata y oro de Messala no habría salido mucho mejor librado que el amarillo del corintio o el verde del ateniense si no hubiese sido porque los habitantes de Antioquía, proverbialmente inclinados a halagar a los poderes imperiales, se habían sumado a los romanos para apoyar a su representante. Quedaba, no obstante, la gente del campo, los sirios, los judíos, los árabes, que respaldaban el blanco, en parte por la confianza que les merecía la noble sangre de los caballos de Ilderim y, en parte, por el odio que sentían por los romanos y el deseo vehemente que tenían de verlos vencidos y humillados. El grupo que formaban era probablemente el más numeroso, y, en todo caso, el más ruidoso.



A medida que los conductores recorren la pista, el entusiasmo va en aumento; en las cercanías de la segunda meta, donde el blanco predomina ostensiblemente en las galerías, los espectadores casi han agotado sus flores, pero no dejan de atronar el aire con los gritos de «¡Ben-Hur!, ¡Ben-Hur!», a los que responden otros no menos estentóreos de «¡Messala, Messala!», en una sección vecina.

Tras el paso del cortejo, se sientan los integrantes de los diferentes bandos y reanudan la conversación.

—¡Por Baco! ¡Qué apuesto es! —exclama una mujer, que por el color de la cinta que ondea en su cabello es partidaria del romano.

—¡Y qué vehículo más espléndido tiene! —añade un vecino con las mismas preferencias—. ¡Oro y marfil por doquier! ¡Quiera Júpiter que gane!

En el banco inmediatamente posterior al de estos dos, son muy distintas las palabras que se escuchan.

—Apuesto cien siclos por el judío.

La voz es singularmente aguda.

—No; no te apresures —susurra un amigo al que acaba de hablar, tratando de refrenarle—. Los hijos de Jacob no deben entusiasmarse mucho con estos juegos gentiles, que a menudo resultan execrables a los ojos del Señor.

—Muy cierto; ¿pero alguna vez has visto a un auriga más sereno y confiado? ¡Y has visto qué brazo tiene!

—¡Y qué caballos! —dice un tercero.

—Y además —agrega otro—, se dice que conoce todos los trucos de los romanos.

Una mujer completa el panegírico:

—Y es aun más apuesto que el romano.

Alentado por los comentarios, el hombre de la voz aguda grita de nuevo:

—Apuesto cien siclos por el judío.

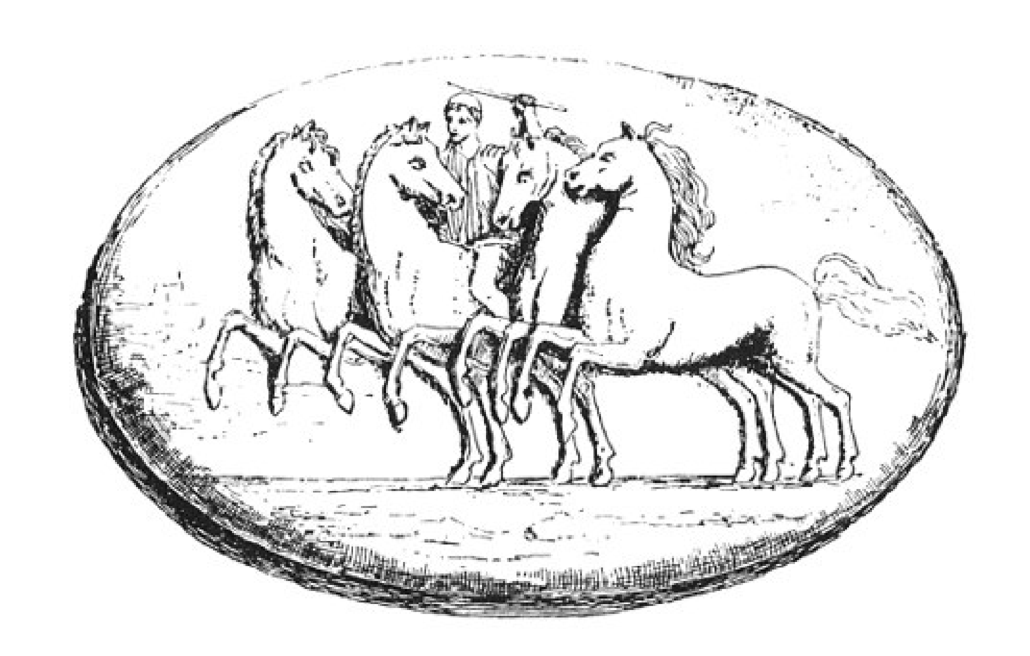
—¡Qué necio! —le espeta un antioqueno desde una de las bancas delanteras del balcón—. ¿Acaso no sabes que hay una apuesta contra él y a favor de Messala, con una ventaja de seis a uno? Guárdate tus siclos antes que Abraham se levante de su tumba y te castigue.

—Oye tú, burro antioqueno, deja ya de rebuznar. ¿Y acaso no sabes que es obra de Messala apostándose a sí mismo? —contrarrestó alguno situado más atrás.

Siguió así la controversia, que por momentos fue adquiriendo matices muy poco afables.

Cuando por fin terminó el cortejo y todos los que en él participaban volvieron a entrar por la Porta Pompae, Ben-Hur sabía que había conseguido lo que tanto anhelaba.

Oriente tenía la mirada puesta en su confrontación con Messala.

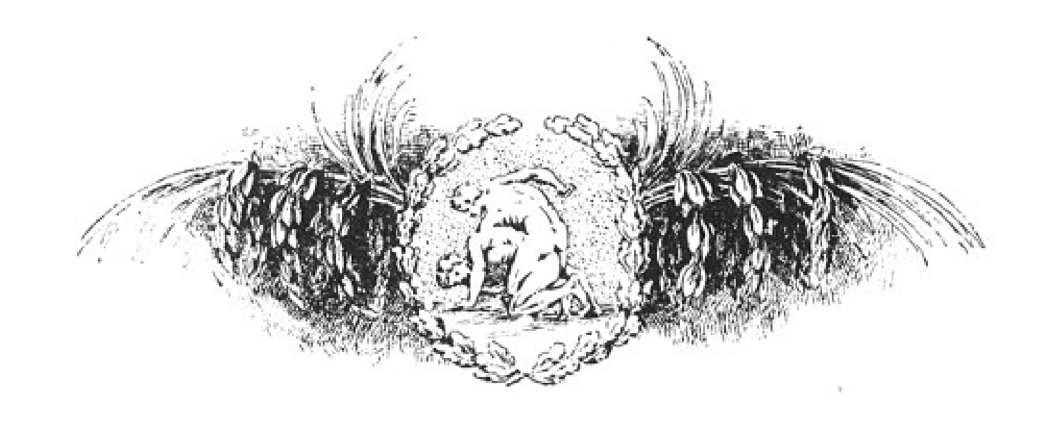


Capítulo XIII
La salida

Hacia las tres en punto de la tarde —empleando la división horaria moderna— había concluido el programa de pruebas, salvo la carrera de cuadrigas. El organizador de los juegos, considerando prudente el bienestar de los espectadores, eligió ese momento para un descanso. Instantáneamente se abrieron de par en par los vomitorios[1], y un gran número de espectadores se dirigió al pórtico exterior, donde se encontraban los puestos de comida. Los que se quedaron en sus sitios, bostezaban, conversaban, intercambiaban confidencias, consultaban sus tablillas… Dejando de lado todas las distinciones y clasificaciones, existían ahora dos grandes grupos: el de los ganadores, que se mostraban alegres, y el de los perdedores, taciturnos y quisquillosos.

Un tercer grupo, compuesto por aquellos que solo estaban interesados en presenciar la carrera de cuadrigas, aprovecharon el receso para pasar a las tribunas y ocupar los sitios previamente reservados, considerando que era el momento apropiado para evitarle molestias a los demás espectadores y no llamar demasiado la atención. Figuraban entre ellos Simónides y sus acompañantes, que tenían puestos en los alrededores de la entrada principal del lado norte, en frente del cónsul.

A medida que los cuatro fornidos criados subían por un ala de las graderías cargando a Simónides en su sillón, la curiosidad iba en aumento. Alguien lo reconoció y pronunció su nombre. Quienes estaban cerca lo repitieron a sus vecinos, y así se fue pasando la voz rápidamente, y los espectadores comenzaron a ponerse de pie para echarle un vistazo a aquel hombre sobre el que circulaba una historia novelesca en la que se mezclaban la buena y la mala suerte de tal modo que hasta entonces no se había oído otra igual.



El jeque Ilderim también fue reconocido y saludado cálidamente, pero nadie conocía a Baltazar ni a las dos mujeres cubiertas por velos que lo seguían.

Los espectadores se hacían a un lado respetuosamente para que pasara el grupo, y los acomodadores los situaron bastante cerca unos de otros, de modo que les fuese posible hablar entre sí, en una sección junto a la balaustrada, con buena vista de la liza. Para mayor comodidad, los integrantes del grupo traían cojines para sentarse y taburetes para apoyar los pies.

Las dos mujeres eran Iras y Esther.

En cuanto se sentaron, Esther dirigió una mirada temerosa al Circo y en seguida se subió el velo, hasta que apenas se alcanzaban a ver sus ojos; la egipcia, por el contrario, dejó caer el velo sobre sus espaldas, de manera que su rostro quedara por completo descubierto, y contempló lo que la rodeaba, aparentemente ajena a las miradas que la observaban fijamente.

Los recién llegados estaban todavía enfrascados en un primer examen del grandioso espectáculo, cuando entraron en la arena varios trabajadores y se ocuparon en extender una soga blanqueada con cal a todo lo ancho de la liza en frente de los pilares donde estaba situada la primera meta.

Casi simultáneamente, salieron seis hombres por la Porta Pompae, y se situaron en frente de cada una de las cuadras. Al instante, un zumbido de voces se extendió por todo el edificio.

—¡Mirad, mirad! El verde se dirige al número cuatro, a la derecha; ese es el ateniense.

—Parece que Messala es el número dos… Sí, sí.

—Y el corintio…

—Mirad el blanco…, se ha detenido. Debe ser el número uno desde la izquierda.

—No; allí se ha colocado el negro; entonces el blanco es el número dos.

—Así es.



Estos seis hombres encargados de guardar las puertas de cada establo, debe quedar claro, vestían túnicas con el color correspondiente a cada conductor; a partir de ese momento, entonces, los espectadores sabían qué puesto correspondía a su favorito al tomar la salida.

—¿Y alguna vez has visto a Messala? —preguntó la egipcia a Esther.

La judía, estremeciéndose, respondió que no. Si acaso no era el mayor enemigo de su padre, en todo caso lo era de Ben-Hur.

—Es tan bello como Apolo —respondió Iras.

Mientras pronunciaba las últimas palabras había aparecido en los ojos de la egipcia un resplandor particular, y con expresión soñadora había agitado el abanico. «¿Será por ventura más apuesto que Ben-Hur?», pensaba Esther mientras la miraba. Estaba sumida en tales pensamientos cuando escuchó que Ilderim le decía a su padre que al conductor por quien preguntaba le correspondía el número dos desde la izquierda a partir de la Porta Pompae. La joven, pensando que se referían a Ben-Hur, dirigió su mirada hacia ese punto, y apretándose aún más el velo musitó una breve oración.

En ese instante Sanballat se aproximó al grupo.

—Vengo de los establos, ¡oh jeque! —dijo, saludando a Ilderim con una grave reverencia—, y puedo decir que los caballos se encuentran en perfectas condiciones.

Ilderim se limitó a responder:

—Solo ruego que si son denotados, que, al menos, el vencedor no sea Messala.

Volviéndose hacia Simónides, Sanballat sacó una tablilla y dijo:

—También tengo algo de interés para ti. Recordarás que cuando te informé de la apuesta que concerté anoche con Messala, te dije que otra quedaba pendiente y que si era aceptada debía serme entregada por escrito antes del inicio de la carrera. Pues bien, aquí está.

Simónides sacó entonces la tablilla y leyó cuidadosamente el memorándum.

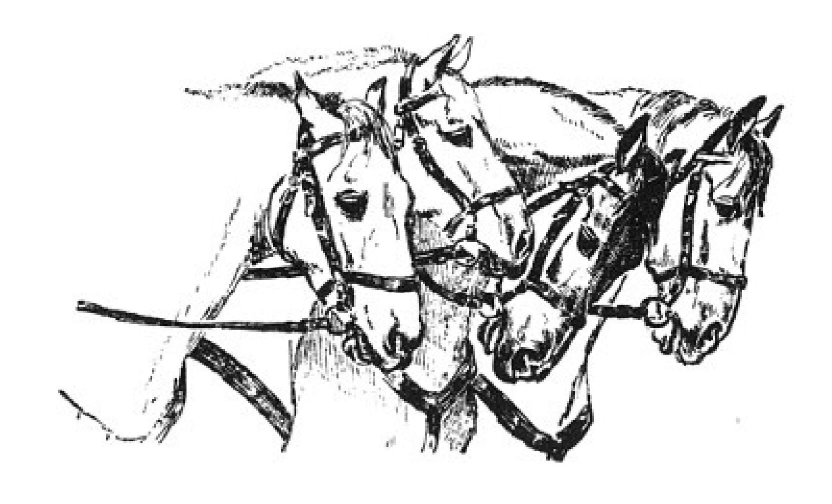
—En efecto —dijo el mercader—, vino a verme un emisario para inquirir si en verdad guardabas tanto dinero conmigo. Cuida bien de la tablilla. Si pierdes, ya sabes donde ir…, y si ganas, ¡ay amigo!, si ganas, ten aún más cuidado. Asegúrate que no se escapen quienes han firmado y oblígales a pagar hasta el último siclo. Exactamente lo mismo que harían ellos con nosotros.

—Ten confianza en mí —replicó Sanballat.

—¿No vas a sentarte con nosotros? —preguntó Simónides.

—Es muy amable de tu parte —replicó el otro—, pero si me alejo mucho del cónsul, los jóvenes patricios allí abajo se pondrán muy nerviosos. La paz sea contigo; la paz sea con todos vosotros.

Finalmente terminó el descanso; sonaron las trompetas, y quienes habían abandonado sus sitios, se apresuraron a volver a ellos. Al mismo tiempo aparecieron en la arena algunos subalternos y subiendo a una de las paredes divisorias, se dirigieron a una cornisa en el extremo occidental, cerca de la segunda meta, y colocaron sobre ella siete esferas de madera; luego regresaron a la primera de las metas, y sobre otra cornisa dispusieron siete piezas de madera talladas en forma de delfín.



—¿Para qué se utilizan esas esferas y los pescados, jeque Ilderim? —preguntó Baltazar.

—¿Nunca has presenciado una carrera? —preguntó a su vez Ilderim.

—Nunca. Y ni siquiera sé muy bien por qué estoy aquí.

—Pues bien, sirven para llevar la cuenta. Cada vez que se completa una vuelta cae una de las esferas y uno de los delfines.

Habían finalizado los preparativos, y un trompetero de llamativo uniforme situado cerca del organizador de los juegos, se puso de pie, listo para dar la señal de partida en cuanto recibiese la orden. Como por encanto cesó la agitación entre los espectadores y el murmullo de las voces. Todos los rostros se volvieron hacia el Oriente, y todos los ojos se fijaron en las seis cuadras, detrás de las cuales se encontraban los participantes.

El inusitado sonrojo en las mejillas de Simónides era prueba que también él era partícipe del entusiasmo general. Ilderim se mesaba la barba con movimientos rápidos y enérgicos.

—Mira con atención al romano —dijo la bella egipcia a Esther, pero esta no la escuchó, pues con el velo muy apretado y el corazón galopante estaba concentrada en buscar a Ben-Hur.

Es conveniente explicar que la estructura donde se hallaban las cuadras tenía la forma de un segmento de círculo, con su punto central proyectándose hacia la zona donde estaba la primera meta y diseñado de tal modo que todas las cuadras se encontraban a la misma distancia de la línea de partida o soga cubierta de cal que se mencionó más arriba.

Un toque de trompeta, breve y nítido, resonó en todo el Circo. Al punto seis subalternos aparecieron detrás de los pilares y saltaron a la zona de partida, listos para dar ayuda a cada una de las cuadrigas en caso que tuvieran dificultades para ordenar sus caballos.

En primer lugar salieron los asistentes de los conductores, cinco en total, pues Ben-Hur había rehusado el servicio. Se bajó la soga para dejarlos pasar, y luego se alzó de nuevo. A pesar de que montaban hermosos ejemplares, apenas recibieron la atención de los espectadores, a quienes les resultaba difícil desviar la mirada de las puertas entreabiertas de los establos, detrás de las cuales se escuchaban las ansiosas pisadas de los caballos y las voces no menos ansiosas de los conductores.

Se dispuso la soga que servía de línea de partida, los encargados de cada puerta de establo llamaron a sus hombres, y en los balcones los acomodadores comenzaron a agitar las manos y a pedir a grandes voces que se sentara todo el mundo.

Más fácil habría sido detener una tormenta con las manos.

De los establos salieron raudas las seis cuadrigas, como disparadas por un enorme cañón. La multitud, electrizada, irrefrenable, comenzó a saltar en sus asientos, llenando el Circo y la zona circundante con sus gritos y juramentos. Había llegado por fin el momento que tan pacientemente esperaban…, el momento de interés supremo, acariciado en los sueños y repetido en todas las conversaciones desde la proclama de los juegos.

—Allí está…, mira…, allí —gritaba Iras señalando a Messala.

—Ya lo he visto —respondió Esther, sin quitar los ojos de Ben-Hur.

En ese instante el velo que cubría el rostro de la joven judía cayó sobre sus hombros; en seguida fue a recogerlo, pero llenándose de valor decidió no hacerlo. Por un segundo sintió el gozo que suscita realizar un acto heroico en presencia de una multitud, y alcanzó a intuir la razón por la cual, en medio del frenesí de una actuación en público, un hombre es capaz de burlarse de la muerte, o de olvidarse por completo de ella.

Ahora los competidores estaban a la vista de casi todos los asistentes. La carrera propiamente dicha, sin embargo, solo comenzaba cuando las cuadrigas cruzaban con éxito la soga cubierta de cal que indicaba la partida.



La soga se tendía con el propósito de asegurar una salida pareja. Si se llegaba a ella con excesiva velocidad y la rompía uno de los competidores antes que los demás, el impacto podía producir desconcierto entre los caballos o el conductor podía perder el equilibrio; y si por el contrario una de las cuadrigas se acercaba a ella con demasiada cautela, corría el riesgo de verse rezagado desde el principio de la carrera, renunciando a la enorme ventaja que significaba correr junto al muro divisorio en la parte interior de la pista.

Los espectadores conocían perfectamente la importancia de esta parte de la prueba, así como sus riesgos y consecuencias. Y si eran ciertas las palabras

del viejo Néstor[2] cuando entregó las riendas a su hijo diciendo «no es la fuerza sino el arte lo que concede la victoria, y no es tan crucial la velocidad como la pericia», entonces los espectadores tendrían motivos para pensar que esta parte preliminar de la carrera podría señalar los más serios candidatos al triunfo. No es de extrañar entonces que todos esperasen ese resultado con la respiración contenida.



La arena parecía brillar con una luz cegadora; sin embargo todos los conductores miraban fijamente la línea de partida, levantando a veces la vista solo para buscar la codiciada posición junto al muro divisorio. Así pues, con las seis cuadrigas dirigiéndose al mismo punto a gran velocidad, parecía inevitable que se produjese una colisión. Y el área por donde habrían de cruzar tenía una amplitud de solo doscientos cincuenta pies. Era necesario entonces que los conductores mantuviesen el ojo avizor y la mano firme, y que en el momento indicado hiciesen un rápido y exacto cálculo. ¡Si llegasen a desviar la vista en estos momentos! ¡O se permitiesen un instante de distracción! ¡O se les escapara una rienda! ¡Y cuál no sería la curiosidad por mirar en dirección de los balcones donde se apretaba aquella abigarrada multitud! Una sola mirada, aunque solo fuese para buscar el rostro de la persona amada, podría resultar fatal.

El postrer y divino toque que concede perfección a la belleza es el movimiento intenso. Si estamos de acuerdo con esta afirmación, debemos aceptar entonces que hay muy pocas cosas en nuestros días, de pasatiempos tan moderados y deportes tan sosos, que se puedan comparar al espectáculo que ofrecían estos seis participantes. Dejemos entonces que el lector trate de imaginarlo; dejemos que mire en primer lugar hacia la arena y la vea resplandecer enmarcada por las sólidas murallas de granito; dejemos que paseando sus ojos por la liza contemple los diferentes carros, con sus ligeras ruedas, sus líneas gráciles y la llamativa superficie, meticulosamente pintada y pulida (y el de Messala ornado además con marfil y oro); dejemos que examine a los conductores, erguidos y armoniosos como estatuas, imperturbables a pesar de las violentas sacudidas de los carros, sus brazos y piernas al descubierto, frescos y rozagantes por la acción bienhechora de los baños; en la mano derecha los amenazadores aguijones, y en la izquierda las riendas cuidadosamente separadas, y sostenidas en alto para que no interfieran

con la visión de los corceles; dejemos luego que el lector observe los caballos de cada cuadriga, elegidos tanto por su belleza como por su suavidad, y los contemple en acción, con sus soberbios movimientos, las cabezas agitadas al viento, los ollares que se dilatan y se contraen en rápida sucesión, los cascos, demasiado exquisitos para la arena ardiente que apenas se dignan tocar, las patas esbeltas y finas que sin embargo golpean el suelo con la fuerza de martillos, y, en fin, cada músculo de sus vigorosos cuerpos pletórico de gloriosa vivacidad, justificando así que el mundo utilice su nombre para la principal de las medidas de fuerza. Y junto con los carros, conductores y caballos, dejemos que el lector haga un esfuerzo para visualizar el conjunto, para hacerse una imagen global lo más clara posible, para que pueda compartir la alegría y el placer profundo de los espectadores presentes en el Circo… Cada época trae consigo largas caravanas de penas, ¡que el Cielo se apiade de aquellas en las que no existan también motivos de regocijo!

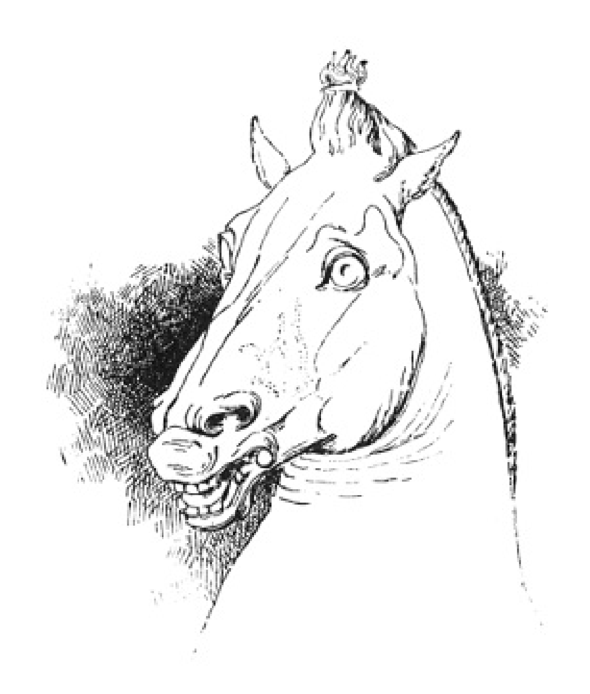
Los competidores avanzaban ahora a toda velocidad en busca de la posición junto al muro divisorio. Ya hemos dicho que renunciar a esa ventaja sería tanto como renunciar de antemano a ganar la carrera, de modo que ninguno de los seis estaba dispuesto a ceder, menos aún cuando ya estaban a medio camino. Los gritos de los asistentes pretendiendo animar a sus favoritos, se confundían en un rugido indescifrable e indescriptible.

Las seis cuadrigas se acercaban a la soga formando un grupo compacto. En ese instante, el trompetista que se hallaba junto al organizador de los juegos dio un enérgico toque de trompeta. El ruido imperante era tal, que no se alcanzó a escuchar ni a veinte pies de distancia; los jueces, sin embargo, que estaban más pendientes del movimiento que del sonido, descendieron la soga, y a fe que lo hicieron en el momento preciso, pues no había acabado de caer cuando ya era alcanzada por las patas delanteras de uno de los caballos de Messala. El romano, envalentonado, agitó su largo látigo, aflojó las riendas, se inclinó hacia adelante, y mientras profería un grito triunfal, aseguró la posición contigua al muro.

—¡Júpiter nos ayuda, Júpiter nos ayuda! —clamaban los partidarios del romano en un frenesí de alegría.

Cuando Messala tomaba la curva, la leonina cabeza de bronce que remataba su eje enganchó la pata delantera de uno de los caballos del ateniense, haciendo que el pobre animal tropezara con su vecino de yugo, y que ambos se tambalearan, se enredaran y perdieran el paso. La multitud,

horrorizada, contuvo el aliento; en la sección donde se hallaba el cónsul, empero, se escucharon alaridos de entusiasmo.



—¡Júpiter nos ayuda! —exclamaba Druso frenéticamente.

—¡Está ganando Messala, por Júpiter! —replicaban sus compañeros, viendo que el romano cobraba mayor ventaja.

Con la tablilla en la mano, Sanballat se volvió hacia ellos, pero no alcanzó a hablar pues se produjo un estruendo en la pista.

El ateniense, que trataba de dominar su cuadriga después del dañino roce del eje, había tratado de orientar los caballos a su derecha, donde ahora cabalgaba el corintio, pero la mala fortuna quiso que la rueda del bizantino, que se encontraba detrás suyo y a la izquierda, golpeara la parte trasera de su carro haciéndole perder pie. En medio del estruendo y dando un alarido de ira y de dolor, el desventurado Cleantes cayó bajo los cascos de sus propios corceles. La escena era tan espeluznante, que Esther tuvo que cubrirse los ojos.

Sobre él pasaron a toda velocidad el corintio, el bizantino, el sidonio…

Sanballat buscó el sitio donde marchaba Ben-Hur, y de nuevo se volvió hacia Druso y su camarilla.

—¡Cien sestercios por el judío! —propuso.

—Aceptados —respondió Druso.

—¡Otros cien por el judío! —anunció de nuevo Sanballat.

No hubo respuesta; repitió su propuesta, pero nadie pareció oírle; todos estaban absortos en lo que ocurría en la pista y demasiado ocupados gritando,

«Messala, Messala, ¡Júpiter está con nosotros!».

Cuando la judía se atrevió a mirar de nuevo, vio que un grupo de trabajadores retiraban los caballos y el carro destrozado, y que otro grupo se llevaba al malhadado conductor; en todos los sectores donde se sentaban espectadores griegos se escuchaban clamores de maldición y de venganza. De repente Esther alcanzó a ver a Ben-Hur, ileso, que avanzaba a toda velocidad, pisándole los talones al romano. Detrás suyo y formando un grupo compacto venían el sidonio, el corintio y el bizantino.

La carrera en sí había comenzado; los aurigas se entregaban enteros; los ojos de miles y miles de espectadores se clavaban en ellos.

Capítulo XIV
La carrera

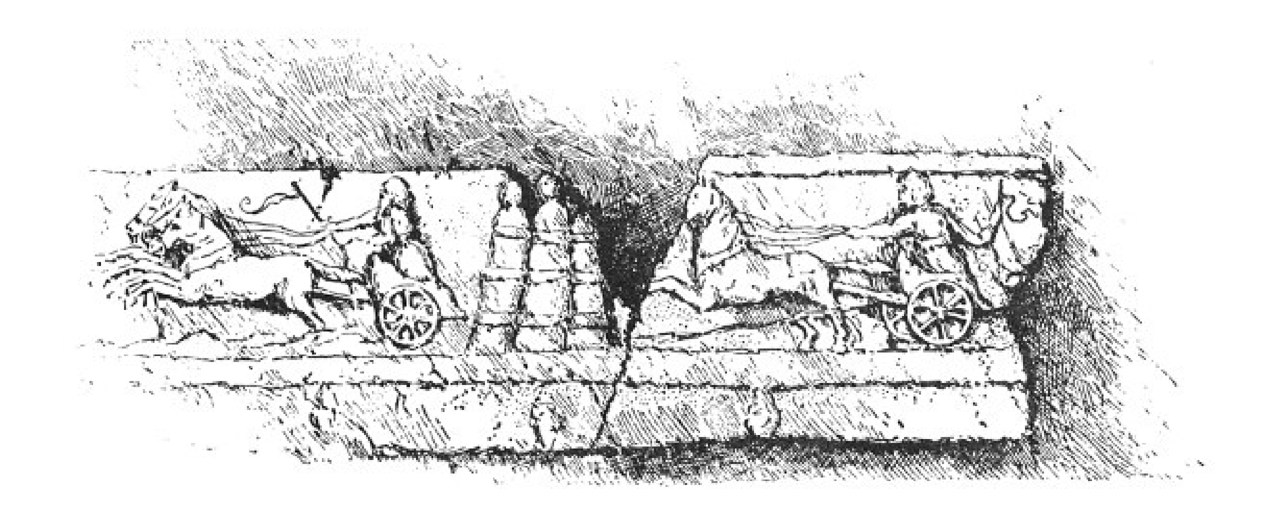
Cuando se inició la arremetida para obtener un buen puesto, Ben-Hur, como hemos visto, iba a la izquierda de los demás corredores. Por un momento y al igual que los otros, se encontró en medio cegado por el resplandor de la arena; aun así se las arregló para echar un vistazo a los rostros de sus contrincantes, y adivinar sus intenciones. A Messala, que era mucho más que un simple rival en la competición, le dirigió una mirada inquisitiva. Constató que no había desaparecido aquel característico aire de impasible arrogancia, ni se había perdido la belleza tan italiana de su rostro de patricio; más aún, el yelmo que llevaba parecía resaltar su apostura… Y sin embargo, entre las luces y las sombras y la intensidad del momento, Ben-Hur sintió que podía ver hasta el fondo del alma de aquel hombre: cruel, astuta, temeraria, decidida, un alma en vigilante tensión y dotada de una determinación feroz.

En la fracción de segundo que transcurrió entre aquella observación y el instante que Ben-Hur hubo de volver la mirada hacia su cuadriga, sintió que su determinación se endurecía hasta igualar la del romano. ¡Costase lo que costase, y sin importar los riesgos, habría de humillar a su enemigo! Los premios y honores, las apuestas, los amigos que podía ganar, pasaban a ser consideraciones secundarias, sometidas a aquel propósito primordial. Ni siquiera el temor de perder la vida habría de detenerlo. Y sin embargo Ben-Hur no estaba poseído por una pasión desenfrenada, ni experimentaba ese ímpetu cegador de la sangre enardecida que obnubila la mente y el corazón. No se confiaba a la suerte; todo lo contrario: había trazado un plan y, confiando en sí mismo, lo seguía ahora con toda su atención, con todo su empeño.

Cuando se encontraba a mitad de camino hacia la soga, Ben-Hur se dio cuenta de que Messala llevaba una buena ventaja sobre los demás y aseguraría sin ninguna duda la posición junto a la muralla… Esto es, si al cruzar la soga con tanta ventaja sobre los otros, esta no se rompía por un solo sitio, haciendo perder el control a los caballos de Messala o el equilibrio al propio Messala… Y en ese momento, Ben-Hur tuvo la sospecha repentina que la soga sería descendida en el instante preciso que la alcanzara la cuadriga de Messala, y que ello obedecería a un arreglo previo con el organizador de los juegos. Sería algo típicamente romano el que un oficial se prestase a favorecer a un compatriota, máxime teniendo en cuenta la popularidad de Messala y todo lo que se arriesgaba en la carrera. No podía haber otra explicación para la confianza con que el romano había lanzado su cuadriga hacia la soga, mientras los otros competidores se acercaban cautelosamente al obstáculo… De no existir un prearreglo, la acción de Messala habría sido una locura.

Bien veía Ben-Hur la necesidad de actuar para impedir que el romano lograse la ventaja de correr junto a la muralla, pero por el momento nada podía hacer.

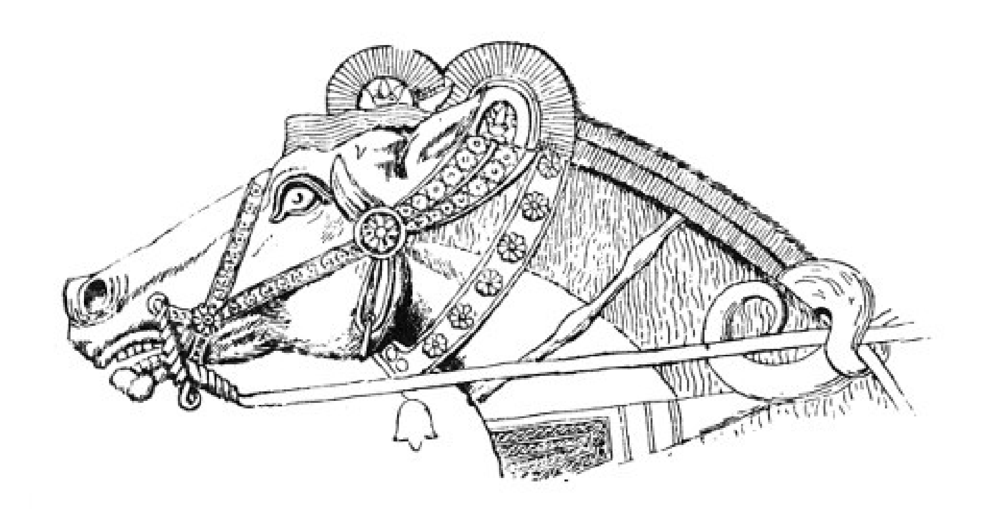
Cayó la soga y las cuadrigas se precipitaron a entrar en la pista, apremiadas todas, con excepción de la de Ben-Hur por los gritos y latigazos de los aurigas. El joven judío enfiló hacia la derecha, y con toda la velocidad de sus corceles árabes, siguiendo el ángulo preciso para perder el menor tiempo posible y ganar la mayor ventaja, fue cruzando el ancho de la pista en frente de sus oponentes. Así que mientras los espectadores se estremecían con la desgracia del ateniense, y el bizantino, el sidonio y el corintio hacían todo lo posible para no verse envueltos en el terrible accidente, Ben-Hur cruzaba como un rayo hasta dar alcance a Messala y colocarse a su lado, si bien el romano seguía corriendo en el interior. La extraordinaria destreza que había demostrado al hacer un cambio tal desde el extremo izquierdo de la pista hasta el lado derecho sin perder mucho tiempo, no escapó a la mirada atenta del público, y el Circo entero pareció tronar con un prolongado aplauso. Esther, gratamente sorprendida, entrecerraba vigorosamente las manos; Sanballat, sonriente, ofreció por segunda vez una apuesta de cien sestercios, pero no hubo quien la aceptara; los romanos, por su parte, comenzaban a tener dudas y a pensar que Messala tal vez había encontrado un competidor de su calibre, o incluso superior. ¡Y se trataba de un israelita!



Ahora avanzaban juntos Ben-Hur y Messala, a muy poca distancia un carro del otro, y acercándose al sitio donde estaba ubicada la segunda meta.

Visto desde el Oeste, el pedestal de los tres pilares, era un muro de piedra de forma semicircular, que seguía la curvatura de la pista así como la del balcón opuesto. La manera en que se daba la vuelta en ese sitio constituía la prueba más reveladora de la habilidad de un auriga. De hecho el propio Orestes había fallado tratando de ejecutar una vuelta similar. En ese momento, y como clara demostración del interés de los espectadores, sobrevino un silencio en todo el Circo, y por primera vez en la carrera se escuchó perfectamente el rechinar y el sonido metálico de los carros que se precipitaban tras los briosos corceles. En ese momento pareció que Messala posaba sus ojos sobre Ben-Hur y lo reconocía, y que su audacia se encendía de modo imprevisto.

—¡Abajo Eros y que viva Marte! —gritó el romano, blandiendo el látigo con diestra mano—. ¡Abajo Eros y que viva Marte! —repitió, y esta vez descargó el látigo con toda su ira sobre los nobles caballos árabes, que jamás habían recibido un castigo semejante.



La vil acción de Messala fue contemplada con asombro por la inmensidad de los espectadores. El silencio se hizo más profundo, y en la tribuna consular, los romanos contuvieron el aliento, esperando el resultado. La tensión, empero, era incontenible, y pasado solo un momento estalló un rugiente grito de indignación de los distintos balcones.

Los cuatro caballos de Ben-Hur brincaron hacia adelante, aterrorizados. No conocían lo que era ser golpeados; hasta entonces jamás se había posado una mano sobre ellos, a menos que fuese para prodigarles caricias; se les había educado de manera siempre afectuosa, y a medida que crecían, su confianza en los hombres era una lección digna de admirar. ¿Qué otra cosa habrían de hacer aquellos delicados animales ante un oprobio semejante sino huir despavoridos como si los persiguiera la misma muerte?

Brincaron hacia adelante y hacia adelante brincó también el carro. No cabe duda que todas las experiencias vividas pueden resultar útiles para nosotros. ¿Dónde había adquirido Ben-Hur aquellas manos grandes y poderosas que ahora le servían tanto? ¿Dónde más que en las prolongadas batallas contra el mar cuando cumplía su condena como galeote? ¿Y qué importaba aquella oscilación del piso bajo sus pies comparada con el inclemente y vertiginoso vaivén con el que en otros tiempos la trémula embarcación debía ceder ante el embate de las olas que ahogaban su poderío? Así pues, Ben-Hur se mantuvo firme en su sitio, aflojó las riendas, y llamó a cada uno de sus caballos con voz tranquilizadora, tratando simplemente que no se encabritaran al tomar la peligrosa curva. Antes que

disminuyera la febril agitación entre el público, ya había recuperado por completo el control de la cuadriga, y al acercarse al sitio de la primera meta, ya corría hombro con hombro junto a Messala, haciéndose acreedor a la simpatía y admiración de todos los espectadores que no fuesen romanos. La reacción del público había sido tan clara, y sus sentimientos se habían manifestado de forma tan vigorosa, que a pesar de su arrojo, Messala consideró que sería peligroso recurrir a nuevas tretas.

Cuando los carros daban la vuelta después de pasar el sitio de la meta, Esther alcanzó a contemplar la cara de Ben-Hur, un poco más pálida y alerta, pero calmada e incluso plácida.

Un hombre trepó por la cornisa al final de la parte oeste de la muralla divisoria y bajó una de las esferas de madera, mientras de la cornisa este se bajaba simultáneamente un delfín.

Lo mismo ocurrió al completarse la segunda y tercera vuelta.

Después de tres vueltas, Messala continuaba en la posición interna, Ben-Hur seguía corriendo a su lado; también los otros competidores conservaban las posiciones que tenían desde la primera vuelta. Los acomodadores, entre tanto, habían conseguido que la multitud de nuevo ocupara sus sitios, aunque el clamor proseguía tan enardecido como la contienda que se libraba en la pista.

En la quinta vuelta el sidonio logró colocarse a la altura de Ben-Hur, pero casi de inmediato comenzó a perder terreno.

Los participantes entraron en la sexta vuelta sin cambio alguno en las posiciones.

Gradualmente habían ido aumentando la velocidad de la carrera y el ímpetu de los competidores. Tanto hombres como caballos parecían saber que se acercaba el momento crucial en que el ganador habría de esforzarse al máximo para asegurar la victoria.

Desde un principio el interés se había centrado en la pugna entre el romano y el judío, si bien la simpatía se había volcado de forma mayoritaria sobre el segundo. Ahora esta simpatía comenzaba a convertirse en ansiedad al ver lo difícil que se presentaba el triunfo. Los espectadores, concentrados, inmóviles, se limitaban a inclinar la cabeza para seguir el desarrollo de la prueba; Ilderim dejó de mesarse las barbas y Esther olvidaba sus temores.

—¡Cien sestercios al judío! —gritó Sanballat a los romanos bajo el toldo del cónsul.

No hubo respuesta.

—Entonces un talento, o cinco o diez, lo que queráis —les conminó mientras agitaba desafiante las tablillas.

—Yo acepto —dijo un joven romano, preparándose a consignar la apuesta.

—No lo hagas —le aconsejó un amigo.

—¿Por qué no?



—Messala ya ha alcanzado su máxima velocidad. Mira cómo se inclina sobre el borde de su carro, con las riendas completamente sueltas. En cambio mira al judío.

—¡Por Hércules! —dijo el primero, con el semblante demudado—. El perro judío tira con todas sus fuerzas de las bridas. Ya lo veo. Si los dioses no ayudan a nuestro amigo, será superado por el israelita. ¡Ah no, todavía no! Mira. ¡Júpiter está con nosotros, Júpiter está con nosotros!

El grito, repetido por todas las gargantas romanas, sacudió el *velarium* que se extendía sobre la tribuna consular.

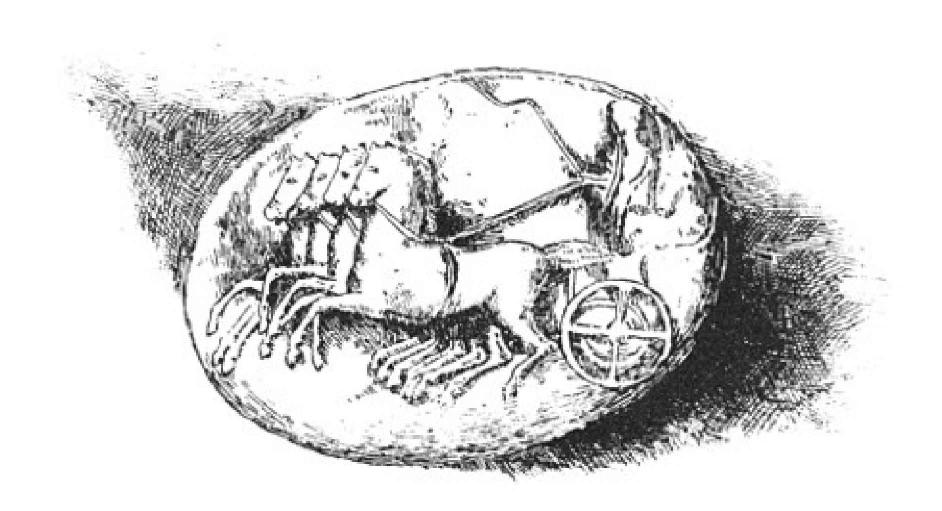
Si era verdad que Messala había alcanzado su velocidad máxima, ese gran esfuerzo no había sido en vano, pues poco a poco empezaba a cobrar ventaja sobre Ben-Hur. Sus caballos corrían con las cabezas tan inclinadas, que desde los balcones parecía que iban a tocar el suelo; sus ollares estaban tan dilatados, que semejaban cimbreantes esferas rojizas; se diría que los ojos estaban a punto de salirse de sus órbitas. Ciertamente los bravos corceles estaban haciendo todo lo que podían. ¿Pero, cuánto tiempo más podrían conservar ese paso? En ese momento apenas empezaba la sexta vuelta. Cuando se acercaban una vez más a la segunda meta, Ben-Hur marchaba atrás y a cierta distancia del carro del romano.

El entusiasmo de los partidarios de Messala alcanzó su apogeo; gritaban y vitoreaban enardecidos, agitando al aire sus colores. Sanballat, entretanto, llenaba sus tablillas con todo tipo de apuestas.

Malluch, sentado en la galería inferior situada sobre la Puerta del Triunfo, empezaba a perder los ánimos. Recordaba la vaga insinuación hecha por Ben-Hur de que algo ocurriría al girar junto a los pilares occidentales, y durante las cinco primeras vueltas había conservado la esperanza de que así

fuera. Se dijo entonces que aquel «algo» tendría lugar en la sexta vuelta, Ben-Hur seguía atrás, y a duras penas lograba mantenerse a la misma distancia del romano.

En el lado oriental, el grupo de Simónides guardaba silencio. El mercader tenía la cabeza gacha; Ilderim estiraba nerviosamente sus barbas, y fruncía de tal modo el ceño, que de sus ojos solo se veía un ocasional destello de luz; Esther contenía la respiración hasta casi quedarse sin aliento; solamente Iras continuaba de buen humor.



Al terminar la sexta vuelta, Messala seguía delante, y Ben-Hur detrás suyo tan cerca, que se podía pensar en los antiguos versos:

Volaba primero Eumelus[1] *en sus caballos de Ferecia*
En sus caballos de Troya le sigue el valiente Diómedes[2]
Tan cerca van de Eumelus, que jadean en su espalda
A punto casi de subir sobre su carro;
Eumelus siente el sofocante hálito en la nuca
Y aquellas sombras crecientes que se ciernen sobre él.

De este modo llegaron a la primera meta y dieron la vuelta. Messala, temeroso de perder su ventaja, se acercó tanto a la muralla, que prácticamente alcanzaba a rozarla; un pie más hacia la izquierda, y el carro volaría en pedazos, destrozado. Ben-Hur, empero, se acercó a la muralla con idéntico arrojo, hasta el punto que finalizada la vuelta, un espectador no habría podido decir cuáles eran las huellas de Messala y cuáles las del judío. Los dos carros dejaron una sola huella.



Cuando salía de la curva, Esther vio de nuevo la cara de Ben-Hur, aún más pálida que antes.

Sin embargo Simónides, más perspicaz que Esther, le comentó a Ilderim:

—Me atrevo a decir que Ben-Hur se trae un plan entre manos, y se dispone a cumplirlo. Hay algo en su rostro que me lo indica.

A lo cual respondió Ilderim:

—¿Has visto lo frescos y briosos que se veían los caballos? ¡Por el esplendor de Dios, querido amigo, parece que no hubiesen estado corriendo! ¡Pero míralos, míralos!

Solo faltaban por caer una esfera y un delfín en los respectivos indicadores, los espectadores se concentraron al máximo, pues se acercaba el principio del final.

El sidonio fustigó violentamente a sus cuatro bestias, que precipitándose por el miedo y el dolor se lanzaron desesperadas hacia adelante, pareciendo que en un momento pasarían al primer lugar. El esfuerzo no se concretó. Luego intentaron hacer lo mismo el bizantino y el corintio, y con el mismo resultado. Todos ellos quedaban prácticamente fuera de la contienda por el primer puesto. A partir de ese momento, y como resultaba perfectamente comprensible, los seguidores de todos los competidores salvo los de Messala, depositaron sus preferencias en Ben-Hur, y así lo expresaron de forma estentórea.

—¡Ben-Hur, Ben-Hur! —gritaban con un clamor multitudinario que ahogaba las voces de los que se encontraban en la tribuna consular.

De las graderías junto a las cuales pasaba, descendían sobre él los imperiosos gritos de ánimo:

—¡Date prisa, judío!

—¡Coge el puesto junto a la muralla!

—¡Rápido! ¡Suéltales las riendas! ¡Fustígalos!

—¡No dejes que te saque ventaja en la vuelta! ¡Es ahora o nunca!

Muchos se inclinaban sobre la balaustrada, extendiendo hacia Ben-Hur sus manos suplicantes.

A pesar de todo al cubrir la mitad de la pista una vez más, Messala seguía adelante…, y en la misma posición se hallaban al aproximarse a la meta.

En ese momento, para dar la vuelta, Messala tiró de las riendas de los caballos que corrían a la izquierda, reduciendo un tanto su velocidad. Su estado de ánimo era exuberante; más de un altar habría de enriquecerse con sus ofrendas; el genio romano continuaba rigiendo en el orbe. Los tres pilares se erguían a solo seiscientos pies de distancia y allí le esperaban la fama, la fortuna y un triunfo inefablemente endulzado por el odio. En aquel instante, Malluch observó desde su puesto que Ben-Hur se inclinaba sobre sus caballos y les soltaba las riendas. El látigo voló sobre los lomos de sus sorprendidos corceles, silbando y retorciéndose una y otra vez, y aunque en ningún momento llegó a golpearlos, sus repetidas y sibilantes contracciones expresaban la voluntad decidida de su amo, y los cuatro respondieron al unísono con un vigoroso salto que los colocó al lado de la cuadriga de Messala. El romano, que se encontraba en el punto más peligroso de la curva, escuchó el fragor, pero no se atrevió a mirar a qué obedecía. Ninguno de los espectadores gritó a su paso para ponerlo al tanto. Entre los ruidos provenientes de la pista sobresalía una sola voz, y era precisamente la de Ben-Hur, que se dirigía a sus caballos en el antiguo dialecto arameo que empleaba el jeque.

—¡Animo, Altair! ¡Adelante Rigel! ¡Pero Antares!, ¿te vas a quedar atrás en este momento? Sé bueno… Veamos Aldebarán. Me parece escuchar las canciones en las tiendas, las canciones de las mujeres y los niños que alaban a las estrellas, pronunciando los nombres de Altair, Antares, Rigel, Aldebarán. ¡A la victoria para que la canción nunca termine! Eso es. Mañana regresaremos victoriosos a la tienda negra, a vuestro hogar. Animo, Antares; nos espera toda la tribu; nos espera el amo. ¡Ya está hecho! ¡Ya está hecho! ¡Ja, ja! ¡Hemos derribado al orgulloso! La mano que nos golpeó, ahora se arrastra por el polvo. ¡Nuestra es la gloria! Solo un poco



más…, el último esfuerzo. ¡Ya! ¡Lo hemos logrado! ¡Basta! ¡Quietos!

Nunca se había conseguido algo semejante de una manera tan sencilla; pocas veces de modo tan instantáneo.

En el momento elegido por Ben-Hur para su veloz ataque, Messala corría en círculo alrededor de la zona de la primera meta. Para poder sobrepasarlo, Ben-Hur debería atravesar la pista, y para que su estrategia diera los frutos deseados, tenía que avanzar cumpliendo un círculo paralelo al del romano, y a la menor distancia suya que fuese posible. Los miles de espectadores que se apretaban en las graderías comprendieron perfectamente lo que estaba ocurriendo en la pista. Vieron la señal de ataque cuando Ben-Hur blandió el látigo; observaban la magnífica respuesta de los cuatro caballos, que raudamente se cenaron contra la rueda exterior del carro de Messala, y contemplaron cómo la rueda interior del carro de Ben-Hur se aproximaba a la parte posterior de la del romano. Sí, vieron todo esto, y en seguida escucharon el ruido de un choque, un estrépito tal que el Circo entero pareció estremecerse, y antes de que pudieran darse cuenta de lo que pasaba, caía sobre la pista una lluvia de brillantes astillas blancas y amarillas. El carro del romano se volcó sobre el costado derecho y rebotó bruscamente cuando el eje golpeó la dura arena. Rebotó una vez más, y otra, y luego otra más antes de despedazarse por completo. Messala, que se había enredado en las riendas, salió despedido hacia adelante.

La visión se hizo aún más horripilante, y el desenlace fatal más inevitable cuando el público constató que el sidonio, que en ese momento corría junto a la muralla siguiendo las huellas de Messala, no alcanzaría a detenerse ni a desviar su curso. A toda velocidad se precipitó sobre el carro accidentado y los cuatro caballos del romano, frenéticos por el temor. Pasado un momento, de entre aquel tumulto de caballos enloquecidos, hierros y maderas, y nubes de arena y polvo, Messala consiguió incorporarse a medias, justo a tiempo para ver cómo el corintio y el bizantino corrían detrás de Ben-Hur, que no había perdido ni un solo instante.



Los espectadores, emocionados, se pusieron en pie de un salto, gritando y vociferando. Los que acertaban a mirar hacia el sitio donde había ocurrido el accidente, alcanzaban a vislumbrar por momentos a Messala bajo los cascos de los caballos que lo pisoteaban o bien entre los restos de los carros destrozados. El romano permanecía inmóvil y quienes podían verlo, pensaban que con seguridad estaba muerto. La mayoría de los ojos, no obstante, no habían visto la astuta maniobra del judío, que desviándose ligeramente a la izquierda había atrapado la rueda de Messala con el extremo de hierro de su eje, destrozándola por completo. En cambio sí habían visto la transformación operada en él, que parecía contagiarles el destello de un espíritu enardecido, la heroica determinación, su desenfrenada energía, que por medio de miradas, palabras y gestos infundía también en sus caballos árabes. ¡Y cómo volaban! Parecían leones que se abalanzaban sobre una presa. Cuando el bizantino y el corintio se encontraban apenas a mitad de la vuelta, ya Ben-Hur se acercaba a la meta.

¡Y ganó la carrera!

El cónsul se levantó; la multitud prorrumpió en aclamaciones hasta quedar ronca; el organizador de los juegos descendió desde su sitio en la tribuna y coronó a los vencedores del día.

Entre los boxeadores el vencedor había sido un sajón de frente estrecha y cabello muy rubio, con unas facciones tan embrutecidas, que Ben-Hur se volvió para mirarlo por segunda vez y reconoció a un antiguo instructor en Roma, que además siempre tuvo al joven judío entre sus favoritos. En seguida miró hacia el balcón donde estaban Simónides y los suyos. Iras se puso en pie y le dedicó una sonrisa mientras agitaba graciosamente su abanico. Aquel saludo resultaba embriagador para Ben-Hur quien, al contrario de nosotros, amable

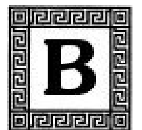
lector, ignoraba que del mismo modo habría sido destinado a Messala de haber sido el ganador.

Se organizó entonces el cortejo de los vencedores, y entre los entusiastas gritos de la multitud salieron por la Puerta del Triunfo.

Y así concluyó la jornada.



Capítulo XV
La invitación de Iras

en-Hur e Ilderim caminaban junto al río, haciendo tiempo mientras llegaba la medianoche, hora previamente acordada para emprender el camino que la caravana había iniciado treinta horas antes.

El jeque, dichoso con el triunfo, seguía insistiendo en hacer a Ben-Hur suntuosos regalos, pero este se negaba una y otra vez, repitiendo que estaba más que satisfecho con la humillación sufrida por su enemigo. Largo rato se prolongó la generosa discusión.

—Piensa en todo lo que has hecho por mí —insistía el jeque obstinadamente—. En todas y cada una de las miles de tiendas negras que se extienden desde aquí hasta el golfo de Akaba, a lo largo del Éufrates, y aun más allá del mar de los escitas, aumentará la fama de mi querida Mira y de sus vástagos, y aquellos que ensalzan a mis caballos habrán de alabarme a mí, olvidando que ya me aproximo al final de mis días, y ocurrirá entonces que todos aquellos lanceros que ahora no sirven a ningún señor, vendrán a mí, y asimismo mis hombres de espada se multiplicarán hasta que resulte imposible contarlos. No sabes lo que significa dominar el desierto hasta el punto que podré hacerlo de ahora en adelante. Te aseguro que el comercio me brindará ganancias incalculables y que gozaré de la inmunidad de los reyes. ¡Ay, por la espada de Salomón! Te concedería cualquier cosa que me pidieras; ¿estás seguro de que no quieres nada? ¿Nada?

—No, jeque —respondió Ben-Hur—; ¿acaso no cuento ya con tu mano y con tu corazón? Dejemos que ese incremento en poder e influencia redunde en beneficio del Rey que ha de venir. ¿Quién podría negar que todo esto te ha sido concedido por Dios justamente con ese propósito? Posiblemente tendré grandes necesidades en la empresa que me propongo iniciar, y si rechazo ahora tu ayuda estaré en mejor condición para solicitarla en el futuro.

Continuaban enfrascados en el debate, cuando llegaron dos mensajeros, Malluch y un desconocido. Recibieron a Malluch, visiblemente gozoso por la victoria si bien el recado que traía no era tan placentero.

—El amo Simónides me encarga que os diga —comenzó— que tras la clausura de los juegos varios romanos del bando de Messala se apresuraron a

afirmar que no pagarían el importe de las apuestas.

Ilderim se puso de pie precipitadamente, gritando con voz ensordecedora:

—¡Por el esplendor de Dios! Será el Oriente quien decida si la carrera fue ganada de manera cabal.

—De hecho, buen jeque, el organizador ya ha autorizado el pago del premio.

—Muy bien.

—Cuando acusaron a Ben-Hur de chocar contra la rueda de Messala, el organizador se echó a reír y les recordó el violento golpe que habían recibido los caballos árabes cuando daban la vuelta en la zona de la meta.

—¿Qué noticias hay del ateniense?

—Ha muerto.

—¡Muerto! —exclamó Ben-Hur.

—¡Muerto! —se lamentó a su vez Ilderim—. ¡Qué suerte tienen estas bestias romanas! ¿Messala salvó la vida?

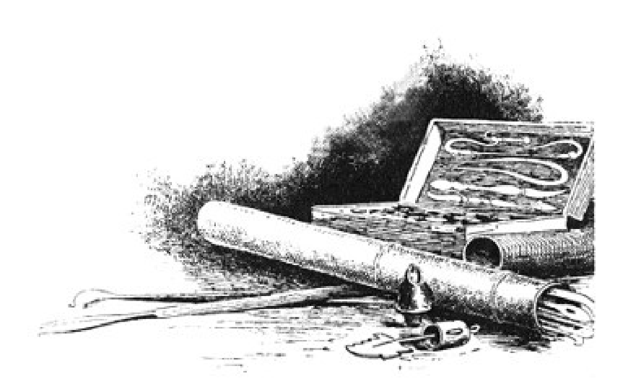
—La vida sí, jeque; pero en adelante pasará a ser una carga para él. Los médicos dicen que sobrevivirá, pero no volverá a caminar.

Sin decir palabra, Ben-Hur levantó los ojos al cielo. Se imaginó a Messala sujeto a una silla, como Simónides, y al igual que el anciano, obligado a depender de otros para ser llevado de un lado a otro. El mercader lo había sobrellevado bien, pero ¿qué sería del romano, con toda su altivez y ambición?

—Simónides me encargó que os dijera también —continuó Malluch— que Sanballat tiene dificultades. Druso y los compañeros que con él firmaron la apuesta, sometieron la cuestión del pago de los cinco talentos al cónsul Maxencio, quien a su vez la ha sometido al César. Messala, quien rehúsa pagar, y el propio Sanballat, también han acudido al cónsul, que continúa deliberando al respecto con sus asesores. Los romanos de bien consideran que no hay excusas para quienes se niegan a pagar, y lo mismo piensan los partidarios de los otros aurigas. Ya el escándalo se ha propagado por toda la ciudad.

—¿Qué dice Simónides? —preguntó Ben-Hur.

—El amo se ríe, muy complacido con la situación. Sabe que si el romano paga la deuda, quedará en la ruina; y si no la paga, perderá la honra. Los poderes



imperiales han de decidir el asunto, y con toda seguridad tendrá en cuenta que una ofensa al Oriente sería muy mal comienzo para la campaña contra los partos, y una ofensa al jeque Ilderim equivaldría a granjearse la enemistad de los pobladores del desierto, y es precisamente en el desierto donde se encuentran las líneas de operación de Maxencio. Por lo tanto Simónides os manda decir que no debéis preocuparos. Messala tendrá que pagar.

Ilderim recuperó al instante su buen humor.

—Pongámonos en marcha entonces —dijo frotándose las manos—. Todo saldrá bien si el asunto está en manos de Simónides. La gloria es nuestra. Haré preparar los caballos.

—Espera —dijo Malluch—. Hay otro mensajero afuera. ¿No vas a recibirlo?

—¡Por el esplendor de Dios! —profirió Ilderim—. Me olvidaba de él.

Malluch se retiró, y entró entonces un muchacho de modales gentiles y apariencia delicada, quien hincó una rodilla en tierra mientras decía con voz lisonjera:

—Iras, la hija de Baltazar, a quien el jeque conoce tan bien, me ha pedido que le haga llegar de parte suya al jeque Ilderim las felicitaciones más efusivas por la victoria de su cuadriga.

—Es muy amable la hija de mi amigo —dijo Ilderim, sus ojos brillantes de orgullo, y añadió mientras se quitaba un anillo del dedo. Entrégale esta joya como muestra del gran placer que he sentido al recibir su mensaje.

—Así lo haré, ¡oh jeque! —respondió el muchacho, apresurándose a agregar—. La hija del egipcio me ha encomendado algo más. Te ruega, buen jeque Ilderim, que avises al joven Ben-Hur que ella y su padre, Baltazar, han tomado residencia temporalmente en el palacio de Idernee, donde ella espera recibir al joven el día de mañana después de la cuarta hora. Y si el jeque Ilderim se digna concederle el favor que le pide, le quedará perennemente agradecida.

El jeque miró a Ben-Hur, cuyo rostro resplandecía de entusiasmo, y le preguntó:

—¿Qué deseas hacer?

—Con tu venia, ¡oh jeque!, quisiera ver a la bella egipcia.

Ilderim rio de buena gana, mientras decía:

—¿Acaso no debe un hombre disfrutar de su juventud?

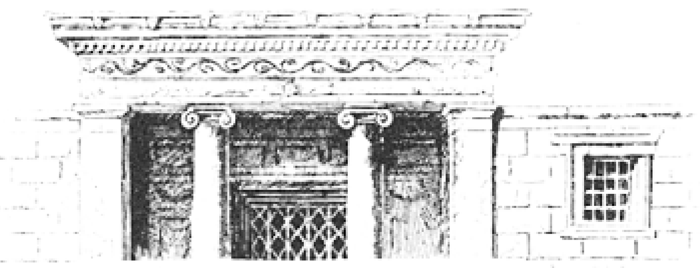
El mismo Ben-Hur se encargó entonces de dar la respuesta al mensajero.

—Dile a aquella que te envió, que yo, Ben-Hur, la veré en el palacio de Idernee, dondequiera que dicho palacio se encuentre, mañana al mediodía.

El muchacho se puso en pie, y haciendo una silenciosa reverencia salió de la tienda y se marchó.

A medianoche Ilderim se puso en camino, dejando un caballo y un guía a disposición de Ben-Hur, quien habría de seguir ese mismo camino después de su cita con la egipcia.

Capítulo XVI
En el palacio de Idernee



Al día siguiente, de camino a su cita con Iras, Ben-Hur llegó hasta el Onfalo, en el corazón de la ciudad, desde allí siguió la Columnata de Hércules, y muy pronto se encontró a las puertas del palacio de Idernee.

De la calle pasó primero a un vestíbulo, donde se encontró dos escaleras cubiertas que conducían a un pórtico. Las escaleras estaban flanqueadas por sendos leones alados y en el centro se erigía un gigantesco ibis[1] que arrojaba agua hacia una especie de fuente. Los leones, el ibis y las paredes hacían pensar en Egipto.

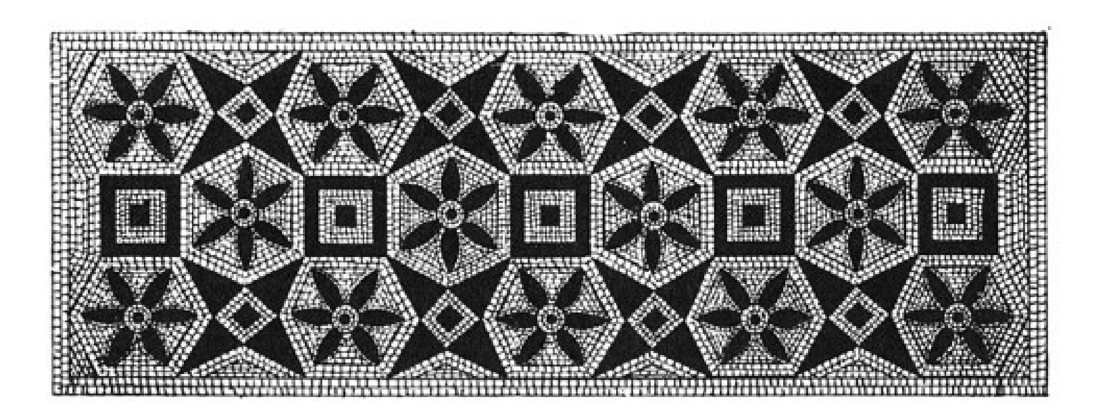
Sobre el vestíbulo, y cubriendo el rellano de la escalera, se levantaba un pórtico de gráciles pilares construidos de un mármol blanco como la nieve, y tan delicados, tan exquisitamente bien proporcionados que por fuerza debían corresponder a un diseño griego.

Ben-Hur se detuvo bajo el pórtico para admirar su trazo, su acabado y la pureza del mármol empleado, y luego pasó al interior del palacio. Una puerta corrediza se abrió para dejarlo pasar. Penetró en un corredor alto pero algo estrecho, con el suelo revestido de azulejos de color rojo, y paredes del mismo tono. A pesar de su simplicidad, parecía anunciar que seguirían a continuación preciosos recintos.

Ben-Hur avanzaba lentamente, calmado, sereno. Muy pronto se hallaría en presencia de Iras. Sí; la egipcia lo estaba esperando con sus canciones, sus relatos y sus chanzas…, la hermosa egipcia, chispeante, plena de imaginación, impredecible. Recordaba aquellas sonrisas suyas que magnificaban el esplendor de sus miradas, unas miradas que a su vez concedían a los susurros una voluptuosa insinuación. Ya le había hecho llamar una vez para invitarle a compartir un paseo en bote al atardecer en el

hermoso lago del Huerto de las Palmas; ahora le llamaba de nuevo para encontrarla en el hermoso palacio de Idernee. Más que un estado de irreflexión, lo que le embargaba era un estado de felicidad y ensoñación.

Al final del corredor se topó con una puerta, que se abrió por sí sola en el preciso momento que él se detenía, sin rechinar, sin que se escuchase el ruido de cerrojos o aldabas, ni el sonido de manos o pies que pudiesen empujarla. No tuvo mucho tiempo para asombrarse, pues ante él se presentaba una escena singular: el atrio de una casa de estilo romano, extraordinariamente amplia y fabulosamente suntuosa.



Cuando Ben-Hur se detuvo para examinar lo que le rodeaba y tratar de calcular, inútilmente, las dimensiones de la habitación, se dio cuenta de que caminaba sobre mosaicos que representaban a Leda[2] acariciando un cisne, y que toda la extensión del suelo exhibía temas mitológicos. También observó que los taburetes y sillas estaban exquisitamente talladas, cada una con un diseño diferente. Se veían artísticas mesas y mullidos divanes que parecían invitar al reposo. El suelo era tan reluciente, que todos los muebles se reflejaban en él, como si flotaran sobre una laguna de aguas inmóviles, al igual que los paneles, bajorrelieves y los frescos en lo alto de la habitación. El cielo raso se iba curvando hasta alcanzar su punto más alto en el centro, donde existía una abertura que permitía que la luz del sol penetrara libremente y que el firmamento azul pareciese al alcance de la mano. El impluvio, o estanque del atrio, estaba rodeado de barandillas de bronce; los pilares dorados dispuestos en los extremos de la abertura brillaban como llamas en los ángulos donde recibían el impacto del sol, y su reflejo en el piso parecía extenderse hasta una profundidad insondable: se veían también primorosos y curiosos candelabros, estatuas, llamativos jarrones…, en fin, en su conjunto aquel aposento bien merecería encontrarse en la Casa del Monte Palatino[3]

que Cicerón compró a Craso, o incluso en la mansión tusculana de Escauro, aún más célebre por su extravagancia.

Inmerso todavía en aquel estado de ensoñación, Ben-Hur iba de un lado a otro de la habitación encantado por todo lo que veía, mientras esperaba sin impaciencia a Iras; sabía que en cuanto estuviese lista vendría a su encuentro o enviaría a un criado con instrucciones. Además, aunque nadie le había dicho que aguardase allí, sabía que en toda casa regida por las normas romanas, el atrio era el sitio donde se recibía a los visitantes.



Así pues, recorrió pausadamente la habitación dos, tres veces. Se detuvo largo rato bajo la abertura del techo, escrutando el azul profundo del firmamento; luego se recostó contra un pilar para estudiar la distribución y el juego de luces y sombras: aquí un velo que disminuía la percepción de los objetos; más allá un brillo que resaltaba otros… pero no aparecía nadie. Ben-Hur comenzaba a sentir el paso del tiempo y a preguntarse por qué tardaba tanto Iras. De nuevo examinó las figuras representadas en los mosaicos del suelo, pero ahora con menos deleite que la primera vez. Se detuvo para tratar de escuchar alguna voz o sonido, pero fue en vano… La impaciencia empezó a apoderarse de él y a abatirse sobre su espíritu con soplo febril. De repente tuvo clara conciencia del excesivo silencio que imperaba en la casa y sintió una punzada de inquietud y desconfianza. Al instante, empero, apartó tales pensamientos, diciéndose con una sonrisa: «No; seguramente Iras estará acabando de arreglarse las pestañas o estará preparando una guirnalda para mí, o tardará porque quiere aparecer aún más bella que la vez pasada». Tranquilizado se sentó para admirar un candelabro que era una verdadera maravilla adornado todo con filigranas, en su extremo la figura de un altar y de una oficiante, y los brazos elaborados a semejanza de hojas de palma. De nuevo, empero, el silencio se interpuso en su contemplación, y mientras paseaba sus ojos por el hermoso objeto, concentraba su atención en escuchar algún sonido…, inútilmente; en el palacio reinaba un silencio sepulcral.

Podría tratarse de un error, pensó. No; el mensajero venía de parte de la egipcia, y este era en efecto el palacio de Idernee. Recordó entonces la forma

tan misteriosa como se había abierto la puerta, tan silenciosa, tan automáticamente. ¡La revisaría de inmediato!

Se encaminó entonces a la puerta, y aunque caminaba con extrema suavidad, sus pasos parecían resonar con violencia. Ben-Hur se estremeció; comenzaba a sentirse nervioso. Un primer intento por levantar el voluminoso cerrojo romano resultó infructuoso. En vista de ello, empleó todas sus fuerzas para desencajarlo, pero la puerta ni siquiera se movió… Sintió que la sangre se helaba en sus mejillas, mientras le iba invadiendo el sentimiento de que le acechaba algún peligro. Por un instante se quedó inmóvil, indeciso.

¿Quién en Antioquía podría tener motivos para hacerle daño?

¡Messala!

¿Y qué significaba este palacio de Idernee? En el vestíbulo había visto huellas de Egipto; el blanco pórtico le hacía pensar en Atenas; pero aquí, en este atrio, se encontraba en Roma, y todo cuanto le rodeaba delataba un propietario romano. Y si bien era verdad que el palacio estaba ubicado sobre la principal avenida de la ciudad, un sitio demasiado público para agredir a alguien, también era cierto que por esa misma razón podría concordar con el temperamento audaz de su enemigo. En aquel momento el palacio sufrió un repentino cambio a sus ojos: a pesar de toda su belleza y elegancia, no era más que una trampa.

Ben-Hur se encolerizó al pensar que podría ser víctima de un engaño.

A ambos lados del atrio se veían numerosas puertas, que sin duda conducirían a diferentes dormitorios. Intentó abrirlas, una por una, denodadamente, pero todas permanecieron firmes. Golpeó entonces las puertas, pero no obtuvo respuesta. Sintió vergüenza de pedir ayuda a gritos, y se dirigió a un sofá, sobre el cual se recostó, tratando de reflexionar en su situación.

Evidentemente se encontraba prisionero. ¿Pero prisionero de quién? ¿Y con qué propósitos?

¿Y si fuese obra de Messala? Al punto se sentó en el diván, miró detenidamente a su alrededor y sonrió desafiantemente. Se veían armas en todas las mesas. Y si es verdad que muchos pajarillos han muerto de hambre encerrados en jaulas de oro, no sería ese su caso… Los divanes le servirían de arietes, y en cuanto a sí mismo, podría añadir a su vigor natural, la fuerza que en tales casos se deriva de la ira y la desesperación.

Messala no podría presentarse personalmente. No podría volver a caminar; era un inválido, como Simónides…, pero al igual que el anciano

podría valerse de otros. ¡Y qué fácil le sería encontrar a otros dispuestos a servirle! Ben-Hur se levantó de un salto, y de nuevo intentó abrir las puertas. Se animó a llamar a voces, pero solo le respondió el eco. Haciendo un esfuerzo por no perder la serenidad por completo, decidió aguardar un rato más antes de recurrir a la fuerza para escapar.

En situaciones semejantes son frecuentes los altibajos en el estado de ánimo, con momentos de suma inquietud seguidos por intervalos de calma. Finalmente —aunque no podría decir después de cuánto tiempo— llegó a la conclusión que se trataba de un accidente o de un error. Obviamente el palacio tendría un dueño, y habría personas encargadas de vigilarlo y mantenerlo que seguramente vendrían más tarde…, al anochecer, o un poco más entrada la noche. Debía tener paciencia.



Habiendo llegado a esa conclusión se dispuso a esperar.

Al cabo de media hora —que a Ben-Hur se le hizo mucho más larga—, la misma puerta que se había abierto para admitirle se abrió y cenó tan silenciosamente, que el joven no se percató. Estaba sentado en ese momento al fondo de la habitación y solo se dio cuenta de lo que había ocurrido al escuchar pasos que se acercaban.

«Por fin llega Iras», pensó con gran alivio mientras se ponía en pie.

Los pasos, sin embargo, eran pasos de hombre, pesados, acompañados por el retumbar de bastas sandalias. Entre Ben-Hur y la puerta se interponían en ese momento los pilares dorados; sigilosamente avanzó hasta uno de ellos y se ocultó detrás. Escuchó entonces voces masculinas, entre las cuales sobresalía una voz particularmente áspera y gutural. No pudo entender lo que

decían, pues la lengua que hablaban no era de esa zona de Oriente, y tampoco del Sur de Europa.

Después de echar un vistazo general a la habitación, los extranjeros doblaron a la izquierda, y entraron en el campo visual de Ben-Hur. Eran dos hombres altos, uno de ellos muy fornido, y ambos vestían túnicas cortas. No tenían aspecto de ser los dueños de la casa, pero tampoco parecían criados. Lo que veían les maravillaba, y tocaban todo aquello que se detenían a examinar. Eran gente vulgar e ignorante, que con su sola presencia profanaban la belleza del atrio. Sin embargo, habían penetrado en el sitio con tal seguridad y se paseaban con tal despreocupación, que resultaba evidente que acudían allí por un asunto determinado. ¿Pero qué asunto vendrían a tratar? ¿Y con quién?

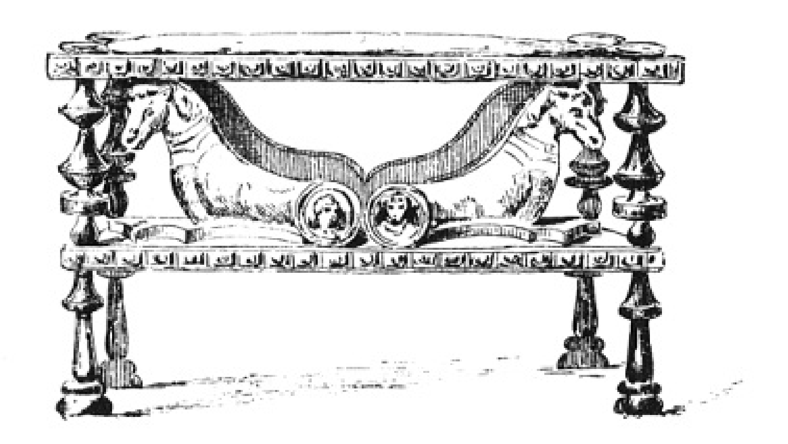
Sin cesar de hablar en su jerga, los hombres iban de un lado a otro, aproximándose gradualmente al pilar donde se escondía Ben-Hur. En un momento se detuvieron a examinar una estatua bañada por un oblicuo rayo del sol, y ellos mismos quedaron incluidos en la franja de luz… Reconoció entonces Ben-Hur en el más fornido de los dos hombres a aquel pugilista nórdico que había conocido tiempo atrás en Roma, y a quien había visto tan solo el día anterior en el Circo, cuando era coronado como ganador en la prueba de boxeo. Contempló el rostro del hombre, embrutecido por las pasiones feroces y distorsionado por cicatrices de numerosos combates; examinó sus brazos y piernas, verdaderas maravillas que daban fe de años de ejercicios y entrenamiento, así como sus hombros hercúleos, y entonces, con la aprensión y el nerviosismo que su propia presencia producían en el palacio, tuvo la clara conciencia que corría un grave peligro personal, y sintió un escalofrío que recorría cada vena de su cuerpo. Su instinto le advertía que si alguien pretendiese darle muerte, no podría encontrar un sitio y unas circunstancias más propicias, y que aquellas circunstancias no podían deberse a una simple casualidad. Ahora estaban allí, casi a un lado, un par de esbirros y el asunto que les traía era precisamente disponer de él. Lleno de ansiedad escrutó también al compañero del nórdico, un hombre joven, de ojos muy negros, cabellos oscuros y un aspecto inequívocamente judío. Tanto él como su musculoso camarada llevaban el vestido utilizado por los púgiles para sus combates en el Circo. Sumando los diversos elementos, ya no podía caber duda alguna en la mente de Ben-Hur. Había sido atraído a este palacio,

absolutamente solo, donde no podría recibir ayuda de nadie, para ser asesinado.

Sin saber qué hacer y mientras paseaba su mirada de un hombre a otro, se produjo en su interior aquel milagro de la mente que permite que se presenten ante nosotros los acontecimientos más importantes de nuestra vida en estremecedor detalle, y como si fuésemos los espectadores de una vida ajena. En ese momento y desde lo más recóndito de su ser, surgió una sorprendente revelación, y le fue dado comprender que estaba entrando en una nueva etapa de su vida, muy diferente a la anterior. Si hasta entonces había sido siempre víctima de la violencia ajena, en adelante se convertiría en agresor. Precisamente el día anterior había actuado sobre la primera de sus víctimas. Tal aceptación habría despertado un torrente de remordimientos en un corazón verdaderamente cristiano. No era este el caso de Ben-Hur, quien había recibido las primeras enseñanzas del Señor, pero no su postrer y más sublime mensaje. Pensaba también que en el caso de Messala en lugar de un agravio o injusticia se trataba de un justo castigo. Sin duda el Señor le había permitido triunfar, y de ello derivaba una fe enorme, una fe que acrecentaba su fortaleza, más aún en un momento de peligro como el que encaraba.

No terminaba allí, sin embargo, la comprensión del cambio que se estaba operando en su interior. Esa nueva etapa de su vida se le aparecía como una misión santa, como santo era el Rey, una misión en la cual le sería lícito emplear la fuerza, aunque solo fuese porque resultaba ineludible. ¿Debería entonces mostrarse temeroso cuando apenas comenzaba su tarea?

Ben-Hur se desató la faja alrededor de la cintura, se descubrió la cabeza y despojándose de su blanca blusa judía, quedó vestido solo por una breve túnica interior, no muy diferente de la de sus enemigos, listo física y mentalmente para enfrentarse a ellos. Cruzándose de brazos se apoyó contra el pilar para esperarlos calmadamente.



La inspección que los dos extranjeros hacían a la estatua no se prolongó demasiado. Un instante después el nórdico se volvió hacia su acompañante y le dijo algo en la lengua desconocida; los dos miraron entonces a Ben-Hur, y casi en seguida comenzaron a avanzar hacia él.

—¿Quiénes sois? —les preguntó Ben-Hur en latín.

—Bárbaros —respondió el nórdico con una sonrisa que no lograba mitigar la brutal expresión de su rostro.

—Estáis en el palacio de Idernee. ¿A quién buscáis? Deteneos donde estáis y responded.

Los extranjeros, impresionados por el tono vehemente de las palabras se frenaron; el nórdico preguntó a su vez:

—¿Y tú quién eres?

—Un romano.

El gigante echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—Escuché una vez la historia —dijo cuando por fin pudo contener la risa— de un dios surgido de una piedra salada que una vaca había estado lamiendo, pero ni siquiera el dios más poderoso podría hacer un romano de un miserable judío.

El hombre habló de nuevo con su compañero, y tomaron un paso más en dirección a Ben-Hur.

—Deteneos —dijo este apartándose del pilar—. Una sola cosa quería deciros.

—Está bien; una sola cosa —dijo el sajón cruzando sobre el pecho sus inmensos brazos y relajando momentáneamente el gesto de amenaza que empezaba a ensombrecer su rostro—. ¡Una sola cosa! ¡Habla!

—Eres Thord el nórdico.

Los ojos azules del gigante se abrieron desmesuradamente, delatando su gran sorpresa.

—Y fuiste instructor de boxeo en Roma.

Thord asintió.

—Yo fui alumno tuyo.

—No puede ser —protestó Thord, sacudiendo la cabeza—; por las barbas de Irmin[4] que nunca se me encomendó que de un judío hiciese un combatiente.

—Voy a demostrártelo.

—¿Cómo?

—Habéis venido a matarme, ¿verdad?

—Así es.

—Entonces permite que me enfrente hombre a hombre con tu compañero, y sobre su cuerpo te demostraré la verdad de lo que digo.

Una chispa de humor iluminó la cara del nórdico. Habló con su acompañante, quien se mostró de acuerdo, y anunció con el entusiasmo de un niño que se divierte:

—Esperad hasta que yo os diga.

Con el pie fue empujando un canapé hasta llevarlo a un ángulo de la estancia, se tumbó en él, y cuando se hubo acomodado convenientemente, dijo:

—Empezad.

Sin más preliminares, Ben-Hur avanzó hacia su antagonista y le dijo:

—¡Defiéndete!

Al instante el otro se puso en guardia.

Cuando los hombres estuvieron frente a frente, en posición de combate, no parecía existir la mayor diferencia entre ellos; aún más, hubiesen podido pasar por hermanos. El extranjero sonreía confiadamente, mientras Ben-Hur lo miraba con tal determinación, que de conocerse su destreza, tendría que haberlo tomado como una seria advertencia. Bien sabían ambos que se trataba de un combate a muerte.

Ben-Hur amagó un golpe con la mano derecha. El extranjero se protegió avanzando ligeramente su izquierda, pero antes que pudiese ponerse de nuevo en guardia, Ben-Hur asió su muñeca con un apretón que resultaba terrible tras aquellos largos años de práctica con el remo. La sorpresa fue total, y el otro no tuvo tiempo de reaccionar. Ben-Hur se arrojó entonces sobre su contrincante, empujó con fuerza su brazo contra la garganta y el hombro derecho del otro, colocándolo de medio lado y le propinó un tremendo

puñetazo con su mano izquierda; tomó impulso y golpeó de nuevo, esta vez en la nuca, debajo de la oreja. Todo esto sucedió tan rápido, que las distintas acciones parecían ser parte del mismo movimiento. No hubo necesidad de un nuevo ataque; sin proferir un solo grito, el esbirro cayó pesadamente al suelo, donde quedó tendido e inerte.

Ben-Hur se volvió hacia Thord.

—¡Pero cómo! ¡Por las barbas de Irmin! —clamaba el nórdico atónito, incorporándose a medias hasta quedar sentado. Miró entonces a Ben-Hur y se echó a reír.

—¡Ja, ja, ja! Ni yo mismo lo hubiese hecho mejor —dijo mientras examinaba a Ben-Hur de cabeza a pies.

El nórdico se levantó, y mirando a Ben-Hur con patente admiración, le dijo:

—Esa treta es mía. Sí; es la misma treta que durante diez años he practicado en las escuelas de Roma. No puedes ser judío. ¿Quién eres?

—¿Conociste a Arrio, el duunviro?



—¿Quinto Arrio? Sí claro; era mi protector.

—Tenía un hijo.

—Sí —dijo Thord, y sus maltrechas facciones se animaron ligeramente—. Conocí al muchacho. Habría podido ser un gladiador soberbio. El César le ofreció su patronazgo. Yo mismo le enseñé la treta que acabas de utilizar con

este…, una treta que solo es posible para una mano y un brazo tan diestros como los míos. Gracias a ella he ganado muchas coronas.

—Yo soy aquel hijo de Arrio.

Thord se aproximó y examinó cuidadosamente al joven; se iluminaron entonces sus ojos, y sonriendo extendió una mano hacia Ben-Hur.

—¡Ja, ja, ja! Me dijo que encontraría aquí a un judío. ¿Has oído? Un judío…, un perro judío, y que dándole muerte estaría sirviendo a los dioses.

—¿Quién te dijo eso? —preguntó Ben-Hur aceptando la mano tendida.

—Él… Messala… ¡Ja, ja, ja!

—¿Y cuándo te lo dijo, Thord?

—Anoche.

—Pensé que estaba malherido.

—No volverá a caminar jamás. Me lo dijo en su lecho, entre gemidos y quejas.

O sea, el vivo retrato del odio, pensó Ben-Hur, comprendiendo en ese momento que si el romano sobrevivía, seguiría siendo peligroso y lo perseguiría implacablemente. Ahora solo le quedaba la venganza para endulzar su vida arruinada, y por ello se explicaba su insistencia en aferrarse a la fortuna perdida en la apuesta con Sanballat. Rápidamente Ben-Hur consideró algunos de los muchos caminos que podía seguir su enemigo para interferir con el trabajo que había aceptado cumplir en pro del Rey que habría de venir. Si ese era el caso, ¿por qué no recurrir a los mismos métodos del romano? El hombre contratado por Messala para dar muerte a Ben-Hur podía ser contratado a su vez para volverse contra el romano. Solo tendría que ofrecerle una suma mayor. La tentación era fuerte, y Ben-Hur, a punto de ceder acertó a mirar en dirección de su antagonista caído, su rostro cubierto por una palidez cadavérica, y en ese momento se le ocurrió una idea.

—¡Thord! —dijo—. ¿Cuánto debía pagarte Messala por darme muerte?

—Mil sestercios.

—De todas maneras los tendrás, y si haces lo que ahora voy a decirte, añadiré tres mil sestercios a esa suma.

—Ayer gané cinco mil sestercios —dijo el gigante, pensando en voz alta —; del romano recibí mil…, son seis. Dame cuatro mil, apreciado Arrio, y me tendrás a tu entera disposición, aunque el viejo Thor[5], mi tocayo, la emprendiese conmigo a martillazos. Dame cuatro mil y daré muerte a ese patricio mentiroso si así me lo pides. Me bastaría con cubrirle la boca con una mano… Así.

Ilustró entonces el procedimiento cubriéndose la boca con una y otra mano alternativamente.

—Ya veo —dijo Ben-Hur—. Y diez mil sestercios son una verdadera fortuna. Con ese dinero podrás volver a Roma, abrir una venta de vinos cerca del Circo Máximo, y vivir como corresponde al mejor de los instructores pugilísticos.

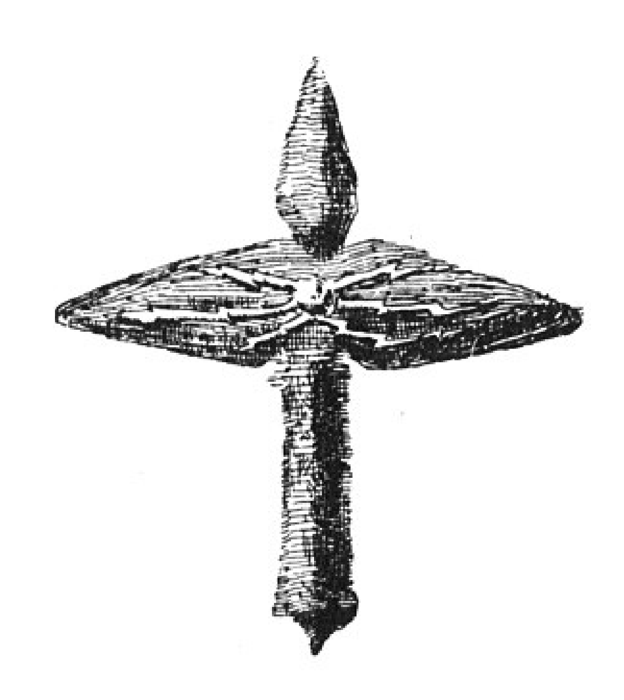
Hasta las cicatrices en el rostro de Thord se iluminaron con el placer que le producía la idea.

—Está bien; te daré los cuatro mil —prosiguió Ben-Hur; y ni siquiera tendrás que derramar sangre para ganar ese dinero. Escúchame bien, Thord. ¿No dirías que tu amigo tenía cierto parecido conmigo?

—Como dos manzanas del mismo árbol.

—Pues bien, si me pongo su túnica y a él lo revestimos con mis ropas, le dejamos aquí, y nos vamos tú y yo, ¿no podrías cobrar entonces los sestercios que te prometió Messala? Solo tienes que hacerle creer que soy yo quien ha muerto.

Thord se echó a reír con tanto ímpetu, que las lágrimas le corrían por las mejillas.



—¡Ja, ja, ja! —decía entre carcajadas desaforadas—; nunca nadie habrá ganado diez mil sestercios tan fácilmente. ¡Y una venta de vinos cerca del Circo Máximo…, y sin tener que matar a nadie; solo por decir una mentira! ¡Ja, ja, ja! Dame la mano, hijo de Amo. De acuerdo entonces, y si alguna vez visitas Roma, no dejes de preguntar por la venta de vinos de Thord el nórdico.

¡Por las barbas de Irmin que te serviré el mejor de los vinos aunque tenga que tomarlo prestado del mismo César!

De nuevo se estrecharon las manos, Ben-Hur cambió sus ropas con las del hombre que yacía en el suelo, y acordaron que un mensajero acudiría esa noche con los cuatro mil sestercios al sitio donde se alojaba Thord. El gigante llamó a la puerta, que se abrió de inmediato, y después de atravesar el patio condujo a Ben-Hur a una habitación vecina para que completase su atuendo con las burdas vestiduras del pugilista muerto.

—No lo olvides, hijo de Arrio —insistió Thord al separarse—; no dejes de visitar la venta de vinos cerca del Circo Máximo. ¡Ja, ja, ja! Por las barbas de Irmin que nunca se había ganado tanto dinero con tan poco esfuerzo. ¡Que los dioses te guarden!



Antes de alejarse del atrio, Ben-Hur había mirado por última vez al esbirro muerto, cubierto por el atuendo judío, y se había sentido satisfecho de la inspección. Si Thord cumplía su palabra, el engaño permanecería en secreto para siempre.



Aquella misma noche en casa de Simónides, Ben-Hur relató al anciano todo lo que había acontecido en el palacio de Idernee. Dispusieron que pasados unos días se pediría una investigación para dar con el paradero del hijo de Arrio y que después de un tiempo, el asunto sería llevado directamente ante Maxencio. Al enterarse de esto, y si el engaño no era descubierto entre tanto, Messala y Grato se quedarían tranquilos, convencidos que Ben-Hur estaba en verdad muerto y enterrado. El joven judío podría trasladarse entonces a Jerusalén para buscar a su familia desaparecida.

La despedida tuvo lugar en la terraza que daba al río, donde Simónides había sido conducido en su sillón. El anciano dio la despedida a Ben-Hur con la solicitud de un padre, y Esther lo acompañó hasta la base de la escalera.

—Esther, si encuentro a mi madre, quiero que vayas a Jerusalén a verla, y que seas como una hermana para Tirzah —dijo Ben-Hur, y le dio un beso.

¿Era tan solo un beso de despedida?

Ben-Hur cruzó el río y desembarcó cerca del sitio donde se había levantado el último campamento de Ilderim. Allí encontró al árabe que habría de servirle de guía.

Cuando trajeron los caballos, dijo el guía a Ben-Hur:

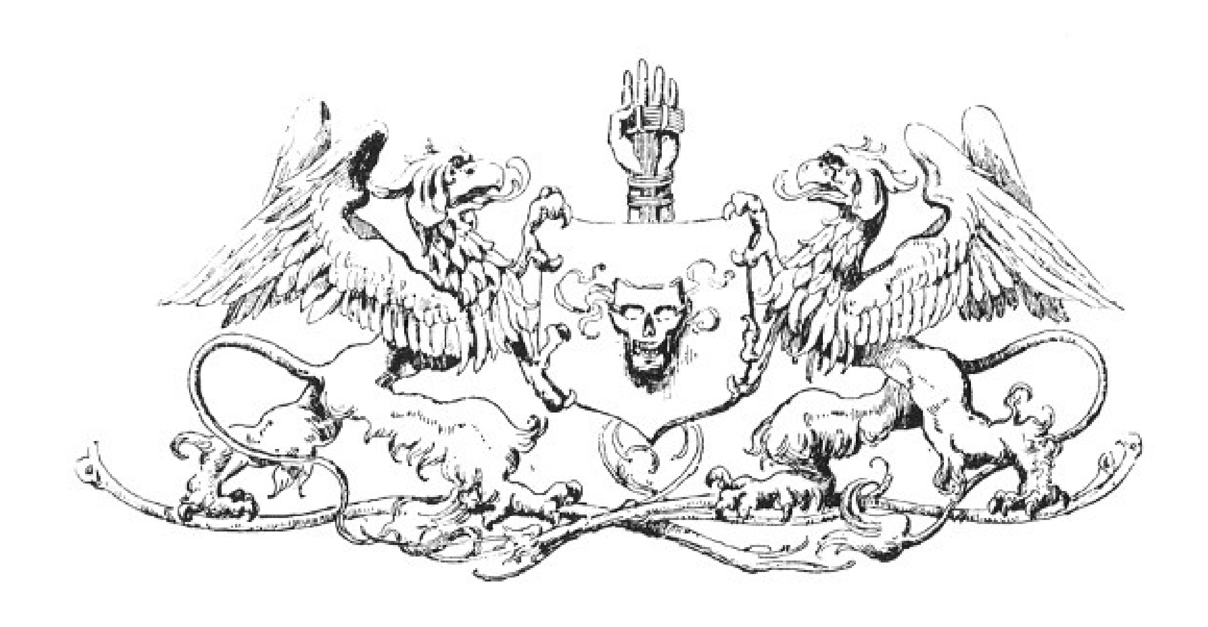
—Este es para ti.

Ben-Hur se volvió para mirar, ¡y he aquí que se trataba nada menos que de Aldebarán!, el más veloz e inteligente de los hijos de Mira, y, después de Sirio, el predilecto del jeque. Comprendió que con tal regalo el anciano le estaba entregando parte de su corazón.

El cadáver en el atrio del palacio fue sacado y enterrado a altas horas de la noche, y de acuerdo con los planes convenidos, de inmediato Messala envió un mensajero a Grato con la buena nueva de la muerte de Ben-Hur…, esta vez con toda certeza.

Poco después se abrió una venta de vinos en las proximidades del Circo Máximo de Roma, con la siguiente inscripción sobre la puerta:

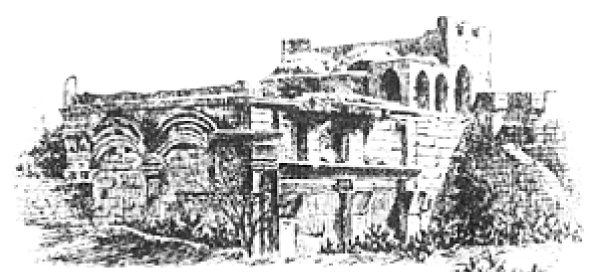
THORD EL NÓRDICO

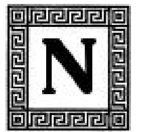


[1]


LIBRO SEXTO
¿Es ésta una de las muertes? ¿Son entonces dos?
¿Es la muerte compañera de aquella mujer?
. . .
Tan blanca como la lepra era la piel de esa mujer.
La pesadilla de morir en vida.
Que hiela la sangre de los hombres.
COLERIDGE [1]

Capítulo I
La Torre Antonia (celda número VI)





Nuestra historia se adelanta treinta días desde la noche en que Ben-Hur salió de Antioquía para internarse en el desierto con el jeque Ilderim.

Ha acontecido un gran cambio —grande al menos en lo que respecta a la suerte de nuestro héroe—, ¡Poncio Pilatos ha sucedido en el trono a Valerio Grato!

El reemplazo, vale la pena anotarlo, costó a Simónides exactamente cinco talentos en moneda romana, entregados a Sejano, quien en ese momento se encontraba en el cenit de su poder como favorito imperial. El propósito del cambio había sido el de ayudar a Ben-Hur, reduciendo los riesgos a los que estaría expuesto mientras intentaba descubrir a su familia en Jerusalén y sus alrededores. Para ello, el fiel servidor había utilizado las ganancias obtenidas a costa de Druso y sus asociados, quienes inmediatamente después de pagar las apuestas, y como era natural, pasaron a ser enemigos de Messala, cuya reputación en Roma seguía siendo dudosa.

A pesar del poco tiempo transcurrido, ya los judíos habían comprendido que no mejorarían las cosas con ese cambio.

Las cohortes, enviadas para relevar la guarnición de la Torre Antonia, entraron de noche en la ciudad; a la mañana siguiente, la primera visión que se ofreció a los ojos de los residentes en el sector fue la de las murallas de la antigua torre decoradas con insignias militares, que desafortunadamente consistían en bustos del emperador mezclados con águilas y globos. Una multitud exasperada marchó hasta Cesarea, donde Pilatos descansaba, ocioso, para implorarle que retirara las detestadas imágenes. Durante cinco días con sus noches permanecieron a las puertas de palacio, hasta que al fin Pilatos les citó a una reunión en el Circo. Cuando estuvieron todos juntos, los hizo

rodear de soldados; en lugar de resistirse, los judíos ofrecieron sus vidas, y con ese gesto lograron su propósito. Pilatos ordenó que las imágenes e insignias regresaran a Cesarea, donde Grato, demostrando mayor consideración y buen juicio, había guardado semejantes abominaciones durante los once años de su reinado.

Los hombres más viles de vez en cuando alternan su maldad con buenas obras. Así ocurrió con Pilatos. Dispuso que se efectuara una inspección de todas las prisiones de Judea y se elaborara una lista con los nombres de las personas encarceladas, especificando los crímenes por los que cada una de ellas había sido condenada. Sin duda la razón era la que comúnmente motiva a los oficiales recién nombrados: el temor de cargar con las malas obras que son responsabilidad de su antecesor. El pueblo, empero, considerando la conveniencia de tal medida, aprobó la decisión y por un tiempo experimentó cierto alivio. Los resultados fueron asombrosos. Se dejaron en libertad centenares de personas contra las cuales no existía acusación alguna, aparecieron muchas otras a las que ya se tenía por muertas, y lo que es aún más inaudito, se abrieron mazmorras que no solamente eran desconocidas por el común de la gente, sino que habían sido olvidadas por las autoridades carcelarias. Haremos ahora referencia a uno de estos casos, que, curiosamente, ocurrió en Jerusalén.

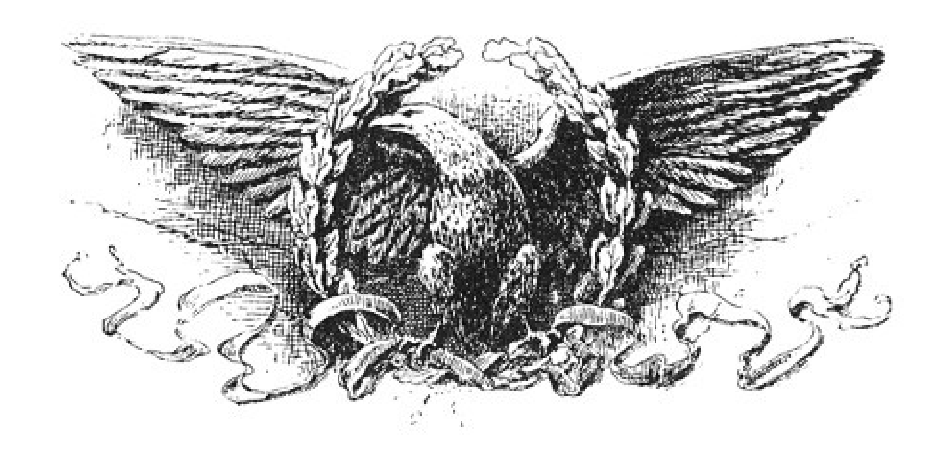
La Torre Antonia, que como se recordará ocupaba dos tercios del área sagrada del Monte Moria, había sido en su origen un castillo macedonio. Luego Juan Hircano[1] la convirtió en una fortaleza para la defensa del Templo, y en su época fue considerada inexpugnable. Pero cuando Herodes accedió al poder, hizo reforzar y extender las murallas, añadiendo todas las dependencias necesarias para hacerla una plaza fuerte que durara para siempre: oficinas, cuarteles, armerías, depósitos y por último, aunque no era por cierto lo menos importante, prisiones de todo tipo. Excavó en la roca hasta nivelarla, y luego construyó sobre ella, comunicando aquella enorme masa gris con el Templo por medio de una elaborada columnata.

Así estaba la Torre cuando cayó en poder de los romanos, quienes rápidamente se dieron cuenta de su reciedumbre y otras ventajas, y la adaptaron para usos que resultaban apenas propios en ellos. Durante toda la administración de Grato había sido una ciudadela militarizada y una terrible prisión subterránea para los acusados de sedición. ¡Pobre de aquel que fuese apresado cuando por esas puertas salían las cohortes a suprimir algún desorden! ¡Y pobre también del judío que debía cruzar esas mismas puertas después de ser arrestado!

Con esta previa explicación, pasaremos directamente a nuestra historia.

* * *

En cuanto se recibió en la Torre Antonia la orden del nuevo procurador exigiendo una relación de todas las personas que se hallaban bajo custodia, fue ejecutada sin demora, y ya han pasado dos días desde el momento que fue examinada la condición del último de aquellos desdichados. El tribuno en jefe de la Torre tiene el informe sobre la mesa, listo para ser remitido; cinco minutos más tarde estará en camino hacia Pilatos, quien se aloja en el palacio del Monte Sión.



El despacho del tribuno es fresco y espacioso, amueblado en un estilo acorde con la dignidad del comandante de un puesto tan importante en todo sentido. Ya se acerca la séptima hora del día, y el oficial se ve cansado e impaciente; una vez despachado el informe desea subir a la azotea para estirar un poco los músculos y respirar aire puro, al tiempo que se distraerá observando a los judíos que se encuentren en los patios del Templo. Sus subordinados y escribientes comparten su impaciencia.

De repente aparece un hombre en el umbral de la puerta que conduce a una estancia contigua. Hace sonar un manojo de enormes y pesadas llaves, atrayendo de inmediato la atención del jefe.

—Ah, eres tú, Gesio, —dice el tribuno.

Mientras el recién llegado se acerca a la mesa detrás de la cual el tribuno se sienta en una poltrona, los presentes pueden observar que hay en su rostro una cierta expresión de alarma y dolor. Al punto guardan silencio para poder escuchar lo que tiene que decir.

—¡Oh tribuno! —dice el hombre, inclinándose profundamente—. Me acosa el temor al pensar en lo que he de decirte.



—Otro error; ¿verdad, Gesio?

—Si consiguiera convencerme a mí mismo que solo se trata de un error, no sentiría tanto miedo.

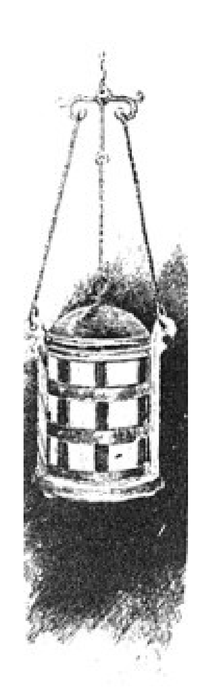
—Entonces debe ser un crimen…, o peor aún, un deber que no se ha cumplido cabalmente. Es posible burlarse del César o maldecir a los dioses, sin perder por ello la vida, pero si la ofensa es contra las águilas…, ¡ah!, bien lo sabes, Gesio…, pero continúa.

—Han pasado unos ocho años desde que Valerio Grato me escogió como carcelero de las prisiones de esta Tone —dijo el hombre con decisión—. Recuerdo perfectamente la mañana que asumí mis funciones. El día anterior se había producido un motín, prolongado luego en luchas callejeras. Dimos muerte a muchos judíos, y también sufrimos importantes pérdidas de nuestra parte. Según se dijo, los sucesos se desencadenaron después de un intento de asesinar a Grato lanzándole una teja en la cabeza desde una azotea. Después del atentado encontré a Grato en el mismo sitio donde ahora te sientas, ¡oh tribuno!, con la cabeza envuelta en vendajes. Me notificó mi nombramiento y me entregó estas llaves numeradas, cada una de las cuales correspondía a una celda; eran las insignias de mi nuevo cargo, me dijo, y me recomendó que no me separase nunca de ellas. Sobre la mesa se encontraba un rollo de pergamino. Me pidió que me acercara, abrió ceremoniosamente el rollo y me explicó que esos eran los planos de las celdas. Se trataba de tres planos diferentes. «Este primero», prosiguió, «indica la disposición del piso superior; el siguiente representa el segundo piso, y este último, la planta baja. Te confío a ti todo ello». Me los entregó al tiempo que decía: «Ahora ya tienes las llaves y los mapas; dirígete allí cuanto antes para que empieces a familiarizarte con la disposición general; visita cada una de las celdas y examina la condición en que se encuentran. Si consideras que son necesarias ciertas medidas para garantizar la seguridad, estás en libertad de impartir las órdenes que consideres necesarias, pues soy yo tu único superior, el único a quien debes dar razón de tus actos».

Gesio continuó.

—Ya me había despedido y me disponía a salir, cuando me llamó. «¡Ah!, se me olvidaba algo», dijo. «Dame el plano del tercer piso». Se lo entregué y lo extendió sobre la mesa. «Aquí, Gesio», dijo, «mira esta celda». Con un dedo señaló la número V. «En esta celda están encerrados tres hombres, tres individuos temerarios que de alguna manera consiguieron descubrir un

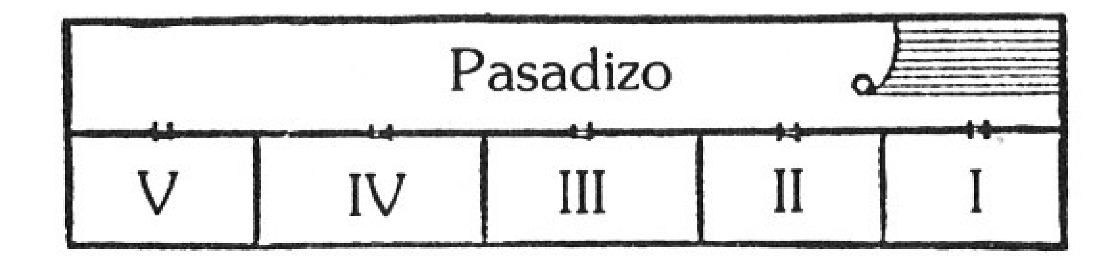
secreto de Estado, y ahora pagan amargamente su curiosidad, que…», y me miró significativamente, «en cuestiones semejantes es peor que un crimen. Por ello han perdido la vista y han perdido la lengua, y están condenados a permanecer allí por el resto de sus vidas. No deberán recibir otra cosa que la comida y el agua, para lo cual se utiliza un agujero en la pared, cubierto por una ventanilla corrediza. ¿Has entendido, Gesio?». Respondí que sí. «Eso está muy bien», dijo, y en seguida añadió, mirándome amenazadoramente: «Hay algo más que no debes olvidar, o de lo contrario… La puerta de esta celda, la celda número V jamás debe ser abierta, por ningún motivo. Nadie puede entrar, nadie puede salir, ni siquiera tú». «¿Y si mueren?», pregunté. «Si mueren», contestó, «la celda será su tumba. Fueron confinados allí para desaparecer del mundo y morir. Es una celda de leprosos. ¿Me entiendes?». Con esto me dejó marchar.



Gesio se detuvo y de algún bolsillo de su túnica sacó tres pergaminos, amarillentos ya por el tiempo y el uso; separó uno de ellos y lo desplegó en frente del tribuno diciendo:

—Este es el piso bajo.

Plano



—Exactamente así, ¡oh tribuno!, lo recibí de Grato —afirmó Gesio—. He allí la celda V.

—Ya veo —dijo el tribuno—. Continúa… Así que dijo que era una celda de leprosos.

—Quisiera hacerte una pregunta —solicitó humildemente el carcelero.

El tribuno asintió.

—Dadas las circunstancias, ¿no era de esperar que yo creyese que el plano era exacto?

—¿Qué otra cosa podías hacer?

—Pues bien; no es exacto.

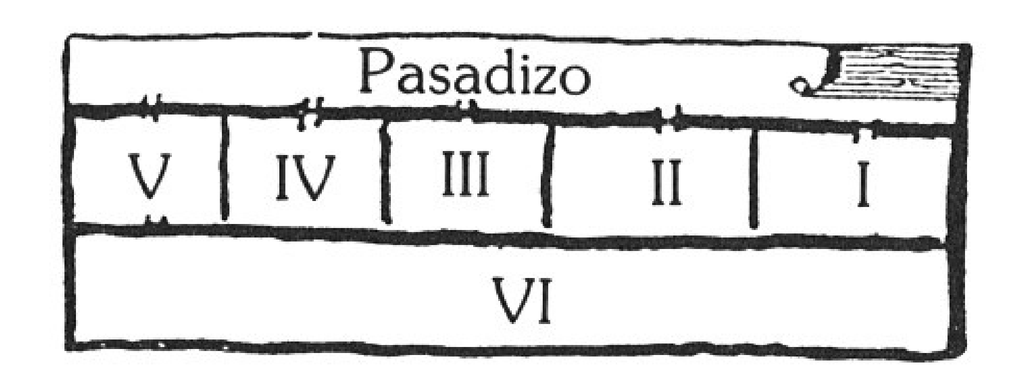
Su jefe lo miró sorprendido.

—No es exacto —repitió el carcelero—. Muestra solo cinco celdas en ese piso, cuando en realidad hay seis.

—¿Has dicho seis?

—Voy a mostrarte la disposición del piso, al menos según lo creo yo.

Sobre una página de sus tablillas, Gesio dibujó el siguiente diagrama y se lo pasó al tribuno:



—Has hecho bien —dijo el tribuno, examinando el dibujo y pensando que el relato del carcelero había terminado—. Haré corregir el plano, o mejor aún, haré que se elabore uno nuevo y se te entregará. Ven a buscarlo mañana por la mañana.

Y así diciendo se puso de pie.

—Pero aún hay algo más.

—Mañana, Gesio, mañana.

—Lo que he de decir no puede esperar.

Sin perder el buen humor, el tribuno regresó a su asiento.

—Me daré prisa —dijo el carcelero respetuosamente—; pero antes, si se me permite, quisiera hacer otra pregunta. ¿No era de esperar que también creyera lo que Grato dijo sobre los prisioneros de la celda número V?

—Sí; era tu deber creer que había tres prisioneros en esa celda; prisioneros de Estado, ciegos y mudos.

—Pues bien —dijo el carcelero—, tampoco eso era verdad.

—¡Ah no! —exclamó el tribuno con renovado interés.

—Escúchame y juzga por ti mismo, ¡oh tribuno! Tal como se me exigió, registré todas las celdas. La orden de no abrir jamás la puerta de la número V había sido acatada; durante estos ocho años, la comida y el agua se han

pasado siempre por el agujero de la pared. Ayer me acerqué a esa puerta lleno de curiosidad por ver a los desdichados, que en contra de lo que se podía esperar, habían sobrevivido todo este tiempo. La llave no pudo entrar en la cerradura. Empujamos un poco, y al instante la puerta se derrumbó; los goznes, nos dimos cuenta, estaban completamente oxidados. Al entrar no encontré sino un hombre, anciano, ciego, sin lengua, desnudo. Sus cabellos sucios y desgreñados caían hasta más abajo de la cintura; su piel hacía pensar en un pergamino. Extendió las manos y pude ver unas uñas tan largas y curvas como las garras de un pájaro. Le pregunté dónde estaban sus compañeros. Hizo un gesto de negación con la cabeza. Pensando que encontraríamos a los otros hombres, revisamos la celda cuidadosamente, examinando hasta el último resquicio en el suelo y las paredes. No hallamos ninguna señal de que hubiese tenido otros ocupantes. Si tres hombres hubiesen sido encerrados allí y dos habían muerto, al menos quedarían los huesos.

—Por lo tanto piensas…

—Pienso, ¡oh tribuno!, que durante esos ocho años solo ha habido un prisionero en esa celda.

El jefe miró al carcelero severamente y dijo:

—Ten cuidado con lo que dices. Tus palabras implican que Valerio mintió.

Gesio inclinó la cabeza al tiempo que decía:

—Pudo haberse equivocado.

—No se equivoca —dijo el tribuno con voz amable—. Por lo que acabas de decir, tenía razón. ¿No has dicho que durante ocho años se ha suministrado agua y comida para tres hombres?

Los circunstantes celebraron la sagacidad de su superior; Gesio, sin embargo, no pareció desconcertarse.

—Solo has escuchado la mitad de la historia, ¡oh tribuno! Cuando la termine, me darás la razón. Has de saber lo que hice con aquel hombre; lo mandé a que se diera un baño, dispuse que le cortaran el cabello y la barba y que le dieran de vestir, y luego lo acompañé hasta la puerta de la Torre, donde le dije que quedaba en libertad. Pensé que ya no volvería a saber de él. Pero hoy regresó y fue traído a mi presencia. Valiéndose de gestos y de lágrimas finalmente me hizo comprender que deseaba volver a la celda, y así lo ordené. Cuando ya se lo llevaban los encargados, se desasió de ellos y corrió hasta mí

para besarme los pies, implorando insistentemente, como mejor podía, que fuese con él. Así lo hice. El misterio de los tres hombres aún me rondaba. Seguía albergando dudas. Ahora me alegro de haber accedido a su súplica.

Al llegar a este punto, todos los presentes se quedaron inmóviles, muy atentos.

—Cuando estuvimos de nuevo en la celda, el antiguo prisionero me cogió ansiosamente de la mano y me condujo hasta un agujero en la pared, similar a aquel en el cual se le dejaba la comida. Aunque un yelmo habría pasado por allí perfectamente, ayer no reparé en él. Sin soltarme la mano, acercó su cara al agujero y emitió un grito como de animal herido. Le respondió un sonido débil y ahogado. Me quedé atónito, y apartando al anciano a un lado, comencé a llamar a voces. Al principio no me contestaron. Llamé de nuevo, y entonces escuché estas palabras: «Alabado seas, ¡oh, Señor!». Y lo que resultaba aún más insólito, tribuno, se trataba de una voz de mujer. Le pregunté quién era, y me respondió así: «Una mujer de Israel enterrada aquí con su hija. Socorrednos pronto o moriremos». Les dije que no perdieran el ánimo y me apresuré a venir aquí para saber qué disponías que se hiciese.

El tribuno se levantó velozmente.

—Tenías razón, Gesio —dijo—, y ahora lo comprendo. El plano era una mentira, al igual que la historia de los tres hombres. Valerio Grato no ha sido el mejor de los romanos.

—Sí —dijo el carcelero—. Por los gestos del anciano pude deducir que diariamente entregaba a las mujeres sus correspondientes raciones de comida y agua.

—Ahora se explica todo —dijo el tribuno, y considerando que sería muy conveniente tener varios testigos, agregó dirigiéndose a sus amigos—. Vamos a rescatar a esas mujeres. Vamos todos.

Gesio estaba más que complacido.

—Tendremos que abrir un hueco en la pared —dijo—. Encontré el sitio donde estaba emplazada la puerta, pero ha sido taponada sólidamente con piedras y argamasa.

El tribuno se quedó atrás para dar instrucciones a un ayudante:

—Envíame trabajadores con herramientas. Date prisa, pero en cuanto al informe debes retenerlo, pues ya veo que será necesario hacer correcciones.

Un instante después no quedaba ya nadie en la habitación.



Capítulo II
Las leprosas

Soy una mujer de Israel enterrada aquí con su hija. Socorrednos pronto o moriremos.

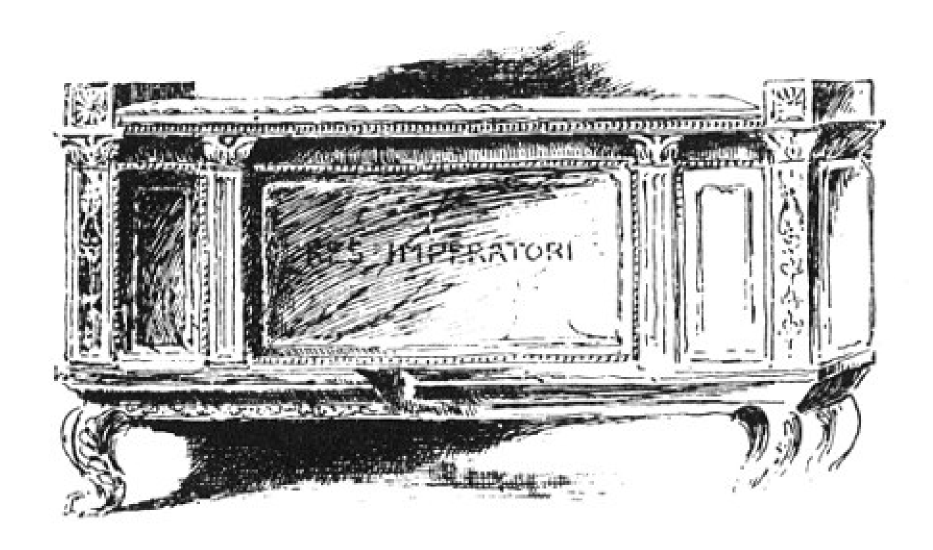
Tal fue la respuesta de Gesio, el carcelero, recibió de la celda que aparecía en su plano corregida como la número VI. El lector, al enterarse de la respuesta, habrá adivinado quiénes eran las desventuradas, y sin duda se habrá dicho: «¡Al fin aparecen la madre de Ben-Hur y Tirzah, su hermana!».

Y así era.

La misma mañana que fueron apresadas, ocho años atrás, habían sido conducidas a la Tone Antonia, donde Grato se proponía mantenerlas indefinidamente. Eligió la Torre porque dependía más directamente de él, y la celda VI por dos razones muy particulares: en primer lugar porque era más fácil aislarlas por completo hasta lograr que fuesen olvidadas y, en segundo lugar, porque estaba infectada por la lepra. Se trataba pues, no solo de un sitio seguro donde mantener a estas dos prisioneras, sino también de un lugar donde probablemente morirían en poco tiempo. Se encargó a un grupo de esclavos que las trasladaran a la Torre a altas horas de la noche y se les ordenó que taponaran por completo la única puerta de la celda. Luego estos esclavos fueron alejados de la ciudad, a sitios diferentes, y nunca más se volvió a saber de ellos. Para evitar la posibilidad de ser acusado si alguien descubría el caso, y para ampararse en la distinción que existe entre aplicar un castigo y cometer un doble asesinato, Grato prefirió confinar a sus víctimas a un sitio donde parecería que habían muerto de muerte natural. Y para asegurarse que no muriesen de hambre, sino que se fuesen consumiendo lentamente, escogió a un convicto, privado de la vista y sin lengua, para que les hiciese llegar su ración diaria de agua y alimento. Resultaba entonces

totalmente imposible que el desdichado pudiese relatar la historia o que identificase a las prisioneras o al hombre que las había encerrado en condiciones tan miserables. Siguiendo este artero plan, maquinado en parte por Messala y con el pretexto de castigar a una ralea de asesinos, Grato allanó el camino para confiscar la fortuna de los Hur, de la que no llegó a los cofres imperiales siquiera una porción.

Como última medida para asegurar su plan, sustituyó al antiguo carcelero. No lo hizo porque el hombre se hubiese enterado de lo ocurrido, que no era así, sino porque conocía de tal modo los subterráneos, que hubiese sido prácticamente imposible que no descubriese el sitio donde habían sido confinadas madre e hija. Más adelante, y dando muestra de su ingenio maestro, el procurador hizo dibujar otros mapas para entregar al nuevo carcelero, con la omisión, como hemos visto, de la celda número VI. Se cumplió así el designio de que la celda y sus desdichadas ocupantes desapareciesen para el resto del mundo.



Para hacernos una idea de la vida que debieron sobrellevar madre e hija durante aquellos ocho años, debemos tener en cuenta su cultura y el tipo de vida al que estaban acostumbradas. Son nuestras respectivas sensibilidades las que determinan si una situación nos parece agradable o penosa, y no resulta exagerado que si todos los hombres tuviesen que marcharse del mundo intempestivamente, el cielo, tal como ha sido concebido por el pensamiento cristiano, no sería un paraíso para la mayoría. Por otra parte, no todos sentirían la misma aflicción a ser conducidos al llamado Tofet[1]. El cultivo de la mente tiene sus recompensas. A medida que aumenta la inteligencia, aumenta también la capacidad del alma para disfrutar de los placeres puros.

Repetimos que para formarse una idea adecuada de los sufrimientos de la madre de Ben-Hur, el lector debe considerar el espíritu y las sensibilidades de esa mujer tanto, si no más, que las condiciones de su encierro, pues el asunto crucial no radica en las condiciones en sí, sino en la manera como la afectaban. Podemos decir ahora que la escena en el aposento de verano del palacio de los Hur, a comienzos del libro segundo de nuestra historia, fue descrita con tanto detalle anticipando lo importante que era conocer, al llegar a este punto, el modo de vida de la familia antes de su desgracia.

En otras palabras, recordemos ahora la vida serena, alegre y lujosa en la principesca mansión y contrastémosla con la existencia en la más recóndita mazmorra de la Torre Antonia; después, si el lector en su esfuerzo por comprender la extrema miseria de la madre, insiste en conocer las condiciones físicas del cautiverio, tampoco estaría de más, y si realmente ama al prójimo, se sentirá inundado de compasión. Pero si, además, el lector recuerda la manera en que le hablaba a su hijo de Dios y las naciones y los héroes, asumiendo por un momento el papel del filósofo, en el siguiente el del maestro, y siempre el de la madre, entonces es posible que más allá de la compasión, alcance a compartir la agonía de su mente y de su espíritu, o al menos a vislumbrarla…

Nada hay que pueda herir más profundamente a un hombre que un ataque a su amor propio: del mismo modo nada hiere más a una mujer que un ataque a aquello que ama.

Con el recuerdo avivado de estas desventuras, el recuerdo de lo que fueron, descendemos para ver lo que ahora son.

La forma de la celda número VI era tal como Gesio la había dibujado en su mapa. En cuanto a sus dimensiones, resultaba difícil calcularlas, pero se trataba de un recinto amplio, tosco, abandonado, con el techo y las paredes llenos de grietas y salientes.



Antiguamente, el sitio que ocupaba el castillo macedonio estaba separado del emplazamiento del Templo por un estrecho y profundo risco que recordaba la forma de una cuña. Los trabajadores encargados habían cavado una serie de celdas comenzando desde el lado norte de la grieta, de tal modo que el techo estaría formado por la misma roca. Así fueron construidas las celdas V, IV, III, II y I —la VI, como ya hemos visto solo estaba conectada con la V—. Igualmente se construyeron el pasadizo y las escaleras al piso

superior. El procedimiento seguido fue exactamente el mismo empleado en la excavación de las Tumbas de los Reyes, situadas al norte de Jerusalén. Solamente después de concluida la excavación, se agregó la celda número VI, cuya parte exterior estaba formada por una prodigiosa muralla de piedra, en la cual se dejaron pequeñas aberturas. Cuando Herodes tomó posesión del Templo y de la Torre hizo colocar un revestimiento sobre esta pared exterior y ordenó cerrar todas las aberturas con excepción de una. Por esa única abertura entraba el poco aire que circulaba en el interior de la celda y un rayito de luz, que apenas alcanzaba a mitigar tenuemente las tinieblas permanentes.

Así era la celda número VI.

¡No os espantéis ahora!

La descripción de aquel despojo humano ciego y sin lengua que acababa de ser librado de la celda número V, puede servir de anticipo y preparación para el horror que nos espera.

Las dos mujeres están juntas, cerca de aquella única ranura; una está sentada, y la segunda se apoya en su hombro. La luz sesgada y tenue que cae sobre ellas, les concede un aspecto fantasmagórico. Alcanzamos a ver que no llevan vestido, ni las cubre manto alguno. Nos damos cuenta, sin embargo, que el amor ha sobrevivido, pues están entrelazadas en estrecho abrazo. Las riquezas se evaporan, las comodidades se desvanecen, la esperanza se marchita, pero el verdadero amor permanece. El amor es sagrado.

En el sitio que ocupan, el suelo de piedra tiene tal lustre, que casi resplandece. ¡Quién podría decir cuántas horas durante los últimos ocho años han pasado en aquel sitio exacto, en frente de la abertura, alimentando su esperanza de un eventual rescate con aquel medroso y sin embargo bienamado rayo de luz! Cuando empezaba a penetrar una ligera claridad, sabían que había llegado el amanecer; cuando aquel brillo se iba desvaneciendo, sabían que se acercaba la noche, que en ninguna otra parte podía ser tan larga y tan oscura como en aquella celda. Y a través de aquella ranura, como si se tratase de una amplia y elevada puerta palaciega, en pensamiento escapaban hacia el mundo y pasaban largas horas vagando de un lado a otro de la tierra, buscando, averiguando, preguntando, la una por su hijo, la otra por su hermano. Lo buscaban en los mares y en las islas del océano; hoy en esta ciudad, mañana en aquella, pues lo imaginaban como a un hombre errante, que vivía para buscarlas, así como ellas vivían para esperarlo. ¡Cuántas veces durante aquella búsqueda interminable se habrían cruzado en el pensamiento Ben-Hur y las dos mujeres! Y sentían un alivio

indecible cada vez que se decían: «Mientras él viva, no seremos olvidadas; mientras nos recuerde, existe todavía la esperanza». ¡Nadie puede saber la fuerza que se deriva de las cosas pequeñas si no ha sufrido en carne propia penalidades extremas!

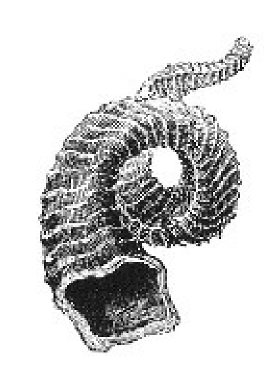
El recuerdo que de ellas guardamos nos inclina a mirar a las dos mujeres con respeto; las aflicciones que han padecido las revisten de santidad. Sin necesidad de acercarnos demasiado, desde el otro extremo de la mazmorra, comprobamos que su aspecto se ha alterado de tal manera, que no podría explicarse solamente por el paso del tiempo o el prolongado encierro. La madre y la hija habían sido mujeres hermosas; ahora no se podría decir tal cosa aunque se las mirara con ojos llenos de amor. Tienen el cabello largo, desgreñado y extrañamente blanco, y al mirarlas retrocedemos, sobrecogidos, invadidos por una repulsión indescriptible, que podría deberse en parte al resplandor enfermizo de la luz en aquella lóbrega estancia.

En este mismo instante, las mujeres sufren las torturas del hambre y la sed, pues no han recibido nada de comer ni de beber desde que se llevaron al convicto que les servía sus raciones…, es decir desde ayer.

Tirzah, abrazada a su madre y recostada en ella, solloza lastimeramente.

—Calla, Tirzah. Ya vendrán. Dios es bueno. Nosotras lo hemos tenido siempre presente, y no hemos olvidado orar cada vez que en el Templo resuenan las trompetas. Puedes ver que la luz es aún brillante; el sol se encuentra todavía en la parte sur del firmamento y no puede ser más tarde de la hora séptima. Alguien vendrá. Tengamos fe. Dios es bondadoso.

Así hablaba la madre, con palabras sencillas y directas, aunque ocho años en cautiverio, sumados a los trece que tenía la última vez que la vimos, significan que su hija ya no es una niña.



—Trataré de tener fuerzas, madre —dice Tirzah —. Tu sufrimiento no es menor que el mío; ¡y deseo tanto vivir para ti y para mi hermano! Pero mi lengua arde y mis labios parecen estar en llamas… ¿Dónde estará mi hermano? ¿Podrá encontrarnos alguna vez?

Hay algo en sus voces que nos sorprende de manera especial…, un tono inesperado, seco, metálico, inhumano…

—Anoche soñé con él —dice la madre, acercando a la hija a su regazo—, y en el sueño lo veía tan claramente como te veo a ti. Debemos creer en los sueños, Tirzah, así como creían nuestros antepasados. Con frecuencia el

Señor les hablaba valiéndose de los sueños. Estábamos en el Patio de las Mujeres y junto a la Puerta Hermosa; había muchas mujeres con nosotras; él llegó hasta el patio y se detuvo en el umbral de la puerta, mirando hacia todos lados. Mi corazón empezó a latir con fuerza. Sabía que nos estaba buscando y entonces extendí mis brazos y llamándole a grandes voces salí corriendo a su encuentro. Él me escuchaba, me veía, pero no podía reconocerme. Y de un momento a otro desapareció.

—¿Y no ocurriría así si de verdad lo encontráramos, madre? ¿Hemos cambiado tanto?

—Quizá, pero… —la madre se interpone bajando la cabeza, mientras su rostro se contrae con una mueca de dolor; después de un instante, empero, consigue recuperarse y prosigue—, pero, podríamos hacer saber quiénes somos.

Tirzah eleva sus brazos al aire y de nuevo se echa a sollozar.

—¡Agua, madre, agua! ¡Aunque solo sea una gota!

La madre, con gesto de impotencia se queda mirando el vacío que las rodea. Tantas veces ha nombrado a Dios, tantas veces se ha encomendado a él, que la palabra comienza a resonar en su interior con un eco burlón. Una sombra se interpone entre ella y la tenue luz, haciéndola aún más tenue, y se ve obligada a pensar que la muerte la acecha, que se va acercando a medida que su fe se aleja. Sin saber muy bien lo que dice, sin detenerse a reflexionar, hablando solo porque debe hablar, afirma:

—Paciencia, Tirzah; ya vendrán. Ya casi están aquí.

En ese preciso instante creyó oír un ruido en el pequeño orificio en la pared divisoria a través del cual habían tenido el único contacto con el resto del mundo. Y no se equivocaba. Pasado un momento, el grito del convicto de la celda V, se extendió por todo el recinto. Tirzah también lo escuchó, y ambas se pusieron de pie, sin soltarse las manos.

—¡Alabado sea por siempre el Señor! —exclamó la madre, con el fervor que experimentaba al recuperar la fe y la esperanza.

—¿Quién está allí? —preguntó en seguida alguien.

Era una voz extraña, pero ¿qué importaba? Exceptuando lo que hablaba con Tirzah, eran las primeras y únicas palabras que la madre había escuchado

en ocho años. El cambio era repentino y radical: de la muerte a la vida en un solo instante.

—Soy una mujer de Israel enterrada aquí con su hija. Socorrednos pronto o moriremos.

—Tened ánimo. Pronto volveré.

Las mujeres se echaron a llorar incontenibles. Habían sido encontradas; recibirían ayuda. De un deseo a otro fue creciendo la esperanza y remontándose cual inquieta golondrina. Habían sido encontradas; pronto serían liberadas. Y luego recobrarían todo lo que habían perdido: el hogar, los amigos, las propiedades, ¡y el hijo de una! ¡El hermano de la otra! La escasa luz pareció iluminarlas con la gloria de un día radiante, y olvidándose de los dolores y la sed y el hambre y la muerte que las acechaba, se arrojaron al suelo bañadas en lágrimas, apretándose muy fuerte la una contra la otra.

Y esta vez no tuvieron que esperar mucho tiempo. Gesio, el carcelero, relató su historia detalladamente pero sin vacilaciones, y no tardó demasiado en concluirla. Y el tribuno tampoco perdía el tiempo.

—¡Los de adentro! —gritó al acercarse al orificio.

—Aquí —dijo la madre incorporándose.

Inmediatamente escuchó sonidos en otros sitios, como si alguien diera golpes al muro, los golpes rápidos y retumbantes que produce un instrumento de hierro. No dijo nada la madre, y tampoco dijo nada Tirzah, pero escucharon con atención redoblada, conscientes de lo que aquello significaba: que se estaba abriendo el camino que las llevaría a la libertad. Algo similar deben sentir los mineros largo tiempo sepultados en las galerías, al escuchar que se acercan sus salvadores, anunciados por el sonido de los picos y las palas; también ellos, estremecidos, clavarán la mirada en el sitio del cual proceden los sonidos, incapaces de apartar los ojos, temerosos de que cese el trabajo y ellos deban regresar a su desesperación.

Los brazos que afuera se esforzaban por liberarlas eran fuertes; las manos diestras; la voluntad enorme. A cada instante que pasaba se escuchaban con mayor claridad los golpes; de vez en cuando caía con gran estrépito un fragmento de roca, aproximándolas más y más a la libertad. Al cabo de un rato les fue posible escuchar las voces de los trabajadores y poco después —¡oh alegría!— a través de la rendija recién abierta en el muro vislumbraron el rojo resplandor de las antorchas que al punto se abrió paso entre las tinieblas,

incisivo como un diamante, hermoso como el brillo de una lanza en las horas del alba.

—¡Es él, madre, es él! Finalmente nos ha encontrado —gritó Tirzah con el entusiasmo de una joven ilusionada.

Pero la madre se limitó a decir suavemente:

—Dios es bondadoso.



Empezaron a caer fragmentos en el interior de la celda, luego un bloque enorme, y casi en seguida se derrumbó la puerta sellada. Un hombre con el rostro cubierto de polvo y argamasa se abrió paso con decisión y se detuvo en medio de los escombros sosteniendo una antorcha en lo alto. Le siguieron dos o tres hombres más, también con antorchas, que se hicieron a un lado para que entrara el tribuno.

El tribuno se detuvo al ver que las mujeres huían de él…, no por temor, es preciso decirlo, sino por vergüenza, y algo más…, sí, había algo más que era superior a la vergüenza. Desde la oscuridad del sitio donde las pobres mujeres trataban de ocultarse, el tribuno escuchó estas palabras, las más tristes, las más terribles, las más absolutamente desesperadas que puede pronunciar lengua humana:

—No os acerquéis a nosotras. ¡Somos impuras! ¡Impuras!

Los hombres agitaron sus antorchas, mirándose unos a otros.

—¡Impuras, impuras! —fue el sonido que brotó nuevamente del rincón, un gemido lento, trémulo, increíblemente lastimero, que bien podría corresponder a un alma que acaba de ser expulsada del Paraíso y se aleja mirando hacia atrás.

En ese momento la madre debió afrontar la realidad, comprobando lo que ni siquiera sé había atrevido a temer, que la tan ansiada y soñada libertad que contemplada desde la distancia se aparecía como un fruto de color escarlata y oro, al tenerla tan cercana se convertía en un fruto de Sodoma[2].

¡Porque ella y Tirzah eran leprosas!

Quizás el lector desconozca lo que verdaderamente significa esa palabra, pero podrá hacerse una idea si recuerda lo que en ese entonces rezaba la Ley del Talmud[3]:

«Estos cuatro se considerarán como muertos: el ciego, el leproso, el pobre y el hombre sin descendencia».

Es decir, que ser leproso significaba ser tratado como un muerto: al leproso se le excluía de las ciudades como si fuese un cadáver; aun los que más le amaban, le dirigían la palabra solo desde la distancia; no se le permitía habitar sino entre otros leprosos; no podía aspirar a ninguna consideración; se le negaba la participación en los ritos del Templo y la sinagoga; cuando salía de sus reductos, vestido de harapos, debía cubrirse la boca en todo momento, descubriéndola solo para gritar de tanto en tanto, «¡impuro, impuro!»; muchas veces debía hacerse un hogar en el desierto o en las tumbas abandonadas, pasando a ser poco más que un triste espectro, una ofensa viviente para el mundo, y, sobre todo, un tormento permanente para sí mismo, temeroso siempre de la muerte, que constituía sin embargo, su única esperanza.



Una vez —sería incapaz de decir el día o el año, pues en aquel estrecho infierno se perdía hasta la noción del tiempo— la madre había notado una costra seca en la palma de la mano derecha, una pequeñez, creyó, que desaparecería después de lavarse bien. A pesar de que la costra permaneció, no le prestó mayor atención hasta que Tirzah le mostró que le aquejaba algo similar. Aunque el agua que recibían era muy escasa, durante varios días destinaron buena parte de la ración a lavarse y tratar de curarse. Al cabo de unos días, ambas tenían la mano entera cubierta por la costra, al tiempo que la piel comenzaba a rajarse y las uñas a aflojarse. No se trataba de algo doloroso; era más bien una incomodidad creciente. Más adelante, los labios se fueron secando y agrietando. Un día la madre, que con toda su devoción intentaba permanecer limpia y enfrentarse a la suciedad de la mazmorra, creyó notar que la infección atacaba ya el rostro de Tirzah. Colocó entonces a la joven bajo la franja de luz, y con indecible congoja comprobó que sus temores eran bien fundados. ¡Las cejas de su hija estaban blancas como la nieve!

¡Ay, qué agonía le produjo tener la certeza del mal que las invadía!

La madre cayó sentada al suelo, muda, exánime, el alma paralizada, capaz tan solo de balbucear una única palabra. ¡Lepra! ¡Lepra!

Cuando consiguió controlarse, su reacción, como corresponde a una madre amorosa, fue pensar en su hija antes que en sí misma, y casi de inmediato su ternura natural se transformó en coraje; entonces, con heroísmo ejemplar, se preparó para hacer un sacrificio supremo: decidió enterrar en lo

más profundo de su corazón el conocimiento que acababa de adquirir, y mientras ella se desprendía de toda esperanza, redobló su extraordinaria e inextinguible devoción a Tirzah, cuidando muy bien que siguiese ignorante del terrible mal que se había abatido sobre ellas, y procurando incluso que conservase la esperanza que se trataba de algo sin importancia. La entretenía con sus juegos y sus historias, que repetía una y otra vez, se esforzaba por inventar nuevas versiones, y cuando era Tirzah quien le dedicaba sus canciones, la escuchaba con expresión de placer, pensando que los salmos del rey cantor de sus antepasados concedían a sus labios agostados el bálsamo del olvido, y servían para mantener viva en ambas la memoria de su Dios, si bien pareciese por entonces que aquel Dios las tenía tan olvidadas como el resto del mundo.

Lenta, inexorablemente, con una terrible perseverancia, el mal se fue extendiendo, tiñendo de blanco sus cabellos, abriendo agujeros en los labios y los párpados y cubriendo todo el cuerpo de costras. Más, adelante les atacó la garganta, y las voces se hicieron progresivamente chillonas: y también las articulaciones, endureciendo los tejidos y los cartílagos… Lentamente, y, como la madre bien sabía, sin remedio, comenzó a afectarles los pulmones, las arterias y los huesos, causando que, con cada avance, su aspecto fuese más y más repugnante, conduciéndolas hacia una muerte que aún podía tardar años en llegar.

Finalmente llegó el día terrible en que la madre se sintió que estaba en el penosísimo deber de revelar a Tirzah el nombre de su enfermedad. Entonces las dos, en medio de la agonía que infunde la desesperación rogaron a Dios que llegase pronto el fin.



Y sin embargo, como ocurre con todas las cosas cuando uno se acostumbra, con el tiempo llegaron a hablar calmadamente de su mal; contemplaban la aborrecible transformación de sus cuerpos como algo inevitable, y pensaban más bien en aferrarse a la existencia. Aún les quedaba un vínculo con el mundo, y olvidándose de su implacable soledad, no permitían que sus ánimos decayeran del todo, hablando de Ben-Hur, soñando con él. Se prometían la una a la otra que habrían de reunirse con el joven, sin dudar ni un solo instante que también él continuaba fiel a su memoria y sentiría la misma felicidad el día que se encontrasen. Hilando y deshilando esta finísima hebra de esperanza hallaban su única alegría, así como una razón

para no dejarse morir. Como ya hemos visto, trataban de encontrar consuelo en esos pensamientos en el momento que llamó Gesio, y cuando las pobres mujeres llevaban ya doce horas sin comer ni beber.

Las antorchas iluminaron la mazmorra con su resplandor rojizo, trayendo con ellas la libertad. La viuda gritó en ese momento que Dios era bondadoso, no tanto por lo que les había deparado hasta ese momento como por lo que les acababa de conceder.

El tribuno se acercó inmediatamente al rincón donde se escondían las mujeres, pero la mayor de ellas comprendió de repente que era su deber hacer la espantosa advertencia:

—¡Impuras, impuras!

¡Ah, qué tormento entrañaba para la madre cumplir con aquel deber! Ni siquiera la alegría egoísta de pensar en su liberación ahora que estaba tan a mano, bastaba para olvidar por un momento lo que suponía quedar en libertad. La vida feliz de antaño ya no sería posible. Si se acercaba a la casa que había llamado su hogar, debía detenerse ante la puerta para gritar: «¡Impura, impura!». Sus anhelos amorosos, tan fuertes como antes, y ahora mucho más sensibles, deberían permanecer encerrados en el interior de su pecho, pues ni podía expresarlos, ni podían serle correspondidos. Aquel muchacho en quien había pensado constantemente, haciéndose las dulces promesas en las que encuentran las madres la más pura de sus delicias, debería mantenerse alejado de ella el día que se encontrasen. Si él extendía sus brazos hacia ella musitando cariñosamente «¡Madre, madre!», por el mismo amor que le tenía, debería responderle, «¡Soy impura, impura!». Y en cuanto a esta otra hija, a quien en ese momento, por carecer de otro abrigo cubría con su largo, enredado y blanquecino cabello, tendría en la madre la única compañía posible durante el resto de su vida marchita. Y no obstante, ¡oh lector!, la valiente mujer aceptaba en ese momento su triste sino y sin permitir que le temblara la voz, lanzaba el grito que desde tiempos inmemoriales había correspondido a los de su estado y que en adelante habría de ser su invariable saludo.

—¡Impuras, impuras!



El tribuno se sobrecogió al escuchar las palabras, pero no retrocedió.

—¿Quiénes sois?

—Dos mujeres que mueren de hambre y de sed, pero —y aquí tampoco vaciló la voz de la madre— no os aproximéis ni toquéis el piso o la pared. ¡Impuras, impuras!

—Cuéntame tu historia, mujer…, tu nombre, y la fecha en que fuiste recluida aquí, y por quién, y por qué motivo.

—Vivió una vez en esta ciudad de Jerusalén un príncipe llamado Ben-Hur, amigo de todos los romanos de bien, y a quien el mismo César contaba entre sus amistades. Yo soy su viuda, y esta joven que me acompaña es su hija. ¿Cómo podría decirte la razón por la cual fuimos arrojadas aquí, si yo la desconozco, a menos que se deba a que éramos ricos? Valerio Grato puede decirte quién era nuestro enemigo y cuándo comenzó nuestro cautiverio. Yo no puedo hacerlo. Mira a lo que hemos quedado reducidas… Mira y ten compasión.



El ambiente de la celda era pesado a causa del hedor y del humo de las antorchas, y no obstante el romano llamó a uno de los hombres que portaba antorchas para que acudiese a su lado y escribió, casi palabra por palabra, la respuesta que le había dado la mujer. Se trataba de una respuesta muy reveladora y al mismo tiempo sucinta, de una acusación y de una plegaria. Una persona cualquiera no hubiese contestado así, y él no podía menos que creer en la verdad de esas palabras y sentir compasión.

—Muy pronto vas a recibir auxilio, mujer —dijo el tribuno guardando las tablillas—. Te haré llegar de comer y de beber.

—Y ropa, y agua para purificarnos, te lo ruego, ¡oh generoso romano!

—Así lo haré —respondió él.

—Dios es bondadoso —dijo la viuda sollozando—. ¡Que su paz more contigo!

—Otra cosa —añadió él—. Ya no podré verte más. Has de prepararte pues haré que esta noche os conduzcan a la puerta de la Torre y os dejen en libertad. Ya conoces la ley. Adiós.

Habló brevemente con los hombres y se marchó.

Poco después llegaron varios esclavos a la celda, trayendo una cantimplora de agua, una palangana, toallas, una bandeja de pan y un buen trozo de carne, y también algunas vestimentas de mujer. Los esclavos depositaron todo esto en el suelo y salieron corriendo.

Más o menos a mitad de la primera guardia, las mujeres fueron conducidas hasta la puerta y dejadas en medio de la calle. De tal manera el romano se olvidaba de aquellas desdichadas, que finalmente eran libres en la ciudad de sus padres.

Levantaron los ojos al cielo, donde las estrellas titilaban alegremente al igual que antaño, y se preguntaron:

—¿Qué hacemos ahora? ¿Y adónde nos dirigimos?



Capítulo III
Jerusalén de nuevo

Mientras Gesio, el carcelero, comparecía ante el tribuno en el interior de la Torre Antonia, un hombre ascendía a pie la ladera oriental del Monte de los Olivos. El camino era abrupto y polvoriento, y la vegetación muy árida, pues en Judea era la estación de sequía. Para su fortuna, el viajero era un hombre joven y vigoroso, e iba vestido con ropas frescas y holgadas.

Avanzaba lentamente, mirando con frecuencia a derecha e izquierda, no con la expresión preocupada y aprensiva del hombre que no conoce el camino que sigue, sino más bien con la expresión de quien regresa después de una larga separación a un sitio que le es familiar, es decir con una mezcla de placer y de curiosidad, como si se dijese: «Me alegro de hallarme de nuevo aquí; veamos qué ha cambiado».

Cuando ya se encontraba a una altura considerable comenzó a detenerse a intervalos para contemplar el paisaje cada vez más amplio que iba quedando a sus espaldas; pero cuando ya se acercaba a la cima, pareció olvidar la fatiga, apresuró el paso y no paró una sola vez ni volvió la vista atrás. Al llegar a la cumbre —para alcanzar la cual hubo de alejarse ligeramente a la derecha del camino trillado— se detuvo, como si lo contuviese una mano poderosa. En ese instante sus pupilas se dilataron, sus mejillas se encendieron, se aceleró su aliento, y todo ello como consecuencia de la mirada ansiosa que dirigió al panorama que se extendía a sus pies.

El viajero, amable lector, no era otro que Ben-Hur, y el espectáculo que se ofrecía a sus ojos, la ciudad de Jerusalén tal como la dejó Herodes, o sea, la Ciudad Sagrada en tiempos de Cristo.

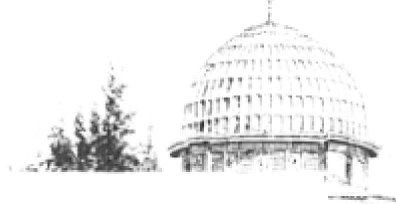
Ben-Hur se sentó en una piedra, y despojándose del turbante blanco que protegía su cabeza, examinó detenidamente la ciudad.

Son muchas las personas desde aquel entonces que han realizado esa misma acción, y en circunstancias muy diferentes: el hijo de Vespasiano[1], los hijos del Islam, los Cruzados, todos ellos conquistadores; también innumerables peregrinos provenientes del Nuevo Mundo, que esperaron más de mil quinientos años desde la época de nuestro relato para descubrir estos sitios. Es difícil, no obstante, que entre toda aquella multitud alguien haya contemplado la escena con sensaciones más punzantes que las que embargaban a Ben-Hur, que en ese momento experimentaba agudamente una agridulce melancolía y una curiosa mezcla de orgullo y amargura. Se sentía conmovido al pensar en sus compatriotas, en sus triunfos y vicisitudes, en su historia, que era la historia de Dios. La ciudad era obra de ellos, testimonio perenne tanto de sus crímenes como de su devoción, sus debilidades y su talento, su religiosidad y su irreligiosidad. Aunque conocía muy bien una ciudad tan magnífica como Roma, no dejaba de admirarse. Aquella visión habría podido llenarle de un orgullo embriagador de no haber sido por la conciencia de que aquel soberbio lugar ya no pertenecía a sus compatriotas; el culto en el Templo requería de la autorización de extranjeros; la colina donde habitó David estaba ocupada por una oficina desde la cual se exprimía con impuestos al pueblo elegido del Señor, castigándolo por su fe inmemorial. Además de estas quejas, comunes a todos los judíos de la época, Ben-Hur arrastraba una dolorosa historia personal que se avivaba al contemplar la escena[2].



El sol era más benigno en la ladera occidental del Monte de los Olivos, por lo cual los hombres la preferían a la oriental. Las viñas que la cubrían parcialmente, así como los árboles —en su mayoría higueras y olivos silvestres— se veían relativamente verdes. El verdor se extendía hasta el lecho seco del Cedrón, constituyendo un verdadero alivio para los ojos. En aquel punto terminaba el Monte de los Olivos y comenzaba el Moria, con su escarpada muralla, blanca como la nieve, erigida por Salomón y terminada por Herodes. La mirada ascendía de piedra en piedra, de bloque en bloque, hasta llegar al Pórtico de Salomón, que era como el pedestal del monumento, al cual la colina servía de plinto. Después de detenerse allí un momento, la mirada continuaba subiendo, hasta alcanzar el Patio de los

Gentiles, luego el Patio de los Israelitas, el de las Mujeres, el de los Sacerdotes, que formaban una serie de terrazas de mármol blanco. Y en lo alto de todos estos patios, majestuoso, indescriptiblemente hermoso, refulgente de oro, se encontraba la más sagrada de las coronas, la Tienda, el Tabernáculo, el *sancta sanctorum*. El Arca de la Alianza ya no estaba allí, pero sí Jehová, y para todo hijo de Israel era un dogma de fe su sagrada presencia en ese sitio. Como templo, como monumento, no existía ninguna otra construcción humana que pudiera compararse con aquella visión grandiosa. Ahora no queda de él piedra sobre piedra. ¿Quién habrá de reconstruir ese edificio? ¿Cuándo habrá de iniciarse la reconstrucción? Esas son las preguntas que se hace todo peregrino que llega hasta el sitio donde entonces se encontraba Ben-Hur consciente que corresponde a uno de los más profundos arcanos de Dios. Surge entonces una tercera pregunta: ¿Qué ha sido de aquel que predijo la destrucción que tan certeramente se cumplió? ¿Dios? ¿O un hombre de Dios? ¿O…? Basta; que no somos nosotros quienes habremos de encontrar la respuesta.

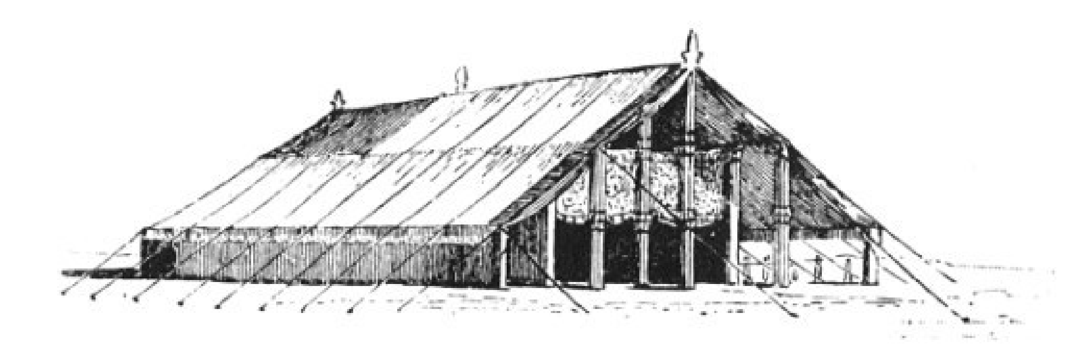


La mirada de Ben-Hur siguió subiendo, más allá de la cúpula del Templo, hasta posarse en el Monte Sión, consagrada a los recursos más santos, y vinculada para siempre a la memoria de los reyes ungidos. Sabía que, sumido en las profundidades entre el Moria y el Sión, se extendía el Valle de los Queseros, bañado por el río Xistus y donde abundaban los jardines y palacios, pero sus pensamientos se remontaron directamente al imponente grupo de edificaciones en la colina real: la casa de Caifás[3], la Sinagoga Central, el Pretorio Romano, la Torre Hípica, y los tristes pero poderosos cenotafios, el Fasael y el Mariamne[4]. Y cuando entre todos aquellos edificios distinguió el palacio de Herodes, ¿en qué otra cosa podría pensar sino en el Rey que habría de venir, a quien él se había consagrado, cuyo camino se había propuesto allanar, y cuyas manos vacías él deseaba colmar? Al instante su imaginación se precipitó hacia el día en que el nuevo Rey habría de reclamar lo que le correspondía y tomar posesión de ello: de Moria y de su Templo, del Monte Sión con sus torres y palacios, de la Torre Antonia, que se levantaba austera y sombría a la derecha del Templo, de la nueva ciudad de Bezetha[5], desprovista de murallas, de dos millones de israelitas que se

congregarían con hojas de palma y con banderas para cantar regocijados el advenimiento de su Señor, que había conquistado el mundo para ellos.

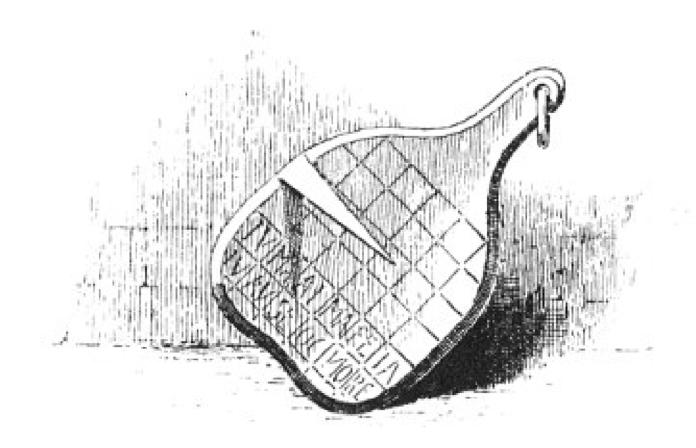
Son los sueños que tenemos, aun despiertos, los que nos alivian del cansancio del trabajo y nos dan fuerzas. Vivir es soñar y solamente en la tumba es imposible soñar. De modo pues que nadie debería burlarse de Ben-Hur por hacer lo que cualquiera habría hecho de encontrarse en ese sitio y en esas circunstancias.

Ya el sol estaba bajo en el horizonte. Por un momento el disco ardiente pareció posarse sobre las cumbres distantes de las montañas hacia el Oeste, cubriendo de un tono broncíneo todo el firmamento sobre la ciudad e inundando las murallas y las torres de una claridad dorada. Después desapareció como si se hubiese zambullido en el vacío. La calma que siguió indujo a Ben-Hur a pensar en su antiguo hogar y dirigió su mirada hacia el sitio que ocupaba la casa de su padre, si es que aún estaba en pie.



La melodiosa suavidad del atardecer había suavizado también sus sentimientos, y olvidándose por un momento de sus ambiciones, recordó el deber que le traía a Jerusalén.

Mientras se hallaba en el desierto con Ilderim, buscando sitios que pudiesen servir de fortalezas y familiarizándose con el terreno, como todo guerrero que se dispone a emprender una campaña, una tarde había llegado hasta él un mensajero con la noticia que Grato había sido destituido y Poncio Pilatos había sido enviado para ocupar su lugar.



Messala estaba inválido y lo creía muerto; y Grato ya no ostentaba ningún poder y debería abandonar Jerusalén; entonces, ¿por qué posponer más la búsqueda de su madre y su hermana? Ahora no tenía nada que temer. Si no pudiese visitar personalmente las prisiones de Judea, bien podría valerse de los ojos de otros. Si encontraba a las desaparecidas obtendría su liberación, pues Pilatos no tenía motivo alguno para mantenerlas en cautiverio…, al menos ningún motivo lo suficientemente fuerte que no pudiese ser obviado con dinero. Si las encontraba las llevaría a un lugar seguro, y luego, ya menos angustiado, con la conciencia tranquila después de haber cumplido con este, el primero de sus deberes, podría entregarse de lleno al servicio del Rey que habría de venir. Su determinación fue inmediata. Esa misma noche lo consultó con Ilderim, quien le dio su consentimiento. Tres árabes lo acompañaron hasta Jericó, donde se quedaron con los caballos, mientras Ben-Hur proseguía su viaje solo y a pie. Malluch debía encontrarlo en Jerusalén.

Este era el plan de Ben-Hur en términos generales, y antes de concretar los detalles.

Mientras se aclaraba la situación, era prudente permanecer oculto a las autoridades, especialmente a las romanas. Malluch era astuto y digno de toda confianza; sería la persona ideal para encargarse de la investigación.

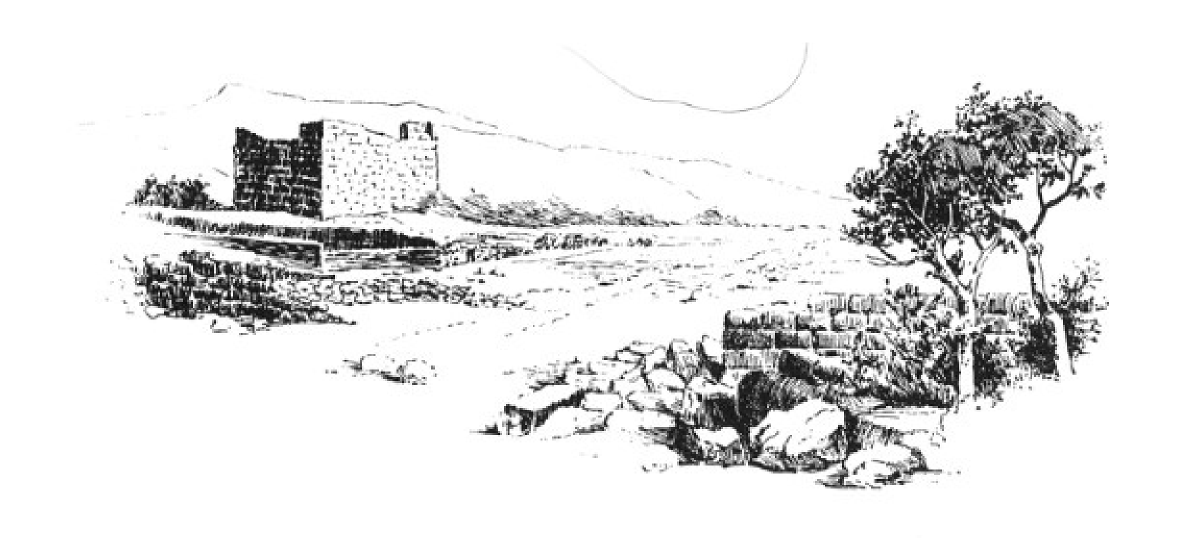
No tenía una idea precisa del sitio donde habría de iniciar sus pesquisas, si bien hubiese deseado comenzar por la Tone Antonia. Según una tradición no muy antigua, bajo aquella sombría construcción existía un desconocido número de calabozos, algo que infundía más terror en la imaginación de los judíos que la presencia de una poderosa guarnición. Bien podía ser que su gente estuviese encerrada en ese sitio. Además, en casos tan angustiosos como el suyo, la tendencia natural de una persona es iniciar la búsqueda en el lugar donde ocurrió la pérdida, y Ben-Hur recordaba perfectamente que la última vez que viera a sus seres amados, los guardias los empujaban a lo largo

de la calle en dirección de la Torre. Si ya no estaban allí, al menos podría encontrar alguna indicación, alguna pista, y estaba dispuesto a seguirla incansablemente hasta dar con el paradero de las dos mujeres.

Tenía además otra esperanza a la cual aferrarse. Por Simónides se había enterado de que Amrah, la criada egipcia, aún vivía. El lector recordará sin duda que aquella mañana que la calamidad se abatió sobre la casa de los Hur, la fiel servidora logró escapar de la guardia y volver al palacio familiar, donde quedó encerrada como si fuese uno más de los enseres cuando los romanos hicieron sellar la puerta. Durante los años siguientes, Simónides se había ocupado de su manutención, de modo que en ese momento era la única ocupante de aquella enorme mansión, que por cierto Grato no había conseguido vender a pesar de sus múltiples intentos. La historia constantemente repetida sobre sus legítimos propietarios bastaba para disuadir a cualquier persona que pensase comprarla o siquiera habitarla. La gente solía pasar frente a la casa susurrando cautelosamente. La casa había adquirido la reputación de ser un sitio hechizado, probablemente derivada de las fugaces visiones que algunas personas habían tenido de la pobre Amrah cruzando la azotea o tras las celosías de alguna ventana. Desde luego que tanto el aspecto como las maneras furtivas de Amrah eran las más apropiadas que podían imaginarse para la representación de un fantasma. Ben-Hur se decía que si llegaba a hablar con ella, podría recibir información, que aunque limitada, le sería de suma utilidad. Y de todos modos el solo hecho de verla en un lugar donde los recuerdos se hacían tan queridos para él, sería un verdadero placer.

Así, pues, antes de nada buscaría a Amrah en la vieja mansión.

Poco después de tomar esa determinación se puso en pie y comenzó a descender el monte por un camino que seguía la dirección Noroeste. Casi en el pie del monte y cerca del lecho del río Cedrón, se encontró en la intersección con el camino a Siloam. Allí se unió a un pastor que conducía sus ovejas al mercado, y en animada conversación con él pasó por Getsemaní y entró en la ciudad por la Puerta del Pescado[6].



Capítulo IV
Ben-Hur ante la puerta del hogar paterno

Era ya noche cerrada cuando Ben-Hur se separó del pastor en las cercanías de la Puerta del Pescado, y se internó en una callejuela que se dirigía hacia el Sur. El empedrado del pavimento era áspero y desigual; las casas a ambos lados de la callejuela eran pequeñas, oscuras y tristes; las puertas estaban todas cerradas; lo único que se escuchaba, de vez en cuando, eran las voces que daba desde la azotea alguna madre que reprendía a sus hijos. La soledad en que se encontraba, la oscuridad de la noche, la incertidumbre que rodeaba la empresa que allí lo llevaba, hacían mella en su ánimo, que iba decayendo más y más. Llegó hasta un profundo pozo que ahora se conoce con el nombre de Estanque de Bethesda[1], en cuya superficie se reflejaba el cielo encapotado. Levantó la mirada y divisó la muralla septentrional de la Torre Antonia, una silueta sombría y torva contra el horizonte gris. Ben-Hur se detuvo bruscamente, como si fuese detenido por un amenazante centinela.

La Torre se erguía alta, colosal, infranqueable, como el propio Ben-Hur se vio obligado a reconocer en ese momento. Si su madre se hallaba enterrada en vida en aquel sitio, ¿qué podría hacer él? Por la fuerza, ¡absolutamente nada! Un ejército entero podría atacar sus paredes de sólida piedra con ballestas y arietes y sus esfuerzos serían tan inútiles, que causarían risa. Tampoco la astucia serviría de mucho en este caso, pensó. Y en cuanto a Dios, el último recurso de los indefensos, ¡ay!, a veces tarda tanto en actuar.

Lleno de dudas y aprensiones se adentró en la calle que pasaba en frente de la Torre y lentamente caminó en dirección Oeste.

Sabía que en Bezetha un poco más lejos, había un *khan,* y allí pensaba alojarse durante su estancia en la ciudad. En ese momento, empero, no pudo resistir el impulso de continuar hasta su antigua casa. Su corazón le empujaba en esa dirección.

Los saludos de cortesía que recibía de los pocos transeúntes con quienes se cruzaba le resultaban más agradables que cualquier saludo que pudiese recordar. De repente un resplandor iluminó el firmamento hacia Oriente y se

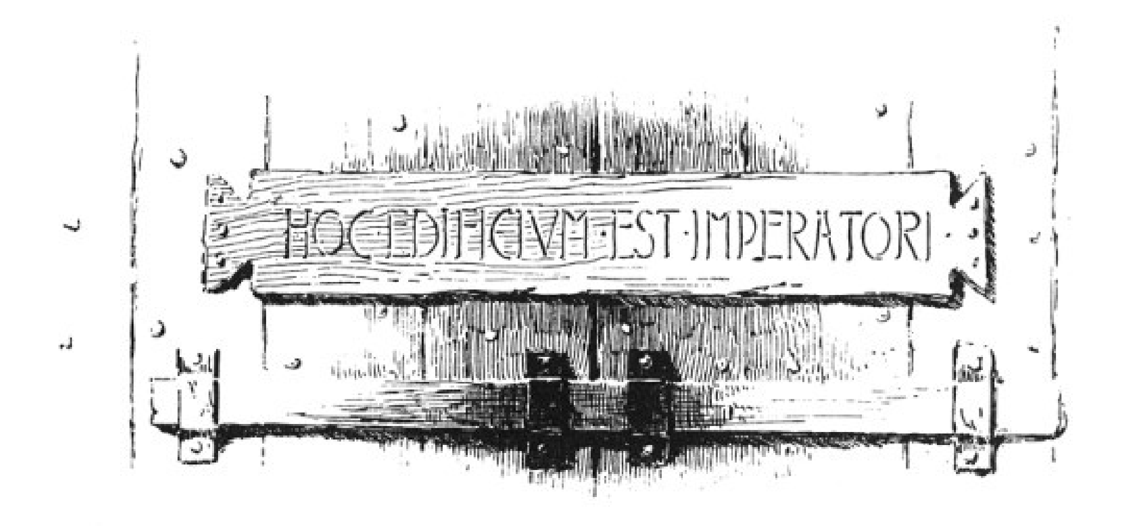
hicieron visibles las altas tones del Monte Sión en el Occidente, emergiendo de la oscuridad como espectros flotantes, como castillos en el aire.

Finalmente llegó a la casa de su padre.

Habrá entre los lectores unos cuantos que sin mayores explicaciones podrán adivinar los sentimientos que embargaban a Ben-Hur. Se trata de aquellos que han habitado hogares felices en los años de su juventud, sin que importen los años que desde entonces hayan pasado…, hogares felices, que constituyen el punto de partida de todos los recuerdos, paraísos de los que un día se alejaron bañados en lágrimas, y a los cuales quisieran regresar como niños, si eso fuese posible; sitios donde aún resuenan las risas y las canciones, y que siguen asociados con recuerdos más dulces que todos los demás que les haya podido deparar la vida en los años siguientes.

Ben-Hur se detuvo ante la puerta del costado norte de la vieja casa. En los quicios aún se veían los restos de la cera que se utilizara para sellar todos los accesos a la mansión, y a todo lo ancho de la puerta estaba colocado un tablero con esta inscripción:

Esto es propiedad de EL EMPERADOR



Nadie había entrado o salido por esa puerta desde el aciago día de la separación. ¿Debería golpear con un guijarro como lo hacía antaño? Bien sabía que sería inútil y, sin embargo, le era difícil resistir la tentación. ¿Y si Amrah alcanzase a oírlo y se asomaba a una de las ventanas de ese mismo lado? Cogió una pequeña piedra, subió la amplia escalinata y golpeó tres veces. Solo le respondió un eco sordo. Llamó de nuevo, más fuerte que antes,

deteniéndose a escuchar después de cada golpe. El profundo silencio parecía burlarse de él. Regresó hasta la calle para observar desde allí las ventanas, pero tampoco divisó en ellas la menor señal de vida. El parapeto que protegía la azotea se destacaba nítidamente contra la claridad del cielo. Ni el menor movimiento en esa zona habría pasado desapercibido para Ben-Hur; no se produjo el menor movimiento.

Del costado norte de la casa pasó a la fachada oeste, donde escrutó larga y ansiosamente las cuatro ventanas, pero también en vano. Su corazón se hallaba embargado por la impotencia, aunque de vez en cuando se estremecía al creer que veía alguna forma, lo que no era más que un engaño producido por su imaginación exaltada.

Silenciosa y furtivamente se dirigió al costado sur de la mansión. También esa puerta estaba sellada y exhibía una inscripción idéntica a la que antes había encontrado. El suave resplandor de la luna de agosto, que descendía desde el Monte de los Olivos —llamado más adelante Monte de la Ofensa— pareció refulgir sobre las letras, y al leer de nuevo aquel aviso, se sintió invadido por la ira. No pudiendo hacer otra cosa, arrancó el tablero y lo arrojó a una zanja. En seguida se sentó sobre uno de los peldaños y elevó una plegaria al Nuevo Rey, rogándole que apresurara su venida. Cuando después de un rato su cólera se apaciguó, fue cediendo poco a poco a la fatiga que le invadía tras el largo viaje bajo el sol ardiente del verano, y reclinándose sobre la dura piedra de la escalinata, se quedó dormido.

Poco después, dos mujeres procedentes de los alrededores de la Torre Antonia, bajaban por esa misma calle, acercándose al palacio de los Hur. Avanzaban con pasos tímidos y cautelosos, deteniéndose de tanto en tanto a escuchar. Al llegar a la esquina del abandonado edificio, una de ellas le dijo a la otra en voz muy baja:

—Esa es la casa, Tirzah.

Y Tirzah, después de echar un rápido vistazo, cogió la mano de su madre, se apoyó en su hombro y empezó a sollozar en silencio.

—Es mejor que nos vayamos, hija mía, porque… —la madre se interrumpió, temblorosa, acosada por las dudas, pero haciendo un gran esfuerzo por calmarse, consiguió completar la frase—, porque cuando llegue la mañana nos expulsarán de las puertas de la ciudad, y nunca más podremos volver.

Tirzah se dejó caer al suelo, desolada, y dijo entre sollozos:

—Ah sí; lo olvidaba. Llegué a sentir que regresaba al hogar. Pero somos leprosas y no tenemos hogar; nuestro sitio está entre los muertos.

La madre se inclinó, y con gran ternura ayudó a su hija a incorporarse, al tiempo que le decía:

—Nada tenemos que temer. Sigamos nuestro camino.

Y así era en verdad, pues con solo levantar sus manos huesudas, hubiesen podido ahuyentar a un ejército entero.

Y pegándose al áspero muro, se fueron deslizando como si fueran dos fantasmas, hasta llegar a la puerta, en frente de la cual se detuvieron. Al ver el tablero subieron los peldaños por donde había pasado Ben-Hur hacía solo un instante y leyeron la inscripción: «Esto es propiedad de El Emperador».

Entonces la madre juntó sus manos, y elevando los ojos al cielo murmuró palabras de indecible angustia.

—¿Qué ocurre ahora, madre? ¡Me asustas!

—¡Oh Tirzah!, el pobre ha muerto —respondió la madre—. Sí, ha muerto.

—¿Quién, madre?

—Tu hermano. Lo despojaron de todo lo que tenía…, de todo… Incluso de esta casa.

—¡Pobre! —dijo Tirzah con la mirada perdida en la distancia.

—Ya no podrá ayudarnos.

—¿Qué será de nosotras ahora, madre?

—Mañana, hija mía, mañana debemos encontrar un sitio junto al camino y pedir limosna como los demás leprosos; tenemos que hacerlo o de lo contrario…

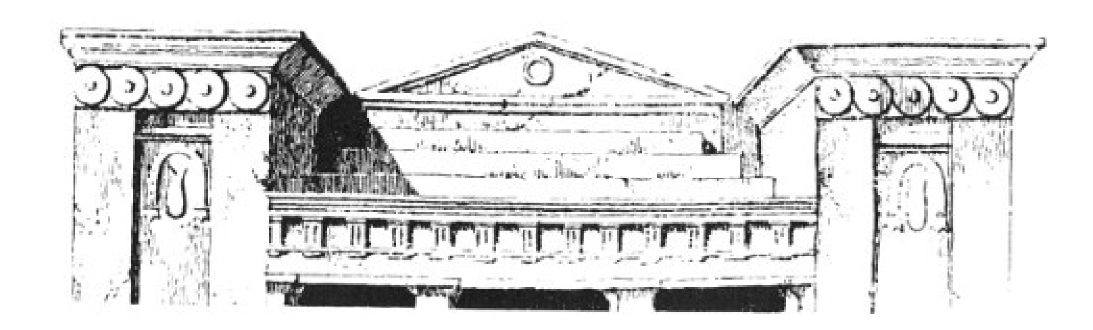
Tirzah se apoyó de nuevo en su hombro y dijo con un susurró:

—Mejor será…, mejor será morir.

—¡No! —dijo la madre con firmeza—. El Señor ha determinado la duración de nuestras vidas, y como creyentes que somos, tenemos que atenernos a su voluntad. Aun en medio de esta prueba debemos confiar en Él. ¡Alejémonos de aquí!

La madre cogió de la mano a Tirzah, y sin apartarse del muro se dirigieron a la esquina occidental de la casa. Al constatar que no había nadie, continuaron hasta la esquina siguiente, cubriéndose el rostro con las manos para protegerse del resplandor de la luna, que era sumamente intenso sobre toda la fachada sur del edificio, así como en esa parte de la calle. La voluntad de la madre era muy firme; se permitió una última mirada a las ventanas de la fachada occidental, y en seguida se adentró en la zona de la calle bañada por

la luz intensa, llevando a Tirzah tras de sí. En aquel momento se hubiesen podido apreciar en todo su horror las huellas dejadas por la terrible enfermedad: en los labios y mejillas, en los ojos apagados, en las manos agrietadas, y especialmente en el cabello, largo, desgreñado, tieso, y al igual que las cejas, recubierto de una blanca y fantasmal costra. Para un extraño resultaría imposible distinguir cuál de ellas era la madre, y cuál la hija, ya que ambas se veían marchitas y arrugadas.



—¡Silencio! —dijo la madre—. Hay alguien acostado en la escalinata… Un hombre. Retirémonos un poco para que no nos vea.

Cruzaron rápidamente al otro lado de la calle, envuelta en sombras, y avanzaron hasta llegar junto a la puerta.

—Está dormido —dijo la madre al ver que el hombre permanecía completamente inmóvil—. Quédate aquí mientras yo trato de abrir la puerta.

La madre se aproximó silenciosamente y empujó el pestillo; no alcanzó a comprobar si cedía o no, pues en ese preciso instante el hombre dejó escapar un suspiro, desasosegado volvió la cabeza y apartó el pañuelo, de modo que su rostro quedó a la vista, plenamente iluminado por la luz de la luna. La mujer lo miró brevemente, y cuando de manera automática empezaba a alejarse, miró de nuevo con mayor atención, inclinándose sobre él, y entonces se reincorporó casi en seguida, juntó las manos y elevó los ojos al cielo, como una muda plegaria. Un instante después corrió hacia Tirzah.

—¡Como Dios vive que ese hombre es mi hijo…, y tu hermano! —dijo con un susurro estremecedor.

—¿Mi hermano? ¿Judá?

La madre apretó ansiosamente la mano de su hija, y haciendo un nuevo esfuerzo por no levantar la voz, añadió:

—¡Vamos! Juntas lo miraremos un momento, tan solo un momento. Y después, ¡apiádate de estas tus siervas, oh Señor!

Atravesaron la calle cogidas de la mano, veloces como fantasmas, rígidas como fantasmas. Cuando sus sombras cubrieron al



hombre que yacía en la escalinata, se detuvieron. Vieron que una de sus manos estaba abierta y con la palma hacia arriba. Tirzah cayó de rodillas y de buena gana hubiese besado esa mano extendida de su hermano bienamado si su madre no la hubiese echado a un lado, al tiempo que musitaba:

—¡No lo hagas, Tirzah! ¡Por lo que más quieras, no lo hagas!

Al instante Tirzah se apartó llena de pavor, como si el leproso fuese él.

Ben-Hur era muy apuesto, de una singular y varonil belleza. Sus mejillas y su frente estaban bronceadas por el sol y los vientos del desierto; bajo su leve bigote se alcanzaban a ver unos labios finos y rosáceos y unos dientes blanquísimos; su suave barba no ocultaba del todo el óvalo de su mentón y la tersura de su garganta. ¡Cuán hermoso aparecía a los ojos de su madre! ¡Qué inmensos eran sus deseos de estrecharlo entre sus brazos y dejar que la cabeza del joven reposara en su regazo y cubrirlo de besos, como solía hacer cuando Ben-Hur era niño! ¿Y de dónde obtuvo las fuerzas necesarias para reprimir ese impulso?… De su amor, amable lector, de su amor de madre, que además posee una peculiaridad que lo distingue de cualquier otro amor en el hecho que, siendo incomparablemente tierno con el objeto de su afecto, puede ser infinitamente tiránico consigo misma, de donde proviene su incomparable capacidad para la abnegación. Jamás hubiese permitido que sus labios leprosos se posaran sobre las mejillas del joven, aunque con ello recobrase la salud y la fortuna. ¡Ni siquiera para salvar su propia vida! Sentía, eso sí, la imperiosa necesidad de tocar aunque fuese levemente a aquel hijo que acababa de encontrar y a quien debería renunciar para siempre. ¡Solo otra madre podría comprender el cruel tormento que experimentaba! La desdichada mujer se arrodilló y arrastrándose hasta llegar a los pies del joven, besó la suela de una de sus sandalias, sin reparar en el amarillento polvo del camino que las cubría, y en seguida la besó de nuevo, y luego una vez más, sintiendo que en cada beso se le iba el alma.

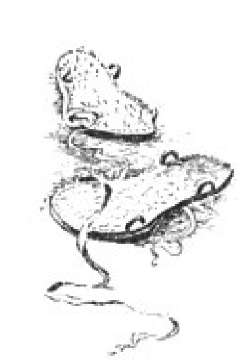
Ben-Hur se sacudió y alzó una mano. Las dos mujeres retrocedieron de inmediato, pero alcanzaron a oír que el joven las llamaba en medio de sus sueños.

—¡Madre! ¡Amrah! ¿Dónde están…?

Tirzah lo miraba con ojos llenos de amor y devoción. La madre, abatida, hundió su rostro entre el polvo de la calle, tratando de reprimir un sollozo tan

lastimero y vehemente como si su corazón estuviese a punto de explotar. Por un instante, casi deseó que el joven se despertara.

En sus sueños él la había llamado. Entonces no la había olvidado; la tenía presente hasta en sus sueños. ¿Acaso no era eso suficiente?



La madre hizo una señal a Tirzah, y ambas se pusieron de pie, no sin antes permitirse una última mirada a Ben-Hur, una mirada llena de intensidad, como si quisiesen grabar esa imagen de manera indeleble, y tomadas de la mano volvieron a cruzar la calle. De nuevo cubiertas por la sombra que proyectaba el muro a ese lado, se arrodillaron mirando al joven, como si estuviesen esperando a que despertara, o aguardasen alguna revelación insospechada. Esperaban con aquella paciencia inconmensurable que concede un gran amor.

Poco después, y mientras Ben-Hur aún dormía, otra mujer apareció en una de las esquinas del palacio. Bajo el resplandor de la luna las otras dos pudieron verla perfectamente: una figura menuda, muy encorvada, la piel oscura, los cabellos grises, vestida con el atuendo propio de una sirvienta y llevando entre las manos una cesta llena de vegetales.

Al ver al hombre que dormía sobre los peldaños, la recién llegada se detuvo súbitamente; luego, como si acabase de tomar una decisión, siguió avanzando, con pasos cada vez más leves a medida que se aproximaba a él. Dando un pequeño rodeo para no pasar demasiado cerca del durmiente, llegó hasta la puerta, deslizó sin dificultad el pestillo del postigo, y empujó una de las puertas, que se apartó sin hacer ruido. Introdujo la cesta en el interior de la casa, y se disponía a entrar en ella también, cuando, cediendo a la curiosidad, se volvió a mirar el rostro de aquel desconocido.

Desde el otro lado de la calle, madre e hija escucharon una exclamación proferida con voz muy grave y vieron que la mujer de la cesta se frotaba los ojos, como si quisiera afinar la visión, se encorvaba un poco más, apretaba las manos con fuerza, y después de pasear inquietamente la mirada en torno suyo, la fijó en aquel hombre, se aproximó a su vera, y tomando aquel fuerte y musculoso brazo, lo besó con ternura… ¡justamente lo que ellas tanto deseaban hacer, pero les estaba vedado por su terrible enfermedad!

Con un sobresalto, Ben-Hur retiró instintivamente la mano y abrió los ojos, encontrando en frente suyo los ojos de la mujer.

—¡Amrah! ¡Oh Amrah!; ¿eres tú? —fueron las primeras palabras que brotaron de sus labios.

La buena mujer no encontró palabras para responder, pero se sumergió en el cuello del joven llorando de felicidad.

Ben-Hur apartó gentilmente los brazos de Amrah, y levantando aquella cara morena, en ese momento cubierta de lágrimas, la besó con un júbilo solo comparable al de ella. Las dos mujeres ocultas al otro lado de la calle, le oyeron decir entonces estas palabras:

—¿Qué ha sido de mi madre? ¿Y de Tirzah? Háblame de ellas, Amrah, te lo ruego.

De nuevo Amrah se echó a llorar, esta vez de forma incontenible.

—Tú las has visto, Amrah. Sabes dónde están. Dime que están en casa.

Tirzah, conmovida, hizo un leve movimiento, pero la madre, adivinando su intención, la retuvo al tiempo que le decía en un angustiado susurro:

—No vayas, ¡por tu vida! ¡Estás impura! ¡Impura!

Aquel aspecto tiránico del amor de madre que ya se ha mencionado, asumía ahora el control. Aunque el corazón suyo y el de Tirzah se rompieran de dolor, aquel joven que tanto amaban no podía ser víctima del mismo mal.

Entretanto Amrah, agobiada por las preguntas que le hacía Ben-Hur, era incapaz de contener las lágrimas.

—¿Ibas a entrar? —le preguntó él al ver el postigo abierto—. Hazlo entonces. Entraré contigo —en seguida se puso en pie y añadió—. Los romanos, ¡que caiga sobre ellos la maldición del Señor!, los romanos mienten. Esta casa es mía. Levántate, Amrah, y entremos juntos.

Un momento después desaparecían tras las pesadas puertas, y las dos mujeres agazapadas en la sombra se quedaban mirando con expresión ausente aquella puerta cerrada, aquella puerta que nunca podrían franquear. Desconsoladas se dejaron caer al suelo, una en brazos de la otra.

Habían cumplido con su deber.

Su gran amor había superado una dura prueba.

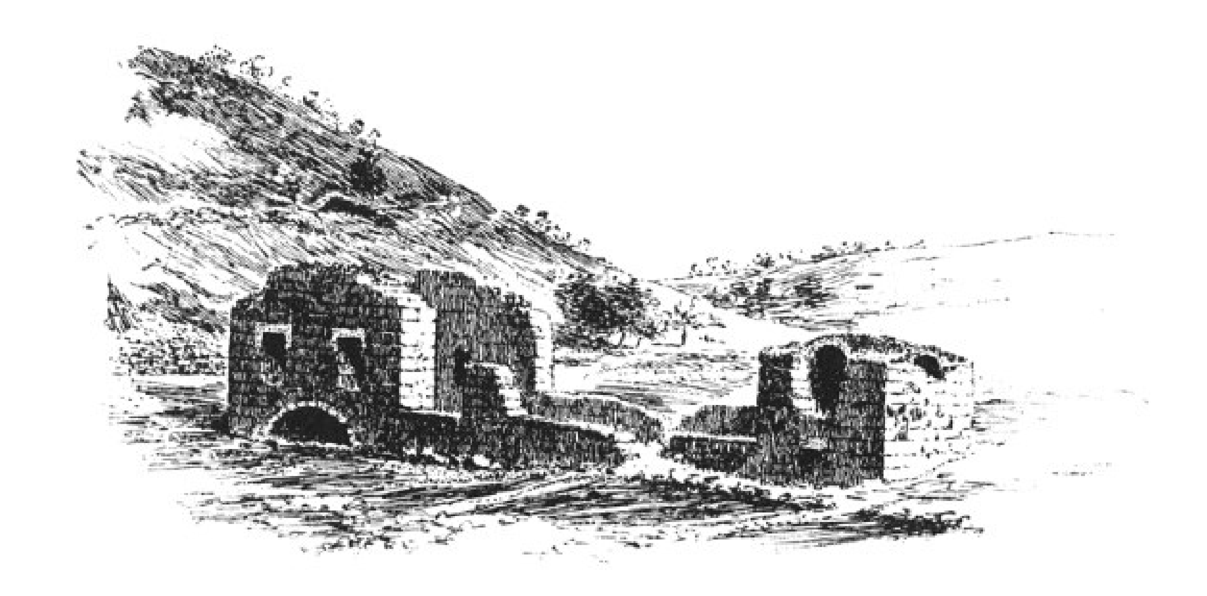
Al amanecer fueron encontradas en el mismo sitio por los residentes de la zona y expulsadas a pedradas de la ciudad.

—¡Fuera de aquí! —les gritaban—. Pertenecéis al mundo de los muertos; permaneced entre los muertos.

Perseguidas por terribles maldiciones, se alejaron de la ciudad.

Capítulo V
La tumba sobre el Jardín del Rey

En la actualidad, un viajero en Tierra Santa que busque aquel sitio que lleva el hermoso nombre de Jardín del Rey, ha de descender primeramente el lecho del río Cedrón, o bien las sinuosas laderas del Gihón o el Hinnom, hasta llegar al antiguo pozo de En-Rogel, donde seguramente se detendrá a beber de aquel agua dulce y fresca. Allí contemplará las enormes rocas que bordean el pozo, se preguntará cuál es su profundidad y sonreirá al pensar en el método que en tiempos pretéritos se utilizaba para extraer agua. Luego, dando media vuelta, se sentirá embelesado con la visión de los montes Moria y Sión, y con sus suaves laderas, una de las cuales llega hasta Ofel[1], mientras la otra se extiende sobre aquella región que antaño ocupara la ciudad de David. En lontananza, y recortándose contra el cielo, se alcanza a divisar lo que queda de aquellos lugares sagrados: el Haram[2], con su airosa cúpula: detrás los restos de Ta Tone Hípica, imponentes aún en su estado actual. Una vez que ha disfrutado ampliamente de esa visión, grabándola en su memoria, el viajero dirigirá su mirada hacia el Monte de la Ofensa, que se eleva a mano derecha en toda su abrupta majestad, y después hacia la Colina del Mal Consejo, a la izquierda, y si es lo suficientemente versado en las Escrituras o en las tradiciones rabínicas o monásticas experimentará al mirar la colina un marcado interés, no exento de un temor supersticioso.



Sería largo enumerar los puntos de interés en los alrededores de la colina, pero para nuestro propósito bastará con decir que a sus pies se encuentra el verdadero infierno ortodoxo de los modernos, un infierno de fuego y azufre que en la antigüedad recibía el nombre de Gehenna[3], y que en nuestros días, al igual que en tiempos de Cristo, está repleto de tumbas, que desde épocas inmemoriales ha servido de morada colectiva a los leprosos. En ese sitio han instalado un gobierno y una sociedad propios, fundando una ciudad solo para ellos, evitada por los demás como si fuese una maldición de Dios.

Dos días después de los sucesos narrados en el capítulo anterior, Amrah se encaminó al pozo de En-Rogel, y al llegar a la orilla se sentó sobre una roca. Al mirarla podría pensarse que era la criada predilecta de una familia acomodada. La buena mujer depositó en el suelo un cántaro y una cesta cubierta por una servilleta blanca, se desató el chal que rodeaba su cabeza, cruzó las manos sobre el regazo y se quedó mirando el punto donde la colina descendía hacia el Hacéldama y el Campo del Alfarero[4].

Cuando Amrah llegó al pozo, no se veía nadie más en los alrededores, pues todavía era muy temprano. Poco después, apareció un hombre con una soga y un cubo recubierto de cuero. Saludó a Amrah, desenrolló la soga, sujetó uno de sus extremos al cubo, y se sentó a esperar los primeros clientes. Si bien cualquier persona podía extraer agua del pozo, este hombre era un profesional del oficio, y mediante el pago de un *gerah* llenaba a rebosar cualquier recipiente que se le entregara, por muy pesado que fuese.

Amrah permanecía inmóvil y en silencio. Después de un rato, el hombre le preguntó señalando el cántaro si quería que se lo llenase; cortésmente ella le respondió que aún no, tras lo cual él dejó de prestarle atención. Cuando ya el sol se elevaba por encima del Monte de los Olivos, comenzaron a llegar sus

clientes, y pronto el hombre se vio colmado de trabajo. Amrah, por su parte, seguía en el mismo sitio, su mirada fija en lo alto de la colina.

Más tarde, cuando ya el sol brillaba en todo su esplendor, Amrah continuaba mirando y esperando. Mientras espera, veamos cuáles son sus propósitos.

Durante años había tenido por costumbre acudir al mercado al anochecer y, furtivamente, de modo que pasase casi desapercibida, recorrer las tiendas del Tiropeón o las que se encuentran cerca de la Puerta del Pescado. Después de hacer sus compras de carne y verduras volvía velozmente a la mansión para encerrarse de nuevo.

Bien podrá imaginarse el lector la inmensa alegría de la criada al tener de nuevo a Ben-Hur en la vieja casa. Nada le contó, no obstante, sobre su madre o sobre Tirzah…, absolutamente nada. El joven le propuso que se mudase a un sitio un poco menos solitario; la anciana se negó. Es más; hubiese querido que Ben-Hur se instalase en su antigua habitación, que permanecía tal como él la había dejado, pero el riesgo de ser descubierto era demasiado grande y Ben-Hur deseaba evitar a toda costa esa contingencia, así como las explicaciones que tendría que dar. En lugar de ello prometió visitarla con tanta frecuencia como le fuese posible. Vendría protegido por las sombras de la noche, y se marcharía mientras estuviese todavía lo bastante oscuro. La fiel criada tuvo que mostrarse de acuerdo con ese arreglo, y desde entonces dedicaba buena parte de su tiempo a idear maneras de agradarle cada vez que él la visitaba. No se detuvo a considerar en ningún momento que ya era un hombre hecho y derecho, ni se le ocurrió pensar que probablemente sus gustos habían cambiado. Así por ejemplo, recordando que de niño le gustaban los dulces, resolvió preparar algunas de sus golosinas favoritas para tener siempre a mano cuando él viniese a la casa. ¿Podría algo alegrarle más?, pensaba la buena mujer. Para cumplir con su propósito, la noche siguiente se encaminó al mercado de la Puerta del Pescado un poco más temprano que de costumbre. Mientras recorría el sitio buscando miel de la mejor calidad, escuchó por casualidad a un hombre que relataba una curiosa historia.

El lector podrá imaginarse fácilmente cuál era la historia en cuestión con solo decirle que quien hablaba era uno de los hombres que acompañaban al comandante de la Torre Antonia portando antorchas en el momento que

fueron descubiertas en la celda número VI las dos mujeres de la familia Hur. Amrah escuchó el relato que ya conoce el lector, así como el nombre de las prisioneras y la descripción de su triste estado que había dado la viuda al tribuno comandante.

Amrah escuchó la historia con el alma en vilo, como bien podría esperarse en una criatura tan devota y fiel a sus amos. Rápidamente terminó sus compras y regresó a casa como flotando en un sueño. ¡Qué felicidad la que procuraría al muchacho con su noticia! ¡Su madre vivía!

Al volver a casa se deshizo en seguida de la cesta y estuvo paseando un buen rato, riendo un momento y llorando al siguiente. De repente se detuvo, abrumada por un triste pensamiento. Ben-Hur se sentiría transido de dolor al enterarse de que su madre y su hermana eran leprosas. Sin pensarlo dos veces marcharía a aquella pavorosa ciudad que se encuentra en la Colina del Mal Consejo para buscarlas y preguntar por ellas en cada una de las tumbas, olvidándose que estaban infectadas y exponiéndose a contraer el mismo mal que las dos mujeres. Amrah se retorcía las manos tratando de decidir lo que debía hacer.

Como ocurre con tanta frecuencia, en el torbellino de su propia angustia la mujer encontró la inspiración suficiente para llegar a una singular conclusión. Sabía que los leprosos tenían la costumbre de bajar todas las mañanas desde sus sepulcrales moradas en la colina para abastecerse en el pozo de En-Rogel de su diaria ración de agua. Al llegar depositaban sus cántaros en el suelo y se apartaban para esperar que fuesen llenados por la persona encargada de ello. También su señora y Tirzah deberían hacer lo mismo, pues la ley era inexorable y no admitía distinción alguna. Ninguna prerrogativa tenía un leproso rico sobre un leproso pobre.

Amrah tomó entonces la decisión de no referirle a Ben-Hur la historia que había escuchado y acudir sola al pozo para esperar a las dos mujeres. Tarde o temprano llegarían allí acosadas por la sed, y si ella no podía reconocerlas en seguida, Tirzah y su madre sí que reconocerían a la vieja criada.

Amrah seguía ocupada por esos pensamientos cuando llegó Ben-Hur a visitarla. Hablaron largo rato, y el joven le contó que al día siguiente llegaría Malluch e inmediatamente iniciarían la búsqueda. Se sentía muy impaciente, y, para distraerse mientras, se dedicaría a visitar los lugares sagrados en los alrededores. Mientras el joven hablaba, la mujer debió experimentar varias veces el impulso de contarle lo que sabía, pero se abstuvo muy bien de hacerlo.

Cuando Ben-Hur se marchó, la mujer se decidió con toda su habilidad y empeño a la preparación de manjares que fuesen de su agrado. Cuando la posición de las estrellas le indicó que se acercaba el día, llenó su cesta, eligió uno de los cántaros y se puso en camino hacia En-Rogel, saliendo de la ciudad por la Puerta del Pescado, que era la primera en abrirse cada mañana, como ya hemos visto.



Poco después del alba, cuando mayor era la actividad junto al pozo y muchos esperaban su turno, ansiosos por marcharse antes que el fresco aire matinal diera paso al intenso calor del día, los desdichados pobladores de la colina comenzaron a emerger de las tumbas, y a reunirse en grupos, en algunos de los cuales se veían niños tan pequeños, que probablemente habrían padecido la terrible enfermedad desde la misma cuna. Pronto comenzaron a aparecer en los recodos de la colina un gran número de ellos: mujeres que con esfuerzo sostenían un cántaro sobre los hombros, ancianos encorvados y débiles que avanzaban penosamente, apoyándose en bastones o muletas, o bien sobre los hombros de otros un poco más vigorosos; algunos, completamente impedidos, yacían en sus literas como si fuesen un montón de andrajos. Y sin embargo, entre esta comunidad aquejada por un sufrimiento tan terrible, existía un resquicio de amor que hacía la vida más soportable y atractiva.

Desde su sitio junto al pozo, Amrah observaba atentamente aquellos grupos espectrales. Contenía la respiración y a duras penas se movía. Más de una vez creyó reconocer a aquellas que buscaba. No le cabía ninguna duda que se encontraban en la colina; sabía también que en algún momento, tal vez cuando ya se hubiesen marchado todos, descenderían y se acercarían al pozo.



Había en la base de la colina una tumba que atraía particularmente la atención de Amrah, pues la abertura de su boca era muy amplia y cerca de ella se veía una roca de enormes dimensiones. El sol daba de lleno en la boca a la hora más calurosa del día, y en general su aspecto era tan inhóspito, que resultaría difícil creer que pudiese ser habitada por seres vivientes, a menos que se tratase de algún perro salvaje que se abrigase allí después de escarbar las basuras y desperdicios en los alrededores de Gehenna. Pese a ello, y para gran sorpresa de Amrah, en algún momento de la mañana alcanzó a ver que salían de allí dos mujeres, apoyadas la una en la otra y avanzando con gran dificultad. Ambas tenían el cabello completamente blanco; ambas parecían muy ancianas, y no obstante algo las distinguía de los demás moradores del lugar: por una parte, sus vestiduras no aparecían viejas y harapientas, y por otra, escrutaban el entorno con curiosidad y aprensión, como si fuesen nuevas en el sitio. La vieja criada creyó percibir incluso que se estremecían horrorizadas al contemplar la lastimera asamblea de la cual habían pasado a formar parte. No eran estas razones suficientes para que su corazón comenzase a latir más de prisa y para que centrara su atención exclusivamente en ellas, y sin embargo así ocurrió.

Las dos mujeres permanecieron un rato junto a la roca que guardaba la entrada a aquella tumba, hasta que al fin se decidieron a caminar hacia el pozo, lenta, penosamente, llenas de miedo. Aún se encontraban junto al pozo muchos de los clientes regulares, que elevaron sus voces para tratar de arredrarlas, a pesar de lo cual las dos mujeres siguieron avanzando. El pocero recogió del suelo varios guijarros, dispuesto a arrojarlos contra ellas si se seguían acercando. Los que se hallaban junto al pozo las maldecían con cólera, y los desdichados que ocupaban la colina, mucho más numerosos, les gritaban: «¡Impuras! ¡Impuras!».

«Con toda seguridad —se dijo Amrah al ver que las mujeres seguían avanzando— que estas dos desconocen las costumbres de los leprosos». Se puso entonces de pie, y cogiendo la cesta y el cántaro salió a su encuentro. Aquel gesto suyo fue suficiente para que se calmaran los ánimos de las personas que se encontraban junto al pozo.

—¡Qué tontería! —decía uno de ellos—. ¡Qué tontería dar alimentos en buen estado a alguien que está más cerca de la muerte que de la vida!

—¡Y qué necesidad de venir tan lejos! —decía otro de los parroquianos —. Yo hubiera hecho que al menos me encontrasen en la puerta.

Amrah prosiguió su camino, impertérrita, pero cuando estuvo a cuatro o cinco metros del sitio donde la esperaban las dos mujeres, se detuvo en seco, confusa, desconcertada, sintiendo que el corazón quería salírsele por la boca.

¡Pero era esa la señora que tanto había querido y respetado y cuyas manos tantas veces había besado llena de gratitud! ¡Y aquella otra mujer demacrada podría ser la Tirzah que ella había cuidado y visto crecer! ¡La dulce, sonriente y cantarina Tirzah, cuyos dolores había aliviado y cuyos juegos había compartido! ¡La joven que habría de ser la bendición de su vejez!… ¿Sería un error? No; no podían ser esas su querida señora y su adorada joven… Con solo mirarlas sentía que las fuerzas la abandonaban.



«No son más que unas ancianas desconocidas —se decía—. No las he visto nunca. Mejor será que me marche».

Les dio la espalda para alejarse.

—Amrah —dijo una de las leprosas.

La egipcia dejó caer el cántaro, y temblorosa se volvió a mirarlas.

—¿Quién me ha llamado? —preguntó.

—Amrah.

Los ojos asombrados de la vieja criada se posaron sobre la mujer que acababa de hablar.

—¿Quiénes sois? —le gritó.

—Somos aquellas a quienes buscas.

Amrah cayó al suelo de rodillas.

—¡Ay mi ama, mi ama! ¡Alabado sea el Dios todopoderoso que me ha guiado hasta vosotras!

Y la pobre mujer, abrumada por las emociones, de rodillas continuó avanzando hacia ellas.

—¡Alto Amrah! ¡No te acerques más! ¡Impuras! ¡Impuras!

Las palabras eran contundentes. Amrah cayó de bruces, anonadada, llorando con tal fuerza que la gente junto al pozo escuchaba sus gemidos. Luego, tan bruscamente como había caído, se incorporó a medias para quedar otra vez de rodillas.

—¡Ay, mi señora!, ¿y dónde está Tirzah?

—Aquí estoy, Amrah, aquí estoy. ¿No podrías darme un poco de agua?

Sin pensarlo dos veces, y tal como lo había hecho durante tantos años de servidumbre, Amrah acató prestamente la voluntad de la mujer, y acercándose a la cesta la descubrió.

—Mirad —dijo—; aquí tengo pan y carne.

Ya se disponía a desplegar la servilleta sobre el suelo cuando su señora habló de nuevo.

—No lo hagas, Amrah. Aquella gente podría echarte de aquí a pedradas, y a nosotras nos negaría el agua. Deja la cesta donde está. Coge el cántaro, llénalo y tráelo de vuelta aquí. Así habrás hecho por nosotras en este día todo lo que te está legalmente permitido. Date prisa, Amrah.

Las personas que desde lejos habían contemplado la escena, se hicieron a un lado para dejar pasar a Amrah, y algunos, compadecidos por la expresión de inmenso dolor que marcaba su rostro, la ayudaron a llenar el cántaro.

—¿Quiénes son? —le preguntó una mujer.

Amrah se limitó a contestar tristemente:

—Fueron muy buenas conmigo.

Colocándose el cántaro sobre el hombro, se dirigió sin dilación hacia sus señoras. En medio de la confusión y la prisa habría llegado a su lado, pero la detuvo el grito de «¡Somos impuras, impuras!, ¡cuidado!». Depositando el recipiente junto a la cesta, retrocedió un par de pasos y esperó en silencio.

—Gracias Amrah —dijo la señora mientras cogía ambas cosas—. Es muy amable de tu parte.

—¿Y no podría hacer algo más por vosotras? —preguntó la criada.

La madre, abrasada por la sed, se disponía ya a acercar el cántaro a los labios; sin embargo se contuvo, e irguiéndose, dijo con firmeza:

—Sí. Sé que Judá ha regresado a casa. Anteanoche lo vi junto a la puerta, dormido en la escalinata, y vi que tú lo despertabas.

Amrah juntó las manos.

—¡Ay, señora mía! ¡Lo viste y no te acercaste a él!

—Eso habría equivalido a condenarlo a muerte. Nunca más podré estrecharlo entre mis brazos. Nunca volveré a besarlo. ¡Ay, Amrah, Amrah, bien sé cuánto lo quieres!

—Sí —dijo la buena mujer, de nuevo rompiendo a llorar y cayendo de rodillas—. Sería capaz de morir por él.

—Demuéstrame que es verdad lo que dices.

—¿Qué tengo que hacer?

—No decirle que nos has visto ni dónde estamos. Eso es todo.

—Pero él os está buscando. Ha venido de muy lejos para encontraros.

—No debe encontrarnos. No puede contraer el mismo mal que nosotras. Escucha Amrah, puedes seguir prestándonos el mismo servicio que nos has prestado hoy. Puedes traernos lo poco que necesitamos cada día…, y no será por mucho tiempo…, no mucho tiempo. Vendrás cada mañana y cada noche y… —a pesar de su poderosa voluntad, la voz de la mujer se quebró en ese momento—, y nos hablarás de él, Amrah, pero en cambio a él no le dirás una sola palabra sobre nosotras. ¿Has entendido?

—Ah, pero será tan difícil escucharle hablar de vosotras y ver cómo se afana en buscaros por todas partes y darme cuenta del gran amor que os profesa, sin poder siquiera decirle que estáis vivas.

—¿Podría decirle que estáis bien?

La pobre criada ocultó el rostro entre los brazos.

—No; no puedes hacerlo —afirmó su señora—, así que es mejor que guardes el más completo silencio. Vete ahora y regresa esta noche. Te

estaremos esperando. Hasta entonces.

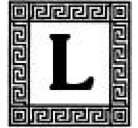
—Muy dura es la obligación que me imponéis —dijo Amrah llena de aflicción.

—Mucho más duro sería verlo en la misma condición que estamos nosotras —respondió la madre mientras pasaba la cesta a Tirzah—. Regresa esta noche —repitió después de una breve pausa, y las dos mujeres desaparecieron antes de emprender el triste camino a casa.

Regresó puntualmente esa noche, y a partir de entonces siguió viniendo sin falta todas las mañanas y todas las noches, ocupándose así de que en todo momento madre e hija tuviesen lo indispensable. La tumba, a pesar de lo inhóspita y desolada era un poco menos lúgubre que la celda que durante tanto tiempo ocuparan en la Torre Antonia. La luz del sol doraba la entrada de su nueva morada, y sabían que cerca de allí empezaba el mundo exterior, amplio y hermoso. Y además, bajo un cielo abierto es más fácil conservar un resquicio de fe mientras se espera la muerte.

Capítulo VI

Un ardid de Pilatos: el combate

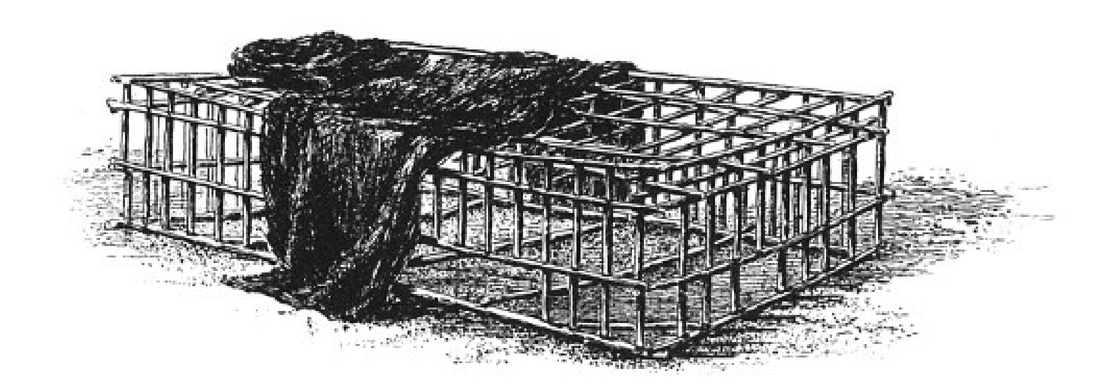


La mañana del primer día del séptimo mes —Tishri en hebreo y octubre para nosotros— cuando Ben-Hur se levantó de su lecho en la posada, se sentía triste, abatido, insatisfecho con el mundo.

En cuanto llegó a Jerusalén, Malluch había iniciado sin tardanza la investigación, comenzando por la Torre Antonia, y haciéndolo de modo resuelto, pues interrogó directamente al tribuno que estaba al mando de ella. Primero le refirió la historia de los Hur, así como los detalles del accidente de Grato, describiéndolo por supuesto, como si no hubiese habido en ello la menor intención criminal. El propósito de la investigación, le dijo, era averiguar si aún vivía alguno de los miembros de la desdichada familia, y de ser así presentar una petición al César, rogando que se les devolviesen sus propiedades y se les restituyesen los derechos civiles. Una petición de ese género, estaba seguro, acabaría en una investigación imperial que descubriría la inocencia de los Hur, según creían los amigos de la familia.

El tribuno relató entonces a Malluch el hallazgo de las mujeres en aquella celda clausurada de la Torre y le permitió leer el memorándum en que constaba lo que habían dicho las propias mujeres en ese momento. Incluso accedió al ruego de Malluch de que le dejase copiar el documento.

Acto seguido, Malluch se apresuró a buscar a Ben-Hur.



Sería inútil tratar de describir el efecto que tuvo sobre el sensible joven aquella terrible historia. Ni las lágrimas, ni los gritos más desgarradores lograban paliar el dolor; se trataba de algo demasiado profundo como para

poder expresarse. Cuando consiguió contener el llanto, se quedó largo rato sentado, inmóvil, con el rostro lívido y el corazón arrebatado. De vez en cuando parecían desbordarlo ciertos pensamientos particularmente dolorosos y entonces musitaba:

—¡Leprosas! ¡Leprosas! Ellas…, mi madre y Tirzah… ¡Leprosas! ¡Hasta cuándo, Dios mío, hasta cuándo!

La ira, el dolor intenso, el deseo de venganza, se sucedían en su corazón, atropellándose unos a otros.

Finalmente se puso de pie, habiendo tomado una determinación.

—Debo buscarlas; ahora mismo pueden estar en peligro de muerte.

—¿Y dónde vas a buscarlas? —preguntó Malluch.

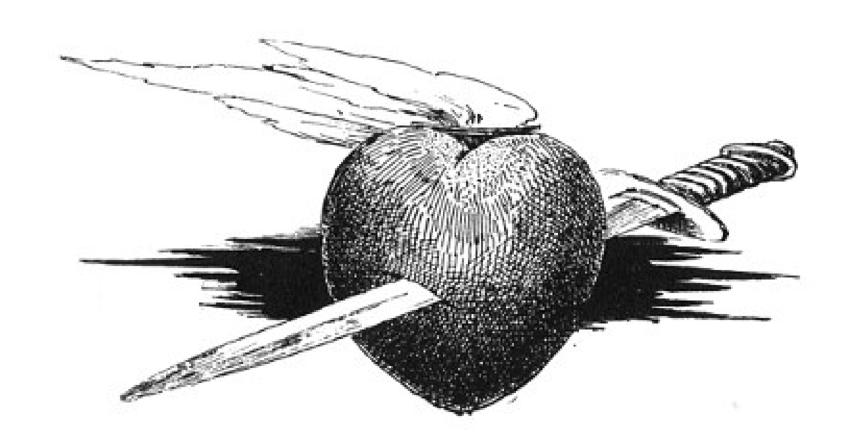
—Hay un solo sitio donde les está permitido ir.

Malluch se opuso al plan de Ben-Hur, y si bien no logró disuadirlo de su propósito, lo convenció para que le permitiese acompañarlo, dejando además en sus manos la conducción de las indagaciones. Juntos se encaminaron entonces a la puerta que se levanta en el lado opuesto de la Colina del Mal Consejo, que desde tiempos inmemorables ha sido el sitio donde se reúnen los leprosos de la región para solicitar la caridad pública. Ben-Hur y Malluch permanecieron allí todo el día, dando limosnas, preguntando si alguien conocía a las dos mujeres, ofreciendo cuantiosas recompensas para quien diese razón de ellas. Y eso mismo hicieron, día tras día, durante el resto del quinto mes y durante el sexto mes. Muchos leprosos, para quienes la recompensa era un incentivo poderosísimo, exploraron diligentemente aquella terrible y subterránea ciudad en la colina, demostrando así que solo estaban muertos a los ojos de la Ley. Muchas veces fue visitada la tumba donde moraban las dos desventuradas, y en cada ocasión sus ocupantes fueron sometidas a acuciosos interrogatorios, pero todo fue en vano; no revelaron su secreto. Y en el punto de la narración en que ahora nos encontramos, la mañana del primer día del séptimo mes, la única información de interés que se había logrado recabar apuntaba que unas cuantas semanas antes, dos mujeres leprosas desconocidas hasta entonces, habían sido expulsadas a pedradas de la ciudad por las autoridades que las encontraron en las cercanías de la Puerta del Pescado. Después de insistir en los detalles que proporcionaba esa clave y de comparar cuidadosamente la fecha con la del descubrimiento de la celda VI en la Torre Antonia, Ben-Hur y Malluch llegaron a la triste conclusión que las dos mujeres sometidas a tal humillación

y sufrimiento eran aquellas a quienes buscaban. Pero esto solo contribuía a oscurecer la cuestión. ¿Dónde estaban entonces? ¿Y qué había sido de ellas?

—Debo buscarlas; ahora mismo, porque pueden estar en peligro de muerte.

—No bastaba con que mi madre y mi hermana fuesen reducidas a la condición de leprosas —se decía el hijo una y otra vez con sin igual amargura —. ¡Ay, como si no bastase con ello, ahora resulta que han sido apedreadas en su ciudad natal! Y ya deben estar muertas. Se habrán perdido en el desierto. ¡Muerta mi madre! ¡Muerta Tirzah! He quedado solo en el mundo. ¿Y para qué he de vivir? ¡Hasta cuándo Señor, Dios de mis mayores! ¡Hasta cuándo ha de durar el poder de esta Roma!



Lleno de cólera, desesperado, sediento de venganza, Ben-Hur penetró en el patio del *khan* y encontró que estaba abarrotado por personas que habían llegado durante la noche. Mientras desayunaba, escuchó las historias que contaban algunos de ellos. Un grupo en particular ganó su atención. Estaba compuesto por hombres jóvenes, activos y vigorosos, que por su manera de hablar y sus modales parecían venir del campo. Había algo en su aspecto, en sus erguidas cabezas, en la forma de mirar lo que les rodeaba, que denotaba un espíritu diferente a las clases bajas de Jerusalén, un espíritu que procede, según algunos, de la vida en las zonas montañosas, pero que de manera más general se puede atribuir al hecho de vivir en saludable libertad. No tardó mucho en enterarse de que eran galileos y que venían a la ciudad con diversos propósitos, pero sobre todo para tomar parte en la Fiesta de las Trompetas, que habría de tener lugar ese día. El interés de Ben-Hur se redobló al conocer su procedencia, pues precisamente en esa región esperaba encontrar el mayor de los apoyos para el trabajo que se proponía emprender en poco tiempo.

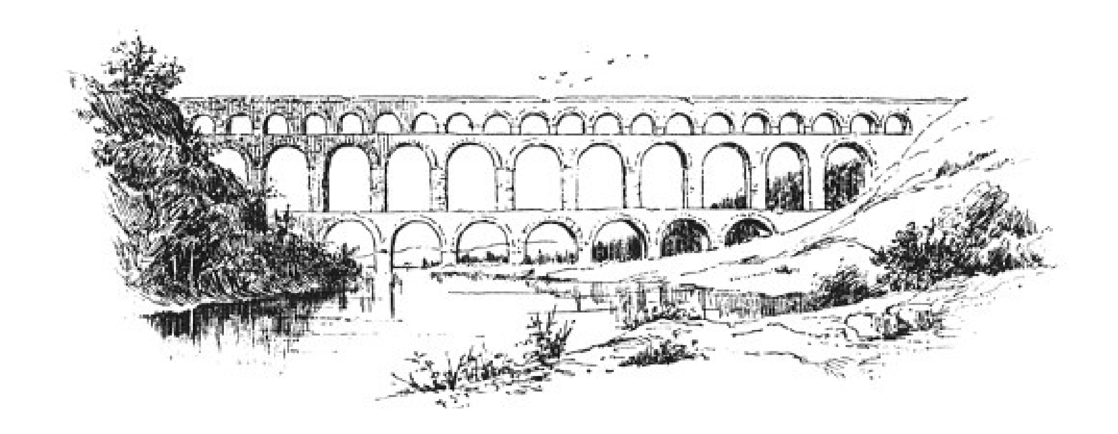
Mientras continuaba observándolos, anticipando las hazañas que se podrían esperar de un espíritu semejante una vez que hubiesen recibido la severa disciplina militar romana, entró en el patio un hombre con el rostro encendido y los ojos brillantes de excitación.

—Pero ¿qué estáis haciendo aquí? —increpó al grupo de galileos—. Los rabinos y los mayores han salido del Templo y se dirigen a ver a Pilatos. Vamos; daos prisa e iremos todos con ellos.

Los jóvenes galileos lo rodearon de inmediato, acosándole con sus preguntas.

—¿A ver a Pilatos? ¿Para qué?

—Se ha descubierto una conspiración. El nuevo acueducto de Pilatos ha de ser pagado con dinero del Templo.



—¡Cómo! ¡Con aquel tesoro sagrado! —se repetían unos a otros con ojos centelleantes de cólera.

—Pero si el *Corban*[1] es dinero de Dios. ¡Que se atreva a tocar un solo sido!

—¡Venid! —gritó el mensajero—. En estos momentos el cortejo ya debe haber cruzado el puente. La ciudad entera los sigue. Nuestra presencia puede ser necesaria. Apresuraos.

Dicho y hecho. Sin perder un instante se despojaron de todo lo que no fuese imprescindible y quedaron con la cabeza descubierta y vestidos solamente por la túnica interior sin mangas que utilizaban para segar los campos, conducir los botes en el lago, subir las colinas en pos de sus rebaños o recoger las cosechas.

—Estamos listos —dijeron al unísono, mientras que se apretaban los cinturones.

Ben-Hur se acercó entonces a ellos y les dijo:

—Hombres de Galilea, soy un hijo de Judá. ¿Podríais dejarme ir con vosotros?

—Es posible que tengamos que luchar —contestaron.

—Podéis estar seguro de que no sería el primero en batirme en retirada.

La respuesta de Ben-Hur fue bien recibida, y el mensajero dijo:

—Bueno; pareces bastante fuerte. Ven con nosotros.

Ben-Hur se despojó también de sus vestiduras exteriores.

—Así que creéis que habrá lucha —preguntó calmada, quedamente mientras se ceñía el cinturón.

—Sí.

—¿Con quién?

—Con la guardia.

—¿Son legionarios?

—¿En quién más podrían confiar los romanos?

—¿Y qué armas tenéis para enfrentaros a ellos?

Los galileos se quedaron mirando en silencio.

—Bien, bien —prosiguió entonces—; nos las arreglaremos lo mejor que podamos; ¿pero no sería mejor escoger un jefe? Los legionarios siempre lo tienen, y así pueden actuar coordinadamente, como si fuesen un solo hombre.

La extrañeza de los ojos de los galileos se hizo aún más patente, como si se tratase de una idea que nunca antes hubiesen escuchado.

—Al menos pongámonos de acuerdo en que permaneceremos juntos —dijo Ben-Hur—. Y ahora, si vosotros estáis listos, yo también lo estoy.

—Sí, en marcha.

El *khan*, como se recordará, se encontraba en Bezetha, la ciudad nueva, y para llegar al Pretorio, como pomposamente llamaban los romanos al palacio de Herodes en el Monte Sión, el grupo debía cruzar las llanuras que se extienden al norte y al oeste del Templo. Siguiendo calles —si acaso se pueden llamar así— y callejuelas que a duras penas merecían ese nombre, rápidamente dejaron atrás el distrito de Acra[2] y llegaron junto a la Torre Mariamne, desde donde ya quedaba cerca la enorme puerta que daba acceso a la colina amurallada. Por el camino encontraron muchas otras personas, que al igual que ellos se dirigían a toda prisa al palacio de Pilatos, indignados por la noticia de la profanación que se preparaba. Cuando el grupo de Ben-Hur y los galileos llegó finalmente a las puertas del Pretorio, el cortejo de ancianos y los rabinos había entrado poco antes seguido por

muchas personas, mientras que una multitud aún mayor les esperaba fuera clamorosa e impaciente.

Un centurión custodiaba la entrada con un destacamento de hombres armados hasta los dientes. El sol ardiente caía de lleno sobre los yelmos y escudos de los soldados, pero ellos mantenían la formación, impávidos, indiferentes al calor abrasador y a los gritos de la turba. Por las abiertas puertas de bronce entraba una corriente continua de ciudadanos, mientras que solo se veían salir unos cuantos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó un galileo a uno de los que salían.

—Nada —respondió el otro—. Los rabinos se encuentran ante la puerta del palacio solicitando que se les permita ver a Pilatos, pero hasta ahora se ha negado a salir. Han enviado un mensajero para decirle que no se moverán de allí mientras no los haya escuchado.

—Entremos —dijo Ben-Hur serena pero firmemente, consciente de algo que probablemente no veían sus compañeros, a saber, que no se trataba simplemente de un desacuerdo entre los rabinos y el gobernador sino de un asunto de principios y una prueba de fuerza para determinar cuál de las partes habría de imponer su voluntad.

Al otro lado de la puerta había una hilera de frondosos árboles bajo los cuales se veía una serie de bancas. Tanto los que entraban como los que salían evitaban cuidadosamente caminar a la sombra de la alameda, pues por extraño que parezca existía una orden rabínica que no permitía que creciese planta verde dentro de las murallas de Jerusalén. Se decía que el mismo Rey sabio cuando quiso un jardín para su bella esposa egipcia, se vio obligado a construirlo en el sitio donde se encontraban los valles, más arriba de En-Rogel.

La imponente fachada del palacio resplandecía por entre las copas de los árboles. El grupo de Ben-Hur continuó avanzando un breve trecho hasta llegar a una espaciosa plaza, en cuya esquina occidental se alzaba la residencia del gobernador. Una muchedumbre enardecida colmaba la plaza, dirigiendo sus airadas miradas hacia un pórtico donde se veía una enorme puerta cerrada. Un segundo grupo de legionarios guardaba este pórtico.

Tan densa era la multitud reunida en la plaza, que nuestros amigos hubiesen tenido muchas dificultades para seguir avanzando; se quedaron entonces al fondo, observando cuidadosamente lo que sucedía. En las cercanías del pórtico alcanzaban a ver los altos turbantes blancos de los rabinos, y su impaciencia parecía contagiar de vez en cuando a la masa de gente a sus espaldas, que profería entonces gritos como este:



—Pilatos, si de verdad eres el gobernador sal fuera.

En un momento dado un individuo se encaminó a la puerta de salida abriéndose paso a empellones y con el rostro rojo por la ira.

—¡Israel no es tenida en cuenta para nada en este sitio! —dijo a grandes voces—. Aquí, en este lugar sagrado para nosotros, a los ojos de los romanos no somos más que una manada de perros.

—¿Crees entonces que no va a salir?

—Claro que no. ¿Acaso no se ha negado tres veces?

—¿Y qué harán los rabinos?

—Lo mismo que en Cesarea: acampar aquí hasta que les preste oído.

—Pero no se atreverá a tocar el tesoro; ¿no crees? —preguntó uno de los galileos.

—¿Y quién podría afirmarlo? ¿No fue un romano quien profanó lo más sagrado de lo sagrado, el mismísimo Tabernáculo? ¿Es que hay algo sagrado para los romanos?

Pasó una hora sin que Pilatos se dignara dar una respuesta, a pesar de lo cual los rabinos y el resto de la multitud seguían esperando sin moverse de sus sitios. Llegó el mediodía, y el viento del Oeste trajo un chubasco, que sin embargo no desanimó a los presentes. El único cambio en la situación radicaba en que la multitud se hacía más numerosa, más ruidosa y más colérica a medida que pasaba el tiempo. Los gritos instando a Pilatos a que saliera se sucedían casi ininterrumpidamente, incluyendo a veces irrespetuosas variaciones. Entretanto Ben-Hur estaba atento a que no se dispersaran sus amigos galileos, juzgando que el orgullo romano acabaría por sobreponerse a su prudencia, y que ello no podría tardar mucho. Pilatos

simplemente estaba esperando que los allí presentes le proporcionaran una excusa para recurrir a la violencia.

Y en efecto, no tardó en desencadenarse el desenlace. Se escuchó en medio de la asamblea un sonido de golpes, seguido casi inmediatamente por alaridos de dolor y de ira y por una irrefrenable agitación. Los venerables ancianos que se encontraban junto al pórtico se volvieron horrorizados. Quienes estaban al fondo de la plaza, en un primer momento trataron de abrirse paso hacia adelante, mientras que los que estaban en el centro intentaban retroceder y, por un momento, fue terrible la presión de las fuerzas opuestas. Mil voces se elevaron al tiempo, preguntando qué ocurría, pero como nadie parecía tener tiempo de responder, muy pronto la sorpresa dio paso al pánico.

Ben-Hur mantuvo su presencia de ánimo.

—¿Alcanzas a ver lo que pasa? —preguntó a uno de los galileos.

—No.

—Entonces te alzaré.

Cogió al hombre por la cintura y lo levantó.

—¿Qué ocurre?

—Ahora lo veo —dijo el hombre—. Un grupo armado de garrotes está golpeando a la gente. Visten como judíos.

—¿Y tienen aspecto de judíos?

—¡No! Vive Dios que son romanos. Romanos disfrazados y reparten garrotazos por doquier. Allí…, acaban de golpear a un rabino…, un anciano indefenso. No tienen compasión de nadie.

Ben-Hur bajó al hombre, y dirigiéndose al grupo dijo:

—Hombres de Galilea. Esto es un ardid de Pilatos. Si hacéis lo que os digo nos vengaremos de esos canallas de los garrotes.

Afloró entonces el espíritu resuelto de los galileos y con gritos entusiastas aprobaron la propuesta de Ben-Hur.

—Vamos hacia la alameda que crece junto a la puerta, y quizá descubramos que a pesar de que son ilegales, los árboles que plantó Herodes pueden resultar muy útiles. ¡Vamos!

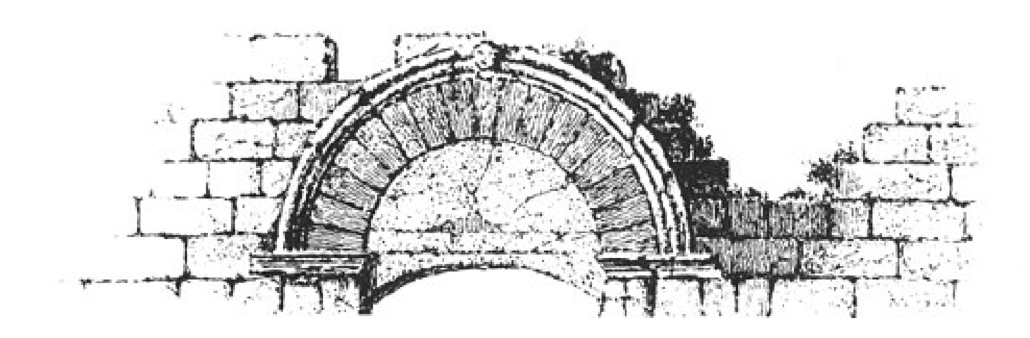
Inmediatamente, los hombres se dirigieron a toda velocidad hacia la alameda y en un instante se armaron con las ramas de los árboles más

robustos. Al regresar a la plaza se toparon con una turbamulta que entre gritos, gemidos y maldiciones trataba de ganar la puerta.

—Pegaos al muro —gritó Ben-Hur—; pegaos al muro y dejad que pase el gentío.

Así pues, apretados contra la pared que estaba a su derecha, escaparon al ímpetu de la multitud, y poco a poco se fueron abriendo paso hasta llegar a la plaza.

—Manteneos juntos y seguidme —indicó Ben-Hur.



En ese momento ya Ben-Hur actuaba como jefe indiscutible del grupo de galileos, sus órdenes eran cumplidas a la perfección, y los hombres lo seguían cerradamente a medida que se abría paso entre la bullente multitud. Y cuando los romanos, que tan alegremente golpeaban a la gente a diestra y siniestra, tuvieron frente a frente a aquellos galileos ágiles, decididos a dar y recibir golpes y contundentemente armados, tuvieron una sorpresa mayúscula. A partir de ese momento se redoblaron los gritos, se multiplicaron los garrotazos, y llenos de ira los dos grupos se arremetieron con denuedo. Ninguno, empero, lo hizo mejor que Ben-Hur, cuyo entrenamiento en las diversas artes marciales se evidenciaba claramente: a su habilidad para asestar golpes y protegerse de los golpes de los contrarios, se sumaba el vigor y coordinación de su musculoso brazo, lo que le permitía salir victorioso en cada encuentro. Y como tenía un garrote voluminoso y de buena longitud, le bastaba golpear una sola vez a su contrincante para que este rodase por el suelo. Ben-Hur era jefe y combatiente al mismo tiempo, sobresaliendo en ambas tareas. Parecía tener ojos para los combates de cada uno de sus amigos y la facultad de acudir en el momento justo al sitio donde más necesaria era su presencia. Sus gritos de combate se convirtieron muy pronto en inspiración para los de su grupo y motivo de alarma para los enemigos. Sorprendidos por aquel grupo rival que podía combatirlos de igual a igual, los romanos comenzaron a retroceder lentamente, pero después de un rato y, viéndose de

tal manera, dieron media vuelta y huyeron en dirección del pórtico. Los impetuosos galileos hubiesen querido perseguirlos hasta las escalinatas, pero Ben-Hur los contuvo prudentemente.

—¡Esperad mis valientes! —les dijo—; allá viene un centurión con la guardia, y tienen espadas y escudos; no podríamos enfrentarnos a ellos. No lo hemos hecho nada mal, y tal vez sea mejor que lleguemos hasta la puerta mientras todavía es posible.

Los galileos acataron la orden, aunque lentamente, pues tenían que avanzar entre los cuerpos que yacían en el suelo, retorciéndose de dolor, quejándose, pidiendo ayuda, o simplemente inmóviles y silenciosos, como si ya estuviesen muertos. Pero no todos los caídos eran judíos, y eso les servía de consuelo.

Al ver que se alejaban, el centurión les dirigió un grito colérico. Ben-Hur soltó una carcajada, y en su lengua le respondió:

—Si nosotros somos perros israelitas, vosotros no sois más que unos chacales romanos. Quedaos aquí, y ya veréis cómo regresaremos.

Los galileos aclamaron jubilosamente las palabras de Ben-Hur y se alejaron entre risas.

En el exterior encontraron una multitud mayor que cualquier otra que Ben-Hur hubiese visto hasta entonces, mayor incluso que aquella que se había reunido para presenciar los juegos en el Circo de Antioquía. Las azoteas de las casas, las calles, la ladera de la colina, estaban completamente cubiertas de gentes que oraban y se lamentaban a grandes voces, llenando el aire de gritos e imprecaciones.

Los soldados que se encontraban en la puerta de acceso a la plaza, ignorantes de lo que acababan de hacer Ben-Hur y sus galileos, les dejaron pasar sin problemas, pero apenas cruzaron el umbral, apareció aquel centurión que custodiaba el pórtico, llamando a gritos a Ben-Hur.

—¡Oye tú, insolente! ¿Eres romano o judío?

—Soy un hijo de Judá y he nacido aquí —respondió Ben-Hur—. ¿Qué quieres de mí?

—Que te detengas a combatir.

—¿Hombre a hombre?

—Como quieras —dijo el romano.

Ben-Hur se echó a reír desdeñosamente:

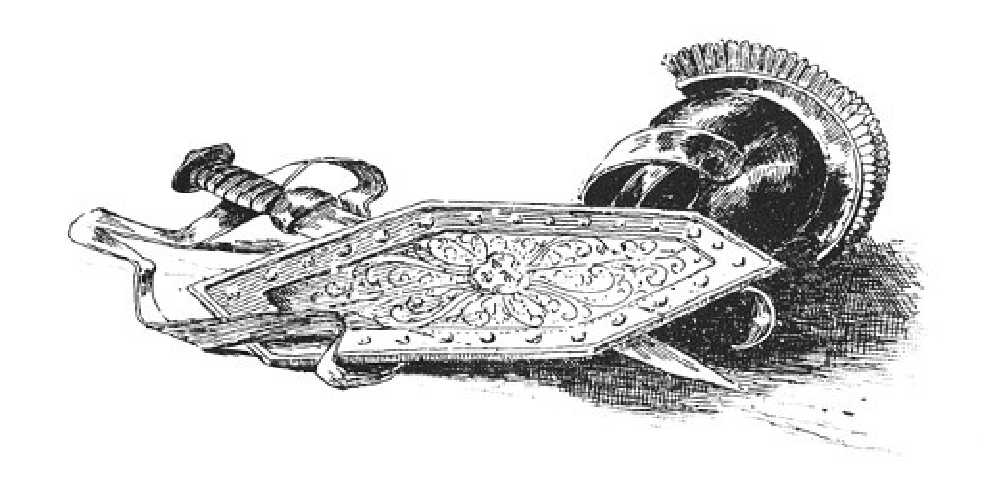
—¡Oh valiente romano! ¡Digno hijo del bastardo Júpiter! No tengo armas para enfrentarme a ti.

—Puedes utilizar las mías —respondió el centurión—. Alguno de mis guardias me prestará las suyas.

Las personas que escuchaban el singular coloquio, guardaron silencio, atentas a lo que se decía, y entre susurros comenzaron a propagar la noticia de lo que estaba ocurriendo. En aquel momento Ben-Hur se detuvo a pensar que recientemente había denotado a un excelso exponente de los romanos bajo los ojos atónitos de Antioquía y del Oriente, y que si ahora consiguiese doblegar a otro de ellos en presencia de Jerusalén, el honor resultante podría ser de enorme provecho para la causa del nuevo Rey. No lo pensó más, y caminando decididamente hacia el centurión le dijo:

—Estoy dispuesto. Dame tu espada y escudo.

—¿También quieres el yelmo y la coraza?



—Quédate con ellos. No creo que me sirvan.

El centurión le entregó sus armas a Ben-Hur, y a su vez se revistió con las armas de uno de sus hombres. No tardó mucho en estar dispuesto para el combate. Durante todo aquel tiempo los soldados que se encontraban junto a la puerta, no hicieron ademán de moverse, limitándose a escuchar la conversación. En cuanto a la multitud, solamente cuando los combatientes avanzaban el uno hacia el otro, dispuestos ya para el combate, comenzaron a preguntarse unos a otros quién era el judío. Nadie lo sabía.

Es preciso anotar que la supuesta supremacía de los romanos en el ejercicio de las armas residía en tres aspectos: su total sumisión a la disciplina, la estudiada formación de los legionarios para entrar en batalla y la forma tan peculiar que tenían de utilizar la espada corta. No la utilizaban durante el combate para golpear o tajar, sino para dar estocadas en todo momento, ya estuviesen avanzando o retrocediendo y, por lo general, su

blanco era el rostro del enemigo. Todo esto era bien sabido por Ben-Hur. Cuando ya se disponían a arremeterse, advirtió al romano:

—Te dije que era hijo de Judá, pero no te dije que fui adiestrado en la escuela *lanistae*[3]. ¡Así que defiéndete!

Ben-Hur y su antagonista se aproximaron. Por un instante, y a muy corta distancia uno del otro, se miraron por encima de sus escudos. Al cabo, el romano avanzó y amagó una estocada baja. El judío se echó a reír. El amago fue seguido por una estocada al rostro de Ben-Hur, pero a este le bastó con tomar un leve paso a la izquierda para evitarla. Veloz había sido la estocada, pero más aún el movimiento de Ben-Hur. En seguida deslizó su escudo bajo el brazo en alto del romano y empujó con firmeza, hasta que la espada del otro, así como el brazo que la empuñaba, quedaron retenidos por el extremo superior del escudo; Ben-Hur dio otro paso, esta vez hacia adelante y ligeramente a la izquierda, causando que el costado derecho del contrincante quedara expuesto a la punta de su espada. El centurión cayó de bruces al suelo con gran estrépito metálico. Ben-Hur había vencido. Con un pie sobre la espalda de su enemigo, levantó el escudo en alto a la manera de los gladiadores y saludó a los soldados, que impertérritos seguían junto a la puerta.

Cuando la multitud allí presente se dio cuenta de la victoria de Ben-Hur pareció enloquecer de contenta. La noticia se propagó a toda velocidad, y muy pronto ondeaban chales y pañuelos y se escuchaban gritos jubilosos en un área que se extendía hasta el Xistus. Los galileos de Ben-Hur no eran por cierto los menos entusiastas, y si él se lo hubiese permitido ya lo habrían levantado en hombros.

Al ver que desde la puerta se acercaba un oficial menor, Ben-Hur le dijo:

—Tu camarada ha muerto como un soldado. No lo he despojado de nada; solamente me quedo con su espada y su escudo.

Se alejó de allí seguido por los galileos, y cuando hubieron avanzado unos pasos, les dijo:

—Hermanos, os habéis portado bien. Separémonos ahora, antes que intenten perseguirnos. Nos encontraremos esta noche en la posada de Betania. Tengo algo que proponeros que es de sumo interés para Israel.

—Pero ¿quién eres tú?

—Un hijo de Judá —respondió simplemente.

Una multitud ansiosa de verlo de cerca comenzaba a arremolinarse alrededor de Ben-Hur y su grupo.

—¿Iréis a Betania? —preguntó a los galileos.

—Sí; sí que lo haremos.

—Entonces llevad esta espada y este escudo para que pueda reconoceros.

Y abriéndose paso bruscamente entre la creciente multitud, desapareció.

A instancias de Pilatos, la gente acudió desde todas partes de la ciudad para recoger a sus muertos y heridos, cumpliendo la penosa labor entre lamentos y sollozos. El dolor general, empero, era mitigado en parte por la victoria del desconocido campeón, ahora buscado por doquier y alabado por todos. El decaído espíritu de la nación revivió con la noticia de la hazaña, hasta el punto que en las calles e incluso en el mismo Templo, y en medio de los festejos más solemnes, de nuevo se refirieron las antiguas historias de los macabeos, al tiempo que miles de personas meneaban la cabeza y se decían en tono confidencial:

«Un poco más; solo un poco más e Israel volverá a ser lo que era. Hay que tener paciencia y fe en el Señor».

De este modo, Ben-Hur adquirió gran renombre e influencia entre la gente de Galilea, preparando el camino para prestar mayores servicios en pro del Rey que habría de venir.

Ya daremos cuenta de los resultados de su esfuerzo.



[1]



LIBRO SEPTIMO

Y al despertar la vi a mi vera
Soñando el mar entre gotas de rocío,
Una sirena esbelta y seductora,
Con brazaletes de rojizas algas,
Y relucientes cuentas ambarinas
Adornando el oleaje de su pelo.

THOMAS BAILEY ALDRICH [1]

Capítulo I

Jerusalén recibe a un profeta

Ben-Hur se reunió con los galileos en la posada de Betania, tal como habían acordado, y desde allí fue con ellos a su tierra, donde sus proezas en la vieja Plaza del Mercado le habían granjeado ya fama y respeto, que fueron creciendo a medida que pasaba el tiempo. Antes de que terminara el invierno, ya había reclutado tres legiones, organizándolas según el modelo romano. Fácilmente hubiese podido tener otras tres, pues el espíritu marcial de aquella brava gente no conocía el descanso; el procedimiento, sin embargo, requería de una singular cautela, pues debía estar constantemente en guardia contra los romanos por un lado, y contra Herodes Antipas. Contentándose por el momento con esas tres legiones, Ben-Hur puso todo su empeño en instruirlas y adiestrarlas para la acción metódica. Con ese propósito se retiró con los oficiales a las llanuras de lava del Traconitis y los preparó en el uso de las armas, en especial la jabalina y la espada, y asimismo les enseñó las maniobras peculiares de las escuadras de legionarios. Luego los envió de regreso, para que sirvieran a su vez de instructores entre su gente. Muy pronto los entrenamientos marciales se convirtieron en uno de los pasatiempos preferidos de la gente de la región.

Como bien se comprende, la tarea exigía mucha paciencia, destreza, celo, fe y devoción de parte de Ben-Hur, ya que son estas cualidades las indispensables para inspirar a otros en el aprendizaje de cuestiones difíciles. Pues bien, ningún hombre podría poseer esas cualidades en mayor grado que Ben-Hur, ni utilizarlas con mayor eficacia. ¡Y de qué modo trabajaba! ¡Olvidándose incluso de sí mismo! Y sin embargo sus esfuerzos no se hubiesen visto coronados por el éxito de no ser por el apoyo decidido de

Simónides, quien le proporcionaba armas y dinero, y de Ilderim, quien vigilaba los alrededores y se encargaba de mantenerlo abastecido de alimentos. Y naturalmente, hubiese fracasado, a pesar de todo esto, si no contase con el enorme talento de los galileos.

Este nombre abarcaba a cuatro tribus, las de Aser, Zabulón, Isacar y Neftalí, con sus correspondientes distritos[1]. Los judíos nacidos en las cercanías del Templo despreciaban a estos hermanos suyos del Norte, pero el Talmud mismo dice: «El galileo ama el honor, y el judío ama el dinero».

Dado que los galileos odiaban a Roma con el mismo fervor que amaban su patria, cada vez que estallaba una revuelta eran los primeros en acudir al campo de batalla y los últimos en abandonarlo. Ciento cincuenta mil jóvenes galileos perecieron en la última guerra contra Roma. Durante los días de gran fiesta solían dirigirse a Jerusalén marchando como soldados, y al llegar allí acampaban como soldados. Y sin embargo eran liberales en sus ideas, llegando a ser incluso tolerantes con los paganos. Se sentían orgullosos de las hermosas ciudades de Herodes, romanas en todos sus aspectos, y sin vacilar colaboraron en su construcción. Consideraban conciudadanos a todos los hombres, sin importar su procedencia, y deseaban vivir en paz con todos. Habían contribuido a la gloria de la nación hebrea con poetas tan excelsos como el autor del Cantar de los Cantares, y con profetas tan importantes como Oseas.

Entre un pueblo tan orgulloso, tan valiente, tan brioso, tan devoto e imaginativo, era apenas natural que tuviese gran acogida una historia como aquella del Rey venidero. El solo hecho de pensar que con su venida Roma sería doblegada habría bastado para que apoyasen sin reservas el proyecto de Ben-Hur; pero cuando se les dijo además que aquel Rey habría de regir el mundo, que sería más poderoso que el César, más grandioso que Salomón, y que su imperio habría de durar por siempre, entonces la causa adquirió a sus ojos un atractivo irresistible y se entregaron a ella en cuerpo y alma. Cuando preguntaron a Ben-Hur en qué fundaba sus palabras, citó a los profetas y les habló de Baltazar, que esperaba en Antioquía; se sintieron satisfechos, pues se correspondía con la antigua y bienamada leyenda del Mesías, casi tan familiar para ellos como el nombre mismo del Señor. Sí; había llegado el momento para el cumplimiento del sueño largamente acariciado. El Rey venidero estaba ya muy cerca.

Así pasaron velozmente para Ben-Hur los meses de invierno, y llegó la primavera con sus lluvias refrescantes procedentes del Occidente, y para entonces había trabajado con tanta dedicación y éxito, que podría decirse a sí mismo y a sus seguidores: «Ya estamos listos para la venida del buen Rey. Solo tiene que decirnos dónde quiere instalar su trono. Nuestras manos armadas se encargarán de defenderlo».

Y a pesar de que debía mantenerse en contacto con tantas gentes, solo sabían que era un hijo de Judá, y que llevaba con orgullo ese mismo nombre.

* * *



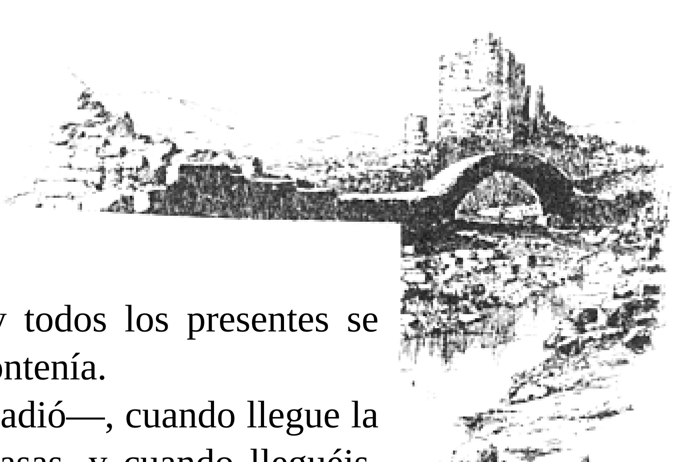
Una tarde que Ben-Hur se hallaba en la Traconitis, descansando con algunos de sus galileos a la entrada de la caverna donde se alojaban, un correo árabe llegó hasta él y le entregó una carta. Ben-Hur se apresuró a abrirla, y leyó lo siguiente:

Jerusalén, Nisan[2] IV

> Ha aparecido un profeta, y dice la gente que se trata de Elías[3]. Ha permanecido durante años en el desierto, y a nuestros ojos parece un verdadero profeta; lo mismo indican sus palabras, que tienen un peso mucho mayor del que corresponde a su persona, y que según dice provienen de Aquel que ha de venir muy pronto, y a quien ahora espera en la orilla oriental del río Jordán. He visto y escuchado a este profeta, y sin duda espera al mismo Rey que estáis esperando vosotros. Ven y juzga por ti mismo.
>
> Todo Jerusalén quiere ver al profeta y como, además, viene gente de muchas otras partes, la orilla donde habita parece el Monte de los Olivos durante los días finales de la Pascua.

MALLUCH

El semblante de Ben-Hur se iluminó de alegría.



—Según esta misiva, amigos míos —dijo—, según esta misiva, nuestra espera está llegando a su fin. Ha aparecido ya un heraldo del Rey, anunciando su venida.

Les leyó entonces la carta, y todos los presentes se regocijaron con la promesa que contenía.

—Empezad a prepararos —añadió—, cuando llegue la mañana encaminaos a vuestras casas, y cuando lleguéis, avisad a todos los hombres a vuestras órdenes que deben estar listos para congregarse de acuerdo con mis instrucciones. Yo iré a comprobar si es verdad que el Rey está por venir y os lo haré saber cuanto antes. Disfrutemos de la alegría que conlleva tal promesa.

Luego se dirigió al interior de la caverna y escribió sendas cartas a Ilderim y Simónides, dándoles cuenta de las noticias que acababa de recibir y anunciándoles su propósito de partir prontamente hacia Jerusalén. Despachó dos veloces mensajeros, y cuando cayó la noche y salieron las estrellas, se encaminó hacia el río Jordán en compañía de un guía árabe, con el propósito de seguir el camino de las caravanas entre Rabat-Amón a Damasco.

El guía conocía muy bien las rutas, y Aldebarán era muy veloz, así que hacia medianoche ya habían abandonado las llanuras de lava y raudamente avanzaban hacia el Sur.

Capítulo II
Mediodía junto al estanque. Iras

La intención de Ben-Hur era apartarse de la ruta al rayar el alba y buscar un sitio seguro para descansar, pero el amanecer lo sorprendió en mitad del desierto y se vio obligado a seguir avanzando. El guía, empero, prometió conducirle hasta un valle protegido por inmensas rocas que no distaba mucho de allí. En aquel valle, le dijo, encontraría una fuente, varias moreras y pasto abundante para los caballos.

Mientras cabalgaba, pensando en los portentosos acontecimientos que pronto habrían de tener lugar, así como en los cambios que se producirían y que habrían de afectar las relaciones entre las naciones y la vida de todos los hombres, el guía, que en todo momento permanecía con el ojo avizor, le alertó sobre la presencia a sus espaldas de hombres a caballo. A su alrededor solo se alcanzaba a ver el desierto insondable en oleadas sucesivas de arena pálida, un poco más amarilla a medida que clareaba el día y resaltando aún más la ausencia de todo verdor. Una cadena de colinas, en apariencia interminable, se extendía hacia la izquierda, pero aún distaba un buen trecho. En un terreno tan yermo y solitario, no tardarían mucho en distinguir claramente al grupo que les seguía.

—Es un camello que transporta viajeros —dijo el guía un instante después.



—¿Vienen otros camellos detrás? —preguntó Ben-Hur.

—Viene solo. Ah, no… Hay un hombre a caballo, seguramente el conductor.

Ben-Hur se volvió y alcanzó a ver que era un camello tan grande y blanco que le hacía pensar en el majestuoso animal sobre el cual llegaran Baltazar e Iras a la fuente en el bosquecillo de Dafne. No podía haber otro igual, pensó casi en seguida, y recordando a la hermosa egipcia, inconscientemente fue disminuyendo la marcha; un momento después, cuando ya avanzaba al paso, divisó el *houdah* rodeado de cortinas y vio que en su interior se sentaban dos personas. ¡Y si fuesen en efecto Baltazar e Iras! ¿Debería darse a conocer a ellos? ¡Pero no

era posible! ¡En medio del desierto y solos! El veloz camello acortó rápidamente la distancia, y al cabo de un momento Ben-Hur pudo escuchar el tintineo de campanillas y contemplar las lujosas gualdrapas que tanto habían llamado la atención de la multitud reunida junto a la Fuente de Castalia. También vio al criado etíope, siempre atento a la voluntad de sus señores. El imponente animal se detuvo junto al caballo de Ben-Hur, quien, al levantar la vista, se encontró con los enormes y cautivantes ojos de Iras que lo miraban llenos de asombro.

—La bendición del verdadero Dios sea contigo —dijo Baltazar con su voz temblorosa.

—Y sea contigo y los tuyos la paz del Señor —respondió Ben-Hur.

—Los años han debilitado mis ojos —dijo Baltazar—, y sin embargo creo reconocer en ti al hijo de Hur, a quien hace poco encontré como huésped de honor en la tienda de Ilderim el Generoso.

—Y tú eres Baltazar, el mago egipcio, cuyo relato sobre ciertos acontecimientos sagrados que han de ocurrir tiene tanto que ver con el hecho de que me encuentre en estas soledades. ¿Qué haces aquí?

—Nunca está solo quien se encuentra donde está Dios…, y Dios está en todas partes —replicó Baltazar con gravedad—; pero para responder a lo que quieres saber, te diré que un poco más atrás viene una caravana que se dirige a Alejandría, y como debía pasar por Jerusalén, me pareció conveniente viajar en su compañía hasta esa santa ciudad. Su paso, sin embargo, es demasiado lento —más lento aún porque la escolta una cohorte romana—, y como ya comenzaba a impacientarme, esta mañana nos hemos levantado muy pronto y nos hemos aventurado a continuar por nuestra cuenta. No tememos a los salteadores, pues traigo conmigo un salvoconducto del jeque Ilderim; en cuanto a las bestias salvajes, nos basta con la protección de Dios.

Ben-Hur asintió y dijo:

—El salvoconducto del buen jeque es la mejor protección para cruzar el desierto, y muy rápido ha de ser el león que dé alcance a este rey de su especie.

Y palmeaba el esbelto cuello del camello.

—Así es —afirmó Iras con una sonrisa que no pasó desapercibida para Ben-Hur, quien, preciso es decirlo, había mirado varias veces en dirección suya mientras intercambiaba saludos con el anciano—. E incluso se mostraría más veloz y vigoroso si se pusiese fin a su ayuno. También los reyes sufren hambre y dolores de cabeza. Si eres en verdad el Ben-Hur de quien habla mi padre, y a quien tuve el inmenso placer de conocer, estoy segura de que no os

disgustaría enseñarnos el camino para llegar a algún manantial cuyas aguas cantarínas alegren nuestro refrigerio matinal en el desierto.

De buen grado Ben-Hur se apresuró a contestar:

—Hermosa egipcia, bien comprendo la situación en que te encuentras, pero si fueses capaz de sufrir aún un poco más, encontraremos el manantial que buscas, y te prometo además que sus aguas serán tan dulces y refrescantes como las de la famosa Fuente de Castalia. Si os parece bien, nos pondremos en camino de una vez.

—Te doy la bendición de los sedientos —respondió ella— y en recompensa te ofrezco pan horneado en la ciudad y mantequilla de las frescas praderas de Damasco.

—¡Un manjar nada desdeñable! Y ahora en marcha.

Así diciendo Ben-Hur se adelantó para cabalgar junto al guía, pues es difícil sostener una conversación larga y tendida con viajeros a lomo de camello.

Al cabo de un rato, el grupo llegó a un cauce seco y poco profundo, desde el cual, el guía los condujo por un sendero a su derecha. El lecho del cauce estaba un poco blando debido a las lluvias recientes, y su declive era bastante abrupto. Después de un trecho, empero, se ensanchó considerablemente, pudiéndose apreciar entonces los rocosos márgenes, desgastados por las inundaciones que habrían tenido lugar a lo largo de los años. Finalmente, y después de sortear un estrecho pasaje, los viajeros se encontraron en un amplio valle, que resultaba un verdadero placer para la vista; después de atravesar aquellas planicies amarillentas y monótonas, la visión repentina que ante ellos aparecía hacía pensar en un paraíso recién descubierto. Los arroyuelos fluían por doquier, dejando a su paso verdaderas islas de verdor, donde abundaban los juncos. Aquí y allá se veían grupos de adelfas en flor, que habían conseguido extenderse hasta ese paraje desde los últimos confines del valle del Jordán. Una solitaria palmera se erguía majestuosamente. Las bases de las rocas que formaban los linderos estaban cubiertas de enredaderas y bajo un prominente risco hacia el extremo izquierdo del valle crecía un bosquecillo de moreras que señalaba el emplazamiento del manantial. Hasta allí los condujo el guía, avanzando entre el revoloteo de perdices y otras aves de plumaje más colorido, que se levantaban a su paso.

El manantial brotaba de una hendidura en el risco, que alguna mano generosa se había encargado de ensanchar, dando a la cavidad una forma semiesférica. Justamente encima de ella estaba escrita en caracteres hebraicos y con grandes letras la palabra «Dios». Sin duda la persona que grabara las

letras habría permanecido varios días en aquel paraje disfrutando del manantial, y por ello habría querido mostrar su gratitud de una manera más durable. Desde aquel sitio el arroyo corría alegremente por una pradera cubierta de musgo brillante, luego se precipitaba en un lago de aguas transparentes, de donde se escabullía en un delgado hilo que alimentaba unos cuantos árboles que crecían a ambos lados del cauce, hasta perderse en la distancia entre las sedientas arenas del desierto. En las cercanías del lago se divisaban algunos estrechos senderos, pero aparte de ellos el césped se veía intacto, señal de que no había sido hollado en largo tiempo y que el grupo difícilmente sería molestado por intrusos. Dejaron estonces libres a los caballos para que pastaran a sus anchas, y el sirviente etíope hizo arrodillar el camello y ayudó a descender de él a Baltazar y a su hija. En cuanto puso pie en tierra, el anciano volvió los ojos hacia Oriente, cruzó reverentemente las manos, y oró.

—Tráeme una copa —dijo Iras al esclavo con cierta impaciencia.



El esclavo trajo del *houdah* una copa de cristal y se la entregó; la joven dijo entonces a Ben-Hur:

—Haré de sirviente tuya en la fuente.

Caminaron juntos hasta el borde del agua. Ben-Hur ofreció llenarle la copa, pero ella se negó, y arrodillándose sostuvo la copa bajo el agua para que fuese llenada por la corriente misma. Más aún, cuando estuvo rebosante la pasó a Ben-Hur para que bebiese él primero.

—No —dijo el joven, apartando la delicada mano sin dejar de mirar sus enormes ojos—. Te ruego que me permitas servirte yo a ti.

Ella insistió en que bebiese él primero, y explicó:

—En mi país, ¡oh hijo de Hur!, tenemos un proverbio que dice: «Mejor es ser copero de un afortunado que ministro de un rey».

—¡Afortunado! —exclamó Ben-Hur.

Su tono de voz y su mirada denotaban tal extrañeza y desconcierto, que Iras se apresuró a añadir:

—Los dioses nos conceden con frecuencia un éxito para que sepamos que están de nuestra parte. ¿Acaso no triunfaste en el Circo?

Ben-Hur no pudo evitar que sus mejillas se ruborizaran.

—Esa es solo una de las señales. Hay otra: en un combate de espada diste muerte a un romano.

El rubor en el rostro de Ben-Hur se hizo aún más intenso, no tanto por los triunfos en sí, sino más bien por lo halagüeño que resultaba pensar que ella había seguido con interés sus actuaciones. Un instante después, empero, la satisfacción dio lugar a una reflexión. La historia del combate con el romano se había extendido por todo el Oriente, pero solo unos cuantos conocían el nombre del vencedor: Malluch, Ilderim y Simónides. ¿Alguno de ellos le habría contado el secreto a Iras? Adivinando la confusión que se apoderaba del joven, la mujer se puso de pie, y levantando la copa en alto dijo:

—¡Oh dioses de Egipto! Os doy gracias por permitirme que descubra un héroe. Gracias también porque la víctima en el palacio de Idernee no fuese mi héroe. Y por eso, ¡oh sagrados dioses!, vierto parte de mi copa y bebo otra parte.



En efecto vertió en el arroyo parte del contenido y de un sorbo bebió el resto. Al terminar dijo a Ben-Hur entre risas:

—¡Oh, hijo de Hur!, ¿ocurre con frecuencia que los valientes se dejen derrotar tan fácilmente por una mujer? Toma la copa y trata de encontrar en ella alguna palabra agradable para mí.

El joven obedeció y se inclinó para llenarla de nuevo.

—Un hijo de Israel no tiene dioses en cuyo honor pueda libar —dijo mientras jugueteaba con el agua para ocultar su sorpresa, ahora aún mayor.

¿Qué otras cosas sabría la egipcia sobre él? ¿Estaría informada de sus vínculos con Simónides? ¿Y podría haberse enterado de su acuerdo con Ilderim? Su desconfianza iba en aumento. Alguien había traicionado sus secretos, y era grande el riesgo que cabía en ello. Y además se dirigía a Jerusalén, precisamente el sitio donde más peligrosa sería esa información si llegase a oídos de algún enemigo, tanto para él como para sus compañeros y la causa que los unía. ¿Pero también la egipcia podría ser enemiga suya? Afortunadamente para nosotros, si bien el pensamiento es instantáneo, la palabra escrita es lenta. Cuando la copa estuvo fría tras el prolongado contacto con el agua, se puso de pie y dijo con fingida indiferencia:

—Bella entre las bellas, si yo fuese egipcio o griego o romano, alzaría así la copa y diría: «¡Oh dioses benignos!, gracias os doy porque a pesar de todas las injusticias y sufrimientos, aún nos queda en este mundo el encanto de la belleza y el consuelo del amor, y por ello bebo a la salud de quien mejor los representa: por Iras, la más hermosa de todas las hijas del Nilo».

La mujer colocó suavemente su mano en el hombro de Ben-Hur, al tiempo que decía:

—Otra vez has ofendido la Ley. Los dioses a los cuales has invocado son dioses falsos. Me parece que debería acusarte ante los rabinos.

—Bien, bien —dijo Ben-Hur—, pero se trata de una acusación insignificante, viniendo de alguien que sabe sobre mí cosas mucho más importantes.

—Sí; haré algo más. Iré a ver a la pequeña judía que hace florecer las rosas en la casa del gran mercader de Antioquía. Ante los rabinos te acusaré de falta de devoción, y ante ella…

—¿Sí? ¿De qué me acusarás ante ella?

—Le repetiré lo que me dijiste alzando tu copa y poniendo a los dioses por testigos.



Ben-Hur guardó silencio, como si esperase que la egipcia siguiese hablando. En ese mismo instante se imaginó a Esther al lado de su padre, escuchando y a veces leyendo las misivas que él mismo había enviado poco antes. Pensó también que en presencia de Esther le había relatado a Simónides lo acaecido en el palacio de Idernee. Por lo visto Iras y Esther se conocían; la egipcia era astuta y calculadora, mientras que la hebrea era simple y afectuosa y fácilmente se dejaría enredar por la otra. No creía

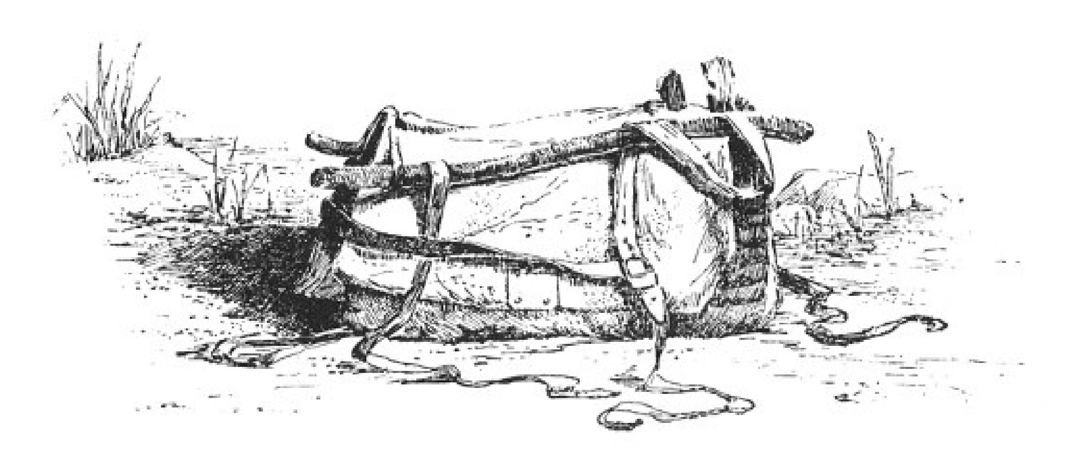
que Simónides pudiese haber faltado a su palabra, y tampoco Ilderim, no solo porque eran hombres de honor, sino también porque después del mismo Ben-Hur serían ellos dos los más seriamente afectados si se llegasen a divulgar aquellos secretos. ¿Pero era posible que fuese Esther quien se había encargado de informar a Iras? No se atrevía a acusarla, y sin embargo una sospecha comenzaba a abrirse paso en su mente, y como todos sabemos, la sospecha es como una maleza que crece por sí misma en nuestro interior, y que se extiende con mayor rapidez precisamente cuando menos lo deseamos. Antes de que pudiese responder a la alusión que Iras había hecho a la pequeña judía, Baltazar se acercó a la fuente.

—Te estamos muy reconocidos, ¡oh hijo de Hur! —dijo a su manera grave—. Muy hermoso es este valle, y todo en él nos invita a quedarnos aquí y reposar; la verde hierba, los árboles, la fresca sombra que dan, y esta fuente que resplandece como si danzaran en ella los diamantes y es como una melodía de un Dios amoroso. No es suficiente con agradecerte el placer que nos depara este sitio. Ven a sentarte con nosotros y come de nuestro pan.

—Permíteme antes que te sirva —dijo Ben-Hur.

Acto seguido llenó la copa de cristal y la entregó a Baltazar, quien entornó los ojos en señal de gratitud.

Un instante después el esclavo les trajo servilletas, y tras lavarse y secarse las manos, se sentaron al estilo oriental bajo la misma tienda que años antes había sido utilizada durante el encuentro de los Reyes Magos en el desierto. Comieron entonces los tres con buen apetito y abundantemente.



Capítulo III
La vida de un alma

La tienda estaba convenientemente colocada bajo un frondoso árbol y a corta distancia del arroyo, de modo que en todo momento se escuchaba el murmullo del agua. Sobre sus cabezas, las anchas hojas de los árboles se balanceaban suavemente; los delicados cañaverales se elevaban erguidos entre la caricia del rocío; de tanto en tanto alguna abeja que volvía a su panal se acercaba zumbando alegremente, o una perdiz llegaba hasta la orilla del agua, bebía, gorjeaba, llamando a su compañero, y volvía a desaparecer. La calma que reinaba en el valle, la frescura del aire y la belleza del lugar afectaron notablemente la disposición de Baltazar; su tono de voz, sus gestos, sus ademanes todos, eran particularmente amables, y cada vez que dirigía sus ojos hacia Ben-Hur, que a la sazón conversaba con Iras, adquirían una cierta expresión de compasión que parecía suavizarlos.



—Cuando te alcanzamos, ¡oh hijo de Hur! —dijo el anciano egipcio al término de la comida—, me pareció ver que también tenías los ojos puestos en la dirección de Jerusalén. Podría preguntarte, si no es indiscreción, si es allí donde vas.

—En efecto; voy a la Ciudad Santa.

—Dado que tengo gran necesidad de descanso y no quisiera esforzarme más de lo indispensable, permíteme que te pregunte también si hay un camino más corto para llegar a Jerusalén que el que va de Rabat-Amón.

—Sí, hay un camino más difícil pero más corto por Gerasa[1] y Ramoth-Gilead, que es el que yo me propongo tomar.

—Me siento impaciente —dijo Baltazar—. Últimamente tengo muchos sueños; o mejor dicho una repetición del mismo sueño cada vez que duermo. Es una voz que se acerca y me dice: «¡Date prisa! ¡Levántate! Aquel a quien has esperado tanto tiempo ya está cerca».

—¿Te refieres a aquel que ha de ser Rey de los judíos? —preguntó Ben-Hur mirando al egipcio con expresión atónita.

—Así es.

—¿Entonces nada has oído hablar de él?

—Nada más que las palabras que la voz me dice en el sueño.

—Si es así, tengo noticias que te van a alegrar tanto como me alegraron a mí.

Ben-Hur extrajo de su túnica la carta de Malluch. El anciano, temblando por la emoción, extendió su mano. Leyó en voz alta, y a medida que avanzaba, su emoción iba en aumento; las venas del cuello se veían inflamadas, palpitantes. Al terminar levantó hacia el cielo sus ojos empañados de lágrimas, y musitó una plegaria de agradecimiento. No hizo ninguna pregunta; no tenía duda alguna.

—Has sido muy bueno conmigo, Dios mío —añadió luego en voz alta—. Concédeme, te lo ruego, que pueda ver al Salvador una vez más, y que pueda adorarlo, y entonces este siervo tuyo estará listo para partir en paz de este mundo.

Aquellas palabras simples, la manera de decirlas, la devoción que entrañaban, llegaron hasta el corazón de Ben-Hur, quien experimentó una sensación nueva e imperiosa. Nunca antes había sentido la presencia de Dios tan real y tan cercana. Casi le parecía ver que Dios se inclinaba sobre ellos, o se sentaba a su lado, como un amigo a quien se le podía pedir un favor de la manera más sencilla, como un padre que amaba a todos sus hijos por igual, al judío tanto como el gentil; sí, un padre universal que no tenía necesidad de intermediarios…, ni rabinos, ni sacerdotes, ni maestros. La idea de que un Dios como este decidiese enviar a la humanidad un Salvador en lugar de un Rey se presentó ante Ben-Hur no solo bajo una nueva luz, sino también de una manera tan patente que casi podía discernir la mayor necesidad de un don de esa naturaleza para la humanidad, y sentir que estaría más acorde con las características de ese Dios bondadoso. No es de extrañar entonces que sintiese el impulso de hacer algunas preguntas a Baltazar.

—Ahora que ya ha llegado, Baltazar, ¿sigues pensando que ha de ser un Salvador y no un Rey?

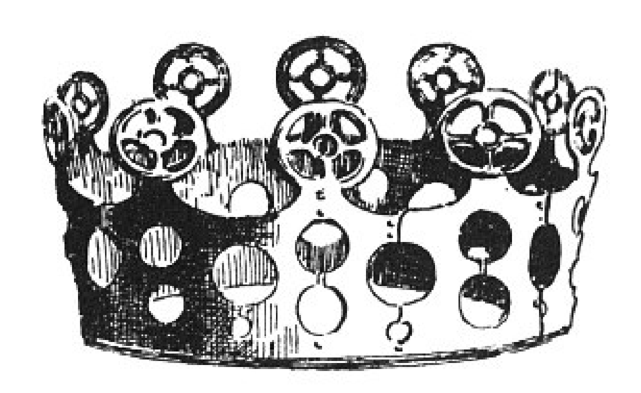
Baltazar lo miró con expresión pensativa, pero no exenta de ternura.

—¿Qué podría decirte? —le preguntó a su vez—. El Espíritu que me guiara antaño bajo la forma de una estrella no se me ha aparecido de nuevo desde la conversación que tuvimos en la tienda del buen jeque…; es decir, no

lo he visto o escuchado de esa misma forma, pero creo que es la misma voz que me habla en sueños. Aparte de ello, sin embargo, no he tenido más revelaciones.

—Te recordaré la diferencia de opinión que existía entre nosotros —dijo Ben-Hur afablemente—. En tu concepto, habría de ser un rey, pero no del mismo modo que lo es el César; decías que sería un soberano espiritual y no un rey de este mundo.

—Ah, sí —contestó el egipcio—, y sigo teniendo la misma opinión. Bien veo la divergencia que existe entre tu fe y la mía. Tú te dispones a encontrar un Rey de los hombres, y yo un Salvador de almas.



Hizo una pausa, y en su rostro apareció aquella expresión que suele aparecer en el rostro de una persona cuando se esfuerza por desentrañar un pensamiento que o es demasiado elevado para ser comprendido rápidamente, o bien es demasiado sutil para que resulte posible expresarlo de manera simple.

—Hijo de Hur —dijo seguidamente—, haré lo que esté a mi alcance para ayudarte a comprender con claridad mis creencias. Es posible que luego, viendo que aquel reino espiritual que Él va a establecer supera en excelencia y en todos sus aspectos el esplendor del imperio del César, entenderás mejor la razón del interés enorme que tengo en la misteriosa persona a quien nos aprestamos a dar con sumo gozo la bienvenida.

»No podría decirte cuándo tuvo origen la idea de que todo ser humano está dotado de un alma. Es muy probable que nuestros primeros padres la hubiesen adquirido en aquel vergel en el cual tuvieron su primera morada. De cualquier modo todos sabemos que esa idea jamás se ha extinguido por completo del pensamiento humano. Es verdad que algunos pueblos llegaron a perderla, pero no todos; en ciertas épocas pareció opacarse y perder vigor; en otras se vio asediada por las dudas; pero Dios, en su infinita bondad, continuó enviándonos a intervalos inteligencias superiores, capaces de contribuir con

sus razonamientos a que la idea de la que hablamos volviese a formar parte de la fe y la esperanza de los hombres.

»¿Por qué debe existir un alma en cada hombre? Piensa, ¡oh hijo de Hur!, piensa por un momento en la necesidad de que así sea. En ninguna época y en ningún sitio ha existido un pueblo que haya deseado que al final de sus días al hombre no le espere otra cosa que agonizar, morir y dejar de ser, por completo y para siempre. En su fuero interno, los hombres de todos los siglos siempre se han prometido algo mejor. Los monumentos que las naciones han erigido son en el fondo una rebelión contra la idea de que nada queda después de la muerte; lo mismo se puede decir de las estatuas y las inscripciones, y de la Historia en general. El más grande de nuestros reyes egipcios dispuso que se tallara su efigie sobre una colina de roca sólida. Día tras día acudía al sitio con su séquito de carruajes para observar cómo avanzaban los trabajos. Finalmente estuvo terminada, y era la efigie más grandiosa e imperecedera nunca vista; además el parecido era asombroso: los mismos rasgos, incluso la misma expresión del rostro. Ahora bien, encontrarás factible que en aquel momento, henchido de orgullo, hubiese podido decir: “¡Bien puede venir la muerte! ¡Para mí ya existe una vida después de la muerte!”. Consiguió lo que quería; la estatua permanece incólume.

»¿Pero cuál es la vida después de la muerte que aseguró de esta manera?… Tan solo el ser recordado por los hombres, una gloria tan insustancial como el resplandor de la luna sobre el ceño del enorme busto, una historia grabada en la piedra…, nada más. ¿Y entretanto qué ha sido del rey? En las tumbas reales yace un cuerpo embalsamado que una vez le perteneció, una imagen suya mucho menos placentera de contemplar que aquella otra en el desierto. ¿Pero dónde, ¡oh hijo de Hur!, dónde está el propio rey? ¿Ha quedado reducido a la nada? Dos mil años han pasado desde que fuese un hombre vivo, como tú o yo. ¿Fue acaso su último aliento el final de todo para él?

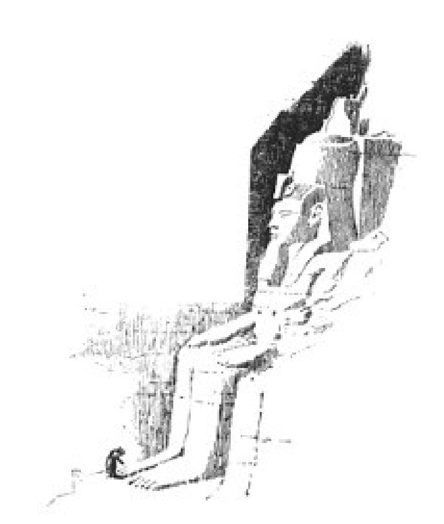
»Afirmar tal cosa equivaldría a lanzar una acusación contra Dios; mejor sería aceptar su plan superior de conseguir para nosotros la vida después de la muerte, la verdadera vida, quiero decir algo que vaya mucho más allá que un simple lugar en la memoria de los mortales; una vida en la cual sea posible trasladarse de un lado a otro, una vida con sensaciones, conocimientos, capacidad de apreciación, una vida, en fin, que sería eterna, aunque podrían ocurrir cambios de condición.

»¿Te preguntas en qué consiste el plan de Dios? Pues bien, nos otorga a cada uno un alma en el momento del nacimiento, disponiendo que la única

inmortalidad posible para el ser humano sea la del alma. Puedes ver reflejada en esa ley la necesidad de la cual te hablé.

»Por el momento dejemos de lado esa necesidad. Quisiera referirme al regocijo que conlleva el pensamiento de que existe un alma en cada uno de nosotros. En primer lugar despoja a la muerte de su tenor al hacer que solo sea un cambio hacia un estado mejor, y que un funeral no sea nada más que plantar una semilla de la cual brotará una nueva vida. Ahora mírame tal como me encuentro ahora: débil, cansado, viejo, el cuerpo encogido y sin gracia, el rostro arrugado; piensa que los sentidos comienzan a fallarme; escucha mi voz temblorosa y chillona… ¡Ah!, pero qué felicidad me embarga el pensar que en cuanto la tumba haya sido cavada y se apreste a recibir a este gastado cascarón que es todo lo que queda de mi persona física, se abrirán de par en par para recibirme las puertas del universo, por ahora invisibles, y me recibirán como alma libre e inmortal.

»¡Bien quisiera poder explicarte el éxtasis que debe entrañar aquella vida venidera! Esto no significa, empero, que no sepa absolutamente nada sobre ella. Una sola de mis certezas me resulta suficiente: que la existencia de un alma implica condiciones de superioridad divina. En un ser semejante no se encuentran impurezas ni cosa alguna que sea desagradable a los sentidos; debe ser más fino que el aire, más impalpable que la luz, más puro que la más pura esencia…, es la vida en su grado de pureza absoluta.



»¿Qué piensas ahora, hijo de Hur? Teniendo esa certeza, ¿te parece que debería devanarme los sesos o enzarzarme en discusiones contigo sobre cosas tan intrascendentes como la forma que ha de asumir mi alma? ¿O tratar de dilucidar si necesita comer o beber? ¿Si tiene alas, o posee este atributo o aquel?… No. Creo que no. Me parece mucho más acertado confiar en Dios. Todo lo hermoso que existe sobre este mundo proviene de Él y atestigua la perfección de sus designios; Él es el Creador de todas las formas, quien concede su gracia al lirio, su color a la rosa, quien destila el rocío de la mañana, quien compone la música de la naturaleza; en una palabra, dispuso todo lo necesario para nuestra existencia terrenal y fijó sus condiciones, y ese conocimiento representa para mí tal garantía, que tan confiado como un niño

dejo enteramente en sus manos lo que ha de ser de mi alma, así como todos los detalles de la vida después de la muerte. Sé que Él me ama.

El buen hombre se detuvo para beber, y al llevarse la copa a los labios, su mano tembló notoriamente; entretanto Iras y Ben-Hur guardaban silencio, compartiendo la emoción del anciano. Una luz comenzaba a clarear en el interior del joven; comenzaba a ver por primera vez que bien podría existir un reino espiritual que fuese aún más importante para la humanidad que cualquier imperio terrenal, y que, pensándolo mejor, un Salvador sería un don divino mucho mayor que el más poderoso de los reyes.

—Quisiera preguntarte ahora —continuó diciendo Baltazar— si crees que esta vida terrenal tan dolorosa y tan breve sea preferible a la existencia perpetua y perfecta que espera al alma. Y ahora voy a plantearte una pregunta más concreta y quisiera que buscaras la respuesta en tu interior. Suponiendo que ambas existencias fuesen igualmente dichosas, ¿resulta más deseable vivir una hora o un año? Ya entonces podría avanzar a la pregunta final: ¿qué representan setenta años de vida terrenal comparados con toda una eternidad con Dios? Poco a poco, ¡oh hijo de Hur!, si reflexionas en ello lo suficiente, comenzará a tomar forma en ti una noción que me parece a todas luces sorprendente, y cuyos efectos son desde todo punto de vista lamentables; a saber, que en los tiempos que corren, la idea misma de la vida del alma ha desaparecido casi por completo. De vez en cuando, por supuesto, es posible encontrar un filósofo que te hable del alma como principio, pero como los filósofos no suelen apoyarse en la fe, no llegarán a admitir que el alma es un ser, y por tanto permanecen en la más completa oscuridad en todo lo referente a ella.

»Todo ser humano posee una mente cuyos alcances se miden por las necesidades que tenga. ¿No crees que encierra un hondo significado el hecho que la plena capacidad para hacer especulaciones con respecto al futuro fue asignada de manera exclusiva al ser humano? A mi modo de ver, Dios se valió de esa señal para hacernos comprender que habíamos sido creados para una vida ulterior muy superior a la existencia sobre esta tierra, y que esa vida ulterior debía constituir de hecho la mayor necesidad de nuestra intrínseca naturaleza. Pero ¡ay!, qué costumbres más desdichadas rigen actualmente el comportamiento de los pueblos. Las gentes viven para satisfacer las necesidades inmediatas, como si el presente fuese lo único importante, y no vacilan en decir: “No hay existencia después de la muerte, y si acaso la hubiese, ya que nada podemos saber sobre ella, no hay por qué preocuparse al respecto”. Así que cuando la muerte venga a buscarlos, no les será en

absoluto posible entrar con regocijo en la gloriosa vida después de la muerte. Y la más grande felicidad a la que pueda aspirar el hombre es la vida eterna en compañía de Dios. ¡Qué triste es, oh hijo de Hur, que yo tenga que decirlo, pero lo cierto es que no es menos versado en estas cosas aquel camello que allí duerme, que los más elevados sacerdotes que sirven los templos más célebres! ¡Hasta tal punto sigue el hombre apegado a esta inferior vida mundana! ¡Hasta tal punto ha apartado de su mente aquella otra vida venidera!

»Piensa ahora, te lo ruego, en aquello que merece la pena salvarse en nosotros.

»Por mi parte debo decir, en honor a la más santa verdad, que no cambiaría una hora de existencia bajo la forma de un alma por mil años en la vida de un ser humano.

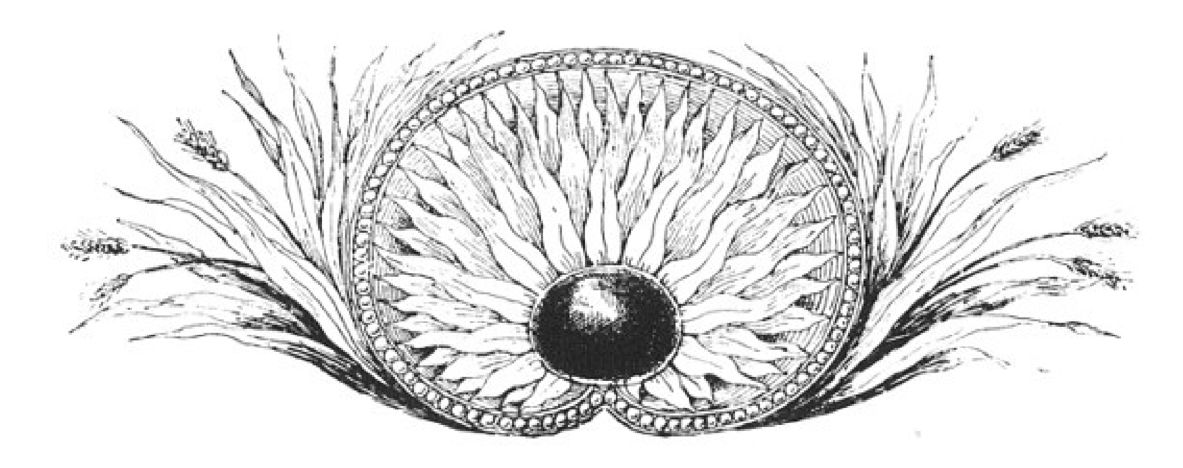
Al llegar a este punto, el egipcio se dejó llevar por el entusiasmo y empezó a hablar en términos abstractos, como si hubiese olvidado que estaba en la compañía de otros.

—Esta vida está llena de problemas —dijo con la mirada ausente—, y muchos hombres consumen sus días tratando de solucionarlos; pero ¡cuán insignificantes resultan esas dificultades si se piensa en la grandeza de la vida futura! ¿Qué puede aproximarse siquiera a la felicidad de conocer a Dios? En esa sola hora serían desvelados para mí los mayores misterios, incluso aquellos que se nos presentan ahora como insondables y sobrecogedores, y entre ellos el misterio abrumador de aquel que llenó de agua las vacías costas y dispuso que la luz se hiciera entre las tinieblas, y que surgiera de la nada un universo entero. En esa ansiada hora me vería inundado por el conocimiento divino; podría completar todas las glorias y probar todas las delicias, y extasiarme en la conciencia de existir. Y si al final de esa hora, Dios tuviese a bien decirme «te tomo a mi servicio para siempre», ello sobrepasaría inconmensurablemente todos los deseos que sea posible tener, y a su lado todas las ambiciones de esta vida y todos los placeres no tendrían más trascendencia que el tintineo de unas pobres campanillas.

Baltazar se detuvo, como para recuperarse de un sentimiento embriagador, y en ese momento Ben-Hur pensó que esas palabras parecían brotar de lo más profundo de su alma.

—Te ruego me disculpes, hijo de Hur —dijo el buen hombre con una ceremoniosa inclinación, cuya gravedad fue atenuada empero por la mirada de dulce expresión que le dirigió en seguida—. Había dicho que dejaría a tu consideración y descubrimiento todo lo referente a la vida de un alma, la

condición en que existe, los placeres que conlleva y su superioridad manifiesta sobre cualquier otra forma de vida. El solo placer de tal pensamiento me ha traicionado, haciéndome hablar tan profusamente. Al comenzar pretendía demostrar, aunque solo fuese en parte, los motivos de mi gran fe. Mucho me apena que las palabras resulten tan insuficientes, pero espero que hagas un esfuerzo para llegar a la verdad por ti mismo. Considera en primer lugar la excelencia que nos está reservada para esa vida después de la muerte, y presta especial atención a los sentimientos e impulsos que tal pensamiento han de despertar en ti…; sí, préstales mucha atención, te digo, pues se trata de tu propia alma que se expresa y que hace todo lo que está a su alcance para colocarte en el camino verdadero. Considera en seguida que la idea de una vida después de la muerte se ha oscurecido hasta tal punto que bien podríamos hablar de una luz perdida. Si llegas a encontrarla, ¡oh hijo de Hur!, regocíjate, regocíjate como lo hago yo aunque ahora me falten las palabras, porque en ese momento, además del inmenso don que implica la posibilidad de ser salvado, habrás encontrado también que la necesidad del advenimiento de un Salvador es infinitamente más grande que la necesidad de un Rey, y que aquel que nos disponemos a encontrar, tomará el sitio que reservas en tus esperanzas para un guerrero con espada o un monarca con corona.



»Nos queda aún por resolver una cuestión de tipo práctico. ¿Cómo habremos de reconocer que es Él cuando lo veamos? Si persistes en tus creencias acerca de su naturaleza, pensando que ha de ser un rey como lo fue Herodes, por supuesto que deberás continuar tu búsqueda hasta dar con un hombre que vista púrpura y que empuñe un cetro. Aquel al que yo busco, por el contrario, ha de ser pobre, humilde, sin distinciones especiales, un hombre en apariencia igual a los demás hombres, y la señal por la cual sabré que se

trata de Él no podía ser más simple: se ofrecerá a enseñarme a mí y a la humanidad entera el camino que conduce a la vida eterna, a la hermosa e inmaculada Vida del Alma.

El grupo permaneció un rato sin decir nada, hasta que Baltazar rompió el silencio.

—Es hora de levantarnos —dijo—, hora de levantarnos y ponernos de nuevo en camino. Lo que acabo de decir ha tenido por efecto que se renueve mi impaciencia por ver a aquel que siempre está en mis pensamientos, y si ahora os parece que procedo con excesiva prisa, ¡oh hijo de Hur!, y tú, hija mía, os pido excusas.

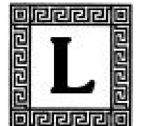
A una señal suya, un esclavo les trajo un odre con vino, del cual se sirvieron sin dilación y bebieron, y sacudiendo los manteles se pusieron de pie.

Luego, mientras el esclavo desmontaba la tienda y la retornaba junto con los demás utensilios a la caja correspondiente en el interior del *houdah*, y el guía árabe enjaezaba los caballos, Baltazar, Iras y Ben-Hur se dieron un baño en el manantial.

Un rato después deshacían sus pasos por el cauce a buena marcha, con la intención de alcanzar la caravana si ya se les había adelantado.



Capítulo IV
Ben-Hur monta guardia con Iras

a caravana, una larga, ondulada y multicolor franja en medio del desierto, resultaría muy pintoresca contemplada desde la distancia; su avance lento, sin embargo, hacía pensar en una serpiente perezosa. A medida que transcurra el tiempo, aquella obstinada demora comenzaba a resultar irritante para Baltazar, a pesar de su probada paciencia. Al cabo de un rato, aquel paso se hizo intolerable para el anciano egipcio, quien sugirió a su grupo que se apartasen de la caravana para seguir por su cuenta.

Si quien lee estas líneas es aún joven, o si recuerda con simpatía el romanticismo de su juventud, compartirá el placer que experimentó Ben-Hur, cabalgando junto al camello de los egipcios en el momento que echaba un último vistazo al serpenteante cortejo, que ya casi se perdía al fondo de la llanura ardiente.

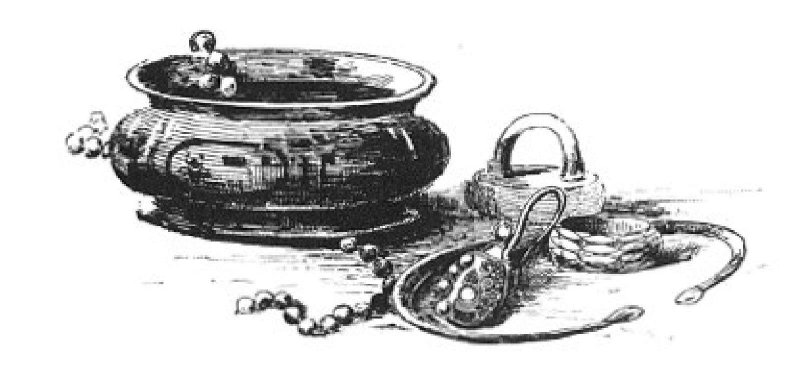
Para decir las cosas claramente, y hablando en confianza, Ben-Hur se sentía fascinado por la presencia de Iras. Cada vez que ella le dirigía una mirada desde su elevado sitio, el joven se apresuraba a acercarse; si ella le hablaba, su corazón parecía galopar. El deseo de mostrarse agradable ante ella constituía un impulso constante; los objetos que encontraban en el camino, aunque fuesen los más comunes, adquirían particular interés en el momento que ella los mencionaba; si una golondrina negra surcaba el cielo y ella la señalaba con un dedo, el ave parecía rodearse de un halo; si un pequeño trozo de cuarzo o una lámina de cristal de mica resplandecía en la yerma arena bajo la caricia del sol, una sola palabra de Iras bastaba para que él se alejase al trote, recogiese el objeto y regresara junto a la joven para presentárselo; y si ella, decepcionada al contemplarlo de cerca, lo lanzaba lejos sin detenerse a pensar en la molestia ocasionada a Ben-Hur, él tan solo lamentaba que su espontáneo obsequio hubiese resultado tan insignificante a los ojos de la bella egipcia, redoblando entonces sus esfuerzos por encontrarle algo de mayor valor: un rubí, quizás un diamante. Del mismo modo, el color púrpura que revestía las montañas lejanas se le antojaba intensamente profundo y rico si a ella le merecía una exclamación de elogio; y cuando, a veces caía la cortina del *houdah*, parecía a Ben-Hur que una oscuridad repentina se había

precipitado desde el firmamento, ocultando por completo el paisaje circundante. Si tal era su disposición en ese momento, rendido ante la hermosa egipcia, ¿cómo podría librarse de los riesgos que entrañaban varios días de proximidad casi permanente con ella durante el largo y solitario viaje que iniciaban?



Dado que no existe lógica alguna en el amor, es natural que lleve las de ganar aquel de los dos que ejerza mayor influencia sobre el otro.

Para no andarse con más rodeos, también en ella había indicios que nos permiten concluir que era consciente del enorme poder que tenía sobre el joven judío. Desde primera hora de la mañana había sacado de entre sus cosas una diadema de la cual pendían moneditas de oro, que resplandecientes caían sobre su frente y mejillas, contrastando vistosamente con su lustroso cabello negro. Luego se había ido adornando con distintas joyas —anillos, ajorcas, brazaletes, un collar de perlas—, así como con otros objetos que denotaban su gusto exquisito, tales como un chal bordado con hilillos de finísimo oro y una especie de pañoleta de encaje indio, cuidadosamente enrollado alrededor de su cuello y espalda. Además ensayaba con Ben-Hur incontables coqueterías, que podían tomar la forma de palabras halagüeñas, gestos amables, sonrisas seductoras, sofocadas risillas, acompañado todo ello por miradas de desbordante ternura un momento, y de resplandor centelleante al siguiente. Una actuación similar le costó a Marco Antonio la pérdida de su gloria, y no obstante la mujer que lo llevó a la ruina no era la mitad de hermosa que esta compatriota suya que ahora tenía embelesado a Ben-Hur.



Cuando el sol se ocultó detrás de las estribaciones del Monte Basan[1], la noche encontró al grupo junto a un estanque de claras aguas, formado por las lluvias caídas en el Desierto de Abilene[2]. En ese sitio se detuvo el grupo y después de emplazar la tienda y comer, se dispusieron para pasar la noche.

La segunda guardia correspondió a Ben-Hur, y cuando le tocó el turno se colocó, lanza en mano, a corta distancia del camello, que para entonces dormía plácidamente. Reinaba una gran quietud y solo de vez en cuando soplaba una tibia brisa, que Ben-Hur, empero, apenas notaba, absorto como estaba en pensamientos que giraban todos alrededor de la bella egipcia.

Pasaba revista a sus muchos encantos y se preguntaba una y otra vez cómo podría haberse enterado de sus secretos, para qué fin utilizaría esos conocimientos y qué cariz podría tomar la relación entre él y ella. La tentación de acercarse a Iras y expresarle su admiración seguía creciendo, y justo en el momento que se sentía más inclinado a ceder, sintió que una mano delicada se posaba suavemente sobre su espalda. Se estremeció con el contacto, y al volverse con sobresalto se encontró frente a frente con Iras.

—Pensé que dormías —dijo Ben-Hur.

—El dormir es para los ancianos y los niños; yo prefiero hacer otras cosas, y ahora he venido a saludar a mis amigas las estrellas del Sur, que en este instante sostienen la cortina de la noche cenada sobre el Nilo. ¡Pero has de confesar que has sido sorprendido mientras montabas guardia!

Ben-Hur tomó la mano que ella acababa de retirar de su hombro, y dijo:

—Sí, pero ¿podría decirse que he sido sorprendido por el enemigo?

—¡Eso no! Para ser enemigo de alguien hay que sentir odio, y el odio es una enfermedad de la cual me protege Isis. Has de saber que recibí un beso suyo en el corazón cuando era yo apenas una niña.

—Tus palabras en nada se parecen a las de tu padre. ¿No profesas acaso su misma fe?

—Es posible que hubiese sido así —respondió ella riendo quedamente—; es posible que hubiese profesado su misma fe de haber visto lo que él vio. Y es posible que lo haga cuando tenga su misma edad. Para los jóvenes no debería existir otra religión que la poesía y la filosofía; entre la poesía solamente aquella que procede de la inspiración del vino, el mirto y el amor; y entre todas las filosofías, solamente aquellas que puedan servir de excusa para las locuras pasajeras. El Dios de mi padre es demasiado severo y abrumador. No logré encontrarlo cuando estuve en el bosquecillo de Dafne. No oí hablar de su presencia en los atrios de Roma. Y ahora, hijo de Hur, debo decirte que tengo un deseo.

—¡Un deseo! ¿Y quién podría negarse a acceder a un deseo tuyo?

—Te pondré a prueba.

—Dime cuál es tu deseo.

—Es muy simple. Deseo ayudarte.

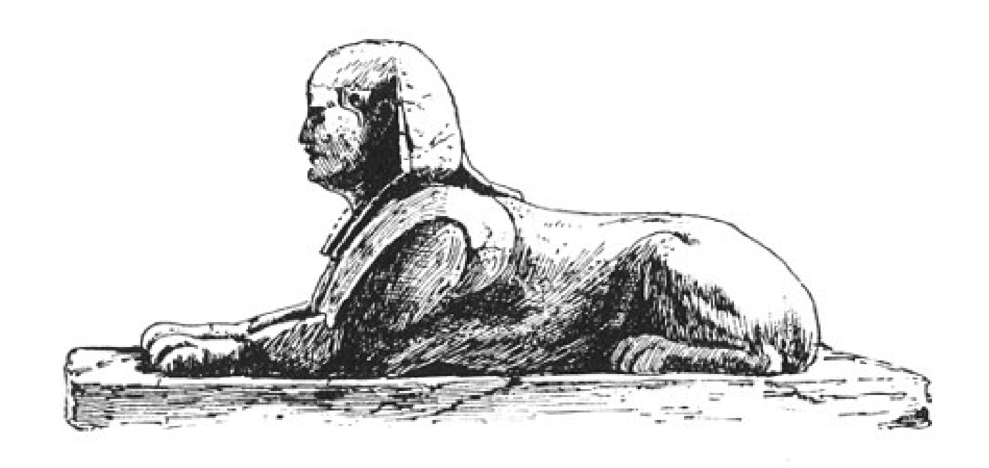
Y a medida que hablaba. Iras se iba acercando a Ben-Hur.

Él se echó a reír y replicó alegremente:

—¡Oh Egipto! Y por poco se me escapa decir querida Egipto… ¿No es verdad que la esfinge[3] se encuentra en tu país?

—¿Y bien?

—Que tú eres uno de sus enigmas. Ten misericordia, te pido, y dame una pequeña pista que me permita entenderte. ¿Para qué necesito yo ayuda? ¿Y cómo podrías ayudarme tú?



Iras retiró su mano de entre los nudosos dedos del judío, y volviéndose hacia el camello le habló cariñosamente, palmeando su gigantesca cabeza como si fuese un objeto de gran belleza.

—¡Oh tú, el más venerable, veloz y majestuoso descendiente de los rebaños de Job! A ti también te ocurre a veces que avanzas tambaleándote,

porque el camino es áspero y pedregoso y la carga es penosa. ¿Cómo es que a ti te basta con una simple palabra para reconocer una intención amable, y respondes siempre con gratitud cuando se te ofrece ayuda, incluso cuando esa ayuda proviene de una mujer? Te daré un beso, ¡oh noble bruto!

Y así diciendo se inclinó y con sus finos labios tocó la arrugada frente del animal.

—¿Sabes por qué ocurre así? —pregunto en seguida—. Porque en tu inteligencia no hay lugar para las sospechas.

Ben-Hur, conteniéndose, dijo calmadamente:

—No se me escapa el reproche que me haces, ¡oh Egipto! Es verdad que parecía que rechazaba tu ayuda, ¿pero no podría ello ser porque he empeñado mi palabra de honor, y con mi silencio estoy protegiendo la vida y fortuna de otros?

—Tal vez —dijo ella—. O mejor dicho, así es en efecto.

Ben-Hur retrocedió un paso y preguntó con voz vibrante por el asombro:

—¿Qué más sabes?

Iras se echó a reír.

—¿Por qué los hombres se obstinan en negar que los sentidos de las mujeres son más agudos que los suyos? Durante todo el día tu rostro ha estado expuesto a mi mirada. Y solo hubiese necesitado un vistazo para constatar que en tu mente tenías un gran peso. Entonces me ha bastado recordar tus discusiones con mi padre para conseguir descifrar la naturaleza de ese peso. ¡Oh hijo de Hur! —y al lanzar la exclamación bajó la voz con singular destreza, y acercándose aún más al joven habló de tal manera que él podía sentir en su mejilla el cálido aliento de la egipcia—, aquel a quien te dispones a encontrar ha de ser el Rey de los Judíos; ¿no es así?

El corazón del joven comenzó a dar golpes dentro de su pecho.

—Un Rey de los Judíos al igual que Herodes, pero incluso más grandioso —continuó diciendo ella.

Ben-Hur desvió la mirada…, hacia lo más profundo de la noche, hacia las lejanas estrellas, pero finalmente sus ojos se encontraron con los de la egipcia y en ellos se posaron. Y ahora ella estaba tan cerca, que su aliento lo sentía en los labios.

—Desde esta mañana —prosiguió ella— hemos estado teniendo visiones. Si te cuento ahora la mía, ¿harías lo mismo por mí?… Cómo, ¿aún guardas silencio?

Iras se desasió con ímpetu de la mano de Ben-Hur y se volvió, como si se aprestara a marcharse, pero él la retuvo, diciendo con vehemencia:

—¡Quédate! ¡Quédate y háblame!

Ella regresó al sitio que ocupara un momento antes, y colocando una mano en el hombro de Ben-Hur se recostó en él; el joven la rodeó con un brazo y la aproximó a él, hasta que la tuvo cerca, muy cerca. En aquella caricia se cifraba la promesa que ella le había pedido.

—¡Háblame y cuéntame tus visiones, oh Egipto, querida Egipto! Un profeta…, qué digo, ni siquiera un Tisbita, ni aun el Gran Legislador habría podido negarse a una petición tuya. Estoy a tu merced. Pero te ruego que seas misericordiosa, muy misericordiosa.

La súplica no pareció ser oída, pues entornando los ojos y anidándose en brazos de Ben-Hur, la egipcia dijo suavemente:

—La visión que me seguía era la de una guerra sin cuartel, una guerra en tierra y en agua, con gran estrépito de armas y gran ajetreo de ejércitos, como si César y Pompeyo**[4]** hubiesen regresado de nuevo, y también Octavio**[5]** y Antonio. Una nube de polvo y ceniza se levantaba para cubrir el mundo entero, y Roma desaparecía; el dominio del mundo volvía a ser del Oriente; de aquella nube surgió otra raza de héroes, y existían satrapías**[6]** más vastas y coronas más importantes como nunca antes existieron en la historia. Y he aquí, hijo de Hur, que mientras la visión tenía lugar, y aún después que se hubiese desvanecido, me preguntaba una y otra vez: «¿Qué podría faltarle a aquel que sirvió al Rey desde un principio, y le sirvió mejor que todos los demás?».

De nuevo Ben-Hur dio un paso atrás. La duda que le asaltaba era la misma que le había acompañado durante todo el día. Ahora se le antojaba que tenía la clave que necesitaba.

—Bien, bien —dijo—, ahora te entiendo. Las satrapías y las coronas son aquello que quisieras ayudarme a conseguir. ¡Ya veo, ya veo! ¡Y no ha existido nunca una reina comparable a la que encarnarías tú! ¡Ninguna tan astuta, tan hermosa, tan regia! ¡Nunca! ¡Pero, ay, querida Egipto!, en la visión que me describes, todas las conquistas se obtienen por las armas, y tú no eres más que una mujer, sin que importe mucho que Isis te haya besado el corazón. Y las coronas son dones muy elevados y para alcanzarlas no podría contar con tu ayuda, a menos, claro, que tengas una vía para acceder a ellas más certera que la de la espada. Si fuese así, Egipto, ¡oh Egipto!, indícamela y la seguiré, aunque solo fuese para darte gusto.

Iras apartó el brazo y dijo:

—Extiende tu manto en la arena…, aquí, de modo que pueda descansar apoyada en el camello. Te contaré entonces una historia que descendió el

curso del Nilo hasta Alejandría, donde la escuché.

Ben-Hur hizo tal como se le pedía, pero antes clavó una lanza en la tierra.

—¿Y qué debo hacer? —preguntó socarronamente una vez que ella estuvo sentada—. En Alejandría, quienes escuchan una historia, ¿tienen por costumbre estar sentados o, por el contrario, permanecen en pie?

Desde su confortable sitio, reclinada en el venerable servidor, respondió Iras entre risas:

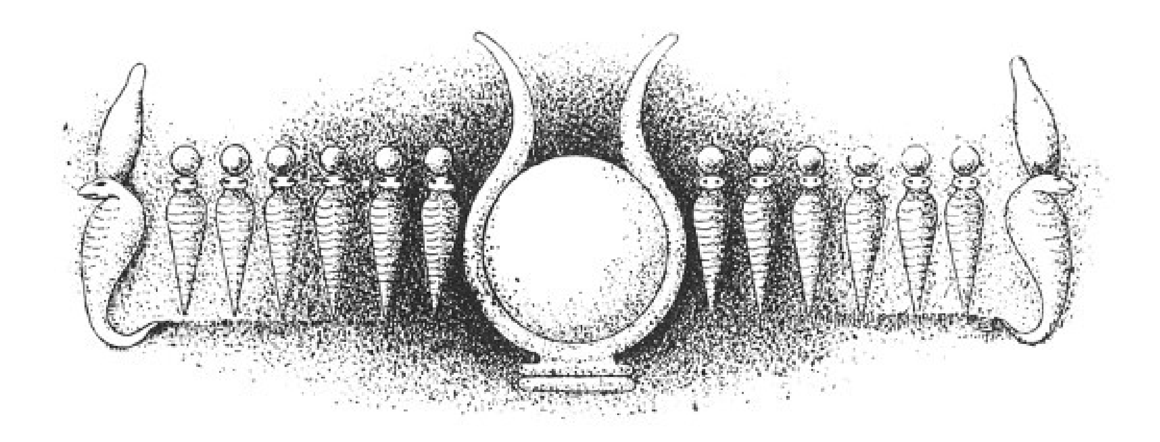
—La audiencia de los cuentistas suele ser caprichosa, y se acomodan como mejor les parece.

Sin más, Ben-Hur se estiró sobre la arena, apoyando la nuca en un brazo.

—Estoy listo —dijo.

Comenzó entonces su historia la bella egipcia.

—Ante todo debes saber que Isis[7] era —y aún puede serlo, por cierto— la más hermosa de las deidades; y que Osiris[8], su consorte, si bien sabio y poderoso, a veces ardía en celos, pues solo en cuestión de amores se asemejan los dioses a los mortales.



DE CÓMO LLEGÓ A LA TIERRA LA HERMOSURA

El palacio de la Divina Esposa era de plata, y coronaba la más alta montaña de la luna; desde allí Isis pasaba con frecuencia al sol, en cuyo corazón, fuente de luz eterna, tenía Osiris un palacio de oro tan resplandeciente que deslumbraba la vista de los hombres.

Una vez —para los dioses no corren los días— cuando ambos estaban muy a gusto en la terraza del palacio dorado, Isis vio por casualidad, muy lejos, justo en el confín del universo, a Indra que pasaba con un ejército de simios, todos a lomos de águilas voladoras. Indra[9], el Amigo de las Cosas Vivas —como se le llama con mucho amor—, volvía de su guerra final contra los horribles Rakshakas, y volvía victorioso; entre su séquito iban Rama[10], el héroe, y Sita[11], su amada, la más hermosa de todas después de la propia Isis.

E Isis se alzó, y quitándose el cinturón de estrellas lo agitó, saludando a Sita con alegría; a Sita, fíjate bien.

E inmediatamente, entre la hueste que marchaba y la pareja en el techo dorado, se interpuso algo que era como la noche y que impedía la visión; pero no era la noche, era solo Osiris que se enfurruñaba.

Resulta que en ese momento el tema de su conversación era tal que no tenía parangón, y Osiris se levantó y dijo majestuosamente: «Vete a casa. Haré solo el trabajo. Para crear un ser plenamente feliz no necesito de tu ayuda. Vete ya».

Ahora bien, Isis tenía ojos tan grandes como la vaca blanca que en el templo come gustosas hierbas de la mano de los fieles mientras ellos recitan sus plegarias; también tenían sus ojos el mismo color de los de la vaca y eran igual de tiernos. Isis se levantó y dijo, sonriendo de tal manera al hablar, que sus ojos brillaban apenas un poco más que la luna durante el brumoso mes de la cosecha: «Adiós mi buen señor. Muy pronto me llamarás, lo sé, pues sin mí no te es posible crear al ser plenamente feliz que tienes pensado, como tampoco… —y se detuvo para reír, consciente de la verdad que encerraban sus palabras—, como tampoco podrás ser plenamente feliz sin mí».

—Lo veremos —dijo él.

Y entonces Isis se marchó, y tomando su silla y sus agujas, se sentó en la terraza de su palacio de plata a tejer y a observar.

Y la voluntad de Osiris, que se debatía en el interior de su poderoso pecho, era como el ruido de los molinos de todos los otros dioses trabajando a la vez, con tal fragor que las estrellas cercanas resonaban como semillas en el interior de vainas marchitas, y algunas cayeron del firmamento y se perdieron. Y mientras el estrépito continuaba, Isis tejía y esperaba, y en todo este tiempo no perdió una sola puntada.

Pronto apareció un punto en el espacio, en las cercanías del sol, que fue creciendo hasta tener el tamaño de la luna, y entonces Isis supo que se estaba fraguando un mundo, pero cuando al crecer y crecer llegó el momento en que sumergió en sombras su propio planeta, salvo el puntito que su presencia iluminaba, comprendió lo furioso que estaba Osiris; sin embargo siguió tejiendo, segura de que todo terminaría tal como ella había predicho.

Y así surgió la tierra, al principio solo una masa fría y gris suspendida en el vacío. Más tarde Isis pudo ver cómo se iban formando divisiones: aquí una llanura, allá una montaña, más allá un mar, si bien todo permanecía inerte. Y luego, junto a una ribera, algo se movió, y ella, asombrada, dejó de tejer. Ese algo se alzó, y levantó sus brazos hacia el sol en señal de que sabía de donde venía su ser. Y este primer hombre era hermoso de ver. Y en tomo suyo estaban las creaciones que llamamos naturaleza: la hierba, los árboles, las aves, las bestias, e incluso los insectos y reptiles.

Y por un tiempo el hombre vivió feliz; era fácil ver lo feliz que se sentía. Y en un momento que se detuvo el ruido de la voluntad fragorosa de Osiris, Isis escuchó una risa llena de desdén, y estas palabras, que venían desde el sol:

—¡Tu ayuda! ¿De verdad? ¡Contempla una criatura plenamente feliz!

E Isis empezó de nuevo a tejer, porque era tan paciente como fuerte era Osiris; y si él podía trabajar, ella podía esperar, y bien que lo hizo, sabiendo que la simple existencia no basta para asegurar la felicidad.

Y en verdad así fue. No pasó mucho tiempo antes de que la Divina Esposa pudiera notar un cambio en el hombre. Se volvió abúlico, indiferente, y se pasaba el tiempo en un lugar cercano al río, y solo de vez en cuando levantaba la vista, siempre con expresión taciturna. El interés por todo aquello que le rodeaba moría en él. Y cuando ella tuvo esa certeza, en el momento mismo que se decía para sus adentros «a



la criatura le pesa su existencia», se produjo un ruido de la voluntad creadora, que de nuevo se ponía en funcionamiento, y en un abrir y cerrar de ojos, la tierra, que hasta entonces había sido del más frío gris, resplandeció con múltiples colores; las montañas nadaban en púrpura, las llanuras donde crecía la hierba y los árboles se revistieron de verde, el mar se hizo azul, y las nubes adquirieron variaciones sin fin. Y el hombre se levantó de un salto y palmoteo, pues se había curado y de nuevo era feliz.

Isis sonrió y siguió tejiendo, mientras se decía: «Ha sido una buena idea, y servirá por un tiempo, pero la mera belleza del mundo no basta para este ser. Mi señor tendrá que intentarlo de nuevo».

Acababa de pronunciar la última palabra cuando el trueno de la voluntad creadora estremeció la luna, y al mirar, Isis dejó caer su tejido y aplaudió, pues hasta entonces todo lo que existía sobre la tierra excepto el hombre había permanecido fijo en un lugar dado, y ahora todos los seres vivientes y aun muchos que no lo eran habían recibido el don del movimiento. Las aves se echaron a volar alegremente; los cuadrúpedos, grandes y pequeños, se pusieron en marcha, cada uno a su modo; los árboles movían sus verdes ramas, haciendo señas a los vientos amorosos; los ríos corrieron hacia sus mares, y los mares se sacudieron en sus lechos, y se agitaron en encrespadas olas, y con el flujo y reflujo de sus mareas pintaron las costas de espuma resplandeciente; y en lo alto de todo flotaban las nubes como veleros surcando el océano.

Y el hombre se alzó feliz como un niño, al verlo Osiris se sintió tan complacido que gritó: «¡Ja, ja! Mira lo bien que me las arreglo sin ti».

La buena esposa recogió su labor y respondió, con su habitual tranquilidad: «Fue una buena idea, señor mío, una idea excelente, incluso servirá por algún tiempo».

… Y lo que había ocurrido antes, ocurrió de nuevo. El espectáculo de cosas en movimiento se volvió algo corriente para el hombre. Los pájaros en vuelo, el discurrir de los ríos, los mares tumultuosos cesaron de divertirle, y languideció con una languidez peor aún que la de antes.

E Isis seguía esperando, diciéndose: «¡Pobre criatura! Es más desdichado que nunca».

Y como si hubiese escuchado aquel pensamiento, Osiris se agitó y el estruendo de su voluntad sacudió el universo; únicamente el sol permaneció en su sitio.

Y miró Isis, pero no vio cambio alguno, y luego, mientras sonreía, convencida de que la nueva invención de su señor no había surtido efecto, la criatura se levantó de repente y pareció escuchar algo y se iluminó entonces su rostro y batió palmas con alborozo, pues por primera vez se escuchaban sonidos sobre la tierra, disonantes unos, armoniosos otros. Los vientos murmuraban entre los árboles; los pájaros cantaban, cada uno con su propio canto, o parloteaban; los arroyos que coman hacia los ríos se convertían en arpistas con arpas de cuerda de plata resonando al unísono; y los ríos al correr hacia el océano rompían en solemnes acordes, mientras las olas del mar batían las playas con estruendosas tonadas. Había música, por todas partes música, durante todo el tiempo, de modo que el hombre no podía menos que sentirse feliz.

Entonces Isis se detuvo a reflexionar y ponderó lo bien, lo maravillosamente bien que se estaba desenvolviendo su esposo, pero al momento sacudió la cabeza. «Color, Movimiento, Sonido», pensaba, y lo iba repitiendo muy lentamente… No eran otros los elementos de la belleza con excepción de la Forma y la Luz, que habían acompañado el nacimiento de la tierra.

Ahora sí que Osiris había hecho todo lo que podía, y si la criatura caía de nuevo en la desdicha, se vería obligado a solicitar la ayuda de Isis… Al pensar en ello, sus

dedos volaban y era capaz de ejecutar dos, tres, cinco, hasta diez puntadas a la vez.

Y el hombre fue feliz durante largo tiempo, más largo que en cualquiera de las otras ocasiones; de hecho parecía que nunca volvería a cansarse. Pero Isis sabía que no sería así, y sequía esperando y esperando, sin importarle las carcajadas que le llegaban desde el sol. Esperaba y esperaba hasta que por fin vio señas de que se acercaba el final. Los sonidos, en todo su amplio espectro, llegaron a hacerse familiares para el hombre, desde el chirriar del grillo bajo los rosales hasta el rugir de los mares y el tronar de las nubes en medio de la tormenta. No hallaba nada que atrajese su atención. Y entonces languideció, y desanimado llegó hasta la orilla de un río, y allí cayo al suelo, inmóvil.

Isis sintió piedad y habló así: «Mi señor, la criatura se muere».

Pero Osiris, aunque veía todo lo que pasaba, mantuvo silencio, pues nada más podía hacer.

—¿Te presto ayuda? —preguntó Isis.

Osiris, orgulloso en demasía, no respondió.

Entonces Isis dio la última puntada a su tejido y recogiendo su labor en un brillante amasijo lo arrojó, lo lanzó para que cayera cerca del hombre. Y él, al escuchar el sonido de algo que caía junto a él, miró, y he aquí que una mujer —la Primera Mujer— se inclinó para ayudarlo. Ella le tendió su mano; él la tomó y se levantó, y ya nunca jamás fue desdichado, sino feliz por siempre.

—Este es, ¡oh hijo de Hur!, el origen de la belleza tal como se relata en el Nilo.

—Una bella historia, y muy ingeniosa —dijo él—, pero me parece incompleta. ¿Qué hizo luego Osiris?

—¡Ah!, sí —respondió ella—; llamó a la Divina Esposa para que volviese al sol, y vivieron juntos en gran armonía, ayudándose el uno al otro.

—¿Y no podría hacer yo lo mismo que el primer hombre?

Se llevó a los labios la mano que descansaba en su nuca, al tiempo que musitaba:

—¡Amar! ¡Amar!

Y recostó la cabeza suavemente en el regazo de Iras.

—Encontrarás al Rey —dijo ella, acariciando con la mano que tenía libre la cabeza del joven—. Encontrarás al Rey y le servirás, y con tu espada has de ganar para él los más ricos dones. ¡Ah!, sí; su mejor soldado será mi héroe.

Ben-Hur se volvió y encontró que el rostro de ella casi rozaba el suyo. En ese momento no podía haber para él en todo el firmamento una estrella que brillara tanto como los ojos de Iras, a pesar de que en ese momento estaban entrecerrados. El joven, enardecido, la abrazó estrechamente y la besó con pasión, diciendo:

—¡Oh Egipto, Egipto! Si el Rey tiene coronas para otorgar, una de ellas ha de ser mía, y entonces la traeré y la colocaré aquí sobre el lugar que mis labios han marcado. Tú serás reina, mi reina, y ninguna otra será tan hermosa. ¡Y seremos felices por siempre!

—¿Y tú me lo contarás todo y me permitirás que te ayude en todas las empresas? —inquirió ella al tiempo que devolvía sus besos.

La pregunta enfrió todo el fervor de Ben-Hur.

—¿No te basta con que te ame?

—Un amor perfecto entraña una fe absoluta —replicó ella—. Pero no importa; ya me conocerás mejor.

Retiró entonces su mano y se levantó.

—Eres cruel —le reprochó Ben-Hur.

La joven se alejó, pero al llegar junto al camello se detuvo para besar la frente del animal, mientras decía:

—Eres tú el más noble de los brutos. Te digo esto porque en tu corazón no cabe la sospecha.

Un instante después, Iras había desaparecido.

Capítulo V
En Bethabara

El tercer día del viaje, hacia la hora del mediodía, el grupo llegó a orillas del río Jabbok, donde en ese momento descansaban y daban de comer a sus bestias un centenar de hombres, quizás un poco más, en su mayoría naturales de Perea. No bien habían terminado de desmontar nuestros viajeros se acercó a ellos un hombre con un cántaro y una taza y les ofreció de beber. Mientras aceptaban la hospitalidad con profundas reverencias, dijo el hombre mirando en dirección del camello:



—Vengo ahora del Jordán, donde se ha congregado gran cantidad de gente de sitios muy distantes y que viajan de la misma manera que lo hacéis vosotros, ilustres amigos. Debo decir, empero, que ninguno montaba sobre un animal que se pudiese equiparar a este. Es en verdad un noble animal. ¿Podríais decirme de qué raza proviene?

Baltazar respondió al punto, y así calmó la curiosidad del hombre, pero el comentario de este había avivado a su vez la curiosidad de Ben-Hur, quien preguntó en seguida:

—¿En qué parte del río se encuentra toda esta gente?

—En Bethabara[1].

—Suele ser un vado poco utilizado —dijo Ben-Hur—. No entiendo por qué despierta ahora tanto interés.

—Bien veo —dijo el desconocido— que también vosotros sois forasteros y no habéis escuchado las buenas nuevas.

—¿Qué nuevas?

—La aparición de un hombre que venía del desierto…, un hombre muy santo de cuya boca salen muchas palabras extrañas y que reclaman la atención de todos aquellos que le escuchan. Se hace llamar Juan el Nazarita, hijo de Zacarías, y afirma que es un mensajero enviado para anunciar el próximo advenimiento del Mesías.

Ahora también Iras escuchaba con intenso interés.

—De este Juan se dice —continuó el hombre— que desde la infancia habita una cueva en las cercanías de En-Gedi, dedicándose a la oración y llevando una vida aún más austera que la de los esenios. Grandes multitudes acuden para escuchar sus prédicas.

—¿Y todos estos amigos tuyos han acudido a oírle?

—La mayoría se dirigen hacia allí; unos cuantos vienen de regreso.

—¿Qué predica?

—Una nueva doctrina…, una doctrina que nunca antes se había escuchado en Israel, según coinciden todos. Él la llama arrepentimiento y bautismo. Los rabinos no saben qué pensar de todo esto y nosotros tampoco. Algunos le preguntan si es el Cristo, otros si es Elías, pero a todos responde lo mismo: «Soy la voz de aquel que clama en el desierto; ¡preparad los caminos del Señor!»[2].

En aquel punto el hombre fue llamado por sus amigos; cuando ya se marchaban, Baltazar habló.

—Buen hombre —dijo con voz temblorosa—, dime si encontraremos al predicador en el mismo sitio que tú lo viste.

—Sí; en Bethabara.

—¿Quién otro ha de ser este Nazarita —dijo Ben-Hur a Iras— sino el heraldo de nuestro Rey?

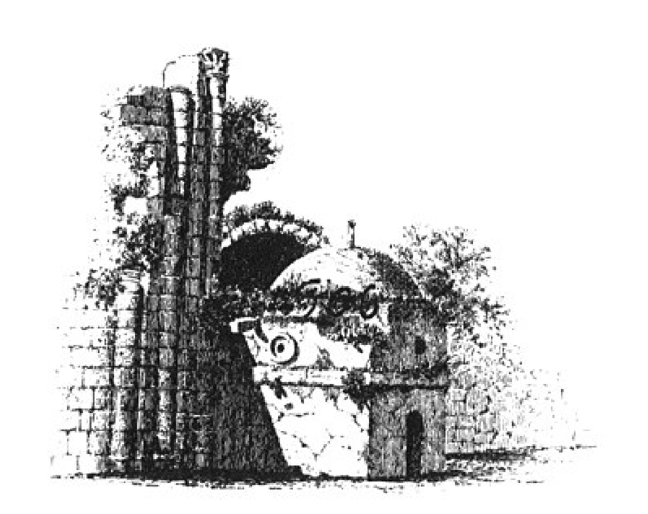
Se dirigió a ella porque creyó observar que prestaba atención a las noticias sobre el misterioso personaje con mayor interés que su anciano padre. El egipcio, empero, se incorporó a medias, y con un resplandor inconfundible en el fondo de sus hundidos ojos, dijo:

—Démonos prisa. No estoy en absoluto fatigado.

Dieron entonces media vuelta para ayudar al esclavo con los preparativos.

Al llegar la noche se detuvieron a dormir en un paraje al oeste de Ramoth-Gilead[3], y esta vez no se entretuvieron mucho en conversaciones.

—Tratemos de despertarnos muy pronto mañana, ¡oh hijo de Hur! —dijo el anciano—; el Salvador podría aparecer antes de que lleguemos nosotros.



—Si ya ha llegado su heraldo, el Rey no debe tardar mucho —susurró Iras mientras preparaba su sitio.



—Ya lo veremos mañana —dijo Ben-Hur besando su mano.

Al día siguiente, hacia la hora tercia, después de abandonar las faldas del Monte Gilead, el grupo se encontró en la vasta y árida estepa al oriente del río sagrado. En frente suyo se veía el límite superior de las antiguas plantaciones de palmeras de Jericó, que se extienden hasta la zona montañosa de Judea. El pulso de Ben-Hur se aceleró al pensar que ya el vado estaba muy cerca.

—Alégrate, ¡oh buen Baltazar! —dijo—, pues ya estamos por llegar.

El conductor instó al camello a apurar el paso, y muy pronto se hicieron visibles un buen número de tiendas y pequeñas chozas, y junto a ellas, atados con sogas, los animales de cada grupo de viajeros. Poco después alcanzaron a divisar también el río, así como la multitud que se congregaba en la orilla. Sabiendo por ello que el Nazarita estaría predicando en ese mismo instante, se apresuraron aún más. Ocurrió que cuando ya estaban muy cerca, se produjo una repentina conmoción entre aquella masa de gente, que comenzó a disgregarse para seguir diferentes caminos.

¡Habían llegado demasiado tarde!

—Quedémonos aquí —dijo Ben-Hur a Baltazar, quien se retorcía las manos desconsolado—. Tal vez el Nazarita pase por este sitio.



La gente estaba demasiado absorta en lo que acababa de escuchar o demasiado concentrada en las conversaciones al respecto como para reparar en los recién llegados. Cuando ya se habían marchado cientos de ellos y nuestro grupo creía perdida la oportunidad de echarle siquiera un vistazo al Nazarita, vieron

que desde el río caminaba en dirección a ellos un hombre de apariencia singular, que de inmediato acaparó la atención de los tres.

La presencia externa de aquel hombre era ruda y desaliñada, casi salvaje. Una abundante y requemada cabellera caía sobre los hombros, la espalda y su rostro enjuto, macilento, cuyo tinte hacía pensar en un pergamino de color pardo. Sus ojos eran tan brillantes que parecían arder. Llevaba al descubierto todo el costado derecho, que era del mismo color de su rostro, e igualmente delgado; una burda camisa de pelo de camello, tan burda como la utilizada para la tienda de un beduino, cubría hasta las rodillas el resto de su pobre humanidad; llevaba la camisa ceñida a la altura de la cadera por un ancho cinturón de cuero sin curtir. Un zurrón de idéntico material colgaba del cinturón. Caminaba con la ayuda de un nudoso cayado, y sus movimientos eran rápidos, decididos y extrañamente cautelosos. De tanto en tanto apartaba de los ojos su indómito cabello, y escrutaba los alrededores como si buscasen a alguien.

La hermosa egipcia examinaba a este hijo del desierto con asombro, por no decir con repugnancia. Al cabo de un instante alzó la cortina del *houdah*, y le dijo a Ben-Hur, cuyo caballo se hallaba muy cerca:

—¿Es este el heraldo de tu Rey?

—Es el Nazarita —replicó él sin mirarla.

A decir verdad, la decepción de Ben-Hur era mayúscula. A pesar de que estaba familiarizado con los austeros ermitaños de En-Gedi —sus harapos, su indiferencia a lo que el mundo pudiese pensar de ellos, su fidelidad a los votos que habían hecho de someter el cuerpo a todo género de sufrimientos que pueda imaginarse, su separación absoluta del resto de las gentes—, y aunque en el camino se le había dicho que buscase a un Nazarita que se describía a sí mismo simplemente como una «voz del desierto», la verdad es que el sueño largamente acariciado por Ben-Hur de un Rey que habría de ser tan grandioso y habría de realizar tales portentos, le inclinaba a imaginar a ese Rey bajo una luz en extremo favorable, y a esperar que su heraldo participase de la bondad y magnificiencia que presagiaba. Contemplando aquella salvaje figura que se encontraba en frente suyo, no pudo evitar hacer una comparación con los largos y lujosos séquitos de cortesanos que solía ver en los baños termales y los corredores imperiales de Roma. Desconcertado, avergonzado, atónito, lo único que acertaba a decir en aquel momento era:

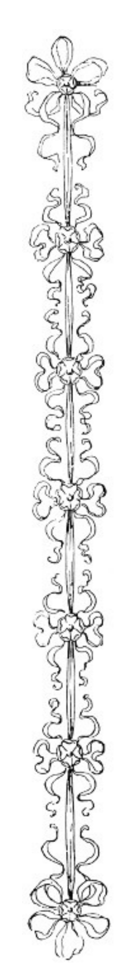
—Sí; es el Nazarita.

La reacción de Baltazar fue muy diferente. Sabía bien que los caminos de Dios difieren de aquellos que los hombres podrían suponer. Él había

contemplado al Salvador recién nacido en un pesebre y su fe enorme le preparaba para aceptar lo rudo y lo simple en lo referente a la reaparición divina. De modo, pues, que no se movió de su sitio, y con las manos cruzadas sobre el pecho musitó devotas plegarias. No era un rey terrenal lo que él esperaba.

Mientras todo esto ocurría, un hombre permanecía solo e inmóvil, sentado sobre una roca a orillas del río. De repente el hombre se levantó y comenzó a alejarse lentamente del borde del agua, siguiendo el mismo curso del Nazarita y que, por tanto, le habría de llevar junto al camello de Baltazar.

Ambos —el predicador y el desconocido— continuaron avanzando, hasta que el primero de ellos se encontró a pocos pasos del majestuoso animal, y el segundo a diez pies. El predicador se detuvo entonces, de un manotazo se quitó el cabello de los ojos, miró al hombre que venía a su zaga y elevó las manos para pedir la atención de los que se encontraban en los alrededores. Todos cuantos alcanzaron a ver la señal se detuvieron, aprestándose a escuchar de nuevo a aquel hombre, y una vez que el silencio fue absoluto, el cayado que el Nazarita sostenía en su mano derecha apuntó en dirección del desconocido.



Baltazar y Ben-Hur fijaron su vista en el hombre señalado. En el mismo instante y como siguiendo el mismo impulso, recibieron la misma impresión, aunque en grado diferente. El hombre avanzaba lentamente hacia el grupo, y como nada se interponía entre ellos y él, pudieron contemplarlo perfectamente. Era un hombre de estatura un poco más alta que la media, de figura esbelta, casi delicada. Sus movimientos eran calmos y pausados, como suele ocurrir con los hombres habituados a reflexionar seriamente sobre temas de suma gravedad. Llevaba por vestidura una túnica de manga larga que le llegaba hasta los tobillos y un manto llamado *talith*; alrededor del brazo izquierdo lucía el pañuelo acostumbrado para cubrir la cabeza, sus bandas rojas ahora desatadas. Con excepción de las borlas, y un estrecho margen en el extremo inferior del *talith*, todo su atuendo era de lino, algo curtido por el polvo de los caminos. Quizás la excepción debería abarcar también a las borlas, azules y blancas como prescribe la ley rabínica. Calzaba sandalias muy sencillas, y no usaba cayado, cinturón ni alforja.

Estos detalles de su indumentaria, no obstante, solo merecieron una atención sucinta de quienes lo miraban, que muy

pronto fijaron su atención en la cabeza y el rostro del hombre, en los cuales parecía radicar la fascinación que ejercía sobre los presentes.

La cabeza aparecía expuesta al intenso sol, aunque estaba cubierta por un cabello largo y ligeramente ondulado, de un color castaño, con reflejos rojizos o dorados en los puntos donde el sol le daba más de lleno. Bajo una frente amplia y despejada, y unas cejas muy oscuras y arqueadas, resplandecían unos ojos grandes de un azul intenso, suavizados por unas pestañas tan largas y tiernas como suelen tener los niños. En cuanto al resto de sus Facciones sería difícil decidir si eran griegas o judías. La delicadeza de sus fosas nasales y de su boca no era común entre los hebreos, y si a ello sumamos la gentileza de sus ojos, la palidez de su tez, la fina textura del cabello y la suavidad de la barba que caía ondulada sobre la garganta y el pecho, no cabría duda que un soldado se habría burlado al tenerle como contrincante, una mujer habría confiado en él a primera vista, y un niño le habría extendido su pequeña mano con absoluta confianza. Y en general, nadie hubiese negado que irradiaba una gran belleza.

Sus facciones, es preciso añadir, estaban gobernadas por una cierta expresión, que con igual razón podría juzgarse como el reflejo de una singular inteligencia, una enorme capacidad de amor o una inmensa compresión del dolor ajeno, pero que con mayor propiedad debería definirse como una mezcla de todo ello, una expresión que dejaba entrever un alma sin manchas que, sin embargo, detectaba y comprendía la naturaleza extremamente pecadora de las personas con quienes se cruzaba. Y a pesar de una sensibilidad tan evidente, nadie habría podido asignar a aquel rostro un aspecto de debilidad, o al menos no lo harían quienes saben que las cualidades que se han mencionado —el amor, la compasión y la conciencia del dolor— son con frecuencia el resultado de la certeza de que se posee la fuerza para soportar el sufrimiento; precisamente en ello se ha centrado la fuerza inmensa de los mártires y santos que llenan las hojas de los calendarios.

Lentamente el hombre se aproximaba a Baltazar, Iras y Ben-Hur.

Este último, a lomos de un brioso corcel y con una lanza en la mano, bien habría atraído la atención de un rey. Sin embargo los ojos del hombre que se acercaba no se posaron sobre él en ningún momento, y tampoco lo hicieron sobre Iras, cuyos encantos tantas veces se han mencionado, sino sobre él, Baltazar, anciano y desvalido.

Muy profundo era el silencio que se cernía sobre los presentes en aquel momento.

Súbitamente el Nazarita, que con su cayado seguía señalando al hombre, dijo con voz estentórea:

—¡Este es el cordero de Dios que quita los pecados del mundo!

La muchedumbre que contemplaba la escena y que con gran ansiedad esperaba lo que iba a decir el predicador, se sintió sobrecogida al escuchar palabras tan extrañas e incomprensibles. Para Baltazar, por su parte, resultaron abrumadoras. Se encontraba allí para contemplar una vez más al Redentor de los hombres. La fe que le condujera a tan excelsos privilegios en épocas lejanas, aún moraba en su corazón, y si ahora le concedía un poder de visión superior al de sus compañeros —el poder de reconocer que se hallaba ante aquel a quien tanto había esperado y buscado— más que un milagro podría considerarse la facultad de un alma a la que no se había despojado por completo de los vínculos divinos a los que una vez accediera, o bien una recompensa para una vida tan virtuosa en una época que ofrecía tan pocos ejemplos de santidad. El ideal de su fe se hallaba ahora ante él, perfecto en su figura, su rostro, atuendo, edad, ademanes; sí, lo tenía ante su mirada y la mirada significaba reconocimiento. ¡Ah, si ahora ocurriese algo que le permitiese identificar con plena certeza a aquel hombre que avanzaba hacia ellos!



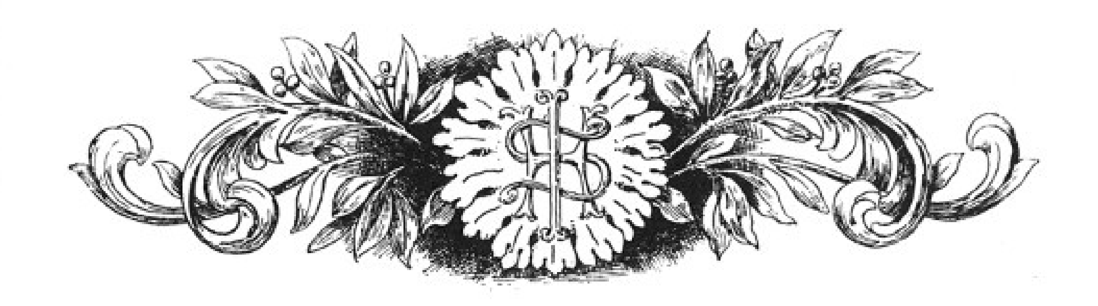
Y ocurrió algo.

En el preciso momento que aquel pensamiento cruzaba la mente del egipcio, el Nazarita repitió su grito:

—¡Este es el cordero de Dios que quita los pecados del mundo!

Baltazar cayó de rodillas. Él no necesitaba más explicaciones, y el Nazarita, como si fuese consciente de ellos, se volvió hacia otro grupo que lo miraba atónito, y prosiguió:

—Este es aquel de quien he dicho: «Después de mí vendrá un hombre que tiene precedencia sobre mí, pues siempre ha estado delante mío. Yo no le conocía, pero para que Israel supiese de su existencia, he venido a bautizarlo con agua. He visto al Espíritu que descendía del cielo como una paloma y tomaba morada en él. Y yo nunca le había visto, pero quien me ha enviado a bautizarle con agua me dijo: "Aquel sobre quien veas descender el Espíritu y permanecer en su interior, es aquel a quien has de bautizar con el Espíritu Santo"»[4]. Así lo he visto y doy testimonio que este —se detuvo entonces, su cayado señalando todavía al desconocido de las vestiduras blancas, como si pretendiese conferir una mayor convicción a sus palabras finales—, aquí ante vuestros ojos, ¡es el HIJO DE DIOS!



—¡Es él, es él! —gritó Baltazar con los ojos anegados en lágrimas. Un instante después perdió el sentido y cayó al suelo.

Durante todo este tiempo debemos recordar, Ben-Hur había estado examinando el rostro del desconocido, si bien su interés era completamente diferente. No era insensible a la pureza de aquellos rasgos, a su mirada grave y pensativa, la ternura, la humildad, la santidad, y no obstante en ese momento un único pensamiento ocupaba su mente: ¿Quién es este hombre? ¿Y cuál es su naturaleza? ¿Se trata del Mesías o de un rey? No podía decirse que su aspecto fuese el de un rey. No; al contemplar su continente sereno y benigno, la idea misma de guerras, conquistas y ansia de poder, le parecía una profanación. Musitó, como si le hablase a su corazón, que Baltazar tenía razón y Simónides se había equivocado. Este hombre no venía a restaurar el trono de Salomón; no tenía ni la naturaleza de Herodes ni su talento para regir. Es posible que llegase a rey, pero no de un imperio igual o mayor que el romano.

Debemos tener claro que por el momento no se trataba de una conclusión a la que hubiese llegado Ben-Hur, sino simplemente de una impresión, y mientras aquella impresión iba tomando forma, y continuaba contemplando aquel maravilloso semblante, su memoria se esforzaba por desentrañar algo

que le rondaba insistentemente: «Con toda seguridad —se decía a sí mismo— he visto a este hombre, pero ¿dónde y cuándo?». Que aquella mirada tan serena, tan compasiva, tan amorosa en algún momento del pasado se había posado luminosamente sobre él, como en aquel momento se posaba sobre Baltazar, se convirtió en una certeza. Tenuemente en un principio, y luego como un claro resplandor, como un ardiente rayo de sol, volvió a su mente la escena junto al pozo de Nazareth cuando la guardia romana lo llevaba a las galeras, y todo su ser se estremeció con el recuerdo. Aquellas manos le habían prestado ayuda cuando él se sentía perecer. Aquel rostro era una de esas imágenes que quedan grabadas en la mente para siempre. En medio de la gran excitación que experimentaba, no escuchó la explicación del predicador, con excepción de sus últimas palabras, unas palabras tan maravillosas que aún resuenan en todo el mundo:

—¡Este es el Hijo de Dios!

Ben-Hur saltó al punto de su caballo para rendir homenaje a su benefactor de antaño, pero Iras le detuvo con un grito:

—¡Auxilio, oh hijo de Hur, auxilio que se muere mi padre!

El joven frenó en seco, miró hacia atrás, y se apresuró a acudir en ayuda de Baltazar. Iras le entregó una copa, y mientras el esclavo se encargaba de hacer arrodillar al camello, corrió hacia el río a traer agua. Cuando regresó, el desconocido ya se había marchado.

Al cabo de un rato Baltazar recobró la conciencia. Extendiendo penosamente las manos preguntó con voz débil:

—¿Dónde está?

—¿Quién? —preguntó a su vez Iras.

Una expresión de intenso alborozo resplandeció por un momento en el rostro del anciano, como si se le acabase de conceder su último y más preciado deseo.

—Él, el Redentor —respondió—, el Hijo de Dios a quien me ha sido dado ver de nuevo.

—¿Crees tú lo mismo? —preguntó Iras a Ben-Hur en voz muy baja.

—Esta época está llena de cosas asombrosas; esperemos —se limitó a contestar el joven.

Al día siguiente, mientras los tres escuchaban al Nazarita, este se interrumpió en mitad de la prédica y dijo reverentemente:

—¡Este es el Cordero de Dios!

Siguiendo la dirección de su cayado pudieron ver de nuevo al desconocido. Mientras Ben-Hur examinaba su figura esbelta y el hermoso rostro lleno de santidad y compresión, le asaltó una nueva idea.

«Baltazar tiene razón, y también la tiene Simónides. ¿No podría ser que el Redentor fuese también un Rey?».

Entonces le preguntó a un hombre que se hallaba al lado suyo:

—¿Quién es aquel hombre que se ve en la distancia?

El otro se echó a reír burlonamente y replicó:

—Es el hijo de un carpintero de Nazareth.

[1]



LIBRO OCTAVO

¿Quién podría resistir? ¿Quién en todo el universo?
Tenía ella un tal aroma de ambrosía
Y mi vida imbuyó de dorados destellos.
Me tomó en sus brazos como a un niño de pecho
Acunándome entre rosas, dulcemente condenándome
A cambiar el curso de mi antigua vida
Y debí someterme, rendido vasallo.
A esta caprichosa reina de los sentidos.

JOHN KEATS. *Endymion* [1]

«Yo soy la resurrección y la vida.»

Capítulo I
Huéspedes en la casa de los Hur

Esther, Esther. Dile al criado que me suba una copa de agua.

—¿No preferirías una copa de vino, padre?

—Dile entonces que traiga agua y vino.

Se encontraban en la estancia de verano, situada en la azotea del antiguo palacio de los Hur en Jerusalén. Desde un parapeto que dominaba el patio, Esther llamó a un criado que allí esperaba; en el mismo momento se acercó a la joven otro sirviente y la saludó respetuosamente.

—Una misiva para el amo —dijo, entregándole un envoltorio de lino, atado y sellado.

Para información del lector, diremos que esta escena tiene lugar un veintiuno de marzo, casi tres años después de la anunciación de Cristo en Bethabara.

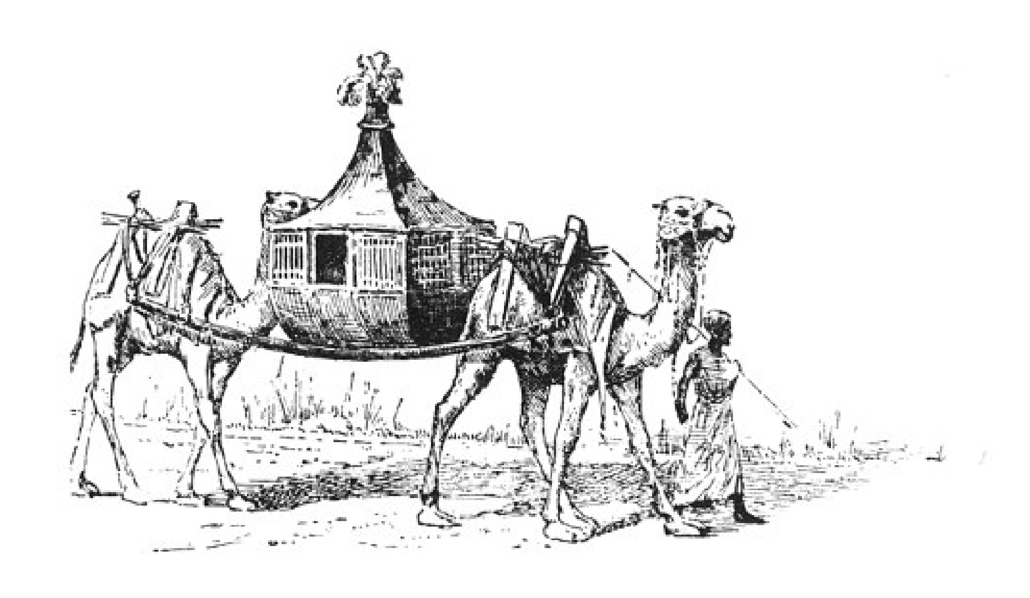
Entretanto, por encargo de Ben-Hur, que no soportaba por más tiempo el vacío y desolación de la casa de su padre, Malluch la había comprado a Poncio Pilatos; luego se restauraron por completo los patios, puertas, sótanos, escaleras, terrazas, aposentos y la azotea. No solamente desaparecieron todos los vestigios de las trágicas circunstancias que condujeran a la familia a la ruina, sino que la mansión se amuebló y decoró con un esplendor mayor del que tuviera antaño. El sitio, en todos sus detalles, constituía una clara evidencia de los gustos exquisitos adquiridos por su joven propietario durante los años de residencia en la villa cercana a Misenum, así como en la capital imperial.

Ahora bien, de lo anterior no se debe deducir que se hubiese hecho público que Ben-Hur era el propietario de la casa. En su opinión, todavía no

había llegado el momento de hacerlo. Más aún, ni siquiera había revelado cuál era su verdadero nombre.

El joven judío, ocupado en su tarea de preparar a los galileos —y mientras el Nazareno seguía realizando acciones portentosas que acrecentaban su fascinación y expectativa— pasaba de vez en cuando por la Ciudad Santa y se alojaba en su casa paterna, pero lo hacía como un forastero, un huésped cualquiera.

Estas visitas de Ben-Hur, es preciso anotar, no tenían por propósito exclusivo descansar de su arduo trabajo. Baltazar y su hija se habían instalado en el palacio, y los atractivos de Iras seguían ejerciendo sobre él idéntica fascinación que en el primer momento. El padre, por su parte, aunque tenía el cuerpo cada vez más débil, mantenía durante horas el interés del joven judío con discursos de asombroso poder que elevaban la divinidad de aquel hombre que iba de un lado a otro realizando milagros y en el que tantos hombres habían cifrado sus esperanzas.



En cuanto a Simónides y Esther, habían llegado de Antioquía solo un par de días antes del momento en que los hemos reencontrado. El viaje, por cierto, resultó agotador para el mercader, pues fue transportado en un palanquín entre dos camellos, que no siempre mantenían el mismo ritmo de marcha. Ahora que ya se encontraba en Jerusalén, empero, parecía que el buen hombre no se cansaba de contemplar los paisajes de su tierra natal. Pasaba la mayor parte del día en la azotea, sentado en un sillón idéntico a aquel que tenía en su casa junto al río Orontes; en la sombra de la estancia de verano podía aspirar plenamente la fortalecedora brisa que bajaba de las

colinas circundantes, tan familiares para él; desde allí podía contemplar mejor la salida del sol, seguir su curso y acompañar su puesta, una vieja costumbre nunca perdida del todo. Y allí, más cerca del cielo y con Esther a su lado, le resultaba muy fácil recuperar a la otra Esther, el amor de su juventud, su querida esposa, más querida aún con el paso de los años. Y sin embargo, Simónides no descuidaba los negocios. Cada día un mensajero le traía un informe de Sanballat, quien había quedado encargado de los negocios en la casa principal en Antioquía, y otro partía con instrucciones para Sanballat. Las instrucciones eran tan minuciosas, que no quedaba al otro ninguna decisión por tomar, como tampoco quedaba nada al azar, con excepción, claro, de aquellos designios del Todopoderoso que escapan al control del más precavido de los hombres.

Cuando Esther caminaba hacia la estancia de verano, la luz del sol caía suavemente sobre la azotea, y permitía apreciar que ya era toda una mujer, una mujer menuda, atractiva, de finas facciones, la tez rosácea que confieren la juventud y la salud, con un brillo de inteligencia en su expresión y en conjunto un aura de belleza… era una mujer para ser amada, incluso para despertar amores irreprimibles.



Al doblar la esquina, Esther miró el envoltorio; se detuvo, lo miró una segunda vez con mayor atención, y en ese momento un intenso rubor inundó sus mejillas al distinguir que el sello era el de Ben-Hur. Se dio prisa para volver junto a su padre.

Simónides sostuvo el envoltorio en sus manos mientras examinaba el sello. Lo abrió y entregó a su hija la misiva.

—Lee —le dijo.

Sus ojos se posaron en el rostro de la joven y al punto un gesto de inquietud cubrió sus facciones.

—Veo que sabes de quién es, Esther.

—Sí… de nuestro… amo.

Aunque hablaba en forma entrecortada, Esther devolvió la mirada intensa de su padre con sincera humildad.

—¿Lo amas, Esther? —preguntó él en voz muy baja.

—Sí.

—¿Has pensado bien lo que haces?

—He tratado de no pensar en él, padre; he tratado de pensar en él únicamente como el amo a quien debo sumisión y respeto. El esfuerzo me ha concedido mayor fortaleza.



—Eres una buena joven, tan buena como lo era tu madre —dijo él sumiéndose en ensueños, de los cuales lo apartó su hija al desenrollar el pergamino. Dijo entonces el anciano:

—Que el Señor me perdone, pero… quizá no habrías entregado tu amor en vano si me hubiese aferrado a todo lo que poseía, como bien podría haber hecho. ¡Existe tal poder en el dinero!

—Ello hubiese sido aún peor para mí, padre, pues me sentiría indigna de mirarle a él y dejaría de sentir el orgullo que siento de ser tu hija. ¿No quieres que empiece a leer?

—Espera todavía un momento —dijo el anciano—. Permíteme que por tu propio bien te prepare para algo terrible. El saberlo desde ahora te evitará mayores sufrimientos en el futuro. Su amor, Esther, pertenece por completo a otra.

—Ya lo sé —dijo ella sosegadamente.

—La egipcia lo ha atrapado entre sus redes —continuó diciendo el padre —; posee la astucia de las mujeres de su raza, y es, además, muy bella…, muy astuta, pero al igual que las mujeres de su raza, no tiene corazón. La hija que desprecia a su padre traerá gran aflicción a su marido.

—¿Y ella desprecia a su padre?

Simónides prosiguió:

—Baltazar es un hombre sabio, que aun siendo gentil ha recibido dones maravillosos, y su fe es digna de admiración; y sin embargo, ella se burla de su fe. Ayer le escuché decir, refiriéndose a su padre: «Las locuras de la

juventud deben ser disculpadas; en un anciano por el contrario, lo único que se puede admirar es la sabiduría, y una vez que la pierden, mejor harían en morir». Son palabras muy crueles, que bien podrían haber salido de la boca de una romana. Yo las sentí en carne propia al pensar que una debilidad tal como la que padece Baltazar no tardara en aquejarme a mí… No; no hay por qué negarlo; no tardará mucho. Pero sé muy bien, Esther, que tú nunca, nunca dirías de mí: «Mejor haría en morirse». Tu madre era una buena hija de Judá.

Dijo ella mientras las lágrimas comenzaban a aflorar a sus ojos:

—Y yo soy una buena hija de mi madre.

—Sí; y eres mi hija, tan importante para mí como el Templo lo era para Salomón.

Después de una breve pausa, Simónides colocó su mano sobre el hombro de la joven y continuó:

—Cuando ya haya tomado a la egipcia por esposa, Esther, él te recordará con arrepentimiento y se hará a sí mismo incontables reproches, pues finalmente se dará cuenta de que se ha dejado llevar por su malsana ambición. Todos los sueños de grandeza de esa mujer se centran en Roma, y a sus ojos él aparece como hijo de Arrio el duunviro y no como hijo de Hur, príncipe de Jerusalén.

Esther no intentó ocultar el efecto que tales palabras le producían.

—¡Sálvale, padre! Todavía no es demasiado tarde —le imploró.

Simónides sonrió dubitativamente y dijo:

—Es posible salvar a un hombre que se está ahogando, pero no a un hombre enamorado.

—Pero tú tienes gran influencia sobre él. Y está solo en el mundo. Dile, por favor, qué tipo de mujer es.

—Eso podría apartarlo de ella, pero ¿lo aseguraría para ti, Esther? No lo creo —explicó el anciano pensativo, con el ceño fruncido—. Soy un siervo, como lo han sido mis mayores durante varias generaciones; y sin embargo no podría decirle: «Mira, amo, contempla a mi hija; es más bella que la egipcia y te ama mucho más». Todos estos años de libertad e independencia han influido en mi carácter. Aquellas palabras quemarían mi lengua. Las rocas de las antiguas colinas que se ven en la distancia se revolverían de vergüenza.

No, por todos los patriarcas, Esther, antes preferiría llegar contigo al sitio donde descansa tu madre para dormir su mismo sueño.

Un rubor cubrió por completo el rostro de Esther.

—No pretendía que le dijeras eso, padre… Me preocupaba únicamente por él… pensaba en su felicidad, no en la mía. Ya que he osado amarlo, quisiera al menos ser digna de su respeto; solamente así podría excusar mi locura. Déjame que lea ahora su carta.

—Sí, léela.

La joven comenzó de inmediato, ansiosa de poner fin a un tema tan desagradable para ella.

Nisan, Día octavo

En el camino de Galilea a Jerusalén.

El Nazareno también se ha puesto en camino. Detrás suyo y sin que él lo sepa, avanzo con una legión entera. Un poco más atrás viene una segunda legión. La celebración de la Pascua disimulará la presencia de tal multitud de guerreros. Al marchar dijo: «Iremos a Jerusalén, y todo aquello que los profetas han escrito sobre mí se cumplirá entonces».

Nuestra espera se acerca a su fin.

Rápidamente.

La paz sea contigo, Simónides.

BEN-HUR



Esther devolvió la carta a su padre, sintiendo que algo semejante a una piedra obstruía su garganta. No había en toda la misiva una sola palabra destinada a ella; ni siquiera era incluida en los saludos. Y hubiese sido tan

fácil escribir: «La paz sea contigo y con los tuyos». Por primera vez en su vida experimentaba el escozor que produce el aguijón de los celos.

—El octavo día —dijo Simónides—; la escribió el octavo día, y hoy, Esther, es el…

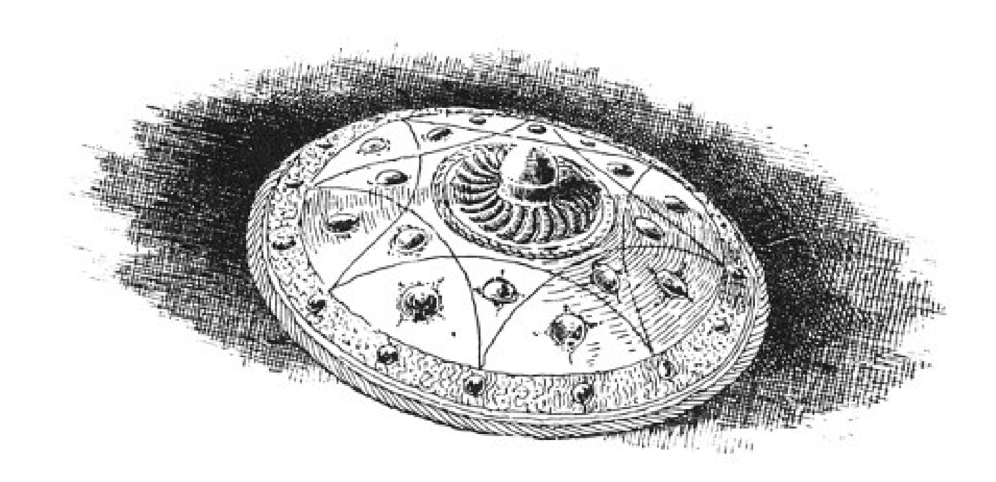
—El noveno día —contestó ella.

—Entonces ya deben encontrarse en Betania.

—Y es posible que lo veamos esta noche —agregó Esther complacida, olvidándose por un momento de su aflicción.

—¡Quizá! ¡Quizá! Mañana es la fiesta del Pan Ácimo[1] y es posible que él desee celebrarla; y quizá el Nazareno también desee hacerlo y entonces es posible que los veamos a ambos, Esther.

En ese momento llegó el criado con el vino y el agua. Esther ayudó a servir a su padre, y cuando estaba en ello apareció Iras en la azotea.



A los ojos de la hebrea, la egipcia nunca había aparecido tan hermosa como en aquel momento. Sus vaporosos vestidos flotaban alrededor de su figura como una nubecilla de rocío; su frente, cuello y brazos resplandecían con las ostentosas joyas que tanto gustan a su gente. Su continente irradiaba satisfacción. Caminaba con paso airoso, consciente de su gracia, y sin llegar por ello a la afectación. Al verla, Esther se desconcertó y se apretó aún más contra su padre.

—La paz sea contigo Simónides, y con la bella Esther —dijo Iras inclinando la cabeza en dirección de la joven—. Me recuerdas, buen señor, y sin que en ello haya ofensa, a los sacerdotes de Persia que ascienden hasta sus templos a la hora del ocaso para dedicar sus plegarias al sol poniente. Si hay algo en ese culto que desconozcas, déjame que llame a mi padre; él es de una estirpe de magos.

—Hermosa egipcia —replicó el mercader, asintiendo con gravedad—, tu padre es un buen hombre y no se ofenderá si se entera de que te he dicho que su ciencia persa es el aspecto menos importante de su sabiduría.

Iras frunció los labios ligeramente.

—Hablando como un filósofo, ya que tú lo haces así —dijo Iras—, mencionar un aspecto menos importante implica que hay también uno de mayor importancia. Permíteme que te pregunte cuál es la parte más importante de aquella rara cualidad que tienes a bien atribuirle a mi padre.

Simónides se volvió hacia la egipcia y dijo con cierta severidad:

—La sabiduría pura siempre se orienta hacia Dios; y ningún hombre que yo haya conocido posee esa cualidad en mayor grado ni la hace más manifiesta en sus palabras y sus actos que el buen Baltazar.

Para dar a entender que consideraba terminada la conversación, levantó su copa y bebió largamente.

La egipcia se volvió entonces hacia Esther y dijo algo provocadoramente:

—Un hombre que posee tantos millones y tantas flotas en el mar, no podría comprender las cosas que sirven de diversión a las mujeres sencillas como nosotras. Dejémosle. Podremos hablar tranquilamente junto a aquel muro.

Se dirigieron entonces al parapeto, deteniéndose en el sitio donde años atrás se desprendiera la loseta que cayó sobre la cabeza de Grato.

—¿No has estado nunca en Roma? —comenzó diciendo Iras mientras jugueteaba con uno de sus brazaletes.

—No —dijo Esther parcamente.

—¿Y no has tenido deseos de ir allí?

—No.

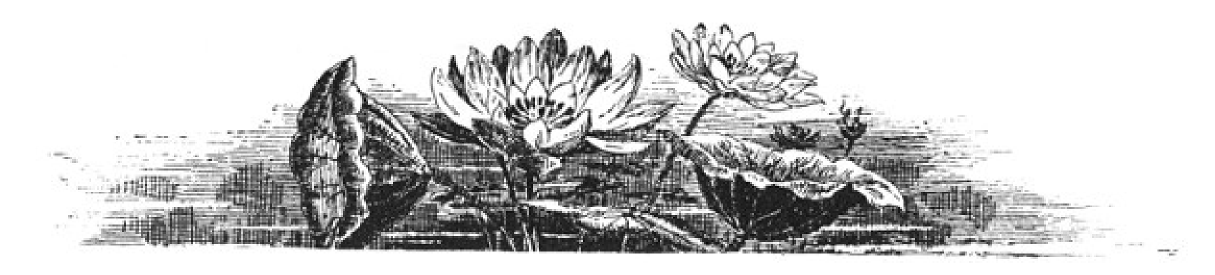
—¡Ah, cuán poco has vivido!

La expresión que acompañaba a las palabras no podría haber sido más lastimera si sobre la propia egipcia se hubiese abatido una gran desgracia. Un instante después, empero, sus carcajadas podrían haberse escuchado en las calles cercanas.

—¡Ay, ay, mi querida e inocente amiga! —decía entre risas—. Los pajarillos aún sin plumas que anidan en el oído del enorme busto en las arenas egipcias saben de la vida casi tanto como tú.

Al notar la gran confusión que se apoderaba de Esther, cambió de tono y dijo animadamente:

—No debes ofenderte por lo que te digo. ¡Oh, no! Bromeaba. Déjame que restañe la herida que te he causado, diciéndote algo que no le diría a nadie más…, ¡ni siquiera al mismo Simbel aunque me lo pidiera ofreciéndome a cambio una copa con un loto de la corriente del Nilo!



Iras soltó otra carcajada, que disimuló la mirada cortante que dirigió a la judía al tiempo que decía:

—El Rey está por venir.

Esther se quedó mirando a la egipcia con inocente asombro.

—El Nazareno —continuó diciendo Iras—; aquel sobre quien tanto han hablado tu padre y el mío, aquel a quien Ben-Hur ha estado sirviendo tan devotamente y por tanto tiempo. —Aquí su voz se hizo mucho más grave—. El Nazareno estará aquí mañana y Ben-Hur llegará esta noche.

Esther hizo todo lo posible por mantener la compostura, pero no lo consiguió; el rostro se encendió con un rubor que se extendía hasta la frente, y tuvo que bajar los ojos. Al menos así no tuvo que sufrir la mirada triunfal que como un destello cruzó el semblante de la egipcia.

—Mira, aquí está su promesa.

Y sacó de su cinturón un pergamino enrollado.

—Alégrate conmigo, amiga mía; Ben-Hur estará aquí esta noche. Hay una casa junto al Tíber, una propiedad magnífica que me ha prometido, y ser dueña de esa mansión equivale a…

La egipcia se interrumpió al escuchar el sonido de pasos de alguna persona que rápidamente avanzaba por la calle, y se inclinó sobre el parapeto para ver mejor. Luego retrocedió y juntando las manos por encima de la cabeza gritó:

—¡Alabada sea Isis! Pero si es el mismísimo Ben-Hur. ¡Y aparece justamente cuando más pensaba en él! Viven los dioses que se trata de un buen augurio. Abrázame muy fuerte, Esther, y dame un beso.

La judía levantó la vista. Sus mejillas estaban encendidas; en sus ojos bailaba un destello de cólera, quizá por primera vez en su vida. Las palabras

de la egipcia habían sido demasiado insidiosas, incluso para una naturaleza amable y gentil como la suya. Como si no bastase con que solo le estuviese permitido tener sueños furtivos del hombre que amaba, ahora resultaba que una jactanciosa rival le confiaba sus éxitos en la consecución del amor de ese mismo hombre y le hablaba de las brillantes promesas que obtenía como recompensa. Para ella, la sierva de un siervo, aquel hombre no había dado el menor indicio de que la recordara; en cambio esta otra podía enseñar una carta dirigida a ella, dejando a la imaginación de la desdichada judía todo lo que podía traslucir tal misiva. Pensando todo esto no pudo resistir más y dijo:

—¿En verdad le amas mucho, o es Roma lo que te atrae?

La egipcia dio un paso atrás e indinó su altiva cabeza, que quedó casi rozando el rostro de la otra.

—¿Qué significa él para ti, hija de Simónides?

Esther, estremecida de emoción, comenzó a decir:

—Él es mi…

Un pensamiento tan atronador como un relámpago interrumpió sus palabras; palideció, se echó a temblar, pero consiguió recuperarse y terminar la frase:

—Él es el amigo de mi padre.

Su lengua se había negado a admitir ante la otra su condición servil.

Iras rio alegremente.

—¿Solamente eso? —dijo—. ¡Ay, por los dioses egipcios del amor! Bien puedes quedarte con el beso que me ibas a dar. Quédatelo. Me doy cuenta de que aquí mismo en Judea me esperan besos mucho más apreciables y…

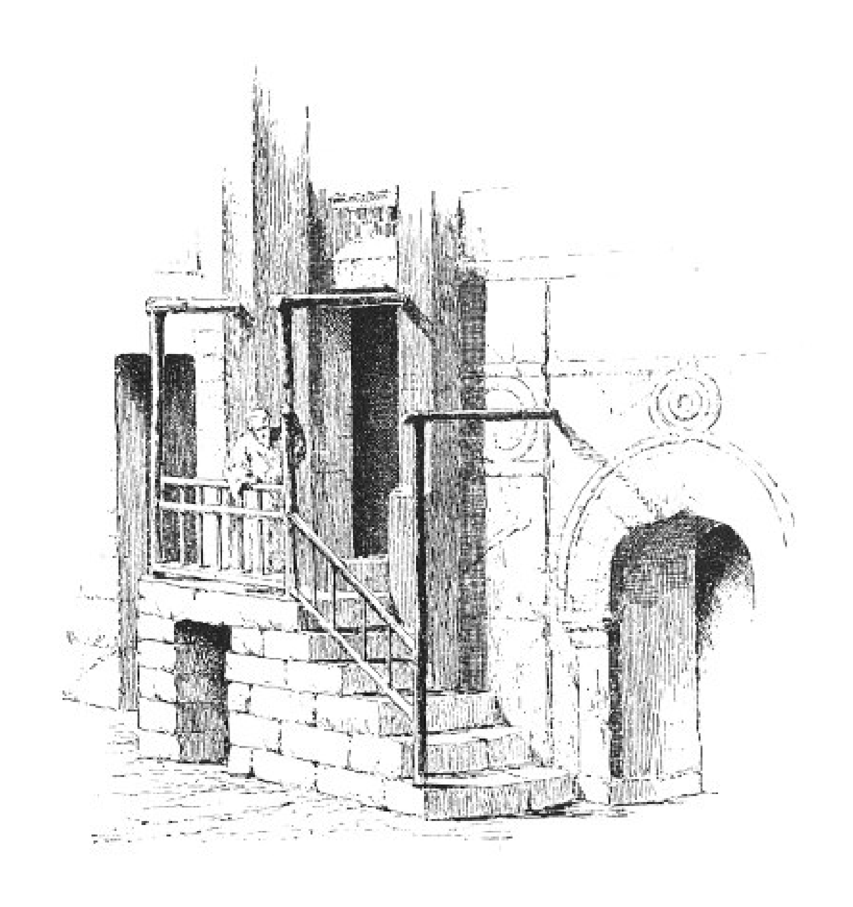
Cuando ya se marchaba, se dio media vuelta y mirando por detrás de su espalda concluyó:

—Y voy a buscarlos. Que la paz sea contigo.

Esther la vio desaparecer al final de la escalera y, entonces, cubriéndose el rostro con ambas manos rompió a llorar con tal vigor que las lágrimas bajaron ardientes por sus delicados dedos…, lágrimas de vergüenza y de pasión contenida. Y para exacerbar aquel estado tan extraño en un temperamento tranquilo y parejo como el suyo, vinieron a su mente con fuerza arrasadora las palabras de su padre: «Quizá no habrías entregado tu amor en vano si yo me hubiese aferrado a todo lo que poseía».

Ya las estrellas habían salido y lanzaban sus reflejos sobre los confines de la ciudad y la oscura cadena de montañas circundantes cuando por fin Esther logró recuperarse lo suficiente para regresar a la estancia de verano y tomar su sitio acostumbrado junto al sillón de su padre, quien pacientemente esperaba

el placer que le deparaba tal compañía. En ese momento parecía que a ese único deber tendría que consagrar su juventud y acaso el resto de su vida. Y a decir verdad, ahora que ya había dado rienda suelta a su dolor, regresó de buena gana a ese deber.

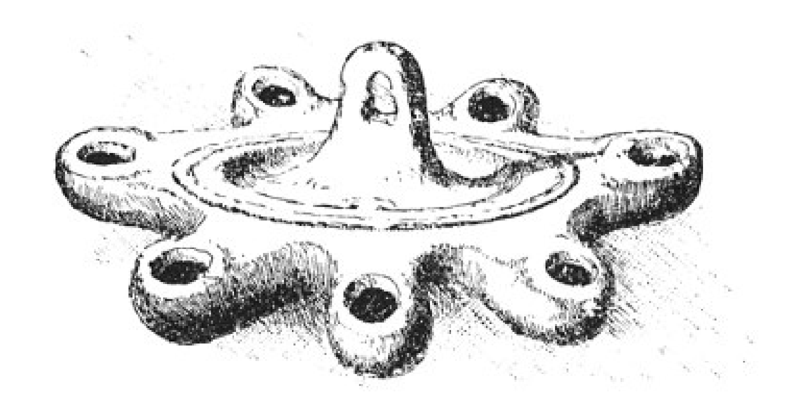


Capítulo II
Ben-Hur habla del Nazareno

Más o menos una hora después de la escena que tuvo lugar en la azotea, se encontraron en el gran salón del palacio Baltazar y Simónides, este último acompañado por Esther, y un poco más tarde entraron juntos Ben-Hur e Iras.

El joven judío, que caminaba un par de pasos adelante de Iras, se acercó primero a Baltazar, quien respondió cortésmente a su saludo; luego se volvió hacia Simónides, pero se detuvo al reparar en la presencia de Esther.

No es frecuente poseer un corazón lo suficientemente amplio como para dar cabida simultáneamente a más de una pasión absorbente. En medio del ardor que produce un gran amor, si bien no es imposible que sobrevivan otras atracciones, lo hacen casi siempre con menor intensidad. En el caso de Ben-Hur, el prolongado escrutinio de las posibilidades a su alcance, las esperanzas y sueños que se permitía tener, la influencia que sobre él ejercía la condición en que se encontraba su país, así como las influencias más directas —aquella de Iras, por ejemplo— le habían ido conduciendo a albergar altas ambiciones, en el sentido más mundano de la palabra; además, y a medida que fue dando cabida en su corazón a esa pasión, permitiendo que se convirtiese en legisladora de su comportamiento y finalmente en imperiosa gobernadora, las resoluciones e impulsos de antaño comenzaron a palidecer gradual e imperceptiblemente hasta casi desaparecer de su memoria. Aun en las condiciones más propicias, es fácil olvidar el pasado cuando se es joven; en su caso era apenas natural que los sufrimientos que había debido soportar y el misterio que rodeaba la suerte que podría haber corrido su familia, debían afectarle cada vez menos al acercarse, al menos en sus pensamientos e ilusiones, a los objetivos que ocupaban todos sus sueños. No deberíamos, empero, juzgarle con excesiva severidad.

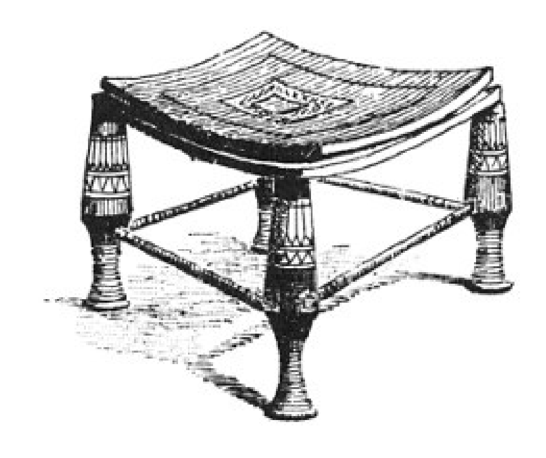


Ben-Hur se había detenido a causa del asombro que le produjera constatar que Esther era ya toda una mujer, y muy hermosa. Se quedó mirándola fijamente mientras una voz interior le recordaba las promesas incumplidas y los deberes abandonados; por un momento casi llegó a sentir que aquellos sentimientos volvían a encarnarse en él. Se sintió perplejo; cuando al cabo de unos segundos consiguió recuperarse, se dirigió a Esther y le dijo:

—La paz sea contigo, dulce Esther; sí, la paz sea contigo, y lo mismo te deseo a ti, Simónides…, recibe las bendiciones del Señor, que las mereces por muchas razones, y entre ellas la de haber sido un buen padre para alguien que no lo tenía.

Esther escuchó las palabras de Ben-Hur sin levantar la mirada; Simónides respondió:

—Repito la bienvenida que te dio el buen Baltazar, hijo de Hur…, bienvenido seas a la casa de tu padre, y ahora siéntate y cuéntanos de tus viajes y de la labor de preparación que llevas a cabo y del maravilloso Nazareno, pues quisiéramos saber quién es y cuál es su naturaleza. Por favor, acomódate; toma asiento aquí entre nosotros para que todos podamos oírte.



Rápidamente Esther salió del salón, trajo un taburete tapizado e invitó al joven a sentarse.

—Gracias, Esther —dijo Ben-Hur efusivamente.

Una vez sentados todos, y después de intercambiar información general, el joven judío anunció:

—He venido a hablaros del Nazareno.

Tanto Simónides como Baltazar guardaron al punto un profundo silencio.

—Durante varios días lo he seguido con la atención y el interés que se debe a alguien a quien se ha esperado tan ansiosamente. He podido observado en muy diversas circunstancias, que considero claves para reconocer el carácter y el valor de un hombre, y al tiempo que estoy seguro de que es un mortal como cualquiera de nosotros, no estoy menos seguro de que sea algo más.

—¿Qué más?

—Os lo diré…

En ese momento entró alguien en la habitación y Ben-Hur se interrumpió; se dio entonces la vuelta, y emocionado se puso de pie con los brazos extendidos.

—¡Amrah! ¡Mi querida Amrah! —exclamó.

La anciana se acercó; viendo su expresión de júbilo, a Ben-Hur no se le ocurrió pensar ni un solo instante en lo curtido y arrugado que se veía el rostro de la pobre mujer. Se arrodilló a los pies del joven y asiendo sus rodillas le besó las manos una y otra vez; después de un momento, Ben-Hur acarició sus blancos y deslucidos cabellos al tiempo que decía:

—Mi buena Amrah, ¿no sabes nada, nada de ellas? ¿Ni una palabra? ¿Ni un indicio?

La anciana se echó a llorar, con sollozos que resultaban para Ben-Hur mucho más elocuentes que cualquier respuesta que hubiese podido darle.

—Se ha hecho la voluntad de Dios —dijo entonces él solemnemente, en un tono de voz que indicaba con claridad a todos los presentes que ya no le quedaba esperanza alguna de encontrar a su gente. Trataba de ocultar de los demás las lágrimas que había en sus ojos.

Cuando recobró el control de sí mismo, se sentó de nuevo y dijo:

—Ven y siéntate junto a mí, Amrah… Aquí. ¿No quieres hacerlo? Entonces siéntate a mis pies, pues tengo mucho que contar a estos buenos amigos acerca de un hombre maravilloso que ha aparecido en el mundo.

Pero ella se alejó, y recostándose contra la pared, juntó sus manos por encima de las rodillas, satisfecha, pareció a todos, con el solo hecho de ver al

joven. Entonces Ben-Hur, haciendo una reverencia en dirección de los dos ancianos, reinició su relato.

—No me atrevería a responder a la pregunta acerca del Nazareno sin antes contaros algunas de las cosas que le he visto hacer. Y me siento aún más inclinado a ello, amigos míos, porque mañana vendrá a la ciudad y subirá hasta el Templo, que él llama la Casa de su Padre, y dónde según se dice, hará su proclamación. Así que mañana mismo sabremos si tú, Baltazar, tienes razón, o si la tienes tú, ¡oh Simónides! Lo sabremos nosotros y todo Jerusalén.

Frotándose las trémulas manos, Baltazar preguntó:

—¿Y dónde he de ir para verlo?

—El tumulto será excesivo. Creo que haríais mejor en colocaros en la azotea en lo alto de los claustros… sobre el pórtico de Salomón, por ejemplo.

—¿Podrás acompañarnos?

—No —dijo Ben-Hur—, mis amigos podrían necesitarme; quizá en la procesión.

—¿En la procesión? —exclamó Simónides—. ¿Viaja como un soberano?

Ben-Hur comprendió la intención de la pregunta.

—Trae con él doce hombres; pescadores, labradores, un publicano, pertenecientes todos a la clase más humilde. Viajan siempre a pie, sin que les importe el viento, el frío, la lluvia o el sol ardiente. Al observarlos cuando se detienen a la vera del camino al atardecer para repartir el pan o acostarse a dormir me recuerdan a un grupo de pastores que regresan del mercado con sus rebaños, no a un cortejo de nobles y de reyes. Unicamente cuando levanta él las puntas del pañuelo con que cubre la cabeza para mirar a alguien o sacudirse del cabello el polvo del camino, resulta evidente que él es su maestro, además de su compañero… el superior de todos aunque no deje de ser su amigo.



Ben-Hur prosiguió después de una pausa.

—Sois hombres astutos. Bien sabéis que unas cuantas ideas centrales dominan nuestra conducta, y que se ha convertido casi en una ley de la naturaleza que dediquemos nuestra vida entera a la búsqueda afanosa de unos cuantos objetivos; ahora bien, considerando esa ley, ¿qué diríais de un hombre que pudiendo ser muy rico, al transformar las piedras en oro, elige por el contrario ser muy pobre?

—Los griegos le llamarían un filósofo —contestó Iras.

—No, hija mía —negó Baltazar—, los filósofos nunca han tenido el poder de hacer algo semejante.

—¿Y cómo sabes que este hombre lo hace?

—Lo he visto transformar el agua en vino —respondió Ben-Hur sin vacilar.



—¡Prodigioso! ¡Prodigioso! —dijo Simónides—; pero me parece aún más prodigioso que prefiera vivir en la pobreza cuando podría ser rico. ¿Es en verdad tan pobre?

—No posee nada y tampoco envidia las posesiones de los demás; incluso se compadece de los ricos. Pero aparte de ello, ¿qué me diríais de un hombre que multiplicó siete panes y dos peces, que eran todas sus provisiones, para dar de comer a cinco mil personas, y aún sobraron cestos llenos? Yo vi cómo el Nazareno hacía esto.

—¿Lo viste? —preguntó Simónides admirado.

—Así es, y comí de los panes y los peces… Y todavía más maravilloso, ¿qué diríais de un hombre que posee tal facultad para curar que a un enfermo le basta con tocar el borde de sus vestiduras o llamarlo desde la distancia para ser sanado? Eso también lo he presenciado, no una, sino muchas veces. Cuando salíamos de Jericó, dos ciegos que se hallaban a un lado del camino llamaron al Nazareno, él posó su mano sobre los ojos de ambos y pudieron

ver. Trajeron entonces en su presencia un paralítico, él se limitó a dear «vuelve a tu casa», y el hombre pudo caminar de nuevo. ¿Qué me decís de estas cosas?

El mercader no encontró qué contestar.

—Tal vez pensaréis, como he escuchado discutir a otros, que las cosas que os he contado son como trucos de juglares. A ello respondería refiriéndoos cosas aún más portentosas que le he visto realizar. Pensad, por ejemplo, en aquella maldición de Dios que no concede a quienes la sufren otro alivio que la muerte: la lepra.

Al escuchar esas palabras Amrah dejó caer las manos al suelo, y se incorporó a medias en un esfuerzo por oír mejor.

—¿Qué diríais —preguntó Ben-Hur con entusiasmo creciente— si hubieseis visto lo que ahora os voy a contar? Un leproso se aproximó al Nazareno en una ocasión en que estaba yo con él en Galilea, y le dijo: «Señor, si así lo quisiereis, podrías purificarme». Él escuchó la petición y tocando con su mano a aquel desgraciado le dijo, «Quedas libre de impureza», y el hombre volvió a ser como antes fue, tan sano como cualquiera de quienes contemplábamos la curación, y éramos una multitud.



En aquel punto, Amrah se puso de pie y con sus huesudos dedos apartó de los ojos unos enredados mechones. Desde hacía largo tiempo el cerebro de la buena mujer no funcionaba tan bien como su corazón, y tenía que hacer grandes esfuerzos para seguir las palabras de Ben-Hur.

—Y en otra ocasión —continuó diciendo este— se acercó a él un grupo de diez leprosos y arrojándose a sus pies gritaron: «Maestro, maestro, ten

piedad de nosotros». Yo lo vi y lo escuché todo. Él les dijo entonces: «Id a presentaros al sacerdote, como lo exige la Ley, y antes de que lleguéis, seréis sanos».

—¿Y sucedió así?

—Sí. En el camino la enfermedad abandonó sus cuerpos y no quedó otro vestigio de ella que las ropas nauseabundas.

—Eso es algo que no tiene precedente. Nunca había ocurrido algo semejante en todo Israel —musitó Simónides.

Justo en ese momento, Amrah dio media vuelta, sin hacer ruido caminó hasta la puerta, y salió; ninguno de los presentes se dio cuenta.



—Dejo a vuestra imaginación los pensamientos que ha despertado en mí el contemplar tales cosas con mis propios ojos —prosiguió Ben-Hur— pero mis dudas y aprensiones no habían sido eliminadas por completo. Ya sabéis que los pobladores de Galilea son impetuosos y bruscos; después de años de espera, las espadas inactivas les quemaban ya las manos. Necesitaban pasar a la acción cuanto antes. «Tarda mucho en proclamarse; presionémosle a que lo haga», me gritaban. Y yo también comencé a impacientarme. Si ha de ser un rey, ¿por qué no accede a su trono ahora? Las legiones están listas. Así pues, una vez que estaba predicando en una playa, decidimos coronarlo, lo quisiera él o no, pero desapareció de repente, y cuando lo volvimos a ver se alejaba de la costa en una embarcación. Mi buen Simónides, los deseos que enloquecen a otras personas —riquezas, poder y hasta la posibilidad de un reino ofrecido por una multitud de gente que le ama— no le interesan en absoluto. ¿Qué me dices?

La barbilla del mercader parecía haberse derrumbado sobre su pecho, pero al oír la pregunta que se le dirigía, irguió la cabeza y respondió resueltamente:

—El Señor vive y viven también las palabras de los profetas. Todavía falta esperar un poco más; dejemos que el día de mañana nos traiga la respuesta.

—Que así sea —dijo Baltazar sonriente.

—Que así sea —dijo también Ben-Hur y en seguida añadió—. Pero aún no he terminado. Además de todo lo que os he contado, cuyo carácter sobrenatural podría ser puesto en duda por las personas que no lo presenciaron como lo hice yo, ahora os hablaré de otras cosas, infinitamente más grandiosas y reconocidas desde el principio del mundo como fuera del poder del ser humano. Decidme: ¿tenéis noticias de alguien que haya osado

sustraerle a la muerte lo que la muerte ya había hecho suyo? ¿Quién ha sido capaz de devolver el aliento vital a un ser que ya lo ha perdido? ¿Quién sino…?

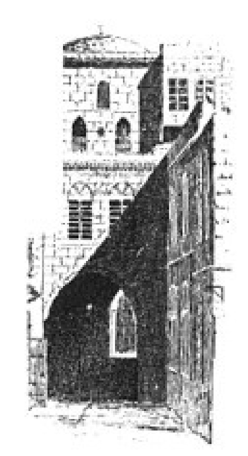
—¡Dios! —dijo Baltazar reverentemente.

Ben-Hur asintió.

—¡Oh sabio egipcio! No rehusaré el nombre que acabas de pronunciar. ¿Qué hubieses hecho tú, o tú, Simónides, de haber visto lo que yo vi?… Un hombre que con pocas palabras y sin ninguna ceremonia, sin más esfuerzo que el que hace una madre para despertar a su hijo dormido, deshacía el trabajo de la muerte. Ocurrió en Naín. Nos disponíamos a franquear las puertas de la ciudad cuando nos topamos con un grupo que llevaba un cadáver. El Nazareno se detuvo para que pasara el cortejo fúnebre. En medio del grupo marchaba una mujer que lloraba desconsoladamente. Una expresión de piedad iluminó el rostro del Nazareno. Se acercó a la mujer y le habló. Luego llegó hasta el ataúd, posó su mano sobre él y le dijo al hombre que allí yacía: «Joven, levántate», y al punto el hombre se incorporó y habló.

—Tanta grandeza solo cabe en Dios —comentó Baltazar a Simónides.

—Tomad nota —dijo Ben-Hur— que solo os hablo de las cosas de las que he sido testigo junto con un gran número de hombres. De camino hacia aquí presencié una acción aún más portentosas. En Betania había un hombre llamado Lázaro, que murió y fue enterrado como prescriben los ritos, y durante cuatro días había yacido en su tumba, cuyo acceso estaba cenado por una roca enorme. Pues bien, el Nazareno fue conducido hasta ese sitio, y una vez que la roca fue apartada, pudimos observar en su interior un cuerpo envuelto en sudarios que ya empezaba a descomponerse. Mucha gente se hallaba congregada en los alrededores y todos escucharon las palabras del Nazareno, pues habló con voz poderosa: «¡Lázaro, acércate!». No podía explicaros lo que sentí cuando el hombre, como en respuesta a esas palabras se levantó y vino hacia nosotros envuelto en sus mortajas. «Desatadlo —dijo el Nazareno— desatadlo y dejadlo marchar». Y cuando el sudario fue retirado del rostro del hombre resucitado, he aquí, amigos, que la sangre comenzó a correr de nuevo por aquel cuerpo devastado, y recuperó el aspecto que tuvo en vida antes de la enfermedad que acabó con él. Sigue aún con vida, y se le puede ver y se puede hablar con él en cualquier momento. Mañana mismo



podríais ir a verlo. Y ahora, como creo que no son necesarios más preámbulos, os diré lo que quería preguntaros y que no es más que una repetición de aquello que inquirías, oh Simónides: «¿Qué otra cosa es este Nazareno además de un hombre?».

La pregunta había sido enunciada solemnemente y el grupo estuvo debatiendo hasta bien pasada la medianoche. Simónides continuaba reacio a renunciar a su interpretación de las palabras de los profetas, mientras Ben-Hur argüía que tanto él como Baltazar tenían razón… que el Nazareno era el Redentor como pretendía Baltazar, y también el anunciado Rey, como hubiese querido el mercader.

—Ya lo veremos mañana. Que la paz sea con todos vosotros.

Con estas palabras Ben-Hur se despidió de los presentes, con el propósito de regresar a Betania.

Capítulo III
Las leprosas salen de su tumba

La primera persona en salir de la ciudad la mañana siguiente en cuanto se abrió la Puerta del Carnero[1], fue Amrah, con su cesta bajo el brazo. Los guardianes no le hicieron preguntas, pues cada mañana llegaba con tanta regularidad como el amanecer; suponían que era una criada de alguna familia pudiente, y eso les bastaba.

Amrah descendió por el valle oriental. Esta ladera del Monte de los Olivos, de un verde intenso, se veía ahora salpicada por blancas tiendas colocadas recientemente por forasteros que asistían a las celebraciones. Era todavía muy temprano para que los visitantes estuviesen en pie, pero aunque no hubiese sido así, tampoco habría sido molestada por ellos. Dejó atrás Getsemaní[2], luego las tumbas en la encrucijada de los caminos de Betania, y la sepulcral aldea de Siloam. De vez en cuando su endeble y decrépito cuerpo se tambaleaba, y en una ocasión tuvo que sentarse para recuperar el aliento; se levantó al cabo de un instante, sin embargo, y continuó su camino con renovados ánimos. Si las rocas que se alineaban a ambos lados del camino tuviesen oídos, habrían escuchado cómo se hablaba a sí misma entre susurros; si tuviesen ojos habrían visto cómo con frecuencia elevaba su mirada hacia la montaña, como reprochándole al alba el haber llegado tan pronto; y si tuviesen el don del habla, posiblemente habrían comentado entre sí: «Nuestra amiga lleva mucha prisa esta mañana; deben estar muy hambrientas las bocas que va a alimentar».

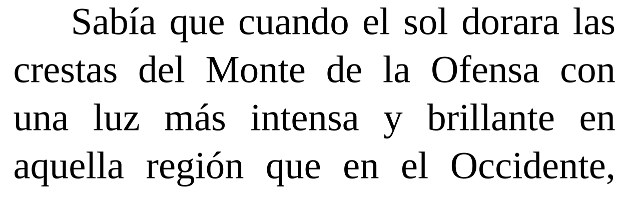
Cuando finalmente llegó al Jardín del Rey acortó el paso; desde allí ya estaba a la vista la lúgubre ciudad de los leprosos, que se extendía a todo lo largo de la horadada colina sur del Hinnom.



Como ya el lector habrá supuesto, Amrah se dirigía a ver a su señora, que como se recordará, moraba en una de las tumbas en lo alto del pozo de En-Rogel.

A pesar de la hora tan temprana, la desdichada mujer estaba ya sentada en el exterior de la tumba, mientras Tirzah seguía durmiendo en el interior. El curso de la enfermedad había sido terriblemente veloz en los últimos tres años. Consciente de su lamentable aspecto, generalmente permanecía cubierta por completo. Mientras fuese posible, no permitía que siquiera Tirzah pudiese verla.

Aquella mañana tenía la cabeza descubierta, conocedora que no había nadie en los alrededores que pudiera impresionarse al contemplarla. La luz todavía no era plena, pero sí lo suficiente para observar los estragos que había debido padecer. Su pelo era blanco como la nieve, basto e indómito, y caía sobre sus hombros y espalda como multitud de alambres de plata. Los párpados, los labios, las fosas nasales, la carne de las mejillas habían desaparecido casi por completo o se habían convertido en llagas malolientes. El cuello era como una masa de escamas de color ceniciento. Una de sus manos se encontraba por fuera de los pliegues de su túnica, rígida como la de un esqueleto; las uñas aparecían carcomidas; los nudillos, cuando no estaban en carne viva, eran inflamadas protuberancias recubiertas de una costra rojiza. La cabeza, el rostro, el cuello y la mano eran indicios más que suficientes de la condición en que se encontraba el resto del cuerpo. Contemplando el aspecto que ahora tenía, era fácil comprender que la viuda del príncipe Hur, antes tan hermosa, hubiera podido ocultar su verdadera identidad durante los últimos años.



Sabía que cuando el sol dorara las crestas del Monte de la Ofensa con una luz más intensa y brillante en aquella región que en el Occidente, estaría por llegar Amrah. Se acercaría primero al pozo, y luego se detendría junto a una roca a mitad de camino entre el pozo y la base de la colina, y que en ese punto depositaría los alimentos que tenía en la cesta y llenaría el cántaro con una provisión de agua fresca suficiente para el resto del día. Después de vivir tantos años en una felicidad que parecía completa, ahora, en cambio, la única ilusión que le quedaba a la desventurada mujer era aquella breve visita diaria. Podía preguntarle a Amrah por su hijo y enterarse de su salud, así como recibir noticias sobre las actividades y proyectos que Amrah había alcanzado a detectar. Por lo general, la información era bastante escasa, pero de todos modos reconfortante. De vez en cuando sabía por Amrah que Ben-Hur estaba en casa; a partir de entonces y durante los días siguientes al rayar el alba emergía de su tenebrosa celda y allí se quedaba sentada, inmóvil, hasta el mediodía, y desde el mediodía hasta la puesta del sol, una figura vestida de blanco, muy quieta, semejante a una estatua, mirando invariablemente aquel punto en las cercanías del Templo, donde una vez se había levantado su antigua casa, tan cara a su memoria, y más cara aún al saber que su hijo se encontraba allí. Era lo único que le quedaba. Tirzah ya podía contarse entre los muertos; y en cuanto a sí misma, solo esperaba el final, sabiendo que cada hora de vida era una hora de agonía, si bien era al menos una agonía sin dolor.

Muy poco había en los alrededores de aquella colina para alimentar su antiguo entusiasmo por las cosas bellas que la naturaleza ofrece: todos los animales, incluso las aves, evitaban acercarse al sitio, como si conociesen su historia y el uso al que estaba destinado; todo verdor que lograba brotar perecía durante su primera estación; los vientos se abatían sobre los tallos nacientes y sobre las ralas hierbas, y todo aquello que no conseguían desarraigar lo iban secando paulatinamente. En cualquier dirección que mirase, el paisaje resultaba deprimentemente monótono: hacia arriba, tumbas, hacia abajo tumbas, en frente de su propia tumba, otras tumbas… todas recientemente blanqueadas, como advertencia a los peregrinos que por allí llegasen. Habría podido pensarse que la mujer encontraría cierto alivio para el dolor que la embargaba dirigiendo su mirada hacia el cielo claro y hermoso,

pero ¡ay!, al tiempo que iluminaba las cosas bellas en otros sitios, a ella el sol le hacía un flaco favor, dejando totalmente al descubierto su aspecto cada vez más horripilante. Además, bajo un cielo despejado, ningún sueño podría forjarse respecto a la pobre Tirzah. El don de la vista puede ser a veces una terrible maldición.



Bien, cabría preguntarse por qué no ponía fin a sus sufrimientos.

¡LA LEY SE LO PROHIBÍA!

Un gentil podría sonreír al escuchar tal respuesta, pero no así un hijo de Israel.

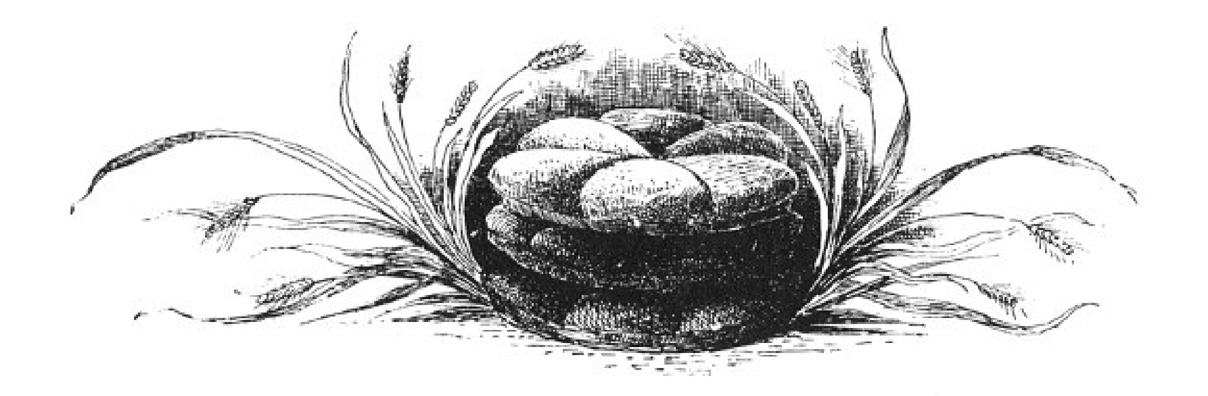
Esa mañana, mientras se encontraba sentada en su sitio habitual, poblando la lúgubre soledad con pensamientos aún más sombríos, vio de repente a una mujer que ascendía penosamente por la colina, tambaleante, agobiada por el esfuerzo.

La viuda se puso de pie al instante, y cubriéndose el rostro gritó con una voz sobrenaturalmente áspera:

—¡Somos impuras! ¡Impuras!

Poco después, desatendiendo la advertencia, Amrah se hallaba a sus pies. Todo el amor acumulado en el corazón de aquella simple criatura pareció explotar con virulencia; en medio de profusas lágrimas y exclamaciones apasionadas besaba las vestiduras de su señora; en un primer momento, esta trató de escapar, luego, al ver que era imposible, esperó a que cediera la excitación de la criada.

—Pero ¿qué has hecho, Amrah? —preguntó al cabo de un rato—. ¿Es así, con tamaña desobediencia como demuestras tu amor por nosotras? ¡Mujer malvada! Te has perdido, y ahora ya no podrás regresar a él, tu amo, nunca, nunca jamás.



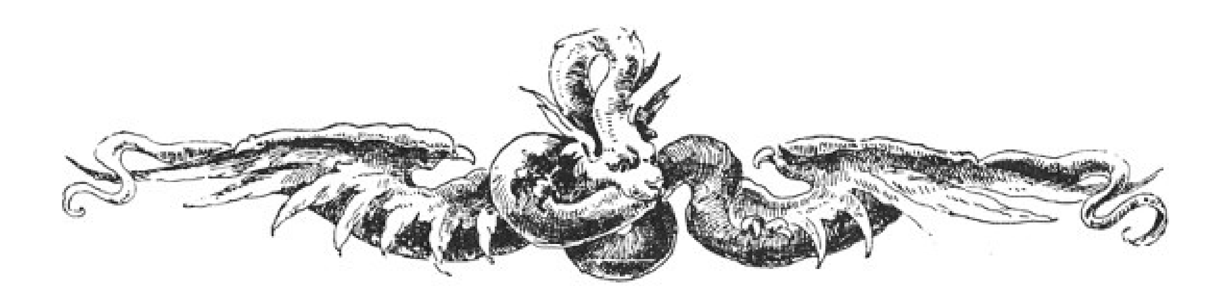
Amrah se dejó caer al suelo, y tendida entre el polvo se echó a sollozar.

—Ahora tú también estás proscrita por la ley —le reprochaba su señora —. No podrás volver a Jerusalén. ¿Qué será de nosotras? ¿Quién nos dará de comer en adelante? Estamos las tres acabadas, las tres por igual.

—¡Piedad, piedad! —imploraba Amrah desde el suelo.

—Hubieses debido tener piedad de ti misma, y en ello habría radicado la mayor de las piedades para nosotras. ¿Adónde podremos escapar ahora? Nadie podrá ayudarnos. ¡Oh criada falsa y desleal! ¡Como si la cólera divina no fuese ya una carga lo bastante pesada!

En ese momento Tirzah, despertada por el ruido, apareció en la entrada de la tumba. La pluma se resiste a describir el aspecto que presentaba. Hubiese sido imposible reconocer en esta aparición fantasmal, semidesnuda, cubierta aquí y allá de costras, casi ciega, sus brazos y piernas grotescamente hinchados a aquella criatura de gracia infantil y singular tersura que conociésemos antaño.



—¿Es Amrah, madre?

La criada trató entonces de arrastrarse hacia donde estaba Tirzah.

—¡Quieta, Amrah! —gritó la viuda imperiosamente—; te prohíbo que la toques. Levántate y márchate antes de que te vea alguno de los que está junto al pozo. ¡No! ¡Pero qué digo! Ya es demasiado tarde: Debes quedarte y compartir nuestra desgracia. Levántate, he dicho.

Amrah se arrodilló y dijo entrecortadamente, apretándose las manos:

—Ay, mi buena señora. Yo no soy falsa…, y no soy malvada. Traigo buenas noticias.

—¿De Judá? —preguntó la viuda, apartando levemente la tela que cubría su rostro.

—Hay un hombre maravilloso —continuó Amrah—, que tiene el poder suficiente para curaros. Con una sola palabra suya sanan los enfermos, y hasta los muertos vuelven a la vida. He venido para conduciros ante él.

—Pobre Amrah —dijo Tirzah compasivamente.

—¡No! —gritó Amrah, percibiendo la incredulidad que implicaban esas palabras. No, lo que digo es tan cierto como que Dios existe, el Señor Dios de Israel, mi Dios y el vuestro. Venid conmigo, os lo ruego, y no perdamos más tiempo. Esta mañana va a pasar cerca de aquí, en camino hacia la ciudad. ¡Ya lo veis! No tendréis que esperar mucho. Tomad estos alimentos que os he traído, comed y pongámonos en camino.

La madre escuchaba ansiosamente. No era imposible que hubiese oído hablar de aquel hombre maravilloso, pues para entonces su celebridad había alcanzado los últimos rincones de la tierra.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó.

—Un nazareno.

—¿Quién te habló de él?

—Judá.

—¿Judá te lo dijo? ¿Está ahora en casa?

—Llegó anoche.

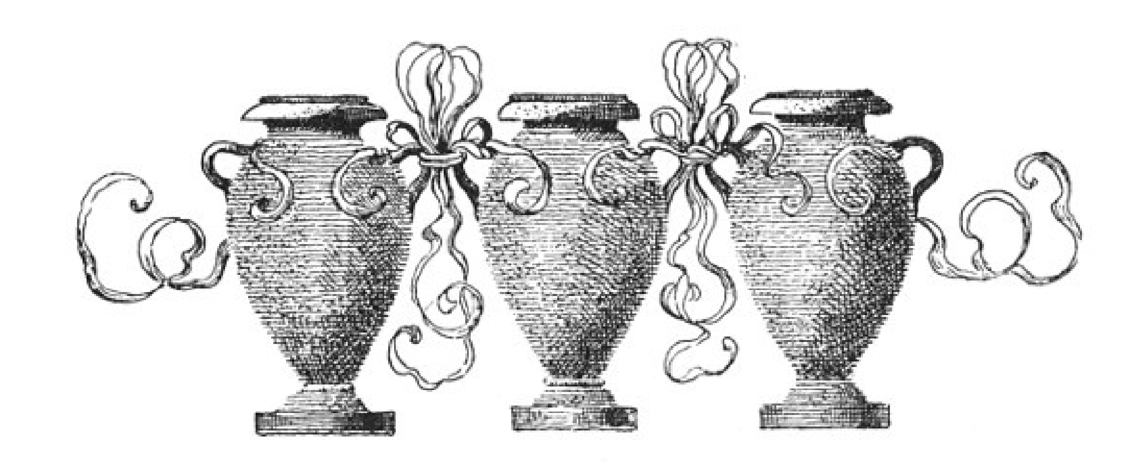
La viuda guardó silencio un instante, tratando de dominar los impetuosos latidos de su corazón.

—¿Te envió Judá a que nos contaras esto?

—No. Él cree que habéis muerto.

—Existió una vez un profeta que realizó la curación de un leproso —dijo la madre pensativamente, dirigiéndose a Tirzah—, pero recibió su poder directamente de Dios. Quisiera saber —preguntó entonces a Amrah—, ¿cómo sabe mi hijo que este hombre posee tal poder?

—Tu hijo viajaba con ese hombre, y presenció cuando los leprosos le llamaban pidiendo su ayuda, y luego vio cómo marchaban sanos. Primero lo hizo con un solo hombre; luego con diez, y todos volvieron a ser como antes.



De nuevo la madre se quedó en silencio. Su esquelética mano temblaba. Es posible que estuviese luchando en su fuero interno por conceder a la historia la aprobación de su fe, que con frecuencia es muy exigente, como bien lo demuestra la actitud de los hombres de aquella época, aun los que habían visto con sus propios ojos lo que el Señor había realizado, así como millones de hombres que han venido después. La madre no dudaba de la acción en sí, ya que su propio hijo había sido testigo, según decía la criada, pero se esforzaba en comprender el poder que permitía a un hombre realizar algo tan prodigioso. Es fácil informarse suficientemente sobre los hechos, pero para comprender el poder, por el contrario, primero es necesario comprender a Dios, y quien pretenda hacerlo seguirá esperando el día de su muerte. En el caso de la madre, no obstante, las dudas no duraron mucho tiempo, y después de un momento dijo a Tirzah:

—¡Debe ser el Mesías!



No había hablado fríamente, como alguien que después de razonar lo suficiente elimina una duda, sino más bien con el entusiasmo de una mujer de Israel familiarizada con las promesas de Dios para su raza, una mujer de inteligencia, capaz de alegrarse con cualquier indicio de que las promesas estaban por cumplirse.

—Hubo un tiempo que en Jerusalén y en todo Judea circuló la historia de que había nacido. Lo recuerdo muy bien. Actualmente aquel niño debería ser ya un hombre. Debe ser él… Es él… Si, Amrah, iremos contigo. Trae el agua, que está en la jarra en el interior de la tumba, y sírvenos de comer. Tomaremos algo y nos marcharemos.

Con la excitación que sentía, el desayuno fue terminado rápidamente y las tres mujeres emprendieron su singular viaje. La misma Tirzah se sentía contagiada por el ánimo y confianza de las otras dos. Tenían, sin embargo, una preocupación: Amrah había dicho que el hombre venía de Betania. Pues bien, entre Betania y Jerusalén existían tres caminos, o mejor dicho senderos, uno que pasaba por la primera cima del Monte de los Olivos, otro que recorría su base, y un tercero que se encontraba entre la segunda cima del Monte de la Ofensa. Ninguno de los tres estaba lejos de allí, pero si no acertaban al adivinar cuál de los tres caminos elegiría el Nazareno, se quedarían sin verlo.

Unas cuantas preguntas bastaron a la madre para comprender que Amrah desconocía por completo la región más allá del Cedrón, y que conocía aún menos sobre las intenciones del hombre que deseaban ver. Tampoco le fue difícil discernir que tanto Amrah como Tirzah esperaban que fuese ella quien guiaría el grupo —la una debido a sus arraigadas costumbres como criada, y la otra por dependencia natural— y de buena gana aceptó hacerlo.

—Iremos primero a Bethphage —les dijo—, y si el Señor nos ayuda, allí sabremos lo que tendremos que hacer luego.

Descendieron la colina hasta llegar a Tophet y al Jardín del Rey, y allí se detuvieron al llegar a aquel hondo sendero hollado a lo largo de los siglos por los pasos de incontables caminantes.

—Me atemoriza seguir el camino —dijo la madre—. Es mejor que sigamos por el campo, entre las rocas y los árboles. Hoy es día de fiesta y en la ladera de aquella colina se ve una gran concurrencia de gente. Será posible evitarlos si cruzamos por el Monte de la Ofensa.

Tirzah, que caminaba con gran dificultad, se desanimó al escuchar esas palabras.

—El monte es muy pendiente, madre; no podré subirlo.

—Recuerda que vamos en busca de salud y de vida. Mira, hija mía, cómo se va aclarando el cielo a nuestro alrededor. Y en la distancia veo mujeres que se dirigen al pozo por este camino. Si nos quedamos aquí nos apedrearán. Ven; en esta ocasión tienes que ser fuerte.

De tal modo la madre, a pesar de los tormentos que sufría en carne propia, intentaba alentar a la hija; y en ese momento Amrah acudió en su ayuda: hasta ese momento no las había tocado, ni estas a ella; llegadas a ese punto, empero, olvidándose de las consecuencias y de la orden impartida por la

madre, la fiel sirvienta se aproximó a Tirzah, rodeó sus enjutas espaldas con un brazo y susurró:

—Apóyate en mí. Soy fuerte a pesar de todos mis años, y el camino no es muy largo… Así… Ahora vamos.

La vertiente de la colina que pretendían cruzar estaba llena de cascotes y ruinas de antiguas construcciones; cuando por fin llegaron a la cima se detuvieron para descansar. Al contemplar el espectáculo que se presentaba ante ellas en el Noroeste —el Templo con sus elegantes terrazas, el Monte Sión y las resistentes torres que se destacaban contra el cielo—, la madre sintió unos deseos de vivir como no había experimentado en mucho tiempo.

—Mira Tirzah —dijo—, mira las hojas doradas de la Puerta Bella. ¡Cómo reflejan las llamas del sol! ¿Recuerdas que solíamos ir allí? ¡Y qué cerca está nuestra casa! Casi puedo verla detrás del *sancta sanctorum*[3]. ¡Y Judá estará allí para recibirnos!

Desde la colina del cerro central, adornada con mirtos y olivos, pudieron ver delgadas columnas de humo que se elevaban hacia el cielo, cada una dando fe de la presencia de intranquilos peregrinos que ya se dedicaban a sus primeras tareas, y recordándoles que las horas pasaban implacablemente y que debían darse prisa.



Aunque la fiel criada se esforzaba por hacerle menos pesado el descenso, Tirzah gemía con cada paso que daba, y a veces, abrumada por la angustia, lanzaba un grito. Al llegar al camino —es decir el camino entre el Monte de la Ofensa y la cima central del Monte de los Olivos— se desplomó, exhausta.

—Sigue tú con Amrah, madre, y déjame aquí —dijo con voz débil.

—No, no Tirzah; ¿de qué me serviría curarme si no lo haces tú? Si te dejara aquí, ¿qué podría decirle a Judá cuando me preguntase por ti?

—Dile que le quería mucho.

La madre se levantó, y paseó la mirada a su alrededor, con esa sensación que se tiene cuando se desvanece la esperanza y que es la más semejante a la aniquilación total del alma. El gozo que podía sentir al pensar en su curación resultaba inseparable de la curación de Tirzah, que aún no era demasiado vieja como para conseguir olvidar en los años de vida saludable que le quedasen, aquellos otros largos y penosos años de sufrimiento, que ahora doblegaban su cuerpo y asolaban su espíritu. En el momento mismo que la valiente mujer se disponía a dejar la suerte de su empresa en manos de Dios, vio que un hombre a pie se acercaba velozmente a ellas, un hombre que venía del Este por el mismo camino.

—¡Valor, Tirzah, anímate! —le dijo—. Sé que aquel viajero podrá darnos noticias del Nazareno.

Amrah la ayudó a sentarse, y la sostuvo mientras el hombre se aproximaba.

—Cegada por tu bondad, madre, te olvidas de lo que somos. El desconocido dará un rodeo para evitarnos; lo mejor que podemos esperar de él es una maldición, o acaso una pedrada.

—Ya veremos.

Para la madre no había otra respuesta posible, pues conocía de sobra el cruel tratamiento que sus compatriotas reservaban para los proscritos que sufrían su terrible mal.

Como ya se ha dicho, el camino en el que el grupo estaba apostado era poco más que una vereda o un sendero tortuoso, que avanzaba por entre montículos de piedra caliza. Si el desconocido no se apartaba del camino, en un momento se encontraría con ellas cara a cara, y así ocurrió, hasta que estuvo lo suficientemente cerca para escuchar el grito de advertencia que ellas estaban obligadas a dar.

—¡Impuras, impuras! —descubriéndose la cabeza, como también exigía la Ley.

Para gran sorpresa suya, el hombre continuó avanzando sin desviarse.

—¿Qué queréis? —preguntó, deteniéndose a solo cuatro metros del grupo.

—Ya nos has visto; ten cuidado —dijo la madre con dignidad.

—Mujer; yo soy correo de aquel que sana con una sola palabra a quienes son como vosotras. No tengo miedo.

—¿El Nazareno?

—¡El Mesías! —respondió él.

—¿Es verdad que viene hoy a la ciudad?

—Ahora está en Bethphage.

—¿Por qué camino viene?

—Por este mismo.

La madre juntó sus manos, y llena de gratitud elevó sus ojos.



—¿Por quién le tomáis? —preguntó el hombre con piedad.

—Por el Hijo de Dios —respondió ella al punto.

—Entonces quédate aquí, o mejor, como con él viene una verdadera multitud, colócate junto a aquella roca; sí, aquella roca blanca bajo el árbol, y cuando pase no dejes de llamarle en voz alta y sin temor. Si tu fe es tan grande como parece, te escuchará aunque truenen los cielos. Yo me dirijo a avisar a Israel, congregado en el interior y en los alrededores de la ciudad, que él se acerca, y que deben prepararse para recibirlo. La paz sea contigo y con los tuyos, mujer.

Y el hombre siguió su camino.

—¿Has escuchado, Tirzah; has escuchado? El Nazareno se acerca, por este mismo camino, y nos escuchará. Haz un esfuerzo, un último esfuerzo y lleguemos hasta la roca. Está muy cerca.

Alentada por aquellas palabras, Tirzah asió la mano de Amrah y se puso de pie. Un instante después, empero, vieron que el hombre regresaba, y se detuvieron a esperarlo.

—Disculpadme —dijo al alcanzarlas—. He pensado que el sol calentará mucho cuando pase el Nazareno por aquí, y que si me hace falta algo de beber no tengo que preocuparme estando la ciudad tan cerca, y me ha parecido que esta agua os será de más provecho a vosotras que a mí. Quedáosla y no perdáis el ánimo. Llamadle cuando pase.

En cuanto terminó de hablar, ofreció a la madre una calabaza llena de agua, como las que llevaban a menudo los caminantes para atravesar las colinas; en lugar de colocar su obsequio en el suelo para que ella lo cogiera cuando él ya se hubiese apartado a una distancia prudente, se lo entregó en las manos.

—¿Eres judío? —inquirió la mujer sorprendida.

—Soy judío, sí, y algo más importante, soy discípulo del Cristo que diariamente ha predicado con la palabra y el ejemplo lo que yo acabo de hacer. Durante mucho tiempo el mundo había conocido la

palabra «caridad», sin comprenderla. De nuevo te doy la paz, os deseo ánimo a ti y a tu gente.

El hombre se alejó, y ellas se dirigieron lentamente a la roca que les había señalado, a unos treinta metros a la derecha del camino, y que fácilmente igualaba la altura de cualquiera de las mujeres. Colocándose en frente, la madre tuvo la certeza que desde allí podrían ser vistas y escuchadas por los viajeros cuya atención deseasen atraer. Se sentaron bajo la sombra del árbol, bebieron de la calabaza y descansaron. Tirzah no tardó en dormirse, y por temor a turbar su sueño, las otras dos guardaron silencio.

Capítulo IV
El milagro

Durante la hora tercia, el sendero en frente del sitio donde descansaban las leprosas empezó a hacerse cada vez más frecuentado por gente que iba en dirección de Bethphage y Betania; ahora, al comienzo de la hora cuarta, apareció una enorme multitud sobre la cima del Monte de los Olivos, y según bajaban Amrah y su señora pudieron ver con sorpresa que todos portaban hojas de palmera recién cortadas. Estaban aún absortas ante la novedad, cuando el ruido de otra multitud que se acercaba, esta vez desde el Oriente, les hizo mirar en esa dirección. La madre despertó entonces a Tirzah.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó la hija.

—Ya viene —respondió la madre—. Los que estamos viendo vienen de la ciudad a su encuentro, y los que oímos por el Este son sus amigos que le acompañan. Nada tendría de raro que las dos procesiones se encontraran justamente en frente nuestro.

—Me temo que si así ocurre no podremos ser oídas.

Ese mismo pensamiento rondaba la mente de la madre.

—Amrah —preguntó—, cuando Judá hablaba de la curación de los diez, ¿con qué palabras dijo que llamaron al Nazareno?

—Decían «Señor, ten piedad de nosotros», o bien «Maestro, ten piedad».

—¿Solo eso?

—Que yo sepa nada más.

—Y sin embargo era suficiente —añadió la madre para sí misma.

—Sí —dijo Amrah—. Judá dijo que los vio marcharse ya curados después de esto.

Mientras tanto la gente que venía desde el Oriente ya ascendía lentamente aquel último trecho. Cuando finalmente la mayor parte de ellos estuvieron a la vista de las mujeres, las tres clavaron los ojos en un hombre que cabalgaba en medio de lo que parecía ser un grupo que cantaba y bailaba a su alrededor con singular júbilo. El jinete llevaba la cabeza descubierta e iba vestido todo de blanco. Cuando estuvo lo suficientemente cerca para que pudiesen observarlo con toda claridad, pudieron ver que su rostro tenía un tinte de aceituna y su cabello era largo, castaño y ligeramente quemado por el sol. No miraba ni a derecha ni a izquierda. No parecía participar de los alegres festejos de quienes lo rodeaban; no conseguían sacarlo de la profunda melancolía en la que estaba sumido, como su rostro lo indicaba. El sol caía sobre la parte posterior de su cabeza, y al iluminar el flotante cabello parecía formarse como una dorada aureola. Detrás suyo la desordenada procesión avanzaba entre cánticos y gritos hasta perderse de vista. No había necesidad de que nadie les dijera a las leprosas que este hombre era él, el maravilloso Nazareno.

—¡Ya está aquí, Tirzah! —dijo la madre—, ¡ya está aquí! Ven, hija mía.

Mientras hablaba se fue deslizando por la roca y cayó de rodillas.

Inmediatamente la hija y la criada se pusieron a su lado. Entonces, a la vista de esa procesión, los miles de personas que venían de la ciudad se detuvieron y comenzaron a agitar sus verdes hojas de palma, gritando, o mejor dicho cantando como una sola voz.

—¡Bendito sea el rey de Israel que viene en nombre del Señor!

Y toda la muchedumbre que acompañaba al Nazareno, tanto los que estaban cerca como los que estaban lejos, respondieron al saludo, de manera que el aire vibró con el sonido que era como un viento que sacudía la ladera de la colina. Entre aquel estruendo las voces de las pobres leprosas no eran más audibles que el gorjeo de un gorrión aturdido.

Llegó el momento en que los dos grupos se encontraron y con ello la oportunidad que las dolientes mujeres ansiaban; si no la aprovechaban se perdería para siempre, y se perderían ellas también.

—Más cerca, hija, acerquémonos más; Él no puede escucharnos —decía la madre.

La madre se levantó y dio un par de pasos vacilantes. Llevaba en alto sus manos descarnadas y gritaba con voz horriblemente chillona. La gente la vio…, vio su espantosa cara y se detuvo aterrorizada. Tirzah, un poco más atrás cayó al suelo, demasiado débil para seguir avanzando.

—¡Son leprosas! ¡Leprosas!

—¡Apedreadlas!

—¡La maldición de Dios! ¡Matadlas!



Estos y otros gritos similares se superpusieron a los hosannas de aquella parte de la multitud que estaba demasiado lejos para ver y comprender la causa de la interrupción. Había algunos, no obstante, que conocían mejor la naturaleza del hombre a quien las desdichadas dirigían sus súplicas, algunos, que después de seguirle durante largo tiempo, habían llegado a vislumbrar su compasión divina. Estos pocos se quedaron mirando fijamente y en silencio al Nazareno mientras avanzaba hasta detenerse en frente de la mujer. También ella contempló en silencio su rostro: sereno, piadoso, de belleza extrema, sus grandes ojos llenos de ternura y benevolencia.

Esta fue la conversación que tuvo lugar:

—¡Maestro, oh Maestro! Bien ves la necesidad en que nos encontramos. Tú puedes hacernos puras. Ten piedad de nosotras… ¡Piedad!

—¿Creéis que soy capaz de hacerlo? —preguntó.

—Eres aquel de quien hablaron los profetas. Eres el Mesías —respondió ella.

Los ojos del hombre parecieron iluminarse; una expresión de confianza inundó su continente.

—Mujer —le dijo—, grande es tu fe; que se obre sobre ti según tu voluntad.

Se demoró aún un instante, en apariencia sin reparar en la muchedumbre que se había arremolinado…, solo un instante y siguió su camino.

Para aquel corazón de origen divino y, sin embargo, tan humano, dotado con los mejores dones terrenales, que se encaminaba con toda certeza y conciencia a la muerte más cruel e ignominiosa que el ser humano haya inventado, y que podía ya anticipar la angustia que acompañaría a aquel acontecimiento, y, no obstante, tan sediento de amor y fe como en el principio, qué preciosa e inefablemente consoladora debió resultar la exclamación de despedida de la agradecida mujer:

—¡Gloria a Dios en las alturas! ¡Bendito sea, tres veces bendito, el Hijo que Él nos ha dado!

Un momento después, las dos multitudes, la que venía de la ciudad, y la que caminaba desde Bethphage, lo rodearon con demostraciones de júbilo, con hosannas y batir de palmas, y así se alejó para siempre de las leprosas. Cubriéndose la cabeza, la madre se apresuró a correr hacia Tirzah, y estrechándola entre sus brazos gritó:

—¡Hija, levanta tus ojos! Tengo su promesa. Es en verdad el Mesías. Estamos salvadas. ¡Salvadas!

Madre e hija se quedaron de rodillas, mientras que la procesión, que avanzaba ahora a paso lento, fue desapareciendo detrás del monte. Cuando el ruido de cánticos en la distancia apenas alcanzaba a escucharse, comenzó a obrarse el milagro.

En primer lugar se renovó la sangre en el corazón de las leprosas; en seguida comenzó a circular con mayor velocidad y fuerza, estremeciendo sus gastados cuerpos con una sensación infinitamente dulce de curación indolora. Sintieron ambas cómo las costras desaparecían, cómo renacían sus fuerzas, cómo volvían a ser lo que antes fueron. Inmediatamente, como para hacer que la purificación fuese más completa, aquella aceleración del cuerpo se comunicó con el espíritu, exaltándolas hasta un fervor cercano al éxtasis. El poder que las poseía para concederles este beneficio podría semejarse a una transformación rápida y afortunada, pero se distinguía de ella y la aventajaba porque la curación y limpieza era absoluta y se experimentaba como un proceso de plantación, crecimiento y maduración al mismo tiempo, con una sensación tan singular y tan sagrada que su mero recuerdo debería ser en sí mismo como una vaga y sin embargo perfecta acción de gracias.

De esta curación hubo otro testigo además de Amrah… El lector recordará la constancia con la cual Ben-Hur había seguido al Nazareno en todos sus recorridos; y si se piensa además en la conversación de la noche anterior, no debe resultar sorprendente que el joven judío se hallase presente en el momento que las leprosas aparecieron en el sendero que seguían los

peregrinos. Escuchó la súplica de la mujer y vio su rostro desfigurado; también escuchó la respuesta con atención pues no estaba tan habituado a acciones similares como para perder todo interés en ellas. Y aunque tal hubiese sido el caso, las agrias discusiones que se originaban con la más mínima demostración de los poderes curativos del Maestro, hubiese sido suficiente para preservar su curiosidad. Más aún, y aunque no fuese el incentivo más elevado, el deseo de satisfacer sus propias dudas sobre la espinosa pregunta de cuál era la misión de aquel hombre misterioso seguía rondándole con la misma fuerza que en un principio, o incluso con mayor fuerza, podríamos decir, porque creía que muy pronto, antes de que el sol se pusiese, él mismo habría de proclamarlo en público. Al final de la escena, por lo tanto, Ben-Hur se había separado de la procesión y se había sentado en una roca para ver qué ocurría.

Desde su sitio vio pasar y saludó a mucha gente conocida, particularmente galileos de sus legiones, que llevaban las espadas cortas ocultas entre los vestidos. Al cabo de un rato se acercó un árabe de piel muy morena, que traía dos caballos; a una señal de Ben-Hur se apartó del camino.

—Quédate aquí —le dijo el joven judío cuando ya habían pasado todos, incluso los rezagados—. Quiero estar muy temprano en la ciudad, y voy a recurrir al servicio de Aldebarán.

Palmeó la amplia frente del caballo, ahora en el cénit de su fortaleza y belleza, y cruzó el camino en dirección de las dos mujeres.

Debe tenerse en cuenta que estas mujeres eran para él completamente desconocidas, en quienes sentía interés solo como sujetos de un experimento sobrehumano, cuyo resultado podría ayudarle a resolver el misterio que durante tanto tiempo le había rondado. Mientras avanzaba echó un vistazo casual a la menuda figura de la mujer que se encontraba junto a la roca blanca, y que en ese mismo instante se cubría el rostro con las manos.

«Pero si es Amrah, ¡vive Dios!», se dijo.

Se dio entonces prisa, y pasando junto a la madre y la hija, sin reconocerlas todavía, se detuvo frente a la criada.

—Amrah —le dijo—, Amrah, ¿qué haces aquí?

La anciana dio un par de pasos y cayó de rodillas ante él, sus ojos cegados por las lágrimas, muda por el júbilo y el temor intenso que luchaban en su interior.

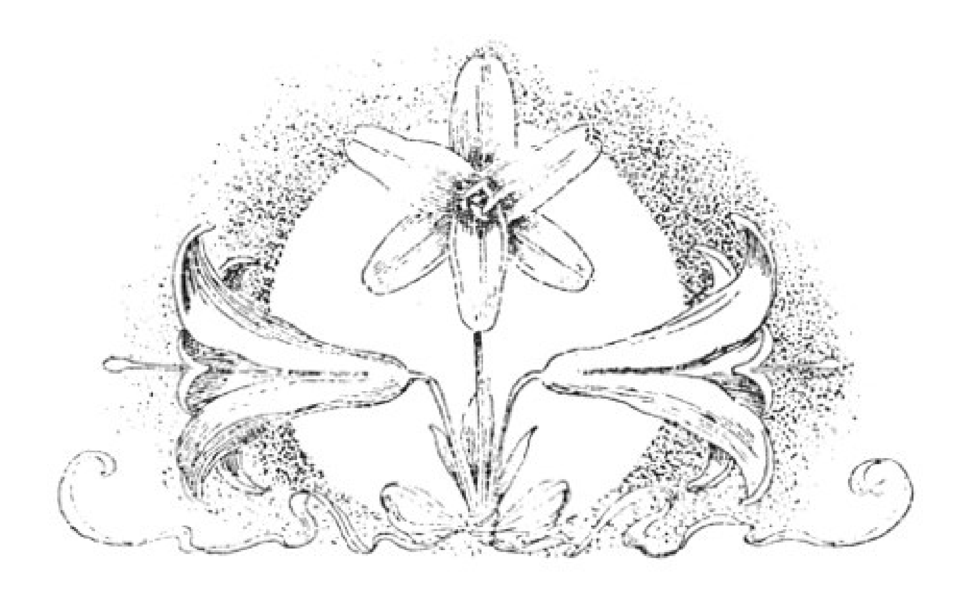
—¡Amo, oh amo! ¡Qué bueno es tu Dios y el mío!

El conocimiento que tenemos de la compasión que nos inspira el prójimo cuando está pasando por duras pruebas es bastante vago; una de sus características más curiosas, sin embargo, es que a menudo nos permite sumergir nuestra identidad dentro de la de esas personas de manera tan completa que sus penas y alegrías casi se convierten en nuestras. Es así como la pobre Amrah, a pesar de encontrarse distante de las otras dos, y de tener la cara oculta por las manos, sabía de la transformación que estaba ocurriendo a las dos leprosas sin necesidad de que se le dijese una palabra, y no solo sabía de ella, sino que compartía sus sentimientos de manera absoluta. Su expresión, las palabras que musitaba y, en general, cada uno de sus gestos, así lo indicaban, y Ben-Hur tuvo un repentino presentimiento y lo relacionó con las dos mujeres que acababa de dejar atrás; sintió que la presencia de la anciana criada estaba asociada de alguna manera con las dos leprosas, y volvió la vista velozmente en el instante en que ellas se ponían de pie. Su corazón pareció detenerse; se quedó como clavado en el mismo sitio, mudo de asombro, incapaz de gritar, sobrecogido.

La mujer que había visto antes frente al Nazareno se encontraba ahora muy cerca de él, con las manos juntas y los ojos extraviados apuntando hacia el cielo. La sola transformación que acababa de ocurrir, hubiese bastado para dejarlo atónito y, sin embargo, no era en ese momento la causa principal de la emoción que sentía. ¿Podría tratarse de una equivocación? Nunca en su vida había encontrado a una desconocida que se pareciese tanto a su madre, tal como la recordaba de la última vez que la viera el día que Roma se la arrebató. Solo existía una diferencia entre las dos imágenes: en el cabello de esta persona se veían algunos mechones grises, lo que no dificultaba su reconocimiento, dado que la inteligencia superior que obraba el milagro bien podría haber tenido en consideración los efectos naturales del paso de los años. ¿Y quién podría ser la joven que se encontraba a su lado sino Tirzah?…, lozana, hermosa, perfecta, ahora un poco más madura, pero en todos los otros aspectos exactamente igual como apareciese junto a él en el parapeto la aciaga mañana del accidente de Grato. Las había dado por muertas, y el tiempo lo había ido acostumbrado a la enorme pérdida; no había dejado de llorarlas, claro está, pero como seres vivientes habían ido desapareciendo de sus planes y sueños. Dando apenas crédito a sus sentidos, colocó sus manos sobre la cabeza de la criada y dijo con voz trémula:

—¡Amrah, Amrah! ¡Son mi madre y Tirzah! Dime que mis ojos no me engañan.

—¡Háblales, oh amo, háblales! —dijo ella.



Sin esperar más, Ben-Hur echó a correr con los brazos extendidos y gritando:

—¡Madre! ¡Madre! ¡Tirzah! ¡Estoy aquí!

Las dos escucharon la llamada y con exclamaciones tan amorosas como las suyas corrieron a su encuentro. De repente la madre se frenó en seco, retrocedió un paso y profirió la vieja alarma:

—¡Detente, Judá, hijo mío! ¡No te acerques más! ¡Somos impuras! ¡Impuras!

El grito que acababa de proferir la madre no provenía tanto de la fuerza de la costumbre que había ido creciendo desde que cayó enferma como de un temor intenso, que no era más que otra expresión del amor maternal sempiternamente previsor. Aunque sus personas estaban ya curadas, los residuos del mal que quedaban en sus vestiduras podrían ser contagiosos. Él no pensaba en nada de esto. Estaban frente a él; él las había llamado, ellas habían respondido. ¿Quién o qué podría ya apartarlas de él? No se detuvo, y un instante después, los tres, después de tan larga separación, mezclaban sus lágrimas en un estrecho abrazo.

Cuando pasó el primer momento de éxtasis, dijo la madre:

—En medio de una gran felicidad, ¡oh hijo mío!, no seamos ingratos. Empecemos una nueva vida expresando nuestro reconocimiento a aquel a quien tanto debemos todos.

Cayeron de rodillas, y Amrah con ellos, y la oración de la madre era como un salmo.

Tirzah repitió la oración, palabra por palabra, y lo mismo hizo Ben-Hur, pero no con la misma claridad de mente y la misma fe incuestionable, pues una vez que se levantaron preguntó:

—Madre, en Jerusalén, donde nació este hombre dicen que es hijo de un carpintero; ¿quién es?

Los ojos de la buena mujer se posaron sobre su hijo con toda su ternura de antaño, y le contestó como lo había hecho con el Nazareno poco antes:

—¡Es el Mesías!

—¿Y de dónde proviene su poder?

—Podemos determinarlo por el uso que de él hace. ¿Alguna vez le ha hecho mal a alguien?

—No.

—Por esa señal entonces, puedo responderte. Recibe su poder de Dios.

No es fácil deshacerse en un instante de las expectativas que se han alimentado a lo largo de los años cuando estas han llegado a ser una parte esencial de nosotros, y aunque Ben-Hur se preguntaba qué podían significar para alguien como él las vanidades de este mundo, obstinada era su ambición y no se apaciguaría tan fácilmente. Insistía, como lo siguen haciendo los hombres día a día, en medir al Cristo con la medida de sí mismo. ¡Cuánto mejor si nos midiésemos a nosotros mismos en comparación con el Cristo!

Naturalmente la madre fue la primera en preocuparse de las necesidades cotidianas.

—¿Y qué vamos a hacer ahora, hijo mío? ¿Adónde iremos?

Entonces Ben-Hur, regresando por así decirlo a la realidad, observó cómo había desaparecido por completo el terrible mal que afligiera a su gente, que ambas habían recuperado la perfección de sus personas, que al igual que Naaman[1] cuando emergiera del agua, la piel de su madre y de su hermana tenían ahora la misma tersura de un bebé. En ese momento se quitó su capa y la entregó a Tirzah.

—Quédatela —le dijo sonriente—, hasta ahora los ojos de un extraño te habrían despreciado, pero a partir de ahora podrían ofenderte.

Al hacerlo quedó a la vista la espada que llevaba en el cinto.

—¿Estamos en tiempos de guerra? —preguntó la madre, inquieta.

—No.

—¿Entonces por qué vas armado?

—Podría ser necesario defender al Nazareno.

De este modo Ben-Hur evitaba contar la verdad completa.

—¿Tiene muchos enemigos? ¿Quiénes son?

—Muchos, madre, y desafortunadamente no todos son romanos.

—¿Pero no es él israelita y un hombre de paz?

—Nunca ha existido alguien tan pacífico como él, pero en opinión los rabinos y los maestros, ha cometido un gran crimen.

—¿Qué crimen?

—A sus ojos, un gentil incircunciso es tan digno del favor de Dios como el más estricto de los judíos. Predica una nueva revelación.

La madre se quedó en silencio, pensativa, y los cuatro se dirigieron a la sombra del árbol junto a la roca. Ben-Hur, frenando su impaciencia por llevarlas a casa y escuchar su historia, les habló de la necesidad de obedecer la ley que regía casos como el suyo, y al concluir llamó al árabe y le ordenó que fuese con los caballos hasta la Puerta de Bethesda y los esperase allí, tras lo cual se pusieron en camino, siguiendo la ruta que iba por el Monte de la Ofensa. Para las mujeres, el regreso fue totalmente diferente; caminaban veloces, sin dificultad, y al cabo de un rato se hallaron junto a una tumba recién cavada, cerca de la de Absalón, que miraba hacia la depresión del río Cedrón. Encontrándola desocupada, las mujeres tomaron posesión de ella, mientras él se dirigía prestamente a la ciudad a hacer los preparativos necesarios para la nueva condición de la familia.

Capítulo V
Peregrinos para la Pascua

Ben-Hur armó dos tiendas en el Cedrón superior, a poca distancia de las Tumbas de los Reyes, dotándolas de todas las comodidades a su alcance, y sin pérdida de tiempo condujo allí a su madre y a su hermana para que esperasen hasta que un sacerdote las examinase y pudiese certificar que estaban completamente curadas.

En cumplimiento de sus deberes, el joven judío se había expuesto hasta tal punto a la contaminación, que ahora no podría participar en las ceremonias que acompañaban la gran fiesta. No le sería posible entrar en ninguno de los patios del Templo, ni siquiera el menos sagrado, y tanto por obligación como por gusto se quedó en las tiendas con su gente. Tenía muchas cosas que escuchar de ellas y también muchas cosas que contarles.



Historias como las suyas —amargas experiencias prolongadas durante varios años, sufrimientos corporales, y sufrimientos espirituales aún más terribles— precisan, por lo general, largo tiempo para ser relatadas; no suelen seguir un hilo narrativo y saltan de un incidente a otro. Ben-Hur escuchó el relato que hacían su madre y su hermana simulando una paciencia que apenas lograba ocultar su gran agitación interna. De hecho, a medida que avanzaba la narración, su odio hacia Roma y los romanos alcanzaba cotas más altas que nunca. Sus deseos de venganza se convertían en sed insaciable, que crecía cada vez que intentaba detenerse a reflexionar. En medio de una amargura casi salvaje, por momentos llegaba a sentir impulsos insensatos. La posibilidad de hacerse salteador de caminos se le aparecía singularmente tentadora; pensó seriamente en encabezar una insurrección en Galilea; e incluso el mar, cuyo solo recuerdo solía aterrorizarle dada cuenta de su infeliz experiencia, se le presentaba ahora como una encrucijada de vías repletas de oportunidades de saquear los cofres y a los viajeros imperiales. No obstante, su buen juicio, que había ido madurando en su interior en horas de mayor calma, estaba ya demasiado arraigado como para suplantar a la pasión momentánea, por muy

impetuosa que esta fuese. Y cada reflexión en busca de alternativas le llevaba a la misma conclusión; que solo podría alcanzarse un éxito verdadero con una guerra que involucrara a todo Israel sólidamente unido; y todas las meditaciones al respecto, todos los interrogantes, todas las esperanzas, iban a parar en el mismo sitio en que comenzaran: en el Nazareno y sus proyectos.

De vez en cuando el ansioso joven se complacía en imaginar discursos apropiados para aquella persona:

«¡Escucha, oh Israel! Yo soy aquel, el prometido de Dios, nacido Rey de los Judíos, que llega a ti con el poder del que hablaban los profetas. ¡Levántate ahora y toma posesión del mundo!».

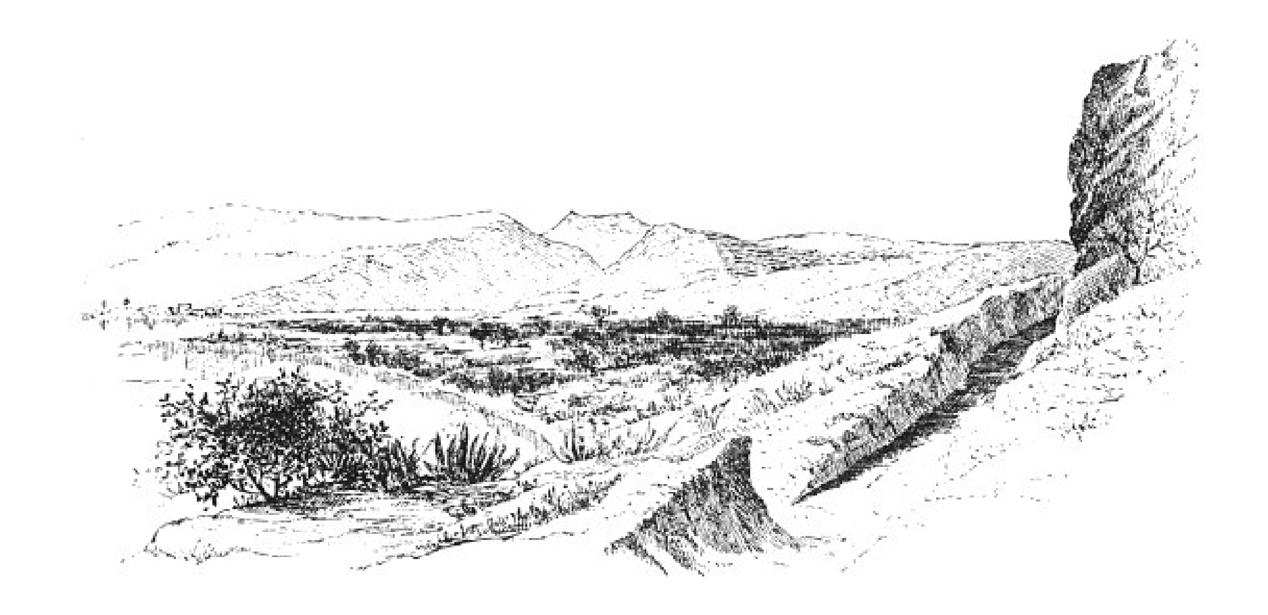
Si el Nazareno pronunciase tan solo estas palabras, ¡qué muchedumbre le seguiría! ¡Cuántos labios como trompetas las propagarían para que se fuesen reuniendo los ejércitos!

Pero ¿hablaría así?

Impaciente por comenzar su labor, y respondiendo a su ansiedad de acuerdo con las usanzas del mundo, Ben-Hur parecía perder de vista la doble naturaleza del hombre, así como la posibilidad de que lo divino en él trascendiese lo humano. Al pensar en el milagro del cual Tirzah y su madre habían sido testigos aún más directos que él mismo, podía concebir, contemplar y recrearse en un poder lo suficientemente amplio como para erigir y apoyar una corona judía por encima de las ruinas de la corona romana, y más que suficiente también para remodelar la sociedad y transformar el mundo entero en una enorme y feliz familia, libre de tantas miserias e impurezas. Una vez concluido ese trabajo, ¿podría alguien decir que aquella paz universal y sin obstáculos no era una misión digna de un Hijo de Dios? ¿Podría alguien negar entonces la Redención cumplida por Cristo? Además, dejando de lado todas las consideraciones sobre las consecuencias políticas, ¡qué indescriptible gloria personal le esperaría como hombre! No estaba en la naturaleza de un simple mortal el rehusar tales perspectivas.

Entretanto en las cercanías del Cedrón y en dirección de Bezetha, particularmente en los caminos que conducían a la Puerta de Damasco, la región se había ido llenando con todo tipo de alojamientos temporales para los peregrinos que venían a celebrar la Pascua. Ben-Hur visitaba a los forasteros, hablaba con ellos, y al regresar a su tienda se sentía cada vez más

asombrado por su enorme número. Se dio cuenta de que había entre ellos gente de todas partes del mundo: de ciudades de ambas costas y de un confín al otro del Mediterráneo, de pueblos fluviales en la lejana India, de las ciudades más septentrionales de Europa. A menudo le saludaban en lenguas extrañas, pues no conocían una sola palabra del antiguo hebreo o de la historia de sus antepasados… y sin embargo toda esta gente tenía un único propósito: celebrar la importante fiesta… Pensando en todo esto, una idea teñida con ciertos destellos supersticiosos se fue abriendo paso en su mente. Después de todo, ¿no podría haber malinterpretado las intenciones del Nazareno? ¿No podría ser que con su espera paciente encubriese sigilosos preparativos, probando así su gran capacidad para la tarea que le esperaba? Esta ocasión sería mucho más propicia para poner en marcha todo, que aquella otra vez cerca de Gennesareth[1] cuando los galileos pretendían forzarlo a aceptar la corona. En aquel entonces el apoyo se habría limitado a un par de miles de hombres; en cambio, ahora, responderían a su aclamación cientos de miles, tal vez millones… ¿quién podría decir cuántos? Llevando esta teoría hasta sus últimas consecuencias, Ben-Hur divagaba entre brillantes promesas y resplandecía al pensar que aquel hombre melancólico, de aspecto tan amable y abnegación tan asombrosa, de hecho, poseía secretamente la sutileza de un político y el talante de un soldado.



Muchas veces también durante aquel tiempo, hombres vigorosos y atezados, de negras barbas, con la cabeza descubierta, llegaron hasta la tienda de Ben-Hur a preguntar por él; cada vez que venía uno de estos grupos, se

retiraban a un sitio donde nadie pudiese oírlos, y cuando su madre preguntaba quiénes eran, se limitaba a responder: «Unos buenos amigos de Galilea».

Por ellos se mantenía informado de los movimientos del Nazareno y los planes de sus enemigos, rabínicos o romanos. Sabía que la vida de aquel excelso hombre estaba en peligro, pero se resistía a creer que hubiese alguien lo suficientemente atrevido para atentar contra él en esas fechas. Su gran fama y popularidad habían hecho que se congregaran en la ciudad y sus alrededores un gran número de personas, y ello parecía garantizar su seguridad. Y sin embargo, para decir la verdad, la confianza de Ben-Hur se apoyaba sobre todo en el poder milagroso del Cristo. Analizando la cuestión desde un punto de vista meramente humano, el pensar que aquel que poseía tal autoridad sobre la vida y la muerte y que tantas veces la había utilizado en beneficio de otros no lo hiciese para salvarse a sí mismo, resultaba algo tan difícil de creer como de comprender.

Tampoco debe olvidarse que todos estos acontecimientos tenían lugar entre el veintiuno y el veinticinco de marzo, según el calendario moderno. En la tarde de aquel último día, Ben-Hur no pudo contener por más tiempo su impaciencia y cabalgó hacia la ciudad, no sin antes prometer a los suyos que regresaría esa misma noche.

Ni una sola persona vio pasar al raudo jinete; las casas estaban vacías, las hogueras junto a las tiendas apagadas, el camino desierto, ya que era la primera noche de Pascua y aquella hora, entre la tarde y la noche, en que se agolpaban en la ciudad millones de visitantes y se daba comienzo al sacrificio de corderos, era la hora entonces en que los sacerdotes se alineaban en los patios anteriores del Templo —donde se celebraba el sacrificio— para recoger la sangre que brotaba de los animales y velozmente llevarla hasta los altares, donde todos corrían y se daban prisa tratando de vencer a las estrellas que también avanzaban veloces ya que cuando comenzaran a brillar en el firmamento señalarían que si bien se podía seguir asando la carne, comiendo y cantando, los preparativos debían interrumpirse.

El jinete entró por la gran Puerta Norte y ante sus ojos se presentó Jerusalén, poco antes de la caída de la noche, en todo su esplendor, iluminada por el Señor.



Capítulo VI
Una serpiente del Nilo

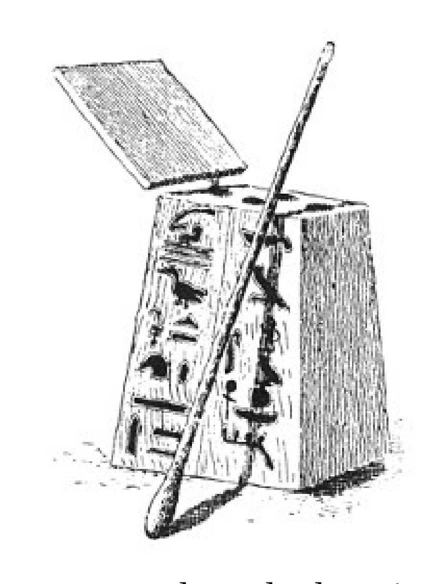
Ben-Hur se apeó a la puerta de la posada desde la cual partieran más de treinta años antes los Reyes Magos para dirigirse a Belén. Allí dejó el caballo, al cuidado de sus asistentes árabes, y poco después estaba ante el portal de la casa de su padre. Siguió directamente hasta el gran salón y preguntó por Malluch. Como este se hallaba fuera envió saludos a sus dos buenos amigos, el mercader y el egipcio; ambos, empero, habían sido transportados a hombros de varios esclavos para presenciar la procesión. Baltazar, le dijeron, se encontraba muy débil y en un estado de profundo abatimiento.

Los jóvenes de aquella época, tanto como los de nuestros días, se valían de preguntas indirectas para informarse sobre la persona que les hubiese capturado el corazón, así que cuando Ben-Hur inquirió por el buen Baltazar deseando saber si le placería recibirle, en realidad quería que la hija se enterase de su llegada. Mientras el criado le daba razón del anciano, se abrió la cortina que separaba aquella estancia del vestíbulo y entró la joven egipcia caminando, o mejor, flotando entre la nube blanca de las vestiduras de gasa que acostumbraba a vestir y se dirigió al centro del salón, donde más intenso era el resplandor que proyectaba el candelabro de siete brazos. Iras, desde luego, no parecía temer la luz.

El criado los dejó a solas. En medio de la excitación producida por los grandes acontecimientos de los últimos días, Ben-Hur apenas había vuelto a pensar en la bella egipcia. Cuando acaso regresaba a su mente, se trataba tan solo de un placer momentáneo, una sugerencia de las delicias que bien podrían esperarle, y que de hecho le esperaban.



Pero en el momento mismo que la tuvo ante los ojos, el influjo que la mujer tenía sobre el joven judío renació con toda su fuerza. Avanzó hacia ella con entusiasmo pero, de repente, se detuvo y se quedó mirándola fijamente. ¡Nunca había visto un cambio semejante!



Hasta entonces se había comportado con él como una mujer enamorada y deseosa de conquistarlo. Cada uno de sus gestos estaba lleno de coquetería, cada una de sus miradas y cada movimiento lo confirmaban. La egipcia lo había inundado con el incienso de sus halagos. Cada vez que lo veía, trataba de demostrarle la admiración que por él sentía, de modo que cuando el joven se marchara se llevara consigo aquella placentera impresión, incitándole deliciosamente a apresurar su repetición. Para él. Iras dejaba caer melosamente los pintados párpados sobre los lustrosos y almendrados ojos; para él repetía con énfasis y exaltada poesía las historias de amor tomadas de los cuentistas profesionales que abundaban en las calles de Alejandría; para él prodigaba sus exclamaciones de simpatía, sus sonrisas y multitud de pequeñas atenciones que encontraban expresión en sus manos, el cabello, las mejillas, los labios o en las canciones del Nilo, la exhibición de sus joyas, los encajes de sus velos y pañoletas, y otras sutilezas no menos exquisitas. Aquella idea tan vieja como los pueblos más antiguos de que la belleza femenina es la mejor recompensa para el héroe, nunca había sido tan cierta como en los momentos en que ella trataba de agradarle, recurriendo a miles de artilugios aparentemente reservados para sus hijas por los genios apasionados del viejo Egipto.

Así se había comportado Iras con Ben-Hur desde la noche del paseo en bote en el lago del Huerto de las Palmas. Pero ahora…

En ese momento se hacía manifiesta la verdadera naturaleza de la egipcia.

Habría sido imposible para ella recibir a un desconocido con una repulsión más intensa; su aspecto parecía tan gélido y desapasionado como el de una estatua. Su pequeña cabeza se veía ligeramente inclinada, las ventanas de la nariz estaban algo encogidas y el sensual labio inferior presionaba muy lentamente el superior, desviándolo de su curvatura natural.

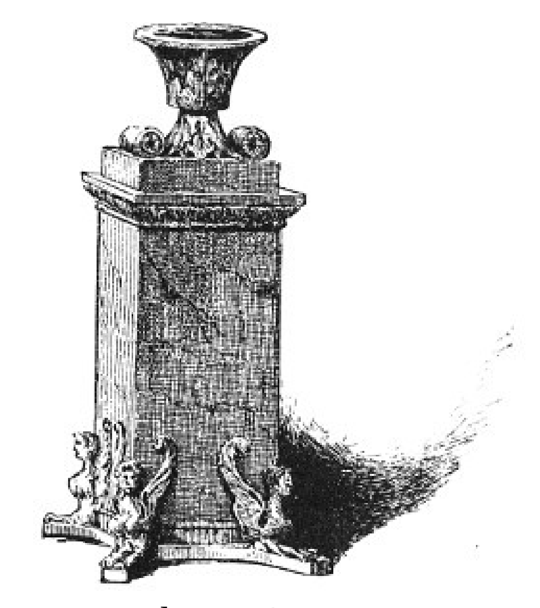
Fue ella la primera en hablar.

—Tu llegada es muy oportuna, ¡oh hijo de Hur! —dijo con una voz áspera que parecía subrayar las palabras—. Quisiera agradecerte tu hospitalidad, pues quizás pasado mañana ya no me sea posible hacerlo.

Ben-Hur inclinó levemente la cabeza, sin retirar sus ojos de la egipcia.

—He oído hablar de una costumbre que observan los jugadores de dados y que entre ellos tiene buenos resultados —continuó diciendo ella—; una vez terminado el juego revisan las tablillas y saldan sus cuentas; luego hacen una libación a los dioses y colocan una corona sobre la cabeza del afortunado ganador. Nosotros también hemos tenido un juego que ha durado muchos días y noches. ¿Por qué no vemos a quién corresponde la guirnalda ahora que el juego ha llegado a su final?

Ben-Hur, que aún no dejaba de mirarla fijamente, contestó en voz baja:



—Un hombre no puede oponerse a una mujer decidida a salirse con la suya.

—Dime —prosiguió ella inclinando la cabeza de manera que su sonrisa burlona se hiciera evidente—, dime, ¡oh príncipe de Jerusalén!, ¿dónde se encuentra él, aquel hijo del carpintero de Nazareth que es sin embargo Hijo de Dios y de quien en estos momentos se esperan cosas tan poderosas?

Ben-Hur hizo un gesto de impaciencia para negar lo que decía la mujer y respondió:

—Yo no soy su guardián.

La hermosa cabeza se inclinó aún más.

—¿Ya ha arrasado con Roma?

Una vez más, pero ahora lleno de cólera, Ben-Hur levantó su mano para tratar de detenerla.

—¿Dónde ha establecido su capital? —prosiguió Iras—. ¿No podríamos ir a ver su trono y sus leones de bronce? Y su palacio… Él ha hecho que los muertos se levanten, ¿qué le costaría entonces levantar una mansión dorada? Le basta con golpear el suelo con su pie y decir una palabra para que aparezca la casa, con columnas tan soberbias como las de Karnak[1] y sin que le haga falta nada.

Ben-Hur ya no podía seguir pensando que se trataba solo de una broma de la egipcia; las preguntas eran ciertamente ofensivas y su actitud ruda y poco amistosa. Viendo esto, el joven judío propuso mordazmente:

—¡Ay Egipto!, esperemos un día más, y si es preciso una semana, por él, los leones y el palacio.

Ella siguió hablando sin prestar atención al comentario de Ben-Hur.

—¿Y cómo es posible que vista tan simplemente? Esas no son las vestiduras de los gobernadores de la India, ni de los virreyes en ninguna parte del mundo. Me fue dado contemplar en una ocasión al sátrapa de Teherán, y usaba un turbante de seda y un manto bordado en oro, y la empuñadura y la vaina de su espada me deslumbraron con el esplendor de las piedras preciosas. Me pareció en ese momento que Osiris le había prestado la gloria del sol… Y ahora mucho me temo que no has tomado posesión de tu reino… el reino que tú y yo íbamos a compartir.

—La hija de mi sabio huésped es más amable de lo que ella misma cree; ahora me está enseñando que Isis puede besar un corazón sin que por ello la haga mejor.

Ben-Hur había hablado con helada cortesía, e Iras después de jugar con un solitario que colgaba de su collar de monedas, replicó:

—Teniendo en cuenta que es judío, hay que admitir que el hijo de Hur es sagaz. Yo estaba presente cuando imaginabas a un verdadero César haciendo su entrada en Jerusalén. Nos dijiste que ese día se proclamaría Rey de los Judíos desde las escalinatas del Templo. Observé la procesión que con él descendía de la montaña. Escuché sus cánticos, y los vi avanzar entre palmas que se agitaban. En vano busqué entre ellos a alguien que tuviese un aspecto regio: un jinete vestido de púrpura, un carro conducido por un auriga

revestido de relucientes bronces, un majestuoso guerrero con un escudo áureo y circular, y tan alto como su lanza. Busqué también a su escolta. Yo hubiese querido ver a un príncipe de Jerusalén seguido por una cohorte de legiones de Galilea.

Iras dedicó a su interlocutor una mirada de provocativo desdén, y luego se echó a reír estentóreamente, como si la imagen que tenía en su mente fuese demasiado ridícula para merecer su desprecio.

—En lugar de un Sesostris[2] que regresaba triunfal o un César con magnífico yelmo y espada… ¡ja, ja, ja!… vi, en cambio, a un hombre con rostro y cabellos de mujer, cabalgando un asno, con los ojos llorosos. ¡El Rey! ¡El Hijo de Dios! ¡El Redentor del Mundo! ¡Ja, ja, ja…!

Ben-Hur, iracundo, frunció el ceño, pero antes de que pudiese protestar por las palabras anteriores, ella siguió hablando.

—No abandoné mi sitio, ¡oh príncipe de Jerusalén! Tampoco me eché a reír. Simplemente me dije: «Esperaré. En el Templo asumirá la gloria que corresponde a un héroe que se dispone a tomar posesión del mundo». Lo vi entrar por la Puerta de Shusham y el Patio de las Mujeres. Luego lo vi detenerse en frente de la Puerta Bella. A mi alrededor había mucha gente: el pórtico, los patios, los claustros, las escalinatas del Templo… todo estaba atestado de gente… Yo diría que un millón de personas… ansiosas por escuchar su proclamación, conteniendo la respiración. Yo permanecía tan inmóvil como una columna… ¡Ja, ja, ja…! Ya me parecía escuchar que los ejes de la poderosa maquinaria romana comenzaban a deteriorarse. Y he de decirte, ¡oh príncipe!, que tu Rey del Mundo recogió su manto, se alejó y se encaminó a la más distante de las puertas sin decir una palabra… y la maquinaria romana sigue funcionando a la perfección.

Como sencillo homenaje a una ilusión que tan repentinamente se perdía y cuya desaparición había seguido con una inconsciente mirada de despedida, Ben-Hur bajó los ojos.

Nunca antes, ni cuando Baltazar exponía ante él un argumento tras otro, ni cuando los milagros eran realizados frente a sus propios ojos, había debido

confrontar de manera tan clara cuál era la verdadera naturaleza del Nazareno. Después de todo, la mejor manera de alcanzar la comprensión de lo divino pasa por un estudio de lo humano. En las cosas que son superiores a los hombres siempre podemos tratar de encontrar a Dios. Así ocurrió con la descripción que hizo la egipcia del momento en que el Nazareno se alejaba de la Puerta Bella; en su esencia era un acto sin lugar a dudas fuera del alcance de un hombre que solo obedeciese a inspiraciones humanas. Era como una parábola presentada ante un pueblo tan aficionado a ellas y que, además, enseñaba lo que el Cristo había asegurado tantas veces: que su misión no era política. En solo un instante, en el tiempo necesario para aspirar una bocanada de aire, la idea había penetrado hasta lo más profundo de su mente, y en el instante siguiente había visto cómo se desvanecía por completo toda esperanza de venganza por mediación del Nazareno, al tiempo que aquel hombre con rostro y cabellos de mujer, con lágrimas en los ojos aparecía ante él más cercano que nunca.

—Hija de Baltazar —dijo con dignidad—, si es este el juego del que hablabas, puedes quedarte con la guirnalda. Te la concedo. Solo quisiera que ya no hubiese más palabras entre nosotros dos. Estoy seguro de que tienes un propósito entre manos; te ruego que me lo digas y responderé a tus preguntas; después es mejor que cada uno siga su camino y que olvidemos que nos hemos conocido. Habla y te escucharé, pero no quiero saber nada más sobre lo que has dicho.

Ella se quedó mirándolo fijamente un momento, como si intentase decir lo que debía hacer, o quizás evaluando la determinación del joven judío, y luego le dijo fríamente:

—Te doy permiso para retirarte.

—La paz sea contigo —dijo él y comenzó a alejarse.

Cuando estaba por cruzar el umbral de la puerta, Iras lo llamó.

—¡Una palabra! —dijo.

Ben-Hur se detuvo y se volvió para mirarla.

—Piensa en todo lo que sé sobre ti.

—Ah, bella egipcia —dijo él regresando a su lado—, ¿qué es lo que sabes sobre mí?

—Tienes más de romano que cualquiera de tus hermanos hebreos —dijo ella con mirada ausente.

—¿Soy por ventura tan distinto de mis compatriotas? —preguntó Ben-Hur con fingida indiferencia.

—Los semidioses son todos romanos —dijo ella.

—¿Entonces vas a decirme qué más sabes sobre mí?

—No se me escapa la semejanza que existe y tal vez me induzca a salvarte.

—¿Salvarme?

Los rosados dedos de Iras juguetearon delicadamente con el lustroso pendiente que rozaba su cuello, y su voz se hizo sumamente baja y suave. Solamente los golpecillos que daba en el suelo con sus sandalias de seda advertían al joven que no debía bajar la guardia.

—Sé de cierto judío, un esclavo escapado de una galera, que mató a un hombre en el palacio de Idernee —comenzó diciendo lentamente.

Ben-Hur se quedó atónito.

—Ese mismo judío asesinó a un soldado romano en frente de la Plaza del Mercado de Jerusalén; ese mismo judío tiene tres legiones de galileos bien adiestrados y con ellos pretende capturar esta noche al gobernador romano; y ese mismo judío, por si fuera poco, ha forjado poderosas alianzas para enfrentarse militarmente a Roma, y el jeque Ilderim es uno de esos asociados.

Aproximándose al joven dijo con una voz que era casi un susurro:

—Tú has vivido en Roma. Imagínate que estas cosas lleguen a ciertos oídos que sabemos… Ah, ¡pero si estás cambiando de color!

Se apartó de ella con una expresión que bien podría corresponder a la de un hombre que pensando jugar con un gatito se topa de repente con un tigre.

—Conoces cómo funcionan las antecámaras en Roma y conoces el talante de Sejano. Suponte que se le dijera con pruebas en la mano… o sin pruebas, que ese mismo judío es el hombre más rico de Oriente… no; de todo el Imperio. Los peces del Tíber podrían entonces saborear algo más sustancioso que los sedimentos que encuentran entre el fango; ¿no te parece? Y mientras los peces disfrutaran de su nuevo alimento, ¡ah!, ¡qué magnífico espectáculo se estaría desarrollando en el Circo! Divertir al pueblo romano es un verdadero arte; conseguir el dinero para que la diversión continúe ininterrumpidamente es un arte aún mayor; y ¿puedes imaginarte a un artista que iguale a Sejano en tal arte?

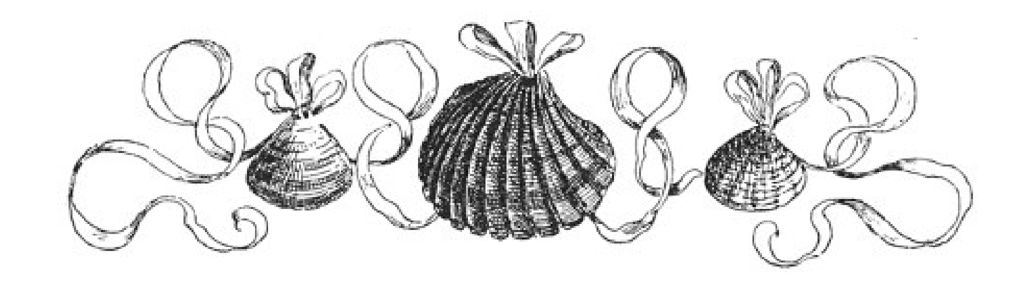
A pesar del vil y sorprendente ataque de la egipcia, Ben-Hur no estaba lo suficientemente aturdido como para perder la facultad de la memoria. No es muy extraño que cuando todas las otras facultades fallan, la memoria cumple su función con toda fidelidad. Con gran nitidez apareció en su mente la escena junto a la fuente en el camino hacia el Jordán, y recordó lo que pensara en ese momento: que era imposible que fuese Esther quien le traicionara. Dijo entonces con toda calma que logró reunir:

—Para darte gusto, hija de Egipto, reconozco que eres muy astuta y que me tienes a tu entera merced. Quizás también te agrade oír que reconozco que no tengo ninguna esperanza de contar con tu favor. Podría darte muerte, pero eres una mujer. El desierto me dará refugio, y aunque Roma sea eficaz en la caza de hombres, mucho tendría que esforzarse para atraparme, pues en el corazón del desierto se esconden bosques de lanzas prestos a levantarse en mi defensa. A pesar de la lamentable situación en que me encuentro ahora, a pesar de que he sido engañado por completo, creo que al menos me merezco que me digas algo: ¿Quién te dijo todo lo que sabes sobre mí? Esté huyendo o esté cautivo, e incluso agonizante, encontraría consuelo al maldecir al traidor con la maldición de un hombre que solo ha conocido la maldad y el oprobio. ¿Quién te contó todo lo que sabes sobre mí?



Ya fuese por un efecto dramático, o bien porque proviniese de un sentimiento sincero —hasta donde le era posible—, en el rostro de la egipcia apareció una expresión compasiva.

—Hay en mi país, ¡oh hijo de Hur! —dijo después de un momento— artesanos que realizan cuadros recogiendo las conchas multicolores que las tormentas arrojan a la playa, recortándolas e inscrustándolas en losas de mármol. ¿No te parece que ese mismo procedimiento podría aplicarse para descubrir secretos? Me bastó con enterarme de un par de detalles de labios de una persona, otro par de detalles de labios de otra, y al cabo de un tiempo reuní todos aquellos fragmentos de información y me sentí tan feliz como puede estarlo una mujer que tiene a su disposición la fortuna y la vida de un hombre con quien…



Iras se detuvo, golpeó el suelo con el pie y desvió la mirada como para ocultar de él una intensa y súbita emoción; un instante después, con un gesto de dolorosa resolución terminó la frase:

—Con quien aún no sé que podría hacer.

—No, no es suficiente —dijo Ben-Hur, a quien la actuación de la egipcia no conmovía en absoluto—; quiero saber más. Quizás ya mañana hayas decidido qué hacer conmigo y yo deba aprestarme a morir.

—Muy cierto —dijo la egipcia inmediatamente y poniendo un marcado énfasis en sus palabras—; escuché algunas cosas de labios del jeque Ilderim mientras departía con mi padre en un bosquecillo en mitad del desierto. La noche era silenciosa, y las paredes de la tienda resultaban ser insuficiente protección para evitar que las palabras llegaran a alguien que estuviese afuera tratando de escuchar… a las aves e insectos que surcaban el aire.

Sonrió al pensar en el ingenio de sus propias palabras.

—Algunas otras cosas —prosiguió—, fragmentos de conchas para el cuadro las recibí de labios de…

—¿De quién?

—Del propio hijo de Hur.

—¿No contribuyó nadie más al cuadro?

—No; nadie más.

Ben-Hur dio un suspiro de alivio y dijo:

—Gracias. No estaría bien que hicieses esperar por más tiempo a Sejano. Adiós de nuevo, ¡oh Egipto!

El joven cogió el pañuelo de su brazo, donde había estado colgado hasta entonces, y ajustándolo a la cabeza dio media vuelta y se dispuso a partir. Pero Iras extendió una mano para retenerlo.

—Quédate —le dijo.

Ben-Hur se volvió para mirarla y se dio cuenta por su expresión y ademanes que se acercaba el clímax de aquella escena que ya había sido tan sorprendente para él.



—Quédate y no desconfíes de mí, ¡oh hijo de Arrio!, si te digo que conozco la razón por la cual el noble Arrio te nombró su heredero. Y por Isis y todos los dioses de Egipto te juro que tiemblo al imaginarme a un joven tan valiente, tan donoso, en las manos de un verdugo implacable. Has vivido parte de tu juventud en la capital imperial; piensa, como lo hago yo, en el duro contraste que significaría vivir en el desierto. ¡Ay, qué pena me das! Y si tan solo haces lo que te voy a decir te salvaré. Eso también te lo puedo jurar por nuestra sagrada Isis.

Se trataba de palabras de amenaza y ruego al mismo tiempo, expresadas con voluntad y vehemencia y con el respaldo que concede siempre la belleza de una mujer.

—Casi, casi consigo creer en tus palabras —dijo Ben-Hur, aún vacilante y en voz baja y distante… Aún le quedaba una duda… una de aquellas dudas obstinadas que han permitido a tantos salvar su vida y su fortuna en momentos críticos.

—Para una mujer, la más perfecta de las condiciones radica en vivir enamorada; para un hombre, la mayor felicidad es la conquista de sí mismo. Eso, ¡oh príncipe!, es lo que tengo que pedir de ti.

Hablaba rápida y muy animadamente; de hecho, nunca antes había aparecido tan fascinante a los ojos de Ben-Hur.

—Tuviste una vez un amigo —continuó diciendo Iras—. Ocurrió en tu niñez. Se presentó una disputa y os hicisteis enemigos. Él cometió un gran agravio contra ti. Después de muchos años os encontrasteis de nuevo en el Circo de Antioquía.

—¡Messala!

—Sí, Messala. Tú eras su acreedor. Olvida el pasado; concédele de nuevo tu amistad; devuélvele la inmensa fortuna que perdió en la apuesta; líbrale de sus dificultades. Seis talentos no representan nada para ti; son como un diminuto retoño perdido en un árbol en flor; pero en cambio para él… ¡Ay!, él debe sobrevivir con un cuerpo quebrantado; dondequiera que te encuentre debe levantar su mirada desde el suelo para poder mirarte. ¡Ay, Ben-Hur, generoso príncipe! Para un descendiente de nobles romanos, como lo es él, la mendicidad es otro y más odioso nombre para la muerte. Sálvale de la mendicidad.

Si la rapidez con que hablaba era un ingenioso artificio para impedir pensar a Ben-Hur, Iras nunca había aprendido, o bien lo había olvidado, que

hay convicciones que no proceden en absoluto del pensamiento sino que van encajando en su sitio de manera espontánea. Cuando finalmente la mujer se detuvo para esperar su respuesta, Ben-Hur imaginó ver a Messala mirándole desde atrás de Iras, y la expresión que detectaba en el continente del romano no era ni la de un pordiosero ni la de un amigo; la desdeñosa sonrisa se veía tan patricia como siempre, y su mirada igual de altiva, orgullosa e irritante.

—Pero antes dime, ¡oh Egipto!, ¿fue el mismo Messala quien te envió a que me hicieras esa petición?

—Su naturaleza es noble y generosa, y te juzgó tomando sus valores como referencia.

Ben-Hur tomó la mano de Iras, posada sobre su hombro.

—Ya que lo conoces tan íntimamente, bella egipcia, dime algo: ¿Si los papeles se invirtiesen, haría él por mí lo mismo que me pide ahora? ¡Respóndeme por Isis!

El carácter de exigencia de aquella pregunta se sentía en la presión de sus dedos y en su mirada.

—Ah, bueno… —comenzó a decir ella—. Él es…

—Un romano, ibas a afirmar, queriendo decir que yo, un judío, no puedo determinar las obligaciones que tengo hacia él con la misma medida que determina las que él pueda tener conmigo; o sea que siendo judío debo eximirle de pagarme las deudas porque él es romano. Si tienes algo más que decirme, hija de Baltazar habla pronto, cuanto antes, pues te aseguro por el señor Dios de Israel que cuando esta sangre enardecida, que se va caldeando segundo a segundo, llegue a su punto de ebullición, tal vez no sea ya capaz de tener presente que eres una mujer y que eres muy hermosa. Quizás solo sea capaz de ver en ti a la espía de un odioso amo, tanto más odioso porque se trata de un romano. ¡Habla y pronto!

Iras se desembarazó de la mano de Ben-Hur y retrocedió hasta quedar de nuevo en el centro de la luz. Habló entonces, concentrando toda la maldad de su naturaleza en los ojos y la boca.

—Tú, gusano, miserable, ave de rapiña… ¡Crees que podría amarte después de haber conocido a Messala! Aquellos de tu calaña solo son dignos de servir a hombres excelsos como él. Messala se hubiera contentado con que lo eximieras del pago de los seis talentos, pero ahora exijo que a esos seis agregues veinte… Veinte, ¿me escuchas? Debes pagar por los besos que has dado a mis delicados dedos, aunque hayan sido con mi consentimiento, pues esos besos a él pertenecen. Y el hecho de que te haya fingido simpatía y te

haya soportado durante tanto tiempo, también ha de entrar en las cuentas, por más que lo haya hecho al servicio de Messala. El mercader que aquí reside es el administrador de tus dineros. Si mañana a mediodía no tiene lista una orden de pago en favor de mi Messala por valor de veintiséis talentos —¡anota bien la suma!— habrás de vértelas con Sejano. Sé prudente… y hasta luego.

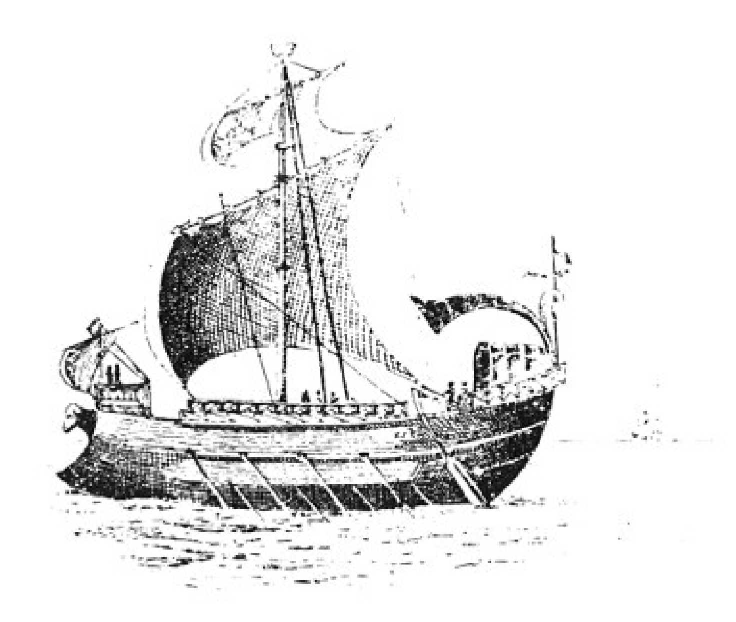
Cuando ya la egipcia llegaba a la puerta, Ben-Hur se interpuso.

—El antiguo Egipto sobrevive en ti —dijo—. Ya sea que veas a Messala mañana o pasado mañana, aquí o en Roma, dale este mensaje. Dile que he recuperado mi dinero, incluso los seis talentos de que me despojó al robar los bienes de mi padre; dile que sobreviví a las galeras a las que me hizo enviar y que ahora, en mi saludable vigor, me complazco en su mendicidad y deshonor; dile que la invalidez de su cuerpo, sobrevenida a manos mías, es la maldición de nuestro Señor Dios de Israel, un castigo más apropiado que la misma muerte por sus incontables crímenes contra los indefensos; dile que mi madre y mi hermana, a quienes hizo confinar en una celda de la Tone Antonia para que murieran de lepra, están sanas y salvas gracias al poder del Nazareno a quien tanto desprecias; dile que para hacer mi felicidad aún más completa las he encontrado y habitan conmigo, así que en cuanto salga de aquí me dirigiré a recibir su amor, una compensación más que suficiente por las caricias que me retiras para dárselas a él. Dile, y esto para tu tranquilidad, astuta encarnación, tanto como para la suya, que cuando el gran señor Sejano venga a despojarme de todo lo que poseo, no encontrará nada, pues la herencia que recibí del duunviro, incluyendo la villa en Misenum, ha sido vendida y el dinero de las ventas se encuentra fuera de su alcance, circulando por los mercados del mundo en forma de certificados de cambio, y que esta casa, así como los bienes y mercancías y barcos y caravanas con que Simónides lleva a cabo su comercio con ganancias tan magníficas está protegido en su totalidad por salvoconductos imperiales, pues Sejano tuvo la prudencia de determinar un precio apropiado para el favor que prestaba, prefiriendo una utilidad razonable bajo la forma de un obsequio, que una ganancia enorme, pescada de entre ríos de sangre y crueles injusticias; dile, además, que aunque todo esto no fuese así, y el dinero y propiedades estuvieran a mi nombre, aun entonces no podría apoderarse de ellos pues me queda el recurso de comprar el favor del César, algo que aprendí, ¡oh Egipto!, en los atrios de la capital imperial; dile que junto con mi desafío no le hago llegar mi maldición con palabras, pero que como expresión mucho más apropiada de mi odio imperecedero, le envío a alguien que como bien verá es la suma de todas las maldiciones; y cuando te mire a ti en el momento que le

des mi mensaje, ¡oh hija de Baltazar!, su astucia romana le permitirá comprender lo que quiero decir… Márchate ahora… yo también me marcho.

La acompañó entonces hasta la puerta, y con ceremoniosa cortesía sostuvo la cortina mientras ella salía.

—Te deseo la paz —dijo Ben-Hur cuando ella desapareció de su vista.



Capítulo VII
Ben-Hur regresa a Esther

Cuando Ben-Hur salió del salón, sus ademanes eran mucho menos vivaces que al entrar; sus pasos eran más lentos y caminaba con la cabeza gacha, casi reclinada en el pecho. Acababa de descubrir que un hombre con el cuerpo quebrantado bien puede conservar una mente astuta, y ahora reflexionaba sobre ese descubrimiento.

Después que una calamidad se ha abatido sobre nosotros, siempre es fácil encontrar pruebas de que se acercaba. Al joven judío le irritaba sobremanera no haber sospechado nunca que la egipcia actuaba en interés de Messala y que al depositar su confianza en ella, se había puesto él mismo y a todos sus amigos a la entera merced de la mujer. Ben-Hur le daba vueltas y más vueltas al asunto y se sentía herido en lo más profundo de su orgullo.

«Ahora recuerdo», se decía, «que Iras no pronunció una sola palabra de reproche e indignación contra el pérfido romano tras el incidente en la Fuente de Castalia. Y recuerdo que le alabó durante aquel paseo en bote en el lago del Huerto de las Palmas». Y, «¡ah! —se detuvo y entrechocó violentamente las manos—; ya lo veo, aquel misterio sobre la cita que me dio en el palacio de Idernee ya no lo es en absoluto».

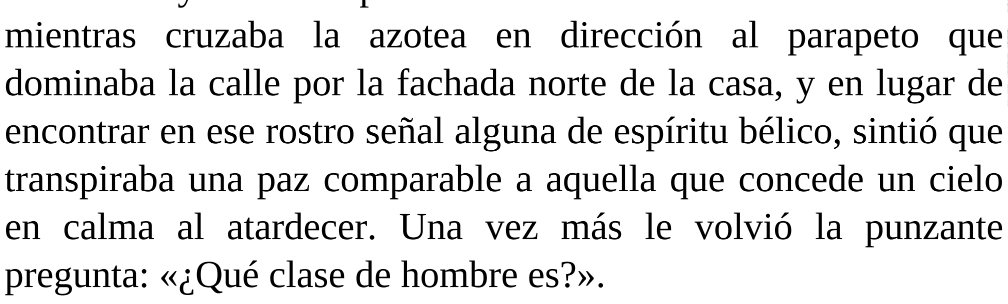
La herida infligida había sido contra su vanidad, y afortunadamente no suele ocurrir que la gente muera por heridas de esa índole ni que el mal por ellas causado se prolongue largo tiempo. En el caso de Ben-Hur, además, existía una compensación, y en aquel instante la expresó en voz alta: «¡Loado sea el Señor Dios que la mujer no logró atraparme de modo permanente! Ahora me doy cuenta de que no la amaba».

Luego, como si ya se hubiese deshecho de buena parte del peso que llevaba en la mente, avanzó con paso más ligero y llegando al sitio de la tenaza donde una de las escaleras conducía al patio inferior y la otra a la azotea, tomó la segunda y comenzó a ascender. Al llegar al último peldaño se detuvo de nuevo y pensó:

«¿Podría haber participado Baltazar en la mascarada que ha estado representando ella?… No; no lo creo. Una hipocresía semejante no

compagina con arrugas tan venerables como las de este anciano. Baltazar es un buen hombre».

Una vez formulada esta opinión, siguió hacia la azotea. Había luna llena y sin embargo la bóveda del cielo resplandecía en aquel momento con las hogueras que ardían en las calles y plazas de la ciudad y se llenaba con cánticos de la antigua salmodia de Israel en quejumbrosas melodías que parecían decirle: «Así, ¡oh hijo de Judá!, demostramos nuestra adoración al Señor Dios y nuestra lealtad a la tierra que Él nos dio. Si llegase a aparecer Gedeón o David o un Macabeo, estaríamos listos».



En medio de esa ensoñación, sobrevino una ilusión de los sentidos aún mayor, pues le pareció contemplar la imagen del Nazareno. Su rostro femenino y lloroso permaneció en su mente mientras cruzaba la azotea en dirección al parapeto que dominaba la calle por la fachada norte de la casa, y en lugar de encontrar en ese rostro señal alguna de espíritu bélico, sintió que transpiraba una paz comparable a aquella que concede un cielo en calma al atardecer. Una vez más le volvió la punzante pregunta: «¿Qué clase de hombre es?».

Ben-Hur se permitió echar un vistazo por encima del parapeto, dio media vuelta y caminó mecánicamente hacia la estancia de verano.

«Que recurran a sus peores artes si así lo desean», se dijo mientras avanzaba lentamente. «No perdonaré al romano. Tampoco repartiré con él mi fortuna ni huiré de la ciudad de mis padres. Antes llamaría a los galileos para enfrentarme a Roma aquí mismo. Y con nuestras valientes hazañas conseguiría que las otras tribus nos apoyasen. Si fracaso, aquel pueblo que crio a Moisés nos deparará un jefe. Si no es el Nazareno, entonces será algún otro de los muchos dispuestos a morir por la libertad».

Ben-Hur entró lenta y morosamente en la estancia de verano; la iluminación era muy escasa y la sombra de las columnas del lado norte y oeste se proyectaban en el piso. Advirtió que el sillón que solía ocupar Simónides se encontraba en un sitio desde el que se tenía una vista excelente de la Plaza del Mercado.

«Ya ha regresado el buen hombre», se dijo, «hablaré con él si no está dormido».

Se acercó silenciosamente al sillón, y cuando se encontró a un par de pasos alcanzó a ver que era Esther quien allí dormía, pequeña, encogida, su

fina figura perdida entre la frazada de su padre. El cabello le caía desordenado sobre el rostro; su respiración era baja e irregular, y una vez se rompió con un largo suspiro que concluyó con un sollozo. Algo en ella —quizás la soledad en que se encontraba— hizo pensar a Ben-Hur que dormía no para reposar de la fatiga sino para reponerse de un gran dolor. El joven colocó sus brazos sobre el respaldo del sillón y meditó un momento.

«No la despertaré. No tengo nada que decirle; nada, a menos que quisiera hablarle de mi amor. Es una hija de Judá, muy hermosa, y ¡tan diferente de la egipcia! Lo que en la otra era vanidad, en esta es todo sinceridad; lo que en la otra era ambición, es en esta cumplimiento del deber; y al egoísmo de la otra contrapone esta su abnegación… No, no, la pregunta pertinente no es si yo la amo, sino más bien si ella me ama a mí. Desde un principio fue mi amiga. Recuerdo aquella noche en la terraza de Antioquía, cuando infantilmente me rogaba que no me hiciera enemigo de Roma y me pedía que le hablara de la villa cerca de Misenum y de la vida allí. Para que no viera que yo había descubierto la intención detrás de esas palabras, le di un beso. ¿Habrá olvidado aquel beso? Yo no. En la ciudad no saben que he reencontrado a mi madre y mi hermana. Lamentaré habérselo contado a la egipcia, pero sé que esta pequeña se alegrará conmigo de esa recuperación y les dará una dulce y cariñosa bienvenida, poniéndose por completo a su servicio. Será como otra hija para mi madre, y en Tirzah encontrará un alma gemela. La despertaré y le contaré todo… menos el encuentro con aquella hechicera egipcia… No; me marcharé y esperaré una oportunidad mejor. Esperaré. Hasta entonces, bella Esther, noble joven, hija de Judá».

Y se marchó tan silenciosamente como había llegado.



Capítulo VIII
¿A quién buscas, Getsemaní?

Las calles estaban repletas de gente que iba y venía o que se reunía en torno de las hogueras para asar carne y festejar y cantar y regocijarse. El olor de cordero asado mezclado con el aroma de la madera de cedro humeante llenaba el aire. Como se trataba de la ocasión en que los hijos de Israel se sentían verdaderamente hermanados unos con otros y la hospitalidad no tenía límites, Ben-Hur era saludado a cada paso. Varias veces los grupos reunidos alrededor de las hogueras le insistieron:

—Quédate y comparte la cena con nosotros. Somos todos hermanos en el amor del Señor.

Ben-Hur agradecía cortésmente las invitaciones, pero se daba prisa en seguir su camino; tenía el propósito de recoger el caballo en la posada y regresar a las tiendas junto al Cedrón.

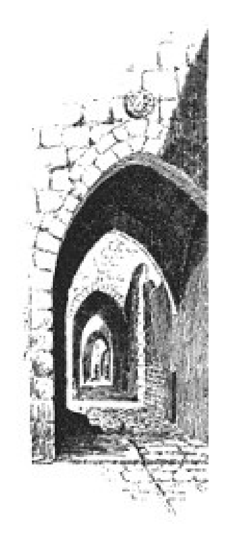
Para llegar allí debía atravesar aquella vía que muy pronto habría de ser dolorosamente perpetuada en la memoria de la Cristiandad. También en las cercanías de ella la piadosa celebración estaba llegando a su clímax. Al mirar hacia el final de la calle, Ben-Hur divisó llamas de antorchas ondeando al viento como pendones; luego comprobó con sorpresa que los cánticos cesaban allá por donde iban pasando las antorchas. Su asombró fue aún mayor, empero, cuando tuvo la certeza que entre el humo y los danzantes resplandores, se veían los destellos más intensos de las lanzas, denotando la presencia de soldados romanos. ¿Pero qué hacían aquellos incrédulos legionarios en medio de una procesión religiosa judía? Se trataba de algo inaudito, y Ben-Hur se quedó para ver qué podía significar.

La luna brillaba en todo su esplendor, y no obstante, como si la luna y las hogueras y los rayos de luz que se colaban por las puertas y ventanas abiertas no bastasen para iluminar el camino, algunos de los participantes en la procesión llevaban linternas encendidas. Ben-Hur se acercó a la calzada y se colocó lo suficientemente cerca de la columna de la procesión para alcanzar a ver a todos y cada uno de los participantes. Constató entonces que quienes portaban las antorchas y linternas eran criados provistos, además, de garrotes o afiladas estacas. La tarea que realizaban consistía en elegir el camino menos

abrupto entre las rocas y guijarros para comodidad de algunos dignatarios: ancianos y sacerdotes; rabinos con luengas barbas, pobladas cejas y narices aguileñas; poderosos participantes en los consejos de Caifás y Anás. ¿Adónde podrían dirigirse? Evidentemente no iban hacia el Templo, pues la ruta hacia la sagrada casa desde el Monte Sión —de donde parecía venir este cortejo— pasaba por el Xistus. Y si la misión que llevaban era pacífica, ¿por qué tantos soldados?



Cuando la procesión comenzó a pasar en frente de Ben-Hur, tres personas que caminaban juntas, llamaron su atención de manera particular. Marchaban prácticamente a la cabeza del cortejo y los siervos que los precedían con linternas, parecían especialmente solícitos en su servicio. En la persona que iba a la izquierda del grupo reconoció al jefe de seguridad del Templo; el de la derecha era un sacerdote; el que marchaba en el centro, por el contrario, no era tan fácil de identificar, pues caminaba apoyándose pesadamente en los brazos de los otros dos y llevaba la cabeza tan sumida en el pecho que no se alcanzaba a distinguir su rostro. Su aspecto era el de un prisionero que aún no se ha recuperado del temor en el momento de ser arrestado, o que es conducido para ser víctima de alguna acción terrible… para ser ejecutado o sometido a torturas. La presencia de los dignatarios que le ayudaban a avanzar, y la gran atención que le prestaban, mostraban a las claras que si no era él la razón de todo aquello, al menos estaba muy directamente relacionado con lo que ocurría: Podía ser un testigo o un guía; tal vez un informante. De modo que si se podía averiguar quién era, fácilmente se podría saber lo que aquel grupo se traía entre manos. Con gran confianza Ben-Hur se colocó a la derecha del sacerdote y siguió avanzando a su lado. ¡Si el hombre al menos levantase la cabeza! Al cabo de un rato así lo hizo, y la luz de las linternas

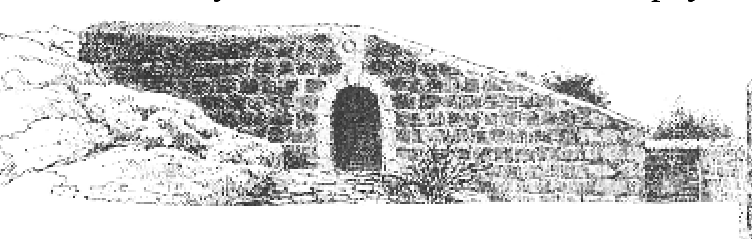


iluminó plenamente su rostro pálido, atónito, convulso por el miedo; la barba hirsuta, los ojos velados, hundidos y desesperados. Después de seguir al Nazareno por tanto tiempo, Ben-Hur había llegado a conocer a los discípulos tan bien como al Maestro, y ahora al ver aquel triste semblante exclamó:

—¡El Iscariote!

La cabeza del hombre giró lentamente, hasta que sus ojos se fijaron en Ben-Hur; sus labios se movieron como si se dispusiera a hablar, pero el sacerdote se interpuso.

—¿Quién eres? Márchate —le dijo a Ben-Hur dándole un empujón.



El joven judío no se dejó arredrar por el empujón, y se unió de nuevo a la procesión para esperar otra oportunidad. Así fue conducido a lo largo del camino que llevaba el grupo, pasando por las pobladas llanuras entre la colina de Bezetha y la Torre Antonia, y luego por la piscina de Bethesda y la Puerta del Carnero. En todas partes se veía multitud de gente, dedicada en su mayoría a la celebración de los sagrados ritos.

Por ser la noche de Pascua, la puerta permanecía abierta. Los guardianes debían estar celebrando la fiesta en otra parte de la ciudad. Al fondo se veían el Cedrón y el Monte de los Olivos, revestidos de cedros y olivares, ahora iluminados por la tenue luz de aquella luna plateada. Frente a la puerta convergían dos caminos, uno que venía del Noroeste, y el otro de Betania. Cuando Ben-Hur se preguntaba si la procesión continuaría aún más lejos, y en ese caso qué camino tomarían, comenzaron a descender hacia la hondonada. Y sin embargo todavía no tenía ningún indicio que le permitiese adivinar el propósito de aquella marcha nocturna.

Descendieron la hondonada, y cruzando el puente se encontraron en el fondo de ella. Se produjo un gran bullicio cuando los participantes, que ahora eran una turba desordenada, atravesaban el puente golpeando el suelo con sus mazos y estacas. Un poco más lejos giraron hacia la izquierda en dirección de un huerto de olivos circundado por un muro de piedra, que se alcanzaba a ver desde el camino. Ben-Hur sabía que en aquel sitio no había más que un orificio cavado en la roca para el comercio de aceite, a la usanza del país. Cuando aún más sorprendido se preguntaba qué podía traer a ese grupo a un sitio tan solitario y a esas horas de la noche, la comitiva se detuvo por completo. Se escucharon voces excitadas, provenientes del frente; una

conmoción recorrió a la muchedumbre; la gente empezó a retroceder precipitadamente, tropezando unos con otros. Solamente los soldados se mantuvieron en orden.

Ben-Hur tardó solo un instante en apartarse de aquella turba y correr hacia adelante. Encontró un umbral al que faltaba la puerta y que daba acceso al huerto; allí se detuvo para contemplar la escena.

Un hombre vestido de blanco y con la cabeza descubierta, se hallaba junto a la entrada, con los brazos cruzados sobre el pecho. Era una figura delgada, inclinada, de cabello largo y rostro negro, y una actitud de resignación y espera.

¡Era el Nazareno!

Detrás de él estaban los discípulos, formando un grupo compacto; se veían muy agitados, mientras que el Maestro, por el contrario, conservaba una calma absoluta. La luz rojiza de las antorchas caía sobre su rostro, dándole un tinte más oscuro a su cabello; su semblante tenía la expresión usual de ternura y compasión.

Frente a esta figura tan poco agresiva se arremolinaba la turba curiosa, asustada, aprensiva, lista para salir corriendo con su primera señal de enojo. Mirando primero a él, luego al grupo que encabezaba la comitiva, con Judas tan visible en el centro, Ben-Hur comprendió rápidamente la razón de esa visita. Aquí estaba el traidor y allí el traicionado, y toda esta gente con mazas y estacas, y aquel despliegue de legionarios venían para apresarlo y llevárselo.

Muchas veces un hombre no puede decir lo que hará en un aprieto, hasta que se presenta la ocasión. Esta era justamente la emergencia para la cual Ben-Hur se había estado preparando durante años. El hombre a cuya seguridad personal se había dedicado y cuya vida se había convertido en su razón de ser, estaba en grave peligro y sin embargo Ben-Hur permanecía inmóvil. ¡Tales son las contradicciones de la naturaleza humana! A decir verdad, amable lector, aún no se había recuperado por completo de la desilusión que sintió al escuchar de labios de la egipcia la actitud asumida por Cristo al llegar a la Puerta Hermosa; y además la calma inmensa con que este personaje misterioso confrontaba a la muchedumbre, frenaba los impulsos de Ben-Hur al sugerirle que estaba en posesión de una reserva de poder más que suficiente para sobreponerse al peligro. La paz, la buena voluntad, el amor y la sumisión habían constituido el meollo de las enseñanzas del Nazareno; ¿pondría en práctica en este momento lo que había predicado? Tenía poder sobre la vida y la muerte; era capaz de restaurar la vida a quien ya la hubiese perdido, y asimismo tomarla a voluntad. ¿Qué uso haría de su poder en aquel

momento? ¿Defenderse? ¿Y de qué modo? Una palabra… un soplo de su aliento… un simple pensamiento sería suficiente. En todo caso, Ben-Hur estaba convencido de que se produciría una asombrosa exhibición de fuerza sobrenatural, y con esta fe, esperó. Y mientras pensaba todo esto, seguía midiendo al Nazareno comparándolo consigo mismo, o sea midiéndolo por un parámetro humano.

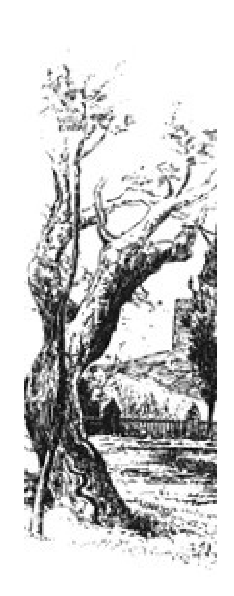
De pronto se escuchó la voz clara de Cristo.

—¿A quién buscáis?

—A Jesús de Nazareth —respondió el sacerdote.

—Soy yo.

Al oír estas palabras, pronunciadas sin exaltación y sin temor, los asaltantes retrocedieron varios pasos, algunos pausadamente, otros, los más medrosos, agazapándose en el suelo. Y es posible incluso que se hubieran marchado, dejándole solo, si Judas no hubiese avanzado hacia él diciendo:



—¡Salve, Maestro!

Acto seguido se acercó a Cristo y le dio un beso.

—Judas —dijo el Nazareno dulcemente—. ¿Traicionas con un beso al Hijo del Hombre? ¿Qué te trae aquí?

Como no recibiera respuesta de Judas, el Maestro se dirigió de nuevo a la multitud.

—¿A quién buscáis?

—A Jesús de Nazareth.

—Ya os he dicho que soy yo. Si es a mí a quien buscáis, dejad que estos otros marchen en paz.

Al escuchar las perentorias palabras del Nazareno, los rabinos avanzaron hacia él y lo rodearon; los discípulos por quienes acababa de interceder adivinando las malas intenciones de los rabinos quisieron interponerse, y uno de ellos cortó de un tajo una oreja a uno de los hombres; nada de esto impidió que se hiciesen con el Maestro. Ben-Hur, empero, permanecía inmóvil. Y mientras los oficiales preparaban las sogas para atarlo, el Nazareno en lugar de oponerse, realizaba la mayor demostración de caridad…, no por la acción en sí, sino como la ilustración más elevada de su incomparable misericordia.

—No sufras más —dijo al hombre herido, y tocándolo en el sitio del tajo lo curó.

Tanto los amigos como los enemigos del Nazareno se sentían confusos; los segundos porque hubiese sido capaz de obrar tal prodigio, y los primeros

porque lo hubiese hecho en esas circunstancias.

«No va a permitir que lo aten; con seguridad», pensaba Ben-Hur.

—Envaina la espada —dijo el Nazareno al discípulo que había herido a aquel hombre—. ¿No debo beber acaso el cáliz que mi padre me ha destinado?

En seguida se volvió hacia sus captores y les dijo:

—¿Habéis venido a prenderme con espadas y garrotes como si fuese un ladrón? Estuve con vosotros en el Templo día tras día y no me apresasteis, pero parece que ahora ha llegado vuestra hora y con ella el poder de las tinieblas.

La turba empezaba a recobrar su arrojo y se amontonaba alrededor del Maestro; Ben-Hur buscó entonces a sus fieles, pero se habían marchado… no quedaba uno solo de ellos.

La muchedumbre alrededor de aquel hombre solo y abandonado se veía muy ocupada gritando, manipulando sogas, corriendo de un lado a otro. A veces, por encima de sus cabezas, entre las antorchas y el humo, Ben-Hur alcanzaba a divisar por un breve instante al prisionero. No recordaba haber presenciado nunca una escena tan desgarradora, tan dolorosa, tan digna de piedad. Y sin embargo, pensaba, el hombre hubiese podido defenderse, hubiese podido dejar muertos a sus enemigos con un soplo de su aliento… y no quiso hacerlo. ¿Cuál era el cáliz que su padre le había dado a beber? ¿Y quién era el padre a quien debía tal obediencia? No se trataba solo de un misterio, sino de un misterio tras otro…



Inmediatamente la multitud comenzó a regresar a la ciudad, con los soldados a la cabeza. Ben-Hur se sentía inquieto, ansioso; no estaba satisfecho consigo mismo y con su actitud hasta ese momento. Sabía que el Nazareno se hallaba en el sitio donde se encontraban las antorchas. Decidió repentinamente que se acercaría a él y le hablaría. Le haría una pregunta.

Despojándose del manto y el pañuelo que llevaba en la cabeza, y arrojándolos sobre el muro del huerto, se unió decididamente a la turba. Dejó

atrás a los rezagados, con dificultad se fue abriendo paso por entre la multitud en los sitios que era más densa, y así, poco a poco, llegó hasta el hombre que llevaba los extremos de la soga con que estaba atado el prisionero.

El Nazareno caminaba lentamente, con la cabeza gacha, las manos atadas a su espalda, el espeso cabello cubriendo casi por completo el rostro; daba la impresión de haberse desentendido por completo de todo lo que sucedía a su alrededor. Un par de pasos delante se veía a los sacerdotes y los ancianos hablando entre sí y mirando ocasionalmente hacia atrás en dirección del prisionero. Cuando se aproximaban al puente sobre la hondonada, Ben-Hur tomó la soga del siervo que la asía, y se adelantó.

—¡Maestro, Maestro! —dijo al Nazareno acercándose a su oído y hablando precipitadamente—. ¿Me escuchas, Maestro? Una palabra, una sola palabra. Dime…

El hombre de quien había tomado la soga, se la reclamó en aquel momento.

—Dime —continuó Ben-Hur— ¿te vas con estos por tu propia voluntad?

Otras personas se habían acercado ahora a Ben-Hur y airadamente le preguntaban quién era y qué hacía.

—Maestro —se apresuró a decir Ben-Hur, la voz aguda por la ansiedad—. Has de saber que cuentas con mi amistad y mi amor. Dime, te lo ruego, si acudo en tu ayuda, ¿quisieras aceptarla?

El Nazareno no miró en su dirección ni hizo signo alguno de haberlo reconocido; y, sin embargo, algo emanaba de aquel intenso sufrimiento, algo que parecía decir a quienes intentasen acercarse, ya fuesen conocidos o desconocidos: «Dejadlo en paz; ha sido abandonado por sus amigos; el mundo lo ha rechazado; en la agonía de su espíritu se ha despedido ya de los hombres; no sabe hacia donde lo llevan, pero le tiene sin cuidado. Dejadlo en paz».

Ben-Hur seguía sumido en esos pensamientos cuando cayeron sobre él una docena de manos, al tiempo que se oían gritos furiosos desde distintos sitios:

—¡Es uno de ellos!

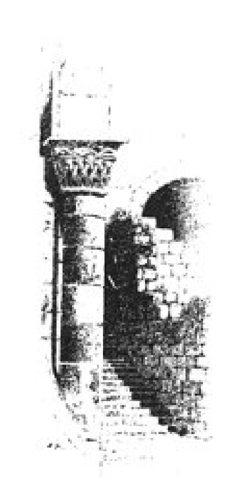
—¡Traedlo!

—¡Azotadlo!

—¡Matadlo!

Con un arrebato de pasión que pareció multiplicar muchas veces sus fuerzas, Ben-Hur se irguió en toda su altura, giró vigorosamente sobre sí mismo desasiéndose de las manos que lo apresaban y escapó del círculo que

lo cercaba. Las manos que trataban de cogerlo mientras huía, consiguieron arrancarle la túnica, de modo que debió alejarse desnudo por el camino a todo correr, hasta encontrar refugio en la profunda oscuridad de la hondonada.



Después de recoger su pañuelo y su manto del muro del huerto regresó hasta la puerta de la ciudad, y desde allí a la posada, donde montó en un buen caballo y se dirigió hacia las tiendas de su gente, junto a las Tumbas de los Reyes.

Mientras cabalgaba, se prometía a sí mismo que iría a ver al Nazareno al día siguiente, ignorando, por supuesto, que el hombre habría de ser llevado directamente a la mansión de Anás para ser juzgado esa misma noche.

Cuando el joven judío por fin se acostó, su corazón latía tan violentamente que no conseguía dormir. Veía ahora con toda claridad cómo el nuevo reino judío se disolvía en lo que era: tan solo un sueño. Es muy penoso contemplar cómo se desmoronan los castillos que nos hemos fabricado, uno tras otro, a cortos intervalos y cuando apenas empezamos a recuperarnos de cada uno de los golpes, pero cuando se desmoronan todos al mismo tiempo —como una flota que se hunde o como casas que se deshacen con un terremoto— se necesita un espíritu de una fortaleza sin igual para soportarlo con calma, y Ben-Hur, que desde luego no tenía un corazón de hierro, acusaba ahora el golpe. Buscando consuelo trataba de imaginarse una vida apaciblemente hermosa, con un hogar normal en lugar de un palacio estatal y con Esther a su lado como esposa. Una y otra vez a lo largo de aquellas horas, pesadas como plomo, se veía en la villa junto a Misenum, paseando por el jardín con su pequeña y delicada mujer, o reposando en el atrio bajo el límpido cielo napolitano, teniendo a sus pies una tierra esplendorosamente soleada y la bahía de aguas tan azules.

En pocas palabras, estaba entrando en una grave crisis que giraba alrededor de dos cosas: su futuro y el destino del Nazareno.

Capítulo IX
El camino hacia el Calvario

A la mañana siguiente, cerca de la hora segunda, dos hombres a caballo se acercaron a toda velocidad a las tiendas de Ben-Hur, y en cuanto desmontaron pidieron verlo. Todavía no se había incorporado de su lecho, pero dio instrucciones para que los dejasen pasar.

—La paz sea con vosotros, hermanos —les dijo, viendo que eran dos de sus oficiales galileos de mayor confianza—. Tomad asiento.

—¡No! —dijo bruscamente el de más edad—, sentarse y platicar cómodamente equivaldría a dejar morir al Nazareno. Levántate, hijo de Judá, y ven con nosotros. Ya se ha anunciado el veredicto. El árbol para la cruz estará muy pronto en el Gólgota.

Ben-Hur se quedó mirándolo atónito.

—¡La cruz! —fue lo único que consiguió decir en aquel momento.

—Anoche lo apresaron y lo juzgaron —continuó diciendo el hombre—. Al amanecer lo llevaron ante Pilatos. Por dos veces el romano negó que el Nazareno fuese culpable; dos veces se negó a entregarlo. Finalmente se lavó las manos y dijo: «Que recaiga entonces la responsabilidad sobre vosotros», y ellos respondieron…

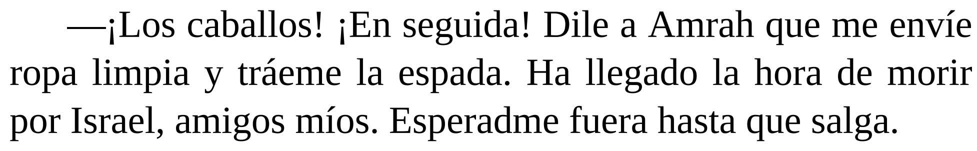


—¿Quiénes respondieron?

—Ellos… los sacerdotes y la gente, «Que su sangre caiga sobre nosotros y nuestros hijos».

—¡Nuestro sagrado padre Abraham! —exclamó Ben-Hur—. Así que un romano ha sido más benévolo con un israelita que su propia gente. Y si él, ¡ay!, si él fuese en verdad el Hijo de Dios, ¿quién podría jamás lavar la sangre que recaería sobre sus descendientes? No; no puede ser… ¡Ha llegado el momento de luchar!

Su rostro resplandecía con la determinación. Dio un par de palmadas para llamar a uno de sus servidores árabes y le dijo:



—¡Los caballos! ¡En seguida! Dile a Amrah que me envíe ropa limpia y tráeme la espada. Ha llegado la hora de morir por Israel, amigos míos. Esperadme fuera hasta que salga.

Comió un trozo de pan, bebió una copa de vino y estuvo listo para ponerse en camino.

—¿Adónde iremos primero? —preguntó el galileo.

—A reunir a las legiones.

—¡Ay! —exclamó el hombre dejando caer los brazos.

—¿Por qué «ay»?

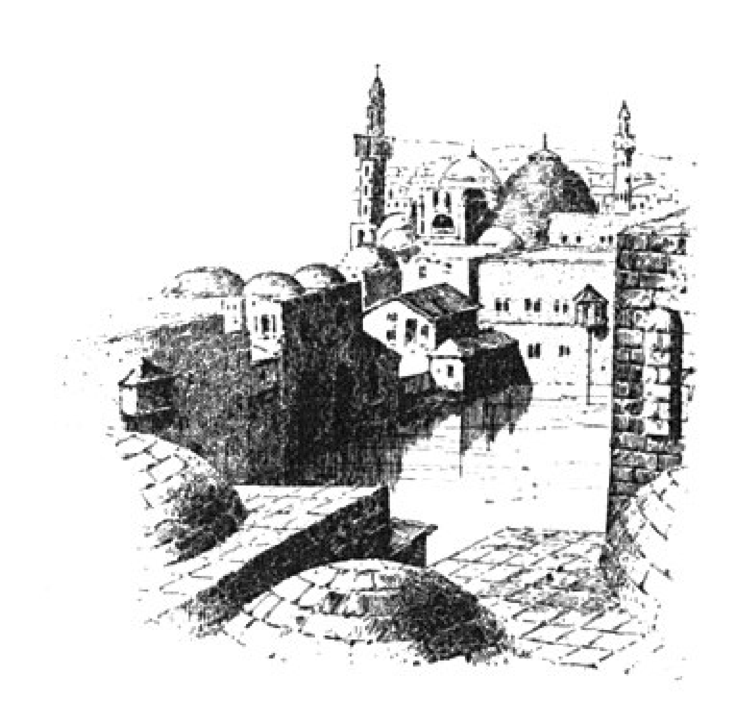
—Jefe —dijo el hombre con vergüenza—; mi amigo y yo somos los únicos que hemos permanecido fieles; el resto apoya a los sacerdotes.

—¿Y qué pretenden?

—Darle muerte.

—¿Dar muerte al Nazareno?

—Tú lo has dicho.



Ben-Hur paseó lentamente la mirada de un hombre a otro. Una vez más resonó en sus oídos la pregunta de la noche anterior: «¿No debo acaso beber el cáliz que mi Padre me ha destinado?». Y en seguida recordó también la pregunta que él hiciera al Nazareno: «¿Si acudiera en tu ayuda quisieras aceptarla?». Y se dijo a sí mismo: «Quizás esta muerte no puede ser evitada. El hombre se ha ido encaminando hacia ella con pleno consentimiento desde el día que comenzó su misión: proviene de una voluntad superior a la suya. ¿Quién si no el Señor podría imponer esa voluntad? Si el hombre consiente, si se acerca a ella voluntariamente, ¿qué pueden hacer los demás?». También veía Ben-Hur el fracaso del proyecto que había construido basándose en la fidelidad de los galileos; su deserción, de hecho, echaba por tierra el proyecto en su totalidad. ¡Pero qué extraño que hubiese ocurrido precisamente aquella mañana! Un singular temor se apoderó de él. Era posible que su proyecto, la labor realizada, la porción de su fortuna que había utilizado, no hubiesen sido otra cosa que una contienda blasfema con Dios. Cuando tomó las riendas de su caballo y dijo: «Vamos, hermanos» todo aparecía confuso e incierto para él. En aquel momento carecía de la facultad para tomar decisiones rápidas, sin la cual no es posible ser un héroe en las situaciones complicadas.

—Vamos, hermanos; vamos al Gólgota.

Fueron dejando atrás multitudes exaltadas, que al igual que ellos se dirigían al Sur. Todos los pobladores de aquella región al norte de la ciudad parecían estar en movimiento.

Al oír rumores de que podrían encontrar el cortejo con el condenado en los alrededores de las enormes tones blancas construidas por Herodes, los tres

amigos se encaminaron hacia allí, haciendo un rodeo por el sureste de Acra. En el valle contiguo al estanque de Ezequías resultó imposible abrirse paso entre la multitud, de modo que se vieron obligados a desmontar, descansar detrás de la esquina de una casa, y esperar que pasara aquel río de gente, que tal semejaba la muchedumbre.



Hay algunos capítulos en el Libro Primero de esta historia que fueron escritos para dar al lector una idea de la composición de la nación judía en tiempos de Cristo. También fueron escritos anticipando este instante y esta escena, de manera que quienes los hayan leído con atención podrán comprender claramente lo que veía Ben-Hur en este momento en que una nación entera parecía dirigirse al sitio de la crucifixión… ¡Una visión extraña y sorprendente!

Durante media hora, una hora, aquella riada seguía desfilando ante los ojos atónitos de Ben-Hur y sus acompañantes. Al final bien hubiera podido decir: «He visto pasar todas las castas de Jerusalén, todas las sectas de Judea, todas las tribus de Israel y todas las nacionalidades de la tierra». Pasaron judíos libios, judíos de Egipto y judíos del Rhin; en resumen, judíos de todos los países orientales y todos los países occidentales y de todas las islas que tenían algún tipo de intercambio comercial; unos marchaban a pie, otros a caballo, a lomos de camello, en literas y en carros; la variedad de las vestimentas era infinita, y sin embargo, existía una asombrosa similitud en los rasgos que aún hoy en día caracterizan a los hijos de Israel. Pasaban y pasaban, hablando lenguas diferentes, avanzaban de prisa, vehementes, ansiosos, apretados, y todo para ver morir a un pobre Nazareno, uno más de ellos.

Los judíos, desde luego, constituían la mayoría de la multitud, pero no eran la totalidad.

Mezclados entre la corriente había varios miles que no eran judíos, o que de hecho los despreciaban y los odiaban: griegos, romanos, árabes, sirios, africanos, egipcios, orientales. De modo pues que escrutando aquella enorme masa de gente se diría que el mundo entero estaría representado y en cierto modo presente en la crucifixión.

El cortejo era bastante silencioso. El ruido de algún casco sobre las piedras, el rechinar y traqueteo de alguna rueda, voces aisladas de personas que conversaban en voz baja, y de vez en cuando alguna llamada, eran los únicos sonidos que alcanzaban a sobresalir entre el soterrado fragor de una multitud en movimiento. Y sin embargo, en cada semblante se podía

distinguir la expresión de los hombres que se dan prisa para contemplar una escena terrible, un desastre repentino, o los estragos de una batalla. Por todo ello juzgó que se trataba de forasteros llegados para las celebraciones de la Pascua y que no habían tenido parte alguna en el juicio del Nazareno, que incluso podrían ser sus amigos.

Al cabo de un rato, provenientes de los alrededores de las grandes torres, Ben-Hur escuchó los gritos de un gran número de hombres.

—¡Atención!, ya vienen —dijo uno de los acompañantes.

La gente en la calle se detuvo a oír, pero incapaces de descifrar la naturaleza de los gritos, se miraron unos a otros y siguieron su camino en medio de un silencio sobrecogedor.

Cuando los gritos se oían ya muy cercanos y el aire parecía llenarse con su vibración, Ben-Hur vio venir a los sirvientes de Simónides cargando a su amo en un sillón y a Esther que caminaba a su lado. Inmediatamente detrás de ellos venía una litera cubierta.

—La paz sea contigo, Simónides, y contigo, Esther —dijo Ben-Hur al encontrarlos. Si os dirigís al Gólgota, esperad a que pase la procesión, y entonces iré con vosotros. Aquí junto a la casa hay sitio para guarecerse.

La voluminosa cabeza del mercader reposaba pesadamente sobre su pecho; irguiéndose un poco respondió:

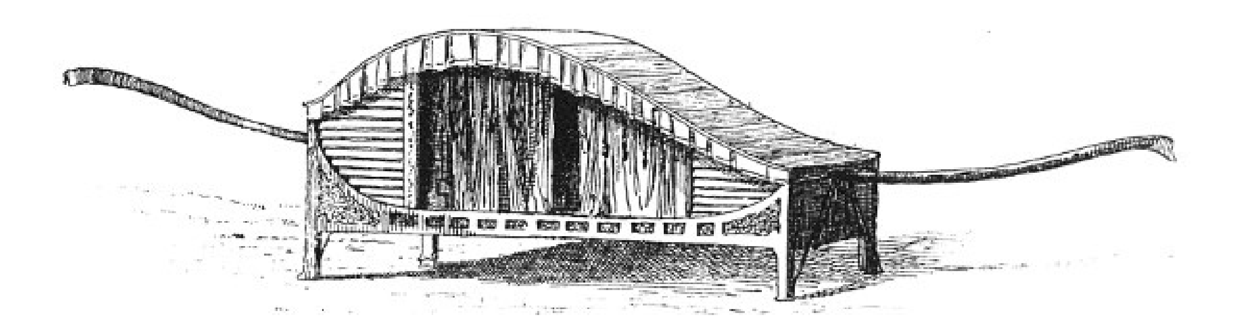
—Habla con Baltazar. Haré lo que él prefiera. Se encuentra en la litera.

Ben-Hur se apresuró a levantar la cortina. El egipcio se hallaba en el interior, su pálido rostro tan enjuto, que más parecía un cadáver. El joven judío repitió a Baltazar la pregunta que había hecho al mercader.

—¿Y podremos verlo? —preguntó débilmente el anciano.

—¿Al Nazareno?… Sí; debe pasar a unos pocos metros de distancia.

—Señor Dios —exclamó Baltazar con fervor—. ¡Una vez más, una vez más! ¡Hoy es un día terrible para el mundo!



Poco después todo el grupo esperaba junto a la casa donde se guareciera Ben-Hur. Hablaron muy poco, seguramente temerosos de confiarse mutuamente los pensamientos. Todo era incierto en aquel momento y nada podía ser más incierto que las opiniones personales. Baltazar se levantó penosamente y debió apoyarse en su sirviente para mantenerse en pie; Esther y Ben-Hur se quedaron para acompañar a Simónides.

Entretanto la muchedumbre siguió fluyendo, más densa que antes si se quiere, y ya el griterío se acercaba atronando el aire, ronco, cruel. Finalmente terminó la procesión.

—Mirad —dijo Ben-Hur— viene ahora la esencia de Jerusalén.

En la vanguardia marchaba un ejército de mozalbetes gritando burlonamente:

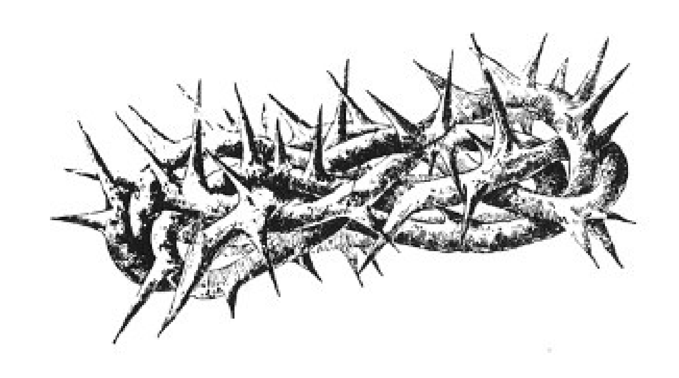
—¡El Rey de los Judíos! ¡Abrid paso al Rey de los Judíos!

Simónides observó cómo giraban y danzaban, al igual que una nube de insectos de verano, y dijo luego gravemente:

—Cuando estos reemplacen a sus mayores, hijo de Hur, ¡pobre de la ciudad de Salomón!

Venía después un grupo de legionarios bien armados, marchando con sorda indiferencia entre el brillo de sus resplandecientes armaduras.

Luego venía el Nazareno.



Venía casi muerto. Cada par de pasos se tambaleaba como si fuese a caer al suelo. Un manto manchado y roto colgaba de sus hombros sobre una túnica descosida. Sus pies desnudos iban dejando huellas rojas sobre las piedras de la vía. De su cuello colgaba un cartel con una inscripción. Llevaba una corona de espinas y la sangre de las heridas que ella le producía bajaba por sus cabellos formando espesas costras. En los sitios donde se alcanzaba a ver, la piel tenía una palidez cadavérica. Llevaba las manos atadas en frente suyo. En algún sitio de la ciudad había caído al suelo, agobiado por el peso del madero de la cruz, que según la cruel costumbre cada condenado debía llevar hasta el sitio de su ejecución; en aquel momento un compatriota suyo la cargaba en su lugar. Le acompañaban cuatro soldados para protegerlo de la turba, pero de vez en cuando alguno conseguía llegar hasta él para golpearlo con un palo o escupirle. No obstante ni una palabra de protesta ni un gemido de dolor brotaban de los labios del Nazareno; tampoco levantó la mirada en todo aquel trayecto desde que apareció en la distancia hasta que estuvo en frente de la casa que protegía a Ben-Hur y sus amigos. Todos ellos estaban inmensamente conmovidos. Esther se aferraba a su padre y él, a pesar de su voluntad poderosa, temblaba como una hoja. Baltazar se quedó mudo de dolor. Ben-Hur exclamaba: «¡Dios mío, Dios mío!». En ese momento, como si hubiera escuchado las palabras o adivinado los pensamientos, el Nazareno volvió su pálido rostro hacia el grupo y los miró uno por uno de una manera tal que llevarían esa mirada en sus memorias por el resto de sus vidas. Se dieron cuenta de que no pensaba en sí mismo sino en ellos, y los ojos moribundos concedieron al grupo la bendición que a sus labios no les estaba permitido pronunciar.

—¿Dónde están tus legiones, hijo de Hur? —preguntó Simónides emocionado.

—Anás te lo podría decir mejor que yo.

—¡Qué! ¿Te han traicionado?

—Todos menos estos dos.

—¡Entonces todo está perdido y este hombre tan bueno ha de morir!

Al hablar, el rostro del mercader se contrajo dolorosamente, y en cuanto terminó, su cabeza se hundió en el pecho. Había participado plenamente en la empresa de Ben-Hur, inspirado por sus mismas esperanzas, que en ese momento se apagaban seguramente para nunca reaparecer.

Otros dos hombres venían detrás del Nazareno, llevando también los maderos de sus cruces.

—¿Y estos quiénes son? —preguntó Ben-Hur a los galileos.

—Ladrones que han de morir con el Nazareno —replicó uno de ellos.

Sobresalía luego en la procesión la figura de un hombre cubierto con una mitra y con las vestiduras doradas del Sumo Sacerdote. Guardias del Templo formaban un cordón a su alrededor; detrás suyo y en perfecto orden marchaban el Sanedrín y una larga hilera de sacerdotes con sobrepellices de las más variadas texturas y colores sobre las blancas túnicas.

—Allí va el yerno de Anás —dijo Ben-Hur en voz baja.

—¡Caifás!, Sí, lo he visto —replicó Simónides, y después de mirar concienzudamente al Sumo Pontífice durante unos instantes, añadió—: Ahora estoy convencido, ahora sé con toda certeza, que aquel hombre que marcha allí delante con una inscripción colgada del cuello, es en efecto lo que proclama la inscripción: Rey de los Judíos. Un hombre cualquiera, un impostor, un farsante, jamás habría sido acompañado de esta manera. Porque ¡mirad! Aquí están todas las naciones que habitan Jerusalén, las naciones de Israel. Mirad el *ephod*, la túnica azul con franjas, las granadas púrpura y las campanas doradas que no han sido vistas en las calles desde el día que Jeddoa[1] salió al encuentro del Macedonio… todo ello prueba que el Nazareno es Rey. Ojalá pudiera levantarme y seguirlo.

Ben-Hur escuchaba sorprendido. En seguida y como si también experimentara el deseo de expresar sus sentimientos, algo muy raro en él, Simónides dijo con impaciencia:

—Habla con Baltazar, te lo ruego, y marchémonos. Viene la escoria de Jerusalén.

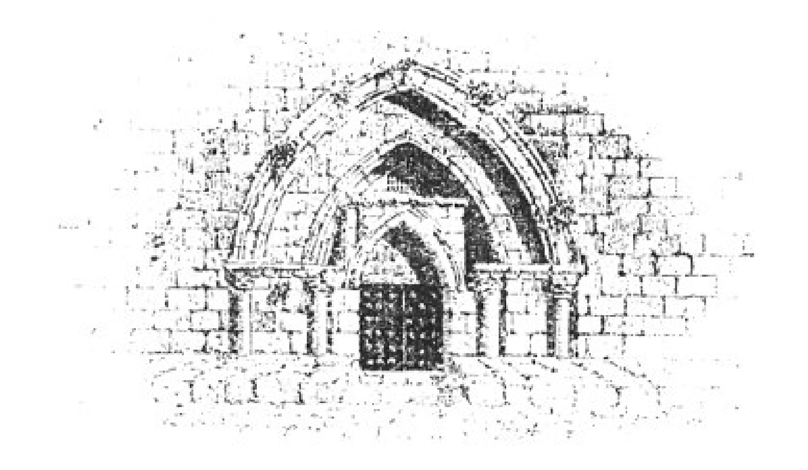
Habló entonces Esther:

—Veo allí a unas mujeres que lloran. ¿Quiénes son?

Siguiendo la dirección de su dedo, el grupo contempló cuatro mujeres que lloraban desconsoladamente; una de ellas se apoyaba en el brazo de un hombre cuyo aspecto no era muy diferente al del Nazareno.

—El hombre es el discípulo predilecto del Nazareno —explicó Ben-Hur —. La mujer que se apoya en su brazo es María, la madre del Maestro; las otras son amigas suyas de Galilea.

Esther siguió con los ojos humedecidos a aquel doliente grupo hasta que se perdió entre la multitud.



Aquella manifestación era un anticipo de las que treinta años más tarde ocurrirían durante las luchas de las facciones y que habrían de destrozar a la Ciudad Sagrada; serían en efecto igualmente multitudinarias, e igual de fanáticas y sedientas de sangre. También contarían con los mismos integrantes: siervos, conductores de camellos, vendedores en el mercado, centinelas en las puertas de la ciudad, jardineros, comerciantes en frutas y vinos, fieles, forasteros, guardianes y criados del Templo, ladrones, salteadores, y en fin aquella infinidad de personas que no pertenecen a ninguna clase o gremio, pero que en ocasiones como esta aparecen nadie sabe de dónde, hambrientos y malolientes con el olor de cuevas sucias y tumbas abandonadas… pobres desgraciados con la cabeza descubierta, brazos y piernas desnudos, el cabello y la barba en trenzas desgreñadas, las deshilachadas vestiduras de un turbio color de lodo; bestias con bocas colosales capaces de proferir rugidos leoninos para llamarse unos a otros en las yermas extensiones. Unos cuantos llevaban espadas, otros lanzas y jabalinas, pero la gran mayoría blandían picas, nudosas porras o bien hondas, para las cuales llevaban abundante provisión de piedras ocultas en sacos o entre los pliegues de las túnicas.

Entre la densa masa aparecían aquí y allá personas de alto rango: escribas, ancianos del Templo, rabinos, fariseos, saduceos revestidos con finas capas, y que en aquel momento cumplían la función de incitar y dirigir a la multitud. Si los asistentes se cansaban de proferir el mismo grito, los saduceos inventaban otro; si los pulmones más exhaustos comenzaban a desfallecer, les daban ánimos para que siguieran gritando. Y sin embargo, una y otra vez se repetían las mismas consignas:

—¡Rey de los Judíos!

—¡Paso al Rey de los Judíos!

—¡El flagelo del Templo!

—¡Blasfemo de Dios!

—¡Crucificadle, crucificadle!

De todos los gritos, este último parecía ser el que gozaba de mayor favor, ya que sin duda expresaba más directamente el deseo de la turba y articulaba con mayor claridad el odio hacia el Nazareno.

—Vamos —dijo Simónides cuando Baltazar estuvo listo para continuar —. Vamos ya; sigamos adelante.

Ben-Hur no le oyó. El aspecto de aquella gente que pasaba en ese momento, su brutalidad y el ansia de tomar vidas humanas, le hizo pensar por contraste en el Nazareno —su amabilidad, su ternura, su misericordia, las muchas caridades que había obrado sobre las personas que sufrían—. Una sugerencia le fue llevando a otra y, de repente, recordó la gran deuda que tenía con aquel hombre: aquella ocasión en que él mismo estaba en manos de los romanos, encaminándose a una muerte que parecía tan cierta y casi tan terrible como este sacrificio en la cruz; el refrescante trago de agua que había recibido en el pozo cerca de Nazareth y la expresión divina en el rostro de aquel que se lo ofreció; recordó también el otro gran don que a él debía, el milagro del Domingo de Ramos; al momento, junto con estos recuerdos, Ben-Hur experimentó una gran impotencia y una punzada en el corazón al pensar que no podría devolver favor por favor, o corresponder, aunque fuese en parte a tanta benevolencia del Nazareno. Se acusó entonces a sí mismo y se dijo que no había hecho todo lo que hubiese podido; habría podido vigilar mejor a los galileos y asegurarse que continuasen fieles a él, dispuestos a actuar. Y este… ¡ay!, este hubiese sido el momento de atacar. Un golpe certero no solo hubiese dispersado la turba y liberado al Nazareno; también hubiese sido como un clamor de trompetas que despertaría a Israel y precipitaría el comienzo de la largamente anhelada guerra de liberación. La oportunidad se escapaba; con cada minuto que pasaba se alejaba un poco más; ¡y si se llegase a perder del todo! ¡Oh, Dios de Israel! ¿Acaso no había nada que hacer? ¿Absolutamente nada?

En ese momento alcanzó a ver a un grupo de galileos. Se abrió paso entre la gente y llegó hasta ellos.

—Seguidme —les dijo—, tengo que hablar con vosotros.

Los hombres le obedecieron, y una vez que se encontraron detrás de la casa, Ben-Hur habló de nuevo:

—Vosotros tomasteis mis espadas y acordasteis conmigo que serían utilizadas para luchar por la libertad y por el Rey que habría de venir. Tenéis las espadas con vosotros y ha llegado el momento de usarlas para atacar. Marchad ahora y buscad por todas partes hasta dar con nuestros hermanos y decidles que me encuentren junto al árbol de la cruz dispuestos a defender al Nazareno. Todos vosotros, ¡daos prisa! ¡No perdáis tiempo! El Nazareno es el Rey esperado, y con él muere la libertad.

Los galileos miraban a Ben-Hur respetuosamente, pero no se movían de sus sitios.

—¿Me habéis escuchado? —preguntó entonces impacientemente.

Uno de ellos contestó:

—Hijo de Judá, no somos nosotros ni nuestros hermanos con las espadas quienes nos engañamos, sino tú. El Nazareno no es el Rey esperado, y ni siquiera tiene el espíritu de un rey. Estábamos con él cuando entró en Jerusalén; lo vimos en el Templo; no estuvo a la altura de su misión y nos decepcionó a nosotros y a Israel; en la Puerta Hermosa le dio la espalda a Dios y rehusó el trono de David. No es el Rey y Galilea no lo apoya. Debe sufrir la muerte. Pero presta atención, hijo de Judá; tenemos las espadas y por la libertad sí que estamos listos a desenvainarlas y luchar. Te encontraremos junto al árbol de la cruz.

Se acercaba para Ben-Hur el momento supremo de su vida. Si hubiese aceptado el ofrecimiento del galileo, el mundo, la historia, podrían haber variado su curso. Sería entonces, empero, una historia regida por los hombres y no por Dios; algo que nunca ha sido y nunca será. Una gran confusión lo invadió; luego —en ese momento no supo cómo ocurrió, pero más adelante se lo atribuyó al mismo Nazareno— comprendió que esa muerte era necesaria para adquirir la fe en la resurrección, sin la cual el cristianismo no sería más que una cáscara vacía. Aquel estado de confusión, al que ya se ha aludido antes, le privó de la facultad de tomar decisiones rápidas; se quedó entonces inmóvil, sin saber qué hacer, mudo. Cubriéndose el rostro con las manos se estremeció con el conflicto interior entre su voluntad —que sería luchar— y aquel otro poder superior a él.

—Ven; te estamos esperando —dijo Simónides por cuarta vez.

Mecánicamente se puso en movimiento en pos del sillón y la litera. Esther caminaba junto a él. Al igual que Baltazar y sus compañeros, los Reyes

Magos, aquel día que tuvieron su encuentro en el desierto, Ben-Hur era conducido por una fuerza superior.

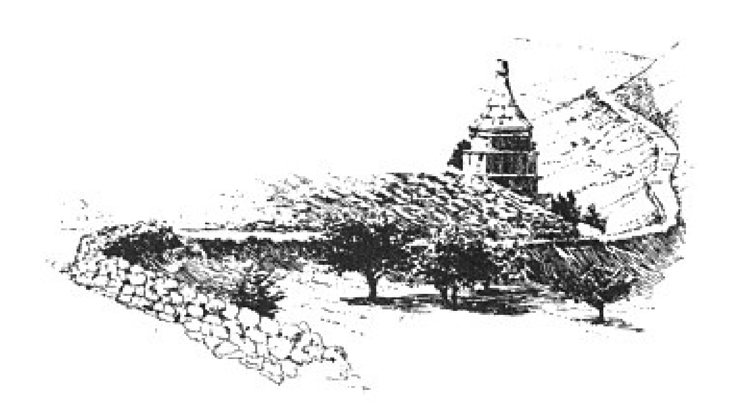
Capítulo X
La crucifixión

Cuando el grupo formado por Baltazar, Simónides, Ben-Hur, Esther y los dos galileos que habían permanecido fieles llegó al sitio de la crucifixión, el joven judío se encontraba a la cabeza, guiando a los demás. No sabía cómo había logrado abrirse paso entre aquella muchedumbre de gente excitada, como tampoco podría decir qué camino siguieron o cuánto tiempo les tomó llegar hasta allí. Había caminado de manera por completo inconsciente, sin escuchar ni ver a nadie ni a nada, con la mente en blanco en cuanto al lugar donde se dirigían y sin el más remoto vestigio de un propósito definido. En aquella condición no habría podido hacer más que un niño de pecho para evitar el horrible crimen que estaba a punto de presenciar. Los designios de Dios resultan siempre extraños para los hombres, al igual que los medios de los que se vale para llevarlos a cabo.

Ben-Hur se detuvo bruscamente. Aquellos que lo seguían se detuvieron también. Como una cortina que se levanta ante los ojos de la audiencia, el trance que lo había llevado hasta allí como sonámbulo se acababa de disolver y ahora podía ver con toda claridad lo que ocurría.

En la cima de una pequeña y redondeada colina había un espacio despejado, seco y polvoriento, sin otra vegetación que unos pocos matorrales. En aquel momento ese espacio estaba bordeado por una pared humana, detrás de la cual se agitaban una gran cantidad de hombres, algunos tratando de mirar por encima de los que estaban en primera línea y otros tratando de hacerlo a través de los pequeños resquicios que quedaban. Una amenazadora columna de soldados romanos mantenía rígidamente la posición de la muralla humana, con un centurión que se paseaba vigilante. Ben-Hur, guiado por aquella extraña fuerza, había llegado hasta la primera línea de espectadores.

La colina era el antiguo Gólgota de los arameos; en latín *Calvaría*, que significaba cráneo.



Sobre las laderas del Gólgota, en los vallecillos próximos, las hondonadas y las crestas de otras colinas cercanas, se amontonaba la abigarrada multitud. Mirase donde mirase, Ben-Hur no alcanzaba a divisar una sola franja de hierba, de arbustos, de rocas; solo veía miles de ojos que brillaban en rostros fríos y duros; en la distancia solo rostros duros en los que ya no se distinguían los ojos; un poco más lejos solo un círculo ancho, muy ancho, que de acuerdo con lo que veía a su alrededor debía corresponder a otros tantos miles de rostros. Esa era entonces la imagen que daban tres millones de personas reunidas. Y tres millones de corazones que vibraban con un interés apasionado por lo que estaba sucediendo en la colina, o mejor, lo que ocurría con el Nazareno, pues los ladrones les tenían sin cuidado. El Nazareno, por el contrario, representaba para cada uno de los presentes un objeto de odio, de temor o de curiosidad… ¡Y pensar que él los amaba tanto que iba a morir por ellos!

En el espectáculo de una gran asamblea de gente se siente siempre ese mismo asombro y fascinación que produce un mar agitado; Ben-Hur, sin embargo solo dedicó un vistazo a aquella imagen, pues lo que ocurría en aquel espacio bordeado de hombres que se describió más atrás reclamaba toda su atención.

En lo alto de la colina y en un sitio lo suficientemente prominente como para ser visible por encima de las cabezas de la muralla humana y del grupo de notables, se erguía el Sumo Sacerdote, fácilmente reconocible por su mitra, sus lujosas vestiduras y su aire altivo. Aún más arriba, casi en la cumbre, de modo que podía distinguirse desde cerca y desde lejos, estaba el Nazareno, encorvado, doliente, pero silencioso. Algún gracioso entre los soldados había completado la corona de espinas ofreciéndole una caña que le sirviera de cetro. Los clamores de la turba se abatían sobre él como ráfagas; unas veces carcajadas, otras insultos, aunque en ocasiones se

mezclaban unas con otras hasta confundirse. Un hombre, un simple hombre, amable lector, al escuchar aquello hubiese renunciado para siempre al amor que le pudiera quedar por la raza humana.

En aquel momento todos los ojos estaban clavados en el Nazareno. Ben-Hur advirtió que fuese por compasión o por alguna otra razón, se estaba operando un cambio en sus sentimientos. Se trataba de la concepción de algo superior a lo más excelso que esta vida pueda deparar —de hecho algo tan superior, que podría proporcionar a un hombre débil las fuerzas necesarias para soportar las agonías del espíritu y del cuerpo, algo que permitiría incluso recibir la muerte con beneplácito… quizás otra vida más pura que esta vida terrenal… quizás la vida del espíritu a la cual Baltazar se aferraba tan tenazmente—. La idea comenzó a abrirse paso en su mente con creciente claridad, y con ella el pensamiento que después de todo, la misión del Nazareno era guiar más allá de esos límites terrenales a todos cuantos le amasen, guiarlos hacia aquel sitio donde se encontraba el reino que en ese momento le esperaba a él. En aquel instante, como algo surgido del aire y proveniente de alguna región olvidada, oyó de nuevo, o le pareció oír, las palabras del Nazareno:

«YO SOY LA RESURRECCIÓN Y LA VIDA».

Aquellas palabras resonaron una y otra vez, y tomaron forma y fueron esclarecidas por una resplandeciente luz que les daba un nuevo significado. Ben-Hur preguntó en voz baja, contemplando aquella figura en lo alto de la colina que desfallecía con la corona de espinas: «¿Quién es la resurrección? ¿Y quién es la vida?».

«YO SOY», parecía decir la figura, y como si se dirigiera solo a él, pues al instante experimentó una sensación de paz como no había conocido hasta entonces, la paz que concede el aclarar una duda y un misterio y marca el comienzo de la fe, el amor, y el entendimiento.

Ben-Hur fue despertando bruscamente de aquel estado de ensoñación por el ruido de unos golpes de martillo. En la cumbre de la colina observó entonces algo que antes había escapado a su vista: un grupo de soldados y trabajadores que preparaban las cruces. Los hoyos para plantar los maderos ya estaban listos, y ahora se colocaban en su sitio las vigas transversales.

—Dile a los hombres que se den prisa —dijo el Sumo Sacerdote al centurión—. Este —y señaló al Nazareno— debe morir antes que se ponga el sol, y debe ser enterrado para que la tierra no sea contaminada. Eso dice la Ley.

Un soldado menos cruel que los otros se acercó al Nazareno y le ofreció de beber, pero él rechazó la copa. Luego llegó otro y le quitó del cuello el cartel con la inscripción, que en seguida clavó al madero de la cruz… y así se completaron los preparativos.

—Las cruces están dispuestas —dijo el centurión al pontífice, quien recibió el informe con un simple ademán de su mano derecha. Luego ordenó:

—Que sea crucificado primero el blasfemo. El Hijo de Dios debería ser capaz de salvarse a sí mismo. Ahora lo veremos.

Las personas que estaban relativamente cerca y que habían contemplado las diversas etapas de los preparativos en medio de gritos de impaciencia, soltaron una exclamación, y al momento guardaron el más completo silencio. Había llegado el momento más impresionante del castigo, al menos en su parte externa: los hombres iban a ser clavados a sus cruces. Cuando los soldados pusieron sus manos sobre el Nazareno para cumplir con esa acción, un estremecimiento recorrió a toda la concurrencia; incluso los más insensibles sintieron una sacudida de terror. Más tarde algunos dirían que en ese momento el aire se habría enfriado súbitamente, haciéndoles tiritar.

—¡Qué silencio más terrible! —dijo Esther, colocando un brazo alrededor de su padre.

Recordando las torturas a las que él también se había visto sometido, Simónides apretó el rostro de su hija contra su pecho, y temblando, se sentó en el suelo.

—No mires, Esther, no mires —le dijo—. Lo único que sé es que todos quienes contemplan esto, los inocentes al igual que los culpables, pueden recibir una maldición a partir de este mismo momento.

Baltazar cayó de rodillas.

—Hijo de Hur —dijo Simónides con creciente emoción—, hijo de Hur, si Jehová no deja caer su mano, y muy pronto, Israel estará perdida… y nosotros estaremos perdidos.

Ben-Hur respondió serenamente:

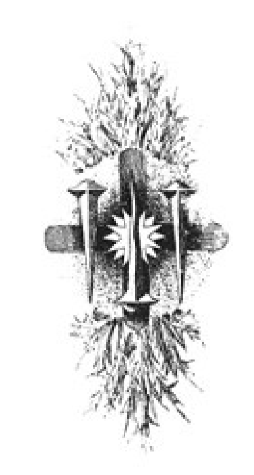
—Me encontraba en medio de un sueño. Simónides, y en él escuché por qué ha ocurrido todo esto y por qué debe continuar. Es la voluntad del Nazareno… es la voluntad de Dios. Hagamos lo mismo que hace el egipcio: guardemos silencio y oremos.

Al mirar de nuevo en dirección de la colina, las mismas palabras parecieron vibrar en el aire a través del espantoso silencio:

«YO SOY LA RESURRECCIÓN Y LA VIDA».

El joven se inclinó reverentemente, como ante una persona que le hablara.

Entretanto, en la cumbre, la macabra tarea de los soldados continuaba. Los guardias despojaron al Nazareno de sus vestiduras, de modo que quedó desnudo a la vista de millones de personas. La marca de los latigazos que había recibido en la espalda esa mañana aún sangraban, y sin embargo fue acostado despiadadamente en el suelo y luego extendido sobre la cruz. Primero se colocaron los brazos sobre la viga transversal; los clavos eran afilados, y un par de golpes bastaron para atravesar las tiernas palmas de sus manos; luego levantaron sus rodillas hasta que las plantas de los pies quedaron paralelas con el madero; colocaron entonces un pie sobre el otro, de modo que con un solo clavo podían fijarse ambos. El sonido sordo del martillo se escuchó en la zona cercana al espacio despejado, pero aun quienes no escuchaban el sonido podían ver cómo caía el martillo y muchos se estremecían de tenor. Y a pesar de todo, de labios de aquel hombre en la cruz no brotaba ni un gemido, ni un grito, ni una palabra de arrepentimiento; nada que permitiese al enemigo burlarse de él, o a los amigos sentir vergüenza.



—¿Hacia qué lado quieres que quede orientada la cruz? —preguntó rudamente un soldado.

—Hacia el Templo —respondió el pontífice—. En el momento de morir quiero que vea que la sagrada morada en nada ha sido afectada por sus maquinaciones.

Los hombres encargados de ello, levantaron la cruz y la trasladaron, con el hombre clavado a ella, hasta el sitio donde habría de ser plantada. Al recibir la orden, hundieron el madero en el hoyo; el cuerpo del Nazareno se sacudió bruscamente, y quedó colgado de las sangrantes manos. Ni siquiera entonces profirió un grito de dolor; tan solo una exclamación, la más sublime de las exclamaciones de que se tiene noticia:

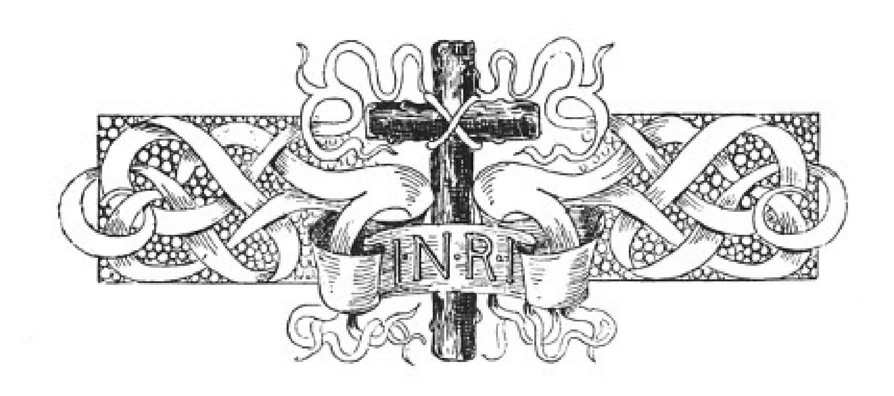
—Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen.

La cruz, que sobresalía ahora por encima de todos los objetos y personas y se levantaba solitariamente hacia el cielo, fue saludada con una exclamación de placer, y todos los que alcanzaban a leer la inscripción en el cartel

colocado sobre la cabeza del Nazareno, se dieron prisa en descifrarla. En seguida las palabras empezaron a pasar de boca en boca, y poco después toda la concurrencia repetía la mordaz inscripción entre gritos y carcajadas:

—¡Rey de los Judíos! ¡Salve, Rey de los Judíos!

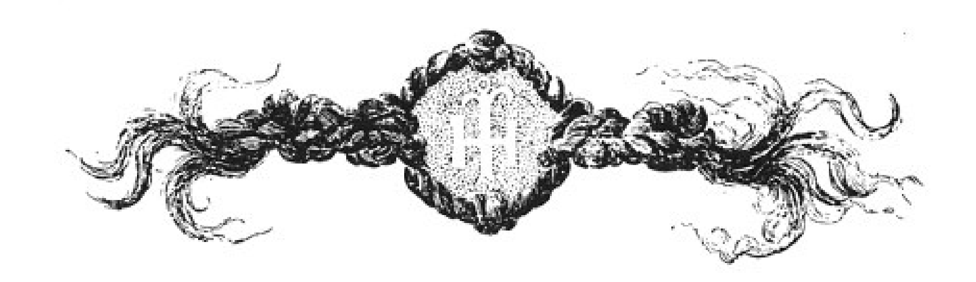
El pontífice, que tenía una idea más clara del significado de la inscripción protestó, y pidió que se retirara, pero fue en vano. De modo pues, que el Rey así instaurado pudo contemplar con ojos moribundos y con el título que le correspondía, la ciudad de sus antepasados, que tan ignominiosamente le había expulsado.



El sol se acercaba rápidamente a la hora del mediodía; las colinas le ofrecían amorosamente sus pardas laderas; las montañas más distantes se regocijaban en el púrpura con que tan regiamente las revestía. Los templos, palacios, torres, pináculos y todos los demás puntos prominentes parecían encenderse hasta alcanzar incomparables resplandores, como si fuesen conscientes del orgullo que despertaban en todos aquellos que de vez en cuando volvían hacia ellos su mirada. Y sin que nadie lo esperase, súbitamente, un manto de tinieblas comenzó a llenar el cielo y cubrir la tierra; en un principio que tan solo un perceptible oscurecimiento del día, un crepúsculo que arribaba a deshora, un sombrío atardecer que se deslizaba subrepticiamente en medio del esplendor de un mediodía. Pero muy pronto la oscuridad fue tan intensa, que ninguno de los presentes dejó de notar el cambio. En vista de lo que ocurría, cesaron los gritos y las risotadas, y muchos hombres, dudando de sus propios sentidos, se miraban unos a otros con curiosidad; miraron entonces de nuevo en dirección del sol, luego hacia las montañas que se perdían en la distancia, el firmamento que los cubría y los parajes más cercanos y, por último, la cumbre de la colina donde se estaba desarrollando aquella tragedia; entonces se miraron unos a otros una vez más, palidecieron y guardaron silencio.

—No es más que niebla, o una nube pasajera —dijo Simónides tratando de tranquilizar a Esther, que estaba muy alarmada—. Muy pronto volverá a brillar el sol.

Ben-Hur no pensaba igual.



—No se trata de niebla y tampoco es una nube pasajera —afirmó—. Los espíritus que viven en el aire —los profetas y los santos— intentan de esta manera ser misericordiosos consigo mismos y la naturaleza, ocultando de la vista tan terrible escena. Porque yo te digo, ¡oh Simónides!, tan cierto como Dios vive, que aquel que cuelga de la cruz es el Hijo de Dios.

Y dejando a Simónides lleno de asombro con aquellas palabras, se acercó al sitio donde Baltazar permanecía arrodillado, y posó una mano sobre la espalda del buen hombre.

—¡Oh sabio egipcio!, presta atención; tú y solamente tú tenías razón: el Nazareno es en verdad el Hijo de Dios.

Baltazar le instó a que se aproximara todavía un poco más y respondió débilmente:

—Recién nacido lo vi en el pesebre donde fue acunado; no es de extrañar entonces que mi conocimiento fuese más extenso que el tuyo. ¡Pero qué alegría haber vivido para ver este día! ¡Ojalá hubiese podido compartirlo con mis hermanos Melchor y Gaspar, y luego morir juntos!

—Consuélate —dijo Ben-Hur—. Sin duda que ellos también se encuentran entre nosotros.

La oscuridad seguía aumentando hasta el punto que casi parecía noche cerrada, pero ello no parecía arredrar la resolución de aquellos hombres que se encontraban en lo alto de la colina. Primero el uno, y luego el otro, los dos ladrones fueron clavados a sus cruces y transportados hasta el sitio donde habrían de ser plantados los maderos. En ese momento la guardia fue retirada, y la gente, libre de aquel obstáculo, comenzó a ascender hacia la cumbre como una ola convergente. Con dificultad alcanzaba alguno de los presentes a echar un vistazo, cuando ya un recién llegado le apartaba de un empujón para tomar su sitio y a su vez era apartado de la misma manera por otro. Y todos

parecían reservar para el Nazareno una carcajada burlona, un comentario despreciativo o un insulto.

—¡Ja, ja! ¡Sálvate si en verdad eres el Rey de los Judíos! —le gritaba un soldado.

—¡Ay, si descendiera de la cruz y viniera hacia nosotros, creeríamos en él! —dijo un sacerdote.

Otros meneaban la cabeza y decían sensatamente:

—Podría destruir el Templo y reconstruirlo en tres días, pero es incapaz de salvarse a sí mismo.

Y otros:

—Se llama a sí mismo Hijo de Dios, veamos si Dios lo reconoce.

El enorme peso que pueden tener los prejuicios nunca ha sido evaluado apropiadamente. El Nazareno no le había hecho daño a esta gente; la inmensa mayoría de ellos lo veían por primera vez en esta hora tan aciaga para él, y sin embargo lo cubrían de insultos e improperios mientras expresaban su compasión por los ladrones.

Aquella noche sobrenatural que tan misteriosamente había descendido de los cielos, sobrecogía a Esther, como de hecho estaba ocurriendo con otros más valientes y más fuertes que ella.

—Regresemos a casa —imploró dos o tres veces a su padre—. Es Dios que está frunciendo el ceño. ¿Quién podría adivinar qué otras cosas terribles pueden suceder? Tengo miedo.

Simónides, empero, era un hombre obstinado. Decía poco, pero evidentemente era presa de una gran agitación. Al observar hacia el final de la primera hora que la aglomeración en la cima de la colina había disminuido, sugirió al resto del grupo que avanzaran para colocarse más cerca de las cruces. Ben-Hur ofreció su brazo a Baltazar, y a pesar del apoyo, el ascenso fue muy difícil para el anciano egipcio. Desde el sitio que encontraron, el Nazareno no se veía muy nítidamente, y aparecía a sus ojos tan solo como una figura oscura que colgaba de la cruz. Podían escucharlo, sin embargo, es decir escuchar sus suspiros, pues demostraba una resistencia al sufrimiento mucho mayor que la de sus compañeros en la cruz, que llenaban el aire con sus penetrantes quejidos e imprecaciones.

La segunda hora de la crucifixión transcurrió de manera muy similar a la primera. Para el Nazareno aquellas horas eran de insulto, de provocación, de lenta agonía. Solo habló una vez en aquel tiempo. Entre unas mujeres que se acercaron y se arrodillaron al pie de la cruz, reconoció a su madre, en compañía de su discípulo predilecto.

—Mujer —dijo elevando la voz—, he aquí a tu hijo.

En seguida se dirigió al discípulo y le dijo:

—He aquí a tu madre.

Llegó la hora tercera, y mucha gente seguía agolpada en los alrededores de la colina, como sujetos por una extraña atracción, que probablemente obedecía en buena parte a la noche sobrevenida en pleno día. Parecían menos ruidosos que durante la hora anterior, aunque de vez en cuando se escuchaban los gritos que se daban unos a otros llamándose en medio de la oscuridad. También era notorio que quienes ahora se aproximaban al Nazareno lo hacían en silencio, lo contemplaban en silencio y se marchaban del mismo modo. Este cambio incluía también a los guardias, que tan solo un rato antes habían sorteado entre sí las vestiduras del crucificado; ahora permanecían junto a sus oficiales, a unos cuantos pasos del Nazareno, más atentos a ese convicto que a las multitudes que iban y venían. Si en algún momento respiraba con dificultad o movía la cabeza hacia atrás en un paroxismo de dolor, inmediatamente se ponían en alerta. Lo más asombroso de todo, empero, era el cambio en el comportamiento del Sumo Sacerdote y sus acompañantes, aquellos hombres ilustres que habían colaborado en el juicio la noche anterior, y fielmente habían apoyado su actitud en todo momento. Cuando la oscuridad empezó a reinar en todo el ámbito, comenzaron a perder la confianza. Muchos entre ellos tenían conocimientos de astronomía, y estaban familiarizados con los fenómenos que tanto aterrorizaban a las masas en aquellos días. Se trataba de conocimientos que habían sido transmitidos de padres a hijos durante varias generaciones; algunos los habían adquirido después de los años de cautiverio en Egipto y habían mantenido su destreza utilizándolos al servicio del Templo. Todos quienes poseían estos conocimientos se apresuraron a agruparse cuando el sol comenzó a palidecer ante sus propios ojos; como el fenómeno se intensificara, se colocaron alrededor del pontífice para debatir lo que veían.

—Es luna llena, no puede ser un eclipse —decían con toda razón.

Luego, como ninguno podía dar explicación a esa súbita oscuridad, cada uno en el fondo de su corazón lo asoció con el Cristo, sintiéndose entonces invadido por un temor y una alarma crecientes a medida que se prolongaba el fenómeno. Desde el sitio que ocupaban detrás de los soldados, tomaban atenta nota de cada palabra y cada movimiento del Nazareno, sentían temor con cada suspiro que exhalaba y hablaban entre ellos en susurros. Aquel hombre podía ser en efecto el Mesías, por lo cual… Pero ellos bien podían esperar y ver.

Entretanto Ben-Hur seguía disfrutando sin interrupción alguna de aquella sensación de paz absoluta que antes se alojara en su espíritu. Solamente rogaba en su fuero interno que llegara pronto el final para el Maestro. Percibía el estado en que se encontraba la mente de Simónides: persistían algunas de sus dudas, pero estaba a punto de creer; veía su rostro marcado por la reflexión profunda que realizaba en aquel momento. Notó que a intervalos lanzaba miradas inquisitivas al sol, como buscando las razones de aquella repentina oscuridad. Tampoco se le escapó la solicitud que le prodigaba Esther, olvidando sus propios temores para tranquilizar a su padre y darle gusto.

—No temas —oyó que el anciano decía a Esther—; quédate conmigo y observa todo lo que ocurre. Podrías vivir el doble de años de los que he vivido yo sin presenciar jamás algo que iguale a esto en interés humano; y todavía es posible que se produzcan más revelaciones. Quedémonos hasta el final.

Cuando había transcurrido casi la mitad de la tercera hora, algunos hombres de la más baja condición llegaron a la cumbre, y se detuvieron enfrente de la cruz central.

—¡Este es él, el nuevo Rey de los Judíos! —dijo uno de ellos.

Los otros gritaron entre carcajadas:

—¡Salve, oh salve, Rey de los Judíos!

Al no recibir respuesta, se aproximaron un poco más.

—Si en verdad eres el Rey de los Judíos, o el Hijo de Dios, desciende de la cruz —le decían a gritos.

Al escuchar esas palabras, uno de los ladrones crucificados junto al Nazareno dejó de gemir y lo llamó:

—Si eres el Cristo, sálvate a ti mismo y sálvanos a nosotros.

La gente que alcanzó a oír la petición aplaudió entre grandes risotadas, mientras esperaban la respuesta, el segundo malhechor dijo al primero:

—¿No temes a Dios? Recibimos la justa recompensa por nuestras acciones, pero este hombre no ha hecho nada malo.

Los espectadores se quedaron atónitos; en medio del profundo silencio que siguió, el segundo ladrón habló de nuevo, pero esta vez se dirigió al Nazareno.

—Señor —le dijo—, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino.

Simónides se sobresaltó y repitió aquellas palabras: «Cuando llegues a tu reino». Ese era precisamente el punto que más dudas suscitaba en su mente, el punto sobre el cual había discutido tantas veces con Baltazar.

—¿Has escuchado? —le preguntó Ben-Hur—. El reino no puede ser de este mundo. Aquel hombre ha dicho que el Rey se dirige a su reino, y fue eso precisamente lo que escuché en mi sueño.

—¡Calla! —dijo Simónides, más imperiosamente que nunca—. ¡Calla, te lo ruego! El Nazareno podría contestar…

Y en ese instante el Nazareno contestó, y lo hizo con una voz clara, llena de confianza:

—En verdad te digo, que hoy estarás conmigo en el Paraíso.

Simónides esperó un momento para ver si el Nazareno decía algo más; luego exclamó:

—¡Nada más, nada más, Señor! Las tinieblas han desaparecido y ahora puedo ver con otros ojos… Al igual que Baltazar puedo ver con los ojos de la fe verdadera.

El fiel servidor había recibido al fin su merecida recompensa. Su cuerpo quebrantado no se recuperaría nunca, tampoco podría deshacerse del recuerdo de los sufrimientos ni de los amargos años que a causa de ellos había debido soportar; pero ahora, de repente, una nueva vida aparecía ante él en todo su esplendor, una nueva vida en cuanto transpusiera el umbral de esta… y su nombre era «Paraíso». Allí encontraría el reino que había soñado durante tanto tiempo, y encontraría también al Rey. Sintió que una paz absoluta lo inundaba.

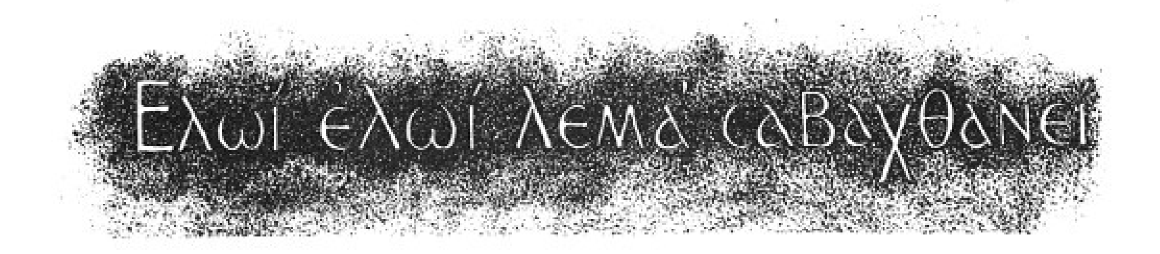
A poca distancia de allí, sin embargo, frente a la cruz, reinaban el asombro y la consternación. Los hábiles casuistas[1] veían ahora la paradoja que se estaba presentando: habían traído al Nazareno a la cruz por predicar que era el Mesías, y ¡he aquí!, que clavado en la cruz, no solo lo había repetido con mayor seguridad que nunca, sino que había prometido a un malhechor que disfrutaría del Paraíso. Temblaron al pensar en lo que estaban haciendo. El pontífice, con todo su orgullo, no conseguía ocultar el miedo. ¿De dónde podía sacar el hombre de la cruz tal confianza sino de la Verdad? ¿Y qué otra cosa podría ser esa Verdad sino Dios? Bastaría muy poco ahora para que todos los presentes salieran huyendo.

La respiración del Nazareno se hacía cada vez más difícil; los suspiros se convertían en estertores. Después de tres horas en la cruz, se acercaba a la muerte.

La noticia fue pasando de boca en boca hasta que se enteraron todos. De repente sobrevino una calma impresionante; la brisa se detuvo y murió; un vapor sofocante pareció llenar el aire; se agregó entonces un intenso calor a la oscuridad imperante… Un recién llegado que no tuviese idea de lo que

ocurría, habría encontrado difícil creer que en aquella colina en tinieblas se agolpasen tres millones de personas. ¡Era tal la quietud! Todos esperaban llenos de pavor lo que habría de suceder a continuación.

Entonces, rasgando las tinieblas y elevándose por encima de las cabezas de quienes estaban a su alrededor, surgió de los labios de aquel hombre moribundo un grito de desesperación y tal vez de reproche.



—¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?

Aquellas palabras sobrecogieron a todos cuantos alcanzaron a escucharlas. Algunos sintieron también una emoción incontrolable.

Los soldados habían traído una vasija de vino mezclado con agua y la colocaron no muy lejos de donde estaba Ben-Hur. Sumergiendo en el líquido una esponja y clavándola en la punta de una lanza, podían acercarla a la boca de los agonizantes para que humedeciesen un poco la lengua. Ben-Hur recordó el alivio que había sentido con el trago de agua en el pozo cerca de Jerusalén, y siguiendo un impulso poderoso cogió la esponja, la sumergió en la vasija y salió corriendo hacia la cruz.

—¡Déjalo, déjalo! —le gritaban iracundos muchos de los presentes. Sin prestarles atención continuó corriendo, y colocó la esponja en los labios del Nazareno.

¡Demasiado tarde, demasiado tarde!

Ben-Hur pudo ver desde muy cerca cómo aquel rostro, magullado y ennegrecido por la sangre y el polvo, se iluminaba sin embargo con súbito resplandor. Los ojos se abrieron de par en par y se fijaron en un punto en lo más alto de los cielos, visible solo para Él, y en seguida profirió un último grito, que expresaba alegría, alivio, incluso triunfo:

—¡Todo se ha consumado!

Del mismo modo un héroe que muere en cumplimiento de una gran hazaña celebra su éxito con un último vítor.

La luz en los ojos se desvaneció; lentamente la cabeza coronada de espinas se hundió en el pecho atormentado; Ben-Hur pensó que aquella lucha había concluido, pero el espíritu ya a punto de desfallecer reunió las pocas

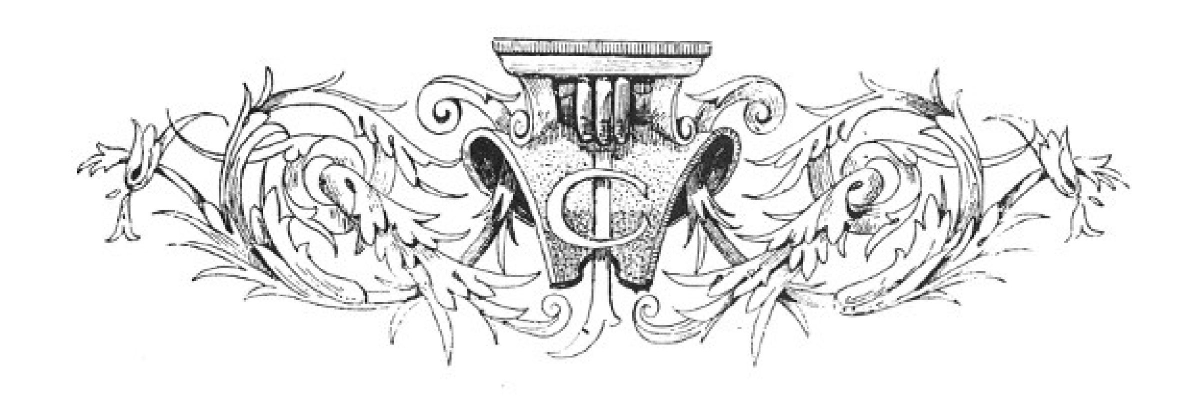
fuerzas que le quedaban, y dijo en voz muy baja, como si hablara con alguien que se encontraba a su lado.

—Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.

Un temblor sacudió el cuerpo torturado; se oyó un alarido de angustia, y al instante llegó a su fin la misión de aquel hombre y su vida terrena. Dejó de latir aquel corazón lleno de un amor tal que lo había impulsado a morir por el prójimo.

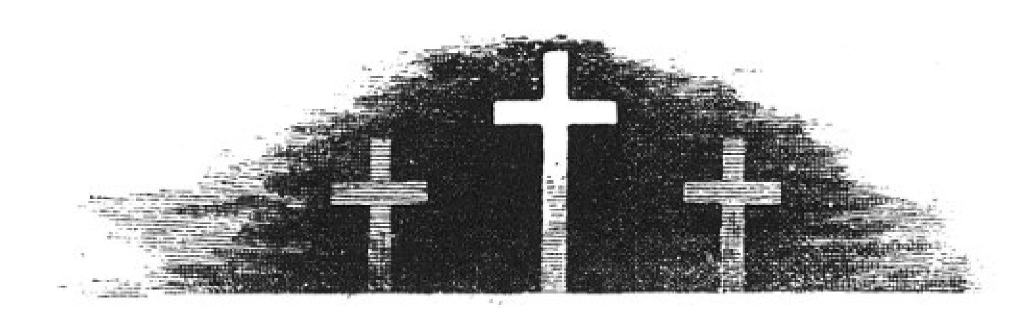
Ben-Hur regresó adonde estaban sus amigos y dijo simplemente:

—Todo ha terminado; ha muerto.



Con velocidad increíble la multitud se enteró de la noticia. Nadie la repitió en voz alta; fue más bien como un susurro que se extendió de un extremo a otro de la colina… Se había cumplido la voluntad del pueblo; el Nazareno había muerto; sin embargo se miraban unos a otros desconcertados. Su sangre recaía sobre ellos. Y mientras permanecían inmóviles, escrutándose entre sí, la tierra comenzó a temblar; cada cual se agarraba a su vecino como mejor podía. En un abrir y cerrar de ojos desapareció la oscuridad, volvió a brillar el sol y todos pudieron contemplar en lo alto de la colina las tres cruces que oscilaban a causa del terremoto. Aquella del centro se destacaba nítidamente por encima de las otras dos, y casi parecía remontarse hacia el azul del cielo. Entonces todo el que se había burlado del Nazareno, todo aquel que le había azotado, o que había dado su voto afirmativo para que lo crucificasen, o que había participado en el cortejo desde la ciudad, o que tan solo había deseado en el fondo de su corazón verlo muerto —y que bien podían ser nueve de cada diez asistentes a la crucifixión—, cada uno de ellos en suma, en aquel momento se sintió señalado de manera individual, y tuvo la sensación de que si pretendía sobrevivir aquel día extraordinario, debía escapar lo más rápidamente posible de aquella amenaza en el cielo. La gente comenzó a escapar: a todo correr, a caballo, en camellos, en carros… Pero el terremoto, como si hubiese tomado la causa de aquel hombre inofensivo y solo que

acababa de ser crucificado, persiguió a los que huían, revolcándolos por el suelo y arrojándolos de un lado a otro, y aterrorizándolos aún más con el espantoso ruido de las rocas enormes que se desmoronaban a sus espaldas. Muchos hombres se daban golpes en el pecho y aullaban de pavor. ¡Su sangre recaería sobre ellos! Nativos y forasteros, sacerdotes, pordioseros, saduceos y fariseos fueron todos alcanzados en su huida y derribados indistintamente. Si invocaban al Señor, la tierra enfurecida les respondía en su nombre, tratando a todos por igual. Ni siquiera el Sumo Sacerdote corrió mejor suerte que sus culpables compatriotas. El terremoto le dio alcance, le echó por tierra, manchando los finos ribetes de su vestido, llenando de arena sus doradas campanas y cubriendo su boca de lodo. Por lo menos en una cosa eran iguales él y su gente: la sangre del Nazareno recaía sobre todos ellos.



Cuando el sol volvió a brillar sobre la cruz, solo quedaban en la colina la madre del Nazareno, el discípulo, las mujeres de Galilea que acompañaban a María, el centurión y sus soldados y Ben-Hur y su grupo. No habían tenido tiempo de observar la precipitada huida de la multitud, ocupados como estaban en ponerse ellos mismos a salvo.

—Siéntate aquí —dijo Ben-Hur a Esther, haciéndole sitio junto a los pies de su padre—. Ahora cúbrete los ojos y no mires; tan solo deposita toda tu confianza en Dios y en el espíritu de aquel hombre tan injustamente asesinado.

—Creo —dijo Simónides— que de ahora en adelante deberíamos referirnos a él como el Cristo.

—Que así sea —dijo Ben-Hur.



En aquel momento una de las oleadas del terremoto sacudió la colina. Los alaridos de los ladrones al sentir que las cruces oscilaban violentamente, eran en verdad aterradores. Aunque se sentía mareado por el movimiento de la tierra, Ben-Hur tuvo la suficiente presencia de ánimo para pensar en Baltazar y buscarlo afanosamente. Al cabo de un momento lo encontró postrado en el suelo e inmóvil. Corrió hasta él y lo llamó a gritos. No recibió respuesta. El buen hombre acababa de expirar. Entonces Ben-Hur recordó haber escuchado un grito que parecía como una respuesta al grito de agonía del Nazareno, aunque en aquel momento no se había vuelto para ver de dónde procedía. Desde aquel momento en adelante guardaría la convicción de que el espíritu del egipcio había acompañado a su Maestro al cruzar la frontera hacia el reino del Paraíso. La idea se basaba no solamente en el grito que había escuchado, sino también en lo justa que sería esa prerrogativa. Si la fe tuvo su mejor encarnación en la persona de Gaspar, y el amor en la de Melchor, parecía apropiado que recibiera una gran distinción quien a lo largo de una extensa vida había ilustrado de manera excelsa la combinación de las tres virtudes: Fe, Amor y Buenas Obras.

Los criados de Baltazar habían abandonado a su señor, pero cuando todo hubo terminado los dos galileos cargaron el cuerpo del anciano de regreso a la ciudad.

Era muy triste el cortejo que entró por la puerta sur del palacio de los Hur al atardecer de aquel día memorable. Más o menos a esa misma hora era descendido de la cruz el cuerpo de Cristo.

Los restos de Baltazar fueron llevados al salón de huéspedes. Todos los sirvientes acudieron llorosos a darle la última despedida. Baltazar había sabido ganarse el amor de todo ser viviente con quien hubiese tenido algo que

ver en el transcurso de su vida. Los compungidos sirvientes, sin embargo, al contemplar su rostro y la sonrisa en él impresa, secaron las lágrimas diciendo:

—No hay por qué llorar. Ahora es mucho más feliz que cuando salió de casa esta mañana.

Ben-Hur no quiso confiar a un criado la misión de contar a Iras lo que le había ocurrido a su padre. Él mismo acudió a verla para conducirla hasta donde estaba el cuerpo. El joven se imaginaba el dolor que embargaría a la egipcia; quedaba completamente sola en el mundo. En aquel momento debía perdonarla y compadecerse de ella. Recordó entonces que no había preguntado la razón de su ausencia entre el grupo, ni había preguntado dónde se encontraba; recordó también que no había pensado en ella durante todo el día. Sintiendo cierta vergüenza, decidió tratarla cortésmente, máxime al considerar que con la noticia que le traía la dejaría sumida en el dolor más intenso.

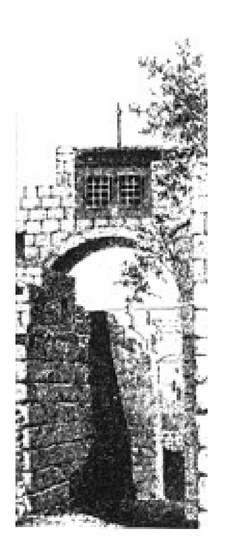
Al llegar junto a su puerta, sacudió las cortinas; escuchó en el interior el tintineo de las campanillas, pero no recibió respuesta. La llamó entonces por su nombre, una y otra vez, pero siempre en vano. Apartó las cortinas y entró en el aposento; no estaba allí. Subió velozmente a la azotea; tampoco se encontraba en ese sitio. Preguntó por ella a los criados; ninguno la había visto durante el día. Después de interrogar a todos los moradores de la casa, Ben-Hur regresó al salón de huéspedes y ocupó junto al cadáver el sitio que correspondería a Iras. Allí sentado pensó en lo misericordioso que se había mostrado Cristo con su anciano servidor. En el umbral del reino del Paraíso se dejan alegremente las aflicciones de esta vida, incluso las traiciones.

Después del entierro de Baltazar y cuando ya habían pasado los diez días de curación exigidos por la Ley, Ben-Hur trajo a casa a su madre y a su hermana Tirzah, y a partir de aquel día, en ese hogar se adoraron juntos los dos nombres más sagrados que le es posible pronunciar al hombre:

DIOS PADRE Y CRISTO HIJO.

* * *

Unos cinco años después de la crucifixión, Esther, la esposa de Ben-Hur, estaba sentada en su habitación en la hermosa villa cerca de Misenum. Era mediodía y el cálido sol italiano brillaba sobre las rosas y



viñedos del exterior. En el aposento todo era romano, exceptuando el traje de Esther, que era el que correspondía a una matrona judía. La acompañaban Tirzah y dos niños que jugaban en el suelo con una piel de león. Bastaba con observar los ojos de Esther, siempre atentos a los niños, para saber que eran sus hijos.

El paso del tiempo había sido benévolo con Esther. Se veía más bella que nunca, y al convertirse en señora de aquella mansión había cumplido uno de sus sueños más queridos.

En medio de aquella escena simple y hogareña, un criado apareció en el umbral de la puerta y se dirigió a ella:

—Hay una mujer en el atrio que desea hablar con la señora.

—Dile que pase. La recibiré aquí.

Al cabo de un instante entró la recién llegada. Al verla, la judía se puso de pie y abrió la boca para hablar; se detuvo, mudó de color, y tras un instante de vacilación, retrocedió diciendo:

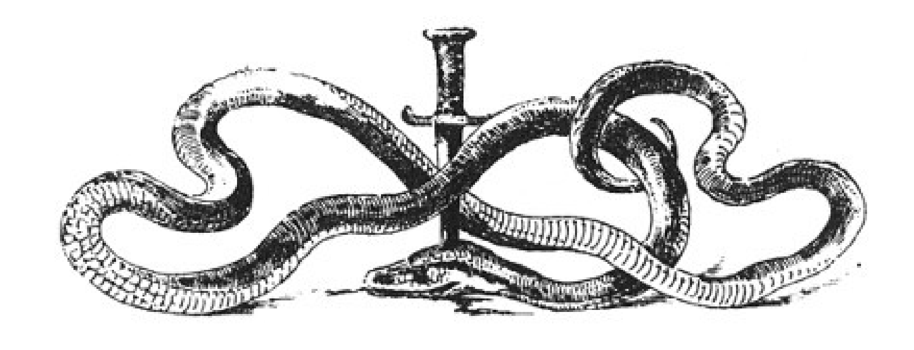
—Te conozco, buena mujer. Tú eres…

—Iras, la hija de Baltazar.

Esther consiguió sobreponerse a la enorme sorpresa y ordenó al sirviente que trajera un asiento para la egipcia.

—No —dijo Iras con frialdad—, me marcharé en seguida.

Las dos mujeres se miraron fijamente. Ya sabemos el aspecto que presentaba Esther: una mujer hermosa, una madre dichosa, una esposa feliz. Por el contrario parecía que la fortuna no había sido tan generosa con su antigua rival. Desde luego le quedaba algo de gracia a su esbelta figura, pero la mala vida había dejado sus huellas en toda su persona. El rostro tenía un aspecto vulgar; los enormes ojos de antaño se veían rojizos y afeados por profundas ojeras; sus mejillas aparecían descoloridas. Los labios tenían un aspecto cínico y duro, y un descuido general de su persona parecía llevarla rápidamente a una vejez prematura.



Fue Iras quien rompió el doloroso silencio.

—¿Son estos tus hijos?

Esther los miró y respondió sonriente:

—Sí; ¿no quieres hablar con ellos?

—Los asustaría —respondió Iras.

La egipcia se acercó un poco más a Esther, y viendo que esta se estremecía, le dijo:

—No temas. Dale a tu esposo un mensaje de mi parte. Dile que su enemigo ha muerto, y que yo misma lo maté por todas las desdichas que me trajo.

—¿Su enemigo?

—Sí. Messala. Dile también a tu esposo que por el daño que traté de causarle hace ya tanto tiempo, he sido castigada de tal modo que incluso él se apiadaría de mí.

Las lágrimas afloraron a los ojos de Esther; después de enjugarlas se disponía a hablar, pero Iras la interrumpió:

—No; no quiero compasión ni lágrimas. Dile por último que he descubierto que ser romano equivale a ser un bruto. Adiós.

Se alejó para marcharse. Esther la siguió.

—Quédate para ver a mi esposo —le dijo—. No te guarda rencor. Te buscó por todas partes. Será tu amigo. Yo también seré tu amiga. Somos cristianos.

La otra se mantuvo firme.

—No; soy lo que soy por mi propia elección. En poco tiempo todo habrá terminado.

—Pero… —Esther vaciló—. ¿No hay nada que podamos hacer por ti? ¿Algo que desees? Algo…

El semblante de la egipcia se suavizó y algo parecido a una sonrisa se paseó por sus labios.

Miró a los niños jugando en el suelo y dijo:

—Sí; hay algo.

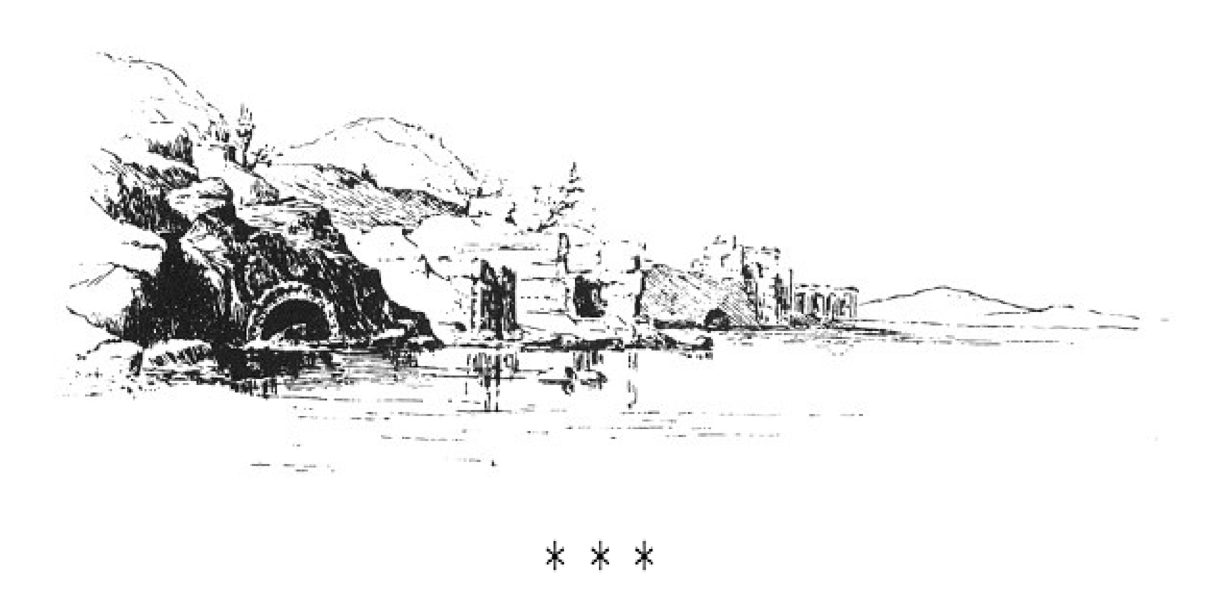
Esther siguió la dirección de la mirada, y adivinando al instante el deseo de la otra, dijo:

—Está bien.

Iras se acercó a los pequeños y arrodillándose sobre la piel de león besó las mejillas de ambos. Levantándose lentamente los miró con atención; luego caminó hasta la puerta y salió sin decir siquiera una palabra de despedida.

Caminaba muy rápido y se marchó antes de que Esther consiguiera decidir lo que debía hacer.

Cuando Ben-Hur se enteró de la visita, confirmó lo que había sospechado durante mucho tiempo: que el día de la crucifixión, Iras había abandonado a su padre para marcharse con Messala. A pesar de todo, inmediatamente inició su búsqueda, aunque sin ningún éxito; nunca más la vieron ni volvieron a saber de ella. Aquella bahía azul, que tantas sonrisas recibe del sol, también guarda oscuros secretos. Si pudiera hablar, tal vez nos contaría lo que fue de la egipcia.



* * *

Simónides vivió hasta una edad muy avanzada. Durante el décimo año del reinado de Nerón por fin abandonó el negocio que por tantos años dirigió desde el depósito de Antioquía. Hasta el final conservó la mente lúcida y el corazón generoso que tantas satisfacciones le depararan.

Una tarde del año mencionado se encontraba en su sillón en la terraza del depósito, en compañía de Ben-Hur, Esther y sus tres hijos. La última de las embarcaciones, anclada en la bahía, se mecía con la corriente; todas las demás habían sido vendidas ya. En el largo intervalo entre la crucifixión y aquel momento solo había debido sufrir una gran pena: la muerte de la madre de Ben-Hur. En un principio tanto como ahora, su fe cristiana le había permitido sobrellevar ese terrible dolor.

Un barco había llegado, tan solo el día anterior, con información detallada de la persecución de los cristianos iniciada por Nerón en Roma. El grupo en la terraza discutía el asunto, cuando entró Malluch, que seguía al servicio de Simónides, se acercó a Ben-Hur y le entregó un envoltorio.

—¿Quién ha traído esto? —preguntó Ben-Hur.

—Un árabe.

—¿Dónde está?

—Partió inmediatamente.

—Escucha —dijo Ben-Hur a Simónides.

Leyó entonces la siguiente carta:

> Yo, Ilderim, hijo de Ilderim el Generoso, y jeque de la tribu de Ilderim, a Judá, hijo de Hur.
>
> Has de saber, ¡oh amigo de mi padre!, cuánto te amó él. Lee lo que aquí se dice y lo comprenderás. Su deseo es el mío, por lo tanto lo que te concedió es tuyo.
>
> Todo aquello que los partos le arrebataron en la gran batalla en la que perdió la vida lo he recuperado yo; entre muchas otras cosas este escrito, así como la descendencia de Mira, la hermosa yegua que en su día fuese madre de tantas estrellas.
>
> Que la paz sea contigo y los tuyos.
>
> Esta voz que sale del desierto es la voz de
>
> ILDERIM, JEQUE

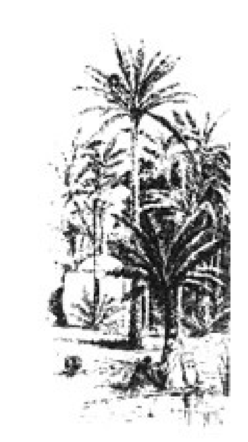


Acto seguido Ben-Hur desenrolló un pliego de papiro tan amarillento como una hoja marchita, y que debía ser manipulado con mucha precaución. Leyó entonces.

> De Ilderim, apodado el Generoso, al hijo que haya de sucederme.
>
> Todo lo que poseo, hijo mío, te pertenece desde el día que me sucedas, excepto aquella propiedad en Antioquía conocida como el Huerto de las Palmas, que habrá de ser para el hijo de Hur, quien tanta gloria nos deparó en las arenas del Circo. Para él y los suyos a perpetuidad.
>
> No deshonres a tu padre
>
> ILDERIM EL GENEROSO, JEQUE

—¿Qué te parece? —preguntó Ben-Hur a Simónides.

Esther, muy satisfecha, tomó los papiros y los leyó para sí. Simónides guardaba silencio. Sus ojos estaban posados sobre el barco, pero pensaba en algo diferente. Al cabo de un rato por fin habló:



—Hijo de Hur —dijo gravemente—, el Señor ha sido muy bueno contigo en estos últimos años. Tienes muchas razones para mostrarte agradecido. ¿No te parece que ha llegado el momento de decidir cómo utilizar esta enorme y creciente fortuna?

—Lo decidí hace largo tiempo. La fortuna estará destinada al servicio de aquel que la concedió, y no una parte, Simónides, sino toda. Mi duda es otra: ¿Cuál sería la manera más útil para su causa? Por favor dímelo, te lo ruego.

Simónides respondió:

—Soy testigo de las grandes sumas que has dado a la iglesia aquí en Antioquía. Ahora, casi simultáneamente con el regalo del generoso jeque llegan las noticias de la persecución de nuestros hermanos en Roma. Es un nuevo campo de acción que se abre; no podemos permitir que en la capital del Imperio desaparezca esa luz naciente.

—Dime ¿qué puedo hacer para mantenerla encendida?

—Te lo diré. Los romanos, incluyendo a este Nerón, solo tienen dos cosas que son sagradas para ellos… no conozco ninguna otra… Me refiero a la ceniza de los muertos y a los sitios donde están enterrados. Ya que no es posible construir templos para la adoración de Nuestro Señor en la superficie de la tierra, encárgate de construirlos debajo; y para asegurarte que no sean profanados, haz llevar a ellos los cuerpos de todos cuantos mueran en la fe.

Ben-Hur se levantó exaltado.

—Es una idea magnífica —dijo—, y pondré manos a la obra. El tiempo apremia. El mismo barco que trajo las noticias del sufrimiento de nuestros hermanos ha de llevarme a Roma. Partiré mañana.

Se volvió entonces hacia Malluch y le dijo:

—Asegúrate que el barco esté listo para zarpar mañana, y prepárate tú también para viajar conmigo.

—Está muy bien —dijo Simónides.

—¿Y qué dices tú, Esther? ¿Qué te parece?

Esther llegó a su lado, y colocando una mano sobre su brazo respondió.

—Es la mejor manera de servir al Cristo, amado esposo, y en lugar de ser un obstáculo, quisiera ir contigo y ayudar.



* * *

Si alguno de mis lectores de visita en Roma llegase hasta las catacumbas de San Calixto, que son aun más antiguas que las de San Sebastián, se daría cuenta del empleo que se dio a la fortuna de los Hur, y se sentiría agradecido. De aquellas enormes tumbas emergió el Cristianismo para sobreponerse a los Césares.


FiN

Apéndice

Los Estados Unidos de América

Una joven nación

En 1827, año del nacimiento de Wallace, el pueblo de los Estados Unidos de América ha elegido ya a su sexto presidente, John Quincy Adams. Esta joven nación ha logrado en poco tiempo cimentar algunas de las bases de su posterior historia. Su victoria sobre Inglaterra le ha dado la independencia en 1783 y las creencias de sus dirigentes en un gobierno ejercido por el pueblo sobre el concepto de los «derechos del hombre» fraguan las constituciones de los diversos estados. Entre 1824 y 1848 aumenta considerablemente el número de funcionarios elegidos y, con ello, el incremento de la influencia de la voluntad popular.

Posibilidades económicas

Los Estados Unidos de América ofrecerían al ciudadano, junto a las garantías jurídicas, importantes posibilidades económicas. A principios del siglo XIX cuatro quintas partes de la población activa son dueños de sus propios medios de vida, lo que originará una estructura social estable.

El protestantismo, religión mayoritaria, impregnará la orientación individualista con una ética de trabajo de enorme fuerza.

La población aumenta de los casi diez millones de 1820 a más de 31 millones en 1860. Contribuyendo a ello la inmigración. Un importante número de europeos (unos cinco millones entre estas dos fechas) supondrían una importante aportación a la fuerza de trabajo.

Durante el gobierno del Presidente Polk los límites territoriales se ensancharon de un modo considerable y en 1855 los Estados Unidos alcanzarían sus fronteras actuales, a excepción de Alaska (1866) y Hawái (1898).

La producción industrial, en 1860, alcanzará en valor a la agrícola.

La aplicación práctica de la dinamo por Thomas Edison, el invento por Morse del telégrafo, la utilización de la máquina de escribir, la caja registradora, la linotipia, la máquina de sumar, etc., serán algunas muestras del desarrollo económico y comercial.

Los nuevos medios de transporte permitirán la salida de los productos del Oeste y acercarán la región de los Grandes Lagos a los puertos del Este. El canal de Erie abierto en 1827, contribuyó en este sentido de forma extraordinaria. En 1857 cinco vías férreas cruzan ya los Apalaches.

Rápida expansión

En resumen, de 1827 a 1905, fechas del nacimiento y muerte del autor, para los Estados Unidos de América representa un período caracterizado sobre todo por una rapidísima expansión en todos los órdenes; expansión favorecida por la habilidad de sus presidentes al mantener a la nación alejada de los conflictos europeos y fomentar el igualitarismo democrático que harán que a mediados del siglo XIX sean ya una potencia en el concierto de las naciones.

Literatura propia

También con el principio del siglo XIX la literatura de los Estados Unidos de América comienza a tener un lugar propio en la literatura universal. La aparición de una cultura netamente norteamericana con una literatura propia serán una manifestación más de la clara conciencia nacional de esta joven nación.

De 1830 a 1890 florecerán en los Estados Unidos los escritores que serán tenidos como clásicos nacionales para el siglo XX: Washington Irving, James Fenimore Cooper o la fundación «The North American Review», en 1815, son buena muestra de ello[1].

El autor

Lewis Wallace. Nació en Brookville, en el Estado norteamericano de Indiana, el 10 de abril de 1827 y murió en Crawfordsville, población del mismo Estado, el 15 de febrero de 1905. Fue el segundo de los cuatro hijos del Gobernador de su Estado natal, quien para contrarrestar su indisciplina y su espíritu rebelde, le obligó a interrumpir sus estudios a los 16 años. El joven Wallace se vio obligado a trabajar en diversos empleos modestos, incluyendo el de copista en las oficinas del condado. Al mismo tiempo leía todo lo que podía y acudía con frecuencia a la biblioteca estatal de Indianápolis, capital de su Estado. Estudió leyes, participó en la Guerra de México, y en 1846 y 47 fue director de un periódico desde cuyas páginas defendía la ideología del partido «Free Soil». Fue ayudante general de Indiana. En mayo de 1825 se casó con Susan Arnold. En 1856 llegó a senador y organizó en Crawford una compañía de soldados que tomó parte en la Guerra de Secesión entre el Norte y el Sur. Alcanzó el grado de mayor general y colaboró en la conquista de

Fort Danielson. En 1864 rechazó al general J. A. Early, salvando así la ciudad de Washington. Perteneció al tribunal militar que juzgó a los asesinos del presidente Lincoln.

En 1873, cuando tenía 46 años, publicó su primera novela, *El Dios Justo,* sobre la leyenda de los aztecas, basada en *La conquista de México,* de W. H. Prescott. La novela tuvo muy poca aceptación entre el público. De 1878 a 1881 fue gobernador del territorio de Nuevo México, y entre 1881 y 1885 embajador en Turquía. En 1880 compuso *Ben-Hur,* la más célebre de sus novelas —realmente la única que alcanzó la celebridad—, que surgió como un desafío con el libre pensador Robert G. Ingersoll, cuyo belicoso ateísmo inclinó a Wallace a definir y expresar sus convicciones religiosas. *Ben-Hur* fue uno de los *best-sellers* de fines del siglo pasado y conservó su popularidad durante aproximadamente cuarenta años, hasta el punto que llegaron a venderse 2 500 000 ejemplares. También tuvo un enorme éxito en sus versiones teatrales y cinematográficas. Otras obras suyas son: *The Boyhood of Christ* (1888), *The Prince of India* (1893), novela sobre el judío errante, y *The wooing of Makkatoon* (1897), colección de poesía.

La novela

Después de concluir la lectura (o la relectura o la traducción) de esta novela tan extensa, tan ambiciosa, por momentos tan cautivante, instructiva o divertida, y tan decepcionante y tediosa en otros, queda la curiosa sensación de que algo crucial ha fallado en la construcción del desmesurado y ornado edificio literario, y que no obstante muchos deben haber sido los aciertos del autor para conseguir que se mantenga el interés del lector (con inevitables altibajos, por supuesto), a pesar de la conclusión de elementos y propósitos tan dispares y de los excesivos vaivenes narrativos, los bruscos cambios de ritmo y hasta de género literario. (Recordemos, por ejemplo, la marcada tendencia a interrumpir una descripción geográfica, un diálogo e incluso una acción en su momento culminante para abandonarse a una larguísima digresión que más pertenece al género del ensayo).

Aciertos literarios

Como era de esperarse en una obra tan extensa, y quizá más de lo que podría temerse en razón de su desmesura, *Ben-Hur* es una novela desigual, que contiene páginas amenas, bien logradas, algunas excelentes (aunque sin alcanzar en ningún momento verdadera altura literaria o densidad narrativa), junto a otras de calidad muy

inferior o que simplemente sobran en la novela, o al menos en el sitio donde se encuentran.

Quizá sea conveniente recordar con el lector ciertos aspectos importantes de cada uno de los ocho Libros que componen la obra, precisamente porque también ellos son muy diferentes entre sí, no solo en cuanto a los hechos que se narran y la manera de abordarlos, sino también en cuanto al interés que despiertan la calidad literaria y el esmero de su prosa.

El Libro Primero

El Libro Primero narra el encuentro de los Reyes Magos en el desierto, la última etapa del viaje de José y María a Belén, el curso seguido por una estrella de singular brillo que guía a los Magos y asombra a los habitantes de la zona, la aparición del arcángel Gabriel a un grupo de pastores y algunos otros hechos portentosos que acompañan al nacimiento del divino Niño y, finalmente, la llegada de Melchor, Gaspar y Baltazar a Jerusalén, su comparecencia ante Herodes y su viaje a Belén para adorar al Niño en el pesebre.

Carácter preparatorio

Bien podría considerarse el Libro Primero un prefacio de la obra. Es cierto que Baltazar pasará a convertirse en uno de los personajes principales de la novela y que la vida de Ben-Hur tendrá muchos y muy importantes paralelos y coincidencias con la de Jesús de Nazareth, pero no es menos cierto que este Libro Primero tiene un marcado carácter preparatorio: Mucho antes de que haga su aparición el protagonista (lo que no ocurre hasta el capítulo II del Libro Segundo) nos familiariza con el aspecto físico y la geografía de Judea, con algunos rincones de Jerusalén y con la gran variedad de nacionalidades, facciones y sectas que en aquella época podían encontrarse en las calles de la Ciudad Santa.

Estilo literario

Vale la pena detenerse un poco más en el Libro Primero pues es, sin duda, el que alcanza mayor altura literaria y el que demuestra mayor capacidad narrativa y creativa de parte del autor. Fácilmente se nota que este Libro está mejor escrito que el resto, que su redacción es más esmerada y su preparación y revisión han sido más cuidadosas, y si bien no está exento de los defectos de que adolece todo el cuerpo de la novela (inseguridad en el punto de vista narrativo, un estilo con frecuencia rígido, farragoso, que recurre una y otra vez a palabras y frases altisonantes, digresiones excesivamente largas y en lugares poco acertados, disquisiciones filosóficas, teológicas y de índole diversa que solo consiguen embrollar lo que pretendían dilucidar, etcétera) logra recuperar el hilo narrativo de manera más eficaz que en Libros posteriores y centrar la atención

en dos vertientes principales: la reunión de los Reyes Magos y el nacimiento del Mesías.

Los Reyes Magos

Toda la sección que abarca el encuentro de los Reyes Magos en el desierto y el relato de sus respectivas historias está cuidadosamente dispuesta y casi impecablemente presentada, de modo que a pesar del número de referencias históricas y religiosas (y unos cuantos pasajes de artificioso arrobo místico), consigue el exclusivo propósito de divertir instruyendo. Mención especial merece el extraordinario trabajo de invención del autor para crear el detallado y vivido episodio de los Reyes Magos a partir de unas pocas líneas del Antiguo Testamento y unas cuantas tradiciones medievales imprecisas y a veces contradictorias.

El narrador omnisciente

Un poco más arriba, entre los defectos de que adolece la novela, se mencionó la inseguridad en el punto de vista narrativo. En efecto, desde el primero hasta el último Libro (aunque de manera más marcada en la primera mitad) existe un vaivén continuo entre un narrador cercano al lector y contemporáneo de los hechos que se narran —que posee una información limitada, que se va acercando paulatinamente a los acontecimientos, adivinando los posibles sentimientos y emociones de los personajes y desvelando la trama junto con el lector— y un narrador totalmente omnisciente, que conoce los más íntimos sentimientos, los más recónditos pensamientos, el pasado, el presente, y hasta el futuro muy distante, pues un par de veces se detiene para hacer la salvedad de que está escribiendo casi dos milenios después de la historia que se narra.

El Libro Segundo

En el Libro Segundo, después de un pormenorizado examen de la situación política de Judea bajo el dominio romano, se nos presenta por fin a Ben-Hur (llamado también Judá), el protagonista de la novela, el hijo de un príncipe judío muerto años atrás, joven apuesto, noble y generoso, y a Messala, el antagonista, quien acaba de regresar a Jerusalén después de una larga estancia en Roma. Durante su reencuentro, Messala se burla cruelmente del joven judío, de su nación y sus creencias; se produce la inevitable ruptura y se inicia una enemistad creciente que se convertirá en odio inextinguible.

Ben-Hur y Messala

Tres conversaciones ocupan la mayor parte de este Libro: la ya mencionada, y muy extensa, entre Ben-Hur y Messala, otra también muy prolongada entre el protagonista y su madre, en la que la noble mujer hace una emotiva exposición sobre la historia y los logros del pueblo hebreo, animando al hijo a no sentirse en modo alguno

inferior al romano, y un breve e idílico diálogo entre Ben-Hur y su encantadora hermana Tirzah. En medio de esta última conversación, los jóvenes escuchan venir el desfile militar que celebra la llegada de Valerio Grato, el nuevo procurador romano de Judea. Ben-Hur y su hermana se acercan al parapeto de la azotea donde se encuentran para contemplar el impresionante despliegue marcial. El joven se apoya en una losa floja, que cae y por poco va a dar en la cabeza del ilustre dignatario. Los romanos creen que se trata de una conspiración, castigan duramente a la multitud que los rodea y se dan a la búsqueda del responsable directo. Messala se encarga de denunciar a su antiguo amigo y de entregarlo a él y su familia a las autoridades imperiales. La mansión es clausurada; la madre y la hermana son apresadas; Ben-Hur es condenado a galeras.

Puntos de conflicto entre los dos jóvenes

Hasta el momento del accidente de Grato, que produce la ruina de la casa de Hur, en apariencia había ocurrido muy poco en este Libro Segundo. La conversación entre Ben-Hur y Messala, sin embargo, constituye uno de los pasajes claves de la novela: Parsimoniosamente se van decantando las diferencias y puntos de conflicto entre los dos jóvenes (y por ende entre la nación invasora y la nación invadida) y se va pasando de la amistad al odio, a esa ferviente enemistad que es quizás el eje de la novela. «En la hora de la venganza, ¡oh Señor!, permite que sea mi mano la que se descargue sobre él», son las palabras de Ben-Hur mientras los soldados se llevan por la fuerza a su madre y a su hermana.

Jesús de Nazareth

En el capítulo final de este Libro se nos presenta a Ben-Hur ya camino de las galeras, sediento, hambriento, agotado, y se narra su providencial encuentro con un joven de mirada incomparablemente tierna, hijo de un carpintero (un carpintero-rabino por curiosa atribución o equivocación del autor) que se acerca a él y le da de beber agua. Ben-Hur recordará el resto de su vida esa mirada y ese gesto bondadoso. Así, de manera bastante casual, se nos presenta otro de los temas centrales de la obra, las vidas paralelas del protagonista y Jesús de Nazareth. También Ben-Hur es un hombre intrínsecamente bueno, generoso, valiente ante el sufrimiento, dispuesto a sacrificarse por quienes ama y deseoso de mejorar las condiciones de su pueblo. (En Ben-Hur confluye además una inclinación hacia la vida marcial, ajena al Nazareno, que en la obra se justifica en gran parte por el afán de vengar una imperdonable afrenta personal). Pero quizás uno de los paralelos más curiosos y reveladores radique en la velada similitud que existe entre las madres de ambos. La madre

de Ben-Hur —en realidad un arquetipo más que un personaje, como ocurre con frecuencia en la obra— es, al igual que María, una mujer sin tacha, sin defectos, sin vacilaciones, encarnación de todas las virtudes de una buena madre judía… una mujer maravillosa, cuyo nombre no se nos revela en toda la obra; es, sencillamente, la madre, y son tantos los méritos que reúne, que por momentos nos recuerda a la Madre Universal del Cristianismo.

Libro Tercero

El primer capítulo del Libro Tercero nos ofrece un divertido y ameno recuento de la despedida en el puerto de Misenum del duunviro Quinto Arrio, nuevo comandante de la Astrae, galera en la que Ben-Hur cumple su condena. Zarpa la Astrae y no volvemos a ver tierra firme; el resto del Libro Tercero transcurre en alta mar. El lector se va familiarizando con la nave y su tripulación a través de la mirada incisiva de Arrio, quien no conocía la galera que debe comandar. Mientras examina a los remeros se detiene en Ben-Hur, admirado por su apostura, así como su fuerza y destreza sorprendentes; pide que le hagan subir a cubierta, lo interroga y se entera de que es hijo del príncipe Hur, a quien conoció en su juventud. Dispone que en el siguiente turno Ben-Hur, el remero número 60, no sea uncido a los grilletes, decisión que el joven judío interpreta como un resquicio de esperanza. Poco después sobreviene una terrible batalla entre la escuadra romana y una flota de piratas del Egeo, magistralmente narrada desde la perspectiva de un galeote. La Astrae se va a pique, Arrio está a punto de morir ahogado, pero Ben-Hur, que había logrado hacerse con un tablón, le salva la vida. El agradecido duunviro adopta como hijo al joven judío.

La batalla desde la perspectiva de un galeote

Quizás uno de los mayores aciertos de este Libro, y de toda la novela, sea esa narración de la batalla desde la perspectiva angustiosa, limitada pero dramáticamente efectiva de un galeote. Es posible que hayamos asistido a cientos de combates navales en otras tantas novelas de aventuras o de guerra, pero invariablemente las habremos presenciado desde cubierta, acaso desde la costa más cercana. De modo que es una verdadera innovación describir los preparativos de la batalla, sus incidencias y el terrible desenlace desde la sección de galeotes, con aquellos que como Ben-Hur «habían estado en muchas batallas sin haber visto ninguna».

Recordemos, por ejemplo, aquel poderoso pasaje poco antes del primer choque:

> De los ciento veinte esclavos encadenados a los bancos, ni uno solo se hizo esa pregunta. (Qué significaba la señal de detener los remos). Carecían de incentivos. Patriotismo, apego al honor, sentido del deber eran conceptos que no despertaban en ellos la menor inspiración. Solo sentían la conmoción propia de los hombres que son

arrojados, ciegos e indefensos, en medio de una situación de peligro. Bien podemos suponer que aun el más lerdo e insensible de entre ellos al posar el remo pensaba en lo que podría suceder, pero de cualquier modo pensar le servía de poco, pues no podía prometerse nada positivo. Una victoria afirmaría aún más sus cadenas, y en caso contrario, los riesgos de la nave también eran suyos: si la galera se hundía o ardía, el remero estaba condenado a la misma suerte.

Libro Cuarto, verdadero nudo narrativo

El Libro Cuarto, que se desarrolla en la ciudad de Antioquía y sus alrededores, es el más extenso de la novela y su verdadero nudo narrativo. Aparecen tres hombres que habrán de tener enorme importancia en la vida de Ben-Hur, en su propósito de vengarse de Messala y en la búsqueda de su familia. El primero de ellos es Simónides, antiguo siervo del príncipe Hur, ahora el mercader más rico de Antioquía, y quien pondrá toda su fortuna a disposición del hijo de su desaparecido amo en cuanto se asegure que es quien dice ser. El segundo es el Rey Mago Baltazar, quien años después de los hechos que se narraron en el Libro Primero continúa imbuido de un profundísimo sentimiento religioso que poco a poco va comunicando a Ben-Hur, preparándolo para la devoción y el servicio del «Rey que ha de venir». Y el tercero es el pintoresco jeque árabe Ilderim el Generoso, quien proporcionará a Ben-Hur cuatro caballos «como centellas» para que pueda enfrentarse a Messala en una grandiosa carrera de cuadrigas que ha sido programada en el circo de Antioquía. Igualmente se encuentra en este Libro el nudo sentimental en la vida del joven Ben-Hur, que se siente atraído por dos mujeres muy diferentes entre sí: la dulce y recatada Esther, hija de Simónides y en teoría esclava suya, y la sensual y perversa Iras, hija del buen Baltazar.

Iras y Esther una dicotomía elemental

De manera muy patente, la naturaleza tan diferente de Iras y Esther ilustra una dicotomía muy elemental —y por momentos bastante ingenua— entre la mujer «mala» y la mujer «buena». Desde un primer momento, Iras se nos presenta como una mujer sensual y voluptuosa que encarna la tentación, el riesgo, el desenfreno; Esther, en cambio, es la representación de la mujer recatada y pura que inspira un amor fraternal —como no se cansa de repetir el autor prácticamente cada vez que la joven judía entra en escena—. Las virtudes de Esther permanecen invariables a lo largo de toda la obra; no ocurre lo mismo con los defectos de Iras… estos serán cada vez más marcados, más periféricos, más amenazadores, y progresivamente la egipcia pasará de encarnación de la sensualidad a encarnación del mal.

Libro Quinto

El Libro Quinto es la carrera de cuádrigas. Ocurren otras cosas, por supuesto… Ben-Hur tiene un largo encuentro con Iras y la

egipcia le canta canciones orientales, le cuenta historias del Nilo, lo va asegurando en sus redes… Tiene un breve y cariñoso encuentro con Esther, a quien le propone ser como otra Tirzah para él («la hermanita que me robaron los romanos»)… Sostiene largas conversaciones con Simónides y Baltazar sobre el Rey que ha de venir, vacilando entre los argumentos del primero, según los cuales ha de ser un reino político, y la aseveración del segundo de que será un reino espiritual… Pasan estas y otras cosas (incluyendo en el último capítulo una trampa que Iras tiende a Ben-Hur en el palacio de Idernee), pero la carrera de cuadrigas, que no en vano es el pasaje más célebre de la novela, centra la atención del lector y en buena parte responde a las expectativas que el autor va creando, lenta, cuidadosa, a veces jovialmente (como en el divertidísimo episodio de las apuestas de Sanballat con los romanos). Son varios los capítulos dedicados a los preparativos de la carrera —los entrenamientos, los cálculos, el espionaje del bando contrario— y varios más los que se desarrollan ya en el interior del circo.

La carrera de cuadrigas

La narración de la carrera en sí podría ser considerada por algún lector —sin que le falte razón— demasiado extensa y prolija, pero no podrá negarse que representa uno de los mayores aciertos de la obra al llevar a una culminación tan intensa, gráfica y espectacular el presupuesto inicial que constituye el meollo de la novela: el enfrentamiento de los dos personajes principales, que de grandes amigos han pasado a ser enemigos acérrimos.

Libro Sexto, las leprosas

En el Libro Sexto reaparecen la madre y la hermana de Ben-Hur, mal alimentadas, envejecidas ¡y leprosas! Desde el día del accidente de Grato han estado recluidas en una miserable celda ciega de la Torre Antonia, siguiendo el malvado designio de Messala y el propio Grato. El tribuno que ha pasado a hacerse cargo de la prisión las libera y las dos mujeres se dirigen a la antigua mansión familiar; casualmente (otra de las casualidades extremas que el autor nos pide aceptar) ese mismo día Ben-Hur había regresado a Jerusalén tras muchos años de ausencia, y después de llegar hasta la casa y pasearse en frente de ella se había quedado dormido sobre la escalinata. Allí lo encuentran las dos mujeres, pero temerosas de contagiarle su terrible mal no se atreven a despertarlo. La desdichada madre debe contentarse con besar la suela de una de las sandalias del hijo antes de alejarse de la casa para ir a vivir —por así decirlo— al reducto asignado a los leprosos, aquellas tumbas diseminadas sobre una de las laderas de la Colina del Mal Consejo. Más tarde Ben-Hur,

enterado de la triste suerte de su madre y hermana, y con el fiel criado Malluch, las busca durante varios días, pero infructuosamente.

Una protesta popular

En el último capítulo, y al igual que ocurre en el Libro anterior, se acelera la acción. Ben-Hur se mezcla en una protesta popular al descubrirse una conspiración de Pilatos para pagar el nuevo acueducto con el dinero sagrado del Templo. Seguido por un grupo de galileos: combate a los soldados romanos que disfrazados de hebreos repartían golpes entre la multitud. Al final de este Libro Ben-Hur se enfrenta en un combate de espada a un centurión romano y le da muerte, consiguiendo, según el autor, que el decaído espíritu de la nación reviva con la noticia de esta hazaña.

A mi juicio, este Libro Sexto, y en particular su capítulo segundo, es, junto con el Libro Primero, el de mayor fuerza y destreza narrativa. La manera tan ingeniosa como se va desvelando el misterio de las mujeres desaparecidas, la escena en que de manera tan eficaz son expuestas por primera vez a la «vista» del lector, y la descripción de las penalidades por ellas sufridas, conforman algunas de las páginas mejor escritas de la novela. Además logra presentar la condición de las mujeres leprosas de manera dramática y contundente, pero sin excesos que hubiesen trivializado la terrible historia y sin caer en la farragosidad o las largas disquisiciones que plagan tantos otros apartes de la obra.

Libro Séptimo, disquisiciones trascendentes

En el Libro Séptimo, y ahora que Messala virtualmente ha desaparecido, el autor se concentra en otro de los temas principales de la novela: las vidas paralelas de Ben-Hur y Jesús de Nazareth. Después de muchas vacilaciones, el joven judío ha decidido que el Mesías que habría de regir el mundo sería un soberano político, y dispuesto a allanar su camino y defender su trono, recluta entre los galileos hombres suficientes para integrar tres legiones que él mismo se encargará de adiestrar militarmente. Entre las insinuantes y tentadoras conversaciones de Ben Hur e Iras, y extensas, muy extensas disquisiciones de Baltazar sobre el Rey venidero y la existencia de un alma en cada hombre va transcurriendo el Libro —el más breve de la novela— hasta que Ben-Hur se entera de que en las riberas del río Jordán un hombre de vida virtuosa y austera afirma ser un mensajero enviado para anunciar el próximo advenimiento del Mesías. Nuestro protagonista se pone en camino inmediatamente y por una casualidad que debe tener algo de milagroso, Jesús comienza su vida pública (al ser presentado como Hijo de Dios por San Juan

Bautista), precisamente en el instante que Ben-Hur y sus acompañantes llegan a la orilla del río.

Contiene el Libro Séptimo un pasaje de singular belleza, densidad y destreza narrativa, que recrea uno de los numerosísimos mitos egipcios sobre la creación del hombre («De cómo llegó a la tierra la hermosura»). Probablemente, empero, estas páginas no provengan de la pluma de Wallace sino de alguna versión moderna del mito, basada a su vez en recopilaciones de alguno de los muchos escritores griegos antiguos que se sintieron fascinados por la mitología egipcia. Es más factible que el relato de «Ne-ne-hofra» si se deba a nuestro autor.

Libro Octavo, recreación de la pasión de Cristo

En el Libro Octavo, el último de la novela y desafortunadamente uno de los menos logrados, el autor reúne en Jerusalén y sus alrededores a todos los protagonistas (con excepción del jeque Ilderim que ha regresado al desierto). Durante la velada que sigue al arribo de Simónides y Esther, Ben-Hur habla a los presentes de los milagros que realiza el Nazareno, algunos de los cuales ha presenciado con sus propios ojos. La fiel criada Amrah lo escucha todo y al día siguiente busca a su señora y a Tirzah en la Colina del Mal Consejo y las convence de que salgan al encuentro de aquel hombre que puede sanarlas con una sola palabra, aprovechando que esa misma mañana ha de pasar cerca de allí camino de Jerusalén. Jesús obra el milagro en presencia de Amrah y… de otro testigo casual, Ben-Hur, quien acompañaba al cortejo del Nazareno y se había retrasado para observar los efectos del milagro sobre las dos mujeres que hasta entonces creía desconocidas. Ben-Hur instala en el Monte Cedrón dos tiendas con todas las comodidades para que esperen su madre y hermana hasta que un sacerdote certifique que están curadas. Esa noche, cuando el joven regresa a su mansión, descubre que Iras, con quien debía casarse en breve, ha cambiado por completo y ahora lo trata gélidamente. «La serpiente del Nilo», como la llama el autor, no solo se burla de Ben-Hur y su gente, de Esther y hasta del Redentor, sino que amenaza con denunciarlo como conspirador ante Sejano, favorito del Emperador… Resulta que está enamorada de Messala, quien malvive, inválido y arruinado, en algún lugar que no se nombra, y ahora la mujer quiere valerse del poder que tiene sobre Ben-Hur para que perdone a su amado la elevada deuda que contrajo con las apuestas para la carrera de cuadrigas en que se enfrentaron. Grande es la pena y la desilusión de Ben-Hur, pero felizmente para él no dura mucho; un instante después de que se marche la egipcia ve a Esther dormida en el sillón de la sala y comprende que es a ella a quien ama verdaderamente. «Será como

otra hija para mi madre y en Tirzah encontrará un alma gemela», se dice al alejarse mientras espera una oportunidad para revelarle sus sentimientos. A partir de ese momento y prácticamente hasta el final de la novela asistimos a una recreación de la pasión de Cristo, desde la traición de Judas en el huerto de los Olivos hasta la muerte en la cruz. Ben-Hur y los suyos asisten de cerca a estos acontecimientos, y el anciano Baltazar deja de existir en el momento en que el Nazareno profiere su grito de agonía.

Cinco años después de la crucifixión

En un corto epílogo se nos presenta a Esther, la esposa de Ben-Hur, en la hermosa villa de Misenum cinco años después de la crucifixión. Hasta ella llega Iras, fea, envejecida, vulgar, con las huellas que la mala vida ha dejado en su persona. Rápidamente refiere a su antigua rival que ha dado muerte a Messala por las desdichas que le trajo, y que por su parte ha sido castigada de tal modo por el daño que trató de causar a Ben-Hur, que incluso él se apiadaría. Después de besar las mejillas de los dos hijos de la pareja, la egipcia se aleja sin despedirse; no se volverán a tener noticias de ella.

Las catacumbas

Finalmente, Ben-Hur, por consejo de Simónides, decide emplear su creciente fortuna en la construcción de catacumbas en Roma, donde podrá sobrevivir el Cristianismo. El resultado de sus esfuerzos será la construcción de las catacumbas de San Calixto.

Los dos temas centrales

Sería difícil negar que la novela decae marcadamente al llegar al último Libro. Quizás se deba a que uno de los dos temas centrales, la enemistad entre Ben-Hur y Messala, ya alcanzó su clímax con la carrera de cuadrigas, y el otro, las vidas paralelas del protagonista y Jesús de Nazareth, al ceñirse excesivamente en este Libro a la recreación de la pasión de Cristo, debe culminar con la muerte en la cruz, un episodio muy dramático, pero que ya conocen la mayoría de los lectores. Posiblemente buscando otros cauces para asegurar el interés que debería tener el desenlace de una novela monumental, el autor recurre a ciertos vuelcos sorpresivos en la narración, que sin embargo resultan poco creíbles —en especial el amor de Iras por un Messala deforme y arruinado, y su traición a Ben-Hur cuando estaba a punto de acceder a la fortuna que tanto había ambicionado—, y una serie de coincidencias extremas que exigen demasiado de la buena voluntad del lector.

Tal vez, la menos creíble de estas coincidencias, en la que ni el mismo autor parece creer, es la presencia de Ben-Hur en el momento que se produce la curación de su madre y hermana. Seguramente sintiendo la falsedad

narrativa de lo que acaba de describir (por la manera de llegar a ello, no por la probabilidad o improbabilidad del hecho en sí, que es prerrogativa exclusiva de cada autor), Wallace se detiene y trata de justificar la casualidad, aduciendo numerosas razones por las que «no debe resultar sorprendente que el joven judío se hallase presente en el momento que las leprosas aparecieron en el sendero que seguían los peregrinos».

Pero resulta sorprendente.

El final de la novela

O quizá, simplemente, el autor estuviese cansado. Después del esfuerzo que debió significar la composición de una novela tan extensa, de redacción esmerada en muchas secciones, con un enorme trabajo de invención en otras, es natural que Wallace, que además era gobernador del Estado de Nuevo México mientras escribía *Ben-Hur*, se sintiese cansado, con poca disposición a revisar cuidadosamente el final de la novela o explorar nuevos cursos para su desenlace.

En fin, algo se aprende de los excesos ajenos, y no quisiera extenderme más en estas notas, arriesgándome a fatigar al amable lector que fielmente ha seguido esta versión íntegra… o incluso a los infieles que se hayan saltado una o dos páginas.

JUAN FERNANDO MERINO

Bibliografía

AÑO	TÍTULO ORIGINAL	TÍTULO CASTELLANO
1873	*The fair god; or the last of the Tzins. A tale of the conquest of Mexico*	*El dios rubio [o el último de los Tzins. Una historia sobre la conquista de México]* (1961)
1876	*Commodus, an historical play*	Commodus, un drama histórico
1880	*Ben-Hur, a tale of the Christ*	*Ben-Hur, una historia sobre Cristo* (1900)
1886	*Collection of musical compositions based on Works*	Recopilación de composiciones musicales basadas en obras
1886	*Seekers after «The light» from «Ben-Hur»*	Buscadores de «La luz» de «Ben-Hur»
1888	*Speech of Gen. Lew. Wallace on the Democratic party and the solid South delivered on occasion of a rally called by the Ben-Hur Republican Whitlock, Montgomery county, Indiana, October 23, 1888*	Discurso del general Lew. Wallace sobre el Partido Demócrata y la fortaleza del Sur, pronunciado con ocasión de un mitin organizado por Ben-Hur Republican Whitlock, en el condado de Montgomery, Indiana, el 23 de octubre de 1888
1888	*The boyhood of Christ*	La infancia de Cristo
1888	*The life of Benjamin Harrison*	Vida de Benjamin Harrison
1893	*The prince of India, or Why Constantinople fell*	*El príncipe de la India [o por qué cayó Constantinopla]* (1961)
1896	*The Story of American Heroism (with Others)*	El heroísmo norteamericano y otras historias
1897	*The wooing or Makkatoon*	El cortejo o Makkatoon
1899	*The first Christmas; from «Ben-Hur»*	Las primeras Navidades; de «Ben-Hur»
1901	*An ideal Indiana soldier. James R. Ross, Brevet Lieutenant Colonel and A. D. C, U. S. V. Colonel Second Regiment Indiana National Guard, died in Indianapolis, October 27, 1900*	Un perfecto soldado de Indiana. James R. Ross, teniente coronel y coronel A. D. C, U. S. V. del Segundo Regimiento de la Guardia Nacional de Indiana, muerto en Indianápolis, el 27 de octubre de 1900
1903	*Address of Gen. Lew. Wallace at the dedication of Indiana's monuments on the battefield of Shiloh, Tennesse, April 6, 1903*	Discurso del general Lew. Wallace con motivo de la dedicación de los monumentos de Indiana en el campo de batalla de Shiloh, Tennesse, el 6 de abril de 1903
1906	*Lew. Wallace; an autobiography*	Lew. Wallace: una autobiografía

1922	*General Lew. Wallace study*	Estudio del general Lew. Wallace
1953	*A Hoosier in the Mexican War*	Un habitante de Indiana en la Guerra de México

Notas

[1] Juan Pablo F. Richter (1763-1825). Novelista y humorista alemán (su nombre de pila era Joahn Paul Friedrich Richter), autor de *Titan*, una novela de cierta nombradía en su época, y de la aquí citada *Hesperus*, publicada en 1795. <<

[2] John Milton (1608-1674) famosísimo poeta épico inglés, autor de *El Paraíso Perdido*. <<

[1] Tennyson, Alfred (1809-1892), poeta romántico inglés, de gran sensibilidad melódica. <<

[1] La cordillera de Jebel-es-Zubleh, al Oriente, el Mar Muerto y el curso bajo del Jordán, al Occidente, y al Norte el río Jabbok, tributario del Jordán, limitan las tierras de Moab y Ammón. Este territorio pertenece actualmente a Jordania. <<

[2] Esta parte del Desierto de Arabia se llama también Desierto Sirio y se encuentra entre Palestina y Mesopotamia. <<

[3] El Eufrates es uno de los ríos centrales de Mesopotamia; el otro es el Tigris. <<

[4] Judea, el área asignada a una de las doce tribus de Israel, la de Judá, incluye Belén, Nazareth y Jerusalén, en la margen occidental del curso bajo del río Jordán. El nombre se generalizaría luego, primero para la parte sur del país y luego para toda Palestina. <<

[5] *Wadi*: río o cauce, en árabe. Ha quedado como «Gua» en el nombre de varios ríos españoles (Guadalete. Guadiamar, Guadajoz, por ejemplo). **<<**

[6] Beduino: nómada del desierto. <<

[7] Ciro: soberano fundador del Imperio Persa en el siglo VII a. C. <<

[8] Cus (Génesis, 10, 6) fue uno de los cuatro hijos de Cam; a su vez hijo de Noé. Entre los hijos de Cus se destacó Nimrad, «quien llegó a ser el primer poderoso en la tierra» fundador del reino de Babel, y de las ciudades de Nínive, Rehobot y Cala en tierras de Asiría. <<

[1] Ptolomeos: reyes de origen griego que gobernaron Egipto entre los siglos IV y III a. C. <<

[2] Mizraim: al igual que Cus, es hijo de Cam (Génesis, 10, 6), pero en el Antiguo Testamento no figura como padre de la raza egipcia. <<

[3] El Golfo de Akaba bordea por el Oriente la Península del Sinaí, al norte del Mar Rojo. <<

[4] Indostán: otro nombre de la India. <<

[5] Ilíada del Oriente: posiblemente se refiere al *Ramayana*, uno de los dos grandes poemas épicos de la India, y que al contrario del otro, el *Mahabarata* (y al igual que la *Ilíada*), tiene un héroe central. <<

[6] Brahma: el más importante y antiguo de los dioses hindúes; su espíritu permea todas las cosas. <<

[7] Tirio: de Tiro, puerto fenicio, al norte de Palestina. Actualmente se llama Sour y pertenece al Líbano. **<<**

[8] Atenea: diosa griega de la Sabiduría, similar a la Minerva romana. <<

[1] En el Imperio Romano los años se contaban desde la fundación mítica de Roma en el año 747 a. C. <<

[2] Gaspar: el número y el nombre de los magos, así como su carácter de reyes, parecen haber surgido en la Edad Media. En los Evangelios solo se encuentra una breve mención de «unos magos» en el capítulo 2 de San Mateo. <<

[3] Tesalia: región en el norte de Grecia, sobre la costa occidental del Mar Egeo, frente al Golfo Termaico. Al sur de Tesalia queda el Monte Olimpo, legendaria morada del principal dios griego, Zeus. <<

[4] Antioquia: puerto al norte de Siria. El río Orontes nace en el norte del Líbano y corre hacia el Norte; pasa por Antioquia y desemboca en el Mediterráneo, frente a Chipre. Emesa, Damasco y Bostra son ciudades sirias; Filadelfia es la actual Ammán, capital de Jordania. <<

[1] Sánscrito: el idioma antiguo de los Arios, que sobrevive en las escrituras hindúes, de las cuales las más antiguas son los Vedas: el Rig-Veda o Veda de las Oraciones; el Veda de los Sacerdotes; el Veda de los Ritos y el Veda de los Encantamientos. **<<**

[2] La tríada de Brahma, el dios creador, Visnú, el dios preservador, y Siva el dios destructor, constituye el núcleo central del hinduismo. **<<**

[3] Indra: un antiguo dios guerrero de la India. <<

[4] El río Ganges corre, en el norte de la India, en dirección Sureste y desemboca en el Golfo de Bengala, en el Océano Indico. <<

[5] El sabio Kapila: muy posiblemente una referencia a Buda, cuya ciudad natal era Kapilavatsu, en el noreste de la India. <<

[6] Hurdwar —o Hardwar— es una pequeña población al pie de los Himalayas, donde el Ganges entra en la llanura de su nombre. <<

[7] Tso significa lago en tibetano, y Lang es el nombre de un pueblo en el Tibet, pero el lago Lang Tso no aparece en los mapas. Los ríos Indo, Ganges y Bramaputra nacen en un área cercana a los límites entre Tibet, Nepal y la India. Balk, hoy llamada Vazirabad, es una de las más antiguas ciudades del mundo, en el norte de Afganistán. El Tise Gangri, el Gurla y el Kailas Parbot son cumbres de los Himalayas consideradas sagradas. <<

[8] Lahore: ciudad del Pakistán, sobre la frontera con la India. Kabul: capital de Afganistán. Yezd e Isfaján son ciudades del centro de Irán. Bagdad, sobre el Tigris, es la actual capital de Irak. <<

[1] Siddharta: Buda, el iluminado, que vivió en el siglo V a. de C. Menes es el nombre del primer Faraón del Alto y Bajo Egipto, según algunas fuentes (según otras es Narmer, 28 siglos antes de Cristo). <<

[2] Hélade: de Helias, nombre griego de Grecia. Baltazar le recuerda a Gaspar que los griegos aprendieron mucho de Egipto. <<

[3] El *Libro de los Muertos* es un antiguo texto ritual que los egipcios colocaban junto al ataúd del difunto como parte del equipamiento para el Más Allá. <<

[4] La nación «Pali-putra» parece ser creación del autor. Pali es el nombre de una lengua hermana del sánscrito en la que se escribieron muchos de los textos sagrados en los albores del Budismo. <<

[5] Amón-Ra, el más importante dios del panteón egipcio, síntesis de los cultos de los dos centros religiosos más importantes de Egipto, Tebas y Heliópolis. <<

[6] Isis y Osiris, hermano y hermana, según la mitología, reinaron en Egipto, fundaron sus ciudades más antiguas y originaron su civilización. <<

[7] Ormuz, el principio divino del bien en la religión dualista de los persas (Ahrimán es el principio del mal). <<

[8] Ptah: dios egipcio creador de las artes. <<

[9] La historia que relata Baltazar es una versión algo alterada del pasaje de «Las siete plagas de Egipto» que aparece en el Antiguo Testamento (Exodo, 8). <<

[10] Alejandría: puerto egipcio al occidente del Delta del Nilo, fundada por Alejandro Magno en el 331 a. C. Era el centro intelectual del mundo antiguo. <<

[11] Ramsés: nombre de varios faraones, el primero de los cuales fundó la XIX Dinastía en 1314 a. C. <<

[12] El *Serapeum* fue un edificio destinado como templo de Serapis, dios del Egipto tardío, y que luego fue unido a la famosa Biblioteca de Alejandría. **<<**

[13] El Nilo Blanco y el Nilo Azul, al confluir cerca de la población de Sennor, en el Sudán, dan origen al Nilo. El autor parece estar describiendo una de las fuentes del Nilo Blanco, el Lago Alberto. El Bahr el Abriad es uno de los nombres del Nilo Blanco. **<<**

[14] Memphis: ciudad egipcia fundada por Menes como capital del Antiguo Imperio, en el lugar donde el Nilo entra en el Delta. <<

[15] Suez: ciudad egipcia en el extremo norte del golfo de su nombre, al occidente de la Península del Sinaí. <<

[16] Aryana-Vaejo: Corresponde al Monte Ararat, en Turquía, en donde de acuerdo con las Escrituras (Génesis, 9) se detuvo el arca. <<

[1] Jerusalén es una ciudad amurallada. La puerta más al occidente es la Puerta de Joppa o Nueva. Un poco más al sur está la Puerta de Jaffa, de donde parte la vía a Belén. El autor parece confundir los nombres de las dos puertas, pero su descripción corresponde a la Puerta de Joppa. Sión era el nombre de una plaza fuerte jebusea conquistada por David. Más tarde llegó a ser sinónimo de Jerusalén e incluso de Israel. Los jebuseos eran uno de los pueblos residentes en Palestina que fueron desplazados por los hebreos. Jesé, nieto de Ruth y Booz, nacido en Belén, es el padre del rey David. **<<**

[2] Tiro y Sidón, los más importantes puertos de Fenicia, al norte de Israel (hoy en el Líbano). <<

[3] Galilea es la región más septentrional de Israel entre el puerto de Jaifa y el Lago Tíberíades (o Mar de Galilea). En una de las poblaciones de Galilea, Nazareth, nació María y pasó su niñez Jesús. <<

[4] En-Gedi: población a orillas del Mar Muerto, famosa por sus perfumes y sus viñas. «Mi amado es para mí como un ramillete de alheña en las viñas de En-Gedi», reza el Cantar de los Cantares (Cantar, 10). <<

[1] El comicio era un espacio público en Roma donde se celebraban transacciones comerciales. <<

[2] Baco: dios romano de los viñedos y del vino, asimilable al Dioniso de los griegos. <<

[3] Pafos: antigua ciudad chipriota. <<

[4] Afrodita: la diosa griega del amor, uno de cuyos símbolos era el mirto. Según la leyenda, Afrodita nació en el Mar de Chipre, surgiendo de sus espumas. Equivale a la Venus de los romanos. <<

[5] Salomé: hijastra de Herodes Antipas al contraer nupcias con Herodías. Cuando Herodes vio bailar a Salomé en una celebración de su cumpleaños, prometió concederle lo que ella quisiera. Salomé pidió la cabeza de Juan el Bautista. <<

[6] Fariseos: una secta religiosa hebrea en tiempos de Cristo, que daba gran valor a la tradición oral como interpretación y adaptación de la ley escrita. A ellos se oponían los saduceos, que únicamente reconocían las Escrituras. Se caracterizaban por su legalismo, ritualismo y apego a las tradiciones. Las filacterias eran pedazos de pergamino, en los que algunos judíos escribían pasajes de la Escritura, y que —tal como se describe en el texto— llevaban atados al brazo izquierdo o a la frente. <<

[1] El rabí o rabino es un maestro hebreo en el ritual y la tradición religiosa. <<

[2] Betania: población a tres kilómetros al noreste de Jerusalén, donde vivían los hermanos Lázaro, Marta y María, Simón el Leproso y María Magdalena. Jesús visitaba el lugar con frecuencia y allí ascendió a los cielos (Lucas 24, 50-51). <<

[3] En un principio los zelotes eran un grupo de judíos opuestos a la influencia de la cultura griega. Sumamente fanáticos, más tarde llegaron a ser un partido antimonárquico, y su punto de mayor influencia se refleja en la rebelión contra Roma que terminó con la destrucción del Templo de Jerusalén. Así pues, el rabino trata de comprometer políticamente a José, o al menos de extraerle información. <<

[4] El Valle de Hinnom limita la ciudad amurallada de Jerusalén por el occidente; en frente de la esquina suroeste de la ciudad queda el Monte Sión y, al pie de este, el estanque del Sultán, llamado de Gihón por el autor (Gihón es el nombre de un manantial un kilómetro al oriente). <<

[5] El Monte del Escándalo queda al sureste del recinto amurallado, algo más lejos que el Monte Sión, donde se inicia la llanura de Refaim. Los estanques de Salomón, unos quince kilómetros al suroeste de la ciudad, la proveen de agua desde el siglo II a. C. <<

[6] Samuel: último de los jueces hebreos; nombró a Saúl como primer rey, y a la muerte de este, nombró a David. <<

[7] Absalón: hijo de David; organizó una rebelión contra su padre. Murió en batalla a manos de algún combatiente que desobedeció la orden impartida por David de no hacerle daño. <<

[8] Mar Elías: elevación entre Jerusalén y Belén. <<

[9] La tumba de Raquel, esposa de Jacob, el que luchó con un ángel, está junto a Belén. <<

[1] Padam-Aram era la región de la Alta Mesopotamia donde estaba situada la ciudad de Haram, al norte de la zona que se conoce con el nombre de «Creciente Fértil». <<

[2] La alusión del autor de que José fuese rabino no tiene fundamento en la Biblia; en el Nuevo Testamento se menciona que era carpintero.

La tribu de Dan era una de las 12 tribus en que se dividía la población de Israel en tiempos de Josué. Tenía por territorio la zona dónde hoy está Tel-Aviv, que en aquellos tiempos se llamaba Joppa. <<

[3] Modín: pequeña localidad entre Tel-Aviv y Jerusalén donde comenzó la rebelión de los Macabeos en el siglo II a. C. <<

[4] Rafael del Sanzio, gran pintor del renacimiento italiano, rival de Miguel Angel. <<

[5] Sharon: llanura de la costa del Mediterráneo de Palestina, entre las actuales ciudades de Tel-Aviv y Jaifa. <<

[6] Barzillai: habitante de la aldea de Rogelim, en Galaad —tierra al oriente del Jordán entre los ríos Jabbok y Yarmuk—, que alimentó al ejército de David cuando este se dirigía a luchar contra Absalón. El rey le invitó a unírseles, pero Barzillai ya era muy anciano. No se menciona en el Antiguo Testamento a un hijo de Barzillai el galaadita. La expresión del autor, por lo tanto, tendría que entenderse metafóricamente: David dio patria a los descendientes de Barzillai. <<

[7] En el libro del Profeta Jeremías (23, 3) dice Yavé, el Dios hebreo: «Y yo mismo recogeré el remanente de mis ovejas de todas las tierras adonde las eché, y las haré volver a sus moradas; crecerán y se multiplicarán». <<

[8] Emín: uno de los pueblos que antiguamente habitó lo que luego sería Moab; pertenecían a la raza de gigantes de los Anaquin. Los Hurritas, primitivos pobladores del sur del Mar Muerto, tuvieron gran influencia en toda el área del Próximo Oriente. <<

[9] Abraham: descendiente de Sem, fue el primer patriarca hebreo. Era de Ur, en Mesopotamia. Su padre lo llevó hasta Haram. Allí Yavé le ordenó ir a Canaán (otro nombre de Palestina). Estuvo en Egipto y luego regresó a Tierra Santa, donde vivió cerca de Hebrón. <<

[1] El Monte Moria —que es más bien una meseta pequeña— queda en Jerusalén y en él edificó Salomón el Templo, de cuyo esplendor queda hoy apenas el Muro de las Lamentaciones. Un hermoso santuario musulmán, el Domo de la Roca, ocupa hoy el centro del monte. Una tradición señala este lugar como el sitio donde Abraham, por orden de Yavé, estuvo a punto de sacrificar a su hijo Isaac. <<

[1] Herodes era el regente de Judea en tiempos del nacimiento de Cristo. <<

[2] La Torá, ley en hebreo, designa los cinco primeros libros de la Biblia. <<

[3] *Shema*; antigua oración hebrea, empleada como afirmación de fe. Figura en la Torá (Deuteronomio 6, 4). Se inicia con la frase: «Oye, Israel: Yavé nuestro Dios, es único». <<

[4] Héspero: el planeta Venus, cuando aparece como estrella vespertina. <<

[5] El ángel Gabriel se menciona por primera vez en la Biblia en el Libro de Daniel (8, 16), cuando se le aparece a este profeta a orillas del río Ulai, cerca de Susa, en Persia. <<

[1] La carretera de Siquem se denomina actualmente carretera de Noblus. La ciudad de Siquem estaba situada a unos cuarenta kilómetros de Jerusalén; allí llegó inicialmente Abraham, y allí habló Jesús con la Samaritana. <<

[2] El arroyo de Cedrón se encuentra al oriente del recinto amurallado de Jerusalén. <<

[3] La Gruta de Jeremías queda en la parte exterior del lado norte del recinto amurallado. Cerca está la Puerta de Damasco o de Joppa, adonde llegan las tres vías mencionadas por el autor. <<

[1] La vieja ciudad de David, al sur del Monte Moría, estaba circundada por el Muro de Ofel. <<

[2] Esenios: miembros de una comunidad monástica dedicada al trabajo, la virtud y el estudio de las escrituras, regida por un Maestro de Justicia en tiempos de Cristo. <<

[3] Sanedrín. Al parecer hubo dos instituciones con este nombre: una de ellas era similar a un tribunal de justicia; la otra, el Gran Sanedrín, era un cuerpo colectivo de 71 miembros, estudiosos del judaísmo, y constituía la máxima autoridad en materia religiosa. **<<**

[4] Hillel de Babilonia: el más prestigioso rabino hebreo durante la época de Herodes el Grande. Durante la última mitad de su vida presidió el Sanedrín. <<

[5] La cita es del libro del Profeta Miqueas (5, 2), pero en la forma transcrita en el Evangelio de San Mateo (2, 6). <<

[6] El gran constructor: se refiere a Herodes. <<

[7] Herodes, terriblemente suspicaz y celoso había hecho matar a varios familiares cercanos, incluyendo tres hijos, para deshacerse de posibles rivales al trono. <<

[1] *La peregrinación de Childe Harold*, poema en cuatro cantos de Lord Byron (George Nöel Gordon) (1788-1824). Uno de los más excelsos poetas ingleses. <<

[1] La acción se desarrolla en tiempos del primer emperador romano, de nombre Octavio, y llamado César Augusto. Venció a su rival, Marco Antonio, en el año 31 a. C., y conquistó Egipto. Palestina había sido conquistada por Pompeyo en el 63 a. C., pasando a ser Judea dependencia romana gobernada por un procurador, Antípater. Su hijo Herodes fue nombrado luego rey de los judíos. <<

[2] Valerio Grato, procurador de Judea, sucedió a Arquelao, hijo de Herodes el Grande. <<

[3] Cesarea. Ciudad fundada por Herodes sobre la costa mediterránea entre Haifa y Joppa. <<

[4] Samaria era rival de Jerusalén desde los tiempos del Antiguo Testamento; los samaritanos tenían su propia versión de los ritos hebreos y sus propios lugares sagrados, el más notable de los cuales era el Monte Garizim. Estos regionalismos tuvieron seguramente una influencia en la división que los romanos hicieron de Judea a la muerte de Herodes el Grande. En tal contexto puede entenderse la referencia del autor a separatistas y a fariseos que seguían la ortodoxia de Jerusalén. <<

[5] Aarón, hermano y portavoz de Moisés (este no tenía facilidad de palabra según el Éxodo 4, 15), era de la tribu de Leví. Sus descendientes fueron los primeros sacerdotes de Israel (Números 3, 1-9). <<

[6] Torre Antonia. La esquina noroeste del Templo había sido convertida en palacio fortificado por Herodes el Grande. Allí se administraba justicia. En ella comienza la Vía Dolorosa; luego de ser condenado a muerte en la Torre Antonia, Jesús emprendió desde allí el camino al Gólgota. <<

[1] Bruto, senador romano, fue uno de los conspiradores que asesinaron a César, creyendo que este iba a proclamarse rey. Se opuso al triunvirato de Antonio, Octavio y Lépido. Fue derrotado y muerto en la batalla de Filipos (42 a. C.). <<

[2] Ganimedes, el copero de los dioses griegos en el Olimpo. <<

[3] El Foro: espacio cívico por excelencia en el centro de la antigua Roma. <<

[4] Delfos, en Grecia, era uno de los sitios sagrados más famosos de la antigüedad. En el templo de Apolo, la sacerdotisa del dios, llamada Pithia, poseída por el espíritu divino, respondía a quienes la consultaban. Pero el oráculo más antiguo de Grecia no era el de Delfos, sino el de Dodona, donde el dios era Zeus. <<

[5] Pytho era el nombre de un dragón hijo de la diosa Gea —la tierra— que fue muerto por Apolo. Vivía en una cueva cerca de Delfos. Dio su nombre a la sacerdotisa de Apolo. <<

[6] Simeón: sabio y piadoso; es mencionado en los Evangelios (Lucas 2, 23-35), con ocasión de la presentación del niño Jesús en el Templo. <<

[7] Idumea: región de Palestina al sur de Judea. <<

[8] Sémele: en la mitología griega, mujer mortal de la que el dios Zeus se enamoró. De ella y Zeus nació el dios Dionisos, quien luego la rescató del Hades (el mundo de los muertos) y la llevó al Olimpo donde se hizo inmortal. <<

[9] Abraham, Isaac y Jacob: los primeros patriarcas de Israel. Abraham fue el padre de Isaac, y este, de los mellizos Esaú y Jacob. Dios ordenó a este último tomar el nombre de Israel. Sus doce hijos dieron nombre a las tribus de Israel. <<

[10] Jove y Júpiter son nombres romanos de Zeus, el primero de los dioses. <<

[11] Líderes religiosos hebreos e integrantes del Sanedrín. <<

[12] Escita: natural de Escitia, región en la costa del Mar Negro, al sur de la desembocadura del río Danubio. <<

[13] Cyrinus (o Quirino): nombre del gobernador de Siria bajo Augusto. <<

[14] Mentor. Según una leyenda griega, amigo de Odiseo, quien le confió la educación de su hijo Telémaco durante su ausencia de la isla de Ítaca, donde vivía. <<

[15] Parcas: nombre romano de las Moiras, tres espíritus femeninos que en la mitología griega personificaban el destino. Sus nombres eran Cloto, Láquesis y Atropo. <<

[16] Esenios: miembros de una comunidad monástica en tiempos de Cristo. Su centro de actividad, a orillas del Mar Muerto, era Qumran. <<

[17] Baal: divinidad principal de los filisteos, habitantes de Palestina antes de la llegada de los judíos. <<

[18] Pluto, dios romano de la riqueza agrícola, de los tesoros enterrados y del mundo de los muertos o Hades. <<

[19] Macabeos: familia de judíos que se rebelaron con éxito contra el dominio sirio durante el siglo II a. C. y gobernaron Judea hasta la conquista romana. <<

[20] Antípater, nacido en Idumea, padre de Herodes el Grande, ayudó en la ocupación romana de Judea. <<

[1] Valle Tiropeón. Zona baja que recorre a Jerusalén en dirección Norte-Sur, y separa el área del Templo de la zona occidental. También se llamaba Valle de las Basuras. <<

[2] Vía Dolorosa, el último camino recorrido por Jesús dentro de Jerusalén, entre la Torre Antonia y el Monte Gólgota para ser crucificado. Cubre alrededor de medio kilómetro dentro de las murallas. <<

[3] Circe. La hechicera que en la leyenda griega convirtió en cerdos a los compañeros de Odiseo. <<

[1] Benjamín. Último hijo de Raquel e Isaac. <<

[2] Vía Sacra. Importante vía en el centro de la Roma imperial. Conectaba el Capitolio con el Coliseo, prolongándose luego hacia el Oriente. **<<**

[3] El Pacto: la alianza entre Yavé Dios y el pueblo de Israel. <<

[4] La Roma republicana. Época anterior al Imperio, en que Roma era gobernada por cónsules, desde el siglo V a. C. hasta unas cuantas décadas antes de la época de la presente narración. <<

[5] Jacob, obedeciendo a su padre Isaac, fue a buscar esposa a la ciudad de Haram, en el norte del llamado «Creciente Fértil». En camino, en un sitio que Jacob denominó Beth-el (Casa de Dios), Yavé se le apareció en sueños. <<

[6] Libro de las Generaciones. A través del Pentateuco y los primeros libros del Antiguo Testamento se van registrando los linajes y las generaciones de los patriarcas. A tales escritos se refiere la madre de Judá. (Ver por ejemplo Crónicas 1, 9). <<

[7] La inauguración del Templo construido por Salomón, hijo de David, la conquista de Samaria por Senaquerib, rey de Asiria, y luego de Judea por Nabucodonosor, rey de Babilonia, y el traslado a Babilonia de los judíos, cautivos en Egipto, marcan las épocas mencionadas por la madre de Judá. **<<**

[8] Zorobabel fue uno de los líderes que condujeron al pueblo judío a Palestina, luego de que el rey persa Ciro les concedió la libertad. <<

[9] Josué. Sucesor de Moisés. A la muerte de este dirigió la conquista de la Tierra Prometida. <<

[1] Aurigas. Uno de los deportes favoritos en la antigüedad eran las cañeras de carros de caballos, cuyos conductores se llamaban aurigas. <<

[2] Helenos: de Helias, Grecia; es decir, griego. Tal es el nombre que estos se dan a sí mismos. <<

[3] Marte. Nombre de un dios romano equivalente al dios griego Ares, divinidad de los combates. **<<**

[4] Cita abreviada del segundo mandamiento del Decálogo (Éxodo 20, 4; Deuteronomio 5, 8), recibido de Dios por Moisés en el Sinaí. <<

[5] *Soferim*: palabra hebrea que significa escribas. Se refiere a quienes se encargaron de copiar los textos hebreos en las versiones más antiguas que sobreviven. Se suelen distinguir los *soferim* tempranos (entre 500 a. C. y 100 d. C.) y los *soferim* tardíos (del 100 al 500 d. C.). **<<**

[6] Dédalo. Legendario artesano griego que dotó de miembros a las primitivas imágenes de los dioses y construyó en Creta un asombroso palacio, desde cuyo centro nadie podía escapar: el Laberinto. Trabajó en la región de Atenas, en la península del Ática, y de su labor surgieron los talleres de escultura de Corinto y Egina. <<

[7] Bezaleel y Aholiab son los artesanos a quienes Moisés llamó para que hicieran el Tabernáculo. El propiciatorio era la tapa de oro que cubría el Arca de la Alianza. La cita es de un texto que se repite con leves variaciones en el Éxodo (25, 20; 37, 9). <<

[8] El Arca y el Tabernáculo fueron destruidos por los babilonios a comienzos del siglo VI a. C. El evento se relata en el Antiguo Testamento. (Crónicas 17, 19). <<

[9] Minerva: denominación romana de la diosa de la ciencia, llamada Atenea por los griegos. En el Partenón, en Atenas, se veneraba una estatua de oro y marfil de la diosa. <<

[10] Sofistas se denominaban en Grecia y Roma a los maestros de retórica, que vivían de enseñar los saberes de su tiempo. <<

[11] Miriam, profetisa de Moisés y Aarón, celebró junto con sus compañeras el paso del Mar Rojo, al son de panderetas y cánticos (Éxodo 15, 20). <<

[12] Muy posiblemente una referencia a Moisés, quien reúne tales atributos y sociológicamente está entre los padres de las tribus de Israel y precursor de los Jueces. <<

[13] El hijo de Jesé es, como ya se mencionó, David, de quien a su vez fue hijo Salomón. <<

[14] La cita es el comienzo del breve canto de Miriam (15, 21). <<

[15] El Tisbita es Elías, profeta de tiempos de los reyes (que siguieron a los Jueces). Su sirviente Eliseo le sucedió como profeta (Libro de los Reyes, capítulo 2). <<

[16] Hicias era el nombre del Sumo Sacerdote en tiempos del rey Josías (2.º Reyes 22, 4; 23, 4). <<

[17] En Babilonia, tres hombres judíos que rehusaron adorar un ídolo fueron lanzados a un horno, pero se salvaron milagrosamente de morir quemados. (Daniel 3, 12-28). <<

[18] La fiesta de los mil nobles es una referencia al banquete que el rey Balsasar ofreció «a mil de sus príncipes» (Daniel, 5) y en el que una mano trazó misteriosas palabras que luego el profeta Daniel interpretó. <<

[19] El hijo de Amos es el profeta Isaías, quien tuvo numerosas visiones divinas, y entre ellas su célebre visión del fin del mundo. <<

[1] Herodes Ático: he aquí un Herodes que no es de la familia de Herodes el Grande. Vivió entre el 101 y el 177 d. C. Fue uno de los más fangosos sofistas de su tiempo. Pasó la mayor parte de su vida en Atenas, su ciudad natal, a la que mucho amaba. Allí edificó el Odeón, al pie de la Acrópolis. <<

[2] Salomé y Herodes (el Grande). Estos eran hijos de Antípater y Cipris; no hay que confundir a esta Salomé con la biznieta de Herodes el Grande, también de nombre Salomé, y que bailó para un hijo de Herodes el Grande, de nombre Herodes Antipas, con nefastas consecuencias para San Juan Bautista. <<

[3] Siquemitas: samaritanos. Siquem era una ciudad de Samaria. <<

[4] *Lituus*. Clarín de batalla. <<

[5] Es decir, lanzas que durante siglos no habían cambiado. La Guerra de Troya cantada por Homero en la *Ilíada*, ocurrió en el siglo XII a. C. **<<**

[6] Séneca, Lucio Anneo. Filósofo estoico, nacido en Córdoba el 4 a. C. Entre sus muchos escritos figuran diálogos, diversos tratados, y tragedias. A pesar de su doctrina, disfrutó de poder y riqueza, pero forzado a suicidarse por sospechas de participar en una conspiración contra Nerón, murió con valentía. <<

[1] Galeote: esclavo o condenado al trabajo forzado de remero en las naves de vela y remo, en especial las galeras. <<

[2] Decurión: jefe de un grupo de diez soldados de caballería en el ejército romano de la época. <<

[3] Sepphoris: pequeña ciudad al norte de Nazareth. <<

[1] Tragedia en cinco actos en verso y prosa de William Shakespeare (1564-1616). <<

[1] Misenum: antiguo puerto romano sobre el cabo Miseno, frente a las islas de Prócida e Isquia, en la parte noroeste de la bahía de Nápoles. La isla de Capri y el cabo de Sorrento cierran la bahía por el Sureste. En la costa y sobre la parte central de la bahía está el Vesubio, el volcán que sepultó a Pompeya y Herculano en la erupción del 79 d. C. <<

[2] Antium. Pequeño puerto marítimo al sur de Roma (hoy Anzio). <<

[3] Praeneste. Pequeña población al oriente de Roma. <<

[4] Egeo. El mar griego por excelencia, entre la costa oriental de Grecia, Turquía y Creta, en el Mediterráneo Oriental. <<

[5] Duunviro. Denominación de ciertos cargos dobles en la administración romana. En especial, los municipios del Imperio eran usualmente regidos por dos duunviros. <<

[6] Ceres. Diosa italiana de las cosechas, asociada luego con la Deméter griega. La fiesta de la Cerealia se llevaba a cabo el 19 de abril. <<

[7] Triptólemo. En la mitología griega, Triptólemo hijo de la musa Polimnia, fue el primero a quien la diosa Deméter enseñó a sembrar. Luego Triptólemo recorrió toda Grecia difundiendo las artes de la agricultura. <<

[8] Quersoneso: nombre dado por los griegos a ciertas penínsulas. Significa Isla Firme. En este caso, se trata de la península de Crimea, en la costa norte del Mar Negro, antes llamado por los griegos Ponto Euxino. <<

[9] ¡Por Baco!: juramento invocando al dios romano de los viñedos, del vino y la embriaguez. <<

[10] El Bósforo: estrecho que separa el Mar Negro del Mar de Mármara; sobre la orilla Norte del Bósforo está situada Bizancio, hoy llamada Estambul o Constantinopla, la antigua capital del Imperio Romano de Oriente.

Calcedonia era una pequeña ciudad en la otra orilla del Bósforo, casi en frente de Constantinopla. <<

[11] *Tesserae*: esta palabra tiene dos sentidos en latín, y ambos son usados por el amigo de Quinto Arrio. Por un lado significa contraseñas, por el otro, dados… <<

[12] Augures: sacerdotes romanos que profetizaban el porvenir según la conducta de ciertas aves o mediante el examen de las vísceras de animales sacrificados. De «augur» vienen las palabras agorero y agüero, por ejemplo. <<

[13] Sejano. Prefecto, jefe de la guardia pretoriana del emperador Tiberio, quien depositando su confianza en él le concedió amplios poderes. Pero Sejano era ambicioso y quería suceder a Tiberio, para lo cual hizo envenenar al hijo de este. Entonces Tiberio lo hizo ejecutar. **<<**

[14] Trirremes. Los barcos guerreros de la antigüedad griega y romana eran de remo y vela. Tenían tres hileras de remeros. <<

[15] Tritones. Representaciones de Tritón, en la mitología romana, hijo del dios Neptuno y su esposa Anfitrite. La parte inferior de su cuerpo tenía forma de pez. <<

[16] Aplustre: mascarón de proa. <<

[17] Sestercio: unidad monetaria romana. Cuatro sestercios hacían un denario o pieza de plata; veinticinco denarios hacían un áureo, o pieza de oro. <<

[18] *Vexillum purpureum*: estandarte púrpura. <<

[1] Llamado *hortator*. (Nota del Autor). <<

[2] Llamado *rector*. (Nota del Autor). <<

[3] Cabo de Camparella: frente a la isla de Capri.

El Estrecho de Messina está entre Sicilia y la punta de la Bota Italiana, que es la región de Calabria.

Melito, un pequeño puerto, es la población más meridional de la Península Itálica.

El Mar Jónico queda entre Sicilia, Calabria y Grecia. <<

[4] Citera es una isla entre la península griega del Peloponeso y la isla de Creta. Según la leyenda, en sus playas nació Afrodita, la diosa del amor. En su costa se encuentra la bahía de Antemona. <<

[5] Paestum, antigua ciudad griega en la costa italiana, frente al golfo de Salerno, al sur de la bahía de Nápoles. <<

[6] Neptuno, dios romano del mar, equivalente al Poseidón griego.

Las Oceánides eran en la mitología griega, hijas del titán Océano y de su hermana Tetis. <<

[7] *Cathedra*: silla de brazos. <<

[8] Duilio, cónsul romano que obtuvo la primera victoria naval romana contra los cartagineses, en el 260 a. C. <<

[9] El conjunto de galeotes, como lo describe el narrador, es un microcosmos del Imperio Romano. Escitas y crimeos vienen de las costas del Mar Negro; del norte de África los libios; hay también entre los remeros individuos de pueblos sin asiento preciso como los Godos. Hay un irlandés (Hibernia era el nombre romano de Irlanda) y personas de sitios más civilizados, como Atenas y Tebas, en Grecia y Egipto, respectivamente. <<

[10] El Monte Etna es un volcán de Sicilia, tan famoso como el Vesubio y mucho mayor. <<

[1] Arena: Quinto Arrio evoca la contextura física de los gladiadores que luchaban sobre la arena del circo de Roma. <<

[2] Londinium: nombre romano de Londres. <<

[3] Estrictamente Ben-Hur no ha preguntado a Quinto Arrio si conoció a su padre; le ha preguntado por su madre y su hermana. <<

[4] La espada o el cesto: armas de gladiadores. El cesto era una tira de cuero con guarniciones de hierro para los puños. <<

[1] Las islas Cícladas se encuentran en el Mar Egeo, entre Grecia y Turquía al norte de Creta. Una de las mayores es Naxos. <<

[2] Tracia: la parte noreste de Grecia y la actual Turquía Europea. <<

[3] El Mar Egeo está separado del mar Negro por el Mar de Mármara; este se comunica por el Suroeste con el Egeo a través del estrecho del Helesponto, y con el Mar Negro por el Noroeste a través del Bósforo. <<

[4] Los trirremes eran naves como la de Quinto Arrio. Los birremes eran similares, pero solo con dos filas de remeros superpuestas en cada banda. <<

[5] Hefestia (Hephaestia), antiguo puerto en la isla de Lemnos, al norte del Mar Egeo, no muy lejos de los Dardanelos. <<

[6] Las islas Tesálicas, o islas Espóradas del Norte, están cerca de la costa oriental de Grecia, en el lado occidental del Mar Egeo. <<

[7] Eubea es una isla larga y estrecha que se extiende paralela a la costa oriental griega, formando dos estrechos golfos intercomunicados por un canal: un sitio muy apropiado para acorralar a una flota enemiga. <<

[8] Jerjes: rey persa, hijo de Darío I, que invadió Grecia en la Segunda Guerra Médica. <<

[9] Los golfos de Pelas y Melina quedan inmediatamente al norte de Eubea. Las Termópilas son un desfiladero sobre la parte continental, en el lado oriental del Golfo Maliaco: allí el espartano Leónidas intentó retener al ejército de tierra de Jerjes, pero una traición se lo impidió, y murió junto con trescientos de los suyos. <<

[10] El Monte Oca está en el extremo sur de la isla de Eubea. <<

[1] Intentando defender las instituciones del gobierno de Roma, Catón combatió a Julio César. Al ser derrotado, se suicidó. Bruto también murió por su propia mano, luego de haber sido denotado por Octavio y Antonio. <<

[2] Scauri es una población en la isla de Panteleria, entre Túnez y Sicilia. *Armilustrium* significa triunfo militar. <<

[1] Schiller. Escritor alemán (1759-1805) prosista, ensayista y autor de notables poemas filosóficos. <<

[1] El río Tíber nace en los Apeninos toscanos, atraviesa Roma y desemboca cerca de Ostia. El Tíber desempeñó un papel muy importante en el desarrollo de Roma. <<

[2] El Orontes es el río principal de Siria; nace cerca del Líbano y desemboca en el Mediterráneo. Desde épocas lejanas, el valle de Orontes ha servido de ruta comercial entre Palestina y Asia Menor. A orillas del Orontes surgieron Emesa, Apanea, Antioquia y Seleucia. <<

[3] Tiberio: segundo emperador romano (12 a. C.-37 d. C.). Durante su imperio, Valerio Grato y Poncio Pilatos gobernaron Judea. Tiberio expulsó de Roma a todos los judíos, privándoles de sus privilegios y deportó un número considerable (alrededor de cuatro mil) a Cerdeña. <<

[4] Bosquecillo de Dafne. Lugar situado a unos nueve kilómetros al sudoeste de Antioquia. Antiguamente cubría este sitio un bosquecillo de laurel dedicado a Apolo, que contaba con un magnífico templo. También existían santuarios dedicados a Artemis, a Afrodita y a Isis. El bosquecillo de Dafne llegó a ser célebre por las orgías que allí se celebraban. <<

[1] Seleúcidas. Dinastía fundada en Siria por Seleuco, general de Alejandro Magno, que perduró en forma de monarquía hereditaria desde el 312 al 65 a. C., año en que su territorio, con la capital Antioquía, fue anexionado por Pompeyo al Imperio Romano. <<

[2] Monte Sulpio: monte en cuyas faldas se encuentra la ciudad de Antioquía, en la fértil Cilicia. <<

[3] Epífanes, octavo en la línea de la dinastía de los Seleúcidas, y conocido también como Antíoco IV, provocó la guerra nacional de los Macabeos contra él al intentar implantar en el Templo de Jerusalén el culto de Zeus. <<

[1] Nehemías, al llegar a Jerusalén procedente de la corte persa, dedicó sus energías a reconstruir los muros y repoblar la ciudad; tradiciones de carácter legendario lo asocian con la invención del fuego sagrado y la colección de libros santos.

El río Soreq es citado en la historia de Sansón como el lugar natal de Dalila; parece haber corrido por lo que ahora es Wadi el Sarar, un valle amplio y muy fértil. <<

[2] Hebrón, ciudad de la tribu de Judá es una de las ciudades más antiguas del mundo. Está situada en la meseta más alta de la región montañosa de Palestina meridional, a 850 metros sobre el nivel del Mediterráneo y en el kilómetro 35 de la carretera que parte de Jerusalén y se extiende de Nordeste a Sudeste a lo largo de un valle cubierto de viñedos, granados y toda suerte de árboles frutales. <<

[3] Rebeca: hija de Betuel y sobrina nieta de Abraham; fue entregada por esposa a Isaac y vivió con él en el desierto del Négueb. Fue estéril durante veinte años, pero al cabo de ellos dio nacimiento a dos hijos gemelos: Esaú y Jacob; a este último le profesó un afecto especialísimo. <<

[4] Nahor era una ciudad de la Alta Mesopotamia, conocida en la Biblia por el episodio de los desposorios de Isaac y Rebeca y por la escritura cuneiforme. Estaba situada en el distrito de Hanán. <<

[1] La cita textual del Cantar de los Cantares dice: «Esposa mía, he cogido mi mirra con mi bálsamo, mi panal con mi miel, mi vino con mi leche». (Cantar 5, 1). Evidentemente el autor tenía especial predilección por este libro, y además de varias citas directas, existen a lo largo de la novela numerosas alusiones. <<

[2] Salomón. Rey de Israel que debió ocupar el trono desde el año 970 al 931 a. C. Hijo del rey David y de Betsabé, su esposa predilecta. En la tradición bíblica se le presenta como el iniciador y máximo exponente de la literatura sapiencial. Su nombre va unido a libros canónicos como el Cantar de los Cantares, Proverbios, Eclesiastés y el Libro de la Sabiduría, así como a obras apócrifas de fechas tardías. Todo su largo reinado lleva el sello de la ilustración cultural con una política de fronteras abiertas, dentro de una fuerte centralización en el interior. <<

[3] El Valle de Hinnom es un profundo valle situado al sur de Jerusalén, que en tiempos bíblicos sirvió de límite a las tribus de Benjamín y Judá. El rey Josías lo cubrió de huesos humanos y llevó a cabo otras ceremonias que lo hicieron impuro. El profeta Jeremías condenó en sus oráculos a este valle por haber sido escenario de abominaciones paganas. En la parte meridional del Hinnom se conservan tumbas judías y cristianas que datan de la época romana y bizantina. <<

[4] Lezna. Instrumento metálico utilizado para hacer orificios; se asocia con el rito de taladrar la oreja del siervo que sintiéndose a gusto en casa de su señor no quería recobrar su libertad al llegar el año sabático, séptimo año de servidumbre, como le correspondía de acuerdo con la Ley de Moisés que se mencionó un poco más arriba. <<

[5] Sulamita: gentilicio derivado del nombre de la población de Sunem, la patria de Abisug, la concubina del anciano David. Varias veces se hace mención a la Sulamita en el bellísimo Cantar de los Cantares (Cantar 6, 13 por ejemplo). El Rey cantor sería el mismo rey Salomón. <<

[6] Proverbios 31, 25. <<

[7] Referencia a la célebre Ley del Talión, que se cita varias veces en el Antiguo Testamento (por ejemplo, Éxodo 21, 23-25). La Ley era una realidad, un avance para las costumbres bárbaras de las épocas tribales, y en lugar de una exhortación a la venganza, como puede parecer, trataba de limitar los alcances de esta. <<

[1] Baco. Equivalente al Dionisos entre los griegos. Divinidad originaria de Egipto, hijo de Júpiter y Sémele. Durante su viaje a la India, Baco enseñó a Icario el arte de hacer vino. En su honor se instituyeron las bacanales, fiestas orgiásticas donde tuvo su origen el Teatro. Se le representa como un efebo rubio de cabellos largos y rizados, ojos negros y eterna juventud, que aparece siempre coronado de hiedra, mientras de sus manos penden racimos de uva o un vaso y un tirso. <<

[2] *Devadasi*. Voz sánscrita que significa la sierva de los dioses. Las *devadasi* eran danzarinas sagradas de la India brahmánica agregadas desde su infancia al servicio del templo, con la función de distraer a los dioses con sus cantos y danzas. <<

[3] Los centauros eran seres mitológicos mitad hombre y mitad caballo, que se suponían descendientes de Apolo y Estilbe o bien de las yeguas de Magnesia (Tesalia). Si bien la fábula los simboliza como seres con torso de hombre y cuerpo de caballo, otros autores los imaginan con cuerpo de toro. El último reducto de los centauros fue la isla de las Sirenas. Quirón, hijo de Saturno es considerado el primer centauro. Su padre lo dotó de máxima sabiduría y lo hizo docto en toda ciencia y todo arte y de corazón generoso. Quirón fue compañero de caza de Diana, y maestro de Hércules y Esculapio entre otros. Fue muerto involutariamente por Hércules, y al renunciar a la inmortalidad fue elevado por los dioses a las constelaciones con el nombre de Sagitario. <<

[4] Náyades: ninfas de las fuentes, hijas de Júpiter. Eran deidades rústicas a las que los antiguos ofrecían sacrificios de cabras y corderos y libaciones de miel, vino y aceite. Se les representa coronadas de flores acuáticas, con un ánfora inclinada que vierte agua. <<

[5] Céfiro. Divinización del viento del Oeste, hijo de Eolo y de la Aurora, o bien de la arpía Celeno; desposó a Cloris, y de ella nació la primavera; amó también a Jacinto, a quien causó la muerte; se le representa como un joven alado.

Austro, viento del Sur, también llamado Noto, se representa rodeado de nubes oscuras.

Euro, viento del sudoeste, hijo de Eos y Astreo; suele representarse como un hombre cubierto por un gran manto.

Bóreas, el viento Norte, se representa con las manos llenas de granizo, que va sembrando sobre la tierra. Estos cuatro vientos, citados por Homero, son los mismos que los romanos incluyen en su mitología. <<

[6] Pan: uno de los dioses auxiliares de los romanos, y al cual se le han atribuido orígenes bastante diversos. Suele representarse sin ninguna belleza facial, barbado, con cuernos y piernas de macho cabrío, coronado por una guirnalda de pino, con una flauta en la mano izquierda y un racimo de uvas en la derecha. Habitaba en los bosques, donde se complacía en yacer con las Dríades, si bien su morada predilecta era el monte Ménalo. Los griegos le dedicaron fiestas anuales, conmemorando su ayuda contra los persas Las Dríades eran ninfas de los bosques que protegían los árboles que les eran consagrados, y en cuyo interior hacían sus moradas. Se las representaba con cabeza, brazos y torso de mujer, y formas arbóreas de la cintura hacia abajo. <<

[7] La flor del loto está muy vinculada a mitos de la India, Egipto y Grecia. En Egipto y la India era sagrada, y los hindúes la distinguieron como «hijo del universo que lleva en su seno la semejanza de su madre»; según la mitología, había brotado del ombligo de Visnú. Fue introducida en Egipto desde la India, y los egipcios vieron en esta planta la imagen del renacimiento del Sol. <<

[8] Minerva. Diosa de la inteligencia, de las artes, de la sabiduría y símbolo de la providencia divina. Inventó el arte de tejer; al tener conocimiento que Aracne, una egipcia hija de Idmón de Colofonia era mejor tejedora que ella, sintió tal envidia que la visitó con un ingenioso disfraz e irritada al comprobar que era en verdad sumamente hábil, le dio un golpe de lanzadera. Aracne, humillada, se suicidó, y Minerva la metamorfoseó. Además del arte de tejer, Minerva inventó el timón, las letras, la flauta, tuvo el don de la profecía, el de prolongar la vida de los hombres y el de darles un lugar de felicidad eterna después de la muerte. <<

[9] Admeto. Hijo de Feres y Periclímene. Rey de Tesalia. Apolo cuidó sus rebaños, cuando, condenado por Júpiter, debió vivir un año entre los mortales, y ganarse el sustento con su propio trabajo. <<

[1] Ciudad de David: uno de los nombres que se da a Jerusalén, por el hecho de haber sido conquistada por este rey. También se le ha llamado «La ciudad del gran Rey». <<

[2] En la mitología greco-romana, «ninfas» era el nombre común de una serie de deidades femeninas menores que en número infinito poblaban el cielo, las aguas y la tierra. Según Plutarco cada una vivía alrededor de mil setecientos veinte años. De las náyades ya se habló en la nota 4 del capítulo anterior. <<

[3] Los sátiros eran divinidades rurales y selváticas, cuya raza se originó de los hijos de Mercurio e Iftima. Una leyenda cuenta que fueron encargados de cuidar a Baco niño, y como mostraran gran negligencia en la tarea, Juno los castigó convirtiéndolos en hombres con cuernos, patas, muslos, orejas y colas de cabra. En las bacanales formaban parte del séquito de Baco; se presentaban a ellos coronados de hiedras, pámpanos o pino, se embriagaban, danzaban, tocaban en sus jiringas, hasta que exhaustos se quedaban dormidos. Los sátiros fueron tenaces perseguidores de las ninfas y pastoras, y solían raptarlas para luego poseerlas en las profundidades del bosque. <<

[4] Calisto fue hija de Licaón y ninfa de la corte de Diana. Júpiter la sedujo y de la unión nacieron Arcas y Párteno. Diana la expulsó de su lado, y Juno la convirtió en osa, siendo elevada luego al cielo junto con su hijo, dando origen a la Osa Mayor y la Osa Menor.

La Arcadia era una comarca griega situada en el corazón del Peloponeso y cuyo nombre se deriva de Arcas, el hijo de Júpiter y Calisto que se acaba de nombrar. Está regada por los ríos Alfeo y Ladón, y en su límite oriental se encontraba el lago Estínfalo, donde moraban las aves estinfálidas. <<

[5] Anacreonte: poeta lírico nacido en la segunda mitad del siglo VI a. C.; vivió en la corte de Polícrates. <<

[6] El terebinto es un árbol muy corriente en el Mediterráneo oriental; sus frutos se tuestan y se comen lo mismo que las nueces. <<

[1] Moab: región limitada por el Oeste con el Desierto Siroarábigo, por el Sur con el torrente de Zored y confinada al Oeste por el Mar Muerto y la porción inferior del Jordán. La riqueza de Moab estribaba sobre todo en la ganadería. <<

[2] Abaddón: palabra hebrea que significa perdición, ruina; está íntimamente asociada al mundo inferior o morada de los muertos. En el Nuevo Testamento solo figura en el Apocalipsis como nombre del ángel del abismo que acaudilla al ejército demoniaco de las langostas de la quinta trompeta. <<

[3] Nerón gobernó el Imperio Romano durante catorce años, del 54 al 68. Con el pretexto del incendio de Roma desencadenó la primera persecución contra los cristianos. A pesar de su despotismo y crueldad, los escritos neotestamentarios aparecidos durante su regencia recomendaban el honor y la sumisión a la primera autoridad, la suya, que deriva de Dios.

El emperador Cómodo era hijo de Marco Aurelio, quien le hizo proclamar Emperador y Augusto. Desde el comienzo Cómodo abusó de su poder y abandonó los asuntos de estado. Hacia el final de su vida llegó a hacerse llamar «Hijo de Júpiter». <<

[1] Fuente de Castalia: la ninfa Castalia desdeñó a Apolo y para huir de él se refugió en el monte Parnaso, transformándose en un manantial, que el afligido Dios consagró a las musas, otorgando a la ninfa el don de la inspiración. De ella bebía la pitonisa antes de profetizar. <<

[2] Palas Atenea: con ese nombre distingue Homero a la diosa protectora de la ciudad de Atenas. Hija de Tritón y compañera de juegos de Minerva. Esta la mató involuntariamente, y para consolarse al no conseguir resucitarla, construyó una imagen idéntica a su amiga, llamada el Paladio. <<

[1] Eclesiastés (o Sirácida) (7, 27). <<

[2] Circo Máximo. Así se llamaba al colosal e inigualado circo de la Roma imperial. <<

[3] Jacob: patriarca del Antiguo Testamento, hijo de Isaac y Rebeca, y hermano de Esaú. La tradición bíblica presenta a Jacob como padre de las doce tribus de Israel y heredero de las promesas hechas por Dios a Abraham. <<

[4] Seguramente referencia a la ya citada Ley del Talión. <<

[1] El Tauro es una cadena montañosa arqueada que domina la meseta anatólica y el Mar Mediterráneo.

La cadena montañosa del Líbano se encuentra en Siria y alcanza una longitud de unos ciento setenta kilómetros. En su interior está el valle de Celesiria formado por los ríos Litani y Orantes. <<

[2] Edom: nombre dado a Esaú, el primero de los hijos de Isaac, a los descendientes de este —edomitas—, y al país que habitaban, llamado posteriormente Idumea. Por su posición geográfica y estratégica y la condición belicosa y rapaz de sus habitantes tuvo gran importancia en la historia del pueblo hebreo. También fue famosa por sus cambios y por su trágico destino, anunciado repetidamente por los profetas. <<

[1] Epífanes (ver nota 3 del capítulo II de este Libro IV). <<

[2] Lacerna: especie de manto romano que se sujetaba al hombro por un broche. <<

[3] Vesta: una de las deidades más primitivas, identificada con la Tierra (Geo), esposa de Urano (el cielo) y considerada como madre de los dioses. La evolución del mito la convirtió en una diosa distinta, que presidía el fuego del hogar. En su culto tenía gran importancia el fuego; que era mantenido permanentemente en Atenas y custodiado por viudas. <<

[4] Rómulo, mítico fundador de Roma, era hijo de Rea Silvia y de Marte, y hermano gemelo de Remo. En su infancia fue amamantado por una loba, y al crecer fundó un pueblo sobre una colina, al cual dio su nombre y al que en un principio pobló de pastores, esclavos escapados y bandidos. <<

[5] El Averno, un lago que expelía vapores letales, consagrado a Plutón, era considerado por los latinos como una de las puertas del infierno. Geográficamente se le identificaba con un lago de Campania del mismo nombre, cercano al Vesubio. <<

[6] Talento: unidad máxima de los pesos hebreos que se utilizaban en un principio en las transacciones comerciales. En el Nuevo Testamento un talento vale seis mil dracmas. Al igual que la mina, que servía de valor de referencia, su peso oscilaba en los diversos pueblos y aun dentro de la misma Palestina. <<

[7] Dracma: moneda griega de plata, cuyo valor y peso depende de las épocas. En tiempos de Solón equivalía a cien partes de la mina y a seis mil partes del talento: en tiempos de Herodes equivalía a un denario.

El Andrajoso Barquero es una referencia a Caronte, hijo de Erebo y de la noche, un barquero que transportaba las almas de los muertos a través del Aqueronte, previo pago de un óbolo; esta creencia originó la costumbre de poner una moneda en la boca de los muertos.

El óbolo era una moneda griega de ínfimo valor. <<

[8] Cástor y Pólux: hijos gemelos de Júpiter y Leda; fueron llamados los Dioscuros; realizaron numerosos actos heroicos, y tomaron parte tanto en la célebre expedición de los Argonautas como en la batida del jabalí de Caledonia. Al parecer eran patrones de los navegantes. En la Astrología representaban el signo Géminis. <<

[9] Momo: Dios burlesco y satírico, hijo del sueño y de la noche; fue expulsado del Olimpo debido a su espíritu de crítica y por haber juzgado imperfectas las obras de los dioses. Se le representa con una máscara y un bastón cuya empuñadura tiene la forma de un muñeco. <<

[10] Sarmacia: antigua región que ocupaba la llanura que bordea el Mar Negro y el Mar Azov. <<

[11] Pitia era la sibila de Delfos, el primer oráculo de Grecia. Se le llamó así en honor de la serpiente Pitón, que fue muerta por Apolo y cuya piel cubría el trípode de la sibila. <<

[12] Asno perteneciente al sátiro Sileno, hijo de Pan y de una ninfa y que durante la Gigantomaquia —lucha entre gigantes y dioses— se asustó al ver a los gigantes y se echó a rebuznar estentóreamente; los gigantes, asustados a su vez por los sonoros rebuznos emprendieron la huida. <<

[1] Aduar: pequeña población de beduinos o gente del desierto formada de tiendas, chozas o cabañas, cuyos habitantes tienen intereses comunes y comparten el mismo género de vida. <<

[1] El *velarium* era una enorme tela que se extendía por encima de los espectadores en los teatros y anfiteatros para protegerlos del sol y de la lluvia. <<

[2] En Galia, Bretaña e Irlanda, los druidas formaban una clase sacerdotal heredera y celadora de las tradiciones religiosas celtas.

Odín es el primero de los Ases, dioses escandinavos; es el dios de la guerra, de la sabiduría y de la poesía, y podía tomar toda suerte de figuras animales.

Freya era la diosa de la fecundidad en la mitología escandinava.

Hiperbóreo es un adjetivo aplicado a las regiones muy septentrionales o a los individuos provenientes de dichos sitios.

Anubis era un dios egipcio adorado en forma de chacal, o bien en forma humana con cabeza de chacal; se le consideraba dios de los muertos y conductor de las almas.

Ormuz era una forma medieval persa adoptada para designar a Ahura-Mazda, el dios supremo, la Sabiduría y la Bondad; de su pensamiento salió accidentalmente Ahrimán, el principio del mal, dando origen al dualismo que caracteriza su religión y a una lucha de la que finalmente saldrá victorioso Ormuz.

El Nirvana es el estado supremo en el budismo, cuando se alcanza la lucidez mediante la práctica de ciertas condiciones morales y el adiestramiento sistemático del cuerpo y el espíritu.

Brahma es el dios creador en la mitología hindú.

Homero fue un gran poeta épico griego, el primero cuya obra se ha conservado. Se le considera el autor de la *Ilíada* y de la *Odisea*. <<

[1] Memnón. Hijo de Titón y de la Aurora. Enviado por su padre, rey de Etiopía, en socorro de Troya cuando estaba sitiada por los griegos, pereció a manos de Aquiles; la Aurora, embargada de dolor, rogó a Júpiter que lo colocara en la categoría de los dioses. En el siglo I a. C. se creyó reconocer la imagen del héroe en el más septentrional de los dos colosos de Amenons (o Amenhotep) III que se encuentran en la necrópolis de Tebas. Esta estatua, por causas totalmente naturales, emitía sonidos cuando recibía los rayos del sol naciente; surgió así la leyenda de que Memnón saludaba de tal manera la aparición de la Aurora, su madre. <<

[1] Shirley (Jacobo). Poeta inglés (1597-1667). Aunque falto de originalidad supo adaptar con acierto obras de sus antecesores.

Wordsworth (William), poeta inglés (1770-1850). Autor de baladas líricas, relatos de viajes y ensayos que tuvieron gran influencia en la evolución de la literatura inglesa en el siglo XIX. <<

[1] Onfalo: palabra griega que significa «ombligo» y que designaba a la ciudad de Deltas, considerada por los griegos antiguos como el centro geográfico del mundo. <<

[2] Cicerón (Marco Tulio) (106-43 a. C.). El más elocuente de los oradores romanos. Desentramó la conspiración de Catilina e hizo ejecutar a sus cómplices, lo cual le valió el título de «Padre de la Patria». Cicerón no tuvo igual en la elocuencia del Foro por la riqueza de la imaginación, la flexibilidad del ingenio, la abundancia y la habilidad de la dialéctica. <<

[3] Referencia a Midas, hijo de Gordias y de Cíbele que reinó en el Asia Menor (en Misra) y era iniciado en los misterios órficos y báquicos. Según la leyenda, cuando ejercía su gran poder, todo lo que tocaba se convertía en oro. <<

[4] Los frigios, oriundos de los Balcanes (Macedonia) habitaban en Frigia, una comarca del Asia Menor situada sobre la Propóntida y hablaban un dialecto parecido al griego. Una leyenda dice que el primer jefe del país fue Gordias, quien con Cíbele engendró a Midas. <<

[5] Las Oceánides eran ninfas marinas, hijas del Océano y de Tetis. Según Hesíodo eran tres mil, como los ríos, sus hermanos. Muchas Oceánides fueron amantes de dioses o de héroes. <<

[6] Ganimedes: Príncipe de Troya, hijo de Tros y de Calírroe. Raptado por Júpiter, fue llevado al Olimpo como copero de los dioses en reemplazo de Hebe. <<

[7] Los partos emigraron desde Asia Central a Irán, donde aprendieron una lengua aria semejante a la persa. Desde el año 53 a. C. hasta el 217 d. C. los partos lucharon contra Roma con varia fortuna, sin que ninguno de los adversarios lograra ventaja definitiva. <<

[8] Mercurio: hijo de Júpiter y la ninfa Maya, fue llevado por su padre al Consejo Olímpico y más tarde designado mensajero de los dioses. Algunos autores lo consideran protector de la oratoria. <<

[1] En efecto, todos los caballos del jeque tienen nombre de estrella. Mira pertenece a la constelación de la Ballena; Sirio, llamada «la estrella más brillante del cielo» es una estrella de primera magnitud que forma parte de la constelación Can Mayor; Rigel pertenece a la constelación Orión; Antares es otra estrella de primera magnitud situada en el centro de la constelación del Escorpión, y con diámetro 480 veces mayor que el Sol; Altair es una estrella de la constelación del Águila; es una de las estrellas visibles más brillantes. Aldebarán es una estrella principal de la constelación de Taurus. **<<**

[2] El arrack es un aguardiente que hacen los turcos con leche agriada. <<

[1] Piqmalión: Rey de Chipre. Enamorado de una estatua que había esculpido, suplicó a Venus que le diera alma; Venus accedió y tuvo de ella un hijo, a quien llamó Pafo. <<

[2] Alejandría. Ciudad y puerto de Egipto en el Mediterráneo fundada por Alejandro Magno en el siglo IV a. C. Célebre por el faro de 400 pies que iluminaba su rada, y por su muy notable biblioteca. En tiempos de los Ptolomeos fue el centro artístico y literario del Oriente.

Octavio Augusto transformó Egipto y Alejandría en una de las provincias del Imperio Romano en el año 30 a. C. <<

[3] Cerbero: perro monstruoso, guardián del infierno. Tenía tres cabezas con un cuello erizado de víboras, tres bocas, un aullido estentóreo y enorme talla y fortaleza. Tenía su morada a la orilla de la Estigia, la laguna infernal. <<

[4] Karnak: ciudad del Alto Egipto, cercana a Tebas, donde se erigió un suntuoso templo de Amón-Ra, al cual se accedía por una hermosa avenida bordeada de esfinges con cabeza de carnero.

Filae es una isla en el Alto Egipto consagrada en otros tiempos a Isis y Osiris.

Abidos, también en el Alto Egipto era el centro del culto funerario a Osiris. <<

[5] Abu Simbel: pueblo del Alto Egipto, cerca de la frontera con Sudán donde el faraón Ramsés edificó un grandioso templo, dedicado principalmente a Amón; un templo vecino y más pequeño de su reina Nefertiti estaba dedicado a Hator. <<

[6] Asuán: ciudad del Alto Egipto a orillas del Nilo, al sur de la primera catarata. <<

[7] Hathor: divinidad femenina del antiguo Egipto. Madre de todos los dioses pero en un orden secundario. Era la diosa de los muertos y de su culto, pero poco a poco se fue convirtiendo en la diosa de la Belleza, que presidía los destinos de los humanos. <<

[8] Menes. Mítico rey egipcio, y el primero que reinó en la tierra después de los dioses. Enseñó el culto a la divinidad y sentó las bases de la civilización. <<

[9] Nubia: comarca de África entre Egipto y Etiopía. <<

[10] Trogloditas: nombre que daban los geógrafos de la antigüedad a un pueblo que situaban al sudeste de Egipto. <<

[11] El *ureus* era el símbolo personal del rey Menes —una serpiente con la cabeza erguida—; llegó a ser considerado emblema del poder de los faraones. <<

[12] Erinias: deidades infernales, hijas de la Tierra y diosas de la venganza, llamadas Furias por los romanos. Vivían en el Tártaro, y estaban encargadas de castigar los pecados de los humanos. <<

[13] Amente era el nombre que los egipcios daban al dios de los enfermos. <<

[1] Aquiles: el más famoso de los héroes griegos; hijo de Peleo y de la diosa Tetis. Diestro en el arte de combatir se consagró como el más esforzado de los guerreros dando muerte a más de sesenta jefes enemigos. Fue llamado «El primero de los hombres»; murió por una flecha envenenada en su talón, único sitio vulnerable de su cuerpo. <<

[2] Istmia era una ciudad griega donde cada dos o tres años se celebraban unos certámenes sagrados.

En Olimpia, célebre ciudad del Peloponeso se celebraban cada cuatro años los Juegos Olímpicos en honor de Júpiter. <<

[1] La lámpara de Malaquías ha simbolizado siempre la prosperidad; es como el soplo divino que da vida a los hombres y los dirige en su conducta, es la palabra de Dios. Por eso el nombre de Malaquías, que en hebreo significa «mi mensajero» está asociado a la voluntad de Dios. <<

[2] Sacerdote que dedicó parte de su vida al estudio, codificación y promulgación de la Ley. En su cuarto libro apócrifo, de carácter apocalíptico, habla de siete visiones que describen el mundo futuro y el Mesías. Esdras, inspirado por Dios, dicta durante cuarenta días a cinco amanuenses los veinticuatro libros del canon y otros sesenta y dos apócrifos. <<

[3] La versión más aproximada de esta cita se encuentra en San Lucas, 1, 79. <<

[4] Miqueas 5, 1. <<

[5] Jeremías 23, 5. <<

[6] Daniel 7, 13. <<

[7] Zacarías 9, 9. <<

[8] Alude a la época de la cautividad del pueblo hebreo, como recoge por ejemplo el Salmo 137, 1. <<

[9] Alude a la Fiesta de las Tiendas (Éxodo 23, 14), que se celebraba en el plenilunio de septiembre y conmemoraba la estación del pueblo de Israel en el desierto y la Ley recibida en el Sinaí. <<

[10] Ponto. Se llamaba así a la porción oriental del norte de Asia Menor contigua al Mar Negro. **<<**

[11] Gog, príncipe de Magog; rey apocalíptico mencionado en una profecía de Ezequiel. Allí se dice que acaudillará los poderes infernales en una guerra cruenta que ocurrirá al final de los siglos. El profeta lo llama Gog en la tierra de Magog. <<

[12] Perea. Región del Este del río Jordán, donde Cristo habría de predicar en numerosas ocasiones. <<

[1] Conso: uno de los dioses romanos más antiguos; se le honraba con carreras de carros y de caballos en libertad. Era dios de los campos. <<

[1] Tammuz: rey de la primera dinastía de Uruk, al que se asocia con el ciclo anual de la renovación de la naturaleza. Fue castigado con una «muerte eterna» en el mundo inferior y a partir de esa época surgieron unos ritos de lamentación que imploran por él. <<

[1] Ardite. Moneda antigua de muy poco valor. <<

[1] Entre los romanos los vomitorios eran las puertas del Circo por donde salían las gentes después de terminado el espectáculo. <<

[2] Néstor: el más joven de los doce hijos de Neleo y Cloris. En la guerra contra Troya adquirió aran renombre como hábil guerrero. Se le consideró el hombre más elocuente de su siglo. <<

[1] Eumelus: poeta griego de finales del siglo VII a. C. <<

[2] Diómedes, rey de Argos, fue uno de los guerreros que participó en la Guerra de Troya; jugó un papel muy importante en el asedio de esa ciudad. <<

[1] Ibis: pájaro sagrado en la cultura egipcia, reverenciado durante largo tiempo. <<

[2] Leda: hija de Testio y Laofonte, seducida por Júpiter, quien para lograrlo adquirió la apariencia de cisne. <<

[3] Casa del Monte Palatino: templo en Roma en honor a Apolo situado sobre el Monte Palatino. Fue edificado por Augusto en memoria de la batalla de Actium, y contenía una valiosa biblioteca. <<

[4] Irmin era un terrible dios guerrero celta; idéntico a Marte, era el emblema de la incertidumbre de la batalla. <<

[5] Thor: hijo primogénito de Odín y Friga; preside el aire, las estaciones, las tempestades y protege a los hombres de los malos espíritus. <<

[1] Samuel Taylor Coleridge. Poeta inglés nacido en Ottey Saint Mary en 1772 y muerto en Londres en 1824. Considerado precursor del romanticismo en Gran Bretaña. Es autor con William Wordsworth de las *Baladas líricas*, en la que figura su célebre «Rima del anciano marinero». <<

[1] Juan Hircano: Sumo Sacerdote y príncipe de los judíos. Sucedió a su padre Simón por sus hazañas bélicas y por sus empresas constructoras. Entre sus construcciones destaca la fortaleza Hircania al sudeste de Jerusalén, y que sirvió a Herodes el Grande como prisión secreta para sus enemigos. <<

[1] Thofet es un lugar en el Valle de Gehenna donde se practicaban sacrificios de niños en honor de Moloc. Se les encerraba en cestas de mimbre que se echaban en un brasero y para cubrir sus gritos se tocaban instrumentos de música. <<

[2] Sodoma era una ciudad de la Pentápolis, donde Lot fijó su morada. La tradición de Israel relaciona su destrucción con la reputación que tenía —junto con Gomorra— de extrema inmoralidad. <<

[3] Talmud. Compilación de tradiciones judías (orales, religiosas y civiles) que interpretan la ley de Moisés. <<

[1] Vespasiano. Emperador romano (79 a. C.-69 a. C.). Inició el asedio de Jerusalén y dejó que lo prosiguiera su hijo Tito. <<

[2] La antigua Jerusalén está situada sobre una meseta dividida en dos crestas de altura desigual. En la antigüedad se conoció esta meseta como Tiropeón o Valle de los Queseros. <<

[3] Caifás era el yerno del sumo sacerdote Anás, función que él también ejerció entre los años 18 y 36 de la era cristiana. <<

[4] Hípica era una de las tres torres que protegían el palacio de Herodes en Jerusalén; las otras dos se llamaban Fasael y Mariamne. <<

[5] Bezetha es un barrio de Jerusalén.

Herodes Agripa construyó una tercera muralla para protegerlo. <<

[6] La Puerta del Pescado, una de las 23 puertas de Jerusalén, está situada en la parte norte de la muralla. <<

[1] Bethesda. Piscina situada al norte de Jerusalén, junto a la cual solían acostarse los enfermos en espera de que el agua comenzara a agitarse. <<

[1] Ofel: colina meridional de la antigua Jerusalén, comprendida entre el Dedón y el Tiropeón. <<

[2] Haram: explanada trapezoidal sobre la que estaba construido el templo de Jerusalén. <<

[3] Gehenna: Apócrifos judíos hacen de Gehenna un lugar escatológico en el que el fuego entero castiga a los malvados que no hayan sufrido durante su vida. <<

[4] Hacéldama. En hebreo significa «campo de sangre». Originalmente se llamaba «campo del alfarero», y en tiempos de Jeremías se practicaba allí la alfarería. En la era cristiana servía de cementerio para los extranjeros. <<

[1] *Corban*: voz hebrea que en el Antiguo Testamento designaba las ofrendas consagradas al templo y que no podían ser utilizadas con fines materiales. <<

[2] Acra. Ciudadela construida al oeste de Jerusalén. Durante 25 años albergó una guarnición siria. <<

[3] *Lanistae*, contratista de gladiadores, recogían niños abandonados educándolos para el oficio. **<<**

[1] Thomas Bailey Aldrich. Escritor norteamericano (1836-1907), autor de novelas, poemas y de una colección de cuentos. <<

[1] En Israel existían doce tribus: Judá, Aser, Manasés, Isacar, Zabulón, Neftalí, Efraim, Rubén, Benjamín, Dan, Gad y Leví. <<

[2] Nisan es el primer mes babilonio (marzo/abril). <<

[3] Elías: profeta israelí del siglo IX a. C. Pertenecía al consejo de los «sabios» y ejerció su ministerio bajo Acab. <<

[1] Gerasa: centro helenístico de los Seleúcidas, que pasó a formar parte de la Decápolis romana tras la campaña de Pompeyo.

Rabat-Amón fue la capital de los ammonitas, situada en Transjordania. Con la batalla de Paneade pasó a los Seleúcidas; más adelante fue también incorporada a la Decápolis por Pompeyo. <<

[1] Basan. Región de Transjordania al este del lago de Genesaret y ocupada por la tribu de Manasés. <<

[2] Abilene: región de Celesiria en la vertiente este del Antilíbano. <<

[3] La esfinge es un león echado sobre el vientre con las patas delanteras paralelas. Su cabeza adopta los rasgos de un faraón. La esfinge en Gizeh representa la imagen de un dios difunto que vela en las tinieblas, a la espera de reaparecer en el horizonte con el sol naciente. <<

[4] Pompeyo. Emperador romano que redujo Siria a provincia romana en el año 64 a. C. y se apoderó de Jerusalén en el 63 a. C. <<

[5] Octavio (Augusto). Emperador de Roma. Fue adoptado por César y designado como heredero. Después de la muerte de este, ejecutó su testamento. Luego anexionó Egipto y unió a su nombre el título de Emperador. <<

[6] Satrapía: territorio gobernado por un sátrapa o gobernador de una provincia entre los antiguos persas. <<

[7] La diosa egipcia Isis personifica la fuerza fecundadora de la naturaleza. Casó con su hermano Osiris, a quien ayudó en las empresas civilizadoras. <<

[8] Según la mitología, el dios Osiris civilizó a los egipcios, dándoles leyes justas y enseñándoles la agricultura. El culto de Osiris estaba relacionado con el Sol. <<

[9] En la mitología hindú Indra era un dios guerrero y uno de los guardianes del mundo.

Los Rakshakas eran divinidades maléficas que hicieron la guerra a Indra. <<

[10] Rama, de la mitología hindú, es la séptima encarnación de Visnú. <<

[11] Sita, esposa de Rama. <<

[1] Bethabara: nombre que en ciertos manuscritos reemplaza al de Betania para indicar el sitio donde bautizaba Juan. <<

[2] Evangelio de San Juan, 1, 23. <<

[3] Ramoth-Gilead. Ciudad levítica de Transjordania. El rey David encontró allí refugio contra su hijo Absalón que encabezaba una rebelión contra él. <<

[4] Evangelio de San Juan, 1, 30-34. <<

[1] John Keats (1796-1821). Uno de los más admirables poetas ingleses de todas las épocas. <<

[1] Fiesta del Pan Ácimo. Una de las tres fiestas principales que ordenaba la ley hebrea. Reza el Exodo (23, 14-6): tres veces al año debes observar una fiesta con mi nombre. Debes observar la solemnidad de los panes ácimos; durante siete días has de comer pan sin levadura, tal como yo te lo he ordenado, y debes hacerlo en el momento establecido en el mes de Abib, puesto que en este mes tú saliste del país de Egipto. Y no debes aparecer ante mí con las manos vacías. <<

[1] Puerta del Carnero. Una de las puertas septentrionales que daba entrada a la antigua muralla de Jerusalén. <<

[2] Getsemaní. Significa en hebreo molino de aceite. Puede tratarse de un jardín o finca rústica plantado preponderantemente de olivos y rodeado de una tapia. Allí se dirige Jesucristo con sus apóstoles al salir del cenáculo. Está situado en Jerusalén, al otro lado del Monte Cedrón y al pie del Monte de los Olivos. <<

[3] *Sancta sanctorum*. Parte interior y más sagrada del Tabernáculo erigido en el desierto y del templo de Jerusalén, separado del sancta por un velo. Por extensión se aplica el término a lo que es de singular aprecio para una persona, o lo que es íntimo y misterioso. <<

[1] Naaman. General de los ejércitos del rey de Siria, Benadad II, que vivió en el siglo IX a. C. El profeta Elíseo lo curó de la lepra y lo convirtió a la religión mosaica. <<

[1] Gennesareth. El lago de Gennesareth o Mar de Galilea, llamado en la actualidad lago Tíberíades, ocupa parte de la hendidura que divide Judea y sirve de lecho al río Jordán. Célebre por los milagros allí obrados por Jesucristo. <<

[1] Karnak. La avenida que conduce al gran templo de Amón-Ra en Karnak, exhibe unas espléndidas columnas levantadas sobre esfinges con cabeza de carnero. <<

[2] Sesostris o Senusret. Nombre de tres faraones egipcios de la 12.ª dinastía. <<

[1] Jeddoa o Jaddo. Sumo Sacerdote de los judíos que, según la tradición, recibió a Alejandro en el templo de Jerusalén. <<

[1] Casuistas. Se llama casuistas a los autores que exponen casos prácticos de teología moral. <<

[1] Una más amplia información sobre este período puede verse en el apéndice de la obra de Edgar Alan Poe, *El gato negro*; y de Jack London, *La quimera del oro*, números 25 y 3 de esta misma colección. <<